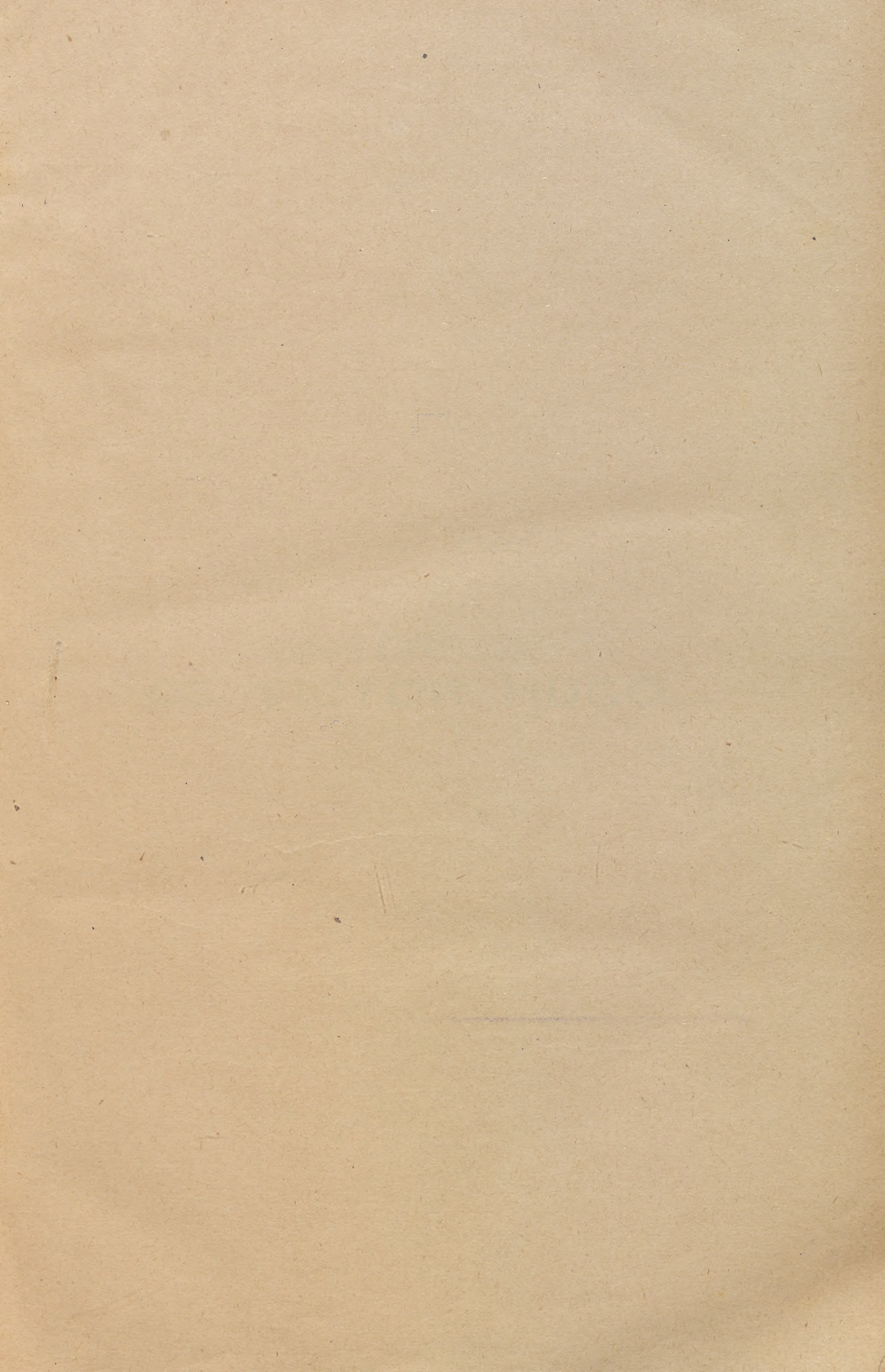






OBRAS COMPLETAS

DE VÍCTOR HUGO.

OBRAS COMPLETAS

DE

VÍCTOR HUGO

VERTIDAS AL CASTELLANO

POR

DON JACINTO LABAILA.

Magnífica edicion espléndidamente ilustrada con bellísimas cromo-litografías.

TOMO VI.

VALENCIA 1888:
TERRAZA, ALIENA Y COMPAÑÍA, EDITORES,
Embajador Vich, núm. 19.

Imprenta de Juan Guix, calle de Miñana, núms. 7 y 9.

A LA FRANCIA.

Libro, que próspero viento te arrastre hácia la Francia, donde yo nací: para tí, del árbol desarraigado, cae esta hoja muerta.

V. H.

PREFACIO.


Los que lean este libro no tendrán idea exacta de lo que es, si le conceptúan el principio de una obra: este libro no es un fragmento, subsiste por sí mismo; encierra exposicion, medio y fin, pero al mismo tiempo es la primera página de otro libro. ¿Lo que es principio puede constituir un conjunto? Es indudable. Un peristilo es un edificio. El árbol, que es un principio del bosque, constituye un total; pertenece á la vida aislada por sus raices y á la vida comun por su savia; por sí solo no es más que un árbol, pero anuncia que existe el bosque. Del mismo modo este libro participa de ese doble carácter: existe solitario y forma un total; existe solidariamente y forma parte de un conjunto.

Su conjunto tratará de expresar la humanidad en una especie de obra cíclica, pintándola sucesiva y simultáneamente bajo sus varios aspectos de historia, de fábula, de filosofía, de religion y de ciencia, que se reasumen en un solo é inmenso movimiento de ascension hácia la luz; hará aparecer en una especie de espejo sombrío, pero claro, esa gran figura, una y múltiple, lúgubre y radiante, fatal y sagrada, esa figura que llamamos el hombre: de esta idea, ó por mejor decir, de esta ambicion, nació LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

Este volúmen solo contiene la primera parte, ó sea la primera série, como hemos anunciado en el título del prefacio. Los poemas que lo componen solo son siluetas sucesivas del perfil humano, tomadas en diferentes épocas, desde los tiempos de Eva, madre de los hombres, hasta los tiempos de la Revolucion; siluetas sacadas, ya de la barbarie, ya de la civilizacion, casi siempre de lo más sobresaliente de la historia y modeladas segun la fisonomía de los siglos.

Cuando se publiquen los volúmenes que han de seguir á éste, que completen el conjunto de la obra, esta série de contornos, presentados con cierto órden cronológico, podrá formar una especie de galería del rostro humano.

Para el poeta, para el historiador, para el arqueólogo y para el filósofo, cada siglo representa un cámbio de fisonomía de la humanidad. Repetimos que se encontrará en este volúmen, que continuaremos y completaremos, el reflejo de alguno de esos cámbios de fisonomía. Encerrará algo del pasado, algo del presente, y cierto espejismo vago del porvenir. Por otra parte, estos poemas, que tienen objetos distintos, pero que están inspirados por el mismo pensamiento, no los anuda más que un hilo, cuyo hilo se atenúa tanto algunas veces que llega á ser invisible, pero que no se rompe nunca, porque lo constituye el progreso, que es el hilo misterioso del laberinto humano.

Como en un mosáico cada piedra tiene su color y su forma propia, y en su conjunto producen todas una figura, la figura de este libro lo acabamos de decir, es el hombre. No olvideis, por otra parte, que este volúmen es, respecto al conjunto total de la obra, lo que para una sinfonía es la overtura; no puede dar idea exacta

y completa, pero contiene la clave de toda la obra.

Solo diremos una palabra respecto á este volúmen, considerado en sí mismo. El género humano, tomado como un gran individuo colectivo que realiza de época en época una série de actos en el mundo, tiene dos aspectos; el aspecto histórico y el aspecto legendario. El segundo no es menos verdadero que el primero, y el primero no es menos conjetural que el segundo. No debe deducirse de esto que trate el autor de amenguar la valía de la enseñanza histórica, creyendo como cree que no hay gloria tan brillante en el génio humano que sobrepuje á la que consigue el historiador filósofo; únicamente tuvo el pensamiento el autor, al decir lo antecedente, de hacer constar el gran alcance de la leyenda, sin disminuir por eso el alcance de la historia. Herodoto escribe la historia y Homero la leyenda.

El aspecto legendario, pues, es el que prevalece y colora los poemas que encierra este volúmen, que se pasan unos á otros la antorcha de la tradicion humana. Esa antorcha, que llamea la verdad, es la que constituye la unidad de este libro. Sus poemas, sobre todo los que resúmen el pasado, encierran la realidad histórica condensada, ó la realidad histórica adivinada; entra en ellos la ficcion algunas veces, pero nunca la falsificacion; son fieles absolutamente al color de los tiempos y al espíritu de las diferentes civilizaciones. Por ejemplo, la *Decadencia romana* no contiene un detalle que no sea rigurosamente exacto; la barbarie mahometana resalta en Cantemir, á través del entusiasmo del historiador turco y tal como está expuesta en las primeras páginas de *Zim-Zizimi* y del *Sultan Mourad*.

Los lectores que estén familiarizados con el estudio del pasado, indudablemente reconocerán la realidad y la sinceridad que respira todo el libro. Uno de sus poemas, *El primer encuentro de Cristo con la tumba*, está sacado, casi traducido, del Evangelio. *El casamiento de Roland* y *Aymerillot* son dos hojas arrancadas de la colosal epopeya de la Edad Media. Esos dos poemas están sacados directamente de las gestas de la caballería; son la historia convertida en leyenda.

En cuanto á la manera cómo se han formado otros poemas en la imaginacion del autor, se comprenderá fácilmente leyendo las líneas puestas como nota delante del poema titulado *Las razones del Momotombo*, que lo han inspirado. Confiesa el autor que un rudimento imperceptible, perdido en la crónica ó en la tradicion y apenas visible, le ha bastado para componer alguno de los poemas; que no debe prohibirse ni al poeta ni al filósofo probar con los hechos sociales lo que el naturalista prueba con los hechos zoológicos, esto es, la reconstruccion del mónstruo por la huella que deja su uña ó por el alvéolo que debió contener el diente.

Que haya lagunas en algunas partes y en otras, estudios muy extensos de algun detalle, son los inconvenientes de la obra que se publica por fracciones. Estos defectos de proporcion pueden ser solo aparentes; por lo que el lector, para apreciarlos definitivamente, debe esperar á que se publique por completo LA LEYENDA DE LOS SIGLOS. Por ejemplo, las usurpaciones representan tan gran papel en la construccion de las monarquías en la Edad Media, y se complican tantos crímenes en sus investiduras, que el autor creyó que debia presentarlas bajo sus tres principales aspectos en los tres dramas, *El pequeño rey de Galicia*, *Eviradnus* y *La confianza del marqués Fabricio*. Lo que en este tomo parezca que haya adquirido escesivo desarrollo, en los sucesivos se verá ajustado á las proporciones del conjunto.

Los cuadros risueños son muy escasos en este libro, pero eso sucede porque tampoco son frecuentes en la historia. Como se verá, al historiar al género humano, no lo aisla el autor de lo que le rodea en la tierra. Rodean algunas veces al hombre, haciendo chocar contra su alma, para que ésta dé su verdadero sonido, esos séres que se le diferencian y que llamamos bestias, cosas y naturaleza muerta, y que llenan no se sabe qué funciones en el equilibrio vertiginoso de la creacion.

Así será este libro, que el autor ofrece al público, confesando sinceramente su insuficiencia para conducirle á feliz término. Este libro solo es una tentativa hácia el ideal. Esta idea quizá necesita explicarse.

Más tarde, cuando otras partes de este libro se hayan publicado, comprenderán los lectores el lazo que en la concepcion del autor ata LA LEYENDA DE LOS SIGLOS á otros dos poemas, que casi tiene terminados y que son uno el desenlace y el otro el principio, y que se titulan: *El fin de Satanás* y *Dios*. El autor, para completar lo que hace poco ha dicho, no vé

ninguna dificultad en dejar entrever desde ahora que ha bosquejado en la soledad una especie de poema de alguna extension, en el que se reverbera el problema único, el sér bajo su triple faz: la humanidad, el mal, el infinito; lo progresivo, lo relativo, lo absoluto; poema que contiene tres cantos, que pueden titularse LA LEYENDA DE LOS SIGLOS, *El fin de Satanás* y *Dios*. Publicamos hoy el primero, al que seguirán los otros dos.

Nadie puede responder de que acabará lo que empezó: la obra empezada no tiene seguro el tiempo de la continuacion; pero se le permite siempre, hasta al hombre más débil, tener una buena intencion y confesarla. La intencion de este libro es inmejorable: abarca el mejoramiento del género humano de siglo en siglo; al hombre, ascendiendo desde las tinieblas hasta el ideal; la transfiguracion paradisiaca del infierno terrestre, la conquista lenta y suprema de la libertad, del derecho á la vida y de la responsabilidad de la vida eterna; contiene una especie de himno religioso compuesto de mil estrofas, lleno de fé; el drama de la creacion que alumbran las miradas del creador: esto será en su conjunto este poema, cuando esté terminado, si Dios, que es el dueño de la existencia del hombre, me lo permite.

Hauteville-House, Setiembre 1857.

LA APARICION QUE INSPIRÓ ESTE LIBRO.

TUVE un sueño, en el que se me aparecieron las paredes de los siglos. Eran de carne y de granito sin pulir. Constituian un edificio que resonaba con el murmullo que producen las muchedumbres; en sus agujeros negros brillaban ojos feroces; evolucionaban allí grupos monstruosos, vastos bajo-relieves, frescos colosales; de vez en cuando las paredes se abrian y dejaban ver inmensas salas ó antros enormes, en los que se sentaban los séres felices, los poderosos, los vencedores, embrutecidos por el crímen, embriagados por el incienso; en el fondo de aquellas estancias brillaban el oro, el jaspe y el pórfido, y aquellas paredes se extremecian como árboles agitados por el viento. Todos los siglos, con la frente ceñida de torres ó de espigas, estaban allí; eran taciturnas esfinges, acurrucadas como el enigma; cada uno de los que estaban sentados ofrecia un aspecto vagamente animado; todo aquel conjunto ascendia en la oscuridad, semejante á un ejército petrificado, conducido por su jefe en el momento de atreverse á escalar la noche; aquel bloque flotaba como una nube en el firmamento, y ya era una muralla, ya era una multitud; el mármol empuñaba el cetro y la espada, el polvo lloraba, la arcilla manaba sangre, las piedras que caian tenian forma humana. Toda la humanidad, con el desconocido soplo que la hace vivir, Eva ondeante, Adan flotando, una y diversa, palpitaba en aquellas paredes, y con ella el sér, el universo y el destino, hilo negro que la tumba ovilla. Algunas veces en las lívidas paredes hacian los relámpagos brillar de repente millones de rostros. Allí ví esa Nada que llamamos Todo; los reyes, los dioses, la gloria y la ley, el tránsito de las generaciones á flor de agua al través de las edades, y ante mi vista se prolongaban sin fin las calamidades, los dolores, la ignorancia, el hambre, la superstición, la ciencia y la historia, como se pierde de vista el fin de una fachada negra. Y esa muralla, compuesta de todo lo que se derrumbó, se levantaba escarpada, triste é informe. Dónde? No lo sé. En las tinieblas.

No hay nieblas, como no hay álgebras, que resistan en el fondo de los números ó de los cielos á la fijeza y al estudio de los ojos humanos; al principio esa pared era para mí confusa y vaga; en ella parecia flotar la forma como una ola; era para mí como un vapor, como un vértigo, como una ilusion; y poco á poco ante mis ojos, que la contemplaban con fijeza, la aparicion extraña fué menos brumosa y más clara.

Llegué á ver un caos de séres, que ascendian desde el abismo hasta el firmamento; todos los mónstruos, cada uno en su guarida, el siglo ingrato, el siglo horrible y el siglo inmundo, la bruma y la realidad, el nubarron y el mapa-mundi. Aquel sueño era la historia abierta de par en par: en él todos los pueblos tenian por escalinata todos los tiempos, y todos los templos tenian por escalones todos los sueños; aquí estaban los paladines y allí los patriarcas; Dodona cuchicheaba en voz baja con Membré; allí estaban Tebas y Raphidim, con su roca sagrada, en la que sobre los judíos, que luchaban por la tierra prometida, Aaron y Hur levantaban las dos manos de Moisés, y el carro de fuego de Amós,

que corria por entre los huracanes; todos aquellos hombres, mitad príncipes y mitad bandidos, transformados por la fábula y ahogados por la cólera popular, arcángeles semi-dioses, cazadores de hombres, héroes de los Eddas, de los Vedas y de los Romanceros; aquellos cuya voluntad se impone como el hierro de la lanza; aquellos ante los que el mundo y la sombra enmudecen; Saul y David, Delfos y la caverna de Endor, Nemrod entre los muertos, Booz entre las mieses; los soberbios Tiberios ostentando en Caprea, en el Forum y en todas partes collares que Tácito convirtió en argollas; la cadena de oro del trono terminando en el presidio. Aquella vasta pared tenia vertientes como las montañas; nada faltaba en aquella aparicion, ni la materia, ni el espíritu, ni el fango, ni la luz; estaban allí todas las ciudades, Tebas y Atenas; habia pisos de Romas sobre montones de Tyros y de Cartagos; estaban allí todos los rios; los montes se erguian como negros esqueletos, y sobre ellos vagaban repugnantes nubes, y aquellos fantasmas arrastraban la luna al centro que ocupaban. Conmovia el viento la pared, se entrecruzaban en ella las llamas y los nubarrones, y saltos misteriosos de claridad y de sombra se enviaban un siglo al otro, en los que la India concluia por ser la Alemania, en los que Salomon tenia por reflejo á Carlo-Magno. Allí estaba confundido é ilimitado todo el prodigio humano; allí la libertad destruia la inmovilidad; allí el Horeb tenia fuego en sus collados y el Pindo pendientes verdes; Hicetas precedia á Newton, los descubrimientos sacudian sus antorchas hasta el fondo del mar, Jason corria en su ligero esquife y Fulton á bordo del *steamer;* Capaneo estaba en el dintel de la puerta de Electra, Bonaparte erguido en el puente de Lodi y Cristo espirando cerca de Neron, proclamado dios. Se veia el repugnante camino del trono, ese empedrado de homicidios, de furores, de guerras y de esclavitud; el hombre-rebaño, el que aulla, el que comete crímenes, el que blasfema, el que padece, y yo oia bajo mis piés, en el abismo, sollozar á la miseria, lanzando gemidos sordos, quejándose siempre. Y sobre la lúgubre aparicion, y sobre mí mismo, veia, como en un deslustrado espejo, reflejarse la vida inmensa abriendo sus disformes ramajes; y contemplaba las cadenas, las voluptuosidades, los males, la muerte, las encarnaciones y las metempsicosis, y en el espeso y oscuro bosque de los séres y de las cosas, observaba que vagaba errante y sonriéndose Satanás, ese cazador furtivo del bosque de Dios.

¿Qué titán habia pintado aquel cuadro en la pared sin fondo de la desplegada sombra? ¿Quién habia esculpido en ella el sueño que ahogaba mi respiracion? ¿Qué potentes manos construyeron con todos los duelos, con todos los lloros, con todos los espantos, aquel vasto encadenamiento de tinieblas vivas? Aquel sueño, que me hacia temblar, era una accion tenebrosa entre el hombre y la creacion; multitud de clamores salian por debajo de las pilastras; multitud de brazos salian por encima de las murallas, amenazando con los puños á los astros; la carne era Gomorra y el alma era Sion; sueño colosal, que confrontaba lo que fuimos con lo que somos; en el que se confundian las bestias con los hombres, como en un infierno ó como en un paraiso; en él se arrastraban los crímenes, produciendo grandiosa sombra, y hasta las fealdades no eran impropias del trágico horror de aquellos frescos gigantes. Aquel sueño me hacia volver á ver los antiguos y olvidados tiempos, que yo procuraba sondear. En él el bien se ligaba al mal, como una vértebra se liga á otra vértebra.

Aquella pared fúnebre ascendia por el infinito hácia una mañana brumosa. La aparicion sombría, blanqueando gradualmente el horizonte lejano, se disipaba en una aurora, que brillaba más lejos aun; la aparicion empezaba siendo oscura y terminaba siendo clara; la luz en ella era pálida, y la vasta silueta del sueño informe estaba velada por vagas nubes de humo, salpicadas de estrellas.

Mientras yo meditaba, con la vista fija en la pared sembrada de almas y llena del incomprensible movimiento y en los gestos de un pueblo de fantasmas, salió inmenso rumor por debajo de las tenebrosas cúpulas, oí dos terribles extrépitos que provenian del cielo, y el firmamento, que nadie puede abrir ni cerrar, parecia que se desgarraba.

Por la parte de la aurora el génio de la Orestia pasaba produciendo salvaje ruido, y al mismo tiempo, por la parte de

la noche, espantado génio, huyendo en un eclipse, venia de la inmensa Apocalipsis, y el doble trueno que produjeron se aproximaba hácia mí por la derecha y por la izquierda y quedé espantado.

Pasaron conmoviéndolo todo; el primer espíritu gritando:—"Fatalidad!„, y el segundo:—"Dios!„ Y la oscura eternidad repitió esos dos gritos con sus ecos fúnebres.

Su horrible pasaje conmovió las tinieblas; su extrépito lo hizo temblar todo; en las descomunales paredes todo se confundió; el rey se llevó la mano al casco y el ídolo á la mitra; toda la aparicion tembló como un cristal y se rompió, cayendo á pedazos en la oscuridad, y cuando los dos espíritus volaron de allí como dos grandes aves, en la bruma extraña de la idea la pálida vision apareció agrietada como un templo de gigantescas columnas, arruinado, que deja ver el abismo entre sus confusos escombros.

Cuando volví á ver la aparicion, no era ya la muralla prodigiosa y completa, en la que se ajustaba el destino con el infinito, en la que todas las edades agrupadas se ligaban con la nuestra, en la que los siglos podian interrogarse el uno al otro, sin que ni uno solo faltase; entonces la aparicion, en vez de ser un continente, era un archipiélago; en vez de ser un universo, era un cementerio; aquí y allá quedaban derechas algunas peñas lúgubres, algun pilar en pié, que ya no sostenia nada; yacian allí todos los siglos truncados, sin ligarse unos á otros; cada época pèndia desmantelada; todas tenian desgarraduras y lagunas, y por todas partes, encharcándose sobre el destruido pasado, habia estancamientos de sombra y aguazales de noche. No era ya entre la niebla, donde mi vista se perdia, más que la ruina disforme y vacilante de un sueño, teniendo el aspecto de un puente intermitente que vá cayendo arco tras arco, ó el de una flota destruida que zozobra; era parecido aquel sueño á la frase sombría é interrumpida que el huracán, ese tartamudo que vaga por los sitios altos, empieza siempre y no termina nunca. Unicamente el porvenir continuaba apareciendo tras de aquellos negros vestigios, que pálido Oriente doraba, y se elevaba con apariencias de astro desde el centro de una nube, tras la que se presentia á Dios.

La impresion profunda y grave que dejó en mi sombrío pensamiento aquel caos de la vida, aquella aparicion del movimiento del género humano, hizo brotar este libro, en el que, cerca del ayer, se entrevé el mañana, y que refleja de poema en poema la claridad pálida y vertiginosa de aquel sueño, y mientras mi cerebro dolorosamente lo engendraba, la leyenda vino algunas veces á sentarse á la cabecera de mi lecho y á hermanarse misteriosamente con la historia.

¿Qué es, pues, este libro, traducido del pasado, de la tumba, del abismo y de la noche? Es la tradicion derribada por las sacudidas de las revoluciones, que Dios desencadena y empuja; es lo que queda en la tierra despues de los terremotos; son los escombros, entre los que se entrevé el porvenir; es la construccion de los hombres, es la mole de los siglos, que llena la sombra y que la idea esclarece; es la horrible carnicería-palacio en ruinas, que habita la muerte y que bate la fatalidad, donde se posan algunas veces, cuando se atreven, la claridad de la luz y el pájaro de la esperanza; es el inconmensurable y trágico monton, por cuyas brechas se deslizan las víboras y los dragones antes de entrar en sus guaridas y los nubarrones antes de remontarse al cielo; es este libro, en fin, el resto espantoso de la torre de Babel, el edificio del bien y del mal, de los lloros y de los sacrificios, que orgulloso en otros tiempos llegaba hasta las nubes, y que en la actualidad, compuesto solo de incompletos pedazos, esparcidos y perdidos en la oscuridad del valle, es solo ya la derruida epopeya humana.

Guernesey, Abril 1857.





LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

I.

LA TIERRA.

HIMNO.



La tierra es la llanura, es el campo, es la querida de los sembradores, y ofrece su lecho de musgo al pastor; tiene frio y se calienta con los rayos del sol eterno, y risueña, forma en el círculo de los planetas celestes, como si se sentara con sus hermanos alrededor del hogar.

Le placen los rayos solares, que fecundan los trigos y los vientos que los sazonan, y los céfiros que suenan como liras, y el relámpago, que en cuanto brilla huye, y tranquiliza á la noche, prodigándola sus simpáticas sonrisas.

Gloria á la tierra! ¡Gloria al alba, en la que Dios sonrie! ¡Al hormigueo de ojos abiertos en el bosque, á las flores, á los niños! ¡Gloria á la claridad nocturna que se refleja en las cumbres! ¡Gloria al cielo azul que, sin agotarse jamás, derrocha tantas auroras!

La tierra se enamora del tranquilo firmamento, que es igual para todos, cuya serenidad no depende de nosotros, y que vierte sobre nuestros desastres, sobre nuestros duelos, sobre nuestras locas risas y sobre nuestras maldades la profunda ternura de los astros.

La tierra está siempre en calma, junto al Océano que gruñe sin cesar; la tierra es hermosa y tiene el pudor divino de ocultarse en la hojarasca; el mes de Mayo es su amante y viene á besarla en la primavera; la tierra envia al trueno, para apaciguarlo, el humo de las chimeneas de las aldeas.

La tierra es buena, es grave y severa; como ella son puras las rosas: se apasiona de los hombres que esperan y que trabajan, y la inocencia, ofrecida á todos los mortales, es su leche, y la justicia es su pecho.

La tierra oculta el oro y enseña las mieses; introduce en las entrañas de las estaciones que desaparecen el gérmen de las estaciones próximas; en la atmósfera

azul los pájaros conjugan el verbo amar, los manantiales en la superficie del suelo y en los montes el temblor de las encinas.

El trabajo de la tierra consiste en producir la armonía: manda á los cañares que saluden á los árboles, porque hay equilibrio cuando el bajo ama al alto: para que el altivo cedro conserve su derecho, es preciso que se lo consienta la brizna de yerba.

La tierra iguala las fosas, confundiendo con los boyeros muertos los restos mortales de los Césares y de los Alejandros; envia el alma al cielo y retiene al cuerpo; ignorando el mal, no comprende la diferencia que hay entre aquellas dos cenizas.

Paga á cada uno su deuda, al dia con la noche, á la noche con el dia, á las rocas con la yerba, á las flores con el fruto; nutre lo que creó; el árbol es confiado y el hombre desconfía; ¡esta confrontacion debia avergonzarle!

Sirvió de cuna á Adan y á Jafet, y despues les sirvió de tumba, y en Tyro, en Esparta, en Roma y en Menphis, en todos los lugares donde el hombre habló en otros dias, y donde despues calló, hizo cantar á la cigarra.

Para qué? Para consolar á los dormidos sepulcros. Por qué? Porque es preciso que á las caidas sucedan las apoteósis, á las voces que dicen No, las voces que dicen Sí; á las desapariciones del hombre desvanecido, el canto misterioso de las cosas.

Los segadores son los amigos de la tierra; ésta quisiera expulsar del horizonte oscuro de la noche las bandadas de los voraces cuervos, á la hora en que el buey cansado regresa al establo, á la hora en que los labradores vuelven á su hogar arrastrando los arados.

Hace nacer interminablemente á las flores que duran poco, á las flores que nunca sirven de acusacion á la naturaleza; jamás de las azucenas, de las viñas maduras ni de los verdes mirtos subió un reproche hasta el cielo, al que enternece la inocencia de los murmullos.

Abre su oscuro libro bajo los espesos ramajes; prodiga siempre la paz á las rocas, á los árboles y á las plantas, para darnos ejemplo á los hombres, que estamos condenados á no leer nunca más que alumbrados por temblorosa luz.

Tiene por objeto el nacimiento, pero no la muerte; es la boca que habla, pero no es el diente que muerde; cuando la guerra infame se abalanza feroz y cava un surco, bañado en sangre por el hombre, ella aparta sus indignados ojos de ese siniestro arado.

Cuando se vé destrozada, pregunta á los hombres:—“¿Para qué sirven esos estragos? ¿Por qué destruir las verdes llanuras?„ Encuentra que los perversos son inútiles, y llora cuando vé deshonrada la belleza virginal de los campos.

La tierra fué en los tiempos primitivos la pródiga Ceres, la madre fecunda de los trigos, de los prados y de los bosques, y oigo en estos momentos que nos dice aun á los mortales:—“Hijos mios, soy Démeter, la diosa favorita de los dioses, y me habeis de edificar un templo radiante en la colina Callichore (1).

II.

DESDE EVA Á JESÚS.

La consagracion de la mujer.

I.

Aparecia la aurora, ¡y qué aurora! Un abismo de deslumbramiento vasto, insondable, sublime; un ardiente resplandor de paz y de bondad. Era en los tiempos primitivos del globo, y la claridad brillaba serena en la frente inaccesible del cielo; siendo Dios entonces tan visible como puede serlo, todo se ilumi-

(1) *Callichore*, lugar del Atica, en el que las mujeres celebraban danzas sagradas en honor de Baco y de Ceres. (N. del T.)

naba, hasta la sombra y hasta la niebla; avalanchas de oro se desplomaban en el azur; llameando el dia en el fondo de la tierra encantada, incendiaba las espléndidas lontananzas de la vida; el espacio, lleno de sombra, de rocas con plantas y de árboles frondosísimos, que el hombre no vé ya en la naturaleza, brillaba como un sueño ó como un vértigo; el edén púdico y desnudo se despertaba suavemente; los pájaros gorgeaban un himno tan delicioso, tan sonoro, tan fresco y tan tierno, que distraidos con él los ángeles, inclinaban la cabeza para oirlo; hasta el rugido del tigre era grato; los bosques, que el cordero atravesaba con los lobos; los mares, en los que la hidra amaba al alcion, y las llanuras, en las que los osos y los ciervos confundian sus alientos, vacilaban al escoger en el coro de los conciertos infinitos, entre las voces que salian de los antros y los cánticos que salian de los nidos. Sobre esa naturaleza, todavía inmaculada, que del verbo eterno conservaba aun el acento; sobre ese mundo inocente y angélico, la mañana se sonreia pronunciando una santa palabra, y la aurora era una aureola. Todo conservaba la figura íntegra de la felicidad; de ninguna boca salia un hálito emponzoñador; ningun sér habia perdido su pristina majestad; toda la luz que puede verter el infinito brillaba en los espacios; el viento jugaba con los haces de relámpagos en el torbellino libre y fugitivo de las nubes; el infierno balbuceaba algun silbido vago, que se perdia entre las exclamaciones de gozo de las aguas, de los montes, de los bosques, de la tierra y del cielo. Los vientos y los rayos luminosos sembraban tales delirios, que los bosques vibraban como colosales liras; desde la sombra hasta la claridad, desde la base hasta la cumbre, germinaba formidable fraternidad; el astro no conocia el orgullo, ni el gusano la envidia; una armonía igual á la claridad, derramando un éxtasis divino en el globo adolescente, parecia salir del corazon misterioso del mundo; parecian conmovidas las nubes, las olas y las rocas; el árbol, compenetrado por la luz, cantaba; cada flor, cambiando su aroma y su pensamiento con el cielo sereno, del que cae el rocío, recibia una perla, que pagaba con un perfume; resplandecia el Sér; brillaba el paraiso bajo las sombrías ranuras de la existencia embriagada de sombra y llena de murmullos, y todo conservaba su pureza y su gracia primitivas.

II.

¡Inefable aparicion del primer rayo de oro de la luz, alumbrándolo todo, primera mañana de las mañanas, alegría infinita de empezar el tiempo, la hora, el mes y el año, apertura del mundo, instante prodigioso! Las densas tinieblas se disolvian en la magnitud de los cielos, en los que nada temblaba, lloraba ni sufria; en cuanto la luz dejó de ser un caos, como la oscuridad, Dios se manifestó en su grandiosa calma, como una certidumbre para el alma y como un esplendor para la vista; de cumbre en cumbre, en el cielo y en la tierra, en todas partes se veia brillar su admirable evidencia; el mundo iba bosquejándose; los tipos primitivos surgian tempestuosos y gigantescos, presentando la mezcla informe del bruto y la celestial del ángel; sentíase extremecer á los piés de esos confusos grupos la tierra, matriz inagotable y suprema; la creacion santa, creadora á su vez, modelaba vagamente aspectos maravillosos, hacia salir innumerables séres fabulosos de los bosques, de los mares y de las nubes, y proponia á Dios formas desconocidas, que más tarde el tiempo cambió; empezaban á brotar y á vivir vegetando todos los árboles futuros, que verdecian llenos de enormes hojas; excesiva vida hinchaba misteriosamente los pechos del mundo; todo parecia crecer desmesuradamente, como si la naturaleza quisiera ensayar en la tierra y en las aguas las deformidades espléndidas del caos, estando aun muy cerca de él.

Los divinos paraisos, llenos de extraña savia en esos remotos tiempos, brillan para nosotros como un sueño, y á nuestra vista oscura su éxtasis nos produce hoy casi espanto; pero esto nada le importa al alma universal, que malgasta un sol como si malgastara una chispa, y que hace crecer hasta el cielo el desmesurado edén para colocar allí á los ángeles.

Dias inauditos! El bien, lo bello, lo verdadero y lo justo fluian en las aguas de los torrentes y se extremecian en las ramas de los árboles; nada en la naturaleza tenia manchas ni arrugas; no vertian una gota de sangre las uñas ni los dientes; las fieras vagaban siendo inocentes; el mal no habia penetrado todavía en la serpiente, en el águila ni en la pan-

tera; la montaña era jóven y las olas eran vírgenes; el globo, fuera de los mares, salia hermoso y magnífico; nada era pequeño en la naturaleza, aunque todo era recien nacido; aturdia á la tierra, al verse bañada en la luz, la fuerza de la savia; el instinto de fecundidad ilusionaba al instinto de la vida, y difundido por todas partes, por las aguas y por los vientos, desparramado el amor, flotaba como un perfume; la naturaleza sonreia cándidamente al ver su fuerza colosal; el espacio lanzaba vagidos como el niño que nace. El alba era la mirada asombrada del sol.

III.

Aquel dia era el más hermoso que habia hecho aparecer la radiante aurora: el mismo temblor seráfico y santo unia las algas á las olas y el sér á los elementos; el éter más puro brillaba en el cielo más sublime; los céfiros más olorosos halagaban á las flores y á los árboles; las enramadas se agitaban suavemente; los rayos de la luz, frescos y acariciadores, llegaban hasta un florido valle, en el que, estáticos, adorando el luminoso cielo, dichosos de vivir, embriagados de mirar, satisfechos de amarse, á la sombra y á las orillas de un lago, estaban sentados el primer hombre al lado de la primera mujer. El esposo dirigia sus plegarias á las alturas, teniendo la esposa al lado.

IV.

Eva ofrecia al cielo azul su santa desnudez; Eva era blonda, y estática admiraba á su hermana la aurora. ¡Cuerpo de la mujer, arcilla ideal y maravillosa, penetracion sublime del espíritu en el barro que el Sér inefable amasa! ¡Materia tras la que brilla el alma, en la que se ven impresos los dedos del escultor divino! ¡Augusto fango que atrae al corazon y al beso, tan santo, que no se sabe—tan vencedor en él es el amor, tan arrastrada se siente el alma hácia él—si esa voluptuosidad es un pensamiento, y no se puede, en los instantes en que se encienden los sentidos, abrazar á la beldad sin creer que abrazamos á Dios!

Eva dejaba vagar sus miradas contemplando la naturaleza, y bajo las altas palmeras, y á su alrededor, el clavel parecia que meditaba; la flor azul del loto se recogia; el fresco myosotis se acordaba; las rosas buscaban los piés de Eva con los labios semi-abiertos; el céfiro cariñoso y fraternal salia de las azucenas, y como si aquel sér hermoso hubiese sido semejante á las flores y éstas tuvieran alma, parecia que la más hermosa de ellas se habia trocado en mujer.

V.

Hasta aquel dia fué Adan el elegido que disfrutó primero de la luz de la vida; fué el esposo tranquilo y fuerte que la sombra, el alba, los innumerables astros, las fieras de los bosques y las flores de los barrancos seguian ó veneraban como á primogénito divino; y cuando los dos esposos, uno al lado del otro y asidos de las manos, vagaban por el radiante edén, la naturaleza sin fondo, con sus millones de ojos, al través de las rocas, de las ramas, de las olas y de las yerbas, no perdia de vista á aquella feliz pareja. Pero ese dia los innumerables ojos que entreabre el infinito, al través del velo que le cubre, se fijaban en la esposa y no en el esposo, como si en ese dia delicioso, bendito entre los dias y entre las auroras, la mujer se le hubiera aparecido más augusta que el hombre.

VI.

Por qué le parecia así? ¿Por qué se enternecia profundamente el firmamento? ¿Por qué todo el universo se inclinaba hácia la primera mujer? ¿Por qué el alba la festejaba? ¿Por qué sonaban aquellos cánticos? ¿Por qué las olas y los rayos luminosos palpitaban con más alegría? ¿Por qué por todas partes reinaba la embriaguez de abrirse todas las flores y todos los antros para disfrutar de la luz? ¿Por qué habia más aroma en la tierra y claridad más refulgente en el cielo? La hermosa é inocente pareja estaba silenciosa y pensativa.

VII.

A pesar de la ternura afectuosa é inexpresable del astro, del valle, del lago y de las flores, que temblaban sin cesar á cada instante alrededor de Eva, que saludaba al naciente dia; la mirada que lanzaban las cosas y los séres, las olas benditas, los bosques y los árboles sagrados, se fijaba más pensativa cada momento en aquella mujer, hermosa y



EL PRIMER HOMBRE AL LADO DE LA PRIMERA MUGER

venerable; llegaba hasta ella un rayo de amor de la sombra, del azur, de las profundidades, de las cimas, de la roca, de la flor y del pájaro. Eva, pálida, sentia moverse algo dentro de sus entrañas.

La conciencia.

Cuando con sus hijos, vestidos con pieles de animales, desgreñado, lívido, durante la tempestad, Cain iba huyendo de Jehová, al anochecer, sombrío, llegó al pié de una montaña y se paró en una extensa llanura. Su mujer estaba fatigada, sus hijos jadeantes de cansancio, y le dijeron:—"Acostémonos aquí y durmamos„. Cain no pudo dormir, atormentado por un pensamiento, y levantando la cabeza hácia el cielo oscurísimo, vió que un ojo inmenso, abierto en las tinieblas, le miraba fijamente.—"Estoy demasiado cerca„, exclamó con espanto. Despertó á sus hijos que dormian y á su mujer cansada, y echó á correr siniestramente por el espacio. Caminó treinta dias y treinta noches, mudo, pálido, extremeciéndose á cualquier ruido, sin atreverse á mirar hácia atrás, sin tregua, sin reposo, sin poder dormir. Cuando llegó á la playa del mar del pais que despues se llamó Assur, dijo:—"Este refugio es seguro; quedémonos aquí. Hemos llegado ya á los límites del mundo.„ En cuanto se sentó, vió otra vez en el oscuro horizonte brillar el ojo en el mismo sitio. Entonces se extremeció, sintiendo horrible calofrío.—"Ocultadme!„ exclamó, y todos sus hijos, aterrorizados, le vieron temblar. Cain dijo á Jabel, que era el padre de los que se cobijan en el desierto en tiendas de pieles de animales:—"Extiende á esa parte la tienda„. Desdoblaron las paredes flotantes, y cuando las fijaron en el suelo poniéndole pesos de plomo,—"Ya no lo veis?„ preguntó Tisila, la rubia niña, hija de sus hijos, bella como la aurora, y Cain respondió:—"¡Veo el ojo todavía!„ Tubal, padre de los que pasan por las aldeas tocando clarines y tambores, replicó:—"Os construiré una barrera„. Levantó un muro de bronce y escondió á Cain detrás de él. Cain entonces volvió á exclamar:—"¡Ese ojo me mira siempre!„ Henoch repuso:—"Construiremos un recinto de torres tan terrible que nadie pueda acercarse. Edifiquemos una ciudad con ciudadela y despues la cerraremos.„ Entonces, Tubalcain, padre de los herreros, construyó una ciudad enorme y sobrehumana. Mientras estuvo trabajando, sus hermanos de aquella llanura expulsaban á los hijos de Enos y de Seth; sacaban los ojos á todos los que pasaban y por la noche arrojaban flechas á las estrellas. Reemplazó el granito á las frágiles tiendas, ataron todos los bloques con nudos de hierro y la ciudad parecia una ciudad del infierno; la sombra de las torres dejaba oscuros los campos; dieron á las murallas el espesor de las montañas y grabaron en las puertas: "Se prohibe entrar á Dios„. Cuando terminaron de amurallar la ciudad, colocaron al abuelo en el centro de una torre de piedra, en la que se quedó lúgubre y huraño.—"Padre mio, ya no vereis el ojo„, exclamó Tisila temblando. Cain respondió:—"¡Siempre lo veo! Quiero habitar bajo tierra, en un sepulcro, para que nadie me vea y para que yo no vea á nadie.„ Caváronle una profunda fosa, y Cain descendió, solo, bajo aquella bóveda sombría. Cuando se sentó allí, cuando sobre él cerraron las losas y se quedó escondido y tapado, el ojo apareció en la tumba, mirando siempre á Cain.

El poder igual á la bondad.

En los primeros tiempos de la creacion del mundo vió Dios un dia ir hácia él á Iblis por el espacio; Dios le preguntó:—"Vienes á pedirme tu perdon?„—"No„, le contestó el mal.—"¿Pues qué quieres?„—"Apostemos á ver quién creará un sér más hermoso.„—"Consiento.„—"Pues déjame apoderarme de tu obra y transformarla. Fecundarás la que yo te presente, y cada uno de nosotros aguzará su ingenio en la obra que cada uno de los dos forjemos.„—"Pues dispon de lo que necesites„, le contestó el Sér Supremo con desprecio.—"Necesito la cabeza del caballo y los cuernos del gamo.„—"Tómalos.„—"Preferiria la cabeza del antílope.„—"Tómala.„ Iblis entró en su antro y empezó á forjar; despues levantó la cabeza hácia Dios.—"¿Has terminado ya?„—"No.„—"Te falta algo?„—"Los ojos del elefante y el cuello del toro.„—"Tómalos.„—"Deseo además el vientre del cáncer, los anillos de la serpiente, las piernas del camello y las patas del avestruz.„—"Tómalos.„ Así como se oye la abeja dentro de la colmena, se oia ir y venir en el infierno al demonio moviendo los yunques de hier-

ro. Nadie podia penetrar lo que hacia en el fondo de la desconocida caverna. De repente, volviéndose hácia Dios, le dijo: —"Dame el color de oro.„—"Tómalo.„ Mugiendo como el toro que degüellan, el demonio se volvió á trabajar en la fragua; dió golpes con el escoplo, con el martillo y con otros instrumentos, y la horrible caverna se extremeció; las chispas que saltaban de los martillos producian una tempestad; sus ojos ardientes parecian dos carbones encendidos; rugia sin cesar; le salia fuego de las narices. Dios le preguntó:—"¿Te hace falta algo más?„—"El brinco del tigre.„—"Tómalo.„—"Ven, pues, á ayudarme„, le dijo al huracán: la caverna arrojaba llamas; Iblis, sudando mucho, se encorvaba, se retorcia, y bajo aquellas enrojecidas bóvedas se veia encendido el monstruoso herrero. El huracán le ayudaba como si fuera otro demonio. El Sér Supremo desde lo alto del firmamento volvió á decirle:—"Quieres algo más?„ Y el gran pária, levantando la triste y enorme cabeza, le dijo:—"El pecho del leon y las alas del águila.„ Y Dios arrojó desde sus alturas al rebelde obrero el ala del águila y el pecho del leon. El demonio continuó su trabajo.—"¿Qué hidra vá á crear?„ preguntaban las estrellas. Y el mundo esperaba inquieto el coloso que iba á dar á luz aquel gigante. De repente se oyó en la noche sepulcral como el último esfuerzo que lanza el último estertor; el Etna, salvaje taller del maldito herrero, lanzó llamas; el techo del infierno se hendió, y rodeado de claridad pálida y sobrenatural, se vió de las manos de Iblis saltar la langosta.

Y el sér espantoso, alado, pero cojo, al ver su creacion no se quedó avergonzado, porque abortar es la costumbre de la sombra. Sacó medio cuerpo fuera de la horrible caverna, y cruzando los brazos, arrogante y burlon, dirigiéndose al infinito, gritó:—"¡Maestro, ahora te toca á tí!„—Y el insensato, que al mismo Dios tiende una emboscada, añadió:—"Ya que me concediste el elefante, y el avestruz, y el oro; ya que tambien me permitiste que emplease en mi obra lo mejor que tienen el camello, el caballo, el leon, el toro, el tigre, el antílope, el águila y la culebra, debo yo á mi vez proveerte de todo lo que necesites para tu obra. Te doy, pues, todo lo que yo poseo.„—Dios, para quien hasta los perversos son transparentes, tendió hácia la sombra su luminosa mano y el demonio le dió la araña.

Dios cogió la araña y la colocó en medio del abismo, que no era todavía cielo azul; el espíritu miró al animal; su formidable pupila vertia luz eterna; el mónstruo, que era tan pequeño que parecia un punto negro, creció entonces, y de repente fué enorme: Dios le miró tranquilamente; extraña claridad vagó sobre la forma vil de la araña; su repugnante vientre se convirtió en globo luminoso; sus patas, trocando en esferas de oro sus nudos, se alargaron como rayos llameantes. Iblis levantó los ojos, pero deslumbrado se hundió en el abismo; porque Dios de una araña habia hecho un sol.

Los leones.

Carecian de alimento los leones en la cueva. Estaban cautivos, y rugiendo echaban de menos la libertad de que gozaban cuando recorrian á su placer la naturaleza, que provee á las necesidades de los brutos. Los leones no habian comido en tres dias; se quejaban del descuido en que los tenia el hombre, y coléricos, al través del techo de barrotes de hierro, arrastrando sus cadenas, miraban del sol poniente la claridad rojiza, y sus rugidos asustaban al viajero que, lejos de ellos, cruzaba por las colinas. Tristemente se azotaban el vientre con la cola y hacian temblar las paredes de la caverna, porque el hambre en ellos se traducia en cólera.

Aquella caverna era muy profunda; para esconderse en su fuga, Og y sus hijos la construyeron en otros tiempos; esos hijos de la tierra cavaron para ellos ese palacio colosal en medio de los peñascos; con sus cabezas agujerearon la ancha bóveda, y aquel calabozo tenia por cúpula el azur. Nabucodonosor, que entonces reinaba en Assur, hizo cubrir el centro con losas, y aquel rey salvaje encontró que el antro, que en otros dias vieron los Chams y los Deucaliones, que se edificó para gigantes, era á propósito para enjaular leones.

Eran cuatro y los cuatro horribles. Un monton de huesos tapizaba la in-

mensa caverna; los peñascos hacian sombra encima de ellos, y los leones caminaban aplastando en el enlosado esqueletos de animales y de hombres.

El primer leon venia del desierto de Sodoma: en otro tiempo, cuando gozaba de salvaje libertad, habitaba la parte más terrible y solitaria del Sin; ¡desgraciado el que caia entre sus garras! Era un leon de las arenas. El segundo salia de la selva espesa del Eufrates; cuando se le veia descender hácia el rio, todo temblaba á su alrededor; era muy difícil apresarle; para eso fué preciso que se juntasen las jaurías de dos reyes; gruñia sin cesar; era el leon de los bosques. El tercero era un leon de las montañas: cuando estaba libre, la sombra y el horror eran sus compañeros; en ese tiempo, algunas veces, entre los tupidos barrancos, se lanzaba sobre ganados de corderos y de bueyes, y todos huian de él en cuanto veian aparecer su cabeza formidable. El cuarto, mónstruo, fiero y espantoso, era el leon de las playas del mar: vagaba por las inmediaciones de las olas antes de que le redujeran á la esclavitud. Gur, ciudad fuerte, estaba entonces situada sobre la ribera: humeaban sus techos; su puerto abrigaba multitud de navíos que entrelazaban confusamente sus mástiles; aquel pueblo estaba alegre como un pájaro que acaba de adquirir la libertad. Gur tenia una plaza en la que se reunia un gran mercado; pues á ese leon le fastidiaba esa ciudad, porque le parecia que cuando queria dormirse al anochecer, habia allí demasiada gente y movian demasiado ruido. Gur era feroz y de colosal estatura. Por la noche, tres enormes y pesadas barras cerraban la entrada inabordable de dicha ciudad, y en todas las almenas de sus murallas se erguía un formidable cuerno de búfalo ó de rinoceronte. Las paredes de sus muros eran sólidas y macizas. Dos dragones monstruosos, cogidos en los juncos del Nilo y destinados por un mago á la guardia servil, vigilaban á una y otra parte de las puertas de la ciudad. El leon, una noche, á altas horas, de un brinco franqueó la colosal caverna, y furioso, hizo astillas con sus feroces dientes la puerta de la ciudad con sus triples barras, y sin ver á los dos dragones, los aplastó tambien con los goznes y con los cerrojos de la puerta, y cuando regresó hácia la playa habia destrozado la ciudad y á muchísimos de sus habitantes. Este leon estaba acurrucado sobre el vientre y no rugia, bostezaba; en aquel antro miserable despreciaba al hambre; no sentia más que fastidio. Los otros tres iban y venian; si algun pájaro batia con sus alas los barrotes de su cárcel, seguian su vuelo con la vista; el hambre les hacia saltar, y sus dientes mascaban la sombra, lanzando gruñidos roncos.

De repente, en el ángulo oscuro de aquel encierro, se abrió la reja, y en aquella temible morada apareció un hombre, que agitaba sus brazos temblorosos; vestia blanca túnica: la reja se volvió á cerrar y el hombre se quedó solo con los leones, encerrado en las tinieblas.

Los mónstruos, erizando las melenas, arrojando espuma, se preparaban á lanzarse sobre él dando horrorosos aullidos, y el hombre, con voz entera, les dijo rápidamente:—"¡Haya paz entre vosotros, leones!„ El hombre levantó la mano; los leones se pararon.

Son feroces los lobos que, para comerse á los muertos, los desentierran; lo son los osos de cráneo aplastado, y los convulsivos chacales, que durante el naufragio vagan alrededor de los arrecifes; es implacable la hiena infame; el tigre espera su presa, brinca sobre ella y la mata; pero el poderoso leon, de pasos lentos, algunas veces levanta la garra y no la baja. Los leones, en vez de acometer al hombre, se agruparon para deliberar.

El leon de las arenas dijo gravemente: —"Compañeros, cuando entró ese hombre, creí que nos lanzaba los rayos del medio dia que caen en la llanura ardiente cuando el simoun pasa; á este hombre nos lo trae aquí el desierto.„

El leon de los bosques dijo:—"En otro tiempo los murmullos de la higuera, de la palmera, del cedro y de la carrasca llegaban dia y noche hasta mi alegre caverna; hasta en la hora en que todo el mundo duerme, la hojarasca murmuraba alrededor de mi antro. Cuando habló ese hombre, su voz me pareció tierna como los píos que salen de los nidos de

musgo; ese hombre viene hasta nosotros enviado por los bosques.„

El que estaba más cerca del desconocido, que era el leon de las montañas, repuso:—“Ese hombre se parece al monte Cáucaso, en el que jamás tiembla ni una roca; tiene la majestad del Atlas, y me pareció, cuando levantaba el brazo, que se movia el Líbano; ese hombre viene hasta nosotros de parte de las montañas.„

El leon que en otros tiempos vagaba por las orillas del mar habló el cuarto, diciendo:—“Compañeros, tengo por costumbre, cuando veo grandeza, olvidar mi fastidio; por eso vivia inmediato al mar y me complacia ver en él aparecer la luna y salir el sol; la costumbre de contemplar espectáculos grandiosos me ha apasionado del abismo y de la eternidad, por lo que, sin saber cómo se llama, he visto brillar el cielo en los ojos de este hombre; este hombre, que está tan sereno ante nosotros, viene de parte de Dios.„

Cuando la noche oscureció el firmamento, el guardian de la caverna quiso ver lo que le habia sucedido á aquel esclavo, y pegando el rostro pálido á las rejas del antro, en su vaga profundidad distinguió á Daniel, que estaba de pié mirando al cielo y contemplando pensativo las innumerables estrellas, mientras que los leones le lamian los piés.

El templo.

Moisés buscaba un escultor para que construyese el altar; Dios le dijo.—“Se necesitan dos„, y hasta el santuario condujo á Oliab y á Beliseel: uno esculpió lo ideal y el otro lo real.

Booz dormido.

Booz se habia acostado rendido de fatiga, porque acababa de pasar el dia trabajando en su era; dormia en el sitio de costumbre, cerca de las medidas llenas de granos.

Ese anciano poseia muchos campos de trigo y de cebada; aunque era rico, era justo: no habia cieno en el agua de su molino, ni habia infierno en el fuego de su fragua.

Ese hombre marchaba puro, huyendo de los senderos oblícuos, vestido de lino blanco y de cándida probidad, y siempre hácia los pobres se vaciaban sus sacos de grano, como si fuesen fuentes públicas.

Booz era tan buen señor como cariñoso amigo; era generoso, á pesar de ser económico; las mujeres miraban á Booz más que á un jóven, porque el jóven es hermoso, pero el anciano es venerable.

Booz dormia por las noches cerca de sus trabajadores, cerca de las muelas; los segadores se acostaban formando grupos; esto sucedia en tiempos muy remotos.

Las tribus de Israel tenian por jefe un juez; la tierra que el hombre vagabundo iba recorriendo, abrigándose bajo flotantes tiendas, tenia impresas las huellas de piés de gigantes, y estaba aun mojada y blanda por acabar de pasar el diluvio.

Como dormia Jacob, como dormia Judit, Booz dormia, tendiéndose sobre ramas y sobre hojas; y una noche, entreabriéndose la puerta del cielo, descendió un sueño hasta aquel anciano justo.

En ese sueño vió Booz una encina que, saliendo de su vientre, se prolongaba hasta el cielo; una raza subia por ella como si fuese una larga cadena; bajo cantaba un rey y en la parte más alta moraba un dios.

Y Booz murmuraba con acento sincero y asombrado:—“¿Cómo es posible que todo esto salga de mí? He cumplido ya ochenta años; no tengo hijos y no tengo ya mujer.

„Hace ya tiempo que la que durmió conmigo abandonó mi lecho por el lecho del Señor, y todavía estamos entre-

mezclados ambos, porque ella está semiviva y yo estoy semi-muerto.

———

„¿Cómo he de creer que de mí nazca una raza? ¡Imposible es ya que yo tenga hijos! Cuando el hombre es jóven, goza de brillantes auroras y saca la luz de su oscuridad.

———

„Pero cuando es viejo, tiembla como el abedul en el invierno; soy viudo, vivo solo y encorvado, y mi cuerpo se inclina hácia la tumba, como el buey sediento inclina la cabeza hácia el agua.„

———

Así habló Booz en el éxtasis de su sueño, dirigiendo hácia Dios los cerrados ojos; el cedro no siente la rosa que crece en su base, y él no sentia una mujer que estaba á sus piés.

———

Mientras soñaba, la moabita Ruth estaba tendida á los piés de Booz, con los pechos desnudos, esperando no se sabe qué rayo desconocido que le trajera del despertar la claridad súbita.

———

Booz no sabia que tenia á su lado una mujer y Ruth no sabia tampoco á lo que Dios la destinaba: fresco aroma salia de las matas del gamon, y las brisas de la noche flotaban sobre Galgala.

———

Aquella sombra era nupcial, augusta y solemne; sin duda en ella veian los ángeles, porque durante la noche se vió pasar un objeto azul que parecia una ala.

———

La respiracion de Booz, que dormia, se confundia con el murmullo sordo de los arroyuelos que corrian por el musgo; sucedia esto en el mes en que es más tierna la naturaleza y en que las colinas tienen azucenas en sus cumbres.

———

Ruth soñaba y Booz dormia; la noche lo oscurecia todo; las campanillas de los rebaños se agitaban vagamente; inmensa bondad se desprendia del firmamento; era la hora tranquila en la que los leones van á beber.

———

Todo estaba en reposo en Ur y en Gerimadeth; los astros esmaltaban la sombría esfera; la luna ténue y clara brillaba en el Occidente, y Ruth, inmóvil, se preguntaba, entreabriendo los ojos, qué Dios, qué segador del eterno estío, al marcharse, arrojó negligentemente aquella hoz de oro en aquel campo de estrellas.

Dios invisible para el filósofo.

El filósofo profeta caminaba montado en un asno, y caminaba pensativo. Adivino de los pueblos, vendia á los paganos maldiciones, sin saber si en las tinieblas se abrian algunas manos para recibir sus vagos anatemas. Venia de Phetor, iba hácia Balac, era hijo de Gomorra, mago de Assur y rey del pueblo moabita. Habia salido de la oscuridad, en la que reina el espanto, y el abrigo de las espesas encinas, que el huracán furioso sacude. Pensativo, dejaba que su montura andase al acaso, pues su espíritu caminaba por otras regiones, y se preguntaba á sí mismo:—"Todo está vacío? ¿Y el fondo de todo no es más que el abismo donde desaparecen los espectros? ¿La prodigiosa sombra no tiene personalidad? ¿Las olas que murmuran no son voces que razonan? Hace ochenta años que vivo en aislado refugio, mirando cómo brillan los astros de la noche y escuchando los sollozos que lanza el aire en las nubes. Vive acaso el abismo? Buscamos quizás larvas extenuadas? Sé el asirio, el árabe, el persa y el hebreo, y no sé nada. ¿De qué nada profundo somos los sirvientes?...„ De este modo, pálido, meditaba, cuando el asno se paró y le dijo:—"Yo veo lo que tú no ves.„

Primer encuentro de Cristo con la tumba.

Por aquellos tiempos Jesús estaba en la Judea, donde curó á la mujer poseida, donde devolvia el oido á los sordos y curaba á los que padecian la lepra; los sacerdotes le espiaban y murmuraban de él en voz baja. Mientras regresaba hácia la ciudad bendita, Lázaro, que era un buen hombre, murió en Betamia: Lázaro era hermano de Marta y de María. María en una ocasion compró el perfume más exquisito que pudo encontrar

para lavar los piés del cariñoso Maestro. Como Jesús profesaba gran afecto á los tres hermanos, no faltó quien le dijera en seguida que Lázaro habia muerto.

Al dia siguiente, cuando el pueblo acudia hácia él y le rodeaba, Jesus le esplicaba la ley, los libros y los símbolos, y como Elías y Job, le hablaba por medio de parábolas. Diciendo estaba lo siguiente:—"El que me siga será semejante á los ángeles. El hombre que camina durante toda una jornada, sin encontrar pozo ni hostería, si no cree, cuando llega la noche está cansado y triste, y jadeante cae en tierra. Si cree en mí y reza, puede en el mismo instante continuar su camino, porque recuperará las perdidas fuerzas.„ Despues, interrumpiéndose, dijo á sus discípulos:—"Nuestro amigo Lázaro duerme y yo voy á despertarlo.„ Los discípulos le contestaron:—"Nosotros, Maestro, iremos donde tú quieras ir.„ Desde Jerusalen hasta Betamia hay tres jornadas. Jesús partió. Durante esta travesía, que hizo solo y pensativo, sus vestiduras parecian blancas y luminosas.

Cuando Jesus llegó, en seguida se le apareció Marta, que cayó á sus piés llorando y diciéndole:—"Si hubieras estado en nuestra compañía, Maestro, no hubiera muerto Lázaro; pero llegas tarde.„—"Qué sabes tú, mujer? Solo el segador dispone de la cosecha.„

María se habia quedado sentada en casa. Marta la dijo:—"Ven, que el Maestro pregunta por tí.„ Entonces ella acudió y Jesús la preguntó:—"¿Mujer, por qué lloras?„ María cayó de rodillas y sollozando á sus plantas.—"Tú solo eres fuerte, exclamó; no hubiera muerto Lázaro si hubieses estado con nosotros.„ Jesús replicó:—"Yo soy la luz y la vida. Dichosos los que siguen mis huellas! El que cree en mí vivirá, aunque haya muerto.„ Y Tomás, conocido por Dimas, estaba presente. Y el Señor, cuya sombra seguian Juan y Pedro, dijo á los judíos, que en gran número habian acudido para verle y para oirle:—"¿Dónde le habeis enterrado?„ Le señalaron con la mano, en un campo inmediato á un bosque, un sepulcro, situado al lado de un torrente.

Jesús lloró. Al ver sus lágrimas, exclamó la multitud:—"Cómo le queria! El que rechaza á Satanás y le somete, si fuera Dios, como se dice, ¿hubiera dejado morir á un sér tan querido?„

Marta condujo á Jesús hasta el sepulcro de Lázaro, que estaba cerrado y tenia encima una losa.—"Creo en tí, dijo Marta, como creen Juan y Pedro; pero hace cuatro dias que Lázaro está enterrado.„ Jesús la replicó:—"¡Cállate, mujer! porque si tienes fé, en este sitio vas á ver brillar la gloria de Dios. Es preciso que caiga esa losa.„ La losa cayó y quedó descubierto el interior del sepulcro.

Jesús elevó los ojos al cielo y caminó solo hácia aquella cavidad en la que yacia el muerto vestido con el sudario, é inclinándose hácia él, dijo con sonora voz:—"Lázaro!„ Entonces el muerto salió del sepulcro, y á pesar de tener los piés atados, se puso en pié. Jesús exclamó:—"Desatad á ese hombre y que se vaya.„ Los que vieron aquel milagro creyeron en Jesucristo.

Entonces los sacerdotes, atemorizados, se reunieron en la morada del pretor de Roma; sabiendo que Cristo habia resucitado á un hombre, y habiando presenciado cómo se abrió el sepulcro, dijeron unánimes:—"Ya es hora de que muera.„

III.

SUPREMACÍA.

Supremacía.

Cuando los tres grandes dioses encerraron á los demonios en un calabozo, cuando expulsaron los mónstruos de las alturas, quitando las garras á la hidra, al dragon las alas, y cerraron en la sombra eterna aquel monton de fieras aullantes, los tres reyes, Vayon, dios del Viento, Agni, dios del Fuego, é Indra, dios del Espacio, se sentaron en el zenit, al que no llega la cumbre de ningun monte, y ostentando cada uno de ellos un astro en la frente, en el radiante cielo, exclama-

ron con orgullo:—"¡Somos los únicos dioses!„

De repente ante ellos surgió en la oscuridad una luz que tenia ojos, como si fuera un sér sobrenatural. Nadie podia saber lo que era esa luz, y como brilla en el fondo de un bosque un rayo de luna en una senda estrecha, resplandecia, recta é inflexible, como un faro que se eleva en lo más alto de un arrecife. Los tres dioses se quedaron asombrados, exclamando:—"Qué es eso?„

"Dios Vayon, dijeron Agni é Indra, habla á esa luz, que ella te responderá. ¿Crees poder averiguar lo que es?„—"Puedo averiguarlo„, contestó Vayon. Reinaba gran silencio en las profundidades desiertas y huia de ellas el águila lo mismo que el alcion. Vayon se fué en derechura hácia aquella luz.—"Quién eres?„ le preguntó el dios fuerte y supremo. La aparicion le contestó:—"Y quién eres tú?„ Vayon repuso:—"Soy Vayon, el dios del Viento.„—"¿Qué poder tienes?„—"Puedo, levantándome nada más, mudarlo todo de sitio, alborotar las olas, encorvar las encinas, arrancar todos los quicios, romper todas las cadenas, arrebatarlo todo.„ La aparicion tomó entonces una brizna de paja y le dijo:—"Arrebata esto.„ Antes de recibir contestacion, la aparicion entregó á ese dios la arista.

Entonces, relampagueando iracundos los ojos del dios Vayon, engrandeciéndose hasta tocar el cielo, desató las nubes torrenciales, dejó en libertad á los huracanes feroces y se oyó mugir el simoun de los desiertos, removió é hizo estallar una tempestad de truenos; tembló todo el universo desde su base hasta su cima, pero la arista de paja permaneció impasible, sin moverse, á los piés de Vayon. El dios quedó asombrado.

—"Dios del Viento, hermano nuestro, dínos si has podido averiguar qué es esa luz.„—"No„, contestó Vayon á los otros dioses.—"Agni, dijeron Indra y Vayon; á ver si tú lo averiguas.„—"Lo averiguaré„, contestó Agni.

El dios rojo, que el agua teme y ante el que se arrodilla y medita el bouddha, se dirigió hácia la claridad serena y la preguntó:—"Quién eres?„—"¿Y quién eres tú?„ la aparicion le contestó:—"El dios del Fuego.„—"Qué poder tienes?„—"Tengo tan gran poder, que si quisiera incendiaría el cielo, los mundos, los soles y todo.„—"Quema esto„, le contestó la claridad, presentando al dios la arista de paja.

Entonces, como un ariete perfora una muralla, Agni, dando descomunal patada, hizo saltar por todas partes llamas formidables; hálito terrible de fuego, como si saliera de una fragua, llenó todo el firmamento; eclipsó el dia un vómito de centellas, entremezclado con tanta oscuridad, que la mitad del cielo permaneció mucho tiempo sombría; así vomita el Vesubio, así llamea el Hekla. Por fin, el inmenso vapor se disipó, y cuando el dios Agni, alma del incendio, le extinguió, vió la brizna de paja á sus piés, que ni siquiera la habian tocado el fuego ni el humo.

Agni se incorporó á sus compañeros, que le preguntaron:—"Dios del Fuego, sabes ya lo que es esa luz?„—"No„, respondió Agni.—"Compañero Indra, dijeron entonces Agni y Vayon, ¿podrás tú averiguar qué es esa claridad que nos mira?„—Indra contestó:—"Lo averiguaré.„ La claridad seguia brillando tranquila y el cuarto dios se dirigió hácia ella.

—"Quién eres?„ la preguntó Indra.—"Y quién eres tú?„ la aparicion le contestó.—"Soy Indra, dios del Espacio.„—"Qué poder tienes?„—"Sobre su concha la divina tortuga, que tiene siempre los ojos abiertos, lleva al elefante blanco, que á su vez lleva al universo, y alrededor del universo está el infinito: su abismo contiene todo lo que vive, nace, muere, sufre, reina, pasa ó permanece, en la cumbre, en el centro, arriba ó abajo; esto es el espacio, y yo soy su dios. Para mí la vida oscura me abre todos sus registros; soy el gran vidente de las siniestras profundidades; nada se me escapa de lo que sucede en el edén ni de lo que sucede en el infierno, nada se libra de mí mirada; si algun sér dejara de ser visible para mí, seria Dios y yo no lo seria, y esto es imposible. Siendo la enormidad, veo la inmensidad, veo toda la noche y todas las claridades, veo el últi-

mo sitio, veo el último número, porque mi pupila alcanza la extremidad de la sombra. Tengo en mis manos el tiempo, el espíritu, el ayer, el hoy y el mañana. Desde el azul sin límites, en el que los cielos sobre el cielo dan vueltas como un rodaje de luminosos ejes, hasta la nada que se apodera de los muertos, en la que trabaja el gusano, lo sé todo y lo veo todo.—"¿Ves esta arista de paja?„ le preguntó la extraña claridad, de la que salia una voz. Indra inclinó la cabeza y exclamó:—"La veo. Ya te dije, luz, que yo abarco todo lo que existe; tú misma, óyelo bien, no puedes desaparecer para mí, ni siquiera puedes eclipsarte ante mi vista.„

Apenas terminó de hablar Indra, la arista de paja desapareció.

IV.

ENTRE GIGANTES Y DIOSES.

El gigante á los dioses.

EL GIGANTE.

Una palabra. Si por casualidad creeis que la yerba inundada de rocío que me sirve de lecho la he dispuesto así para que alguno siente en ella los piés, y que cualquiera puede venir á molestarme en mi soledad; si os habeis figurado que se puede entrar en mi morada sin que yo vuelva la cabeza para ver quién viene; si os habeis creido que permitiré que me molesteis haciendo agujeros en mis bosques, encorvando los pinos, destrozándome las encinas, expulsando las águilas de mis dominios, pisoteándome las flores; si os habeis creido que podeis venir á enamorar á las ninfas de los bosques, que son unas necias; si os figurais que podeis traer por las noches á mis grutas á la Vénus, con quien todos vosotros os casais; si creeis que no tengo ojos y que dejaré que os revolqueis en mis juncos, que ensucieis los limpios manantiales, que os dejaré, como si fuérais ladrones, ir y venir y vagar por mis estados; si os habeis imaginado que os he de ver reir, sembrar el sobresalto, enamorar, hacer lo que os plazca en mi casa, sin trataros como á los osos que persigo en la selva; si creeis todo eso, me teneis por más bestia de lo que soy.

JÚPITER.

Cálmate.

VÉNUS.

Podemos hacer en el Olimpo todo eso, buen hombre.

EL GIGANTE.

Sí; yo ya sé que porque mis miembros son colosales y porque los dedos robustos de mis piés parecen troncos de sauce, porque fuí creado de la pasta grosera con que se formó la tierra y los montes; ya sé que porque cuento más años que las más antiguas rocas y porque no soy tan gentil y tan lindo como vosotros; porque soy una especie de montaña con forma humana; ya sé que porque tengo el aspecto de un bloque ó de una torre, paso ante vosotros por estúpido. Os reís de mí y creeis que impunemente podeis hacer conmigo todo lo que querais. Probadlo, pues. Si lo ignorais, os diré que la serpiente Strix tenia cuarenta dardos y la hidra Phluse trescientos piés; pues yo, con mis poderosos puños, destrocé á las dos. Ahora venid contra mí, si os atreveis. ¡Guardaos bien de venir á incomodarme! No quiero que me importunen los olímpicos, porque si vienen á incomodarme, todo el mundo verá cómo los expulso de aquí.

Palabras de gigante.

Me vencísteis, pero contemplad mi talla ¡oh dioses! Despues de haberos combatido, permanezco siendo una montaña; y á vosotros, para quienes solo soy un estorbo, apenas os diviso en lo profundo del firmamento. No me importa que existais: yo duermo tranquilo.

Hombres troglodytas, que jamás sabeis lo que decís; vivientes que hormigueais confusamente en la sombra, nutriendo los gusanos de vuestros instintos; vosotros á quienes espera el sepulcro, sabed que la deprecacion es una connivencia y no me compadezcais. Enanos prometidos á la tumba, temblad si quereis, pero no pretendais que yo tiemble.

A mí nada me importa que Vénus,

diosa de ojos de grulla, que el estúpido y sangriento Marte, que la regañona Diana se rian del destierro en que vivo ó me frunzan el ceño; nada me importa que sobre mí todo el Olimpo grite ó viva en la disolucion; que Júpiter, alegre, infatuado, truene y desencadene los vientos y los relámpagos; todo esto me es igual, porque yo soy tres veces más alto y más profundo que el Océano. Hombres, me rio de los lazos con que os ata el miedo. Todos los olímpicos no son para mí más que populacho; se llaman á sí mismos dioses y todos son bandidos de las altas esferas; las montañas, los bosques y los valles todavía están asustados de sus violaciones; lo sé; y habiendo permanecido ahora casi solo en ellos, aunque me quedé extremecido por la inmensidad de mi caida, no los temo; y si tratan de aproximarse hácia mí, los esperaré y los apedrearé, lanzando contra ellos rocas y peñascos; no dejaré nunca de llamarles como se merecen, esto es, ladrones y malhechores, y me importa poco que se resientan ó que no se resientan.

Parece que, tercos en su ódio, los dioses, desde lejos, desde sus dominios, me amenazan; pero yo no hago caso y no me preocupo en saber si el relámpago es la claridad que despide un dios. Solo me ocupo en tocar la flauta en las pendientes de los bosques y dejo que los dioses gruñan contra mí. ¿Creen acaso que me dignaré levantar la cabeza y que interrumpiré mi meditacion ó mis canciones porque los rayos crucen por el horizonte?...

Los tiempos pánicos.

Los dioses se han dicho á sí mismos:—"Somos la materia. Habitamos en la insondable frontera, más allá de la que no hay nada; nos apoderamos del universo por el mal que reina bajo nuestros diferentes nombres, por la guerra, por la orgía, por medio de Cupido y por medio de Astarté. El huracán impera á nuestro alrededor, y lo vemos impasibles; las estaciones son los carros cuyas riendas dirigimos; el Olimpo está ya para siempre colocado en la cima de la vida; Chronos quedó nuestro prisionero; hemos esclavizado á Geo; disponemos de todo. Gocemos, pues; tenemos á nuestras plantas un enlosado de esqueletos, que es la tierra, y un techo aéreo sobre nuestras cabezas, que es el cielo; nos han edificado templos y celebran fiestas en nuestro honor; ante nosotros se arrodilla el mundo. Los primeros que nacieron del abismo eran superiores á nosotros, pero les echamos encima el Othryx y el Cáucaso, y en estos momentos un monton de rocas los aplasta; prosigamos y terminemos nuestra obra; continuemos dilapidando con montes á los gigantes.„

Triunfaron los dioses en todas partes; no quedó un monte que no fuera herido; el sangriento Atlas quedó negro por la reunion de horribles nubarrones; el Chalcis, donde graznan los buhos; el Thrace, donde se adora una espada vieja y oxidada; el Hemoine, sitio predilecto de los relámpagos, son silenciosos desiertos donde se amontonan las ruinas. Una piel de sátiro despellejado cuelga de la sombra, pues la lira castigó á la flauta en el bosque. El manantial lloroso solloza con débil voz. ¿Qué se hicieron los felices tiempos de Evandro y de Saturno? Entonces se amaba; ahora se teme. El universo se ha quedado oscuro; el azur aborrece á la mañana, que es una doradora inútil; la sombra augusta se llena de terror y repele; se oyen suspiros ahogados en los mármoles; debajo de los árboles son visibles los simulacros de los espectros, signo del vasto tedio. En otros tiempos los bosques eran crédulos, hoy tienen miedo; tiemblan pensando en los austros que con frecuencia llenan de traiciones el éter, pues el huracán llegó á ser esclavo de Júpiter. Las cavernas de los hijos de Inachus están vacías; el gran Orfeo murió á manos de las bacantes; solo los dioses quedan en pié, y la tierra sufre el horror terrible de los vientos.

Tebas adora temblando al rayo triunfante, y tres rios, la Stigia, el Alfeo y el Stymfalo, se hundieron bajo tierra y ya no han reaparecido. El Aquilon pasa regañando y gruñendo; no se sabe qué complot trama el Euro con el Bóreas; el Fauno se esconde como un animal asustado; ya no existen Titanes; Mercurio eclipsó á Hiperion; Céfiro canta y baila como un histrion, y los Cíclopes castigados, como son cobardes, se han convertido en ciervos y han hecho paces con los dioses, pues los servicios viles son propios de los séres indignos; Vulcano, el dios

patizambo, los emplea en su fragua, confia en ellos, los gobierna y distribuye el trabajo entre esos gigantes; Brontés construye trípodes que hablan; Pyracmon forja espectros de metal que hace mover un demonio; nadie resiste ya á los dioses; el enamorado Polífemo se ha quedado imbécil y Galatea se rie con Acis.

Los campos casi no tienen flores; los dioses, que son perversos, parece que hayan cogido todas las rosas. Hacen la guerra á Pan, al sér, al abismo, á todo; han oscurecido hasta la vista del lince, han hecho que confiesen las esfinges, han desgraciado á las hidras, han aumentado los fantasmas del infierno, lo han trastornado todo; la tierra fué el campo de batalla de los dioses y les sirvió de víctima; han hecho perecer á todos los que les sobrepujaban en talla, y destruyeron sin compasion á todo el que tenia grandeza.

Los lagos están indignados de los montes que reflejan, porque los montes han hecho traicion; en las cumbres donde blanquean los huesos de los hijos muertos por las flechas del cielo, la piedra que en otro tiempo fué Niobe medita; la vasta Africa parece que la hayan desterrado y que la hayan maldecido; el Nilo oculta sus manantiales, porque tiene miedo de que los dioses rompan su urna; se comprende en todas partes que hemos llegado al fin y al límite; el estanque, límpido debajo de un monton de ramas, parece el ojo trágico y brillante del calenturiento que se muere; el sobresalto se apodera de Delfos en la Grecia y de Ellorah en la India; Febo usurpa en el cielo el carro solar, y puede juzgarse de la cólera que se apodera de Démeter, abuela augusta de Ceres, por el temblor feroz que agita los bosques. La tierra tenia un alma y los dioses se la han arrebatado. La ausencia de los gigantes entristece á los leones.

El titán.

I.

En el Olimpo.

Vasta montaña ocupa todo el espacio que llenan los hombres; es el Olimpo. No hay cielo. Esa sombra es la que nos envuelve. Habitan en esa montaña el orgullo, la voluptuosidad feroz que entona cantos lascivos, la guerra sacudiendo su haz de rayos; Vénus espléndida y desnuda, el homicida Marte, el ladron Mercurio, el incesto sonriéndose y embriagado, el parricidio tronando, el lívido Pluton, que tiene el infierno por aureola; el loco Neptuno, víctima del vago Eolo; el tempestuoso Júpiter; Diana, mirando vagamente; ocupa además esa montaña todo lo que el augur y el flamen imaginan ó inventan, todo lo que se venera en Corinto, en Siena y en Pafos; la opresion, la sed de sangre y de matanza, el impudor que sobrevive á la guerra sobrenadando, el exterminio de los hijos de Jafet; toda la cantidad de crímen que puede en la oscuridad de un templo adorar el hombre: todo eso sobre la cumbre fatal de ese monte brilla.

En otros tiempos la tierra era feliz porque era libre, y siendo la equidad la base de su equilibrio, tenia hijos grandes, que eran los gigantes, y pequeños, que son los hombres; nadie osaba perjudicar á la criatura; las calamidades temian á la naturaleza sagrada; los pantanos no encerraban la peste y los austros no alborotaban al mar; todo era entonces belleza, ternura y primavera; la égloga sonreia en el bosque; las fosas se entreabrian para dejar salir de ellas á las palomas; la osa amamantaba al cordero, y el leon le lamia; el hombre gozaba del bienestar que nace del candor; nadie conocia aun á Pluton ni á Mercurio, que más tarde creó á Sidon y á Tharsis y esculpió el caduceo en las murallas impuras de Sarepta; no se conocian aun los verbos corromper, vender y comprar; todo se daba entonces. ¡Tiempos felices fueron los de Rhea y de Evandro! A la leche que los arroyuelos derramaban en los campos ha sucedido el vino, que originó las orgías; la leche les hacia buenos y el vino los convierte en locos. ¡Hermosos y pasados dias, en los que la tierra era la amada y el cielo era el esposo, en los que temblaban cariñosamente las ramas y las hojas, en los que los cíclopes hacian sonar la flauta en las laderas de las montañas!

La tierra es ahora parecida á una almadía que zozobra. Los dioses son unos advenedizos que reinan, y cuya grandeza la formó la caida de todo. Su banquete

resplandece en la tierra y la mata de hambre; devoran el amor, el alma, la carne, la mujer, el bien, el mal, lo falso, lo verdadero y la inmensidad. ¡Qué contentos y qué felices están en sus festines! ¡Cómo saborean la gloria de ser grandes, de ser dioses y de estar solos! ¡Cómo se burlan de los viejos y enterrados gigantes! Han asesinado todas las primitivas verdades. Las Horas, que son unas prostitutas, los rodean lascivamente, enseñándoles sus viles atractivos, ofreciéndoles el sagrado porvenir, del que ellas no pueden disponer. Hebe les escancía el vino que nunca apaga su sed; tres bailarinas, Talía, Aglae y Terpsícore, danzan melodiosamente delante de ellos. ¡Muy grato debe haberos sido producir el mal que os elevó á la categoría de dioses! Halagüeño debe seros morar en sitios inabordables, torturar, gozar y vivir en el deslumbramiento que os producen los pechos desnudos de las Gracias. Esos inmortales destruyeron á Craos, á Neftis, á Anteo y á Otase, y son tan adorados como odiosos: pierden la razon á fuerza de ser dioses, pues para ellos la ferocidad es la verdadera alegría, y Baco hace que dos tigres arrastren á la embriaguez. Cada uno de ellos tiene en la mano una copa de oro puro para vaciarla sobre el seno de una jóven. En Creta, sobre su trípode, y en Cunas, dentro de su reja, la Sibila les entrega á través de los hierros el secreto del rayo, porque esa loba conoce el fondo fatal de todo; el mundo entero tiembla al ver las metamórfosis de los dioses, y el bosque, en el que apenas penetra la claridad, al ver un mónstruo, teme que sea un dios. ¡Cómo gozan al ver la tristeza del universo! ¡Cómo están convencidos de que nadie les iguala y comprenden que son fuertes é inmortales! ¡Qué tranquilidad les dá saber que son al mismo tiempo tiranos y verdugos, dogmas é ídolos! ¡Cómo gozan horrorizando á las locas pitonisas, haciendo amar á las bacantes, dando estupor á los sábios! ¡Cómo disfrutan de disponer del antro, del eco, de todos los sitios, de todos los extrépitos, desde el Etna hasta el trueno, de todas las torres, desde Faros hasta Babel! ¡Cómo disfrutan de poseer la noche, el viento, los bosques, el mundo entero! ¡Son tan poderosos que asustan á los leones, que doman á las águilas, que ponen el Ossa sobre el Pelion, que tienen todos los mares por pueblos suyos y todas las montañas por tronos! Debajo de ellos, el temblor de las flechas en los blancos, el paso tempestuoso de invisibles jaurías, los carros que ruedan, las legiones que cruzan, el ruido lúgubre que producen las religiones, voces extrañas que salen de oscura abertura, realizan, á los piés del Olimpo, vasto y siniestro anonadamiento; y la tierra, en la que la vida confusamente vegeta, á las plantas de ese grupo ideal y monstruoso que lanza las calamidades, que es á la vez sembrador y segador, solo es un inmenso nubarron que flota. De vez en cuando, alrededor de la montaña se entreabre ese nubarron, y entonces se distingue en esos séres, que baña divina claridad que se enciende bruscamente, saltos de rayos, como si sobre ellos se hubiera aplastado la luz; despues la elevada cumbre vuelve á recobrar su altiva sombra, y solo se ven ya sus sangrientos altares, solo se oye ya cómo los inmortales se rien.

Qué hacen entre tanto los hombres? Se extremecen. Suenan los clarines en los campos y en los templos; humean el incienso y las hogueras, y el destino, desde su sombrío antro, desde lejos, todo lo aplasta en la sombra inmensa y pasan los pálidos vivientes mirando al Olimpo al través de las nubes de humo, pasan silenciosos, sabiendo que la suerte los combate; lo aceptan todo, vida y tumba, llamas y cenizas, todo lo que plazca á los reyes, todo lo que plazca á los dioses; tan acobardados están!

II.

Debajo del Olimpo.

Esto no obstante, uno de los hijos del mundo, un titán, con la frente sombría, con la boca espumosa, Phtos el gigante, el primogénito de los colosos vencidos, mientras en las alturas los dioses, que Baco embriaga, retozan con alegría sentados en la mesa real, medita maniatado debajo de un espantoso monte. Los dioses le sepultaron en un subterráneo, bajo del Olimpo, atándole con una cuerda de metal, y despues le dejaron allí abandonado, que la victoria feliz canta y olvida: Phtos medita, sondea, cava y registra el pasado, el porvenir y la nada. ¡Triste es para un gigante verse vencido! El pigmeo no se avergüenza, porque comprende su pequeñez; solo los corazones

de los titanes sufren la gran tristeza; asombrado ese vencido, llora lágrimas de sangre y medita.

Qué caida la suya! Los dioses han empezado á combatirse unos á otros y la tierra es su víctima. Phtos se muerde los puños de rabia, y su propia respiracion le ahoga. Su cuerpo está acribillado de heridas. El cable que Vulcano forjó de flexible bronce le oprime; resuella con gran esfuerzo, oprimiéndole la garganta un nudo de metal. Phtos medita, y serenándose ese furioso, desprecia indignado las cadenas, las heridas y su tortura.

III.

En lo que se han convertido los gigantes.

Medita en el augusto pasado de los poderosos terrígenes (1), ahora dispersados en osarios diferentes; vastos miembros del augusto mónstruo universo, encerraban toda la tierra aquellos hombres enormes; y ahora, confundidos con los montes, en los que yacen, castigados por el destino, ó muertos, ¿dónde están? Debajo de abyectos peñascos, constituyendo las cariátides de los ardientes Tenares y de los fétidos Cocitos: Encélado tiene sobre él el humeante Etna, que le sirve de presidio, y de aquel monte se vé salir su pié, que parece un pedazo de la montaña; Thor está bajo un terrible escollo, que mañana se llamará la Bretaña; encima de Anax, el gigante de Tyrinto, Arachné hila cáñamo; ¡con tanta seguridad está encadenado! Pluton, despues de encerrar á Kothos en el Erebo, clavó sus cien manos en las cien puertas de Tebas; Mopse se desvaneció bajo el monte Athos; todos los gigantes, como los séres colosales como montes, son esclavos, unos en los ventisqueros, otros en la lava de los volcanes; todos sufren la tortura de algun infierno. ¿Qué hicieron esos dioses bandidos de Prometeo? Nadie conoce á fondo el crímen de Tántalo: por haber contemplado á la fatal mujer que tomaba el baño, Acteon huyó á la oscuridad; y qué hizo Adonis? ¡Cuántos héroes sacrificados! ¡Cuántos inocentes castigados! Phtos repasa en su memoria la desgraciada suerte que ha cabido á todos sus hermanos, y recuerda que Star sufre en Lesbos la afrenta de recibir á todas horas el excremento de los stercorarios; Cerbero yace en Eflops, combatido por mil relámpagos; sobre Megarios pesa el monte Ida; Darse sufre sin cesar el choque de un oleaje siempre alborotado; Rham está tan asegurado en su cautiverio, que no ha podido aun desatar los nudos que le agarrotan; Atlas sufre la carga de un mundo, y cuando cambia de postura hace crugir el Polo; Liparis está atado debajo de un volcán, y los titanes, Stellos, Talemon, Ecmonide, sucumbieron heridos por las flechas del éter en la brusca emboscada que les preparó Júpiter. Los gigantes y los colosos, que eran los guardianes de la edad de oro, sucumbieron en la batalla, y los dioses los han reemplazado. La tierra no tiene alma, el cielo no tiene quien le espíe, porque se quedaron solos esos espantosos reyes. Se burlan en el Olimpo, porque allí llegan las quejas del mundo convertidas en cantos, y se aturden y son inclementes. Phtos, colérico, exclama:—"Los dioses tienen razon; los cuatro elementos no se defendieron bien, se dejaron encadenar, y el mal triunfó. ¿Cómo oponerme á ello, preso y agarrotado?„

(1) *Terrígenes*, hijos de la tierra; así se llamaban los gigantes y los titanes.—(N. del T.)

IV.

El esfuerzo.

El agua corre, el caballo se deshierra, y él, que es titán, cuyo corazon lanza lava como un volcán, él, que se llama Phtos, ¿no podrá romper su prision ni su cadena? En su rabia, en su furor, se retuerce los huesos, tiende las vértebras, se debate. De repente, haciendo un violento esfuerzo, hiende la argolla y hace saltar sus nudos. Los peñascos sienten que se mueve aquel sér extraordinario, y la ruidosa alegría de Phtos parece el fragor del trueno. Ya está libre!

Pero no; pesa sobre él una montaña. Rompió los anillos de hierro, pero se opone á su libertad una mole de granito. Cómo librarse de ella? ¿Pero qué le importa á una montaña al que puede romper cadenas? Indudablemente se escapará. ¿Qué le importan el precipicio que tiene bajo y las escarpaduras que

tiene arriba? Ferozmente con las uñas desempiedra su calabozo, arrancando losa tras losa, hasta que consigue abrir un agujero profundo, en el que se sumerge y se arrastra por él, entrando en un vacío espantoso. Se encuentra en una cavidad interior del antro, en la que serpenteando avanza. Hiende los bloques mal ajustados; con sus enormes puños disloca los peñascos, los entrecruzamientos de raices vivas, las corrientes de agua que humedecen las hendiduras; todo lo franquea y recorre el granito, los miasmas, las tinieblas y los bajos profundos del Olimpo. De vez en cuando se pára, escucha y oye encima de él que los dioses se rien y que la tierra llora.

Acostado, como la pantera, procura abrirse camino y vé lo que no tiene nombre. No está ya preso; ¿pero se ha fugado? No. Cómo ha de huir? Este amargo pensamiento le encoleriza. Vé que tiene que permanecer en las entrañas sagradas de la tierra, su madre, en la que todo es estancacion, negrura, tumba. Le enfurece pensar que están los dioses libres y triunfantes en las alturas y que se han apoderado de toda la tierra. Hasta la misma sombra le parece hostil y refractaria. No puede morir; pero podrá renacer? Prosigue caminando. Registra la nada y la nada se le resiste. Acecha, zapa, cava, inventa un camino y huye.

V.

El interior de la tierra.

No vé ni un rayo de luz, no aspira ni un soplo de aire, no hay hendiduras en su noche; se arrastra. Despues de pasar por cavernas, en las que gruñe una hinchazon de azufres y de lavas, atraviesa corrientes de agua disformes; ¿pero qué le importan la ola, la llama y la sombra al que busca el fondo, el desenlace, el fin, la libertad, la salida? Su cráneo le sirve de ariete, sus manos de maza; buzo de lo ignorado, crispando sus membrudos brazos, aparta montones de monstruosos obstáculos, agujerea del caos las pálidas casamatas, y lleno de sangre y de fango, está tan formidable que enamoraria á Vénus. Las piedras ásperas y crueles despellejan sus miembros desnudos, y en su cuerpo, acribillado por sanguinarios salidizos de rocas, se abren enormes cicatrices.

El agua le hiela, el fuego le quema, la sombra se le opone; pero el deseo implacable de evasion le arrastra: resollando, rechinando los dientes, lleno de sangre, luchando, se abre tortuoso camino, cae, se hunde, escucha, y conoce que el ruido vá debilitándose, y enloquecido por la caida y por el abismo, desciende y oye todavía las risas; ¡tan poderosa es la voz de los dioses! El camino que cava y que vá cruzando es espantoso, y ya ese terrible fugitivo no solo tiene encima de sí el Olimpo, sino tambien la tierra.

De repente cesan todos los ruidos. Lo que los hace callar es el fin del sér y de la esperanza, la inhospitalidad siniestra del fondo negro, la cloaca donde más tarde se hundirá Sodoma, el subsuelo tenebroso del mundo. Más lejos ya no se vive. Vé sombra por todas partes. Vé ante sí el abismo abyecto, el frio desvanecimiento, la niebla del Leteo, esa cosa sin nombre, el universo abortado, lo que veria si el olvido pudiera verse. El titán mira lo invisible. Phtos, como si quisiera con los dos brazos abiertos arrancar el último pedazo del universo, se baja, aprieta un bloque y lo separa...

VI.

El descubrimiento del titán.

Entonces el terrible respiradero de un prodigio se le aparece; hace allí irrupcion el alba, y la luz que brilla á la parte de fuera envia hasta allí un rayo de alegría y de amor, tan grato como la primera aurora; entra en aquella oscuridad y Phtos, ante aquella luz, declaracion brusca de ignorado firmamento, deslumbrado, retrocede con espanto. El respiradero es ancho, y en la abierta brecha Phtos mete el brazo, despues mete la cabeza y mira.

Creyó que se encontraba en el abismo cuando todo se desplomó sobre él, pero se equivocaba; el abismo es lo que veia ahora. Phtos, asomado á la ventana inmensa del misterio, veia el otro lado monstruoso de la tierra, lo desconocido, lo que ningun mortal vió jamás; profundidades que al mismo tiempo son cumbres; un monton de astros detrás de un monton de empíreos, un Océano extendiendo en sus mareas flujo y reflujo de constelaciones; veia las verdades que nos parecen visiones; olas de azur, de sombra

y de aurora; estrellas tras estrellas, cielos tras cielos. El gigante creia que todo habia terminado, cuando todo volvia á empezar; veia el abismo absoluto é infinito y su vista penetraba en él.

Lo que contemplaba, ni podia morir ni debió nacer, ni aumentar, ni disminuir, porque aquella inverosímil claridad era eterna. Phtos tuvo el temblor asustadizo que adivina. Vió más astros que flores produce un huerto, más soles que hormigas hay en un campo, más cielos y más mundos que ojos tienen todos los hombres. Aquellas blancuras eran lagos luminosos; aquellas nubes son creaciones contínuas y sin fin. Allí no habia playas, ni orillas, ni horizontes. Donde brillaba el azur, donde sollozaba el caos, millones de infiernos y de paraisos flotaban, esclareciendo con su fulgor lúgubre ó alegre á otras humanidades que vivian bajo otros firmamentos. ¿Dónde terminaban? No tenian término. Lo imposible se transparentaba al través de lo evidente. Allí el punto se convertia en sol, el astro en átomo; ofrecia aquel espectáculo tanta realidad, que llegaba á parecer un fantasma. Un universo espectro apareció allí bruscamente. Un globo era una pompa de jabon, un siglo un momento; se veian allí mundos sobre mundos, unos limitados por otros. Algunas esferas permanecian allí fijas; otras imitaban el desvanecimiento de desconocidos transeuntes, y pasaban. Phtos veia aquel enigma, desde su fondo hasta su cumbre, sintiendo la alegría terrible del abismo, y sufria, atormentado por tantos soles y tantos cielos, el inexpresable horror que causan los sitios prodigiosos. Contemplaba con la vista extraviada el precipicio de lo verdadero, la evidencia sin límites, fatal ó propicia, y en medio de su estupor acabó por distinguir en el fondo del abismo, en el que la luz se funde con la oscuridad, al través del espesor de una bruma eterna, una luminosa pupila.

Entre tanto gozaban y reian en las alturas del Olimpo, tranquilos, los inmortales, despreciando la inquietud del mundo y resplandeciendo al través de gloriosa niebla; pero de repente surgió ante ellos extraño y colosal sér, que hizo exclamar á Vénus:—“Alguien viene!„ Era Phtos. Como la llama sale del pebetero que perfuma, el gigante, arrastrándose en la oscuridad por bajo de tierra, consiguió libertarse y escapar de su prision, y ahora se elevaba siniestramente por el horizonte. Acababa de atravesar todo el subsuelo del mundo. Reinó profundo silencio entre los dioses cuando le vieron aparecer, como si reconociesen la grandiosidad de aquel espectro; el águila abrió los ojos salvajes que relampaguean, como buscando sitio por donde huir; oscureció al Olimpo la sombra del gigante; Júpiter, pálido, se incorporó en el trono; el feroz Vulcano cesó de batir en su fragua para que no se oyeran sus golpes, y las tres Gracias hicieron señas á las tres Parcas. Entonces el titán, grave y altivo, enseñando las cicatrices de los rayos que tantas veces habian fulminado contra él, miró con fijeza á los asustados olímpicos, que se quedaron estupefactos en el éter azul, y les dijo con voz terrible:—“Vengo á deciros, dioses, que existe un Dios„.

V.

LA CIUDAD DESAPARECIDA.

La ciudad desaparecida.

Pueblo, el agua nunca permanece ociosa. Mil años antes de que naciera Adan, que llamamos nuestro abuelo, cuando los gigantes vivian aun entre los hombres, en tiempos de los que nadie se ha ocupado, se extendia una ciudad en el sitio que hoy ocupan las olas, que agitan los aquilones. En esa ciudad, que, por la locura de sus hijos, siniestros relámpagos amenazaban de vez en cuando, se extendia una llanura donde hoy se extiende el mar; por ella pasaban carros, pero no barcos; los huracanes ocuparon el sitio que ocupan los monarcas; pues cuando Dios quiere destruir una ciudad, empieza por los reyes y concluye por los vientos. Ese pueblo, que hormigueaba y susurraba, ya en los duelos, ya en las festividades, producia el ruido que durante la tempestad producen las alas de una bandada de pájaros, y no se inquietaba por tener muy cerca el Océano.

Esa ciudad la gobernaban reyes, reyes

soberbios, que disponian á su antojo de las vidas de sus vasallos. ¿Eran perversos? No; eran reyes. El rey es un hombre escesivamente poderoso, al que perturba vago sobresalto, que le causa más daño porque le proporciona mayores goces; entre los animales de carga es el animal de presa, pero esto no es culpa suya, porque el cuerdo es clemente. El rey seria mejor si naciese de otra manera. El hombre siempre es hombre; los crímenes del déspota los comete su poder, en cuya sombra flota su alma; los comete la púrpura que arrastra, que el esclavo se convertiria en tirano si pudiera. Esa ciudad estaba toda enladrillada. Habia en ella torres, bazares, fábricas, arcos, palacios en los que habia laúdes melodiosos y mónstruos de metal que llamaban dioses. Esa ciudad era alegre y bárbara. En sus plazas, las horcas hacian reir al populacho; cantaban en ella coros que incitaban al olvido de todo; corrientes de aguas puras corrian por el fondo de las avenidas; las mujeres de la familia del rey tomaban el baño desnudas en los parques, por donde paseaban pavos reales; golpes de martillo se oian caer sobre las fraguas desde el amanecer hasta la noche; los buitres se posaban, espulgándose con el pico, en las bóvedas de los templos, sin miedo de ser perseguidos, porque sabian que los ídolos feroces profesan cariño á las aves perversas; las hidras recibian bien á los tigres, y las águilas conocian que no infringian ninguna regla si, cuando veian correr la sangre en el ara de los altares, acudian á participar de aquel asesinato con los dioses. El altar del templo era de oro puro, el techo era de cedro, y por miedo de que se oxidara, en vez de clavos tenia clavijas de madera. De noche y de dia el clarin, el oboe y otros instrumentos sonaban para que el dios feroz no se durmiera. Acudian á aquella ciudad las mujeres para prostituirse allí; pero llegó un dia en que el Océano empezó á agitarse, sin cólera, llegando hasta cerca de la ciudad, y roia las rocas y las dunas sin hacer esfuerzos, sin producir choques, como un trabajador que sabe que cuenta con el tiempo necesario para cumplir su tarea; y lentamente, como escondido minero, el agua avanzaba por bajo de la tierra: en vano sobre ella asíduo acechador hubiera puesto el oido para escuchar, que nada oiria; el agua iba cavando sin rumor y sin violencia, con tan buen éxito, que al caer de una tarde, á la hora en que Sirio, como un siniestro emir, aparece en el espacio, vieron de repente casas, cúpulas, arcos y pilares, toda la ciudad, en fin, como un sueño, hundirse en no sé qué espantosa sombra, en un instante, con el pueblo, con el ejército y con el rey, que estaba bebiendo y que no tuvo tiempo de levantarse de la mesa. Mientras que á un tiempo, desde la base hasta la cumbre, se abismaba aquel caos de palacios y de torres, se oyó ascender feroz murmullo, vióse abrir bruscamente, como si fuera una boca, un agujero que lanzó un salto de amarga espuma, agujero en el que entró la ciudad y por el que salió el mar. Toda ella se desvaneció; solo quedaron las olas.

VI.

DESPUES DE LOS DIOSES LOS REYES.

I.

Desde Mesa hasta Atila.

Inscripcion.

(Nuevecientos años antes de Jesucristo.)

Yo soy el rey Mesa, hijo de Chemos, que corté el bosque de espesos pinos, que edifiqué á Baal-Meon, ciudad del Africa, construyendo sus murallas de madera y de ladrillo. Ordené que todos sus habitantes, bajo pena de prision, tuviesen una cisterna cerca de su casa, pues en invierno se pasan dos meses de grandes lluvias, y así podrán las ovejas, las cabras y los cerdos pacer cuando no sea tiempo de que el maiz esté maduro, para lo que reservaré á los ganados un campo cerrado de paredes. Yo construí tambien la puerta y la torre Reina Astarté, y en su nombre he movido la guerra: el dios Chemos, mi padre y su marido, me prestó ayuda, y pude echar de Gad-Omri al rey de Judá. Construí tambien á Aroer, ciudad que es plaza fuerte. Los pueblos me elogiaban porque fuí bueno; fuí rey del ejército inmenso de Dibon, que bebe y brinda á la muerte y que mezcla la sangre humeante del águila con la leche de la camella. Seguí mi

marcha triunfal, siendo juez y príncipe, guiado por la claridad de las cuatro estrellas, Chemos, Dagon, Bel y Astarté. Crucé á Ur y á Tyro de caminos subterráneos. Chemos me dijo:—"Apodérate de Nebo„, y siempre obedecí las órdenes del cielo. Ahora, al cerrar para siempre las pupilas, os intimo á que adoreis las losas de mi tumba y que quemeis ante ella hojas de betel (1), porque yo hice matar á todos los habitantes de Nebo; alimenté con ellos á los cuervos que vuelan hasta las nubes, hice vender en el mercado á las mujeres desnudas, cargué con el botin cuatrocientos elefantes, crucifiqué á todos los niños, barrí de la tierra á todas esas razas viles y restituí sus antiguos nombres á las ciudades.

Casandra.

Argos. El patio del palacio

Casandra en un carro.—Clytemnestra.—El coro.

El coro.—Es hija de un rey, pero su pátria ha quedado convertida en cenizas. Tiene derecho á ir en ese carro y se niega á bajar. Desde que se apoderaron de ella no dijo ni una sola palabra. El mármol de Sirta y la nieve de Thulé no son tan frios como esa cautiva. Pensativa está meditando en el porvenir, respira un dios temible y mudo dentro de ella; el siniestro Apolo de Ombos, que conmovia á Dodona con su soplo y á Tebas con la lira, dá sombría claridad á su hosco delirio. Goza el privilegio de ver lo que está por venir, y ya en su frente se refleja la venganza; es pitonisa y sacerdotisa, es princesa y es esclava. Extraña y lúgubre caida! Como es hija de rey, puede ir sentada en ese carro que la trae hasta aquí. El pueblo, que vé pasar á los asustados prisioneros, que van descalzos y que los alancean; el pueblo, que se rie de sus ayes, tiene miedo al silencio de esa cautiva.

(El carro se pára.)

Clytemnestra.—Mujer, apéate del carro, que no estás en tu pátria.

El coro.—Baja de ahí; obedece á la reina.

Clytemnestra. — ¿Crees que tengo tiempo para esperarte á la puerta? Date prisa. Muy pronto saldrá el rey. ¿Quizás no comprendes nuestra lengua? Si lo que te mando no se dice en tu pátria como yo lo dije, háblame por medio de signos, como hacen los bárbaros.

El coro.—Si supiéramos hablar su lengua, comprenderíamos su secreto. Mirándola nos asalta la impresion que experimentaríamos si apresáramos á una fiera.

Clytemnestra.—No le hablo ya más, porque comprendo que el horror cierra sus labios. Está triste pensando en Troya y en su cielo, en otros tiempos sereno. No se acostumbrará á soportar el freno sin cubrirle mucho tiempo de sangrienta espuma.

(Clytemnestra se vá.)

El coro.—Cede al destino, créeme. Desciende del carro. Deja que te aten cadenas.

Casandra.—Dioses inmortales! ¡Apolo! Apolo!

Apolo Loxias *(á lo lejos)*.—Estoy aquí! No temas; vivirás para ver cómo se incendia Argos, lleno de las cenizas de Troya.

Los trescientos.

I.

El Asia.

El Asia es monstruosa y salvaje; mira á todo el mundo con fisonomía huraña, y le gusta la tierra porque está oscura por todas partes; el Asia está satisfecha porque el universo está sombrío. Aquí tiene la Cimmeria, más allá la Northumbre, más acá el áspero invierno con todas sus nieves y sus horrores, con sus inmensos y desconocidos montes; en ella, tras lo inhabitable, se vé lo impenetrable; en ella el género humano se pierde en los vapores; el Cáucaso es horrible, las Dofrinas causan pavor; en lontananza resuella, en mares de los que la golondrina emigra, Thulé, bajo el peso de un volcán, como un galgo entre las garras de un tigre; en el Polo, en el que la oxifraga oye cómo la llama el cuervo, las cien cabezas de Orcus forman un archipiélago, y Océanos fúnebres ruedan sus olas en aquella oscuridad. El Asia, en su sepulcro, lleva la frente coronada; su poder sagrado no se interrumpe en ninguna parte; reina sobre pueblos que no se pueden enumerar, y todo lo que no

(1) *Betel*, planta que se cria en la India, que se masca y fortifica las encías y el estómago.—(N. del T.)

pertenece al Asia pertenece á las tinieblas, al desierto, al salvaje aquilon; todas las naciones se arrastran hácia ella, tiritando de frio en el Norte, combatido por el cierzo y por la lluvia. Pero la Grecia es un punto luminoso que la incomoda, porque teme que llegue un dia en que extienda su claridad y en que ilumine al mundo. El Asia se extremece cuando esto piensa, y su noche vá buscando el modo de apagar la estrella.

II.

La enumeracion.

Se pusieron en camino al amanecer. Todo el equipaje del ejército iba delante; despues iba gente de todas las naciones, muchedumbre recogida al azar, que formaba poco menos de la mitad del ejército. Es imposible referir sus diferentes gritos, sus diferentes nombres y sus diferentes canciones. Cada pueblo tiene sus costumbres: los scitas, que hacen visitas sangrientas al Occidente, van todos desnudos; el macron, rival del scita, lleva por casco la piel de la cabeza del caballo, del que se pone en la frente las dos orejas tiesas; los de Paflagonia llevan botas estrechas de piel de tigre, claveteadas en los talones; sus arcos son cortos y sus dardos muy largos; los dacios, cuyos reyes tienen por palacio un tabuco, se pintan la mitad del cuerpo de blanco y la otra mitad de rojo; el sogdo lleva á la guerra un mono, ante el que el augur, inquieto, pronuncia palabras tenebrosas; se ven pasar entre tambores y sistros á las dos clases de hijos del viejo Ethiopus, unos con los cabellos lisos, otros con el pelo encrespado; los bars, con turbante verde, vienen de las dos Caldeas; las picas de los guerreros de Tracia tienen diez codos de longitud; esos pueblos veneran en sus paises un oráculo de Marte; en una palabra, hombres de diferentes paises, de diversas costumbres y de aspecto vario, constituian gran parte de aquel abigarrado y salvaje ejército.

Como en una caldera se hincha el agua y salta, toda esa tropa se hinchaba al avanzar, de modo que hubiera podido decirse que tenia por escolta al África, al Asia y al feroz Oriente. Como los caballos tenian miedo á los camellos, los árabes, conservando cierta distancia, iban los últimos; tras ellos caminaban, llenos de cestas, que contenian el botin conquistado en los saqueos, cien carros de mimbre arrastrados por asnos salvajes. Aquel abigarrado ejército, que mandaban veinte jefes monstruosos y que los reyes arrastraban á la matanza; aquel enorme tumulto humano, semejante á un sueño, iba caminando y pasó por las llanuras durante siete dias y durante siete noches; aquel rebaño de combatientes feroces que hacian caminar á bastonazos, se componia de dos millones de hombres.

III.

La guardia.

Nínive, Sybaris, Chipre y las cinco Sodomas habian prestado el contingente de muchos de esos soldados, que la ley no admitia en la guardia del rey. El ejército era tumultuosa muchedumbre, que cantaba y que silbaba, pero la guardia nunca se confundia con él; caminaba muda y sola. Antes de ella iban los inmortales, sacudiendo sus melenas como los leones; nada es comparable á la agitacion de las banderas, que abrian y cerraban sus pliegues llenos de dragones; todo el serrallo del rey seguia despues sentado en furgones; tras éste caminaban los eunucos, armados de largas jabalinas; despues los verdugos, enmascarados y arrastrando los aparatos de la tortura y de la agonía, y la cubeta donde hacian hervir el aceite y el nitro. Los diez mil persas y medos avanzaban con orgullo, todos coronados y unidos como hermanos que se profesan gran cariño; mandaba á esos soldados mitrados Alphes, que conocia todos los caminos, menos el de la fuga; ante ellos corrian libres, sin que nadie los sujetara, los colosales y sagrados corceles, que se llamaban Niseos; despues, mandados cada uno de ellos por un rey satélite, seguian treinta escuadrones de caballeros selectos, que llevaban la pica baja por respeto al rey, que iban vestidos de oro y cubiertos de pieles de zebra ó de lobo; seguian despues los sacerdotes, que llevaban la amasadera donde la reina hacia cocer el pan sin centeno y sin levadura; ocho corceles blancos arrastraban la carreta divina de Júpiter, ante la que sonaban los clarines y cuyo cochero iba á pié, porque nadie tenia derecho á subir al carro de Júpiter. Las constelaciones que se entrevén en el fondo del sombrío éter, como en el fondo del bosque las driadas, todos los astros del cielo no eran tan esplendorosos como ese

ejército que caminaba alrededor del rey dormido, porque el rey dormitaba en su formidable carro.

IV.

El rey.

Bostezaba algunas veces y preguntaba: —"Qué hora es?„ Artabanes, su tio, que era hombre augusto y sutil, le respondia:—"Hijo de los dioses, rey de los tres Ecbatanes, donde los sagrados rios corren por bajo de los plátanos, todavía no es de noche; el sol tiene aun mucha fuerza. Descansa y duerme, rey, y entre tanto te enumeraré tu ejército, que tú mismo desconoces.„—Mientras que su tio iba nombrando las banderas del mundo entero, el rey poco á poco se volvia á dormir, y el gran carro de ébano, de estructura tebaina, le dirigia un cochero llamado Patyramphus. Dos mil batallones caminaban con acompasados pasos; á estos seguian mil elefantes, llevando cada uno de ellos su enorme torre; el ejército formaba la figura de una media luna, y era tan numeroso, que más tarde se bebió en un solo dia toda el agua del rio Scamandro. Dejaba tras sí las ciudades convertidas en un monton de cenizas, porque incendiaba todas las que encontraba al paso. Franquearon el Indus como quien salta un foso. Artabanes daba todas las órdenes que pueden dimanar del jefe, y para todo lo demás seguian los consejos que les daba Hermeecyde, á quien reverenciaban ciegamente los pueblos del Levante.

De este modo salió el ejército de la Lidia, siguiendo en el mismo órden hasta el Caice, y desde este rio llegó á la antigua Tebas, despues de haber pasado la nueva; atravesó el desierto inmenso, en el qué le sirvió de guia el colosal monte Ida. Despues llegó al Ararat, en cuya cima se paró el arca. Los peones anduvieron en aquella ruda marcha diez estadios cada dia y los ginetes veinte.

Cuando el ejército pasó el rio Halys, llegó á Phrigia y se encontró con los manantiales de Meandro; llegaron luego á Colosos, donde el rio Lycus se esconde bajo de tierra; luego llegaron á Cydra y á Anane; luego pasaron inmediatos al monte Canos y arribaron á Callathebe. Al dia siguiente distinguieron la ciudad de Lardes, adonde dijeron á los griegos que tuvieran preparada la cena del rey. Despues cortaron el monte Athos, y desde las aguas de Sanos hasta el mar de Acantho construyeron una larga y ancha canal. Por fin, en una playa, en la que sopla el viento caliente que viene del Africa, tierra ignorada y maldita cerca de Abydos, construyeron un vasto puente que sostenian poderosos torreones, para el que Tyro proporcionó las cuerdas y el Egipto los juncos. Aquel puente servia para dar paso á los ejércitos. Pero una noche apareció un nubarron feroz que lanzó de su seno el simoun, y ese viento rompió arcos, pilares, pirámides y todas las obras construidas, é hizo que Helesponto chocara contra el Puente-Euxino, y el mar se desencadenó. Entonces el rey sublime dijo:—"Solo eres un abismo y yo te insulto, porque yo soy una cumbre. ¡Cobarde mar, te acordarás de mí!„—Dijo esto y dió trescientos latigazos al Océano. Estos latigazos tocaron todos á Neptuno. Entonces ese dios, que la fortuna adora y sirve, porque es versátil como él, creó á Leonidas, y de los trescientos latigazos hizo nacer los trescientos soldados, guardianes de las leyes y de las ciudades, y Jerjes los encontró de pié en las Termópilas.

El estrecho del Euripe.

Era de noche; el cielo estaba oscuro, la tierra cubierta de bruma y el mar amenazando con su abismo. Entre los hombres que batian las olas y los vientos se cuestionaba si debian evitar ó no el estrecho Euripe; estaban deliberando si debian afrontar á los hombres favoritos del destino que trataban de conquistar todo el mundo, que no cejarian hasta apoderarse de toda la tierra. ¿Debian quedarse ó partir? En esta grave cuestion estaban absorbidos y deliberando los jefes reunidos en un buque colosal. Los capitanes, en aquella hora tan poco á propósito, estaban celebrando un consejo, porque se trataba de un caso urgente. Se trataba de ver si podrian apresar á la hidra en un lazo, á la Persia en una red, y forzar el paso del Euripe, á pesar del peligro y de los funestos presagios. ¿Debian aceptar tan aventurado combate? Todos los barcos estaban anclados alrededor del gran navío, los mástiles se balanceaban al impulso de los aquilones que agitaban el oleaje, y en la

alta popa, en la que velaban los arqueros de Platea, hombres de alta talla y que ceñian casco, Temístocles, de pié, con traje de guerra, tratando de distinguir alguna claridad en la sombra, hablaba de esta manera á los comandantes de la armada:

"Eurybiades, á quien Pallas confió Atenas, noble Adymantho, hijo de Ocyro, capitan de Corinto, y todos vosotros, príncipes y jefes, sabed que en estos momentos los dioses se inclinan hácia nosotros, y mientras que en el consejo estamos vacilantes y perdiendo el tiempo, veo que saltan lágrimas de los ojos de la pátria; la afligida Grecia titubea y busca un punto de apoyo; reyes, conozco que todo es falaz, que el porvenir engaña al presente, que la luz es míope, el aire fugitivo y la onda cobarde; la suerte es una mano que nos coge y despues nos suelta; hago poco caso del instable oleaje, pero comprendo que se mueve menos cuando le huellan piés valientes, y que debemos tratar al agua como tratamos la vida, con fuerza y con desden; y ya que no tenemos otro medio de salvacion que el de entablar la batalla ¡oh griegos! intentémosla. Es hora ya de que cesen los corazones de dudar, y todo lo perderemos ¡oh pueblo! si no opones la firmeza del hombre á la traicion de los acontecimientos. De muy cerca nos sigue Némesis, todo está en el aire, y por eso opino que debemos permanecer en este estrecho: lo que me determina á adoptar esta resolucion es el deseo de salvar á Megara, á Egina y á Salamina, y me parece prudente, al mismo tiempo que digno, proteger la tierra defendiéndonos en el mar. El rey, que vino de las profundas tinieblas y que descansa en el navío, que permanezca en él y luchemos nosotros cuerpo á cuerpo. Deseo coger por los talones al que nos coge por la cabellera y herir á ese Aquiles por su única parte vulnerable. Apóyese el augur en su cetro de arce, interrogue al hígado y al corazon de los corderos y extienda en la oscuridad de la noche sus dos manos á tientas, que ese es su oficio; pero yo, que soy soldado, no reconozco otro augur que la espada, y ella es la que me vale. ¿Decís que combatir es una locura? No seamos insensatos! No ignoro que es temible ese príncipe, no ignoro que de su bajel el demonio guia el timon; sé que los medos son terribles y que su flota bárbara hace huir despavorida á la flotante Delos; que han perturbado el mar, que han dispersado tan lejos de ellos las olas, que el agua del Helesponto vá á estrellarse en Cunas; sé todo esto, y tambien sé que podemos morir.

UN SACERDOTE.

No para Hades, la naturaleza, que es manantial y principio de todo, presenta su triple pecho á tantas bocas rosadas; no tiene por objeto la tumba; ódia al horrible Marte, y, tierna madre, dá dias llenos de ilusiones por cuna á los hijos, la esperanza que les dan todas las madres, y aborrece la espada feroz cuando ésta hace saltar del pecho la leche sagrada.

TEMÍSTOCLES.

Sacerdote, tambien eso lo sé: pero existe la pátria. Para los vencidos, la lucha es una triste felicidad que deben prolongar todo el tiempo que puedan. Tratemos de hacer tan gran nudo en el hilo de las Parcas, que su torno fatal desconcertado se pare. Nuestro ejército se extiende desde el Eubeo hasta la Creta, y aquí debemos herir á ese rey, que se vé contrariado por tener que confiar su flota al estrecho que la embaraza; somos inferiores en número á los suyos; pero aprovechémonos de la oscuridad, tengamos audacia, y parecerá que somos muchos más; y si no vencemos, moriremos como héroes. Que contemple nuestra bravura el cielo lleno de mil ojos, que si el abismo es oscuro, las estrellas son claras. Las horas de la noche son buenas consejeras, y me traen ¡oh reyes! el aviso de que quizá haga huir al enemigo. Dejo que me convenza el sepulcro que miro abierto, pues consentir la muerte es determinarse á vencer; la tumba es la morada de la pálida esfinge del guerrero, que promete un ciprés y que dá un laurel, y se cierra para el bravo que osa chocar contra su puerta, porque la muerte es más débil que el héroe. Por eso en los azares bélicos los imprudentes tienen razon. Los dos mil bajeles que se extienden por el horizonte no me amedrentan. Dispongo yo de cuatrocientas galeras, de las olas, de la oscuridad, de los escollos, de los vientos y de nuestro coraje. Ya es hora de que los dioses nos ayuden; si así no lo hacen, seremos peores, viendo que ellos no son mejores, y conseguiremos que se ruboricen de hacernos traicion. Si soy vencido, con valor

escupiré al destino en el rostro; si venzo y salvo á mi pais, entraré en el templo y besaré de rodillas su pavimento. ¡Combatamos!

Dos dias despues que Temístocles pronunció las anteriores palabras, al rayar el alba, los caballos de la cuadriga del sol exclamaron sorprendidos:—"¡Jerjes se vá!„

La cancion de Sófocles á Salamina.

Miradme; soy un efebo que acabo de cumplir diez y seis años; guerra, diosa del Erebo, guerra sombría, á tí me dirijo en la oscura noche. Ya que Jerjes es el más fuerte, sírvete de mí para la lucha, para la gloria y para la tumba.

Pero desde luego, tú, que tienes por servidora á la espada; tú, á quien en el cielo siguen los relámpagos, escógeme con tu siniestra mano una hermosa jóven de ojos tiernos, que solo sepa reirse ingénuamente, que sea divina y que tenga capullos de rosa en los dos extremos de sus pechos.

Que no importune, que deje seguir su carrera funesta al hombre que nació para la guerra. Elígela y traéla, que deseo estrecharla sobre mi ardiente corazon; diosa fatal, deseo morir, pero antes deseo amar.

Los desterrados.

Cyntheo, ateniense proscripto, decia lo siguiente:—"Un dia Mephialto y yo, desterrados los dos, él de Esparta y yo de Atenas, seguíamos este sendero que veis en las llanuras, porque nos habian desterrado al desierto de Thryos. Extrépito semejante al que producirian mil carretas, estruendo como pudieran producirlo un millon de hombres, se oyó de repente en la llanura por donde íbamos caminando. Nos sentamos para oir mejor, y conocimos que ese tumulto venia por la parte del Eleusis, y Eleusis estaba entonces abandonada y estaba desierto todo el territorio desde Tebas á Mantinea, por los horribles desastres que en él causaron los persas. Seguíamos sentados con el rostro vuelto hácia el Oriente, y llegaba hasta nosotros aquel extraño rumor: Mephialto, entonces, exclamó:—"Qué es eso?„—"Lo ignoro„, le contesté.—"Es el Atica que se subleva ó acaso es el Jacchuss místico, que habla con estentórea voz á alguno en el cielo.„ De repente cesó el ruido.—"Estoy seguro, me dijo, de que hablan en el cielo y de que esa es la voz de un pueblo ó la voz de un Dios. Pero comprendes lo que dice?„—"No.„—"Ni yo tampoco, y sin embargo, siento en mi corazon como una lira que se despierta y canta y que tranquila responde á ese extrépito tempestuoso„.—"Y yo oigo tambien una armonía dentro de mi alma, y sin embargo, el ruido ha terminado ya.„—"Cree y vé. Los dos hemos oido la misma voz, y es indudable que esto algo significa. Quizá nos avisa de que vamos á tomar la revancha; que en los campos en los que, siendo yo jóven, me ejercitaba en tirar del arco, han crecido ya los niños que han de expulsar de nuestro pais á Jerjes. Esa voz tiene el acento sibilítico del prodigio. Si esa voz salia del pueblo, salia para defendernos: si la lanzan los dioses, sale contra nuestros enemigos, que hicieron temblar el suelo sagrado del Olimpo. Jerjes mancha la Grecia; ¡es preciso que salga de ella!„ Mephialto añadió:—"¡Que Esparta sea invencible siempre!„ Y yo repuse:—"¡Que Atenas sea siempre querida y bendita del cielo!„ Y nos quedamos los dos pensativos, deseando la felicidad de nuestra pátria.„

Refuerzo ofrecido á Majorien, pretendiente al imperio.

(Germania. — Bosque. — Crepúsculo. — MAJORIEN asomado á una almena; inmensa horda llena todo el espacio que descubre la vista.)

UN HOMBRE DE LA HORDA.—Majorien, si deseas refuerzos, te los traigo.

MAJORIEN.—Quién está ahí?

EL HOMBRE.—Un torbellino de hombres llama á tu puerta.

MAJORIEN.—¿Quién es el jefe de ese pueblo?

EL HOMBRE.—El jefe se llama Todos.

MAJORIEN.—¿Os oprimen algunos tiranos?

EL HOMBRE.—Dos; el hambre y la sed.

MAJORIEN.—Cuál es vuestra pátria?

EL HOMBBE.—La noche.

MAJORIEN.—Cómo os llamais?
EL HOMBRE.—No tenemos nombre.
MAJORIEN.—¿Son tuyas todas esas carretas que se ven á lo lejos?
EL HOMBRE.—No se ven desde aquí más que algunos de nuestros carros de combate, los que forman la vanguardia. Solo Dios puede mirarnos á todos nosotros cuando dirige los ojos hácia la tierra.
MAJORIEN.—Qué haceis en el mundo?
EL HOMBRE.—Vivir errantes.
MAJORIEN.—¿Pueden enumerarse los que se dirigen hácia mi campamento?
EL HOMBRE.—Sí.
MAJORIEN.—¿Cuánto tiempo necesitareis para pasar por aquí antes que el águila romana?
EL HOMBRE.—Siete dias.
MAJORIEN.—Y qué es lo que deseais?
EL HOMBRE.—Queremos socorrerte, nosotros que de un cualquiera podemos hacer un rey.
MAJORIEN.—Os venció César.
EL HOMBRE.—Qué César?...
MAJORIEN.—Todo el mundo sabe que Deutatus derrotó vuestras hordas.
EL HOMBRE.—Ves á preguntárselo al cadáver de Deutatus.
MAJORIEN.—Spryx os domó.
EL HOMBRE.—Me haces reir!
MAJORIEN.—Cimber os batió.
EL HOMBRE.—Equivocado estás.
MAJORIEN.—¿Quién os trajo hasta aquí?
EL HOMBRE.—Las tempestades, la lluvia, el granizo, el viento, el relámpago y la inmensidad. No nos lanza hasta aquí ningun sér vivo, porque no hay ninguno tan poderoso como nosotros en el mundo. Huimos ante Dios, pero no ante los hombres. Queremos ocupar estos climas benignos; si nos ofreces parte de ellos, te ayudaremos en tu empresa. Concluyamos de hablar. ¿Quieres de nosotros la paz ó la guerra?
MAJORIEN.—Me temeis?
EL HOMBRE.—No.
MAJORIEN.—Me conoceis?
EL HOMBRE.—Tampoco.
MAJORIEN.—Qué soy para vosotros?
EL HOMBRE.—Nada... un hombre... un romano.
MAJORIEN.—Pero dónde vais?
EL HOMBRE.—La tierra es nuestro camino, ocupar el espacio es nuestro objeto; vamos á disfrutar de la vida. Nos atrae una inmensa claridad que vemos brillar allá abajo, y no pararemos hasta llegar allí.
MAJORIEN.—¿Quién eres tú que me estás hablando?
EL HOMBRE.—Soy Atila.

VI.

DESPUES DE LOS DIOSES LOS REYES.

II.

Desde Ramiro hasta Cosme de Médicis.

La hidra.

Cuando el hijo de Sancha, mujer del duque Geoffroy; cuando Gil, el caballero llamado *el Hombre que pasa*, llegó, con la lanza en ristre y con la visera baja, á los confines del pais donde reinaba Ramiro, vió la hidra. Una espantosa hidra, que, acostada al sol, estaba amodorrada sobre la yerba. El caballero sacó la espada y la dijo:—"Soy yo„. La hidra, retorciéndose ferozmente, se incorporó, habló por una de sus bocas y le preguntó:—"¿A qué vienes aquí, hijo de Doña Sancha? ¿Vienes por mí ó por el rey Don Ramiro?„—"Vengo por el mónstruo.„—"Entonces vienes por el rey.„ Diciendo esto, la hidra recogió sus miembros y se volvió á acostar.

****

Cuando el Cid entró en el Generalife se fué en derechura á matar al califa, el negro Ogrul, á quien odiaban sus vasallos. En cuanto el Cid Campeador, con ojos centelleantes, con puños de bronce y con corazon de fuego, cumplió su deber, hiriendo al califa en la cabeza, salió del palacio solo, tranquilo y pensativo, y ante él abrió paso la multitud, que le vió pasar como si pasara un prodigio.

De repente apareció ante él Mednat, el anciano que redacta los comentarios del sagrado Korán y que de noche observa la estrella Aldebarán. Despues de saludar al Cid, le dijo:—"¿Has encontrado á alguno?„—"Sí; al trueno.„—"Lo sé, porque lo he visto, le respondió el doc-

tor, y me habló. Subí al observatorio para hacer allí mi plegaria, y el trueno me dijo al oido:—"El dolor de los pueblos me despierta, y desciendo del cielo cuando veo un príncipe perverso; pero ya que aparece el Cid, me voy.„

Romancero del Cid.

I.

La entrada del rey.

Vas siempre detrás de mí, aunque eres altivo y poderoso; pero eres pequeño, rey Sancho, y el Cid equivale á dos.

Cuando te recibo en mi torre ó en mi fortaleza tiemblas como la hoja en el árbol, y haces muy mal, rey Don Sancho.

Mi rastrillo te es leal; señor, mi morada es hospitalaria, y mi altiva ciudadela sonrie cuando vé aparecer el alba.

Mi torre solo es un monton de piedras, pero soy de ellas el único dueño, y ostenta con orgullo su vieja hiedra, como yo ostento mi antiguo y puro honor.

Mis golondrinas son cariñosas, mis bosques son perfumados; mis pájaros, para hacer sus nidos, no toman á nadie ni una brizna de musgo.

Todo el que pasa por aquí, moro ó judío, rabino ó emir, puede entrar en mi fortaleza y dormir tranquilo en ella.

Soy el Cid leal y sereno, á quien nadie vende ni compra, y sobre mí no reconozco otra mano que la mano de Dios, que nos creó.

Y no obstante que te admiro, has conseguido entristecerme, y te doy la bienvenida como caballero, pero no te la doy como monarca.



II.

Recuerdo de Jimena.

Si el monte pudiera reconvenir por celos al viento frio, yo, señor, seria la roca y tú serias el viento.

Sé quien te hace traicion, pero yo soy un anciano leal. Todos tus amigos me aborrecen, pero yo solo ódio á tus enemigos.

Entre los que yo desprecio entran, rey, tus favoritos, de los que poco espacio nos separa, pero basta para no confundirme con ellos.

Cuando me enlacé con mi esposa estaba quejoso de tí, y á pesar de eso, todo lo olvidé y seguí sirviéndote con lealtad.

El obispo llevaba su birreta, caminábamos sobre tapices, y Jimena llevaba en su gorguera muchísimas flores y espigas.

Llevaba yo un traje de gala, y de todo lo que entonces sucediera solo retengo en la memoria el sol hermoso que brillaba aquel dia.

Entra confiado en mis dominios. Te hablaria con mayor placer y con mayor cortesía si estuviera más satisfecho de tí.

III.

El rey celoso.

Porque Leon, la Mancha y el Ebro te conceden todo lo que deseas; porque yo fuese grande, Don Sancho, antes de que tú vinieras al mundo,

---

¿Son acaso motivos para portarte con vileza conmigo, que soy anciano? Rey, conténtate con ser señor; no pretendas ser envidioso además.

Nosotros, hijos de guerrera raza, contigo estamos resentidos, porque á nuestras espaldas te atreves á roernos los zancajos.



EL CID RODRIGO DE VIVAR

¿No bastaba que en tu servicio quedara el Cid estropeado, hasta el punto de adquirir algun defecto en el puño ó en el pié,

---

Sino que era preciso que detrás de él te burlases de esto con tus vasallos? ¿Solo seré ya un águila vieja que solo sirve para regocijar á los buhos?

Rey Sancho, si se pusiera en una balanza al Papa, con su mitra y con su palafren, y además llevando un rey en sus hombros,

---

Su gloria pesaria menos, menos que pesa la mia, aunque el rey fuera de marfil, aunque el Papa fuera de oro.

IV.

El rey ingrato.

Te prevengo que me incomoda, siendo como soy bravo y leal, que el hombre sea cobarde y que el rey sea traidor.

Conozco tus astucias, conozco tus traiciones, que se entrecruzan conmigo, á pesar de que yo busco el bien y de que tú buscas el mal.

Te sirvo y me envanezco de ello; tú me ódias y me temes, y te espanta mi caballo cuando sacude sus crines al viento.

Quieres que en tu palacio te adoren de dia y de noche, en castellano tus jueces y en latin tus sacerdotes.

Rey, como dos y dos son cuatro, el bellaco es siempre incrédulo. En cuanto á mí, ya he tenido que combatir más de un propósito indigno.

Cuando Don Sancho está en la ciudad me habla con mucha altivez, y yo soy pupilo demasiado viejo para tener un tutor tan jóven.

No consiento que nadie me falte. Cuando haces que me desafíe tu abogado en Salamanca y en Jaen tu notario;

Cuando, detrás de tus muros, en los que cazas á los gorriones, oigo que te mofas de mí, de mí, que sé arrancar almenas,

---

Podria poner término á tus burlas, podria lanzarte, rey Don Sancho, de un papirotazo á Lerma, ó de un bofeton á Burgos.

V.

El rey receloso.

Cuando, aislado en mi destierro, medito, mordiéndome los labios, y contemplo los girones que hace en mi bandera la furia del viento que la combate,

---

Veo que te causo sobresalto, y temblando haces que alguaciles custodien tu persona; te causo miedo, á pesar de tenerme desterrado.

Me burlo de tu pavura. Poco me importa, rey Don Sancho, que el mercenario guardia, que se acuesta al través de tu puerta, sea hombre ó sea perro.

Dirigiéndote á tus caballeros y á tus pajes, les preguntas:—"¿En qué pensará ese hombre que me mira de reojo?

„En qué estará meditando? ¿Vá á romper sus ligaduras? Tengo miedo. ¿Roe su nombre ó el mio?

„Qué plan meditará? Si no es traidor, lo parece. Me asusta ese gentil-hombre encastillado en sus salvajes dominios.

„No fué prudente dejarle en libertad; debí poner un bozo á Ruy Diaz.„ Pero has de saber, Don Sancho, que yo soy la jaula de mí mismo, que de mí mismo soy la llave.

Yo solo puedo cerrar mi antro; las rocas son mis únicos tesoros; solo yo puedo decirme:—"Entra!„; solo yo puedo decirme:—"Sal!„

Y cuando entro y cuando salgo, yo solo paso mi cerrojo. El rey cree que bostezo con demasiada libertad en mis dominios.

Quisiera el rey, en mi vejez, tenerme como un dogo en su corte, y en una torre encerrado, como si fuera un bandido... Que ponga bozal si puede al hocico de los huracanes.

VI.

El rey abyecto.

Rey, que te molesta la coraza; rey, que tan mal me has pagado, me haces dudar de tu raza, haces que crea que en su tumba

---

Tu digno y anciano padre diga dudando:—"Alguna gitana debe haber cambiado en la cuna real su hijo por mi hijo.„

Rey, ya sabes que mi frugal comida consiste en pan moreno; ya sabes que me alimento con cualquier raiz, por la noche, despues de haberme batido.

Me alimentaste bajo tu tienda? ¿Me enseñaste acaso á guerrear? ¿Me diste acaso la patente de caballero y de conde?

Paso la vida batallando, y para que al compararte conmigo mi talla no pase de la tuya, supe ponerme de rodillas.

Mientras celebras las Páscuas, mientras rezas credos y salves, yo te conquisto las torres de San Jacobo y las montañas de Oviedo.

No hago gala de mis hechos, pero tú mismo reconociste que tengo negra la piel del cuerpo de haber llevado tanto el arnés.

Señor, cometiste una falta al despedirme de tu reino; es una torpeza expulsar á un huésped; es una locura expulsar á Ruy Diaz.

Rey, siempre soy tu protector. Siempre se teme el sonido de mi bocina, y todos creen ver aun en tu cortejo parte de mi gloriosa sombra.

Eres rey por mí; sin mí eres un mameluco; el respeto que todos te guardan siempre lo midieron por la longitud de mi espada.

El territorio de este pais, desde el Tajo hasta el Almonacid, no conoce otra música guerrera que el vencedor clarin del Cid Campeador.

Mi nombre llena toda la España y lo conocen sus mares; mi bocina montañesa suena muy alta y se oye de muy lejos.

Mi paso hace ruido en el mundo, y voy atravesando mi camino oyendo el rumor militar que oian los vencedores romanos.

Y se alegran todos los pueblos de Castilla en cuanto oyen en lontananza sonar los címbalos de Vivar, que infunden pavor á los moros.

VII.

El rey bellaco.

Se encierra menos bondad, se encierra menos nobleza en tu régio collar que en el collar de un perro.

Tu fé real es muy frágil. Afirma, jura y se desdice. Rey Sancho, pones una mano hipócrita sobre el Evangelio.

A tus tratados de palabra prefiero yo con frecuencia las promesas de las nubes y las palabras del viento.

La palabra que un rey falsea á espaldas de los que hace traicion, es la fosa donde se entierra el pudor de un reino.

Encierra peligros graves, y quiero declararlo así, lo que detrás de los valientes los traidores se atreven á jurar.

Y para mí, confieso que es preferible tener en el talon el veneno de una víbo-

ra, que en la mano el juramento de un felon.

En mis tierras de Vivar hablo alto, aunque soy vasallo, porque el vasallo leal debe decir la verdad á los reyes.

VIII.

El rey ladron.

Rey, ¿quisiste vencer acaso para agobiarnos con impuestos? Vivimos en nuestros dominios, pobres, pero respetando nuestras antiguas banderas.

¿Somos acaso villanos que hemos de engordar á los alcaldes y alimentar á los capellanes? Te juro que no pagaré.

Permíteme, señor, que te recuerde algo de lo pasado; que debo decirte la verdad entera, ya que comencé á decírtela.

Te has apoderado de mis aldeas, te has apoderado de mis vasallos, te has apoderado de los árboles de mis bosques, en los que oia cantar los pájaros;

Te has apoderado de mi dominio, de mis campos, de todo lo que quisiste; ibas á apoderarte de Jimena, pero yo te miré y lo impedí.

En vano te escondes en la oscuridad; ¡ruega á Dios que no me asalte la idea de robarte el oro de tu corona para hacer herraduras á mi caballo Babieca!

IX.

El rey soldado.

Cuando te mira entrar en campaña, oxifraga pesada, de vuelo fatal, España tiene vergüenza de que hayas nacido español.

Señor, se están batiendo en las llanuras; se están batiendo en las montañas. Los campos parecen llenos de arcángeles y de demonios.

Se están batiendo en las provincias, y el choque de los escudos, desde vosotros, pequeños príncipes, llega á nosotros, grandes caballeros.

Las rocas tienen ciudadelas y las ciudades tienen torres; vuelan con siniestra rapidez las águilas y los buitres.

La guerra, ese infinito desastre, sobre el que se ciernen los cuervos, sirve en último resultado de pasto á las aves de rapiña y á los animales carnívoros.

El chacal apacigua su sed en los arroyos de sangre humana, y los Césares puede decirse que trabajan para dar de comer á los gusanos.

Los campamentos ofrecen magnífico espectáculo, pero el hombre recto solo cree en la justicia de la causa y en la bondad del derecho.

He comprendido, y he visto probado, que la gloria no reconoce á las altezas y que se pasa muy bien sin ellas.

El soldado vestido de sarga es su favorito algunas veces; la espada es una vírgen que quiere elegirse el marido.

Rey, las guerras que provocas son las guerras del felon que sopla en las trompetas, pero que produce el estruendo de los aquilones;

La guerra del que solo arriesga su penacho á medias entre la niebla; que si vé hombres se esconde, y que sale cuando vé ancianos;

Que creyéndose un Alejandro, deja tras su paso por todos los hogares, huesos en la ceniza de la chimenea y sangre en los tizones;

Del que, riendo en el umbral de las puertas, os enseña, cuando entrais por ellas, sobre un monton de mujeres muertas, un monton de niños despedazados.

X.

El rey cobarde.

Rey, no corras á empeñar batallas con tus soldados bisoños, no vayas á los Pirineos, no vayas con ellos á Roncesvalles.

Que aquellas vetustas rocas son madres de los Océanos, y les bastan para defenderse sus gigantescas montañas.

Raza brava y luchadora, salvaje como aquellos sitios, vive lejos de las cortes á la sombra de las encinas.

Llegar allí es temerario. Aquella raza es en aquellos montes libre, lo fué ayer y lo será mañana.

Hércules estuvo allí. Aquellas asperezas, rey Don Sancho, son invencibles. César despues de Hércules y Carlo-Magno despues de César

---

Pidieron misericordia á aquellos indómitos pastores, que calzan abarcas y se visten con pieles de lobos.

Oculto Dios en aquellos espesos bosques, eligió aquellas montañas para que naciera en ellas Pelayo y para que muriera allí Rolando.

Si alguna vez, menospreciando prudentes consejos, llegas á aquellas guaridas para ver si el valor de los padres revive aun en los hijos;

Aunque te acompañen grandes ejércitos, aunque seais ciento contra uno, para hacerte huir de aquellas rocas bastará que te hagan oir el sonido del cuerno de un cabrero.

XI.

El rey burlon.

Cuando, á pesar de mi barba gris, te hablo de ese pais montañés y sagrado y del emperador Carlo-Magno y del bastardo Bernardo,

---

Y de Hércules y de Pelayo, rey Sancho, crees que estoy loco y tomas casi por chocheces mis dignas y leales frases.

Inútilmente te ries, porque esa tu risa vana no consigue cerrar la boca á ninguno en mis dominios.

Y á pesar de tu risa, continúo saludándote con mi bandera y hablándote descubierto, á pesar de que tú te cubres.

XII.

Rey perverso.

He visto en Alba y en Gerona punidos hombres honrados que merecian un trono y los ataron á la picota.

He visto con gran dolor que tus verdugos abatian frentes que tenian derecho á erguirse más que la tuya.

Reyes, Dios hace que crezca en este mundo fatal un herbaje de cabezas de hombres que vosotros os atreveis á segar.

Mientras vosotros, nuestros señores, os ocupais en futezas con vuestros viles compañeros, nosotros lloramos y derramamos sangre por nuestras heridas.

La España que tú riges está poco segura y tiembla, porque al fin conoce que tus manos la miden demasiadas varas de crespon negro.

Reconocí muchas veces, al pasar por algunos caminos, amigos mios en los esqueletos que colgaban de los árboles.

Presencié en algunos bosques la tarea vil de los verdugos, y ví la tristeza de las encinas que hacia doblar el peso de los héroes.

Ví á veces duques y condes de rodillas ante el Tajo. De esto no nos rindes cuentas, porque eres altanero é indigno.

La sangre que un rey pigmeo hace

derramar á rios produce negra humareda, que se extiende por el palacio.

Tras tus fatales sentencias vá siempre una bandada de cuervos, que atrae el ruido que hacen las cadenas de las horcas de tu reino.

XIII.

El Cid leal.

Príncipes, contínuamente los pordioseros de las calles, encerrándose en las paredes de un claustro, se truecan en monjes y cierran los ojos á todos vuestros actos.

No pertenezco á esos traidores; vivo amurallado en mi fé, y los espectros de mis antepasados siempre me sirvieron de ejemplo.

No hay corazones hipócritas consagrados á viles intereses en nuestros antiguos feudos de las montañas y de los bosques.

El traidor es peor que un moro; vive inquieto y desazonado, y con risueño semblante cubre la ruindad del alma.

No pertenezco á esa raza; que, Don Sancho, cuando respiro, quiero respirar tranquilo, y cuando hablo, quiero decir la verdad.

Soy un hombre probo, que vivo en la probidad antigua. Jimena recompone mis trajes, pero no mi lealtad.

Toco, segun la moda antigua, la campana de mi campanario, y me enoja y me molesta tener bellacos cerca de mí.

El fango de la avaricia, del robo y de la traicion, no quiero que pudra nunca la ensambladura de mi casa solariega.

XIV.

El Cid honrado.

Recobra la tranquilidad, Don Sancho, y nada temas aquí. Es blanca el alma del soldado que ennegreció el combate.

Aunque gruñendo, te sirvo con lealtad: que Dios me dió la mision de ser azote del moro y de ennoblecer al monarca.

Soy duro para tí y soy tierno para el pueblo; que así somos los gentileshombres que nacimos en comarcas salvajes.

Lejos de los ociosos palacios, que llenan los aduladores, la dignidad brota en nuestras almas como la yerba en nuestros feudos.

El Cid tiene por costumbre ser recto, severo y franco; quizás esto no es prudente, pero si no es prudente, es leal.

Por conseguir lo que desea, el adulador besa tus piés; pero yo digo siempre lo que siento y obro como debo obrar.

Vivo ausente de palacio y soy poco cortesano, que sobre mí ha caido el polvo de los años y de las batallas.

Por eso, estando contigo á solas, te hablo con el acento grave con que hablaba á tu abuelo Boson de Arle, Gil de Vivar, mi abuelo.

De qué nace tu inquietud? Porque me estás siempre espiando, ¿crees que tengo el capricho de que me concedas algun castillo ó alguna ciudad?

Don Sancho, el Cid, entrado ya en años, prefiere ser un montañés en su montaña á reinar como tú reinas.

Se puede halagar al Cid, mas no se puede intimidársele. No te conquistara á Córdoba para tomarte en cámbio á Lérida.

XV.

El rey es el rey.

Crees tener menos poder del que tienes, rey Don Sancho, y temes entrar en mis dominios y oir rechinar mi rastrillo.

Te asusto porque, como acostumbras á engañar, no tienes confianza en mí, y mi espada, que te honra, te causa miedo.

Haces que me custodien, haces que me espíen, y detrás de tus capitanes tiemblas al acercarte á Ruy Diaz.

No me tratarias de otro modo, no desconfiarias más si yo fuese algun pirata que amenazase tus reinos.

Consultas á las hechiceras para ver si moriré pronto; parece que te inquiete el deseo de que no se prolongue mi vida.

Tu habilidad sutil me acecha incesantemente; pero te tomas trabajo inútil, estás perdiendo el tiempo.

Tus precauciones son vanas, porque yo digo á todos en voz alta que la sangre que corre por mis venas no es mia, te pertenece á tí.

Porque aunque seas un príncipe vil, lo que no es posible negar; porque aunque eres el primero en el reino y el último en el terreno de la virtud;

Porque aunque obtengo como recompensa el ódio de tus favoritos, á pesar de lo que yo pienso y á pesar de lo que yo digo,

---

A pesar de que se rie de mí hasta tu bufon, me inclino ante tí y te sirvo; el leal obedece al bellaco.

Y ante tí desaparece el Cid, el hombre sin miedo y sin tacha, y soy el hombre leal que presta homenaje al rey.

XVI.

El Cid es el Cid.

Don Sancho, corre un riachuelo á la sombra de mi fortaleza, y su agua es pura entre los juncos, como el Cid es puro entre los vasallos.

Es puro mi manantial; bebe su agua límpida y yo te absuelvo; porque soy tan noble como tú, pero soy mucho más caballero.

Los hombres sábios se cansan de asegurarnos que el trono tiene que tener su límite y que el rey debe tener su freno.

Quizás aciertan; pero para marcar ese límite es preciso calentarse la cabeza, es preciso estudiar, es preciso vivir aislado como un ermitaño.

Como eso á mí no me corresponde, dejo esa tarea para el sábio; yo soy el Cid, y prefiero obedecer á disputar.

Que á pesar de esas disputas, tengan ó no razon los que las mueven, permanecerás siendo lo que eres, y yo me quedaré siendo lo que soy.

Sufrí que me denigrasen sin pedir de ello cuentas á nadie, y mientras eras ingrato conmigo, hice por tí cuanto pude.

Te conquisté Jaen, Barbastro, Zamora, Huesca, Jaca y Murcia, donde fuiste cobarde, y Vich, donde fuiste cruel.

Y Lerma con sus sicomoros, y Tarragona con sus torres; y te dí reyes moros todos los años y te dí al Cid todos los dias.

A los dos nos describirá juntos eternamente la historia. Tenlo presente, si te parece bien; olvídalo, si te parece mal.

Ante tí me inclino y bajo los ojos para que pases; entra sin miedo, rey, que eres mi huésped, que en el cielo solo hay un astro.

Este astro de la noche oscura, rey, no es la felicidad, ni el amor, ni la victoria, ni la fuerza; es el honor.

———

Y yo que bajo mi armadura recojo mi blanca cabellera, yo que siento que el peso de los años vá á desplomarme en el sepulcro,

———

Quiero que el dia que por mi empiece á vestir luto Jimena, ese astro brillante encienda los cirios de mi ataud.

———

De este modo el Cid, hablando sin adulacion y sin miedo, lame las manos del rey con su lengua ruda de leon.

El rey de Persia.

El rey de Persia, inquieto y temeroso, habita en invierno en Ispahan y en el verano en Tifflis; pero siempre, hasta en el jardin, custodian á su persona hombres armados, porque teme que le mate su familia. Una mañana que salió á pasear por la llanura, encontró á un pastor anciano que iba con su hijo, que era un gentil mancebo.—"Cómo te llamas?„ le preguntó el rey.—"Me llamo Karam„, dijo el viejo, interrumpiendo una cancion que cantaba conduciendo á sus cabras. "Vivo en una cabaña de juncos, edificada en la pendiente de un barranco, con este hijo mio, que quiero con delirio, y por eso canto como cantaba en otros tiempos Hafiz, y como canta ahora Sadi.„—Al oir esto, el mancebo, agradecido, besó la mano al anciano pastor, que cantaba como Sadi ahora y como Hafiz antiguamente.—"Mucho te ama, contestó el rey, ¡y sin embargo, es tu hijo!„

Los dos mendigos.

La tasa en el Santo Imperio. El diezmo en la Santa Sede.

Uno se llama César, el otro se llama Pedro; aquel acecha, éste reza; los dos están emboscados en la hondonada de un camino, con la escopeta en una mano y la bandeja en la otra; vacían los sacos de dinero, se reparten sus rapiñas, reinan ambos, y hacen pagar las esmeraldas que adornan las tiaras á los pobres que no tienen para comprarse zapatos. Los dogmas y las leyes son espesísimos bosques, en los que multitud de antiguos derechos divinos confunden sus ramajes, y los que mendigan en esos sitios tienen superior licencia; no se escapa de ellos ninguno de los que transitan por allí: es indispensable pagar, voluntariamente ó á la fuerza, para pasar por el bosque sagrado. Los pueblos, en los que la salvaje ignorancia produce grandes estragos, tienen aun en la frente el sudor de la antigua esclavitud. ¡En vano rogó por ellos Jesucristo al pié de la Cruz! Siguen siendo los trabajadores los párias, los que todo lo sufren en el mundo. No les falta ninguna llaga; ni enfermedades de las que no pueden curar, ni muchos niños que mantener; y aquellos *infelices* van á pedir limosna á ese muerto de hambre que se llama altar y á ese pobre que se llama trono.

Montfaucon.

I.

Para los pájaros.

A la hora en que el sol se hunde en el ocaso, cerca del bosque de San Juan d' Angely, estando solos el arzobispo Bertrand y el rey Felipe, le hablaba aquel de la siguiente manera:—"Rey, el trono y el altar dependen del mismo principio; defendámoslos juntos; salvar la Iglesia es salvaros á vos mismo. Cuanto más aterroriza el Estado, tanto más fuerte es; el pavor que causa al pueblo los fortalece; cuando la muchedumbre tiene miedo se somete. Reinar es el verdadero derecho. Lo necesario es justo. De hoy en adelante los cuatro grandes bailíos del rey Felipe-Augusto y todas las antiguas leyes son ya insuficientes para detener el mal que sube ya hasta las alturas; es preciso que sirva de ejemplo la permanencia del castigo. Señor, los cismas atacan al templo, el pueblo parece que esté cansado de arrodillarse, la rebelion amenaza al rey y la heregía nos amenaza á todos; ¿de dónde vienen esas perturbadoras ideas? De profundidades que ningun profeta ha sondeado, quizás del infierno, quizás del cielo. Hablemos en voz baja y escuchadme, rey providencial. Nada es tan temible como esos sombríos descensos de los instintos nue-

vos entre las multitudes; esas quimeras bajando desde las alturas, de repente, vuelan, corren, se van, reaparecen, están en todas partes, abren los ojos cerrados, registran las imaginaciones, se confunden con los espíritus y con los hálitos, hieren los sagrados dogmas, introducen en el hombre dormido sus picos de fuego; intentan, perturbando el misterio que nos envuelve, desconocido trabajo en el cerebro humano, quitándole algo, pero dándole algo tambien, y en ellas veo vuestra perdicion; por eso estoy tan inquieto. Qué nos traen? Un soplo, un ruido, el viento que cae de sus alas; no sé lo que es, pero sí que sé que nada nos dejan despues que pasan.„—El rey Felipe escucha, y el arzobispo, pensativo, alarga el brazo hácia el pasado.—"Rechazad esas novedades, rey Felipe.„

Caminando los dos interlocutores, pensativos, llegaron cerca de un campo, que llenan con sus extremecimientos las maduras mieses, lanzando por encima de las espigas largo murmullo; sobre altas estacas plantadas por entre los trigos flotan, mojados por la lluvia y abrasados por el sol, colgados de cuerdas, que el aire mueve, repugnantes sacos de paja, que tienen forma humana, fragmentos de ruinas sin nombre conocido, pedazos locos, balanceándose con aspecto feroz y amenazador: los gorriones y las alondras que el dorado trigo invita dicen á los otros pájaros: Venid aquí! ¡Venid aquí! Se lanzan sobre el campo lleno de espigas, pero á los impulsos del viento, cada uno de aquellos sacos parece vivir lúgubremente, y asustada la bandada de pájaros, cantando, huye volando hasta las nubes.

—"¿Qué medio de gobierno tengo, pues, que adoptar?„, preguntó Felipe. Clavando el arzobispo la vista en el campo erizado de postes y de estacas, de las que pendian, agitadas por el viento, larvas que hacian huir á las aves de rapiña, le contestó:—"Ese.„

II.

Para las ideas.

Por eso, entre el viento que oscurece la bruma, desde aquellos tiempos de luto, de angustia y de sufrimiento, en el territorio de la Francia se elevaba, en el Paris de Felipe el Hermoso, un colosal y fúnebre edificio; monton de vigas horribles, por las que la luz se arrastra y se desliza; pesado entrelazamiento de postes con grapones de hierro, de botareles, semejantes á los pilares de los antiguos puentes; edificio terrible, que aparece sobre una colina infame. Los otros monumentos, que revelan el alma de Paris, los colegios, los hospitales, las torres, los radiantes palacios, son los doctores, los santos, los héroes y los dioses, y él, entre ellos, es el mónstruo. Arrastra salvajemente, por la pendiente de donde sale, el horror subterráneo; su funesta escalera, que termina en la muerte, encierra todo lo que puede tener de la fiera el cemento, el ladrillo y el granito; sus groseros pilares rúnicos parecen lívidos Irmensules, y sus bloques, en la vaga oscuridad, se asemejan á los Molochs; Baal, para construirle, le prestó sus grandes vigas, en las que flotaban los anillos que sacudian las diosas; Saturno sus ganchos, Tentates sus menires; de todos los cultos sangrientos conserva algun recuerdo; si la hiedra ó el acebo vegetan en su suelo, si alguna zarza crece allí, sus hojas muertas proyectan una sombra oscura, como si fuera un estigmata, como si estampara en la pared sus cinco dedos el verdugo. Esa vil construccion de aquellos tiempos fatales era cómplice fatal; fué la columnata inmóvil del suplicio, el patíbulo, que tiene por coronamiento el Louvre, la caricia de la tumba, el insulto á la civilizacion; ¡y esa fábrica tejida y abominable se llamó la justicia! Ese espectro de piedra, lleno de espectros, de hombres, más inexorable que el bronce y que el acero, vive feroz y sin cuidarse de si el mundo á sus piés existe, sufre ó perece, y contra no sé quién se eriza en la sombra; en ciertos momentos ese osario mudo se extremece, como si quejumbroso se lamentase, confundiendo su clamor sordo con el ruido de los vientos, continuando sus sollozos incomprensibles el rumor que producen las ráfagas; en él rechina el torno siniestro del soguero. Desde el cadáver hasta el esqueleto puede allí estudiarse el progreso que en la podredumbre van haciendo los muertos; y cada poste, cargado con un cuerpo insepulto, marca una fecha abyecta, y cada tablon parece el signo de un horrible calendario. Por la noche parece que crezca, y durante el crepúsculo toma el aspecto de avanzar hácia Paris, que retrocede.

Detrás de la trágica y oscura silueta de ese edificio brilla el azur, aparece el dia, la aurora blanquea el cielo; el viento, cuando entra allí, sale pestilente; cada uno de aquellos sentenciados se mueve vestido con el hábito del sepulcro; y todos ellos, ya les abrase Junio, ya los moje Enero, se entrechocan unos con otros; el crugido feroz de las traviesas acompaña á esos choques cuando llueve torrencialmente, y para colmo de terror parece algunos instantes que los cadáveres, con el rostro sin ojos y los dientes sin encías, se rian al ver la torsion convulsiva de las cadenas. El execrable osario, mirando hácia la parte de Roma y del infierno, por entre el espesor de infinitas brumas, parece que busque en lontananza á sus hermanas las gemonias, y que pregunte al abismo oscuro si Josafat será más siniestro que él. Siempre sobre los campanarios y sobre las cúpulas, el viento juguetea lúgubremente con esos fantasmas, ayer y hoy, de dia y de noche, en invierno y en verano; y esos muertos sin reposo, por los que serpentean los gusanos; esa agitacion de misteriosas sombras, esos espectros que se balancean, esos cráneos sin cabello, esas cejas sin ojos, ese sordo tiritar de aquel homicida herraje, lanzan hácia las nubes, al través de las tinieblas, á los espíritus puros del alba y del azur, que habian descendido hasta los vivos desconocidos, para hacer su sublime cosecha entre la multitud, para decir á los pueblos la palabra del siglo que pasa, para despertar en ellos un alma y la esperanza en Dios; pero vuelven á remontar su vuelo, y regresan á las celestes esferas la santa verdad, el pensamiento inmortal, el amor, la libertad y el derecho, chocando con sus alas en el Louvre y su campanario, en la iglesia y su pórtico, y huyen como palomas ante ese sombrío espantajo.

Los raitres.

CANCION BÁRBARA.

Sonad, clarines, sonad, címbalos! Ya oiremos silbar las balas; cuando vengan los enemigos nos batiremos con ellos; se aturrullan como yeguas y huyen en cuanto nos ven; entre tanto juguemos á los dados sobre las baldosas; ¡sonad, risdalas (1); sonad, doblones!

Sonad, címbalos; sonad, clarines! Ya oiremos silbar las balas; á nosotros se nos deben todas las victorias imperiales; nadie puede jactarse de habernos visto huir; entre tanto juguemos á los dados sobre las baldosas; ¡sonad, doblones; sonad, risdalas!

Sonad, clarines; sonad, címbalos! Ya oiremos silbar las balas; en cuanto entramos en fuego, los reyes enemigos hacen la maleta y llaman á sus postillones; entre tanto juguemos á los dados sobre las baldosas; ¡sonad, risdalas; sonad, doblones!

Sonad, címbalos; sonad, clarines! Ya oiremos silbar las balas; nos apoderaremos de todas las ciudades y de todas las mujeres, porque nos es igual que sean rubias ó morenas; entre tanto juguemos á los dados sobre las baldosas; ¡sonad, doblones; sonad, risdalas!

Sonad, clarines; sonad, címbalos! Ya oiremos silbar las balas; venga vino, vino de manzana; embriaguémonos, que para nuestras hordas triunfantes creó Dios las viñas y el lúpulo; entre tanto juguemos á los dados sobre las baldosas; ¡sonad, risdalas; sonad, doblones!

Sonad, címbalos; sonad, clarines! Ya oiremos silbar las balas, y cuando estemos borrachos, al través de los vientos y de los disparos, iremos haciendo zigzags, pero sin retroceder nunca; entre tanto juguemos á los dados sobre las baldosas; ¡sonad, doblones; sonad, risdalas!

Sonad, clarines; sonad, címbalos! Ya oiremos silbar las balas; conquistemos para entregarnos al saqueo; la guerra tiene algunas veces las manos sucias, pero la victoria tiene los brazos largos; entre tanto juguemos á los dados sobre las baldosas; ¡sonad, risdalas; sonad, doblones!

---

(1) *Risdalas*, moneda de plata alemana, que tiene próximamente el valor de diez reales españoles.—(N. del T.)

Sonad, risdalas; sonad, doblones! Entre tanto juguemos á los dados sobre las baldosas; reyes, somos aquilones, que sabemos derribar vuestras coronas; somos tan bravos que nos reimos cuando nos matan. Ya oiremos silbar las balas; sonad, clarines; sonad, címbalos!

El conde Felibien.

Viendo que era preciso hacer entrar en razon á la ciudad, viendo que todo debe aplastarse en la guerra civil y hacer cesar los delitos á fuerza de cometer atentados, Cosme acababa de degollar en masa un monton de miserables, viejos y jóvenes, en Siena, sitio predilecto de la fiereza de aquellos siglos. Todas las paredes de la ciudad estaban acribilladas de balas de mosquetes; concluyó la matanza, pero quedó un resto de infierno dentro de la ciudad, que es víctima de las cohortes lombardas. Todavía flota el humo en las gargantas de las lombardas; el horror del combate, de los choques y de los asaltos es visible aun en los rojos arroyos de sangre, en las fisonomías feroces y asustadas de los muertos: parece que sus bocas griten aun, que brillen iracundos sus ojos, que aquellos cadáveres estén furiosos y vivos. Sin embargo, los comerciantes han abierto ya sus tiendas; algunos vecinos van y vienen á sus quehaceres, y la indiferencia del que vive para los que han muerto, la aceptacion fria de aquella afrenta, se lee en el rostro de los que transitan por las calles.—¿Por qué esos necios han querido salirse de sus esferas? Les han muerto y les está bien. Nosotros tenemos otros negocios de que ocuparnos. Los reyes que son absolutos son casi dioses. Enterremos á los muertos, olvidémosles, y hablemos de otra cosa.—Así comentan y glosan lo sucedido los vecinos. Se apaciguan, y muchos hasta están contentos.

Solo un hombre—que cualquiera diria que tiene cien años, ó que no tiene más que veinte, al ver su frente arrugada y sus ojos de llama,—solo un hombre, menos semejante á los vivientes que á sus antepasados muertos, vaga por allí pensativo y meditabundo, y los que circulan por las calles, al contemplarle, unos dicen:—"Es un génio„, y otros:—"Es un loco!„ Uno exclama:—"Es el Dante, es él mismo, que vuelve del infierno, como volvió Orfeo; Orfeo vió á Pluton, y Dante vió á Satanás; viene de la mansion de los muertos; debe irse de aquí.„ Otro dice:—"No es el Dante, es Jeremías.„—El que se quejó, casi tiene miedo de haberse quejado y se esconde del irritado vencedor; pero ese hombre se aparece en la ciudad como un espectro tan temible, que asusta hasta á las hordas enemigas. No es, pues, Dante ni Jeremías; es simplemente el anciano conde Felibien, que solo cree la verdad, que solo desea el beneficio para todos, el fundador del colegio de Siena, que vá con la frente erguida, á pesar de ser viejo, y hace temblar á todos; que afrenta á las vencedores; pero en su aturdimiento los espíritus y los corazones le aborrecen; que á los cobardes, el mejor le parece perverso, y el que no causa espanto se lo inspira. Pero qué le importa á él? En aquella emboscada, unos yacen en la tumba y los otros se arrastran; él solo queda de pié y meditando, y mientras la sangre corre y humea, abstraido recorre la ciudad.

De repente, en el recodo de la Via-Corva, distingue en la oscuridad á una mujer desconocida; una muerta, desnuda, extendida en tierra, cuyo cuerpo dejaron prostituido á todas las miradas y en cuyo vientre abierto aparece un niño muerto.

Entonces exclamó:—"Cielos! ¡un niño asesinado! ¡Hasta qué extremo llega la horrible guerra! Eso es abominable! ¡Los hombres son más feroces que las fieras!„

VII.

ENTRE LEONES Y REYES.

El que pone en paz.

Los leones dijeron á los reyes:—"Os acostais en camas, bebeis sentados á la mesa; nosotros nos acostamos sobre piedras y bebemos en los arroyos; cada vez que salís moveis el ruido que mueven los grandes rios, porque os acompañan innumerables soldados. Vuestras mujeres, para que las perfumen al entrar en el baño, permiten que los eunucos las ma-

nejen; las nuestras huelen á animales carnívoros, y como sus caricias abren heridas algunas veces, nosotros tambien les devolvemos los besos haciéndolas mordeduras, pero ellas conservan siempre su salvaje castidad. La noche nos mira de reojo; nos tiene miedo, porque la aterramos; os desprecia y nos teme. Creeis ¡oh reyes! que teneis á vuestros piés postrado el mundo; pero nosotros somos los que le tenemos. El bosque nos adula porque representamos el hambre, la sed y el poder, y para comernos los corderos ó para comernos los lobos, nuestras mandíbulas emplean más trabajo que empleais vosotros. Cada uno de nosotros es rey en su caverna, y nuestros cetros son las garras, que causan espanto. La melena espesa, que cuando nos irrita la cólera sacudimos, es de la misma clase que la avalancha y que el torrente de las montañas. Quizás reinais porque nosotros dormimos, que el señor de los bosques vale más que vosotros. El señor de los bosques no es un mercenario, que se le apacigua ó se le desarma dándole un saco de dinero, y no nos acostaríamos sobre vosotros para roeros, como vosotros lo haceis con vuestros Estados; sois unos verdaderos bandidos; nosotros somos los verdaderos príncipes. Cobardes, temblais ante cualquier amuleto; nosotros, dueños de los campos y de los montes, rugimos siempre y no suplicamos jamás, porque no conocemos el temor.„

Así los altivos leones hablaron á los reyes sangrientos. Esas palabras monstruosas salieron rugiendo de sus fauces. Los bosques preguntaron á las montañas:—“Qué es eso?„ De repente se oyó una voz que dijo:

—“Sois leones, pero yo soy Dios. No os ericeis, melenas, que os retengo prisioneras. Vuestras potentes garras son, ante el dedo que yo levanto, lo que es un grano de mostaza debajo de una muela; tolero á los reyes como os tolero á vosotros, porque poseo inmensa paciencia é inmensa cólera, porque tengo mis designios. Temblad ante mí, animales fieros y reyes tiranos. Sabed que estoy aquí; soy el que abato y humillo, el que conservo, el que tuerce y el que dobla; ato y desato las olas del Adriático y los vientos de la Siria; soy el que prueba á todos que todos sois nada; soy toda la luz y soy toda la sombra; soy el que siembra al acaso y sin número; soy todopoderoso, soy Dios.„

VIII.

DECADENCIA DE ROMA.

Al leon de Androcles.

La Ciudad Eterna se parecia al universo. Era la hora en que enmudecen todos los corazones, en que todos los astros se eclipsan y en que el mundo cámbia. Roma habia extendido su púrpura sobre el cieno. Donde se cernieron las águilas se arrastraban los escorpiones. Trimalcion profanaba los huesos de Scipion; Roma bebia alegre, embriagada y con la faz roja, y de sus orgías se escapaba el hedor de la tumba. El amor y la felicidad en ella eran horribles. Mientras Lesbia, feliz, hacia que la peinaran, teniendo á sus piés á Tíbulo, que celebraba en versos su ternura, cuando la esclava persa no le arreglaba bien las trenzas le pinchaba los pechos desnudos con su alfiler de oro. El mal volaba alrededor del hombre; todas las pasiones se habian salido de sus órbitas. Los hijos causaban muertes súbitas á los padres. Los retóricos disputaban los tiranos á los bufones. Reinaban el cieno y el oro. En los calabozos subterráneos los verdugos apaleaban á los mártires muertos. Desmelenada Roma, cantaba. Algunas veces, ante sus puertas, algun brazo que habia vencido á reyes y á esclavos, adornaba el gran camino con vencidos puestos en cruz, y cuando Cátulo pasaba por las orillas de ese camino con su enamorada Delia, veia erguirse en él seis mil sangrientos árboles humanos. La gloria visitaba á Roma con frecuencia en sus dias de triunfo, y en la actualidad la visitaba la ignominia. Riéndose Mesalina, lascivamente se acostaba en el lecho público. Epafrodita tenia á un hombre por juguete, y por juego tambien destrozaba los miembros de Epicteto. La mujer embarazada, el anciano moribundo, el niño de pechos, los cautivos, los gladiadores y los cristianos eran lanzados á las fieras en el abismo espantoso del circo. Mientras que los osos gruñian, mientras que los elefantes caminaban sobre niños lanzados en la

arena, la vestal dormitaba en su asiento de mármol. De vez en cuando la muerte, como fruto de un árbol, caia de la frente pensativa de la pálida beldad, y el mismo relámpago de muerte y de ferocidad pasaba desde el ojo del tigre hasta las miradas de la vírgen. El mundo era el bosque y el imperio la posada. Algunos pasajeros se encontraban el trono en el camino, entraban en él, daban una dentellada al género humano y despues se iban. Neron llegaba despues de Tiberio. César vencia al huno, al godo y al ibero; y ese emperador, como las flores efímeras, por la noche era cuerpo muerto. Vitelius, el cerdo, rodaba por las gemonias. Escalera de grandezas y de ignominias, prision horrible de los muertos, picota de las nadas, sangrienta, humeante é infecta, era aquel pueblo cementerio de gigantes, que parecia construido para que allí se pudriese el esqueleto del mundo. Sufriendo diferentes torturas, aullaban allí judíos sin lengua, cobardes sin puños, ladrones sin ojos; como en el feroz circo, la agonía se manifestaba allí de muchos modos. La repugnante y enorme cloaca abria en el fondo su compuerta y se sorbia á Roma entera, y en aquel inmenso albañal, cuando el justo cielo fulminaba de repente sus rayos, algunas veces dos emperadores se encontraban allí vivos aun, y en aquella oscuridad, en la que los perros iban á comerse la carne que aun cubria los huesos, el César de hoy chocaba con el César de ayer. El sombrío crímen era el amante del infame vicio. En lugar de la raza, creada á semejanza de Dios; en lugar de Eva y de Adan, nacidos con la primitiva pureza, se arrastraba la hidra por el repugnante universo, y el hombre constituia una de sus cabezas y la mujer la otra. Roma era la enorme marrana que se revuelca. La criatura humana no conservaba ya su pristina forma; sus ojos parecian querer exterminar la luz; aquellos eran los tiempos de Atila. Los hombres rugian cuando creian hablar. El alma del género humano iba á desaparecer; pero antes de abandonar el mundo, temblando, se resistia y buscaba sitio donde refugiarse. Parecia que la tumba llamaba y que la muerte, pálida, se reia siniestramente. Entonces fué cuando tú, nacido en el salvaje desierto, alumbrado por el sol esplendoroso, tú, soñador del antro, llegaste á la ciudad que circuia la atmósfera del crímen; te extremeciste al contemplarla, y tus miradas, en ese mundo horrible y castigado, derramaron de repente el amor y la compasion; sacudiste tu melena sobre Roma, y al ver que el hombre era mónstruo, tú, leon, fuiste hombre.

IX.

EL ISLAMISMO.

El año nuevo de la Hegira.

Presintiendo que estaba próxima su última hora, caminaba con gravedad, saludando á todos los que pasaban; se le veia envejecer de dia en dia, á pesar de tener muy pocas canas en la barba negra; se paraba algunas veces para ver cómo bebian los camellos, acordándose de la época en que era camellero.

Meditaba largamente ante la santa columna, y algunas veces hacia que se pusiese delante de él una mujer desnuda, la contemplaba, y despues, levantando y fijando la vista en el firmamento, exclamaba:—"La beldad está en la tierra y en el cielo la luz„.

Parecia que habia visto el edén, la edad del amor, los tiempos anteriores, la era inmemorable. Su frente era noble, sus mejillas delicadas, su mirada profunda y rápida, su cuello parecido al cuello de un ánfora de plata; tenia el aspecto de un Noé que conoce el secreto del diluvio. Cuando los hombres iban á consultarle, era un juez que dejaba afirmar á unos, negar á otros, oia á todos en silencio y hablaba el último. Sus labios parecia que iban á murmurar una plegaria; comia poco, se daba golpes en el vientre con una piedra, se ocupaba en ordeñar sus ovejas, se sentaba en el suelo y cosia sus vestiduras. Ayunaba mucho más tiempo que los demás, aunque habia perdido las fuerzas y no era ya jóven.

A los sesenta y tres años se apoderó de él la fiebre. Releyó el Korán, que habia escrito con su propia mano; despues entregó al hijo de Seid su estandarte y le dijo:—"Ya se acerca mi último dia. ¡No hay más Dios que Dios! Combate por él.„

Sus empañados ojos habian adquirido el aspecto que tienen los ojos del águila vieja que se vé obligada á abandonar el nido. Entró en la mezquita á la hora que tenia por costumbre, apoyado en el brazo de Alí; el pueblo le seguia, y su sagrado estandarte desplegado al viento le acompañaba. Al llegar á la mezquita, volviéndose hácia la multitud, la habló de este modo:—"Pueblo, la luz se apaga, el hombre pasa y desaparece; solo es polvo y noche. Dios solo es grande. Soy ciego y soy ignorante, y sin la ayuda de Dios seria más vil que la repugnante bestia.„ Un *scheik* (1) le contestó:—"Tú eres el jefe de los verdaderos creyentes. Cuando el mundo te oyó hablar, creyó en tus palabras; el dia que naciste apareció una estrella y cayeron las tres torres del palacio de Chosroes.„ El replicó: —"Los ángeles están deliberando acerca del momento de mi muerte, y ese momento llega ya. Escuchadme. Si alguna vez hablé mal de alguno de vosotros, que llegue hasta mí el que sea y ante todos que me insulte y que me ultraje, antes que abandone el mundo; si herí á alguno, que me hiera ahora.„ Y tranquilo tendió su baston hácia el pueblo.

Parecia que, contemplando alguna triste aparicion, estaba extático; de repente exclamó:—"Oidme; soy una palabra que sale de la boca de Alá; soy ceniza como hombre y fuego como profeta. Represento la fuerza, hijos mios, como Jesús representaba la dulzura. El alba siempre es la precursora del sol. Jesús me precedió, pero El no es la causa. Nació de una vírgen que aspiraba una rosa. Pero yo, como sér viviente, solo soy un fango que ennegrecen los vicios; he sufrido la extraña proximidad de todos los pecados; el mal deshonró mi cuerpo, y pronto seria devorado si en la oscuridad de la solitaria fosa cada falta del hombre engendrase un gusano. Hijos mios, el condenado renace en el fondo frio de la tumba para ser comido otra vez por los gusanos; su carne revive sin cesar, hasta que, terminado su castigo, se abre á su vuelo la inmensidad serena. Hijos mios, soy el campo vil de los sublimes combates, en el que luchan, ya el hombre que está en las alturas, ya el hombre que ocupa los sitios bajos, y el mal alterna con el bien en mi boca, como en los desiertos la arena y la cisterna, lo que no impide que yo haya afrontado en la oscuridad á los ángeles réprobos, que desean que el hombre vuelva á caer otra vez en las tinieblas, y retorcido muchas veces sus brazos funestos; con frecuencia, como Jacob, he luchado de noche con alguno que no veia; pero sobre todo los hombres han amargado mi existencia, prodigándome sus ódios y sus envidias; sintiendo dentro de mí la verdad, sin irritarme, los combatí, y durante el combate les decia:—"Dejad hacer! Estoy solo, desnudo, herido y lleno de sangre, pero prefiero que todos me hieran, que se lancen contra mí; porque aunque mis enemigos tuvieran para atacarme el sol á su izquierda y la luna á su derecha, no me harian retroceder.„ Despues de pasar cuarenta años luchando, vedme llegar á los bordes de la tumba, teniendo ante mí á Dios y detrás de mí al mundo. Todos los que me habeis seguido en los ardientes combates, como los griegos seguian á Hermes y los hebreos á Leví, todos los que habeis sufrido conmigo, mañana vereis la aurora. Despues de la fria noche vereis aparecer la luz del alba. No lo dudes, pueblo; el que prodigó los leones en los barrancos de Jebel-Kronnega, las perlas en el mar y los astros en el cielo, bien puede dar alegría al hombre afligido.

„Creed y velad. Los que no son buenos ni malos permanecerán entre los muros que separan el edén del abismo; son demasiado negros para llegar á Dios, pero demasiado blancos para confundirse con los criminales; nadie está bastante puro de pecado para no merecer algun castigo; cuando receis inclinad vuestros cuerpos al suelo; el infierno solo hará arder en su fatal misterio al que no haya tocado la ceniza, y Dios al que besa la tierra abre las puertas del cielo; sed hospitalarios, sed justos; en las regiones supremas crecen los frutos puros en augustos árboles; allí están los caballos con sillas de oro, y para ascender á los siete cielos, los vivientes carros, que tienen rayos por ejes; cada hourí, serena, incorruptible y feliz, habita en un pabellon formado de una inmensa perla; la gehenne (1) espera á los réprobos; en ella les calzarán zapatos de fuego, cuyo calor hará hervir su cabeza como una caldera.„

(1) *Scheik*, jefe de tribu entre los árabes.—(N. del T.)

(1) *Gehenne*, lugar equivalente al infierno.—(N. del T.)

Al llegar aquí se interrumpió; poco despues, prosiguiendo su marcha á pasos lentos, dijo lo siguiente:—"Pueblo, te repito que llegó para mí la hora de abandonar la tierra; apresúrate á hacer lo que te digo. Este es el momento en que deben denunciarme los que crean que les falté alguna vez.„

La multitud, silenciosa, le abria camino para dejarle pasar. Se lavó la barba en el pozo de Aboulfeia; un hombre le reclamó tres dragmas, se los pagó y le dijo:—"Más vale pagar aquí que en la tumba.„ Las miradas del pueblo eran cariñosas como los ojos de las palomas cuando se fijaban en aquel hombre augusto que les servia de apoyo y todos lloraban. Cuando más tarde regresó á su casa, muchísimos permanecieron allí sin dormir en toda la noche. Al dia siguiente, cuando vió que rayaba el alba, dijo: —"Aboubekre, no puedo lavarme; toma el libro y reza la oracion de la mañana.„ —Detrás de él estaba su mujer Aischa oyendo mientras Aboubekre leia, y con frecuencia en voz baja terminaba algun versículo, y todos lloraban mientras oian la lectura. El ángel de la muerte apareció en el umbral de la puerta, preguntando si se le permitia entrar.—"Que entre„, dijo el moribundo.—Entonces las miradas de éste destellaron la misma claridad que el dia de su nacimiento, y el ángel le dijo:—"Dios desea tu presencia.„—"Bien„, contestó. Recorrió un calofrío sus sienes, débil soplo entreabrió sus labios y Mahoma murió.

Mahoma.

El divino Mahoma cabalgaba sucesivamente en su mulo Daidol y en su pollino Yafour, porque hasta el sábio tiene, segun la ocasion, sus dias de terquedad y sus dias de ignorancia.

El cedro.

Omer, scheik del islamismo y de la ley nueva, que Mahoma añadió á la que reveló Issa, caminaba deteniéndose, y en su largo cayado apoyando la barba algunas veces, como si fuese un pastor, pasaba cerca de Djeddh la santa, en la playa del mar Rojo, donde Dios brilló como un sueño, y vagaba por el desierto que en otros tiempos oscureció la sombra del cielo, por donde Moisés pasó velado misteriosamente. Caminando así, absorbido por un grave pensamiento, recorriendo el desierto, el Egipto y la Judea, en Pathmos, en la pendiente de un monte, vió que Juan dormia acostado en la arena. Porque San Juan no ha muerto; Dios se lo reserva; permanece en el mundo como Enoch el justo y como Elías, para que venzan al Antecristo.

Juan dormia; el sueño cerraba los iluminados ojos del único de los vivientes á quien fué concedido mirar por la abertura del abismo á los ángeles negros cubiertos con corazas de azufre, bambolearse las Babeles y caer las Siones. Juan dormia al sol y con la cabeza descubierta.

Omer, poderoso sacerdote semejante á los profetas, percibió cerca del mar Rojo, á la sombra de un santon, un añejo cedro de espeso ramaje, que crecia en una roca á orillas del camino; Omer extendió la mano hácia el horizonte por la parte del Norte que habitan las águilas rapaces, y señalando al viejo cedro en lontananza, la mar Egea y á Juan dormido en Pathmos, tocó al árbol con la mano y pronunció estas palabras:—"¡Cedro, cubre con tu sombra aquel hombre!„

El espectro blanco de sal que mira á Sodoma no se quedó más inmóvil en las orillas del mar que el cedro á quien Omer dirigió la palabra. El árbol no agitó ni una sola rama. El sacerdote dijo:—"Obedece!„, y dió un bastonazo al árbol, que continuó impasible. El scheik, dirigiendo los ojos hácia lo invisible, dió tres pasos, abrió la mano derecha, y levantándola, volvió á decir:—"¡Obedece, cedro, en nombre del Dios vivo!„—"¿Por qué no has pronunciado ese nombre más pronto?„ le replicó el cedro.

Extremeciéndose el árbol, hizo á pedazos la roca, agitó sus brazos, como agita un bajel sus aparejos, y hendiendo la tierra, arrancando su tronco y sus raices, voló como un sombrío y formidable pájaro. Pasó por el monte Gour, dejó tras sí Gofna, Jericó, Tebas, el Egipto, el Nilo, el campo de Galgala, Ur,

Bethsad, y saliendo del desierto, atravesó desde Chanaan d' Arphac hasta Borceos, y allí, encontrándose con el mar, se sumergió en su abismo, y atravesando las olas, llegó hasta Pathmos y muy cerca de donde Juan dormia.

Juan, cuando se despertó y vió el árbol, quedó sorprendido de que su ramaje le hiciera sombra, y exclamó, terrible en su serenidad:—"Arbol, qué haces ahí? ¿Por qué te has apresurado á surgir, á germinar y á crecer en una hora? ¿Por qué esparces tu sombra sobre las rocas donde yo moro? La ley del eterno no ordena tanta rapidez; Jehová, cuyos ojos miran á todas partes, desea que la produccion sea lenta y que el árbol se asegure con raices profundas; mientras un árbol crece, mueren muchos hombres; la lluvia le fecunda, y por la madera del tronco distribuye las raices en movedizas ramas y el agua se convierte en savia en cuanto circula por el árbol. Dios le nutre con la tierra, y saciándole de ella, le hace duro y sólido para que resista á los latigazos de los tumultuosos vientos y para que pueda contar, cuando el hacha lo derribe, los años de su vida por los anillos de su savia. El cedro no debe crecer con la velocidad de un sueño: lo que se construye en una hora lo destroza en un instante.„ El cedro le respondió:—"Juan, por qué me acusas? Estoy aquí porque me lo ha mandado un hombre.„ Juan replicó:—"¿Qué hombre es ese que tiene tanto poder?„ El árbol le respondió:—"Omer, sacerdote de Mahoma; yo crecia cerca de Djeddh desde hace muchos años, y me mandó que viniera á cubrirte con mi sombra„.

Entonces Juan, á quien Dios dejó olvidado en el mundo, volviéndose hácia el Sur y con voz estentórea, que difundieron los vientos por las riberas silenciosas de su isla, gritó:—"Hijos de los tiempos modernos, ¡dejad tranquila á la naturaleza!„

X.

EL CICLO HERÓICO CRISTIANO.

El parricida.

Un dia, Kanut, á la hora en que la noche extiende su oscuridad por el firmamento, vió que su padre Sweno, que era un anciano casi demente, estaba durmiendo sin que le custodiase un solo guardia; se llegó hasta él y le mató, exclamando:—"Ni él mismo sabe quién le mata.„ Despues fué un gran rey.

Fué un gran rey, vencedor en todos los combates y que vivió en la prosperidad; cuando pasaba por delante del tribunal reunido de los Ancianos, su presencia hacia sonreir á los rostros más graves; por medio de costumbres puras y de leyes prudentes, á su tierra natal, á Dinamarca, encadenó veinte islas; construyó un gran trono sobre cimientos feudales; venció á los sajones, á los pictos, á los vándalos, á los celtas y á los slavos, á los pueblos salvajes, y decia, cuando hablaba del gran César:—"Nosotros dos„. Durante veinte años fué el más bravo caballero y el arquero más poderoso; el pueblo, temiéndole, le bendecia, y hacia de su existencia una fantástica leyenda; en un solo invierno acabó en Escocia con dos dragones y en Scania con dos reyes; fué héroe gigante y génio; la suerte del mundo parecia ligada á la suya, y consiguió que se olvidasen de que fué parricida. Cuando murió le encerraron en un féretro de piedra, el obispo de Aarhus le rezó las oraciones fúnebres, le cantó un himno de alabanza, en el que declaró que Kanut era santo, que Kanut era héroe, que su recuerdo dejaba celestial perfume y que los sacerdotes le veian en la gloria, sentado á la derecha de Dios, como un profeta.

Cuando llegó la noche cesó de oirse el órgano en el recinto sagrado, y los sacerdotes, saliendo de la catedral, dejaron solo al rey muerto. Entonces éste se levantó, abrió los ojos, tomó la espada y salió del féretro y salió de la catedral; atravesó el mar que refleja las cúpulas y

los campanarios de Altona, de Aarhus y de Elsenem; caminó sin hacer ruido, porque era un fantasma hijo de un sueño; fué recto al monte Saro, y al llegar á él le dijo:—"Permíteme, monte Saro, que, para que me sirva de sudario, corte un pedazo de tu manto de nieve.„ El monte reconoció á Kanut y no quiso oponerse á lo que le pedia. Kanut empuñó la espada, que nadie pudo romper, y de la montaña, que temblaba ante él, cortó la nieve que le pareció suficiente para hacer su mortaja; despues exclamó: —"Antiguo monte, ¿por dónde he de ir para encontrar á Dios?„ La disforme montaña, cuyas gargantas obstruia la nieve, le contestó:—"No lo sé, espectro, porque yo siempre estoy aquí.„ Kanut salió de aquella montaña, y con la frente erguida y blanqueada por la nieve, por la parte de Islandia y de la Noruega penetró solo en el gran silencio y en la grande noche; detrás de él el mundo se desvanecia confusamente, y se encontró ese espectro, esa alma, ese rey sin reino, faz á faz con el fantasma de la inmensidad. Vió el pórtico horrible del infinito, vió la sombra, retrocediendo donde el relámpago, cuando entra, espira tristemente, y penetró en lo informe que se movia en las tinieblas. Avanzó diciendo:—"Esto es la tumba; más allá está Dios.„ Dió algunos pasos y gritó:— "Pero la noche es muda como el osario„, y no le respondió nadie, y Kanut continuó avanzando. De repente, sobre su lívida mortaja vió reflejar una estrella negra, que iba creciendo lentamente, y tocándola con su mano de espectro, vió que caia sobre ella una gota de sangre. Su cabeza, que jamás dobló el miedo, se irguió terrible, miró al espacio y nada vió más que profunda oscuridad.—"¡Adelante!„ exclamó Kanut, adelantando sin pavura. Cayó sobre él otra mancha de sangre, y el jefe cimbrio volvió á mirar en la oscuridad y tampoco vió nada. Continuó su camino, y la tercera mancha de sangre cayó sobre su mortaja. Kanut no habia huido jamás, pero cambió de camino y dirigió la vista hácia la mano que empuñaba la espada, y otra gota de sangre cayó sobre su sudario y le saltó á la mano; por segunda vez cambió de camino y se dirigió hácia la izquierda, pero inútilmente; otra gota de sangre cayó sobre su mortaja; Kanut retrocedió aterrado y quiso desandar el camino y volverse á encerrar en su féretro; pero continuó la lluvia de sangre, y aquel bravo guerrero inclinó la cabeza y probó á rezar, pero las gotas continuaban cayendo sobre su mortaja, y, asustada, la oracion espiró en sus labios. Continuó caminando lúgubre, vacilante y aterrado, y de vez en cuando, sobre su blanco espectro se destacaban en la oscuridad las manchas rojas que caian sobre él; manchas que se multiplicaban sin cesar y que iban formando nubes de sangre. Caminaba sin tregua ni reposo, y de la insondable bóveda continuaba la sangre lloviendo gota á gota. ¿Quién lloraba aquellas lágrimas formidables? El infinito. Hácia el cielo, que solo puede abordar el justo, hácia el Océano de la noche sin flujo y sin reflujo, avanzaba Kanut, sin atreverse á mirar á ninguna parte. Despues de caminar mucho, llegó ante una puerta cerrada, debajo de la que se veia una luz misteriosa; bajó la vista para contemplarla; aquel era el sitio sagrado en el que parece visible no sé qué rayo divino; detrás de aquella puerta oia cantar el hosanna. Kanut vió que su mortaja era roja y se extremeció. Por eso, huyendo de la luz, retrocediendo, no osó llegar ante el juez en cuya frente brilla el sol; por eso aquel fantasma permaneció en las tinieblas de la noche, sin poder recobrar su pulcritud primera, conociendo que á cada paso que daba hácia la luz, llovia sobre él una gota de sangre.

El casamiento de Rolando.

En horrible lucha se baten cuerpo á cuerpo. Hace ya tiempo que murieron sus caballos; están solos los dos en una isla del Ródano. Las olas del rio pasan rápidas y amarillentas. Desde mucho antes de amanecer están batiéndose los dos caballeros. El que aquella noche hubiera visto vestirse aquellos dos barones, antes que la visera del casco les cubriera el rostro, creyera que eran dos pajes blondos y sonrosados como doncellas. Ayer eran dos niños que reian y jugaban en el hogar paterno; hoy, en aquel sitio fatal, en aquel espantoso desafío, eran dos fantasmas que tenian el demonio en el cuerpo, dos enmascarados que lanzaban llamas por los ojos. Pelean furiosos y encarnizados. Los barqueros que los condujeron hasta allí, asustados, se marcharon lejos, atreviéndose apenas á espiarles, porque aquellos dos combatientes, que hacen temblar al que los mira, uno se llama Olivier y el

otro Rolando. Desde que empezaron á batirse ni una palabra habia salido de sus labios.

Olivier, señor de Viena y conde soberano, es hijo de Gerad y nieto de Garin. Su padre le vistió para que fuese á este desafío. Tiene esculpidos en su broquel á Baco haciendo la guerra á los normandos, á Rollon embriagado y á Rouen consternado; y aquel dios que sonrie y que arrastran tigres, gran bebedor de vino, arroja de su lado á todos los bebedores de sidra. Su casco se hunde bajo las alas de una hidra; viste la loriga que llevaba Salomon; en su estoque resplandeciente llevaba grabado su nombre, y siempre cuando partia, el arzobispo de Viena bendecia su cimera de príncipe feudal.

Rolando iba vestido de hierro. Luchan de tan cerca y con tan sordos murmullos, que su hálito áspero y caliente empaña sus armaduras; cada vez se estrechan más; el acero muerde al hierro; pedazos del yelmo y de la loriga saltan á cada momento y caen en la yerba y en el rio; sus brazales están rayados de largas líneas de sangre, que gotea de los cráneos y que desciende de los ojos. De repente Olivier, recibiendo terrible golpe que le desenmascara, vé caer al mismo tiempo su espada y su casco; se queda con la mano vacía y con la cabeza descubierta, y contempla los ojos iracundos de Rolando. El caballero piensa en su padre y dirige sus miradas hácia Dios al ver perdida su esperanza.—"Soy sobrino del rey de Francia, dijo entonces Rolando, y debo portarme como el sobrino de un rey. Cuando veo desarmado el enemigo ante mí no lo combato. Vé, pues, á buscar otra espada y procura que tenga mejor temple que la primera. Al mismo tiempo haz que me traigan para beber, porque tengo sed.„—"Gracias„, contestó Olivier.—"Te espero, añadió Rolando; apresúrate.„

Olivier llamó á un barquero que estaba escondido detrás de una capilla y le dijo:—"Vé con rapidez á la ciudad y dile á mi padre que uno de nosotros necesita una espada y que hace mucho calor.„

Entre tanto los héroes, sentados en las malezas, ayudábanse mútuamente á aflojarse los capuchones de mallas, se lavaban las caras y se entretenian en charlar. El barquero volvió al poco tiempo, despues de ver al viejo conde; trajo una espada y vino; el vino predilecto de Pompeyo y que cosecha Tournon en las entrañas de su antiguo monte. El barquero se separó despues de ellos. Los dos héroes terminaron sin cólera su interrumpida conversacion; Olivier escanció el vino para que bebiera Rolando; despues se pusieron en pié los dos y continuaron el desafío; gradualmente el combate les iba embriagando; cada uno empezaba á sentir el deseo invencible de quedar vencedor, y combatian derramando cada cual la sangre de su adversario. Así pasaron todo el dia, y cuando el sol se ocultó en el horizonte y llegó la noche, Rolando dijo:—"Compañero, no sé que tengo, pero me encuentro mal; no puedo sostenerme y quisiera descansar un poco.„—"Con la voluntad de Dios deseo venceros; con la ayuda de la espada y no con la ayuda de la fiebre, le contestó Olivier sonriendo; acostaos y dormid, que yo durante la noche os abanicaré con mi penacho blanco; acostaos y dormid.„—"Quise probaros, pero debo deciros que sin descansar puedo pelear cuatro dias y cuatro noches más.„

Continuaron el desafío. Corria la sangre y la muerte se cernia sobre los combatientes; saltaban chispas de todas partes producidas por los repetidos golpes. Cuando amaneció continuaba el combate produciendo gran extrépito; cuando anocheció seguian combatiendo; cuando apareció el alba del dia siguiente combatian aun. Ni un momento descansaban; únicamente, hácia el tercer dia, se sentaron á la sombra de un árbol y estuvieron hablando algunos momentos; despues volvieron á continuar el desafío.

El anciano Gerad, en Viena, estaba esperando tres dias que su hijo regresase. Viendo que no volvia, hizo que un adivino subiese á una de las torres para ver si podia adivinar lo que pasaba, y el adivino volvió diciendo:—"Señor, siguen batiéndose„.

Pasaron cuatro dias y hacia temblar á la isla y á la playa el estruendo monstruoso que movian los combatientes, sin huir, sin cansarse jamás; hasta que por fin Olivier se apoderó del cuerpo de Ro-

lando, que al combatir se abreva en su propia sangre y que de un revés le lanza en el rio.—"Ahora me toca á mí; mandaré que busquen otro estoque para vos, dijo Olivier. El sable del gigante Sinnagog está en Viena; despues de haber perdido el de Durandal, es el único que os conviene. Mi padre lo tomó cuando se deshicieron de él. Aceptadlo.„ Rolando, sonriendo, contestó:—"Me basta con este palo„; diciendo esto desarraigó una encina.

Olivier arrancó un olmo en la llanura y arrojó la espada. Rolando, furioso, le atacó. No le complacia ver á su rival tan generoso. Sin cascos en las cabezas, sin espadas en las manos, luchaban, jadeantes y desenfrenados, combatiéndose con troncos de árbol como combatian los gigantes.

Por la quinta vez llegó la noche durante su combate. De repente, parándose, Olivier habló de este modo:—"Rolando, nunca vamos á terminar. Mientras podamos disponer de la rama de un árbol no terminará nuestro desafío. ¿No valdria más que le termináramos quedando los dos hermanos? Cásate con mi hermana la blanca y linda Ande.„—"Me parece muy bien, contestó Rolando, y ahora bebamos para terminar este asunto.„ De este modo Rolando se casó con la hermosa Ande.

Aymerillot.

El emperador Carlo-Magno volvió de España con el corazon entristecido, exclamando:—"Maldito Roncesvalles! ¡Maldito el traidor Ganelon!„ Su sobrino Rolando pereció en aquel valle funesto, con sus doces pares y con todo su ejército. Los labradores de las montañas que viven en ellas regresaron tranquilos á sus hogares, besaron la frente á sus mujeres y les dijeron:—"Hemos vencido!„ Y los huesos de los héroes blanquearon aquellas llanuras.

El rey Cárlos está contrariado, y triste su caballo sirio, participa de la misma afliccion; el emperador se aflige por haber perdido sus paladines, sus doce pares de Francia, sus infatigables caballeros, su sobrino Rolando y la batalla, y sobre todo por comprender que á él, vencedor de España, le escribirán coplas burlescas en aquellos montes, en los que los guerreros fueron vencidos por los campesinos, y que esta derrota le humillaria durante más de cuatrocientos años.

Esto no obstante, prosigue caminando y en tres dias llega á la cumbre de los altos Pirineos. Contempla el espacio que se extiende ante su vista, y lejos de allí, en un monte, divisa una ciudad ceñida de murallas y que tiene dos castillos á cada puerta. Presenta ante el que la vé de lejos treinta torres magníficas con techos de estaño. En el centro de ella campea un hermoso torreon. Sus almenas están guarnecidas de plomo, y cada uno de sus agujeros oculta un arquero, cuyos ojos acechan; sus gárgolas causan terror, y en su rojiza cumbre brilla y deslumbra un grueso diamante, que no se puede mirar fijamente de tres leguas á la redonda. A su izquierda se extiende el mar, que arrastra sus olas hasta cerca de esa ciudad. Al verla, Carlo-Magno pregunta:—"Naimes, duque de Babiera, sábio consejero mio, ¿qué ciudad es aquella que está cerca de la playa? El que la conquiste puede decirse que es dueño de una ciudad que es única en la tierra. Ahora que estoy triste es cuando debo procurar estar alegre. Aunque deba permanecer catorce años en estas llanuras, juro por San Dionisio que me he de apoderar de esa ciudad antes de ir más lejos.„

El consejero Naimes, extremeciéndose, le contestó:—"Señor, si eso es lo que deseais, compradla, porque nadie puede apoderarse de ella. Cuenta para defenderse, además de sus bearneses, con veinte mil turcos, provistos cada uno de doble arnés. Es verdad que en otros tiempos nosotros triunfábamos, pero hoy vuestros paladines valen menos que mujeres, todos están fatigados, y yo, que soy el más viejo, soy el que está menos cansado. Os hablo con franqueza y nada os oculto. Por otra parte, nos hemos quedado sin máquinas de guerra; los caballos están rendidos, las gentes saciadas; me parece que es hora ya de que descanseis, porque creo además que es menester estar locos para atacar esas torres con ballestas.„

El emperador respondió al duque bondadosamente:—"Duque, te has olvidado de decirme el nombre de esa ciudad.„—"No es extraño, que el que llega á mi edad pierde la memoria; pero, señor, tened piedad de vuestros barones y de vuestros caballeros; dejad que reposen en sus hogares, en sus amores y en su familia. Conquistar siempre es no gozar jamás. Hemos conquistado ya muchas ciudades, las suficientes para doblar vuestro imperio. Si sitiárais á los habitantes de esa ciudad, se os burlarian desde lo alto de las torres, porque tienen para recibir socorros con seguridad tres hondos subterráneos que cavaron los turcos, y que se extienden, el primero hasta el valle de Baztán, el segundo hasta Burdeos y el tercero hasta el infierno.„ Sonriéndose el emperador, volvió á preguntarle:—"Duque, ¿cómo se llama esa ciudad?„—"Narbona.„—"Narbona es hermosa y será mia; júrote que jamás he visto pasar por delante de mí á sus hermosas doncellas sin que una sonrisa iluminase mi rostro.„

Entonces, dirigiéndose el emperador á Dreus de Montdidier, le dijo:—"Conde, el buen duque Naimes chochea de vejez; amigo mio, apoderaos de Narbona y os cederé todo el territorio que hay desde aquí á Montpellier; sois hijo de un gentil-caballero, y vuestro tio era abad de Chelles; vos tambien sois un valiente; conque ¡preparad las escalas y al asalto!„—"Señor, respondió Montdidier, hoy ya no sirvo para nada. Soporté demasiado tiempo el casco, la loriga y la cota de malla; necesito meterme en el lecho porque estoy muy enfermo; me consume la calentura; se me ha abierto una úlcera en la pierna, y hace ya más de un año que me acuesto desnudo; guardad, pues, todo ese territorio, que á mí para nada puede servirme.„

El emperador, sin manifestar enojo ni cólera, dirigió sus miradas hácia Hugo de Cotentin, que era conde palatino.—"Hugo, le dijo, tengo la satisfaccion de participaros que será para vos Narbona si os apoderais de ella.„ Hugo de Cotentin, despues de saludar al emperador, le contestó:—"Señor, los labradores son unos villanos muy felices. Cultivan la tierra, y cuando terminan su trabajo se van á descansar á su choza. Yo, que supe vencer á Tryphon, á Thessaluz, á Gaiffer, que haga calor ó que haga frio, voy siempre vestido de hierro; al amanecer me despierta el sonido del clarin; mi silla no tiene ya ninguna hebilla servible, y hace ya mucho tiempo que duermo muy tarde y que me despierto á la madrugada. Estoy ya muy fatigado de recibir golpes. Entregad á otro la ciudad de Narbona.„

El emperador inclinó la cabeza; pero esto no obstante, llamó á Richer de Normandía, y dirigiéndose á él, le preguntó:—"Sois un gran señor que provenís de valiente raza; ¿quereis apoderaros de Narbona?„—"Señor, soy duque por la gracia de Dios; riesgos como ese solo los corren los que van á buscar fortuna; el que es dueño de un ducado se contenta con él y no busca otro.„

El emperador, volviéndose hácia el conde de Gaud, le dijo:—"Tú en otro tiempo te apoderaste del bandido Mangiron; el dia que tú naciste llenó tu pecho el soplo de la audacia; solo la traicion pudo vencerte; pues bien, conde, apodérate de Narbona y serás su bailío.„—"Señor, contestó el conde de Gaud, quisiera regresar á Flandes. Los soldados que mando y yo tenemos hambre. Acabamos de emprender la guerra en un pais endemoniado; en él comemos, en vez de pan, ratones, y el sol de España me curte de tal modo, que me quema la piel; cuando regrese á mi pátria, mi mujer quizá haya tomado algun amante; al verme tan tostado del sol, creerá que soy un moro y no que soy un flamenco. Tengo grandes deseos de ver lo que sucede en mi casa, y aunque me ofrezcais, si tomo esa ciudad, todo el oro de Salomon y del rey Pepino, prefiero volverme á Flandes, que allí por lo menos comeré pan.„

—"Estos buenos flamencos, dijo para sí Carlo-Magno, no se quieren batir si no están bien alimentados; pero no sé por qué busco quién tome por asalto esa plaza, viniendo conmigo mi antigua ave de rapiña; Eustaquio de Nancy, óyeme. Es difícil de tomar la ciudad de Narbona, pero no para tí, que eres un águila invencible.„—"Señor, solo soy un gorrion, respondió Eustaquio, que deseo volver á mi nido. Las gentes que mantengo quieren que se las pague, y yo no tengo

dinero ni quien me lo adelante; y en cuanto á mí, tengo los puños destrozados y estoy rendido de cansancio. La guerra concluye por dejarle á uno deslomado, y llegamos á odiar lo que en otro tiempo nos entusiasmaba; el peligro que ayer veíamos de color de rosa, hoy le vemos negro; quedamos dislocados y adquirimos gota en las piernas, esguinces en los piés y ampollas en las manos, y el que empezó la guerra siendo buitre concluye siendo pollo. Tengo deseos, señor, de dejar la cimera y de ponerme el gorro de dormir.„

El caballo del rey pateó en el suelo, como si comprendiera lo que estaba sucediendo. Gerardo de Roussillon estaba cerca de allí al frente de los soldados que mandaba; Carlo-Magno, sonriendo, se acercó á él y le dijo:—"Bravo capitan, sois fuerte é invencible como un romano; empuñais las estacas sin mirar si tienen clavos. Si tomais á Narbona os la entrego.„ Gerardo de Roussillon contempló con tristeza su cota de malla destrozada, el reducido número de soldados que le seguian, su agujereado estandarte y su caballo cojo.—"Estais soñando, le contestó al emperador, como un doctor de la Sorbona. Solo un loco podria aceptar esa empresa.„

De este modo contestaron aquellos valientes batalladores; el emperador fué proponiendo lo mismo á todos sus capitanes, y todos rehusaron acometer esta empresa. Entonces, irguiendo la cabeza y levantando todo su cuerpo, apoyándose en sus colosales estribos, sacando su temible espadon, con voz áspera y ronca, pálido, encolerizado, aterrando con sus miradas á todos los hombres de su campamento, el invencible emperador gritó con voz de trueno:—"¡Todos sois unos cobardes! Condes palatinos, muertos en las batallas; gigantes que permanecíais de pié durante las más crudas refriegas, Olivier y Rolando, ¿por qué no estais aquí conmigo? ¡Si viviérais os apoderaríais de Narbona, porque érais paladines de noble corazon, que ninguna atrevida empresa asustaba! ¡Inolvidables compañeros mios muertos, si viviérais vosotros y yo nos apoderaríamos de todo el mundo! Gran Dios! ¿qué puedo hacer ya de aquí en adelante? ¡En vano buscan mis ojos un corazon bravo y sin temor y pasean sus miradas desde aquellos que murieron hasta éstos que son cobardes! ¡Barones, todos los que me habeis seguido hasta esta montaña, normandos, loreneses, alemanes, borgoñones, flamencos, bretones y franceses, idos de aquí! ¡Huid de mi presencia, huid de los campamentos donde suene mi vencedor clarin; regresad á vuestras casas, idos de aquí, que os despido á todos! No os necesito! ¡Volved al lado de vuestras mujeres! Vivid con ellas en innoble paz, que de ese modo llegareis á edad muy avanzada. No os necesito; yo solo me basto para sitiar á Narbona. Me quedo aquí para realizar mis esperanzas. Cuando regreseis á Francia, vosotros que habeis vencido á los sajones y á los aragoneses; cuando os calenteis sentados al fuego del hogar, volviendo la espalda á vuestros dias de triunfos bélicos, si alguno os pregunta, recordando vuestros hechos de armas, que durante mucho tiempo aterrorizaron al mundo:—"¿Dónde habeis dejado á vuestro emperador?„, respondereis inclinando la vista al suelo:—"Huimos el dia de la batalla tan temblorosos y tan de prisa, que no sabemos dónde hemos dejado al emperador.„

De este modo Cárlos de Francia, apellidado Carlo-Magno, exarca de Rávena, emperador de Alemania, habló en la montaña con su potente voz, y los pastores que en lontananza estaban esparcidos por los vecinos bosques creyeron al oirle que estaba hablando el trueno.

Consternados los barones, bajaron la vista al suelo. De repente, cuando estaban todos avergonzados, un jóven gentil salió de entre las filas y exclamó:—"¡Que San Dionisio guarde al rey de Francia!„ Sorprendido el emperador, contempló con extrañeza al jóven que avanzaba hasta él, y observó que era casi un niño, con faz sonrosada, con las manos blancas, que á primera vista los soldados tomaron por una mujer vestida de hombre; delicado, pero sereno, que no llevaba escudo ni penacho, que vestia de sarga y que tenia el aspecto frio de una vírgen.—"¿Qué es lo que te mueve á hablar así? Qué es lo que deseas?„, le preguntó Cárlos.—"Quiero lo que nadie quiere; conquistar la honra, si Dios me ayuda, de que se diga mañana: Este hombre fué el que se apoderó de Narbona.„

Así habló el jóven, mirando á todo el mundo: el hijo de Gante levantó en seguida la cabeza, se echó á reir y dijo á los raitres que mandaba:—"¡Es nuestro infantil compañero, es Aymerillot!„—"Aymerillot, repuso el rey, dinos tu verdadero nombre.„—"Me llamo Aymery, y soy pobre como un monje; tengo veinte años, se leer en latin, soy bachiller; nada más, señor. La suerte tuvo á bien no acordarse de mí cuando distribuia los feudos hereditarios. Dos liards pueden llenar toda la tierra que poseo, pero el cielo no es bastante grande para llenar mi corazon. Asaltaré y tomaré á Narbona, y despues castigaré á los burlones, si despues queda quien se burle.„ Cárlos, radiante de alegría, le dijo:—"Por tus grandes alientos serás de hoy en adelante Aymery de Narbona y conde palatino, y todo el mundo te hablará inclinándose ante tí. Cumple tus propósitos.„ Al dia siguiente Aymery tomó la ciudad.

Vivar.

Vivar, situado en la espesura de un bosque, era una fortaleza cuadrada, flanqueada por torres, fuerte antiquísimo. Tenia el patio pequeño y la puerta fea. Cuando el scheik Jabias, despues rey de Toledo, fué á visitar al Cid de regreso de Cintra, entró en el estrecho patio; un hombre que tenia en la mano una almohaza, curaba á un jumento que estaba atado en la verja; este hombre, que el caudillo moro veia por la espalda, acababa de dejar en el suelo un saco de avena, una artesa, un arnés y una silla; la bandera que estaba enarbolada en el torreon era la de Don Diego, padre del Cid, que vivia aun; el hombre, sin ver al scheik, trabajaba con los brazos desnudos en frotar y en limpiar al pollino; vestia de grosero cuero y de un modo agreste; el scheik, sin darle siquiera los buenos dias, le dijo:—"Villano, vengo á visitar á Ruy Diaz, el gran Campeador de las dos Castillas.„ El hombre se volvió hácia el príncipe moro y le contestó:—"Yo soy„.

—"¡De este modo y con ese traje encuentro al hombre heróico, al sostén de los tronos!„, exclamó asombrado Jabias. ¿Sois vos el que solo necesita salir á campaña para conquistar las ciudades y las aldeas que desea?... Cuando os ví, siendo yo prisionero y vos el vencedor, en el palacio del rey, teníais el aspecto real del conquistador del Ebro; sostenia vuestra mano la célebre tizona y vuestra magnificencia hacia que la corte deslumbrase; muchos ricos-hombres estaban orgullosos de ser miembros de vuestra servidumbre y de vuestra antecámara; duques altaneros, hinchados de vanidad desde que eran caballeros cubiertos ante el rey, sin saber por qué se levantaban cuando vos pasábais; conseguíais que os siguieran los gentiles-hombres, y teníais mayordomos como las altezas reales; vuestros ropajes eran espléndidos; nadie sobrepujaba al Cid, ni aun en el real estrado; no habia príncipe ni infante que se atreviera á llamaros compañero suyo. El brillo de vuestra gloria llegaba hasta el cielo; no habia cumbre demasiado alta para vuestra talla; lo dominábais todo, siendo grandioso, sin jefe, sin yugo, sin dique; érais absoluto cuando enristrábais la lanza y agitábais vuestro penacho.„

Ruy Diaz de Vivar le respondió:—"Estaba entonces en el palacio del rey.„ El scheik repuso:—"Pero, ¿qué os ha sucedido hoy? ¿Qué significa ese traje que llevais? Vengo á visitaros y os encuentro vestido como un paje, á la entrada de la fortaleza, con la cabeza descubierta y teniendo en las manos una artesa y un cabezon y ocupado en trabajos propios de vuestros escuderos.„—"Scheik, le respondió el Cid, es porque ahora estoy en casa de mi padre.„

El dia de los Reyes.

I.

Aparecia el alba temblorosa en la cima de las altas montañas el 6 de Enero del año 860 de la era de Cristo, como si aquella claridad celeste supiera por qué el hombre se vestia de hierro y de acero y por qué se preparaba para sangrienta jornada.

Pálido fulgor baña los Pirineos; la aparicion del dia en la estacion invernal, aquí y allá, en el confuso horizonte, brilla reflejando en un campanario, bosquejando un montículo; la llanura está aun oscura, y el Egba, el Arga, el Cil y

todas esas corrientes de aguas que se arrastran forman hormigueos de relámpagos; la aldea Chagres está cerca de su fortaleza.

II.

El mendigo del puente de Crassus, en el que se levanta el altar de Hércules, está, como tiene por costumbre, sentado entre dos oscuras almenas, tranquilo y mudo desde que apareció la aurora. La larva que ya no existe, ó que no existe aun, se parece á ese anciano, espectro de ojos fúnebres, que tirita mal cubierto de andrajos. En aquel siglo en el que sobre todos caia la esclavitud, en el que todos los séres, por pequeños que fuesen, tenian bastante sitio para colocar en él á un señor; en aquel siglo en que era un error vivir y un crímen el nacer, ese pobre hombre era tan desdichado que vivia en el rincon de la nada, debajo del último escalon del sufrimiento humano; vivia en un sitio tan profundo, que los dichosos no se tomaban el trabajo de ver su miseria, ni los infelices el de confrontar con las suyas sus aflicciones; era abyecto hasta el extremo que los hombres y las mujeres, los pasos, los ruidos, los entierros y las bodas, las muertes y las fiestas, sin llegar hasta él pasaban á su alrededor. Qué era? Nada; un gusano, una sombra. El que pasaba por su lado exclamaba:—"Es el idiota!„ y huia de su lado; sus miradas fijas parecian asustarse del espacio; estaba enfermo y no podia manejar ninguna herramienta. Miraba, pero veia? escuchaba, pero oia? Si acaso distinguia al hombre era de perfil, porque ninguno se volvia á verle; el hambre y la fiebre habian plegado sus vértebras; quisieran barrer su sombra de las calles; cuando algun transeunte le dá limosna, tartamudea un "Ave-María„; su imperfecta pronunciacion termina en murmullo.

III.

Las llamas que se ven por el Septentrion las produce el incendio de Vich. Don Sancho se echó sobre esa ciudad al rayar el dia. Don Sancho, rey de Oloron, manda en la encrucijada que forman tres pasos profundos y estrechos en las montañas que se extienden desde España hasta Francia. Como trataba de saquear, dió la preferencia á Vich, que tenia gran comercio con Tarbes y con Cahors; Sancho, que es salvaje por el interior, es deforme por el exterior; es chato, su nariz carece de cartílagos, y es tan perverso, que dice la voz pública que los habitantes de las aldeas recogen pelo de oso por donde acaba de pasar. Destrozó las puertas de la ciudad, saltó los fosos, entró en la iglesia, y bajo sus sombríos pórticos penetró con dos antorchas en las manos; poco despues, casas, torres y palacios y toda la ciudad despedian claridad llameante.

Las llamas que se ven por el Mediodía las produce el incendio de Gerona. El rey Blas tuvo dos hijos bastardos de su concubina Inés, y por eso entonces sus hijos Gil y Juan reinaban, uno en Roncesvalles y el otro en las montañas de Andorra. La víspera del dia del incendio salieron de sus fortalezas juntos, diciendo:—"Repartámonos las conquistas„, y por eso esos dos príncipes feroces, despues de haber roto las murallas de Gerona, la incendiaron.

Las llamas que se ven en el Oriente las produce el incendio de Lumbier. Ariscat, el temerario rey de Agnas, llegó hasta allí, y por distraerse incendió á Lumbier, como en otros tiempos incendiaron á Numancia: la historia algunas veces es infiel espía; se olvida de Ariscat y vanagloría á Escipion; pero eso no importa; el rey vasco es infame é invencible y hace que esa ciudad arda como una hoguera.

Las llamas que se ven en el Occidente las produce el incendio de Teruel. Se entretuvo tambien en incendiarla Gesufal el Cruel, rey del monte Jaxa.

IV.

¿Por qué incendian esos reyes al mismo tiempo las cuatro ciudades? ¿Es por castigarlas ó por aficion á la matanza? Por la casualidad de estar próximas y por procurarse un rico botin. La montaña lanzó á esos reyes á las llanuras; los navarros, los vascos, los aragoneses y los catalanes poseen tierras para enriquecer á sus príncipes, para enriquecer á los monasterios y á los señores. El derecho es el reverso del poder y la fuerza es el anverso; desde que el poderoso se apoderó del débil, entre el hombre de

armas y el hombre de carreta existe una ley, por cuyo artículo primero el uno es el señor y el otro el arrendatario; sus hijos son villanos y sus mujeres son siervas. Sin ventas y sin cesiones, los fuertes se apoderan de las casas y de los campos, porque la fuerza es el manantial de la ley; la aldea pertenece al que puede apoderarse de los aldeanos; el hombre armado puede apoderarse de todo; las cimitarras hacen los mejores contratos y son los mejores notarios; el que puede tomar debe tomar, y el escribano que otorga mejor la escritura de arrendamiento es el leon.

Como así el mundo estaba entonces, dichos reyes mandaron á aquellos pueblos que alimentaran los montes con agua que descendiese hasta sus dominios, que les entregaran veinte bueyes y veinte corderos por cada ciento y una fanega de cebada y de trigo por cada uno de sus habitantes. Esos pueblos se escusaron con su pobreza, alegando que no habian tenido cosechas Aragon y Navarra; los reyes se indignaron, y creyendo avaros á aquellos pueblos, los intimaron á que obedecieran en seguida sus órdenes, y Gesufal hizo que se presentaran ante algunas horcas levantadas los alcaldes rurales y los ancianos de las aldeas, para decirles que si no le obedecian, al són de los tambores iria él á buscar los bueyes y los corderos hasta el interior de aquellos pueblos; como aquellos no pudieron cumplir con las órdenes dictadas, fueron los reyes á cumplir sus amenazas.

V.

Por eso, habiéndose entendido los cuatro príncipes, como buenos primos, convinieron en familia salir todos á un mismo tiempo al amanecer, cada uno de su torre, y así lo hicieron, celebrando el dia de los Reyes, que era aquel dia, con el incendio de las cuatro ciudades.

VI.

El puente de Crasus, silencioso y bañado en sangre, quedó desierto. Entonces, irguiéndose trágicamente el mendigo, extendiendo los brazos y manos descarnados, dejando ver las destrozadas vestiduras á los Pirineos, dirigiéndose al abismo y á la inmensidad, dijo en alta voz:—"Confrontaos. Confundid vuestra fraternidad. Comparad cuando las sacude el cielo; tú, inmensidad, tus nubarrones negros; tú, abismo, tus repugnantes guiñapos, y ocultad los dos, mientras los vivientes se arrastren por el mundo, tú la luz en tus profundidades y tú los reyes en tus antros.

XI.

EL CID DESTERRADO.

El Cid desterrado.

I.

El Cid vive en el destierro. ¿Quién se acuerda del Cid? El rey quiere que le olviden, porque sus hazañas son imaginadas; los reyes moros, expulsados ó hechos prisioneros, son delirios de la imaginacion; y en cuanto á la victoria que consiguió en Pancorvo, la batalla ilustre de Givrez, en cuanto á otros innumerables triunfos, acordarse de ellos es ofender al rey, y hasta es injuriarle hablarle de Jimena.

Un hombre que fué á visitar un dominio, en el territorio que se extiende entre el Ebro y el Cil, por la parte donde el Cid está desterrado, pasó por casualidad por delante de sus caballerizas. Y el duque Juan, del que aquel hombre es siervo en Astúrias, como buen cortesano, le castigó á su regreso por haberle referido que oyó relinchar al caballo Babieca.

Es cosa convenida que no es vasallo fiel el que habla de Tortosa y de su ciudadela, en la que enarboló el Cid su glorioso estandarte; no es vasallo fiel el que habla de Baxa, de Medina del Campo, de Vergara, de Salinas, de Mondragon de las Torres Negras, con intencion de referirse á las victorias que en ellas consiguió el Cid; no es tampoco ser español leal acordarse de que hubo un hombre que expulsó de Foix al conde Odet, á los infantes de Irún, de Payenne y de Manteline; de que ese hombre salvara á Castilla, de que los moros que él vencia, hasta vencidos le admirasen; de que el ruido de su fama y de sus victorias trascendiera á Astorga, á Zamora

y á Aragon; de que se atreviera á prohibir á los notarios de Urgel que fechasen sus contratos con el año del rey de Francia; de que ese hombre emancipara todo el reino yendo y viniendo, corriendo, volando á todas partes, asustando al enemigo con sus rápidas estrategias; de que se viera su figura sobrehumana, hoy, en Lorca, y dentro de seis dias, en Barbastro; de que, tranquilo, subiendo por la temblorosa escala del acaso, asaltase todos los alcázares; de que fuese siempre invencible, lo mismo en Tuy que en Valencia. Hizo posible todo eso, pero como la sombra se extiende sobre él, es preciso callarlo. ¿Acaso eso es extraordinario? En el puente de Matamoros se ven aun abiertas las brechas, pero si refieren que lo conquistó el Cid, lo harán demoler. El rey no quiere que nadie se ocupe de ese héroe.

II.

Pero como se necesitan héroes para la guerra, privándose del Cid, el rey ha tenido que crearlos. La España cuenta con hombres nuevos; con Alvar Rambla, con el duque Nuño Saz, con Calvos, con Don Gil, y cuando se habla de las hazañas de éstos, muchas veces se oyen en las antecámaras las voces femeninas y altivas de los pajes que dicen:—"¡El Cid sí que era un gran capitan! ¿Vive aun el Cid Campeador?„

El Cid nada significa comparándole con Alvar Rambla; Gil, superior al Cid, le oscurece con su sombra; Nuño Saz le esconde tras su penacho; sobre el Aquiles caido crecieron los monicacos, y en el siglo del Cid, el Cid desapareció.

¿El destierro es verdaderamente el olvido? ¿El recuerdo que un príncipe trata de ahogar se extingue para la gloria? ¿Podrán acaso, alguna vez, Alvar, Nuño y Gil eclipsar al Cid porque esté desterrado?

Cuando el viajero sale de Oyarzun, asombrado mira y no vé, en el espacio oscuro que truena, más que el monte de Oyarzun, monte mediano y sin vegetacion.—"¿Pero dónde está el Pico del Mediodía de que me han hablado? exclama; ese Pico, que es el más alto de España, no existirá? Si me lo ocultan las montañas que veo, no será muy asombroso, porque el terreno un poco alto lo hace desaparecer.„ Diciendo esto el viajero, parte, sintiendo que el monte de que le hablaron solo exista en la imaginacion. Camina hasta que llega la noche, hasta que amanece, y vá siempre pensando por el camino:—"Debe existir el Pico del Mediodía; si no existiera no me hubieran hablado de él.„ El viajero continúa andando, dejando tras sí bosques, aldeas y ciudades; camina un dia, dos, tres (que para la humanidad son tres siglos); se hunde en las landas al través de las nieblas y de las malezas, hasta que al fin, cansado, distraido, se vuelve y vé aparecer ante su vista, como un sueño que confundido vuelve á presentarse á la imaginacion, en la llanura que acaba de atravesar, repentinamente y casi temblando en el lejano horizonte que la tarde tiñe de púrpura y la mañana de ópalo, solitario, más allá de la ciudad y del rio, sobre un monton de colinas, en las que el Oyarzun pierde su forma, un monte pálido y terrible que llena todo el espacio; un bloque prodigioso, que se levanta desde hondas profundidades y cuya cumbre llega hasta las nubes, y en ella, en vez de pájaros, se posan las estrellas; vé el Pico del Mediodía. En él la historia vé al Cid.

III.

Gran noticia conmueve á Valladolid! Qué sucede? Se ha arrepentido el rey? El rey Alfonso está apasionado de una jóven bastante fea, que sin saber por qué sujetó á su voluntad la voluntad del monarca, hasta el extremo de hacerle obrar con acierto y con justicia. ¿Tuvo acaso esa jóven malos presagios? ¿Hizo caso el rey de los deseos del pueblo? ¿Está cansado de sus héroes improvisados? ¿Teme quizás que estalle de súbito alguna guerra y necesita darla por capitan un verdadero héroe? No se sabe; lo cierto es que su alteza dijo á los que le acompañaban en la capilla del Alcázar:—"Ruy Diaz de Vivar viene; le llamo porque le necesito.„ Algunos espíritus sutiles se preguntaban: "¿El Cid querrá venir?„ Para que el Cid no se negase á salir del destierro encargó este mensaje á un rey, venerado en su córte, que era su vasallo y su pariente, el rey de Acqs-en-Adour, Santos el Rojo, que llamaron el Magnánimo, porque siendo tutor de Atton, conde de Nimes, le hizo ser monje, ocupó su sitio y le confiscó

los bienes para cedérselos al convento de Huesca.

IV.

Son bravas las gentes que nacen en las llanuras; entonan, recorriendo los trigos, canciones caprichosas y locas; usan trajes de cuero y de lana; la costumbre de beber los gasta por los codos y la costumbre de rezar por las rodillas.

Como corre por sus venas sangre vasca, aventajan á los frios españoles, que se amurallan dentro de sus hogares, en preferir al agua, aunque sea del Tajo, el vino misterioso que les dá alegría y les hace cantar.

Son hospitalarios, pródigos y bondadosos; el hombre dice á los viajeros: "¡Entrad y sed bien venidos!", y la mujer, cuando nutre á un niño de pechos, enseña con orgullo sus dos senos de mármol.

Cuando el hombre está en el campo, la mujer está sola en casa; pero no importa: entrad, viajeros; el tocino está en la carnera, comed! El niño juega, y en un rincon la abuela compone del viejo sistro las cuerdas de metal.

Algunos de ellos son pastores, que recorren vastos terrenos, campos que los batallones legaron á los rebaños, mar de llanuras, cuyas colinas son olas, en los que César dejó la sombra de sus banderas.

Por ellos pasan bueyes haciendo sonar los esquilones, con los que anuncian á los pájaros que están cautivos; el hombre fecunda allí una tierra áspera como las rocas, y de la miseria en que vive extrae su dignidad.

La gitana vaga por allí y sobre su destrozada ropa suspende guirnaldas de flores, que las flores se ofrecen á esos séres que vagan por las landas, que, aunque van andrajosas, son mujeres.

Aquellos hombres son valientes, sus almas son candorosas, sus miradas son salvajes con frecuencia, pero jamás burlonas. Nada hay allí que estorbe el soplo del viento en las llanuras, y la libertad del viento contagia los corazones.

Inmediatos al ilustre proscripto, trabajan y siembran á la sombra de la torre del paladin Campeador; contentos de su cielo azul, pobres, pero libres, quieren al Cid más que al rey y al sol más que al oro.

Cosechan en las laderas de las montañas vino que hacen envejecer, metiéndolo en odres de piel; el fisco, cuando les hace pagar su censo, les produce el efecto del rey que tiende hácia ellos el sombrero.

La gloria del Cid irradia sobre sus techos, que el Cid es amigo de las cabañas y de la pobreza; los héroes se entienden bien con los labradores; la espada tiene su cosecha, el surco tiene su combate;

El carro es de hierro como las partesanas; las victorias, saliendo de los campos y de los bosques, hablan con los montañeses como si fueran sus paisanos y consiguen que el pueblo se familiarice con la gloria.

Refieren que algunas veces el Cid les pára, les habla, les hace entrar en su casa, los nombra por sus nombres, y cuando en el establo del héroe atan sus caballerías, Babieca no es orgulloso con los pollinos.

El barbero de la aldea refiere muchas veces que el Cid vá de vez en cuando á su casa, y cuenta complacido que se sienta en un escabel ese conde, ese paladin que debia sentarse en un trono.

¿Cómo ha de ser altivo habiendo conquistado tanta gloria? Las jóvenes aman en secreto en el fondo de su corazon á ese Amadis, y las manos blancas envidian con frecuencia las manos negras que estrechan sus fuertes puños, que en otros tiempos lanzaban rayos.

Charlando en sus hogares los campe-

sinos por las noches, refieren que ese hombre tan amable, en dias más perturbados fué terrible, fué un gigante, que desde las torres de Pamplona saltaba hasta los campanarios de Cádiz.

No hay uno entre ellos que no esté predispuesto á seguir á todas partes á Ruy Diaz de Vivar, como si fuera un espíritu celeste, por la tierra y por el mar, por todas partes, abandonando á los blondos niños que le sonrien.

Así son esos labradores. Siempre están predispuestos para defender á España: Pelayo en otros tiempos los vió llegar hasta él; jamás retrocedieron ante el peligro, jamás temieron morir.

V.

Ruy Diaz de Vivar es el ídolo de aquellos campesinos. Con fogosos caballos, con hermoso tren de guerra, Don Santos atravesó aquellas aldeas con el orgullo y con el esplendor de un rey.

No le siguieron, como se acostumbra en la ciudad; ninguno le dirigió la palabra; esos hombres que van descalzos tienen dura la nuca para hacer cortesanas reverencias, y no se incomodan por reyes desconocidos.

—"Vengo como amigo del rey„, exclamaba él orgulloso; pero nadie se inclinó ante él más que el corregidor. Al dia siguiente tenia gran sed; quiso beber, y dijo á los campesinos:—"Soy amigo de Ruy Diaz de Vivar.„

Don Santos atravesó la vasta y ruda llanura, al fin de la que se veia la torre del desterrado ilustre, la fortaleza que abrigaba al Cid. La sombra, la soledad y el cielo rodeaban su grandeza de infinito.

Cuando llegó Don Santos, Ruy Diaz, que acababa de levantarse de la mesa, estaba en la caballeriza con su caballo Babieca; Don Santos apareció en el umbral de la cuadra; Ruy Diaz permaneció quedo y el rey avanzó.

El noble caballo, que estaba muy bien alimentado, dirigia á su señor miradas de agradecimiento, y el bondadoso Cid, tomando de la artesa un puñado de avena, se la hacia comer en el hueco de la mano.

VI.

Don Santos, levantando la voz cuanto pudo, le dijo:—"Ruy Diaz, vengo á buscaros, y me honra traeros este mensaje; vengo á quitaros la espina que teneis clavada; vengo á deciros por qué el rey está descontento de vos.

„Vuestro aspecto en palacio es tan altivo y tan guerrero, que el monarca, á pesar de ser rey, parece muchas veces que sea el que os anuncie cuando vais detrás y que sea el que os siga cuando vais delante.

„Mirais de reojo á toda su servidumbre, y aunque sea noble vuestro blason de Vivar, no le gusta al rey que nadie proyecte sombra mayor que la suya en las paredes de su alcázar.

„Apenas puede decirse que sois vasallo de Don Alfonso; cuando el rey condena á Arcos, vos salvais á Ordoñez; retirais la espada antes de hundirla, y cuando el rey quiere imponer un castigo, vos quereis perdonar.

„El que se pára en el camino, solo sirve á medias á su señor; jamás vanos escrúpulos perturban á los caballeros; ser semi-amigo, es ser semi-traidor, y esto no lo digo por vos, Ruy Diaz.

„En fin, vuelvo á repetiros que sois demasiado soberbio; el rey lanzó ante vos el destierro, como quien interpone una cortina; ya que sois astro brillante, no le inundeis con vuestros rayos, que lo que al principio causa gloria, más tarde llega á ser un peso.

„Estais sobre todos, y esto es lo que les incomoda, porque parece que humilleis á todo el que trata de brillar; con tan luminosa aureola rodean vuestra frente la gloria que conquistásteis en Valencia, en Graos, en Givrez y en Cartagena.

„Sois el temible Cid, pero veo que os desconocen; yo sé que no teneis orgullo, porque sois hombre de buena fé; si yo fuera emperador, os nombraria condestable; pero os suplico que hagais más caso del rey.

„Cuando venís vencedor, despues de conquistar un reino, le parece al rey, y á nosotros nos parece tambien, que nunca ningun vasallo saludó á su príncipe con un respeto tan parecido al desprecio.

„El vasallo no tiene derecho á despreciar á su señor; hoy os saca del destierro; pero, Cid, seguid mi consejo; en lo sucesivo os conviene ser grande como sois, ante Dios; pero menos altivo ante el rey.

„Para satisfacer esta queja del monarca, que es una queja legítima, es preciso que de hoy en adelante el rey comprenda cuando le hableis que vos sabeis apreciarle.„—El caballo Babieca pateala paja que tenia á los piés,

---

Los perros tiraban de su cadena y gruñian á la puerta, y el Cid respondió á Don Santos el Rojo:—"Señor, para eso era preciso que desde luego consiguiérais que yo le apreciara, cuando me ocupo de él conversando con vos„.

XII.

LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO

Las siete maravillas del mundo.

Hablaban varias voces; dónde? En el espacio sin límites, en el silencio de las soledades, en el desierto, en ninguna parte, en las llanuras que se pierden de vista, donde no se oia caminar á ninguna multitud produciendo inmenso rumor, pero donde se conocia que el hombre estaba escuchando. ¿Quién hablaba, pues? Hablaban los monumentos que se conservaban en pié entre el oleaje humano, tranquilos como los arrecifes, y cada uno de ellos parecia un personaje viviente que presentaba su propio testimonio. Ningun rumor se atrevia á confundirse con aquellas voces; el viento callaba para dejarlas hablar, y las olas disminuian sus murmullos. Vago sol en lontananza doraba sus frontones pálidos. Las estrellas empezaban á dejarse entrever en el crepúsculo sombrío de la tarde.

I.

El templo de Éfeso.

La primera voz que habló era la de un templo, que dijo:—"Admírame! Quien quiera que tú seas, mírame, contémplame y medita; recibe de rodillas mis sagrados rayos, porque el ideal se convirtió en estrella, y yo soy el ideal. Troya, Argos y Sicyona, nada valen comparados con Efeso y siempre le envidiarán. El pueblo de Efeso, sobre el que proyecto la sombra de mis torres, se cree feliz y exclama: "Si yo fuese Delfos ó Tebas, sobre mis cúpulas llamearia el Erebo y mis oráculos impondrian á los hombres; si yo fuera Cos, forjaria ejes inrompibles; si yo fuera Teutris, la ciudad de los sueños, mis pastores, sobre cuyas frentes se extiende el cielo, contemplarian á la hora en que nace el dia sonriendo, las constelaciones, inclinándose hácia el Oriente y derramando en el infinito innumerables astros; si yo fuera Bactria, tendria Zoroastros; si yo fuera Olimpia en Elide, mis juegos ofrecerian una palma á los más valientes luchadores, los adivinos combatirian en mí á los astrónomos, y mis carreras, haciendo que los dioses tuvieran celos de los hombres, impulsarian al viento á seguir á Corœbus; ¿pero para qué quiero yo tener fines tan inútiles poseyendo como poseo, de pié sobre mi colina, este magnífico templo jónico?„ Mi ciudad tiene razon; porque así como desaparece un escabel ante un trono, ante mí desaparecen los famosos Parthenones; ellos son el esfuerzo del arte; yo soy el milagro.

„El que no me vió jamás, no vió una maravilla. Mi serena blancura atrae á las palomas; el mundo entero me festeja y cubre de hecatombes y de inclinados reyes y de pensativos magos mis graderías de jaspe con clavos de plata maciza; los hombres levantan ante mí las manos asombrados; los efebos, provistos de sonoras sonajas, danzan en mi vestíbulo, debajo de mi puerta, en la que Deuxippe de Argos se sentaba para explicar los

pasajes de Orfeo; mi vestíbulo sirve de paseo á los sábios, que lo atraviesan hablando y cuestionando, y que son sucesivamente negros ó blancos, segun la sombra que proyectan en los pilares. Corinto llora cuando me vé, y el arte jónico me reviste con su pura y majestuosa túnica.

„La montaña lleva en triunfo á su alta cumbre la aparicion gloriosa de la mañana; pero su belleza no eclipsa la mia, porque el sol no es más grande que el pensamiento; lo que fuí ayer lo seré mañana; vivo eternamente, y he visto pasar ante mí los siglos, el espíritu humano, el génio y el arte.

„La piedra existe en el mundo áspera y fria; el granito es informe; el alabastro ignora que el alba brilla; el pórfido es ciego y el mármol es estúpido; pero cuando pasan ante ellos Clesiphon, Dédalo ó Chespride, y fijan sus ojos inspirados en el suelo, en el que las rocas duermen profundamente, todo se despierta; la pesada piedra se remueve, abriendo no sé qué vaga pupila; el granito trata de ver á su maestro; la roca siente extremecerse en su interior la estátua que empieza á bosquejarse; el mármol se conmueve al impulso del parentesco santo del génio y el alabastro desea tener brillo; el suelo se extremece y siente que sobre él pasa el hombre de terca voluntad, y bajo las miradas de ese transeunte que crea, de repente, poniendo unas paredes sobre otras, forjando escaleras, arcos y pilares, asciende, y sale lentamente el edificio sublime que edifican la tierra y el hombre, uniendo lo que en sus raices tiene la poderosa encina y lo que sueña Euclides ayudado de Praxiteles, confundiendo el eterno bloque con la idea inmortal.

„Mi frontispicio apoya su tranquila ensambladura, sus dos planos luminosos, inclinados con tanta suavidad, que parecen dispuestos para que en ellos se acuesten diosas; algunas veces, como el desnudo seno que tapan trenzas de oro, me escondo entre las nubes de azur; sobre mi friso, tres escultores, el vosgo Albus d' Auxur, el medo Ajax de Luze, el griego Phtos de Megara, han cincelado montañas en las que se pierden las jaurías, en las que se ven el pudor salvaje y los dioses de la Paz y Triptolemos desnudos entre espesos trigos, y Ceres pisoteando á Belona; ciento veintisiete reyes construyeron mis ciento veintisiete columnas; en mí el arte existe radiante y puro; mi augusta simetría es hermana de la virtud; mi resplandor llena toda la Grecia; los peñascos que me soportan están satisfechos y la ciudad que tengo á mis piés me adora con fervor. Esparta recibió su ley del sábio Licurgo; Mantinea recibió su ley de Nicodoro; Atenas, del gran Solon; la Creta, de Minos; Locre, de Seleucus; yo que soy un templo, soy el legislador de Efeso; solo mirándome el pueblo comprende el órden y se apacigua; mis gradas son las palabras de un código; mi fronton piensa como Thales y habla como Platon; mi sereno pórtico, para el que lo sabe leer, tiene la vibracion de una lira; mi peristilo parece un precepto de los cielos; como toda ley verdadera tiene armonioso ritmo, ninguno me contempla sin que un dios se lo advierta; mi austero equilibrio enseña la justicia; soy la verdad edificada con mármol blanco, que lo hermoso es lo que más se le parece. Hombres, venid á contemplarme, y en mis sagrados escalones confundid vuestras almas, trazad vuestras leyes y, admirándome, quedad todos hermanos; reconciliaos ante lo que es puro, grande, casto, santo é imperecedero; porque así como el agua corre y como la arena huye, pasan los años, pero yo no paso; continúo siendo el blanco palacio del alba y el negro altar de las noches; cuando aparece la aurora soy un riente edificio; por la noche me lleno de sagrado horror, como si se preparase algun sacrificio en mis profundidades mudas; y por detrás de mi cúpula se vé ascender la noche parecida á una humareda chispeante. Volando todos los pájaros me rozan con sus alas; pasan por entre mí golondrinas, faisanes y cigüeñas, y mi fronton no teme al buho, como Caliope no teme á Minerva. Todos aquellos que enervó la voluptuosa Sybaris, en cuanto atraviesan mi umbral austero, con asombro suyo vuelven á recuperar la virtud perdida. En mi cripta se oye cuchichear á la sibila, y algunas veces, perturbado de repente el techo, en el que ella escribe sus misteriosas frases, tiembla, cuando oye la explosion trágica de sus gritos; en mi pared secreta y terrible el augur entrevé la figura del sonriente Olimpo y vé movimientos confusos y radiantes de rostros, que son rostros de dioses. Vagos ladridos se confunden bajo mis bóvedas y voces de transeun-

tes invisibles que se llaman unos á otros; y el sacerdote, vigilando mis temibles paredes, cree algunos momentos entrever, en el fondo del oscuro santuario, sentada cerca de un perro que se acuesta á sus piés, á la gran cazadora, que, brillante y feroz, parece que conserve en las miradas la claridad de los bosques. ¡Oh tiempo, te desafío! Nada puedes contra mí, que soy el edificio supremo; cada siglo que pasa aumenta mi grandeza, y oigo que á mi alrededor dicen de mí todos los pueblos:—"Nos obligas á admirarte, nos obligas á rezar; nuestros hijos te adorarán, como te adoramos nosotros, porque eres una obra magistral para la vista y eres un templo para las almas.„

II.

Los jardines de Babilonia.

Habló la segunda voz; ésta, en el azur, que iba gradualmente oscureciéndose, hablaba cerca de un rio y producia ruido semejante al que causa el viento en la hojarasca:

—"Gloria á la fatal Semíramis! Esa reina puso sobre sus palacios nuestras innumerables flores; espantó á la tierra iluminándola; su lecho fué formidable y su corazon vivió solitario; la muerte la tuvo miedo cuando la casó. La luz se hizo espectro en el Oriente y se convirtió en Semíramis. Nosotros, los árboles sombríos, que, mientras las casas se derrumban y desaparecen, crecemos reverdeciendo y rejuveneciéndonos sin cesar; nosotros, que ella en otros tiempos colocó á tanta altura, saludamos á esa heroina. Nuestra verdura se parece á una colmena abierta, á la que van á picotear millones de aves; nuestros lotos azules é inclinados son urnas de miel; nuestros bosques, cargados de flores blancas y rojas, construyen, entrelazando y confundiendo sus follajes, inundando de goma y de ámbar sus sarmientos, tan deliciosas emboscadas y lazos tan bien tendidos entre el frágil ramaje, que la primavera deja prendida en ellos sus alas, y sonriendo en nuestro encierro, no puede ya salir de aquí. Nuestros rosales parecen pintados con la púrpura de Tyro; nuestros prodigiosos muros contienen cien puertas de cobre; Abril se ha convertido en titán para nosotros y nos embriaga con acres perfumes, que hacen vegetar á los peñascos, vivir á la yerba y pensar al animal, y cuando el hombre viene á pasear por entre nuestras pilastras, llamean sus ojos como si fueran astros: los demás árboles, hijos de repugnante silencio, tienen la tierra muda y sorda bajo sus plantas; nosotros, trasplantados en el aire, á más altura que Babilonia, vivimos al nivel de las nubes y nos asombramos de oir hablar debajo de nuestras raices; el viajero que llega hasta aquí de los campos inmediatos, cree que la gran reina, de brazo fuerte y de ojo seguro, robó en el edén nuestros bosques fantásticos. Los rayos solares del medio dia se embotan en nuestra frescura; la luna se adormece en nuestros lechos de musgo; los pavos reales abren su deslumbradora cola en el fondo de los antros que forman nuestra hojarasca y nuestras flores; más de una ninfa acaricia en ellos sonriente idea, y en nuestras perspectivas deja ver algunas veces furtivas desnudeces; la ciudad, teniéndonos encima, vá, viene, susurra, se querella, hierve, trabaja, compra, vende y enciende sus lámparas; el viento, sobre nuestros collados y sobre nuestras pendientes, confunde, en el horizonte vago, paredes, techos y torres con el extremecimiento vertiginoso de los bosques, y nuestras blancas escalinatas, nuestros pórticos y nuestras arcadas flotan en las nubes espumantes de las cascadas; en nuestro sagrado asilo, sin que nada los moleste, viven el martinete, el tántalo (1) y la garza real; el aire riza nuestras fuentes y nuestros estanques, en los que se bañan y se refrescan las voluptuosidades; dos bueyes con faz humana, esculpidos en nuestras puertas, atestiguan que Belo es el único rey del mundo; en ciertos sitios tenemos tanta sombra, que apenas en ellos se conoce cuándo es de dia y cuándo es de noche; hemos presenciado cómo se iba engrandeciendo el trono asirio; nuestros troncos, contemporáneos de los primitivos tiempos del hombre, conocieron el primer árbol que produjo la primera manzana; son tan viejos y tan poderosos, extienden ramajes tan duros, tan nudosos y tan espesos, que el céfiro no puede atravesarnos, que se necesita que sople el huracán para mover los nidos que en ellos se posan.

¡Gloria á Semíramis, que colocó nuestras terrazas sobre murallas que vienen

(1) *Tántalo,* ave de Egipto que devora las serpientes.—(N. del T.)

á batir en vano las incesantes oleadas de las razas, y sobre puentes cuyos arcos son imperecederos! Aquella reina venia algunas veces á sonreir entre el derrumbamiento de dos imperios, bajo nuestros ramajes flotantes; abatia desde lejos á los reyes, y contenta, venia á respirar entre nosotros, acostándose sobre pieles de pantera; ¿qué sitios, qué campos, qué palacios en el mundo, escepto los nuestros, han visto reir á Semíramis? Nuestros colosales árboles eran sus amigos; nuestros bosques eran los aéreos salones donde celebraba sus fiestas colosales; en nuestros brazos, que jamás tocó la hoz, aquella reina ideó sus triunfos; nuestros perfumes algunas veces la aconsejaron suplicios, y nuestras flores fueron cómplices de sus embriagueces. Nuestros senderos solo conservan la huella de sus pasos. Somos hijos de Semíramis y nunca pereceremos; lo que juntaron sus manos, quién podrá disgregarlo? Vemos pasar un siglo tras otro y pueblo tras pueblo, y somos y seremos, hasta que termine el mundo, monstruosos jardines llenos de la fatal alegría de Semíramis.„

III.

El Mausoleo.

La tercera voz dijo:—"Sesostris es grande; Cadmus fué un hombre fulgurante; como Typhon tenia cien brazos, Ciro se enorgullecia de cien batallas; Ochus, con su terrible hacha, custodiaba de Taurus el áspero barranco; Hecuba es santa; Aquiles es terrible y divino; despues de haber adquirido el mortal la grandeza de Theseo y de Alejandro, parecia que debia descender; el tercer Belochus se reviste de tranquila majestad; Jerjes, sitiando los estrechos de Salamina, es el aquilon del mar; Penthesileo, soberbio llevando en las espaldas la piel de una fiera, aparece tendiendo su encorvado arco; Dido, Semíramis, Thalestris y Niobe resplandecen entre las mujeres ilustres; pero entre todos esos reyes y reinas, que admira un pueblo feliz, vencedores ó vencidos, y que se disputan el sobrenombre de grandes, de fuertes ó de justos, Artemisa es sublime y Mausoleo es augusto.

„Yo soy el monumento, hijo del corazon que amó con frenesí; bajo mi azurada cúpula la muerte pierde todo su horror, es espléndida, es magnífica, casi está viva, la hace resplandecer el pórfido y el oro; yo soy el duelo vencedor, yo soy la tumba-palacio. Mientras los mortales dichosos olviden á los muertos que yacen enterrados; mientras las voluptuosidades no hagan caso del impenetrable misterio; mientras se ahoguen los pesares en el vino de las orgías, mi soberbio edificio hará sombra á los rostros alegres de los vivos, hasta el fin de los años, hasta el término de las edades, hasta que, cansado, el tiempo quiera sentarse; y mis pilares, mis arcos, la mañana y la tarde, recortando en el cielo mil frontones taciturnos, mi glorioso bronce y mi sagrado mármol, exclamarán:—"Mausoleo murió y Artemisa le lloró eternamente„.

„Los siglos, como venerable prueba de cariño eterno, al pasar verán á la inconsolable viuda, sentada en mi dintel, como cariñoso fantasma; sentada y esperando el momento de ir al lado de su esposo á acostarse en el lecho de las eternas bodas, adornando su frente con apio y díctamo, perfumándose para agradar á su marido, poniéndose anillos en los dedos, y por bajo de su velo espeso peinando su larga cabellera, de la que caen estrellas.„

IV.

El Júpiter Olímpico.

Cuando calló la tercera voz, desde lo alto de una acrópolis, la cuarta, habló de esta manera:—"Yo soy Júpiter Olímpico; todo lo que vive, respira, ama, piensa y vegeta, vegeta, piensa, vive y respira en mí; el incienso sube hasta mis piés; el águila es mi esclava; la tempestad me pide permiso para perturbar las olas; permanezco sin envejecer, existo sin sufrir; para mí solo es imposible una cosa, morir. Rodea mi frente, que retrocediendo adora la sombra, la claridad azul y sonrosada del alba. Mortales desenfrenados, huraños y locos, la urna de los dias me lava y os ennegrece; á medida que en el fondo de las noches y bajo la bóveda del tiempo, en la que cada momento rezuma y cae gota á gota, los siglos desaparecen unos tras de otros; Hebe, más fresca, se sonrie en mis altas regiones; mi juventud renace con las caricias de las Horas; impido, inclinando mi cetro lentamente hácia la madriguera monstruosa, que el Cancervero se apodere de los astros;

la cadena del inmutable destino puede solo debilitar mi mano, que iguala al poder de todos los dioses; mi templo ofrece sus paredes á los nidos de las aves; y del vuelo del águila, y del vuelo del rayo, y del grito del infierno, y del choque de los gigantes, y de la reunion de negras nubes, el estatuario de Atenas, el célebre Fidias, sacó la tranquilidad de mi majestad serena. Cuando en el santo poema que el mundo canta, disminuida la armonía, aborta ó degenera, vuelvo á dar el ritmo al cielo lanzando mi trueno; mi cráneo, lleno de ecos, de fulgores y de ojos, es el antro deslumbrador del radiante Pan; al verme creen oir el murmullo que produce la ciudad habitada, el ruido del abismo confundido con el cántico del azur, el de la onda en el Océano y el del viento en el infinito, y el extremecimiento de las dos alas del cisne hace comprender que bastaria á Júpiter hacer un solo signo para lanzar á los hombres en el caos; compréndese mirándome que puedo cerrar las bocas á las calamidades, que el abismo es mi hidra, y que podria hacer chocar el Polo contra el Polo, la estrella contra la esfera y lanzar la noche sobre la claridad, y que, espantados, los dioses se mirasen unos á otros; se comprende que puedo hacer todo eso con la misma facilidad que el pastor en la ladera del monte arroja una piedra á los cabritillos que pacen en el Taygeto.„

V.

El Faro.

El aire empujaba las nubes en el firmamento, y la quinta voz salió de las orillas del mar: "Sostrates Guidien contemplaba las estrellas. Iluminando los anchos lienzos de la tierra, de los cielos resplandecian en la nocturna tienda; su brillo tranquilo regocijaba el éter puro; crecian en las techumbres de la sombra; el siniestro Océano gruñia debajo de ellas; las olas y los vientos luchaban atacándose con salvaje furia; Eolo, loco, cogia por el cabello á Neptuno, embriagado, y tenian compasion los que seguian con la vista á los pobres marineros que estaban luchando con la tempestad; por todas partes les asaltaba el peligro del naufragio; el esquife, la barca, los fuertes trirremos pasaban instantes de terrible angustia, sin ver ni la más débil claridad que les indicase el puerto; el abismo, que hacia más temible la tormenta, vomitaba sobre las aterrorizadas naves todo su espanto y todos sus nubarrones; surgian bruscamente los escollos; cómo escapar de ellos? Perdidos los marineros, se resignaban á sufrir la tempestad, y al ver cerca la muerte, como su último espejismo, la tierra se eclipsaba detrás de los aparejos y se oian en el mar estas lamentables exclamaciones:—"Adios, tierra! ¡Adios, pátria, colina, bosques, aldea donde nací, valle donde fuí feliz!...„ Y todo se sepultaba en vastas espumas y todo moria; despues la calma, lo mismo que el dia, casi culpable y casi infame, volvia á aparecer, y el Océano, lleno de muertos y teñido en sangre, volvia á gorgear como un niño inocente.

„Entonces, queriendo salvar el honor de los dioses, deseando enseñar los puertos á los marineros, pensando siempre en su querida Alejandría, elevó por encima de las olas, desafiando á los vientos, un faro inquebrantable, semejante en solidez á las montañas, presente en el mar hasta la consumacion de los siglos; titán que se atrevió á construir Sostrates Guidien, que me edificó, para suplir, en las noches oscuras en el mar, á la inutilidad magnífica de los astros.„

VI.

El Coloso de Rodas.

En cuanto dejó de hablar la quinta voz, se oyó la sexta por la parte de Rodas: "Me llamo Lux; tengo de altura setenta codos; mi oficio consiste en vigilar el mar alborotado; el verdadero faro soy yo. Domino á Rodas. Ante la contemplacion de mis ojos, que nunca se cierran, blanquea el invierno, la montaña donde vive el milano, el vasto y formidable Zodíaco rueda, el hombre vive, el Océano se agita, el dia brilla, el huracán se duerme ó se exaspera, y guardian de las aguas en su guarida, centinela que nadie vendrá á relevar, miro impasible llegar la noche, salir la aurora, huir las velas, aullar las olas, con la tranquilidad inmensa del coloso.

„Tristes mares, el bronce es la inmovilidad, el bronce es la victoria; sale de la fragua como un gigante; tiene por padre á Vulcano, á Lysippo, á Cleantho ó á Fidias; sale fiero y vivo, y en seguida sube á su pedestal, como un rey á su

trono, y se apodera del tiempo y de la soledad.

„Ahora es inmutable, pero antes fué tempestuoso; en tus fijos escollos, en tus rápidas asechanzas, mar, no le enseñas nada que no sepa; te iguala en duracion, te iguala en juventud; royó la cuneta como tú roes los puertos; cuando es bronce, es roca como tus orillas, y cuando fué lava, corria como tus olas. Es de tu pedestal el esclavo triunfante, y el pedestal silencioso y sometido es su perro.

„Soy, pues, un atleta de metal y tu cólera ¡oh mar! me completa; soy grande sobre mi zócalo divino, porque toda tu grandeza roe inútilmente mis piés. Desnudo, fuerte, viviendo en brumosa atmósfera, entre el granizo y la espuma, entre la noche y entre los vientos, levanto mis dos brazos hácia el éter tenebroso, como si pidiera socorro á la aurora; pero no es así, no deseo que brille la mañana efímera del dia; que el sol caliente y la plateada luna solo son para mí fantasmas; la chispa del cielo ó la chispa de la cabaña son para mí lo mismo; las gotas que me lanza el huracán son mi único sudor; no estoy cansado nunca; sin inclinarme jamás siento bajo mis piés gruñir el abismo. Algunas veces el águila que huye del desierto de la Nubia se cierne sobre mi frente; más estable que el abismo eterno, que es móvil; más que los pueblos, más que los astros y más que la isla, veo pasar el agua, la sombra, al hombre y á Delos; tengo á la vista el monton misterioso de las olas; temblando el bajel, pasa por debajo de mí, y muchas veces los mástiles me rozan, y pasa, huyendo de la ferocidad del aquilon, por el arco prodigioso de mis piernas abiertas, la flota que regresa de mares apacibles. Mi mano derecha levanta sobre mi cabeza una antorcha; el buitre de la tempestad y el cuervo del naufragio vuelan á mi alrededor, pero mi rostro los asusta, y severamente los vé pasar; soy el dios á quien busca todo el que está en peligro, todo aquel á quien combate la onda universal; el náufrago me invoca al abrazar el escollo; por la noche soy cíclope, y el faro es mi ojo único; rojiza como la piel de un toro desollado, la ciudad presenta un aspecto fantástico contemplada á la claridad de mi antorcha; para los marineros perdidos es como la aparicion de la aurora; impero y domino, y el abismo inquieto no sabe si debo ladrar de alegría ó rugir de cólera cuando hasta en las profundidades más silenciosas alumbro los horizontes oscuros.

„Cállate, mar! Seré lo que siempre fuí. No es posible que vaya á combatir en la naturaleza nada tan terrible como tu oleaje, que provoca mi risa; porque no es posible que despues de haber fundido los ladrillos de los hornos, despues de haber sufrido el calor horrible de las brasas, mi bronce salvaje pueda conmoverse con las mordeduras del tiempo; que yo, que desafío las lluvias torrenciales; yo, que lo mismo en verano que en invierno me mantengo en pié, sin conocer si la borrasca es feroz, ni si el huracán es furioso; que apenas veo la luz de los relámpagos, que emboto en mí la voz del trueno, no es posible que yo quede vencido ni arruinado; no es posible que el tiempo me conmueva, que porque pasen astros por el zenit y céfiros por el espacio, mis músculos, que envidia el granito, se deformen, y que un año que aparezca encarnizado y rápido, despues de otro año, disipe la obra magistral de Chaves, discípulo de Lysippo.

„Temible mar, estoy aquí para siempre; eleva hasta mí tus ojos y mira sobre tí al coloso; ruge, truena, salpica, destroza, que todo eso nada me importa; estoy arraigado en el cráneo del mundo como el monte Ossa, como el monte Athos, y la única estátua que tiene dos pedestales es la mia; desafío á Hades y venceré á Saturno; Vulcano forjó la sombra y de ella hizo el metal; por eso lanzo en el Océano el resplandor de mi antorcha; por eso llevo en la mano una llama que guia al hombre á quien combate la cólera del mar. Alrededor de mí, en la isla y en el claro espejo del agua, dejo que resplandezca la aurora; yo soy un gigante oscuro, que estoy dotado de la pesadez y duracion de las tinieblas; el misterioso Pan traspasa su fuerza á mis miembros y vivo serena y tenebrosamente; como soy poderoso, estoy tranquilo; como soy coloso, los siglos para mí solo son instantes, y mientras se deslicen los dias de la mano del tiempo, mientras brote la yerba y mientras viva el hombre, mis dos piés separados y mis dos brazos levantados ante el mar, que se hincha, se aproxima hasta mí y retroce-

de, ante el astro, ante los crepúsculos y ante las noches, aparecerán á la vista de los que se dirigen hácia estas rocas como la gran X de la noche, colocada de pié en lo desconocido.„

VII.

Las pirámides.

Como en un coro en el que se aceleran las estrofas, todas las voces se confundieron en la oscuridad de la sombra. Los jardines de Belo repitieron:—"El tiempo vierte sobre nosotros rayos luminosos, amores y perfumes; somos la primavera inmortal.„ El altivo mausoleo exclamaba:—"Soy el dolor representado por la augusta palidez del mármol; contempladme, que lloro y mis lágrimas son estrellas„.—"Yo soy la sabiduría„, decia el faro marino.—"Yo soy la fuerza„, replicaba el coloso de bronce. El Olímpico exclamaba:—"Yo soy el poder.„ El templo de Efeso, altar que el corazon inciensa, fronton que el arte adora, repuso:—"Yo soy la belleza„.—"Y yo, replicó Cheops, soy la eternidad.„ Al través del húmedo crepúsculo ví aparecer la altísima pirámide.

Superponiendo en el fondo de los espacios los mil ángulos confusos de su gigantesco graderío, se levantaba pálida y terrible, formando más brumosos pliegues que el áspero mar Egeo, y en sus olas, que nunca sacuden los vientos, en vez de encallar esquifes encallaban los siglos. Se erguía esa montaña humana con su estatura monstruosa y asombraba á toda la naturaleza; su vasto cono de sombra eclipsaba el horizonte; los rebaños de los vapores le dejaban sus copos de lana; el desierto, bajo su base, era como una mesa; ascendia hácia el cielo como temible escalera de no sé qué extraña entrada de la noche; parecia que las tinieblas habian construido su bloque fatal; detrás de ella, en las arenas, entre las palmeras, se veian surgir otras dos formidables; pero como colinas ante el Pelion, como los cachorros al lado del leon, eran mucho más bajas; aquellas dos pirámides parecian pequeñas comparadas con Cheops; por encima de ésta cerníanse, yendo y viniendo, águilas terribles que tenian la forma humana; y gentes sin nombre, esparcidas en la llanura y por las ciudades, cuyos contornos se distinguian de lejos, cada vez que veian alguna de esas salvajes águilas exclamaban:—"Es Ciro! es Rhamsés! ¡es Cambyses!„—Y aquellos espectros alados sacudian en los aires pedazos llameantes de relámpagos, como si en el cielo hiciesen la guerra á Dios. Cheops los veia pasar sin conmoverse. La niebla la cubria, pero la dejaba ver; la oscura historia estaba grabada en su graderío; en sus cavernas las esfinges depositaban sus polladas. Los años huian, los vientos soplaban; el monumento, inmóvil y triste, meditaba, y habia momentos en que de súbito era visible en él toda la humanidad; el sátrapa con el cetro de oro, el sacerdote con el tirso de hiedra; reyes, pueblos, legiones, combates, tronos derrumbados, todo eso flotaba sobre su oscura base, y Cheops repetia:—"¡Yo soy la eternidad!„

Así hablaron los siete monumentos que en la lengua humana se llaman maravillas. Llegó la noche y extendió su oscuridad desde Elinunte hasta Sodoma, y todo se durmió en la naturaleza; las ondas alrededor de las rocas, las ciudades con sus campanarios; espiraron todas las voces y todos los rumores y cesaron todos los ruidos en Rodas, en Elide y en Delta. Entonces el gusano del sepulcro cantó:

"Soy el gusano; soy fango y ceniza. Reino en las tinieblas. Monumentos célebres, fachadas portentosas, en las que se refleja el orgullo humano, que vanagloriais tanto al hombre, que al contemplaros duda si está mirando piedras ó está viendo rayos;

„Santuarios sobrecargados de estrellas y de empíreos, espléndidas y doradas columnas, vasto recinto de Assur, muralla en la que Nemrod clavó al hippánthropo Phaantho, y cuya redonda torre á los pájaros que desean beber les parece oscuro pozo;

„Terrazas de Theglath, que sois augustas por vuestras dos filas de esfinges con gargantas desnudas; circo de Anthrops el Negro, que eres tan magnífico que los caballos del sol bajan la cabeza por ver si consiguen verte;

„Jardines, frontones alados de vasta

envergadura, pórticos, pedestales que sustentais figuras de expresion soberana, y que en nuestras cimas, saliendo de la oscuridad de vuestros muros, ostentais diosas de bronce;

„Acrópolis, que acuden á admirar de todos los puntos del globo; torre del Buey, en la que Jason, burlándose del Sagitario, hace sonar su caracol, que consigue que los viajeros, deseando con ahinco y con avidez ver maravillas, se atrevan á desafiar el Ponto-Euxinio;

„Cheops, edificada con arte maravilloso, tan digna de verse á la hora en que el perro acostado en el establo no se atreve á gruñir y en que Sirius, que oscurece á todas las demás estrellas, se vé obligado á volver hácia tí la faz y á contemplarte;

„Edificios maravillosos, ascended á mayor altura; superponed piso sobre piso y cúpulas sobre las ciudades; ascended más todavía; con vuestras bases aplastad los campos; subid más altos que los bosques, más altos que las montañas.

„Formad una segunda Babel; imitad á aquella altísima torre, que trataba de escaparse del mundo y de huir al cielo. Subid. Sobre la archivolta poned el arquitrave; subid más aun; fundad el palacio sobre la cueva y la nada sobre la noche.

„Subid hasta las nubes, ya que solo sois humo; sobre todos, tú, Egipto, y tú, Idumea, ascended sobre el monte Caspe; llorad con los duelos, cantad con las bodas. Vá á ennegrecerse el zenit, esa llama que el coloso encierra en su crispado puño.

„Subid todavía más, subid sin deteneros; yo me arrastro y espero. Por el Poniente y por la aurora, por el Sur y por el Norte, todo llega hasta mí; el hecho, el sér, lo triste, lo alegre, y yo solo vivo y yo solo existo, porque yo soy la muerte.

„Todo lo que se eleva tiene que caer en ruinas; palacios que creceis fantásticamente, frontones de duros cimientos, solo conseguís poner un poco más alto mi monton de podredumbre y hacer más grandioso y más artístico vuestro sombrío hundimiento.„

XIII.

LA EPOPEYA DEL GUSANO.

La epopeya del gusano.

En el fondo del polvo inevitable se arrastra un sér, que despide un miasma desconocido que penetra en el hombre por todas partes; que ennegrece la claridad, que apaga el fuego, que seca los tallos, y que basta para hacer que aborten los prodigios esparcidos por la naturaleza.

El mundo vive sobre este sér, que se arrastra en sus raices, y este sér soy yo. Todo se acerca hasta mí. Dios me paga un tributo. Vivid. Nada doblega al gusano incorruptible. Hombres, tended vuestros arcos; cualquiera que sea vuestro blanco, soy yo vuestro final.

Muchos de los vivientes pasan la existencia gozando; la nave de su vida boga con viento próspero; algunos son señores, algunos son príncipes; los esposos se aman, el lecho nupcial brilla, nacen hermosos hijos... pero al fin yo me apodero de toda esa felicidad.

Despues que la envidia muerde á Sócrates, á Esquilo y á Homero, los muerdo yo; yo muerdo á las águilas. El extremo visible de la vida es para todos y está en todas partes, y cuando en el mes de Mayo el pitirrojo canta, hace sonreir á Satanás en el averno que yo me apodere del otro extremo de la vida.

Soy el negro desconocido que, viviendo más bajo que todos los séres, lleno á todo lo que camina por encima de mí de agonía y de terror; lo mismo me apodero de Alecton que de Cleopatra, de la púrpura que del andrajo, del pastor que de la emperatriz.

Estoy siempre dispuesto para apagar las antorchas. Basta que un tirano piense en mí, en las fiestas que celebra en su palacio, para que su voluptuosidad, su alegría y su disolucion se conviertan en algo lúgubre que hace que se le aparezca la pálida Némesis.

No dejo que me olviden nunca los sátrapas; cuando por las noches sus manos se apoderan de los racimos de los placeres lascivos, mientras sus sentidos quedan extremeciéndose de los goces, horribles medusas les enseñan sus rostros repugnantes en las bóvedas de sus palacios.

Soy el acreedor, y me han de pagar cuando llega el plazo del vencimiento. Como la araña, tengo tendida mi tela; el hilo imperceptible y negro que yo ovillo alcanza á todo el universo, y vaciaría la inmensidad si llegara hasta Dios.

Espero. La oscuridad siniestra me rinde cuentas. Piensan en mí el capitan que empuña cetro, el arconte, el augur, el rey, el poeta, el profeta, todos; porque la vida fatal se compone de desapariciones.

El visir bajo su dosel, el mercader sobre su pollino, familias y tribus, los señores de Ecbatana y los jefes del Indus pasan, y yo solo sé á dónde vá á parar la prodigiosa é inexorable fuga de los vivientes perdidos.

Brillad, cielos; vive, naturaleza; primavera, haz brotar rosas. Brillad, mariposas, en vuestras bellas metamórfosis. Pura y perfumada es la mañana! ¡Deliciosos los gorgeos de los pájaros, cuando vuelan por encima de la cabeza de los enamorados y se pierden en las nubes!...

***

Cuando arrastrándome por el suelo entro en Babilonia, en Tyro, que soporta á Ammon sobre su doble pórtico; cuando al oir cantar á los hombres me deslizo invisible, escondido y mudo entre sus ruidos, entre sus placeres y entre sus triunfos;

Aunque me cubra vasto espesor, aunque la profundidad silenciosa y sin movimiento, que nunca se entreabre, me oculte á todas las miradas; aunque nadie pueda verme, en cualquier sitio, en cualquier ciudad, en cualquier momento,

---

Todos, así Vesta como Egla, así Zenon como Epicuro, sienten la influencia de mi presencia invisible, que causa frio y miedo; y unos se extremecen en su fausto, otros en sus crímenes, y se apodera del orgullo desmesurado de las cumbres un vago estupor.

Y tiembla el Vaticano y tiembla el Capitolio, el rey en el trono, el ídolo en el altar, y Moloch y Syla se extremecen y el mago se espanta, en cuanto el palacio dice en voz baja al templo:—"El gusano está ahí„.

***

Soy el nivelador de los frontones y de las cúpulas; arreglé el último lecho en que se acostaron las Sodomas; soy hormigueo y soy soledad; estoy debajo de la blasfemia y debajo de la certidumbre y detrás del por qué.

Ningun dogma se atreve á afrontar mi respuesta. Lais por mí se frota con la piedra pomez. Hago hablar á Pirron. La guerra grita, aulla y vuela, y yo estoy en su boca cuando esa loca hace sonar sus clarines.

Estoy en el interior del sacerdote que se ciñe blancos ropajes; babeo en su alma, donde la verdad está suspensa, y cuando habla, miento. El laberinto del destino desemboca en mi fosa. Estoy en la esperanza, en la mujer en cinta y en los juramentos de los reyes.

En el sueño espantoso de la vida, víctimas de las combinaciones de los triunfos y de las caidas, los hombres, sordos y

aletargados, viven ocupándose de objetos que se transforman, y debian conocer que duermen, ya que conocen que sueñan.

Tengo para los ambiciosos los siete colores del prisma. En su despotismo me encuentra el tirano, despues de haberlo vomitado. Le despierto en cuanto su cólera ruge. Qué es la perversidad? Es el letargo; es que Dios se ha dormido en el alma. Reid, mortales, que la caida se adhiere al apogeo. Antes faltará la espuma al mar alborotado, el brillo al diamante, la nieve al monte Athos, que falte la confianza, la audacia y la alegría á vuestra profunda ceguedad.

Todo el jaspe y todo el pórfido que producen las montañas os basta apenas para construir vuestros palacios, larvas que no vivireis al dia siguiente. Habeis erigido demasiados altares. Vuestras locas sociedades mueren casi siempre por el escesivo número de ídolos que pesan sobre el espíritu humano.

Qué es la religion? El abismo con sus humaredas. Negros simulacros que flotan en las enramadas de los insidiosos bosques, la contemplacion de la sombra, el paso de la nube sobre la frente pensativa de los sábios, crearon todos vuestros dioses.

Vuestros mismos sacerdotes encargan á Satanás un dogma y un deber; á él, que es el supremo mónstruo y la suprema rebelion, le nombran su verdugo y su silencioso auxiliar, sin informarse siquiera si el bozal que le ponen sirve para semejante leon.

Para llegar hasta Dios en el infinito, los cultos, las religiones, la India con sus ocultos libros que Hermes copió, ofrecen sus puntos de apoyo, sus ritos, sus oraciones y sus dogmas, como un sitio vadeable presenta á flor de agua sus piedras para que en ellas pongamos los piés.

Mendaces delirios! Los vedas engañan á su clientela, pues las religiones son invenciones mortales que arrastra un viento de invierno; sobre ellas me arrastro, como me arrastro sobre los hombres; que, para roer el altar, Dios no quiso tomarse el trabajo de crear gusanos de otra clase.



Estoy en el niño muerto, en la amante abandonada, en la viuda predispuesta á reir, en el ateo; me introduzco en todos los olvidos. Todas las voluptuosidades son hermanas mias. El fakir me vé salir de las pupilas del vago espectro Iblis.

Mis ojos acechan por las rendijas de las urnas. Veo hácia las horcas volar las aves de rapiña, atraidas por el olor del cadáver. Soy el rey amurallado, que habito bajo los escombros. La muerte me miraba cuando en las tinieblas hizo nacer al cuervo.

Existo, y no existís vosotros, fuego de las miradas, sangre de las venas, perfume de las flores, granito de las torres, hinchazon del orgullo! En vano me exterminan, porque renazco sin cesar; el pié que me aplastó puede seguir su camino, que más tarde le devoraré.

Alcanzo todo lo que vuela y todo lo que corre. El argiraspide no puede huir de mí, aunque su caballo sea más rápido que el vuelo de las aves que conducian á Vénus; lo mismo alcanzo á los carros veloces, que en los calabozos macizos y oscuros á los presos allí encerrados.



Un pueblo se hincha y muere, lo mismo que una ola al llegar á la playa. En cuanto el hombre construye una ciudad, se presenta la espada y la demuele; lo que resiste al hierro lo arruina la liviandad; para matar á Roma, Octavio adoptó los suplicios y Mesalina el lecho.

Todo en el mundo pierde el pié, tropieza y se trastorna; en todas partes cae el hombre en su propia emboscada; en todas partes la humanidad se levanta con el orgullo y con el orgullo se acuesta

y hasta el manto de pelo del arisco profeta está lleno de vanidad.

Ya que el orgullo humano crece, aumentando sin cesar; ya que Tiberio se cree dios; ya que Roma sin vergüenza le canta aduladores himnos; ya que creyó la tierra, vírgen la austeridad de Burro; ya que existió el soberbio Jerjes, que tomando una verga azotó al Océano,

---

Es menester que viva el gusano para ponerlo todo en equilibrio. Lo que rueda en el agua corriente del Nilo, del Eufrates, del Ganges y del Tíber, es el reflejo de un monton de preciosas ciudades, construidas de mármol y de oro, que se desvanecen tan rápidamente como la flor del saúco.

Fétido, abyecto, consigo que mediten las majestades. Muerdo la boca, y cuando he roido las encías, devoro los dientes. ¡Verdaderamente tendria la naturaleza demasiado énfasis, demasiado fausto, demasiada luz si *yo* no existiera!

La nada y el orgullo son de la misma especie. Apenas las distingo, cuando las despedazo. Vago eternamente en una oscuridad llena de horror y de anatema, temible niebla en la que el mismo Satanás solo es una condensacion.

***

Todo me sirve; espada y arado, sabiduría y delirio. En todos los tiempos la trompeta combatió á la lira; esta es la doble espuela, esta es la doble música de las fiestas infinitas; el prodigio salta de este choque de armonías; lira y clarin, luchad.

Lira, trae la paz; clarin, produce la guerra. Poned en movimiento á la turba vulgar de los campos y de las ciudades; luchad, arrastrad á unos á reñidas batallas, arrastrad á otros á recoger las cosechas, llevad á todos á los cementerios; lira y clarin, cantad!

Cantad! el mármol oye; la piedra no es sorda; las torres sienten moverse sus losas más pesadas; el bloque se menea; las almenas ceden al cántico que pasa por sus boquetes, y el muro tembloroso que nace ante Orfeo muere ante Josué.

***

Todo perece. Para mí, que soy la última criatura, trabaja y se esfuerza toda la naturaleza: la azucena que vá á florecer; el pájaro, en la primavera, reposando en el nido y que siente que el huevo, que su pico rompió, se entreabre para dar salida al pajarillo;

Los Moisés todopoderosos, cuyas palabras inmortales oye el pueblo al pié del humeante monte, esparcen sobre él fulgor tan extraño y terrible, que cree ver detrás de ellos crecer dos alas de arcángel;

Los peregrinos, el déspota ciego y feroz, los reyes acompañados de sus trescientos sulamitas, los pálidos desconocidos, el frio usurero, el arquero hábil en las escaramuzas, los cultos y los dioses más numerosos que las moscas en los juncales de Cydnus;

Todo me pertenece. Mios son los símbolos, las costumbres, las imágenes, el mundo de verdugos y de magos, que pasa como un punto negro, que empieza á cubrir la sombra que Dios marca, que el viento arrastra como si fuera una barca de piratas que huye de noche por el mar.

Me pertenecen la cortesana y el cenobita. Dios creó á Sesostris y luego yo lo devoré. Me pertenece lo de detrás, lo de delante, lo que entra, lo que sale; mi mordedura, que termina en Friné muerta, empieza en Job vivo.

Me pertenece el condenado en su lúgubre encierro, que contempla asustado cómo pasan las horas en el reloj, y aunque en su afliccion extrema sus fijas pupilas se encaren con la muerte, siente el batimiento de las horribles alas que se le acercan.

Rodas es orgulloso, Cheops es grande, Efeso es raro, el Mausoleo es hermoso, Júpiter truena, el Faro salva á los buques náufragos, Babilonia suspende en el aire sus jardines; pero para mí creó el hombre siete maravillas y Satán siete pecados.

Me pertenece la vírgen cándida que se esconde, y huyendo pasa los arroyuelos y atraviesa los prados; me pertenecen los gritos, los cantos, la loca alegría; me pertenece el adolescente que mira turbándose la blancura de un pié desnudo.

Reyes, me enrollo formando círculo, y soy una corona; bebedores, soy la sed; paredes, soy la columna; doctores, soy la ley; multiplicad vuestros goces y vuestros epitalamios, y los soldados en los palacios y las mujeres en los serrallos, que todo vendrá á parar á mí.

Cuerdo es el hombre que sin cesar piensa en mí; el que en mí piensa, vive tranquilo sin cometer bajezas; es justo y teme al remordimiento. Bajo su frágil techo piensa en la morada insondable, y vé salir claridades de los dos agujeros de la calavera de la muerte.

Mortales, vuestra prosperidad está cifrada en mi paciencia; os tientan la ciencia, la voluntad y la razon, pero yo solo realizo. Todo lo que se os dá, para mí solo se os dá; no hay ninguna fortuna, no hay ningun destino que no venga á parar á mí.

El héroe que, dictando órdenes á la historia, cree dejar en su tumba una nube de gloria, no debe estar seguro más que de mí. Por causa mia el hombre se desespera. Veo nacer al hijo, y espero al padre, devorando al abuelo.

Soy el sér final. Existo en todo. Estoy en la alegría y en todos los sueños de los poetas; el alado hipógrifo me lleva á su grupa; cuando riendo Horacio hace que Chloe beba en su copa, en el fondo de ella estoy yo.

Yo soy la denudacion absoluta y completa. Quito la fuerza á los músculos del atleta; desfiguro la hermosura, destruyo la apariencia y las metamórfosis, y mantengo desnuda en el fondo del pozo humano á la augusta verdad.

Dónde van los conquistadores? Mis ojos no los pierden de vista. ¿A quién pertenecen? A mí. Cuando les llega su hora se me acercan descoronados, y yo los despojo, y yo los mutilo; me sirven de pasto desde Ciro, vencedor de Tyro, hasta Batilo, vencedor de Amarilis.

Me apodero de la última gota de todas las embriagueces; no ha existido ningun trono que yo no devorara; me pertenecen los Trajanos y los Nerones, la ignominia y la gloria, y el fango es espeso y el oro es brillante para que yo me alimente. Todo camina y yo interrumpo la marcha.

Me apodero del hombre cuando se convierte en cadáver, del nervio escitado, de los ojos que en vano alumbra la luz del dia, del cráneo donde duerme el espíritu, del corazon del que sale la sangre como una culebra; y la carne, el amor y la vida los convierto en un esqueleto que se rie.



El agua siempre tiene el mismo ruido; el azur solo tiene el rayo; el juez solo puede castigar ó absolver; el huracán se fatiga en vano silbando, las nubes recorriendo la atmósfera; yo poseo la interminable noche.

El Etna solo es un carbon entremezclado con azufre; el Océano está en un error creyendo que es un abismo; concederé que es un abismo el dia que me encontreis un precipicio, un lazo, en el que el universo, como un copo de nieve, disminuya y se funda.

Aunque el infierno no conozca la compasion, aunque sea tan terrible que asuste á los hombres, cuando comprenden que se les vá á tragar; aunque en él ardan incesantemente llamas eternas é inextinguibles, que aticen horribles huracanes;

La nada es más terrible aun, la ceniza es peor que la brasa, el silencioso lugar donde todo espira es más negro que el infierno, las llamas son de púrpura y dejan entrever el foco; pero yo babeo y apago; vale más encontrarse con una hidra que con un gusano.

Yo soy el que verdaderamente sobresalto. El Africa y sus riberas están llenas de mónstruos horrorosos, que aterran, pero que nada valen comparados conmigo; todo lo que aterra en el mundo solo es una superficie que sirve para cubrirme. Me llamo Fin. Borro la posibilidad.

Destruyo y destruiré siempre; despojo las almas de sus cuerpos, que anonado; y consigo siempre que de todo cuanto me apodero desaparezca el número, el espacio y el tiempo, con la cantidad de sombra y de horror que en todo deposito.

***

Desesperado amante, llamas á mi puerta pidiéndome que te devuelva tu amada que murió, la carne de tu carne, la mujer á quien todas las noches desatabas las trenzas, más ciego, más enamorado, más embriagado con sus caricias que el águila con el viento del mar.

Exclamas:—"¡Tierra y cielo, devolvédmela, os la reclamo! El dia que la ví fué el dia más feliz de mi vida. Ven, me dijo ella; y yo fuí. Su talle era flexible como el tronco de una palmera; deslumbradora vagaba como ideal bacante, ciñéndose pámpanos divinos.

„Su corazon era tan profundo que en su abismo perdí mi alma. ¡La amaba con frenesí! Cuando de noche, los ojos de esa mujer de frente pura me miraban enamorados y con fijeza, creia ver brillar en ellos los carbunclos de un precipicio desconocido.

„Con cariño me apretaban la cabeza sus manos blancas; me entonaba cánticos á la sombra del ramaje de los solitarios bosques, cánticos tan dulces, que el cisne se quedaba pensativo en las aguas del estanque, y los dioses en el Olimpo permanecian callando para oir bien su voz.

„¡Murió en una noche de embriagadoras delicias!... Era la primavera, abriendo los frescos cálices de las flores; era el sonrosado oriente; su tentadora alegría era semejante á todo lo que se desea; no sonrie con más placer el esquife que regresa al puerto cuando en el cielo aparece la aurora.

„Era seductora al mismo tiempo que hermosísima; su alma era una azucena, su cuerpo era una rosa, su canto secaba las lágrimas: desnuda, era una diosa; cubierta con el velo, era una vírgen; exhalaba una fragancia que no exhalan las estrellas y una claridad que no tienen las flores.

„La adoro y la adoraré toda mi vida; os la reclamo; ¡devolvédmela!...„—Hace ocho dias que esa mujer descendió hasta mis dominios; si quieres darle un beso en la boca, ven aquí; yo te la devolveré.

Recobra ese cuerpo, ese seno, esos labios; busca en ellos tus placeres, tus éxtasis y tus embriagueces; la entrego á tus deseos; puedes venir aquí á llevártela, para que en tí renazca la alegría, si me arrancas de su deslucida cabellera.

La sombra y yo nos burlamos de todo lo que os martiriza; nosotros tambien tenemos nuestra flor, que es el cadáver; la mujer blanca y hermosa, que embalsama la alcoba y que perfuma la mesa, se transforma en mi morada!... Ven y verás qué horrible transformacion.

Ven á coger esta flor del fondo de la tumba, que yo te la devuelvo; apodérate, jóven, en mi ceniza, en mi fatal surco, de esa flor en la que brilla mi espantosa baba, y que tiene el gusano del sepulcro por oruga y el alma por mariposa.

Murió, y este doloroso pensamiento te atormenta; murió en el momento más dulce de una noche insensata; pues bien,

recóbrala y ya no vivirás solo; este lecho frio es equivalente á tu lecho frívolo; entra aquí, y tú, que te reias de su camisa descompuesta, ven á reirte de la mortaja.

Ella te espera levantando el cráneo, en el que los ojos ya no existen, ofreciéndote su verdosa mano y sus terrosas piernas en mi horrible morada; ven: ven y cubre de besos su vaga y horrible risa, y en este principio de la terrible eternidad termina tu noche de amor.

***

Oh, vida universal! ¿en dónde está tu díctamo? Qué es tu beso? Una llama que te lame. El corazon humano lo desea todo y lo toma todo, el oro, el placer, el cielo azul, la yerba verde...; pero se vacía de súbito cuando la eternidad se abre siniestramente ante él.

La vida goza de una alegría en la que hormiguea la muerte. La creacion se devora en familia. Baal devora á Pan. El árbol, si pudiera, agotaria la savia; Leviatán, bostezando en las tinieblas, sueña tragarse al Océano.

El onagro es víctima del boa, que se desliza y le envuelve; el manchado lince salta y se apodera del antílope; el cardenillo gasta el hierro; las moscas celebran la muerte del leon.

El espantoso cocodrilo, cuyo antro oculta el Nilo, que deja en los cañares la marca de su vientre, tiene miedo del ichneumon (1); la golondrina emigra huyendo del gypaete (2); el colibrí, cuando tiene hambre, se convierte en tigre y el pájaro mosca en demonio.

El volcán, con el fuego en sus entrañas, señor y tirano, machacando las duras rocas, feroz y traidor algunas veces, como un emperador encolerizado, enjuga el humo con sus rojos labios y celebra en su cráter, que la lava hincha, una orgía de furiosas llamas.

La loba se come al cordero, como el cordero se come la yerba; el género humano es la gran cosecha de pueblos que siegan los reyes; la primavera dá aroma á las flores y rocío á las plantas para saciar á las voladoras abejas que recorren prados y bosques.

En todas partes, para vivir, todos los séres devoran; el oso en la nieve, el pájaro en la atmósfera; esta embriaguez es ley universal. El mundo es un festin. Me cómo á los convidados. El Océano tiene playas, pero mi hambre no tiene riberas; el verdadero abismo soy yo.

Buitre, qué me traes?—"Los muertos de la refriega, los muertos de los campamentos, los muertos de la ciudad incendiada con su brillante jefe.„—Pues bien; dame esa sangre, buitre; dame esa ceniza, dame esas legiones, dame á Alejandro.

El terrible milagro, el prodigio sublime, consiste en que el átomo sea al mismo tiempo abismo; todo me lo arrojan desde arriba; cuanto más inmundo soy, soy tanto más grandioso, y la formidable merma del mundo me proporciona la enormidad.

***

Registrad la muerte; registrad el hundimiento terrible. Qué encontrais? Un insecto nada más; á los ojos de la Biblia, como á los ojos del Korán, solo soy un gusano. Vivientes, esto es quizás porque estoy compuesto de las creencias del sacerdote y de los esplendores del tirano;

Esto es quizás porque subterráneamente me comí vuestras victorias; quizás porque me crearon vuestras glorias, vuestras soberbias y vuestras grandezas, una á una devoradas, permanezco siendo pequeño.

Qué es el universo? Qué es el misterio?

---

(1) *Ichneumon*, mamífero de la gordura del gato y de la forma de la marta, animal carnívoro, que se llama tambien *rata de Faraon*.—(N. del T.)

(2) *Gypaete*, ave de rapiña de la familia de los buitres.—(Idem.)

Una mesa interminable servida para el gusano, para el enano que está en todas partes; es la absorcion del gigante por el átomo; el todo roido por la nada.

***

Dios, que me habeis hecho gusano, yo os convertiré en humo. Si yo no puedo llegar hasta vuestra inmortal esencia, puedo á lo menos roer el amor en el hombre y el astro en el cielo lívido, y haciendo el vacío á vuestro alrededor, privaros de vuestros testigos.

Porque el astro brilla, no debe creer el hombre que el gusano de la tumba no pueda alcanzarle; fuera de mí nada es real; el gusano está bajo el azur, como está bajo el mármol; muerdo al mismo tiempo la manzana en el árbol y la estrella en el cielo.

No es más difícil roer el astro en las alturas, que roer el racimo que cuelga de los pámpanos en Sicilia; yo rezumo los rayos; la eternidad no es complaciente con los esplendores; la mosca, la hormiga, todo muere, sin esceptuar las constelaciones.

En el Océano de las alturas, el navío de las estrellas se entreabre y al fin zozobra; Saturno con sus anillos titubea, y Sirius sufre mis sombríos ataques, como el pobre bajel que vá desde el puerto de Itaca hasta el pueblo de Calymno.

Hay en el oscuro cielo mundos más descompuestos que las barcas que reparan en un muelle de las Cyclades; el abismo es un tirano; Arcturus en el éter en vano busca un dique; la navegacion del infinito fatiga al vasto Aldebarán.

Las lunas son cadáveres en el fondo del azur; están escondidos los globos muertos en los celestes Havres; el cometa es un mundo destripado en la oscuridad, que se arrastra, dejando caer la luz de sus entrañas.

Mirad al abbadir y mirad al bólido; el uno cae y el otro muere; el cielo no está sólido; la sombra tiene horribles escondrijos; la luz del dia blanquea las hendiduras del espacio, y parece el fulgor de una lámpara que pasa por entre dos chillas mal unidas.

El mundo con sus claridades, con sus cantos y con sus armonías, solo es una explosion inmensa de angustias bajo el firmamento azul; confusion indescifrable de soplos y de sollozos y de cosas nocturnas, que flotan durante un momento.

Todo viene á mí y todo me pertenece; la gloria guerrera, el poder y la alegría; todo lo que se convierte en demolicion: el Zodíaco ardiente me teme, el alba es mi vasalla, el carbunclo es mi presa y el sol me lanza miradas de vencido.

El universo magnífico y lúgubre tiene dos cumbres; tiene dos sublimes extremidades, que son la aurora y la noche; la triste creacion, en sus entrañas profundas lleva dos todopoderosos: á Dios, que crea los mundos, y al gusano, que los destruye.

XIV.

EL POETA AL GUSANO.

El poeta al gusano.

No te apoderas de todo ¡mónstruo!; no puedes apoderarte del alma; sobre esa flor no cayó nunca tu baba infame. Puedes destruir un mundo, pero no puedes manchar á Caton. Consigues que Pirron dude, pero nada más. En el mar de los desastres, que produces, sobrenada el corazon prodigioso del profeta; de su carro relampagueante no puedes morder el eje. Eres un soberbio, eres un envidioso de Dios, eres el furor de la impotencia. La envidia muerde el fruto y el gusano la gloria. No importa: vivamos y pensemos, nosotros que somos espíritus; tú, arrástrate. Sé el átomo espantoso que marchita y que roe, y que descubre la falacia de las glorias mundanas y el engaño que se encierra en el misterio de la nada; sigue siendo el enano que cree ser rey; serpentea en la

augusta vida, deslízate por ella para hacerla dudar de la promesa eterna; tu cobarde esfuerzo termina donde lo real empieza; y lo justo, lo verdadero, la virtud, la razon, el espíritu puro y el corazon recto, no son víctimas de tu traicion. Solo consigues devorar la abyecta materia; la vida incorruptible está fuera de tu alcance; las almas vuelven á amarse más allá de la muerte; tú no llegas hasta allí. No eres más que el ódio que muerde. Tu sombría esfera es la de la negacion, y solo sirves para hacer indignar á los pensadores que sondean el cielo, al comprender que un gusano se atreva á igualarse á Dios, al comprender que la sombra pretenda eclipsar al astro; al comprender una ley vil, desea que prevalezca el eterno Zoilo sobre el eterno Homero.

XV.

LOS CABALLEROS ANDANTES.

***

El mundo vió en otros tiempos pasar los errantes paladines, que lanzaban repentinos relámpagos y despues se desvanecian, dejando en los rostros de todos los vivientes pintado el terror y el resplandor de su brusco paso. En aquellos tiempos de opresion, de duelo y de ignominia, en los que se erguía orgullosa la infamia, eran los espectros del honor, del derecho y de la justicia; castigaban al crímen y abofeteaban á los vicios, y desaparecia el robo, vacilaba la impostura, palidecia la traicion, y los poderes injustos, inhumanos ó usurpados temblaban ante esos jueces siniestros de la espada. Desgraciado el que obraba mal! Se veia salir de la sombra el brazo amenazador de uno de esos paladines, y su voz, que exclamaba indignada:—"¡Perecerás!„ Recorrian el mundo para hacer triunfar en el género humano la equidad suprema, y esclavos siempre de este noble deber, á toda hora y en todos los lugares, eran los bravos caballeros de Dios.

Vagaban errantes durante la noche; eran los protectores de las cabañas; eran justos, buenos y tenebrosos; el pueblo, al que custodiaban, al que vengaban cuando era preciso, sentia ante ellos la inquietud que á las muchedumbres inspira la soledad; porque causan miedo los que impasibles caminan, mientras rugen los aquilones, mientras cae del cielo la lluvia á mares.

Pasaban atemorizando, mudos, vestidos de hierro. Algunos eran parecidos á las larvas del infierno; sus cimeras se erguian disformes sobre sus yelmos; nadie sabia de dónde salian esos fantasmas; se preguntaba el mundo:—"Qué son? ¿De dónde vienen?—Son los que castigan, son los que juzgan, son los caballeros andantes.„—En su marcha trágica parecian las sombras que pasan durante el sueño.

Caminaban sin descanso. En todos los sitios donde relucia su cota de acero, en todos los sitios en los que alguno de ellos, tranquilo y grave, aparecia enristrando la lanza; en todos los sitios donde surgia su sombra colosal, se experimentaba el terror que producen los paises desconocidos; éste venia del Rhin, aquel del Cydnus; detrás de ellos caminaba la muerte, y era preciso preguntar á los cuatro vientos si aquel paladin era rey de Alba ó de Bretaña; si llegaba de la llanura ó descendia de la montaña; si habia vencido á los moros, si venia de derrotar en sus madrigueras á los pueblos salvajes que aullan cerca del Nilo; si se habia apoderado de alguna ciudad ó la habia salvado de la ruina.

Hasta nosotros han llegado los nombres de algunos de ellos; Bernard, Lahire, Eviradnus vinieron del Africa, despertando la idea de no sé qué guerra espantosa en Judea. Eran reyes en la India, y en Europa eran barones, y las águilas, los gritos del combate, los clarines, las batallas, los reyes, los dioses y las epopeyas se arremolinaban en la sombra cuando blandian sus espadas; viéndoles pasar junto á las paredes de las murallas, recordaban aquellas ciudades de oro, de bruma y de azur que se nos aparecen en los sueños; recordaban á Tyro, á Heliópolis, á Solyma y á Cesárea. Surgian del Sur ó del Septentrion; llevaban en sus escudos la hidra, el alcion ú otros pájaros del bosque heráldico; caminaban solos por el sendero que les indicaba el deber, añadiendo al ruido sordo de sus solemnes pasos la

vaga oscuridad de un viaje eterno; atravesando rios y mares, montes y bosques, venian de tan lejos, que parecian terribles; esos bravos caballeros destacaban sus blasones en la sombría inmensidad de múltiples horizontes.

El pequeño rey de Galicia.

I.

El barranco de Ernula.

Los diez infantes de Astúrias se han reunido allí; el mismo objeto hace que se junten en aquel sitio los cinco que nacieron en Santillana y los cinco que nacieron en Oviedo. Es el medio dia. Los mulos, muy cansados, necesitan beber; el asno tiene sed, el caballo, jadeante, inclina los dormidos ojos hácia el suelo y la tropa hace alto cerca de una cisterna; despues de un corto descanso irán más lejos, desplegando la bandera al viento, y llegarán hasta el corazon de Astúrias antes que las sombras de la noche oculten la montaña; seguirán el camino que al través de aquellos montes cruzaba un torrente en otro tiempo y que entonces estaba seco. Vá con ellos un sacerdote que lee en el breviario. Un rio los separa de Compostela; están cerca de Ernula, bosque de frondosos pinares, en el que Pelayo fué tan grande, que hace exclamar al cabrero:—"Los árabes oscurecieron toda nuestra pátria; los pueblos de Astúrias preguntaron: Cuántos son? Pelayo, apoderándose del bosque de Ernulá, le encendió como una antorcha y, mientras estuvo ardiendo, pudo ver y contar, desde la cumbre del monte, los moros que ocupaban toda la España.„

II.

Sus altezas.

Forman un grupo temible y trágico esos infantes, precedidos de un clarin, acompañados á cierta distancia de una bandada de aventureros y de los hidalgos más tronados de España. Cubre la frente de los soldados que van con ellos, ferozmente vestidos, una montera de hierro que encorva sus garfios puntiagudos. Los diez infantes se llaman: Alonso, Don Santos Pacheco, Froila, Ponce, Rostabat el Gigante, Materno el Feroz, Blas, Ramon, Jorge y Ruy. El monte, cuya oscuridad les sirve de cómplice, les ofrece sus desiertas gargantas. Son hermanos, pero no se profesan cariño; reune á esos Caínes el deseo de perder á otro. Además Blas es amigo de Materno y Don Ruy de Ramon, como Atreo es amigo de Thyeste.

III.

Nuño.

Los jefes deliberan; los soldados duermen la siesta. Los caballos están aposentados aparte, bajo la custodia de diez hombres que charlan, que rien, que juegan á los dados, que van armados de venablos y que llevan puñales en el cinto. El sendero tiene aspecto de traidor, lo mismo que el aire; la cabra que pace en las entrañas de la pendiente del bosque, entre la piedra arenisca y leprosa, apenas encuentra alguna alcaparra; ¡tan salvaje es el barranco y tan ásperas las rocas! De distancia en distancia se ven pozos cenagosos, en los que terminan las huellas de las carretas de bueyes, y esceptuando la yerba que crece alrededor de esos pozos, todo aquel terreno es árido; todo lleva el sello del implacable Mediodía; los árboles están agrietados, los granitos hendidos; el aire caliente ahoga á los pájaros. Sobre la espina dorsal de un lejano monte se distinguen algunas torres. Hácia el Norte, el rebaño de nubes que pasa, perseguido por el viento, perro que aulla en el espacio, huye, dejando en todos los picos sus copos. La vista de Córcora llena el fondo del horizonte.

Se oye entre los pinos, que la edad gasta y mutila, cómo luchan la roca hidra y el torrente reptil; cerca de la pradera, que eligieron para hacer alto, oscuro y ciego precipicio abre sus entrañas, llenas de pálida bruma, en las que lanza espuma el espantoso Ibaichalval. Si fueran verdaderos bandidos no hubieran encontrado sitio más á propósito. La garganta del valle es tortuosa, estrecha y ruda, y tan erizada de matorrales y de ortigas, que podria defender la salida un solo hombre.

De qué están tan alegres? De una hazaña. La noche anterior, deslizándose hasta la ciudad, silenciosamente, antes de que rayara el alba, entraron en Compostela y por sorpresa se apoderaron de Nuño, pequeño rey de Galicia. Allí están

reunidos los lobos que con sus garras apresaron al cordero; forman círculo alrededor del pozo y delibera aquella coleccion de mónstruos.

El rey cautivo es un jóven de quince años; los que le robaron son sus tios; por eso está tan sobresaltado: pero calla y no lo manifiesta; comprende el motivo que los reune; cierra algunos momentos los ojos, como si durmiese, pero está despierto y temblando. Lleva marcada en su frente pálida la señal de un golpe de guantelete. Cuando le robaron, atáronle y le montaron en un mulo; se quejó de que las cuerdas le lastimaban y le desataron, comprendiendo su debilidad. Pero sus tios no apartaban de él la vista, y el huérfano sintió que se encontraba sin apoyo y en horrible vacío. Esperando domar los vientos contrarios, al morir el difunto rey Don García llamó á sus diez hermanos, y haciendo un llamamiento á su honor, á su sangre, á su corazon, á su fé, les recomendó aquel débil niño para que le reconociesen como á rey. Los infantes, que deliberaban en voz baja y con misterio, proponian resolver este asunto de tres maneras: encerrando al jóven en un monasterio cercano de allí; vendiéndole á Jusaph, príncipe de los sarracenos, ó echándole sencillamente en uno de aquellos pozos.

IV.

La conversacion de los infantes.

—“Cuando solo se nos permite vivir de cierto modo, la vida es una afrenta, decia Pacheco; que viva y que muera de viejo. Si le matamos, matamos á un rey; si le dejamos con vida, dejamos vivir á un bastardo; encerrémosle en un convento.„ —“Pero y si más tarde sale de allí?„ preguntaba Jorge.—“Es verdad; si vuelve á salir...„, decian corroborando Materno, Ponce y Ramon.—“Que salga, replicaba Pacheco. Dejándole vivir le convertiremos en villano. Démosle á elegir entre la muerte y el claustro. Si pudiendo desaparecer prefiere decrecer, le encerraré en el fondo de un monasterio y le diré: “Confórmate, ya que así lo has deseado. El rey que se envilece, cae; se le destituye bien cuando se le desprecia y mal cuando se le mata.„ Si asesinamos á Nuño, se convertirá en espectro y se nos aparecerá. Pero sepultándolo donde yo digo, cortándole el cabello, viviendo algun tiempo de ese modo, ¿qué nos importa que despues aparezca? Yo diré entonces:—“ El difunto rey galanteaba á muchas jóvenes; yo no sé si tuvo de alguna de ellas este hijo, pero dudo que lo sea ese cobarde y ese bastardo; porque lo que diferencia á los villanos de nosotros los nobles, es que si se nos ofrece á escoger entre la afrenta y la vida, el villano prefiere vivir y el príncipe prefiere morir; y ese jóven vive.—Los villanos desean llegar á edad muy avanzada y tienen gran apego á la vida; pero nosotros los príncipes preferimos la juventud corta y alegre, aunque termine con fin sangriento; somos guerreros; creemos que la muerte camina con lentitud y la llamamos para que venga más pronto; hacemos que acelere el paso llamándola con nuestros clarines. El pueblo, que nos conoce, lo comprende así y no reconoce al que no comprueba su corona y su raza, al que no sabe ser rey. Nunca un rey salió de un claustro; y prometo entregar á los royeros que recorren estos prados mis Estados de Algarbe y los de Astúrias, al que me enseñe en cualquier parte, en España, en Francia ó en el infierno, que de un capuchon haya salido una corona. El hábito es una especie de mortaja; al que pasa muchos años encerrado en un convento, nadie le reconoce ya; un monje no es un sér viviente. Dejemos que viva ese niño.„

Don Ruy, frio fraguador de traiciones, como si hablara consigo mismo, decia:—“Lo que tendria de bueno esa medida es que seria muy segura.„—“Qué medida?„ preguntó Ramon: Ruy, sin contestarle y con gran pausa, siguió diciendo:—“No encuentro nada mejor, para satisfacer las razones de Estado y las políticas, que lanzarle al fondo de un pozo, colgándole una piedra del cuello.„

V.

Los soldados continúan durmiendo y los infantes hablando.

—“Hemos cometido una falta; hemos dejado sin custodiar el paso.„ Don Ruy respondió:—“Lo vigilan las ortigas y las malezas; cada trozo de peñasco es un centinela; la salvaje soledad es la amiga eterna de los ladrones y de los hombres que cometen fechorías; este pais tenebroso es un verdadero antro y estamos en un terreno inabordable; esa altísima montaña es un siniestro vigía, que nos acoge

y que oculta en sus escondrijos todas nuestras acciones; además, ¿qué podemos temer de todas estas ciudades, siendo en ellas príncipes y siendo en estos montes bandidos?„ Continuando la discusion respecto al rey, añadió:—"Seria preciso, para encerrar al rey en un convento, encontrar alguno tan discreto, que en algun *in pace* encerrado envejeciera; pero seria más conveniente abreviarle el suplicio y desembarazarnos de él aquí. Resolvámonos pronto y montemos en seguida á caballo.„

Viendo que el infante Don Materno lanza á la cisterna una piedra y otra despues, y que sigue con la vista los círculos que forman en el agua al caer, el infante Ruy, interrumpiéndose, exclamó:—"No es bastante profundo; ya lo veo. Las ideas pierden su primera forma cuando se difiere su ejecucion. Se decide un punto en cuando se vé claro. Estamos todos acordes, como buenos hermanos, en que este niño nos estorba. Es preciso que salga de la vida; el claustro es el umbral; la tumba es la puerta. Escoged, pero resolved antes de que amanezca.„

VI.

Alguien viene.

Alerta! Un caballero pasa por el camino. Es la hora en que los soldados, acabando de dormir la siesta, se despiertan con las frentes pálidas, con los ojos pesados. El caballero que pasa vá vestido de hierro; viene por el sendero que hay hácia la parte del mar; entra en el valle; franquea la calzada y tranquilamente se aproxima. Lleva la visera baja; viene solo; su caballo es blanco.

Buen caballero, ¿qué teneis que hacer en aquel bosque? Buen pasajero, ¿qué casualidad funesta os conduce hasta aquellos príncipes, que tienen en el rostro humano todo lo que los demonios pueden expresar en él? ¿Qué clase de abeja sois para introduciros en aquel avispero? ¿Qué clase de arcángel sois para entrar en aquel abismo? Los príncipes, que estaban ocupados en encontrar el mejor medio de cometer un crímen, sin hacer caso, vieron con desden pasar aquel desconocido, que al atravesar el bosque apenas se fijó tampoco en aquella banda de aventureros; pero como si el aire que allí respiraba le ahogase, apresuraba su carrera: de repente vió al niño, y entónces se dirigió rectamente hácia ellos, se apeó, y con gravedad dijo:—"Percibo hedor de pantera, como si atravesase los montes de Túnez; encuentro aquí reunidos demasiados hombres; ¿vá á cometerse aquí algun delito? Sospecho casi siempre de los solitarios sitios por donde nadie pasa. ¿Quién es este niño? Y vosotros, qué haceis aquí?„

Una carcajada general, tan fuerte que hizo volar á un buitre, obtuvo el caballero por primera respuesta; en seguida Pacheco tomó la palabra y dijo:—"¡Pardiez! ¿Habeis oido lo que acaba de decirnos? Los árboles de este bosque estaban deseando tener un ahorcado; que esperen un poco, que lo tendrán en seguida: desde luego yo voy á contestar á ese hombre. ¡Quiero morir en el acto si le callo nada de lo que pretende saber! Ante mí ordinariamente, desde el momento que los villanos creen descubrir mi penacho, cierran las puertas y las ventanas de las casas y todos ellos se esconden de miedo; celebro, pues, haber encontrado ante mí uno que sea curioso. No se dirá nunca, príncipes, que nadie me haya visto hacer una cosa y callármela, ni que cuando me pregunten no haya contestado. El valiente que causa miedo, si fuese mudo causaria compasion. Descubriria mi alma á Dios, si bajara desde el cielo á preguntarme. Ahora escucha, quienquiera que tú seas, que luego ya elegirás el árbol que te plazca en todo el bosque de Ernula para que te colguemos de sus ramas. Estos señores y yo, que me llamo Pacheco, somos hermanos, somos diez. Somos los infantes de Astúrias, y este jovenzuelo es Nuño, hijo de nuestro difunto hermano García, rey de Galicia, que reina en la ciudad de Compostela; nosotros, como tios suyos, tenemos sobre él el derecho de tutela y vamos á encerrarle en un convento. Por qué? Porque tiene pocos años, es muy débil, y este pueblo necesita que le rijan espadas fuertes, porque contra él se han acumulado muchos ódios, y es preciso que el señor de estos pueblos sea hombre de pelo en pecho; por lo que hemos arrancado del trono ese aborto y vamos á ofrecérselo á Dios. Cada uno de nosotros somos príncipes y príncipes bravos, y guardaremos para nosotros el cetro y la lanza, que sabremos ennoblecer; á los niños les sienta bien la capilla y á los hombres las batallas. Precisamente en este territorio hay diez conda-

dos y nosotros somos diez príncipes; justo es que sea para nosotros este territorio. Has comprendido ya la cuestion? Es muy sencilla, y no encierra ningun misterio; no se eclipsará la luz ni se hundirá el mundo porque diez señores se repartan un reino, ni porque un niño entre en un monasterio.„ El caballero, levantando lentamente la visera, contestó: —"Me llamo Rolando, y soy par de Francia.„

VII.

Don Ruy el Sutil.

Entonces el mayor de los hermanos, que hacia las veces de jefe, Don Ruy, sonriéndose, dijo:—"Señor Rolando, mi inclinacion natural me arrastra á no tener pendencias con nadie; os saludo y os doy la bienvenida. Pero debo haceros notar que este terreno es rudo, escarpado, desierto y brutal; que nosotros somos diez infantes, bien armados, cada uno con su servidumbre; que llevamos con nosotros cien pícaros temibles; que habeis caido en una verdadera emboscada; que por aquí no hay ni una casa, ni siquiera una pared; que estos senderos no los pisa nadie, que no es posible recibir aquí ningun socorro. Nadie pasa por este espantoso barranco; estos picos rechazan al hombre y nunca los visita; podria pesarle al curioso que se atreviera á llegar hasta aquí. Sabed, pues, señor Rolando, que somos señores benéficos y bondadosos, que no quisiéramos causaros ninguna molestia. Idos, pues, que muchas veces el aire de la montaña es nocivo. Deshaced el camino que os trajo hasta aquí, creedme. Marchaos pronto.„—"Decidirá mi caballo, contestó Rolando, porque tiene la costumbre extraña y ridícula de no obedecerme cuando vé que retrocedo.„

Los infantes se reunieron y consultaron en voz baja. Despues Ruy dijo á Rolando:—"Tan notables combates hicieron brillar vuestra gloria, sincero y bravo soldado, que preferimos que seais nuestro compañero á teneros por adversario. A pesar de vuestro heróico valor, estando solo como estais y siendo muchos contra vos, no teneis más remedio que quedar vencido. Os conviene, pues, que nos entendamos. Los Estados se rigen por sus reglas, y nos habeis sorprendido cuando estábamos ocupados arreglando un asunto de familia que á nadie referiríamos lealmente. Es imposible que reine Nuño, y voy á explicaros el por qué. Sus pocos años le impiden desempeñar bien su pública mision; frente tan delicada no puede soportar la corona; un niño no puede sostener una guerra, porque en ese caso, si reina el contrasentido, si el absurdo se convierte en ley, que me den una dueña y encargad á las ovejas que rujan; mandad á los ciervos que toquen los clarines á la fuerza; y al mismo tiempo, para ser consecuentes, disfrazad á los osos y á los lobos con una casulla y poned un hisopo en las garras del tigre. Señor, al que obra con prudencia no puede llamársele felon, y las verdades que os estoy exponiendo las reconocen lo mismo los doctores que los capitanes. Pues bien; seamos amigos. Queremos atestiguaros la estimacion que os profesamos. Leso no es una mala aldea; la ciudad de Oyarzun es una hermosa ciudad; las dos serán vuestras si, haciéndoos cargo de las razones que acabo de manifestaros, prestais á nuestra empresa vuestro poderoso brazo, y con esos territorios os entregaremos á sus habitantes. Sereis señor de ellos si nos tendeis la mano de amigo. Llevamos con nosotros cera, pergamino y un sacerdote, y en seguida podemos extender y firmar vuestra patente. Esto es lo que os propongo.„—"¿Estais soñando?„ exclamó Rolando. Y ofreciendo al rey su blanco y hermoso corcel, le dijo: —"Monta, rey; parte á galope; vuelve á tu ciudad; salta el rio y pasa la montaña. Vete.„

El niño-rey saltó rápidamente á la silla del caballo, que emprendió la carrera con velocidad al través de los valles y de los montes.—"Al primero que monte á caballo lo mato,„ dijo Rolando. Los infantes, estupefactos, se miraron unos á otros.

VIII.

Pacheco, Froila, Rostabat.

Rolando continuó diciendo:—"Tendrá fin desastroso el que persiga á esa presa escapada; le cortaré en dos pedazos con mi acero.„ Mientras así hablaba, brillaba en su mano alegre la espada Durandal. Rolando, apoyándose en el robusto tronco de una carrasca, gritó:—"Desconfiad de mi espada, porque muerde.„— "Aunque seas la hembra que se llama Muerte, te juro que iré á degollar á

Nuño„, contestó Pacheco, montando en su cabalgadura. Rolando subió al peñasco que cerraba el camino.

El infante, con una espada de dos filos, con una daga en una mano y otra entre los dientes, se preparaba á salir de allí; se le crispaban los nervios de antemano saboreando el placer de alcanzar al fugitivo y de volver á apresarlo. Avanza, arroja sobre Rolando un largo lazo; éste, sorprendido, retrocede, y Pacheco iba á pasar...; pero el gran paladin se yergue y descarga sobre el príncipe tan prodigioso golpe, que hiende el ginete en dos y mata el caballo.—"He cumplido lo que prometí, dijo Rolando. Sed prudentes, continuó diciendo, y renunciad á abriros paso. Si alguno de vosotros, desafiando á mi Durandal, que estoy blandiendo, tiene tanta locura en la cabeza, yo haré que el tajo que le tire le llegue hasta los talones.„ Don Froila, acariciando el cuello de su robusto caballo, que tenia hocico de toro, exclamó: —"Lo veremos!„—"No deis un paso más„, le contestó Rolando.

El infante le respondió dándole un lanzazo, que alcanzó á Rolando, que vaciló, y entonces Froila se abalanzó hácia él; pero de repente el paladin, incorporándose, le dió golpe tan terrible con la espada, que hizo caer á Froila sobre el cadáver de Pacheco. Froila cayó, oprimido por su postrera agonía; su casco, que la espada habia destrozado, se abrió, y vióse entonces que el infante lanzaba espuma por la boca y una baba espesa y sangrienta.—"¡Venganza y muerte! rugió Rostabat el Gigante; somos ciento contra uno; matémosle!„

—"Infantes, eso es difícil, contestó Rolando. Acabo de llegar de la Sicilia, de la Arabia y del Egipto, y lo que puedo deciros es que esos pueblos han pasado ante mí y creo haberme cernido en el cielo solitario; me ha parecido algunas veces que abandonaba el mundo y á los hombres, y que las espaldas monstruosas de los grifos me ascendian hasta las altas nubes; pero eso nada importa; llego aquí y me rio de vuestra audacia. Temedme, porque os declaro, infantes, que siempre siento á Dios cerca de mí. Sois ciento contra uno! Pardiez! Ochenta maravedises no equivalen á una peseta. ¿Cuántos piojos se necesitan para comerse á un leon? Sois pocos para embarazarme el camino que yo quiera seguir. Atrás!„

Rostabat el Gigante, con la cabeza baja, lanzando roncos aullidos, como pesado coloso se arroja sobre el caballero, y cerca de él, avanzando como multitud sombría, los otros siete infantes, sus intendentes y todos los hombres que los acompañan, hacen converger sus picas apuntando á Rolando. Al infante, que es mónstruo de corazon y de estatura, el peñasco donde se yergue Rolando le llega á la cintura; sus frentes están á nivel, colocado el paladin sobre la roca y el gigante á los piés de ésta. Coge Rostabat por honda, tomando á Rolando por blanco, un anclote de cuatro uñas, que parece una horrible araña, y lo lanza sobre el paladin, que esquivando el cuerpo, lo evita, y dirigiéndose al gigante, le grita:—"El anclote ha arañado un peñasco al caer.„ El gigante salta con un hacha en cada mano. El coloso y el héroe, con expresion terrible, están muy próximos ya el uno al otro.—"Durandal, puedes ayudarme, como otras veces, á cortar esta montaña„, dijo Rolando, asestando la espada contra Rostabat.

Como se derriba á un oso por los dos piés de delante, despues que se encabrita para apoderarse del pastor, así cae Rostabat. Los siete príncipes vivos contemplaban á los tres príncipes muertos. Durante todo este tiempo, abandonando las riendas, el pobre rey salvado huia hácia Compostela.

La espada Durandal brilla y hace refluir hácia ella á todos los que sitian á Rolando, que permanece siempre en pié sobre el peñasco que cierra el valle, y que grita:—"Veo que necesitareis reclamar algun refuerzo; enviad á buscarlo. No tengais prisa. Os esperaré aquí hasta la noche.„—"Se burla de nosotros! Caigamos todos sobre él, exclamó Jorge; somos buitres; el águila es nuestra hermana; tengamos valor, y esta noche, como sangrienta cena, cada uno de nosotros tendrá un pedazo de Rolando.„

IX.

Durandal trabaja.

Lavanderas, que desde que el sol asoma por el Oriente cantais frotando la ropa sucia en las fuentes de Andorra, haciéndola blanquear; cabreros que recorreis el Jaizquivel conduciendo vuestros rebaños; arrieros que, recorriendo valles y bosques, haceis ascender vuestras caballerías por los puentes, ¿sabeis lo que la antiquísima montaña Corcova contempla por encima de los hombros de sus colinas?

Ese monte está presenciando un choque horrible de jabalinas, un espeso y vivo matorral erizado de picas alrededor de un hombre, cuya figura altiva protege el círculo que traza una gran espada que blande. Está solo á una parte y á la otra todos los demás en aquel duelo trágico, en aquella lucha enorme, en el combate de la hidra con Miguel.

¿Quién es capaz de describir aquella lucha, en la que Rolando se bate contra tantos enemigos? Entre la lluvia de feroces golpes vomitan las bocas rios de sangre; se ven faces trastornadas, heridos y cadáveres; cascos rotos que ruedan al suelo como cántaros vacíos, oleaje de sitiadores, rechazados sin cesar y sin cesar repuestos; gritos de rabia, espantosa carnicería, horrible refriega entablada cuerpo á cuerpo por un hombre contra una multitud. Durandal, llameando, parece un espíritu siniestro; vá, viene, sube, cae, se levanta, se abate, relumbra fatalmente, haciendo temblar á todos, nivelando á los cobardes con los valientes. Está herido Rolando? Quizás, pero esto no le importa; sigue luchando. La herida es la caricia que hace la guerra á los más bravos, á los paladines salvadores, y el cuerpo de Rolando, de mejor temple que el acero, no teme á los besos feroces de la espada. Pero ahora los bandidos que le combaten usan contra él armas arteras, lazos, cuchillos catalanes, navajas que hieren al héroe, contra el que aquella bandada de mónstruos se apiña, se retuerce y hormiguea; la armadura del héroe está toda abollada y hendida, y á pesar de la peligrosa situacion en que se encuentra, piensa algunas veces si habrán dado de beber á su caballo.

Un arroyo de sangre corre y humea por el valle y sobre la yerba; por todas partes llueven gotas de sangre, que la tierra se bebe, con tanta ansiedad como el fauno bebe vino. A un asalto sigue otro asalto. Incesante ruido produce el choque de las armas, que el eco hace resonar. ¿Qué es lo que la muerte forja en la montaña y hace en aquella bruma, teniendo aquel hacinamiento de bandidos por yunque, á Durandal por martillo y á Rolando por herrero?

X.

El crucifijo.

Y allá abajo el caballo galopaba siempre, sin detenerse un instante, sin necesitar el aguijon de la espuela; atravesaba el rio, atravesaba la llanura; corria como si tuviera alas. Algunas veces, asustado el niño y temblando, volvia la cabeza hácia atrás para ver si le seguian, para ver si de las alturas de aquella monstruosa madriguera veia ver bajar á alguno de los perversos hermanos de su padre.

Al anochecer apareció ante él la ciudad de Compostela. El caballo atravesó el puente de granito rústico; los campanarios dibujaban sus siluetas en el brumoso espacio, y el huérfano volvió á ver su paraiso natal.

Cerca del puente, sobre un pedestal alto, descansaba un Cristo de piedra, teniendo á sus piés á la Vírgen; un cirio blanco iluminaba aquella cariñosa faz que perdona, y que es más suave á la hora en que la oscuridad empieza á extenderse por el cielo; el niño paró el caballo, se apeó, arrodillóse, y juntando las dos manos ante el cirio que estaba ardiendo, exclamó:—"Dios de misericordia, bondadosa y Santa Vírgen, estaba sin remedio perdido en poder de mis tios, pero vosotros me habeis salvado; Señor, habeis enviado en mi socorro al paladin de Francia y me habeis hecho ver la diferencia que hay entre los hombres buenos y los perversos. Quizás yo haya nacido tambien con malas inclinaciones, quizás yo más tarde hubiera sido tambien infame; pero salvándome la vida,



EL CRUCIFIJO.

me habeis salvado el alma; ¡oh Dios! me habeis aparecido por medio de aquel paladin, y he visto la luz, la fé y el honor, y he comprendido que los príncipes deben condolerse del infortunio, que los príncipes deben rendir culto á la justicia. De rodillas ante el crucifijo, en el que derramais vuestra preciosa sangre, juro no olvidarme nunca de este recuerdo y ser siempre amparo del débil, leal con el bueno, terrible con el traidor y siempre justo; os lo juro, Señor, y se lo juro á la Santísima Vírgen.„

El caballo de Rolando oyó aquellas palabras y, levantando la cabeza, dijo al niño:—"Muy bien, rey„. El huérfano volvió á montar en el palafren blanco y regresó á su ciudad, oyendo el toque de alegría de todos los campanarios.

XI.

Lo que hizo Ruy el Sutil.

En aquel mismo instante, en el bosque, al través de los pinos del Ernula, extremecido por el soberbio desafío de uno contra ciento, se veia aun, á la luz de las estrellas, el grupo formidable que terminaba el combate; aquellas radiantes montañas que en otros tiempos frecuentaron los semi-dioses, asombradas, se despertaban, y contemplando á Rolando, recordaban á Hércules. No quedaba ya allí ningun infante; habian muerto nueve. Uno solo huyó, Don Ruy; pero aquellos bandidos continuaron la lucha, porque nada irrita tanto como la vergüenza y el furor de combatir contra un solo hombre; Durandal, con sus terribles tajos, habia sembrado el suelo de cadáveres y estaba mellada y casi rota; lo que no impedia á Rolando el avanzar; los bandidos, creyéndole predispuesto á empezar otra vez la lucha, temblaban al ver cada movimiento de su terrible brazo y retrocedian, enseñándole desde lejos sus puñales, y Rolando, yendo hácia ellos, terrible, lleno de sangre y cansado, les hacia retroceder ante él, obligándolos á internarse en los barrancos, y no pudiendo ya servirse de la espada, los echaba de allí arrojándoles piedras.

~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~

Eviradnus.

I.

Partida del aventurero en busca de una aventura.

¿Qué es lo que estuvieron hablando Segismundo y Ladislao? No sé si lo oyeron el árbol y la roca; pero cuando los dos príncipes hablaron en voz baja, el árbol extremeció sus ramas como si alguna fiera le hubiese chocado al pasar, y la sombra de la roca tenebrosa se ennegreció. Parecia que algun pedazo de esa sombra adquirió forma y se internó por el bosque y que caminaba como un espectro á lo lejos, á la claridad siniestra del sol poniente. No es un animal despertado en su guarida, no es un fantasma que corre pisando la hojarasca, no es un fragmento de la sombra de la roca lo que se vé caminar en lontananza por los claros de los bosques; es un sér viviente que no es vampiro ni larva; el sér que camina cubierto con férrea armadura es Eviradnus, el gran caballero de la Alsacia.

Reconoció á aquellos dos hombres que estaban hablando cerca de los jarales donde él reposaba, les oyó murmurar palabras feroces, prestó oido y hasta él llegaron algunas; por eso, en cuanto terminaron de hablar, se levantó y se aprestó á correr. Conocia el pais por haberlo recorrido en otro tiempo. Fué á reunirse con su escudero Gasclin, paje de guerra, que le estaba esperando en la hostería situada en lo más hondo del valle, en la que en seguida dejó el caballo para que le dieran de beber y para que le herrasen, diciendo al herrero:—"Despachad en seguida, que me urge partir.„ Cuando su caballo tuvo aseguradas las herraduras, el paladin montó en la silla y partió.

II.

Eviradnus.

Eviradnus, que es viejo, empieza ya á sentir el peso de los años, pero sigue siempre siendo el paladin más bravo y de más renombre, que vive para castigar el crímen, que está siempre á la espera de noche y de dia. En su larga vida no se encuentra una accion que no sea pura, leal y santa, y en su mano centellea
~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~

una espada sin tacha. Es el Sanson cristiano que, sobreviniendo á tiempo para salvar á la incendiada Sickingen, no habiendo podido hundir la puerta con sus puños, entró para salvarla de las llamas; fué el paladin que, indignado de ver que honraban á un infame, pisoteó un monton de arcos rotos del monumento elevado en honor del sanguinario duque Lupus, arrancó su estátua y se llevó la columna, desde donde estaba situada en Strasburgo, hasta el puente de Wasselonna, y allí la arrojó en los profundos estanques. Admiran á Eviradnus de Altorf en Chaux-de-Fonds; cuando está pensativo y apoyado de codos, recuerda á Carlo-Magno; cuando vaga, erizado y salvaje, desde el bosque á la montaña, tiene el aspecto de un lobo bienhechor; tiene seis piés de estatura, como Juan de Borbon; consagrado enteramente al deber, que venera en el fondo de su pensamiento, de nada se queja; únicamente encuentra que los hombres son pequeños y las camas cortas; vá por todas partes procurando ir donde piden socorro; cuando los reyes abaten demasiado al pueblo, él lo endereza con su ternura intrépida y soberbia; es el fuerte que sirve de proteccion al débil; atacó en sus antros á los reyes del Rhin, y en sus cubiles á los disformes barones de los Vosgos; era el padre de todos los pueblos huérfanos; ponia en libertad á las ciudades; fué solo á afrontar la caverna de Hugo Cabeza de Aguila; bueno y terrible, rompió la argolla de Saverna, el cinturon de hierro de Schelestadt, el anillo de Colmar y la cadena del pié de Haguenau. Tal fué Eviradnus. En la horrible balanza donde los príncipes ponen la violencia de la iniquidad, el mal, la sangre y el fuego, su invencible espada ponia el contrapeso de Dios. Vive caminando siempre, modelo de caballeros andantes, conociendo que en el mundo hay muchos infortunios y muchos desgraciados que necesitan socorro; su lanza no se enmohece nunca en el astillero; su hacha de batalla nunca está colgada; ¡desgraciado el que cometa una mala accion á la vista de Eviradnus, cerca de ese campeon de acero! ¡desgraciado de él, que poco tardará en morir! Es un héroe; desciende de la raza de los Amadis de Francia y de los Pyrrhus de Thracia. No hace caso de los años. Qué le importa la edad? Infatigable sigue luchando, sin sentir nunca el cansancio. Acaba de llegar de Palestina.

III.

En el bosque.

El que se hubiera extraviado por la noche en cierta selva, presenciaria espectáculo extraño en el fondo de dicho bosque. Veria una inmensa cámara iluminada y desierta. Dónde? En el antiguo palacio de Corbus.

La yerba verde, la hiedra, la grama y el agavanzo salvaje hace trescientos años asaltan el torreon; el castillo, debajo de la abyecta y rampante escalada muere; como á un jabalí enfermo le hace morir la lepra; sus fosos se llenan de almenas; el zarzal, como una serpiente, enrosca sobre él sus anillos; el gorrion, sobre las ruinosas piedras picotea en los muros; la espina, entre aquellos escombros, prospera insolentemente; pero el invierno se venga: entonces se despierta la dormida aldea, y cuando llueve durante noches enteras, cuando el agua produce muchas goteras en los techos, el castillo dá gracias á las olas y á los vientos y se aprovecha de ellos para escupir sobre la atrevida hiedra por las bocas de granito de sus cuatro gárgolas.

El castillo Corbus agoniza tristemente. Sin embargo, le complace el invierno; el invierno, que es el salvaje combatiente que se rehace con las convulsiones sombrías de las negras nubes que se deshacen sobre los escombros; con el relámpago, que hiere y huye como un ladron; con la tempestad, que es la hermana salvaje de la batalla: porque entonces el poderoso y feroz castillo exclama:—"Aquí me tienes en cuanto oigo soplar el huracán„; se rie cuando el equinoccio irritado le riñe siniestramente, lanzando hasta él su hálito de granizo; está alegre el castillo, soldado que permanece aun en pié, cuando, ladrando como el perro que persigue al lobo, Noviembre, errando por las brumas de roca en roca, contesta al aullido de Enero que se aproxima. La torre grita:—"Guerra. ¿Estás ahí, tormenta?„ Y no teme al huracán, él que conoció á Atila. El castillo desafía á la tempestad; cuando se desencadena en una noche lúgubre, se oye á las górgonas ladrar en los ocho escondrijos de sus torres octógonas: todos los mónstruos esculpidos, que están esparcidos por el edificio, gruñen, y los leones

de piedra de los terraplenes muerden la bruma; el aire, la ola y las tarascas baten las alas al soplo horrible de la tempestad; el agua que cae copiosamente sobre los grifos, se introduce por los agujeros de los techos, y los dragones y las medusas rechinan los dientes desde el fondo de las cámaras donde están hundidos; el castillo de granito, como los paladines vestidos de hierro, lucha toda la noche, resiste todo el invierno; en vano soplan sobre él las tempestades; en vano los que transitan por el sombrío espacio que se llama infinito, sombra é inmensidad, esto es, el torbellino, el trueno y la tromba, en vano se encarnizan contra la firme fortaleza. En vano la sacude el huracán; siempre permanece en pié la torre de Corbus.

A pesar de los zarzales, de los cardos y de las yerbas, el viejo castillo continúa siendo soberbio y triunfante; su torre le pone tres filas de almenas en la frente; la noche recorta su inmensa silueta; tiene por trono una roca, alta y sublime cumbre, y por los cuatro lados, por el Sur, por el Norte, por Poniente y por Levante, cuatro montes, Crobius, Bleda, Aptar y Toxis.

El pastor se asusta al ver esa torre, que cree que le vá siguiendo; las supersticiones han hecho que aparezca terrible el castillo de Corbus; créese que el Arquero Negro ha tomado ese castillo por blanco, y que su caverna es el antro donde duerme el Gran Durmiente; los aldeanos son candorosos y asustadizos; las leyendas siempre entremezclan algun vago fantasma con el oscuro vapor que sale de los techos de las cabañas; el hogar engendra las fantasías, y el sobresalto ondea en el humo errante que despiden las chimeneas.

Por lo que el campesino dá gracias á su estado plebeyo, que le dispensa de ser audaz y aventurero y que le permite huir del castillo del bosque, que el paladin busca como cuestion para él de honor. Corbus vé rara vez pasar algun hombre por sus inmediaciones; únicamente, cada quince ó veinte años, el intendente y el mayordomo de palacio, á los que siguen cocineros y marmitones, que llevan todos los manjares que se necesitan para un festin, en grandes cestos, entran en el castillo, preparan el banquete misteriosamente y se marchan, y por la noche se vé luz por las rendijas de las cámaras de la siniestra torre, á la que ninguno se atreve á aproximarse. Por qué? Lo vamos á decir.

IV.

La costumbre de Lusace.

Era costumbre antigua, cuando moria un marqués de Lusace, que el heredero del trono, en el que revivia la raza, antes de investirse con los reales atributos fuera una noche á cenar al castillo de Corbus, y de esa misteriosa cena salia siendo príncipe y margrave; la marquesa no era buena ni el marqués era bravo hasta que no respiraban los fúnebres perfumes de los siglos en aquel nido de sus difuntos antepasados. Los marqueses de Lusace son de alto abolengo; su prosapia arranca de muy lejos; ésta tiene por padre á Anteo, antepasado de Atila; de aquel, que Alcides venció, provino una raza; raza que al principio fué pagana y cristiana despues; de la que arrancan Lechus, Platon, Othon, Ursus, Etienne y todos aquellos señores de las rocas y de los bosques que bordearon la Europa por el Norte, que primero fueron oleaje y despues dique. Corbus tiene un doble aspecto; es castillo en el bosque y ciudad en la llanura. En los tiempos en que con frecuencia se subia á la torre castellana, se distinguia desde allí, más allá de los pinos y de las rocas, su ciudad, destacando en lontananza los campanarios en el horizonte; esa ciudad tiene murallas, pero esto no obstante, no proviene de ella la antigua y noble ciudadela; la ciudad se pertenece á sí misma; algunas veces un castillo equivale á una ciudad: Prato en Toscana y Crema en Lombardía valen tanto como una ciudad fortificada; Corbus es un castillo de esta clase. En sus rudas paredes conserva ese castillo el reflejo de todos los antiguos reyes; los acontecimientos de la vida de éstos, y hasta sus funerales, cantando ó llorando, han atravesado sus murallas; detrás de ellas la mayor parte de los reyes nacieron y se casaron; allí brillaron todos aquellos barones coronados. Corbus es la cuna de la monarquía escita. El que vá á heredar el título de marqués debe hacer una visita á la historia que tiene que continuar. La ley le ordena que permanezca solo durante la noche, que le convierte en rey. En el fondo del bosque, un sirviente le

escancía vino misterioso, que vierte en un copon, y que en cuanto se hace de noche le hará dormir hasta que amanezca. En seguida le deja solo, parte y se dirige hácia el castillo; entra en él y encuentra en el comedor la mesa preparada; cena y se duerme, y vé, entre sueños, que se le aparecen todos los espectros de los reyes, desde el del duque Bela. Nadie se atreve á entrar en el castillo esa noche: al dia siguiente acude allí gran gentío para sacarle de la torre, y todavía adormecido, y teniendo aun en la imaginacion las sombras de sus abuelos que se le aparecieron, le acompañan hasta la iglesia donde duerme Borivorus; el obispo le bendice la boca y los ojos, y pone en sus dos manos las dos hachas de piedra, con las que Atila asoló con un brazo el Mediodía y con el otro el Norte. Ese dia, en lo alto de las torres de la ciudad, enarbolan el amenazador estandarte del marqués de Swantibore, que ató en el bosque á su mujer y al toro que le inspiraba celos é hizo que se los comieran los lobos. Hasta cuando es una mujer la que hereda el trono, es indispensable que vaya á cenar la primera noche en Corbus; así lo exige la ley.

V.

La marquesa Mahaud.

La sobrina del último marqués, Juan el Golpeador, Mahaud, era á la sazon marquesa de Lusace; era una dama coronada y una mujer gentil. Una reina no es verdaderamente reina si no es hermosa; no basta ejercer la suprema autoridad; es preciso tener la majestad necesaria. Dios, para conservar la armonía, emplea lo mismo al cedro que resiste que á la caña que se dobla, y es conveniente que algunas veces rijan las manos de una mujer las costumbres, los espíritus y las leyes; que suceda al rey tirano, que sonria al pueblo y conduzca cariñosamente al rebaño humano; pero la tierna Mahaud, en aquellos tiempos de desventura, sostiene el cetro como sostendria una flor; es alegre, aturdida, imprudente y tímida. Toda la Europa tiene puestas las miras en ella, y aunque ha cumplido los veinte años, aunque se lo han rogado mucho, nunca consintió casarse. Era hora ya, sin embargo, de que recibiese el apoyo de un brazo viril; como el arco iris que sonrie en el cielo entre la sombra y la lluvia, como la cierva que está jugando entre un tigre y un oso, estaba aquella dama entre dos terribles vecinos, perennemente ocupados de ella; entre el emperador de Alemania y entre el rey de Polonia.

VI.

Los dos vecinos.

Se diferenciaban el sombrío rey del sombrío emperador, sin fé, sin Dios y sin ley, en que uno era la zarpa y el otro era la garra; los dos iban á misa y rezaban el rosario, y se decia que los dos habian pactado infernal alianza, y hasta se referia en voz baja, entre la multitud miedosa, el texto del pacto que habian celebrado, y aunque el uno personificaba el ódio y el otro la venganza, vivian vecinos y conservando buena inteligencia; se apoderaban de todos los pueblos que estaban á su alcance, y engrandecian lúgubremente las dos figuras de esos príncipes los reflejos rojos de los saqueos y de los incendios: por otra parte, siguiendo la costumbre antigua de David, uno era poeta y otro era músico, y declarándoles dioses, la fama ligaba sus nombres á los sonetos, oriundos de Italia. La antigua gerarquía parece que con ellos haya perdido la memoria, pues siguiendo el antiguo órden establecido en Europa, el emperador de Alemania es duque y el rey de Francia marqués: los demás reyes se diferencian poco; son barones en Roma y el rey de Polonia es un simple caballero; pero en ese siglo se vió la escepcion única, de que el rey sármata fuera igual al César germánico. Cada uno de ellos se habia apoderado de una parte de inmenso territorio; el aleman se apoderó de todo el territorio de tierra firme, y el polonés, que poseia las orillas del Báltico y deseaba tener puertos, se apoderó de todo el mar Céltico; á todas las olas del Norte lanzó sus esquifes, y la Islandia vió pasar sus temibles navíos: el aleman incendió á Amberes y conquistó las dos Prusias; el polonés socorrió á Spotucos, duque de los rusos, como el mayor matarife ayuda al más pequeño; el rey toma, el emperador pilla y usurpa, hace la guerra á la órden Teutónica; el rey, en el Jutland, posa sus piés cínicos; pero, ya destruyan al débil, ya engañen al fuerte, siempre están los dos acordes; desde la línea del Polo hasta las ciudades transalpinas, sus uñas monstruosas arañan al supeditado continente. Todo le sale bien; los dos reali-

zan siempre sus planes cobardes ó temerarios, y reinan profesándose afecto de hermanos. Uno es bellaco y el otro es desleal; son dos bandidos de los caminos reales. El polonés cazurro y el aleman aventurero notan á la sazon que tienen en la vecindad á una mujer y los dos acechan á Mahaud. No hace mucho, con rabia, saliendo de su boca palabras amenazadoras, el emperador dijo:—"El imperio está cansado de llevar á la espalda esa alforja que se llama la alta y la baja Lusace, y cuya pesadez aumenta cuando dentro de ella lleva una mujer.„ El polonés se calla, espía y aguarda con paciencia.

Dos grandes peligros rodean á la marquesa; pero ésta, sin apercibirse de ellos, se sonrie, gorgea y baila; reduce los impuestos y consigue que los pobres la bendigan; es viva, amable, amiga de lucir alhajas; en una palabra, es siempre mujer; de su corona elige la perla y teme al floron; el floron es cortante y es propio de los hombres. Reune tribunales de amor, que preside; paga un subsidio á los copistas de Homero; recientemente acogió en su corte á dos hombres; á un tocador de laud y á un trovador, de los que ni siquiera sabe el nombre, el rango ni la raza; pero que la refieren deliciosos cuentos por la noche en la terraza, á la hora en que se abren los vidrios de las ventanas para dejar entrar las frescas brisas, y el uno toca el laud y el otro la recita versos.

En Junio la Lusace y en Agosto los moravos celebran la fiesta del trono y consagran á sus margraves; hoy es el dia señalado para acudir al castillo misterioso, y Mahaud irá esa noche á cenar con sus abuelos.

¿Qué les importa todo eso á la yerba que crece en la llanura, á los pájaros, á las flores, á las nubes y á las fuentes? ¿Qué les importa á los árboles de los bosques que el pueblo sufra yugos y que el hombre tenga reyes? El agua corre, el viento pasa, y murmuran:—"¿Qué nos importa?„



VII.

El comedor.

El comedor es gigantesco, pero no tiene más que una puerta; sus paredes se pierden en la oscuridad, como si fuesen ilimitadas; enfrente de la puerta, al otro extremo, brilla de un modo extraño y espléndido una mesa arrimada á la pared; esa mesa espera un convidado; en ella solo hay un sillon, debajo de un dosel que cuelga de las negras vigas; los tiempos antiguos pintaron sus historias en las paredes del comedor; copiaron en ellas el combate del rey de los vendas, Tharsilo, contra Nemrod en tierra y con Neptuno en el agua; el rio Rhin, á quien hizo traicion el rio Meuse; y en grupos brumosos se veian Odin, el lobo Feuris y la serpiente Asgar; y toda la claridad que iluminaba un cobertizo, que parecia haber servido de establo á algun dragon, provenia de las luces de un candelero que estaba encendido sobre la mesa; era el gran candelero de siete brazos de hierro que Atila trajo del infierno, despues de haber vencido al Mammon, y siete almas constituyeron sus siete primeras llamas. El comedor parece un gran lineamiento del abismo, modelado vagamente en la oscuridad; en el fondo la mesa relumbra del modo brusco con que relumbra la claridad cuando choca contra piezas de orfebrería; hermosos faisanes, que mataron traidores halcones; viandas frias, muchos jarros y frascos cargan la mesa, en la que se ofrece una opulenta comida; los platos, bordados de flores, son bermejos; el mantel viene de Frise, pais célebre para telas de lienzo y de hilo; y para contener las frutas, los pastores de Lamurg han esculpido las bandejas: esos artistas de los bosques son rústicos hábiles, que consiguen que en una taza ondeen jardines y montes, en los que se ven la caza de los gamos y otros muchos caprichos pintorescos.

Nadie habla en aquel sitio, del que todos huyen; el terror, acurrucado en los rincones, espera á su huésped. Ese comedor para titanes tiene el techo tan alto, que levantando la vista hácia su oscura y perdida techumbre, extrañamos no ver brillar en ella las estrellas. Son gigantescas las arañas, que tejen inmensas telas y que flotan allá arriba entre las enormes vigas, y que muerden las colas

de los grifos. La claridad está allí amortecida, y aquella cámara tiene el aspecto de la muerte. La noche contiene allí su respiracion. Parece que la puerta tenga miedo de menear sus dos hojas.

VIII.

Lo que se vé allí además.

Pero lo que aquella estancia, aquel oscuro antro de los antiguos tiempos tiene más sepulcral y más temible, no es el candelero de siete brazos, ni el dosel, ni la mesa; es la longitud de dos hileras de arcos y de pilares; son las dos filas de caballos montados por sus ginetes. Cada uno se arrima á un pilar y en él apoya la lanza; están unos frente de otros y guardando silencio; la armadura de la frente del caballo está atada; los arneses están cerrados con hebillas; las piezas de la armadura de los muslos están cerradas con sus llaves; manojos de puñales penden de los arzones; hasta los piés de los caballos cuelgan los caparazones; los cascos están abrochados; hebillas de bronce atan las espuelas y aprietan los gorjales; el espadon de dos manos brilla colgando de la silla; el hacha pende en las espaldas; sostienen la daga con el sobaco; las rodilleras tienen su terrible pujavante; las manos rigen las bridas y los piés se apoyan en los estribos; están preparados para combatir; cada yelmo está cerrado en un harnero; todos callan; ninguno se menea; ¡aquel espectáculo es terrible!

Los enormes caballos llevan cubierto el frental; si Satanás fuese pastor, aquel seria su temible rebaño; para verlo semejante es menester que se nos aparezca en sueños: aquellos caballeros frios, tranquilos, graves y armados, causan espanto; si el infierno abriera de repente las manos de aquellos fantasmas, lúgubremente cerradas, en sus palmas se encontraria algo espantoso. La oscuridad de aquel sitio parece que aumente sus altas estaturas; á su alrededor la sombra tiene miedo y los pilares frio. ¿Qué significan aquellas filas de guerreros lívidos?

Caballos y caballeros tienen las armaduras vacías, pero están en pié. Conservan la fiera expresion, el aspecto salvaje, y aunque son fantasmas, son de hierro. Acaso son larvas? No. ¿Acaso son estátuas? Tampoco. Son la quimera y el horror vestidos de metal, que desde el bajo-fondo del mundo amenazan vagamente al infinito: al ver aquella impasible cabalgata tiembla el alma, temiendo que se la acerquen aquellos espectros. Si alguno, á aquellas horas, se atreviera á entrar allí y viera que le miraban aquellos terribles fantasmas, creeria que la muerte, en momentos dados, volviendo á revestir al hombre, abriendo los sepulcros, mandaba que, fuera del tiempo, del espacio y del número, se confrontasen los fantasmas en la oscuridad. Las mortajas no son más negras que sus almetes; las tumbas, sordas y frias, no están más heladas que sus brazales; los ataudes no juntan mejor sus tablas que los músculos de sus piernas; el casco parece un cráneo, y los dedos de los guanteletes, cubiertos de escamas de acero, brillan como los gusanos de luz; sus trajes de guerra forman los pliegues de los sudarios; sus piés petrificados sentarian bien en un cementerio. Sentados con arrogancia en la silla, sus bustos terminan en los pretales de los corceles de batalla; en sus cotas de malla se ven brillar, ya el mortero de los marqueses, ya la diadema ducal; y en el escudo, en el casco y en la rodela la perla triple alterna con las hojas del apio; sus camisas de guerra y sus mantos reales son tan anchos que cubren al ginete y al palafren; los arneses más antiguos se remontan hasta Roma; la armadura del caballo y la armadura del caballero viven horrible vida, y el guerrero con su corcel forman una sola hidra con escamas de acero.

Encierran toda la historia antigua; allí están todas las panoplias que llevaron á cabo las hazañas de otros tiempos; cada una está allí, con su timbre en forma de delta, como aparicion del jefe que la realizó; allí están los duques sanguinarios y los marqueses salvajes, que llevaban en los pendones santos dorados y pintados en pieles de peces; allí están Geth, Mundiaque, Ottocar, Platon, Ladislao, Cunne, Welf, Zultan, Nazamustus, Othon, y desde Spignus hasta Spartibor, toda la dinastía de Anteo acumulada.

¿Qué hacen allí preparados para el combate? Qué es lo que esperan? Sus ojos están ciegos y cubiertos por los cascos; el árbol está allí sin savia y el héroe sin alma; la agujereada visera sirve de

máscara á la nada; pertenecen al sepulcro helado; el cardenillo se apodera de aquellos almetes; no se menea ni un solo brazal; están mudos los que rugian y rechinaban los dientes cuando oian sonar los clarines; debajo de los yelmos ni brillan ojos ni se mueven labios; aquellas armaduras que se agitaban convulsivamente, aquellas lorigas que se conmovian y se irritaban, están sumidas en contínua inmovilidad.

Esas dos filas, que empiezan en el umbral de la puerta y terminan en el fondo de la cámara, donde están la mesa y el sillon, dejan entre sus dos frentes una callejuela estrecha, á cuya izquierda están los marqueses y á cuya derecha están los duques, y hasta el dia en que el techo, que Spignus almenó, cargado de años, caiga sobre ellos, estarán formados allí, desiguales frente á frente é iguales lado á lado. Fuera de las dos filas, delante de ellas, con la cabeza levantada, como si mandase aquel fúnebre escuadron, los antiguos escultores pusieron un caballero de piedra, colocaron á Carlo-Magno, á aquel rey que del mundo hizo tabla redonda con sus doce caballeros.

Cimeras sorprendentes, trágicas y singulares, pesadillas entrevistas en los sueños, sirenas con los pechos desnudos, licornios, ciervos, áspides, aguilillas, sobre la rigidez de los pálidos cascos parecen un bosque de mónstruos que vegetan; unos cuelgan por delante, los otros por detrás; todos esos séres, dragones, cerveros, leones volantes, serpientes aladas, todos esos juguetes de bronce y de metal, ideados para asustar á los ejércitos sobre las heladas cimeras, están estáticos, con la boca abierta, como si se fastidiasen de que el tiempo fuese tan largo, y echando de menos á los heridos que espiraban á sus piés, el sonido de las trompetas, el polvo, la pólvora y la carnicería de las batallas, parece que estén allí bostezando. Todo está allí fijo; ni un solo corcel se encabrita en aquella region de la guerra macabra. Confundidos con la bruma eterna, habiendo terminado su tarea entre los vivientes, se han convertido en misterios; esas esfinges tienen el aspecto de estar mirando el enigma en la oscuridad de la noche, como si preparados entre los pilares para hacer con su calzado de acero chispear los astros, tomando por circo la sombra, provocasen desde abajo á no sé qué horribles y fúnebres combates, en el palenque sombrío que no se atreve á abordar el pensamiento, con la siniestra visera caida.

IX.

Ruido que hace el piso.

Es que Eviradnus entra; Gasglin le sigue. Como la muralla del recinto estaba casi destruida por todas partes, la puerta que servia de entrada á los marqueses patriarcas, que sobre el patio se eleva algunos escalones, domina el horizonte y todo el bosque y aparece como un abismo alrededor de su gradería. La enormidad de las vetustas rocas de Corbus es á propósito para ocultar horribles precipicios; todo el castillo, hasta aquella misma cámara, se cree que ha sido edificado sobre pozos que hizo construir el duque Platon; el piso suena, como si se sintieran los abismos.

“Paje, dice el sublime aventurero, ven. Tú ves mejor que yo; mi vista está debilitada; la luz es mujer y huye de los viejos, pero siempre vé bastante el que mira hácia atrás. Desde aquí se descubre el camino y el claro del bosque; ¿ves venir alguno por allá abajo?„ Gasglin acecha; la luna está en el lleno y baña el bosque con su suave claridad.—“Viene una mujer á caballo y acompañada.„—“¿Quién la acompaña?„—“Señor, oigo la voz de dos hombres que hablan y que se rien y veo las sombras de tres caballos que pasan por el camino.„—“Está bien, contestó Eviradnus; son ellos. Escucha, paje. Vas á partir de aquí, toma otro camino y procura que nadie te vea; vuelve mañana con nuestros dos caballos, que estén bien comidos y con un buen equipaje; ven en cuanto raye el dia. Vete y déjame solo.„ El paje, resistiéndose á marchar, se atrevió á decirle:—“Debia quedarme, porque son dos.„—“No importa; no te necesito: vete!„

X.

Eviradnus inmóvil.

El héroe entra y se queda solo en el comedor. Se acerca á la mesa, donde los vasos y los cacharros, pintados y dorados, pequeños y grandes, son diferentes para contener distintos vinos; tiene mucha sed; los frascos le tientan, pero si bebiera y dejase una gota de licor en el

fondo del vaso vacío, indicaria esa gota que habia en la cámara un sér vivo; renunció, pues, á beber y se dirigió hácia los caballos. Paróse ante el que estaba más cerca de la mesa; cogió al caballero y lo arrancó de la silla; en vano la panoplia le lanzó una claridad reflejada, porque él cogió cuerpo á cuerpo al fantasma de hierro y se lo llevó al rincon más oscuro de la sala, y allí arrojó la humillada armadura, pegándola á la pared como hubiera hecho con un héroe vencido; despues, tomando á aquel caballero la lanza y el escudo, se sentó en su silla y quedó convertido en estátua.

Eviradnus, igual á los demás fantasmas, con la visera calada, no dejaba escapar la respiracion de sus labios; tan inmóvil estaba, que podria engañar hasta á la muerte. Terrible silencio reinaba en aquella cámara.

XI.

Algo de música.

Escuchad!—"Como en un nido se oyen invisibles murmullos, se acercaba ruido confuso de risas, de voces y de pasos, que salian de la oscuridad de los bosques. Y al través de esos bosques, que hacia fantásticos la luz clara de la luna, se oyó extremecerse y vibrar suavemente la guitarra de los montes de Inspruck, que se reconoce en el cascabel del mango, en el que suena un grano de arena; con su sonido se confundia la voz de un hombre, y aquel extremecimiento adquirió sentido y se convirtió en vaga cancion.

„Si quieres realizaremos una fantasía; montemos en dos palafrenes. Tú me arrastras y yo te robo. El pájaro canta en los bosques.

„Soy tu señor y tu víctima; partamos; partamos, que ya anochece; mi caballo será la alegría, tu caballo será el amor.

„Ven; nuestros cariñosos caballos patean alegres los dos; el mio en el fondo de mis sueños y el tuyo en el fondo del cielo.

„Necesitamos equipaje; llevémonos nuestros deseos, nuestra ilusion y nuestra dicha y la flor que brilla en tus trenzas.

„Ven; la tarde oscurece las encinas, el gorrion se rie; ese burlon oye el suave ruido de las cadenas que en el corazon me has atado.

„No será mia la culpa si los bosques y las montañas, viéndonos juntos y apasionados, no murmuran:—"Amemos!„

„El envidioso pájaro nocturno abrirá con tristeza sus redondos ojos; las ninfas, inclinando sus urnas, se sonreirán en las grutas,

---

„Y exclamarán:—"Somos unas locas! Es Leandro que pasa con Hero, y oyendo lo que se dicen, dejamos que se vierta el agua de nuestras urnas.„

„Ven, huyamos hácia el Austria; veremos allí aparecer el alba, y yo seré grande y tú serás rica, porque nos amaremos los dos.

„Vamos á recorrer el mundo á caballo de nuestros corceles y viviremos en el misterio, en el misterio dulce del amor.

„Entraremos en la hostería y pagaremos al hostelero con tu virginal sonrisa y con mi saludo de estudiante.

„Tú serás dama y yo seré conde; ven, que te espera mi corazon; ven y referiremos nuestra dicha á las estrellas que brillan en el cielo.„

La melodía resonó aun durante unos minutos entre la arboleda que la luna iluminaba; despues espiró y volvió á reinar el silencio en el bosque.

XII.

El gran Joss y el pequeño Zeno.

De repente, en el umbral de la puerta aparecieron tres alegres cabezas; entraron dos hombres y una mujer vestida de brocado de oro. Uno de los hombres podria contar treinta años; el otro aun era más jóven, y á las espaldas llevaba en

una bandolera la guitarra adornada con una rama de hiedra; era alto y rubio; el otro bajo, pálido y moreno; los dos eran apuestos y gentiles, pero el demonio parece que haga muecas en su belleza; el mes de Abril tiene flores que babea el caracol.

—"Venid aquí, mis queridos Joss y Zeno, y vereis una cosa espantosa.„ Mahaud es la que hablaba así; la claridad de la luna parecia acariciar su belleza, que brillaba y temblaba, como si ese delicado sér perteneciera á los que el aire crea, y trae y se lleva el relámpago celeste.

—"Es preciso pasar aquí la noche, porque tengo que comprar de este modo el trono; si no hubiérais venido á escoltarme en secreto, verdaderamente esta noche me hubiera muerto de miedo.„—"De buena gana venderia en el encantillo este hierro viejo, exclamó Zeno; si yo fuera el marqués, todo ese herraje lo convertiria en vinos exquisitos, en galas y en mujeres.„ Diciendo esto golpeó el bronce de una armadura, de la que se extremeció el guantelete.—"Dejad tranquilos á mis antepasados, repuso Mahaud; sois demasiado pequeño para tocar esa armadura.„

Zeno palideció. Joss dijo:—"¡Me rio de vuestros antepasados! Hoy todos esos fantasmas sirven para que hagan nidos los ratones. Mientras conservan ese aspecto terrible, prestad atencion y oireis ruido de dientes que roen. ¡Y pensar que en otro tiempo esos espectros fueron Ottocar, Othon, Platon, Bela! ¡No vale la pena de ser duques ni reyes! No quisiera haber sido coloso ni héroe para servir, cuando muriese, de pasto á los ratones.„—"Ya que no disfrutais de ese rango, dijo Mahaud, cantad, que ese es vuestro oficio, pero aquí no hableis en voz alta.„

—"Bien dicho, replicó Zeno. Este es el lugar de los prodigios, y yo estoy viendo serpientes, sátiros y una multitud de mónstruos bosquejarse en la bruma que sale por las hendiduras del piso.„ Mahaud se extremeció.—"El vino que el abate me hizo beber me hará dormir profundamente muy pronto; juradme que permanecereis á mi lado toda la noche.„—"Lo prometo„, respondió Joss. —"Lo juro„, contestó Zeno.—"Cenemos.„

XIII.

Cenan.

Bromeando y riendo se acercan á la mesa.—"Nombro á Joss chambelan y á Zeno condestable„, dijo Mahaud. Y los tres charlan gozosos y bromeando, ella sentada en el sillon y ellos en escabeles; Joss come, Zeno bebe, Mahaud está pensativa. Joss de vez en cuando canturrea algun aire tirolés y hace reir ó llorar á la guitarra, y refieren cuentos cortos y alegres, que la marquesa oye con regocijo. Mahaud exclama:—"¡Veo que sois muy felices!„—"Tenemos buena salud, somos jóvenes, locos y enamorados.„—"Además, tú sabes tanto latin como un sacerdote y Joss canta muy bien.„—"Tenemos un maestro que nos enseña de balde.„—"Cómo se llama?„—"Para nosotros Satán y para vos, señora, Pecado„, dijo Zeno sonriendo.—"No os riais; no me gustan esas risas. Cállate, Zeno; háblame tú, Joss, que eres mi chambelan.„—"La condesa de Milán era muy hermosa; Diana deslumbraba á los pastores; Aspasia, Isabel de Sajonia y Cleopatra eran hermosísimas; Rhodopea fué divina; pues bien: mientras las estrellas eclipsen á los cequíes, mientras el templo eclipse á un monton de escombros, no tendrán esas mujeres que acabo de citar la frente tan pura ni el rostro tan lindo como vos.„—"¡Eres un adulador; pero continúa.„—"Si yo fuera ángel, mujer ó demonio, si fuera preciso que yo aprendiese á tener gracia, alegría y caprichos, alteza, iria á escuela con vos, porque sois una hada de cariñosos y divinos ojos, que por un cetro vil habeis cambiado vuestra vara mágica.„—"Cállate, dijo Mahaud interrumpiéndole. Todo lo que sé de vosotros es que Joss es bohemio y Zeno polonés, pero me sois muy simpáticos; sé tambien que sois pobres, y como soy rica, podeis pedirme todo lo que querais.„—"Todo! Os cojo la palabra, respondió Joss; yo quiero un beso.„—"Un beso! exclamó Mahaud sorprendida al oir manifestar este deseo al trovador; sabeis quién soy yo?„ Mahaud, altiva y encolerizada, dijo lo anterior; pero Joss, no intimidándose, continuó diciendo:—"Si no lo supiera, ¿hubiera pedido un favor que se desea obtener cuando no puede tomarse? Es donativo

para el rey el beso de la reina.„—"¡Reina!„ exclamó Mahaud sonriendo.

XIV.

Despues de cenar.

Gradualmente el narcótico iba apagando los ojos de la futura marquesa de Lusace. Zeno lo observaba, y mirando á Joss, le hizo una seña, poniéndose el dedo índice entre los dos labios; Mahaud inclinó la cabeza, y sonriéndose se durmió. Zeno le cogió la mano, que en cuanto se la suelta cae.—"¡Se ha dormido ya! exclama Zeno; ahora juguémonosla á la suerte. Primero vamos á ver para quién debe ser el Estado, y despues veamos á quién toca la mujer.„ Los ojos de aquellos dos hombres lanzaron miradas de tigre.

—"Primo, dijo Joss, hablemos un momento de política. Mahaud duerme, y quizás en estos momentos esté disfrutando de algun sueño cándido; nuestras dos garras la amenazan. Está en nuestro poder esa loca. El amigo que está apostado debajo del piso es seguro y nos cumplirá la palabra. Gracias á él, la casualidad no ha destruido ninguna de las tramas de nuestro complot. Todo nos ha salido bien. No hay poder humano que pueda arrancarnos esta mujer ni sus dominios. Terminemos, pues. Guerrear y destrozarse por una cosa tan baladí como es un sí ó un no, por un dogma aéreo, del que el Papa cazurro se rie entre bastidores; destrozarse por una jóven fresca, que tenga ojos azules y manos blancas, es una antigualla propia de los tiempos en que los hombres se batian por defender la cruz griega ó por defender la cruz latina, cuando Rodolfo y Juan, como dos hombres borrachos, se disputaban á Inés con la espada en la mano; pero hoy estamos en otra época y se han dulcificado mucho las costumbres: hoy arreglamos nuestras diferencias amistosamente. ¿Traes ahí los dados?„—"Los traigo.„—"Pues bien; el que gane toma el marquesado y el que pierda toma á la marquesa.„—"Convenido.„—"Me parece que oigo ruido.„—"No, contesta Zeno; es el huracán que aulla. ¿Tienes miedo?„—"Nada me intimida„, respondió Joss.—"Concluyamos. Que decida la suerte.„ Ruedan los dados.—"Cuatro.„ Joss toma los dados.—"Seis. Gano. Para mí es la Lusace. Desde mañana haré bailar á todo el mundo al són de mi orquesta. Desde mañana haré pagar tasas á todo y cobraré los impuestos levantando muchas horcas.„ Zeno dijo:—"Yo me quedo con la mujer; prefiero esto.„—"Es muy hermosa„ respondió Joss.—"Ya lo creo!„—"¿Qué vas á hacer de ella?„—"Un cadáver; un cadáver, porque hace poco esa mujer me insultó. ¡Me dijo pequeño, con acento despreciativo! Si el infierno, cuando yo estaba tirando los dados, me hubiera dicho: "La casualidad vá á decidir de tu destino; pero si tú quieres, te ofrezco el lote mayor, la Lusace, con sus siete ciudades, con sus diez territorios, que producen trigo, vino y aceite; te ofrezco la Bohemia con sus minas de plata, el Tirol con sus grandes montañas, la Francia con sus flores de lis, á cambio de una mujer, qué es lo que eliges?„ Entonces le hubiera yo contestado: "Prefiero á la Francia, á la Bohemia y al Tirol que me ofreces, la venganza, y la escojo.„ Primo mio, esta mujer, que es una marquesa absurda, que siempre para nosotros seria un peligro, fué tan estúpida que se atrevió á ultrajarme; nos conviene que muera; además, quiero decírtelo todo: yo la amo, y la llama que sale de mi corazon sale tambien del tuyo, que tú tambien la amas. Fingiendo desempeñar aquí un bajo empleo, nos hemos convertido en necios para halagar á esta muñeca, en galantes y en enamorados, por estar enamorados de esa mujer; por lo que, más pronto ó más tarde, se interpondria entre los dos, y como los dos la amamos, llegaria á hacernos reñir; terminaríamos por romper nuestro pacto; debemos, pues, matarla.„—"Tu lógica es irrebatible, contestó Joss pensativo; ¡pero derramar aquí sangre!...„

Zeno levanta una punta de un tapiz, y tentando encuentra un anillo; tira de él y el piso se levanta, dejando abierto un abismo, que sale de la sombra, despidiendo el hedor del crímen; Joss se dirige hácia la trapa y Zeno, fijando los ojos en su compañero, se la señala; Joss se inclina, y en señal de asentimiento, hace un signo afirmativo con la cabeza, referente á lo que Zeno le propone.

XV.

El pozo.

Si de aquel pozo saliese olor de azufre, pareceria la boca oscura del infierno. La trapa es bastante ancha para que ins-

tantáneamente el hombre que arrojen en ella caiga á la larga; asomándose á la trapa se ven los dientes siniestros de un rastrillo, y mirando más abajo, la vista se pierde en la oscuridad; la sangre dió á aquellas paredes un rojizo baño; conócese que allí bajo se pudre la historia desconocida, y que ese antiguo sepulcro, olvidado ya entonces, cubo del crímen, está lleno de larvas que se arrastran, de sombras que tientan las paredes y de espectros reptiles.—"Nuestros antepasados tenian algunas veces invenciones útiles„, dijo Joss.—"Conozco el castillo, añadió Zeno; sé todo lo que el monte Corbus esconde en sus entrañas; esta construccion es vieja, y en ella en otros tiempos se ajusticiaba.„—"¿Estás seguro de que Mahaud no se despertará?„—"Tiene los ojos tan cerrados, duerme de un modo tan sobrenatural, que pesa sobre ella la inflexible voluntad del filtro.„—"¿Pero se despertará mañana en cuanto amanezca?„—"Se despertará en la sombra.„—"¿Y qué dirá la corte cuando aquí, en vez de una mujer, se encuentre con dos hombres?„—"Se arrodillarán ante nosotros en cuanto sepan quiénes somos.„—"¿Dónde desemboca ese pozo?„—"En los torrentes, en la nada; terminemos.„

Aquellos hombres, que eran jóvenes y hermosos, en aquellos momentos parecian deformes; la negrura del corazon se reflejó en sus fisonomías. Se aproximaron á Mahaud, que dormia como si estuviera en el lecho.—"Vamos!„—Joss la cogió en sus brazos y depositó un beso horrible en los rosados labios; Zeno, inclinado ante el sillon macizo, la cogió por los blancos piés y, lascivo, la levantó el traje de brocado de oro hasta las rodillas. El pozo estaba abierto, como la fosa de un cementerio.

XVI.

La aparicion.

Mahaud sigue durmiendo, y los príncipes, encorvados silenciosamente, dando pasos lentos y pesados, se la llevan, Zeno mirando la sombra y Joss de cara á la luz, de modo que la vista de éste abarca toda la cámara: de repente se pára y Zeno le pregunta:—"¿Qué es eso?„—Joss está aterrorizado y pálido; sin hablar una palabra, hace señas á Zeno para que vuelva la cabeza y mire... parece que los dos se hayan convertido en espectros de piedra; los dos ven debajo de un arco de la bóveda que uno de los grandes caballeros, alineados á lo largo de la pared, se levanta y baja del caballo; aquel fantasma, tranquilo y cubierto con el yelmo, se dirige hácia ellos, y sus pasos hacen temblar el piso, como si un dios siniestro caminara por allí; llega hasta el punto de cerrar el paso entre ellos y la abierta trapa, y dice, levantando la espada y con la visera calada, con voz sepulcral y lenta: —"Detente, Segismundo! ¡Detente, Ladislao!„—Los dos príncipes dejan caer al suelo la marquesa, que yace á sus piés como si fuera cadáver.

La voz sepulcral continuó hablando: —"Escuchadme. Se celebró un horrible pacto, del que se ocupa todo el mundo, y que vosotros conoceis. Es el siguiente: "Yo, Satanás, dios y rey de las tinieblas, firmo un tratado de alianza con mis dos buenos hermanos, el emperador Segismundo y el rey Ladislao, para no poder nunca ausentarme de ellos ni arrepentirme, prometiendo protegerles en todas las ocasiones, y en cambio cedo el mar á Ladislao y la tierra á Segismundo, con la condicion de que el rey me ofrezca su cabeza y el emperador su alma cuando yo las reclame.„

—"Espectro de ojos fulgurantes, exclamó Joss, eres acaso Satanás?„—"Soy más y menos. Solo vengo por vuestras cabezas, príncipes criminales, y dejo vuestras almas al demonio.„ Zeno y Joss se miraron el uno al otro aterrados; y el último preguntó:—"De dónde vienes? Quién eres?„—"Vuestro juez.„—"Perdon!„—"Dios condujo de su mano á vuestro vengador por desconocidos senderos. Hace mucho tiempo que os acecho; hace mucho tiempo que teneis fijos en vosotros los ojos del castigo; hace tiempo que yo sabia que Joss es emperador y que Zeno es rey. He presenciado lo que aquí ha acontecido, y vuestros delitos no admiten redencion; perded toda esperanza, porque yo soy el abismo, ¡miserables! Os figurásteis que Dios solo era bueno para servir de rueda á vuestro carro triunfal. Tú, Ladislao, gobiernas la Polonia con sus ciudades fortificadas. A tí, Segismundo, Milán te hizo duque y Roma emperador; ciñes tus sienes con la corona de hierro y con

la corona de oro; el uno desciende de Hércules y el otro de Spartibor; vuestras dos tiaras resplandecen en todo el mundo; conseguísteis el poder y la gloria; pero cubiertos de púrpura y sentados en espléndido dosel, con tantas coronas, con tantas riquezas y con tantas hazañas, ¡Segismundo es un mónstruo y Ladislao es un bribon! Habeis degradado el cetro y la espada; habeis ensuciado en las cloacas las manos de la justicia; ante la hidra se abre la puerta del templo, y el trono es una silla en la que se encaraman los dragones. ¡Siglo infame, en el que todo se arrastra! Habeis sido hasta ahora vencedores, opresores del pueblo; pero ya ha sonado la hora de vuestro castigo. Veo que el buitre lagrimea y que el caimán llora, y yo rio. Encuentro justo que lleguen ciertos momentos en que los príncipes, los felices, los fuertes, los que brillan, los vencedores, los poderosos y los bandidos coronados, en sus frentes, que ciñen diademas, sientan el áspero sudor de Josafat. Encuentro justo que los que hacen llorar, sollocen. Es natural que tras el crímen venga el miedo, y que el que fué cruel llegue á ser inmundo. ¡Dios poderoso! ¡Esto es un rey, esto es un emperador! Me avergüenzo de verlos tan humillados. Terminemos. Lo que aquí acaba de pasar exige vuestra muerte. Los repugnantes dados, que jugaron en el Calvario, se han jugado la suerte de una mujer, como en otro tiempo se jugaron las vestiduras de Dios. ¿Pero para qué he de hablaros de lo que acabais de hacer? Solo os diré que vuestro siglo empieza á cansarse de vuestras iniquidades y de vuestros crímenes. ¡Dos hombres jugándose á una mujer! ¡Abandonad á los vivientes y abandonad vuestros cetros! ¡Fuera del trono, tiranos! ¡Hundíos en la tumba, vampiros! ¡Ahí teneis vuestro sepulcro; entrad en él!„

El dedo del fantasma les señalaba la trapa abierta. Joss y Zeno se arrodillaron.—"Terrible espectro, dijo Segismundo, no nos lleves á tu silencioso reino, que nosotros te obedeceremos. ¿Qué nos exiges?„—"Ya ves que estamos arrodillados, añadió el rey; qué nos exiges?„

El fantasma, que conservaba la espada inmóvil en la mano, guardó silencio, como si meditara; y poco despues, levantando la voz grave y altiva, dijo:—"¡Príncipes, me contraría veros tan cobardes! No soy espectro, soy hombre. Levantaos. No quiero causar otro miedo que el que causé siempre como caballero andante. Soy Eviradnus.

XVII.

La maza.

Como sale de la oscuridad un gigantesco pino, cuando con la primera luz matinal sopla el aire barriendo la montaña, el paladin, abriendo el casco, sacó fuera de la visera su barba larga y blanca.

Segismundo tomó la actitud del perro que vá á acometer; Ladislao saltó, rechinando los dientes, y toda su rabia estalló en este grito:—"Es un viejo!„

El campeon, mirando fijamente al uno y al otro, les dijo:—"Un viejo de mi época vale más que dos jóvenes de la vuestra; os desafío á muerte, dejando á vuestra eleccion el batirme con el uno ó con el otro ó con los dos á un tiempo; podeis elegir el arma que os convenga; no llevais coraza; me quitaré la mia; quiero castigaros correctamente.„

Eviradnus solo llevaba su vesta de Utrecht. Mientras que grave y frio se despasaba las hebillas, Ladislao furtivamente cogió un cuchillo de encima de la mesa; se descalzó, y rápidamente, con los piés desnudos y el brazo levantado, se deslizó arrastrándose por detrás de Eviradnus; pero éste, al sentirse atacado por detrás, volviéndose, se apoderó y desvió el arma asesina, y con su mano colosal oprimió como un tornillo el cuello de Ladislao, que soltó el cuchillo, dejando ver en sus ojos marcadas las señales de la muerte.—"Deberia cortarte los cuatro remos, traidor, y que caminaras ya toda tu vida arrastrándote; pero prefiero que mueras pronto.„ Bajo la presion de la terrible mano del paladin el rey pierde las fuerzas vitales, y lívido, con los ojos fuera de las órbitas, sin lanzar un solo grito, espira.

Murió el rey, pero el emperador está en pié. Mientras Eviradnus se desembarazaba de la coraza, habia dejado en un banco la espada y Segismundo la cogió.

El jóven, riéndose entonces del viejo de la barba gris y empuñando la espada, le dijo:—"Ahora me toca á mí!„ Y las dos filas de caballeros montados, jueces de aquella liza, contemplaban á dos pasos del precipicio fatal, cerca de Mahaud, que parecia un cuerpo inanimado, á Eviradnus sin arma alguna y á Segismundo blandiendo la espada. El abismo espera; uno de los dos caerá en él.—"Ahora te toca á tí morir„, exclama el emperador.

El momento es supremo; Eviradnus comprende que antes que pueda tomar una espada de los caballeros fantasmas, le habrá atravesado la que agita Segismundo; instantáneamente, clavando la vista en el cadáver de Ladislao, se sonrie siniestramente y se baja hasta él con la alegría del leon cogido, que encuentra por dónde escaparse.—"Dios me asiste; ¡ya he encontrado la maza que necesitaba!„ Y cogiendo por los dos piés el cadáver del rey, se dirigió hácia el emperador, que se quedó estupefacto; blandió al rey muerto como si fuera un arma, le dió vueltas sujetándole los dos piés con la mano, haciendo con él un molinete, sirviéndole de honda horrible, en la que el cuerpo era la cuerda y la cabeza la piedra. Segismundo, al ver aquel cadáver que le amenazaba, horrorizado retrocede hasta la lúgubre trapa, sin verla, y cae en ella impulsado por el cadáver, que le hiere. Eviradnus queda solo, oyendo el ruido que producen dos espectros que caen juntos en la profundidad de aquel pozo. El campeon, inclinándose, se asoma á la trapa, sumerge en ella la vista y exclama:—"¡Tigre y chacal, desapareced!„

XVIII.

Amanece.

Coloca á Mahaud en el sillon ducal, y para que no se asuste al despertarse, cierra la trapa, procurando no hacer ruido. Despues lo pone todo en órden, diciendo para sí:—"No fué preciso derramar ni una sola gota de sangre; más vale así.„

De repente se oyen á lo lejos sonar campanas; asoma en la cumbre de los montes la primera luz del dia, y el pueblo, agitando ramas de retama, acude á buscar á su soberana. Las campanas tocan á vuelo en las aldeas; llénase de gente la cámara; Mahaud se despierta al mismo tiempo que la aurora; cree estar soñando aun y que algun mágico convirtió á sus dos compañeros jóvenes en un viejo; los busca con la vista, quizás echándoles de menos; Eviradnus la saluda, y el bravo campeon, acercándose á ella, con cariñosa sonrisa, le pregunta:—"Señora, habeis dormido bien?„

XVI.

LOS TRONOS DE ORIENTE.

Zim-Zizimi.

Vive entregado al fastidio Zim-Zizimi, soldan de Egipto, jefe de los creyentes, padischah, que sobrepuja en grandeza al césar de Alemania y al sultan de Asia. Apura en aquellos momentos su festin nocturno; humea su mesa como un incensario; celebra el banquete en la cripta más alta de un colosal palacio que edificaron los antiguos reyes de Egipto, cuyos techos son dorados, cuyos pilares están pintados; la mesa está cargada de exquisitas viandas de cuantas pueden tentar el apetito humano; el rey come más en un dia que comen en una semana los pueblos Ispahan, Bizancio y Tyro; el arte de los cortesanos consiste en conseguir que todos los productos del mundo vayan á parar á la boca de un hombre; los platos más exquisitos, los vinos más famosos se ven allí, porque ese sultan bebe vino, burlándose del texto divino del libro austero, que el derviche venera; el hombre sóbrio con frecuencia es cruel; ordinariamente el que economiza el vino es pródigo de sangre, pero Zizimi es al mismo tiempo ébrio y dañino.

Lo que no impide que sea un hombre glorioso. Conquistó el Africa antigua y negra, y conserva su trono derramando sangre, moviendo guerras y levantando patíbulos; reina en el Asia lo mismo que en el Africa; el que quiera evitar su imperio tiene que huir por el Norte hasta Tracia y por el Sur hasta el rio Baxile. Es siempre vencedor; le rinden vasallaje las batallas, los campamentos, los clarines y los asaltos; al distinguirle, el águila lanza gritos y huye. Los rajahs

de Mysora y de Agra son deudos suyos, y dice como Omar:—"¡Gracias á mí, vencerá Dios!„ Hayraddin, su tio, es sultan de Bassora; los grandes cheiks del desierto pertenecen todos á su familia; el rey de Onda es su hermano y la espada es su hija.

Se apoderó de Bagdad, de Trebisonda y de Mossul, que conquistó el cónsul Duilius; sometió á Gophna, á la Arabia y al Hedjaz, á Mascate y á Suiman, á la Meca y á su emir; el Líbano, el Cáucaso y el Atlas están sometidos á su trono, así como la Scytia, el agua de Nagain, la arena de Ophir y el salvaje Sahara; en Grecia hace que luchen cristianos contra cristianos; todos le temen; desde muy lejos saluda á su trono el lama, de pié sobre la sagrada nube, y su nombre hace palidecer entre los kassburdars al sophi, ante quien flotan siete estandartes; saquea á las ciudades, las compra, las vende, las devora.

Esto no obstante se fastidia. Está solo en la mesa, porque el trono no le permite tener convidados; posee todo lo que envidia la multitud, grandeza, felicidad, opulencia, lecho para dormir, cetro para apoyarse; por eso ese todopoderoso se fastidia, y porque está triste se embriaga. Ha agotado todos los placeres: dió á besar sus piés á los visires; su música ha hecho sonar todas las tocatas conocidas; ante él han bailado mujeres desnudas; hizo que le adorasen una infinidad de cheiks y de ulemas decrépitos, arrodillándose ante él. Se hizo traer de las prisiones de la ciudad á dos ladrones, que se arrastraron á sus rodillas pidiéndole perdon, agitando en los puños las pesadas cadenas, y deseando ver por curiosidad cómo se escapa el alma del cuerpo, él mismo les abrió las entrañas, y despues hizo que se los llevaran de allí.

El trono en que Zizimi se sienta le sostienen diez esfinges desnudas, con la frente coronada de rosas, de mármol blanco; cada una de ellas sostiene una lira; el enigma parece que casi se sonria en sus ojos; cada una de ellas tiene en la cabeza esculpida una palabra, y las diez palabras son: Gloria, Amor, Juego, Voluptuosidad, Salud, Felicidad, Belleza, Grandeza, Victoria, Alegría.

Dirigiéndose á ellas el sultan, las dice: —"Esfinges, cuyos ojos llamean, soy el Conquistador; mi nombre llega hasta el cielo, y no puede caer nunca hasta el abismo del olvido; mi mano sacude un haz de rayos; mis hazañas son extraordinarias; vivo, pero no vivo como los demás mortales. Al envejecer, mi trono se convierte en altar; el hombre me adora y me contempla con espanto; el orgullo es mi esclavo y la gloria es mi sierva; permanece en pié cuando Zizimi se sienta; desdeño y ódio á los hombres, y ya que para mí todos los humanos son mudos, son eunucos, hacedme compañía, ¡oh esfinges que me rodeais, ostentando nombres magníficos en vuestras doradas cabezas! desarrugad el ceño del rey temible que truena; entonadme vuestros cánticos de gloria y de dicha; ¡trono triunfal donde yo me siento, háblame! ¡Habladme, esfinges coronadas de rosas!„

***

Entonces las esfinges hablaron, produciendo esas voces que oimos en los sueños.

LA PRIMERA ESFINGE.

La reina Nitocris, cerca del claro firmamento, habita en la tumba de la terraza más elevada; está sola y triste; está recordando su raza y á todos aquellos reyes sanguinarios que fueron el terror de los griegos y de los hebreos, y que salieron de sus terribles entrañas; temible es su sepulcro, situado en el azulado éter; los pájaros caen muertos cuando en él tocan las alas; la reina está muda, y las nubes producen en su real silencio rumor sombrío y profundo. Segun la antigua ley, no puede ningun viviente atravesar la puerta de aquella tumba horrorosa si no lleva sobre su cabeza un cuerpo muerto. La reina abre los ojos por la noche; el sagrado cielo se aparece á la muerta al través de los pilares de su sepulcro. Sus ojos siniestros y fijos importunan á los astros, y hasta que raya el alba, alrededor de los ojos de Litocris multitud de espectros pasan lanzando vagos gritos.

LA SEGUNDA ESFINGE.

Aunque son grandes los reyes, los Faraones y los magos, que envuelve eter-

na nube de alabanzas, nadie lo es tanto como Teglath-Phalasar. Como el mismo Dios, tiene su templo, y un profeta es su sacerdote; sus ojos son muy luminosos; tiembla todo lo que él mira, y bajo su temible yugo los héroes encorvan á los pueblos; será para las ciudades de Assur, que su paso convertirá en cenizas, lo que será Alejandro para el Asia, lo que será Atila para Europa; triunfa y fulmina, y entre tanto, sin saber qué, todo el mundo cae á sus plantas: para construir las paredes que han de formar su tumba, algunos alfareros secan ladrillos al sol.

LA TERCERA ESFINGE.

Nemrod fué un conquistador; su nombre se inscribió en la sublime torre de Babel; su poderío se extendió por todo el espacio que media desde el mar del Poniente hasta el mar de Levante; Baal hizo que fuera terrible para todos los vivientes; habiendo conseguido el imperio del mundo, si se hubiera entonces dicho: Nemrod morirá, ¿quién lo hubiera creido? Vivió y desapareció de la tierra despues. El desierto es profundo. El viento es sonoro.

LA CUARTA ESFINGE.

Cherem fué rey; estátua era de oro; se ignora la época en que se fundió y el nombre del fundidor, y nadie sabe hasta qué profundidad ni en qué sombrío pozo flota ese Faraon, sumergido en el aceite en su ataud de vidrio. Los reyes triunfan, poderosos, victoriosos y soberbios, hasta que Dios les dice:—"Basta!„

LA QUINTA ESFINGE.

Los cuatro conquistadores del Asia eran grandes; su cólera rugia como los torrentes; cuando ellos caminaban, la tierra oscilaba sobre su eje. Thuras poseia el Phase, Ochus el Araxe, Gour la Persia y el rey fatal Phul-Belezys dominaba la India triste y monstruosa; cuando Cyro unció los cuatro á su cuadriga, el Eufrates tuvo miedo, y Nínive, al ver aquel prodigio, exclamó:—"¿Qué es ese carro extraño y radiante que arrastran dioses enganchados?„ Así habló el pueblo, así habló el ejército; y todo eso se desvaneció, porque todo es humo.

LA SEXTA ESFINGE.

Cambyses no se mueve; duerme impasible, sin ver que se pudre. Mientras viven los reyes, la multitud admirada los contempla; pero en cuanto mueren, se quedan repugnantes y ya solo los gusanos se arrastran á su alrededor. Desde Troya á Menfis y desde Ecbatane á Tarso se esparce la eterna catástrofe con Pyrro y con Pasammeticus. Los reyes vencedores mueren lo mismo que los reyes vencidos.

LA SÉPTIMA ESFINGE.

El sepulcro donde encerraron á Belo se arruina en el desierto; perdió ya sus paredes de granito verde y su espléndida y redonda cúpula; el pastor vá allí á surtirse de piedras para su honda; el que por allí pasa al anochecer oye el ruido que hace el chacal mascando; el viajero, tentando con su baston la bóveda, pregunta inútilmente:—"¿Estaba enterrado aquí el dios Belo?„ El sepulcro es tan viejo que no se acuerda ya.

LA OCTAVA ESFINGE.

Amenophis, Ephrée y Cherbron son fúnebres; Rhamsés ha desaparecido en las tinieblas; en ellas se han hundido todos los sátrapas; la sombra no necesita llaves ni cerrojos. La muerte es la gran carcelera; se apodera familiarmente de un dios y lo encierra; los reyes son sus prisioneros; en un sitio estrecho enfria sus miembros; los acuesta en fúnebres recintos, y para que se queden solos en ellos, coge un puñado de tierra y tapa las aberturas.

LA NOVENA ESFINGE.

Viajeros, ¿quereis ver en su lecho á Cleopatra? Venid; su dormitorio está silencioso y lleno de bruma; Cleopatra está acostada para siempre. Esa mujer, que deslumbró al Asia, cuando murió dejó al mundo triste; sus dientes eran perlas y su boca era ámbar; los reyes enloquecian de amor en cuanto entraban en su cámara; por ella Ephractæus sometió el Atlas; Sapor se apoderó del círculo de oro de Osymandias; Mamylos conquistó Suze, Tentyris y Palmira, y por ella huyó Marco Antonio: pudiendo elegir entre el mundo y ella, rechazó al mundo; Cleopatra fué semejante á Juno; cegaba á los hombres la luz que brotaba de sus pupilas, y el corazon humano vibró extremecido en sus suaves brazos; su nombre embriagaba; Strophus no se atrevia á escribirlo; alegraba la tierra su divina sonrisa; al verla Vénus, celosa de

su hermosura, volvia á esconderse en la nube; perfumaba á todo el Egipto. Pasajeros, id á visitar su sepulcro; como era diosa, se desdeñaba de ser reina; id á visitar su sepulcro, ¡pero tapaos la nariz al aproximaros!

LA DÉCIMA ESFINGE.

¿Dónde está Sennacherib, rey que supo vencer al destino? Murió. ¿Dónde está Gad? Murió. ¿Dónde está Sardanápalo? Murió.

—"Me han afectado esas sombrías voces, dijo el sultan en cuanto callaron; desde mañana haré derribar este palacio, en el que me contestan los demonios cuando pregunto á los ángeles.„ Y amenazó con los puños á las esfinges, lanzándolas miradas extrañas, que por retroceso cayeron sobre la copa que tenia delante, en la que brillaba el vino lleno de sangre y de claveles deshojados.—"Tú sola consigues calmar mi agitado cerebro, copa; háblame, háblame alegremente. Lanza de mi espíritu esas imágenes funestas; yo que soy el poder y tú que eres el vino, hablemos los dos.„

La chispeante copa, perfumada y llena de flores, le dijo:—"Phur, rey-sol, era el dueño de Alejandría; de su pueblo, que era el primero de Africa, despues de Cartago, y del mundo despues de Roma, sacaba más soldados que imaginar pueden los hombres en la oscura transparencia de los sueños; ¿pero de qué sirve haber sido tan poderoso? ¿de qué sirve haber sido dueño de la nada? ¿de qué sirve haber sido califa ó mago? ¿de qué sirve haber sido uno de los Faraones? Lo mismo que los demás mortales mueren Antíoco, Chosroes, Artajerjes, Sesostris, Aníbal, Astyage, Syla, Aquiles, Omar y César. Hicieron mucho ruido y ahora están silenciosos. Cuando la muerte se apodera de cualquier hombre, éste muere temblando; pero el rey cae de más alto y mira el mortal abismo con mayor pavura. Qué vale un sultan muerto? Los topos hacen sus excrementos en las cenizas que en otro tiempo rigieron un imperio y en los esqueletos que en otro tiempo reinaron, y las tumbas de los reyes las agujerean las panteras.„ Zizimi, furioso, rompió la copa contra el suelo.

Para alumbrar la sala acababan de dejar en el centro de la mesa un candelabro de oro, esculpido en Sumatra, pais de plateros célebres, y aquel candelabro alumbró espléndidamente la estancia. Zizimi le dijo:—"¡Al menos ya tengo magnífica luz! Las esfinges son los testigos de las noches fúnebres; la copa, como siempre, está ébria, es casi loca; pero tú, lámpara, vives en tu clara aureola y lanzas en los banquetes alegres miradas; cuando apareces, lo conviertes todo en un paraiso; si hablases, tu voz seria armoniosa; háblame y ¡malditas sean las esfinges y la copa!„

El candelabro, obedeciendo las órdenes de su señor, habló del modo siguiente:—"Despues de haber dominado en Tyro, en Babilonia, en Ilion; despues de haber conquistado Tebas y sometido el Ganges, Ninno el fratricida quedó enterrado bajo tierra y amurallado, como dispone el rito asirio, dentro de un hoyo formidable. Dónde? Nadie lo sabe. Si á través de la oscuridad las miradas de los vivientes pudieran penetrar hasta el lecho mortuorio donde yace ese rey, encontrarian al lado de lo que fué su cabeza un légamo de tierra arenisca y un dedo de mármol blanco. La víbora se extremece cuando se atreve á llegar hasta esa podredumbre, en la que yace. De vez en cuando la Muerte se acerca á su tumba, llevando allí un cántaro y pan, que deposita en tierra; toca con el pié al dormido solitario y le dice:—"Aquí estoy, Ninno. Despiértate! Te traigo comida, y debes tener hambre; come.„—"Ya no tengo manos, responde el feroz rey; ya no tengo boca.„ Y la Muerte, enseñándole el pan, le dice:—"Hijo de los dioses, mira este pan„; y Ninno responde:—"Ya no tengo ojos.„

Zizimi, colérico, se levanta de la mesa, y á las losas del pavimento de la estancia arroja con rabia la lámpara de oro esculpida en Sumatra, cuyas luces se apagaron. Entonces entró la Noche; Zizimi se encontró solo con ella; la estancia se borró como si la cubriera un velo colosal de humo; Zizimi tembló al ver que estaba sin guardias y sin amparo alguno. La Noche le cogió la mano en aquella oscuridad y le dijo:—"Ven„.

1453.

Los turcos, ante Constantinopla, vieron un caballero gigantesco que llevaba escudo de oro y de sinople, al que familiarmente seguia un leon.

Mahoma segundo, desde la muralla, le preguntó:—"Quién eres?„ El gigante contestó:—"Me llamo Funerales, y tú, tú te llamas la Nada.

„Me llaman en el mundo Francia; volveré cuando haya más claridad, y traeré conmigo la emancipacion y traeré conmigo la libertad.

„Mi armadura es dorada y verde, como el mar que existe bajo un cielo azul; la sombra se abre para que yo pase; el leon que me sigue es Dios.„

El sultan Mourad.

I.

Mourad, hijo del sultan Bayaceto, conquistó más gloria que ninguno de los Tiberios romanos; en su serrallo velaban echados en el suelo los leones; Mourad cubria de muertos las alfombras; en su palacio se veian blanquear huesos entre las baldosas; salia un largo arroyo de sangre por debajo de sus sandalias, que corria por el mundo, inundando el Oriente y humeando en el Occidente; tan inverosímil matanza hizo con su cimitarra, que su caballo le parecia al mundo una pantera; fueron para él Smirna y Túnez, que echaba de menos á sus beyes, como cadáveres que cuelgan de las horcas; tomó, uniendo á la fuerza la astucia, el Cáucaso á los kirghis y el Líbano á los drusos; despues de entrar al asalto, colgó á los magistrados de Efeso y enrodó vivos á los sacerdotes de Patrás; gracias á Mourad, al que seguian tan desastrosas victorias, el buitre podia enjugar su salvaje pico en las ensambladuras del templo de Teseo, llenas entonces aun de clavos; gracias á él se vieron entonces en Atenas lobos, y las zarzas y los matorrales cubrieron con su verde túnica los viejos lienzos de las paredes derribadas de Salónica, de Corinto, de Argos, de Varna, de Tyro y de Didymothicos. Mourad fué santo; hizo estrangular á sus ocho hermanos; aniquiló al pueblo con su príncipe, á los templos con sus dioses, á los reyes con sus alcázares; Mourad abrió en una ocasion, uno tras de otro, el vientre á siete niños vivos, para ver quién habia robado una manzana. Mourad fué magnánimo; destruyó á Elea, á Megara y Famagouste; borró del mundo á Agrigente; incendió á Fiume y á Rhodas; hizo aserrar á su tio Achmet entre dos planchas de madera de cedro, para honrar la ancianidad. Mourad fué cuerdo y fuerte; su padre murió en edad avanzada, pero él le ayudó á morir; su padre dejó veinte mujeres, y el sultan Mourad, encerrándolas en sacos, las echó al mar, y todas se ahogaron, y cuando algun santon le preguntaba por qué habia obrado de esa manera, él le contestaba:—"Porque estaban en cinta„. Convirtió á Adén y á Erzeroum en inmensas fosas, á Modon en un matadero, y en tres montones de cadáveres á Alep, á Brousse y á Damasco: un dia que tiraba del arco, tomó á su hijo por blanco y lo mató. Mourad sultan fué invencible; Vlad, boyardo de Tarvis, rehusando pagar su tributo al sultan, se apoderó de la embajada turca y la hizo morir atada á treinta estacas, que plantó á las dos orillas de un camino; Mourad acude á vengarse; incendia las cosechas, las granjas y los graneros; vence al boyardo, le coge veinte mil prisioneros, y despues, alrededor del inmenso campo de batalla, hace edificar una ancha torre de piedra, mete en ella á todos los prisioneros y tapia dentro á los veinte mil cautivos, dejando agujeros por los que se ven relucir los ojos en la oscuridad, y se vá de allí, despues de haber escrito en el frontispicio de aquella torre: "Mourad, picapedrero, á Vlad, plantador de estacas„. Mourad era creyente y devoto; hizo arder cien conventos de cristianos en Eubea; Mourad fué durante cuarenta años el asesino que dió sablazos al mundo; por eso sin duda sus sacerdotes decian:—"Mourad es grande!„

II.

Legislador horrible y conquistador infame, no viendo á su alrededor más que un rebaño de esclavos, de hombres que sacaban las lenguas para lamerle los piés; elogiado por sus crímenes, que

siempre quedaron impunes; adulado por los que vencia y acariciado por sus víctimas, vivia envuelto en una nube de incienso, de orgullo y de placeres, sintiendo el invencible fastidio del perverso que se vé adorado. Fué el segador del mundo, que consideró como un campo de espigas.

III.

Un dia que pasaba á pié por una calle de Bagdad, el pueblo vió aparecer su cabeza augusta en las horas en que las casas, los árboles y los trigos lanzan sobre los caminos inundados de sol su franja de sombra en los bordes de una alfombra de luz; el sultan vió á pocos pasos de la puerta de una cabaña, que yacia en tierra un puerco fétido, que un cortante acababa de sangrar, antes de despellejarle; el animal se agitaba con doloroso estertor delante de la casa; en el cuello tenia abierta una horrible herida; el sol del Mediodía abrasaba al agonizante, en cuya enconada llaga, que formaba un lago humeante de sangre á la puerta de la casucha, cada uno de los rayos solares penetraba como un hierro encendido; como si acudiesen llamadas por el sol, cien moscas mojaban sus bocas en la llaga, que tenia los bordes rojos; como alrededor de su nido revolotean las palomas, iban allí y venian aquellas parásitas del sepulcro, metiendo las patas en la sangre y extendiendo las alas á los rayos del sol, pues la muerte, la agonía y la corrupcion son en el mundo el único desastre misterioso en el que la mosca trabaja al mismo tiempo que el astro; el cerdo, que no podia moverse, entregado al calor insufrible del sol y devorado por las moscas, hacia extremecer la boca espantosa de la herida; viéndole, todos los que pasaban por allí cerca huian; ¿quién tiene compasion de una desgracia repugnante? El cerdo y el sultan se quedaron solos; aquel torturado, infecto, maldito y moribundo, y éste, siendo emperador, poderoso y vencedor siempre, como si el destino hubiera querido poner frente á frente los dos extremos siniestros de las tinieblas. El cerdo agonizaba y el sultan se acercó á aquel sér disforme y sangriento; Mourad inclinó la frente hácia el animal leproso; despues le lanzó con el pié hasta el camino, y con el mismo gesto con que hacia huir á los reyes, hizo huir de allí á las moscas. El cerdo moribundo abrió las empañadas pupilas, miró un instante, lanzando una mirada indefinible al hombre que le asistia en su funesta postracion, despues cerró los ojos y espiró.

IV.

El dia que sucedió en el mundo lo que acabamos de relatar, hé aquí lo que se veia en el cielo:



Era un sitio tranquilo, pacífico y solemne, en el que brilla el astro ideal debajo de ideales nubes, más allá de la vida, de las horas y de la edad, fuera de lo que se llama espacio y de los contornos vagos que en la tierra llamamos dias y noches; era el sitio de la evidencia, en el que el alma puede al fin ver las causas; en el que, viendo el reverso inesperado de las cosas, lo comprendemos todo y exclamamos:—"Eso es!„ Siendo la verdad el otro lado de la quimera, era aquel sitio blanco, casto, en el que el mal se desvanece y se hunde.

Lo que brilla en él no es la luz de un vano dia que nace y muere, que llora y rie, que luce y luego torna á su oscuridad primera, sino un dia inmenso y divino que miran desde el cielo los soles, como miran el nuestro los humanos ojos; dia puro que explica los problemas, que lo explica todo; dia que terrificaría si no fuese la misma esperanza alumbrando toda la extension, que es rayo por el espanto que causa y alba por la dulzura que destella. En él están abiertas todas las verdades; en él deslumbran claridades desconocidas; en él los resucitados abren los ojos; en él los rayos luminosos pasan como olas. Aquel sitio era como la cumbre del Sinaí de los mundos. De vez en cuando quedaba hendida la nube augusta y lanzaba claridades deslumbradoras, y se distinguia un sér inexplicable en el fondo de aquellas claridades. Allí palpitaba todo, el alba y la oscuridad, los ángeles, los soles, los séres supremos. Dios meditaba.

El que todo lo creó, el que en el lenguaje humano llamamos espíritu, bondad, fuerza, equidad, perfeccion y sabiduría, miraba ante él huir los siglos, sin cesar y sin fin, con la tranquilidad del

que es eterno, y en la sombra se oia zumbar el abismo de la tierra.

Allá bajo, entre espesa bruma, se arrastraba el mundo lúgubre, en el que los humanos pasaban y se hundian, torciéndose las manos. Se distinguia en él la India y el Nilo; peleas, exterminaciones, ciudades incendiadas, campos destruidos, clarines que sonaban, y á la Europa lívida, con un puñal clavado en las entrañas; subian desde allí vapores de la tumba, fulgores de las guaridas; se veian cinco hermanos ensangrentados, el tio, el hijo, el padre; hombres encerrados vivos en una torre y pudriéndose; cabezas saltando al impulso de las cuchilladas; niños abiertos vivos que se sostenian las entrañas; grandes hogueras humeaban, y séres humanos, partidos en dos, se arrastraban por los tizones; y entre innumerables ayes y gritos de dolor, el Océano estallaba contra las rocas sacos llenos, que se agitaban siniestramente, y en aquel caos de frentes abatidas, de pasos que huyen, de ojos que lloran, de esqueletos, de larvas, de escombros; y en aquel brumoso torbellino de espectros y de sombras que sacudian sus mortajas, y de muertos colgados de las estacas ó enclavados en la cruz, salian estos gritos:—"¡Todo esto hizo el sultan Mourad! ¡Oh Dios, hacednos justicia!„ Al oir estos gritos, que los vientos por todas partes llevaban hasta las alturas, los truenos lanzaban extraños fragores, relámpagos rápidos iluminaban los rostros de los ángeles, las verjas del infierno se enrojecian, la cólera hacia menear sus cerrojos, y del abismo insondable se veia salir una mano siniestra y abierta. —"Justicia!„ repetia la sombra, y el castigo en el fondo del infierno iba lentamente apareciendo.

De repente, de lo más profundo de las noches se elevó hasta las nubes un animal disforme, horrible y extenuado; un sér abyecto, que, abriendo los ojos sanguinolentos, buscaba con la vista á Jehová; la nube le ascendió hasta la luz, hasta el sitio mismo en que brilla el único santuario, y el cerdo murmuró:—"Perdon! perdon! porque me socorrió!...„

Entonces, obedeciendo á las leyes, que apresuran ó que retienen la voluntad del Sér que de las tinieblas sacó la aurora y del dia la noche, se vió entre las nieblas, en las que nada tiene forma, dibujarse vagamente una balanza enorme; la balanza fué ella misma al través de los infiernos abiertos, y del entreabierto cielo, á colocarse bajo la multitud inmensa de las víctimas, en medio del silencio horrible de los abismos y ante las miradas de Dios; llevaba oscilando, é iluminada por una luz misteriosa, el mundo en uno de los platillos y el cerdo en el otro. La balanza cayó por el platillo que contenia el cerdo.

V.

El supremo califa, el altivo Mourad, al salir de la calle donde los habitantes de la ciudad le vieron acercarse á aquel abyecto sér, fué acometido por una calentura violenta y murió.

El sepulcro de los soldanes, construido de jaspe, lleno de trabajos de orfebrería, en el que resplandecen el oro y los diamantes, ese monumento soberbio recibió al sultan muerto y se cerró tras él. Cuando Mourad yació en aquél marmóreo lecho, abrió los ojos y vió una luz que le causó un deslumbramiento en su tumba; apareció en ella una aurora prodigiosa y suave, y sus extinguidas pupilas sufrieron una extraña sacudida. Vió entonces una inmensa escala que conducia las acciones del hombre hasta el Sér eterno, y el sultan oyó una voz que decia:

—"Mourad, sobrino de Achmet, hijo de Bayaceto, parecia que ibas á perderte para siempre; tu alma ínfima era una úlcera y tu destino un crímen; zozobrabas entre los que sumergió el mal; Satán era visible en tí; ibas á ser entregado al torbellino fúnebre de los espectros, bajo la bóveda inmane del infierno. Agitabas ya en la oscuridad las alas de los réprobos; de tus pasos sepulcrales el infierno estaba acechando el ruido; ibas á caer en el abismo donde el hombre recibe el castigo; pero sentiste un impulso de compasion; un pensamiento desinteresado, quizás á tu pesar, atravesó tu imaginacion, y te hice morir en instante tan próspero para tí: basta para salvar al hombre más inclemente y al más sanguinario de los verdugos que haga un beneficio al más ínfimo de los séres; un solo instante de caridad abre el edén

cerrado; un cerdo socorrido pesa tanto como un mundo opreso; ven: el cielo se ofrece, con sus innumerables estrellas, lleno de alegría, al que se escapó de la sombra. Ven; ya que fuiste bueno un dia, serás siempre dichoso. Entras transfigurado; tus horribles crímenes ¡oh rey! detrás de tí se disipan en las glorias; vuelve la cabeza y verás cómo blanquean tus alas negras.

El bey ultrajado.

El anciano bey de la regencia murmura, abatiendo la frente:—"Mañana se llamará venganza lo que ayer se llamó afrenta„.

El que cavó tantas fosas, que era tan cruel, que cuando pasaba temblaban al verle pasar las mujeres que estaban encinta,

---

Pálido y afligido, desnuda la cimitarra y en tierra fija los ojos, como si dijese:—"Espero„,

---

Está pensativo. Se resiste al infortunio, y se comprende que está muy triste ahora para ser terrible despues.

Son insondables sus miradas; la espada brilla ante sus ojos; sus apagadas pupilas, por las que pasan relámpagos,

---

Dejan, sin que él las enjugue, caer sobre su yatagán las gruesas gotas de lluvia que preceden á la tormenta.

La cancion de los doradores de proas

Somos doradores de proas. Los vientos, moviéndose como ruedas por la líquida superficie de las aguas, confunden las claridades con las sombras, y al través de los pliegues del oleaje arrastran las quillas de los bajeles.

La borrasca describe curvas, los vientos son tortuosos y traidores, el Arquero Negro sopla en su bocina, sus sonidos acompañan á los vértigos, y nosotros, durante esos prodigios, hacemos vagar espectros de oro,

---

Porque la proa es un verdadero espectro. El oleaje la combate, el aire la sacude; sale orgullosa de nuestros bazares para servir de blanco á los relámpagos y para ser una mirada terrible que vigila las siniestras aventuras.

Bey, toma el fresco á la sombra de los plátanos; sultan, ten celos de las sultanas y guarda cubiertas con un velo á las mujeres de tu serrallo, á las mujeres que ayer vendian desnudas, haciendo almoneda de ellas en el mercado,

---

Que esto nada les importa á las olas ni á los vientos. Esas mujeres, sean morenas, sean rubias ó sean negras, hayan nacido en Alepo ó hayan nacido en Ispahan, todas tiemblan ante tí; ¿pero esto qué le importa al misterioso Océano?

Sultan y mar, cada cual teneis vuestra fiesta; tú eres príncipe, él es tempestad; él tiene el relámpago, tú tienes el yatagán; cada cual teneis vuestra espada; el sultan tiene su pueblo, el huracán tiene sus olas.

Trabajamos para el uno y para el otro; hacemos esta doble tarea, y entre tanto cantamos. Sombrío emir, tus ojos de acero, tu corazon de mármol no impiden que duerman por la noche los pajarillos en las ramas de los árboles,

---

Porque la naturaleza está tranquila y es eterna, y Dios cobija bajo sus alas á los vivientes más insignificantes. Contentos con nuestra pobreza vivimos cantando, sin acordarnos siquiera de que existen arrecifes.

Dejamos que nuestros señores recojan palmas y laureles; nosotros vivimos tranquilos, nosotros no envidiamos esos goces que martirizan la vida.

Brilla el verano, se abren las flores, los pechos blancos tienen puntos sonrosados; cazamos y nos divertimos, los trabajadores cantan y los monjes se fas-

tidian; las ciervas que huyen en los bosques hacen temblar á los lebreles.

Si te fuera posible apurar ¡oh sultan! todas las delicias que te rodean, pronto moririas. Vive y reina, la vida es bella! El cervatillo, acostado sobre el musgo, vive contento en los bosques.

Todo el que asciende tiene que descender; todas las brasas encendidas acaban por convertirse en ceniza; el tiempo cambia, los pájaros mudan; las olas varían de sitio, las voces que se oyen pasan;

El aire es caliente; las mujeres toman el baño; las flores se desprecian unas á otras; todo es alegre y todo es delicioso; la claridad se refleja en el agua; las rosas de los verjeles se completan con los astros, que alumbran el firmamento.

Tu galera, que nosotros doramos, lleva sesenta pares de remos, que desde Lepanto á Moganez doman los vientos y las mareas, y maneja cada uno de ellos cuatro forzados que arrastran cadenas.

XVII.

CONSEJOS Y CASTIGOS.

El trabajo de los cautivos.

Dios dijo al rey:—"Soy tu Dios y quiero que me edifiques un templo„. Así habló Dios, ó al menos esto es lo que el sacerdote oyó. El rey fué á buscar á los cautivos y les dijo:—"¿Hay alguno de vosotros que se atreva á construir un templo?„—"No„, le contestaron.—"Pues haré matar á ciento para que sirvan de enseñanza, replicó el rey; lo que Dios exige del rey, el rey lo exige de vosotros; eso es muy justo.„ Por este motivo mataron á cien hombres.

Cuando esto sucedió, uno de los cautivos dijo:—"Señor, estamos convencidos. Que nos entreguen una montaña que esté inmediata y la cavaremos.„—"Quereis hacer una caverna?„ preguntó el rey.—"Rey que nos gobiernas, Dios no rehusa entrar en las cavernas, replicó el cautivo, y no es una indignidad levantar un templo á Dios en el antro del leon.„—"Pues construidlo„, contestó el rey.

Los cautivos, arrastrando las cadenas, se apoderaron de una montaña; cavaron el monte llamado Galgal; el cautivo que tomó la palabra quedó de jefe de los demás trabajadores, aunque fuera su igual; porque entre la servidumbre se tiene por jefe al esclavo que se atreve á hablar á su señor.

Cavaron profundamente el monte Galgal, y cuando terminaron su trabajo, el jefe esclavo dijo:—"Rey clemente, vuestros prisioneros han realizado los deseos del cielo, pero este templo es vuestro antes de ser de Dios; dígnese vuestra eternidad venir á verlo„.—"Consiento, respondió el rey.„—"Nuestro deber, añadió el humilde cautivo, estriba en adorar el polvo que pisen vuestras sandalias; ¿cuándo os place venir á ver nuestro trabajo?„—"En seguida.„

Entonces el señor y el esclavo, éste acostado á los piés de aquel, los llevaron debajo de un trono, hasta una plataforma; un pedrusco enorme tapaba la boca de un pozo; levantaron la piedra, un grueso cable sostuvo las cuatro columnas del trono, y los dos descendieron al fondo del pozo, que era la única entrada que á fuerza de picos habian abierto en la montaña. Cuando llegaron bajo, el príncipe quedó asombrado.

—"De este modo es como se entra en el Etna, así es como se penetra en la guarida de la Sibila, así se aborda al inmóvil Hades, pero no es así como se llega á un templo santo.„—"Que subamos ó que bajemos, siempre caminamos hácia Dios, contestó el arquitecto, que ostentaba la marca de los forzados; sed bien venido, monarca, que descollais entre los grandes y entre los primeros como un cedro entre palmeras.„—"¿Qué es ese ruido?„, exclamó el rey.—"Son mis compañeros, que dejan caer la tapa del pozo.„—"¿Pero no podremos salir de aquí?„—"Reyes, os apoyais en los astros y vuestras cimitarras hacen retroceder

á los rayos; sois soles en el mundo, como en el cielo el sol es rey. ¿Qué podeis temer?„—"Pero no tenemos otra salida?„ —"¡Oh gran rey, rey sublime, qué importa! Siempre Dios abrirá una puerta á vuestra grandeza.„ El rey, aterrado, gritó:—"No llega aquí la luz ni el ruido, está tan oscuro que no veo. ¿Por qué hay aquí tanta oscuridad como en una caverna? Por qué?„—"Porque esto es una tumba„, contestó el esclavo.

Homo Duplex.

Un dia el duque Berthold, sobrino del conde Hugo, marqués del Rhin, señor de Friburgo, atravesaba cazando el bosque de Thuringe. Vió en la copa de un árbol grande un ángel que estaba al lado de un mono. Esos dos séres, como dos luchadores que van á acometerse, se miraban el uno al otro con los ojos ardientes; el mono abria la zarpa y el ángel las alas. El ángel dijo:—"Berthold de Zœhringen, á quien atrae al bosque el sonido del cuerno de caza, mira hácia aquí y verás tu alma al lado de tu cuerpo. Escucha: yo soy tu espíritu y este mono es tu materia. Le hace levantar la cabeza cada uno de tus pecados, y cada accion buena tuya me engrandece. Mientras vivas lucho y amenazo á ese bandido; pero cuando mueras todo terminará para tí, ya en la oscuridad, ya en la luz, pues yo soy el que te eleva y él es el que te devora.„

Versículo del Korán.

La tierra se agitará con profundo temblor y los hombres preguntarán:—"¿Qué le sucede?„ Entonces, saliendo de la oscuridad, en tropel, los muertos pálidos vendrán para contemplar sus propias obras; los que practicaron el mal sentirán el peso de una hormiga y Dios no será amigo de ellos; los que practicaron el bien sentirán el peso de una mosca y Satanás será con ellos menos feroz.

El águila del casco.

Siniestros bosques, vosotros vísteis pasar sus dos sombras, una detrás de otra, y vuestros escombros, ruinas, lagos, barrancos y malezas vieron correr á los dos caballeros negros y presenciaron aquella terrible aventura; las errantes nubes vieron con espanto aquella victoria sorda y aquella vergonzosa hazaña, y aun están temblando la yerba y los matorrales, las flores, las plantas y los árboles. Refiramos el combate que entablaron el hombre salvaje y el niño trágico.

El verdadero motivo nadie lo conoce. El oscuro pasado oculta el recuerdo del orígen de las pendencias de Nínive y de las guerras de Egina, y solo nos descubre la muerte de los combatientes despues de hacernos ver el cambio amargo de las risas insultantes; del mismo modo ignoramos lo que se refiere á los antiguos jefes de Escocia y de Northumbre, de los que solo sabemos que fueron siniestros y tempestuosos; sus feroces lores se devoraban unos á otros; Bruce aborrecia á Baliol, como César á Pompeyo; por qué? Lo ignoramos. Dios solo lo sabe.

El conde Strathael, rey de Angus, par de Escocia, era casi centenario; el buitre esconde á su hijuelo en el nido, y ese lord tiene á su hijo á su lado; toda su raza brilló como un relámpago y se extinguió; él es el último vástago; pero Dios cerca del anciano puso al niño; el abuelo vigila al huérfano. Jacobo tiene seis años. El lord le llamó un dia y le dijo:—"Conozco que voy á morir; dentro de diez años serás caballero; escúchame, hijo mio.„ Y llevándoselo aparte, debajo de una bóveda sombría, le habló en voz baja durante mucho tiempo; cuando concluyó de hablar, el niño le contestó: —"Iré.„ El abuelo murió. Transcurrió el tiempo. Pasaron diez años.

Tiphaine, encerrado en su torre, que protege un foso, está de pié, cruzado de brazos, en lo alto de la muralla. Hace mucho tiempo que no ha matado á nadie y bosteza.

Bastan diez años para que las encinas jóvenes se cubran de ramaje espeso; bastan diez años para que el niño crezca; bastan diez años para que Orfeo olvide á Eurydice, pero no bastan para que un caballero olvide su juramento.

Es el anochecer y Tiphaine está ocioso. Los alerces mueven á lo lejos un ruido vago en las pendientes de los acantilados. Tiphaine es el lord salvaje de los bosques: ni un lobo se atreveria á aproximarse á él; ha constituido en una montaña su reino; le temen en Escocia, en Northumbre y en Bretaña; no le atacan á pesar de vivir solo; vivir en el desierto es como vivir en un sepulcro; todos le temen. Es algun príncipe? ¿Ha nacido en alguna cabaña? No se sabe; es un bandido fantasma, y los vientos, los lagos y los bosques parece que pronuncien su nombre en voz baja; sin embargo, es hombre y bosteza.

Lord Tiphaine se ha rodeado de espanto, como si se rodease de una cadena, cuyo peso siente; todo huye ante él, pero el orgullo es la forma altiva del fastidio. Cuando no tiene á quién combatir ni á quién vencer, no sabe en qué ocuparse. De repente vé venir hasta él á su escudero predilecto, á Bernard, que es un buen arquero que sabe leer, y Bernard le dice:—"Milord, preparad el hacha y el puñal, que os escribe un caballero„.—"Quién es ese caballero?„—"Señor, es Jacobo, lord de Angus.„—"¿Qué es lo que desea?„—"Mataros.„—"Respóndele que me parece bien.„

Transcurrió una semana. Pasada ésta, desde Lorne á Kuapdala, doce tocadores de bocina, revestidos con dalmáticas rojas, hicieron saber á todos, á los villanos en sus aldeas, al sacerdote en su iglesia, al baron en su torre, que dos lores se batirian en un dia señalado, que San Gildas seria el patron de aquella liza, que mediaria entre Angus y Tiphaine, porque era costumbre que tuvieran un santo patron los soldados, en Irlanda Patrick, en Escocia Gibdas, y en pró y en contra de un santo se verificaban estos combates, con la libertad de huir y de proseguir, de ser firme ó de temblar, de ser magnánimos ó cobardes, de ser crueles como Beaudere ó buenos como Eduardo.

Eligieron por campo cerrado un sitio muy agreste. El riguroso invierno que trueca en piedra el agua que toca, con sus lluvias y con sus vientos, solo dejaba allí crecer pinos, que con frecuencia los unos se destrozaban á los otros; los árboles no estaban allí más tranquilos que los hombres. Una cuerda atada á los pinos del valle marcaba el recinto; un claro abierto en los campos, donde el rio Tweed corre por la yerba verde y entre cañas murmurantes, una confusion oscura de árboles y de torrentes, de sombra, de hundimientos, de vida y de desastres, rodeaban aquel sitio salvaje. Se sale de él por la parte de la llanura, y por esa parte van llegando los montañeses que atrae el sonido de la bocina. El lugar de la liza está empavesado, y en las banderolas se leen estas inscripciones:—"El bravo que solo es bueno, solo es bravo á medias.„—"Sed hospitalario hasta con vuestro enemigo, que la encina no niega su sombra ni al leñador.„

Los habitantes de los bosques acuden en gran número; muchos van pintados aun como se pintaban sus abuelos; círculos azulados les hacen engrandecer los ojos; llevan sobre la cabeza, unos una garza real, otros un mochuelo, y se distinguen por las plumas de la gorra los que son de Avernethy y los que son de Menheit; visten el traje de cuero de las antiguas provincias, y vienen á presenciar el combate de dos príncipes, pero permanecen á cierta distancia y lo van á contemplar desde lejos, porque tienen miedo, que el pueblo es un testigo que se asusta.

Si no se vieran en el firmamento el azur, la claridad y las nubes, solo se distinguiria allí un paisaje oscuro; la vista se sumerge en inquieta oscuridad, la niebla es sombría, y entre la bruma se percibe más allá del mar el Hekla que humea, como una chimenea del infierno, en el horizonte. El juez del campo, hijo de una noble casa, lord Kaine, está sentado entre dos pregoneros que usan espada; el estrado está alfombrado con pieles de osos y de renos, y cuatro exorcistas forman la policía en cuanto él se sienta para presenciar el combate. Un sacerdote dice la misa.

Ginete en un caballo blanco llega un jóven fresco y sonrosado, tocando la bocina; es un doncel de faz femenina, alegre y confiado. Lleva las piernas desnudas, siguiendo la moda de Escocia; su traje tiene más seda y lino que acero; acude sonriéndose, seguido de un bufon que hace muecas. Los testigos que le

acompañan son de su misma edad; vienen cantando, bromeando, dejando flotar las bridas; son sus compañeros Mar, Argyle, Athol, Rothsay, rey de Hebrides; David, rey de Stirling; Juan, conde de Glasgow; adornan sus cuellos con collares de oro ó de rosas, y lo mismo les dá coger flores que derramar su sangre. Alrededor del conde adolescente se cimbrean una multitud de penachos. Su cortejo le sigue hasta la entrada del campo cerrado del palenque; despues se separan de él, porque debe quedarse solo, y nadie debe asistirle desde el momento en que suena el clarin; suceda lo que suceda, queda entregado ya á los azares de su destino. Lleva escrita en su escudo la divisa de los reyes de Angus: *Cristo y luz*. Como los jóvenes son impacientes, él llega el primero y se acerca alegre y ligero al sitio del palenque; al verle llegar, el pueblo aplaude al doncel.

De repente se oye sonar la trompa de las montañas, y llega un hombre desde el fondo del bosque y se acerca al sitio de la liza; es Tiphaine. Altivo, penetra en el campo cerrado, rechazando á los testigos. Vá tieso, encerrado en su armadura sajona; su caballo, que conoce á su caballero, se espeluzna. Su caballo negro y blanco camina sin encorvarse nunca. Tiphaine está solo; nadie le escolta; lleva cota de malla y lanza, hacha como Orestes y puñal como Gaiferos; lleva calada la visera, que le oculta el rostro; sobre su casco se agita un águila. Avanza gravemente. En su rodela lleva escrita esta palabra: *Bellua*. Cuando le vieron llegar todos temblaron, pero no le saludó ninguno.

Habia un verdadero motivo para celebrar aquel desafío; pero ni el pastor que vaga por las landas desiertas, ni el ermitaño que adora en su gruta á Jesucristo, ni el mismo juez del campo lo conocian; nadie lo supo jamás.

Los dos lores, como es costumbre en aquel momento supremo, se hablaron desde lejos:—"Buenos dias, rey.„—"Buenos dias, rey.„—"Vengo á preguntarte el motivo: sabes por qué?„—"Nada te importa.„ Los dos levantaron la lanza, y el juez del campo dijo:—"Cada uno de vosotros es el huésped del sepulcro, y ya no puede salir de él, si Dios no lo permite.„ Despues añadió, siguiendo la costumbre escocesa:—"Milord, ¿qué edad tienes?„—"Cuarenta años.„—"Y tú?„—"Diez y seis.„—"Es demasiado jóven„, exclamó la multitud.—"Combatid„, repuso el juez. Y se situaron á una y á otra parte del campo cerrado.

Ser de la misma talla y usar las mismas armas, combatir hombre contra hombre ó paje contra paje, Ajax contra Marte, Fergus contra Fingal, es una lucha justa y digna del romance épico; pero es cosa triste y que subleva ver combatir la brizna de paja con la pesada pica, al nervudo Hércules con el delicado Hylas, á Polífemo con Acis; el peligro del jovenzuelo nos hace pensar en su madre; todos los Astyanax enternecen á Homero, y la lira heróica se avergüenza de publicar el combate de un cervatillo con un jabalí.

Dieron la señal y los dos avanzaron. Así dos relámpagos van el uno hácia el otro y se atraen. El niño abordó al hombre y cumplió su deber; el hombre pareció que no se apercibia de ello y se paró, dejándole obrar; así el yunque parece insensible al martillo; Tiphaine permaneció con el puño cerrado; demonio por sus miradas feroces y esfinge por la inmovilidad que guardaba: el niño habia blandido ya su tercera lanza sin que Tiphaine le hubiera contestado; sobre aquel hombre de hierro, que parecia una estátua, sin conmoverle, el niño pinchaba y heria, ya en la cimera, ya en el enmallado pecho; parecia la mosca atacando á la araña. Tiphaine permanecia inmóvil y pensativo; el jóven, cubierto de sudor, estaba jadeante. De repente Tiphaine exclamó:—"Vamos!„ Se levantó la visera, rugió como un animal carnívoro y se lanzó sobre el jóven conde Angus con ímpetu tan infernal, que el adolescente torció la brida del caballo, arrojó la lanza y huyó. Entonces comenzó la persecucion salvaje, que cuando la leais os hará extremecer.

Temblando, picando las dos espuelas, por la pendiente que desciende ante él hasta una profundidad salvaje, el niño espantado corre. El caballo, que le profesa cariño, le ayuda á fugarse. El bosque, compadecido, le oculta en su espesura y el niño desaparece. Todos los que presenciaban el combate se separaron para dejarle pasar. ¿Fué prudente su abuelo

entregándole á semejante combate? No lo sabemos; la suerte es misteriosa, pero el pánico existe, y el triste huérfano no puede huir de su destino. ¡Pobre jóven, abandonado en el abismo! Se escapa, falto de aliento; pasa por todas las peripecias de la fuga, sin elegir camino; se le presenta el claro de un bosque, se pára allí, presta oido, está solo; quizás un Dios protege su huida... De repente oye un ruido entre las ramas de los árboles.

Así cuando soñamos algunas veces sobresaltados que nos escapamos, sentimos detrás de nosotros el hálito de algun caballo negro que nos persigue. Angus vuelve la cabeza, mirá hácia atrás y vé que el monstruoso Tiphaine entra en el claro del bosque. El niño, aterrorizado, quisiera confundirse con la sombra que proyectan los árboles. Emprende la carrera, huye, pero su adversario le persigue. Ni las rocas, ni los estanques, ni los acebos espinosos, ni los torrentes profundos, nada detiene su carrera; ¡corren, vuelan! Así el torbellino sigue á la hoja arrancada. Primero, en un barranco tortuosamente cortado, serpentean y algunas veces casi se tocan; despues, no contando el niño con más recurso que el de la fuga, rápido y ágil, se desliza y se pierde entre las malezas. Así corre Abril perseguido por el invierno. Como dos huracanes, uno detrás de otro, pasan. Hacen rodar las piedras y rompen las ramas. ¿Cómo es posible que pinten pobres versos los brincos prodigiosos de aquella espantosa caza, el collado que surge, el valle que se atraviesa, los precipicios, el antro oscuro, las escarpaduras, los dos sombríos caballos, el vencedor lanzando espuma de rabia y el niño pálido de terror?

El bosque, tranquilo y desierto, bajo el luminoso firmamento, movia suavemente los ramajes de los árboles; se oia piar en los nidos; el agua corria susurrando; todo en la naturaleza brillaba, amaba y florecia.—"Perdon! gritó el niño; yo no quiero morir!„ Pero su caballo se cansa y Tiphaine se le acerca.

De repente, de una caverna situada entre peñascos, un anciano sale levantando los brazos y dice:—"Llegará un dia en que tendrás que responder de tus actos; quienquiera que tú seas, no te dejes vencer por el ódio, porque el ódio embriaga; te implora el que vá á morir por el que vá á vivir. Bravo caballero, perdona á este niño.„ Tiphaine, furioso, dando un feroz hachazo, hiende los peñascos que servian de asilo al anciano, diciéndole:—"Imbécil! ¡vas á conseguir que se me escape!„ En seguida hizo galopar al caballo. Por rápida que sea la carrera del oleaje, el viento lejano concluye siempre por alcanzarle; Angus oye venir á Tiphaine y le vé aparecer á lo lejos por entre los árboles.

El adolescente llegó á un monasterio, en el que oyó que estaban orando; escuchó sonar la campana, vió abrirse la puerta de la iglesia y salir del pórtico, andando lentamente, una procesion de sombras, cubiertas con velos blancos; era una comunidad de monjas, que llevaba al frente á la abadesa, y su cántico grave ascendia hasta el cielo al morir el dia; vieron que huia el niño desesperado, y entonces á coro entonaron el *Miserere*: las guiaba la abadesa, que interpuso su báculo entre el tierno adolescente y el hombre feroz; llevaban delante de ella un crucifijo grande y negro, y todas esas vírgenes hermanas, que encadena un santo deber, lloraban lo mismo por el vencedor que por la víctima, y se interpusieron para impedir el paso á un crímen, con el Cristo que abre sus brazos al género humano. Tiphaine llegó sombrío, empuñando el hacha, y gritó á las religiosas, que murmuraban:—"Perdon! perdon!„—"¡Palomas, apartaos á un lado; dejad pasar al buitre!„

Llegó la noche y seguia aun el niño aterrado huyendo del hombre que le aterraba; la persecucion, cada vez más encarnizada y más furiosa, asustaba á la misma oscuridad y causaba vértigos á los pinos en los montes y á las rosas en sus tallos. El adolescente desarmado y el hombre empuñando la cuchilla, corrian al través de la oscuridad de los bosques.

De un grupo confuso de chozas salió una mujer inundada en lágrimas que la impedian hablar; era una madre que llevaba en brazos á su hijo; era una nodriza que le presentaba el pecho desnudo.—"Perdon!„ exclamó balbuceando, y Angus echó á correr.—"Nunca!„

contestó el inhumano Tiphaine. La mujer se arrodilló para impedirle el paso. —"Detente! ¡Sé clemente para que Dios sea contigo misericordioso! Perdónale! Satisfágate ser vencedor y renuncia á ser asesino. El niño que abrigo en mi seno te implora por el niño que persigues. Piensa en tu madre!„—"Apártate„, la contestó Tiphaine, dándole un puntapié en el desnudo seno.

Emprendió la carrera, y en un barranco Tiphaine alcanzó al adolescente; éste ni siquiera lanzó una exclamación; cayó del caballo, y sin fuerzas, rendido, levantó hácia él las dos manos suplicantes. Tiphaine se arrojó sobre él como una fiera en el circo romano, y en las dos manos le asestó un terrible golpe de hacha en las manos, que elevaba al cielo suplicando; despues, cogiéndole por la blonda cabellera, lo arrastró hasta una hondonada cenagosa. Allí, jadeante y riéndose de furor, mató al huérfano, exclamando:—"Ya estoy contento!„ Así rie en su antro la infame tarasca.

Entonces el águila de bronce, que por remate tenia su casco, que tranquila é inmóvil lo habia observado todo, gritó:—"¡Cielo estrellado, montañas que reviste la nieve de inocente blancura, rios, bosques y árboles, sed testigos de que este hombre es un malvado!„ Dicho esto, así como un cavador cava un campo, el águila con fúria dió picotazos á Thiphaine; le sacó los ojos, le arrancó los dientes; convirtió en una masa su cráneo con sus uñas apretándole el almete, del que la sangre salia como de una criba, le dejó muerto en tierra y se volo hácia el firmamento.

XVIII.

ITALIA.—RATBERT.

Los consejeros probos y libres.

Ratbert, hijo de Rodolfo y nieto de Cárlos, que se llamaba emperador y solo era rey de Arlés, vestido con el traje de patricio romano y empuñando la lanza de San Mauricio, está sentado en medio de la plaza de Ancona. Su corona es el capacete de hierro de Didier y su trono es el sillon de hierro de Enrique el Cazador. Están allí presentes cien barones y caballeros, la flor del gran árbol heráldico y genealógico, que aquel sombrío suelo nutrió con su savia trágica. Spínola, que tomó á Suse y lo arruinó; Juan de Carrara, Pons, Sixto Malaspina, Hugo, que ahogó á sus hermanas en el baño, ven con malos ojos que se inmiscuya en sus filas Guy, señor de Pardiac, porque creen que no les iguala en lustre ni en nacimiento, y no tiene aun más mérito que el saqueo de Vicence, porque es de orígen desconocido. Rodean á Afranus, obispo de Frejus, el exarca Sapandus, enviado de la Santa Sede; Séneca, marqués d' Ast; Bos, conde de Saboya; el tirano de Massa, Alberto Cibo, Ranuce, Foulque, que lleva en su cimera la cabeza de Medusa, y Marc, que ostenta esta divisa: *Imperium fit jus.* Allí están Farnesio, Ursino, Cosme, los cuatro marqueses soberanos de Italia, Juan el bastardo, arzobispo de Urbino; Alonso de Silva, ese duque cuyos segundones son reyes por haber conquistado el Algarve portugués; Visconti, señor de Milán, y Borghése y el duque de Tyro y señor de Montferrat, hombre falso, hábil é ingrato: cerca de los citados se ven Prendiparte, capitan de Siena; Pic, hijo de un astrólogo y de una gitana; Alde Aldobrandine; Guiscard, señor de Beaugen; el gonfalonero de la Santa Sede y de Dios, Gandolfo, á quien más tarde el papa Urbano hizo erigir una estátua ecuestre en la iglesia de San Pedro; Martin de la Scala, el rey de Verona y Geoffroy, rey de Tarento; á pocos pasos de ellos está Galco, conde de Atenas, esforzado y bravo capitan, y además los dos pequeños reyes Agrippin y Gilon. Todos son jóvenes apuestos, alegres y feroces.

Los señores hormiguean alrededor de los reyes, como las moscas alrededor de la miel; todos ellos acaban de llegar de sus torres, de sus castillos ó de sus alcázares, que dejaron abandonados, y cien negros desnudos y cien piqueros con armaduras persas cierran el paso de las calles con sus partesanas. Geoffroy, Martin, Gilon y el niño Agrippin, como son reyes, están sentados debajo del trono, cerca de su señor.

De la muchedumbre de jefes que man-

dan en Italia suprimo á algunos: no me ocupo de Theodat, príncipe de Trento; de Elías, déspota de Avenzo, ni del tuerto Ordelato, verdugo de Forli, ni de Lascaris, al que su tia Alberta hizo eunuco; solo me ocupo de los mónstruos más notables.

Detrás de ellos, en la piedra augusta de un pórtico, está esculpido un Satanás. A los que pretendan pesar los derechos con que inviste al señor la pureza de la sangre que le concedió el cielo, les diremos que Ratbert es hijo de Inés, condesa de Elseneur, y que reporta la misma gloria y la misma honra ser hijo de Inés que ser hijo de Mesalina. Malaspina, el terrible marqués de miradas hipócritas y devotas, está situado á la derecha del rey por ser conde y preboste.

Es uno de los grandes dias en que salen las banderas. Diez caballeros de *El Deseo Justo* llevan el *Lazo de Oro,* precedidos de Eneas, su macero, y de un heraldo de guerra, que viste dalmática de acero. El rey brilla rodeado de infinidad de espadas. Alrededor del trono hay agrupadas muchas damas; Elisa de Antioquía, Ana, Cubitosa, hija de Azon, casada con Alberto de Mántua; la hermosa Matha, hermana del príncipe de Cunas, á la que hace aire su bufon con un abanico de plumas; lleva aquella clase de traje, abierto por el lado, que más tarde vistió descaradamente en el Louvre Bonne de Berry, hija de Juan de Francia.

El cielo está luminoso como lo está en dias de regocijo ó en dias de peste; porque el firmamento muestra su indiferencia al hombre, ya opriman á éste los reyes, ya le azoten las calamidades; el sol eterno se sonrie lo mismo ante los tiranos que ante los sepulcros.

Ratbert acaba de inventar una emboscada, en la que prenderá á los que trata de destruir; en voz baja se la refiere á los príncipes, que al oirle se sonrien. Dirige las preces al Altísimo, Tiberio, obispo de Verceil; al pueblo le gusta que los reyes recen. Todos aquellos monarcas y aquellos caballeros van á celebrar consejo.

Auchise y Trophime, que son los ujieres de la órden, invitan á que hablen desde el primero hasta el último de los caballeros, porque el emperador desea que se oigan todas las opiniones y que se sigan las que sean justas, escitando á todos á que hablen francamente respecto á la guerra emprendida, que aquel es dia de capítulo y dia de conciencia, y en esos dias los reyes permiten que se diga todo.

Delante de Ratbert yacen tres hachas, destinadas: la primera para descuartizar al buey rojo y humeante que está cociéndose en una gran hoguera; la segunda para el tonel del vino que sobre una mesa colocó el copero ayudado por el condestable; la tercera destinada para aquel cuya opinion disguste.

Levantándose Juan de Carrara, habla del modo siguiente:—"Noble emperador, tu política es prudente, esta guerra hábil, y Dios te protege. El que te contradiga será traidor y el que te desafíe loco. Estoy unido á tí por siempre; iré siguiéndote donde quieras, eres mi señor, y con gusto arrastro la cadena que me ates.„ —"Esta cadena, capitan, dijo Ratbert, poniéndole en el cuello su collar de oro. Además, te nombro regidor de Perpignan.„

El arzobispo de Urbino saluda, examina el plan de guerra, los medios subterráneos, las relaciones de los espías, y despues dice:—"Señor, sois grande como Scipion; las entrañas de la Iglesia se extremecen cuando os ven.„—"Arzobispo, le contestó Ratbert, te entregaré un sueldo por cada moio (1) de vino que se bebe en Besançon.„

Cibo se levanta, y con acento bravucon dice:—"Señor, los que traten de oponerse á vuestros proyectos son felones y debemos azotarlos. Señor, sois emperador por parte de vuestra madre Inés; imperais en Arlés, que es la Roma de la Galia; en Burdeos, en Aquitania, en las islas de Ré y en Nápoles. El que os resiste se aventura á una lucha inútil; si es noble, pido que se le degrade; si es siervo, pido que se le mutile; afrontaros es crí-

(1) *Moio:* medida de líquidos que contiene ciento treinta y tres azumbres.—(N. del T.)

men y orgullo punible; el que niegue que Ratbert es emperador, debe morir; para eso no nos faltarán horcas.„ Ratbert le contesta:—"Buen marqués, te hago dueño de Spoleto.„

Le toca el turno de hablar á Malaspina. Un anciano se turbaria ante aquel jóven, que conoce el arte de evocar al demonio; tiñe su daga con el zumo de la mandrágora; sabe envenenar el bocado de los palafrenes; en una guerra llenó de serpientes muertas las cisternas, cuya agua bebian en los Abruzzos; tomó la palabra y dijo:—"¡Dios mio, haced que este emperador reine desde el Norte hasta el Oriente, ya que nos hablais por medio de su boca augusta!„ "Te nombro capiscol de mi cabildo de Arlés„, le contestó Ratbert.

Afranus se levantó á hablar el último. Este obispo era caritativo y limosnero; á pesar de su juventud, deseaba ser anacoreta; era sábio y polemista, y se ocupaba de los bienes de la tierra como hombre austero y desligado de ellos. Despues de invocar al espíritu divino, abordando la cuestion que se trataba, dijo:—"Ratbert por medio de una estratagema, hizo ondear su bandera en las murallas de Ancona; esto era lícito, porque Ancona fué muy imprudente, y la astucia es justa cuando dá un glorioso resultado respecto á la felicidad pública, y no es engañar, no es mentir hacer entrar en razon á las discordias civiles. La astucia hace la guerra por medio de un arte más dulcificado; dá menos golpes, produce menos ruido y la victoria es más segura. Admiro á nuestro príncipe, y cuando le mido con Alarico ó con Ciro, que pasaron la vida produciendo choques violentos y brutales, me parece superior á estos. Señor, declaro tímidamente mi opinion; pertenezco á la Iglesia y soy un humilde clérigo, más á propósito para entonar salmos que para hablar ante tan diestros políticos. Sin embargo, no vacilo en decir que es conveniente que el derecho sea muy ámplio para los reyes y muy reducido para el pueblo, porque el rey es el pastor y el pueblo es el rebaño. El emperador no quiere nunca lo que Dios no desea. Obrad, pues; podeis sin escrúpulo mover guerra á los cristianos como á los otomanos; pero como los otomanos están fuera de la ley vulgar, los podeis atacar sin declararles la guerra; esto es tan justo y tan verdadero, que como preludio vuestras flotas se han apoderado de diez galeras de Fez; en cuanto á los cristianos, desde el dia en que se declararon adversarios vuestros, se convirtieron en paganos y en corsarios. Seria una desgracia que este escrúpulo hiciera desistir á vuestra majestad, cuando esta guerra es beneficiosa para el Estado. Cada asunto tiene sus reglas, cada cosa tiene su hora. La hija del marqués de Final es menor de edad; ¿se la puede destronar? ¿Al mismo tiempo puede conservarse en el trono á la hermana del emperador Menton? Sin duda alguna. Cada pais tiene sus costumbres, y con tal de que la Iglesia conserve sus rentas, es justo todo eso. Los tiempos antiguos, que ahora no tienen quien los defienda, obraban de otro modo; pero hago poco caso de esos tiempos, en los que reinaba la República. La voluntad del emperador debe ser nuestra regla, y en una palabra, la ley Sálica, que es perjudicial en Menton, es útil en Final„.—"Arzobispo, le contestó el rey, te nombro cardenal.„

Mientras de este modo se celebraba el consejo, hablando de esta manera los consejeros en aquella ciudad muerta; mientras que el señor tenia los prelados á sus plantas, las damas y los barones con traje de gala y la Italia, en lontananza, parecia una soledad, algunos señores, que volvieron la cabeza y miraron hácia atrás con inquietud, vieron que se sonreia el Satanás de piedra.

La desconfianza de Onfroy.

Ratbert atraviesa silenciosos desiertos, con la única escolta de unas cuantas lanzas y con la que le dan el marqués Séneca y el obispo Afranus; así cruza casi solo paises desconocidos; pero conoce su fortaleza, el sobresalto que inspira, y que con su persona lleva todo el imperio. Una tarde Ratbert se detiene á las puertas de Carpi, en cuya entrada está apostado un dogo. Este dogo es Onfroy, el baron de la ciudad; tranquilo y arrogante estaba pegado á las murallas que desafiaron á Atila; allí hay mujeres, soldados y niños. Hé aquí lo que dijo el viejo podestá en voz alta, teniendo al pueblo detrás de él:

—"Rey, os saludamos, pero sin doblar las rodillas os hemos de hacer una advertencia. Cuando nosotros, las gentes de guerra y los barones que manejábamos esta provincia, os proclamamos nuestro príncipe, cuando os entregamos este pueblo y este Estado, no fué, señor, para que lo maltratáseis. Antes éramos fuertes; cuando nos hicísteis promesas éramos poderosos; teníamos llenos de plata nuestros cofres, habíamos combatido á vuestros bravos soldados y fuimos sus vencedores. Rey, no nos regateásteis ninguna promesa ni compromiso alguno. Celebramos un tratado, que jurásteis por vuestra madre y por la misa; y nosotros, creyendo que seríais un buen pastor de este rebaño, que aboliríais las tasas y los diezmos, os prestamos homenaje y colgamos las lorigas, los yelmos y las picas. Rey, queremos perros que nos vigilen, pero que no se conviertan en lobos. Vuestros secuaces se han portado con nosotros de tal modo, que puede decirse que la ciudad está presa por el miedo que le causa la persecucion de vuestros soldados. Rey, os declaramos que vuestro bando sin cesar desbalija á este pueblo, entra en la ciudad y la atumulta, trastornándola, y sale de ella despues de haberla robado. Esa horda reclama incesantemente nuestros bienes y se apodera de ellos á nuestra vista, y cuando sale de aquí vemos que nos faltan doncellas, jaurías y caballos. Es indispensable que sepais que nos queda todavía bastante pedrería antigua, bastantes antiguas hachas, bastantes utensilios de guerra, para que no nos obliguen á hacer más limosnas y para no consentir que con el dinero del pobre se hagan liberalidades á los ricos. Nuestras manos indignadas pueden aun descolgar nuestras banderas y hacerlas flotar al viento el dia que queramos.

———

„Señor, además tratais de cubrirnos de oprobio; sabemos por qué colmais de riquezas á nuestras hijas y á nuestras hermanas, ennobleciéndolas; y nosotros, rey, no aceptamos esos escudos manchados que quereis que ostenten las fachadas de nuestras casas; no nos avenimos á esta ignominia, ni nuestras hijas tampoco; en nuestras moradas su casta belleza es hermana de nuestras antiguas glorias, y no se resignan nuestras victoriosas banderas á servir de cortinajes á vuestro lecho.

———

„Vuestros jueces son miserables; en nuestros campos el honor antiguo está en baja; tenemos pocos caminos y demasiadas horcas; este lujo no nos conviene. En otros tiempos nuestros pinos y nuestros arces veian llegar hasta ellos á los leñadores, pero no á los verdugos; nuestras frondosas encinas no están acostumbradas á intervenir en la ejecucion de las leyes y de las sentencias, y las disgusta tener que facilitar tanta madera para construir horcas.

———

„Estamos resentidos y tentados á tocar á somatén. No es por ver, señor, nuestros compañeros de guerra colgados; no es por el placer de contemplar en nuestra ciudad vuestras danzas y vuestros alegres festines por lo que venimos aquí á saludaros, trayendo con nosotros á nuestras mujeres y á nuestros hijos; venimos solo por advertiros que si no cambiais de conducta, si no obrais con nosotros de otra manera, estamos resueltos á no sufrir yugo tan opresor. Esta es la advertencia que os hago.„

———

—"Pedís una cosa justa„, contestó Ratbert con la sonrisa en los labios; y acercándose al oido de Afranus, le dijo: "Somos pocos é imprudentemente hemos llegado hasta aquí; este hombre es muy bravo.„—"Muy bravo„, contestó el marqués Séneca.—"Permitidme que le invite á cenar„, dijo el obispo.

———

Por haber hablado de aquella manera es por lo que se vé ahora en Carpi una estátua de mármol de baron dentro de la iglesia; esa estátua está en el sepulcro de Onfroy, héroe de otra edad; encierra un epitafio en el que se exalta su bravura, su virtud, su grandeza de corazon; ese epitafio lo escribió en versos latinos el obispo Afranus.

La confianza del marqués Fabricio.

I.

Isora de Final.—Fabricio de Albenga.

A las orillas del mar de Génova, en lo alto de una montaña, que en otro tiempo vió pasar á los francos de Faraon, viven un abuelo y una niña, solos, en la ciudadela de Final, custodiados

por una guardia fiel y defendidos por murallas y por barrancos; la niña tiene cinco años y el abuelo ochenta.

La niña se llama Isora de Final; es la heredera del feudo que tiene la frontera en Witinkind; la huérfana vive sola con su abuelo: el herbaje que cubre las losas en sus hendiduras forma ventanas verdes; por aquel intransitable camino no se oyen pasos jamás.

El anciano es el marqués de Albenga, aquel Fabricio tan bondadoso, tan querido del pastor y de los labradores, que fué, para guerrear contra el Papa ó contra el emperador, comendador en el mar y general en las ciudades; Génova le hizo abad del pueblo, y combatió para arrancar de manos viles el Estado y entregárselo á los reyes. Comparado con él, cualquier hombre era pequeño; era un verdadero espartano; la lealtad estrechaba la mano cordial de aquel hombre, obstinado en hacer el bien. Como era hijo bastardo de Othon, llamado el Nonnato, porque en el año 1230 le sacaron del vientre de su madre Honorata, que estaba espirando, los reyes le miraban con desprecio; pero Fabricio se vengó, valiendo más que ellos. A los veinte años era un jóven rubio y hermoso, que tenia el aspecto de un tribuno militar de Roma, y como para expresar los azares del destino, de los que siempre triunfa el héroe, un grabador florentino esculpió un laberinto en su escudo. Las mujeres le admiraban; consiguió ver huir ante su fortuna á los bravos Requesens, Chandos y Robert; los príncipes palidecian cuando le veian iracundo, y en una ocasion obligó al Papa á que huyese rápidamente en las galeras de Génova; sabia romper lanzas y cadenas; guerreaba por gusto, pero sobre todo por emancipar; todos pregonaban su magnanimidad en aquel siglo fuerte, al que sucedió un siglo traidor. Su bandera buscaba siempre la borrasca y el huracán; yendo y viniendo en la oscuridad como un temible fantasma, irguiendo orgullosamente su cimera llameante, hombre augusto por dentro y de hierro por fuera, compendiando en sí la gloria y la pátria, salvando las leyes, defendiendo las murallas y vengando los derechos, durante cincuenta años ese soldado, cuya frente se dobla hoy al peso de las arrugas, fué la armadura de hierro de la antigua Italia, y aquel siglo oscuro conserva aun el reflejo de su fulgor.

II.

El defecto de la coraza.

Ahora es viejo; su torre le sirve de claustro; su vida vá declinando y siente crecer en su alma la confianza honrada y tranquila de los grandes corazones; el bravo no cree en el cobarde, los vencedores son fuertes y el héroe no cree que existen bellacos. Lo que osan los tiranos, lo que aceptan las turbas, no lo comprende; está fuera de aquel siglo vil, que apenas vé; como nunca usó de malas mañas, jamás temió; tuvo siempre el defecto de ser cándidamente crédulo, y cuando fué vencido, lo fué por su lealtad; cuanto más peligraba se creia más seguro. Olvidado como si viviera en un destierro, el pueblo antiguo conservaba su memoria, pero el pueblo nuevo no le conoce, y ese anciano, que brilló como un astro, se extingue cubierto por espesa niebla.

En aquella bruma, en la que se dispersan los rayos del sol poniente, disfruta de la extension del mar y de la extension del cielo, que derraman la alegría sobre la felicidad y el tedio sobre la afliccion. Todo quedó ya detrás de él; la sombra de un siglo entero se extiende ante sus pasos; parece que siga con la vista no sé qué noble fantasía, y algunas veces camina y anda sin oir y sin ver. Triste es el declinar de la vejez; cuando llega la noche para el hombre, siente el decaimiento de la obra que vá á terminar. Parece que hay instantes en que el alma se ausente del cuerpo y vaya á preguntar á las altas esferas si es hora ya de partir.

No tiene de qué arrepentirse, no siente remordimientos; despues de haber vivido ochenta años conserva todavía el alma pura: algunas veces, á ese soldado, que se apoya de codos y se encorva, algun muro ruinoso le ofrece apoyo; grave y pensativo, es muy querido de los que le rodean; se necesita querer verdaderamente para echar raices en aquella soledad y en aquella ruina y la hoja de la hiedra tiene la forma de un corazon.

III.

Abuelo materno.

Ese anciano es una encina que adora á una flor; en una niña ha concentrado toda su familia. Sin recelos, sin miedo y sin inquietud, todas las mañanas se ciñe la espada, hoy mohosa, y que ayer pesaba tanto como la razon de estado: cuando algunas veces, como venerable reliquia, con gran esfuerzo saca de la vaina el acero ilustre, cree tranquilamente, al sentir su peso, que siente el peso de la suerte. Todo hombre en el mundo lleva en la mano algo que, del bien y del mal, del efecto y de la causa, del género humano y de Dios, le hace sentir el peso: el juez, el libro de las leyes; el rey, su cetro de oro, y el sepulturero, su pala de madera.

Todas las noches lleva la niña á la capilla; ésta reza y mira alegre con sus hermosos ojos á su abuelo, preguntándole por todo lo que vé allí, y á Fabricio se le humedecen los ojos. La mano que tiembla ayuda á andar á los piés que titubean, y atraviesan los pórticos y las filas de los pilares, poblados de serafines y de caballeros; cada estátua vibra conmovida al oir los suaves pasos, y todas ellas parece que en la oscuridad saluden, los héroes al anciano y los ángeles á la niña.

Algunas veces Isora se escapa en cuanto amanece, y sola se vá á jugar á algun gran torreon, que, desmoronándose entre matorrales, mezcla en su edificacion la leyenda romana con los recuerdos sajones. La niña, ese pobre sér, que compendia toda una noble raza, asusta al pasar al macho cabrío, que en las hendiduras de los muros masca las hojas del alcaparro, mientras por detrás de ella oye llegar al abuelo, que la busca siempre desde que raya el alba. La niña corre, vá y vuelve, vaga de tumba en tumba, persigue á las mariposas, se sienta pensativa sobre algun viejo arquitrave; y la torre parece que sea feliz, y la niña parece que sea grave: la ruina y la infancia tienen secretos acordes.

IV.

Solo un hombre sabe dónde está escondido el tesoro.

En un siglo en el que todos los pueblos tenian un jefe que los oprimia y en el que los reyes eran buitres y los príncipes aves de rapiña, no era posible encontrar un solo hombre que despreciara la torre espléndida de Final, que era además rico marquesado; todos los años los alodios, las rentas, los censos sobrecargaban veinte mulos con sacos-coches macizos; la gran torre vigilaba el Sur, el Norte, el Oeste y el Este, con los cuatro Evangelistas esculpidos y dorados en las cuatro ballestas, que servian de remate á la fortaleza; custodiaban además á la montaña dos castillos, como dos soldados de piedra que ocultan sus armas bajo los mantos. Un tesoro, cuando se abre el cofre que lo contiene, le parece al que lo entrevé una fantasía de carbunclos; pero este tesoro está amurallado en una discreta cueva, cuyo secreto solo conoce el marqués reinante; esa cueva sirvió en otro tiempo de celda á una religiosa; en aquella época solo Fabricio conocia dónde estaba encerrado este secreto; el hijo de Witinkind envejeció en la guerra, y Othon selló entonces en los aposentos de abajo veinte arcones forrados de hierro y con cerrojos; Anselmo, algun tiempo despues, los hizo llenar de cruzados (1), para que andando el tiempo no se careciese de esta moneda: el casco del marqués era de oro; tenia esculpidos los reyes persas Narse y Tigrane en la visera, cuyos agujeros estaban orillados de filigrana, y en lo alto de la cimera, construida de una sola piedra de ónix, un brasero de rubíes quemaba al ave Fénix; el único diamante que encerraba el cetro pesaba una onza.

V.

El cuervo.

Una mañana se oyeron sonar bocinas. Se presentó un nuncio acompañado de un correo, portador de una carta del rey que se llamaba emperador; Ratbert la habia escrito antes de ir á Tarento, y anunciaba en ella que iria á visitar á su parienta Isora, para darle un beso en la frente y para que recibiera la honra de su visita. Inclinándose el nuncio, dijo al marqués:—"Señor, su majestad no visita

(1) *Cruzado*, moneda portuguesa.—(N. del T.)

más que á reinas„. Además del mensaje, el emperador le enviaba un presente espléndido, un carreton grande lleno de juguetes de niña, que cuando lo vió Isora lanzó exclamaciones de júbilo.

El nuncio, para regresar hácia el noble señor que le dió la embajada, pidió permiso á la niña, y como enviado del victorioso y noble emperador, la saludó como se saluda á las soberanas.—"¡Sed bien venido! ¡Levantad el rastrillo, bajad las cadenas! dijo el marqués; tocad la trompa, tocad el olifante!„ Y orgulloso al ver tratar á su hija como reina, resplandeció la alegría en su faz leal.

Cuando leia por segunda vez la carta del emperador, un cuervo que pasaba proyectó en ella su sombra.—"Pájaros negros guiaban á Judas cuando iban buscando á Jesús, dijo un centinela; señor, fijaos en ese cuervo.„ Mirando cómo aquella ave se cernia sobre una torrecilla, contestó el anciano:—"Bah! Compañero, yo me cernia más alto que ese cuervo, que construye su nido en la torre de más altura de toda la comarca, y yo le conozco; cuando volaba por las noches lanzando gritos, hacia temblar á todos, pero no á mí, que le veia con cariño, porque ese cuervo centenario volaba hasta las regiones donde estallan los truenos.„

VI.

El padre y la madre.

Los marqueses de Final tienen su real sepulcro en una cueva, en la que de dia y de noche arde una lámpara: al anochecer, el hombre que cuidaba de proveerla de aceite descendia hasta el subterráneo por medio de una pendiente, en cuyo subterráneo cada marqués duerme el sueño eterno al lado de su marquesa, sin apercibirse de que un antiguo servidor hace que allí nunca se extinga la claridad. En el sitio mismo de donde cuelga la lámpara estaba el monumento de los dos últimos difuntos; para reanimar la llama y para quemar perfumes, el servidor se acercó, y apareció á su vista, sobre el fúnebre lecho esculpido, el matrimonio que dió por fruto un único hijo, el matrimonio que dió á luz á Isora; esposo y esposa permanecian acostados al lado el uno del otro, convertidos en dos estátuas, con las manos juntas, con hábitos señoriales; el hombre tenia al lado su leon y la mujer su perro. El sirviente vió que la lámpara estaba bien encendida; despues se encorvó para contemplar, con los ojos empañados por las lágrimas, al padre de su señora de granito y á la madre de piedra; pero en seguida retrocedió asustado, porque se imaginó ver que aquellas dos frentes, dirigiéndose hácia la oscura bóveda, se entristecian de repente, y que ella adquiria aspecto más triste y él aspecto más feroz.

VII.

Alegría en el castillo.

Se vé á lo lejos la larga fila de pesadas carretas que precede ó que sigue á las caminatas imperiales; se oyen repetidos sonidos de trompetas, gritos que repiten los ecos de las montañas, y un bosque de lanzas se vé brillar en el lejano horizonte. Toca la campana de Final, porque aquella mañana esperan la visita del noble emperador.

Arrancan de las torres todas las yerbas parásitas; blanquean con cal, de prisa, todas las paredes; arreglan en el patio platos con frutas maduras; granadas traidas de los montes de las Alpujarras; ponen vino en barriles y aceite en jarros; enraman toda la escalera; asan en la cocina un jabalí; se vé humear la piel de los animales que matan para el banquete; están todos alegres en el castillo; han extendido debajo del gran pórtico el rico tapiz en el que Blanca de Este bordó en otra época á los tres héroes, Macabeo, Amadis y Aquiles, el fanal de Rodas y la cuadriga de Aetius, y en tres medallones á los tres poetas Platon, Plauto y Scæra Menor. Aquel tapiz adornaba en otros tiempos la cámara mayor, y segun referian los ancianos, el rey sicambro Witinkind le hizo clavar en aquel sitio, porque le pareció que á sus hijos les daba miedo en la cama.

VIII.

La toilette de Isora.

En el gabinete de Isora habia multitud de sirvientas; para acoger dignamente al rey de Arlés vistieron á la niña sus mejores galas; frente á ella está sentado en un sillon el venerable abuelo, recordando sus pasados dias y contem-

plando con júbilo la alegría de Isora y sus cabellos de oro. Isora está sentada en el lecho con las piernas desnudas; sus ojos azules despiden cándidos resplandores y sus pequeños brazos tienen el movimiento de las alas. El veterano le coge las manos y se las calienta.

—"Quiero que estés muy hermosa, porque viene á verte un señor que es muy bueno, un rey, un emperador: no es un cualquiera como nosotros; es jóven, reina en Arlés, en Francia; le saludarás con mucho respeto, y quiero que no te olvides de llamarle monseñor; ¡ya ves qué juguetes tan preciosos te ha regalado! Acudirán todos los campesinos de la comarca, que te quieren mucho, y tú les echarás cequíes de oro, procurando que todos caigan dentro de la gorra que para recibirlos te presentarán.„

El marqués, hablando con las sirvientas, les quitaba las prendas que debia vestir Isora de las manos, y decia:—"Dejadme que yo la vista: cuando su madre era tan pequeña como ella, yo tenia ya la barba gris; desde que amanecia venia á la cabecera de mi lecho; algunas veces queria sujetarme la espada, y se pinchaba muchas veces los dedos con los clavos del cinturon; entonces se reia. En aquella época mi clarin sonaba victoriosamente por toda la Italia. Mi hija está ahora enterrada. ¿Por qué nos ha dejado tan pronto? ¿Por qué duerme cuando yo velo aun? La hija que crece sin madre está expuesta á mil peligros.„ Decia esto llorando y presentando á su niña todas las prendas de vestir.—"¡No está esto bien arreglado! Valdria más para la niña que viviese la madre y que hubiera muerto el viejo. Pero nunca la olvidaremos, y ya que ella ha ocupado mi sitio, yo ocuparé el suyo.„

Así habló el abuelo, teniendo los ojos empañados por el llanto y sonriéndose sin embargo. ¡Tal es el claro-oscuro humano! Vestia á la niña, mientras, arrodilladas, la calzaban las sirvientas los blancos y delicados piés, perfumándolos con ámbar, y él le sujetaba alegremente el jubon; ¡él, que solo tenia costumbre de sujetar cotas de malla!

IX.

Alegría fuera del castillo.

La noche vá á aparecer, el sol desciende en el ocaso, y en las rocas de los mares, en las colinas, en todas partes, los milanos, los mochuelos, el azor, la oxífraga, todas las aves de rapiña que comen carne humana, hijas de los antiguos buitres que nacieron del águila romana, todas se reunen; unas revoloteando en torno de un cráneo, otras picoteando en las horcas, éstas quitando los aparejos de un mástil roto, aquellas levantando el vuelo desde las paredes de los lazaretos, y todas acudiendo tumultuosamente hácia Final, hácia la alta y sombría cumbre que almenó Othon, hijo de Aleram el Sajon, se dicen unas á otras:—"¡Allí vá un emperador!„

X.

Continuacion de la alegría.

Tocan las campanas y las músicas, se oyen aclamaciones, se disparan fuegos artificiales y se iluminan todas las torres. La colosal mesa se ha preparado al aire libre. Lo que se tiene á la vista repugna al pensamiento y dá miedo; es la alegría espantosa del mal; es el patio del castillo enteramente rojo como resultado de tenebrosa orgía; es Final, pero Final vencido y destrozado; es un canto en el que se oye el ¡ay! de la agonía; un abismo en el que resplandecen fulgores infernales; es el triunfo obsceno de la sombra; es la cena de Satanás aparecida en un sueño.

En un ángulo del patio, como testigo sombrío, un esqueleto de torre, formidable escombro, sobre su roja cumbre, que hace huir al cuervo, levanta y sacude al viento, ardiendo como una antorcha, todo el ramaje y toda la hojarasca de un olmo, gigantesco criado que lleva enorme candelero; la bandera del imperio, enarbolada entre el tumulto, hincha su águila inmensa al soplo del viento de la noche.

Cortejo extraño se ha reunido allí; allí se ven mujeres y sacerdotes, prelados entre los duques, monjes entre los

raitres; los báculos y las cruces de los obispos entremezclados con las picas y con los dardos, y las mitras parecen hierros más gruesos de lanzas. Un torbellino de horror, de violencia y de sombra se arremolina en todos aquellos corazones. Aquellos repugnantes convidados parece que no tengan aspecto humano; están celebrando uno de aquellos banquetes del mundo monstruoso, que reina y vive desde la época de los Heliogábalos; el lascivo laud suena acorde con los feroces címbalos; los besos cínicos se prodigan; apenas hay diferencia entre los lobos y aquellos hombres, entre las perras y aquellas mujeres; todos los apetitos infames, el deseo, el instinto vil y la embriaguez, llamean en las horribles miradas. Algo rojo humea entre las losas; pero por tibia que sea aquella dudosa espuma, se han roto y se han abierto bastantes barriles para comprender que aquello es vino que corre por el empedrado.

Celebran una ilustre boda? ¿Celebran algun inmenso duelo? No puede comprenderse qué desenlace es el que se presencia, ni si aquel repugnante mundo es extraño á la tierra; si los que comen son vivos ó son larvas, si lo que en la sombra confusa sobrenada es el fin de un festin ó es el fin de una carnicería. De vez en cuando el tambor, el sistro y el clarin producen esos sonidos rabiosos que enloquecian á Neron. Aquellas gentes rugen, cantan, beben, comen y aullan. Ratbert está sentado en su trono, contento, pero lívido. Aquellas gentes son, en la embriaguez producida por el botin, una partida de bandoleros.

Casi desnuda, sobre montones de rosas deshojadas, como antigua deidad en su apoteósis, orgullosa, recibiendo todas las salutaciones y con movimientos lascivos, sonrie la rubia Matha cerca de su señor. Grandes braseros, aumentando sus llamas, hacen resplandecer el oro de multitud de vajillas; mellan, destrozando los corderos, las liebres y los faisanes, los cuchillos que hace poco eran puñales; Sixto Malaspina está pensativo detrás del rey; todos los labios se lanzan á la embriaguez y en ella se sumergen. Rematan á un moribundo al destripar un tonel; los ojos creen ver, entre los huesos de los cabritos y de los corderos, á la temblorosa claridad de las antorchas, que roen los perros, huesos humanos; cantores griegos entonan himnos á Ratbert, llamándole César vencedor, génio y dios; se oyen por algunas partes ayes de agonía; el hedor de la mortandad se confunde con el vago olor del incienso, que quema en cofres y en cajas de plata sobre trípodes de nácar; los pajes, los criados, conservando aun el frenesí de la matanza, sirven al emperador en el banquete, despues de haberle servido en el degüello; las orillas de los platos conservan la huella de manos ensangrentadas, y por encima del festin, en el cielo de la noche, por todas partes se eleva un vapor alegre, ardiente é inflamado, y las almas de los muertos ascienden entre esa humareda.

XI.

Quedan satisfechas todas las hambres.

Las aves de rapiña pensaron discretamente y supieron olfatear la traicion. Un infame sorprendió al bravo indefenso, y aplastó al mismo tiempo á la vejez y á la infancia. Inútilmente algunos soldados leales quisieron resistirse tras el abrigo de carcomidas almenas; todos perecieron; no hubo cuartel para nadie, obedeciendo á la órden que dió el rey de Arlés al preboste Sixto Malaspina. Y en cuanto á los revoltosos, cuando hizo Roma emperador al aventurero real, éste les dió muerte y perecieron colgados del pórtico principal del castillo.

Mientras que en alegres cantos recréanse los vencedores, alrededor de los postes y de las cruces, de donde penden los que Malaspina hizo matar, todas las aves carnívoras abatieron su vuelo, celebrando con los cadáveres un banquete menos repugnante que el que celebraban aquellos bandidos.

XII.

Fabricio declarado traidor.

Un hombre, escoltado por un piquete de lansquenetes, con la bandera inclinada, un heraldo, entró, y parándose ante el gran pórtico del castillo, dijo con sonora y alta voz:

—"¡En nombre del emperador clemente y glorioso, á quien Dios proteja! Pueblo, es notorio para todos que el traidor marqués Fabricio de Albenga se coligó en otros tiempos con gentes de las ciudades y que hizo muchas veces la guerra á la Santa Sede; por eso el emperador, que Dios proteja, citándole á su alto tribunal, tomó posesion de su territorio de Final.„ El heraldo añadió, levantando la bandera inclinada:—"Se cortará la cabeza y se confiscarán sus bienes á todo el que lo contradiga. He dicho.„

XIII.

Silencio.

De repente queda todo en silencio, como si aquel infierno hubiera vuelto á adquirir su figura de tumba. Se extinguió aquel pandemonium de la embriaguez; en el umbral de la puerta del castillo apareció un anciano, un prisionero, un juez, un fantasma. Es Fabricio.

Le conducian allí para que dispusiera de él su señor. La blanca cabellera hacia más visible su palidez; llevaba los brazos atados á la espalda como un ladron, y semejante al milano que con la vista sigue á su presa, viene detrás del cautivo, sin que éste le vea, un hombre que levanta una espada de dos manos. Matha, fijando en él sus hermosos é inhumanos ojos, se rie sin saber por qué, porque reir es su capricho. Diez criados de lanza rodean á Fabricio. El rey le dice: —"Sé que está escondido el tesoro en un sitio que solo tú conoces, y yo te juro que si me revelas ese sitio salvas la vida.„

Fabricio lentamente levanta la vista, le mira y calla. El rey vuelve á decirle: —"Estás acaso sordo?„ Un raitre hace señas al rey de que no.—"Habla, marqués, porque si no hablas, te juro que aunque eres un leon vas á ladrar como un perro faldero.—Ven aquí, verdugo. Dónde está el tesoro?„ El anciano, tieso y helado entre las lanzas que le custodian, parece que se haya condenado á eterno silencio.

El rey continuó diciendo:—"Preparad las cuñas y los grapones. Por tercera vez te invito á que me descubras el secreto.„ Fabricio, sin dejar salir una palabra de sus labios, mira al rey de Arlés, tan fijo y tan ardientemente, que éste se queda sobrecogido, y furioso grita, arrancándose pelos del bigote:—"Te encuentro idiota é inoportuno, y has de saber que los juguetes te los enviaba á tí. Restitúyeme ese tesoro, que es el producto de tus rapiñas, y no me irrites más, porque sino vas á obligarme á que coloque tu cabeza en la torre más alta clavada en una pica.„ El anciano parece de piedra; cualquiera creeria que hasta ignoraba que le dirigian la palabra.

—"Verdugo, ponle en el tormento del borceguí„, exclamó el rey de Arlés. El verdugo se apodera de él, obedece á su señor, y la multitud, azorada, escucha. Crugen los huesos del anciano, pero su boca se calla.

Dispuesto á arrebatar la vida al prisionero, tratándole como á traidor, el verdugo mira al rey.—"Espera que yo te dé la señal„, le dijo Ratbert. Despues se dirigió al anciano:—"Eres caballero que gastas loriga, pero segundon; eres marqués, pero bastardo; si me entregas esos diamantes, que hacen falta á mis coronas, si me haces dueño de ese tesoro, te elevaré á príncipe, y serán para tí las diez galeras de Fez que tengo en mis puertos; te las entregaré con sus quinientos esclavos.„ El anciano parecia sordo y mudo.—"Me desafías! Pues bien, yo te haré llorar„, rugió el salvaje emperador.

XIV.

Ratbert devuelve la niña al abuelo.

Como si pasara una ráfaga de viento que lanzara allí el horror, se extremece Fabricio y hasta los bandidos de aquella horda. Pasan unas parihuelas, de las que cuelga una cuerda; van cubiertas con una sábana; la levantan y se ven los dos piés de la niña que salen fuera de la parihuela. Fabricio se extremece, y el hombre de mármol vuelve á ser el hombre de carne; Ratbert hace quitar el paño negro que vá encima. Aparece Isora extrangulada, que en sus manos

crispadas aprieta todavía un juguete. El anciano, sacando las fuerzas de un gigante, se arranca del pié el borceguí abierto, que el verdugo iba á cerrar, y á pesar de tener los brazos atados á la espalda, rechaza al monton de demonios que le rodea; se acerca á la niña, y cayendo de rodillas ante ella, con el corazon traspasado, exclama, cogiendo las manos de la muerta:

—"Me la han asesinado! ¡y yo ocupaba una plaza fuerte, y yo con los mios hubiera podido defenderla; pero necio y confiado les abrí la puerta y les dejé entrar; entraron y se apoderaron de la fortaleza que nadie combatia! ¡Valiente hazaña es encontrarse cara á cara con un viejo desarmado! ¡Valiente hazaña es degollar á una indefensa niña! Hasta ahora estaba tranquilo, porque creia que Isora vivia. ¡Será cierto, Dios mio, que me la han asesinado! Eres un bandido! Eres un asesino! ¡Y yo la vestia esta mañana, diciéndola: ¡Es preciso que te encuentre muy hermosa! ¡Y yo adornaba á este ángel para que me le convirtieran en espectro! ¡Burlaos de mí, que he sido un idiota, que creí que se puede confiar en la palabra de los reyes! Llegaron á mi fortaleza el emperador, sus caballeros, el obispo con el báculo; les dí la bienvenida y les dije: Entrad; ¡y dí entrada á una manada de lobos! ¡Maldito seas, Ratbert, rey, césar, emperador, fullero y bandido, que asesinas á niñas de cinco años! ¡Malditos sean los pasos que das, los dias que vives, la prostituta que te ofrece sonriendo sus desnudos pechos, y tu madre la meretriz y tu desconocido padre!„

XV.

Las dos cabezas.

Ratbert, sonriéndose y casi sin oir las imprecaciones que le lanzaba el desconsolado anciano, estaba escuchando á Afranus, que le decia en voz baja:—"Señor, han encontrado la cueva del tesoro.„ Fabricio lloraba.—"¡Roba, saquea, acuchilla, noble emperador, pero devuélveme mi ángel, devuélveme mi hija! Está muerta! ¡No volverás á abrir tus hermosos ojos, ni volveré á oir tu dulce voz! ¡Cómo la habrán hecho sufrir! ¡Le han apretado tanto la cuerda, que la han hecho derramar lágrimas de sangre!„

Ratbert, lívido y con las manos crispadas al ver al anciano arrodillado ante la niña, gritó:—"Porta-espada, en esa posicion puedes desempeñar cómodamente tu oficio.„ El porta-espada, de un tremendo tajo hizo caer la cabeza del venerable anciano sobre el cadáver de su nieta. Y en aquel mismo instante la cabeza de Ratbert cayó tambien al suelo, como si el mismo golpe de la espada, hiriendo dos veces, hubiera cortado simultáneamente la cabeza del rey y la del anciano.

Todos los que presenciaron aquel extraño y horrible espectáculo quedaron aterrorizados, y dirigiendo la vista al sillon de oro del trono, vieron en él el cuerpo del emperador sin cabeza, y que de su cuello, produciendo el rumor de una tempestad, saltaba un arroyo rojo, que salpicaba de sangre el trono, la mesa y á los convidados.

Entonces, brillando la claridad vertiginosa que marca el paso de un prodigio, se vió la cabeza del rey hundirse debajo de tierra y la otra volar hácia el cielo desplegando alas de águila.

XVI.

Lo que sucedió despues.

En la actualidad el nombre de Ratbert ha caido en el abismo del olvido; el transcurso de los años le ha borrado de la memoria de la humanidad. Nadie supo quién le privó entonces de la vida; muchísimos años despues, Heráclio el Calvo, abad de Foug-Dieu, arzobispo y primado de Lyon, paseando por aquellos campos con el diácono Pollion, vió desde las honduras de un barranco que un arcángel estaba limpiando la espada en las nubes.



¡ASESINADA! ¡ELLOS LA HAN ASESINADO!

XIX.

WELF, CASTELLANO DE OSBOR.

Welf, castellano de Osbor.

PERSONAJES.

WELF.
CYADMIS.
HUGO.
OTHON.
SILVESTRE.
UNA NIÑA MENDIGA.
EL UJIER DEL IMPERIO.

Campesinos, gente del pueblo, estudiantes de la Universidad Carlovingia, soldados.

Ante el precipicio de Osbor.

El borde de un precipicio.—Más allá de éste, que es estrecho, se perfila una torre alta, almenada y sin ventanas.—Troneras aquí y allá.—El puente levadizo, levantado, oculta la puerta.—El precipicio sirve de foso á la torre.—Detrás de ésta se pierde de vista una montaña llena de pinos.—No se vé el cielo.

ESCENA PRIMERA.

EL UJIER DEL IMPERIO y un grupo de gente del pueblo.

EL UJIER.—Yo, ujier del imperio, te intimo á tí, baron rebelde, á que ante la Dieta de Spira comparezcas. Sal y ríndete.

(Reina silencio profundo en la torre. No se oye en ella ningun ruido, ni se vé brillar ninguna luz; parece deshabitada.)

UN HOMBRE DEL PUEBLO.—¿No responde?

UN CAMPESINO.—No.

EL UJIER.—Pues yo ya cumplí mi deber.

(Pasa y desaparece con los cuatro maceros que le acompañan.)

UN HOMBRE DEL PUEBLO.—¡Es muy desdeñoso ese rudo compañero!

UN ESTUDIANTE.—No es compañero de nadie.

EL CAMPESINO.—Es verdad; nadie puede igualarse con él.

EL ESTUDIANTE.—Algunas veces en los campos sembrados permanece alguna cigarra; así ese hombre permanece aun siendo libre.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—Dices bien; la esclavitud se ha extendido á todas partes menos á esa montaña.

EL ESTUDIANTE.—Solo Welf lucha cara á cara con los príncipes de Alemania.

UN VIEJO.—No deja que pase nadie por su montaña; es el protector de ese terreno no hollado y que él defiende. Es padre de esos bosques; tiene de centinela á la torre, desde donde acecha. Sus miradas lanzan relámpagos funestos y nadie se atreve á atacarle. Su casco no ha saludado nunca á la corona.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—¿Está solo en la torre?

EL VIEJO.—No le acompaña ni un arquero.

EL ESTUDIANTE.—Mientras viva, la pátria no estará completamente encadenada.

EL VIEJO.—Nunca quiso casarse, por no introducir en su antro á alguna persona tímida.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—Se dice que vive allí como un salvaje, sin jefe, sin regla alguna; que hace que le traigan la comida las águilas; se dice que nunca se ha reido.

EL VIEJO.—Es viudo y ostenta su luto con dignidad.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—¿Viudo de quién?

EL VIEJO.—Viudo de la libertad.

EL ESTUDIANTE.—Ocurrente anciano!

EL VIEJO.—Es inaccesible; vigila su foso, tiene levantado el puente levadizo, acecha por los agujeros del rastrillo y no se fastidia jamás.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—Pues ese precipicio es profundo.

EL ESTUDIANTE.—Y la muralla muy alta.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—Rechaza á un señor; pero admitiria un huésped?

EL VIEJO.—Si es pobre, sí.

EL ESTUDIANTE.—Ningun rey bebió nunca en su copa.

EL VIEJO.—Vive sin prestar homenaje y sin pagar tributos.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—Pues es feliz, porque los impuestos nos hacen contraer deudas.

EL VIEJO.—Pero esto se le acabará. Los príncipes están deliberando; están á la otra parte de la montaña.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—¿Qué príncipes son?

EL VIEJO.—Nuestro duque Cyadmis, el rey de Arlés y los dos formidables amigos que nunca se separan, el uno maldice y el otro hiere, Othon III, emperador, y Silvestre II, Papa.

EL ESTUDIANTE.—Eso nada importa; las rocas y la torre son fuertes, Welf es

viril; desconoce el miedo, pero conoce el peligro.

El hombre del pueblo.—Por eso le ataca de frente.

El estudiante.—Como Hércules no sabe temblar y como Aquiles no sabe retroceder.

El viejo.—Pero los reyes están hartos de ver que aun está en pié el armado ermitaño de esa montaña. ¿Veis desde aquí aquella cabaña, situada en las profundidades del barranco, y que está al abrigo de los vientos? Pues allí están reunidos los reyes.

El hombre del pueblo.—Cuántos?

El campesino.—Cuatro.

El viejo.—Esa torre les molesta y han decidido derribarla. Para conseguirlo tienen tropas y vasallos decididos.

El campesino.—¿El castellano por fin les dejará libre el paso y se rendirá á los reyes?

El hombre del pueblo.—Si es prudente, sí.

El estudiante.—No se rendirá si es heróico.

El viejo.—Es prudente y es heróico.

El estudiante.—La torre se resistirá teniendo en ella á Welf por única guarnicion, que ese caballero no es acomodaticio. Pondrá carbones sobre brasas ardientes y lanzará á los que le sitien pez inflamado, aceite hirviendo y plomo derretido.

El campesino.—Eso creo.

(Se vé salir humo de lo alto de la torre.)

El viejo.—Precisamente ahora está encendiendo fuego; fijaos y vereis salir el humo.

El estudiante.—Sin duda piensa presentarles batalla.

El hombre del pueblo.—Y adoptar la actitud de un héroe.

El campesino.—Pues yo quiero presenciar el fin de la aventura.

El hombre del pueblo.—Nosotros, cuando vemos venir á los príncipes, huimos de ellos, pero Welf los afronta. Ha cerrado la puerta.

(Señalando á la torre.)

El estudiante.—Vamos á presenciar la lucha de un caballero contra un ejército.

El viejo.—El solo equivale á una nacion. Ordinariamente todo es proporcionado; el pequeño es grande si se le compara con otro más pequeño; pero Welf es superior á todos, es un dios.

El hombre del pueblo.—Suenan los clarines; silencio. Vamos á ocultarnos entre las peñas.

(Al oir sonar los clarines, todos los que están en escena desaparecen por diferentes lados. Entran una porcion de criados de lanza con grandes picas, que preceden á los clarines. Despues un porta-estandarte, que vá cargado con el pendon de guerra; detrás del pendon aparece un hombre á caballo, con cota de malla de capuchon, en el que brilla una corona ducal. Se paran los soldados, el pendon y el hombre montado, que vuelve la cabeza hácia la torre. Los clarines callan. El hombre montado saca la espada. La torre continúa humeando.)

ESCENA II.

Cyadmis, luego Hugo, luego Othon y despues Silvestre.

Cyadmis (dirigiéndose á la torre).—Nadie tiene derecho á tomar un palmo de tierra al príncipe á quien Dios concede un título hereditario. Aislarse es hacerle traicion. Welf, castellano de Osbor, que debíamos cazarte como á un oso, te provoco al són de los clarines como á hombre, pero antes deseo hablarte amistosamente. Debo inducirte á que seas prudente y dócil al buen consejo que voy á darte. Baja el puente levadizo; deseo llegar hasta la torre, quiero entrar en ella. Esa montaña no es una isla como la Creta ni como la Bretaña, y ese foso no es un mar. Baron, permíteme que llegue hasta tí, y yo mismo te calzaré las espuelas; te admitiré en mi ejército, acostumbrado á vencer, y serás su capitan. Baja, abre la puerta y hablemos. Pardiez! ¡tú no has nacido para vivir entre cuatro murallas! Ven conmigo y juntos ganaremos batallas, que es muy honroso blandir la espada y ser el brazo de la victoria. Es una felicidad partir para la guerra. En cámbio de un castillo, situado entre peñascos, te ofrezco una tienda de seda y de oro, el alegre rumor de los campamentos y el sonido glorioso de los clarines. Iremos á conquistar el mundo y nos apoderaremos de vino y de mujeres; tendremos muchas francachelas, y no te acostarás solo sobre un monton de paja. Baja el rastrillo, acepta lo que te propongo, seamos amigos. Abreme y te daré todo lo que te prometo; si no lo aceptas, ¡ay de tí! Caerás aplastado debajo de tu arruinada torre, porque estoy acostumbrado á acometer semejantes empresas. Convertiré tu torre en una ruina. Soy Cyadmis, duque y marqués de Thuringe. Abreme.

(Silencio en la torre. Aparece un estandarte que lleva en el asta una corona de rey. Detrás de un grupo de trompetas entra un hombre á caballo, vestido de brocado de oro y llevando la corona en la cabeza y el cetro en la mano; detrás de él llega una compañía de ballesteros borgoñones coronados de flores; llevan grandes ballestas, escudos forrados de piel de buey de la

altura de un hombre y los piés con calzado de cuerdas. Todos se paran; HUGO, volviéndose hácia la torre, dice:)

HUGO.—Soy el rey de Arlés, la ciudad de las floridas colinas; son mis feudos Orange y San Pablo de los Tres Castillos; me llamo Hugo, soy hijo de Boron. Escúchame, hombre de las montañas, que nos haces sombra. No puedo verte, pero sé que estás detrás de las murallas y quiero hablarte. Sin duda habrás oido hablar de Arlés, cuyo abuelo es Priamo, porque hasta nuestros montes, antes que los focenses, vinieron los troyanos; Arlés es hija de Troya y madre de Grenoble; Isidoro la llama ciudad nobilísima, y Teodorico, conde y rey de los godos, la queria entrañablemente. Los franceses no la tendrán nunca. Génova, Palma, Mallorca, Rodas y Tyro son mis puertos tributarios; poseo el Ródano, y el Austria es uno de mis dominios. Arlés es rica; compra votos á la Dieta; los califas le envian preciosos regalos, y recibe por el mar esos presentes que consisten en perfumes de la Arabia y en delicadezas del Asia, y es tanta la belleza de sus torres, que atraen á las águilas y rechazan á los buitres. Saludan á mi cetro cien vasallos que son todos príncipes. Poseo el Rhin con sus siete montes y la Galia con sus siete provincias. Sentiria tener que atacarte; danos esa montaña y yo te daré un ducado. Te ofrezco en Borgoña tanta tierra fértil cuanta posees en ese monte solitario. El trovador Eurico de Auxerre me ha hablado de tí. Arlés te espera. Te ofrezco en mi ciudad latina un palacio, en el que recibirás como huéspedes á los poetas, que te cantarán como en los tiempos pasados, en los que se creia en los falsos dioses. Serás un señor de mi noble escolta y presidirás las Córtes de Amor. Te ofrezco un clima más benigno y menos tempestuoso que el de tu montaña; te ofrezco el agradable Mediodía, en el que cogerás rosas y lirios de Engaddi. Acepta. El áloe, la palmera, los claveles y los jazmines perfuman y embellecen nuestros vergeles, y el dios antiguo, que se llamaba Primavera, que adoraron en Grecia, reunió todas las flores que le quedaban para ofrecérselas á las abejas del Hyble. Baja el puente y ábreme la puerta. Acepta lo que te promete el rey de Arlés.

(Silencio en la torre. El humo se espesa y se hace rojizo. El rey se coloca al lado del duque. Aparece una bandera de brocado de oro que tiene bordada un águila con las alas tendidas, á la que preceden soldados que tocan trompas y címbalos. Detrás de la bandera entra un hombre á caballo vestido de púrpura, que lleva un globo en la mano y que ciñe imperial corona. Sigue á éste un potro con cabeza de carnero, de bronce, que llevan croatas desnudos, que tienen seis piés de estatura. Rodean al carnero montañeses del Tirol, que se ciñen sayos de varios colores y que van armados con hondas. Páranse todos delante de la torre. Las trompetas y los címbalos callan.)

OTHON (mirando á la torre).—El emperador Othon viene á hablar al baron bandido Welf y á decirle:—"Vasallo, ábreme tu castillo, que vengo á perdonarte„. Cuando viene el emperador de Alemania, la clemencia viene con él; absolver al hombre me parece poco; quiero además dejarle satisfecho. Cuando perdona el emperador, concede una provincia. El duque te hace soldado, el rey duque y yo príncipe. Cada uno te engrandece segun la medida de sus fuerzas. Puedo acabar contigo, pero prefiero atraerte á mi centro y á mi esfera, darte esplendor, y que seas rey al lado del emperador, astro al lado del sol. Tu coronado pendon será casi igual á mi bandera. Obedece, Welf. Sustento el globo en mi mano, soy árbitro de la paz y de la guerra; te ofrezco el reino de Hungría. Aceptas?

(Silencio en la torre. El emperador se coloca al lado del rey y del duque; aparece una cruz grande de oro de tres brazos. Detrás del porta-cruz, que lleva hábito de color de violeta, viene montado en una mula blanca un anciano vestido de blanco, que ciñe en su frente la tiara. Vá solo y sin guardias. El porta-cruz se pára. El anciano se vuelve hácia la torre y dice:)

SILVESTRE.—Yo soy el que tengo las llaves. La fuerza puede menos que la virtud. Consiguen más dos manos juntas que oran que todas las máquinas de guerra. César es grande, pero Cristo es Dios. Yo soy el padre de la humanidad, y lo que el emperador empieza, lo termino yo; él absuelve en el mundo y yo absuelvo en el cielo. El César no puede conceder nada que sea eterno; te ofrece una corona, pero yo puedo ofrecerte la salvacion de tu alma. Al aislarte, produciendo infame cisma, fuiste excomulgado y has perdido el alma; pero yo la redimiré. Arrepiéntete, anciano, de haber retrocedido hácia Satanás y de haber ultrajado al cielo, interponiendo entre tú y nosotros ese precipicio. Si quieres recuperar tu parte perdida de paraiso, huye de los malditos y forma parte de los elegidos; obedéceme, que soy el Papa, que soy el heredero de los apóstoles.

(Aparece un hombre entre dos almenas en lo alto de la torre. Vá vestido de hierro. Le sale la barba blanca por debajo de la visera calada. Su figura se destaca negra en el fondo de nieve de la montaña. Poco á poco empieza á anochecer.)

ESCENA III.

Los mismos y WELF.

WELF (desde la torre).—¿Qué es lo que quereis? Dejadme y seguid vuestro camino. Aborrezco tu espada, duque; tu cetro, rey; tu globo imperial, César, y no creo en tus llaves, Papa. ¿Qué es lo que abren? Infiernos. Tanto es así, que Roma es el calabozo de Cristo, y para que yo viera en tí el hombre que pueda abrir las puertas del paraiso, seria preciso que desenganchases tus horribles caballos, que se llaman Guerra, Odio, Anatema, Orgullo y Venganza, mónstruos que pretendes que arrastren el carro de Dios. Los cabreros que vagan por las montañas son mejores pastores que los sacerdotes, y para mí tiene más valor que vuestros báculos de oro su grosero cayado. ¡Benditos sean los rebaños que pastan en los citisos! Las mujeres hacen que los hombres cometan muchas necedades, rey de Arlés, y yo soy fuerte porque tengo por esposa esta torre y porque tengo por querida á la muerte; mi clarin de guerra es el huracán. ¿Qué puedes ofrecerme que equivalga á mi montaña, César, rey de los romanos y de los bohemios? Pudieras darme tu águila, pero yo tambien tengo águilas. ¿Qué venís á buscar aquí? No hay en este sitio más faz humana que la mia. La tierra conoce vuestros nombres y ella sabe las lágrimas que le ha costado conocerlos. Sois los escamoteadores de las ciudades, los ladrones de los pueblos, los jefes del saqueo eterno. Qué venís á buscar aquí? No poseo ni una sola aldea. Yo solo soy un espectro que vivo libre en estos bosques. Vosotros sois héroes que realizais hechos célebres, pero yo no os necesito. Nada poseo, ni un solo hombre vive á mi lado. Por qué venís aquí? ¿Quereis arrebatarme mi soledad? Soy baron en esta torre, larva en estos escombros, soy el guardian de este desierto. Creo en Dios. ¿Será que estos salvajes bosques tientan tambien á los reyes? ¿No disponeis de bastantes miles de hombres? Contentaos con los innumerables vivientes que exterminais. Huid de aquí! No perturbeis, ciegos poderosos, el murmullo que contesta en estos abismos y en estos montes al ruido que produce mi armadura, el cariño que me profesan y el apoyo que me dá la virginidad de estos espesos bosques. Soy el guardian de un rincon de este salvaje paraiso; aquí reina tan imperturbable paz, que demuestra que el hombre en los primitivos tiempos debió ser feliz en estos sitios; aquí las corrientes de agua son libres, el viento es puro, los árboles tienen silvestre aroma. ¿Qué venís á hacer en este desierto augusto? Sin vuestra presencia el abismo es oscuro, sin vuestra presencia el cielo es azul; no me usurpeis esta montaña que le conservo á Dios. Yo represento el resto del honor que queda de otros dias. Partid! Dejadme! (Desaparece.)

CYADMIS.—Nos desafía!

HUGO.—Que se cubran los soldados con broqueles; arrastremos las máquinas de guerra; preparemos las escalas y ¡al asalto!

OTHON.—Al asalto!

SILVESTRE (señalando el precipicio).—No teniendo alas no podeis franquear ese abismo; vuestros puentes no podrán enganchar sus grapones en la roca viva. Los torrentes caen en ese precipicio y vuestro ejército caerá en él como ellos.

CYADMIS.—Es verdad, ese precipicio no tiene fondo.

HUGO.—No tiene fondo!

OTHON.—No se puede pasar por ahí más que por el puente bajo.

CYADMIS.—¿Qué nos aconseja Vuestra Santidad?

SILVESTRE.—Creo que debemos esperar. La noche se avecina y el tiempo que pasa nos puede favorecer. Ocultad en el barranco guardias que se pongan de rodillas y que acechen.

(Se van todos; solo se ven las puntas de las picas que salen por encima del barranco. Empieza á nevar. Crepúsculo. Se van oscureciendo la torre y la montaña. Aparece una niña pobre y andrajosa, descalza; es una mendiga. Llega por la parte opuesta á la que salieron los reyes. Se arrastra por la nieve, que á cada momento es más espesa. Reina profundo silencio.)

ESCENA IV.

LA NIÑA MENDIGA.

LA NIÑA.—Está muy oscuro y tengo frio. No veo á nadie y oigo ruido... Me parece que es una campana que toca... no, es el viento. (Distinguiendo la torre.) Una muralla... será algun campanario?... ¡Si me perseguirá alguna fiera! Aquí concluye el camino; no podré ir más allá?... Aquí hay un precipicio!... Cómo nieva! ¿Me encerrarán en la cárcel si me ven ir sola por estos campos? ¡Qué miedo tengo! Además, los lobos corren por estos bosques con la boca abierta y con ellos van los aparecidos. Dónde estoy? Me he perdido; no sé qué camino seguir... ¿rezaré? Ay! estoy desfallecida; hace mucho

tiempo que no he comido... tengo los piés despellejados... Madre mia!

WELF (apareciendo en la torre).—Quién es?

ESCENA V.

LA MENDIGA y WELF.

WELF (dirigiendo una linterna sorda hácia el precipicio).—Quién está ahí?

LA MENDIGA.—Veo mucha luz!

WELF.—Es un sér diminuto. ¿Eres niña ó niño?

LA MENDIGA.—Monseñor, quisiera entrar en esa casa.

WELF.—De dónde vienes?

LA MENDIGA.—No tengo pátria en el mundo.

WELF.—Dónde vas?

LA MENDIGA.—No lo sé.

WELF.—¿Dónde están tu padre y tu madre?

LA MENDIGA.—No los tengo, pero sé que otros sí que tienen.

WELF.—¿Por la parte que viniste encontraste hombres armados?

LA MENDIGA.—No encontré á nadie.

WELF.—Pronto han huido!

LA MENDIGA.—Soy niña; no tengo más que seis años; pido limosna, y como hace tan mal tiempo, quisiera calentarme en alguna chimenea. No he comido en todo el dia.

WELF.—Entra, niña; ven á cenar y á dormir en una buena cama al lado del fuego. El castillo te servirá de nido como á mí me sirve de guarida. El brasero, que debia ahuyentar á los batallones, servirá para secar tu cuerpo y tus andrajos; y en vez de ver huir ante sus llamas al asustado imperio, veré cómo te sonries. Loado sea Dios! Esto empezó mal y termina bien. Ibas perdida sin saber á dónde en la solitaria oscuridad; no se dirá, pues, hija mia, que las vetustas rocas no se han enternecido al verte tan desconsolada; ven á la montaña y aquí estarás en tu casa. Voy á bajar el puente.

(Váse. La luz desaparece con él. El puente comienza á descender. Se vé la luz entre los barrotes del rastrillo. Este se levanta y el puente se bajá y llega hasta el borde del precipicio. WELF, con la linterna en la mano, atraviesa el puente y le dice á la niña:)

Ven.

(La niña coge la mano de WELF. Muévense las picas. Clamores en el barranco. Los soldados salen de la emboscada y se precipitan sobre WELF. CYADMIS vá al frente.)

ESCENA VI.

Dichos, CYADMIS, soldados, despues gente del pueblo.

CYADMIS (con la espada desnuda).—¡Apoderaos de él!

(Se arrojan sobre WELF, y aunque éste forcejea, le sujetan y le agarrotan. Ocupan el puente; invaden la montaña; la fortaleza se llena de soldados que llevan hachas encendidas. CYADMIS mira con aire de triunfo á WELF cargado de cadenas.)

CYADMIS.—Caiste en nuestro poder!

LA MENDIGA.—Monseñor, perdonadle!

CYADMIS.—Nos apoderamos de él! Gloria á nuestras banderas!

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—El imbécil se dejó coger.

EL CAMPESINO.—¡Fué un tordo cazado con un espejo!

EL VIEJO.—Viva el duque!

EL ESTUDIANTE.—Viva el rey!

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—¡Viva el Papa!

EL CAMPESINO.—Viva el emperador!

EL VIEJO.—Me figuré que era un héroe.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—Estábais en un error.

EL ESTUDIANTE.—Es un loco!

EL CAMPESINO.—Yo iré á ver cómo le cuelgan.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.—Yo no daria dos escudos por su pellejo.

(Silbidos y burlas alrededor de WELF.)

WELF.—Ay de los vencidos!

El poeta á Welf.

Porque fuiste grande, te ultrajan; entristécete, pero perdónalos. La muchedumbre es ingrata é inconstante y humilla al que vé vencido, y con más encono cuanto más lo admiró ayer. Deja tu recuerdo á aquel sombrío valle, en el que los manantiales desconsolados lloren. Si el mar pronunciara nombres cuando le agitan las mareas, nombres como el tuyo pronunciarian. Fuiste amigo, apoyo y sostén, en el monte del árbol robusto y en la llanura del arbusto frágil. Llegará un dia en que los viajeros subirán hasta las rocas de tu torre, y allí, inclinándose, tratarán de verte, soberbio vencido, en el fondo del profundo precipicio, y con la vista buscarán tu sublime fantasma en el entrecruzamiento de los ramajes que crecen sobre el abismo.

XX.

LOS CUATRO DIAS DE ELCIIS.

Los cuatro dias de Elciis.

Verona recuerda todavía á un anciano que habló francamente durante cuatro dias, en la Scala, al emperador Othon, que fué un príncipe falso. Othon reunia su corte en la plaza pública, teniendo en las gradas del trono doce reyes. Othon tercero, emperador de Alemania y rey de Arlés, cuando estuvo gravemente enfermo, hizo encender un cirio y prometió á la Vírgen, si recuperaba la salud, que á pesar de ser César todopoderoso, daria audiencia y oiria á todos los caminantes que quisieran hablarle, á presencia de los doce reyes y de la guardia romana; el anciano que acabamos de citar le estuvo hablando durante cuatro dias.

Cogieron á un caminante al ir á entrar en su casa. Era en los dias de la tibia estacion; el caminante fué conducido ante el trono, y un sacerdote le hizo conocer la promesa que hizo el rey de Arlés, y éste dijo al anciano:—"Habla todo el tiempo que quieras.„ Entonces, como en otros tiempos Esdras ante Saul, Pedro ante Neron y Job ante el abismo, aquel anciano habló.

El trono era sombrío y sublime; le rodeaban cien arqueros inmóviles; los reyes parecian sordos y el emperador mudo. Ante ellos se extendia una larga mesa preparada con todo lo que puede satisfacer los deseos de los hombres más poderosos de la tierra, preparada con viandas y vinos, con frutos y con flores; en un rincon oscuro se veia un tajo.

El anciano era muy alto, estaba tranquilo, tenia la cabeza descubierta; le llevaron á su casa cuando llegó la noche, y despues le volvieron á traer ante la corte por la mañana; estaba allí como el que habla á un tigre que calla; hizo que el César apurase hasta las heces su voto, y la sabiduría de aquel viejo fué muy semejante á la locura. Estuvo hablando durante cuatro dias, y cuando terminó le dijo el emperador:—"¿Has concluido ya?„

I.

El primer dia.

GENTES DE GUERRA Y GENTES DE IGLESIA.

"Estoy triste, pero eso á vosotros, príncipes, nada os debe importar, porque estais alegres. Iba á cerrar la puerta de mi casa, á poner las baldas y á pasar los cerrojos, y quisísteis que viniera; ¿qué quereis de mí? ¿Por qué me sacais de mi voluntaria soledad? ¿por qué quereis que hable el que desea callar? Rey de Arlés, es imprudente hacer abrir la boca al anciano mientras conserve en ellas un solo diente, porque no siempre dice lo que se desea que diga. Señor, vuestro consejo se compone de hombres jóvenes, rubios, hermosos y galantes; ¿por qué permitís penetrar en él á este viejo campesino, educado en la ruda fiereza de las antiguas costumbres? ¿Desde cuándo se tiene la costumbre de poner una pieza de cuero en los jubones de terciopelo? Para caminar á vuestro lado son mis piés muy pesados.

Si ignorais mi nombre, os diré que me llamo Elciis, que soy gentil-hombre de la ciudad de Pisa, que no he estudiado el Derecho en Pavía y que no tengo el talento de un doctor de la Sorbona.

Señor, si la guerra es buena ó mala, yo no lo sé; pero sea mala ó sea buena, digo que se debe hacer sinceramente y con arrojo, y que la honestidad pública se aflige cuando vé que la guerra es traidora; la guerra rastrera que recluta felones y cobardes silenciosamente, hace resonar menos el estoque que el címbalo; tiene menos espías que chalanes, se apoya en monjes mendicantes y en judíos y emponzoña los manantiales.

Los hombres de mi época hacian la guerra franca; todo el árbol se extremecia cuando le tronchaban una rama, y cuando cortaban el árbol con la cuchilla temblaba todo el bosque, porque aquellos hombres eran sublimes leñadores. Los sobrevivientes y los que nosotros enterramos permanecerán para siempre en la memoria de los pueblos. Los hombres de mi época visitaban las altas cumbres,

yendo rectos á las murallas y escalándolas; no empleaban la oscuridad, ni los lazos, ni las emboscadas: cuando se les preguntaba:—"¿Qué valiente compañero llevais á la guerra?„, contestaban:—"La luz del dia„. Eran los verdaderos hijos de la guerra leal. Dormian poco tiempo, y estaban descontentos cuando no arriesgaban algun peligro; solo dejaban el venablo para tomar el hacha, pues la inmovilidad no place á los guerreros, como el cardenillo no le gusta al acero, y no se ha creado el reposo para las bélicas banderas. Cuando regresaban de los combates estaban rojas sus armaduras como granadas, y sus mujeres encontraban por la noche en sus trajes de guerra anchos agujeros sangrientos. No querian nada mal adquirido. No mentian nunca, no conocian lo que era una traicion; eran gentes de guerra, pero no eran gentes de letras. Con la alegría de las risas pueriles se precipitaban á afrontar cualquier peligro; salia de sus cascos un soplo épico, y cuando les decian:—"La espada es de acero„, la espada, orgullosa, respondia siempre:—"El hombre tambien„.

Qué quereis que os diga yo ahora? Me repugnan estos tiempos porque se han bastardeado. Cuando llegaban los buhos en mi época, emigraba el águila; yo tambien emigro como ella. Barones, con pesadumbre veo que refleja en vuestras madrigueras el fulgor de vuestros antepasados. Creeis que sois leones, tigres y leopardos; leones como vosotros se cogen en las ratoneras. Desdeñais los tiempos pasados, que os atreveis á proscribir; nos haceis temblar y nosotros os causamos risa. Nombrais caballeros, ciñéndoles cadenas de oro, á los traidores, á los pajes de las Sodomas, á los miserables, á los manumitidos que se venden en almoneda pública en las calles. En vano donde veo el collar trato de ver la argolla. Príncipes, mi corazon se entristece al veros, porque yo deseo ver el sol sin niebla y el hombre sin estratagema. Teneis insaciable apetito, menospreciais todos los frenos, aborreceis todos los derechos y llevais por cetro una cuchilla de cortante. En pillar un gran botin se cifra vuestra mayor gloria. Reinais matando, sin decir nunca ¡basta! Vivís siempre embriagados de vino, de cerveza y de sangre, pasando la vida en medio de un lujo abyecto, cobarde y enervante, pues la ferocidad que se entrega á la voluptuosidad, llega á afeminar á los hombres. En nuestro oficio hoy todo está en decadencia; para hacer una coraza buscais á un joyero, como si la armadura temiese tener buen temple. Ordinariamente matais á traicion. Vuestras más famosas y victoriosas hazañas consisten en despojar á mujeres y á niños, en introduciros en los territorios por medio de fraudes, en atacar á los que están dormidos, en llegar como enemigos fingiéndoos amigos; hechos vergonzosos para la espada y para la nobleza, hechos viles que me repugna ocuparme de ellos.

Rey, quien busca un lagarto puede encontrarse con un dragon; algunas veces, buscando algun adulador, encontrareis quien os diga la verdad. Comprendeis que los hombres ligeros en obrar corren gran riesgo algunas veces cuando se vengan, y por eso no sentís ninguna cólera repentina. Cuando os desafía Venecia, mirais hácia Módena. Pesais antes el peligro; no emprendeis ninguna guerra si no os lo aconsejan los adivinos y un astrólogo levanta ó baja vuestras viseras. Consultais con las brujas el grado de honor, de deber y de liberalidad que es posible tener; combatís desde lejos detrás de las máquinas, y os frotais los brazos y las piernas con un aceite mágico para que os haga invulnerables. Quisiera saber si los grandes capitanes, como Carlo-Magno, como Ciro y como Atila, se engrasaron el cuerpo con esos ungüentos.

Sin sentimiento alguno, vosotros, discípulos de las Sibilas, que caminais de noche para tender emboscadas, que sois hábiles, aunque débiles de corazon y de cerebro, del antiguo imperio habeis hecho un imperio nuevo. Es fácil llenar de paja un águila, y en vosotros, Davus reemplaza á Alcides y Thersite á Theseo.

Reyes, el fraude es villano y su provecho es nulo; mentir ó matar es hacer el mismo cálculo; el bellaco es transparente y las miradas leen sus intenciones; la traicion se convierte en la propia carne del traidor, que siente sobre sus huesos un desprecio corrosivo; el hombre, desde que queda deshonrado, viviendo se sien-

te roido por su mala reputacion y por su perfidia, que es visible para todos.

En vuestros campos crece mejor la cizaña que el laurel. Veria yo sin cólera que edificase un cerrajero, sin olvidarse de poner hierros en las ventanas, entre vuestra probidad y mi dinero, una puerta sólida que se cerrara con buenos cerrojos. En cuanto á vuestra palabra y á vuestros juramentos, antes que creer en vuestras firmas, antes que creer lo que jurais por las Escrituras Santas, antes que fiarme de vosotros, me fiaria de los jaguares, de los linces y de los tigres. Este siglo está sumergido en el mar del oprobio.

Tiene el siglo otra plaga, que es sensible enseñar; el clero. Ya que expongo ante vosotros el infortunio público, ya que os expongo nuestras vergüenzas, debo deciros que una de ellas consiste en que el sacerdote se haya sobrepuesto al derecho y que la Iglesia camine por el camino que sigue.

En mi época, todos los hombres, grandes y pequeños, ricos ó pobres, jóvenes ó viejos, observaban el adviento, las vigilias y el ayuno; rezaban á Dios juntando las manos é inclinando las frentes y miraban de reojo á los abades; teníamos la vista fija en ellos; no besábamos con facilidad su capa pluvial y no temíamos á Roma.

Hoy Roma lo domina todo: ¿cómo y por qué? Se permite que los bedeles salgan de las sacristías; el que toca á los clérigos se llena de picaduras de ortigas. Ellos van por todas partes; se acabó la paz. ¿Se desea acortar el baston demasiado pesado de algun obispo? Pues en seguida se arma una contienda. Por vituperar la lujuria de algun monje, por estorbar una comida de un capuchino que está muy grueso, lanza rayos y anatemas el Papa; un solo hilo que se menee hace que la araña salga. Roma ha ganado la batalla en todas partes, y el mundo sucumbe á ella porque la teme.

Se puede combatir á los soldados, pero no á los sacerdotes. La caverna del leon asusta y el nido del águila tiene aspecto colérico, porque se encuentra en él alguno que se defiende; señor, atacar al águila es honroso, porque es temible su pico; atacar al leon tambien es noble, porque son temibles sus garras, porque conocemos que los aquilones que soplan en el Africa, que el huracán que gruñe y desciende del cielo, se agita en los gritos de aquella y el rayo se conserva en las garras de éste. Place batirse con dignos adversarios, pero resolverse á meter las dos manos bajo tierra, á perseguir en las cloacas dormidas al animal que babea y al que vive en el cieno, tener por enemigo al sér que con su fetidez se venga de ser aplastado, es repugnante, y me causa vergüenza y miedo verdaderamente atacar á una larva en el fondo de una cueva y combatir en un agujero por el que sale una mordedura. De esto nace la usurpacion de las iglesias, de los conventos, de los hombres tonsurados, y que el mundo tiemble y retroceda ante ellos.

Roma ha extendido su tela en la oscuridad del crepúsculo. La vasta cobardía de las costumbres constituye su tesoro. Todo vá á desembocar en Roma. Roma acota, rehace y concede su absolucion; el Santo Padre es el grande é indulgente mendigo; el dinero se concede más ó menos al que es más ó menos compasivo, al que reza más ó menos, y la Iglesia es la usurera. Para ser pequeño, pobre y humilde, como Jesús se lo exigia á Jaime, á Simon y á Dimas, el Papa cobra el diezmo. La Iglesia lo hace pagar todo: tanto por tener el derecho de pensar lo que se piensa, tanto por obrar mal, tanto por arrepentirse; se satisface peaje para entrar, peaje para salir; el bautismo vale tanto, casarse vale tanto, morir vale tanto. En todas partes veis tendida la mano que os pide. Jesús decia:—"Amaos„; la Iglesia dice:—"Pagad„.

¡Era hermoso, era magnífico lo que sucedia en otros tiempos! ¡Era consolador ver para todos el cielo inmenso abierto, que fuese gratuita la oracion, y el sacerdote tan pobre que no conocia las monedas de oro, y el altar y el Evangelio tan puros que se abrian gratis para todo el mundo!

Cuando se tiene frente á frente barones que la mayoría de ellos son bandidos, que se defienden en sus fortalezas, que son dueños de algun dominio que

usurparon á los demás, que han redondeado su territorio blandiendo la espada, siendo bravos, pero no con hipocresía ni falsedades, se consigue combatir esas injusticias, pero al fin se consigue, batiéndose y exponiendo la vida y luchando cuerpo á cuerpo; pero que se robe á los pequeños para enriquecer á los grandes; pero que se haga heredar á tal ó cual prelado los bienes de una viuda ó los bienes de un huérfano; que escamoteen las fincas de una pobre vieja ó de un tierno niño, esto es verdaderamente horrible.

Gracias á esas dos calamidades que ayudan á la disolucion, el horror se ha instalado en nuestras torres feudales. En ellas se ven crímenes, aflicciones, banquetes, sacerdotes, mujeres y escándalos. Nos amarga y nos entristece presenciar lo que presenciamos en las fortalezas, en otros dias tan gloriosas, cuando siendo viejas águilas y viejos halcones de las guerras, por las brechas que abria la espada dejábamos penetrar nuestras miradas en la lúgubre oscuridad de los castillos.„

Declinaba el sol; con sus picas los soldados hacian hácia atrás al pueblo en la calle; los sacerdotes, alineados cerca del trono, murmuraban en voz baja.—"Tengo hambre„, dijo Elciis. El emperador le contestó:—"Comed„.

II.

El segundo dia.

REYES Y PUEBLOS.

"Me alegro de que aquí se encuentren reunidos tantos reyes, porque así puedo hablarles frente á frente. Farnesio, ríndenos cuentas de Parma; duque Avellan, rinde las de Montferrat, y tú, Visconti, las de Milán. Poseeis esos paises; veamos cómo los gobernais. ¡La Italia es feliz y presencia espléndidas fiestas! El duque de Sforcia es un esbirro, y es preciso sumergirse en las capas más ínfimas de la humanidad para encontrar otro tan vil como él: cuando quereis disponer de bandidos, Guiscard os los proporciona; hicísteis morir secretamente á Strongoni el año pasado; temeis á Foulque cuando bebe y á Alde despues que jura; Squillaci enrueda y cuelga; Malaspina se dedica á mezclar el beleño con la belladona, y por la noche concurren invitados á sus festines convidados que morirán al amanecer. Si Pandolfo encontró en alguna parte su patente de capitan, ¡vive Dios! que no fué en la tienda de campaña. Sixto extranguló á Thomoud, Urbino á Montecchi; el viejo Cómo degolló á Gravina; Ezzelin es falsario y Ottobon bígamo; Litta, en un baile en Bergamo, hizo que dieran de puñaladas á Bernardo Tumapailler, conde de Jezensac; Juan asesina á Borso; Pons roba el saco que Bocanegra habia dejado en la góndola; Bonacossi arrasa á la Mirandola; el señor de Este, que admiran todos vuestros generales, el año pasado partió con muchos soldados para conquistar la Marca Trevisana, al són de los tambores y de los oboes; en la rinconada de un bosque le atacó un grupo de campesinos, su ejército cedió al primer choque, y ese héroe tomó la fuga y volvió en camisa á Ferrara, despues de haber sido robado en el camino; Guy mata á Alfonso para lograr ser conde romano; el duque Josdinovo vende Niza á los berberiscos; Spinetta hace que le retraten al fresco teniendo un cráneo entre los dientes, como un mono tiene una nuez; Jiesqui envenena á Azzo. Por medio del asesinato Sapandus llega á ser exarca; Cibo, para atravesar el lago Jucino, embarca á sus tres sobrinos, que eran niños, á los que debe heredar, y los ahoga en alta mar.

¡Y vosotros os atreveis á llamaros príncipes! Sois una horda de matones y de malvados. Si os habeis figurado que siendo más infames sereis más gloriosos, si creeis que rejuvenecereis vuestra raza siendo innobles y feroces, os digo y os repito que os equivocais; es un error creer que la fama crece aterrorizando; el cieno no puede limpiar los blasones.

Es para nosotros la más terrible de las afrentas que, habiendo sido caballeros errantes y paladines, sean hijos nuestros estos cobardes, que con su abyeccion perturban el antiguo equilibrio, y son tiranos que nacieron de nosotros, que fuimos hombres libres, y que los que fuimos justos seamos responsables de los que son bandidos. ¿Qué merecimientos han alcanzado para conseguir una fama como la nuestra? ¿Qué lazo comun nos une? Dios poderoso! Nosotros, que fuimos sus desinteresados padres, no merecemos tener esta posteridad. El actual siglo funesto, haciendo gala de hombres

tan cobardes, tan traidores y tan perversos, ofende el pudor de sus antepasados muertos.

Cuando el viento sopla, tuerce la veleta segun su voluntad. Cuando tomé la palabra no tenia intencion de decir todo lo que he dicho, pero lo dije y no me arrepiento. Reyes, hablando de asunto de tanta trascendencia, me inspiro, y al hablar fluyen en mí las ideas insensiblemente; la pátria y sus desastres se aparecen á mi imaginacion y toda la Italia habla por mi boca. Dios quiso sin duda que vuestra alteza viera brotar la indignacion que me arranca el desengaño.

Comprendo y siento que cada vez el público está más frio para el bien y para el mal, para el crímen y para el derecho; que el colmo de la caida es la indiferencia, que la afliccion llega ya á no sé qué grado de sufrimiento, que la ignominia avanza al mismo tiempo que el orgullo del tirano, que la afrenta no pesa y que hasta se declara así. Esta es la suerte que cupo al pueblo y debe resignarse á ella. En todas partes se ven buitres y cuervos; ¿pero dónde están el cisne, la paloma y el alcion? Lo que os acabo de decir os deja satisfechos y alegres, príncipes, pero esto no obstante, oid lo que debo advertiros.

Reyes, si protesta una sola voz, despierta en el profundo silencio un terrible oido, y hace abrir un ojo terrible en la oscura noche: temed á que se produzca en ella el primer ruido; un solo caminante severo y firme desconcierta la inmensidad desierta; un solo viviente basta para que diga á los cadáveres una palabra y para que se despierten sobresaltados. Príncipes, durante mucho tiempo, mientras se cree al cielo cómplice, todo el mundo calla; todo el mundo calla mientras vé que el tirano prospera, mientras vé en su persona un dogma y en su reinado un culto; pero llega un dia en que bruscamente el tumulto se despierta, sobreviene la catástrofe, todo cae, se dispersa y desaparece.

Pisistrato, Manfred, Hippias, Foulques-Nerre, Hatto del Rhin, Juan Segundo, Macrin y Vitellius terminaron desastrosamente. Se puede reinar por medio del fraude ó causando espanto, aconsejado por viles consejeros; se puede castigar á los grandes y pisotear á los pequeños; pero al fin llega un dia en que se cansan de sufrir las muchedumbres, y de repente sale de la noche sombría alguno, cubierto con un manto, que con el puño crispado agita un puñal. En vuestra soberbia es inútil que digais:—"Ante mí todo se dobla y retrocede; desciendo de Tunnus, desciendo de Hércules; todos me respetan, porque nací radiante hijo de héroes, que eran semi-dioses.„—No os fieis de la fama ni de la divinidad de vuestros antecesores, que á nadie inquieta la gloria de los antepasados de un tirano; de cualquier Chereas se aplaude siempre la audacia. No me importa saber si Aureliano fué noble ó plebeyo, si fué dacio ó húngaro; lo que deseo saber es si fué cruel y perverso, y en cuanto al vengador que clava el puñal en sus entrañas, nada me importa tampoco que se llame Mucapor ó que se llame Mnestheó. El tirano cae, el déspota desaparece; no deseo saber ya más.

Hay asesinatos grandiosos; Brutus dá el ejemplo, y Leonidas, dando de puñaladas á Clearque, han probado que eran discípulos de Platon; Harmodius, siendo aun imberbe, dijo:—"Mataré al tirano„, y le mató, y la Grecia le erigió una estátua que llevaba en las manos una espada y flores. Es lícito desembarazarse del rey que produce el infortunio del pueblo, del usurpador que reina cometiendo delitos; esta era la opinion de los griegos, hijos predilectos de las musas, hijos predilectos de las artes. De este modo murieron castigados ciertos hombres infames. No debe perdonarse al que no perdona, y la historia lanza sobre ellos miradas de indignacion.

No soy yo el encargado de administrar esas justicias, que son incumbencia de Dios; yo solo soy un hombre de guerra: no soy profeta ni mago; pero, reyes, os advierto que os exponeis á desaparecer súbitamente. Inútil será que conteis con innumerables soldados; tambien los cometas son fuertes y terribles y tratan de asaltar al rutilante sol atemorizando al cielo; pero Dios, solo señalando con su dedo misterioso la oscuridad de la noche, hace que por ese negro océano huyan los astros piratas.

Se detuvo el anciano al llegar aquí; le faltó el aliento, y dijo:—"Tengo sed„; el emperador le contestó:—"Bebed„.

III.

El tercer dia.

LAS CATÁSTROFES.

"Vuestras apoteósis no son eternas: Dios no concede la eternidad en el mundo. El tiempo con que contais es limitado. Llega el dia en que todo se paga, y la calamidad, que con tanta frecuencia sale de vuestros palacios, entonces entra en ellos. Cuando esto sucede, la muchedumbre, alrededor del antro de su señor, hierve y se hincha; y entonces los pobres descamisados, que ayer eran humildes, rugen bruscamente trocados en hunos y en masajetas. El incendio se extiende hasta las cimas de las torres, y en el palacio, como arbusto de llama, flota; y creciendo al través de los techos, abre sus pétalos brillantes y sus hojas de fuego, y es la rosa horrible y salvaje de los escombros.

¿Qué soy yo, que os dirijo la palabra en estos momentos? Un caminante que iba siguiendo su camino. Me detuvieron, me hicieron entrar, me invitaron á que hablase, y sencillamente expuse mi opinion. Reyes, soy el desconocido que se llama caminante, soy la gran voz del exterior, y todo cuanto digo que os hace palidecer es lo que á vuestros piés un pueblo vivo piensa, pero se lo calla.

Cuando antes os decia que todos los corazones han muerto, que nadie llama á vuestras puertas y que la cobardía pública hizo las paces con vuestra infamia, reyes, me equivocaba. Se aproxima el momento de que caiga el racimo estando ya maduro. La hora se acerca. Pero oigo que se murmura de mí. ¿Os habeis figurado acaso que porque os apoderásteis de mí, porque me obligásteis á venir y á hablar, mi lengua hablaria para adularos y yo doblaria la frente ante vosotros? No obran de ese modo los hombres de mi temple.

Los años han conseguido que se doblen mis rodillas, y ante vosotros me acomete una tristeza que es muy parecida al ódio, y mi decrepitud al oprobio se asemeja. Mi corazon permanece firme, pero mi cuerpo tiembla. Veo lo que se hunde y veo lo que se levanta; se hunde la gloria y se eleva la ignominia, y abro con pesadumbre los adormecidos ojos. Si la afliccion en que estoy sumido lleva demasiado lejos mis discursos, dispensadme, que me falta tiempo para tomar la medida al grado de respeto que se debe á vuestros palacios, á vuestras torres, á vos mismo, señor.

Mientras que vosotros os estais consagrando en cuerpo y en alma á los placeres, á los festines, á los juegos brutales, á las trampas que os tendeis de castillo á castillo, robándooslos los unos á los otros; mientras que pasais el tiempo comiendo y emborrachándoos, gozando al ver el impudor de las mujeres casi desnudas, mirando en los espejos vuestros rostros pálidos y coronando vuestras frentes de rosas, los sarracenos del Fraxinet entran á bandadas, infestando la Provenza y el Bajo Delfinado; nadie defiende la Marca occidental, en la que se instala la caballería española, y ni un conde ni un marqués tiene curiosidad ni inquiere de qué Gualdaquivires ni de que Navarras salen los catalanes y los almogávares. Llegan de todas partes los extranjeros, y desde Nápoles hasta los Grisones se ven destacar sus picas en el horizonte, produciendo choques, asaltos é invasiones inesperadas. Al duque Welf, cansado de ver que no le combate ningun valiente, ningun príncipe, y que os espera, qué brazo le oponeis? ¿Qué capitan nombrais para que impida las usurpaciones de los tiranos de Aquitania? Abraham, emperador de los moros del Africa, se aproxima, dejando tras sí ciudades destruidas y campos sembrados de cadáveres; vedle ya cerca de Italia: nuestras murallas, en las que la extremecida bandera se plega, tiemblan, y en su triste blancura vemos engrandecerse la sombra de ese segador. El Sur nos trae al negro; del Norte viene el mono; los hunos salen de los espesos bosques de Thuringe; el espectro de Alarico se aparece tocando la bocina. Las antiguas naciones vándalas llegan ante nuestras puertas, rechinando los dientes y aullando. El emperador griego está inquieto dentro de Bizancio, que peligra; toda la cristiandad se niega á socorrerle; el lívido Andronic, entre los turcos y él, solo tiene un brazo de mar de la anchura de dos millas; ese César sucumbe bajo el

peso que le carga el mundo, y desde su palacio distingue por el Oriente á los bárbaros, que, riéndose, sacan los sables; y su hijo, Kir Michael, teme presentarles la batalla.

Con qué jefes contais vosotros? Con una turba de lacayos. Príncipes, el defecto de este imperio que se derrumba consiste en que el peor siempre elige al mediano; y en cuanto á los monjes que gastan casco, riñen unos con otros, en vez de batirse para conseguir nuestra emancipacion. Los pocos viejos y buenos generales que nos quedaban los hicieron morir vuestro desprecio ó vuestros verdugos.

Dos mujeres, que en otros tiempos hilaban en la rueca, cuando veian que los extranjeros saltaban el foso dejaban su femenil tarea, cogian la pica y se batian con ellos hasta que los expulsaban: esas dos mujeres eran Auxilia de Niza y Mahaud de Albon-Vienna; vosotros, que sois los hijos de esas dos mujeres que batieron á vuestros vencedores, habeis heredado sus husos, pero no sus almas.

Desertores del pais y opresores del imperio, dejais estupefacto al pueblo con el pasmo que le causa vuestra cobardía y se queda estático. ¿Si del cielo se quita el sol, qué resta de él? ¿Qué restará del mundo si se eclipsa la Italia?„

Elciis suspendió su discurso, abrumado por el calor del dia, y dijo:—"Quisiera dormir„. El emperador le respondió:—"Pronto dormireis„.

IV.

El cuarto dia.

DIOS.

"Príncipes, sabedlo. Los hombres de otros tiempos valian más siendo campesinos, que vosotros valeis siendo reyes. La claridad de su vista molesta á vuestras miradas traidoras. Cuando, sobreviniendo con el antiguo honor ya extinguido, alguno de ellos entra en vuestras casas á la hora del festin, sus firmes pasos hacen temblar los vasos, las espadas y vuestros corazones. Sois los enanos que producen tiempos tan menguados; si alguno de vosotros se prueba mi guantelete, apuesto cualquier cosa á que cabe su puño en mi pulgar. En vez de impulsaros el honor, os impulsan los instintos viles.

Los signos que marcan este tiempo son los siguientes: el toque de los clarines, las mujeres en los campamentos, llevar plumas en los cascos, celebrar carnavales casi la mitad del año, ser loca la juventud y encarnizarse en el placer. Cuando dos padres que vagan envueltos entre las nieblas de la tarde se encuentran cerca de donde los jóvenes se rien, pasan sin levantar la vista y sin decir nada; este es el espectáculo que ofrece el pueblo en su decadencia. Hasta cuando todos están reunidos comprenden que alguno está ausente, y este alguno es el alma, es el espíritu sagrado, es la pátria. La multitud envilecida y la raza degradada pierden el entusiasmo, como un bosque muerto pierde sus flores; y que esto suceda en Italia acrece mi dolor. Es sorprendente y triste que los indignos jefes puedan empequeñecer lentamente á un pueblo, cuando éste es el pueblo romano. Cuando los antiguos maestros de escuela leen á los niños la historia de Agrícola ó de Cincinato, no la terminan, porque se ruborizan al compararlas con la historia actual.

Por lo que digo no creais que me descorazono. No produzco aquí el fragor de un viento tempestuoso para venir á parar á la duda ó la incredulidad. No; os lo repito, señor; el gran durmiente se despertará; príncipes, Dios no ha muerto. El pueblo, reuniendo sus destrozadas provincias, esos pedazos que habeis cortado, se levantará furioso tocando la frente con las nubes, destellando luz terrible sus pupilas, y todo brillará; el toque de rebato se oirá desde el cabo de Otranto hasta el monte Ventoso, y la Italia, contra la voluntad de los tiranos, renacerá, lanzando hasta el cielo el grito de libertad.

Estais en un error si os imaginais que Dios permitirá á los reyes, aconsejados por los sacerdotes, que apaguen la luz augusta y que consentirá que algun hombre la venza en el mundo y suba al cielo á matar al derecho. Sabedlo; para que este globo, creacion fatal y santa, resplandeciente y lúgubre, no caiga en el horror de desconocido abismo como na-

vío perdido y desamparado; para que la vida, el sér y la naturaleza subsistan y no se pierdan á la ventura en el océano de incógnitos misterios, el mundo está sostenido por cuatro cadenas de oro; estas cadenas son: Razon, Fé, Verdad y Justicia; y el hombre, mientras espera que la muerte se lo trague, pesa sobre el infinito, sobre el universo y sobre Dios, se agita y se revuelve impulsado por sus pasiones locas ó criminales, pero sin poder nunca arrancar esas áncoras eternas.„

Con la vista inmóvil, el emperador clemente y noble estuvo con paciencia escuchando las extensas filípicas de aquel hombre; cuando terminó de hablar, consultó con la mirada á los reyes; despues hizo señal al verdugo de que viniese, y éste cogió el hacha.—"Lo merezco, dijo el anciano; tener ese fin me place.„ Con tranquilidad, con sus propias manos se bajó la valona, volvió la cara hácia el hacha y dijo:—"Yo te saludo! Príncipes, teneis razon; tengo más alta estatura de la que deseais, os aventajo toda la cabeza; cortádmela.„

XXI.

El ciclo de los Pirineos.

Gaiferos.—Jorge, duque de Aquitania.

Al pié de una muralla están abriendo una trinchera; los trabajadores, con los brazos desnudos y con la cabeza inclinada, van y vienen, hormigueando por el profundo foso; los golpes del pico y de la azada hacen resonar las peñas. Gaiferos mandó cavar un foso hondo y ancho alrededor de su fortaleza, que es palacio de rey y nido de buitre, en el que ese duque, casi á la altura donde se forman las tempestades, habita; destripan la montaña, desfondan los campos.—"Cavad, cavad, dice á los trabajadores, que practican esa tarea desde que sale el sol hasta que se pone; deseo que mi torre tenga un foso tan vasto que sienta vértigos el hombre que se asome á mirar su fondo.„ Siguen cavando, y el trabajo de los obreros traza al pié de los altos muros un tortuoso cráter, que cada dia desciende más debajo el suelo:—"Señor, está ya bastante?„ pregunta uno de los obreros, y Gaiferos le responde:—"Seguid cavando, que deseo saber sobre qué está edificada mi fortaleza.„

Quién es Gaiferos? La salvaje dinastía que instaló bajo un dosel forrado con una piel de buey el patricio Constancio en 419, recibió de Roma en feudo la tercera Aquitania. A la sazon Gaiferos era su capitan. Sufren su gobierno desde Bayona hasta Cahors; los ocho pueblos que están á la parte del Oriente de Alby, los catorce que hay entre el Loira y el Garona, forman los florones de su corona; Auch le paga un tributo; desde Tursan hasta Marzan recibe un cordero por cada habitante; la Roca-Ferrat, esa montaña en la que se encuentra el ópalo, San Severo, situado sobre el Adour, Aire la Episcopal, le pertenecen; su Estado toca en los dos Océanos; el rey de Francia oye hasta Orleans el ruido de su espada, que afila y limpia en las montañas de Irún y de Fuenterrabía; Gaiferos tiene su corte de barones; la muchedumbre enmudece á su alrededor, y sus clarines suenan con extrépito de triunfo. Gaiferos es príncipe, arquero y cazador de hombres; sus bailíos hacen resonar su gloria, y sus prebostes son más devotos de Gaiferos que de Dios. Para ensanchar sus dominios arrebató á los infantes de Oloron su ciudad hereditaria; pero estos infantes eran tan jóvenes y tenian tan poca salud, que apenas se apercibieron de que les cambiaron la corona por la tonsura. Nadie podia fiarse en su amistad; por cien francos de oro vendió á su maestro Aymon al miramamolin Hecuba el Demonio; Aymon era un caballero que habia instruido á Gaiferos en la guerra y era un valiente campeador; pero Gaiferos estaba sin fondos, y cien francos de oro suman mil *tomans* (1), y su ético tesoro tenia necesidad de reponerse; de la venta de Aymon sacó para poder dar un torneo el año pasado y para vivir bien; la grandeza requiere fausto; no conviene ser á un mismo tiempo duque soberbio y príncipe torpe. Refiérese tambien de él que una tarde llevó hasta un bosque á su hermano Astolfo y le dió de puñaladas por detrás; eran hermanos gemelos, y Astolfo pudiera un dia pretender el rango ducal que poseia Jorge, y en aras de la paz pública sacrificó á su hermano.

---

(1) *Toman*, moneda imaginaria de Persia, que equivalia á 180 reales.—(N. del T.)

Es ruda tarea sacar arena, quitar la arcilla, extraer las piedras y el silex y hacer desaparecer los declives. Cuando pasaron los ocho primeros dias de este trabajo, el maestro de los obreros, que era viejo, dijo á Gaiferos:—"Señor, este foso es ya más profundo que todos los de Cataluña y que todos los de Guyena.„—"Seguid cavando, le respondió el duque; ya os dije que pretendo saber lo que hay bajo de mí en las entrañas de la tierra.„ Siguieron cavando ocho dias más, y de repente desenterraron una piedra y debajo de ella un cadáver, que en la piedra tenia grabado este nombre: *Barrabás.*—"Seguid cavando„, volvió á decir Jorge. Le obedecieron. Al cabo de una semana apareció otra piedra, con otra forma humana, que era un espectro espantoso, que estaba en el fondo de un agujero; tenia atada una cuerda al cuello, y un puñado de dracmas de oro salia de su mano descarnada; la piedra tenia escrito este nombre: *Judas.*—"Seguid cavando„, gritaba el duque todos los dias desde lo alto de la torre. Siguieron obedeciéndole, y el pico y la azada y la pala profundizaron más abajo que ningun minero profundizó. Despues de otros ocho dias de trabajo encontraron de repente, en la espesa oscuridad, en la que se pierden las formas, un terrible esqueleto, en cuyo enorme cráneo cuatro letras de fuego trazaron esta palabra: *Cain.* Los cavadores se extremecieron; de sus manos cayeron las herramientas, que rodaron por la oscuridad vacía; pero apareció el duque, y asomándose al foso, les dijo:—"Continuad!„ Obedecieron; uno de los trabajadores, esclavo de esa órden, volvió á tomar el pico y dió un terrible golpe; la roca resonó como si fuera un abrojo; al segundo golpe la tierra retumbó; del agujero que hizo el pico salió una claridad, que fué á reflejar en lo alto de la soberbia torre y que hizo llamear en los declives las matas de yerba como si fueran un hormigueo de víboras de fuego, como si aquella claridad viniese de horrible sitio, y toda la fortaleza apareció misteriosamente sangrienta.—"Continuad!„ dijo Jorge. Entonces bajo de tierra se oyó una voz lúgubre que decia:—"Gaiferos, no caves más, porque vas á encontrar el infierno.„

Masferrer.

I.

Siglo nueve.—Pirineos.

Es aquel un siglo funesto y es este un pais cruel. Reyes feroces lo dominan desde las terribles montañas.

Socorridos en caso de necesidad por los que dominan en el monte Ventoso, éstos vascos, aquellos catalanes, perversos todos, han cerrado con sus torres una cadena que llega desde el estrecho de Vizcaya hasta el paso de la Argentiere; la guerra gruñe, abriendo sus fauces de dragon en todo el Aragon y en toda la Navarra; todo tiembla; no queda ni un rincon de barranco en que no se oiga rechinar los dientes de un tigre ó los furores de un príncipe. Los príncipes son dueños de aquel terreno desde la falda hasta la cumbre de los montes, en los que dejarán sus huellas para siempre. Nunca aquellos picos, llenos de torres y de altas fortalezas, que tenian por fosos el abismo y la noche, parecieron tan perversos á los hombres como en el fúnebre y extraño siglo noveno; levantaban su cima más allá de los valles y de los prados, acechando y amenazando á treinta leguas á la redonda á las ciudades que de muy lejos se distinguian; á algun jefe de alguna banda implacable servia cada uno de ellos de abrigo; el vapor que allí se respiraba parecia que emponzoñaba el aire con miasmas insalubres; la nieve y la sombra formaban en los huecos de los peñascos trozos de blancas sábanas y pliegues de paños negros; el agua de los torrentes, que corria recibiendo cierto resplandor, tenia alguna semejanza con la larga cabellera de una cabeza cortada; sus escarpaduras, contempladas al través de la bruma, humeaban como una carnicería aun tibia; todos aquellos gigantes presentaban el aspecto de estar verificando en las alturas contínuas ejecuciones; las ráfagas del viento mugian; el ventisquero se fundia en lágrimas; fatales, tranquilos, mudos y de pié en el fondo de la aterradora plaza pública de las llanuras, sus vagas mesetas, como sus elevadas cumbres, ostentaban el cuadrado terrible de los castillos, como si fueran horcas que llevaran tajos.

II.

Terror de las llanuras.

Eran verdaderamente tenebrosos, aunque en el límite de dos provincias aquella red de príncipes no añadiera las mallas, los nudos y los hilos á los remates de los picachos vertiginosos. Con el mismo objeto, armados, y disponiendo de dos riberas, horribles jefes, erizados de coronas salvajes, cerrando el paso al istmo español del uno al otro mar, en aquellas montañas colgaban su inmensa tela de araña.

Como en Grecia en otros tiempos los jefes de la Thesalia, tienen atados con sus lazos al hombre y á la tierra, á todo; no hay una sola ciudad que no tiemble ante ellos, porque si es valiente, la saquean, y si es cobarde, la exigen una gran suma por su rescate, persiguen, matan y asesinan. Cifran toda su gloria en ser el centro donde se recoja el botin, donde corra un arroyo de alhajas, de dinero y de vajillas. Además, de vez en cuando incendian alguna cabaña ó hacen que se encuentre al rayar el alba algun pobre hombre cosido á puñaladas y desnudo en el claro de algun bosque; porque ellos tras el saqueo de las ciudades robaban en los caminos, que el hombre feroz llega á ser vil.

Durante el verano, la banda se aprovechaba de la benignidad de la estacion, y pasaba los dias empleándolos en sangrienta esgrima, dando á la serenidad de sus dias un papel en sus crímenes, ya que el radiante Junio consentia en ser su cómplice; aquella estacion era para ellos la época de aplicar escalas á las ciudades, de abrir brechas en las murallas, porque entonces el aire es tibio, el dia largo, la tierra está seca, el ruido de la cascada oculta el ruido de los pasos, las espesas hojas cubren las emboscadas; y de este modo, hasta que llega el invierno, se dedicaban á los combates, á los asaltos y á los golpes de mano.

Desde que declinaba el invierno, cuando el puente romano, el sendero y el barranco, al desaparecer la nieve, vuelven á reaparecer; cuando vuelven á marcarse los caminos, aquellos aventureros se reunian en casa de uno de ellos alrededor del hogar, en el que ardia una encina. Ideaban planes para ejecutarlos en la estacion próxima; preparaban robos, sorpresas y asesinatos, mientras que los pájaros, posados sobre las nacientes hojas, respiraban alegres los soplos infinitos y empezaban á elegir musgos para construir los nidos.

III.

Las tierras altas.

Lejos de las fortalezas, cuyo aspecto oprime el corazon; cuando podemos hundirnos entre dos grupos de rocas, y, como el oso y la gamuza, penetrar en la aspereza de las altas soledades, en las que el mundo primitivo recobra sus actitudes; en las soledades donde no llega el hombre, en los árboles y en las rocas, creemos ver bosquejarse los perfiles del infinito. Todo allí es áspero, salvaje é inculto; encontramos más agradable la montaña cuando tiene aspecto salvaje que cuando toma aspecto perverso y presta al mal sus torrentes y sus abismos, asociándose á los furores de la guerra y siendo cómplice de los delitos de los hombres. Aquellos son grandes asilos; en aquellas alturas el hombre está de sobra; triste y manchado, importuna su vista á las flores, á los rayos intensos del sol, á los perfumes; allí unos montes son ventisqueros, otros son hornos; aquellas alturas son el santuario de los génesis; parece que ningun viviente deba presenciar tan de cerca el modo de obrar del Desconocido; las nubes se interponen entre la sombra y el hombre; si fijamos el oido, oimos cómo se fraguan las tempestades detrás de las tinieblas, que las sirven de barrera, y cómo el relámpago desgarra á cada momento esas aéreas cortinas; en esos sitios todo zumba, se extremece, ruge; de vez en cuando, entre el ruido de las espumas, de los vientos y de los árboles, se vé pasar un águila desplegando silencioso vuelo.

Cuando llega la primavera, que hace despertar á esos reyes y madurar sus traiciones, se oye que hablan, que van y que vienen; han preparado ya sus emboscadas, y las ciudades, situadas lejos ó cerca de aquellos montes, curando sus antiguas heridas, reedificando lo que se arruinó de ellas, tiemblan cuando oyen los pasos de aquellos cíclopes que viven en las alturas, sienten el eterno terror

del débil y del pequeño. ¿Qué hacen allá arriba aquellos reyes? Se agazapan, observando por qué parte se ilumina el horizonte; al oir el ruido sordo de no sé qué fragua, acechan lo que viene, lo que surge, lo que sube ó lo que baja. Cada ciudad se esconde todo lo que puede, extremecida al ver las chispas que les traen los aires y las nubes, y que salen del infernal taller donde sopla el austro ó donde trabaja en la fragua el espectro enorme de Satanás.

IV.

Masferrer.

En aquellos tiempos, desde el Llobregat hasta el Ebro, desde el Tajo hasta el Cil, habia adquirido celebridad un hombre que se llamaba Masferrer, que vivia solo en los bosques entre las rocas; hombre salvaje, que se habia escapado de los vivientes y habia ido á refugiarse en la inmensidad de las montañas; su zona temible era el desierto, y recorria desde las faldas de los montes hasta las cumbres, desde los valles hasta los infranqueables picos de granito; todo lo recorria: no le importaban las distancias, las avalanchas, los escollos ni las tempestades; ayer costeaba á Irún y hoy al amanecer se le vé pasar por el verde lago del Gaube, cazando, pescando, matando con sus flechas garzas reales, ó bogando, careciendo de barca y de remos, dentro de un tronco de pino, que flota y que maneja con los movimientos rápidos de la culebra. Entra, aparece, sale, sin que nadie sepa por dónde: cuando desea tener un puente, corta un árbol y lo hace servir para lo que desea; la facilidad con que anda por una cornisa hace temblar hasta á los pájaros que anidan en las rocas. Parece que haya amansado la hostilidad de los vientos, de los agudos picachos de los peñascos, de las olas y de las nieves. Armado con un arco, vestido de pieles, con calzado de cuerda, corre y franquea los sitios más altos y los sitios más bajos de la naturaleza.

Empezó por edificar sobre peñascos, siguiendo la moda de los reyes que construian torres, un tabuco, que habia cubierto con un techo de juncos, valiéndose de la aspereza del suelo para defenderse; luego le sirvió de morada una casucha, que tenia una especie de ventana ojiva en el centro de una alta pared de mármol; las ortigas, los cardos y las malezas cubrian aquel antro oscuro, especie de agujero practicado dentro de alto y rústico muro. Aquel antro estaba como hundido entre las malezas.

Entre el espesor de la bruma y del humo, rodeado de la nube oscura de la fama, invisible en el fondo de sus rocas, pero de pié siempre, yendo, viniendo y dominándolo todo, España distinguia á este hombre desde muy lejos.

Cada uno de aquellos reyes se posesionó de parte de aquellos montes; Pervehan, de Lordos; Bermudo, de Cauterets; Sancho, de Canigó; Padres, de la Prexa; Juan, de Vignemale; Storon es rey de Urgel, Blas es rey de Obite; la parte de montaña de Masferrer se llamaba Libertad; ninguno más grande que él se estableció en aquellos montes.

Qué era aquel gigante? Un ladron. Todo coloso tiene dos lados, y las deformidades y las sublimidades habitan en las montañas como dos vecinas; el prodigio y el mónstruo tienen raices. Masferrer era mónstruo hasta cierto punto, porque jamás hizo una traicion, jamás preparó ninguna emboscada; atacaba solo á un grupo de hombres. Si encontraba á algun montañés que iba al mercado á vender frutas, le dejaba pasar, lo mismo que á los pobres que encontraba por la noche temblando; si alguno tenia hambre, si alguno tenia frio, no le remordia nunca la conciencia de que fuera por culpa suya; no le seguian las maldiciones de los desgraciados en su voluntario destierro: cuando oia contar los actos criminales de los reyes, fruncia el entrecejo y exclamaba:—"¡Esos hombres son perversos!„ Los reyes deshonraban la montaña, pero él no causaba vergüenza á la sombra de Pelayo; esto es lo que decian hablando de él en la aldea los pastores de Heas y de Aquatonta. Era confiado y terrible: luchó un dia entero contra un oso que se introdujo en su guarida; como el animal habia vivido en ella la última estacion, queria acostarse allí; al anochecer, el oso, fatigado, cayó en el suelo.—"Bien; continuaremos mañana, dijo; duerme esta noche aquí, pero si das un paso hácia mí te extrangulo.„ En seguida se durmió. Al amanecer, el oso, sin despertar al hombre y sin temer que le siguiese, se marchó de allí.

V.

El castillo.

Profundo es el barranco. Esceptuando un rincon vivo, en cuyo bosque retumban los sonidos de las bocinas y de los sistros, todo en él está desierto; solo hay allí jarales, siniestro ruido de hojarasca, tristeza é inmensidad. Es uno de aquellos sitios donde se encontró Cain cuando le llamó Dios. El Cain que se esconde en aquella sombra es de piedra, es una torre. Dos miserables, armados con espadones, le custodian, y soldados hacen centinela en los torreones. Data aquella fortaleza de la época en que Rollon navegaba. A cualquier hora que se contemple el castillo asusta. Dentro del castillo hay una sala de paredes muy altas, cuyo techo tiene arcos parecidos á costillas; en esta sala chispea un brasero que lanza llamas y que tiene el aspecto rojo de la sangre. Esta sala es un sitio de cita. En el centro de ella, alrededor de un vasto tablado, en el que humean en grandes platos perdices, chorlitos, cabritos muertos en aquellas montañas, dos hombres forman un grupo trágico; hablan, beben y comen sentados en sillas de marfil con pináculos de plata. Su risa loca y monstruosa no tiene límites; su esplendor es feroz, y se vé salir de ellos una especie de lustre implacable y repugnante; un nudo de perlas sirve de broche á las pieles de animales que les cubren; están como deslumbrados por la guerra y por la tempestad; jóven rubio uno de ellos y viejo barbudo el otro, charlan y rien, despues de haber bebido mucho vino, y ya sean atrevidos cazadores, ya sean ricos leñadores, cada uno de ellos lleva su hacha y su bocina. El hogar hace llamear sus torsos llenos de oro; esos hombres, cuyas relucientes escamas hace brillar el fuego, presentan aspecto diabólico y extraño; son los reyes.

Son los príncipes que tienden las gigantescas emboscadas, en las que el Norte de España tropieza; los señores de los ventisqueros, de los peñascos y de los torrentes; los dioses, los que tocan las trompas titánicas que producen las fugas, los terrores y los pánicos.

Son los gérmenes del altivo señor que ha de engendrar el porvenir; son las semillas del gran trono que aparecerá más tarde, en el que se sentará el rey de España. Los que dominan estas montañas se llaman Pancho, Genialis, Sforon, Gildebrand, Egina, Pervehan, Bermudo, Juan, Blas el Capcioso, Sancho el Fratricida y Vasco Cabeza-Blanca, que es el más viejo y los preside. Esas son las majestades que caminan por entre las malezas y que recorren y aterran las montañas; son andrajosos y coronados.

Alrededor de esos reyes brillaba todo lo que reunieron de los saqueos: muebles, vasijas, esmaltes, ónix, rubíes, ágatas, objetos de plata, telas de seda y de brocado, todo lo que se puede robar, formando un bloque pintoresco y magnífico. Alrededor de esos reyes saqueadores se veia la afliccion, los montañeses emigrando á millares, las llanuras extremecidas, los horizontes rojizos, los pueblos devastados y muertos.

VI.

Una eleccion.

En la torre que acabamos de describir se habian reunido todos los príncipes montañeses que acabamos de citar para ocuparse de un asunto grave. Acababa de morir Guy, rey de Oloron, viudo y sin hijos. ¿Quién debia heredar su montaña, su ciudad y su fortaleza? Tratando estaban este asunto. Tomó la palabra Sancho y dijo:—“Haya paz entre nosotros y no riñamos por esto; es inoportuno este momento para reñir unos con otros; las ciudades, para combatirnos, acaban de celebrar un pacto con las aldeas; los labradores y los que viven en las cabañas se arman para combatirnos, y es cierta la liga entre el conde de Castilla y el duque de Aquitania. ¿Es á propósito este momento para que nos ocupe á todos roer un hueso en la montaña? ¿Vamos por esto á enemistarnos los reyes?„—“Reñir ahora seria perjudicial, contestó Blas el Capcioso; el que ahora busque disputas es un felon y el que las acepta es un imbécil; ¿pero cómo ponernos de acuerdo?„—“Es fácil„, replicó Sancho.—“¿A quién harias tú rey de Oloron?„—“A Masferrer.„ Ese nombre pasó como un relámpago á la vista de todos.—“Es preciso que pensemos en la guerra, y esta es mi opinion; haciendo lo que os digo, nuestra bocina se oiria de más lejos, y además nuestra fama

llegaria más al fondo de la España si Masferrer fuera elegido rey de Oloron.„ —"Habita en un antro inabordable.„—"No lo es, porque él lo habita.„—"Eso es verdad.„—"Queremos, añadió Sancho, pisotearlo todo y acabar con ese pueblo y con esa liga.„—"Pues bien, Pervehan, nombremos rey á Masferrer.„—"Consiento„, dijo Sforon.—"Ese jabalí me place„, añadió Juan.—"¿Pero nos satisfará como rey? replicó Blas. No es lo mismo vivir en un antro que en una tienda de campaña.„—"Qué tiene más? consiento en ello„, replicó Gil. El anciano vasco, desde la silla que ocupaba como presidente, tomando la palabra, dijo:—"Necesitamos refuerzo, y pues lo adquirimos nombrando rey á ese miserable, acepto su concurso. ¿Pero quién irá á buscarle?„—"Dos de nosotros.„—"Convenido.„ La suerte designó al rey Genialis y al duque Agina.

VII.

Los portadores del cetro.

Un torrente desenfrenado corre por entre dos acantilados; á su derecha está el antro; á su izquierda, por entre alerces, una estrecha senda está enfrente de la madriguera del bandido; el agua que salta, el horrible soplo que sale del abismo y el terror que causa aquella profundidad perpendicular, separan la senda de la madriguera. No hay puente para llegar á ella: está allí seguro el antro defendido por los abismos: dos tenebrosas escarpaduras están frente á frente y se miran en cuanto empieza á brillar la primera luz del dia. El hueco espantoso que separa las dos escarpaduras es estrecho, y desde el sendero se puede hablar á la madriguera. Por ese sendero no transita nadie jamás.

En aquellas montañas el terreno es de roca, sucumbe en él el caballo, y hace saltar las herraduras del mulo; los dos reyes enviados solo pudieron penetrar hasta el sendero. Cuando á su vista apareció la madriguera, se pararon los dos reyes. Estos vieron desde allí que el bandido, dentro del antro, estaba componiendo el arco; cortaba los nudos con los dientes; tenia á sus piés un carcaj viejo, de cuero, lleno de dardos; una piedra le servia de asiento.

Uno de los dos reyes, levantando mucho la voz, para ser oido desde allí, dijo á Masferrer:—"¡Salud, habitante del abismo! Vienen á hablarte el duque Agina y el rey Genialis, enviados por Vasco Cabeza-Blanca, por Pervehan, Gildebrand, D. Blas, D. Juan, D. Sancho, Gil, Bermudo, Sforon, que tambien son reyes, y á decirte de su parte que queremos entregarte la ciudad de Oloron, que está en esta montaña; que deseamos que seas uno de los nuestros y que te nombramos rey; ven con nosotros; el cetro se debe ganar y tú lo has ganado. Por eso venimos á buscarte. Reina en Oloron y en sus veinte aldeas. Te ceñirás una tiara de oro, y lo que antes en tí se llamaba robo, ahora se llamará conquista, porque en las altas regiones los crímenes se convierten en virtudes; los que te llamaron bandido te adorarán. Ven y reina. Nos ceñimos coronas, trajes de oro y de plata de diez onzas la vara, poseemos castillos y territorios, el Aragon y la Navarra; mujeres, banquetes, y de todo esto te tocará una parte; disfrutarás de todo como nosotros. Entra en el palacio y sal de la madriguera. Ven con nosotros.„

Sin levantar la vista, sin volver la cabeza, el bandido, que no habia dejado de componer su arco, levantó la mano y con ella les hizo señas de que continuaran su camino.

La paternidad.

El padre abofeteó al hijo. El hijo era ya mayor de edad y se llamaba Ascanio. Nadar en los torrentes, domar osos, ser un conde áspero y rudo como un villano, fueron las costumbres que tuvo desde la infancia; asombraban á los montes los pasos grandes que daba cuando era muy pequeño; saltaba los precipicios como si fuera una cabra y con la gravedad de un condestable; apenas habia cumplido veinte años, cuando se habia apoderado ya de todo el territorio que hay desde Irún hasta Lojariz, y de Tormes, y de Sangra, y habia derrotado en las orillas del Zaban á cinco reyes moros. El padre se llamaba Jaime, y era más formidable aun; era tal su valor, que Tell hubiera querido legar su arco, Rolando su bocina y Hércules su maza á aquel heróico conde. Lo que el titán salvaje es al arcángel imberbe, es D. Jai-

me respecto á D. Ascanio; blanquean ya los cabellos del padre, y la edad hace inclinar la frente que ningun rey pudo humillar. El mar algunas veces se pára, dejándose convencer por la duna y por el escollo, y mengua y se retira; pero Don Jaime no abdicó nunca de sus derechos y cumplió siempre el deber de ser libre; sus antiguas montañas, que pudieran envidiar las colinas del Tíber, se distinguen desde muy lejos en el brumoso horizonte. Jaime hizo huir á Kernoch, pirata de la Bretaña: aunque Aníbal fuese á atacarle, ni se sorprenderia ni rehusaria el combate. Vive en un pais salvaje; eternamente el huracán bate su castillo, y en sus torres cae contínuamente abundante lluvia; muchas veces aparece en lo alto de las almenas cuando rugen los aquilones, y cara á cara contempla al austro y al rayo, frunciendo el entrecejo; el pastor que desde bajo observa su alta silueta, cree que este señor de los montes y de los torrentes se asoma á las almenas del castillo para poner en paz á los vientos beligerantes. Cuando la victoria vacila entre dos bandos, él la decide, teniendo un modo altivo de hacer correr al enemigo: no permite que nadie se entregue al saqueo en sus dominios; es refractario al clero; es el gran rebelde y el gran justiciero; no es un ladron, y le repugna que se diga que el noble tiene derecho á apoderarse de las mercancías de los judíos; jura raras veces, dá buenos consejos, teme á las mujeres, duerme poco, y los pesados puentes levadizos tiemblan cuando él les dá hachazos; ni tiene miedo ni tacha; cree en Dios y no miente; ni huye, ni aborrece; cuando le desafían está alegre; piensa mucho en sus sobrinos y recuerda á sus antepasados; en cuanto á los reyes, que el infierno espera porque son traidores, los compadece algunas veces y no les teme nunca; es baron de los montes y rey de la llanura; la ciudad de la seda y la ciudad de la lana, esto es, Granada y Segovia, tienen confianza en él. Su gloria data de sesenta años y no ha costado á España ni una sola lágrima.

El hijo no es tampoco un jefe vulgar, pero el padre perdona con frecuencia en las guerras en que se entromete; por eso el padre es más grandioso que el hijo. Poseen á Reus; el monte Cántabro depende de ellos; viven en la torre feudal de Arcol, construida por D. Maldras, que fué un rey vándalo, en la cumbre de la montaña; el Ebro es su rio, y en la época de las guerras de Aragon desafiaron al rey de Francia Luis XI. Ascanio es hijo de Jaime y Jaime es hijo de Alonso.

Quién es Alonso? Un muerto. Larva, sombra, fantasma, pero superior á los vivos; realizó en su tiempo actos inauditos y soberbios; algunas veces aparece su faz entre las nubes; de él hablan mucho los ancianos. Su estátua está debajo de la torre, en la cripta, sentada sobre el sepulcro, como un dios de Egipto; es inmensa y de bronce, llega hasta el techo, porque los sepulcros son de la estatura de los muertos, y D. Alonso es espectro entre las brumas y gigante en la estátua de bronce.

Hace mil quinientos años que el mundo es cristiano; las costumbres bárbaras van desapareciendo; en otros tiempos el mal y el bien, lo bueno y lo bello, vivian en la caballería; la espada habia terminado por ser como una pátria; ser caballero era lo mismo que ser ciudadano; alcanzar un fin justo por justos medios, ser clemente con los débiles é inflexible con los poderosos, vencer y permanecer siendo puros, era la antigua moda; Jaime era de su siglo y Ascanio de su tiempo. Las generaciones confunden sus flotantes pasos; con frecuencia un padre de gran corazon vé en su hijo que crece menguar la grandeza del alma. En otro tiempo la guerra, que tenia por leyes el honor gruñon y la fé santa, era terrible, pero conservaba siempre el pudor; los paladines eran siempre leales á su fama casta, y las águilas tenian más pequeñas las garras y más grandes las alas; pero á la sazon no existian ya los hombres de ayer; no se lanzaban ya los caballeros andantes á realizar hazañas como torbellinos impetuosos; los hombres de aquella época atacaban traidoramente y con seguridad; antes los asaltos eran cortos, entonces los sitios eran largos, y todo terminaba despues de haber empleado astucias y lazos por el saqueo y por el incendio de las ciudades; como los hombres eran menos bravos, eran más furiosos. Ascanio deseó apoderarse del término de Alraz, ciudad que bautizaron los moros, y empuñando la lanza y siendo caballero, violó esa ciudad, dejando que sus soldados obraran en ella como bandidos, infringiendo las leyes de guerra de los aragoneses; en

esa ciudad arrojaron los niños á las hogueras, entraron en ella á degüello y á saco, y la matanza duró tres dias; despues el vencedor D. Ascanio volvió á llevarse á su gente á la montaña, á la que regresaron riendo alegremente y contando las ganancias de aquella guerra. Por su proceder de entonces el padre abofeteó al hijo.

El hijo, iracundo, le habló de este modo:—"Me voy de aquí; la oscuridad es á propósito para la fuga, y el bosque mudo es una incógnita salida en la que todo se desvanece. El insulto es una honda que se nos lanza en la noche. A mi edad tengo derecho á encolerizarme. La ofensa que el padre hace al hijo termina la infancia de éste. Nadie puede responder del abismo, y el que se vá, se vá lejos. Bosques, habeis sido testigos de que me afrentó mi padre. Me habeis tratado mal ante los villanos por haber hecho entrar en el carril del deber á los vasallos, como es justo; porque se han quemado algunos habitantes dentro de sus casas, conde, me habeis causado la peor de las heridas, me habeis ultrajado, me habeis avergonzado, y hasta hoy nadie pudo conseguir ruborizarme ni hacerme temblar. Me ausento de vos. Me conviene el desierto; su aspereza, cuando el animal crece y llega á ser gigante, es á propósito para vivir en él; el águila, cuando crece, se dirige cara á cara hácia el sol y le dice:—"Soy águila, y libre y sublevada no necesito tener padre, pudiendo disponer de la inmensidad.„ ¿Qué es un padre? La ventana que se abre para penetrar en la vida y que se llama nacer, no debe codiciarse, y yo perdono á mi padre el dia funesto en que nací. Vivo por su culpa. Pero concediendo que se debe algo al hombre que nos hizo aparecer en este mundo perverso, mi padre me ha desatado de este deber y huyo y me voy. El ultraje borra el deber. Comprendo que soy salvaje y que tener padre me molesta. Quiero ser orgulloso, fiero y libre, y solo puedo serlo fuera del castillo y lejos de mi padre. Salgo, pues, de aquí.„ D. Ascanio habló de esa manera y con rapidez huyó del castillo.

Pero su padre le queria con delirio. Desde lo alto de la torre, triste y con los ojos fijos en el pálido horizonte, veia desaparecer al que partia; cuando le perdió de vista, D. Jaime descendió á la cripta que encerraba el cadáver de su padre.

La débil luz que puede entrar por un respiradero apenas alumbraba aquel subterráneo, cuya bóveda era muy alta. El conde entró en aquella mansion sepulcral como entra un huésped. En su fondo estaba sentado el conde de bronce, y en la semi-oscuridad del subterráneo, lívida bruma, á la que la vista se habituaba gradualmente, flotaba alrededor de la estátua.

El coloso descansaba las manos sobre las rodillas. Tres gradas, que ninguna sandalia habia hollado, elevaban del piso la estátua, y D. Jaime las subió. Quedóse pensativo contemplando durante algun tiempo aquella figura augusta y sentada; despues se arrodilló ante ella; luego se sintió vencido, y como en un diluvio una montaña siente la ascension de las olas, se rompió en su corazon el dique que contenia sus sollozos. Dirigiéndose á su padre, le habló de esta manera:

—"¡Padre mio, quisiera que nunca la muerte te hubiera separado de mí! ¡No puedo comprender que se abandone á un padre; qué diferente soy de mi hijo! A tí, que fuiste el mejor y el más terrible de los padres, á tí acudo; entro en tu sombría capilla, me arrodillo á tus piés y te llamo. Vencí muchas veces, adquirí nombre glorioso; he cruzado muchas fronteras, caminé ante los reyes y ante los generales, pero te beso los piés. El héroe debe ser grande en todas partes, pero humilde en casa de su padre. El padre es el hogar bendito, es el abrigo próspero, es la luz del astro que nos alumbra al través de los cipreses, es el honor, es el orgullo, es Dios que está cerca de nosotros. Tú, que fuiste el verdadero habitante de esta venerable torre, el gigante de la montaña y el señor del castillo, conde, dirige un momento tus tranquilas miradas hácia los vivientes, y mira postrado á tus plantas á este hombre abandonado, á este viejo de cabellos blancos que llora al pié de tu sepulcro. Mi hijo salió de la torre como sale un lobo de su madriguera: pero, ¿acaso un padre puede ofender? Ni el padre ni Dios ofenden; castigar es amar; el soberbio Océano queda siempre completo, por terrible que sea la tempestad que le con-

mueva; las serenidades eternas no admiten, ni la afrenta paternal, ni el ultraje divino. No soy yo la rama? ¿No eres tú el tronco? Te amaré siempre. A pesar de la muerte, á pesar de la ausencia eterna, sobre todos los hombres existe alguno que es siempre Dios, existe alguno que es siempre padre. Nos contemplan siempre en la oscura noche de la suerte ojos que la muerte no apagó. Si vivieses, tú serias el dueño del castillo, serias el señor, el guia, el guardian y el juez. Quisiera ser tu esclavo, inclinar ante tí la frente; quisiera que vivieses, aunque recibiese de tí una afrenta. Gigante de otra edad, gruñe, abofetéame, ultrájame, pero sé siempre mi padre; presencia siempre todos los actos de mi vida, los pasos que doy, los pensamientos que me asaltan. He vencido en cien batallas, mi espada consiguió infinidad de triunfos, mi castillo es fuerte, protegí muchas ciudades huérfanas, destruí un monton de tiranos, soy un anciano ya, pero siempre soy tu hijo.„

De este modo habló D. Jaime á la estátua de bronce de su padre, que se sentaba en la oscuridad de aquel subterráneo; á medida que hablaba se le cerraban los ojos é iba inclinando poco á poco la cabeza en las poderosas rodillas de la estátua; y aquel hombre valiente, casi invencible, lloraba; el cariño de un hijo no tiene fondo, el dolor de un padre es insondable; D. Jaime lloraba.

Es formidable que la inmovilidad haga un movimiento; que el sepulcro viva un instante, sacudido por los sollozos del hombre. De repente D. Jaime sintió fria sensacion en sus mejillas y que en aquella oscuridad le acariciaba con ternura una mano inmensa de bronce.

XXII.

SIGLO DIEZ Y SEIS.

Renacimiento.—Paganismo.

El sátiro.

Un sátiro habitaba en el Olimpo, retirado en el inmenso bosque salvaje que se extiende en la falda del sagrado monte; vivia allí cazando y durmiendo en la arboleda; noche y dia, para perseguir las formas vagas y blancas que distinguia, tenia en acecho todos los sentidos que un fauno puede asestar á los placeres transitorios. Nadie sabia quién era ese fauno. Flora no le conocia, el Véspero tampoco; la Aurora, que todo lo sabe, al despertarse, se lo preguntaba inútilmente á los almendros y á los nidos, que nadie conocia el nombre de ese bergante. Los hechiceros iban nombrando uno tras otro á todos los silvanos; conocian á Stulcas, á Ges, á Ros, á Chrysis, á Anthrops, pero á éste no le conocian; unos creian que era un lobo, otros creian que era un dios; pero todos convenian en que era un bribon de mala fama.

Todos temian á ese silvano, al que dominaba la lascivia; hasta las bacantes temblaban ante él; las nápeas se escondian en los huecos de las escarpadas rocas; el eco tapiaba su antro poco seguro; para ese sátiro la andriade se escondia en su gruta; ese amante salvaje de los bosques, que estaba siempre en acecho para arrojarse sobre la ninfa, aprovechaba los momentos en que la naturaleza calla y en que aquella aparecia en el espejo de los manantiales; alcanzaba en su carrera á Lycere y á Chloe; acechaba en los lagos que sombrean los álamos á la náyade que se vé brillar en el agua, como una estrella en forma de mujer; sus ojos lascivos irradiaban de noche luminosos entre los árboles; se apoderaba de los espléndidos atractivos del verano; era apasionado de las flores; era un libertino infame en el mes de Mayo; embriagándose con los perfumes de las flores, celebraba con ellas tales orgías, que, celoso el cardo, que presenciaba aquel desórden, se esforzaba por morderle; eran tantos los escesos que cometia, que le denunciaban la codorniz y el grajo; tendia en la oscuridad sus brazos hácia las trenzas blondas; los rios, despues de los meses de sequedad, cuando los cubre un velo de vapor, cuando tienden sus urnas para llenarlas de lluvia, tenian miedo de encontrarse con el rostro descarado y cornudo del sátiro; un dia, Psiquis, que creyó que estaba sola, se desnudó para bañarse en las olas de un limpio arroyo; ésta le vió de repente, y al contemplar los ojos del sátiro entre el ramaje huyó con rapidez y fué á quejarse de él al Empíreo; poseia ese fauno la inocencia

impúdica de Rhea; sus caprichos, divinos y bestiales al mismo tiempo, le arrastraban á atentar hasta contra la roca sagrada del ideal, y por todas partes, por donde las aves vuelan y las cabras trepan, ese fauno trastornaba todo el bosque del Olimpo; no solo era aventurero, sino tambien ladron. Hércules lo apresó dentro de su madriguera; lo cogió por las orejas y se lo llevó ante Júpiter.

I.

El azul.

Cuando el sátiro llegó á la cumbre del monte, cuando vió que empezaba la escala celeste, tan deslumbrado quedó, que estaba temblando, aunque apenas habia llegado á la entrada de la caverna de los rayos y de los relámpagos que maneja Júpiter; atónito contemplaba el azur, las inmediatas pléyades, y veia pasar, como bandada de preciosas desnudeces, á las deidades que llamamos nubes. Era la hora en que salian los caballos del Sol; el cielo, en el momento de despertarse, abria las dos hojas de su puerta sonora y luminosa; detrás de ellos, como un orbe lleno de rutilantes ojos, brillaba la redondez del radiante carro; distinguíase el brazo del dios que los guiaba; el Aquilon acababa de enganchar la cuadriga. Los cuatro caballos ardientes erguian sus pretales de oro; dando sus primeros pasos, empezaban á encabritarse entre la zona oscura y la zona encendida; de sus crines parecia salir una humareda de perlas, de zafiros, de ónix y de diamantes, que se disipaba en el fondo de los elementos; los tres caballos primeros, con la mirada fiera, con las narices hinchadas, sacudian en la luz gotas de rocío, y el último sacudia astros en la noche.

El cielo, el dia que asciende, la tierra que se borra y la sombra que se ilumina, todo aquel conjunto majestuoso y tranquilo brillaba deslumbrante de luz; en un rincon apartado, cerca del antro donde Gorgona se acuesta, relumbraban las armas de todos los dioses mayores que el austro custodiaba; allí descansaban la fuerza y la violencia; se veian los hierros de sus lanzas, tibios aun y humeando; conservaban aun pedazos de carne los cuchillos de Belona, de Marte, de Hecate y de Palas; tenian cabellos los tridentes y sangre los rayos.

Si el grano pudiese ver la muela que se dispone á molerle, si las zarzas se apercibiesen de los dientes del macho cabrío que las van á devorar, tendrian el aspecto que tenia el silvano cuando contemplaba las armaduras de los dioses en el vestuario celeste. Entró en el cielo; Hércules le tenia cogido por las orejas sin soltarle; el fauno abria el azur á cada paso que daba cojeando; le incomodaba el fango que llevaba en los piés, que abria agujeros en la luz, y la monstruosidad brutal del silvano era pesada y repugnaba á las nubes divinas. Avanzaba, teniendo ante él el gran velo por el que la mañana desliza la fresca estrella; de repente le hizo encorvar un oleaje de claridad, que, separando súbitamente la cortina que se extendia ante él, presentó á su vista los dioses terribles, inundados de su alegría inmensa.

Allí estaban aquellos séres sorprendentes, invisibles y desconocidos. Sentados en doce tronos de oro, que cinceló Vulcano, alrededor de una mesa, que nunca llega á saciar su apetito, los dioses bebian el néctar y comian ambrosía. Vénus estaba delante y Júpiter en el fondo. Cypris, sobre la blancura de la espuma descansaba indolentemente, desnuda y sobrenatural, reflejando la irradiacion de todos los ojos que se fijaban en ella. Júpiter adormecia sus tres ojos, descansando un pié sobre el águila; su cetro era un árbol que tenia por flor el regle. En sus ojos se veia el compendio del mundo; en uno el presente, en otro el pasado; en el tercero, el porvenir vagaba como un sueño: las diosas Danae, Latona, Semele, flotaban en sus miradas; tras su velado entrecejo, su voluntad hablaba á su omnipotencia; la necesidad le hacia meditar algunas veces; designaba la suerte de cada uno, y de sus reflexiones nacia la gloria de Cadmus y la rueda de Ixion; segun que sus dedos pulgar é índice se separaban ó se aproximaban, para marcar sus decisiones de clemencia ó de castigo, hacian cerrar ó abrir en la oscuridad las tijeras de Atropos; la paz radiante nacia de su reposo y la guerra del movimiento colérico de sus fosas nasales; meditaba, estrechando á Themis contra el pecho, tan tranquilo y con tal paciencia, que las hermanas de Arachne, entre el frio consejo que manaba de Minerva y la órden temible que esperaba Mercurio, hilaban su tela

en el fondo de su oscuro pensamiento.

Detrás de Júpiter estaba el radiante Cupido, el niño cruel que no llora, que no tiene remordimientos y que no perdona; que desde el dia que nació, riéndose siempre, se siente con fuerzas para prender en sus redes, desde las alturas que ocupa, á todo el género humano.

El universo, tranquilo y contento, hacia resonar melodiosa música alrededor de los dioses; el cielo reverberaba en ellos su hermosura; el mundo los elogiaba por haberle domado tan bien; saboreaban como si fueran manjares magníficos los atentados victoriosos, inexpiados y que producian su felicidad.

Por encima del brillante Olimpo, más allá del nuevo cielo que nace y del viejo que se hundió, más lejos del caos, daba vueltas á la rueda enorme, con sus doce jaulas, el Zodíaco, que tenia alrededor de sus ejes doce espectros que torcian su cadena en el cielo; abertura sin límites del pozo del infinito; círculo horrible, en el que el perro huye cerca de Capricornio; orbe desconocido, que confunde en su azur nebuloso los leones constelados con los sagitarios azules.

En otro tiempo, mucho antes que la lira de Tebas añadiera clavos de oro á su conca de ébano, esos séres maravillosos, que el destino conduce, vivian en la oscuridad y eran hijos de la Noche; cuando el Dia apareció, trabó batalla con ellos, y en aquella espantosa lucha venció; la Sombra todavía se extremece de tal modo que, heridos por las flechas de Apolo, todos esos mónstruos, como recuerdo del sombrío y luminoso desastre, conservan aun ahora en todas partes la herida incurable que les abrió el astro.

Hércules, con los puños que pudieron hendir el Ossa, soltando súbitamente al cautivo, le arrojó al pavimento azul de la celeste zona.—"Vete„, le dijo. Entonces se vió aparecer al fauno, con la cabellera erizada, negro y repugnante, pero sin embargo sereno; el ruido de la risa loca llegó tan alegre hasta las estrellas, que un gigante encadenado en un monte, levantando la cabeza, preguntó:—"Qué crímen ha cometido?„ Júpiter fué el que primero se rió; el tempestuoso Neptuno desarrugó el entrecejo y cambió el mar y la fortuna; una Hora que pasaba se paró, dejando que el hombre y el mundo la olvidasen; la alegría fué tan ruidosa y tan general entre los dioses, que hasta contaminó á las Musas; Vénus, volviendo su hermosísima faz para mirarle, exclamó:—"¿Qué animal es ese?„ Diana buscó una flecha en su aljaba; asombrada, la Urna de Potamos se secó; la paloma cerró sus tiernos ojos; el pavo real enseñó la cola para insultar al sátiro; las diosas se reian unas con otras como si fueran mujeres; el fauno, jadeante entre aquellas grandes damas, cornudo, cojo y deforme, se dirigió hácia Vénus; deslumbrado contempló sus piés desnudos, y al verlos se desmayó; Marte abrazó á Minerva, Mercurio cogió por la cintura á Belona, la jauría de Diana ladró, el trueno no pudo contenerse y estalló; los dioses cuchicheaban con las diosas, Vulcano bailaba, Pluton decia tantos chistes que desconcertó á Momo; y porque Juno pudiera reirse con entera libertad, Hebe se puso delante de ella. De este modo los dioses se burlaban del hombre-cabra.

El sátiro decia en voz baja á Vénus: —"Vámonos„. Ninguna voz humana es capaz de referir la batahola que produjo aquella tempestad de risas. Hércules, dirigiéndose al padre de los dioses, le dijo: —"Aquí tienes el bribon de quien te hablé.„—"Fauno, exclamó Júpiter, merecias que te trocase en mármol ó en ola, ó que te encerrase en la prision de un tronco de un árbol; pero como nos has hecho reir, te perdono. Te permito que vuelvas á tu antro, á tu lago y á tu bosque; pero para que continúes divirtiéndonos, ya que esto es lo que te salva, vas á entonar ante nosotros tu cancion de animal salvaje. El Olimpo quiere oirla. Vamos, canta.„

El fauno contestó:—"Tengo descompuestos y rotos mis caramillos; cuando Hércules vino al bosque y entró á buscarme en mi antro, caminaba con poco cuidado y me los estropeó; no puedo cantar sin acompañarme con el caramillo„. Mercurio, sonriéndose, le prestó su flauta.

El hombre con piés de cabra, acostumbrado á la oscuridad, se sentó entonces detrás de una nube, como si se encontra-

ra mejor lejos de los dioses, y empezó á preludiar un canto misterioso. Cantó con calma y con tristeza. Al oirle en el Taygeto, en el Mysis, al pié del Olimpo, en los bosques y en los barrancos, en todas partes, se pararon á escuchar los animales, que asomaban las cabezas por entre las ramas; la cierva se irguió, levantándose sobre las patas de detrás; los lobos hicieron señas á los tigres para que escuchasen, y al oir el extraño ritmo se agitaron murmurando los cedros, los olmos y los pinos. El enigmático fauno, que odiaban las Gracias, parecia que se hubiera olvidado que estaba en la morada de los dioses.

II.

El negro.

El sátiro cantó el mundo monstruoso; el agua pérfida del mar parecia vagar en su preludio á través de las arenas de las yerbas y de los cañares verdes; despues describió el Océano y la tierra con todas sus cavernas y sus espantosas profundidades, en las que la sombra se convierte en ola, por la que atraviesan rios negros; en la que el volcán, ahogado por grandes lagos, echa de menos la montaña y su fuego. Se ocupó de la savia y de la vasta plenitud de la noche, cantando del modo siguiente:

"Todo el abismo está colocado como la sombra de un gran árbol. La tierra bajo las plantas abre su nocturno pozo lleno de hojas, de flores y de un monton movedizo de ramas, que más tarde levantará el viento diciendo:—"Tomad y vivid.„ El bosque surge; el soberbio árbol escarba el globo con sus piés para extender sus raices, y en la negra profundidad desciende y se sumerge.

„Pero qué importa esto á la tierra? Contigua al caos, se ocupa sin cesar en producir interminablemente; alimenta sin cesar al apetito universal. Hácia su seno, por debajo, se alargan las raices; los árboles son mandíbulas que roen los elementos que están difundidos en el aire vivo, devoran la lluvia, devoran los vientos; todo en la naturaleza les aprovecha; la podredumbre vé las rosas y les lleva su alimento; á cada momento se oyen mascar confusamente los dientes de las plantas; se vé pacer á lo lejos, por todas partes, á la inmensidad campestre; el árbol lo transforma todo; para su poderoso progreso necesita la arena, la arcilla, la piedra arenisca.„

El sátiro parecia que estaba contemplando el abismo, y describia el árbol mirado por la parte de sus raices; parecia que seguia á un espíritu por bajo de tierra y que deletreaba un mágico alfabeto.

"Los bosques son un sitio lúgubre; el oscuro terror reside en ellos, aunque les alumbre la luz de la mañana; los árboles tienen la sombra encadenada á sus tallos; detrás de la red tenebrosa de los vértigos el alba es pálida, y se ven retorcerse las serpientes de las ramas rampantes, hasta cuando brilla esa lívida claridad: allí todo tiembla; sobre las malezas, la montaña se levanta y mira; la noche, las altas cumbres llenas de vapores, los antros frios, los bloques y los peñascos, acechan el gran secreto mudos y tendiendo el cuello. Las montañas abren los ojos, y se vé que aventura sus miradas, hasta las salvajes profundidades, la curiosidad de esos gigantes salvajes; escrutan el verdadero cielo del desconocido Olimpo; sondean la extension augusta, casta, austera é irritada, y algunas veces, sorprendiendo el misterio, comprenden la causa en la pura irradiacion del enigma sagrado, que en lontananza dibuja su blanca forma en el fondo de lo insondable. ¡Terrible naturaleza, lazo formidable de los bosques que aprieta cuando se contempla el ideal! ¡Baño de la deidad en el abismo luminoso, feroz desnudez de la sombría Diana, que vista desde lejos y á través de la oscuridad hace que crezcan en las rocas árboles monstruosos! Oh bosques!„

El fauno cerraba los ojos; la flauta, que con febriles movimientos tomaba y dejaba, le producia cansancio y la lanzó á la sagrada cumbre; permaneció con las pupilas cerradas, como si estuviera durmiendo, pero sus pestañas dejaban pasar la luz de sus miradas. Prosiguió de este modo:

"Salud, caos! Gloria á la tierra! El caos es un dios, su gesto es el elemento, y él solo puede llamarse principio. Antes de nacer las Horas, soprendió al alba adormecida en el fondo de su morada antes de nacer el primer dia y el primer

momento; acercó tierna y formidablemente la boca de la noche á los labios de la aurora, y de este beso se vió nacer la estrella. El caos es el esposo lascivo del infinito. Antes que el Verbo, rugió y silbó, y los animales, que nacieron antes que todo, fueron los bosquejos, así de su fecundidad como de su libertinaje. Aunque seais dioses, debeis meditar lo que son los animales. Todo lo fuerte, oscuro y vago de la tierra se encierra en el bruto, que es una larva augusta y solitaria; la sibila lo sabe, lo conocen los adivinos, y por eso los hijos de Thesalia sacan matas de pelo de las piernas de la hiena, y Orfeo escucha sombrío y casi celoso lo que indica para él el aullido de los lobos.„

—“Marsyas!„ exclamó el tuerto y envidioso Vulcano. Apolo, que estaba atento, le puso el dedo en la boca; el fauno abrió los ojos, quizás oyó aquella exclamacion, y con calma, apoyándose las manos en las rodillas, continuó diciendo:

“Ahora ¡oh dioses! entended bien el sentido de la palabra Alma. En el árbol que susurra, en el mónstruo que brama, hay algo que habla, y este algo es el alma. Sale del caos; sin ella no habria vientos, solo habria miasmas; no habria oleaje, solo habria agua estancada; el alma, en cuanto sale del caos, lo disipa, porque éste es el esbozo y el alma es el principio. El sér comienza por ser medio bruto y medio bosque; pero cuando el aire se convierte en espíritu, aparece el hombre. ¿Qué es esa esfinge que se llama hombre? Es un misterio en el que empieza siendo cuerdo y concluye siendo loco. ¡Cielo que él abandonó, devuélvele su edad de oro!„

“Sabed ¡oh dioses! que el árbol, el animal y el hombre son sagrados; ¡respetad á la naturaleza! La tierra, en la que el hombre creado inventa, edifica y funde, siendo tan gigante como le es posible, está escondida aun en el embrion; la tierra, en la que el animal vaga alumbrado por la claridad celeste; la tierra, en la que el árbol conmovido pronuncia oráculos, en el oscuro y milagroso infinito encierra el prodigio que está más cerca de vosotros ¡oh dioses!, el desconocido globo que os arrastra, á vosotros los deslumbradores, llevándoos á la formidable noche.„

Gruesas gotas de sudor caian de la frente del sátiro, y sus cabellos se agitaban como si soplase contra ellos el viento de la Livia. Febo le dijo:—“¿Quieres la lira?„—“Dámela„, le contestó el fauno, y la tomó tranquilamente. Entonces se puso en pié, y arrebatado por el delirio de su fantasía, le irradiaban los brillantes ojos.—“Ahora está hermoso!„ murmuró Vénus espantada.

III.

Lo sombrío.

El sátiro llegó en aquellos momentos á no ver ya á los dioses, aunque estaba delante de ellos. Cantó al hombre. Refirió su historia. Dijo que el hombre fué el guarismo elegido, la cabeza augusta del número, que por su falta y por sus desastres volvió á caer en la oscuridad de tenebrosa noche; refirió la dicha de los tiempos primitivos, habló de la Atlántida; relató cómo el perfume puro se convirtió en miasma fétido, cómo la libertad llegó á ser yugo y cómo enmudeció la tierra domada; no pronunció el nombre de Prometeo, pero reflejaban sus miradas la claridad del fuego robado; enumeró todos los crímenes y todas las miserias de la humanidad, desde las que cometieron los reyes, poco buenos, hasta las que cometieron los dioses, poco sinceros. Relató que los hombres vieron tristemente que se cerraba el cielo para ellos. Fué en vano que cariñosos empezaran por quererse en la edad primera, y que, viviendo como hermanos, mataran al mónstruo infame del ódio, y que, como Cadmus, desafiaran al destino, arrancando los dientes á esa fiera, que de ella nacieron espectros que combaten con espada en mano y que empujan las ráfagas de vientos misteriosos. Esos espectros son los reyes, esos espectros son los dioses. Renacen sin fin y se aparecen sin cesar; la antigua igualdad bajo su poder se convierte en bajeza; Dracon dá la mano á Busiris; la muerte se convierte en código y se pone á las órdenes del más fuerte y hace exhalar el último suspiro, libre y divino. Ese código colosal pesa sobre el hombre y le hace callar; pero éste se venga, se pervierte, miente y roba; el alma desconocida y sombría adquiere los vicios de la esclavitud, oprimiéndola con la pesadumbre de un mon-

te; sale de él convertida en lava, y produce incendios y estragos en vez de fecundar.

En el canto del fauno se oia gruñir el monton de calamidades furiosas que empezaron á aparecer. Habló de la guerra, de los clarines y de las espadas, de la pelea en que unos disparan contra otros, de los hombres degollados sin causar remordimiento al degollador, de la gloria, que se regocija con la alegría espantosa de la muerte. Habló de la decadencia del hombre; refirió cómo sus instintos sagrados desembocaron en el cieno, y dijo que, despues que le hicieron callar, los reyes le embrutecieron. Sin embargo, sin la vida del hombre los horizontes están muertos; ¿qué es la creacion sin esa letra inicial? Solo el hombre en el mundo está dotado de razon, solo él habla; sin él todo queda decapitado.

Describió además cómo el abismo se encarnizaba contra el hombre, cómo crecian de las tinieblas los funestos ramajes, cómo se espesaba el bosque de su suerte, cómo corria la jauría de sus calamidades, cómo se escondian los hombres y cómo los dioses les seguian la pista.

Mientras el fauno cantaba tan tristes estrofas, el inmenso soplo vital que transfigura le hacia adquirir grandeza celeste; á su alrededor enmudecian los Bóreas, y como tirados por invisible hilo, los brutos, los lobos, las zorras, los osos, los leones y las panteras se le acercaban más á cada instante. Los dioses ya no se burlaban; empezaban á tomar en sério el espíritu que salia de la boca del sátiro.

El fauno continuó de este modo:—“Los dioses y los reyes ocupan las cumbres y los hombres los sitios bajos; los criados de los tiranos son los azotes. El embrion del hombre no sale del todo del caos, y hasta la cintura queda sumergido en el bruto; todo le hace traicion, y algunas veces hasta renuncia á luchar. ¿Dónde está, pues, su esperanza? Huyó cobardemente. Todas las absurdidades se entienden para ir contra él: el sol le abruma, el aire le dá fiebre, el agua le aisla, á su alrededor el mar siniestro le amenaza, y gracias al terrible complot de todas estas emboscadas, las llamas y los relámpagos se lanzan contra él como serpientes, el aquilon le abofetea, la peste ayuda á la espada y el elemento completa al déspota y al conquistador; de este modo la naturaleza llega á morder al hombre y adquiere bastante alma para llegar á ser la fuerza, cómplice de su impenetrable y nocturno suplicio; de este modo la materia llega á convertirse en fatalidad. Guardaos de ese desheredado! Escondida en profunda oscuridad hay una hora que camina y se le vá acercando, hora terrible que vendrá á salvar al hombre y que éste espera, y que vendrá á cambiar la figura implacable del tiempo. Quién conoce el destino? ¿Quién es capaz de sondear lo que puede ser? Llegará la hora en que todo renazca, que todo lo venza, que trocará el granito en imán y hará que los hombres practiquen lo imposible. Con lo que le oprime, con lo que le abruma, el género humano se forjará su punto de apoyo; la bellota que se llama hoy me deja entrever la carrasca que se llamará mañana; la ceniza caliente nos hace comprender que hay en sus entrañas fuego encendido. Hombre miserable, creado para caminar hácia el progreso, ¿te has de arrastrar siempre porque te arrastraste un dia? ¿Quién sabe si en época lejana, altivo y audaz, conseguirás enganchar las fuerzas del abismo, y robándoselo al desconocido sublime, uncirás á su carro tus propios caballos? Quizás llegará un tiempo en que el hombre consiga aterrar á los elementos, apoderarse de esta anarquía y retorcerla de tal manera, que haga dimanar de ella el órden, el órden santo de la paz, del amor y de la unidad; quizás llegue un dia en que el hombre dome todo lo que en otro tiempo le persiguió; quizás llegue á construirse para sí mismo una extraña cabalgadura con todo lo de la vida y lo de la naturaleza, sellando sus ancas con fuego infernal y poniendo un freno de llama á su boca de hierro; quizás se le verá abalear las brasas en su criba, siendo á un mismo tiempo dueño y palafrenero de un terrible caballo, diciendo á toda la naturaleza:—“Obedece, germina, nace!„ Quizás ajuste en bronce y en acero un arnés construido con todos los secretos que le revele su estudio, y tomando de manos del viento la temible brida, pase por la claridad como pasan los demonios y atraviese los bosques, los rios y los montes, ostentando en la mano una antorcha encendida en los astros, y ginete sobre una hidra de metal que lance rayos y

humo. ¿Quién sabe si algun dia, adquiriendo más poder de edad en edad, llegará á recorrer todos los mares? ¿Quién sabe si, vengándose de su antigua afrenta, podrá exclamar:—"Materia, vuela!„ ¿Quién sabe si un dia arrancará bruscamente de su cuerpo la piel vil de la pesantez, la costra de fango que obstruye el pensamiento, y de ese modo, de súbito, el que era gusano, abrirá las alas y volará por el aire? Redímete, hombre; la órbita de un astro es un anillo de cadena, pero esa cadena es la del azur, es la del cielo; á ella debes atarte, para de ese modo poder formar tu círculo alrededor de la luz. Entra en el gran coro; sube hasta esa altura; líbrate del yugo infame y úncete al yugo sagrado! ¡Conviértete en humanidad, sé triple, hombre, niño y mujer! Transfigúrate. Esclavo, juguete de un rey, demonio, larva de un dios, apodérate del rayo, remóntate á las nubes, usurpa el fuego sagrado, y llegando hasta el trono del dia, arroja al sátiro á las profundidades de la oscura noche.„

IV.

Lo estrellado.

El sátiro calló para tomar aliento. Estaba transfigurado; parecia otro sér: los inmortales volvieron la cabeza hácia el padre de los dioses, y asombrados miraban á Júpiter, que estaba estupefacto.

El fauno continuó, hablando de este modo:—"Bajo el terrible peso que lo oprimia renacerá lo real, que domará al mal. Ignorais, dioses, lo que es el mundo; le vencísteis, pero sin llegarlo á comprender. Teneis encima de vosotros otros espíritus, que en el fuego, en las nubes, en las olas y en las neblinas duermen, esperando el dia de vuestra desaparicion. Pero esto nada me importa! Dioses, existen otras esfinges además de las antiguas esfinges de Tebas; y es menester que lo sepais, tiranos del hombre y del Erebo, dioses que derramais sangre; todos somos bandidos en el gran monte del Olimpo, en el que la tierra y el cielo parece que estén en equilibrio; vosotros para ser reyes y yo para ser libre. Mientras que vosotros sembrais el ódio, el fraude y la muerte, yo medito; tengo la vista fija en las cavernas y las contemplo. Ante mis ojos ofrecen la misma aparicion el Olimpo y el Averno, los templos y los cementerios, los bosques y las ciudades, el águila y el alcion; para mí los dioses, las calamidades que ahora existen y las que vendrán despues, pasan y huyen lo mismo. Soy testigo de que todo desaparece. Comprendo, sin embargo, que existe alguno que es eterno, alguno que los hombres no conocen. La humanidad supone, bosqueja, ensaya, trabaja el mármol, talla las rocas y forma una estátua; el hombre queda deslumbrado ante ella: sed inmortales; castigad á los séres, haced morir á innumerables vivientes, reinad; cuando tengais tiempo ensangrentad el cielo, que cuando hayais triunfado de todo sereis reemplazados por ese dios negro y último que se llama Basta! Lo que creeis eterno pasa y desaparece con velocidad.„

Hablando de este modo el sátiro aparecia desmesurado ante los dioses; empezó por ser mayor que Polífemo, luego mayor que Typhon, despues mayor que Titán y luego más grande que el monte Athos; el espacio inmenso parecia que habia entrado en su forma, y así como el marino vé crecer un promontorio, los dioses veian crecer aquel sér espantoso; en su frente se reflejaba extraño oriente; su cabellera era un bosque; olas, rios y lagos corrian por sus piernas; sus dos cuernos parecian el Cáucaso y el Atlas, y sus deformidades se habian convertido en montañas; los animales, que habia atraido la melodía de su canto, corrian por lo largo de su cuerpo; abriles llenos de flores florecian en sus miembros; los diciembres se abrigaban debajo de sus sobacos; pueblos errantes preguntaban qué camino habian de seguir, perdidos en la encrucijada de los cinco dedos de su mano; las águilas revoloteaban alrededor de su boca abierta; al pulsar él la lira, se hizo gigantesca; cantaba, lloraba, gruñia, tronaba, lanzaba gritos; sus siete cuerdas habian prendido á los huracanes; el terrible pecho del fauno estaba lleno de estrellas.

El sátiro terminó de hablar de este modo:—"El porvenir, tal como lo imaginan los cielos, consiste en que el infinito se ensanche sin cesar y sin límites; consiste en que el espíritu penetre por todas partes en la naturaleza. Se mutila el efecto limitando la causa. Mundo, todo el mal provino de la creacion de los dioses; causaron tus tinieblas esos séres radiantes; ¿por qué crear fantasmas su-

periores al sér? La claridad y el éter no son reinos. ¡Plaza al hormigueo eterno del cielo oscuro y del cielo azul, del medio dia, de la aurora y de la tarde! ¡Plaza al átomo santo, que arde ó que corre! Plaza al centelleo del alma universal! El rey significa guerra, el dios significa noche. ¡La libertad, la vida y la fé reinarán sobre el dogma destruido! ¡El amor reinará en todas partes y en todo el mundo se oirá su armonía! ¡Plaza á la naturaleza! ¡Yo soy Pan; Júpiter, cae de rodillas á mis plantas!„

XXIII.

* *

Me asomé á un sitio tenebroso y tan profundo, que en él yacian en la oscuridad todas las calamidades, y asomándome más, grité:—"Tiberio!„—"Qué quieres?„ me contestó aquel hombre.—"Permanece ahí.„—"Bien.„—"Neron!„ El otro mónstruo de Roma me contestó:—"Quién se atreve á hablarme?„—"No quiero nada; bien estás ahí.„ Seguí llamando:—"Senacherib! Tamerlan! Atila!„—"Qué quieres?„ respondieron tres bocas.—"Nada; quedaos ahí.„—"Nemrod!—"Qué es eso?„—"Cállate.„—"Cyro! Rhamsés! Cambyses! Amílcar! Phalaris!„—"Quién nos habla?„—"Permaneced ahí.„ Despues pasé revista á los mónstruos modernos, comparando los ruidos que salian de todas las cavernas, los antros con los palacios y los tronos con los bosques, el gruñido del tigre con el grito de Inocencio III, y ví que de aquella siniestra noche ningun culpable se escapó, ni Othon vestido de púrpura, ni Gerbert cubierto con el manto capitular, y al asegurarme de que allí estaban todos, les pregunté:—"¿Quién es el peor de vosotros?„ Entonces, desde lo más profundo de aquel abismo, Satanás me dijo:—"Soy yo!„—"¿Lo crees tú así?„ le preguntó Borgia.

XXIV.

CLARIDAD DE ALMAS.

Claridad de almas.

¿Se sabe si sale la claridad de los cerebros de los soñadores sagrados, que profundizan el destino, la vida y lo desconocido?... Hé aquí lo que ví en una noche sublime:

Era una noche en la que no brillaba ni una sola estrella, en el mes de Eglad, que nosotros llamamos Julio, y en aquella nocturna oscuridad, en los sitios más desiertos del mundo, los solitarios, los que hacen la vida del espíritu, sondeando la eternidad, el alma, el tiempo y el número, estaban esparcidos por varios puntos de la tierra; uno en Europa, otro en la India y otro en el Africa. Esos hombres tenian por objeto el ideal, y cada uno de ellos encerrado en su antro, meditaba. Esos profetas, sin conocerse, eran hermanos; ninguno de ellos sabia, viviendo aislado en su propio pensamiento, como un rey en su Estado, que existian otros séres semejantes á él; pasaban noches de insomnio, y cada uno de ellos se creia único en el mundo; solo les unia el lazo del estudio comun del enigma profundo y el de la inquisicion de Dios. Pensaban; el infinito sin límites y sin centro pesaba sobre ellos, y en su soledad vivian en misteriosa y siniestra actitud, siendo, sin embargo, hombres amables y atrayentes.

Sphar estudiaba atentamente las nubes fugitivas; Stelus, desde el mar, desde las playas y desde el cielo, esperaba recibir vastas revelaciones; Pitágoras exclamaba:—"Dios, cumple tu deber!„; Thur estudiaba contemplando el abismo; Sadoch soñaba en el edén, acostándose sobre piedras; Zes, que solo entreabria los ojos, trataba de comprender lo que era la noche; Sostrates estudiaba en el agua que el viento hace correr, en el humo y en el aire, el destino humano; Licurgo, formidable y pálido, meditaba; Esquilo permanecia mudo como una roca, y volvia hácia el Etna humeante

su mirada perspicaz; Isaías, espíritu salvaje que vivia en un sepulcro, dirigia la palabra á los muertos; como Isaías, un sábio, un loco, llamado Phegorbelus, hablaba á séres invisibles en las nubes, y decia, hojeando no sé qué Biblias:—"Hablo y no sé si me escuchan; innumerables espectros, como moscas en el verano, me rodean, y sobre mí se precipita y cae la legion de los que duermen en la tumba; me odian en el mundo extraño de la muerte; siento algunas veces durante la noche que me muerde algun aparecido, y que un enjambre de fantasmas me ataca cuando duermo; pero sin embargo, continúo estudiando y trato de ver si comprendo el gran arcano, que Eva casi adivinó y que entrevió Psiquis.„ Orobauchus, guardian del altar de las Tres Gracias, maldecia los cascos, las corazas y las espadas, que siembran la muerte, y tristemente exclamaba:—"Mortales, no olvideis que Aglae tiene en la mano el capullo de una rosa.„ Cada uno de ellos recomendaba algo débil de la naturaleza; Phtes á los sentenciados, á quienes todo el mundo aborrece; Hermanes el humilde aposento del leproso, Gyr el derecho y Lysis la infancia. Todos querian socorrer al hombre y protegerle contra los innumerables peligros; todos calculaban el bien que debia hacerse y el mal que debia evitarse.

Profunda era la noche y en ella todo dormitaba, bosques y montañas, mares y arenas; pero ellos no dormian, creian ser responsables. Pasaban las horas, desaparecia la noche, y ni la sed, ni el hambre, ni el terrible viento de la Livia perturbaban á esos espíritus, que sufrian los males de la humanidad, que sentian el espíritu de sublevacion, el calofrío que dá la cárcel al que está encerrado en ella cuando conoce que tiene alas; cada uno de ellos trataba de romper un eslabon de la cadena; querian extinguir el ódio, la impostura y la guerra, y el requerimiento de aquellos sediciosos desde la tierra llegaba al cielo. La augusta verdad hacia en aquellas augustas frentes saltar un pensamiento de justicia, de paz y de perdon. Aquellos hombres vivian sumergidos en las tinieblas; solos y abstraidos, combinando los ritmos, las álgebras, la cifra con el canto, el pasado y el presente, mejorando al hombre.

XXV.

CASCADAS, RIOS Y POETAS.

Cascadas, rios y poetas.

El gran Niágara se despeña, el Rhin tambien; el monstruoso abismo pretende convertirse en tumba; aborrece al rio gigantesco, y exclama:—"Me lo sorberé„, y el rio, como leon atraido hácia el inesperado antro que llena una hidra con sus mil cabezas, lucha con él, lanzándole sus gritos y sus tempestades. ¿La naturaleza inmensa será para él un lugar poco seguro? Se encabrita, resiste al temible precipicio, babea, hierve, y blanco y negro como el mármol, se agarra á las rocas, se coge á los troncos de los árboles, se inclina rodando, como daba vueltas el eterno Ixion. Retorcido, destrozado y vencido, sufre terrible suplicio. El abismo desea su muerte, pero los esfuerzos de las calamidades solo hacen producir el caos; el horrible pozo del infierno abre sus entrañas y ruge. ¡Inmenso trabajo emplea para producir las tinieblas! Emplea la envidia, la rabia y el estrago, pero solo logra la destruccion. Semejante al humo que sale de la cumbre del Vesubio, una nube siniestra se extiende sobre la cuba enorme y oculta el tormento del rio, víctima de una traicion. Siendo como es fecundante, por qué le aborrecen? ¿Qué daño ha causado al bosque, á la montaña, al florido prado, para que todos ellos le entreguen al abismo? Su fuerza, su esplendor, su belleza y su bondad se hunden. Qué emboscada y qué cobardía! Su agua se hincha como la odre, donde gruñen los Bóreas, y su horror se dispersa en rumores de desesperación; todo para él es caida y naufragio; parece que en sus grandes ruidos suene una risa infame; el rio forcejea en un atroz engranaje, cae, agoniza y lanza á lo lejos al firmamento, largo rumor que se desvanece. De repente, sobre ese caos que sufre, compuesto de todo lo repugnante, lo hostil y lo torrencial del abismo, aparece, como augusto deslumbramiento, el arco iris; la celada es vil, la roca es traidora, la ola es negra, y de esta espantosa sombra es de donde tú sales ¡oh gloria!

XXVI.

LA ROSA DE LA NIÑA.

La rosa de la niña.

Es una niña, vigilada por una dueña. Tiene una rosa en la mano y está mirando. Qué es lo que mira? No lo sabe. Quizás el agua de una balsa, á la que dan sombra los pinos y los álamos y que tiene delante de ella; quizás un cisne de blancas alas, quizás el vaiven de las olas que se mueven al oir el susurro de las ramas, quizás el floreciente y pintoresco jardin. Desde donde está la hermosa niña se vé un palacio grande, un parque, viveros en los que los ciervos van á beber y pavos reales que extienden sus pintadas colas. En ese ángel brilla la inocencia como una segunda blancura; todas sus gracias forman un haz tembloroso; alrededor de esa niña brilla el herbaje, como si estuviera lleno de rubíes y de diamantes, y un chorro de zafiros sale de las bocas de los delfines; está sentada cerca del agua, ocupada en contemplar la flor. Su basquiña es de punto de Génova; en su jubon, un arabesco, errando entre los pliegues del satin, sigue las revueltas de un hilo de oro florentino. La fresca rosa está completamente abierta y pesa á la débil mano de la niña; cuando ésta, alargando los labios de carmin para respirar el aroma, frunce las rientes narices, la purpurina flor semi-oculta el rostro delicioso de la niña, de tal modo, que, vacilante la vista, apenas distingue la flor de la niña que juega, y apenas conoce si vé una rosa ó vé una mejilla. Sus azules ojos brillan debajo de sus morenas cejas; en ella todo es alegría, encanto y perfume; como es dulce su mirada, es dulce su nombre: se llama María. Ese sér débil respira con placer la primavera y la luz; contempla el sol poniente, la magnificencia relumbrante de la tarde, los arroyos que murmuran, la naturaleza tranquila y eterna, con la gravedad de una diminuta reina; siempre vió que los hombres se inclinaban al verla; llegará un dia en que será duquesa de Brabante y en que gobernará la Flandes ó la Cerdeña; ahora solo tiene cinco años. Los niños de los reyes son como ella es; sus blancas frentes llevan un círculo de sombra, y sus pasos vacilantes son como un principio de reinado. Respira la flor mientras espera que la cojan un imperio, y su mirada, que ya es real, parece que diga:—"Es para mí." Sale de ella el cariño mezclado con el sobresalto. La cariñosa niña sonrie, ocupada nada más en vivir, en tener una rosa en la mano y en estar entre flores y contemplando un cielo radiante.

El dia se apaga; los últimos rayos del sol poniente reflejan en las ramas de los árboles; hacen enrojecer la frente de las estátuas de las diosas de mármol, que parece que palpiten, cuando ven que se aproxima la noche; todo lo que se cernia baja de las nubes; no hay ya ningun ruido; se vá apagando la claridad; el crepúsculo misterioso recoge los rayos solares en las olas y á los pájaros entre las hojas.

Mientras que la niña rie con la flor en la mano, en el vasto palacio católico romano, en el que cada ojiva á la luz del sol parece una mitra, un sér temible está detrás de los cristales; desde bajo se vé una sombra, que por un fondo de vapor pasa de una ventana á otra y que dá miedo; esa sombra, que permanece inmóvil algunas veces en el mismo sitio, es un sér que parece que en nada se fija y que, pálido y negro, pasa de una cámara á otra; de vez en cuando pega su frente lúgubre á los blancos cristales y se queda pensativo; su paso es lento y fúnebre como un toque de difuntos; será la muerte si no es el rey.

Es el rey; es el hombre que gobierna y hace temblar el reino. Si pudiéramos ver lo que están mirando los ojos de ese fantasma, que está de pié en aquel momento y apoyado de espaldas en la pared, comprenderíamos que no miraba á la tierna niña, que estaba jugando en el jardin; lo que contemplaban aquellas pupilas vidriosas, lo que no puede sondearse en aquel fatal entrecejo, lo que se distinguiria en aquel moviente espejismo, seria una bandada de bajeles que dispersaba el viento, y entre espumosas olas el inmenso temblor de una armada que corria á toda vela; y más lejos, entre la bruma, una isla y un peñasco pelado, que, sumergidos en el agua, presencia-

ban la marcha de todas aquellas naves.

Tal es la vision que en aquellos momentos llenaba el frio cerebro del dueño de los hombres y que le impedia ver lo que tenia á su rededor. La invencible y flotante armada, punto de apoyo de la palanca con la que queria levantar todo un mundo, atravesaba en aquellos instantes la oscuridad de los mares, y el rey vencedor la seguia con los ojos y con la imaginacion.

Felipe II era un sér terrible. Iblis en el Korán y Caín en la Biblia, son apenas tan perversos como en el Escorial lo fué ese real espectro, hijo del espectro imperial. Felipe II fué el Mal blandiendo la espada. Como un fantasma apareció en las alturas del mundo; vivia sin que nadie se atreviera á mirarle; el sobresalto formaba extraña y luminosa aureola á su alrededor; temblaba el mundo cuando veia pasar á sus satélites; ¡de tal modo se confundia, ante los ojos azorados de los hombres, con el abismo y con los astros! ¡Tan imponente les parecia á todos aproximarse á aquel dios! Su voluntad fatal y terca era como un grapon clavado en el destino; poseia la América y la India, se apoyaba en el Africa, reinaba en Europa; solo le inquietaba la sombría Inglaterra; el silencio cerraba sus labios; el misterio vivia en su alma; las celadas y los fraudes construyeron su trono, que sostenian las fuerzas de la noche; la sombra era el caballo de su estátua ecuestre. Vestido siempre de negro, ese todopoderoso del mundo parecia condolerse de existir; se asemejaba á la esfinge, que, inmutable, digiere y calla; como lo era todo, no tenia nada que decir. Ninguno vió sonreir á ese rey; era tan imposible que asomase la sonrisa á sus labios de hierro, como que brille la aurora en las cavernas oscuras del infierno. Si algunas veces sacudia su torpeza de culebra, era solo para ayudar al verdugo en su trabajo, y la claridad de sus pupilas la producia el reflejo de las hogueras, á las que soplaba de vez en cuando. Era temible para el pensamiento, para el hombre, para la vida, para el progreso, para el derecho; era devoto de Roma, era Satanás reinando en nombre de Jesucristo. El Escorial, Búrgos y Aranjuez, que eran sus guaridas, jamás, mientras él vivió, se iluminaron; no celebraba nunca festines; no tenia corte ni bufones; las traiciones eran sus entretenimientos y los autos de fé sus fiestas. Asustados los reyes veian caer sobre ellos los proyectos de ese rey, que habia desarrollado en la oscuridad; sus planes afligian con su peso al universo; queria y podia vencer y disolverlo todo; sus preces producian el ruido sordo de los truenos; grandes relámpagos salian de sus profundas meditaciones; los que eran víctimas de ellas exclamaban:—"Nos ahogamos!„ Y los pueblos, desde un extremo al otro de la monarquía, temblaban, asustados de ver fijos en ellos los dos ojos relumbrantes del rey. Cárlos fué el buitre y Felipe es el buho.

Taciturno, vestido de negra ropilla, con el Toison de Oro colgado al cuello, se asemeja á la fria centinela del destino; su inmovilidad parece que manda; sus pupilas tienen brillo sombrío; acaba de bosquejarse en sus labios una sonrisa. Sonrisa insondable, amarga. Es que su flota en el mar vá engrandeciéndose más á cada momento en su imaginacion; es que la vé bogar, lanzada por sus designios, como si él estuviera sobre ella cerniéndose sobre el cenit; todo vá bien; dócil el Océano la obedece; la armada le causa miedo, como el Arca al diluvio; la flota se desplega en correcto órden de marcha, y los bajeles conservan los espacios fijos. Esos bajeles son sagrados y el mar parece que los mima; el escollo para ellos se convierte en puerto y la espuma se deshace en lluvia de perlas. Cada galera lleva su zapador, cien maestres de campo y dos condestables; la Alemania contribuyó á esa flota proporcionando sus temibles urcas, Nápoles sus bergantines, Cádiz sus galeones, Lisboa sus marinos. Felipe no solo vé la armada, sino que la oye; el agua gruñe, y aquel enorme grupo de naves boga y huye, y el lúgubre rey se sonrie al ver reunidas en cuatrocientos bajeles cuatrocientas mil espadas. El vampiro se sonrie pensando que al fin vá á saciar su hambre, pensando que al fin se apoderará de Inglaterra. Quién la salvará? El fuego vá á incendiar la mina, y ya Felipe tiene en su mano derecha el haz de rayos; quién lo arrancará de su puño? ¿No es acaso el señor á quien nadie se atreve á contradecir? No es el heredero de César? ¿No es Felipe II, que extiende su poderío desde el Ganges hasta el Pausílipo?

Cuando Beit-Cifresil, hijo de Abdallah-Beit, acabó en el Cairo el inmenso pozo de la mezquita, grabó en él esta inscripcion: "El cielo pertenece á Dios, pero yo soy dueño de la tierra.„ Y como todo en el mundo se encadena, se mezcla y se confunde, todos los tiranos en el fondo son el mismo déspota, y lo que el sultan creia en otro tiempo, era lo que entonces pensaba el rey Felipe.

Entre tanto, á las orillas de la balsa, silenciosamente, la niña conserva siempre la rosa en la mano y con cariño la besa á cada momento. De repente, una de esas ráfagas de aire, que la tarde lanza á través de las llanuras, perturba el agua, extremece los juncos, hace temblar en lontananza los macizos de mirtos y de gamones, llega hasta la tranquila niña, y con rapidez, sacudiendo el árbol inmediato á ella, lanza bruscamente la flor en la balsa, dejando á la niña en la mano solo la espina. La niña se asoma á la balsa y vé que está deshojada la flor en el agua; no comprende lo que ha sucedido; tiene miedo, y con estupor mira hácia el horizonte, para ver si vé en él al viento que no tuvo temor de disgustarla. Pero qué tenia que hacer? El agua de la balsa, que hace poco era clara, ahora está turbia, forma olas, es un mar hirviente, y deshecha la pobre rosa, flota por él, como en los inmensos mares pudiera zozobrar una flota destrozada.—"Señora, dijo la dueña, con la faz entristecida, á la niña, que estaba asombrada; todo pertenece á los príncipes en la tierra, menos el viento.„

XXVII.

LA INQUISICION.

Las razones del Momotombo.

Bautizar á los volcanes es una costumbre antiquísima que se remonta hasta los primeros tiempos de la conquista. Entonces se santificaron todos los cráteres del Nicaragua, á escepcion del Momotombo, del que no se vió volver jamás á los religiosos que llevaron la mision de clavar en él la cruz.

(SQUIER, *viaje á la América del Sur.*)

Encontrando que los terremotos se sucedian unos á otros con frecuencia, los reyes de España hicieron bautizar los volcanes del reino que gobernaban; los volcanes nada dijeron, y les dejaron obrar: únicamente se opuso el de Momotombo. Algunos sacerdotes con sobrepelliz, destinados á este objeto por el Padre Santo, quisieron administrarle el sacramento del bautismo, y con esta idea ascendieron á la siniestra montaña; de todos los que fueron allí ni uno solo volvió.

—"Viejo Momotombo, coloso y desnudo salvaje que te duermes cerca del mar y cuyo cráter dá al mundo una tiara de sombra y de llama, ¿por qué cuando ante tí llegamos no quieres que te traigamos á Dios? Responde.„ La montaña, dejando entonces de escupir lava, respondió con voz grave:

—"No podia ver al dios que expulsaron de mis dominios. Era un avaro que ocultaba el oro en un foso; comia carne humana, y la sangre y la podredumbre habian ennegrecido sus mandíbulas; su antro era un pórtico con piso de baldosas, templo y sepulcro; tenia esqueletos á sus piés, bebia la sangre en vasijas; era sordo, deforme; tenia serpientes en las muñecas; ese espectro oscurecia el sublime firmamento y me hacia gruñir algunas veces desde el fondo de mi abismo. Cuando despues vinieron hombres blancos en temblorosos barcos, por la parte del Oriente, les recibí bien, porque creí que así debia recibirlos, porque el alma debe ser del color del rostro, y me dije para mí:—"El hombre blanco es como el cielo azul, y el dios de éstos debe ser un buen dios. Ya no presenciaré más asesinatos.„ Estaba satisfecho, pues me inspiraba horror el antiguo sacerdote; pero cuando ví cómo obra el moderno; cuando ví llamear hasta mi nivel esa antorcha lúgubre y sombría que nunca se apaga y que llamais la Santa Inquisicion; cuando ví los medios que empleaba Torquemada para disipar la noche de la salvaje ignorancia; cuando ví cómo civiliza y de qué modo el Santo Oficio enseña y trata de propagar la ilustracion; cuando ví en Lima altísimos gigantes de mimbre llenos de niños arder en una vasta hoguera y devorar el fuego su vida; cuando ví retorcerse las humaredas en los senos de las mujeres quemadas; cuando algunas veces creí que me ahogaba el acre hedor que despiden vuestros autos de fé, yo, que solo quemo



TODO EN LA TIERRA PERTENECE Á LOS PRÍNCIPES, ESCEPTO EL AIRE.

la sombra en mi foco ígneo, me convencí en seguida de que hice mal en haberme regocijado, y al mirar de cerca el dios que me traian los extranjeros, me dije á mí mismo:—"Para esto no valia la pena de haber cambiado de dioses."

XXVIII.

LA CANCION
DE LOS AVENTUREROS DEL MAR.

La cancion de los aventureros del mar.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

Tom Robin, marinero de Douvre en el Pharo, nos abandonó para ir á ver si descubriria á Satanás, que encadenó el arcángel, cuando un gran bostezo entreabrió las rojas fauces del Etna.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

Una jóven de Calabria á Spitafangama enamoró como un loco; en Gaeta, Ascanio fué feliz, encontrando á Michellema; el amor abrió el paréntesis y el casamiento lo cerró.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

En Nápoles, Ebid de Macedonia fué colgado; era un bribon. En Capri nos cogieron á Antonio y le destinaron á las galeras por haber robado un cequí. En Malta, Ofani se hizo monje y Gobbo se hizo arlequin.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

Otra pérdida. De Andres de Pavía se apoderaron los turcos en Lipari, y tuvo que entrar sin tener ganas en el serrallo; allí tuvo que ser virtuoso á la fuerza desde que se vió cercenado.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

Despues, tres de nosotros, que no reconocen ley, soberano ni Dios, fueron siguiendo la causa del príncipe Eugenio, á ayudar á Fuentes, á apoderarse de Génova y á d' Harcourt á tomar á Turin.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

Hácia Liorna tropezamos con veinte bajeles de Spínola. ¡Trabamos un gran combate! Catorce prames (1) y seis galeras se batieron con nosotros, pero al oir el ruido de nuestros remos huyó toda la flota enemiga.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

En Nuestra Señora de la Guardia presenciamos un gracioso cuadro; Lucas Diávolo, por inadvertencia, se llevó á la mujer de Pedro Angelo; al saberlo, el ángel se puso en guardia y arrojó al diablo al mar.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

En Palma, por seguir al marqués de Pescara, nos abandonaron ocho de los nuestros, pero esto no nos entristeció; por esto no dejamos de navegar un solo dia. En Argel hicimos la guerra y en Gibraltar el amor.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

---

(1) *Prame*, embarcacion de vela y remo.—(N. del T.)

Los diez que quedamos nos apoderamos de la ciudad y nos apoderamos del rey; despues de esto, siendo dueños del puerto, siendo dueños de la isla y no sabiendo ya qué hacer, con muchísima cortesía volvimos á entregar la ciudad al rey.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

Nombraron duques y grandes de Castilla á mis nueve compañeros, que se fueron á Sevilla á casarse con damas de honor. El rey me preguntó:—"¿Quieres casarte con mi hija?„ Yo le respondí:—"Gracias, señor.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

„Tengo allá abajo, en un mar alborotado, en el que las olas siempre rugen en los inviernos, una mujer querida, de hermosos ojos, de sonrisa incitante, que todas las noches, cantando, vá á esperarme en la playa.

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

„Tengo á mi amada en Fiesone, y ella sola reina en mi corazon. Y se me hace muy largo el tiempo que tardo en volver á verla. Rey, tu hija puede ostentar la corona, pero mi amada puede ostentar su hermosura.„

Al salir del golfo de Otranto éramos treinta, pero cuando llegamos á Cádiz no éramos más que diez.

XXIX.

MANSEDUMBRE DE LOS ANTIGUOS JUECES.

Mansedumbre de los antiguos jueces.

Las cámaras del tormento eran terribles aposentos; no se pasaba en ellos más que cuatro ó cinco horas, pero el hombre entraba jóven y salia viejo. El juez apuraba el código, el verdugo apuraba el arte, y mezclando el hierro candente con la ley romana, nada les importaba causar grandes torturas al cuerpo humano, con tal de conseguir que confesara el reo. Los fatales instrumentos hacian extremecer huesos y músculos, uñas y cabellos, y aullando más ó menos fuerte, segun la fiebre que sentia y segun los nervios vibraban, el hombre se convertia en un órgano, en el que Vouglaus tocaba la agonía con sus sangrientos dedos. No creais, por esto, que él y Farináceo y Levert solo recurrieran á las amenazas; rogaban antes al cautivo agarrotado, le suplicaban bondadosamente que confesase, porque el acusado que se resistia entristecia la cámara de la tortura; con benignidad le imploraban rompiéndole un miembro, sintiendo obrar de aquel modo, con aspecto triste, para ver si conseguian que aquella boca lívida vomitase la confesion que deseaban arrancar. Pasquier atraia con falsas esperanzas las apagadas miradas del acusado; Delancre recitaba al paciente versos latinos; Bodui, que sabia de memoria los idilios de Virgilio, los citaba, y algunas veces hasta lloraban aquellos cocodrilos.

XXX.

LA HORCA.

La horca.

Espléndida, chispeante y soberbia, brillando en la ciudad, como la hoz en la yerba, con su ancho acero, que la luz

del dia hacia brillar, teniendo en su tranquilidad no sé qué deslumbramiento del triángulo místico, semejante al fulgor que se veia en un antiguo templo, la fatal cuchilla se erguia triunfante. No conservaba más huella de lo que acababa de hacer que una pequeña mancha imperceptible y roja.

El verdugo habia regresado ya á su chiribitil y la pena de muerte, reuniendo á sus servidores, á los jueces y á los sacerdotes, habia regresado á su palacio, en su terrible carreton, cuya silenciosa rueda deja un surco en el barro, que se llena de sangre en seguida que ella pasa. La multitud quedaba complacida, pues los hombres son insensatos, y los que todo lo siguen, siguen tambien ese carro y el surco que deja.

Lo ví pasar y me quedé pensativo. El sol poniente vertia su roja claridad sobre el Hotel de Ville, que está siempre apercibido para todas las luchas, entre el ayer, en el que medita; entre el mañana, con el que sueña. Terminada la operacion de la horca, quedó solo en la plaza de la Grève el dia, viendo cómo espiraba el sol. Llegó el crepúsculo y todo se pobló de fantasmas; yo permanecia allí contemplando el hacha, la noche, la ciudad inmensa y la pequeña mancha.

A medida que en el fondo del oscuro firmamento se levantaba la oscuridad como terrible muro, la horca se oscurecia y quedaba en tinieblas; sonaba en los relojes de los campanarios, no la hora, sino el toque de difuntos, y siempre, en el acero, aunque la cuchilla estaba oscura, veia yo la pequeña y rojiza mancha.

Un astro, el primero que aparece en la noche, mientras que yo meditaba, surgió en el horizonte oscuro. Su claridad hacia parecer la horca más disforme. El astro se repetia en el fatal triángulo y proyectaba en él, como en un lago, su reflejo; parecia que en el hacha horrible, que tenia por costumbre matar, dejaba caer el astro una lágrima de luz. Su rayo, como el dardo que choca y salta, heria el hierro con su choque luminoso; parecia que el hacha rechazaba á la estrella. Como un carbon que cae desprendido del fuego, se repercutia en aquel espejo que causaba sobresalto, como si fuese una salpicadura de la eternidad augusta que saltase sobre la justicia y sobre la ley humana.—"¿Ese hierro abrió acaso una herida en el cielo? pensé yo. ¿A quién hiere el hombre? ¿Qué misterio encierras, cuchilla?„ Y mis miradas vagaban como á través de un velo, desde la gota de sangre hasta la gota de la estrella.

XXXI.

SIGLO DIEZ Y SIETE.

Los mercenarios.

El regimiento del baron Madruce.

(Guardia imperial suiza.)

I.

Cuando pasaba el regimiento de alabarderos, el águila de las dos cabezas, el águila rapaz de Austria, exclamaba:—"Aquí viene el soberbio regimiento de los alabarderos. Sus plumeros hacen asomar las jóvenes á las ventanas; caminan derechos, sacando la punta de sus polainas; su paso es tan correcto y tan matemático, que parecen tijeras que se abren y que se cierran. Su música es apasionadamente bélica. El brillo de la sonrisa orgullosa del vencedor, que el soldado mudo encierra en el corazon y se ahoga entre las filas, se escapa y se entrevé debajo del sombrero chino con campanillas de cobre; el tambor, con fausto verdaderamente oriental, al tocar vibra, extremeciendo sus metálicas planchas; suena de tal modo, que creemos oir en su voz clara y alegre el ruido que hacen los cequíes de la paga de los soldados. ¡Son apuestos austriacos esos extranjeros! Gloria á los alabarderos! Sin ningun escrúpulo van contra el populacho y contra la crápula, impidiendo que los miserables mal vestidos se acerquen á mirar de cerca al emperador; sus partesanas custodian á los archiduques, y con frecuencia vuelven enrojecidas de alguna fiesta, por haber abierto algunos agujeros en la carne del pueblo andrajoso; tienen el aspecto de aspereza que contiene á la muchedumbre; es magnífico ese regimiento cuando está sobre las

armas y cuando recuerda el terror que produce en todas partes su bandera. Esos lanceros son piezas rudas en el tablero de ajedrez de los reyes; se conoce en ellos que salen de las avalanchas que desde las gargantas de Malpas ruedan hasta Sallenches; cuando hacen fuego en la guerra son tigres; en Schœnbrum, cada uno de ellos parece un chambelan, y todos, graves al mismo tiempo, tienen el aspecto frio, sepulcral, altivo y solemne; el baron Madruce es su coronel; su alabarda es larga, proporcionada á su talla. Cuando ese terrible regimiento en la batalla se encarniza, aunque se lancen contra él los mamelucos del Nilo, los más fieros escuadrones, los más bravos regimientos retroceden al ver su bosque de lanzas. Son silenciosos como las nubes negras; dejan solo entrever algunos instantes su fulgor trágico á las multitudes viles; algunas veces su humor se cambia y entran en las ciudades alegres y ébrios, dando golpes en sus marmitas de hierro y produciendo horrible batahola á las puertas de las casas, vencedores felices, cantando en voz muy alta las bodas de la alegría con la espada. Matan y mueren por dinero, y por eso nombraron á la Muerte su capitan y al Peligro su sargento; arrastran tras de sus filas, con empeño y con gloria, como un trofeo útil para ponerlo en una batería, seis cañones arrebatados al señor de Brandebourg. Las declaraciones de guerra les causan alegría; firman todo lo que les propone el emperador, y van donde él quiere que vayan. Su bandera con muchos pliegues y de muchos colores es una bandera gloriosa; Walstein sacudia esos soldados como si sacudiera un manojo de rayos. Su costumbre es enviar una bomba por embajadora; tienen rostro tan terrible para el enemigo, que si alguna vez fuesen por tierra ó por mar á presentar batalla contra cualquier príncipe aliado del infierno, apercibiendo solo sus fisonomías, Satanás se apresuraria á permanecer neutral. Están muy bien pagados, que cuando se desea tener héroes se necesita pagarlos bien. No se ha visto nunca desde los tiempos de Boleslao un regimiento tan fuerte para combatir: Max les aprecia en lo que valen, Tilly les tiene muchas consideraciones, Fritz es apasionado de ellos, y las mujeres de la corte, cuando ven sus feroces bigotes, exclaman:—"¡Qué hermosos son!„ El rector de Maguncia cuando pasa los bendice; el abad de Fulda se sonrie cuando los vé; su traje es de paño carmesí, que guarnece un galon brillante; tienen dos trajes de guerra, uno amarillo y otro blanco; el amarillo está recamado de oro; cuando llevan el blanco sobre una veste de colores de escarlata, se vé sobre su cuerpo brillar tanta plata, que esos hijos de los ventisqueros parece que vayan cubiertos de escarcha. Multitud de niños corren siguiéndoles entusiasmados. Custodian el secreto corredor de Schœnbrum. A las espaldas llevan, en brocado bordado de púrpura y de oro, el blason del imperio y el blason de Roma, aunque muchos de ellos sean heréticos, y lo consiente sin incomodarse su corazon hugonote: cuando la edad ó la guerra han estropeado sus trajes y tienen que presentarse ante los reyes en el Prater, cada uno de ellos, de raitre se convierte en sastre, se encorva, toma la aguja y cose y aplica el escudo ortodoxo á sus espaldas apóstatas. Son bravos y nunca vacilan. En Praga, en Parma, en Pesth y ante Mariendal son los que sostienen el vasto y feudal imperio, y la revolucion contra ellos se estrella y se aplasta.

II.

Cuando pasa el regimiento de los alabarderos, el águila de la montaña, el águila tempestuosa del espacio que habla al precipicio y que el abismo escucha, que se cierne sobre los tronos, elevando su vuelo hasta el éter, llevándose como presa la libertad; el sublime testigo del sol que centellea, el águila de los Alpes, reina de los picachos y de los jarales, levantando la cabeza al oir el ruido monótono de los pasos del regimiento, grita, elevando hasta el cielo su voz sonora:

—¡Es una ignominia, es una gran vergüenza que esos hombres que marchan alineados, con trajes de gala para manifestar la pompa imperial, sean los hijos libres de mi libre montaña! Los forzados en los presidios son puros, son dignos y son gloriosos comparados con ellos, que, nacidos en la soledad, hijos de los peñascos sagrados y terribles, emplean la fortaleza de su cuerpo, la misteriosa sangre que heredaron de sus madres, la audacia y el valor que recibieron en herencia de sus padres, en convertirse en siervos, en vanagloriarse de ser criados. La region emancipada y alegre, matriz de la idea indomable y

libertadora, la pátria de entrañas rudas, de riscos arrogantes, en la que los héroes se confundian con los huracanes, ahora es la nodriza de carceleros, y en estos momentos cuelgan juntas de sus pechos sombríos la ignominia y la gloria, como si fueran dos hermanas gemelas, y el águila de dos cabezas, marcada por este doble bofeton, en estos momentos bebe su leche.

¿Es posible que suceda esto en el pais en el que Uri hizo sonar la trompa de roca en roca, en el que el John soplaba durante diez meses en las pendientes de granito, por las que salta el gamo y que hicieron resbalar á Cárlos el Temerario; en el que el monte Blanco llama hermano al Himalaya; en el que existen el Pilate, el Rigi, el Tiflis, ese repugnante triángulo de gigantes negros que custodia el lago trágico de Lucerna; en el que apareció el venablo de Sempach, el hacha de Morat, la hoz de Morgarten y la horquilla de Granson; en el que el hombre libre, lleno de fé, cumplia sus juramentos; en el que la vara del campesino rompia la espada del rey; en el que, en el furor de la justa venganza, como la antigua Francia expulsó á la Inglaterra, la Helvecia bravamente expulsó al austriaco con su emperador y con su archiduque: ¡es posible que todo esto haya sucedido para que llegase un dia en que la Suiza se vistiese la ignominiosa librea!...

Y no se sublevará el monte Blanco? La independencia vagaba por nuestras desiertas gargantas, con franqueza y con valor; pero ella tuvo enemigos, pero ella tuvo envidiosos; éstos la calumniaron, y cada dia que pasa inventan contra ella una nueva afrenta; para empañar su antigua y venerable gloria suponen, imaginan creer y vomitan toda clase de injurias, pero no han podido inventar todavía la injuria de que la libertad se ofreciera á ser esclava de los reyes.

Qué vá á ser de nosotros ahora? Al ver este resultado sorprendente y lúgubre, ¿que pensarán de vosotros, alerces, encinas, lagos que os insurreccionais en los rudos acantilados? ¿Qué van á pensar de tí, salvaje aquilon? ¿Qué van á pensar de vuestra miel, abejas? ¡Os vá á causar vergüenza, claveles, rosas y jazmines, haber conocido á semejantes hombres! ¡Pues os enriquece el oprobio y os avenís á él, pues que os vestís con el oro que os proporcionan vuestros príncipes, malditos seais, pastores! ¡Erais tan hermosos cuando érais pobres y andrajosos, pero honrados y libres!

En el pais en que todo lanza miasmas emponzoñados, en el que hasta el instinto que se llama honor, de pendiente en pendiente hasta el fondo de la bajeza se resbala, solo hay un pueblo montañés que sea libre; este pueblo es la Suiza; todos los demás, remando en la oscuridad, solo son galeotes de las monarquías, porque los reyes tuvieron la habilidad de poner en equilibrio los pueblos esclavos con el pueblo que era libre, y hacen que vigilen, para que el órden sea completo, los esclavos libres á los esclavos forzados. ¡Y pensar que en otros tiempos la Suiza tenia el valor del pueblo que se levanta y se transfigura! En su infancia aprendió la alta enseñanza de que un pueblo se emancipa; esto es, se crea por la santa rebelion, que necesita romper sus cadenas y vencer. Y en estos momentos se complacen en castigar los demás su virtud, que consideran como un vicio. Vé cómo prestan el socorro de sus fuerzas á los reyes contra un Sempach lombardo y contra un Morat húngaro, con tanto éxito que son dueños de todo. Hemos caido en la indignidad de que en todas partes los hombres oigan cuchichear á la Helvecia en sitios tenebrososo y de que propongan á sus señores que envien contra ellos á sus arqueros, que obedeciéndoles muestran más cobardía cuanto más bravos son, y la Helvecia viene á ser una mujer pública que está al lado de las naciones esclavas, y el despotismo, hábil para dominarlo todo, pone al mundo una argolla y á la Suiza un collar.

César os admite en sus palacios reales; César se digna olvidar que tuvísteis por padres á todos nuestros antiguos y sublimes héroes; casi los perdona, pagándoos espléndidamente; la iniquidad, el mal y la tiranía os conceden el perdon, y burlándose de vosotros, os permiten por ironía que defendais las puertas de sus palacios y que lleveis delante de vosotros tambores y clarines. ¡Nunca hubieran creido que eso sucediera á estas montañas invulnerables!

Sois miserables y os habeis descarriado. De dónde venís? De Pesth. ¿Qué habeis hecho allí? El águila de dos cabezas, que admiró á Guillermo Tell, seguia vuestros batallones mirándolos de reojo; pasásteis tres años cometiendo atrocidades en la plaza pública; tres años de hachazos, de tajos, de hogueras y de toda clase de suplicios habeis pasado por defender al Austria. Ante vosotros mataron al justo y al inocente; los codos de los verdugos estaban sucios de sangre, las espadas se mellaban en las nucas, la cuerda sofocaba en la agonía la voz del hombre que pedia misericordia; se lanzaban á las hogueras más hombres vivos que ellas podian quemar, ayudadas por el viento; se arrojaba en ellas indistintamente al héroe y al apóstol; las cabezas más santas y más venerables se pudrian al calor del sol en los extremos de estacas de hierro; marcaban con hierro candente el seno humeante de las mujeres, enrodaban á los ancianos, y yo, que soy el águila libre, os digo que fuísteis unos infames.

El bellaco Gainas y el bizco Borbon solo hicieron traicion á los reyes, pero vosotros habeis hecho traicion á la libertad del mundo; vuestras tocatas salen de los cementerios; vuestros tambores lanzan sonidos de muerte que denuncian á los Hapsbourgs, y cuando creeis que vuestras trompetas lanzan sonido alegre, la tumba sollozando lo repite. Son vuestros jefes Buquoy, Mozellani, Londorone, Galas, que forzaron á Mántua y en Pesth ayudaron á los puñales; vuestros hechos y vuestras hazañas, raitres, están llenos de cieno; en Bergamo, en Pavía, en Crema y en Guastalla, siendo testigos presenciales y tratando de imponer la paz á la santa Italia, le leian su sentencia; de calle en calle paseaban una horca, y vosotros escoltábais la carreta; este repugnante recuerdo os seguirá sin cesar toda la vida; vuestros nombres atravesarán la historia, acuchillados para siempre por la sombra que en vuestras banderas proyectaban los brazos disformes del patíbulo.

Nuestro duelo no terminará, porque lo causa lo que mata el honor de su pais; prostituyéndose, á mí es á quien prostituyen; nuestros antiguos pinos les proporcionan las lanzas, cuyo acero dá al albañal el reflejo de una nevera; arrastran con ellos á la Suiza, dígase lo que se quiera, y sus antepasados participan de su bastardía; nuestros héroes se confunden en sus filas, nuestros hombres célebres son parientes y compañeros de sus cobardías.

¿Acaso se atreverán á penetrar en nuestras alturas esos antiguos labradores, esos antiguos pastores, que el Austria hoy acuartela en sus tabucos? ¿Se atreverán á volver aquí con sus trajes rojos, llevando impresa en la sombría frente y en la sombría mirada la domesticidad monstruosa del mal? Si se atreven á volver; si, como último favor, el Austria les permite traer aquí su bandera; si regresan á nuestras montañas con ese estandarte, cuya sombra convierte al hombre y al pastor en soldadote, mujeres, ¿qué gamella, qué cubeta llena de cieno secareis con esa bandera? Jamás tan hondo cayó pueblo ninguno. Causa desesperacion ver qué vergonzosamente los Alpes protegen con su gigantesca sombra hasta las cámaras de los tiranos! ¡Cielo profundo, azur sagrado y fulgurante, permitid que me pierda en vuestra inmensidad, para que desde ella mi vista no pueda ya ver la tierra ni al hombre, que es actor feroz ó vil testigo! ¡Sombría inmensidad, permíteme huir tan lejos, que consiga ver, al través de tus prodigiosos velos, menguar el sol y crecer las estrellas!

III.

Aguila, no huyas de ahí, permanece en los Alpes, no pierdas la confianza; no tengas el candor de las eternas nieves, no te vayas; estudiemos sin desaliento todo lo que presenciamos, que de ello no tienen culpa los hombres, sino la época.

Siniestro incendio hizo desaparecer las Sodomas y todo terminó; pero la Suiza está tan alta, que conservará siempre la aureola que circunda su frente; porque ella es la roca que ablanda la bondad, la gran montaña y la gran pátria; la tierra tranquila que está cerca del cielo; es la que, reservando la miel para los pastores, hizo conocer á los reyes, por las picaduras, las abejas; ella fué la primera que en la oscuridad de la ignorancia de las naciones encendió su lámpara durante la noche; de ella nació el grito de emancipacion y el grito de

libertad, y en sus montañas, en sus campos y en su atmósfera lo pronuncia con el mismo acento con que pronuncia el nombre de Dios. Por encima de los palacios de todos los reyes, la antigua y pobre Suiza elevará siempre en el espacio el asombroso tejado de su gigantesca casa. Nada ensucia sus picachos, que lava la tempestad; son volcanes de nieve que arrojan luz en vez de lava, que derraman por toda la Europa á rios el valor, la fé, el honor y la abnegacion; parecen en el mundo una cadena de ejemplos; siempre sus montañas tendrán figura de templo. Sus peñascos son las enormes ruinas de las edades antiguas, en las que los vivientes eran buenos, sencillos y cariñosos; ruinas del casto edén que habitaba la paz; fueron la colosal y espléndida morada de la luz y de la verdad; ¿qué les importa pasar por una época de duelo, cuando bajo las miradas del Eterno blanquea el cielo lo que la tierra ennegrece?

Si los hombres se venden, no pueden vender el lago, el bosque, el campo ni las nubes. La naturaleza persiste siempre, germina, florece, disuelve, fecunda, crece, mengua, pasa y lo borra todo. La Suiza siempre permanece siendo libre. Aguila, no maldigas, en nombre de los diáfanos torrentes, á la pobre humanidad, que es loca, ciega é ignorante. ¿Podrá acaso sobornarse siempre á los hombres? No. Los Alpes son más fuertes que Roma; la pátria atrae hácia ella al humilde pastor, y si César se apodera de él, el monte Blanco lo rescatará. Nada ha muerto en este pais, que se engrandece y se vanagloría de ello. La Helvecia es sagrada, la Suiza está viva; estos montes son religiosos y heróicos; esta prodigiosa sábana de nieve, de la que brota, cuando llega el mes de Mayo, una brillante florescencia, no amortaja á nadie, esceptuando á los tiranos.

Gloria á estas montañas! En su brillante frente se disipa la noche, y más que la mañana resplandece en ella un principio; las misteriosas claridades que empiezan á reflejar en las alturas, que tomamos por rayos luminosos, son los libertadores; siempre en las altas cumbres brillaron esas auroras; Stauffacher en los Alpes y Pelayo en los Pirineos.

La Suiza dirá en la historia la última palabra, porque es grande dos veces: por ser pobre y por estar muy alta; por poseer montañas y por poseer chozas. El cayado del pastor de Schwitz, que las vírgenes adornan con cintas, cuando es preciso se enciende en ira, y erizándose de clavos, arroja de allí á los reyes lo mismo que arroja á los lobos. ¡Gloria al casto pais que riega el lago Leman! A la sombra de Melchthal y á la sombra del monte Rose pasea sus vacas la Suiza y vive apaciblemente. Su libertad se hermana con su candor y con su sencillez. Cuando los rayos del sol doran una cabaña, convierten el techo de paja en techo luminoso; tal es la Suiza, que adquiere honor en sus verdes praderas y que con su indigencia ilumina al universo. Mientras las naciones conserven sus fronteras, brillará la Suiza entre las más altivas; cuando los pueblos se abracen cariñosamente unos á otros, la Suiza será la más tierna de todos ellos.

Suiza! cuando llegue el dia en que la Europa al fin camine sola, verás acudir hácia tí, que eres la severa abuela, á la jóven humanidad cubierta con su sombrero adornado con flores; cuando desaparezcan todas las calamidades, los falsos dioses, los falsos reyes y los falsos sacerdotes, dejarán entonces que se nos aparezca la frente blanca y pura de la paz; los pueblos acudirán en tropel á bendecirte cuando desaparezca la guerra. Mientras llega esa época feliz, la Suiza dice al mundo que espere.

Un dia, en Bale, Albrecht, emperador que acababa de vencer, vió una madre jóven al lado de su hijo, que era pequeñuelo; la madre era hermosa; disfrutaba aun de la sonriente primavera de la vida; el emperador oyó de cerca la conversacion que sostenia con el niño; la madre le decia:—"Hijo mio, cuando seas hombre, muere por la buena causa." Nadie conseguirá marchitar esa hoja de rosa; siempre al despotismo le incomodarán sus pliegues; siempre las manos que prestan el juramento del Grutli se aparecerán en los sueños al pueblo aletargado; siempre los opresores sentirán en sus orgías con faz lívida el sobresalto que les produce el toque de alarma que lanza el campanario de Unterwald. Mientras que las naciones estén uncidas al yugo, mientras el águila de dos picos vuele por entre las nubes, mientras que

en la niebla de las montañas el relámpago haga ver el espectro insolente de Gessler, se verá siempre á Guillermo Tell pensativo en algun apartado sitio. Las iniquidades, la violencia y el poder del vencedor asesino, temerán servir de blanco á ese diestro ballestero. Sentados y cenando—porque para ellos es la hora del crepúsculo, y el dia que para nosotros empieza, para ellos retrocede,—los sátrapas, que ahora deslumbran, que ahora se rien de la conciencia, que ahora insultan al deber y alegres comen en platos de oro y beben en copas de ópalo, instantáneamente palidecerán; correrá el sudor por sus frentes, y haciendo que cese la música, temblando, hablándose en voz baja, mirarán á todas partes, por ver en qué sitio él está oculto, apretando el tornillo de su terrible arco. Podrá ser tambien que lleguen para ellos ciertos instantes en los que la saciedad y la embriaguez les hagan exclamar:—"No temamos nada; Guillermo Tell ha muerto ya.„ Volverán á llenar sus vasos, y el mundo, como ellos, le olvidará. Pero de repente, al través de las calamidades y de los crímenes, al través de la esclavitud y de la ignominia, oirán silbar en los aires su certera flecha.

Cuando nos ahogamos, Dios nos permite respirar por medio de los profundos pensadores, por medio de los hombres que nos inspiran fé santa. La historia es abundante en presentarnos, por encima de los tiranos, espectros, que con el dedo Tácito señala al Dante; todos esos fantasmas representan la libertad, que se cierne y que está dispuesta á decir á los hombres:—"Ahora!„ Desde Padrona Kalil, la de las piernas desnudas, hasta Franklin arrebatando el rayo á las nubes; desde Leonidas hasta Kosciusko, el grito de los unos es el eco del grito de los otros. Aumentad si os place el estrago que causan vuestras viles acciones, señores de la tierra; tened en vuestro favor la brillante púrpura, la frente ceñida de laureles de oro, los oráculos de Delfos y de Endor; pisotead una fortuna infame y colosal, que llegará un dia en que; Botzaris entre en la sala, en que Byron, el poeta héroe, se erguirá; Tsavellas, indignado del triunfo de los verdugos, abofeteará al grupo azorado de las victorias, y se verá surgir por encima de vuestros triunfos el espantoso viento Gundoldingen, que romperá sobre el César el pino de los Alpes, teñido con su sangre.

XXXII.

INFERI.

Inferi.

Estamos en lo invisible; nos encontramos en lo impalpable. Aquí todo, hasta el aire que se respira, es culpable; el agua que llora es un remordimiento; bajo no sé qué sombra, no sé qué extrañas formas flotan, y se ven, como sueños enormes, pasar horribles universos muertos.

Pasan seguidos desde lejos por un ojo fijo que los contempla, alumbrados tristemente en su esquiva fuga por horribles astros nocturnos, llevándose á toda vela al sacerdote y al rey, al ministro y al esclavo, y arrastrándolos con sus aparejos á la eternidad siniestra,

---

Pasan agitando mortajas y sacudiendo cadenas; llenos de gusanos, hormigueando en ellos mónstruos; empujados por los huracanes, que soplan sobre ellos furiosamente; mudos espectros, que hacen dudar á la imaginacion si son presidios ó tumbas.

Unos pasan cantando, como si fueran víctimas del frenesí de Sodoma; otros pasan como vagos fantasmas, sin mover ruido y sin palpitar, y detrás de ellos, cargados de los males que nosotros sufrimos, los vá despeñando, de abismo en abismo, el furor implacable de la noche.

Pasan; el espacio está taciturno y sordo; sus envergaduras forman en la espesa niebla figuras lúgubres; no llevan áncoras ni remos; el invierno les combate, el granizo los acribilla, y la azorada lluvia retuerce y esprime las nubes sobre ellos.

Galeotes de la muerte, que cayeron en la fosa comun, se ven vagamente como sombrías lunas. Nada detiene su repugnante vuelo. Encima de ellos se espar-

cen la bruma y el horror, la profundidad los aborrece, y los precipicios están pendientes en los abismos debajo de ellos.

Atraviesan, yendo donde el huracán los lanza, tan pronto una tempestad, tan pronto un sitio de calma y de silencio; el universo vivo no alcanza á distinguirlos entre la niebla sin límites que los tapa; pasan por ella como sombríos rostros, que aparecen y desaparecen en seguida.

Esos globos, que transformásteis en prisiones, Señor; esos planetas pontones, esos mundos casamatas, esas flotas negras del castigo, vagan sin cesar, y en el oleaje fúnebre, sus mástiles, que llevan velas de tinieblas, se extremecen eternamente.

Les persiguen torbellinos, que tienen las formas de las fúrias; el manantial del llanto, que no se ciega nunca; la agonía, la desesperacion y el crímen, vacían sobre esos caminantes monstruosos del abismo todas sus urnas á un mismo tiempo.

Allí están todos los castigados y todos los miserables, roidos por la incurable úlcera de su pasado, poniendo los ojos y mirando por los agujeros de sus calabozos, y gritando:—"Dónde estamos?„ con una voz horrible, que se pierde en la extension, sin que ninguno la oiga.

Allí llora Caín, Achab tiembla, Comodo duerme, Borgia se rie; los Faraones y los Sardanápalos se encorvan; sopla un viento horrible, y en el fondo, pálidas larvas cuelgan de sus siniestros cabellos.

Allí están los traidores confundidos con los parricidas, los locos déspotas que han recuperado la razon, el hombre lobo y el hombre zorro, y cuando dirigen la vista hácia arriba, el cielo se aparece á sus ojos como una inmensa herida, en la que cada uno vé clavado su puñal.

La sombra es para ellos un espejo que refleja sus crímenes; se les aparece su remordimiento en todo lo que van encontrando; en el interminable camino que siguen, cada uno de ellos vé el delito que cometió: el mismo espectro que hace decir á Neron:—"Mi madre!„, hace gritar á Caín:—"Mi hermano!„

Más abajo aun se sumerjen en la sombra expiatoria otros mundos de los que la muerte desconoce la historia, donde el mal retuerce sus últimos nudos, donde se desvanece completamente la luz, donde en la negrura de desconocida bruma Tiberio aparece luminoso.

Unos de esos mundos fueron edenes, otros fueron astros, y ahora, cargados de calamidades, pasan rodando apagados y sumidos en la desesperacion; unos sembrando en el espacio ponzoñosos granos, otros arrastrando su lepra, y algunos su pestífera gangrena.

Dónde van? La noche se abre y se cierra tras ellos. El cielo, aunque en su sombra germina la clemencia, ignora esos castigos del abismo, y nadie sabe cuántos millones de años deben vagar sin descanso, arrastrando las larvas castigadas, esos lazaretos del infinito.

¡Qué terror causaria en la tierra y hasta en los sepulcros, cómo se extremecerian, si entre los rayos y las trombas, á la claridad de los astros fugitivos, viéramos, en la oscuridad de la noche, surgir súbitamente alguno de esos pavorosos mundos!

XXXIII.

EL CÍRCULO DE LOS TIRANOS.

Libertad.

¿Con qué derecho encerrais los pájaros en las jaulas, con qué derecho arrancais esos cantores de los bosques, de los manantiales, de los vientos y de la atmósfera? ¿Con qué derecho robais la vida á esos séres? ¿Creeis, mortales, que Dios, que es amorosísimo padre, crea las alas para que las colgueis en los clavos de vuestras ventanas? ¿Qué delito han

cometido las inocentes avecillas para que las encarceleis con sus hembras y con sus nidos?

¿Quién sabe los puntos de contacto que tiene su suerte con la nuestra? ¿Quién sabe si la servidumbre y la desgracia que infligimos á los animales recaerán sobre nosotros? ¿Quién sabe si la argolla sale del ronzal? ¿Quién sabe los contragolpes que nos producen nuestras acciones? ¿Quién sabe las amarguras que en el seno del misterio nos han de producir los actos que risueños realizamos en el mundo? ¡Guardaos de la sombría equidad! En todas partes donde se queja ó llora un cautivo, Dios tiene fijas las miradas. No seais perversos, y todos los séres que habeis encarcelado ponedlos en libertad; dejad que vuelen por los campos los ruiseñores y los gilgueros. Las almas expían el daño que causan á las alas. La invisible balanza tiene tambien dos invisibles platillos. No adorneis vuestras paredes con calabozos. De los enrejados de hilo de oro salen las gruesas rejas de hierro; la siniestra pajarera produce horribles Bastillas. ¡Respetad á los que recorren los prados, las fuentes y los montes volando! La libertad de que se priva á las aves, el destino, que es justo y cruel, se la arrebata á los hombres. Nos dominan tiranos, porque nosotros tambien lo somos. Si quereis ser libres, no debeis encarcelar á ningun sér viviente.

*

Archiloques lo atestigua, Atenas lo presenció. Llegó un dia en que un magistrado tuvo que exclamar:—"Huyo de aquí; voy á buscar otro asilo, ya que el Areópago pesa con balanza falsa.„ Aquella época fué horrible. En aquella época el derecho estaba fuera de la ley y la justicia fuera del juez.

Ciceron estaba presente el dia en que presentándose un centurion ante César, rompió la espada y le dijo:—"Histrion, comprendo tu pensamiento íntimo; te sigue todo el ejército, mandado por sus generales, pero yo no te sigo, que yo no soy el héroe que necesitas para cometer un crímen.„

Infernal Maquiavelo, que fuiste génio y pária, recuerda aquel dia en que exclamó un apóstol:—"¡Esto ya es demasiado! El Papa engaña al hombre. Satanás y él se ponen el mismo anillo. ¡Pobre Jerusalem, hacen que devore tu cordero la antigua loba de Roma!„

La conciencia humana quedó sorbida en el Océano de la deshonra, en el que todo se arrastra y se hunde; ese mar se alborota rugiendo y lanzando espuma, y de vez en cuando se vé reaparecer en la superficie de las olas el cadáver de la ahogada.

* *

¿De quién es ese ataud que han depositado antes de enterrarlo? Es el féretro del rey Cárlos I. La Cámara inglesa de los Comunes, con justicia, le eleva un monumento. ¿Quién es ese hombre de miradas severas que avanza pensativo hácia el ataud, lo abre y se queda contemplando el cadáver? Es Cromwell. Fué grande y todo tembló ante su poder.

Así fué, pero hoy ya no nos halagan esos espectáculos; tuvo grandeza en su edad, pero no la tiene ya en la nuestra. Aunque un resto de ignorancia subsiste aun en nosotros, dimos ya para siempre un gran paso; las naciones necesitan hoy un salvador, al que no escite la curiosidad de ver las cabezas que hizo cortar; hemos arrojado ya el hacha en el monton inservible de las espadas; no queremos ya servirnos de ella: necesitan ahora los hombres un libertador sereno, brillante, ilustrado, que sea arcángel, pero que no sea vampiro, y que al sacar del cieno de la miseria y del oprobio á los pueblos, no se vea brillar en su frente el siniestro fulgor de los ataudes entreabiertos.

Un ladron á un rey.

Señor, sois un ambicioso y yo tambien lo soy; y aunque los hombres se embriagan de diferente modo, rey, los dos pensamos lo mismo, los dos pensamos en tener de qué vivir; y para esto necesita-

mos, tú que eres príncipe, un reino, y yo que soy pensador, una moneda. Todos los hombres son lo mismo y persiguen el mismo fin. La bondad del Sér desconocido consiste en que lo dispersa todo en lo infinito, en que no deshereda á nadie; y los vientos, tal es la inmensidad de sus ráfagas, arrojan imperios á los reyes y óbolos á los necesitados. Deseamos los dos, á toda costa, á cualquier precio, tú hacer que engorde tu reino y yo adquirir todo el dinero que pueda, y en nuestra sabiduría ó en nuestra locura nos ayuda el acaso, pero yo valgo más que tú. Dígnate escucharme.

Tú eres hijo de una mujer extranjera y yo de una mujer gitana; si tu majestad hace ahorcar á la mia, este desacorde no prueba que la tuya tenga razon y que la mia se equivoque. He nacido, permíteme que te refiera este cuento, para tener hambre siempre y no tener vergüenza nunca, porque no es deshonroso comer. Nada es tan verdadero como el hambre, y el infierno que el hombre quiere introducir en la tierra consiste en rehusar eternamente el pan á las bocas hambrientas; por eso yo voy vagando por los espesos y siniestros bosques. Pero no soy perverso; solo deseo, sin tocar á los hombres ni uno solo de sus cabellos, sustraer una parte de lo supérfluo que hace pesar con esceso sus bolsas demasiado llenas. Para conseguir esto tengo que derrochar mucho talento. Jamás vertí sangre, y siento mucho que se exagere el mal que causo; matar no sirve para nada. El asesino es un ladron necio y orgulloso. Rey, soy el amante misterioso que pasa y que suavemente atrae sin gritos y sin cometer ninguna brutalidad las monedas que están dormidas en los bolsillos de los hombres. Me anexiono las pequeñas cantidades, sin despreciar por eso las grandes; pero es raro que caigan en mi poder sacos muy pesados; me contento con poco, y con frecuencia mis sutiles trabajos solo consiguen adquirir algunos céntimos; me contento con ellos, porque soy indulgente; no quiero ser costoso al pueblo, porque solo trato de comer. Rey, tú posees la grandeza y yo la pequeñez; pero ante el fragante prodigio del sol, lo infinitamente pequeño equivale á lo infinitamente grande; vale más. No tomo en sério la clase de tela que visto; soy gusano y filósofo; ver representar comedias entretiene á Dios, que no se irrita, pero se burla; es un verdadero poeta y el hombre es su polichinela. El nacimiento y la muerte son dos campanillazos que suenan, uno cuando entra y otro cuando sale el polichinela, y yo me rio con el viejo maquinista que se llama Destino. Todo es decoracion en el mundo, que en el fondo carece de realidad. Todo está disfrazado, lo mismo el rey que el saltimbanqui. Mi astucia, siendo como soy un sér tan ínfimo, consiste en no hacer á los hombres daño y en proporcionarme la manera de vivir. Te desafío á que hagas otro tanto.

Pretendo que valgo más que tú y más que todos, y se lo probaré al rey y á la multitud. He podido observar que el hombre, sér débil, solo tiene la mano derecha y algunas veces la izquierda, y por eso tú, que eres príncipe y augusto, puedes en ella encerrar bien la fuerza, pero encierras mal á la justicia. Al observar esto me puse á discurrir, queriendo aventajar al hombre, y á fuerza de pensar, á fuerza de estudiar el corazon humano, concluí por adquirir una tercera mano, la que no se vé, la mejor. Mi arte dió por resultado el ladron. ¿Me has comprendido? Oh reyes! vosotros y yo somos las dos partes del hombre; yo soy el espíritu, el dueño del crepúsculo, de los riscos, del quién sabe, de los caminantes; poseo lo que vosotros llamais nada, y existo. Pensando que, despues de todo, en este mundo miserable soy el que picotea la casualidad, que mis dientes no son inexorables, que no derramo la sangre de ningun desgraciado, como un juez, como un verdugo ó como un soldado; pensando que mi ambicion, sin ódio y pasajera, se cierne sobre los hombres con alas poco veloces y se pára en el sitio en el que termina mi hambre; pensando que hago lo mismo que hacen las avecillas que vuelan y que se paran en los árboles; en vez de ser malvado me empeño en ser venerable. Sí, soy un mortal dotado de facultades que los reyes no han esculpido bien en el mármol; un bayoco, que es metal inerte, cobre sencillo, cuando me vé, se convierte en sér vivo, y trata de seguirme, creyendo que yo soy su Pigmalion; los céntimos de la clase media, cuando me aproximo á ellos, me reconocen por su jefe y salen de sus bolsas para entrar en las mias, y esto, rey, supone de mi parte tanta habilidad, tantos desvelos, tantos movimientos de anguila y de culebra, que

esos céntimos ganados por mí equivalen á una obra magistral. ¡Es admirable mi arte! El destino, que es mi colaborador, pone lo posible á mi altura, conoce el cálculo, la industria, el heroismo y el aplomo que necesito en mi trabajo para conseguir que al cabo de una jornada cambien de dueño dos ó tres maravedises.

Pero, rey, qué penas sufres? ninguna; de qué mérito estás dotado? de ninguno. Crees ser grande porque heredaste? Tu padre cuando murió te dejó un reino y una fortuna. Haber nacido no te costó ningun esfuerzo. Empezaste por nutrirte en el seno de tu madre y concluiste por comerte un pueblo. Tu apetito es feroz, pero tu génio es nulo. Cuando se te ocurre pensar que es poco para tí poder disponer de un pueblo, lanzas tus miradas ambiciosas hácia un imperio y exclamas: — "Pudiera anexionarme el pueblo que está inmediato al mio.„ Entonces entras á sangre y fuego en él y obligas á la fuerza á que te reconozca por señor; pues bien, eso es muy sencillo. Entre tanto yo recorro los bosques, libre, tranquilo y sereno; yo conquisto liards y tú robas provincias.

Los comedores.

Se conocen por los apelativos de Justo, Augusto, Grande, Sábio, etc., y todos ellos tienen mucho apetito. ¿Quiénes son ellos? Los que se nos comen. ¿Con qué derecho? Con el derecho divino.

Ellos son los que viven; todos los demás son inútiles y vanos. Un viento pasa detrás de otro viento, el número despues del número; el género humano solo es una fuga de sombras.

Tienen acaso la voz del trueno? No; tienen la voz que todos tenemos. ¿Están enfermos? Algunas veces. Son fuertes? Como nosotros. Hermosos? Como nosotros. Tienen otra alma? Como la nuestra. De quién han nacido? De una mujer. Disponen, para oprimirnos y para domarnos á todos, de castillos y de cárceles. Quién los edificó? Nosotros. ¿Son de talla superior? Tienen nuestra misma estatura. Su terrible criada es la batalla, su criado terrible es el patíbulo. Desempeñan el papel de no tener ningun defecto, de ser para los demás hombres jefes, soberanos y señores, sultanes para las mujeres y dioses para los sacerdotes. Para esos séres, que elije el destino aventurero, se pronunció la última palabra. Cada uno de ellos pesa tanto como una multitud y tanto como un mundo, y los cañones son su última razon. ¿Quereis saber cuáles son sus obra? Escuchadme.

Uno de ellos, al que protege la cruz del viejo Ivan, tiene la suerte de disponer de un sepulcro de nieve, bastante grande para encerrar en él á un pueblo entero, y sepulta en él á la Polonia; hace bien en castigar á ese pueblo, ya que se atreve á existir. Una reina que fué jóven, hermosa, ignorante y feliz, no perdonó á nadie, y su alfabeto principia con el trono y termina con la horca. Otro, hablando en nombre del mártir que adoramos, al pié de la sublime cruz, que un reflejo del cielo dora, disfrutando de omnipotente poder, reza contínuamente, y no le espanta ver que su crucifijo está mirando las guillotinas. Otro, con la antorcha en la mano, se lanza en las ciudades revolucionadas, que incendia y saquea; reina desde Irún hasta Cádiz, hace fusilar á los prisioneros, diezmándolos, y dice:—"No fusilo á más porque estoy civilizado. El Tajo y el Ebro les harán ver que su señor está presente. Pueblos, quiero que se diga, al ver que por ellos pasan tanta sangre y tantos muertos, que el rey es el que pasa.„ Otro es un César rapáz; su laurel es raquítico, pero recoge gran provecho, y esto le basta; roba y se llena los bolsillos; qué es lo que roba? sacos de oro, que antes le cuentan, á los muertos y á las provincias, á Estrasburgo y á Metz; y lo que hizo Metternich lo vuelve á hacer Bismarck. El padre de otro bombardeó á San Marcos y en el horrible Spielberg construyó la Bastilla. Otro casa á su hija con su visir, y su hija, abusando de su derecho á dar á luz, pare un niño, lo que la ley prohibe, y el abuelo hace estrangular al nieto. Otro pasa su juventud en garitos, entre tahures y mujerzuelas, y más adelante, creyendo ser un Bonaparte, piensa en la púrpura del trono y se la viste chorreando sangre. Entre ellos, el más poderoso es con frecuencia el más miserable; tienen corazon de roca y dientes de leon; les embriagan el incienso, los

millones, el esplendor y la voluptuosidad; cuando tienen sed necesitan beber sangre, y la guerra se la proporciona; cuando tienen hambre necesitan devorar naciones; pero al fin, como justa revancha, los comedores son comidos.—"¡Qué escelentes son los reyes!„ exclaman los gusanos.

A los reyes.

I.

¿Creeis acaso que os podemos querer, nosotros que sufrimos todo el peso de los dolores, que constituimos el género humano, la plebe, los siervos de la gleba; que solo tenemos derecho al hambre y á la sed, á la indigencia y al frio; que asesinados por el trabajo vivimos agonizando; que somos vasallos, mientras sois reyes; que somos corderos, mientras sois lobos? ¡Verdaderamente seria extraño que los que sufrimos y nos desesperamos sintiéramos cariño y ternura por los que se nos comen, por los que de nuestros dolores forman sus alegrías! Seria un milagro, digno de insertarse en las Biblias, que os bendijésemos, porque sois devoradores á nuestras expensas; seria un milagro que el pueblo tuviese cariño á los tiranos, que la nacion fuera cómplice de su ignominia, que el castigado admirase al suplicio, como la mujer adora y besa á su esposo. Por vosotros el hombre es reptil y el pueblo es esclavo; por vosotros pesa sobre nosotros todo lo que nos cerca; por vosotros tenemos despellejadas las rodillas, somos abyectos y vivimos en la miseria; por eso os detestamos.

Pero nuestra naturaleza es de tal índole, que cuando sucede que entre vosotros los reyes sale uno de repente en la oscuridad, irradiando de su frente un astro, ya para defender brava y rápidamente á su pais, ya para cantar en perpétua juventud, á pesar de su edad; ya sea el rey David, ya sea el rey Pelayo, todos nos quedamos deslumbrados y el perdon y el olvido nos llenan el corazon, y nos quedamos satisfechos. A pesar de lo mucho que sufrimos, engrandecemos á ese rey por el pensamiento ó por la emancipacion; le profesamos cariño; nos apasionamos de su lira y nos apasionamos de su espada; podríamos conservarle el rencor que nos inspiraron los otros, pero no se lo conservamos; nos convertimos en sus soldados, en sus apóstoles, en sus legiones y en amigos suyos. Nos sometemos á él, que dispone de nosotros segun su voluntad. Solo vemos ya que salva nuestras ciudades y nuestras aldeas el vengador, que expulsa de ellas al extranjero; solo sentimos ya que al oir el himno de la paz, que sale de divinos labios, enternece nuestro corazon el canto sublime que nos hace comprender el inmenso amor que hace vivir al mundo, y seguimos á Pelayo y seguimos á David. Para que uno de vosotros haga desaparecer el invierno que llevamos en el alma; para que uno de los tiranos llegue á ser un dios para nosotros, hijos de la desesperacion y de la pátria; para que le sirvamos con idolatría, solo necesitamos que le vea blandir la espada el extranjero insolente que no le espera, ó que su voz celeste derrame la armonía en nuestro corazon; solo necesitamos que sea héroe ó que sea génio.

A tanto alcanza nuestra bondad con vosotros, reyes. Sucedió siempre, cuando algun príncipe, distinguiéndose, deslumbró, que el pueblo altivo, poderoso, augusto, pero estúpido, fué su servidor, su cortesano, su perro. ¿Pero qué es un rey y qué es lo que hace? Nace bien ó mal. Es nacer mal, oir, casi desde la cuna, que nos hablan con voz tierna los que el hombre sabe que rugen; es nacer mal, haber sido amamantado por una tigre, y al crecer causar alegría á la hiena y temor al cordero; es crecer mal, ser de bronce, ser un anillo de la cadena de reyes que la humanidad arrastra, que no es una aurora de paz la que vé nacer á un tirano. El que nació mal, mal vivió. Los miserables roban céntimos, pero los tiranos roban provincias. Casi todos los príncipes hacen lo mismo; comen, duermen, beben, matan, reinan, segun los antojos que les dicta el fastidio; pero la muerte sabe cómo se llaman, los llama y acuden á su llamamiento. La tumba no es un calabozo, ni es un asilo; es un sitio en el que nadie está seguro, es donde el hombre se cita con su conciencia. En él pierde al fin la paciencia el desconocido; en él el alma, despojada del cuerpo, está desnuda y tiembla, y tiene que oirle. Dejando aparte las buenas acciones que los príncipes pueden haber realizado, si no son doctores, ni magos, ni profetas, no tengo ningun motivo

para respetar á los muertos. ¡Caiga la deshonra sobre los fallecidos, que acompaña el remordimiento confundido en sus sepulcros con los miasmas insalubres! Allí está solo el fantasma, y como los buitres y como los cuervos, si sé que su sepulcro no es de esas grandes tumbas, en las que Raquel duerme, Juan medita ó llora Electra, me dirijo á él y escupo al espectro.

II.

No opongais á lo que pasa vuestras efímeras grandezas. Dejad en paz á las profundidades. La sombra trabaja en el espacio.

Qué hace? Ya lo sabreis. La nube asciende por detrás del horizonte, y se oye ya la llegada de acontecimientos desmesurados.

La humanidad camina y se ilustra; el progreso es un poderoso imán; á lo que llega tranquilamente no trateis de oponer vuestra cólera.

¡No irriteis á los pueblos oprimidos, turba inquieta de ciegos reyes! No imiteis al niño que arroja piedras encima de la muralla.

Dios, tras de los hechos que le sirven de velo, continúa sin interrupcion sus designios. Con amenazar al infinito nada conseguireis.

Dios no interrumpe por vosotros su marcha; es preciso que obre como obra: su trabajo, rudo en la superficie, terrible para vosotros, es agradable para el pueblo.

Reyes, respetad el progreso sublime; reyes, temed sus rugientes reflujos; no hagais con vuestras imprudencias que pierda la paciencia el abismo.

¿Conocemos su ira, sus sollozos, sus choques, su objeto y sus leyes? ¿Conocemos acaso las misteriosas órdenes que el trueno dá á las olas?

No os opongais á nada de esto; vuestro soplo aéreo y vano agita el agua, pero nada consigue de la inmovilidad de las causas.

Tratad de terminar bien vuestra vida; temed al alborotado oleaje y no perturbeis la venida formidable del porvenir.

Estad alerta! Las mareas, que llamamos revoluciones, nosotros tenemos que apaciguarlas, y vosotros, príncipes, las encolerizais;

Y el abismo es mucho más profundo, y el oleaje es mucho más espumoso, cuando, insensato, el huracán atormenta la sombría libertad de los mares.

XXXIV.

TINIEBLAS.

Tinieblas.

El hombre cree que le humilla el lote que le cupo en suerte; se figura que fué creado para un cielo más puro, para un destino más benigno; no cree que es digno de su sér estar enfermo, cansarse, sufrir, ser ignorante, llenarse de polvo á cada paso que dá, mancharse en el corto espacio que vive, fatigarse del peso de las horas veloces, ser esclavo del lecho donde reposa y del baño donde se lava; se irrita, se indigna, y cree que le envilece la sed y que le insulta el hambre; tiene por destino funesto temblar como la hoja en el árbol, enfriarse y envejecer.

—"Qué es lo que desea el hombre? Qué es lo que pretende en su locura?„ exclaman los soles; el yugo universal le ata y le comprime, es verdad; pero ¿qué necesita, de qué se queja? El sér más grosero y el sér más sutil, como él se encorvan, obligados por la fuerza invisible. Es tan insensato, que quisiera coger lo imposible alargando la mano. No sabe que el sér es uno; no sabe tampoco que incomprensible misterio lo cubre todo con su bruma; que las olas de la sombra lanzan siniestra espuma á todos los mortales, ya sean desconocidos, ya sean renombrados, y que todo lo que

vive fué creado para recibir las salpicaduras del abismo. Cree que su destino es demasiado humilde y demasiado ínfimo; se cree rebajado porque el cielo le aplasta, y no conoce que esa es la ley comun, de la que nadie se escapa. Odia la causa y guarda rencor al infinito; quisiera ser claro, límpido, sin ninguna de esas oscuridades que más tarde se explican, que nosotros llamamos enigma y que él llama azar; se figura que debia ser completo, sin mancha, sin dudas; que debia brillar la luz en su frente como una diadema, que debia ser perfecto y el único que estuviera fuera del secreto universal. ¡Y todo naceria, viviria, se alumbraria y se consumiria solo para desembocar en el hombre! ¡El hombre seria el objeto espléndido del universo! ¡La creacion tendria por único fin y por única idea colocar al hombre en lo alto de su horizonte! ¡Dios seria para el átomo un pedestal de orgullo! No; el hombre sufre y se arrastra, tiembla y cae; pesa sin cesar la ignorancia en su espíritu y la bajeza en su cuerpo; está triste durante su mañana y triste durante su tarde; tantea inútilmente el círculo rodante de su destino; el astro que brilla dentro de él traza una oscura elipse, la materia le vela y el suelo le eclipsa; su cuna oculta un abismo lo mismo que su sepulcro, porque todo en el mundo lleva su crespon y está de duelo; y ¿no nos humillan tambien á nosotros, que somos soles, cuando la sombra abre el abismo en el que nos sumimos, las sombrías noches que nos afrentan?

*

La noche lo cubre todo; empieza el canto de *profundis* del Océano inmenso. El marino tiembla al verse entregado al furor de las olas. Miserere! exclama el hombre; y en el cielo, donde el trueno ruge, el aire dice: Miserere!

El dolmen, que casi cubren las ortigas, lanza un suspiro; sus muertos se incorporan sombríamente; gimen? escuchan? El beleño entreabre sus corolas y la mandrágora deja escapar palabras de sus pistilos misteriosos.

¿Qué le han hecho al espino y qué le han hecho al árbol? Por qué lloran? ¿Por qué el antro de mármol derrama las lágrimas del adios? ¿Acaso son los negros Caínes de la primera falta? ¿Participan del sufrimiento y no participan de la luz? Lloran y no tienen ojos?

El navío se queja como un hombre que padece; el cañon de la chimenea rechina y humea; la ola que se precipita blanquea los tambores del vapor; la langosta, el cangrejo y otros extraños peces nadan en la oscuridad, en la que se arrastra bajo desconocidas formas la vida horrible del mar.

Los jarales gritan: parece que cuando los sacude el viento oigamos en ellos aullar á Nemrod, á Syla y á Cambises, roidos por el gusano y por el cuervo; parece que oigamos salir, mientras el huracán brama, de las frias cuevas que ocupan los sentenciados á cadena los rugidos de la tumba.

¿Hay alguno que vaya buscando, hay alguno que sueñe, hay alguno que camine en las horas en que por la playa vagan los espectros y los asesinos, y que sepa entre los vivientes por qué solloza y ruge el bosque, como monstruosa catedral en la que el viento toca á rebato?

Oimos que bocas nos hablan al oido; vemos entre las claridades de feroces ramajes pasar sombríos convoyes; el aquilon, destrozando el árbol que crece en las alturas, llena de torbellinos los solitarios cementerios; ¿qué es esa extraña voz?

¿Qué es ese enorme psalmo que nada hace callar y que canta con todos los soplos de la tierra, con los murmullos del cielo, con el temblor de las olas, en los juncos, en el agua, en el bosque, en el silbido de la yerba, el *requiem* misterioso?

Oh sepulcros! Oigo el órgano espantoso de la sombra, que lo componen todos los gritos de la naturaleza y todo el ruido de los escollos: la muerte se sienta á ese piano, que hace extremecer la naturaleza, y las teclas, segun son negras ó segun son blancas, son vuestras losas ó son vuestros ataudes.

* *

El hombre se engaña! Como lo vé todo sombrío, tiembla y duda, cree que la sombra le aborrece, y con los ojos entreabiertos exclama:—"Soy un átomo lúgubre condenado al mundo, al que la inmensidad hace la guerra y de quien el universo es enemigo.„

Si contempla la vida, vé que tambien es un abismo. La historia llora, sufre, grita y se desangra; las lámparas puras se han apagado; Morus se extinguió despues de Caton, y el género humano presencia el pugilato feroz de los grandes corazones y de los destinos funestos.

Para resolver el enigma universal propuesto al alma, ésta busca, y le parece que producen el mal la tierra y el agua, el aire y el fuego; sorprende en delito de prevaricacion al viento, al mar y á la noche; y qué alcanza á comprender? Poco de la criatura y nada de la creacion.

Los hechos, que son mudos y que parecen aciagos, surgen ante las miradas como un bloque de tinieblas, y están confusos y no tienen luz; en el oscuro horizonte se prolonga la sombra, en la que se interpone, ante la humanidad que medita, una montaña oscurísima.

La esfinge que se llama Naturaleza, acurrucada sobre las alturas, medita, petrificando con sus miradas á los magos, á todos los Zoroastros, á los que acechan á los soles, á los que espían á los astros, á los estáticos, á los deslumbrados.

Y les parece á todos esos Edipos, á los que extremece el huracán, que es el clarin que toca en las nubes; que el cometa, que el invierno, la muerte y el relámpago, que todo lo que el misterio tiene de espantoso sale de las terribles miradas de esa esfinge.

Tumultuosamente rueda la noche alrededor de la esfinge: si pudiéramos levantar su monstruosa pierna, que contemplaron sucesivamente Mercurió en la mitología y Newton en la ciencia antigua, bajo la palma siniestra de la mano y bajo la garra del pié veríamos escrita esta palabra: "Amor„.

XXXV.

ALLÁ ARRIBA.

Allá arriba.

Un dia la estrella vió pasar al cometa; se burló de él contemplándole y exclamó:—"Cómo corre el vagabundo! En otro tiempo, en la esfera azul era como nosotras una estrella vírgen, que tenia paraisos alrededor de su flamíjero corazon, y sus rayos conseguian hacer que diera vueltas el vuelo de los espléndidos planetas; su nimbo era augusto y entre su cabellera sustentaba diez globos luminosos; era el astro en el que se apoyaba todo un mundo. De repente un dia huyó como un loco y, víctima de un vértigo, se hundió en el fondo de los caos, donde Moloch se confunde con Dios. Salió escapado como un insensato; quiso seguir el capricho de su imaginacion y de su instinto fogoso, olvidándose de que el equilibrio es la virtud del cielo, y corrió al azar, exclamando:—"Me entrego á la vasta extension, siguiendo mi capricho; yo soy infatigable y ella es ilimitada.„ Quiso averiguar, conocer y sondear, ver los nacientes mundos, crear otros, ir á provocar á los soles hasta en su mismo foco, examinar el infierno, ver á Satanás, visitarle en su madriguera, hablar con él y decirle:—"Admíteme; me entrego, yo que soy dios, á tí que eres demonio.„ Como el aire, es ligero y volador; y quiso disfrutar del acre éxtasis de la cópula, y casarse sin cesar con universos nuevos; quiso ver de cerca la formacion del rayo y del trueno y lo violó todo por curiosidad; prefirió á la majestad fija, en las alturas del sagrado cielo, seguir una carrera extraña, oblícua y audaz, y ahora indudablemente estará arrepentido.„

El cometa contestó á la estrella:—"Te equivocas. Cuando despues que salió del paraiso la primera pareja humana, Dios se quedó allí solo, comprendió que el

amor era una necesidad y que sin él se enfriaria el mundo, y entonces me mandó que fuese á incendiar el abismo donde todo comienza, y lo que tú tienes por locura tuvo él por sabiduría. Desde aquel momento camino errante y frecuento todos los lugares, atrayendo hácia el himeneo á los olvidados mundos. Ilumino á Urano, recaliento á Saturno, doy fuego á los astros; soy el loco augusto en cuya frente irradia el amor; paso de Allioth á Sirius; pego mis labios á la triple frente de Aldebarán; me prostituyo al infinito, porque sé que yo soy la simiente de la que nacen los mundos. Dios aprueba mi conducta cuando hago brotar una creacion de lo que tú llamas libertinaje. Yo soy el que liga los universos unos á otros; sin mi influjo vivirian aislados; el infinito tendria que soportar el egoismo de los astros, y en todas partes reinarian la noche, el duelo y la muerte, que haria más lúgubres el horror de vuestras virginidades; yo impido el temible celibato del abismo. Soy el sublime latido de los divinos pulsos; mi trayecto, que es al mismo tiempo ideal y real, marca la arteria enorme y profunda del cielo; vosotras, estrellas, sois la luz y yo soy la llama; nací yo de su corazon y vosotras de su alma; hermanas mias, todos derramamos claridad; vosotras representais la armonía y yo represento la libertad.„

XXXVI.

EL GRUPO DE LOS IDILIOS.

El grupo de los idilios.

I.

Orfeo.

Pongo por testigos á Tanais, el negro rio que se derrama por seis urnas; á Zeus, que hace que en los nocturnos carros arrastren toros á Rhea y caballos á Nyx; pongo por testigos á los antiguos gigantes y á los hombres que viven; á Pluton, que nos destruye, y á Urano, que nos crea, de que adoro á una mujer y que para mí es sagrada. Poseidon, mónstruo de cabellos azules, me oye y atenderá mis súplicas. Represento al alma humana que canta y ama. Como el Bóreas agita los bosques y como el Céfiro conmueve los trigos, el amor conmueve nuestros corazones. ¡Maldígame el cielo si no amo siempre y en todas partes á la mujer que se llama Euridice!

II.

Salomón.

Conseguí todo el poder siniestro de un monarca; arrasé ciudades y edifiqué un templo; Hiram, mi arquitecto, y Charos, mi ministro, obran aconsejados por mí.

El primero es mi llama, el segundo es mi espada; hago que me dicten sus planes y todo les sale bien; mis designios ascienden á más altura en el espacio que los huracanes de la Libia.

Hasta conmuevo á Dios algunas veces. Como soy hijo del crímen, adquirí tan fatal sabiduría, que hasta el demonio, para juzgar entre el cielo y el infierno, elegiria por juez á Salomón.

Consigo que el mundo tiemble y que el mundo crea; como conquistador me admira y como pontífice me sigue; como rey aterro á los hombres con la gloria y como sacerdote les aterro con las penas eternas.

Se me aparecieron las copas del festin y la mano que escribió en la pared "Mane, Thecel, Phares„, y haciendo sonar mis clarines y relinchar mis caballos, fuí un rayo en la guerra.

Soy célebre; soy semejante á un ídolo melancólico; soy misterioso como un jardin cerrado; y aunque soy más poderoso que son lindas las rosas en el mes de Mayo, podrán privarme de mi cetro de oro, de mi vasto trono, del arquero que vigila en mi torre, pero nadie me privará, tierna y hermosa doncella, del amor de mi alma.

Nadie me arrebatará tu amor, vírgen de cabellos blondos, que como una claridad reflejas en el limpio lago, como nadie puede arrebatar en el bosque el canto que gorgean las aves.

III.

Archiloques.

El piloto conoce la escondida forma que tiene el fondo del mar entre Zante y la Creta; el médico sábio conoce las enfermedades; el tocador de laud sabe que Athana inventó la flauta recta y Pan la flauta oblícua; yo solo sé amar. Lo que el mago explica cuando contempla un astro al través de los cipreses, en los bosques de Eleusis, por la noche, es insignificante comparado con lo que yo adivino contemplando á Stellyra, que es muy hermosa. Dioses inmortales, compadeceos de mí, que soy víctima de su beldad. Soy muy propenso á irritarme, pero ella me enternece. Musas, Stellyra es muy tierna. Es preciso que brote la yerba para que el cordero se la coma; es preciso que el adolescente crezca para ser amado. Vénus perfuma la inmensidad del mundo; el amor hace que perdonemos á los rayos del Olimpo; el Océano, al crear la diosa de Chipre, creyó absolverse de sus culpas, y el hombre adora, á las orillas del abismo, la tempestad, que concluye por una sonrisa divina. Stellyra tiene la alegría del nido que está lleno de pajarillos; yo, que soy hijo de Paros, comprendo lo que es el mármol; ella es blanca, pero es mujer como Aglaura y Glycere, y con sentimiento comprendo que ha de morir, porque todo lo mortal perece. Aunque Stellyra se asemeja á las flores que la aurora hace abrir en el mes de Mayo, concededme, dioses inmortales, que viva mucho tiempo, ya que destella su alma tan serena claridad. Quiero que sea mi esclava y quiero que sea mi reina; consentí que ella domase mi corazon y que trocase mi ódio en cariño. Pasajeros, sabed que se escribió esta cancion cuando Hipparques expulsó de Atenas á Onomacrito, porque éste decia en voz baja á los dioses infernales que sumergiesen el archipiélago de Lemnos.

IV.

Aristófanes.

Las doncellas van y vienen por entre los sauces; su tendida cabellera esconde y enseña sus espaldas; el ánfora que llevan en la cabeza no las impide apresurar el paso, cuando ven que Menalco desde lejos viene á reunirse con ellas; no las impide charlar con él, y que la hojarasca, despertada por la risa burlona de los pájaros, presencie el cariñoso encuentro de los amantes. Tantos besos se dan entre el ramaje de la arboleda, que el ánfora llega á casa vacía hasta la mitad. La abuela, que las espera, olvidándose del hilo que devana, gruñe y pregunta: —"¿Qué has hecho, quién te ha cogido la mano, que tanta agua has derramado por el camino?„ La jóven contesta:—"No lo sé„, y se queda pensativa. A la hora en que se vá extendiendo por los campos la oscuridad de la noche, cuando se oye de lejos el ruido que producen los carros que pasan, es conveniente meditar en el huracán del destino y prepararse para sufrir las peripecias de la vida; cuando sabe poco y cuando envidia poco, el hombre es cuerdo. Amemos. La primavera es la época á propósito; nos invitan á ello las flores que crecen en los barrancos; el indulgente Abril, los alegres nidos, el verdor del musgo, la fragancia de las rosas y la oscuridad que proyectan los árboles en los senderos de los bosques. Las mujeres regresan á sus casas hablando todas á un tiempo, y algunas se retardan por haber invertido algunas horas conversando con sus amantes. Musas, veneremos á Pan, que se yergue coronado de hiedra.

V.

Asclépiades.

Vosotros los que caminais de prisa, volviendo la cabeza hácia atrás, tened presente que el dios Pan sabe siempre dónde os escondeis. Amantes, si teneis motivos para que no se sepa dónde os reunís, os advierto que estais mal ocultos entre esos árboles, porque el tembloroso bosque escucha y mira, y haceis extremecer los jarales que os rodean; temed que vuestros besos turben á los espinos; temed el temblar confuso de las ramas de los árboles, porque la naturaleza tiene alma; el incomprensible soplo que la compenetra y que creeis que lo produce el viento, lo produce el amor; vosotros sois la gota y el mundo es el vaso, y vuestros suspiros hacen que se desborde el éxtasis; por encima de vosotros las temblantes ramas confunden sus rumores y sus fragancias; comunicais vuestra emocion á los bosques, y conseguís que la salvaje Driade agite su túnica.

VI.

Teócrito.

Oh hermosa! teme al amor, que es el más pequeño y el mayor de los dioses; es fatal y radiante; su pensamiento es siniestro, pero sus palabras son tiernas; muchas veces se acurruca sobre el musgo, y sonriendo juega con las flores, pero no cree nada de lo que dice; hace brotar ayes y lágrimas de su felicidad trágica; el amor llora siempre, pero triunfa en todas partes; la mujer tiene confianza en los besos de ese dios, que como es imberbe, no pincha las mejillas femeniles. —"Lyda, vá á mojarte el rocío de la mañana; ¿por qué sales al campo tan temprano?„ Lyda responde:—"Cedo á la influencia de mi destino; amo, voy á acechar el paso de Damætas, á esperarle hasta la noche sentada en un ribazo.„—"Lyda, huye de Damætas!„—"Le adoro y es imposible. No puedo darle á un tiempo todas las flores, porque unas nacen en el otoño y otras nacen en el verano, pero yo le amo en todas las estaciones.„—"Lyda, teme á Astarté y oculta este secreto en tu corazon. No refieras esos amores á tu madre cuando al rayar el dia se despierta en el lecho sonriendo.„

VII.

Bion.

Vámonos á gozar en los lascivos bosques. El amor es un mar, cuya playa es la mujer, y las leyes de la naturaleza hacen que á sus piés vencedores mueran los besos de los corazones y de los abismos. Ven conmigo al bosque; Citerea en su horror sagrado llega á ser salvaje y terrible; ven, y allí nos amaremos como se aman los dioses; el empíreo debe participar de las voluptuosidades, y el águila y la paloma vuelan siempre hácia los amantes. Los corazones son el espejo oscuro del firmamento, y todas nuestras pasiones reflejan sus estrellas. Desgarrando sus magníficos velos la naturaleza, prueba y atestigua la unidad; el rayo es el amor, el astro es la hermosura. Vamos á buscar la sombra de las grandes encinas. Oh hermosa! ¡Te poseo, porque tú me encadenas!... Con tus deliciosos lazos me ataste de tal modo, que gozo de todas las libertades; si las tomo no puedes quejarte de mí, porque tú eres la causa; si quieres que el céfiro no te importune, deja de ser rosa.

VIII.

Moschus.

Oh ninfas! bañaos en los manantiales del bosque. Los matorrales, aunque susurren, no los invade jamás la sombra, que aumenta hasta llegar á ser siniestra y á no tener derecho á gozar de la desnudez de Nerea.

Nerea es bella y pura, transparente y blanca. Una bandada de aves revolotea y habla con las flores del valle; el eco dialoga con el eco vecino; ¿qué dicen los pájaros, qué dicen los ecos? Que desnuda es hermosísima.

La claridad que refleja en los astros cae sobre tí, cuando te bañas, con ese vago sobresalto que en la beldad acompaña al atrevimiento y cuando el ojo salvaje del sátiro te acecha. Entonces, Nerea, de mujer te conviertes en diosa.

Yo, huyendo de los hombres y de los reyes, me he construido en el bosque un refugio con ramas de olmo y con ramas de carrasca; porque me gusta vivir al aire libre y en los bosques, me gustan Nerea y Phyllodoce y oir siempre el idilio melodioso.

Porque algunas veces durmamos en el bosque, oyendo desde lejos el fragor de los truenos; porque algunas veces nos iluminen los relámpagos y nos azote la tempestad, ¿hemos de privarnos de vivir allí y de oir el sonido de la flauta?

IX.

Virgilio.

Diosas, abridme el Helicon. Pastores, el bosque es sorprendente; en él se ven en lontananza descender vagamente hombres alados con ninfas que danzan, claridades que pasan cantando y que yo sigo. Los bosques me dejan obrar como quiero, porque saben quién soy. Pastores, me paseo por Mántua y me pasearé por Partenope; como el toro-dios comprimido por el pié de Europa, mi verso, perfumado con rosas y con lirios, conserva la huella del pié de Amarilis;

las doncellas de ojos azules corren por mis églogas; Baco con sus linces, Diana con sus perros de caza, vagan, sin descomponer una sola rama, al través de mis poemas y Fauno recorre mis antros verdes. Cualquiera que sea el que pase por allí no podrá encontrarse con mi idilio sin turbarse, y de repente, al ver caer ante él una manzana, no sabrá si la han lanzado en los sagrados bosques Atalante ó Galatea. Mis versos son tan puros, que despues de leerlos, Lycoris no podrá dejar de sonreir á Gallus. El bosque donde canto es delicioso y hermosísimo, y yo pretendo que haga nacer deslumbradoras ilusiones, y que el hombre y la mujer, que penetran en mi égloga, salgan de ella enamorados.

X.

Cátulo.

¿Qué hemos de hacer en el mes de Abril más que dedicarnos al amor? Ven; vamos á soñar, vamos á vagar errantes. Dejemos que Plauto pruebe que desea á Chloe por su triple collar de coral; dejemos que Prellas enamore á Juscus con sus grandes ojos; dejemos que César dome la fortuna voluble, que venza á los númidas, á los iberos y á los escitas, y entreguémonos, en nuestra fiebre amorosa, al aire libre, al espacio y al cielo. Haremos detener al muletero que pase y beberemos en su odre el vino que traiga; y por la noche, cuando la luna alumbre al fauno y á la náyade mientras se bañan, buscaremos por lecho, en el que termine nuestras ilusiones, una alfombra de musgo que esté escondida entre malezas. Hermosa mia, nada existe en la tierra más que la esperanza, nada es seguro en ella más que el himeneo, nada es verdadero en ella más que la alegría. El amor es el buitre, y nuestros corazones le sirven de presa. Cuando en otro tiempo ascendió á las altas regiones la ninfa Hellé, apareció una mujer en el estrellado Olimpo, los dioses la dieron tales besos en sus hombros, que súbito resplandor alumbró los dos polos, y la tierra comprendió que en las azules esferas la humanidad se emparejaba con la divinidad. Amémonos. Recorramos los bosques en los que cantan las currucas. Vivamos y gocemos; cíñete el ropaje aéreo que se llama dicha. El amor es un envenenador tierno y divino; dejemos que ese traidor acerque á nuestros labios su copa, en la que beberemos los éxtasis y el sombrío nectar de los besos locos. Los corazones amantes tienen prometido el cielo, pues la demencia augusta del amor enciende en el hombre celeste llama, y cuando nos amamos nos abrasa su celeste claridad, y tú te conviertes en Vénus y yo me convierto en Adonis. El temblor sagrado del ramaje de los árboles, al aparecer el dia, nos aconseja que amemos, que deseemos y que temamos, y que huyamos para ser cogidos despues. Adorémonos. Me deleita tu delicioso y casto pudor, contemplo enternecido el antro donde tú te entregaste; mientras que, fatigada la victoria de seguir á nuestros soldados, encima de nosotros, en las nubes, se ataba la sandalia que se le acababa de desatar.

XI.

Longus.

Chloe, desnuda, deslumbra al bosque; complácese de verse así, porque es tan hermosa como inocente. Parece un sér soñado por la imaginacion; el blanco lirio la mira y no se incomoda al verla así; la noche cree que es Vénus, el alba cree que es Psiquis. La primavera encierra deslumbrador misterio, en el que se siente flotar en el aire la involuntaria falta que se posa, oyendo el dulce murmullo del viento y del arroyo, en las almas, como el pájaro se posa en las ramas del árbol. Llega la primavera, apoderándose de la naturaleza por sorpresa y trayendo la divina leyenda del amor á los árboles, á las flores y á los corazones. Amad!

XII.

Dante.

Thales se llegó á creer que el viento y las olas crearon á las mujeres; ante Phellas, hija del campo, pero que vivia en la ciudad, Menandro no podia permanecer tranquilo; Moschus no comprendia muy bien lo que era una mujer y temblaba cuando veia pasar á Glycere; Anaxágoras, estudiando lo desconocido, miraba con inquietud á las vírgenes; á Virgilio le hacia meditar Lycoris; Platon denunciaba en Pafos el hedor del Phlegeton; Plauto huia de Lyde; aquellos hombres antiguos temian al planeta en que vivimos; Agd y Tellus eran hembras para ellos; temian el trabajo tenebroso y pérfido de los perfumes, de los rayos, de los soplos y de las savias. Despues de todo,

las mujeres quizá solo son sueños. ¿Qué alma tienen? Ninguno puede saber qué dios ó qué demonio se sonrie detrás de sus pupilas; ninguno sabe, en la vida intrincada, si el antro donde sueña Pan, la yerba donde se acuesta Astrea, si la roca, si el céfiro, si el bosque pueden transfigurar la fauna en mujer; los hombres de la antigüedad creian ver salir de todas partes algun espectro escondido; la posibilidad de ver medusas que surgian de repente, les hacia ser fantásticos y se creian cautivos de la sombría naturaleza.

XIII.

Petrarca.

No está ya en el mundo y, sin embargo, la veo; de noche en el fondo del cielo y de dia en el interior del bosque, que son míopes los ojos de la carne comparados con los ojos del espíritu. Estoy triste; como no tengo cerca de mí á esa mujer, vivo en una sombra melancólica, cuya sombra me ayuda á verla, pues la estrella siempre aparece en el celaje oscuro. Veo muerta á mi madre, y á tí, Laura, te veo ausente. Dónde? Allá abajo te veo deslumbradora. Te amo y te veo. Todo en la tierra es nada si no se ama; amar basta, basta para igualarnos con los dioses. El amor nos otorga dones superiores á nuestros sentidos, y el más divino de ellos, Laura, consiste en que nos veamos estando ausentes; consiste en otorgarme la felicidad de que te vea luminosa en todas partes. Cuando pregunto, idolatrado sér desvanecido, si estas ahí, mis ojos dicen que no, pero el alma me responde que sí.

XIV.

Ronsard.

Es muy justo que, habiendo cedido, pretendas disponer de mí; ven y no temas; estoy enamorado, pero soy prudente; sígueme; el talento de un amante que no es rebelde consiste en internar en los bosques á una beldad, en ser ardiente y discreto y en apagar su voz con el murmullo misterioso de la enramada. Ven y amémonos; quiero que te sientes en este sitio oculto y que dejes en el césped que pises el perfume de tu paso por él; dejemos recuerdos á esta soledad. Si tomas actitudes voluptuosas, si reñimos, si luego hacemos las paces; si me sonries á la sombra de los espesos árboles, este sitio será sagrado para las ninfas, y por la noche, cuando brillen los divinos Dióscoros, estas salvajes malezas sentirán el hálito de tus besos flotar sobre ellas en la sombra, y las amansará; los árboles oirán el llamamiento cariñoso, los corazones pequeños latirán bajo las pequeñas alas, y creerán las aves que tú has bendecido sus amores y sus niños. Por esto, hermosa mia, debes oir mi plática amorosa en este valle. Doy gracias á Dios porque creó tantas Evas, unas de cabellera de ébano, otras de cabellera de oro, éstas alegres, aquellas tiernas. Cuando terminó su obra, Dios, que en el fondo crea siempre los mismos séres, con la materia que le quedó de las mujeres hizo nacer las rosas.

XV.

Shakespeare.

Cariñoso sér, mortal y sin embargo alado, ángel y mujer, ¿es verdad que te has desvanecido? Fulgor inexpresable queda siempre en el alma que llegó á contemplar un sér celeste. Ay! la ausencia es cruel, pero el corazon triste y el espíritu cansado encuentra consuelos en el alma, que es la vidente invencible. El relámpago es pasajero, la nube se desvanece, pero el sér amado no se eclipsa nunca. Te veo, casi siento el tacto de tu mano, casi oigo tu voz. Pero lejos de tí vivo, como vivimos durante el sueño; todo lo que toco es larva, apariencia y mentira; te veo sonreir á través del infinito, y sin saber por qué, preguntándome si he sido castigado, lloro por si lejos de mí tú sufres. La naturaleza desconocida y santa encierra estos abismos, en los que la vision está al lado de la realidad; de este modo la luna es casi un espectro en el cielo; de este modo todo en el bosque termina por ser fantasma; de este modo casi en el fondo de un abismo y de un sueño está triste un ruiseñor y se rie un mirlo. ¡Son un misterio no sondeado los ojos del espíritu! ¡Incomprensibles pupilas que miran eternamente el bien y el mal! Leen perfectamente todo lo que esconde la sombra. Los ojos del cuerpo con frecuencia se deciden por el error; la ceguera que medita es lúcida algunas veces; ¿acaso se necesitan ojos para ver el heroismo, el honor, la virtud, el deber, la realidad santa y hasta las quimeras? ¿Quién sobrepuja en claridad al gran ciego que se llama Homero?

XVI.

Racan.

Si todas nuestras fantasías pudieran convertirse en amores, mi voz, que en la oscuridad se eleva, atrevida siempre, pero siempre temblando; mi voz, que en el himno que modula confunde á Astrea, á Eros y á Gabriel, á los dioses y á los ángeles, crédula á las cariñosas potencias del cielo, semejante á los nidos que en la oscuridad de la noche y de los bosques entablan con las estrellas un diálogo confuso; hácia la sombría y celeste bóveda mi humilde voz seguiria el camino que siguen los corazones que á ella ascienden, y llegaria allí, si todas las canciones que canta pudieran convertirse en pájaros.

XVII.

Segrais.

Frescas apariciones de sayas de bombasí que se arremangan alegremente alrededor de las fuentes, hermosas jóvenes de brazos blancos que enamoran, he visto pasar á Aminta por una senda del camino hondo; tiene diez y seis años, y su faz es tan alegre, que parece que siempre vaya á asistir á una fiesta; en el prado y en el bosque no hay otra tan hermosa, aunque ella no lo conoce; es más que una diosa, es más que una hada, es la pastora; es una doncella que corona su cabellera con espadañas, que mira con grandes ojos azules, que corre por los campos como en los tiempos fabulosos corrian Leontium, Phyllodoce y Glycere; tiene sonrisa majestuosa y sincera; cuando habla creemos oir el ruiseñor que canta en el bosque dentro de su garganta; es pura, tranquila y amable, y mis pupilas, que ella deslumbró para siempre, la siguen sin descanso, lanzando encendidas miradas. El mes de Mayo, los nidos y el amor acechan entre los jarales á esas jóvenes tiernas; en las praderas, por las que no corren los divinos rios, que se llaman Cefise, Eurotas y Cydnus, ella goza en correr con sus hermosos piés desnudos, y algunas veces se pierde por ocultos senderos. Como la cierva, que tan pronto acude como huye cuando oye voces humanas, ella es salvaje y mansa al mismo tiempo; es inocente, pero no es encogida; se entrega confiada y sin temor al que es cándido como un niño y huye con dignidad de los jactanciosos; por eso deseo parecerle estúpido, que hasta este punto profundizan los enamorados. Musas, canto y tengo cerca de mí á Stesícoro, á Plauto, á Horacio, á Ronsard y á otros varios pastores; amo, soy Segrais, á quien tambien llaman Tirsis; estamos sentados con Virgilio debajo de una haya, y esta cancion se escapa de mi flauta, mientras que mi rebaño pace en el valle, mientras que en el horizonte empieza á despuntar el astro nocturno y van extendiéndose los oscuros velos de la noche.

XVIII.

Voltaire.

Considerar la religion como una bucólica, ser poco hugonote para poder ser católico, amar tibiamente á Clorinda para poder acariciar á Luzon, seguir á veces á la sabiduría y siempre á la razon, separarse de los amigos, pero no proscribirles; creer tan poco en los dogmas que sea posible burlarse de ellos; ser un hombre como un diablo, un abate como Chaulieu; no exagerar nada, ni el poder de Dios; besar el santo chapin que á los devotos presenta el Papa, pero preferir el pié desnudo de Javotte; esos deben ser los verdaderos instintos del sábio. Muchas tentaciones y ningun atentado; inspirar cierto atractivo al cometer la falta, entregar el corazon al cielo, si Goton os lo suelta; cometer pecados para ir á confesarse, porque los pecados son alegres y hacen vivir al confesor á espensas del confesado; no sentir pasiones, no hacer muchas apostasías, esto es, estar dotado de buen sentido; seguid ese camino, que es recto y seguro. De ese modo se envejece sin sobresalto, de ese modo se tiene talento, aunque se haya nacido rey, aunque el hombre se llame Enrique IV, y aunque entre á la misa mayor y en casa de Gabriela d' Estrées.

XIX.

Chaulieu.

Sed débiles, mujeres; tiene grandes encantos vuestra debilidad, y se oscurece el firmamento para probarnos que necesitan velos algunas veces hasta la aurora y hasta las estrellas. Las flores no saben lo que Abril hará y tienen miedo. De qué? De un encanto ó de un peligro? De un peligro y de un encanto. Pues bien; tú que te confundes con las flores

y que las ves temblar, tiembla como ellas, pero más no. Temblad, hermosas, pero creedme, imitad á las flores, que se tranquilizan pronto. Las rosas son tan mórbidas como Cyterea, pero menos perversas; la espina es hermana del perfume. El cielo no es un testigo importuno para el hombre. Amémonos, que nos lo consiente el empíreo. En cuanto los corazones aman, llegan á ser sagrados. La hora en que brillamos se toca con la hora en que caemos; brillad y caed. En otro tiempo los sábios eran muy razonables; aconsejaban la gloria á los héroes y la caida á las hermosas. La yerba blanda, despues de la deliciosa lucha, se convierte en un trono, y Horacio hace sentar en él á Chloe. Como un viejo espejo, deslucido y desclavado, el idilio cuelga hoy de la techumbre celeste; restaurémosle, sigamos el paso ligero de Galatea, y yo seré Virgilio y tú serás Eglea. Convirtámonos en dos pastores y vivamos en la aldea de Guido.

XX.

Diderot.

Los filósofos son de opinion que la naturaleza no se ocupa de ellos; que solo se ocupa de su fecundidad, que solo consulta el órden augusto y de que rigen las mismas leyes en la tierra que en el cielo. Vivir y amar es lo importante; lo demás todo es ignorancia: la creacion es una transparencia; el universo imprime en todo el mismo sello, el del amor, lo mismo en el sol que en el pájaro; nuestros sentidos son consejos; hay voces que salen de las cosas y que dicen:—“Beldades, haced lo que hacen las rosas; amantes, haced lo que hacen los nidos. Sonrie el Abril triunfante; dejad que penetre el cielo en el corazon. Teócrito, hermosa mia, era tierno y fácil; los antiguos tañedores de Grecia y de Sicilia cantaban la verdad, y sus versos son siempre deliciosos hasta en las pérfidas estaciones; eran algo locos, como verdaderos sábios; besaban los piés desnudos y acechaban los rostros puros; como no tenian sofás ni canapés, se acostaban en lechos que formaban con pámpanos frescos, se apresuraban á amar, porque la vida es rápida, y la última hora empieza cuando aparece la primera arruga; la pálida muerte pisa con el mismo pié vuestra belleza, señora, y nuestro madrigal. Vivamos, pues; creo que el amor es un deber, y nadie tiene derecho á enterarse si me extremezco ó nó cuando entreveo un seno delicioso; me deslumbro como todos, y en este mundo el más sábio es el que más se embriaga. Mujer, oye lo que te diga el corazon y no leas ningun otro libro; lo que hicieron los abuelos lo repiten los hijos, que el amor en el fondo es siempre el mismo idilio; la égloga, sonriéndose, se copia; calca á Margot sobre Phyllodoce y á Juan el Grueso sobre Menalco. ¡Sé hermosa y ama! La vida es una funcion, funcion que llenan todos los séres, y en ella no miente ningun instinto y ninguna ley se doblega; su cumplimiento no depende de nosotros; la azucena es pura, el cielo es azul, el amor es tierno sin el permiso del hombre; ningun sistema impide que Eglea diga á Titiro que le ama. La Sorbona no tiene nada que ver con esto. Madame de Genlis puede escribir su *Pamela* sin incomodar á los pájaros que cantan en los bosques, que tampoco se preocupan con Arnauld ni con Pascal; y cuando desde las profundidades del cielo zodiacal, hácia la aurora desciende el amor con su atalaje de astros en su enorme carro, ignora lo que Voltaire escribió á Thiriot.

XXI.

Beaumarchais.

¡Vámonos á los bosques, hermosas aldeanas! Por encima de los molinos, donde están descansando nuestros jumentos, arrojando al aire las gorras, cantando, introducid en nuestros corazones todos vuestros caprichos alegres, tiernos ó burlones, que hoy es domingo. Oyense ya los sonidos de la gaita; el viento se divierte en despedazar los helechos. Los pájaros, como no tienen que pagar alquiler, cambian de cuarto cada vez que les ocurre; vaguemos como vagaban Daphnis y Chloe; no tendremos siempre tiempo de ser inocentes, seámoslo ahora. Gocemos de las hayas, de los citisos, de los musgos y de los céspedes; entreguémonos á la frivolidad que se llama amor; ya que la pradera está verde, ya que el cielo está azul, amémonos. Palabras sacramentales han hinchado el idilio; nó presentemos el aspecto de aficionados que representan tragedias; hablemos todo lo que se nos ocurra. Disfrutar de alegres libertades presos en suaves cadenas, es lo que nos aconseja el riente Floreal. El niño amor conduce al viejo mundo con andadores; pensemos en los

rosales, olvidémonos de los sermones, riamos y gocemos, y tú, fresca amada mia, ven conmigo, que ya dentro de los nidos se oye piar á los pajarillos, la alondra canta en el aire y los gallos en el gallinero.

XXII.

Andrés Chenier.

Oh hermosa! Los gorgeos de los pájaros, las flores que abre la primavera, los rayos luminosos que encuentran las águilas en las nubes, la loca alegría de las desnudas nereidas que se arrojan en el agua de los limpios manantiales, esos locos juegos de las mojadas diosas, que toman el mar por lecho, como tú la hojarasca de los árboles, todo lo que juega, suena y brilla en el horizonte, no tiene tanto esplendor como tu cancion amorosa. Tu canto aumentaria la alegría de los dioses. Al mismo tiempo me amas y te vuelves á sentar sobre mis rodillas; como tú, Psiquis habia momentos en que se enfadaba, pero despues se colgaba del cuello del jóven dios, que era su dueño. Se puede acaso renegar del amor? Amar es nacer por segunda vez, es saborear en los brazos del sér querido toda la cantidad de cielo que Dios ha infiltrado en la materia; es ser un ángel, pero con el orgullo de sentirse hombre. Oh hermosa! no me rehuses nada. Amémonos, que estos instantes son los únicos buenos y seguros. Yo suspiro y tú meditas; tu corazon late cerca del mio. Dejemos que canten las aves y que murmuren los arroyos, que envidian nuestra felicidad. Vivir es amar; ven á perderte conmigo en lo más espeso del bosque; el cielo desea que se encuentren las bocas; la leona busca al leon en la montaña. Amémonos. Mientras que tú sonries, mientras que mi delirio abusa del dulce consentimiento de la sonrisa, mientras me absuelves de un beso cómplice, la vasta y fúnebre noche reina debajo de nosotros, y los muertos en el Hades miran cómo ascienden en el espacio de las sombras los astros tenebrosos del Erebo, que hacen temblar sus rayos sangrientos en el agua negra de la laguna Estigia.

El idilio de un anciano.

LA VOZ DE UN NIÑO DE UN AÑO.

Qué dice? Creeis que habla? Estoy seguro. Pero á quién habla? A alguno que está en el éter, á lo que llamamos espíritus, al espacio, al invisible batimiento de alas que pasan, á la sombra, al viento, quizás á su pequeño hermano muerto. El niño aporta á la tierra algo del cielo, de donde viene; llega aquí ignorante y el hombre le recoge. Nace con el temblor de las yerbas y de las hojas. La charla con que principia á hablar es la flor que precede al fruto, menos bella que él, pero mejor, si es ser mejor no ser necesario. El cándido niño, al entrar en la miseria humana, se fija en este extraño y temible sitio, que no comprende, que le asombra, y no viendo en él á Dios, balbucea con deliciosa voz, y lo que en él llora, termina por ser lo que en él canta; sus primeras palabras tienen miedo como sus primeros pasos. Despues espera.

En el cielo, adonde no llegan nuestras miradas, existen no sé qué nubes de figuras que los niños, que en otro tiempo veneraban los augures, distinguen desde la tierra, y que son las que les hacen hablar. El niño quizás vea allí chispear un ojo; le pregunta; vé en aquellas nubes claras, resplandecientes faces, que disminuyen sin fin, y fantasmas reales, que para nosotros serian vanos, que le miran, lanzándole divinas sonrisas; la oscuridad serena extiende sobre él sus ramajes y se rie, porque para el niño las tinieblas son blancas. Y allí, en la sombra, en el fondo de los deslumbramientos, dialoga con hechiceros desconocidos; el niño pregunta y el ángel responde; la cháchara pueril llega hasta el cielo azul; despues vuelve á bajar, con las vacilaciones del vuelo del gorrion que viera cernerse sobre él el halcon. A esto llamamos balbuceamiento. Cuando el niño charla con la sombra que le bendice, atenta la curruca le oye desde el borde de su nido, y sus pequeñuelos asoman las cabezas por debajo de las plumas de las alas de su madre, que parece que les diga:—"Oidle y procurad hablar así.„



LOS ALDEANOS Á LA ORILLA DEL MAR.

La primavera, la aurora, la luz pálida del apacible paraiso, los rayos, las flechas de oro, á los que la tierra sirve de blanco, se funden en un ritmo oscuro en el humilde cántico del alma, que titubea, y del corazon, que anda tropezando. Tropezar, titubear y tartamudear forman el encanto de esa edad, en la que la risa sale de una lágrima. ¡Divino claro-oscuro del lenguaje infantil! El niño parece que deba poder desarmar al destino; el niño, sin saberlo, enseña á la naturaleza, y su sonrosada boca es la augusta abertura de donde cae en el ignorado abismo el verbo desconocido. Que se encuentre la inocencia entre nosotros es una liberalidad que nos concede el cielo. ¿Quién sabe los consejos de prudencia, los relámpagos de bondad; quién sabe la fé y el amor que derraman en el combate de la vida las almas de los niños en las almas de los hombres? ¿Vemos acaso el fondo de su lenguaje, en el que conocemos que pasa todo lo que hace extremecer al inocente? No. Conmovidos los hombres, oyen cómo las lenguas infantiles confunden las sílabas en un idioma, al que el cielo le presta el acento, y no comprendiéndolo, exclaman:—“No quiere decir nada; eso es solo un murmullo; no es una palabra completa.„ Qué sabeis? Ese grito, ese pio que sale del nido, es el hombre que empieza y es el ángel que termina; veneradle. El murmullo melodioso, el diapason desatado y flotante, en el que la niñez amalgama el perfume de sus labios y el azul de sus ojos, se asemeja, viento del cielo, á las misteriosas palabras que para expresar la oscuridad ó la luz propones al alma inmensa que está difundida en todas las cosas. El sér que acaba de aparecer en un mundo, en el que todo engaña, expresa como puede su asombro. Para el animal, que se pierde en el profundo enigma, todo proviene del hombre. El hombre vá poco á poco arrancando la explicacion al misterio, y para él vá esclareciéndose un poco el incomprensible problema. Sí; el gorgeo, la vaga música que canturrean los recien nacidos y cuyo secreto encanto poseen, que desde la casa pasa al bosque, constituyen todo un verbo, toda una lengua, un cambio del alba con la estrella y del alma con el ángel, idioma de los nidos, cambio de cunas, que de los niños adquieren los pájaros.

XXXVII.

LOS ALDEANOS Á LA ORILLA DEL MAR.

—

Los aldeanos á la orilla del mar.

I.

Los pobres habitantes de las costas, en el invierno, cuando el mar está alborotado y es de noche, acuden á las playas á ver el rugiente oleaje lleno de misterio.

Contemplando el mar terrible y sin límites, piensan en los escollos que producen tantos desastres; la huérfana, al verse sola y desconsolada, grita:—“¡Padre mio!„, y la abuela exclama:—“¡Hijos mios!„

La madre, inclinándose, se pone á escuchar; la viuda llora y se vá de allí: esos corazones, á los que el mar revuelto amedrenta, tiemblan temiendo los infortunios que les pueden sobrevenir.

Dónde estarán sus queridos séres? Les sobrecoge el miedo. La oscura noche oculta á Vénus; el Océano arroja su bruma á sus almas y la espuma á sus piés desnudos.

Acechan, dudan, ignoran lo que la sombra y el rugiente oleaje, que combate sin cesar, y las rocas y los escollos diciéndose están en voz baja.

Unas se extremecen, otras esperan, el viento ruge furioso. Rezan á Dios, que es el que hace que el esquife bogue ó se hunda, que es el que trueca el golfo azul en abismo que traga.

II.

La lluvia inunda sus trenzas; confunden allí unas y otras sus agonías con sus esperanzas. Todas aquellas mujeres que tiemblan y sufren tienen fija el alma en las alborotadas olas.

Y segun sus esperanzas, cada una vé apariciones diferentes en el lejano horizonte. El rebaño de las olas salta y blanquea toda la costa, arrojando sus vellones.

El grupo femenil tiembla y llora; para él, el abismo oscuro, que la gaviota desflora, es como una sombra viva, por la que el cordero que se llama Espanto pasa balando.

Aquel mar es perverso, y el temible viento del Oeste, que alborota el oleaje, rugiendo sopla frecuentemente sobre el faro de Saint-Malo.

III.

En el mar es muy frecuente que el rayo, en vez de faro, brille en los aires, y que en las olas que la levantan, la corbeta fantasma aparezca á la luz de algun relámpago.

Temblad entonces, pues el agua ruge cuando el bajel muerto la hiere con el remo, pues el bosque se enfurece cuando el cazador espectro sopla en su negro clarin.

¡Maldita sea la caza-marea que persigue á la aborrecida nave en tempestuosa noche, que hace extremecer al navío y hace sonar su aterrorizada campana!

Un buque holandés que el inflexible dedo del destino señaló es el esquife castigado, es el siniestro pirata del infinito.

¡Ayer estaba en el Polo y hoy está aquí! Es cárcel y tumba; corre á su perdicion. Judas, sin rezar, piensa, en la proa, y en la popa, medita Caín.

Bastaba que él pasara por una isla para que la hiciera desaparecer, y ahora huye en la noche oscura y la tempestad encadena á ese forzado.

Convertida la ola en hiena, ¿qué ha de suceder al marinero cuando, lanzando pólvora en las olas, el invierno vomita con sus rayos á ese negro brulote?

La lúgubre goleta lanzá á través de su esqueleto un blanco rayo; las olas aparecen esquivas y el abismo, asustado, contempla la aparicion.

Los peñascos que resguardan la tierra exclaman:—"¡Vete, solitario; vete, demonio!„ Y el hombre oye desde su cabaña ladrar á los perros de piedra despues de oir á Satanás.

Y las mujeres en la playa hablan unas con otras, temiendo al bajel aparecido, del que surgen vagos clamores y que arrastra tras él oleadas llenas de sangre.

IV.

Dícense unas á otras en voz baja que aquel barco negro que pasa es de granito, que á bordo de él nada se menea, que sus aparejos son de hierro rojo y que su mástil ruge.

Y todas lloran y rezan, mientras que en los juncos, en los matorrales y en los espesos bosques, vientos furiosos y olas alborotadas lanzan en la oscuridad gritos confusos.

V.

Y los escollos centenarios devuelven ruido de truenos al rugido del huracán; parece, en aquellas noches del otoño, que un monstruoso cañon truene en el Océano.

La sombra está llena de fúrias. ¡Oh caos, olas aturdidas, cabos que correis como arroyos, viento al que imploran las madres para que se aplaque, abismo en el que se devoran las olas unas á otras aullando!

Como un loco que tira de su cadena, el agua lanza gritos de ódio á los duros arrecifes; las rocas, sordas á estos silbidos, confunden con los nubarrones bajos sus altos picachos.

El mar arrastra á su caverna al esquife, que flota á la merced de las olas con el mástil destruido, sin timon y con el velámen que ata á su cabellera la horrible noche.

Y en la oscuridad de los acantilados las pescadoras de las aldeas tiemblan agitadas por el huracán, mientras que te sonries en las olas, á la otra parte del mundo, sol Levante!

XXXVIII.

*

Pasó un hombre de pensadora fisonomía y un patriarca le preguntó:—"¿Cuántos dias llevas de marcha, viajero que vienes por la parte de Levante?„ El hombre contestó:—"No lo sé.„ El patriarca le preguntó:—"¿Te ha molestado mucho el viento?„ El hombre respondió:—"Lo ignoro.„ El anciano continuó preguntando:—"Debes haber encontrado cerca de Engaddi la caravana que se dirigia hácia el Mediodía; ¿cuántos viajeros y cuántos animales de carga llevaba?„—"Ni encontré la caravana, ni encontré los hombres ni las bestias.„—"¿Has visto pasar entre la niebla garzas reales grises?„—"No.„—"Hombre de sombrío rostro, al encontrar en tu camino la cisterna que hay entre Edon y Gaza, segun es costumbre, ¿has pronunciado tres veces el nombre del santo que la cavó?„ El hombre respondió:—"No sé quién es ese santo.„—"¿Debe como tributo enviarse mirra ó bálsamo al tetrarca Antipas para lavar su hogar y para perfumar su lecho?„—"No lo sé„, contestó el hombre. —"¿No conoces al rey que te acabo de nombrar?„—"No.„—"¿Entonces no sabes distinguir entre el lecho de púrpura donde se acuesta Antipas y la paja que sirve de cama á las bestias?„—"No„, contestó el hombre.

Hablaban así dos ancianos cerca de un cementerio. El patriarca, fijándose en las fosas, dijo:—"Todos esos séres sobre los que crece la yerba vivieron en otro tiempo, estaban alegres y fueron útiles; ahora cayeron en el foso de los reptiles, y allí yacen devorados por los gusanos.„—"No, le contestó el hombre; volaron desde allí. Llegar á la tumba es ascender á las alturas.„ El patriarca, reconociendo en el viajero á un profeta, se quedó pensativo, y mientras que éste desaparecia á lo lejos del desierto, se quedó murmurando en voz baja:—"Es un sábio, que solo conoce las cosas del abismo.„

* *

Los grandes espíritus, cuando caminan, producen rumores, oleajes y choques, y extremecen profundamente á la multitud y remueven á su paso el mundo que los rodea. Espantan al que no deslumbran: el hombre, como una nube, vaga y cambia de forma; ninguno, por pequeño que sea, se escapa de esos terribles soplos, que hacen temblar hasta á los más humildes. Así, cuando, evadido en el vasto horizonte, el aquilon rugiendo aumenta la lluvia y los relámpagos, cuando pasa, todo lo conmueve; no queda ni una brizna de yerba en el fondo de los barrancos á la que no toque la rapidez formidable de sus alas.

* * *

Hace ya algunos años conocí á Ferdouxi en Mysora. Parecia haber robado un rayo al sol para hacerse con él un penacho; llevaba turbante rojo lleno de brillantes rubíes y atravesaba la ciudad vestido de color de escarlata. Cuando diez años despues le volví á ver, iba vestido de negro, y le pregunté:—"En otro tiempo venian por verte desde muchas leguas por tu traje brillante; ¿cómo es que vas ahora vestido de negro?„—"Porque me he apagado„, me contestó.

El apedreado.

El que habla aquí caminaba por una llanura tan oscura, que apenas en ella se distinguian los senderos; se oian murmurar los truenos á lo lejos en el espacio. Vió sobre el césped un monton de huesos negros debajo de un monton de piedras, y allí el caminante se paró, triste y severo, dirigiéndose á Dios y exclamando:

—"Oh Dios! debajo del tranquilo cielo y en este áspero sitio, donde gruñe el viento y el apóstol enmudece; en este desierto, próximo al Horeb, veo en el suelo los mortales despojos de un hombre que vivió. Era un mago; tuvo de pié á la cabecera de su lecho vuestro formi-

dable espíritu todo el tiempo que vivió; vuestro espíritu hablaba á su alma; ni la arena, ni el polvo, ni el agua que corre entre las rocas impidieron jamás que caminaran sus piés desnudos; pasaba por los torrentes y atravesaba las llanuras; era en el mundo uno de vuestros predilectos; hablaba al pontífice, al escriba, al juez, al rey, y á todos les causaba sobresalto, lo mismo que á la sombría multitud; pasaba dispersando por todas partes sus palabras, y el oleaje sentia el mismo extremecimiento cuando pasaba por él la tromba, y el bosque temblaba de este modo cuando le agitaba el huracán, que los hombres cuando les conmovia su voz; esto sucedió siempre mientras vivió ese mago. El pueblo es demasiado ignorante y el sacerdote es demasiado soberbio para oir con paciencia durante mucho tiempo que les aconseje un caminante que se debe prestar ayuda al que es débil y bendecir al que es inocente, que se debe temer al augur y á su cetro de arce, y que lo más venerable que hay en el mundo es la verdad; que deben convencerse todos los mortales que durante su tránsito por la vida no deben procurar ser dichosos, sino ser justos. Aquel hombre era sublime y puro en sus consejos y en sus exhortaciones. Por eso está ahora sepultado debajo de esas piedras. Aquel mago tiene por lecho ese monton de guijarros y de pedruscos, que le mató cuando vivia y que le enterró cuando perdió la vida. Indudablemente el árbol que crece cerca del cadáver es más frondoso, porque tiene á sus piés más savia; la yerba brota á sus plantas más lozana y los gusanos están así hartos y contentos; los lobos tuvieron comida aquí para mucho tiempo, y la hiena, despues de comer la carne, pudo roer el esqueleto; el almendro salvaje que florece en este barranco pudo beber la sangre y producir muchas flores; pero, ¿para esto se crearon los profetas?„

Dios le respondió:—"Desde luego sirven para esto. Es preciso que las flores se abran, que el árbol exista; es conveniente que la yerba sea espesa para que las ovejas se alimenten bien; el gusano tiene derecho á vivir, lo mismo que todos los animales que nutre el pecho universal de la naturaleza; y yo, que sé que unas cosas sirven de raices á otras; que cuando uno está acostado es porque otro está de pié; que el sér nace del sér, transformándose sin fin, y que la eternidad rueda en ese círculo enorme, porque si no fuera así los soles se apagarian en el oscuro éter, no veo un motivo para que los profetas se eximan de dar su carne por alimento al hambre inmenso de la naturaleza. Además, el apedreado te sirve para hacerte meditar. El hombre pasa, siendo desconocido, por la noche, por el invierno y por su alma, porque él pone ceniza donde yo puse la llama; y ya que es sordo, ya que es rencoroso, ya que sus placeres son leyes para él, es conveniente que cuando sale de jugarse en algun antro á un golpe de dados sus dias, su bienestar y su corazon, vea de repente, tendido en el suelo, á un sábio apedreado, y que compare conmovido por sagrado terror los cadáveres que él produce con los espíritus que yo creo.„

Y prosiguió el Espíritu Supremo:—"Sigue escuchándome. Como cuando los cazadores que arrastran con el sonido de la bocina sus jaurías hasta la oscuridad del bosque, los pueblos, lanzando ante ellos los perros funestos què se llaman Odio, Ignorancia, Envidia, Orgullo y Rebelion, persiguieron al profeta, como persiguen á los leones; mientras beben el vino y la sangre en sus moradas, adorando, repugnantes pigmeos, sus faltas colosales; mientras el incendiador, que sopla sobre un monton de carbones, se cree ser mi sacerdote, y mientras que su ruin conducta les parece justa, los magos, inspirados, hablan á las multitudes, pero yo no ignoro que esto no es suficiente. El profeta es grandioso, pero yo sé que no puede pronunciar las palabras divinas más que con el lenguaje humano. Se necesita que aparezcan el prodigio y el fenómeno y que yo me dé á conocer á los pueblos, que olvidan las oscuridades que coloqué en los altos sitios; se necesita dejar que el hombre entrevea mi misterio; el órden silencioso debe cesar de callar, y para el cielo este es el momento propicio de que haga sonar el clamor que atraiga á los puèblos á su deber; es necesario hacerles una terrible advertencia; el mundo tiene necesidad de que un verbo altivo, sincero é inocente, presente como testigo la aterrorizadora sombra; es preciso que alguno que se oiga desde lejos le hable más alto que las voces ordinarias, y esta es una de las misiones que yo confio al trueno.„

XXXIX.

EL AMOR.

El amor.

El libertador que vá aflojando gradualmente la doble cadena de la ignorancia y de la miseria; el barrendero que vá limpiando la tierra de preocupaciones; el caminante que jamás se cansa; el progreso que destrona el patíbulo y que amordaza la guerra, que con las costumbres borra las leyes, que transforma el etrusco en romano y el galo en francés; que, rápido y terco apóstol, vá predicando la nueva ley, no ha podido aun todavía fundir más que el hielo del Polo. Las revoluciones, que elevan el nivel del alma, y que cuando pasan restauran el mundo viejo, esos cometas errantes del ideal puro, esos guerreros y conquistadores del bien, no han conseguido aun más que emancipar el hombre á medias; su parte más divina arrastra las cadenas aun.

Tiernos pajarillos que cantais en las honduras del barranco, ¿cuándo se hará saltar el tornillo que oprime al triste amor?

Ruiseñor, que cantas de noche; alondra, que cantas de dia, que espigais granos en los campos; gorriones y currucas que volais desde que sale el sol hasta que se pone, ¿no es cierto que os causa afliccion ver que la puerta del aire se cierra bruscamente en el momento en que los corazones van á volar á través de la enramada, como tierna bandada que se dirigia hácia el cielo azul, y ver que la antigua y horrible jaula del pasado, en la que siempre volvemos á recaer, tiene presa todavía una ala de la pobre humanidad? Pájaros libres, que vivís sin enojos, os dirigís á la aurora, á las flores, á los astros y á la noche, y les preguntais:—"¿No puede amar acaso el sér que es hombre?„

Y el alba, en la que Dios se aparece, y el astro, al que Dios dice su nombre, y la noche, que deja escapar sus más tiernos suspiros de los nidos de los ruiseñores, de los agujeros de los buhos; y las flores, cuya fragancia se funde en los rayos luminosos, y las yerbas, y las aguas, y las piedras, os contestan con cariñoso acento:—"Inocentes pajarillos, todo está creado en la naturaleza para amar.„

*

Mirad cómo juegan sentados en la arena ó en el tapiz verde de la yerba que está sembrada de flores; el uno arrastra un carreton y el otro lleva la pala. El paraiso les habla y el himeneo les llama. Los seis años dan algunas veces un mogicon á los tres años. Despues vá pasando la edad y se camina por frescos y resbaladizos senderos. Ella tiene seis años y él nueve; se casan; la aurora y la primavera les inspiran su coquetería; lo que ven hacer á los gorriones en los bosques hace enamorar á los dos niños. Pasan dos ó tres años; las jóvenes se convierten en salvajes de repente; dicen que no, pero sienten en sus labios el roce delicioso de un beso. ¡Madres, tened mucho cuidado, vigiladlas! Eros viene á posarse en los corazones; es un ave salvaje sin ley, sin freno y sin regla, que empieza por ser paloma y concluye por ser águila. Cupido es un niño; Pyramo ignora de qué sexo es; Thisbe y Berenice juegan al volante con Tito. ¡Hermosa edad, en la que el idilio está en la adolescencia!

* *

Es preciso beber y ser libres en el mundo, dice Horacio; y eso es verdad en las riberas del Tíber y en las riberas del Sena; gocemos un momento de los amores, dice tambien Horacio, pero yo le replico: ¡Gocemos de los amores siempre! ¡Seamos siempre amigos, seamos siempre hermanos y glorifiquemos á la beldad! El año que empieza llega con la frente luminosa, remoza el tiempo, corre con piés ligeros, lava el cielo, sonrie á la tierra y comienza alegremente por la melodía que se llama primavera. ¡Cantad, nidos! ¡Creced, flores, en los barrancos, en los jardines y en los bosques! ¡Renaced, capullos de oro que yo veia

brotar en otro tiempo en las Fuldenses! ¡Hormiguead, campanillas, pasionarias, lilas y jazmines! El niño Mayo os llama, vamos; apresuraos á nacer; desea adornarse la tierra como si fuera una capilla y ceñir una guirnalda alrededor del género humano. Abril se llama Amor y Junio se llama Himeneo; el fruto seguirá á la flor. Currucas, construid nidos; la doncella ilusionada se rie cuando vosotras los fabricais; dadle ejemplo, avecillas. Las vírgenes os contemplan con ojos tiernos y tienen alas como vosotras. Voy vagando por el campo; tibio ambiente agita el bosque; presencio las escenas que entablan las flores con las mariposas; la azucena se inclina hácia el zángano, y escuchando lo que le habla, parece que le conteste: ¡Tanto me direis! La sombra tiembla sonoramente como una tienda de campaña y oculta los amores; la naturaleza está contenta; la fecundidad fermenta; y los atractivos, los suspiros y los besos no se inquietan de que vaya á estallar un huracán, ni de que lejos empiece á oirse el ruido sordo del trueno. El floreciente valle parece un incensario humeante. Alguno encendió el fuego por todas partes, y el incendio se extiende desde el árbol hasta las nubes y desde el cielo hasta la tierra; el prado adquiere el brillo ardiente del cráter; en todas partes se ven flores de color de púrpura, todo reluce y llamea, y la creacion, hirviendo con gran murmullo, salta como el agua en la caldera; todo rie; el sol es un incendiario. Reina vasta alegría en la extension azul. ¡Y será preciso decir adios á ese vasto esplendor, que acabará por apagarse como las lámparas de un festin! No lo consintamos; volvemos la cabeza á cada hora que pasa deseando retenerla, pero nadie puede retardar la marcha del porvenir; éste, sin pedir permiso para llegar, llega. Tengamos presente que Mañana es un traidor, y ya que está en nuestro poder el Hoy, gocémosle. El agua que huye cantando nos dá un buen ejemplo: huyamos, pero cantemos; la atmósfera está llena de suaves aromas; una sementera de flores cubre los musgos. El hombre es una sombra; no puede decir por qué pasa por el mundo, pero yo digo que pasa para amar, y que Dios nos creó para derramar un poco de cariño en esta oscura esfera y para que se levante un astro en el horizonte de nuestros corazones. Ser dos es cumplir la ley. Si la naturaleza, con tan poderosos aleteos, remueve locamente y en todas partes á un tiempo la vida en el fondo del mar, del cielo, del campo y del bosque, es con la idea de realizar su fin, que es el de aparear. Si la encina es sólida, si la rama es ligera, es porque el nido necesita que el ramaje sea tierno y que el árbol sea fuerte. La sombra, en su inocencia, posee al sátiro. El hombre busca, la vírgen espera, la mujer atrae; Leandro desea á Hero, Manon á Desgrieux. ¡Que lleve el amor la paz á los corazones dolientes y la alegría á las frentes melancólicas!

En Grecia.

Escucha; si tú quieres, puesto que nos amamos, huiremos los dos atravesando montañas hasta llegar bajo el cielo de la Grecia, en el que moran las Musas. Tú, á quien todo encanta; tú, á quien entretiene una mariposa que vuela, tú verás cómo las águilas se ciernen en lo alto de las nubes; verás el fronton blanco de un templo, que en algunos momentos, con augusta modestia, se esconde entre el ramaje de algun bosque; verás allí cómo ostentan los áloes á la claridad del sol diminutos lagos de lluvia en las puntas de sus hojas; tú, que con frecuencia pura y pensativa te recoges, que suspiras, sueñas y contemplas, prestarás oido á las salvajes voces y oirás ecos sublimes; porque ese es el altivo pais de los abismos y de las cumbres; en él el corazon del hombre se olvida de todo, y tú estarás allí radiante y orgullosa y tú estarás á mi sombra y yo estaré á tu luz.

Vámonos allí; ante el esplendor de aquellos azules horizontes sentiremos en nosotros crecer un dios; ven: nos amaremos en aquellos pintorescos paisajes, como en los tiempos antiguos se amaron las hermosas y los sábios, como Sócrates amó á Aspasia, como Esquilo amó á Vénus, con éxtasis tranquilo y santo, con embriaguez, con alegría y con heroismo; pues la Grecia, nacion en la que lo ideal se confunde con lo real, es el único pais donde se gozan los amores olímpicos.

El amor es el gran misterio. Dios faltaria en el cielo si el amor faltase en la tierra, porque la creacion solo es un vasto beso. Amar es el medio que posee Dios para apaciguar. El corazon nos crea y el alma nos salva, pues la hostia

y el himeneo, el altar y el dormitorio tienen cada uno de ellos un rayo sagrado de la misma luz; la plegaria es la hermana del amor; el que reza adora; amar es rezar á una mujer; las dos luces se encienden en la misma llama. Hermosa de miradas tiernas, lo que pedimos á los besos, al abandono cariñoso, á los transportes ardientes, que terminan por el sueño en los amantes brazos, es lo que pedian á los truenos los apóstoles, es lo que en Tharsis, en Tebas y en Ombos el profeta fantástico pedia á las tumbas, la revelacion, la eternidad, la vida. Perseguir un alma á otra entusiasmada, sentir el sér sagrado temblar en el sér querido, percibir la luz de un astro al través de la materia corporal, terminar lo que se vé con lo que se adivina, eso es creer, eso es amar. El hombre nace de Eva. La mujer mira hácia el cielo, y lo que es perfume en la rosa es incienso en la mujer. Adorémosla!

Vámonos al pais del díctamo, del laurel y de la palmera, querida de los dioses, sitio bendito, en donde el viento permanece siendo melodioso por haber agitado tanto tiempo las liras. Mujer de ojos negros, que causas mis delirios, ven á hacer relampaguear tus miradas en el cielo de la Grecia, ven á enseñar en Paros el mármol de tu carne; tú, que eres la nueva Vénus, ven aquí á compararte con la antigua; ven, tú que eres celestial parisiense, que vistes con artístico gusto, que huyes y que te entregas, que das y tomas, que conoces á fondo el arte embriagador de la transparencia, ven aquí á completar Atenas con Paris.

A tí, que sufres, compadeces, consuelas y sonries, te amo. Me produces el efecto de una armonía que se escapa de un arpa célica. Galatea es lasciva y Lesbia es impúdica; pero tú, ni aun en el baño abdicas de tu castidad, aunque tu beldad tiemble y flote á la merced de las olas movedizas. Como eres amada, conservas inocente tu corazon; nada puede ensuciarte, alabastro puro, y hasta en los transportes del amor correspondido, siendo voluptuosa, no pierdes el candor. Algunas veces vienes muda y grave á sentarte bajo la sombra de una carrasca, y despues, alegrándote, de repente entonas alguna cancion infantil, que yo enternecido escucho. Tu talle tiene la ligereza de la caña; fulgor errante llena á veces tu sombrío entrecejo, como si el alma apareciese y desapareciese en aquella sombra: parece que Dios haya puesto un ángel á tu lado; me deslumbras: á veces creo, flor de la hermosura, oir á tu alrededor los susurros de las abejas. Sobrepujas á la dicha que la imaginacion puede soñar. Tus miradas prometen cariño y tu corazon dá el cielo. Vaga música sale como á través de un velo de tu beldad, ingénua y grave al mismo tiempo; tu gracia es como un laud que vibra en el interior del bosque; pareces una agradable nota añadida al concierto que el alma encantada oye en el mundo. Pues la mujer es el divino complemento de todo, pues en el himno eterno nada es falso, nada miente, y la naturaleza, con su voz profunda, siempre es armónica.

Ven; habitaremos un rincon delicioso del mundo, que yo conozco; corre un rio por ese paraiso, el Divás, soberbio torrente, que en los tiempos antiguos salió de bajo de tierra para socorrer á Hércules; desde allí se descubre en lontananza el Sperchius, que sale de los mismos montes que el Divás, que serpentea y que vá á perderse en los mares de la Creta; además se vé desde allí Thelos, ante quien el trueno se detiene, porque en él, en otros tiempos, los grandes amphictyones, frunciendo los entrecejos, meditaban, sentados, formando círculo.

XL.

LAS MONTAÑAS.

Desinterés.

El monte Blanco, al que rodea la cadena de cien montañas, como entre los álamos la formidable encina, como Sanson entre los hijos de Amalec, como una piedra grande en el centro de un cromlech, aparece en el centro de los Alpes, dominándolos, y todos los demás montes, desde sus altas cúspides, le admiran.—"Soy grande!„ exclama el monte gigantesco.—"Y hermoso!„ añade el monte Rose. Y Cervin, Combin, Tiflis y el Raken, que expulsó á Gessler, y el Rigi y el Belvoux, embriagado por la fragancia de la salvia; el Cenis, el Albis,

el Morde, el Drú, el Orteler, la Yungfrang, el Schuritz, el Mylheu y todas esas montañas, alrededor del monte gigantesco cantan monstruoso coro:—"Es él! El pastor blanco de las montañas nos sobrepuja á todos y nos protege, es el encanto del espacio; sus rocas son epopeyas y novelas sus valles; el Océano teme debajo de sus altos acantilados; sus briznas de yerba valen más que nuestros alerces; vierte claridad sobre nosotros, hasta despues que se pone el sol; le distinguimos todavía durante el crepúsculo y se nos aparece entonces como si fuese la horrible larva de Titán. Trenza el azul Ródano con los cabellos de oro del Arbe; es soberbio, tiene hielos, tiene céspedes: el arcángel vá á afilar la espada en su cumbre; teje, áspero hilandero, las lluviosas nieblas; su tiara se eleva sobre nuestras cúspides envidiosas; sus pinos son los más verdes, su nieve es la más blanca. Encierra en una de sus manos la paloma que se llama Avalancha y en la otra la salvaje águila que se llama Huracán: como si sacara de su funda el yatagán, desenvaina la tormenta que hace temblar los humeantes lagos; sumerge en el bloque de la noche el relámpago como sierra inflamada; la inmensidad le besa y le toma por amante; un mar de cristal de azur y de diamante, melena de hielos, digna del leon llamado Polo, cae como brillante manto sobre sus terribles hombros; sus precipicios hacen huir á los gamos; es más alto, más puro, más grande que nosotros, y le insultaríamos si fuésemos hombres.„

XLI.

EL OCÉANO.

El Océano.

I.

Todas esas naves que bogan siguen cada una su rumbo y su propósito, y el agua bate todas las proas y el aire lanza sus ráfagas sobre todas ellas.

Dispersándose por el mar, navegan, lanzando la sonda á las traidoras olas; con su carta de navegar, con sus reglas, caminan adonde van las cuatro águilas del aquilon.

—"Parto, dice el capitan, para Gibraltar, para Atenas, para Tafilet.„—"Nosotros partimos, dicen los grumetes, para Malta, donde las noches son dulces como un sueño de amor.„

—"Nosotros partimos, dice el piloto, para la India, donde los esquifes chinos flotan hácia Tetuan, hácia Chipre, donde hay hermosas mujeres...„—"Y para el país de las almas„, replica el Océano.

La creacion ciega aulla, silba, rechina y chilla; pero con sus poderosas manos la doma el hombre y al mar rugiente sujeta el poder humano.

El tigre en el jardin de las Plantas saca las garras por entre los hierros de su cárcel; las bestias fueron domadas por esos dos héroes que se llaman amor y pensamiento.

La victoria coronó á esos dos domadores, que el mismo infierno temia en otros tiempos; reyes del mundo, han logrado esclavizar á los séres y á la naturaleza.

El fiero toro de Astúrias, que acometia furioso, haciendo huir á todos, hoy, amansado, sirve para el trabajo de la tierra, y sigue los pasos del boyero.

El gran mónstruo, la naturaleza, que tan temible fué para los mortales, que abria siempre para tragárselos las fauces de todos sus abismos, hoy es ya un perro manso.

Terseo ahoga á Gorgona. Marta aplasta al dragon de ojos ardientes. Visconti, vestido de cobre, de un puñetazo rompe los dientes á un terrible mónstruo.

Behemot teme la cólera del hombre. El boa entreabre apenas los ojos, y esa soberbia serpiente solo es ya un tronco de árbol dormido en la yerba.

El jaguar dá vueltas en la jaula, el toro marino está amurallado en un aguazal. Las canciones que entona el pastor

hacen salir de entre los árboles al asustado sátiro.

No hay en el mundo ya ningun sér que no reconozca á su dueño; todos están domados; se consumó su conquista; la sombra vé brillar una claridad en la frente del hombre.

El salvaje Océano exclama:—"Yo no soy un camino; qué pretenden de mí? ¡Te ódio, sublime antorcha, que Colon, sobre mi abismo, puso en las manos de Fulton.

„Tengo olas, si el Etna tiene lava. El Etna no es un esclavo, ni yo tampoco. Es mi reina y mi cautiva la sombría tierra, que teme siempre mi reflujo.

„No me han creado para servir como los senderos de los campos, para que por ellos pase el hombre; soy la ola en su madriguera, que por la melena cogen los cuatro vientos.

„Soy el abismo salvaje; reconozco con mi orgulloso bramido, por señor de las sordas olas, al aire libre, y reconozco que en mi temblor estriba mi equilibrio.

„Nadie pára ni dirige mi formidable cuadriga, que arrastran los Typhones, y que desde la Persia hasta las Hébrides esparce rumor profundo.

„Soy una vasta refriega, reptil por las olas, alado por el viento; soy fuerza y fuga, ódio y vida, oleaje inmenso, perseguido y perseguidor.

„Soy bajo la sombra estrellada la desmelenada figura del desconocido; mi oleaje, que alborota Eolo, cuando á éste le place, es atrayente como un seno desnudo.

„No soy posada del hombre; soy la vírgen tempestad que destroza cabos y peñascos como si rompiera vidrios, y á la que á veces el trueno toma un beso.

„Me llamo soledad, me llamo inquietud, y mi vaiven entierra algunas veces á navíos, cuando salen de ellos canciones alegres y risas.

„Soy, cuando deshago en polvo mi espuma, el combatiente del rayo, la hidra titán. Carezco de forma y de número; venid á mí, vientos, horror, tempestad! Huid de mí, hombres!

„Soy soplo, relámpago y ola. Me apodero con gran placer de los hombres curiosos. Soy el Cervero de triples fauces, en cuyas miradas reverbera un dios furioso.

„Soy más negro que la tumba. Leviatán, ante mi tromba, solo es un miserable gusano; todo tiembla sobre mí. Ato en el poste del Polo el espectro que se llama invierno.

„Hombre, la tierra es tu madre. Busca en sus amarguras tus bienes efímeros; arranca en ella, anonada, pulveriza ó incendia; aplasta su monton de flores.

„La llanura, cuando se siembra en ella, obedece y deja que la trabaje su enemigo el hombre. La tierra es una imbécil y la montaña es dócil hasta para las hormigas.

„Los Alpes son gigantes terribles, salvajes y tempestuosos; el hombre se burla de las feroces montañas, y en ellas, como el topo, abre agujeros.

„Yo no soy como la tierra. Mi única rueda, mi único arado es el turbion; vivo saltando y no consiento que nadie en mí deje huellas ni abra surcos.

„Lanzo mi espuma sobre la playa; vete de aquí; no vengas, hijo de Eva, á montarte en mi lomo feroz, ni á poner bridas á la boca de mi caballo.

„Mi llanura es la llanura inmensa; mi soplo es un aliento terrible que aterroriza; por mí pasan todos los vientos de la tierra y el misterio es el labrador de mi campo.

„Los meteoros en mi oleaje caen; las nubes se desploman en él rugiendo; los escollos fijos y terribles, á quienes en-

trego los barcos, me dan en cambio la sangre.

„La aurora, con espanto, contempla mis olas escitadas, mis precipicios abiertos, mis cóleras, mis batallas y el deslizamiento de escamas bajo mi oleaje verde.

„Vénus me trae su globo. Yo le levanto la ropa hasta las rodillas. Si el céfiro que orea las mieses se arriesga á agitar mis olas, ellas lo vuelven loco.

„Un dia, el huracán de las llanuras vino á mi morada contra mis ballenas á ejercitar sus armas; pero yo, lanzando un grito de rabia, eché á ese ánade salvaje á vuestros pantanos.

„Cuando vió que en mi caverna se escondió la hidra de Lerna, mi compañero Typhon me dijo:—"Esto nos desagrada; retendremos aquí á esa rana?„ Yo le contesté que no.

„Si yo produjese una rosa, yo que soy un abismo en el que todo vive, el sol encenderia en el cielo su antorcha, apareciendo despues que ella, y no la veria.

„Hombres, ¿os habeis figurado sin duda que podíais domar mi líquida extension hirviente, mis olas chispeantes, colgando de algunos bramantes algunos andrajos?...

„Ahí está, pues, vuestro navío, esa corteza que zozobra en todos los climas; esa aguja que me pincha es el áncora y esa brizna de paja es el gran mástil.

„Desgarrarán sus cuatro tablas mal unidas las puntas del más insignificante escollo; que el hombre melancólico, con sus manos blancas, solo sabe clavar bien las tablas del ataud.

„Soy demasiado cándido y me avengo á llevar sobre mis espaldas vuestros vagones, y en mi azur ilimitado, á ver humear vuestra marmita; ¡yo, que soy un dragon!

„¡El hombre se atreve á penetrar en mi morada! Sabed que ante mi oscuro antro prudentemente el leon se pára, y al ver rugir mi tempestad, el águila atrevida huye.

„Vuestra presencia me ultraja. Dios creó mi inmensa y misteriosa borrasca y mis olas, que causan tantos naufragios, para que las contemplaran sus astros, no para que las contemplaran vuestros ojos.

„Los hombres no van por el camino recto; su ávido comercio quiere explotar las movibles olas; la áspera sed del oro les atormenta; yo doy el abismo gratis y vosotros lo vendeis.

„Os repito que no vengais á mi morada. No quiero que abrais en mi prodigio caminos viles. ¡Temed mis justos furores! Os extremeceríais y palideceríais los humanos

---

„Si oyérais por casualidad lo que todos nosotros, los vientos, las estaciones, el aire que sopla y el agua que tiembla, nos decimos unos á otros cuando estamos solos.

„Ante vuestro crepúsculo retrocede mi sombrío horizonte; ¡me estais insultando! Género humano, multitud confusa, la sombra eterna rehusa vuestras novedades,

---

„Rechaza nuestros faros, vuestras brújulas, vuestros barcos de reciente invencion, y cuando vé pasar vuestra flota, solloza con indignacion desde el fondo del agua.

„Idos de aquí! Adivino que estais soñando en el advenimiento de una era divina que termine las calamidades, y correis por mis olas aplanadas, y de mi caos quereis sacar la armonía.

„Sé que estais preparando la paz, pero yo no la acepto; separo y no junto. Romperé con mis aletas y pulverizaré con mis mandíbulas vuestro compás.

„El hombre debe inclinar la cabeza á la guerra, á la borrasca y al volcán. La tierra debe ser una cárcel, en la que to-

dos deben conservar el ódio y la argolla.

„El hombre no es siquiera un fantasma; es mónstruo para el arcángel, átomo para el titán, nada para el espacio, y para el número solo es una penumbra; la sombra es Satanás.

„Ser perverso es tu castigo; pues sé perverso. Tu raza arrastra la cadena de hierro; vosotros y yo vivimos sufriendo, y la golondrina que se llama Esperanza huye de nuestro invierno.

„Es menester que sepas que nosotros y esos mundos que en nuestras noches se ven en el firmamento, todos habitamos en lo insondable, en el formidable extremo del castigo.

„Nuestra noche es tan fatal y tan siniestra, que si la compasion, esa vestal propicia á los elegidos, preguntase:—"Dónde está ese mundo?„, yo temeria que Dios respondiera:—"No lo sé„.

„Sufrid, pues, la dura ley. Aguantad lo que yo aguanto, el aislamiento, y sed en vuestras moradas unos para otros hierro encendido y no imán.

„No probeis en mis esferas á ser hermanos y á constituir en esta tumba con vuestros espíritus reunidos una inmensa antorcha,

---

„Que de ese modo los hombres llegarian á ser ángeles, y eso yo no lo puedo tolerar; quiero que vivais en guerra como yo vivo entre el huracán y las tempestades.

„Obrad como obraron vuestros padres; almenad vuestras casas y vuestras torres; aborreceos; poned barricadas en vuestras Sodomas. Devoraos unos á otros como los lobos.

„Que el escocés conserve su claymore, el judío su rabia y el moro su yatagán; que cada uno se encierre en su ciudad y que nadie pise mis dominios.„

II.

El hombre le contesta:—"Mar espantoso, que el carro de los rayos ahonda debajo de su eje, cállate en tu cementerio. Sabes quién te combate? Te combate Dios.

„Escúchame. La ley cámbia. Veo aparecer un arcángel en el cielo, y ese espíritu me dice desde lo alto de la montaña:—"Todo infierno se apaga. Ningun presidio es eterno.„

„Mar profundo, ya no ódio; amo, enseño y fundo. Déjame pasar! Satán muere, otro imperio nace, y en el beso muere la mordedura.

„Tú no puedes ya decir:—"Atrás!„ Tú no eres ya una barrera; estás vencido, dragon marino. Sirve al porvenir llevando el Arca. ¡Nada detiene ya al hombre que se dirige hácia Dios!

„Nada; ni tú mismo, quimera, mónstruo de espuma salada, gigante castigado, tú que solo en la sombría noche formaste tus olas de la sombra del infinito.

„Déjame pasar! soy el profeta! Al estupefacto oleaje le digo mi nombre. Acude la tromba, pero mi pensamiento hace volver á esa insensata á su antro.

„El espíritu luminoso del hombre, domando la naturaleza entera, con sus ondas y con sus volcanes, hace penetrar su claridad sagrada en las azoradas pupilas del huracán.

„Para que todo al hombre se esclavice, solo tenemos que decir al ángel y al demonio, á los torrentes, á los abismos y á tí mismo, que amamos.

„El amor es la suprema ley. El amor te vencerá, á pesar de tu rugido eterno. Para que acariciando las playas tu himno infernal termine en cántico divino,

---

„Para que cese tu aullido, basta que la paloma que viene por la noche deje caer una de sus plumas blancas sobre tus olas negras.

„El amor es el fondo del hombre. El amor es la antigua manzana que Eva

cogió. La sombra pasa, el amor permanece; es astro en el trono celestial y perla en tu lecho.

„Nuestras invenciones nuevas arrebatarán las alas á tus vientos; Dios nos sonrie; cabalgaremos en tu rabia, engancharemos la tempestad á nuestro espíritu.

„A pesar de tus choques salvajes, ligaremos tus dos riberas con un lazo de fuego; el porvenir contará con dos Romas, y cerca de la de los hombres estará la de Dios.

„El porvenir tendrá dos templos, dos lámparas, doble himeneo; la libertad, que es fuerza y verbo, y la unidad, que unirá en un haz á todo el género humano.

„Cállate, mar! Los corazones se llaman unos á otros; los hijos de Caín se mezclan con los hijos de Abel; el hombre, inspirado por Dios, batirá sobre tu diluvio otra Babel.

„A esa Babel moral conducirá la espiral de las dos Siones, en la que sin cesar recomenzará el inmenso hormigueo de las naciones.

„Y presenciarás sin cólera, desde el Trópico hasta las olas polares—porque Dios te calmará,—sobre el agua murmurante, cómo construyen soberbiamente

---

„El progreso y las ideas un puente de cien mil codos, que no se podrá destruir, y verás sobre tus sombrías mareas sus arcos desmesurados resplandecer.„

XLII.

AL HOMBRE.

Al hombre.

Si vas hácia adelante solo por avanzar, haces bien; la mision del hombre es moverse: vagando de ese modo y arrojando la sonda, Euler encontró una ley y Colon encontró un mundo. Pero si meditando en lo absoluto quieres alcanzar á Dios, como pudieras alcanzar á un fugitivo; si pretendes llegar hasta el fin de todas las cosas, y ante la causa primitiva exclamar:—“¡Realidad terrible, me apoderé de tí!„, entonces pierdes tu trabajo.

Quien quiera que tú seas, añade el cálculo que quieras á cualquier teoría, añade á la hipótesis un anteojo, pon una cantidad de números, unos sobre otros, que sea suficiente para llegar á las cumbres del Athos, del monte Blanco ó del Vesubio; sube al cráter ó húndete en el subterráneo; registra, cava, escala, vuela, desciende, acecha, ciérnete como el águila ó arrástrate como el cangrejo; cree ó duda, aprende todas las lenguas, que despues de todo ese trabajo no llegarás nunca á penetrar en las primeras causas. Perseguir lo real es buscar lo que no se encuentra. Lo real, que es el fondo verdadero, de donde nacen las fábulas, es la naturaleza huyendo sin cesar en la oscuridad de la noche. El telescopio la persigue en el fondo del cielo inescrutable; el microscopio la persigue en las profundidades del abismo; es inaccesible, es eterna, y no es menos misteriosa en las alturas que en las profundidades. En todas partes se perciben espectros espantosos, y un espectro de infusorio equivale al espectro del sol; mundo tan profundo como el astro es el átomo: cuando ante la vista de los pensadores se presenta lo infinitamente pequeño sobre lo infinitamente grande, éste se lo traga, pues lo infinitamente grande se remonta y lo sumerge. La naturaleza fatal es madre terrible y formidable vírgen, que multiplicando su luz por medio de su oscuridad y su maternidad por medio de su virginidad, es casta y obscena, y enseña á los sombríos Pitágoras su vientre tenebroso, del que salen las claridades, y engendra al caos, del que sale la ley que se llama elemento. Ocupa lo alto y lo bajo la inmensa sombra; para el mundo se llama naturaleza y para el alma se llama Dios. Todo sér, sea el que fuere, está en el centro del abismo, sin tener salida ni entrada. Por eso, el que inquiere, aborta en sus pesquisas; por eso el cielo judío sucede al cielo romano; por eso ese soñador que se extiende por todas partes y que se llama género humano, oye á cada instante los vagidos que lanzan nuevos cultos; por eso el hombre, víctima de

tan incomprensibles bataholas, sueña, tienta el espacio y desea tener un punto de apoyo, temiendo á la noche trágica que lo rodea; por eso el Mesías es expulsado por el apóstol; por eso hemos visto hundirse, uno tras otro, á Brahma, á Dragon, á Baal, á Odin, á Aláh y Vishnou, ídolos que hicieron doblar las rodillas á los pueblos; por eso desapareció la idolatría.

Existe, sin embargo, Dios; pero bajo su triple velo, avanzando el anteojo, hace retroceder á la estrella. Es una ley santa este profundo retroceso. Los hombres que trabajan son grandes por los pasos que avanzan; es su destino caminar llevando el Arca; no es llegar al fin, sino ponerse en marcha; y esta marcha, que alumbra el infinito, se continuará más allá de la tumba. Esta es la marcha del progreso. Nunca reposa el hombre, y donde busca un ídolo encuentra una cosa diferente. Buscad el alma; se os escapará, pero continuad marchando.

Teutates, Mahoma, Jesús, los antros sordos, los bosques, el druida, el mago, las locas augustas que Apolo llenaba de palabras y los templos donde humeaba la sangre de las terneras sacrificadas, solo son gritos y tartamudeamientos. El casi-casi es el fin de todas las idolatrías. La verdad sale disforme y estropeada por el esfuerzo que hace para engendrar, y por fieras que sean las miradas que lance el feto de hoy al embrion de ayer, cualquiera que sea el desprecio que Orfeo inspire á Crisóstomo, cualquiera que sea el desden con que el Korán mire al psalmo, haga lo que quiera Jehová despues de Júpiter y Lutero despues de Juan Huss, afirme lo que quiera el altar, cante lo que quiera el sacerdote, jamás se pronunciará la última palabra, la palabra suprema que está oculta en la sombra del cielo.

Por eso yo medito siempre sombríamente; por eso veo el alba entre escombros, sobre los tronos el mal, en los altares la noche; por eso, sondeando lo que se desvanece, desafiando á todo lo que reina, amando á todo lo que sufre, interrogo al abismo, siendo yo un abismo tambien; por eso soy algunas veces mago inclemente; sé que la claridad engaña lo mismo que el ruido; por eso mi corazon, que busca el verdadero camino, solo acepta lo divino cuando lo cree humano; por eso huyo triste y siniestro á sitios inabordables, á la orilla del mar, á lo alto de los montes, al fondo de los bosques. Allí oigo mejor las exclamaciones del alma humana abrumada; allí me penetra más hondo la idea terrible, que, sin embargo, veo inundada de luz. Meditar es el deber misterioso; las fantasías, como ojos, se abren en nuestros corazones; fantaseo y medito: por eso, como el que acecha un súbito resplandor, vivo en el desierto y no en las ciudades; por eso, servidor salvaje del derecho contra la ley, dejando detrás de mí la molicie de las ciudades, en las que pululan las mujeres y las flores, confundiendo sus alientos; y los palacios, donde resuenan las risas, los festines, los bailes y los placeres; huyo de ellas y prefiero vivir á orillas del rudo torrente, en el que el profeta bebe en el hueco de la mano en la estacion del estío, mientras el leon está bebiendo cerca de allí.

XLIII.

EL TEMPLO.

El templo.

¡Que el mundo goce de alegría y gocen de paz los pensadores! Escuchadme. Edificareis un templo en la montaña, le construireis de noche para que nunca se sepa quién le colocó en aquellas alturas; le construireis, segun lo ordena el profeta, desde el techo hasta los cimientos, desde la base hasta la cúpula, con bloques unidos sencillamente unos á otros, y ese templo, edificado de rocas sin cemento, será casi tan alto como toda la montaña. Los bosques que murmuran eternamente, el Océano que se agita sin cesar y sin cansarse, los montes sin tacha, blancos como los corazones sin vicios, es lo único que verán los hombres desde la entrada del templo, al que acudirán por diferentes caminos. Debeis comprender que es preciso que el universo, alrededor del templo, conserve grave actitud; le edificareis en una soledad para que esté en sitio tranquilo, y porque ver vastos horizontes conviene á esos sagrados edificios; los pastores, los apóstoles y los patriarcas llegarán hasta

el templo, subirán por su graderío, y al llegar á su alta puerta inclinarán la frente. Cuando entren en él verán lo siguiente:

Debajo de una bóveda de granito, colocada á tanta altura que llegue hasta las nubes, entre cuatro colosales paredes, en la oscuridad y en lo más hondo de una cripta se levantará una estátua, cubierta con insondable velo, que desde la cabeza descienda hasta los piés, y allí las tinieblas serán más espesas que las que cubrieron á Isis y á Indra, más que las que cubrieron el Sinaí y el Calvario; solo se distinguirá la enormidad de la estátua, que tendrá cien codos de altura, y estará formada de un solo bloque; jamás los indios, los caldeos ni los escultores de Egipto habrán modelado figura tan vertiginosa. Nadie podrá levantarla el velo de pliegues de piedra. Nadie sabrá si esconde pupilas que se pueden abrir, si oculta ojos que pueden llorar aquella máscara, ni si existe algun sér cubierto con aquel sudario inabordable para la vista humana. Sin embargo, se conocerá que el encubierto espectro no personifica el ódio ni la muerte; parecerá que el pesado velo oculte un espectro, pero su sudario quizás por dentro esté lleno de estrellas. Grandes y pequeños, débiles y fuertes, gigantes y átomos, sentirán que el universo está presente ante el fantasma; invadidos gradualmente por el miedo y por la confianza, quedarán asustados y luego se tranquilizarán; el anciano y el niño, el ignorante y el mago, comprenderán que están delante de la Realidad suprema, y que en aquel sitio Jehová, Júpiter y Brahma pesan poco; que allí se desvanecen todos los dogmas y todas las Biblias, y que allí nada es perverso, aunque todo sea terrible.

Terrible, pero bueno; formidable, pero grato. En aquel templo, paganos, cristianos é indios, todos aquellos á quienes las religiones sostienen con su mano de bronce, sentirán que esta mano se abre y que los suelta.

El cielo, no se qué tierno en aquella estátua, la figura de la noche de pié en la frontera de lo desconocido, muda y rígida, y sin embargo acorde con el mundo inmenso que palpita; el alma, que hace que todo nazca y en la que todo se funda; hé aquí lo que en la oscuridad de ese templo verán vagamente los que pasen por allí. Los demás templos, edificados con lo que se corrompe, con el error, con la locura y con la fábula, que son falsos y vanos, altares que sumergió la razon en su marea alta, se habrán derruido hará muchísimo tiempo, conmovidos por la marcha del género humano; pero este, como no tiene ningun Korán, ningun Arca, ni sacerdotes, ni pontífices, como está rodeado por el abismo y solo en aquel sitio elevado, permanecerá en pié en la tierra y no temerá el paso de los hombres.

No explicará al corazon las pasiones, al espíritu el problema, ni la muerte á la vida; pero hará germinar en todos el ardiente deseo de perfeccion, de ascender y de ver más allá. Dónde? Más lejos. El cenit que Thales contempló, las constelaciones, esos temibles fulgores que con sobresalto veian vagar los Pitágoras, los orbes de la vida oscura entrecruzados, la ciencia insaciable que nunca cesa de buscar, no disputarán en este templo, y en el espacio, y por todo el abismo, y por toda la sombra que pase, será siempre venerada, porque no habrá agravado en el mundo con el error nuestros dolores, nuestros combates y nuestros duelos y no tendrá nada que reprocharse.

Debajo de la áspera bóveda, que ostentará la grandeza de una esfera, la estátua, impasible y velada, tendrá el aspecto de meditar, fijándose en los bosques, en el mar, en los gérmenes, en el azur, en las nubes y en los astros; no tendrán frisos los techos, ni las paredes pilastras; el granito estará allí desnudo, sin ningun adorno; allí nada se moverá; ante él temblarán los hombres; allí se encontrarán mal los malvados, y los justos, los buenos, los sábios y los pensadores sentirán el bienestar y la claridad reflejar en su alma, en su fé, en su esperanza y en su amor, como si les mirasen con cariño pupilas enormes.

Detrás de la estátua arderá una lámpara eterna, que ocultando su foco solo dejará ver los rayos de su luz, para enseñar al pueblo conmovido y grave que aquel enigma es como una divinidad, que si allí hay oscuridad tambien hay fulgor. Esa aureola hará que el coloso aparezca negro, y ningun soplo, ningun viento tempestuoso hará vacilar aquel

fulgor inmóvil. Los sábios enjugarán el sudor de sus frentes, sentirán en sus vértebras el horror sagrado ante aquel esplendor que saldrá de las tinieblas, y comprenderán que el Sér desconocido, pero que existe, brilla; que es la aurora de la mañana eterna, que es sin fin, sin fondo, sin reposo y sin sueño, y que por ser misterio no deja de ser sol.

XLIV.

TODO EL PASADO Y TODO EL PORVENIR.

Todo el pasado y todo el porvenir.

I.

El Sér misterioso que algunas veces me habla, decia:—"Vivientes! el orgullo habita en vuestra morada; la noche reina en vuestra ciudad y al cielo asombra, ¡oh multitud consumida por los vicios! que de la paja encendida salga tanto humo y del hombre tanta vanidad.

Miras al cielo de reojo, raza humana; no te encuentras bien bajo la bóveda azul, y dudando de todo, balbuceando un *quizás* ó un *quién sabe*, reprochas la noche á la aurora, la nieve al lirio y el sepulcro á la cuna.

Reprochas á Dios la obra inconmensurable. Te fatiga arrastrar el peso de tus culpas, que no han sido expiadas; verte hundido en la vida como en un aguazal y sentir, como la ardilla en su jaula, moverse la cárcel bajo tus piés.

Hombre, si pudieras atentarias contra el espacio. Este globo, si tu fuerza igualase á tu audacia, pronto desapareceria; la creacion caminaria á la ventura si tu soplo fuera un huracán que pudiera romper la amarra del sol.

Nada está aquí á tu gusto; todo te aflige y te apesadumbra. Para tí es de plomo la estrellada esfera y te pesa; si la pudieran alcanzar tus manos y la tierra fuese un pájaro, pronto la harias volar de su ramaje eterno.

Altivo, desdeñándolo todo, ya tu nave bogue, ya se hunda, quisieras ir al desierto de la sombra huyendo, como huyeron los hebreos. Exclamas:—"Nada hay nuevo„; repites con cólera:—"Siempre brilla la misma aurora„, y la estrella polar fatiga tus débiles pupilas.

Te irrita ser hombre, olvido, polvo y átomo; te irrita no saber qué espiga produce tu rastrojo, ser alga en el reflujo, temblar como un ciervo al que persigue un leon y ser en el mundo un viviente que pasa con velocidad.

Te irrita no poder conseguir con tus amenazas, con tus crispados puños, con tu sabiduría ó con tu pasion, con tus falsos templos, con tus falsos dioses, con tus crímenes y con tus guerras, hacer una hendidura en la creacion.

Hay míopes que, juzgando el mundo segun su corta vista, dicen:—"Todo es defectuoso en él; el mar epiléptico babea contra los escollos; la noche crea al buho si el dia crea al cisne, y la muerte, mónstruo que acecha en la sombra, se apodera á cada instante del mísero mortal.

„¿Qué quieren de nosotros el planeta, el globo y la esfera? Dios no sabia qué hacer, y bostezando, al verse solo en su morada, sembrando á la ventura su obra y sus palabras, arrojó al cielo todas esas odres locas llenas de viento y llenas de ruido.

„¿Qué significa un Dios escondido en lo incomprensible? ¿Por qué está el bien velado? ¿Por qué es visible el mal? ¿Por qué los oscurece tanta bruma? ¿Por qué vemos que azotan la tierra tantas calamidades?

„¿Por qué el terrible toro tiene que herir con los cuernos? ¿Por qué sale el impuro tifus de los corrompidos pantanos, en los que en otros tiempos se atascaba la hidra? Cristo veia; ¿por qué cegar á Pitágoras? El lirio es muy hermoso; ¿por qué crear la mandrágora con gotas de sangre de la horca?

„El azur es radiante; pero ¿por qué tiene nubarrones? El amor se rie; pero por qué pagar tributo al dolor? ¿Por qué Caín ha de venir detrás de Abel? ¿Por qué entregar el espíritu del hombre á la duda, á la incertidumbre, y hacer que gire el alfabeto loco en la espiral de Babel?

„¿Por qué hay podredumbre, por qué hay desolacion y ruinas? ¿Por qué los mil-piés arrastran sus diminutas patas? Por qué nos aborrece la zarza? ¿Por qué nos hiere la espina como una lanza? Por qué morimos? ¿Por qué el espacio está silencioso y el universo mudo?

„Se comprende que existan la primavera, el alba, las rosas y los nidos, pero no los témpanos de hielo, ni el acebo, ni el criminal azor. ¿Por qué ha de existir la oscuridad cuando termina el dia? ¿Por qué los animales salvajes ni los gusanos?„—"Por qué has de existir tú?„ responde el Eterno.

Así hablan esos locos desgraciados. Para esos hombres que no te deletrean, misterio que nos envuelves, y que miran sin ver los ritos transparentes que en tus tinieblas celebras, Dios es una figura que existe en la oscura noche, en la que esparce el horror.

Todo lo encontrais mal; creeis que en la tierra hay demasiada miseria; creeis que son necesarios otros mundos más perfectos; que el astro no debe nacer de turbias brumas, que se puede hacer mejor uso del misterio y de los gérmenes; hablad, pues. Dios omnipotente espera las órdenes del gusano.

El trabajo te pesa y el dolor te asombra; te parece monótono que despues de Junio llegue Diciembre. Te repugna que tu cuerpo se pudra; estás descontento del círculo por donde vagas; bien, haz la guerra á Dios. Cañonea al trueno; cruza la espada con el relámpago.

Tú que eres un reptil, encierras un modelo del ideal que Dios debió copiar para complacerte; y comparas, siendo tan insignificante, siendo un moscardon que en su tela apresaria la araña, lo que piensa tu imaginacion con lo que piensa la sabiduría de Dios.

Manifiesta tu fuerza; vamos, reina. Que la extension se prosterne rendida ante tu vasta mirada; prueba á los astros su ceguedad; muda de sitio los sesgos, los ejes y los centros; registra las olas y el éter; persigue en todos sus antros á la monstruosa inmensidad.

Pregunta, sorprende, escruta, descubre, arranca; hiere con tu harpon al typhon que se oculta en el mar; encuentra lo que nadie encontró; sondea y sumérgete; sé todopoderoso.

Estás tan ciego que llegas á decir:—"No existe Dios porque existe el mal. No creo en Jeová porque estoy triste.„ Bien, levántate; ahoga en tí el amor y la esperanza; búrlate y blasfema; cierra tu ventana sorda y enciende en tu alma el horrible brasero de la nada.

¡Marte, Júpiter, Saturno, oh planetas! Vosotros al menos creeis! El dia en que todos los mundos esparcidos en la luminosa extension, retirando el aire celeste de su oscurecida bóveda, negaran todos á un tiempo á Dios, su sombría asfixia llegaria á apagar el sol.

Pero la creacion es una apoteósis. El monte, el árbol, el pájaro, el leon y la rosa, todos ellos exclaman:—"¡Bendito seas!„ El azul inmenso escucha y esos himnos le encantan; el Océano feroz y el salvaje huracán cada uno canta su estrofa al infinito.

Solo el hombre niega y blasfema:—"Todo en el mundo es mentira; nada existe en realidad. El cielo está vacío. Apoderémonos de la vida como de un botin!„ Y á través de la bruma, Dios, tranquilo, desde lejos dora toda esa cólera y toda esa espuma, que se estrella en el peñasco del destino.

Hombre, pretendes ser el eje y la cumbre de los séres. El estómago es tu altar, los sentidos tus sacerdotes; vivir es el único objeto que persigues. Pretendes que el cielo te tema y dices al mar:—"Quiero!„ y dices á los vientos:—"Rei-

no!„ y dices á las estrellas:—"Existo!„

Tu cuerpo se adora á sí mismo y das tortura al alma; en amodorrarte consiste tu culto infame; tus placeres son crueldades; haces el mal al borde del misterio sublime, y apoyándote en él de codos, en el pozo del abismo escupes tus iniquidades.

Nada es capaz de saciar tu locura incurable; quisieras esprimir en la copa donde bebes, en el vaso del que rebosan inmundos vinos, las constelaciones, racimos de astros que cuelgan de la parra inmensa de las noches.

Porque bostezas, porque eres víctima del tedio, ¿crees que tienes derecho de vida y de muerte sobre toda la naturaleza, sin esceptuar de ella á Jehová? ¡Cómo se llenaria de orgullo tu corazon siniestro de bandido si pudieras coger, condensar y beberte el mundo en una de tus voluptuosidades!

Para extraer una gota de los placeres que te embriagan retorcerias al universo, al sol que te acaricia, á la mujer y al niño, para gozar satisfecho saboreándola, sin que te inquietara el pensar si esa gota se convierte en una lágrima ante Dios.

Dios no existe! Por otra parte, cuando altivo te deslizas por la pendiente mal alumbrada, con la idea de deslumbrar á tus semejantes, representando el primer papel, siendo el rey del drama y el actor del destino, ¿hay que tener la pretension ridícula de que pienses en el Sér que enciende los soles?

Pigmeos! Dios os pone su sello, para que luego os pueda reclamar. ¿Creeis acaso que la muerte, que solo acepta el alma, que todo lo pesa con sus manos, si sus incorruptibles y siniestras pupilas no reconociesen en vosotros la efigia eterna os recibiria?

Dios no existe! Esa sola frase basta para torturar. Sin duda nunca habeis contemplado la naturaleza. ¡Feliz el sábio que sueña y que, meditando, vé saltar la avalancha de montaña en montaña y de rama en rama vé saltar al pajarillo!

Vosotros sin duda no habeis cruzado nunca los barrancos; sin duda no habeis recorrido campos florecientes respirando la brisa al caminar; jamás habreis oido en las lejanas heredades mugir los bueyes, cuando empiezan á arrastrarse por las llanuras las vastas sombras del crepúsculo.

Sin duda nunca habeis contemplado lo invisible, jamás habreis meditado en lo ideal; nunca quizás, bajo un cielo tranquilo, habreis visto brillar la aureola, extremecerse la palma y sonreir al mártir moribundo.

Jamás habreis contemplado en vuestra imaginacion la inmensidad, por donde se van las tinieblas con carrera insensata huyendo de la luz; jamás habreis contemplado el infinito que sonrie á la solitaria cabaña, que el sol no puede llenar con su antorcha, pero que el alma llena con el amor.

Existen otros creyentes, que son peores que los impíos. Todas las pasiones acumuladas en su corazon les dicen en voz baja:—"Gozad!„ Esos insensatos, de la religion han hecho su centinela; han puesto su riqueza bajo sus alas y han limitado su campo, poniéndole por mojon la piedra del altar.

Para hacer un cierre á su seto ó á su heredad; para que sirva de cuerda á la barra que cierra sus vergeles, sus viñas ó sus prados; para atar los postes de su ruinosa puerta, se sirven ¡oh Jesús! de la corona de espinas que ensangrentó tu sagrada frente.

Su rostro sonriente agrada, su voz acaricia; son amables y tiernos; gracia irresistible confunde su miel con su jerigonza; su sonrisa es la flor que se abre cubierta de rocío; su interior es horrible y todos sus pensamientos tienen la figura del dragon.

Su vanidad se venga de su humildad; exclaman:—"Mientras pueda vivir y comer, ¡qué me importan el hambre ni el cólera!„ Con falsa balanza en la mano venden y compran; su alma posee secre-

tos que los demonios cierran y sellan y que llegará un dia que solo Dios abrirá.

Las máximas del amor que están escritas en su rostro mienten; son malvados, avaros, hipócritas y falsos; cargan de cadenas á los que Jesús liberta, y porque rezan infinidad de cánticos, porque contemplan horas seguidas á los sacerdotes, creen haber pagado su deuda á la inmensidad.

En vosotros el Dios magnánimo se corrompe; entra siendo idea en vuestra alma y sale de ella siendo ídolo; le insultais en vuestros Koranes, le dotais de vuestros ojos, de vuestros semblantes y de vuestros vicios; imaginais que es de arcilla como vuestros sábios y de bronce como vuestros tiranos.

Levantais en todas partes hogueras, piras y pagodas de breve duracion; edificais templos para practicar en ellos dogmas quiméricos; proclamais á Thor, Vishnou, Teutates, Ammon, á Bel que ruge, á Dagon que silba, á Apis que muge, la sinagoga sorda y la mezquita ciega, altares que ocupa un dios demonio.

Los Parthenones condenan al justo á beber la cicuta. La catedral, con sus dos agudas torres de pié ante el dia que espira, afirma, absuelve y condena, y Dios vé con compasion que se yerguen néciamente las dos torres en la vasta oscuridad nocturna.

Dios existe! El esquife, para salvarse de los escollos, cuenta con él; él es el que reina; él crea la perla y la estrella para los sondeadores; le cubre la esfera azul; pone musgo en el antro para que el tigre duerma allí y habla con incomparable voz á la sombra en las profundidades.

Funde los granitos con los azufres; crea al mismo tiempo los soles para la oscuridad y las campanillas para los prados; por haberle visto una vez, el mar está aun embriagado; las vertientes del Sinaí son de su vasto libro el gigantesco pupitre.

El Océano tranquilo es lo ancho de la hoja de su espada; si quisiera, á su llamamiento correria la montaña como corre el agua por el césped; habita en las eternidades que continúan sin fin; levanta arcos de nubes en los cuatro ángulos del horizonte.

Ese Dios que hace del mes de Abril una canastilla de flores, que hace á las aves cantoras de los bosques y á las abejas cantoras de la yerba, dá al congelado Polo, sin luz, sin flores y sin árboles, para que pueda calentarse sus manos de mármol, el colosal brasero del Hekla.

Bajo las miradas de su espíritu supremo, el agua asciende convertida en bruma hasta los picachos inabordables, y cae en olas desde lo alto de los montes; á la criatura que se extingue sigue otra criatura que nace; el universo, en el que Dios pone la muerte y la vida, respira por esos dos pulmones.

Ante Dios huye todo lo que aborrece la creacion, la tempestad, el mal, el gavilan, la culebra, el perverso, la tromba y el invierno, que hace marchar el uno tras la otra, el corto dia con su larga noche.

Hace soltar la presa á los animales carnívoros. Los muertos, en sus sepulcros, han confundido sus polvos; pero él sabe dónde están los huesos de cada uno. Al sentir pasar su soplo por el espacio, súbitamente, el infierno con sus rapaces fauces, los mundos aullando en el caos,

---

Los universos castigados, lanzan sus clamores; los presidios monstruosos de la sombra guardan silencio, y obedeciendo los decretos de la noche, cesan de sacudir las cadenas que les pesan, como por la noche, al oir los pasos de un viajero, guardan silencio las ranas en los charcos.

Sostiene en equilibrio una balanza inmensa; pone en uno de los platillos el cielo, el mar, los que vivieron en el trono, el mundo y sus claridades, el misterio y sus velos, y en el otro platillo pone al vencido Caton.

Quién es él? Mirad á las alturas y vereis el cielo, el dia y la noche. ¿Qué sois

vosotros? Buscad en vuestro cenicero. Su tiempo no tiene fin. ¡Prosternad ante él vuestros pensamientos!

Vedle por fin, vosotros cuyos cantos son sollozos, mortales que teneis que morir, vivientes que solo sabeis olvidar: el Océano llora gota á gota en su clepsidra (1), y todo el Sahara, cayendo grano á grano, marca las horas de su reloj de arena.

¡Confundidle ahora con vuestros aniversarios! Encended vuestras antorchas, desgranad vuestros rosarios cantando en vuestros facistoles; tened dias sagrados y de mayor claridad; ceñid ante ese Dios, que tiene la aurora por diadema, tiaras á vuestras nadas.

El animal que vive en los bosques se rie cuando los hombres clavan sus errores en Dios, sus nombres en la sombra, sus flechas en la inmensidad, y se rien cuando los mortales se figuran que constituyen el centro del mundo, siendo viajeros que pasan rápidamente por el viaje de la vida.

El ángel de la justicia abre sus ojos siniestros, y pensativo escribe nombres en su registro. ¡Gran ceguedad se apodera de los vivientes! ¡Ante Dios, que desde sus alturas les invita á la paz y vierte sobre ellos el amor y la vida, se ódian y se persiguen de muerte!

Profesan culto ciego á la fuerza y á la astucia; hacen que lancen las trompetas sonidos rencorosos que extremecen á los espíritus, y barriendo la naturaleza sagrada, hacen que dejen huella en los campos, en los trigos y en las flores las ruedas horribles de los cañones.

Por capricho hacen morir á las generaciones. Dicen á la tumba:—"Apodérate de ese hombre y que perezca.„ Esos pigmeos son peores que los gigantes; abriendo una oscuridad que ninguna claridad alumbra, hacen caer en ella bruscamente de espaldas á los cadáveres.

Enrojecen con la sangre las olas y las yerbas; levantan en lo alto de desiertas colinas el terrible patíbulo, que permanece todo el dia silencioso sin cambiar de actitud, pero desde que la noche oscurece la soledad levanta los brazos hácia el cielo.

Esos hombres insensatos viven en perpétua alegría; poseen lechos de púrpura, mantos de seda; viven en la opulencia; la vida es para ellos un palacio, en el que celebran festines sin cesar, en el que se olvidan de todo; comed y bebed;

Comed y bebed mientras la mesa deslumbre á los convidados, mientras las bocas tengan sed y apetito, mientras los arqueros guarden las avenidas del palacio, mientras el amor sonria á los espectros todopoderosos;

Reid y comed, mientras en el tumultuoso banquete el choque de los vasos se apague en los sonidos de la música. Muertos que reposais eternamente, la expiacion se apodera de los mármoles de vuestros sepulcros y con ellos forma una sombría escalera, cuyos escalones esperan sentir los pasos del comendador.„

II.

Despues de escuchar atento, repliqué al nocturno arcángel:—"Severo espíritu, tu voz es triste como un sollozo. ¿A quién te refieres? Tus palabras deben dirigirse á las sombrías naciones de ayer que desaparecen, á las rencorosas multitudes del pasado.

Tus frases se parecen al cántico elegíaco de Isaías. El misterio en otro tiempo, con sus espesos setos, obstruia la tierra y el cielo, y el hombre necesitaba que los inspirados profetas le dirigiesen la palabra desde el dintel de los oscuros problemas abriendo los monstruosos pórticos.

El hombre era ignorante. Extraviado de la salvadora senda, iba á la ventura, recorriendo la naturaleza como el lobo vá por los bosques; sordo á esos alfabetos, perdido en esas álgebras, los profetas entonces en aquellas densas tinieblas hicieron sonar sus poderosas voces.

---

(1) *Clepsidra*, reloj de agua ó arena.—(N. del T.)

Era preciso advertir al hombre que estaba cerca del abismo. Creia que todo en el mundo le aconsejaba cometer delitos en aquella época ruda en la que triunfaba el mal; el bosque era como un sitio para preparar celadas; el árbol tenia aspecto de mónstruo, y los peñascos siniestros tenian aspecto de criminales.

Aquí gemia Job, allá cantaba Sodoma. A las calamidades el hombre añadia la calamidad del hombre; la guerra infame ayudaba al hombre; como se enciende un monton de paja, incendiaban entonces las ciudades, y de las cosas viles se veia salir á Judas y de las cosas sombrías á Caín.

Los profetas desterraban el mal; esos personajes rendian al Dios vivo sus augustos testimonios; el hombre, en aquellos tiempos crueles, al bañar en sangre los campos, las olas y las arenas, se detenia si veia á los pálidos profetas elevar las manos hácia el cielo.

Descendian de los montes trayendo las Tablas de la ley, y morian dejando los temibles Talmuds abiertos sobre las alas de los grifos, y los Vedas, los Edas y los Génesis, libros que alumbraba el reflejo de las hogueras.

Espantaban al hombre y espantaban al mundo, y desde hace cinco mil años el género humano, que pasa y que el tiempo enumera, oye en la espantosa caverna de la sombra gruñir los citados libros.

Pero el pasado se vá. Observa que somos otro Adan y otra Eva; que somos hombres modernos, hombres que bendecimos el sufrimiento. El pasado vivia de horror, de duelo, de fango y de sangre; el pasado era el mónstruo, el mañana será el ángel; el dia que nace refleja ya en nuestras frentes.

En nosotros hay dos séres; uno alado, otro inmundo; el uno asciende hácia Dios, el otro desciende hácia el infierno; y mientras el cuerpo es vil, abyecto y bebe el oprobio y la escoria en sitios cenagosos, el alma bebe el rocío que brilla en los pétalos de la azucena.

La mision del género humano consiste en emancipar el alma, en alejarla del triste epitalamio que le canta el impuro cuerpo, en restituirla casta á su original pureza, pues Dios creó el alma para la luz, como creó las alas para la atmósfera.

Nosotros no somos de los que se rien en la cara de la impenetrable sombra, en la que todo entra y se borra; de los que obran mal sin inquietud, de los que dudan ante el sepulcro, de los que arrojan la ironía y el escepticismo en la pala del sepulturero.

Nosotros creemos en el Dios vivo; nos ilumina la fé que inspiraba á Bruto en su silla curul, á Guillermo Tell vestido con su sayo; dejándonos llevar del viento que nos arrastra, encendemos nuestra digna libertad en su majestad tierna y nuestro rayo en su aureola luminosa.

Dios hace germinar al gusano en su célula, trueca la repugnante larva en vivo libelulio; transfigura, emancipa, construye, agita las torres de piedra y las tiendas de lienzo; crea y vive, y salpica de estrellas el negro manto de la noche.

Su tiara espléndida es una inmensa colmena, en la que de rosados soles poniendo la semilla y del astro aportando la miel, una bandada de llamas que tiene el mundo por Hymeto, una bandada de abejas-cometas vuela de todos los puntos del cielo.

El Mal, empuñando la espada, cubierto con un velo de sombra, nos acecha; y le ayudan como cómplices, el bosque con sus malezas espesas, los ásperos peñascos, las ingratas olas, para obrar contra la criatura, y hay momentos en los que parece que la naturaleza sirva de caverna á ese malvado.

Pero, espíritu, luchemos, que nuestra será la victoria. ¡Dios nos guia! Es la antorcha que precede al ejército humano, el Dios de Eva y de Débora. Un dia,

muy pronto, mañana, todo cambiará de forma, y en la inmensidad, como una flor gigantesca, se abrirá el universo.

Venceremos al elemento; esa bestia de carga se acostará en la sombra para que la monte el hombre; en vano aullará la materia, porque haremos salir de sus aullidos el himno del órden, y reemplazaremos los dientes que desean morder por la lengua que sabe hablar.

Cuando terminemos de trabajar en nuestra viña; cuando al Dios que crió el águila, el aire, la onda, el cisne y la tormenta vayamos á entregar nuestras almas puras, formaremos de los cestos de nuestras santas vendimias un freno, para ponérselo á Satanás.

Satanás es el apetito, el mónstruo que muerde la idea; es la embriaguez, es el fondo súcio de la copa vacía, es el orgullo indomable, es el egoismo, satisfecho de la sangre que derrama; es el repugnante vientre, caverna en la que se arrastran todos los mónstruos que viven en él.

Caminamos hácia el amor, hácia el bien, hácia la armonía. Vivientes que flotais en el enigma infinito, un árbol augusto que ven todos los ojos conduce á vuestro navío al través de los riesgos del abismo, y Jesús abre sus brazos sobre la verga sublime de ese mástil misterioso.

Detrás de nosotros vá decreciendo el mal; muy pronto ya llegaremos al puerto; las ondas cada vez son más azules; el hombre, á quien en vano persigue el duelo, no verá asaltarle ya el sobresalto, el invierno, el horror ni la tempestad, esos vómitos de la noche.

Expulsaremos de nosotros la guerra y el homicidio, y la ligera y cándida golondrina que se llama Esperanza, que vuela hácia la eternidad, eligiendo nuestro techo protector, vendrá á hacer su nido en las adormecidas fauces de la antigua fiera que se llamó Fatalidad.

Los pueblos encontrarán nuevos equilibrios; apunta ya el alba y mañana las almas serán libres; el volcán produjo la luz del dia; el hombre esclarecerá la sombra que le rodea, y se verá entonces, trocando la esclavitud en diadema, los florones salir de la argolla.

Cuando lleguen esos felices tiempos, los astros, que hoy son terribles los unos para los otros, se contemplarán cariñosamente; los globos se amarán, como el hombre y la mujer, y el mismo rayo de luz que atraviese el alma atravesará el firmamento.

Las esferas bogarán, produciendo el sonido de las liras. En vez de mudos oscuros, que rugen viles y malditos, se oirá cantar en la sombría enramada á los edenes embriagados, y se verá en la oscuridad resplandecer los paraisos.

Dios lo permitirá. De repente, las discordias, el hacha y su tajo, las horcas y sus cuerdas, la impura serpiente desterrada del cielo, la sangre, el ódio, la imprecacion y las maldiciones se trocarán en amor y gozarán del éxtasis cuando les dé un beso el infinito.

Dios pone, cuando le place, al huracán, al ódio, al trueno y al rayo la santa cerradura de los cielos, y dejando que lancen espuma sus voces sofocadas, los cierra con el arco iris extendido en las nubes como con candado misterioso.

Los globos quedarán atados por lazos invisibles y se lanzarán miradas cariñosas unos á otros; la vida universal será sonora como un himno, y como las aves vuelan de una rama á otra, el misterioso apóstol del Verbo inmenso irá de un sol á otro sol.

Los mundos, que ahora el mal habita y socava, permutarán sus alegrías al través de la sombra feliz y del espacio silencioso; ningun sér, sea alma ó sea sol, estará ya solitario; el porvenir es el himno que entonarán los hombres en el mundo y las estrellas en el cielo.



XLV.

CAMBIO DE HORIZONTE.

Cambio de horizonte.

Homero fué el poeta de los antiguos tiempos, que se regian por la ley de la guerra; envejecer entonces era propio de los séres vulgares; los vivientes se esforzaban en dar cuanto antes el abrazo trágico á la muerte. El más grato dón que los dioses podian otorgar á los hombres consistia en concederles perder la vida por la salvacion de Roma, ó en otorgarles prematura tumba defendiendo á Esparta y sus leyes. La muerte gloriosa era para ellos el más sublime presente; el hombre era el leal prometido de la espada. La Musa tenia siempre á su lado un feroz buitre y arrastraba á los campamentos á ese enterrador; cantaba el horror bélico; era la giganta del mal, la diosa tigre, la nube negra que oscurecia el cielo limpio de la Grecia: no dejaba de lanzar estos gritos desesperados: "¡Matad y morid!„ Mordia las ancas de los caballos monstruosos que corrian tendiendo las crines al viento; se cernia sobre los hombres-dioses que acosaban los héroes-titanes, encendiendo en las miradas de todos fuego infernal. Mientras que los soldados, heridos por el dardo silbador, caian en tierra sobre el charco que formaba su propia sangre; mientras la horrible batalla, con su mortífero estrépito, llegaba hasta las alturas del Olimpo, aquella Musa cantaba tranquila, pero terrible, y su salvaje boca babeaba sangre al tocar el clarin de las batallas, y los cascos, las torres, las tiendas de campaña, los heridos, los muertos que llenaban los fosos, los torbellinos de carros, de banderas, de picas y de espadas, corrian, volaban, impulsados por sus soplos épicos.

Pero la Musa de hoy es la paz; su cuerpo ya no se ciñe la coraza y su cabeza tranquila se recuesta sobre manojos de espigas. Los cánticos del poeta se encaminan á conseguir que terminen la envidia, el ódio, la guerra y el mal; á que el hombre ame y respete la vida, y de sus versos cae el llanto gota á gota sobre los niños, sobre las mujeres y sobre las flores; se ven salir astros de sus volantes estrofas, sus cantos hacen brotar tiernos vástagos en las plantas, y cariñosamente, sonriendo, encaminan la humanidad hácia el amor.

En vano, en tus rencorosas bravatas, levantando los puños nos amenazas aun, oscuro pasado; en vano, porque desapareces; tu reinado terminó. Han aprendido ya los vivientes que en lo sucesivo harán abortar todos tus planes cuando ellos quieran; saben que los alumbra la verdadera claridad, que la guerra es impía y que debemos ayudarnos unos á otros, porque tarde ó pronto el hombre expía sus cobardías y sus traiciones; nuestra suerte futura depende de nuestros propios actos. Desde el destierro sigo trabajando para apresurar la venida de la época en que el hombre, abrigando más esperanza que temor, contemple el alba del porvenir y, extinguiendo el infierno en el corazon, le deslumbre el cielo que tenga ante los ojos.

XLVI.

EL COMETA.

(1759.)

El cometa.

Hubo quien dijo:—"Tal dia, tal astro aparecerá.„ Rendid culto á Vishnou, á Indra, á Brahma, á Odin ó á Baal; estableced por medio de la espada, por medio del fuego ó del insulto, ídolos informes y vagos en ideales esferas, y todos los Jehovás; estableced todos los Júpiters, que luego se estrellaron en los peñascos de las playas del verdadero Dios, abismo en el que solo flota lo verdadero; profesad todas las absurdidades que querais; asegurad que habeis visto en los aires volar, por entre las gaviotas y las águilas, moradas, que los querubines llevaban en los brazos; imaginaos que por haber visto las blancas gargantas, las redondeces celestiales de las diosas mientras tomaban el baño, los hombres se convirtieron en ciervos y fueron condenados á andar errantes por los bos-

ques; creed en todo, en los djinns, en los faunos, en los demonios; sed bonzos en Tonkin, magos en Caldea; creed que los Ledas han sido fecundados en las altas regiones y que los cisnes tienen niños de las vírgenes; haced que el Egipto adore á los bueyes y la India á los elefantes; inventad Koranes, Talmuds y Vedas; sed un impostor, sed un empírico ó un cándido; podeis ser todo eso. Pero no pretendais calcular una curva, ni completar el saber por medio de la intuicion; y cuando no sabeis qué astro llameante pasa á través de las estrellas, pretendais medir el boquete que abre en la techumbre celeste, ni comprender la mision que tiene en el caos, del que dimana la vasta ley; dejadle que vague por las alturas, no pretendais saber su itinerario, ni le pregunteis:—"Dónde vas? ¿De dónde vienes?„ No pretendais ser pensador, ni ser sábio, porque seríais loco. A pesar de vuestra ciencia y de vuestra terquedad, no pretendais que luche el espacio con el número; dejadle los llameantes ojos á esa máscara de la sombra; no fijeis en ellos las miradas y no levanteis el manto luminoso que esconde al incógnito sombrío, pues vuestra sábia mano encontraria en él la vida y no el espanto, y el hombre desea no desprenderse de su terror; el cálculo le irrita; su furor contra el que desea iluminarle empieza en la raya en la que la razon se confunde con la locura. Nada se parece tanto á un demente como el asceta, que se pierde en sombrías inquisiciones, que acecha sin cesar, aplicando cristales de aumento á los hechos comunes, á los hechos posibles, al buen sentido; que contempla el espectro del cielo desde el fondo del telescopio, y que tiene la vista clara para contemplar los astros y míope para contemplar los hombres. Son muy parecidos á los insensatos los hombres que, viendo venir hácia ellos los secretos de las altas regiones, corren á su encuentro y ordenan á las álgebras que tomen algo de luz de las tinieblas, y sondeando el infinito, que es un mar que trata de ocultarse, pretenden que la ciencia impasible vaya á ver de cerca tal ó cual estrella viajera, y que solo vuelva mojada, como un buzo, sacando del abismo la refulgente perla de la verdad. Ese diamante, ese oro, esa perla, ¿qué minero puede encontrarlos? ¿Quién puede registrar y cavar bastante hondo en la misteriosa naturaleza para conseguir este objeto? Si esceptuamos el altar conocido, los yugos sagrados, los dioses permitidos, el dorado templo que conoce la muchedumbre y la especie de cielo que se adapta á ese templo, nada hay cierto en el mundo. No es cosa sorprendente que el soñador pregunte al misterio y al firmamento y pretenda que le revelen sus misterios; que se atreva á que la sombra y el abismo le descubran cómo obran, que desee que le digan qué dia sale un astro, qué dia entra un sol, para que despues diga soberbiamente:—"¡He penetrado el secreto!„ ¿El pigmeo puede llegar á ser imbécil hasta ese extremo? Sí; Cardan de Pavía, Hicetas de Sicilia fueron extravagantes; ¿pero entre los soñadores que estudian y espían los fulgores nocturnos se encuentra alguno que asegure el regreso del cometa perdido en los espacios? ¿El cometa es un mundo incendiado, que corre furioso más allá del firmamento y no comprenden que se evade? ¿Quizás es un infierno que se voló al cielo? ¡Pretendeis abrirle la puerta, pretendeis tener la llave! Como desde encima de un puente se vé pasar el agua corriendo por debajo del arco, le veis pasar y seguís su marcha, distinguiendo de lejos su siniestra morada; ¿pero sabeis de qué manera y por qué se evade y huye por el abismo? ¡Lo que ignoraba Jesús, lo que solo Dios conoce, pretendeis conocerlo vosotros! Con los ojos anegados por invisible claridad deseais la bienvenida al inmenso desconocido á nuestro abismo sombrío; parece que seais dueños de ese astro, porque le prohibís que se retarde, que se entretenga en el antiguo camino que seguia, que pierda el tiempo, y le marcais la hora de la llegada; es preciso que ese volcán desmelenado que huye tenga presente vuestra órden en la via que sigue y que acuda con exactitud á vuestra cita. Por haber consumido las noches estudiando el álgebra, por haber pasado la vida contemplando el cenit, ¿os creeis señor de las incomprensibles regiones, quereis conocer las costumbres de los meteoros, marcar la fecha de los declives, reglamentar las auroras, en una palabra, poseer el cielo como Orfeo poseia la lira? Creeis saberlo todo! El tiempo que gasta el alba inmortal en atravesar el azur de un estremo á otro, la posibilidad de los misteriosos encuentros, los mil rayos luminosos que vagan por todas partes en el empíreo; ¿creeis saber mucho más que los antiguos Zoroastros?...

Pues todo eso supo Halley.

Soñadores, vuestro antepasado es el

antiguo Prometeo, y vuestros corazones, que burlones buitres muerden, como mordieron el suyo, se desangran; teneis en los piés la misma cadena; el hombre condena á los soñadores al Cáucaso de su ódio; á Empedocles abrasa siempre el mismo volcán; todos los soñadores, marcados en la frente, sujetos por la misma argolla, yacen atados eternamente en la picota de los génios y de los locos. A Halley, indudablemente la antigua Roma le hubiera arrastrado á sus gemonías y Atenas á su cloaca; le hubieran tenido por impío, á no tenerle por insensato. Nunca se proscribió ningun hombre en el mundo que escitase tan universales burlas; le abrumaron con ellas los séres ligeros, los séres formales y los furiosos sacerdotes, porque aquel hombre sabia lo que la Biblia ignoraba; de este modo la risa puede llegar á convertir en loco al que fué sábio. Descorazonado Halley, fué á esconderse, no se sabe dónde. ¿Fué sábio, en efecto, y llegó á trastornársele la razon? No se sabe. Lo cierto es que el sarcasmo, la ironía y la tempestad de burlas que contra él se desencadenó, le hicieron bajar la frente y los ojos que habia dirigido á demasiada altura. Los niños desnudos corrian por las calles persiguiéndole. La multitud se reunia en grupos para verle pasar y para reirse de él, pretendiendo castigarle porque habia visto desde lejos venir una estrella.—"Es el loco!„, exclamaban; sus risas y sus silbidos llegaban hasta las nubes. Poco despues murió.

En cuanto desapareció del mundo todo quedó en silencio y nadie se ocupó ya de él. El hombre á quien todo el mundo insulta es un recluso; mientras vive huyen de él y cuando muere borran su nombre. Le enterraron en cualquier rincon al lado de una iglesia desconocida, y la ironía revoloteó durante algun tiempo alrededor de su fosa como un murciélago; el que muere no causa alegría á los espíritus sérios; el ataud de un hombre escarnecido no vale la pena de recordarlo; lo que alegra es atormentar al hombre mientras vive; ¿por qué ensañarse contra el que ya no existe? Dejaron, pues, tranquilo su cadáver para que sirviera de pasto á los gusanos; el ódio que escitó se apagó como todos los rumores; el sér que sirvió de juguete á los vivos cayó por la gran abertura de lo desconocido, en el silencio, en la sombra, por la que se difunde la paz siniestra que reina en la eterna noche, y el crepúsculo del olvido borró la silueta de su ridícula tumba. Un nombre es un andrajo que los hombres rasgan y que dispersa el viento.

Pasaron treinta años; el lapso de ese tiempo hizo que todo el mundo olvidase al soñador que dormia eternamente en el sepulcro. De repente, una noche oscura, negra, en las horas silenciosas palideció primero, despues se blanqueó en el año anunciado y predicho; las cimas de las montañas adquirieron un reflejo extraño, como cuando una antorcha se mueve por detrás de una pared; la blancura se convirtió en luz; en el azur la claridad adquirió color de púrpura, y se vió aparecer, ensanchándose sin cesar, inexpresable aurora, que empezó á ascender á lo alto del firmamento lenta y gradualmente; las yerbas de los sitios sagrados que los vivientes veneran, que crecen sobre las fosas, se extremecieron, y súbitamente, como espectro que entra en una casa, apareció en el extenso horizonte una claridad que llenaba millones de leguas, monstruoso resplandor de las inmensidades azules, que iluminó bruscamente el cielo y que dimanaba del astro temible, que decia á los hombres:—"Ya me teneis aquí!„

XLVII.

EL POETA ES UN MUNDO.

---

*

El poeta es un mundo que se encierra en un hombre. Plauto en su imaginacion sentia hormiguear á Roma; Melesígenes, ciego y vidente soberano, encerraba en su mente á Calcas, á Héctor, á Patroclo y á Aquiles; Prometeo, encadenado, forcejeaba en la imaginacion de Esquilo; Rabelais encerraba en él un siglo, y en todas las épocas los ilustres pensadores, los vastos Homeros, los fecundos Shakespeares, los sagrados poetas, semejantes á las madres, han sentido latir en sus entrañas todos ellos sus creaciones; uno al rey Priamo y otro al rey Lear; su fruto madura en la imaginacion, como en el vientre el fruto de la

mujer. Van á soñar á sitios desiertos, y en el fondo de su alma chispea un azul sonriente, ó tristes y melancólicos, en su sombrío espíritu oyen sonar los truenos y ven brillar los relámpagos. Esos grandes visionarios caminan azorados, sin ver el mundo que les rodea; ¡tan ensimismados caminan! Archiloques apoyado sobre el yambo cojo, Eurípides escuchando á Minos y Fedra al incesto. Moliére vé venir hácia él al taciturno Alcestes; el pálido Cervantes, amable y cariñoso, habla con D. Quijote; al oido de Job, disfrazado Satanás cuchichea; Dante sondea el abismo que vé abierto en su pensamiento; Horacio vé danzar á los faunos de ojos verdes, y Marlon sigue con la vista por el interior del bosque la sublevacion del sábado de las brujas, que huyen por él con su jauría.

El poeta es sagrado para la creacion, porque le rodea invisible multitud. La yerba es para él más blanda, la gruta más pintoresca; Pan guarda más silencio cuando camina por el musgo; la naturaleza, que vé que está distraido siempre su hijo predilecto, vela por él; cuando éste encuentra un lazo en el bosque, las ramas de las malezas, tirándole de la manga, le dicen:—"¡No vayas por ahí!„; las clemátides tiemblan cuando pasa; en los nidos, en los zarzales, en la hojarasca, un murmullo vago que conversa con el viento murmura:—"¡Es Shakespeare con Macbeth, es Moliére con Don Juan, es Dante con Beatriz!„ La hiedra se aparta y los jarales retiran sus espinas, y las gigantescas encinas, enmudeciendo, dejan pasar por debajo de sus espesas copas á esos grandes espíritus, que conversan con los grandes fantasmas.

XLVIII.

LA VUELTA DEL EMPERADOR.

La vuelta del emperador.

I.

Despues de la última batalla, en la que seiscientos cañones formidables, con sus disparos de metralla, aplastaron á los gigantes; en aquellos dias, en los que huyeron multitud de caballos heridos, en los que sucumbió el águila no domada hasta entonces; entre el estrépito, el humo, y bajo el peso del derrumbamiento de un ejército, se doblegó Paris espantado.

Cuando murió la Guardia veterana; cuando, vendido por unos y abandonado por todos, el gran emperador entró en la gran ciudad, solo y sin escolta, en el antiguo palacio del Elíseo, perdida toda esperanza, se paró; y no esperando socorro alguno, no queriendo provocar la guerra civil, antes de salir para siempre de la ciudad, con tristeza la contempló durante tres dias.

Por fin quedó humillada su frente; se acabaron para él las aclamaciones y los triunfos; su popularidad, que iba desmoronándose, cubria su gloria de ruinas. Todos le habian abandonado. Apenas algun transeunte que otro se detenia por la noche ante el palacio, sin acercarse mucho, deseando ver á su señor dar pasos en el aposento al través de la alta ventana.

Durante aquellas horas solemnes, que pasó sondeando su infortunio, los ojos de los mudos centinelas parecia que le preguntaban con sentimiento. Soldados siempre dispuestos á la lucha, habian comentado todos los síntomas precursores de la funesta caida, y como desaparece la luz del sol, veian desaparecer el imperio en las miradas del emperador.

Adios, innumerables legiones! ¡Adios, campos victoriosos de sus batallas! Se sentia arrastrado hácia la oscuridad por el soplo de un viento misterioso. De noche se apoderaba de él la fiebre sin cesar, y veia flotar en su fantasía el espectro de un lejano peñasco. Su alma, víctima de la agonía, entreveia ya á Santa Elena al través de las brumas de su destino.

De dia, esclavizado á un pensamiento fijo, fijando las miradas en el territorio sagrado, con la frente pegada á los helados cristales de la ventana, exclamaba:—"Oh, volveré! ¡Volveré, siendo siempre el mismo y solo, pero sin púrpura y sin diadema, sin batallones y sin

opulencia; el proscripto lanzado de la pátria, para regresar á ella, entrará por la puerta que ahora sale.

„Una noche, durante una tempestad, lanzado aquí por irresistibles vientos, con una aureola sobre mi cabeza, surgiré vivo y radiante. Mis veteranos compañeros de la guerra, que dormirán en la oscuridad de las brumas, verán de repente lucir en el Oriente mis miradas, luminosas para la Francia y flamíjeras para la Inglaterra.

„Apareceré en medio de las tinieblas ante Paris, que me idolatró; el dia claro sucede á la noche oscura, y mi pueblo se sublevará. Se sublevará alegre cuando me vea lanzar de aquí á los extranjeros, pálido, y llevando en la mano salpicada de sangre un pedazo de espada y un pedazo de bandera.„

Señor, volvereis á nuestra capital sin tocar á rebato, sin combatir, sin que os escite el furor, arrastrado por ocho caballos, pasando por debajo del Arco de triunfo y ciñendo la púrpura imperial.

Señor, por la misma puerta, acompañado por Dios, volvereis á entrar sobre un carro sublime, coronado y glorioso como Carlo-Magno y grande como César.

Posada en vuestro cetro de oro, que ningun vencedor puede humillar, resplandecerá vuestra águila de rojo pico, y en vuestro manto imperial las abejas que lo recaman relucirán á la luz del sol.

Paris encenderá faros en su infinidad de torres; Paris os dirigirá la palabra por medio de sus grandes voces; las campanas, los tambores, los clarines y las músicas os hablarán todos á un tiempo.

Alegre como el niño cuando brilla en el alba de la vida, conmovido como el sacerdote en el recinto de un lugar sagrado, vereis, señor, amontonarse ante vos inmenso y regocijado gentío.

Un pueblo que pondrá á vuestras plantas las leyes de Esparta, un pueblo al que entusiasma vuestro génio, al que embriaga vuestra fama y que vaga deslumbrado desde el jóven Bonaparte hasta el viejo Napoleon.

Un ejército nuevo, lleno de esperanzas y valeroso, cuyas hazañas sembraron ya el terror por todas partes, gritará alrededor de vuestro carro:—"¡Viva la Francia! Viva el emperador!„

Al veros pasar, gigante del grande imperio, el pueblo y los soldados caerán de rodillas á vuestros piés, pero no podreis inclinaros para decirles:—"¡Estoy satisfecho de vosotros!„

Aclamaciones entusiastas y cariñosas, salidas del corazon; aclamaciones que acompañarán los éxtasis llenarán el ámbito de la ciudad; pero vos no las oireis.

Granaderos que vivian con tristeza, veteranos dignos de admiracion, se prosternarán mudos á besar los piés de vuestros caballos; será tierno ese espectáculo; pero vos, señor, no lo vereis.

Porque, gigante tendido en profunda oscuridad, mientras que á nuestro alrededor, como alrededor de un amigo, se despierten Paris, Francia y el mundo, vos estareis dormido.

Estareis dormido, augusto emperador, con el taciturno sueño que llenan pesadas fantasías, con el sueño con que Barbaroja, sentado en su silla de piedra, duerme hace seiscientos años.

Con la espada al flanco, con los ojos cerrados, con la mano aun conmovida por el último beso que en ella imprimió el entusiasta Bertrand, en un lecho, en el que jamás se menea el durmiente, estareis acostado;

Semejante á aquellos soldados que ante cien murallas os siguieron, siempre vencedores, siempre de pié, y que, derribados por el huracán de las batallas, quedaban tendidos en el suelo de repente.

Y su actitud grave, altiva, en la que empuñaban aun las armas, era más parecida al sueño que á la muerte, pero que, sin embargo, el toque matinal de la diana no conseguia despertarlos.

Dormireis tan bien, que viéndoos helado y mudo, como un dios que deja que le adoren, el pueblo, que os profesa amor delirante y que acudió por veros, os verá llorando.

Señor, en aquellos momentos reinareis en todas las mentes y en todos los corazones de los mortales que vivan, y las naciones harán que se siente vuestro fantasma en el trono universal.

Los sagrados poetas, séres selectos entre los que se arrodillarán á vuestras plantas, os proclamarán grande, venerable, inmortal, y de vuestro recuerdo volverán á adorar el altar, injustamente manchado.

De vuestra gloria habrán desaparecido las nubes, y nada empañará ya su pura irradiacion; ascenderá hasta lo alto de nuestra historia y brillará en ella como azurada cúpula.

Sereis para la humanidad un génio grande y benéfico, para la Francia un proscripto magnánimo, y para el extranjero, que os contemplará en lo alto de la Columna, un coloso de bronce.

Y mientras gloriosa y sagrada pompa pasee por la ciudad con nunca visto acompañamiento, y todos los que la vean pasar crean que vuestra entrada en Paris hace revivir un mundo desconocido;

Mientras se oiga cerca del templo en el que la oscuridad conserva todos los grandes nombres, que Paris siempre recuerda, rugir los cañones, como sombríos dogos que ven volver á su dueño;

Mientras vuestra fama, ante la que todas se borran, ascienda hasta el cielo, poderosa é ilustre, os estarán royendo los gusanos del sepulcro.

Sombríos acontecimientos, heraldos de tristes mensajes, máscaras de las que el Señor solo conoce los rostros, y que algunas veces hablais un lenguaje que nos asusta, ¿arrancais acaso al mismo libro de Dios esas tenebrosas hojas, que llenan vagos anatemas y que nos arrojais al huir?

Nada es completo; á todo le falta algo; el hombre tiene la picota, la sombra tiene la apoteósis. Esos héroes superiores participan del mismo destino. Todos los Césares y todos los Carlo-Magnos tienen dos vertientes, como las altas montañas; en una dá el sol y la otra se hunde en la noche.

Ninguna edad fué nunca más grave ni más severa. Desprendido Jesús, tiembla en lo alto del Calvario. ¡Cuántos hundimientos! Todo se bambolea á un tiempo, todo se doblega y rompe; los grandes bajo el peso del ódio, los reyes bajo el peso de la suerte, las leyes humanas bajo el peso de las leyes divinas.

¡Nada sale de esos escombros ni de esas ruinas más que tú, pensamiento! ¡Poesía inmortal, que mecen todos los vientos! Y para vagar en completa libertad, á la merced del aire que sopla ó del agua que corre, la pluma casta y blanca, teñida apenas con sangre, cae del pájaro muerto y del nido devastado.

II.

Santa Elena es una agonía, una caida y un ejemplo. La Inglaterra, agotande su génio en el ódio, se lanzó á devorar á ese gran hombre en pleno mediodía, y el universo volvió á presenciar el espectáculo homérico de la cadena, de la roca abrasada por el cielo de Africa, del titán y del buitre.

Sin embargo, esos tormentos, ese augusto infortunio, esa rabia púnica, ese implacable rencor, que hizo desangrarse al Gran Crucificado, esas afrentas que caian sobre todos los hombres dignos, iban llenando lentamente el mundo de compasion.

Gritos de compasion salieron de todos los corazones nobles del mundo, que irritaban en silencio á la carcelera Inglaterra, pues la admiracion, con su

fuego soberano, endurece al hombre vil y ablanda al hombre justo. Lo que hace llorar al bravo hace reir al cobarde. La llama seca el fango y funde el metal.

Esto no obstante, permaneció en su destierro viviendo con dignidad, como un rey en su palacio. Le oian hablar y soñar en voz alta en la isla; dictaba en ella ilustres testamentos. Rechazaba el olvido que envuelve siempre á los desterrados, y cuando dirigia sus ojos hácia la Europa, llegaba hasta ella el fulgor de sus miradas.

Un dia... Lannes acurrucado se extremeció debajo de la cúpula; las cuatro águilas de la plaza de Vendôme temblaron al ver pasar por allí un siniestro cuervo; reinó profunda oscuridad en Santa Elena. Un carcelero inglés, con su impuro hálito, habia apagado la gran antorcha.

Veinte años durmió en aquella lejana isla; en aquellos montes, cerca de un sauce, á orillas de una fuente, sin afrenta y con dignidad, veinte años durmió en aquella apartada cárcel, solo con el Océano, solo con la naturaleza, solo con vos, Señor.

Allí vivia en la soledad, despues de sufrir tantas tempestades, mientras su génio revivia en nuestro pensamiento, mientras la Europa indignada le veia preso, mientras temblaban los reyes teniendo aun á la vista el torbellino de todas sus batallas, que rugia confusamente en el horizonte.

Durante las noches, durante las horas en que solo oimos en el espacio el murmurio del agua que huye, el graznido del cuervo marino que pasa, las olas que chocan contra las olas, el viento que barre las montañas y lo que dice en voz baja á la eternidad sombría la sombría inmensidad;

Durante esas horas de paz, los desiertos, los valles, los vientos, los bosques, los montes, la estrellada esfera, entonando un coro divino, cubriendo con el olvido su tumba, á la que no llega el murmullo humano, desempeñan todos á la vez la funcion sagrada de tranquilizar aquel gran corazon.

III.

En otro tiempo, cuando queríais conquistar una ciudad, Ratisbona ó Madrid, Varsovia ó Sevilla, la austera Viena ó el radiante Nápoles, frunciais el entrecejo y todo estaba terminado dando la Guardia imperial tres pasos, como los dioses.

Vuestras batallas, como manos fatales, una despues de otra se apoderaron de todas las capitales; os bastó la victoria de Jena para entrar en Berlin, la de Arcola para entrar en Mántua; Lodi os llevó á Milán, Marengo á Roma, Moscow al Kremlin.

Conquistar á Paris es más costoso; es más árdua y más colosal la conquista de la ciudad sagrada, para lo que se necesitan esfuerzos supremos; para entrar en Paris es preciso, señor, volver de la sombría victoria que se ganó en el pais de los muertos.

Es preciso haber obligado á callar todos los ódios, reunir un gran corazon y un gran carácter, ser el centro y el alma de Europa, haberse colocado en la gloria como en un templo, y ser para el universo, que desde lejos os mira, más que un fantasma, casi un dios.

Ser el sol de un siglo que eclipse á los demás astros; ser un héroe que engrandezcan hasta los desastres; sobrepujar á Lafayette y eclipsar á Mirabeau; salir del fondo del mar y confundir la grandeza del Océano con la majestad de la tumba.

IV.

No es fácil humillarte, Francia, porque eres la cumbre de las naciones; eres el asilo del pensamiento, eres la madre de las revoluciones; con los moldes que tú fabricas todo el universo trabaja, haces correr tu calor por sus venas; con orgullo te obedece y marcha; forja, intenta y funda, y tú piensas grave y fecundizadora... la Francia es la cabeza del mundo, cíclope cuyo ojo es Paris.

Destruirte seria audacia insensata, crímen, locura, ¡impiedad; seria privar del pensamiento á la humanidad futura, seria cegar las razas, porque en el camino que tú trazas y en el círculo en que los abrazas, deben unirse todos los pueblos; el espíritu de los tiempos al oir tu voz cámbia, y todo lo que nace se alinea en tus filas. ¿A quién le ocurrirá la extraña idea de decapitar el porvenir?

Podrán amordazarte? Dios probará pronto á los reyes que este siglo es un profundo problema, del que solo la Francia tiene la clave. Este siglo está de pié sobre la ribera, y con voz terrible ó quejumbrosa, preguntando á todo el que llega, tribuno ó pensador, proponiendo á todos el enigma inexplicado aun, y como la esfinge, devora á todos los que no le comprenden.

Pueden insultarte? Si acaso algunos reyes se atreviesen á afrontar ese peligro, hé aquí lo que Dios enseña á los que traten de ultrajarte. Mira bajo el Arco que encierra nuestros triunfos á Wagram con las manos llenas de pólvora; á Ulm, á Essling, á Eylau, á cien victorias desfilar al compás del toque de los tambores: Dios, cuando la Europa te cree muerta, toma el emperador y te lo trae, y hace pasear por tus calles toda tu gloria compendiada en un dia y en un hombre.

Insultarte á tí, madre mia! ¿Pero es que acaso, entre nuestros libros, cerca de Homero, no nos quedan antiguas y paternales espadas? Francia querida, murieron nuestros padres, pero de su muchedumbre reanimada quizás podríamos formar un ejército, como pudimos construir un panteon; un ejército dispuesto á surgir al oir el ruido de las bombas, dispuesto á levantarte si tu caes; quizás nuestros padres permanecen en sus tumbas enteros como Napoleon.

Héroe de estos funerales, emperador, génio y mártir, se han cerrado ya los tiempos; entra en nuestras murallas para no salir ya de ellas; entra tambien en el complemento de tu gloria, tú que empleaste en el bronce de tu altiva obra todos los metales, como empleaste todos los pueblos; tú que en tu omnipotencia, olvidando que el rayo extermina, quisiste dar al mundo tu forma, como Alejandro la suya al monte Athos.

Quisiste, derramando nuestra savia en los pueblos que se nutren con mucha lentitud, que conquistara la espada lo que el espíritu debia conquistar. Anticipándote á Dios, alimentaste la vasta esperanza de que Francia reemplazase á Roma y de que imperase desde el Tajo hasta el Neva; Dios se vengó de esos proyectos, de tu soberbio desafío, de tu guerra extraña: Jacob solo luchó con el ángel, pero tú luchaste con Jehová.

Ningun mortal, en tu audaz carrera, pudo vencer tu brazo fuerte y sereno; en Moscou te venció el incendio; en Waterlóo te venció la suerte. ¿Qué te importa que Inglaterra haga hablar á un monton de piedras en el famoso rincon del mundo donde Dios derrotó á Napoleon, y que pretenda que atestigüe ante la historia la mentira de una victoria el fantasma de un leon?

Nada importa que tiemble, cuando el huracán lo agite sobre su pedestal, ese leon que vela de pié siempre en el campo del destino. ¡Volveremos á pasar por su llanura! Dejadle, pues, que recuerde sus antiguos ódios y que proyecte su sombra vana sobre los bravos franceses allí enterrados; algun dia el águila francesa, leal siempre para nuestra bandera, le abofeteará de un aletazo cuando vaya hácia Austerlitz.

El 15 de Diciembre de 1840.

(Versos escritos al volver de los Campos Elíseos.)

¡Brilla eternamente en la historia del fúnebre triunfo, imperial antorcha! ¡Consérvete en su memoria siempre el pueblo, dia hermoso como la gloria, frio como la tumba!

XLIX.

EL TIEMPO PRESENTE.

La verdad.

La verdad, luz asustada, astro fugitivo, por evitar incomprensible persecucion, despues de aparecer durante un breve momento, desapareció. Como una claridad que atraviesa un bosque, se marchó á lo lejos en la extensión y se perdió en el infinito misterioso, confundida con el vapor y con el huracán; los hombres se quedaron en la tierra temiéndola; la tuvieron miedo, así como ella quizá tiene miedo á los hombres. Su desaparicion dejó oscura la ventana abierta en nuestra alma en la sombra, en la que el espesor del templo oculta á Dios. Quedó oscuro el mundo y la mentira vivió en él á sus anchas. Sin embargo, algunas veces, de lo alto de la montaña desde la que se vé lo desconocido sin límites, desde la que se adivinan las siluetas de los mundos ignorados, desde la cumbre en la que las visiones se confrontan unas con otras, en la que las realidades, sobrenaturales para nosotros, parece que tengan á veces la figura del mal; desde lo alto de la cima que se llama Ideal, algunas veces, algun pensador, anunciando y prediciendo, dice:—"La verdad que guia, fortalece y crea, vivientes, como suprema claridad vendrá á alumbrar vuestra noche; esperadla. Preparaos á verla aparecer.„

El mundo entonces se sonrie y se burla de esa prediccion; entonces, el sacerdote, el juez, el raitre, el rey, los que viven del error y de la impostura, Dracon en nombre de las leyes, Tiberio en nombre de los hombres, Caifás en nombre del cielo, todos los séres frívolos, doctos, obscenos, todo el zumbido de esas moscas nocivas se encarniza contra el pensador que predice la venida de la verdad. Primero se le rien, despues se indignan contra él y exclaman:—"¡Es preciso que expíe su delito; el hombre que no se atreve á ser ciego es un impío! ¡Pretende distinguir la luz, y ver venir de lejos la verdad! ¡Sabe la hora, conoce lo que es ese astro y tiene la insolencia de levantar la voz mientras nosotros callamos; pretende ser una antorcha mientras nosotros somos la oscuridad! Es un mónstruo ese pensador que vive en las alturas y sus pupilas serán las primeras que deslumbrará la augusta y lejana claridad. ¡El abismo que es negro para nosotros, para él será luminoso! ¡Si no fuera un loco seria un dios! ¡Inutilicémosle!„ Y lanzan contra él burlas, imprecaciones, sarcasmos, afrentas y suplicios. Los cándidos ignorantes, cómplices de los sábios, se unen contra aquel hombre, al que nadie perdona, y se disponen á perseguirle llevando cada cual su piedra en la mano.

—"¡Te atreves á venir á anunciarnos la verdad, á predecir el fin de la batalla y del delirio, la extincion de las guerras, la caida del patíbulo, á profetizarnos la venida de la paz, de la libertad y del amor! Distingues todo eso de antemano! ¡Nos dices que se extinguirá la envidia, que reinará la fraternidad humana, que ésta disfrutará de bienes y no sufrirá calamidades! ¡Para creer todo eso se necesita ser estúpidos! Que muera!„ Y le apedrean y le hieren con todo lo que tienen á la mano, se ensañan con él de tal modo, con tanta ira, que el *enemigo público* muere. Ya están satisfechos. Ya no les inquieta. Pueden seguir disfrutando de su profunda noche.

Queda restablecida la ceguedad pública. Beben, comen, se arrastran, cuchichean, olvidan. Ya no turba el órden ese soñador visionario; los lobos quedan contentos y los asnos tranquilos; el bonzo se pone la máscara y el templo el velo; y del astrólogo que predijo la llegada de la estrella, que vino á desordenar á Moisés y á Mahoma, no llegaron á saber el nombre. Venir á anunciar la verdad! Qué delirio! En el fondo la verdad solo es una mentira, porque la verdad no existe. Cerremos, pues, los ojos y durmamos.

De repente, entre los psalmos, los sermones, los himnos, los cánticos y las ironías, algo casi invisible, á través de espesa bruma, empieza á distinguirse en la oscuridad del éter; como un punto confuso que blanquea, el punto luminoso se convierte en una figura; la figura crece más cada momento y acaba por ser deslumbrante: ¡es ella, es la desconocida es-

trella, es la verdad, es el alma errante del mundo, con su evidencia y con su misterio! Surge luminosa, y sus rayos se difunden por la inmensa sombra, clementes para unos, amenazadores para otros; se aproxima, ilumina á Tebas, en Ombos, en Roma, en Paris, y en Lóndres las tumbas; hace relumbrar una copa de cicuta en Grecia y una cruz en Judea, y dice:—"Mundo, aquí estoy! Quién preguntaba por mí?„ (1)

*

Tenebrosas tinieblas cubrian el mundo, y percibí en el espacio estrellado tres fantasmas; los dos primeros estaban muy lejos; el último estaba más cerca. El primer espectro dijo: *Mane*, *Thecel*, *Phares*. Su dedo índice señalaba la oscuridad maldita; se parecia á la monstruosa esfinge que está meditabunda en Assur, acurrucada entre los dioses. El segundo espectro decia: *Idus de Marzo*. El tercero gritó: *Noventa y tres*. Ante mi vista pasaban resplandores que parecian salir de un horno: por no sé qué extraño cambio, cada una de esas tres frases era en el fondo del firmamento una de las tres sílabas temibles de otra palabra que Arón escribió en las Tablas, y que mucho tiempo antes que la doctrina de Jesús triunfara, los abismos repetian á los abismos:—"Josaphat„.

Juan Chouan.

Los blancos huian, los azules ametrallaban el bosque. Un collado dominaba aquella llanura, y detrás del desnudo montículo, que carecia de árboles y de céspedes, selvas espesas y silvestres llenaban un vasto espacio.

Detrás del cerro, que les servia de abrigo y de fuerte, se reunieron los blancos, contando el escaso número de los que quedaban, y apareció Juan Chouan.—"Ninguno ha muerto, ya que el jefe vive„, exclamaron.—"Falta alguno?„ preguntó el jefe.—"No.„—"Entonces marchaos; huid todos.„ Los niños y las mujeres, azorados, le rodeaban.—"Hijos mios, vamos á internarnos en los bosques; dispersémonos.„ Como golondrinas que vuelan cuando estalla el huracán, todos corrieron huyendo por entre los matorrales; el pánico se habia apoderado de ellos, y hasta los más bravos temian caer prisioneros ó morir. Juan Chouan se fué el último, detrás de todos, lentamente, volviendo la cabeza hácia atrás algunas veces y rezando.

De repente se oye un grito en un claro de la landa. A pesar de llegar hasta allí los disparos de balas y de metralla, se vió aparecer en el montículo á una mujer. Toda la banda habia ya penetrado en el bosque; estaba solo Juan Chouan; se paró al oir el grito y vió que lo lanzaba una mujer en cinta, que huia azorada, desgarrando sus piés desnudos con las ortigas y las malezas. Esa mujer gritaba:—"Muchachos, venid á mí!„ Juan Chouan, pensativo, dijo:—"¡Es Juana Magdalena! Sirve de blanco en la llanura, y rabiosa la metralla se dirige contra ella. Era preciso que Dios se bajase y la cogiera por la mano, protegiéndola con sus alas, para que escapase de la muerte.„—"Socorro! Socorro!„ gritaba. Pero los bosques temblaban, los fugitivos son sordos y las balas llovian sobre la infeliz mujer.

Entonces Juan Chouan, sereno, altivo y viril, subiendo rápidamente al collado que dominaba la landa, gritó:—"¡Aquí teneis á Juan Chouan!„ Los azules exclamaron:—"Es el! Es el jefe!„, y la venerable cabeza del montañés, atrayendo todos los rayos de la tempestad, hizo que la muerte cambiara de blanco.—"Sálvate! ¡Sálvate, hermana mia„, la gritó. Juana, aterrorizada, apresuró el paso y empezó á internarse en el bosque. Como el pino en un pais cubierto de nieve, como el mástil en un mar alborotado, Juan Chouan se erguía sobre el cerro y los azules solo á él veian; la mujer desapareció de su vista.—"¡Permaneceré aquí todo el tiempo que sea preciso! Sálvate!„ A él se dirigian todos los cañones de los fusiles enemigos, contra él se encarnizaban las balas, y sonriendo, blandía el desnudo sable... De repente sintió que una bala le traspasaba, y permaneciendo aun en pié, dijo:—"¡Cúmplase la voluntad de Dios!„ Despues, vacilante, volviendo la mirada hácia los bosques, gritó:—"¿Amigos mios, ha llegado ya Juana ahí? Varias voces le res-

(1) Esta poesía alude á la titulada *El Cometa*, traducida en el libro XLVI de este poema.—(N. del T.)

pondieron en la selva:—"¡Ya está salvada!„—"Eso queria„, murmuró Juan Chouan, y cayó muerto en tierra.

Montañeses, seguíais la causa del error, pero vuestro recuerdo no empequeñece á la Francia; fuísteis ignorantes siniestros, pero grandiosos; vuestros reyes, vuestros sacerdotes, vuestros jarales y vuestros lobos os convirtieron en bandidos, pero con mucha frecuencia fuísteis caballeros: á través del afrentoso yugo y bajo el peso del error, dejábais escapar el brillo misterioso del alma: rayos luminosos saltaban de vuestra ceguedad. ¡Yo os saludo! El desterrado es clemente para vosotros; el destierro no es severo con los pobres que habitan las cabañas; nosotros somos proscriptos, vosotros sois fantasmas. Hermanos unos y otros, hemos combatido, nosotros por el porvenir, vosotros por el pasado: el esfuerzo que nosotros hicimos por trepar hasta la cumbre, vosotros lo hicísteis por entrar en el abismo; hemos luchado siendo mártires de diferente modo, pero todos sin ambicion y sin arrepentimiento, nosotros por cerrar el infierno, vosotros por volver á abrir la tumba; pero sobre vuestras tristes frentes brilla el resplandor de las alturas; compasion fraternal y sublime conduce á los hijos de la luz hácia los hijos de la noche, y lloro, dedicándote este himno tierno y sombrío, yo, que soy soldado de la aurora, á tí, que eres héroe de la sombra.

Despues de la batalla.

Mi padre, héroe de sonrisa cariñosa, seguido de un solo húsar, el más querido de sus soldados por su bravura y por su aventajada talla, recorria á caballo, la noche siguiente á una batalla, el campamento oscuro, sembrado de cadáveres. Al recorrerle le pareció oir el débil murmullo de una voz: lo producia un español del ejército vencido, que se arrastraba ensangrentado hácia la orilla del camino, resollando, moribundo, y decia:—"Dadme de beber, por compasion!„ Mi padre, conmovido, tendió á su fiel húsar la calabaza llena de rom, que llevaba pendiente de la silla del caballo, diciendo:—"Toma, que beba ese pobre herido.„ En el instante en que el húsar, inclinando el cuerpo hácia el moribundo, iba á obedecer á su general, aquel, que era una especie de moro, levantando la mano y con ella una pistola, que todavía apretaba, apuntó con ella á mi padre, y el tiro le fué tan cerca, que le hizo caer al suelo el sombrero, y al caballo dar dos pasos hácia atrás.—"A pesar de eso, dale de beber„, volvió á decir mi padre al húsar.

La hermana de la Caridad.

(Relato de mi tio.)

Tenia veinte años y mi cuerpo estaba acribillado de lanzadas. Herido y lleno de sangre me llevaron á una ambulancia. Me improvisaron un lecho de yerba y me desnudaron. Llevaba en los bolsillos versos; en aquel tiempo yo era poeta, y como Horacio, estaba enamorado de Barina. Las lanzas que me habian pinchado en el pecho, habian agujereado tambien los madrigales que dedicaba á Cloris. Allí careciamos de todo; no es posible cuidar como en Paris á un herido en los bosques de Thuringe. El cirujano dijo:—"No tenemos aquí ni un pedazo de lienzo.„ Leyó mis versos y exclamó:—"Creo que es un pagano.„ Al oir esto, la hermana de la Caridad se persignó. El doctor volvió á repetir:—"¡No tenemos lienzo y nada puedo hacer!„ Aquella guerra era grandiosa, y yo la prefiero á vuestra paz. ¡Qué tiempos aquellos! Yo soy una muestra. Conquisté grados y perdí cabellos; ¡el general viejo se compara con el capitan jóven y le envidia! Pues iba perdiendo toda la sangre de mi cuerpo y casi quedé desvanecido. Era jóven, estaba herido, moribundo, pero vivo, eso sí, ¡muy vivo! El doctor continuaba diciendo:—"Su muerte es segura si no encontramos algo con que vendar la herida; si no tenemos lienzo, morirá dentro de una hora.„ A pesar de creerlo así, el doctor se fué. La batalla seguia gruñendo cerca de nosotros; yo estaba solo y desangrándome; por mis hombros corria un arroyo rojo, y la hermana de San Vicente de Paul, que era muy jóven y pálida, estaba sonrosada y cuidándome.—"Salvémosle! Seria una desgracia que muriese y se condenara este infeliz impío!„, dijo la hermana arrancándose la toca y sacando hilas de ella. Embebida enteramente en esta operacion, que practicaba para salvar al jóven desconocido, no se apercibió de que tenia el pecho descubierto. Yo abrí

los ojos...—¡Oh Musas, seria muy difícil deciros lo que yo pensaba en aquellos momentos!

El cementerio de Eylau.

Mi tio Luis refirió lo siguiente á mis hermanos mayores, que eran estudiantes, diciéndome á mí, con el acento más tierno de su voz:—"Niño, tú juega!„, juzgándome demasiado pequeño para poder comprenderle. A pesar de eso, oí y retuve íntegra toda la narracion de mi tio:

—"Sabeis lo que es una batalla? Un poco de humo. Levantarse al rayar el alba y acostarse al anochecer. Voy á referiros una: la batalla de Eylau; creo que entonces era capitan y estaba condecorado con la cruz; sí, era capitan. Despues de todo, en la guerra un hombre solo es una sombra, y no se cuenta con él para nada; no se trata, pues, de mí. Eylau está en Prusia; hay allí bosques, campos, agua, hielo, invierno por todas partes.

El regimiento acampó junto á una ruinosa muralla, desde donde veíamos muchas tumbas alrededor de un vetusto campanario. Benigssen no sabia más que acercarse y huir, pero el emperador desdeñaba esa estrategia; las llanuras estaban todas cubiertas de nieve. Napoleon pasó con el anteojo en la mano. Los granaderos decian:—"La batalla se dá mañana.„ Los ancianos, los niños y las mujeres huian de allí; yo me quedé pensativo contemplando las fosas.

Por la noche, cuando se encendieron las hogueras, el coronel vino adonde yo estaba y me dijo:—"Hugo!„—"Presente.„—"De cuántos hombres disponeis?„—"De ciento veinte.„—"Bien; ¡id con toda la compañía á dejaros matar!„—"¿Dónde?„—"Al cementerio.„—"Es sitio á propósito„, le respondí. Llevaba conmigo la calabaza llena de vino, y de ella bebimos los dos. Soplaba un viento muy frio. Me dijo:—"La muerte está cerca, capitan; amo la vida, aunque vivir es la cosa más incierta; pero nadie sabe morir mejor que los buenos vividores. En cuanto á mí, doy mi corazon, pero vendo mi pellejo. Vivan las hermosas! Brindemos! Os ha tocado el sitio peor.„ El coronel, que siempre estaba de broma, siguió diciéndome:—"Saltad la pared y el foso y permaneced allí dentro; amenazarán ese punto, porque el cementerio es la llave de la batalla. Defendedle.„—"Lo defenderé.„—"Entrad en él algunos montones de paja.„—"No tenemos.„—"Entonces dormid en tierra.„—"Dormiremos.„—"Es valiente vuestro tambor?„—"Es tan bravo como Barra.„—"Pues bien; que toque á paso de carga en la oscuridad y á la ventura; es preciso que hagamos mucho ruido cuando somos pocos.„—"Oyes, muchacho?„ dije al tambor.—"Sí, mi capitan„, me contestó el niño, casi hundido en la nieve y riéndose.—"La batalla, repuso el coronel, casi toda la sostendrá la metralla; yo prefiero el arma blanca y vitupero el abuso que se hace de las feroces cobardías del obús; el sable es un valiente y la bomba es una traidora; pero hagamos lo que manda el emperador. Adios, que el tiempo apremia. Permaneced ahí mañana sin descuidaros ni un momento. Hasta la vista. No abandonareis el cementerio hasta las seis de la tarde.„ Partió el coronel, y con mi compañía penetré en un estrecho recinto, que rodeaba una pared que cubria la yerba, que tenia una iglesia en el centro, y en el que en la sombra, por encima de las tumbas, se veia un crucifijo.

En cuanto entramos en el cementerio almenamos las paredes, dí la consigna é hice instalar la ambulancia á los piés del crucifijo.—"Cenemos y durmamos„, dije. La nieve cubria la yerba; nuestros capotes estaban hechos pedazos; era aquello heróico si se quiere, pero duro de sufrir con el mal tiempo; tomé por almohada una fosa; tenia los piés transidos de frio, porque mis botas se habian quedado sin suela. Muy pronto, capitan y soldados confundidos, nos quedamos adormecidos encima de los cadáveres. Los soldados duermen; no tienen remordimientos, ni temor, ni compasion, porque no son responsables, y pueden conciliar el sueño aunque les hiele la nieve y aunque les caliente la arena. Les dí las buenas noches y cerré los ojos. El cielo estaba desapacible; nevaba, pero nos dormimos. Antes habíamos recogido las herramientas que empleamos y encendido una gran hoguera. La atizó mi tambor, y despues vino á acostarse á mi lado; aquel chico era un gran soldado,

sobrinos mios. El crucifijo permaneció de pié, como si fuera una horca.

Al poco tiempo el fuego se apagó y la nieve seguia cayendo. ¿Cuánto tiempo dormimos de aquel modo? Si lo sé, consiento en que me lleve el demonio. Dormimos bien, ensayándonos para morir, que es un ensayo muy conveniente en la guerra. Primero tuve frio, mucho frio; despues soñé, y en el sueño se me aparecieron esqueletos y espectros con grandes charreteras; despues, lentamente, sin abandonar el lecho, comprendí que empezaban á aparecer los primeros fulgores del dia, cuya claridad sentia en mis pupilas; de repente, aun adormecido, un ruido que oí me causó una sacudida; creyendo que lo producia el cañon, me desperté; ví algo blanco por delante de mis ojos; suavemente, sin ninguna violencia, nos habia cubierto á todos la nieve, y al levantarme abrí en ella un agujero; una bala que llegó hasta allí no sé de dónde, despertándome por completo, me hizo exclamar:—"¡Pasa de largo!„, y luego grité:—"¡Levántate tambor; toca á la carga!„

Al oir esta órden ciento veinte cabezas salieron de la nieve; un sargento llamó á todos, y el alba lentamente apareció alegre y roja. Me acordé de mi madre; pensé en ella porque en la guerra contínuamente al despertarse el dia, la muerte es la que se despierta. Aquellos momentos eran para nosotros una tregua; los dos cañonazos eran una señal; así algunas veces la música hace danzar en el aire una ó dos notas vanas antes de que el baile empiece. La noche habia congelado la sangre en nuestras venas, pero el comprender que íbamos pronto á entrar en combate nos hacia entrar en calor.

El ejército entero tenia que apoyarse en nosotros; éramos los guardianes del centro; éramos el puñado de hombres en los que la metralla se encarnizaria; yo hubiera preferido ocupar otro sitio. Coloqué á mi gente á lo largo de la pared, como tiradores. Cada uno de ellos se hacia la ilusion de adquirir un buen grado recibiendo una buena herida, que por conquistar esto, en la guerra nos dejamos matar. Mi teniente, que era un jóven que acababa de salir de Saint-Cyr, me dijo:—"La mañana es muy hermosa; son preciosos los rayos del sol que la iluminan; mirad, capitan, como todo brilla y se sonrie! Mirad qué apacible, qué puro y qué blanco es este paisaje!„—"Pronto será terrible„, le respondí. Entonces recordé el Rhin, los Alpes y el Adije, donde tiempos atrás empeñamos tan fieros combates.

Bruscamente empezó la batalla. Seiscientas voces enormes, arrojándose llamas por sus bocas, se insultaron desde lo alto de las colinas; toda la llanura se convirtió en un abismo humeante, y mi tambor tocaba á paso de carga como un loco. Al ruido de los cañones se mezclaba el sonido de la música guerrera, y las bombas llovian en el cementerio como si tratasen de volver á matar á los muertos; los cuervos huian del campanario: recuerdo que un disparo de obús agujereó la tierra, y el muerto, estupefacto, apareció en su ataud, como si aquel tumulto humano le despertase.

Despues espesa niebla ocultó el sol. Las balas y las bombas producian espantoso ruido. Berthier, príncipe del imperio y vice-condestable, cargó sobre nuestra derecha un cuerpo hannoveriano de treinta escuadrones, y desde entonces ya solo vimos una bruma sin fondo salpicada de bombas encendidas; toda la batalla y toda la refriega desapareció sumida en aquella niebla trágica. Una nube que cae al suelo, horrible, aumentada por los vómitos de inmensas humaredas, parecia que estaba encima de los dos ejércitos. La nieve en aquella oscuridad flotaba como una pelusilla, y los hombres se exterminaban á ciegas.

Pensativo, veia vagar mis soldados como sombras, alineados á lo largo de la pared, y mi campamento me producia el singular efecto de ver en él cadáveres debajo y fantasmas encima. Ardian algunas aldeas, y en lontananza se veian cabañas incendiadas. Despues la bruma encontró el medio de crecer y de espesarse todavía más, y ya no nos dejó ver más que el cementerio; al medio dia nuestra pared nos servia de frontera; creí que nos cogia en aquella noche una mano negra y que todo se desvanecia ante nosotros.

La metralla, que veia bien á pesar de la bruma, nos hacia compañía, aplasta-

ba el travesero de la iglesia y la cruz de piedra, y nos probaba que no estábamos solos en aquel llano oscuro. Teníamos hambre, pero no comida; es difícil procurársela en semejante sitio. El granizo de fuego redobló de repente. La metralla es una lluvia, pero lo que cae son granos de llama y no gotas de agua. Estábamos allí como si nos hubieran puesto una venda en los ojos. Iban arruinando los disparos del obús el claustro, la iglesia y el campanario; veia menguar las sombras que estaban de pié á mi alrededor; de vez en cuando caia alguno en tierra.—"Mueren muchos, mi capitan„, me dijo un sargento.

Seguimos luchando. El destino de los hombres, como la suerte de los trigos, consiste en ser segados, sin ver la hoz. Pocos fantasmas vagaban ya por allí; el muchacho continuaba tocando el tambor; hacíamos fuego por encima de la pared casi destruida.—"Nò abandonareis el cementerio hasta las seis de la tarde„; esto me dijo el coronel, y recordaba en aquellos instantes la consigna.

—"Atacamos?„, me preguntó el sargento.—"¿A quién, si no vemos á nadie?„—"Pero oimos. Las voces hablan, el clarin suena; partamos, salgamos de aquí; la muerte se nos echa encima.„—"Pues aquí hemos de permanecer„, le contesté.—"Sostenemos todo el peso de la batalla, somos el eje de la accion.„—"Yo bostezo„, repuso el sargento. El cielo, los campos, todo estaba negro; pero aunque nos rodeaba la oscuridad de la noche, no eran aun las seis de la tarde.

—"Pardiez! se nos presentarán pocas ocasiones como ésta para avanzar„, me dijo el teniente: apenas acabó de hablar cayó muerto por una bala. No tenia yo mucha confianza en vencer; la victoria al cabo y al fin es una zorra. Un pálido fulgor esparcido entre la niebla esclarecia vagamente el cementerio. De lejos nada veíamos, escepto que nos necesitaban para que las bombas cayeran sobre nosotros. El emperador nos puso allí entre aquellas fosas; pero solos y acribillados de balas y devolviendo golpe por golpe, no comprendíamos el papel que queria que desempeñáramos; solo sabíamos que servíamos de blanco.

Tenerse firmes, durar el mayor tiempo posible, procurar que no nos matasen antes de las seis de la tarde, esperando poder matar despues, era el deber que nos imponian. Tirábamos al acaso, no perdiendo más tiempo que el preciso para morder los cartuchos; mis soldados combatian y caian muertos sin decir una palabra.—"Sargento, ¿se vé retroceder al enemigo?„—"No.„—"Qué veis?„—"Nada.„—"Ni yo.„—Esto es el diluvio, pero hagamos fuego.„—"¿Veis á nuestra gente?„—"No; pero si juzgo por el número de fusiles que se disparan en estos momentos, debemos quedar cuarenta.„ Un soldado que tiraba cerca de mí replicó:—"Quedamos treinta.„

En todas partes no habia más que nieve y oscuridad; soplaba un viento penetrante, y tiritando veíamos llover una multitud de puntos blancos en un abismo negro. La batalla, sin embargo, parecia ser cada vez más horrible; es que un imperio se comia á un reino. Se adivinaba tras aquel velo oscuro un choque horroroso, como si dos leones se devorasen mútuamente, como si luchasen los gigantes de la fábula; los arrabales de la ciudad de Eylau lanzaban llamas; los tambores aumentaban locamente sus redobles, y seiscientos cañones producian estruendo indescriptible; parecia que la victoria no estaba aun decidida; ¿estaba Dios en favor ó en contra de la Francia?

De vez en cuando sacaba el reloj para ver la hora. De vez en cuando un grito lastimero turbaba el silencio del campamento mudo, y se veia un cuerpo tendido que se meneaba. Nos fusilaban unos tras otros; el inmenso ¡ay! de la agonía salia de aquella sombra sepulcral. Los reyes disponen de los soldados como vosotros de los juguetes, sobrinos mios. Levanté la espada por encima de la cabeza y la blandí gritando:—"Valor!„ Estaba sordo, ébrio de rabia al ver la mortandad que nos causaba el enemigo; de repente se me dobló el brazo derecho y cayó al suelo la espada, que se me habia escapado de la mano; tenia el brazo roto; recogí la espada con la mano izquierda y la empuñé con ella.

No sabia qué hora era; solo me quedaba útil una mano para manejar la espada; la otra estaba cubierta de sangre, inutilizada, y no podia servirme para

sacar el reloj. El tambor cesó de tocar. —"Muchacho, tienes miedo?„ le pregunté.—"Tengo hambre„, me respondió. En aquel momento la llanura recibió una especie de sacudida y se oyó en toda ella un grito inmenso que ascendió hasta las nubes. Me sentia muy débil; parecia que la vida se me escapaba por la herida; me estaba hablando el sargento y yo le contestaba maquinalmente, haciendo esfuerzos para no caer al suelo desmayado. De pronto cesó el fuego; la oscuridad pareció menos densa; multitud de voces prorumpieron en este grito: "Victoria!„, y yo repetí: "Victoria!„ Distinguia claridades que se acercaban hácia nosotros. Lleno de sangre, apoyándome en una mano y arrastrándome de rodillas, dije: —"Veamos los que somos; todos de pié.„ --"Presente!„, contestó el sargento.—"Presente!„, repitió el muchacho. Entonces llegó mi coronel con la espada en la mano.—"¿Quién ha ganado la batalla?„, le pregunté.—"Vos, me contestó. Apenas os conozco; sois vos Hugo?„—"Sí.„--"Cuántos quedais vivos?„--"Tres„, le contesté.

Eleccion entre dos caminantes.

(1851.)

Ví á la Muerte y á la Deshonra, que caminaban las dos á la luz del crepúsculo por el interior de un horrible bosque, cuya hojarasca informe era negra y la agitaba furioso viento. La Muerte montaba un caballo muerto y la Deshonra un caballo podrido. Negras aves de rapiña graznaban alrededor de ellas.

La Deshonra me dijo:—"Me llamo Alegría y voy al pais de la felicidad. Ven conmigo; gozarás de riquezas, de festines, de palacios, de parques, de mujeres hermosas; te cubrirás de púrpura y de seda; si quieres disfrutar de todos los placeres de la vida, no tienes más que seguirme; ven conmigo.„ Yo le respondí:—"Tu caballo huele mal.„ La Muerte me dijo:—"Me llamo el Deber, y los sufrimientos y la agonía me llevan recta al sepulcro.„—"¿Puedes llevarme á tu grupa?„, la pregunté. Desde entonces, dirigiéndonos hácia la sombra, donde Dios aparece, el Deber y yo caminamos juntos por el interior del bosque.

La cólera del bronce.

Mortales, hé aquí el empleo que haceis de mí, del bronce, esparciendo vuestras cenizas á los cuatro vientos. De tal modo matais la certidumbre, que ofreceis como modelo en la plaza pública á un bellaco, que contempla la multitud, y conseguís que los transeuntes, parándose ante un verdugo, ante un ladron, ante un hombre indigno, exclame:—"¡Debe ser un héroe!„ Erigirle estátuas es cometer un abuso de confianza, porque obligais al pueblo, que es cándido y que se entusiasma, á que se descubra ante un pícaro de metal.

Encendeis el fuego y ahuecais el molde; mi bloque humeante se hincha y cae, se infla hirviendo; registrais mi oleaje rojo con garfios de hierro, como hacen los demonios atizando las llamas del infierno, y todo mi metal se convierte en un líquido de fuego. Lanzando espuma os digo:—"Consiento que con mi materia fabriqueis un dios.„ Ardo furioso con alegría y os dejo obrar; en medio de mis torturas llamea mi triunfo. Todo el que me contempla queda deslumbrado. El negro molde abierto, hundido bajo la tierra, se abre á mi paso, como abismo oscuro en el fondo de un antro, y mi voz sombría, gruñendo, grita:—"Bien; consiento en entrar bajo tierra, para salir de ella siendo Washington... ¡pero salgo siendo Morny!„

¡Malditos seais, hombres que me haceis rugir en el horno ardiente, pero no por Gutenberg, ni por Dante, ni por Thrasybulo, sino por Billault ó por Dupin! ¡Espero que me convirtais en Leonidas y me convertís en Scapin! No comprendo cómo sois los hombres; no parece sino que la basura sea para vosotros parecida á la gloria; estais tan perturbados que apenas distinguís el bien del mal, el crímen del deber, y vuestras miradas míopes confunden á Bayardo con Judas, á Barbés el héroe con Jorge el impío, y levantais en una cumbre abyecta la faz de Fould ó el perfil de Sieyes; no parece sino que os complazca contemplar la bajeza en las alturas.

Ignorais que soy el metal soberano?

¿Os olvidásteis ya que puse en Corinto mi cuadriga de bronce, y que mis dioses, mis reyes, mis aladas victorias proyectan su sombra desde lo alto de los Propyleos? ¿No recordais que en otro tiempo fuí sagrado? En aquellas edades me fué imposible ser vil y perverso; por eso entonces valia más que los hombres. Conocia á Atenas y nunca ví á Sodoma. Los griegos decian que yo era un héroe. Efectivamente, yo era Júpiter, Marte, Palas, Diana, Eros; duraba tanto como un verso de Esquilo; era para los griegos el carro del gran Aquiles. Aquellos pueblos, aquella multitud de vista clara, honraban mi color y mi virginidad; el mozo de cordel de Esparta y los vendedores de yerbas sentian orgullo cuando me contemplaban, y hasta tal punto constituia el alma de aquellos pueblos, que los niños balbuceando decian que yo era la libertad.

Hoy dia, en vuestras plazas públicas, sobre un zócalo, colocais la estátua enorme de cualquier Pasquin, que convertís en coloso, pero que no lo es; colocais á un miserable que tiene el aspecto de un arconte, que ostenta con orgullo su ignominia. El oprobio altivo está en pié sobre el pedestal. Por el agujero del albañal se sube hoy al panteon. Ahí teneis de pié á Magnan, á Delangle, á Espinasse, á Troplong, á los que se arrastran y á los que amenazan; ¡y yo soy cómplice de esa profanacion! ¡Y los bardos, los sábios, los héroes, los mártires, los grandes hombres, que tantas veces yo he modelado, no me preservaron de la ignominia de ser polichinela despues de haber sido génio!...

Condenais el bronce al envilecimiento. Como vosotros, hago traicion, y como vosotros, miento. Hago traicion á la virtud, á la duracion, á la cólera, y soy un falso testigo ante Juvenal; represento bandidos en vez de representar dioses. Me indigna ver mi horno tan mal ocupado; en mi cuba oscura flotan y se funden los que venden á la ley, los que venden la espada, Brumario y Leclerc, Diciembre y Morny, el monton de ingredientes de los falsos derechos, el cetro impune, el antiguo altar, el antiguo tajo, la antigua cadena, que hacen perturbar á la conciencia humana; como todo esto se funde en mi molde, la estátua sale vil.

Dios os concede los héroes, los pensadores, los profetas y el bronce, y hé aquí cómo los empleais; dais una cárcel á Cristóbal Colon, á Dante el destierro, á Jesús el Calvario, á Morus el patíbulo, á Sócrates la cicuta, á Juan Huss la hoguera y el bronce á los zascandiles.

Sé que se me contestará:—"Pasad de largo y despreciadles, que son unos miserables." Es verdad, pero son estátuas. Son indignidades cubiertas de esplendor. Se tiene tanta fé en la honradez del bronce, que cuando elige los héroes para levantarles estátuas, convence al pueblo de que son merecidas, y todos esos malhechores y todos esos miserables que son objeto de veneracion para los que los contemplan, han arraigado tan profundamente en el pedestal, cubrí su bajeza con tan poderosa armadura, que en vano los azota el aquilon; permanecen sobre sus zócalos firmes, frios, radiantes; en vano las horas pasan para ellos, en vano los sacuden los turbiones y las tempestades; son de bronce, y el bronce no envejece; el bronce es invulnerable, y el bronce en ellos eterniza la fama.

Hay hombre que pasó la vida proyectando un crímen horrible, que le deshonrará despues de muerto, y vosotros le adorais en vida; le dedicais una estátua antes de que sea fantasma; no distinguís el gigante del átomo, no distinguís el verdadero vencedor del falso; pero llegará un dia en que Tácito, Salustio y Mezeray dirán en voz alta á todo el mundo:—"¡Ese malvado hizo traicion á su pátria!", y arrastrarán su abyecta gloria á un muladar. Vosotros le habeis declarado sublime antes de tiempo; yo, á quien obligais á forjar estátuas indignas, poseo el instinto que á vosotros os falta, y en el raitre que os parece un héroe adivino al traidor.

La historia no me puede creer; la desconcierta el monumento cuando tiene por aureola el crímen. Sin embargo, yo fuí en otro tiempo su consejero sublime; fuí la apoteósis ó fuí el castigo. Mi inmovilidad equivale á mi hervor; cuando ardo soy lava, cuando estoy frio soy bronce.

Ni siquiera me hacen fundir un Neron, ni siquiera un Luis XI; esos señores me

hubieran ruborizado, y sin embargo, esto no les parecia suficiente y me entregaron á sus lacayos: me hacen fundir á Dare ó á Fontin é indigno á Petronio. Ni siquiera me conceden personificar el oprobio coronado, ni la infamia ceñida de laureles; cogen á Dupin en su gazapera y le funden en bronce. Le dedican un templo, cuyo centro ocupa. Muerto, está en pié, el que vivió siempre arrastrándose. La ignominia le deformaba y yo le transfiguro: echo de menos que no me hagan representar la figura de César; representaria al menos un mónstruo, pero ahora represento á un tuno.

Populacho, confio en que me sacarás de este presidio y me salvarás de la deshonra. El pueblo arrastrará estas estátuas convertidas en monedas, y estaré alegre el dia que Chodruc y Vade me arrojen al arroyo, porque así redimirán al bronce. Pensador, conviértete en pueblo; bronce, conviértete en cobre, que este es un modo soberbio de revivir, y nada es tan sublime, nada es tan delicioso como desparramarse por todas partes en un momento, como ser modesto óbolo que vá, viene, corre y se multiplica y cuyo poder inmenso dá vida al anciano y alegría al niño. Menosprecian el bronce y todo el mundo aprecia el cobre. A convertirme en Troplong prefiero convertirme en céntimo, porque desde que el bronce personificó á Dupin, á los ojos de todo Paris se ha ensuciado de cardenillo.

Espero, pues, que llegue para mí el dia de tomar la revancha. Siento ya que el empedrado tiembla y que el pedestal se menea; todo tiene sus dias funestos. El reflujo es justo. El género humano no permanece siempre en el mismo sitio. El hombre acepta algunas veces de la mano de la casualidad á algunos hijos predilectos de la suerte, los convierte en dioses; pero despues se descarga de ellos, y como en revancha, esos dioses los convierte en céntimos.

*

Me figuraba yo que cuando el Etna de la revolucion, tronando, rugiendo, abrió el cráter, hendió la tierra y escupió en el mundo su lava, terrible entonces y ahora fecunda; que cuando la Idea, vírgen altiva y proclamando nuestros derechos, presentó la guerra al grupo de los reyes; que cuando Danton cogió á la Europa cuerpo á cuerpo, me figuraba, mirando á Kleber y á Mirabeau, á Juan Jacobo y á Voltaire, que la extincion de los reyes significaba la consagracion del hombre.

Me figuraba que habíamos vencido ya á la materia, y que el resultado de nuestro ilustre y vencedor esfuerzo era engrandecer el alma humana; era haber probado que el hombre, sér sujeto á transformaciones, habia adquirido alas de arcángel.

Me figuraba que para extender la civilizacion, para dar ternura al corazon, para sacar toda su claridad al espiritu humano, nuestros padres, franceses más grandes que los antiguos romanos, se apoderaron del pasado, le retorcieron y arrojaron al fuego de la inmensa hoguera el combustible inservible del mundo viejo.

Me figuraba que el hombre tenia sed y hambre de ser un alma inmortal, y que al fin habia conseguido demostrar su altiva divinidad, aumentando de súbito la civilizacion, y emancipado á todos los vivientes. Me figuraba que ni los reyes, ni las olas, ni los vientos podrian en lo sucesivo destruir nuestros adelantos, porque no habríamos pasado inútilmente el Rhin, el Adige, el Nilo, el Ebro, y gritado en la cumbre de todas las montañas: —"Libertad!„

Me figuraba poder afirmar que irradiaba claridad este gran siglo, y que esa claridad unia el alma humana al alma universal; que en el mundo, donde el cetro no es más que un juguete, la solidaridad de los hombres era el preludio de la solidaridad de los mundos, que la constituyen toda la bondad, todo el pensamiento y toda la vida difundida debajo de los cielos.

Por eso cuando en estos dias proclama un aleman que el cero es el fin de todo, confieso que me quedo con la boca abierta; y cuando un grave inglés, correcto y bien vestido, me dice:—"Dios te hizo hombre y yo te convierto en mono; hazte ahora digno de semejante favor„,

esta promocion inversa me deja pensativo.

Denunciacion al que expulsó los vendedores del templo.

La vieja decia llorando:—"Por causa de mi miseria, mi bueno y difunto esposo tendrá un funeral muy pobre; dos cirios, un solo sacerdote y un rezo breve. El que quiera tener altar, santos, muchas luces y que todo el clero le cante el oficio de difuntos, necesita pagar todo esto; yo, que debo tres trimestres de alquiler, no tengo dinero para que entierren á mi pobre marido.„

Mientras de este modo hablaba una viuda infeliz, mi pensamiento se fijaba en Roma. ¡Es posible que se entierre de diferente modo al pobre que al rico! ¡El rico tiene derecho á adornos y á esplendideces y el pobre no! ¡Uno desciende á la morada de los muertos y el otro cae en ella! ¡El uno no es igual al otro en la tumba!

La religion no se suministra gratis! ¡Sacerdotes, el mártir, el santo, el ángel no sale de la caja que lo encierra más que por el dinero! ¡Vuestro crucifijo cuesta más ó menos caro, segun vá delante ó detrás del ataud! ¡Medís por el tamaño del féretro vuestros rezos, y son largos si el cadáver es grande y cortos si no lo es! ¡Sacerdotes, la haya, el olmo, el álamo y el arce esparcen su sombra gratis; id á proponer á los prados el precio de las flores, enseñándoles vuestra tarifa, y diciéndoles: Pagareis tanto por la violeta y tanto por la rosa! ¡Dios quiere que los auxilios de la religion se den y no que se vendan! La muerte fué siempre justa y todo lo niveló; reconoced al menos esta legalidad; respetad el féretro sin menospreciar el ataud; acoged del mismo modo al mismo polvo; elevad el mismo cántico ante el silencio de todos los cadáveres. Busco un apóstol y encuentro un mercader, y en un mostrador empieza la escalera del púlpito. ¿Qué dirian al ver los psalmos en venta los hombres soñadores que en los tiempos antiguos vivian en el desierto? ¿Qué dirian al oir el *De profundis* superfino, que solo sirve para los ricos, al que ponen una música exquisita, que no cantarian á Jesús y que cantarian á Herodes? No se necesita más para encolerizar á Dios y para conseguir que el cielo azul se ennegrezca. La plegaria vendida tiene el acento de la blasfemia. Sembrais la oscuridad en los corazones; la sombra, por encima de vosotros, magos, que cambalechais, borra bruscamente todas las verdades. No comprendeis que estais produciendo un fatal eclipse; sabeis que el abismo es insondable y os trocais en vendedores. Sacerdotes, arrimar de espaldas la tienda portátil basta para que el firmamento espese sus velos por encima de la iglesia; la tienda hace apagar en el templo las estrellas.

Los entierros civiles.

Ciertamente, yo que sufro, yo que imagino que vive todo lo desconocido que me rodea, que la nada no existe, que la sombra es un alma, que la ceniza me prueba que existió la llama, que veo el cielo con claridad, creyendo que es el puerto eterno, ciertamente quisiera que en el tránsito tenebroso, el sombrío esquife de mi féretro fuese guiado por un piloto sábio, por un pontífice, por un apóstol, por un mago, por un augusto soñador que acariciara la esperanza de que disfrutamos despues de la vida de eterna claridad; quisiera ciertamente que á la fosa, donde muere la vil materia, me acompañara un magnate del sepulcro, un doctor del cielo, y yo reclamaria sus santas oraciones en la oscura hondura, en la que me complaceria que se elevase una voz, hablándome en la oscuridad y lejos del mundanal ruido; porque esa es la hora en que el velo se hiende de arriba abajo, y esa es la noche en la que aparece la estrella; pero óyeme, respóndeme á lo que te voy á decir.

¿Me ha de acompañar ese hombre que por un dogma oscuro no cumple un deber claro; que predica los milagros y se rie de los fenómenos; que no comprende el enigma humano; que castiga al pícaro forzado y adora al emperador; que dice al género humano:—"Desgraciado si razonas!„; que condena y engaña; que pone un abismo en tres personas; que imagina un universo pequeño, siniestro y negro, compuesto solo de nuestro globo, y que se niega á ver brillar tus soles en otros tantos mundos; que si pu-

diera extenderia la noche por el horizonte; que pone tarifas al altar, á la antífona y á la oracion; que ofrece al rico la plegaria que niega al pobre, si el pobre no la puede pagar? ¿Me ha de acompañar ese hombre á quien repugna el instinto del cuerpo, que en otros tiempos negó el alma á las mujeres, que prefiere al sagrado himeneo el suicidio del celibato, que para no negar á Josué abofetea á Galileo, que levanta hogueras en tu sombra estrellada, que es indulgente para el que reina y severo para el que sufre? Dime: yo, pálido y flotante pasajero, que deseo ver la verdadera claridad y no los falsos fulgores, ¿debo llamar á ese hombre cuando se abra mi fosa? ¿Le escuchará acaso el Desconocido? ¿Llegará su voz más allá del mundo? ¿Tiene acaso derecho á hablarnos del misterio? Es ese tu sacerdote? Veo que desde el cielo Dios hace señas de que no.

Victorioso ó muerto.

Habiendo hecho esa promesa al abismo, espera ver la claridad de una accion sublime, y al creer presentirla, el pueblo aplaude.—"Vete, pues!„—"Iré, contestó, y volveré vencedor ó muerto.„

La llanura se llena de todos los ruidos y de todos los extrépitos de la batalla; los soldados están blandiendo los sables; historia, sirve de testigo. El bravo desaparece lejos envuelto en vasta humareda. La jornada es larga y la refriega sangrienta y empeñada.

Vuelve! Agitad todos las palmas! hurra! gloria! El pueblo, impaciente siempre por saludar á los héroes, se agrupa á su alrededor. Francia, vuelve el bravo con la frente coronada de laurel, de donde como á Franceschi trajeron en otro tiempo, acostado, tendido y cubierto con su manto de guerra. Un nombre más se inscribe en el libro de oro. La victoria llora y el sepulcro se rie.

El preso.

Ese hombre tiene por cárcel su ignominia. Pudieron matarle, pero no tuvieron clemencia con él y le dejaron vivir. Está encerrado en la lúgubre é invisible prision que se llama oprobio.

Esa torre es inmensamente alta; su cripta se prolonga hasta sitios desconocidos; sus murallas tienen almenas negras y vertiginosas, tan vanas, que no se podria colgar de ellas una cuerda con nudos; tan terribles, que nadie os procura jamás una escala para evadiros de ellas.

Ningun manojo de llaves abre lo que no existe. Está cautivo, pero dónde? En la sombra. Está recluso, pero dónde? En su propio abismo, al que sirve de velo. Todo ha terminado para él. Jamás verá la esfera azul ni las estrellas en su techumbre sideral. No tiene recinto ese presidio, que se extiende en todos los sentidos, que vá más lejos que las nubes que pasan, porque el ensanchamiento del deshonor, como la irradiacion de un astro, no tiene límites. Para edificar la cárcel que no tiene término, no se sirve la ley del bronce ni del granito; la edifica con cieno, y siempre dura y siempre permanece á la luz de un pálido crepúsculo, en el que falta el honor, como á la noche le falta el sol; calabozo al que no llega la luz de la aurora, y en el que vive meditando el hombre despues que está maldito.

El encarcelado está solo en aquella penumbra, con la frente abatida, porque la ignominia se la hace bajar; si ese hombre hubiera querido, la Francia hubiera triunfado. Le oprime el cuello esa negra argolla; de la afrentosa derrota él fué el culpable. Su conciencia misma le atormenta, diciéndole sin cesar:—"¡Del hombre felon sale el hombre abyecto; Ganelon de Judas y tú de Ganelon. Vive desesperado. Duerme si puedes!„

Esta voz le habla sin cesar al oido. Y es preciso que permanezca allí para oirla, es preciso que viva para recordar que están presas las veteranas legiones de Francia, para que, extremecidas, nuestras banderas le abofeteen por la noche durante sus insomnios. Nuestros abuelos muertos no hubieran consentido que estuviera entre ellos ese espectro, y hubieran lanzado de abismo en abismo á ese fugitivo, condenándole á eterna fuga. ¡Gracias á él pueden escupir á nuestra gloria; gracias á él, nuestros héroes,

nuestros regimientos, ceñidos con los lauros de Wagram, de Austerlitz y de Lodi, han sido encarcelados en presencia de los ingleses y de los rusos, y los ha metido en la prision á espaldarazos el sable de la Prusia! Inexpresable duelo!

Ese hombre está, pues, amurallado en el fondo de un colosal desprecio, y tiene fijas en él las asombradas miradas del género humano. Personifica la traicion, como el Cid personifica la bravura. Su cómplice el miedo y su hermana la cobardía le permiten vivir. Esa escoria viva, ese sér que rechaza la execracion universal, no puede salir de su infamia, como la espuma no puede salir del Océano.

Aunque el oprobio, teniendo horror de él, le dijese:—"Vete!„; aunque los ángeles justicieros, sacudiendo sobre él su espada luminosa, que termina en una llama, le gritasen:—"Sal de aquí!„, no podria; no es posible abrir boquetes en la ignominia; que ascienda ó que baje, qué encontrará? Bajo la abyeccion, arriba la abyeccion. Su corazon está traspasado por ese hierro candente. Ese criminal, aunque dispusiera de todo el oro que existe, no corromperia nunca á su crímen, que es su inflexible carcelero. Dos cerrojos cierran su puerta para siempre; uno de ellos se llama Estrasburgo y el otro Metz. Ese infame vendió á su pátria.

Cuando un hombre está hasta ese punto corrompido, que se vanagloría de sus delitos, el honor vivo y libre no vuelve ya nunca á él, como la abeja no vá á libar la rosa muerta. Spielberg es terrible, la Bastilla era fuerte, San Miguel era muy alto, el antiguo castillo de San Angelo era un horroroso calabozo, pero ninguna de esas prisiones tiene el espesor de las paredes de la ignominia.

Dios custodia á ese prisionero y le pide cuentas. ¿Cómo trocó nuestro ejército en cobarde rebaño? ¿Qué hizo de los cañones, de los soldados, de la bandera, de la esperanza de la nacion? ¿Por qué vendió á la Francia? Justo es que habite en la cárcel de su falta, que es una prision eterna. ¿Quién se atreve á decir que se ha fugado?

Despues de las horcas caudinas.

Roma era demasiado gloriosa ¡oh dioses!, y vosotros la castigásteis con el triunfo enorme y cobarde de los samitas, y nosotros, que vivimos aun, presenciamos ese desastre, que no impidió que apareciera la aurora iluminando la cumbre de las colinas. Un campo de carreras está cerca de las tumbas Esquilinas, y á veces, cuando la multitud hormiguea en él en todos los sentidos, le recorro, mirando vagamente á los que pasan. Ese campo conduce á un edificio destinado á los guerreros, del que las cohortes salen y entran como en las plazas fuertes. Sonrie el mes de Abril, se oyen los gorgeos de las aves y en lontananza brilla la luz de la mañana detrás de los collados; las flores de los bosques entreabren sus pétalos, se oyen sonar á lo lejos trompetas fatales, y conmovido medito en el referido lugar. Apareció el sol, á pesar de las muchas nubes que procuraban evitarlo. De pronto pasaron á caballo, empuñando la lanza, veteranos, que tenian todo el aspecto de los antiguos soldados romanos; los niños corrian para seguirlos: tres ginetes, tocando bocinas de cobre, marchaban á la cabeza y como al frente del escuadron. Ofrecia hermoso espectáculo esa gente de guerra, contemplada desde la llanura, caminando con el paso antiguo y solemne. Sus escudos llevaban medusas de bronce; desfilaban, irguiendo las cimeras de sus cascos, dignas de que las alumbrase el sol Levante, cuyas crines de leon agitaba el viento.—"¡Qué apuestos son esos soldados!„, exclamaban las mujeres. Todo sonreia en la naturaleza; el pueblo estaba alegre, el cielo radiante; pero pensando que aquellos arrogantes soldados fueron vencidos, lloré.

Palabras durante la prueba.

Los hombres actuales que vinieron al mundo cuando nació este siglo, cuya infancia vió pasar el año 89, presenciaron el rudo ataque y la terrible defensa; arrulló su cuna el fragor de los cañones y jugaron subiéndose á las rodillas de los gigantes; aquellos niños de otro tiempo vieron partir cantando y arrastrando cimitarras á los valientes voluntarios, y

conocieron á vivientes que hablaron con Danton; esos hombres, desde el nacer, se nutrieron con la audacia. La revolucion, dándoles sus pechos, les hizo beber una vida que se entregaba impertérrita á la muerte. Sacaron de la nodriza austera y trágica el cariño á las heridas y á las cicatrices, y no saben temblar ni huir, y la debilidad les parece abominable; que el hombre debe cumplir su deber, y es conveniente que los que Dios elige para vivir en épocas de riesgos y de trastornos, caminen hácia adelante rectos á su fin y no sepan caminar hácia atrás. Desean conquistar el progreso á costa de sacrificios; todas las cobardías les indignan, y consagran á su noble fin su corazon, su felicidad y su vida; andan siempre hácia adelante; no conocen la prudencia, por miedo de conocer la vergüenza. Juzgarse severamente á sí mismos, vivir de abnegaciones, de sacrificios y de martirios, ser escudo para los débiles; tal es la ley del deber que desde el Calvario sonrie á esos implacables valientes. Pueblo, hombre, espíritu humano, avanza con firmeza en la sociedad, en el arte, en la moral, en todas partes donde brilla la civilizacion, sin vacilar, sin detenerte nunca; la creacion, que camina siempre, te dá el ejemplo. La hora es un caminante severo y providencial; los rios van hácia el mar, los pájaros hácia el cielo; el árbol no se hunde más en las profundidades de la tierra porque sopla el viento y porque el huracán gruñe; retroceder es hacer traicion á Dios. Nosotros, hijos del siglo de las vastas empresas, que nos agitan formidables vientos, que nos arrastran hácia el ideal nuestros infortunios y nuestros deseos, deseamos que se recuerde siempre que nuestros padres conquistaron la gloria y los anchos horizontes del porvenir, que eran soldados que nunca desertaron, que fueron titanes que nos consiguieron la libertad. Somos los cachorros de aquellos leones; debemos seguir las huellas de sus pasos; corramos tras ellos, saludemos el sufrimiento, ya que vemos ante nosotros, allá abajo, el lejano y deseado porvenir; lleguemos á las orillas del tránsito terrible; el precipicio está allá, oscuro, sordo, silencioso; la prueba nos espera á la otra orilla; vamos allí sin mirar hácia atrás, lleguemos á la escarpadura sublime y pongamos los piés en el borde del abismo.

L.

LA ELEGÍA DE LAS PLAGAS.

La elegía de las plagas.

El poeta.—¡No las has merecido, pátria mia!

El coro.—Se encarnizaron contra ella al verla magullada. La batalla pasó con su caos tonante y sombrío, y quedaron ahora multitud de olas terribles, rugientes montañas líquidas, el horror en los destrozados campos y la aparicion obligada de los torrentes. La augusta Francia, víctima de desordenados choques, parece un titán hundido en el agua hasta los hombros; se vé inmensa fuga hácia los Polos, de lluvia, de sombra y de niebla, empujada por furiosos vientos; la muerte acude produciendo el rumor de una muchedumbre; todo un pueblo, sobre el que las ruinas caen, grita y se retuerce, temiendo ser aplastado; como copos de nieve los techos se desploman y se funden; la ria, que ayer dormia cerca de los prados, gruñe y de repente se convierte en enemiga; el rio, ennegreciéndose bruscamente, sorprende é inquieta al hombre y hace traicion á las aldeas, á las que ayer sonreia; todo cae, lo mismo las cabañas que los edificios fuertes; nada escapa de la invasion del agua.

El poeta.—¡Hemos de sufrir dos invasiones! ¡Despues de la de los reyes la de las olas!

El coro.—Dos, ¡la del agua despues de la de los vándalos! No nos bastaba que pisaran nuestras frentes las sandalias de un César tudesco; no nos bastaba ver temblar las banderas en nuestras ciudades; no nos bastaba que entrasen en ellas hordas viles, pisoteando todo lo que adoramos y haciendo resonar en nuestros oidos sus clarines; era sin duda necesario que á un duelo sucediera otro duelo, á un estrago otro estrago; el oleaje fatal llega hasta nosotros despues del rey salvaje, y las sacudidas de un furioso y negro torbellino destruyen nuestras cosechas y nuestros campos. ¿Dónde encontraremos refugio si el agua produce semejante abismo y el hombre semejante diluvio? En otro tiempo, cuando la suerte hirió á Roma, descansó de esta

tarea y la dejó respirar, pero á nosotros no nos deja.

EL POETA.—Nos atormentan dos suplicios, el Norte y el Sur, uno tras otro.

EL CORO.—Ayer nos aniquilaba la guerra por complacer á los reyes, y la Francia sufria, sin esperanza de vencer, el bárbaro bombardeo, que escupia fuego, que encendia el techo, la pared, el campo, el bosque, la ciudad, al hombre, á la mujer y al niño; el agua furiosa viene ahora á ayudar á las llamas; viene á rematar este pais mal herido; las plagas tenian prisa, é inmediatamente despues del incendio nos oprimen los torrentes; y ahora no sucumben las ciudades á los disparos de los cañones, sino á las corrientes furiosas del agua; ayer nos aniquilaba el dragon y hoy la hidra.

EL POETA.—¿Terminarán aquí las plagas? No aparecerá ya otra?

EL CORO.—Francia, morirás? No; porque si tú murieses quedarian vivos el espanto y el mal; la extincion de Nínive, de Tyro, de Atenas, de Sion, de Roma y de Tebas, nada seria comparada con tu enorme eclipse. El monstruoso pasado volveria á ponerse en pié; ese cadáver gritaria:—"Existo; apagadlo todo; ¡vivid, espectros, que la Francia ha muerto!„ Entonces, abriendo sus puertas la oscuridad, volveria á entrar por ellas todo el antiguo horror; las larvas, el antiguo papa y el antiguo emperador, todos los delitos sagrados, todas las humillantes glorias, y los sanguinarios inventores de tenebrosas religiones: Arbues, el alma terrible en la que se refugió el repugnante dogma salido del antro de Borgia; Bossuet bendiciendo á Montrevel; Loyola y De Maistre dejarian caer sus caretas y enseñarian sus semblantes; reaparecerian Cisneros, Farináceo, Louvois, Maupeon, la antigua y terca autoridad, con sus lúgubres leyes y con sus lúgubres costumbres, que condenan á la hoguera á Italia y á España, que encierran en un calabozo á Colon, que echan á presidio á pueblos enteros de judíos y de bohemios y que hacen á Luis XV asesino de Damiens.

EL POETA.—Entonces volveríamos á ver las sombrías riberas de la laguna Estigia del pasado.

EL CORO.—Eso no: Francia, el universo necesita que tú vivas y vivirás. El porvenir moriria dentro de tu misma mortaja. Sin embargo, es indispensable que no nos durmamos, que cerca de nosotros nos está acechando la muerte, como si, cansado de esperar á los vivientes, el naufragio saliese del mar y viniese á buscar al hombre en la tierra. Nueva lava abre un nuevo cráter.

EL POETA.—La Francia es cogida á traicion por segunda vez.

EL CORO.—El agua pérfida sigue á la emboscada de los reyes. ¿De dónde nace la cólera y el ódio de los rios? El agua hace muchas víctimas. Cuántas viudas! Cuántos huérfanos! ¡Qué matanza tan cruel de inocentes! El horror, desde el sombrío monton de pesados nubarrones, llueve, como si el cielo nos aborreciera; la rosa está cubierta de fango y las espigas hundidas en la arena. Flotan miasmas impuros donde flotaban los perfumes. ¿Está acaso maldita la naturaleza en alguna parte? ¿La calamidad que sufrimos es acaso premeditada? ¿La produce acaso la aparicion de un nuevo astro? Se ven espumas en el Sur y humaredas en el Norte. Todo está pulverizado, flores y frutos, cosechas, pueblos y ejércitos; por todas partes se ven las ruinas y la muerte. ¿Quién ocasiona todo esto?

EL SACERDOTE.—Dios.

EL POETA.—Sacerdote, ¿qué estás diciendo? Dios seria el culpable?

EL CORO.—¿Dios desataria tantas plagas contra nosotros?

EL POETA.—Ese caos, esa casualidad, ese nada que tiende su nivel sobre la muchedumbre inocente, esos desastres que aparecen juntos, ¿serian hijos de la voluntad del dueño de la naturaleza? ¿Sus miradas relumbrantes producirian esa ceguedad? ¡Fatalidad seria sinónimo de Providencia! ¿En esa negrura se condensa Dios? Si esa es vuestra manera de adorarle, vale más que calleis. Eso es llevar la idolatría hasta la afrenta. Ya sabemos que si vamos á la salvaje Siria á despertar á Baal, ó á las orillas del Nilo á repasar sus dioses en el fondo de sus madrigueras, desde Moloch de granito hasta Júpiter de bronce; si vamos de unos á otros interrogando al flamen y al bonzo, así en Dodona como en Tyro, encontraremos que en todas partes se adora á Dios, y que en todos los cultos el cariño que se le profesa se atestigua por medio de los mismos insultos. Todas las religiones atribuyen á su Dios el delito que se llama calamidad. Quien quiera que seais los que en la mezquita, emparejando el error con la verdad disfrazada, haceis traicion á ese Dios, sabed que nosotros tambien creemos en él y no consentimos que se le ultraje. Es

paternal, es justo, es necesario, y no puede perder la razon, ni la vista, ni el sentimiento.

El sacerdote.—Inclinad las frentes. Este castigo es justo y hasta saludable. Es preciso que el cielo castigue al mundo y que para eso descienda de las eternas cumbres.

El poeta.—Qué ha de castigar? ¿Nuestros crímenes? Comprendo y admito que en el mundo se cometen acciones viles, que hay muchas frentes manchadas y muchos corazones perversos, y que el hombre es repugnante muchas veces. Pero supongamos lo imposible; amontonemos el Osa de las traiciones sobre el Pelion de las cobardías; supongamos que todas las faltas y todos los crímenes llenen de ignominia el lívido horizonte; supongamos que edifican en Paris, que fué soldado, que fué mártir, una pagoda delante de su sublime Panteon; supongamos, lo que jamás se ha visto, que un falsario escamotee un imperio; que nuestra madre la Francia, violada y derramando acerbo llanto, desde su vivac de héroes caiga en una cueva de ladrones; supongamos que lo verdadero sea falso, lo justo injusto, el perverso sagrado, que el hombre honrado reciba castigo; supongamos todos los atentados y todas las locuras que querais; pues bien, no creo que ninguno de esos horrores dé derecho á amontonar abismos de nubes, á desatar los furiosos astros, para que caigan unos y otros en una morada tranquila y pura, y en ella ahoguen al niño recien nacido, que es la alegría del hogar, que en su cuna sonrie y charla, procurando besar los dedos de sus piés sonrosados. No creo que todos los crímenes que he supuesto puedan dar derecho á Dios para lanzarse sobre ese pequeñuelo y que el agua ó la llama conviertan su cuna en sepulcro.

El coro.—Esas dos plagas, pues, no las producen el error de la ciencia ni el crímen de un emperador; las produce el castigo; ¿de qué? De nuestras ideas; de los pasos que avanza el género humano.

El poeta.—¡Para venir á darnos esta explicacion sorda, gazmoña y atea, te ciñeron en las sienes una mitra plateada, sacerdote, y vistes la sagrada muceta! ¿Crees que la Francia está abatida porque Dios lo quiere así?

El sacerdote.—Sí.

El poeta.—¿Crees que la destruccion de las ciudades y de las llanuras, que la peste que exhala infectos miasmas, que esa inmensa tromba extendida en la oscuridad, que anega al hombre y á la tierra; que esos niños que buscan pechos y encuentran fosas, que esas madres que lloran por sus hijos, que todo ese horror, que todo ese sufrimiento lo produce Dios, que nos envia estas catástrofes? Si creyérais la verdad, míopes del altar; si el prodigioso y sublime inmortal se sintiese acometido de semejantes accesos; si fuera posible que como un arquero tomase al hombre por blanco; si pudiera ser sorprendido en flagrante delito; si lanzase de su lecho á los furiosos torrentes; si locamente matara, creyendo vengarse; si eso sucediera, el arcángel formidable de la justicia se pondria en pié ante el Creador, le interrogaria con altivez, y como la justicia es eterna, le amenazaria con huir y llevarse con ella la luz; ¡nada seria tan siniestro, bóveda estrellada, como el balbuceo de espanto de Dios! Pero eso no puede ser. Me causa horror ver cómo un dogma aborta en una calumnia, y sin embargo, os compadezco y os absuelvo. La sombra llena vuestras moradas, y no tienen culpa de la oscuridad los que están á oscuras.

El coro.—Los que sobrevivamos socorreremos á los que mueran. En las grandes aflicciones es cuando se necesita cumplir con los grandes deberes. Demos con liberalidad. Vaciemos lo que nos resta del saco de oro; no nos han robado completamente los bárbaros y aun nos queda para dar: los reyes son más fuertes que nosotros y el cielo los tolera, pero no importa; hagamos ruborizar á los que robaron á la Francia. Seamos el corazon bondadoso é inagotable. Aunque de las tinieblas que nos envuelven no somos culpables, nos abruman, pero no importa; es sublime el pueblo cuando en medio de sus desastres permanece profesando afecto fraternal á todos sus hijos; seamos compañeros de todos aquellos á quienes la desgracia abate; saciemos las hambres que podamos y que ni una sola mano se cierre vacía. Demos y no perdamos la esperanza; la esperanza nos debe dar valor para vivir.

El poeta.—Somos un pais desamparado que flota sin brújula, sin mástiles, sin áncora y sin piloto, que arrastra el huracán segun su voluntad por la ondulacion incomprensible del destino; el abismo, en el que rodamos como sombría esfera, murmura como si no supiera qué hacer de esta almadía llena de pálidos marineros; pero pueblo, tengamos fé. La vida está donde nosotros estemos. Vuelvo á repetir que los hombres necesitan á la Francia; despues de su

caida, como antes de caer, el corazon inmenso del mundo late en su pecho. Vivamos, pues. El destino se portó con nosotros de un modo infame. Estrasburgo se eclipsa y Metz se desvanece; ¿debemos renunciar á nuestra frontera del Rhin? No, no lo consentiremos. Cuando la suerte obra mal, Dios deshace sus obras; esperemos. Seria muy extraño que el pueblo que camina hácia la luz, el pueblo águila, que destruyó el antiguo órden del mal solo moviéndose, fuera en lo sucesivo cautivo de la lechuza; seria extraño que el libertador del mundo quedara siendo esclavo y que los pigmeos agarrotasen al gigante. Esto no sucederá. Cualquiera que sea la injuria, por desastrosa que parezca esta apuesta del hoy contra el mañana, nosotros somos los representantes del derecho humano y debemos tener fé. Esas plagas y esos reyes, que son de otras edades, pasarán, y tú, Francia, sacerdotisa ó guerrera, vencerás á los tiranos con la espada y á Dios con las oraciones. Sí, sacerdotes, nosotros rezaremos, que deseo que sepais que yo creo.

El coro.—En cuanto la verdad se pone en marcha, camina recta á su fin, y siempre el porvenir llega.

El poeta.—Espíritu humano, ningun viento te romperá las alas; ningun viento podrá nunca impedir el paralelo entre el órden celeste y la razon humana, y la aurora se extremecerá en el horizonte de las proposiciones que le hará el abismo. El encadenamiento sin término sigue una sublime ley; toda sombra es una fuga, y el feliz instante en que blanquee la planta baja del firmamento llega cuando debe llegar; jamás la Caldea ni la India vieron que se retrasase la salida del alba; ningun soplo es capaz de extinguir el soplo eterno; el infinito consciente, que llamamos Dios, sostiene todo lo que cuelga, oye á todos los que lloran; ninguna plaga puede permanecer cuando le llega la hora de pasar; ninguna calamidad tiene derecho á pararse. ¿Creeis que el sol faltará á la naturaleza que le espera? ¿Se comprende á la estrella separada del Oriente? El deber del obstáculo consiste en dejarse vencer. Nos pertenece el mañana, y nadie convencerá á la luz de que no debe aparecer por la parte del derecho, de la justicia y de la verdad.

El coro.—Francia, piensa en cumplir tu deber; sé grande, que este es tu destino.

El poeta.—Y haz de tu memoria un terrible empleo, conservando las ciudades que te han arrebatado. Enseñemos á nuestros hijos á abrir trincheras, á obrar como obraron nuestros padres, á cargar fusiles, á hacer rodar cañones, á pelear y á morir; y tú te sonreirás, porque el orgullo de las madres se satisface viendo morir á sus hijos con dignidad. Tengamos siempre presente al enemigo en nuestra imaginacion, como los bravos troyanos que se sentaban en la puerta Scea para seguir con la vista á los sitiadores. Esos dichosos reyes nos ultrajan; amemos á los pueblos, pero no olvidemos á los príncipes; seamos para unos cariñosos y para otros terribles. La cuestion está confrontada en esta palabra sin fondo: *Los Miserables;* unos son monstruosos, otros dignos de veneracion; reprimamos á los de arriba, socorramos á los de abajo. Pueblo, hay dos tesoros, uno de claridad, otro de llama, que no debemos dejar que mengüen en nuestros corazones; cada uno de ellos debe ocupar la mitad de nuestra alma; uno es la sagrada cólera y el otro es la sagrada compasion.

LI.

LOS HOMBRES DE PAZ Á LOS HOMBRES DE GUERRA.

Los hombres de paz á los hombres de guerra.

Conquistadores, guerreros y héroes, que os llamais Nemrod, Alejandro, Alarico, Cyro, Gengis, Timour, vosotros á quienes la muerte meció cariñosamente siendo pequeños, y que siendo grandes, en vuestra carrera triunfal hicísteis abrir tumbas por donde pasábais; nosotros que somos vuestros hermanos, que os bendecimos, nosotros los sacerdotes, tenemos que deciros lo siguiente. Escuchadnos:

Se apoderó la razon humana de nuestra augusta morada, lo mismo que de la vuestra; como vosotros, dominábamos á los pueblos, que los vencíamos y los supeditábamos; nosotros decíamos á Dios:—"Los hieres por medio de nuestra mano„; que si vosotros sois reyes, nosotros somos papas; sois Atila, y somos

Borgias. Nosotros tenemos en nuestro favor á María la Vírgen Madre, como vosotros teneis las batallas; no tenemos tanta estatura como los príncipes, pero representamos el peligro que se arrodilla; gruñís más que nosotros, pero nosotros nos arrastramos mejor; somos Anitus, Torquemada, Caifás, Urbano VIII, Sixto V, Pablo III, Dicatus, que inventó catorce torturas; Judas, que bebió la sangre que Jesucristo sudaba; Loyola, que personifica la astucia, y Bossuet, que personificaba el ódio; representamos el terror, el calabozo y el tormento; nuestra púrpura chispea á cada momento, se enciende y arroja llamas.

Como vosotros, éramos dioses; pero bruscamente la revolucion nos puso el freno. Puso familiarmente las manos Francia en nuestras bocas, y mordida y sonriendo, las maniató. Nos echó en un bajo-fondo á los sacerdotes y á los tiranos; declaró falsa mi caverna de la fé y la guerra de tu palacio, y fueron nuestros altivos domadores Mirabeau, Rabelais, Moliére, Diderot, Rousseau, Danton y Voltaire. Y unos y otros, que nos apoderamos del mundo, nos vemos esclavizados por la Francia.

Pero no será así; al través de las rejas de nuestra cárcel, hermanos, os participamos una buena noticia; el orbe que ilumina un sol siniestro está próximo á reaparecer; el pasado, que fué el espanto del mundo y nuestra esperanza, resollando con voz vengadora renace, y ese cadáver en la cuna se incorpora; su cuna es la tumba y su aurora es la noche. La flor oscura del sombrío altar se abre llena de sombra y promete dar su fruto cubierto de polvo. Roma fatalmente acaba de levantarse la visera, diciendo al hombre:—"Cállate!„; diciendo á Dios:—"La claridad engaña„, y vuelve á tomar la palabra y el rugido.

Dentro de poco tiempo la hendida corteza caerá, y muerto el derecho, aparecerá la fuerza, que impondrá su yugo en todas partes en nombre de Pedro y en nombre de César; los tronos volverán á adquirir el equilibrio; los pueblos serán esclavos, y para levantar el patíbulo emplearemos la cruz. Habrá guerra en todas partes y volvereis á ser reyes; todo se convertirá en dogma y volveremos á ser señores. Unos y otros tendremos otra vez el mundo á nuestras plantas. El mundo verá que copian espectros nuevos á todos los antiguos fantasmas, y nosotros convertiremos las tinieblas en cúpulas del gran templo, en el que colocaremos al Error, poniéndole el Papa á la derecha y el emperador á la izquierda.

En nuestra oscuridad el mundo entero se irá sumiendo gradualmente, y por medio de los niños nos apoderaremos del porvenir. En nosotros, exterminar parece que sea bendecir; gotas de sangre llueven de los hisopos; vuestra hacha guerrera no equivale á nuestra Biblia; la Saint-Barthelemy hizo sonar una campana terrible; pues esa campana se acerca hoy, y mueve más ruido que vuestras batallas; tras de nuestros pasos dejamos el verdadero duelo; nosotros somos la mortaja, vosotros no sois más que la espada; vosotros podeis marchar pisoteando á los hombres, nosotros empezamos á introducirlos en el infierno por medio de las hogueras.

Pero es igual; vosotros soldados y nosotros sacerdotes, todos juntos venceremos; vamos á recuperarlo todo. Está ya temblando la reja que nos separa del pueblo; Satanás poco á poco va descorriendo los cerrojos. Pronto nos apoderaremos del mundo.

De este modo, en la oscuridad, mientras nosotros olvidamos, alentados por lejana esperanza, la jaula de los tigres habla á la jaula de los leones.

LII.

LOS POBRES.

Los pobres.

I.

Es de noche. La cabaña es pobre, pero resguarda bien del viento y de la lluvia; está oscura, y se vé algo que brilla al través de su oscuridad. Redes de pescar cuelgan en las paredes. En el fondo, en un rincon, en el que una pobre vajilla chis-

pea vagamente sobre la tapa de un baul, hay colocada una cama grande, cubierta por anchas y largas cortinas. Cerca de ella hay extendido un colchon sobre bancos viejos, y cinco niños duermen en él. Una chimenea alta, en la que vigilan algunas llamas, enrojece el cielo raso sombrío, y apoyando la frente en la cama, una mujer, arrodillada, está rezando. Es la madre. Está sola con los niños, y fuera de la cabaña el Océano siniestro ruge, lanzando blanca espuma á los vientos y á las rocas en una negra noche.

II.

El marido está en el mar. Siendo marinero desde su infancia, pasó la vida entregado á las rudas batallas del azar. Cuando llueve, cuando estalla la borrasca, es preciso que salga de su choza y que entre en el mar, porque sus pequeñuelos necesitan comer. Parte por la tarde, cuando el agua sube por los escalones del dique; gobierna él solo su barca de cuatro velas, y la mujer se queda en casa cosiendo las velas viejas y destrozadas, remendando las redes, preparando los anzuelos, cuidando del hogar, en el que hierve la sopa de pescado, y rezando á Dios en cuanto sus cinco hijos se duermen. El marido, solo, combatiendo con las olas, corre por el abismo durante la noche. Duro trabajo! Trabajo que se hace cuando el aire es frio y la noche es negra. En las rompientes, entre olas alborotadas, el sitio á propósito para la pesca en el inmenso mar, el sitio que eligen los peces, es solo un punto, grande como dos veces el cuarto del marinero. De noche, entre las brumas y las olas, y en Diciembre, para encontrar ese punto en el desierto líquido y movedizo, es menester calcular muy bien las mareas y los vientos, y se necesita combinar con seguridad las maniobras: las olas se deslizan por los bordes del barco como verdes culebras; el abismo rueda y retuerce sus pliegues desmesurados y hace que crujan de horror asustados los aparejos. El marinero piensa en su Juanita en alta mar; Juanita llorando le llama; sus dos pensamientos se entrecruzan en la noche como dos pájaros que salen de los senos del amor.

III.

Reza, y la gaviota con su grito ronco y burlon la importuna, y el Océano le espanta con todos sus peligros; y sombras fatales atraviesan su espíritu, el mar, los marineros arrastrados por la cólera de las olas; y en su corazon, como la sangre en las arterias, late el frio reloj que lanza en el misterio gota á gota el tiempo, las estaciones, las primaveras y los inviernos, y cada uno de sus latidos abre en el enorme universo, en unas partes cunas y en otras partes sepulcros.

Está afligida condoliéndose de su extrema pobreza, de ver que sus pequeñuelos van descalzos en verano y en invierno, de ver que lo poco que gana su marido no le presta para comer pan de trigo, sino para comer pan de centeno. Dios mio! el viento ruge como el viento de una fragua; la costa resuena como un yunque, y parece que el furioso huracán haga huir las constelaciones como si fuesen torbellinos de chispas que saltan del hogar. ¡Esta es la hora fatal, la hora de media noche, en la que un bandido misterioso, que la sombra, el viento y la lluvia encubren, se apodera de los pobres y asombrados marineros y los destroza contra las rocas monstruosas que bruscamente se aparecen en el mar! En esas horas de horror, el hombre de quien se apoderan las furiosas olas siente que van á hundirle la barca que dirige; vé que para tragarle abre sus fauces el abismo, y en aquellos momentos recuerda con amargura la vieja argolla de hierro del muelle, que doran los rayos del sol. ¡Tan dolorosas imágenes torturan el corazon de la pobre pescadora, que tiembla y derrama lágrimas sin cesar!...

IV.

Pobres mujeres de los pescadores! ¡Sufren el incomparable martirio de saber que su padre, su esposo, sus hijos, sus hermanos, todos los séres queridos, están en el mar, entregados al furor de los vientos y de las tempestades! ¡No pueden desechar de la imaginacion el pensamiento de que están en contínuo peligro desde el niño grumete hasta el marido patron, sin más defensa en la oscura noche que los cerca que unas tablas de madera y el pedazo de lienzo de sus velas! Juanita sufre todavía una tristeza mayor; su marido está solo en el barco en el mar, sin que nadie pueda ayudarle en una noche tempestuosa; sus hijos son demasiado pequeños para ir con él á bordo. Su madre dice muchas veces:

—"¡Si fueran mayores, su padre no estaria solo!„ Quimera! Algunos años más tarde, cuando sean crecidos, cuando vayan al mar con su padre, la pobre Juanita exclamará: —"Si fueran pequeños!...„

V.

La pescadora toma la linterna y el capote y sale de la cabaña. Es ya la hora de ver si vuelve su marido, de ver si el mar se ha apaciguado, de ver si es de dia. Parte. Todavía no sopla la brisa matinal. No distingue ni una línea blanca en el espacio oscuro donde ruge el oleaje. Llueve. Nada hay tan sombrío como la lluvia que cae en la madrugada; parece que el dia tiemble y dude en aparecer, y que, como el niño, la aurora llore cuando nace. Juanita sigue caminando. No vé luz todavía en ninguna ventana.

De repente, ante su vista, que se fija buscando el camino que ha de seguir, aparece una casucha sombría y decrépita, de la que no sale ninguna claridad, cuya puerta conmueve el viento; sobre sus paredes carcomidas se menea el grosero techo de rastrojos que el cierzo helado agita.—"Calla! no me acordaba ya de esta pobre viuda, dice de pronto la pescadora; mi marido la vió el otro dia, que estaba sola y enferma; voy á ver cómo sigue.„

Llama á la puerta; espera unos momentos, pero nadie le responde. La pescadora tirita, enfriada por el viento del mar.—"¡Está enferma, y como se alimenta tan mal! La pobre no tiene más que dos hijos; ¡pero como carece del apoyo del marido!...„ Llama por segunda vez. Luego, al ver que no la contestan, dice en alta voz:—"Vecina! Vecina! ¡Debe dormir profundamente, porque no me oye!„ La puerta, entonces, como si de pronto la hubiera conmovido suprema compasion, se agitó en la oscuridad y se abrió ella misma.

VI.

Juanita entró en la casucha; con la linterna alumbró el interior de aquel cuchitril, situado á las orillas del mar. Las gotas de la lluvia caian por el techo como por los agujeros de una criba. En el fondo yacia acostada una forma terrible, una mujer inmóvil y echada en el suelo, con los piés desnudos, con la mirada vidriosa, de aspecto aterrador, un cadáver, que hace poco era una madre alegre y fuerte; vió el espectro desordenado de la miseria muerta; lo que resta del pobre cuando ha sucumbido en el largo combate de la vida. Entre la paja que constituia su lecho pendia su brazo lívido y frio y su mano ya verdosa; se escapaba el horror de su boca abierta, por la que al huir su alma habia lanzado el grito siniestro de la muerte, que se oye en la eternidad.

Cerca de la cama donde yacia la madre, dos niños muy pequeños, niño y niña, en una misma cuna, sonreian dormidos. La madre, cuando conoció que iba á morir, les puso su manta á los piés y sus vestidos sobre el cuerpo, para que conservasen el calor vital mientras ella iba sintiendo el frio de la muerte.

VII.

¡Con qué tranquilidad duermen los dos en la temblante cuna! Su respiracion es apacible, su fisonomía está serena: parece que nada sea capaz de despertar á los huérfanos dormidos, ni aun la trompeta del juicio final, porque como son inocentes, no tienen miedo al juez.

La lluvia furiosa, que cae espesa, gruñe fuera de la casucha, y del rústico y agrietado techo, por el que el viento penetra, de vez en cuando cae una gota sobre la frente de la muerta, y deslizándose hasta su mejilla, se convierte en una lágrima. La muerta está como estupidizada; porque el cuerpo, en cuanto le abandona el radiante espíritu, tiene el aspecto de estar buscando al alma, y parece que oigamos este extraño diálogo entre la boca lívida y los ojos vidriosos: —"Qué hiciste de tu respiracion?„—"Y tú, qué hiciste de tus miradas?„

Amad, vivid, coged flores, inflamad los corazones, vaciad las copas; que como al sombrío Océano llegan todos los arroyos, la suerte dá por término á los ardores de los festines el enfriamiento lúgubre de la tumba.

VIII.

¿Qué es lo que hace Juanita en el tu-



¡MÍRALOS AQUÍ!

gurio de la viuda muerta? ¿Qué es lo que se esconde debajo del capote? ¿Qué es lo que se lleva al marcharse de allí? Por qué late apresurado su corazon? Por qué apresura el tembloroso paso? ¿Por qué vá corriendo sin volver la cabeza hácia atrás? ¿Qué es lo que turbada esconde entre las sábanas de su lecho? Qué es lo que ha robado?

IX.

Cuando entró en su casa empezaba á blanquear la primera luz de la mañana; tomó una silla cerca de la cama y pálida se sentó en ella; parecia que tenia un remordimiento. Dejó caer la frente sobre la cabecera, y de vez en cuando pronunciaban sus labios frases entrecortadas, mientras que á lo lejos gruñia el mar alborotado.

—"Dios mio! Qué dirá mi marido? ¡Tiene tanto que atender y gana tan poco! Qué es lo que he hecho? ¡Tiene que trabajar para cinco hijos, que ya es demasiado, y aun le traigo otros dos!... ¿Es él?... No. Hice mal... Si me pega le diré: Haces bien!... Es él?... No... ¡Tanto mejor!... La puerta se menea como si alguno entrase... ¡Pues no me asusta que entre en casa en estos momentos!...„ Despues se quedó pensativa, hundiéndose gradualmente en su íntima angustia, no oyendo ya ni los ruidos exteriores, ni los graznidos de los cuervos marítimos, ni el silbar del viento, ni el fragor de las olas ni el de la marea. De repente la puerta se abrió, haciendo penetrar la claridad en la cabaña, y el pescador, arrastrando alegre las redes que traia goteando, apareció en el umbral.

X.

—"Eres tú!„ gritó Juanita, abrazando á su marido como si abrazara á un amante, y besándole con entusiasmo, mientras que el marinero le decia:—"Aquí me tienes ya!„, irguiendo la frente que alumbraba el resplandor de la chimenea encendida y manifestando la bondad de su corazon que estaba satisfecho. —"Me han robado, exclamó; el mar es peor que un bosque.„—"¿Qué tiempo has tenido?„—"Duro.„—"Y la pesca?„—"Mala; pero te abrazo y me olvido de todo. Nada he pescado y he roto los aparejos; ¡el diablo estaba escondido en el viento que soplaba! ¡Qué noche más horrorosa! Hubo un momento en que creí que se me volcaba el barco y en el que se me rompió la amarra. ¿Qué has hecho tú durante ese tiempo?„ Juana, extremeciéndose más cada momento, se turbó.—"Yo!... Nada... como siempre... estuve cosiendo. Tuve mucho miedo á los bramidos del mar y del viento.„—"El invierno es una estacion pésima, pero es igual.„ Juanita, temblando como si hubiera cometido algun delito, se atrevió á decir:—"A propósito; ha muerto nuestra vecina. Debió morir ayer por la noche, despues que tú te fuiste á bordo. La pobre deja en el mundo dos hijos muy pequeños. Se llaman Guillermo y Magdalena; el primero aun no sabe andar y la segunda apenas sabe hablar. Su madre vivia en la mayor indigencia.„

El marinero adquirió grave aspecto, y echando en un rincon su gorro, que la lluvia habia empapado, exclamó:—"Diablo! diablo! tenemos cinco hijos, y si adoptamos á esos dos niños tendremos siete. En las estaciones malas, algunas veces nos hemos quedado sin cenar. Cómo nos lo arreglaremos ahora? Bah! Eso no es culpa mia!... ¡Esto es negocio de Dios! ¿Por qué les arrebató la madre á esos pequeñuelos? No comprendo estas cosas; para comprenderlas se necesita haber estudiado. Son tan pequeños que no se les puede decir que trabajen. Juana, ve á buscarlos. Si se han despertado ya, deben tener miedo al encontrarse solos con su madre muerta. Me parece que llaman á la puerta; abre, que serán los dos niños. Los mezclaremos á todos y todos nos saltarán sobre las rodillas. Vivirán juntos y serán hermanos los siete. Cuando Dios vea que tenemos que mantener tantas bocas me concederá pesca más abundante. Yo me privaré de beber vino; no beberé más que agua y trabajaré doble. Está convenido. Vete á buscarlos. Pero qué tienes? ¿te sabe mal esto? Otras veces eres más activa.„ —"Mira! dijo Juanita descorriendo las cortinas que tapaban la cama; ¡ahí los tienes!„

LIII.

EL SAPO.

El sapo.

Qué sabemos? ¿Quién conoce el fondo de las cosas? El sol poniente sonrosaba las nubes; era el fin de un dia de tempestad, y el resplandor del Occidente inflamaba las olas. Cerca de un carril, á las orillas de un aguazal, un sapo, deslumbrado, contemplaba el cielo. Los rayos del sol poniente enrojecian las hojas de los árboles; el agua, mezclada con la yerba, relucia junto al carril; la tarde se desplegaba como una bandera; las aves bajaban la voz al debilitarse el dia; todo se apaciguaba en la atmósfera y en la tierra; y el sapo, sin sobresalto, sin vergüenza y sin cólera, complacido, contemplaba la inmensa aureola solar. Quizás el ser maldito creíase bendito; no hay animal que no sienta algun reflejo del infinito; no hay pupilas, por abyectas y viles que sean, á las que no alcance algun relámpago de las alturas, unas veces tierno y otras feroz; no hay sér defectuoso, contrahecho ó impuro, cuyos ojos no sientan la inmensidad de los astros.

Un hombre que pasaba vió el repugnante animal y le puso el pié en la cabeza; era un sacerdote que pasaba leyendo en un libro; despues llegó una mujer que llevaba una flor en el pecho, y le hizo saltar un ojo con la punta de su sombrilla; el sacerdote era viejo y la mujer hermosa. Despues pasaron cuatro estudiantes; uno de ellos dijo:—"Cuando yo era niño era muy cruel.„ Todos los hombres pueden empezar de ese modo el relato de su vida. El sapo se iba arrastrando por un camino hondo; era la hora en que las profundidades van oscureciéndose; iba en busca de la noche; los estudiantes que le vieron, gritaron:—"Matemos á ese animal repugnante; ya que es tan feo, hagámosle daño!„ Todos se rieron; cogieron una rama que tenia aguda punta y con ella le ensancharon el agujero del ojo saltado, y entusiasmados le abrieron muchas heridas, aplaudiéndoles los que pasaban, que se reian tambien; y la sombra sepulcral iba extendiéndose sobre ese oscuro mártir, que ni siquiera solloza, y la sangre le salia de todas partes á ese pobre sér, que atormentaban por ser feo; queria huir; le habian arrancado una pata; cada golpe que le daban le hacian lanzar espuma; los jóvenes decian:—"Es perverso! Babea!„ ¡Es indigna accion la de empeorar la miseria y añadir el horror á la deformidad! Dislocado, traqueteado, iba de piedra en piedra arrastrándose, viviendo aun, como si la muerte, encontrándole repugnante, le rechazase; los jóvenes le querian coger con una red, pero se les escapó, deslizándose hasta el carril, al que arrastró sus heridas y en el que se sumergió, lleno de sangre, destrozado, con el cráneo abierto, y sintió alguna frescura en aquella verde cloaca, en cuyo barro mojado lavó la crueldad de los hombres.

Los estudiantes, que eran casi niños, nunca se habian divertido tanto. Todos hablaban á un tiempo y los mayores decian á los más pequeños:—"Venid á verle, y coged una piedra gorda y acabemos de matarle.„ Y todos juntos en aquel sér execrado fijaban sus miradas, y el pobre sapo veia que todos ellos se inclinaban hácia él. Uno de los estudiantes trajo una piedra enorme y pesada, que por desgracia pudo arrancar fácilmente, y dijo:—"Con esto lo mataremos.„

En aquel mismo instante la casualidad hizo que vieran venir por aquella parte un carro pesado arrastrado por un pollino viejo, flaco y cojo; despues de un dia de marcha se acercaba hácia el establo, rodando la carreta, cargada con bastante peso; apenas podia andar; el que le conducia no cesaba de descargarle palos; el carril era hondo, tan lleno de lodo y con tan dura pendiente, que cada vuelta de las ruedas le arrancaba un rugido ronco; el asno iba cojeando y el arriero blasfemaba. Los estudiantes, viendo la carreta que iba á pasar por el carril, gritaron:—"Detente; no eches esa piedra al sapo; la carreta le pasará por encima, y esto es mucho más divertido.„

El carro entró en el carril donde el mónstruo esperaba su última tortura; el asno vió al sapo, y doblándose hácia un sér más triste que él, herido y desollado, pareció que le olfateaba; bajando la cabeza, y reuniendo las fuerzas que le

quedaban, se paró en el camino, desobedeciendo al arriero, que le gritaba:—"Anda!„ El asno, á pesar de su laxitud y de la cólera de su dueño, que tenia sobre él el látigo levantado, hizo un esfuerzo y se salió del carril, dejando tras sí que viviera el miserable sapo; despues, al sentir en su cuerpo un latigazo, volvió á tomar el camino y á entrar en el carril. En seguida la piedra se escapó de la mano del jovencillo que la tenia cogida, y se oyó una voz en el espacio que le decia:—"Sé bueno!„

Bondad del idiota! ¡Diamante de carbon! Santo enigma! ¡Claridad augusta de las tinieblas! Los celestes no son superiores á los fúnebres, si de los fúnebres, que constituyen un grupo ciego y castigado, no tienen compasion. Es espectáculo sagrado ver que la sombra socorre á la sombra, ver que el alma oscura socorre al alma sombría, ver que enternecido el estúpido favorece al repugnante, ver que el condenado bueno hace pensar al elegido malvado, ver que el animal avanza cuando el hombre retrocede. En la serenidad del pálido crepúsculo hay momentos en que el bruto piensa y conoce que es hermano de la misteriosa y profunda compasion; el rústico, que regresa por la noche á su hogar, cargado, rendido de fatiga, al que á veces abren grietas en los piés los grandes zapatos de madera, anda algunos pasos más y se separa del camino para no aplastar un sapo entre el fango; ese asno abyecto, que los golpes del látigo martirizan, es tan sagrado como Sócrates y es más grande que Platon.

Inquieres, filósofo? ¿Meditas, pensador? ¿Quieres encontrar la verdad al través de las espesas brumas que nos circundan? ¡Cree, llora, abísmate en el insondable amor! El que es bueno vé claro en la oscura encrucijada; el que es bueno habita en un rincon del cielo. ¡Oh sábios! la bondad que alumbra la fisonomía del mundo, que es la cándida mirada de la mañana, que es el instinto que ama en medio del sufrimiento, es el lazo de union inefable y supremo que liga con frecuencia al asno, que es el gran ignorante, con Dios, que es gran sábio.



LIV.

LA VISION DEL DANTE.

La vision del Dante.

Se me apareció Dante y me habló de esta manera:

I.

"Dormia en las losas del sepulcro y sentia penetrar el olvido en el pensamiento y los huesos en el mármol. A pesar de estar dormido, creí oir á mi lado una voz que me hablaba en la oscuridad, pronunciando palabras extrañas y fúnebres.—"Quién está ahí en las tinieblas?„, pregunté, frotándome los pesados ojos, y añadí:—"Cuánto tiempo he dormido?„ La voz me respondió:—"Quinientos años; vengo á despertarte para que termines tu poema el año 53 del siglo diez y nueve.„

Me desperté completamente; ví que no habia nada á mi alrededor; la tumba con sus mármoles y con su bóveda se habia desvanecido; estaba yo fuera del tiempo, de la forma y del número, y de pié, sin saber dónde ni sin saber sobre qué. Escasa claridad llegó hasta mí; mis pupilas, que se habian acostumbrado á la sombra, pudieron distinguir dos puertas abiertas entre nubarrones: la una en el fondo, ante mí; la otra más abajo y más honda, de una niebla compuesta de elementos disueltos. La primera era espléndida; parecia formada de luz; era como un boquete de fuego abierto en una nube de oro; alguno, el que habla á las sibilas de Endor, para construir aquel arco luminoso habria cogido y encorvado los rayos de la aurora; á lo menos yo así me lo imaginaba. Aquella puerta, en la que lucia el astro y el diamante, brillaba en lo más profundo del espacio lívido como un punto luminoso posado en el vacío; por bajo de ella flotaba libremente el éter, y bajo los santos pilares de aquel arco vivo, el mismo Sinaí hubiera palidecido de espanto. La otra puerta, á mis piés hacia aparecer su arco abovedado y oscuro, negro como una humareda; se distinguia vagamente en

la espesa sombra y confundia sus bordes con las profundidades sin límites; era una especie de antro informe, formado de tinieblas; cráter construido de bronce, y coronando la noche, parecia esa puerta la boca de los abismos.

Meditando en todos los infortunios que sufrimos en el mundo, mi espíritu, en el que el temor acompaña siempre á la esperanza, de la contemplacion del arco rutilante pasaba á la contemplacion del pórtico negro, y acordándome de lo que es la vida del mortal, me pareció adivinar que estaba mirando las dos puertas del misterio. De repente todo se eclipsó, oscureciéndose de súbito.

II.

Sentí que se me cerraban los ojos, como si en aquella bruma una mano invisible hubiera pesado sobre mis dos párpados. Me quedé meditabundo como un sacerdote que entra en el templo, y cuando mis ojos se volvieron á abrir, solo ya ví la sombra, la sombra repulsiva y desconocida, la vision invisible y formidable de la Nada, sin forma, sin contorno, sin piso y sin techo, en la que la oscuridad se funde en la oscuridad, sin escalera, puente, espiral ni rampa; la sombra en la que no penetran las miradas, la sombra sin una lámpara; el negro de lo desconocido, que ningun viento agita; la sombra, velo espantoso del espectro de la eternidad. Quien no vió aquello no vió nada terrible. Era el espacio abierto, la extension imposible; algo confuso y horroroso que huye en todos los sentidos ante los ojos extraviado; la ceguera helada, más pesada que el mármol; la tranquilidad muda, ciega y sorda; el horrible interior de un sepulcro infinito. Esto no obstante, un reflejo que caia sobre mi amarillento ataud me hizo extremecer, pero todo permaneció inmóvil; ví en la sombra un fulgor tranquilo, fijo, silencioso, semejante á la claridad que nuestros ojos pueden ver al través de una cortina negra, detrás de la que hay una antorcha encendida. No salia ningun ruido de la inanimada sombra, porque habeis de saber que fuera del claro firmamento, la sombría inmensidad calla lúgubremente. Aquella claridad, que parecia al mismo tiempo vida y llama, miraba como un ojo y pensaba como un cerebro; sin embargo, no era más que un velo, y se divisaba detrás de su fulgor á alguno que estaba meditando.

III.

Aquel relumbramiento, que flotaba sobre la noche eterna, penetraba cada vez más en mis vagas pupilas; comprendí dónde estaba y temblé; porque súbitamente distinguia en aquel relumbramiento, semejante á las apariciones que veian los profetas, los siete ángeles pensativos que llevan en las manos siete trompetas; la claridad se confundia con sus cabellos blondos; estaban allí de pié, con los ojos bajos, parecidos á los siete gigantes que dominan el palacio de Farnesio, y como los que están delante de un horno, aparecian á mi vista negros, teniendo detrás de ellos la claridad. El abismo oscuro, ilimitado y fúnebre, parecia aterrado ante aquella luz. Probé á rezar, pero en vano; la oracion volvió á entrar en mi espíritu, como pájaro fugitivo que vuelve al nido temblando cuando ya es de noche, y permanecí helado ante aquella lívida claridad, como si yo mismo hubiera sido otro abismo. Y exclamé en mi interior:—“Hé aquí que van á juzgar á alguno. Esa sombra es el precipicio comun de los delitos; ese fuego es la claridad que destella la faz del juez.„ Y tuve miedo.

IV.

¡Terrible sentencia, castigo que no se puede esquivar es caer para siempre en el silencio y en la bruma! Al principio, la claridad de las cumbres luminosas os deja ver vuestras manos desesperadas. Pero se cae y se ven pasar azoradas formas, bocas abiertas, frentes manando sudor, rostros repugnantes que alumbra una claridad; despues ya nada se vé. Todo se borra y la noche silenciosa sucede al crepúsculo sombrío. Se cae. Nadie está solo en los profundos limbos; los unos sienten cómo se extremecen los otros, á quienes no ven; no se sabe si son hidras ó son hombres; entrevén el horror de sitios nunca vistos y el abismo abajo y el abismo arriba. Despues todo está vacío. Cada uno de los séres es el grano que el viento siembra. No se oye el grito que uno mismo lanza; se vé que las profundidades se nos apoderan, que las manos no pueden llegar á las rodillas; al levantar los ojos al cielo solo se vé la sombra horrible; aquello es lo invisible,

aquello es lo impalpable; ráfagas frias pasan á cada momento por aquella noche. Despues ya no se oye nada, ni un viento, ni un ruido; nada, ni siquiera una caida. Y los que están allí recuerdan la vida, el sol y los amores; la recuerdan siempre y siempre están cayendo, y el frio de la nada penetra en ellos con lentitud. Vivientes, caer y caer incesantemente, sin saber dónde se vá, sin saber dónde van los demás, caer en una noche sin fondo, hé aquí lo que es el infierno.

V.

Mientras yo meditaba, el espacio vibró como los cristales cuando pasa cerca de ellos un carro, y ví aparecer un sorprendente ángel. Era un sér alado, severo y flamíjero. Como Jesús aventajaba en estatura á los doce apóstoles, ese hermoso arcángel era de más estatura que los otros; tenia la altura de dos estadios romanos; llevaba en las manos pedazos de una espada, y en su frente, ingénua y pura, esta palabra celestial, esta palabra que encierra todo el verbo: *Justicia.* Esa frase podia leerse en seguida, porque cada letra de ella era un diamante. Cuando apareció el arcángel sonaron las trompetas.

El arcángel gritó:—"Muertos! Muertos! levantaos, acudid, compareced! Llegó el instante en que el águila tenga miedo á las palomas. Víctimas, salid de vuestras fosas, salid aprisa del fondo de la tierra, y todas á la vez! ¡Venid desde el fondo de los mares, desde el fondo de los bosques, que el juez está ya sentado para castigar y llegó ya la hora de que suenen los clarines del cielo á los cuatro vientos; Dios quiere que los muertos le hablen de los vivos.„ Cuando el ángel concluyó de hablar, las tinieblas se conmovieron.

VI.

Un ruido semejante al zumbido de millares de moscardones estalló de repente en el abismo mudo, y ví algo que allá abajo se movia. Al principio era un punto negro, despues parecia humo, luego formaba como el polvo que levanta un ejército, y últimamente se asemejaba á una isla de sombra flotando en el seno de las noches; ese monton siniestro y pesado ascendia hasta nosotros, triste y lívido, con aspecto de rabia; venia engrandeciéndose, arrastrado por un viento de tempestad. Ese bloque era confuso como una niebla en la noche; cuando estuvo cerca de mí me incliné para verlo mejor.

Era un inmenso nubarron y era una muchedumbre, que bogaba, corria, rodaba como las olas, produciendo misterioso ruido en su sombra, en la que se distinguian semblantes y ojos. Yo grité:—"Qué nombre debo daros, espectros? Como vosotros fuí hombre en otra edad, y ahora sois espectros como yo.„ No me oyeron y pasaron. El espanto y el estupor helaban aquel negro torbellino de sombras. Unos estaban sentados sobre informes escombros; otros eran terribles y llevaban trajes de forzados; éstos estaban atados al yugo como animales; aquellos eran cuerpos sin cabezas; mujeres enseñaban en sus pechos las heridas producidas por el látigo; niños muertos apretaban aun los juguetes con las manos; iban en montones, como haces atados; otros conservaban aun en el cuello la cuerda de la horca; éstos arrastraban cadenas; aquellos se encorvaban; el techo demasiado bajo de su solitario calabozo inclinó para siempre sus cabezas hácia el suelo; ancianos, cuya sangre corria á rios, se sacaban con los dedos las balas de los huesos; éstos se tocaban los ojos traspasados por la metralla; aquellos se sostenian las entrañas con las manos; pálidos, destrozados todos, confundidos en aquella espantosa noche, levantaban la frente, y los que no tenian cabeza levantaban los dos puños. El viento de las tempestades rugia, y detrás de ellos, acurrucados, se veia un monton de fantasmas cubiertos con velos, mudos y negros; eran las viudas y las madres. El rumor que se escapaba de esas amargas sombras se parecia al ruido sordo que producen los grandes árboles, y ante la claridad que brillaba en el fondo se pararon, juntando las manos, torciendo los brazos y gritando:—"¡Señor!„ Al oir esta gran palabra, equivalente á gloria, á amor y á felicidad, el abismo, que perdió el derecho de pronunciar ese nombre inaccesible, lanzó triste y largo gemido.

VII.

Volvieron á decir:—"Señor!„ En aquel momento llegaron, sobre todo, á mis oi-

dos los gritos de los niños, pues en aquella noche, en aquel abismo en el que vela la equidad, las voces de los inocentes prevalecen sobre todas las demás; los gritos de los niños son los que llegan á mayor altura; los vagidos producen el ruido de los truenos.

—"Señor! Señor! Hacednos justicia! somos los mártires del mundo; representamos la equidad, la ley santa, el honor, la fé, la libertad; expulsados por los bandidos que allá abajo reciben incienso, personificamos la virtud y la inocencia; somos los que ataron á postes viles, los que degolló el sable y los que mató la espada; somos la sangre tibia y las cabezas cortadas; los que arrojaron á los perros, cuyos dientes nos desgarraron, mientras los vicios lascivos y los crímenes enormes elogiaban y aplaudian á los vencedores gigantes. Acudimos á vos, que sois nuestro padre; ¡Dios justo, castigadlos! Sois la esperanza de los proscriptos; sois la pátria de los desterrados: los pájaros tienen el nido y los hombres tienen á Dios. En el mundo solo el homicida es libre; en el mundo es una diversion degollar á los vivos; el derecho no tiene base; el bien y el mal están confundidos como dos licores en una copa, y el mundo es víctima de la muerte. En el Sur matan, cuelgan y exterminan; en el Norte ensanchan los presidios y las fosas; corta el knout el vientre de las mujeres en cinta; la espada ha reaparecido, siendo asesina como en otro tiempo. En Brescia y en Milán se han visto bandidos que aplastaban con los piés los pechos de las vírgenes muertas; ancianos de cabellos blancos asesinados á las puertas de sus casas, imprimiendo en ellas sus dedos ensangrentados, y niños lanzados á lo alto de los techos y recibidos desde bajo con las puntas de las lanzas. Están llenos de nuestros martirios las minas de Tobolsk, los calabozos de los Trópicos, Cayena, Lambessa, Spielberg y los pontones. Señor, de ellos salimos. Nos llamamos pueblo y somos una plaga. Venimos del destierro, venimos de la tumba, y os ofrecemos la antorcha de nuestra alma. Ya es hora, Dios justo, de que vuestro brazo nos vengue!„—"¿Quiénes son vuestros asesinos y vuestros verdugos?„, preguntó el ángel. Como una sola voz, todos contestaron:—"Los soldados.„

VIII.

Juan en Pathmos, Manou meditando sobre los Vedas, no vieron nunca nada semejante á lo que estoy refiriendo. Como tras de un nubarron asciende una niebla, ví entonces ascender desde el oscuro abismo otro monton informe, al que el ángel dijo:—"Aquí!„

Y aquel grupo, confuso como una ciudad, llegó ante la claridad sombría, que siempre estaba inmóvil. Componian el grupo millones de hombres vestidos de hierro, como los vió Burdeos en la época de Gaiferos; ginetes, peones, fatales multitudes, que lanzaban gritos roncos, que andaban con pesados pasos, de estaturas brutales, de ojos estúpidos, y que llevaban números en la frente. Unos se parecian á los buhos de redondos ojos, otros á los leopardos que aullan en sus madrigueras; estaban teñidos de sangre desde el cabello hasta los piés, y aquellos salvajes batallones llegaban formados; sus armas me asombraban y me eran desconocidas. Por todas partes surgian legiones tras legiones; inmenso oleaje de hombres inundaba el infinito y oscuro espacio. Un gran buitre dorado les servia de guia; mientras estaban en el fondo de la oscuridad, la música, como águila que agita sus ardientes alas, se oia sonar al frente de los escuadrones; tocaban tambores y trompetas; pero desde que llegaron ante la claridad, los clarines, azorados, enmudecieron bruscamente y todo ruido se extinguió. Retrocediendo desordenadamente se encabritaron los caballos, queriendo morder á los ginetes, á los que las lanzas y las espadas se les escapaban de las manos. Viendo aquella incomprensible claridad, inclinaban la frente asombrados, y su aspecto terrible se convirtió en aspecto de espanto. Era espectáculo extraordinario ver la fuerza postrada á los piés del sér, ver cómo se anonadaban los bravos y los raitres, las espadas, los caballos, los clarines, toda la ferocidad, todo el sombrío huracán, ante aquella claridad lívida!

IX.

El ángel preguntó:—"Quiénes sois?„—"Somos los ejércitos.„ Entonces las sombras pálidas se reanimaron.—"¡Malditos sean todos los asesinos!, exclamó el ángel, levantando los brazos para confun-

dirlos. No me habeis entendido? ¿Qué teneis que responderme?„ Y los fantasmas repetian en voz baja:—"¡Malditos sean los asesinos!„—"Contestadme„, gritó el ángel. Entonces los innumerables ejércitos de soldados respondieron:—"No nos acrimineis; la culpa fué de nuestros capitanes; nosotros debimos obedecer sus inhumanas órdenes; fuimos la espada, pero ellos fueron la mano; ellos son los responsables de los crímenes.„ Entonces el ángel, hácia la tranquila claridad levantó gravemente los ojos y en seguida hizo una señal á los aquilones. Soplaron los vientos y dispersaron todos aquellos fantasmas.

X.

Corrieron los aquilones hasta el fondo de la noche y volvieron, empujando otro inmenso nubarron, que estaba lleno de dorados fantasmas, y que se abrió ante el ángel, produciendo el fragor sordo del trueno.

Ví los comandantes montados en sus corceles de guerra, con la espada al flanco, con la pluma en el casco, con aire irritado, con llamas en los ojos, con sangre en los labios, puestos orgullosamente de pié en la nube; algunos de ellos eran viejos y más feroces que los Teutates y los Irmensuls. Como los cónsules, se apoyaban en bastones de mando.

El ángel les dijo:—"Sois los capitanes?„—"Sí; qué quereis de nosotros?„—"Silencio y no seais altivos! ¡contemplad este pájaro que duerme y callad!„, contestó el ángel, que, descubriéndose el pecho con ira, les enseñó el rayo que dormia en su seno. Despues añadió:—"Habeis tratado á la raza humana como si fuera vuestra enemiga; por donde habeis pasado habeis sembrado la destruccion y la muerte; habeis aplastado á las mujeres, á los niños y á los viejos, lanzando sobre ellos los soldados como animales carnívoros; habeis consagrado la espada y el patíbulo; habeis destruido la ley humana y desafiado á la ley divina; estais delante de Dios; ¿qué teneis que responder?„

Como la cera se funde en el fuego, los vencedores valientes cayeron de rodillas, y con voz quejumbrosa contestaron:—"No fuimos nosotros, Señor; los culpables son los jueces. Cuando los hombres sufrieron el diluvio, las plagas y los castigos, sentaron en consagrados asientos á otros hombres sábios, austeros y venerables, para que representaran á la ley viva. Señor, cuando nosotros heríamos, esos jueces venerados nos decian:—"Haceis bien; matad, derramad sangre; ese es el culpable.„ Si era inocente, nosotros no lo sabíamos. Nosotros, ejército mal dirigido, éramos su brazo, ellos eran el pensamiento; éramos la fuerza, ellos eran el espíritu. Son los responsables.„--"Idos!„, les contestó el arcángel. Se disiparon como copos de espuma.

XI.

El ángel levantó el dedo, y yo ví por la bruma ascender creciendo en el fondo de la espesa niebla una especie de circo, y en él un monton de hombres sentados y mudos, vestidos de armiño y con togas, y ví á sus piés, en anchos charcos de sangre, tajos, horcas, cadenas y picotas. Aquellos hombres, sorprendidos, veian que el ángel llevaba en la frente escrita con letras de fuego la palabra *Justicia*, y se decian unos á otros en voz baja:—"¿Por qué lleva escrita esa palabra en la frente?„ El ángel gritó:—"Malditos sean los que mienten! ¡Hablad! Quiénes sois?„ Todos callaron.

—"Sois, continuó diciendo el espíritu, los jueces de la tierra. Entre todos vosotros, que aplicais el libro de la ley, ninguno me conoce, pero yo sí que os conozco. Escuchadme. Habeis hecho traicion al augusto derecho, absolviendo á los malvados, condenando al hombre justo y atando la inocencia á los piés del crímen afortunado. Cuando la matanza, abriendo sus tenebrosas garras, se cernia sobre la ciudad, que luchaba con la desesperacion de la agonía de la muerte, adorábais á esa oxifraga como si fuera un águila; cuando los soldados anegaban las leyes en el degüello, con sus furiosos gritos confundíais vuestras voces, vuestros labios hacian sonar sus clarines; vosotros, que debíais ser los mantenedores de las leyes, entre los bandidos repartíais las vestiduras de los mártires; vosotros entregábais las ovejas á los tigres y arrastrábais los sufrimientos de los héroes desde la argolla hasta el patíbulo, desde el presidio hasta las gemonías. Os sentásteis en los corruptores festines; aplaudísteis el mal y os reísteis del remordimien-

to. Oh jueces! ese proceder es execrable. Qué teneis que responder?„

Entonces todos aquellos fantasmas cayeron de sus asientos y se quedaron arrodillados: temblando y gimiendo contestaron:—"Todo eso no fué culpa nuestra.„—"Quién es, pues, el culpable?„—"Los príncipes. Los reyes dividieron el mundo en reinos, y ellos son los culpables de todas nuestras acciones. Los reyes nos mandan y nosotros les obedecemos; porque, Señor, en todos los tiempos los sacerdotes y los magos nos han enseñado que los reyes son la imágen de Dios en el mundo.„ El ángel repuso entonces:—"Traedme las imágenes de Dios.„ Séres monstruosos aparecieron.

XII.

Desde el centro del abismo se les vió surgir en la impura sombra. Uno tenia el aspecto del homicidio, otro el de la lujuria, éste el del fraude, ese el del orgullo, aquel el de la mentira; y contemplé con horror que todos ellos tenian las apariencias del mal. Al través de la silenciosa noche y del abismo sin fondo, abierto por todas partes, ascendian por las inmensidades que llenan la nada, apoyándose en el cetro, unos, blanqueados por la nieve del Polo; otros, llevando en la frente el reflejo del Mediodía; todos vestidos de púrpura y de oro, con los ojos adormecidos, con aspecto soberbio, con la espada al lado, con la corona en la cabeza, con el globo en la mano, sentados cada uno de ellos en lo alto de un trono, que arrastraba inmenso carro. Delante de cada fantasma, que la bruma helaba, semejante á una cruz puesta del revés, ascendia una espada desnuda, firme y recta, que ningun brazo sostenia y que parecia viva. Por debajo de ellos los vapores flotaban con lentitud. Arrastraban los carros animales volantes; mónstruos desconocidos componian sus impuros atalajes. Unos los arrastraban tigres alados de anchos piés, de ojos sombríos; otros iban tirados por grifos; unos por unicornios, otros por buitres de dos cabezas, que ostentaban diademas de oro radiantes. Todos aquellos mónstruos lanzaban gritos, batian las alas, ya confundidos, ya formando líneas paralelas. Los tronos iban aproximándose, y se oia gemir alrededor de sus negros ejes el clamor de todos los que habian atropellado las ruedas; llegaban hendiendo la sombra como las proas de los barcos; parecia que los hacia mover un soplo invisible. Era feroz, era extraño ver esos carros espantosos hormigueando en la sombra. En el abismo tranquilo en que la humanidad zozobra, parecian repugnantes los tronos de la tierra.

Al último que llegó, que era el más horrible de todos, á cada instante le impedian el paso multitud de esqueletos y de cadáveres; el carro que le conducia lo arrastraba un buho, que llevaba un hacha en la garra. Un sér con ojos de lobo y con bigote de hombre, con asombro se agitaba en ese carro y se escondia lívido y coronado. No le miraba ninguno de los Césares de aspecto guerrero. Separado, detrás de ellos, cubierto con un manto negro que parecia una mortaja, venia solo ese leproso del trono; se escondia la faz entre las dos manos como para impedir que en ella vieran algo repugnante, y cuando al bajarse algunas veces tenia que descubrir la cara, en letras, que parecian escritas con sangre, se podian leer en su frente estas tres palabras:—"Yo lo juro.„

Aunque estaban todavía en el fondo de la sombra oscura esos hombres repugnantes, de facciones y edades distintas, los veia bien á todos, porque eran muy grandes. Me pareció que tenia ante mí á los titanes de la antigua naturaleza. Pero esos brumosos gigantes se empequeñecian á medida que se alejaban de su punto de partida; cuanto más se nos acercaban más pequeños eran. Poco á poco iban adquiriendo la estatura humana; la claridad los iba fundiendo, y los que desde lejos me parecian altos como los Apeninos, cuando estuvieron cerca de mí ví que eran enanos.

XIII.

En cuanto las espadas se eclipsaron, dirigiéndose el ángel hácia los recien aparecidos fantasmas, les preguntó:—"Quién sois?„—"Reyes y señores del mundo, por el derecho que heredamos de nuestros antepasados„, contestaron los fantasmas.—"Sois reyes, pero no sois dueños, replicó el ángel; venid, que llegó vuestra hora. Ya estais aquí, príncipes, y os voy á decir de dónde salís; salís de los delitos, de los furores, de los delirios y de las matanzas, de los falsos

juramentos y de la sangre inocente derramada; salís de los palacios que habita la locura, de los osarios y del clamor inmenso que el mundo entero levanta contra vosotros y llega hasta el firmamento. Reyes, el hombre no fué creado para vuestra diversion; la tierra es un templo y no un establo. El tirano, sentado de codos en la mesa de la orgía, ordena el crímen, pero Dios manda el castigo. Reyes que ordenais la matanza á la vista de Dios, el clamor del género humano se levanta contra vosotros más numeroso que las olas que gimen en el mar; vuestras víctimas os precedieron en llegar á la presencia divina; reyes, desceñíos la corona; acusados, responded. ¿Habeis cometido todos los crímenes que se os atribuyen?„

Y los señores del mundo temblaron como los árboles cuando los sacude el huracán; el ángel vió palidecer á los arrogantes, y todos ellos, como zorras que encuentran por donde escaparse, contestaron:—"¡No los hemos cometido nosotros.„—"Pues quién?„—"El Papa. Señor, pusísteis entre nosotros á ese doctor, que desde su alto sitio domina como vicario vuestro en el mundo. Nuestros tronos rodeaban su Santa Sede, y escuchábamos su verbo como escuchábamos vuestra voz. Nos decia:—"Tengo derecho á inspirar á los reyes; el que me resiste y me desobedece es impío. Lo que yo escribo en el mundo, Dios lo copia en el cielo. La Iglesia, que es mi esposa, que se abrió en el monte Thabor, hizo de la doctrina una jaula con hilos de oro, y en ella encierro las almas, como si fueran avecillas. Yo solo soy el misterio, yo solo ofrezco los díctamos. Reyes, obedecedme como la doctrina previene. Mirándome, mirais á Jesucristo. Hago y deshago la ley, y puedo explicarla segun me parece; soy el hombre-justicia y el hombre-verdad.„ Cuando nosotros abatíamos al derecho, al pueblo y á la libertad, cuando asesinábamos al tribuno y al apostol, estábamos á una parte, los muertos estaban á la otra, y nosotros le preguntamos:—"Quiénes son los buenos y quiénes son los perversos?„ Levantó las manos aquel hombre, Señor, y el universo vió descender de ellas sobre nosotros la apoteósis y sobre ellos el anatema; cuando exterminábamos algun anciano, aquel hombre nos gritaba:—"Malditos sean los cabellos blancos!„ Cuando heríamos al niño en el vientre de su madre, de pié en el fondo del santuario, decia ante el cadáver de la madre y ante el hijo muerto:—"¡El niño era culpable y la madre tambien!„ Para castigar á los que piensan y progresan, hacia saltar crucifijos del centelleo de las espadas. Sus manos, más que nuestros brazos, multiplicaban los golpes. ¡Responded, Pazzoli, Simoncelli y otros muchos! Algunos de ellos, Señor, interrumpian la misa en el ofertorio para hacer una señal al verdugo, indicándole con el dedo las cabezas que tenia que cortar. Cuando nos pedian perdon, él nos gritaba que hiciésemos fuego. Es el culpable de todo, porque nos obligó á hacer lo que hicimos; es el responsable y le denunciamos. Señor, seguimos sus lecciones, seguimos su ejemplo; en vuestro templo nuestros delitos nacieron á sus piés; puso en nuestras almas el infierno en vez de poner el cielo; solo él debe sufrir el peso del crímen universal.„

El arcángel gritó entonces:—"¡Que venga ese hombre!„ Tocando los ángeles los siete clarines, exclamaron:—"¡Papa de Roma! Mastai! Mastai! Te llamamos siete veces; ven á rendir cuentas á Dios de los pueblos y de los reyes, porque el Eterno te espera sentado sobre las nubes.„ Conmovidas todas las profundidades se extremecieron. Un anciano blanco y pálido apareció.

XIV.

De pié, triste y temblando, vestido de lino, más blanco que un incensario que humea, conservaba ese espectro lívido, semejante á un ídolo, los besos que la multitud imprimió en sus piés; su mano derecha sostenia un baston, como el antiguo arconte, y su frente sostenia la tiara. Desde el cuello le descendia largo y dorado manto, y apretaba con el puño izquierdo, azorado, como ladron sorprendido por el robado, un manojo de llaves, que trataba de esconder en el manto. Cuando apareció ese anciano se vió en la claridad la sombra y el movimiento de alguno que se inclinaba. A la aparicion de aquel fantasma de blanca vestidura, en lo más oscuro del abismo gruñó un trueno. El arcángel, adquiriendo de pronto terrible aspecto, miró hácia la profunda sombra, con los ojos centelleantes que vió brillar Sodoma, y la preguntó:—"Conoceis á este hombre?„

Entonces, de todos los puntos de aquellas inmensidades, de las entrañas de las nubes, del borde de los abismos, de todas partes, de arriba, de abajo, los tiranos, las víctimas, las madres, los niños, los ancianos, los jueces, los juzgados, los degolladores y los degollados, los grandes y los pequeños, los desconocidos y los célebres, todos los que yo habia visto pasar por aquellas tinieblas, todos avanzaron, todos abrieron los entumecidos ojos, y como espantoso hormigueo que poblara el infinito, todos aquellos espectros vivos, mirando aquel fantasma blanco, al que deslumbraba el espanto, levantaron las manos y gritaron:—"Es él!„

Mientras todos gritaban, el blanco ropaje del anciano se hizo rojo. En el fondo del abismo, donde nada se menea, un eco repitió:—"Es él!„ Los sombríos reyes exclamaron:—"Es él! Mirad su cruz! ¡Lleva en la mano las llaves del paraiso!„ Y el fantasma, de pié sobre los cadáveres, cuya sangre tibia goteaba aun en el infinito, gritó con voz sorda y ronca:—"El me bendijo!„ La claridad creció súbitamente; era fúnebre y pura y se convirtió en formidable; parecia la luz del dia que vá á nacer.

XV.

El ángel dijo al anciano:—"Escucha y mira. El juez está muy cerca de aquí. ¿Sabes por qué te llama y qué es lo que te reprocha? Responde.„ Extremecido volvió la cabeza hácia el ángel, y yo presencié el espectáculo horrible y sorprendente de ver envejecer á un hombre mientras el ángel le miraba. La agonía apagó la luz de sus arrogantes pupilas, su boca balbuceó, le blanquearon los cabellos sobre la frente decrépita, se le arrugaron las sienes, le lloraban los ojos é inclinó la cabeza, que aplastaba la tiara papal.

El ángel le dijo:—"¿Comprendes lo que estás mirando?„ Se dió golpes en el pecho y calló, porque la voz se le heló en la garganta: ví con terror que todavía continuaba envejeciendo y que con espanto, al resplandor de la claridad, miraba el ropaje sangriento que le cubria. El ángel continuó diciendo:—"Defiéndete, habla; ¿tienes algun sér en el mundo sobre tí al que puedas atribuir tus faltas y á quien hacer responsable?„ El anciano respondió:—"Sobre mí no hay nadie más que Dios!„

Entonces creí ver lucir un rayo del cielo azul; los siete ángeles se apartaron las trompetas de los labios; el abismo, que las noches insondables encierran, se extremeció, como se extremece un pájaro cogido en el lazo, y el espacio oyó una voz que dijo:

XVI.

—"Los vivientes tiemblan en el mundo, sufren y lloran; mueren en él la virtud, la razon y la sabiduría; el crímen se vé coronado; el hombre recoge aquí lo que allá abajo siembra. ¡Mastai, á quien llamaron Pio IX, acércate, desgraciado!

„Nadie se evade de aquí, donde se sabe la verdad de todo: aquí los huesos son transparentes, las almas están desnudas, brilla aquí la verdadera claridad; la sombra del hombre adquiere la forma que tuvo en la vida; el hambre de la justicia lo sácian aquí las realidades.

„Cuando los príncipes, pisoteando las multitudes, transformaban los paises poblados en tristes soledades; cuando levantaban patíbulos y vencedores se lanzaban contra los pueblos, como los segadores se lanzan contra las yerbas con las hoces en la mano;

„Mientras los huérfanos, las viudas y la humanidad gemian, y ellos estaban alegres, saqueando las economías de los pueblos; mientras afilaban los cuchillos, tú los bendecías; y juntando las manos te arrodillabas debajo de un dosel, me dabas las gracias á mí, que soy el Señor soberano, imaginándote acaso que yo no existia, ó que no te oia quizás.

„Pero mírame; contempla mi faz; convéncete de que existo. ¡Desgraciado, examina tu conciencia y entristécete! Mi mano se ha apoderado de tí; como una vision recuerda todas tus acciones en el mundo; aquí solo existe la claridad, lo demás todo es noche profunda; yo soy el que moro aquí!

„Yo te puse en el mundo en el sitio

alto que ocupaste. El dia en que te proclamaron rey, pontífice y profeta, y en el que, satisfecho y orgulloso, oias cómo el universo cantaba un himno á tu gloria, te hablé yo en voz baja;

„Te hablé y te dije:—"Te encargo que vigiles á los hombres. Aquí tienes la llave del cofre y la cuenta de las sumas que debes restituirme un dia. Sé el guardian sublime y solitario, y vigila desde el centro de la tierra y desde lo más alto de mi torre.„

„Te dije además:—"Fortifica la virtud en el corazon de los hombres que la inocencia van perdiendo; te encargo que en mi lámpara derrames el aceite que necesite, para que el espíritu del hombre, en el que á veces se introduce el mal, no esté nunca á oscuras.„

„Además añadí:—"Expulsa á Satanás si trata de inmiscuirse en el mundo; que te encuentren siempre en tu sitio, de pié, ó en su camino, todos los crímenes vergonzosos, que vagan alrededor del antro infernal, acechando al hombre, y ellos cerrarán las bocas y bajarán las garras cuando vean que levantas la mano.„

„Pero el mundo te vió á tí, que eres el augusto, que eres el santo, decir al crímen:—"Valor!„, y las puertas del justo temblaron sobre sus goznes; tú, que eres mi ministro, elogiaste á los verdugos vencedores, y tomaste sobre tus rodillas, como mágico siniestro, la cabeza de los dragones.

„Ante el creador, ante las criaturas pusiste á los tiranos, pusiste á los perjuros, al robo descarado, al homicida ébrio y loco, mi sello, el sello augusto de la verdad.

„Perro del ganado, te convertiste en lobo, como los demás. Reyes, sus atentados eclipsaron los vuestros de tal manera, que hoy dia, viviendo en la inquietud y en la perturbacion, no dejaron ni un lejano refugio, ni una certidumbre al género humano.

„Como estrella pura que alumbra el camino de los vivientes, la verdad brillaba en el fondo de las sombrías bóvedas, á las que llega la vista humana; como á Arón y como á Zoroastro, te coloqué tan alto, que solo tú podias aumentar la luz del astro, pero tú la has extinguido.

„Deposité la justicia en tus manos, porque temia que el hombre se extraviase y se pervirtiese como en los tiempos de Jafet; por eso te entregué la soberanía de todas las almas, por eso te confié la conciencia humana. ¿Qué has hecho de ella? Responde.„

XVII.

El anciano se quedó estático, sin lanzar un solo grito, sin murmurar una oracion, sin poder respirar, y cayó al suelo, como si le hubiera derribado la claridad. Yo sentí que la oscura eternidad se extremecia.

Cuando yo huia, por entre las nubes ardientes se me apareció una faz y oí una voz que me dijo:—"Dante, apodérate de ese Papa que obró mal y no practicó el bien; enciérrale en tu infierno, que yo le encierro en el mio.„

LV.

LAS GRANDES LEYES.

---

*

Creia haber muerto, pero revivo; sigo caminando y vuelvo á ver el fin sagrado. Experimento el vértigo divino que producen las dudas convergiendo todas hácia la verdad, y, sin embargo, ódio el dogma, porque el dogma es un claustro. Siento el sombrío afecto á los precipicios crecer en mi salvaje corazon herido, desterrado, pero tranquilo, y cada vez más difundido en el infinito. Si bajo los ojos, si contemplo la sombra, siento dentro de mí, ante los innumerables suplicios, ante los verdugos y los tiranos, crecer á cada momento una indignacion que no se extingue, pues indignarse de todo equivale á amarlo todo, y todo el género humano es el abismo del hombre,

---

El filósofo se cierne y medita sobre esos oleajes de sollozos, de dolores, de tormentos y de agonías, en cuyos oleajes siempre algun esquife lucha, se abre y zozobra; como una golondrina que revolotea sobre la superficie del agua, en este mundo, que parece castigado á la ventura, el alma revolotea alrededor del abismo de la compasion.

Qué creer? La compasion me domina, me llena y me embriaga; me dá el formidable disgusto de vivir; me arrastra á excesos extraños, á socorrer á la ventura, á tientas, á los que veo que sufren, á ser indulgente, tierno, clemente y estúpido; por eso alguna vez la multitud me apedreó. Ciertamente hizo bien. Amigos, yo soy todo eso; estaba ausente; llego y os digo:—"Aquí me teneis!„

Vigilar por el pueblo ignorante al que tratan de oprimir, preferir arrojarme al mar á entrar en el arca, no desear nunca el daño de los demás, compadecer el ódio hasta de los que nos aborrecen, fué ayer mi ocupacion, á la que desde hoy vuelvo á entregarme. Ofreceré á los labios que se abren en todos los corazones feroces, á los desesperados que vagan errantes sin fuego y sin hogar, que puedan beber vida más grata en el vaso de agua que se llama Dios.

* *

Escucha; viviremos padeciendo, porque fuimos creados para sufrir; percibiremos ante nosotros los montes del trabajo, del honor, del deber y de la virtud, y una tras otra treparemos á todas sus cimas; cuando estemos bajo de esos montes, lejos de sus altas cumbres, levantaremos la frente, pero cuando las hayamos subido, se doblarán nuestras rodillas; rugirán las pasiones dentro de nosotros y les serviremos de refugio y de antro; lloraremos á nuestros hijos y á nuestros padres; veremos el féretro germinar en la cuna, y despues de nuestros duelos y de nuestros dias de espera, seremos almas al llegar al borde de la tumba, pues para el hombre que está marcado con el sello divino, vivir, llorar y sufrir es convertirse en pájaro; los dolores formarán las plumas de sus alas; seguiremos al poder, que es paralelo de la nada, ó siendo más cuerdos, seguiremos al amor, que huye al fondo de los bosques; tendremos esperanzas, terrores y peligros, y llenaremos de sombra ó de azur las pupilas... y ascenderemos hácia la estrella eterna.

Cumplamos el deber sin esperar recompensa.

Llevemos á feliz término, sin que nos impulse á ello el egoismo, nuestro trabajo humano, siguiendo las huellas del trabajo divino; si el orgullo nos asalta, aplastemos con el pié esa culebra: el hombre es la herramienta, Dios solo es el verdadero trabajador; sirvámosle sencillamente, porque servirle es nuestro deber. Sin necesidad de alabanzas y de honores, el sol alumbra la oscuridad de la tierra; alumbremos como él desinteresadamente, alumbremos á todo el mundo y hagamos por los ignorantes lo que Dios hizo por nosotros. Creo, pero por eso no debe adorárseme. Pienso, pero por eso no merezco recompensa. Mortales, aceptemos siempre el deber, aunque nos conduzca al martirio; suframos y amemos; seamos apóstoles y ángeles, pero no pidamos en recompensa ni siquiera una alabanza. La naturaleza dulcifica al hombre por medio de la claridad que derrama; refleja en las águilas y en los alciones, en las olas donde beben las aves, en la yerba donde balan los corderos, pero no se enorgullece porque la digan:—"Qué hermosa es!„ El mes de Mayo, sin esperar ninguna recompensa, pelea con el invierno que huye; el lirio no necesita ninguna condecoracion para brillar; el fragante espliego, en el que la abeja se posa, no le vende su miel; el rosal produce gratis las rosas, y el sol no necesitó nunca que le llamasen para aparecer y difundir sus rayos luminosos por toda la naturaleza.

*

Dios hace estas preguntas para que el niño las conteste.—"El gato y el raton se ódian; por qué? Explícamelo, Juana.„ Juana, titubeando en contestarme, se echó á reir.—"Vamos, dime por qué.„—"Abuelito, no lo sé; juguemos.„—"Ya ves que el gato es más grande y el raton más pequeño.„—"Y qué?„ Al oir esto

Juana, rascándose la cabeza, repuso:—"Si el raton fuese mayor, el raton seria el que se comeria el gato, como Dios no dispusiera otra cosa.„

* *

Además de convencido, debo quedarme encantado de que dos vivisectores á un tiempo, dos químicos, uno inglés y otro aleman, con el cristal de aumento y con el escalpelo en la mano, me afirmen que les parece cierto, casi demostrado y muy probable, que entre el hijo de Atenas y el lobo de los bosques, que entre un enjambre de moscardones que revolotean sobre un albañal y el pueblo de Francia no existe ninguna diferencia; dan por resultado el mismo total, sometiéndolos á los mismos calentadores; se encuentra la misma cantidad de fosfato de cal en el perro más feo que en el hombre más grande, y por consecuencia Esparta es igual á Sodoma; mi derecho pesa tanto como un soplo de aire; aunque yo fuese Esquilo ó Cervantes, yo no seria nada, nada, un relámpago, el vapor de la locomotora. Verdaderamente debe encantarme esta perspectiva; si no me encanta, soy muy difícil de contentar.

Consultad á Don Quijote ó á Sancho Panza, desde cuándo un andarin, que por andar tanto camino nada gana, debe profesar cariño á la bancarrota; desde cuándo, sea grande ó pequeño, sea sátrapa ó cabrero, el hombre que pretende una mujer para casarse, teniendo esperanzas de que sea hermosa, ¿es feliz teniéndola fea? ¿Exigireis tambien que los judíos de Toledo estén contentos de que los cuezan vivos dentro de los hornos y que yo vague alegre por las encrucijadas porque me habeis prometido darme una paliza? Examinemos esta cuestion.

Debe enorgullecer, efectivamente, al hombre perder su inmortalidad, ser un orangutan, que por antigüedad ó por favor se le nombre bufon; tener por nodriza la oscuridad profunda de la noche de los animales; ser sombra despues de haber sido ruido; volver á dar vueltas en una rueda oscura; empezar de nuevo la antigua aventura de Isis; sacudir el polvo al monton de sistemas enmohecidos que mataban los escrúpulos y ponian el crímen al servicio de Borgia y el vicio al servicio de Neron; negar la dignidad del hombre en beneficio de los déspotas, á los que basta que éste sea un vil rebaño; no saber si lo que se piensa existe, y sin embargo, afirmar las negaciones; creer que ningun sol ha brillado verdaderamente; entre dos dudas elegir la que me rebaja, y desear ser bruto pudiendo ser un hombre con alma, y tener necesidad de ser cero en el infinito; pues bien; á eso no me resigno, no.

Puedo sacar un número, segun me decís, en el saco profundo de la naturaleza, en la lotería insondable del mundo, en la que nada empezó por lo que nada termina; en la que todo es vida y abismo; pues bien, no me seduce sacar en esa lotería el quinterno y ser un gorilla; prefiero permanecer estúpidamente siendo hombre y sentir en mi interior el alma. Cuando me decís:—"Todos los hombres son un crisol, el destino es el fuego, el humo es la suma, todo vá á parar al abismo universal; la virtud es el azúcar, el crímen es la sal; en el fondo ninguna accion es mala ni buena; el derecho es un periódico, cuya suscricion puede dejarse; no debe despreciarse á los malvados ni rendir culto á los buenos„; cuando me decís todo esto me quedo sorprendido, y oigo gritos de indignacion dentro de mí. ¡Valiente programa es el vuestro! ¡El hombre, en un oleaje sombrío, es una inútil rama! ¡No hay deber ni derecho! ¡Nada es verdadero ni falso! Si os damos crédito, el hombre, en el fondo, es en el mundo equivalente al buey, al onagro y á la pantera; del tigre que primero apareció ha nacido el hombre; el hombre es un leopardo perfeccionado; el hombre es entre los osos el bruto de la aristocracia.

Indudablemente Ariosto es grande, pero yo prefiero á Sócrates. La ciencia es bella y sublime y aborrezco á los que ponen obstáculos á sus adelantos; coge en el lazo augusto de sus reglas las verdades al vuelo, como cogeria águilas; sondea el hecho, la cifra, el elemento; es tan vasta, que hay momentos en los que parece que su poderoso compás dá la vuelta al espacio; pero sin embargo, el hombre tiene una cosa que la sobrepuja, y es la virtud. Hay hombre más grande que la ciencia y que llega hasta donde

no llegó ningun profundo cálculo; hay hombre que vé más y que prueba mejor que las pruebas de la ciencia, y este hombre eres tú Zenon, que brillas; este hombre eres tú, Baudin, que mueres! Por la serenidad y por la pureza de sus costumbres, Esparta hizo más que ningun doctor con su doctrina. ¡Seria cero el corazon que late en mi pecho! ¡Se reduciria todo á la química! ¡Cuando yo saco mi resíduo, que es un puñado de ceniza, nada se me debe! ¡La estática prueba, no el derecho, sino la fuerza, porque el derecho no existe! ¡Todo, menos el álgebra y la geometría, todo, escepto dos y dos hacen cuatro, se disuelve! ¡El martirio es inútil y el heroismo es estúpido! Bruto es bruto! Tiberio es fuerte; luego es justo, luego calumniamos á Tiberio. El escalpelo lo registra todo fibra tras fibra, sin encontrar nunca nada que se parezca á lo que es el hombre libre; luego el hombre libre no existe. El hombre es viento.

Pretendeis que yo me arrastre como un gusano sábio; pues no quiero arrastrarme así: prefiero la sábia ignorancia de Platon, de Píndaro y del Dante, ya que el hombre es para ellos todo lo luminoso que puede ser. Como he leido á Leuret, ese sábio de Bicetre, no ignoro que el poeta es loco: sé que Planche grita á Milton que es peligroso lo que escribe; que haber compuesto la *Iliada* es para Nonotte y para el abad Goume haber escrito un libro peligroso, y que en nombre del buen sentido, del buen gusto y del arte, Baculard desdeña á Shakespeare; sé todo esto, y sin embargo, me atrevo á encontrar en esos soñadores algo superior; veo lo que vieron, y creo lo que creyeron; en las altas esferas se me apareció el rostro espléndido de la verdad, que deslumbró mis pupilas. Afirmaron la existencia del alma, y todos mis sentidos me sirven de testimonio de lo que esos hombres superiores dijeron. Es poco consolador haber sido desgraciados, haber arrastrado cadenas durante muchos años y creer que, despues de haber sufrido destino tan crudo, despues de haber sido justos toda la vida, recorriendo siempre el camino de la probidad, tendremos que ser al morir un estercolero, y que yo seré igual en el bochornoso sepulcro á Nisard como espíritu y á Judas como alma. En el sepulcro es donde se borra la espléndida vision, y en él todos los hombres, los de Tyro como los de Sion, los de Gomorra como los de Paris, Marco Aurelio, que no hizo derramar una gota de sangre; Nemrod, que fué un tigre feroz; los perversos y los buenos, todos, todos en la eterna noche reciben al mismo tiempo la siniestra absolucion del polvo. La muerte, espectro enmascarado, encierra la nada. El abismo en el que todo vá á parar, en el que todo se resuelve, absuelve á todo el mundo; en él el verdugo equivale al mártir; su asilo lo mismo se abre á Sforcia que al Dante, lo mismo á Calígula que á Jesús; la justicia se pudre allí lo mismo que la iniquidad y todos se mezclan y confunden allí en la misma nada; la materia se disipa y todo ha terminado.

Pues bien; sorprendeos de saber que soy tan insensato que me niego á recibir tan agradable presente. Ciertamente los mortales constituyen un rebaño que bala sin cesar, que recibe mordeduras que le hacen sangre durante todo el camino hasta que llega al matadero; y yo soy uno de los que el cielo hiere, pero eso no me impide luchar; sufrimos la constante lluvia que nos sume en los abismos; el destino nos hace sufrir de diferentes modos, sin cansarse nunca, y os empeñais en que me resigne á vuestra proposicion, que me dá por consuelo y por paga, siendo pueblo, un sitio en la cloaca que ocupan todos los reyes, al lado del falsario, cerca del asesino é inmediato á Baroche. Pues no la acepto: despues de sufrir tantos desastres, prefiero estar al lado del soñador Homero en la región olímpica; prefiero creer en el bien, en lo justo, en el objeto final de la vida, como creian Tácito, Dante y Juvenal. La certidumbre de ser un miasma me deja tan frio y arrastra hasta tal punto mi debilidad, que no me causa alegría pensar que tengo que llegar á ser un no sé qué oscuro que huela mal. Troppman no me causa placer cuando me confiesa que yo me convertiré en su cieno y que él se convertirá en mi fango; debeis perdonar la pobreza de mi espíritu; pero yo no puedo comprender que Dupin pueda ser igual á Jesucristo ni Deutz igual á Bayardo, y me parece que soy un hombre indigno si comparo á Hoche con Lacenaire. Quisiera siempre derribar las torres de la injusticia, así aquella en la que Latude espira, como la ciega fortificacion de los retóricos que confunden á Caín con Abel; quisiera demoler la cárcel de la Bastilla y destruir la torre de

Babel. ¿Acaso en el mundo consiste todo en beber, comer y gozar? Entonces con tal que tú te satisfagas y yo me contente; con tal de que siendo reyes, histriones, escribas, jueces, soldados ó sacerdotes, dijéramos nuestros crímenes en nuestros festines; con tal de que orgullosos y locos pisoteemos á los pueblos, riéndonos de ellos, porque esto es lo único real y vergonzoso, somos verdaderamente sábios. Entonces, obre como le plazca cada hombre, goce, haga traicion por gozar, azote á su pátria ó la venda, tiene talento; y el que siendo romano muere en el destierro por defender á Roma, y siendo francés por defender á Francia, es un pobre hombre: tal es la consecuencia que se saca de vuestros cálculos.

Si ese es el objeto de la vida, si ese es su fondo, si esa es la única verdad, que afirman Walpole y Merimée, yo la declaro falsa, y la escupo y digo que miente á esa verdad obscena, atroz y vil, que dá la razon á Bazaine y se la quita á Barbés.

No, no; lo dije y lo repetiré cien veces; para esto no se han derribado los tronos, ni hemos conseguido que la luz penetre hasta la profundidad de los antros; para esto no han conquistado nuestros padres heróicamente el porvenir; para esto no hicieron correr y relinchar sus caballos desde Menfis hasta Berlin ni desde el Ebro hasta la Thuringe. No; yo tengo los derechos del hombre y no los derechos del mono.

Comprendo que se profese afecto á los séres que están fuera de la humanidad, que seamos con ellos benignos y que les enseñemos, pero no que se les quiera introducir en la humanidad; deseo que desde los abismos donde vegetan los animales les hagamos ascender hasta nosotros, pero no que nosotros caigamos hasta donde ellos habitan; deseo ser, no su igual, sino su arcángel; darles mi alma, pero no tomar su fango.

¿Representais acaso la ciencia despues de todo? Lo niego, porque veo que dudais. Montyon concede premios á la virtud, Troplong premios al crímen; Garibaldi emancipa y Bonaparte oprime; ¿cuando mueren van á la nada ó van á Dios? El destino, si hemos de daros crédito, flota y engaña, es incierto; su enigma solo presenta en lontananza playas desiertas; sois los primeros que ignorais lo que es; dudais y confesais vuestras dudas; solo veis una pared detrás de las fosas; confesais que nadie puede deducir del presente el porvenir, que nadie puede ver el otro aspecto del destino, que es la muerte, de la que nada se sabe. Pues entonces puedo elegir entre las dos dudas; puedo tener mi simpatía como teneis la vuestra; despues de los sufrimientos os complace encontrar la desesperacion y á mí me complace encontrar la esperanza; y ya que, segun vuestras teorías, nada es claro, nada es seguro, escoged la ceniza, que yo escojo el azur. Quiero ser libre en el mundo y en otra parte responsable, que aunque no soy más que un grano de arena, comprendo que soy un sér que piensa, que vive y que tiene alas.

No desearé jamás que avancemos hácia la noche, porque morir no es terminar; es ir á disfrutar del dia eterno. No quiero entregar á la muerte á los séres que amo; quiero que vivan en el firmamento; el amor en nosotros, caminantes que un rayo lejano de luz alumbra, es el principio augusto de la claridad completa de la aurora; si no brillase ese dia divino, mi corazon se creeria desterrado, y desea que exista el infinito para tener tiempo de amar, porque la vida se pasa antes de poder vivir. Me place, me seduce el azur, pero el azur sin oscuridad, sin negrura y sin término; necesito gozar del empíreo, porque la tierra no me ofrece lo que yo deseo; la vida es efímera, y para mí que os idolatro, padres, hijos, y á tí, belleza suprema, el cielo tiene apenas bastante eternidad.

* * *

El gigante Sol dijo á la insignificante Centella:—"¡Fuego fátuo, gusano que la sombra oculta, fulgor que desapareces en cuanto flotas, contémplame! Soy el foco inmenso de la claridad. A la luz fulgurante de mis rayos ruedan los mundos sostenidos por mis hilos de oro; sin mí el firmamento se llenaria de eterna noche; no estoy muy seguro de estar solo; toda la inmensidad desde la primera aurora me mira azorada y deslumbrada por mi luz.„ Así habló el foco

inmenso de fuego. El átomo, que escuchaba al astro, le respondió:—"No te envanezcas, porque Dios te creó así.„

LVI.

LOS NIÑOS.

Guerra civil.

La multitud se apiñaba trágica y terrible, gritando:—"Muera! Muera!„ alrededor de un hombre altivo, grave y tranquilo, que parecia inexorable para él mismo; el pueblo se agrupaba, y el hombre encontraba lógico que le condenaran á muerte. Pierde siempre la partida el que es menos fuerte. Entre la multitud que se aglomeraba para verle pasar, los vencedores, sacándole de su casa, le arrastraban por la calle. El traje de aquel hombre estaba aun salpicado de sangre; era aquel hombre de los que promueven la guerra ciega de los reyes contra el pueblo, y no saben distinguir á Scévola de Bruto ni á Barbés de Blanqui; pasó todo el dia matando sin saber á quién; incapaz de temer, incapaz de absolver, caminaba con las manos sucias y negras de pólvora. Una mujer le cogió por el cuello y le dijo con rabia:—"De rodillas! ¡Es un agente de órden público; hizo fuego contra nosotros!„—"Es verdad!„, contestó un hombre del pueblo.—"Que muera! Que lo fusilen!„, gritó el pueblo.—"Aquí no! Más lejos! En la Bastilla! En el Arsenal!„—"Donde querais„, contestó el prisionero. Todos, coléricos, estrechando las filas, cargaron los fusiles.—"Que muera ese lobo!„—"Soy el lobo, pero vosotros sois los perros„, contestó el hombre con serenidad. —"Nos insulta todavía!„ Los pálidos ciudadanos levantaron contra él los puños crispados y cien voces gritaron á un tiempo:—"¡Que muera en seguida, que ya el emperador no le puede defender!„ Lanzaban sus miradas un resto de su furor; caminaba seguido por enorme multitud, saltando por encima de los cadáveres tendidos. El pueblo es temible cuando se convierte en tempestad; cuantas más afrentas recibia aquel hombre, con más altanería levantaba la frente. Gran Dios! con qué cólera odiaba! ¡con qué colera era odiado! ¡Si hubiera vencido, hubiera fusilado á todos los que se apoderaron de él!—"Que muera! ¡Hace poco nos estaba acribillando á balazos! ¡Que muera ese espía, ese traidor, ese bandido!„ De repente se oyó una voz infantil, que exclamaba:—"Es mi padre!„ Aquella voz produjo el efecto de una luz. Provenia de un niño de seis años que acababa de aparecer. Levantaba los dos brazos suplicantes y amenazadores al mismo tiempo. Todos gritaron:—"¡Fusilad á ese polizonte!„ El niño se echó á las piernas de aquel hombre, exclamando:—"¡Padre, no quiero que te hagan daño!„ Los clamores aumentaban.—"¡Concluyamos pronto con este asesino! Que muera!„ En lontananza el cañon respondia á los toques de rebato. Llenaba la calle multitud de hombres siniestros.—"Abajo los reyes! ¡Abajo los sacerdotes, los ministros y los espías! ¡Matémoslos á todos, que son una bandada de bandoleros!„—"¡Os digo que es mi padre!„ gritó el niño.—"¡Qué hermoso es!„ exclamó una mujer. Al través de sus ojos azules se traslucía su alma tierna; estaba pálido, lloraba sin cesar y no iba mal vestido. Otra mujer le preguntó:—"Qué edad tienes?„ El niño le respondió: —"No mateis á mi padre!„ Algunas miradas se inclinaron al suelo; los puños que oprimian á aquel hombre no le apretaban tanto; uno de los hombres más furiosos é inclementes dijo al niño:—"Vete!„—"Dónde?„—"A tu casa.„—"Qué he de hacer allí?„—"Buscar á tu madre.„—"Su madre ha muerto„, contestó el padre.—"¿No tiene á nadie más que á tí en el mundo?„—"Eso qué importa!„, contestó el vencido, que, estóico y con calma, calentaba las manecillas del niño en su rudo pecho y decia á su hijo:—"Conoces á Catalina?„—"¿Nuestra vecina?„—"Sí.„—"Pues vete á su casa.„—"Contigo?„—"Yo iré más tarde.„—"Solo no quiero ir.„—"Por qué?„—"Porque te harán daño.„ Entonces el padre habló en voz baja al jefe de aquella sombría guerra, diciéndole:—"Dejad unos instantes de asirme por el cuello; cogedme de la mano, que voy á despedirme del niño hasta mañana, y me fusilareis al volver la calle, ó en otra parte, donde querais.„ —"Bien„, con ronca voz contestó el jefe, haciendo lo que el prisionero le indicaba. El padre dijo entonces al niño:—"Ya ves que somos buenos amigos y que me voy á pasear con estos señores; vete y entra en la casa que te dije.„ El niño tendió las mejillas á su padre para que le besase, y tranquilizado y sin sobresal-

to se marchó.—"Ahora que ya no nos estorba podeis matarme, dijo el padre á los vencedores; dónde quereis que vaya?„ Conmovida la muchedumbre, cuya cólera se habia apaciguado, gritó:—"¡Vuélvete á casa!„

El niño Pablo.

Su madre al darle á luz partió del mundo. ¡Sombría distraccion de la suerte! Por qué sucedió eso? ¿Por qué matar á la madre dejando vivir al hijo? ¿Por qué dejarle en el mundo para entregarle en poder de una madrastra? Su padre quedó viudo jóven y se volvió á casar. Al año el sér es demasiado pequeño para ser pária, y el rosado niño hizo mal en nacer. Un buen hombre anciano, que era su abuelo, le prohijó. Muchas veces el que se vá proteje al que viene. El abuelo cogió en sus brazos al niño y se convirtió en madre. Cosa extraña, pero natural, es salvar lo que una muerta deja tras ella cuando se llega á la vejez, cuando no servimos para otra cosa. Es conveniente que quede alguno en el mundo para cumplir el deber; es conveniente que quede álguien que sea bueno en la tierra para que no se obstruya en los corazones el manantial de la compasion; es conveniente que haya álguien que nos haga amar, que esparza la dulzura en la impenetrable vida, sea viejo, sea jóven, pero que sea venerable, y por eso Dios reemplaza algunas veces la madre con el abuelo y hace que en el alma del anciano se abra un corazon de mujer.

Pues el niño Pablo nació, encontrándose huérfano desde el nacer; balbuceó las primeras palabras candorosas que salen de los labios infantiles; tuvo la fresca inocencia del alma; fué ángel, como todo hombre antes de ser completo, y su abuelo, abrumado por los años, le contemplaba, como se contempla el cielo que lentamente vá iluminándose.

El abuelo se llevó al nieto á su casa, situada en el campo, desde la que se divisaba un vasto horizonte. Allí las llanuras eran verdes, las perfumaban los bosques, y en ellas se oia el murmurio del agua; la casa tenia un gran jardin, y su florescencia y sus fragancias acariciaban al niño sin cesar. En aquel jardin crecian árboles frutales y malezas, de las que era preciso separar las ramas para pasar; aguas transparentes corrian por debajo de los sauces; se veian en él blancuras que parecian hombros, como si alguna ninfa hubiera estado allí; los nidos murmuraban el himno incomprensible de los que son felices; los manantiales cuchicheaban suavemente en los musgos; á todo lo que gorgea, á todo lo que calla, se añadia el casi imperceptible movimiento de las hojas; Pablo era casi un ángel; aquel jardin era casi un edén; el niño fué muy querido en aquella soledad, que lo acostumbró al cariño.

¿No es verdad que es delicioso ver un jardin? Colocad en él á un anciano y á un niño, y combinando lo que el corazon desea con lo que desean los ojos, el poeta Dios completa, porque el fondo de la naturaleza es el arte, las rosas con el niño y el niño con el anciano. El niño goza con las flores, que son de su edad, y el abuelo tambien, sabiendo que es vecino de ellos. ¡Qué exquisita es la risa en el mes de Abril! El recien nacido, sonrosado y desnudo hasta el ombligo, acostado en la alfombra de florida yerba, es tan hermoso y tan divino que es frágil! Pablo, desde que nació, no solo era frágil, sino que estaba enfermizo. ¿Quién sabe si vivirá? Cuando nació soplaba un viento traidor, y ¿quién sabe si ese cierzo cruel acabaria con el niño, como habia acabado con la madre? Era preciso amamantar á Pablo; una cabra acepta esta comision; Pablo es hermano de leche de un cabritillo que salta, y ya que el cabritillo salta, es muy justo que el hombre ande, y el niño desea andar. El abuelo patriarca tambien lo desea, pero le hacen temblar los primeros pasos que prueba á dar el niño, para el que un mueble es un precipicio y una piedra es un abismo: inclina la frente, resbalan sus piés, sus rodillas se doblan, pero este pequeño sobresalto no le roba la alegría. Temblar no impide á la rama el florecer. Un año hace estar orgullosos; crecer es conquistar; Pablo dá el primer paso y desea dar otros muchos. El abuelo sigue siempre á su nieto, diciéndole:—"Anda solo, pero cuida de no caerte.„ Pablo es bravo, se arriesga, titubea, llama, se pára un poco, de repente empieza á andar, y el abuelo le rodea con sus manos y brazos temblorosos, y vacilando tambien, le ayuda á que vacile el nieto; todo esto termina por una carcajada. Así como no se puede

pintar un astro ni describir un bosque cuando lo deslumbra la luz de los rayos solares, nadie podrá desentrañar bien lo que significa la risa del niño; es el amor, es la inocencia augusta, es la gloria de ser puro, es el orgullo de tenerse en pié, es un no sé qué ignorante que lo sabe todo.

El anciano, figura grave, digna de ser grabada en una Biblia, mago que Moisés hubiera tuteado en el Horeb, no era más que un abuelo extasiado, que no resistia al encanto que le causaba la infancia y que la honraba. Veia complacido cómo el pensamiento iba desarrollándose en el cerebro infantil. Pablo cada mes que pasaba adquiria un nuevo balbuceamiento; esfuerzo de la idea para traducirse en palabra, especie de ascension lenta de la palabra que vuela, que despues cae, y luego se levanta con alegre extremecimiento, y no pudiendo ser idea, termina en cancion. Pablo reunia los sonidos, los hacia volar, media no sé qué oscura estrofa alada, que charlaba, sin callar un solo instante, y encantaba á la casa el oirle.

Con la autoridad que dá la alegría, Pablo reinaba; su abuelo era su presa, era su vasallo, le obedecia siempre.—"Padre, espera.„ El abuelo esperaba.—"Ven.„ El abuelo iba. La primavera tiene sobre el invierno los derechos de la edad juvenil. Formaban agradable conjunto el tirano pequeñuelo y el anciano oprimido. ¡El mes de Enero trataba de complacer al mes de Mayo! Por entre los nidos que cantaban á sus oidos vagaban alegremente esas dos inocencias parecidas, una de dos años y la otra de ochenta. El abuelo hacia pensar á Pablo y éste hacia creer al abuelo, como si cambiando sus almas en aquel hermoso sitio, cada uno enseñara al otro uno de los lados de Dios. Lo mezclaban todo, de dia los juegos y de noche sus sueños; solo tenian un cuarto y no se separaban nunca. El abuelo no encontraba nunca bastante tierno su acento para llamar ó para aconsejar á su querido Pablo, y le decia:—"Ten cuidado; mira que eso es agua. No vayas más lejos. No vayas tan de prisa. Mira, Pablo, que te mojas los piés. Mira no te hagan caer las piedras. Anda por la senda„, etc.; y el cielo era puro y magnífico, y el sol brillaba espléndido sobre el anciano, que besaba la frente del niño.

El padre de Pablo, entre tanto, vivia con su segunda mujer. En vano la muerta reclama sus derechos desde la tumba, cuando otra viva entra á vivir en la casa. De la segunda mujer el padre de Pablo tuvo un hijo, y éste no lo sabia. Nada tampoco le hubiera importado saberlo, porque vivia tranquilo, alegre y feliz, satisfecho con el cariño de su abuelo; pero llegó un dia en que su abuelo murió.

Cuando Sem dice á Raquel, cuando Booz dice á Rhut:—"Llorad, que voy á morir„, Raquel y Rhut lloraron; pero el niño, á su edad, no sabia aun lo que era morir. Algunas veces su abuelo, conociendo que se aproximaba su fin, le decia:—"Pablo, hijo mio, pronto te quedarás sin este anciano que tanto te quiere y no lo volverás á ver.„ El niño no lo comprendia y continuaba riendo.

Una iglesia situada en el campo abria sus puertas, una iglesia pobre como las casas del pueblo que su campanario proteje. Recuerdo que yo iba en el acompañamiento fúnebre. El sacerdote, murmurando una vaga oracion, fué con los amigos y con los parientes á la casa á buscar el cadáver del anciano para llevarlo á enterrar; con la voz del cura confundian las suyas los viejos que iban rezando; caminamos por un camino hondo; los campesinos llevaban sus blusas de verano y el niño iba detrás del modesto ataud. Llevaron al anciano al próximo cementerio, que era un sitio desierto, rodeado de ruinosa pared, cerca de la iglesia, al que no adornaban cipreses ni mausoleos, ni inscripciones falsas. Se entraba en aquel campo lleno de cruces y de fosas por una verja de madera, que se cerraba por la noche, y el niño, cosa extraña y singular, contempló con mucha atencion aquella entrada. La suerte es para los niños una especie de vision y la vida una especie de sueño. Pablo no tenia más que tres años.

—"Niño perverso! ¡Me exaspera solo verle! Vete! Si no te vas, te pego! ¡Es insoportable! ¡No debiera consentirle que estuviera en la mesa; me mancha la ropa

y se me bebe toda la leche!„ ¿A quién se dirigen esas palabras? Al pobre Pablo. En cuanto desapareció para siempre su abuelo, Pablo vió entrar en la casa un desconocido; este desconocido era su padre; entró con él una mujer con el pecho desnudo, que estaba amamantando á un niño; este niño era su hermano.

La mujer le aborreció en seguida. La madre es como la esfinge; tiene el corazon inexorable y tierno; blanco por su parte sagrada, negro por su parte celosa; es tierno para su hijo y duro para los hijos de los demás. Se comprende que se sufra, sabiendo por qué; pero no se comprende que se proscriba á un tierno sér que no es hombre todavía. Qué cambio! ¡Pincharse en la zarza despues de disfrutar la sombra de la encina! ¡Ver trocarse el amor en ódio! Esto Pablo no lo podia comprender. Cuando por la noche entró á dormir á su cuarto estuvo llorando mucho tiempo. Tuvo el sombrío sobresalto de la caña que se extremece. Al despertarse, sus ojos miraban asombrados. ¿Por qué nacerán los niños en situacion semejante? En cuanto salia Pablo de su cuarto, su madre le gritaba: —"Vete!„ El niño, que era muy alegre, perdió su alegría, y su melancolía entristecia á los pájaros y á las flores.—"Me fastidia! ¡Se arrastra y se revuelca y vá siempre muy súcio!„ Su madrastra le quitó los juguetes y se los dió á su hijo; el padre, que estaba enamorado de ella, la dejaba decir y obrar. La mujer, en cuanto veia á Pablo, gritaba:—"Que se vaya!„ Y esta imprecacion terminaba en una caricia, no para él, para su hijo.

—"Ven aquí, tú, amor mio! El Señor me ha concedido el más hermoso de sus ángeles; tengo el paraiso en mis brazos. Qué hermoso es! Le quiero con frenesí! Pronto será hombre; ya pesa mucho!„ El pobre Pablo recordaba que en otro tiempo oyó que le decian todo esto. En un rincon se sentaba en tierra á comer; se convirtió en mudo; ni hablaba ni lloraba nunca. La infancia es algunas veces sombría y fuerte. Con frecuencia miraba lúgubremente hácia la puerta.

Un dia le buscaron en casa por todas partes y no le encontraron; era en invierno, en esa fatal estacion en que la noche es traidora como una emboscada. Encontraron al niño al dia siguiente por la mañana. Se acordaron entonces de gritos perdidos que oyeron desde lejos, de una risa que creian que sonaba en las nubes y de una voz que les parecia que habia gritado:—"Papá! papá!„; conmovido todo el pueblo se ocupó de esto, y buscaron al niño en todas partes; el niño estaba en el cementerio. Tranquilo como la noche, blanco como la piedra, estaba ante la verja de madera extendido y frio. ¿Cómo pudo llegar hasta allí en la oscuridad de la noche? Tenia con una mano cogida aun la verja, como si hubiera intentado abrirla, como si buscase á alguno que le socorriera y le llamase; despues cayó muerto en el suelo, á pocos pasos de su querido abuelo. Como no pudo despertarle, se quedó allí dormido.

Oficio del niño.

Los hombres disponen de la fuerza y todo cede ante ellos; son el pueblo, son el ejército; tienen fuego en las miradas, tienen las armas en la mano; son la guerra: pueden triunfar y destruir, y más poderosos y más sordos que la esfinge de la Nubia, pisotear lo verdadero y lo falso, el bien y el mal; son victoriosos, formidables y terribles, pero los niños acuden á socorrerles.

El niño no puede seguir al hombre, porque sus pasos son cortos felizmente. Rie cuando lloramos y llora cuando nos reimos; sus temblorosas alas nos rozan, y solo tocándonos nos transforman, é iluminan nuestros corazones, llenos de oscuridad y de ira. Nuestra voz altiva no es más que un soberbio clarin; en la boca rosada y tierna es donde está el verbo; solo ella puede vencer, aconsejar y consolar; en el niño que balbucea se oye hablar á Dios. El niño algunas veces defiende á su padre, y en la ciudad que asola la guerra civil le salva, y el pueblo, apaciguado, exclama:—"¿Quién debe la vida al otro ahora?„

Basta algunas veces ese tierno sér, bravo como un soldado y pensativo como un sacerdote, para despertar repentinamente en un populacho el corazon de una nacion, para que una multitud ciega recupere la vista, para que

acudan desde las esferas eternas la razon, la piedad, el amor, la verdad, y para que descienda de las alturas la justicia trayendo el perdon. Sucede algunas veces en estos tiempos perturbados, cuando un pueblo, lanzando espuma, bate los duros arrecifes, que surja bruscamente un niño blondo, que vea á su padre ó á su madre, que dé un paso, que lance un grito, que tienda los brazos, para que vencedores iracundos, para que vencidos desdeñosos titubeen, comprendan que se equivocan, sientan íntima sacudida, y cesen los vencedores de matar y los vencidos de morir. La fragilidad de ese sér, creada para sufrirlo todo, acude y nos protege á todos; á unos contra la caida y á otros contra la victoria; estupefactos los hombres, adquieren de pronto la bondad por medio de la intervencion santa del niño. Su cabeza se conmueve al menor soplo del viento y tiembla; sus sonrosadas mejillas son tan delicadas, que parecen que esperen los besos del céfiro de la primavera; en su frente parece que debian posarse las mariposas; ese sér delicado y hermoso, de repente llega á ser augusto y terrible; muchas veces la inocencia es la justicia, su deslumbramiento vence á la sombra, como si en el cielo, abriéndose de repente una nube, lanzase sobre el mundo enorme claridad; claridad que todo lo ilumina; el bien y lo verdadero recuperan su forma, y aterrados los corazones, sienten de súbito calmarse lo que muerde, callar lo que miente, desaparecer el ódio y disiparse la oscuridad.

Cuestion social.

Lenta agonía se apodera del débil, que le hace sucumbir en insondable naufragio. Un dia ví pasar á una niña de cinco años, á una niña que me causó miedo; caminaba al acaso, y á pesar de encontrarse en la edad de los juguetes, de los bombones, de los besos y de la alegría, tenia el aspecto estúpido y melancólico de la víctima que se ahoga oprimida bajo el peso del monte Atlas. Parecia que le preguntaba á Dios:—"¿Qué mal he hecho?„ A Dios no, porque ella desconocia esta palabra. El pensador profundiza, el niño sufre. Aquella niña era hermosa, pero estaba pálida; era repugnante, iba andrajosa y parecia destinada á adquirir siniestros atractivos; pasaba atrevida entre nosotros, siendo muy pequeña, y lanzando miradas feroces. Los pliegues que forma la angustia se dibujaban en los dos extremos de su boca; todo su sér expresaba la falta de apoyo en el mundo, hambre, sed y tedio. ¡La desgracia eterna pesaba sobre la efímera!

Oíamos reir á alguno; oíamos reir á su madre: esa mujer, que estaba dentro de una taberna, parecia ignorar que fuera, tiritando en la calle, sin hogar, sufriendo el granizo y la lluvia, vagaba una niña, y que esta niña era la suya. Aquella madre no conocia á aquel sér andrajoso, especie de rosa infame que desconocia la oruga. La madre, en otro tiempo, habia sido lo mismo.

Ahora, de Margoton se habia convertido en Pamela, y cantando ofrecia á los caminantes sus favores mal vendidos; aquellos dos séres iban casi desnudos; uno para recibir afrentas, el otro para recibir sufrimientos; alegre la madre, coronada con horribles flores, algunas veces á la hora del crepúsculo, al anochecer, se encontraba con la hija, y una recordaba su pasado y la otra pensaba en su porvenir; terminaba la una y empezaba la otra.

La niña, séria y triste, guardaba silencio. Despues de todo, ¿aquella mujer era su madre? Quizás sí, quizás no. Los que las trataban hablaban de esto á la ventura, porque no lo sabian cierto. El infortunio es una sombra, y quizás aquel ángel no tuvo una madre prostituida. La pobre niña, viviendo sola y abandonada, vagaba por todas partes con aire de asombro; ni parecia viva ni muerta. —"Qué tiene esa niña para estar así?„ decian á su alrededor, porque nadie sabia quién era. La gente le daba limosna ó le daba pan, que tomaba sin decir una palabra. Para mí, que siempre he sido soñador, su mano apretaba un puñado invisible de rayos que ascendian desde la tierra al firmamento. Sus ojos se dirigian al cielo, en el que el alba solo sale para apagarse, y el conjunto de aquel sér expresaba un no sé qué áspero é incomprensible, del que salia un terrible reproche; la ciudad, con sus campanarios, con sus templos y con sus palacios, se ostentaba inútilmente ante sus ojos; porque jamás se dignó contemplar el Panteon, el Arco de la Estrella ni

Nuestra Señora de Paris. Parecia que pasara por el mundo sin tener alma, que desconociera el acento de los mortales, que viviera en la noche con forma humana y caminando sin hacer ruido; y causaba pavura ese pequeño fantasma.

La cantidad de infierno que encierra un átomo asombra al pensador; y yo medité, fijándome en esa pálida larva, desesperada antes de haber llegado á vivir, que, sin llorar y sin quejarse, vagaba distraida, casi desnuda y abandonada, siendo una Némesis de cinco años y una Medusa desde la cuna.

LVII.

SIGLO VEINTE.

I.

Plena mar.

El abismo; un no sé qué terrible que gruñe; el viento, la oscuridad inmensa como el mundo; las olas por todas partes; hasta donde alcanza la vista, las ráfagas que van, vienen y pasan; el oleaje, mortaja; el cielo, abertura de la tumba; las tinieblas sin el arca y el agua sin la paloma; las nubes presentando el aspecto de un bosque. El espíritu que se cerniera allí no podria conocer qué es más sombrío, si el agua sin fondo ó el espacio sin límites; ni si aquel horror que componen la ceguera, el estupor y el ruido, nace del inmenso mar ó de la inmensa noche.

La vista alcanza á ver en medio del abismo, donde el aire solloza, un objeto informe que esta flotando, una especie de ballena muerta con esqueleto de hierro, una especie de cadáver á flor de agua en el mar; huevo de algun titán, con el que el hombre hubiera construido un navío. Ese objeto boga y nada; fué un bajel: blancos montones de espuma, rugiendo, ocultan y enseñan pedazos de siete mástiles. El coloso, herido en el vientre, huye, se sumerge, reaparece, dejando ver un caos de aparejos rotos, de obenques destrozados; su gran mástil parece un espectro con los brazos caidos. El oleaje pasa al través de aquellas ruinas; el agua le obliga, aullando, á ocultar todo el filarete, y le atormenta desde los extremos de las cuerdas hasta los grapones, corriendo á chorros por los puentes; las olas furiosas saquean en los dos flancos del bajel el armazon de un alcahaz, en el que hace poco terrible rueda daba vueltas. No hay nadie en el buque; solo está allí la nada, fria, muda y asombrada; los cañones, llenos de herrumbre, inclinan sus cuellos amenazadores; el entrepuente está lleno de agujeros, en los que quedan los restos de cinco tubos semejantes á enormes clarines, que en otro tiempo lanzaron rayos, y que ahora, plegados y torcidos, solo vomitan sobre el agua que los balancea oscuridad y silencio; el flujo y el reflujo baten á golpes el estrave y el estrambor, y se debate entre el oleaje destrozada, disforme y misteriosa máquina. Aquella masa, como un fantasma flota sobre el agua, é indudablemente fermentarán putrefacciones dentro de aquel bajel destrozado; encima de él revolotea un torbellino de aves marítimas; debajo de él se agruparán millones de peces carnívoros. ¡Mar triste, sepulcro en el que todo parece vivo! Esos dos atletas, producidos por la fúria y por el viento; la cabezada que babea y el balanceo que humea, luchando contra esa almadía fúnebre y luchando sin cesar, arrancan á cada momento astillas de la quilla ó del puente en su sombrío pugilato. De vez en cuando se agujerea en el cenit un nubarron oscuro, que deja caer un poco de claridad, que al reflejar en la proa alumbra esta palabra: *Leviatán*. Despues todo queda oscuro.

Leviatán es la expresion del mundo antiguo, áspera y desmesurada, de salvaje fealdad; Leviatán encierra todo el pasado: grandeza y horror.

El último siglo vió en las orillas del Támesis crecer un mónstruo, que prometia tener vida eterna, y que fué la Babel de los mares; y toda la ciudad de Lóndres le vió durante mucho tiempo al pié de sus canteras. Ese titán espantoso, interpolando cinco chimeneas entre sus siete mástiles, conducia por entre las revueltas olas á diez mil hombres; su mástil era más alto que la cúpula de San Pablo; el sombrío espíritu humano, de pié en el entrepuente, dejaba estupefacto al mar, que se convertia en

un lago: ese bajel fué el terrible caminante del Océano; su peso enorme abrumaba á las olas, que se quejaban; sus portas mugian; á guisa de chalupas dos navíos pendian de sus perchas; su armadura estaba construida con todos los metales; prodigioso cable orillaba su grande vela; cuando caminaba, gruñendo, humeando, con el velámen extendido, lanzaba tan fuerte sollozo, que espantaba al aire, que hacia temblar al agua, y la inmensidad contaba entre sus ruidos aquel extremecimiento sonoro. Por la noche pasaba derramando claridad rojiza como un meteoro; su áncora pesaba como una torre: por su tamaño encontraba estrechos todos los puertos; su sombra humillaba desde lejos á todas las proas; tenia un telégrafo por porta-voz; sus ruedas trabajaban en el mar como dos grandes martillos; no habia pais lejano que para él no estuviera cerca; cuando Madera distinguia sus mástiles, tres dias despues el Hekla le entreveia á la claridad polar. La batalla se encendia en él sin cólera. La guerra era sagrada y santa en aquel tiempo y á Nemrod solo podia igualarle Atila. Los hombres, desde los primeros dias del mundo, viéndose entregados á la miseria, á las pestes, á las plagas, buscando el medio de amenguar sus dolores, para ser más felices y más dignos del cielo, idearon devorarse unos á otros; este siniestro buque les ayudaba en esa tarea. Pesado como el dragon, rápido como la culebra, cubria el Océano con sus alas de fuego; la tierra se asustaba cuando arrastraba por el horizonte las nubes de humo que salian de sus chimeneas, porque aquel buque era una ciudad y era un ejército: iba lleno de cañones, de morteros y de batallones; para entrar al abordaje se veian sobre sus puentes rollos monstruosos de cuerdas, que parecian boas dormidos; invencible en aquellos tiempos de hermanos enemigos, solo él afrontaba á toda una armada; la andanada á sus piés humeaba como si fuera un incienso; sus flancos se tragaban las impotentes balas, y todo lo trituraba en la pelea, y cuando descargaba su andanada, veíase llamear su colosal bauprés, al que el disparo de dos mil cañones le daba claridad purpúrea. Despreciaba al austro, al flujo, al relámpago y á la bruma. En su popa daba vueltas, entre un caos de espuma, una especie de barrena enorme, capaz de agujerear el infinito. El viento más furioso se apaciguaba bajo su aplanada quilla. Bogaba como el rey del abismo, y sus vergas de hierro se parecian, debajo del temible cielo, á espectros colocados de través en el abismo; como se divisaba al Etna, se divisaba al steamer, que era la montaña errante del mar. Pero las horas, los dias, los meses, los años y aquellas olas pasaron; el Océano en su inmensidad rugió oscurecido por la niebla y por la borrasca; el mar tiene sus escollos ocultos, el tiempo tambien, ¡y ahora entre las profundidades, bajo las nubes, á la merced de los vientos, en medio de las olas, rueda el esqueleto enorme del *Leviatán!*

El antiguo mundo, que era un conjunto extraño y sorprendente de hechos sociales, que murieron y que se pudrieron ya, de los que salió ese navío que hoy es cadáver; el mundo antiguo, sumergido tambien como él en la amargura, era batido tambien por las calamidades de los vientos; construccion de bronce vasta, sobre la que el mal, como oleaje vil, escupia su infame baba; lleno de humo y movido por la flamante hidra del ódio, se parecia á aquella sombría nave.

El mal habia marcado con su fúnebre sello el mundo antiguo, y envolviéndole en eterna bruma, era fatal; la Esperanza en él habia plegado las alas; carecia de unidad; imperaban en él el divorcio y el yugo; habia en él diversidad de lenguas, de razon, de códigos y de ciudades; no habia verdaderos lazos de union, y solitario el progreso, como una serpiente cortada, se retorcia á pedazos en el mundo, sin poderlos reunir á pesar de sus esfuerzos; la esclavitud, destinando los pueblos á la muerte, les encerraba en el circo de las fronteras, en el que los custodiaban la Guerra y la Noche, que eran los grandes gladiadores; el Adan slavo luchaba contra el Adan germánico; el género humano en Francia no era lo mismo que en América, ni en Lóndres como en Roma; el hombre de una ciudad no conocia á los de las otras; los vivientes se arrastraban en la ignorancia y en el vicio; las preocupaciones y las supersticiones eran recintos muy temibles, porque eran santos, y no hay almenas tan oscuras como las de un Alcoran: habia texto que empuñaba la espada como un tirano; lo que era ley para un pueblo, era crímen para otro; leer era un foso, creer un abismo; los reyes eran torres, los dioses altas murallas; no era posible vencer tan oscuros

obstáculos; al que queria crecer, se lo impedia la barrera de una moda salvaje ó de un dogma bárbaro.

El viento del infinito sopló sobre el mundo antiguo y zozobró. Desde el cielo inaccesible, los vivientes del éter, los séres invisibles, esparcidos por todo el firmamento, contemplan en estos momentos cómo desaparece en la insondable noche. ¿Qué hizo el simoun del grano de arena? Vino, pasó, y ya no existe.

Aquel mundo ha muerto, pero el hombre ha muerto tambien. Desapareciendo esta forma suya, ¿lo ha arrebatado tambien hasta el enigma eterno? El Océano está desierto. Ni una vela se vé en lontananza. No se divisa ningun esquife vivo en el oleaje, en el que la gaviota vé vagar la silueta del Leviatán. ¿Acaso tambien el hombre, como el follaje amarillento, desapareció en la sombra? Unicamente el flujo y el reflujo vá, viene, pasa y vuelve á pasar. En vano la vista, para volver á encontrar al hombre que está ausente del espacio, mira allá bajo... no lo vé... pero mirad allá arriba!

II.

Pleno cielo.

Lejos de las profundidades, fuera de la oscuridad de las noches, en una separacion de nubes, que por encima del mar deja ver la celeste alegría, aparece un punto vago y confuso; ese punto se mueve en el espacio y en el viento; está vivo; vá, desciende, se remonta; hace lo que quiere; se aproxima, adquiere forma; es una esfera; es un bajel inexpresable y sorprendente, globo como el mundo, ave como el águila; es un navío que camina. Dónde? En el éter.

La imaginacion cree ver que se cierne en los aires un pedazo de una cumbre; ¿acaso ese pedazo al llegar á aquellas alturas adquirió alas y voló de repente? Al sonar en el reloj del destino cierta hora, ¿la nube errante se ha convertido en bajel? ¿Es una fábula lo que aparece á nuestra engañosa vista? ¿El antiguo Eolo lanzó quizás su odre á los vientos, de tal modo que, donde se forman las tempestades, domados súbitamente los vientos la reconocen? ¿Es el imán, que ayudado por el relámpago ha construido un esquife celeste con aire? ¿Es un transfigurado que parte y resucita, que asciende, libre del mundo, transportado en un carro volante, y se nos acerca un poco algunos instantes, para que veamos desde la oscuridad del mundo cómo huye de él con alegría?

No es un pedazo de una cumbre; no es la odre donde la fábula encerraba los vientos, ni la construccion del relámpago; no es un fantasma venido de las altas regiones aurorales; no es la claridad que despide un ángel que se vá hácia Jehová, saliendo del sepulcro abierto; no es ningun delirio producido por el sueño ó por la fiebre. ¿Qué es, pues, ese navío imposible? Es el hombre.

Es la gran rebelion que obedece á Dios; es la llave santa y falsa de la extension azul; es Isis que desgarra locamente su velo; es la emancipacion de la pesantez del metal, de la madera y del lienzo que vuela; es la fuerza ligada al hombre que arranca la arcilla de su cadena eterna; es la materia altiva, feliz, que se cierne al través del inmenso asombro del cielo, que se le abre por fin.

Es la audacia humana, es el esfuerzo del cautivo, que es más fuerte que la cárcel, y que la abre. ¿Qué le falta á ese sér para conseguir lo que no tiene fin, ni bordes, ni fondo, para domar la tromba del viento y la avalancha de la espuma? En el cielo un lienzo y en el mar una tabla.

En otro tiempo triunfaba el furor de los cuatro vientos; de esos cuatro caballos que iban á escape, el hombre consiguió formar el atalaje de su cuadriga; su génio logra empuñar las riendas y hace que ese carro aéreo camine por el éter, milagrosamente dirigiendo ese prodigio.

Maravilloso carro! Se llama emancipacion. Corre con rapidez. Comparados con él, el remo es lento, el copo de nieve pesado; el gamo, el gavilan y la pantera van más despacio que él, y á la locomotora, esa hidra de llamas, se la deja atrás, siendo para él un reptil.

Una música, un canto sale de su tor-

bellino. Sus aparejos vibrantes, que el viento furioso agita, suenan en el vacío como una lira, al través de la que parece que á cada momento pase huyendo un alma hácia el firmamento, arrastrada por las ráfagas del aquilon.

Pues el aire, que es un himno que se difunde por entre los arrecifes de nubes que ruedan en grupos convulsivos, lanza mil voces ahogadas; los flúidos, el azur, el efluvio y el elemento componen una armonía, en la que flotan vagamente no sé qué sombríos Orfeos.

Soberbio se cierne lanzando un himno de sus aparejos, en el que creemos oir sonar la estrofa del progreso. ¡Es la nave, es el faro! Es el hombre que al fin toma su cetro y se desprende del baston, y en ese buque vemos volar el cálculo de Newton cabalgando en la oda de Píndaro.

Ese carro jadeante se sumerge y se ahonda en el aire, en el deslumbramiento claro é impenetrable, en el éter sin manchas y sin arrugas, y se pierde en el azul del cielo desmesurado. Los espíritus del azur azorados contemplan esa submersion espléndida.

Pasa, ya no está allí; pues dónde está? ¡En lo invisible, en lo desconocido, en la region de los sueños, de la verdad y de la luz, en el Océano celeste!

Aparece el dia, y él camina; el dia muere, y él camina; creado para la luz, acepta la oscuridad. En las horas de las tinieblas, visto desde el nadir, ese globo, desplegando debajo de él su ancho y oscuro cono, parece un enorme cometa de sombra.

La temible bruma se esparce en lontananza por los aires. Así como durante el crepúsculo se vé á lo largo de los mares al pescador, arrastrando como último esfuerzo de su trabajo la nasa, al través de la que relucen los peces, ir y venir por la playa,

---

La noche saca del fondo de abismos desconocidos su red, al través de la que brilla Marte ó reluce Vénus, y mientras el tiempo discurre, esa red crece, asciende, llena el cielo por las noches, y en sus mallas de sombra relucen las constelaciones.

El buque aéreo sigue su camino; no teme las emboscadas de la noche, ni la acritud de los vapores, ni al silencioso cielo, en el que los relámpagos, peleando unos con otros en la oscuridad, abren súbitamente en los oscuros nubarrones cavernas de cobre rojo.

Inventa un camino al través de las noches; el repulsivo silencio de esos sitios desconocidos no detiene la marcha de ese globo; pasa llevando en él al hombre y al universo, y como en otros tiempos el agua vió flotar el arca en su oleaje, hoy dia el arca se vé flotar en los aires.

El santo navío corre arrastrado por el viento con la certidumbre y rapidez del dardo que corre á buscar el blanco; nada cae de él, y sin embargo, camina sembrando; su redondez, que apenas se distingue por estar tan alto, parece el vientre terrible de un ave.

Boga: por bajo de él las nieblas flotan disueltas; inclinados hácia el mundo sus pilotos, observan si por bajo de las nubes, de las que arrastra el áncora, si en la tierra que desde allí arriba se confunde con el aire, la cumbre del monte Blanco ó cualquier otra puede chocar con su carena.

La vida está en el puente del brillante navío. El rayo la envia y la luz la espera. El hombre hormiguea allí; pero el hombre invencible y llameante, el hombre desarmado, lanzando como síntoma de su alegría y de su poder el grito vertiginoso de la exploracion. ¡Sombra, claridad, quimera!... ¡mirad cómo corre, mirad con qué rapidez pasa!

Como alrededor del sol gravita un sistema, una esfera de cobre enorme hace caminar cuatro globos, de los que pende un inmenso piso; y respira y huye por entre los vientos que la mecen; ancha y blanca gavia horizontal, que perforan trampas, que se abren ó que se cierran segun la voluntad del freno, forma como el gran diafragma de ese pulmon de bronce; se impone á las nubes como

el corcho á las olas; la tela de araña humana, vasto lazo de cuerdas y de nudos, entrecruzamiento de válvulas que mueve un cable por el que corre el imán, una trampa de cábrias, de cabrestantes y de poleas, se apodera al paso de todos los soplos y los hace trabajar; el esquife se cierne, embarazado por los hombres y por los fardos, por entre los arco-iris, los azures y los halones, y su carrera tiene por punto de apoyo el aire y por motor el vacío; el monton de puentes flotantes que contiene el buque está atado á una escalera movediza; este navío es un Louvre, que camina llevando ese pomposo fausto; huye ligero y orgulloso, y es tan vasto y tan colosal, que el Leviatán, arrastrándose por el mar, parece que sea su chalupa, que cayó en las tinieblas.

De vez en cuando estalla la tempestad; el cielo se oscurece; el austro, alborotando las olas del aire, llena el espacio de la espuma que escupen las nubes; ¿pero esto qué le importa al esquife que surca un mar sin orillas? Parece que le dirija en aquel horror tenebroso el alma de los Leibnitz, de los Fultons, de los Keplers, y nos imaginamos ver, entre el caos lleno de relámpagos, de detonaciones, de sombra y de saltos azufrados, el arrastre de un mundo al abismo.

¿Qué le importan los momentos peligrosos en cualquiera de las estaciones? La bruma puede esconder en el lívido horizonte á los Saturnos y á los Mercurios; el aquilon, conduciendo á la lluvia y gruñendo en los pesados nubarrones por todas partes, puede torcer la marcha de los astros;

Pero él sigue caminando; le es igual que sople el mistral ó el simoun; la tierra ha desaparecido para él en el pozo sideral. Entra en el misterio nocturno, á pesar del granizo, á pesar de la lluvia y del huracán, dejando el globo, bajo, en la sombra, no sé dónde.

Intrépido, salta sobre las olas del viento; vuela con las alas abiertas y la proa delante; asciende y asciende sin cesar más allá de la zona en la que todo se desvanece, como si corriera por la profunda noche para perseguir á la aurora.

Tranquilo asciende hasta donde nunca ascendieron las nubes; se cierne en la altura de la completa serenidad, ante la aparicion de las esferas, que estan allí, haciendo luminoso el misterio, siendo cada una el fuego de un abismo, y corroborando todas los enigmas por medio de la claridad.

Andrómeda centellea, Orion resplandece; el grupo prodigioso de las Pléyades se engrandece; Sirius abre su cráter; Arcturus, pájaro de oro, relumbra en su nido; el Escorpion repugnante hace que se agite en el cenit el pecho del Sagitario.

Asciende hácia la aparicion terrible de los soles, hasta los espacios relumbrantes; se orienta abriendo las velas; se creeria en el éter, que desde lejos le oye, que ese bajel poderoso y soberbio se dirige cantando á apoderarse de alguna de las estrellas.

Así esa nave, destrozando todos los nudos terrestres, volando por el cielo vertiginoso que estudiaron los pálidos Zoroastros, como arrastrada por el soplo insensato de la noche, se lanza y se sumerge, cae, rueda y huye por el precipicio de los astros.

¿Dónde, pues, se detendrá el hombre sedicioso? El espacio mira con inquietos ojos la huella del pié del hombre impresa en las nubes; del hombre, que se apodera de la extremidad de las cosas desconocidas, que se casa con el abismo, que está unido á su arcilla, y que le vé ahora viajando por el infinito. ¿Dónde se detendrá el poderoso refractario? ¿Hasta qué distancia se alejará de la tierra? ¿Hasta qué distancia se acercará al destino? La áspera fatalidad se pierde en lontananza; toda la historia antigua y deforme se desvanece en el nuevo horizonte, como una humareda. Los tiempos están consumados. El hombre tomó posesion del aire, como el alcion de las olas; ante nuestros orgullosos ideales, ante nuestras utopias, ante los ojos creyentes y las alas impías, ante todos nuestros esfuerzos jadeantes, la oscuridad sin fondo nos cerraba la entrada; pero el verdadero campo se abre por fin á las poderosas álgebras, y el hombre vencedor penetra hasta el fondo de la oscuridad, desdeña el Océano y al anti-

guo infinito ya muerto. La puerta oscura, que estaba cerrada herméticamente, se entreabre, y el hombre entra por ella.

El hombre en los tiempos primitivos montaba las bestias de carga; luego en la carreta con ejes; despues en la frágil barca, que se enorgullecia con su mástil; más tarde, cuando necesitó vencer los escollos, las olas y los huracanes, el hombre ascendió sobre la llama, y ahora el inmortal aspira á lo eterno, y ascendiendo sobre el mar, llega hasta el cielo.

El hombre obliga á la esfinge á que le sostenga la lámpara. Es jóven, y abandonando el saco del antiguo Adan, parte y arriesga hácia los cielos, que su antorcha alumbran, un paso semejante á los que se dan hácia la tumba, y quizás empieza al fin la travesía asombrosa de un astro á otro.

A tanto llegará á atreverse el hombre! ¿Será verdad que el mortal, que antiguamente era un forzado; que el espíritu humano, que antiguamente era reptil, se convierta en ángel, y rompiendo su argolla, penetre á pié llano en el cielo? La muerte llegará, pues, á ser inútil!

Atravesar el éter! ¡Espantosa y magnífica ilusion! ¡Doblar el promontorio enorme de la tumba! Quién sabe! Las alas son poderosas y el hombre es alado; quizás llegue un dia maravilloso en el que un Cristóbal Colon de la sombra, un Gama del cabo del abismo,

---

Un Jason del azur, que viajaba durante muchos años, olvidado ya de la tierra, de repente ante las riberas humanas reaparezca, sobre este buque aéreo, y señalando á Sirius, á Allioth y á Orion, exclame:—"Ya llegué!„

Así como se ven en las bóvedas de las bodegas las manchas negras que han producido las luces que en ellas se encienden, se podrá en la bóveda azul adivinar que un hijo del mundo pasó por allí por el humo que en la techumbre de los astros haya dejado su antorcha.

No tan lejos! no tan alto! ¡volvamos á descender! Permanezcamos siendo hombres, pero no hombres ciegos; permanezcamos siendo Adan, pero no el Adan caido. Otra aspiracion ideal es la que conviene á la humanidad.

Apareció el alba. ¡Causó repentina erupcion de locura y de alegría, cuando despues de seis mil años desató y rompió bruscamente invisible mano los grillos que el género humano tenia atados á los piés, cuando rompió la cadena que encerraba todas las cadenas! Entonces desaparecieron del hombre los furores, los ódios, las quimeras; se desvanecieron la fuerza, la ignorancia, el error, el hambre, el derecho divino de los reyes, los dioses falsos, y la mentira, el duelo, las brumas y las tinieblas se convirtieron en polvo como los antiguos tiempos. De este modo llegó la era anunciada; esta era, que al través de los siglos vió desde muy lejos Thales, de la que Platon, conmovido, en las esferas celestes oia los cantos y contemplaba las danzas.

Los séres desconocidos y buenos, las providencias que están presentes en el azur, los ángeles que observan todos los pasos del hombre, siendo su santa mision dirigir las almas y atizar en su fuego la conciencia en el fondo de los tenebrosos cerebros, esos amigos y protectores de los vivos no tiemblan ya y no se lamentan de los humanos. Ven dibujarse en el Oriente la ideal Sion; ya no tienen fijos los ojos en el vencedor ni en el soldado, que fueron cazadores de hombres, ni en las claridades que destellaban las Sodomas, precursoras del fuego que las devoró; ya no miran á la esclavitud sombría trenzando las mallas del mimbre de las cunas; el hombre encadenado es ya libre, tierno, fuerte y tranquilo. Esos espíritus puros, que ocupan el empíreo augusto, ante el globo oscuro ayer y luminoso hoy, no sufren ya por el cariño que profesan á los mortales; sus miradas sombrías adquieren alegre claridad y sus labios empiezan á sonreir.

A dónde vá el navío? Vá radiante de dicha y de claridad al puro y divino porvenir; vá hácia la virtud, hácia la ciencia; á encontrar muertas las plagas, y olvidando generosamente vá á las regiones de la abundancia y de la paz, en las que el hombre será feliz.

Camina el navío hácia el derecho, hácia la razon, hácia la fraternidad, hácia la verdad religiosa y santa, sin imposturas y sin velos; hácia el amor que ata los corazones con tierno lazo, hácia lo justo, hácia lo grande y hácia lo bello... ¡Ya veis cómo se remonta hasta las estrellas!

Lleva el hombre hácia el hombre, el espíritu hácia el espíritu; civiliza y glorifica; destroza y arruina el pasado, que se vá borrando; abolió la ley de hierro, la ley de sangre, la espada, la argolla y la esclavitud, al pasar por el cielo sonando como una música.

Atrae hácia la verdad á los que la falsedad rechazó; hace brillar la fé en las miradas de Spinasse y la esperanza en la frente de Hobbes; se cierne tranquilizando, calentando y difundiendo sobre todo lo que fué lúgubre ó perverso la clemencia celestial.

Por los campos de batalla, establecidos durante la noche, pasa, y ahora brilla ya la luz del dia sobre los mortíferos campamentos, en los que los siglos, fijando los ojos tristes, miraban la espantosa sombra que proyectaban las dos alas de la victoria.

Al pasar ese navío, César vuelve á ser hombre; el edén se abre de repente y se ensancha sobre el Erebo; las malezas se llenan de lirios; todo se transforma y todo renace; lo que marchitaba la muerte reflorece en la vida, y asustada la madera de la horca, vé brotar de ella ramas verdes.

La nube, la aurora con sus cándidas frescuras, las alas de la paloma y todos los fulgores blancos componen su mágia en las alturas, y tras ese navío, mientras vuela hácia la claridad, la negrura de la fatalidad antigua que enrojecian furores infernales,

---

En el brumoso caos que constituyó el mundo antiguo, en el que el Alláh turco se apoyaba en la esfinge egipcia; la secular Gehenne, la Gomorra infame, en la que flameaba un lago humeante; el bosque del mal, que alumbraban vagamente los ojos fijos del ódio,

---

Caen y se secan, como hojarasca muerta, y desaparecen el dolor, el pecado, el remordimiento y la perversidad. Todos los espoliadores y todos los corruptores se disipan, y con ellos el toro de bronce que muge, el hacha, el tajo y la llameante hoguera.

Se ven brillar por todas partes los espíritus siderales; se vé el fin del mónstruo y el fin del héroe, el fin del ateo y del augur, del conquistador y del pária, y lentamente se vé salir á Beccaria de Dracon transfigurado.

Se vé salir el Cordero del dragon fabuloso, se vé salir á la Vírgen del oprobio y á la Purísima María de la prostituida Vénus; la blasfemia se convierte en psalmo ardiente y puro, y el himno toma, para trocarse en viento y adquirir alas de azur, pedazos de nubes.

El mundo se salvó! La flor, la primavera, la aparicion del bien, la desaparicion del mal, festejan en su magnífica carrera á ese globo luminoso, á ese carro alado que siguen con la vista, Empedocles desde el fondo del abismo y Prometeo desde lo alto de la montaña.

Viaje sagrado emprende ese navío por el éter; es el primer grado de la ascension á la esfera azul: fuera de los viles escombros del mundo viejo, fuera de la pesantez está el porvenir, está el destino del hombre, que al evadirse por fin, levando el áncora, sale de la oscuridad.

Ese navío consuma en las alturas el gran himeneo y casi mezcla con Dios el alma del género humano. Vé lo insondable y lo toca; es el arrojo impetuoso del progreso hácia el cielo; es la entrada altiva y santa de lo real en el antiguo ideal salvaje.

Cada uno de los pasos de ese navío vá conquistando lo ilimitado; representa la alegría y la paz; la humanidad encontró en él su inmenso órgano, y boga, usurpador sagrado, vencedor bendito, estando cada vez más lejos del punto sombrío donde empezó el hombre.

Trabaja el abismo, abriendo inmensos

surcos, en los que crecian el huracán, el invierno, los torbellinos y los nubarrones, y gracias á él, el cielo cosecha la concordia, y vá fecundando misteriosamente el infinito ese carro augusto de las nubes.

Hace germinar en sus campos la vida humana; donde Dios sembró soles ponientes, él consigue segar auroras, y oye debajo de su vuelo, que hiende los tranquilos aires, crecer y temblar por todas partes los pueblos soberanos, como espigas inmensas y sonoras.

Nave mágica y suprema! Solo caminando trocó el lamento terrestre en puro y alegre canto; rejuveneció las razas envejecidas, estableció el verdadero órden, enseñó el camino seguro y logró que el hombre fuera tan justo, tan bueno y tan fraternal, que llegó á suprimir las pátrias.

Esa nave tiene la mision sublime de conseguir que en las alturas tengan los hombres su única nacion, que sea á un tiempo la última y la primera en pasear su vuelo por todos los espacios y que por toda la extension del firmamento se cierna la libertad en la luz.

LVIII.

*

¡Oh Dios, cuya obra vá más lejos que nuestra imaginacion, creador que no te permites descanso ni tregua, ojos sin pupila y sin sueño, eterno manantial de vida, abismo misterioso del que sale una humareda de hombres, de séres y de soles!

¡Humanidades sembradas en todos los espacios, coaligaos!; dirigíos, como innumerables ejércitos, á declarar la guerra á Dios; luchad, atacad á ese sér inabordable, á ese sér tan tierno que no debe ser temible, y tan profundo que es azul.

Medíos, vosotros que sois la sombra, con él, que es la plenitud, y vuestras innumerables regiones, que tratan de asaltar la inmensa torre y que hormiguean bajo su enorme base, habrán gastado hasta su último dia antes que Él haya inutilizado su primer astro!

LIX.

FUERA DE LOS TIEMPOS.

La trompeta del juicio.

Ví allá arriba, entre las nubes, un monstruoso clarin, que á la entrada del cielo, tranquilo, parecia que esperase que le tocara el arcángel. Le rodeaba lo que nunca muere y lo que nunca cambia. Se comprendia que aquella trompeta fatal, que duerme y calla, en alguno de los sitios en los que se crea ó se siembra, fué forjada por algun sér supremo que condensó la equidad en el bronce. Estaba allí lúgubre, espantosa, pero serena. Yacia sobre la bruma insondable que tiembla fuera del mundo, más allá de todo lo que tiene forma. Vivia en una noche en la que nada tiene contorno ni edad, en la que la nube es espectro y el espectro es nube. Era el clarin del abismo.

Llegará un dia en que de él saldrá una voz que se oirá siete veces. Aguardando ese dia, piensa friamente y escucha, cobijando el castigo, cobijando la recompensa; que todo el espanto difundido por el cielo es hermano de ese clarin, impenetrable anunciador. Le contemplaba entre los vapores fúnebres como veria callar un gallo en la oscuridad. Ni el más leve murmullo se oia alrededor de la trompeta. La inmovilidad de los cementerios, la paz de los muertos acostados en las fosas, eran semejantes á su inaudito silencio, silencio que tenia en suspenso el anatema. Se comprendia que mientras ese clarin callase, los sepulcros conservarian la actitud horrible de la nada, que la momia no perderia sus cintajos, que el hombre pasaria de cadáver á esqueleto, que el festin del destino, que las pasiones de la carne satisfechas, el placer, la gloria y el orgullo terminarian por la podredumbre, que sirve de orgía á los gusanos; pero que en la hora en que repentinamente esa trompeta vasta y sombría sonase en el espacio sin límites, aparecerian, como una bandada de pája-

ros en un bosque, todas las almas, cisnes y águilas, gavilanes y palomas, saliendo temblando de las tumbas, produciendo esos espectros el ruido de aguas caudalosas, y se dirigirian apresurados á recuperar cada uno sus huesos, mientras en el fondo del abismo del espacio, blanqueando lo absoluto, como dia que aparece, se asomaria á la luz la faz misteriosa del Juez.

La trompeta parecia saber el secreto. Se comprendia que su sonido enorme y prodigioso seria tal que haria saltar, vibrar y revivir la sombra, el plomo y el mármol; que conseguiria que el olvido sombrío con su falta de memoria se levantase; que el sonido de esa trompeta, al mismo tiempo que haria temblar los cielos palpitantes, se dejaria oir de todas las conciencias; que el escéptico, el voluptuoso y el ateo sentirian penetrar su sonido por las vértebras; que el que nunca conoció el remordimiento, lo conoceria entonces, y que despertaria, como el que llama con estrépito á una puerta, los oidos más duros y las almas más muertas.

¡Cómo comprender el efecto que causará en el espíritu del hombre, en el que todo vacila y huye, en el espíritu que tiembla en cuanto se atreve á augurar, aquella vibracion que se comunicará á los muertos; aquella intimacion tremenda del cielo que abrirá sus puertas y del abismo que abrirá sus fauces, producida por la voz terrible de Dios, que exclame:—"Todo ha terminado!„

Cuando el mundo llegue á su fin; cuando los instantes, los dias, los meses, los años hayan llenado la urna del tiempo; cuando caiga del cielo la hora fatal ó venturosa, la gota que haga desbordar la urna, en aquel horrible silencio, un rayo blanco y largo se deslizará formidable y tembloroso hasta los cementerios, se extremecerán hasta los sepulcros de piedra de los sombríos campos dormidos, y saliendo de repente de la bruma ese clarin por encima de los séres y de las cosas, por encima de los delitos y de las apoteósis, por encima de los espíritus y de los cuerpos, tocará la diana espantosa de los muertos.

Las voluntades sin ley, las pasiones sin freno, las acciones de todos los séres, el ódio, el amor, la virtud, el furor, el himno, el placer y la pena dejaron en la sombra su pálida señal alrededor de ese bronce mudo. Su dimension vaga y espectral, saliendo de lo eterno, entraba en lo absoluto: para poder medir su tubo hubiera sido preciso figurarse en la imaginacion la toesa y el codo en la profundidad perturbada de la idea; uno de los dos extremos del clarin tocaba en el bien y el otro en el mal; su longitud llegaba desde el hombre hasta la bestia. Su embocadura, abismo en el que se sumergia mi mirada, círculo del tenebroso Desconocido, lleno del horror que el misterio exhala, me parecia una invitacion colosal á entrar en la sombra en la que Dios mismo se desvanece. Su boca silenciosa se ensanchaba sobre el hombre y sobre la naturaleza.

En el fondo de lo inmanente y de lo ilimitado, á veces en las lontananzas sin término de lo invisible, algo terrible temblaba vagamente, brillaba y pasaba como inexpresable relámpago. Las profundidades de los mundos parecia que meditaban sobre la hora en que habian de oir de la áspera trompeta salir el llamamiento tan largo como el infinito. Lo inmutable parecia temblar anticipadamente.

De los pórticos del abismo, de los antros repugnantes, de las cavernas que llamamos infierno, de esas bocas de la oscuridad que no hablan, del vacío en el que no flotaba ningun soplo aéreo, del silencio, en el que no se oia un hálito, parecia que se desprendian estas palabras:—"No es tiempo todavía.„

Algunos momentos, en esos sitios tristes, como se oye el ruido de los pasos de alguno que viene, se oian los pasos de la justicia; despues todo volvia á quedar en silencio. El sombrío clarin abria su embudo. Un grupo de huracanes dormia en su cráter: como debe callar hasta el dia en que desclavemos los clavos de nuestro ataud, ninguna mano se acercaba á él en la invisible esfera. Los astros que pasaban decian:—"Acuérdate! Reza!„ y la noche repetia estas palabras á la sombra. Yo no sentia ya ni el tiempo ni el número.

Una mano siniestra salió del infini-

to. Hácia la trompeta, que asusta á todo criminal que quedó impune, y debe hacer que los muertos se levanten de los sepulcros, se extendia abierta y como á punto de empuñar el clarin, que permanecia mudo. La mano se alargó entre las nubes y fuera de lo invisible. ¿A qué sér pertenecia? Imposible era conocerlo al través del brumoso firmamento; la vista en aquella oscuridad solo veia claro los cinco dedos abiertos de la terrible mano; de tal modo aquel sér, que estaba de pié en la sombra horrible, arcángel ó serafin inmóvil, que esperaba la última señal, sumergia los piés en el infierno y la frente en las estrellas!

LX.

ABISMO.

—

Abismo.

EL HOMBRE.—Yo soy el espíritu que vive en el seno de las cosas muertas. Sé forjar llaves cuando encuentro las puertas cerradas; hago que el leon retroceda hasta el desierto; me llamo Baco, Noé, Deucalion; me llamo Shakespeare, Aníbal, César y Dante; soy el conquistador que blandiendo la espada, espantando la sombra que persigo, penetro en todos los terrores y en todas las noches. Soy Platon, y veo; soy Newton, y encuentro. Del buho hice nacer á Atenas, de la loba hice nacer á Roma, y el águila me dijo:—"Anda tú delante!„ Tengo á Cristo en mi sepulcro y á Job en mi estercolero. Vivo, y con mis dos manos sostengo en equilibrio el alma y el cuerpo; soy, en fin, hombre, señor y libre. Soy el antiguo Adan; amo, sé y siento; alegre cojo el árbol de la vida con mis dos poderosas manos y lo sacudo por encima de mi cabeza; y como si fuera el viento de la tempestad, agito sus ramajes cargados de naranjas de oro, exclamando:—"Acudid, pueblos! tomad y comed!„ Y hago sobre sus frentes caer todas las frutas, porque, ciencia, para mí y para mis hijos tu savia desciende á rios desde los cielos bondadosos, pues la vida es tu fruto y tus raices son la eternidad. Todo germina, todo crece; y como atraviesa un bosque el rojo incendio, el luminoso progreso camina y al caminar devora el pasado. Tengo voluntad y todo me obedece; la inflexible materia cede á mis deseos; soy casi igual al gran Invisible; hago vino como él hace miel; lanzo como él globos al cielo; convierto en palacio lo que fué mi cárcel; ato un hilo vivo de un polo al otro polo; hago volar el espíritu en las alas del relámpago; tiendo el arco de Nemrod, y la flecha que silba, y la flecha que vuela y que envio hasta el extremo del mundo, es mi palabra. Hago que conversen el Rhin, el Oregon y el Ganges, como tres viajeros en un mismo wagon. He suprimido las distancias. Del antiguo gigante que se llamaba Espacio hice un pigmeo. Corro, y al ver mi audacia, envidiosos de mí los titanes levantan la frente marchita; Prometeo, encadenado en el Cáucaso, lanza un grito de admiracion al ver que Franklin roba los rayos al cielo; Fulton, á quien Júpiter en los tiempos antiguos hubiera pulverizado, monta el *Leviatán* y atraviesa el mar; Volta coge en sus manos la espada del arcángel y la disuelve; el mundo, al oir mi voz, tiembla y cambia; muere Caín, y el porvenir se parece al jóven Abel; reconquisto el edén y termino la torre de Babel. La naturaleza es un boceto y yo termino el cuadro. Tierra, soy tu rey!

LA TIERRA.—No eres más que mi gusano. El sueño, la pesada necesidad, la fiebre, el hambre, la sed, el estómago vil te abruman y te producen innumerables enfermedades; cuando llegas á viejo eres un espectro, cuando mueres no eres más que una sombra, ¡ceniza que se disipa! Yo vivo eternamante; tengo siempre primaveras y auroras; soy jóven, á pesar de contar millones de años; concedo instintos razonables á los animales; de una bellota saco una encina y de una pepita un melon. Me derramo, como urna sombría, por las briznas de yerba, por los abetos, por las cepas de donde salen los racimos, por los trigos que han de formar haces; y ante mi faz, por la que se esparce la sombra ó brilla la luz, las doce horas del dia y las doce horas de la noche danzan incesantemente una ronda sagrada. Soy manantial y caos; entierro y creo. Cuando nació la mañana ya habia yo nacido. El Vesubio es mi máquina y el Hekla mi fragua, y enrojezco del Etna las altas chimeneas. Meneando Cuzco conmuevo los Pirineos. Me sirve de esclavo un astro; cuando llega la noche, tendiendo por uno de mis lados su negro velo, tengo una lámpara, que es la luna. Pueblo los aires, las llamas y las olas; produzco el gusano,

pero doy vida á los typhones. Globo vivo, estoy revestido de inmensos oleajes, de bosques y de montañas, que me sirven de armadura.

SATURNO.—¿Qué dice esa voz miserable que murmura? Tierra, ¿por qué te vanaglorías de tu limitado campo, si eres un grano de arena al que acompaña un grano de ceniza? En el inmenso azur trazo yo un círculo enorme; el espacio vé con terror mi disforme belleza; mi anillo, que ilumina la palidez de las noches, como las bolas de oro que lanza y cruza el juglar, lanza y retiene siete colosales lunas.

EL SOL.—¡Callen en el cielo los planetas, mis vasallos! Silencio! Soy el pastor y vosotros sois el ganado. Como dos carros de frente pasan á la vez por debajo de un pórtico, por el menor de mis volcanes, Saturno y la Tierra pasarian los dos sin tocar siquiera en las paredes del cráter. Caos, yo soy la ley! ¡Fango, yo soy el fuego! Contempladme! Soy la vida y el centro, soy el sol, la tempestad eterna de la luz.

SIRIUS.—¡Estoy oyendo hablar al átomo! Vamos, sol, cállate! ¡Cállate, fantasma, especie de claridad! Pastores, cuyo ganado huye en la inmensidad, oscuros globos, soy menos altivo que vosotros. ¡Estás orgulloso, guardian de los planetas, por siete ú ocho corderos que paces en el azur! ¡Yo arrastro en mi augusto orbe mil esferas de fuego, y la menor de ellas tiene cien lunas. ¡Ni siquiera lo sabes, larva que me estás importunando! ¿De qué me sirve brillar cerca de esa nada? El astro pigmeo ni siquiera vé al astro gigante.

ALDEBARÁN.—Sirius duerme y yo vivo; apenas se menea. Yo tengo tres soles: uno es blanco, otro es verde y el tercero es rojo; centro de un torbellino de mundos desenfrenados, dan vueltas, encadenados por invisible cadena, pero con tanta rapidez, que se cree ver pasar una llama loca; el rayo dice muchas veces:—"Renuncio á seguirles!„

ARCTURUS.—Yo tengo cuatro soles que dan vueltas, cuádruple infierno, y sus cuatro rayos forman un solo relámpago.

EL COMETA.—¡Plaza al pájaro cometa que sobresalta á las profundas noches! Temblad cuando yo paso; cada uno de vosotros, mundos y soles, solo es para mí un grano de mostaza.

EL SEPTENTRION.—Un brazo misterioso me tiene siempre levantado; soy el gran candelabro de siete brazos del Polo. Como los soldados con la espada al hombro, mis fuegos velan en los bordes del vacío donde todo termina. Los universos que hay sembrados desde el nadir hasta el cenit, debajo de todos los ecuadores y debajo de todos los trópicos, se dicen unos á otros:—"Vemos las puntas de las lanzas de los negros y monstruosos guardianes del Polo.„ El éter tenebroso, lleno de tortuosos globos, no sabe quién soy yo, y durante la noche me acecha, mientras que mi claridad vela. Me vé avanzar, se incorpora, y temblando escucha con horror para ver si oye cómo caminan mis invisibles caballos. Me bautiza con nombres salvajes; cree que soy la fiera errante del cielo, y yo soy el norte y poseo siete ojos vivos y luminosos, que tienen soles por pupilas. Soy el Septentrion que sobre vosotros aparece. Sirius, con todos sus globos, no alcanza á ser ni la menor centella de mi foco más pequeño. Habito durante la noche en las más radiantes cumbres. Ni los cometas encendidos osarian tocar con las llamas de sus colas mi carro, que rueda por las profundidades azules. El astro que acaba de hablar ni siquiera yo le veo. Las estrellas del cielo van y vienen allá abajo arrastrando sus esferas de oro y sus lunas, y si yo me pusiera en marcha por en medio de ellas en los campos del éter, sometidos á mi esplendor, mi rueda aplastaria todos esos soles hormigas.

EL ZODÍACO.—¿Qué vale tu rueda comparada con la mia? De cualquier parte del cielo que venga tu luz, choca con la mia, que soy el cabrestante del abismo y que digo á los soles:—"Tú vete; tú vuelve. A tí te toca. Sal; yo te envio.„ Pues no existo solo para que se vea siempre en el azur relumbrante el toro, el cordero y el leon fugitivo ante el cazador monstruoso que se llama Sagitario; sumerjo además un cubo profundo en el pozo del misterio; soy el rodaje enorme del que desciende el órden invisible hasta el fondo del abismo deslumbrante. Sagrado cielo, si los ojos pudieran ver tus prodigios y tu horror desmesurado, quizás en el engranaje que me forma verian algun espantoso condenado, alguna inmensa alma en pena, empezando sin cesar una inútil ascension, y por el astro que viene abandonando al astro que huye, subir los escalones siniestros de la noche.

LA VIA LÁCTEA.—Yo abarco innumerables millones de estrellas; soy en la sombra y debajo de los sagrados velos el espléndido bosque de las constelacio-

nes; contengo un monton de ojos y de rayos, un espesor inaudito de luces. Todavía, desbordándose todo de los primeros efluvios, mi brillante abismo os sirve de manantial á todos. Astros de bajo, estoy tan lejos de vosotros, que mi vasto archipiélago de inmóviles esplendores, que mi monton de soles aparece á vuestros débiles ojos en el fondo del cielo, desierto lúgubre, en el que muere el ruido, ceniza roja esparcida en la noche; pero globos que pesadamente os arrastrais, ¡qué espanto se apoderaria del que consiguiese penetrar en mi viva claridad! Cada uno de mis puntos es un astro y cada astro es un sol. Tantos astros, tantas inmensidades extrañas y diversas, aproximándose á los demonios ó á los ángeles, forman de ellos los planetas otras tantas naciones; un grupo de universos, víctima de sus pasiones, dá vueltas alrededor de cada uno de mis soles; en cada humanidad hay corazones y almas, espejos en los que los vé el ojo universal; en cada corazon existe el amor y en cada alma el cielo. Todo esto nace, muere, crece, mengua y se multiplica. La luz en mí rebosa y llena toda la sombra. En el abismo que hay bajo de mí, deslumbrados con mi claridad, los globos y tú, Zodíaco, los cometas extraviados, atravesais temblando las pálidas extensiones y producís sonidos semejantes á vagos clarines. Yo, con mi inmensidad de soles, vivo radiante y fecundo; vivo ignorando si el resto del mundo, vagando por algun rincon del firmamento, se ciega al ver mi irradiacion esplendorosa.

Las nebulosas.—¿A quién hablas, copo lejano que pasas? Apenas oimos tu voz en el espacio. Apenas te divisamos; déjanos brillar en paz, que somos las encargadas de alumbrar las tinieblas; somos mudos espectros abiertos en los caos fúnebres, que no tenemos polo austral ni polo boreal; somos las realidades que viven en el ideal, los universos de los que sale el inmenso enjambre de las teorías dispersadas en el éter, en ese Océano sin playas; somos las islas de lo desconocido.

El infinito.—El sér múltiple vive en mi sombría unidad.

Dios.—¡Si yo soplara, todo seria sombra!

Fin de La Leyenda de los siglos.

EL PAPA.



EL PAPA.

ESCENA PRIMERA.

EL SUEÑO.

El Vaticano.—La cámara del Papa.—Es de noche.

EL PAPA EN EL LECHO.—¡Por fin puedo conciliar el sueño! (Se duerme.)

I.

Palabras en el cielo.

Vivientes, dormid! ¡Apacíguate, tumulto de las almas! Tregua y olvido! Malvados, reposad! Basta ya; debeis estar cansados de odiar, y llegó ya la hora de la paz, que el mundo reclama. El corazon divino refleja su resplandor en el corazon humano. El pensamiento se engrandece en las regiones del sueño. Hombre, no estás sumido en lo desconocido; lo conoces todo, porque sabes que debes ser justo; la suerte es el antro negro, pero el alma es la augusta lámpara: Dios, por medio de la conciencia inextinguible, desvanece la inocencia del hombre en las blancuras del cenit. La frente humana está unida al cielo por un rayo luminoso. La vida es una página misteriosamente plegada, que el hombre lee cuando muere y deletrea cuando sueña. El sueño es un prodigioso desvanecimiento; en él se oyen voces, pasos y olas; en él todo se mezcla, clamores, suspiros y gemidos; multitudes temblorosas, apacibles rebaños, alegres enjambres, y todo se dirige al fin divino, guiado por la mirada eterna. Responsabilidad, trabaja, que ha llegado tu hora; mejora el alma humana. Todos los vivientes arrastran la misma cadena. Siente, pastor, su peso. Frágiles poderosos, tratad de que os tolere la sombra; el abismo está irritado con justa cólera y se presenta amenazador, pero solo amenaza al fuerte; el átomo, cuando duerme, cuenta con razon con la proteccion terrible de los abismos. Dormid, virtudes; dormid, sufrimientos; dormid, crímenes; dormid bajo la serenidad del firmamento azul. ¡Feliz el hombre que comprende al través de su sueño que las estrellas alumbran la tierra para proteger al débil y al humilde, y que durmiendo oye el consejo misterioso que desciende de las alturas. ¡Dejad pasar sobre vosotros los venerables astros y dormid! ¡Vivientes, grandes ó miserables, que en esas horas os pareceis al fantasma envuelto en su sudario; mientras temblais, soñando, el alma vela y vigila en vuestro interior!

. . . .
. . . .
. . . .

II.

Entran los reyes.

LOS REYES.—Salud, Papa! Somos los omnipotentes, los reyes, los señores.
EL PAPA.—Salud, hombres!
LOS REYES.—Sacerdote, somos reyes.
EL PAPA.—Por qué?
LOS REYES.—Porque lo somos eternamente.
EL PAPA.—Y Dios?
LOS REYES.—Ya sabes que en la tierra hay cumbres.
EL PAPA.—Desde la altura de Dios solo se vé en la tierra un llano.
LOS REYES.—Somos grandes, fuertes y vencedores.
EL PAPA.—Los humanos no son más que sombras.
LOS REYES.—Somos los elegidos.
EL PAPA.—Los hombres todos son iguales.
LOS REYES.—Como el Horeb y el Galgal, como el Sinaí, que dominan los campos, somos nosotros, que formamos una cadena augusta de montañas; constituimos el horizonte que creó el mismo Dios.
EL PAPA.—Corona la aurora la frente de las montañas y la noche la frente de los reyes. Dios no los creó.
LOS REYES.—¿Acaso no eres rey tú tambien?
EL PAPA.—Yo no reino.
LOS REYES.—Entonces qué haces?
EL PAPA.—Yo amo.

III.

El Papa en el umbral del Vaticano.

Hablando á la Ciudad Eterna, hablo al universo. Escuchadme, mortales que vivís en la oscuridad y á quienes extravió durante mucho tiempo la impostura servil; sabed que el cetro es vano, el trono negro y la púrpura vil. Quienquiera que seais, hijos del Padre, oidme todos. No hay debajo del cielo suave é impenetrable más que una púrpura, la del amor; no hay más que un solo trono, el de la inocencia: la luz y la oscuridad están en presencia del hombre como dos combatientes dispuestos á destrozarse; el sacerdote es un piloto; debe acostumbrarse á la luz para que su alma sea blanca; todo debe crecer en la claridad, el hombre, la flor, la rama y el pensamiento; hora es ya de que la aurora tenga razon, y Dios no nos ha confiado su morada, que es la justicia, para que vivamos fuera de ella, para que aumentemos la oscuridad y hagamos que la esfera gire del revés. Soy ciego, como todos vosotros, amigos mios. Desconozco lo que es el hombre, lo que es el mundo y lo que es Dios, y me han ceñido en la frente tres coronas, correspondientes á esas tres ignorancias. El Papa está revestido de apariencias; los hombres, mis hermanos, me parecen mis siervos; no sé por qué habito en este palacio; no sé por qué ciño esta diadema; me llaman Señor de los señores, Jefe supremo, Pontífice soberano, rey escogido por el cielo; pero, pueblos, hice el descubrimiento de que soy pobre. Por eso me voy de aquí. Abandonaré el palacio, con la esperanza de que me perdonen el oro, la riqueza y el espantoso y usurpado lujo en que viví; espero que no me maldigan por haber pasado la vida vestido de púrpura, habiendo nacido para vivir en una choza. La conciencia humana es hermana mia y deseo hablarla. Mi ley es aborrecer el mal, sin odiar al malvado; solo soy un monje, como Basilio, como Honorato y como Antonio; ya no calzaré sandalias, en las que la cruz se espanta algunas veces de los besos sangrientos de los reyes. Pueblos, en otros tiempos Noé salió deslumbrado por los sueños que tuvo en el arca; así salgo yo. Partiré, y al ponerme en marcha para recorrer la tierra al azar, sufriendo, cuando le plazca al cielo, la lluvia y el granizo, sin saber dónde por la noche reclinar la cabeza, sabiendo que el hombre sufre, iré á socorrerle, iré á confortar á los espíritus que floten y á los corazones que zozobren; iré al desierto, á las aldeas, á las cabañas, de noche, al través de las zarzas y de las piedras; vagaré como Jesús, como ese errante divino. Para el que nada posee, caminar por las profundidades humanas, crear corazones, acrecentar la fé, es apoderarse del mundo. Tomaré la tierra á los reyes, devolveré Roma á los romanos y volveré á entrar en la casa de Dios; esto es, en la casa del Hombre. Pueblos, dejadme pasar! Adios, Roma!

IV.

El Sínodo de Oriente.

El Patriarca de Oriente.—Tiene la tiara puesta. Los obispos, con mitras de oro y capas pluviales, le rodean.

El Patriarca.—¡Entonad el himno de la alegría y de la alabanza! Tribus, ciudades, cantad en el valle, cantad en la montaña. Sabaoth es el esposo y la Iglesia su compañera. Pueblo, yo soy el apóstol y bendigo los cielos.—(Entra un hombre vestido con un sayal negro y con una cruz de madera en la mano.)

El hombre.—Bueno es bendecir el cielo, pero es mejor bendecir el infierno.

El Patriarca.—El infierno!...

El hombre.—Sí; bendecir las miserias; esto quiero decir. Bendice las lágrimas, los corazones sinceros, pero marchitos, en los que el bien combate contra el mal. Bendice la desnudez, los harapos, los miserables lechos y las mazmorras; bendice al espíritu humilde y sombrío y á las almas fatigadas; á aquellos por quienes nunca rezaste, á los párias, á los réprobos, y ese total de males que suman todas las miserias del mundo. Bendice ese infierno.

El Patriarca.—¿Quién es este hombre?

El hombre.—Obispo del Oriente, el obispo del Occidente te saluda; yo soy tu hermano. Sé prudente y medita, porque, sacerdote, Dios existe.

El Patriarca.—Sois vos, padre! ¡Vestido con un sayal!

El Papa.—Estoy triste!

El Patriarca.—Vos! ¡El primer sér del mundo!

El Papa.—Ay de mí!

El Patriarca.—Por qué estais triste?

El Papa.—Me entristece el dolor universal y tu alegría. (Avanza algunos pasos y mira fijamente al Patriarca.)

¡Padre, hay muchos que sufren en el mundo y odioso lujo te rodea! Empieza por echar en tierra la corona. La corona estorba á la aureola. Es preciso escoger entre el oro de la tierra ó la relumbrante claridad del cielo. Sabe, alegre pastor, que los pueblos tiemblan; sabe que el cielo marca las horas en que ha de sonar el repique de las cunas que anuncia á los recien nacidos. Cuida de esos inocentes y no les conviertas en condenados. Teme al mal que centellea y que tú mismo atizas con tus vanidades y con tus concupiscencias. No seamos sacerdotes que produzcan estragos. No imitemos á los reyes que se roban unos á otros la Alsacia, Metz y Estrasburgo y Hannover. La riqueza que posees se la has tomado á los pobres. Cuando el oro hincha tu saco, Dios mengua en tu corazon. Hay en el mundo quien carece de pan y quien se muere de frio. Tus roquetes, tus casullas, sembradas de innumerables topacios; tu capa pluvial, en la que se refleja el dorado Oriente, son espectros negros que solo viven durante la noche, que sorprenden á Jesús en el pesebre que eligió por cuna y que le matan. Es menester que sepas que hay mujeres que se entregan á la prostitucion, porque tienen que ceder y rendirse, porque han de vivir, porque el rico tiene vicios y el pobre tiene hambre. ¿De qué te sirve apilar en blasonados estantes terciopelos, damascos y sedas, tener bonetes de oro y capas de coro que parecen sembradas de espejos? Pobres, cuyos sollozos escucho, todos esos tesoros, que son sagrados en vuestra morada y que son injustos en la nuestra; ese diamante que resplandece en la mitra, esos resplandores sombríos de la pedrería brotan de vuestra sangre, de la leche del enjuto pecho, del llanto de los pequeñuelos desnudos, de vuestra caida en abismos desconocidos. El fausto de ese sacerdote, pobres, representa lo que habeis perdido, la vida inocente, el alquiler de la casa, el tizon del hogar, la dignidad del corazon que no se doblega, el trabajo que aumenta porque el salario disminuye, vuestra alegría, el honor de vuestras mujeres y tu vergüenza, sacerdote! Devuelve esos tesoros á los pobres; para ellos son carbunclos y para nosotros inmundicias. Que mientras allá arriba el Eterno, sin fatiga y sin término, distribuye la luz y mantiene á los soles en ignicion para que todo marche y viva y para probar que El existe; mientras en esa sombra en que corre el meteoro nos mira con sus pupilas la aurora; mientras pone al mundo tales cimientos que nada se conmueve en ese firmamento azul, el dia que en el cielo sobre el que otros cielos pesan se desatan los formidables vientos; mientras hace rodar más astros en los espacios, más relámpagos, más voces, más ruidos, más fuegos, más prodigios nublados ó serenos sobre los arenales, sobre los montes y sobre los bosques, que el hom-

bre ha podido soñar jamás; mientras que El, ese sér inconcebible; mientras que El, el que no compra ni vende; El, el señor del rayo, está vivo, nosotros, sacerdotes, vestidos con ropajes más cargados de joyas que las mujeres públicas, volvemos hácia los falsos bienes nuestras miradas oblícuas; ofrecemos y mostramos á la multitud absorta, bajo la púrpura de un dosel y entre los pliegues de una muceta, un pequeño Dios sonrosado y con los ojos de esmalte. Un Jesús de carton! ¡Un Eterno de cera! ¡Se le pasea, se le canta, se le entonan salmos, se le hace lucir, pero caminando pausadamente por miedo de que un vaiven, sacudiendo el altar, haga pedazos al Altísimo. ¡Cada templo tiene su santo, que usufructúa y diviniza, y mientras la masa humana espira, mientras el ódio ruge en los corazones endurecidos por la injusticia, mientras el hambre, con espantosos dientes, devora el taller, el granero, la choza, nosotros colocamos entre maravillosos efectos de luz unos cuantos maniquíes en el fondo de un correder, bordados, calzados y rodeados de oro por todas partes. ¡Tenemos San Juanes y Santas Marías que recargamos de relumbrones! Derrochamos á Golconda en vestir la nada, en tanto que el vicio se convierte en gigante, y el lupanar, ese espantoso presidio de vírgenes, se abre. Os lo repito: ¡encended todos vuestros cirios, dad vuelta al templo en la más ordenada formacion; no por ello impedireis que esto sea repulsivo!

Mientras esto sucede, porque es preciso comer, y vuestro lujo se ha apoderado de su pan, un ángel, un alma pura entrará en la oscuridad de la noche. Por vestir de brocado al reluciente ídolo, las palomas del cielo se convertirán en aves nocturnas, y mujeres de carne y hueso, verdaderas mujeres honradas, flores de amor y lirios de castidad, adornarán con su pudor, con sus desnudeces y con todas sus virtudes muertas y disipadas vuestra pompa imbécil! Oís? ¿Comprendeis lo que os digo? Os hablo en voz alta. Dios habló en otro tiempo de este modo á los extraviados. Cuando nosotros, sacerdotes, nos inclinamos sobre el altar, no es para ser demonios. ¡Hermanos, amemos! seamos fraternales! Sacerdotes, llevad la cruz de madera en la mano y el sayal ceñido al cuerpo; levantad la frente ante los reyes; en vosotros no cabe otra humillacion que la de las almas ante Dios. ¿Por qué los reyes son la rueda y vosotros el eje? ¿por qué el pueblo está bajo vuestros piés? ¿por ser la base habeis de hacer rodar sobre él la mole que le aplaste?

¡Sabed que vuestras grandezas son caidas; sabed que el lúgubre zumbido de los pecados, vendedores del templo, es el que os dá la opulencia; y que Jesús, con el costado abierto por el hierro de la lanza, huyó, cubriéndose el rostro con las manos, por no ver al pueblo hambriento bajo el poder del sacerdote ahito! Cristo desapareció por repugnancia de ver ese espectáculo; se fué, porque para él los diamantes que brillan sobre los ropajes sacerdotales tienen los mismos destellos que los ojos del chacal. ¡Aspero buriel, santo andrajo pontifical, constituye tú todo mi esplendor! Bajo este traje siento que vuelve á entrar en mí el alma, que hizo salir el manto de púrpura. Vuelvo á la vida. El sacerdote está bien vestido con la mortaja; con ella se convierte en honor, en ejemplo, en virtud, en servidor del que sufre y en juez del que impera; á pesar de ser débil, es preciso que le teman los tiranos, y á los débiles siempre les dá Dios fortaleza. Su burdo hábito debe recorrer á todas horas y en todos los sitios los duelos, los males, las penalidades y los desastres; ¡que cuando los sacude de sus pliegues caen estrellas, caen lo verdadero, lo bueno, lo bello y lo grande! Sacerdotes, vuestras riquezas son mal adquiridas; no sois malvados, pero os habeis endurecido; tambien yo arrastraba ese monton de podredumbre, de perlas, de ónix, de zafiros y de rubíes. Los tenia en todas partes, sobre todo en mis vestiduras, y los vacié todos en el hogar de los pobres.

EL PATRIARCA.—Doctor, gran levita, sublime Papa, obispo ilustre y soberano, las Tablas de la ley son un libro de bronce; nadie puede cambiarlas, ni tú mismo.

UN OBISPO.—Es preciso que el hombre padezca para que Dios prospere. El oro del templo deslumbra útilmente al pobre; necesita perlas el dogma, como astros el firmamento; es necesario que el enjambre bullidor de los vivientes vuele hácia las mitras, que irradien como constelaciones; es necesario que llegue esa claridad hasta su noche; el templo opulento atrae; el altar pobre perjudica. El pastor debe elevarse sobre el rebaño, como el sol sobre el mundo.

Otro obispo.—Seamos prudentes al hablar de los reyes; su espada produce casi casi la misma sombra que nuestra cruz; el templo tiene á Dios por base y á los reyes por cúspide; Dios se hundirá si los reyes caen.

Otro obispo.—Las multitudes deben tener un señor, ya sea soldado, ya sea juez, ya sea profeta; el sacerdote es el primero de los señores y el segundo es el rey.

Otro obispo.—Si la esteva es dura abre mejor el surco. Sembrar es fundar; la espiga será más hermosa cuanto más profunda sea la llaga.

Otro obispo.—Dios no quiso jamás que le comprendiéramos.

Otro obispo.—El reino de los cielos pertenece á los pobres de espíritu; luego les conviene tener pocas escuelas, carecer de ciencia y no leer un solo libro.

Otro obispo.—El destino de los pobres consiste en estar bajo y en seguir á los demás. No les permite más ascension que hácia nosotros, y arrastrándose de rodillas suben las gradas del templo.

Otro obispo.—El pensamiento que se separa del dogma es la cizaña que crece entre el trigo. ¡Caiga el anatema sobre el hombre rebelde!

Otro obispo.—Disponemos de la terrible claridad, y es preciso que ésta alumbre ó abrase. El sacerdote es infiel á Dios si vacila en inclinarse y en aplicar la antorcha encendida al monton de paja de la hoguera.

El Patriarca.—Lo que hoy se llama libertad es el abismo. El terrible querubin que está de pié á la entrada del infinito repite sin cesar:—"Creed, temblad, humillad la frente y obedeced.„ El príncipe es sacerdote y el sacerdote es príncipe. Querer comprender, querer pensar, es poner obstáculos á Dios. Los mortales que se resisten á cumplir estas órdenes son insensatos. Dios maldice los esfuerzos, los trabajos, los pensamientos, vuestra razon, que es hermana del antiguo pecado, y vuestro vano progreso, que acaricia siniestramente la lengua de fuego que sale del lago de azufre. Estas son las verdades que saltaron del abismo el dia en que el trueno retumbó en el Horeb.

El Papa.—Creed, pues, que yo soy rebelde.

Los obispos.—Qué quereis decir?

El Patriarca.—¿Cuál es tu pensamiento?

El Papa.—Pienso que no creo nada de lo que estais diciendo.

El Patriarca.—¿Será posible que querais desmentir á vuestros augustos predecesores?

El Papa.—Me sentí descontento de mí mismo en la oscuridad de mi noche.

El Patriarca.—Cuando el piloto está ciego, el bajel zozobra. No cambieis de camino; no vayais hácia la noche, que eso es ir hácia la muerte.

El Papa.—Camino hácia la vida.

El Patriarca.—Tendreis que rendir cuentas.

El Papa.—Las rendiré.

El Patriarca.—Pensad en el cielo; vais á caer de él.

El Papa.—Al contrario; ahora voy á remontarme á sus serenas regiones.

Los obispos.—Sombría ceguedad!

El Papa.—Os aseguro que veo claro. Estaba en una cumbre dorada, sobre un pavés, rodeado de incienso, oyendo á mi alrededor cánticos y epitalamios, y sentí de repente que pesaban sobre mí todas las almas, y descendí, sabiendo que así subia. El dogma no tiene otros apoyos, la Iglesia no tiene otras bases que nuestras fragilidades; tratemos, pues, de purificarlas. Ví los dolores, ví las cicatrices, ví el bien humillado y el mal erguido, y medité. Los crímenes se han extendido por todas partes, pero de esto solo hay un culpable que debe asumir toda la responsabilidad. Ví que son los males numerosos como los granos de arena, los crímenes espesos como el ramaje de los bosques; ví que triunfaba la infame orgía, que estaba acorralada la inocencia, y al ver los dos mundos llenos de viles logreros y mercaderes, dije para mí:—"Ese sacerdote que inclina su balanza hácia el dinero, ese juez que comercia con la justicia, esa jóven de ojos extraviados, ¿qué es lo que venden? Su alma? No, la mia!„ Entonces huí espantado, deseando ser bueno, arrancarme todos los crímenes de las entrañas, guiar, salvar, curar, bendecir; en una palabra, conseguir que Dios fuese respirable para los hombres.

El Patriarca.—Teneis el deber de aniquilar.

El Papa.—No; tengo el deber de advertir.

El Patriarca.—Pensad en el Dios vengador.

El Papa.—Pienso en Cristo mártir.

El Patriarca.—Rey...

El Papa.—Es impúdico el púlpito cuando se convierte en trono. Siendo pobre y desnudo, Jesús reina; el sacerdote, que es rey, abdica. Como sacerdote, tengo la caña de Jesús en la mano;

como rey no poseo más que el cetro; y para el género humano, solo soy un príncipe que obedece á otros príncipes, que concedo, que consiento por miedo á perder mis Estados, y tengo que ser cortesano del rey más poderoso. Nunca el reinado del sacerdote aparece sin cierta repugnante transparencia de esclavitud. No quiero tener parte en los estragos, en los suplicios y en los delitos, ni pertenecer á esos reyes sobre los que pesa la eterna noche. Amo y siento que en mí vive la gran claridad.

LOS OBISPOS.—Guíanos, pero síguenos. Para guiar es preciso seguir.

EL PAPA.—Nunca, ya que tuve la suerte de salir de la oscuridad de vuestra noche. No quiero que puedan decir de mí:—"Tierra, ese hombre, el custodio de la idea más alta que han poseido los humanos y que iluminaba el abismo oscuro de los corazones, ese hombre era el mago misterioso encargado de que se rindiesen mútuo homenaje los cielos y las almas, y cambió esa claridad entre el abismo y el hombre. ¿Porque esos falsos dioses, que se llaman príncipes, reyes, señores ó jefes, porque esos poderosos vayan á buscarle y le digan:—"Sé de los nuestros„, ese hombre los ha de seguir? Ese hombre, que al ver el mundo sumido en las tinieblas, ofrecia en su bazar, á los compradores fúnebres, el rayo fulminado desde el cielo, ¿se ha de convertir en mercader de los esclavos, que se llaman verdad, honor, justicia y ley, y arrebatando el derecho al pueblo ha de entregarlo al rey, y ha de rezar por el que mata y anatematizar al que muere? Ese hombre lanzó sus rayos contra las palomas y convirtió á Jesús en escudero de Atila.„ No quiero que se diga de mí nada de eso; no quiero que nadie tenga derecho á sospechar de que, siendo el depositario de las almas, haya yo perdido ese depósito. No! No!

EL PATRIARCA.—Papa, blasfemais!

EL PAPA.—¡Soberbio sacerdote, sé humilde! Dorado altar, desdórate y brilla! Llaga del costado de Jesús, augusta boca que han amordazado, abre los labios y declara la verdad! Vuelve á gozar de tu patrimonio, hombre desheredado; mujeres y niños, gozad de derechos. Pueblo, recupera tu alma. Seguidme, sacerdotes, y predicad la verdad que yo proclamo; sed sencillos de corazon; colocaos debajo del azulado éter cerca de los niños, para estar cerca de Dios. Cuanto más cariñoso es el Pontífice, más sublime es el templo. (Todo se desvanece y se borra alrededor del Papa.) ¡Ya no están aquí los sacerdotes... ni el templo! Todo desapareció; solo veo el abismo. Así en otro tiempo desapareció Babel. ¡Estoy solo en la oscuridad!...

UNA VOZ (en el fondo del infinito).—Allí estoy yo.

V.

Un desvan.

Invierno.—Un lecho miserable.—Un pobre rodeado de su familia.

EL POBRE.—Ya no creo en Dios!

EL PAPA (entrando).—Debes tener hambre; come. (Parte su pan y dá la mitad al pobre.)

EL POBRE.—Y mi hijo?

EL PAPA.—Tómalo todo. (Dá al niño el resto del pan.)

EL NIÑO (comiendo).—Es muy bueno!

EL PAPA.—El niño es un ángel; déjame bendecirle.

EL POBRE.—Haz lo que quieras.

EL PAPA (vaciando una bolsa sobre el lecho).—Toma; ahí tienes dinero para comprar sábanas y ropa.

EL POBRE.—Y leña para calentarme.

EL PAPA.—Y para vestir á ese niño y á su madre y para que tú te vistas, hermano mio. Ya que eres tan desgraciado, yo te proporcionaré trabajo. Estos grandes frios apenas se pueden resistir... Ahora hablemos de Dios.

EL POBRE.—Ahora ya creo en él.

VI.

El Papa á la multitud.

¡Al través de la angustia y de los dolores, desde el fondo de la noche, de los infortunios y de las lágrimas, venid á mí; todos los que padeceis, todos los que agonizais, los sentenciados, los vencidos y los mendigos, venid á mí todos los miserables! Estoy con vosotros, soy uno de los vuestros, y siento que me abrasa la misma calentura que á los agonizantes. Venid á mí; quiero ser el servidor de vuestra esclavitud y el prisionero de vuestro calabozo; soy el primero entre los reyes, pero el último entre vosotros. El lote que os cupo en suerte es el mejor, porque es el más augusto: el rico puede ser sábio, ser justo, prodigar beneficios,

pero el que camina con los piés desnudos es el que vá más cerca de Dios. En el celaje negro se ven brillar más astros que en el celaje azul.

Os amo, hijos mios, y por esta razon soy el sacerdote del juez y el juez del sacerdote. Soy un pobre hombre que pertenece á todos. ¡Desgraciados, ayudadme! Deseo ser cariñoso; venid á mí y compartamos el frio, el hambre, los ayunos y todo. Soy viejo con los viejos y jóven con los jóvenes. Soy el abuelo del padre y el hijo de los nietos; tengo todas las edades. Como á vosotros, me acosan los apetitos, los deseos, las concupiscencias; soy como el cordero que atraen los citisos, los duelos, las lágrimas y las abnegaciones. Quiero participar de todos los dolores y de todos los infortunios que se sufren en el mundo; quiero ser universal, ya que vivo solitario; pobres, dadme lo que poseeis; vuestros dias sin pan, vuestros hogares sin fuego, vuestros duros lechos, vuestros estercoleros, vuestras llagas y el cielo sembrado de estrellas que sirve de techumbre á vuestras chozas.

Vosotros, que nada teneis, dádmelo todo. Venid á mí los desgraciados, desnudos, heridos, arrastrados por todas las desesperaciones; traedme vuestra hiel y vuestras llagas, para que, iluminando vuestra oscuridad, pueda trocar vuestro ódio en amor.

Hijos mios, la desgracia y yo, por allí donde pasamos, probamos los dos, cada uno á su manera, ella que se equivoca y yo que tiene razon. Se equivoca porque lloramos y tiene razon porque amamos. La desgracia tiene de tierno y de supremo que nos hace amar más cuanto más nos hace sufrir. La desgracia es una vaga promesa del cielo. Vosotros sufrís los dolores y yo poseo el bálsamo. Soy el ambicioso que trata de apoderarse de las almas; no haber socorrido ninguna miseria seria mi verdadera pobreza. Desgraciados, que sufrís, traedme vuestras calamidades; seré vuestro socorro, vuestro apoyo y vuestro amigo. Venid á mí, lepras, enfermedades é indigencias, que el que está fuera de la esperanza está fuera de la ley, y el dolor me pertenece. Deseo que vengan á mí las conciencias perturbadas, los corazones que destilan sangre, las almas que zozobran; y deseo, rodeado de las innumerables agonías que asaltan en el mundo á todas horas y en todos los sitios, comparecer con ellas ante Dios. ¡Venid á mí los despreciados y los maldecidos! (Todos los miserables acuden á su alrededor por todas partes.)

UN CAMINANTE.—¿Qué haces ahí, anciano?

EL PAPA.—Estoy atesorando.

VII.

La infalibilidad.

Ah! yo soy el infalible! ¡Soy el que veo claro!..

Y Dios?

Dios no sabe lo que sabia Kepler, lo que encontró Newton, lo que vió Galileo; está fuera de su sitio bajo la bóveda estrellada; tiene todos los defectos posibles; es duro, inflexible, celoso, inexorable; consiente que un hombre detenga el curso del sol; condena á todo el universo por el robo de una manzana; fulmina el rayo al azar, castiga á diestro y siniestro, mata en masa; deja al diablo en libertad; extermina la choza y deja impune el incesto; destruye á Sodoma y dá á Loth su salvo-conducto; contrabalancea el infierno con un paraiso abierto: tan susceptible es, que no sabe lo que hace, y trata de quemar nuestra alma incombustible en un monstruoso lago de betun y de pez. Sin duda habeis querido darle un contrapeso, sin duda habeis querido corregir á ese Dios que tiene el orígen en el caos, que maldice sin saber por qué al género humano y que camina á tientas apoyando el baston en las sinuosidades del camino; ciertamente necesita quien le guie en la oscuridad, y gracias al compañero que le ayuda, á pesar de las dudas de Pascal y de las negativas de Voltaire, quizás así Dios tendrá menos inconvenientes. Si su lazarillo es el Papa, siendo Dios el ciego, el hombre será el que tenga buena vista. Lúgubre irrision! ¡Feroz insulto al firmamento!

¡El Papa ni se equivoca ni miente; jamás sale un error de su boca; la formidable infalibilidad salta de las miradas de sus ojos!... Noche, perdónale! Es pretension que no se comprende en un hombre, que es juguete de la suerte, menos libre que el viento, más frágil que la

planta; que es un peregrino en el mundo, que es una sacudida que se extremece y pasa, que es un poco de sombra que trata de hacer un poco de ruido, la de decir á Dios:—"Yo soy tu igual; soy la certidumbre, y mi aislamiento equivale á tu soledad: el Papa es el único sér que contigo se eleva sobre esa inmensa Nada que el hombre llama Todo. Sé el fin, sé el objeto, conozco el Sér; en el oscuro universo soy el único que posee la lucidez; no puedo engañarme; lo que yo decido, te obliga, y cuando exclamo:—"Esta es la verdad„, queda pronunciada la última palabra. Cuando quiero irritarte, cuando marco la ley, el órden y el punto donde comienza tu cólera y el punto donde termina tu clemencia, tú debes inclinar la frente en el cielo ante mis fallos. El carro celestial gira sobre dos ejes, Dios y el Papa.„

¿Qué decís, soles, astros, abismos, de la infalibilidad del Papa, de los sacerdotes, de los Concilios que se atreven á subir hasta vuestras alturas? ¿Qué dices tú, cielo terrible, de ese monton de doctores siniestros, que tratan de imponer su pequeñez al gran misterio y de completar á Dios añadiéndole un gusano?

VIII.

Viendo pasar las ovejas trasquiladas.

Los vientos sombríos de la tarde soplan por todas partes. ¡Rebaños, corderos, pueblos, tiritad! Míseros caminantes, en dónde está vuestra lana? Caminais lejos de vuestras moradas y de vuestros rediles, sufriendo la lluvia y el granizo. ¿Dónde está vuestra lana, pobres oprimidos, que alimentais á todos y que os dejan morir de hambre? Pueblo, dónde están tus derechos? Hombre, ¿dónde está tu alma? Labrador, ¿dónde están tus mieses? Albañil, obrero, constructor, dónde está tu casa? Doctores, ¿qué ha sido de los espíritus encomendados á vuestra tutela? Mujer, ¿dónde está tu pudor? Ay de mí! ¡Oigo sonar los triunfantes clarines! ¡Tiritad, trasquiladas ovejas! La lana que poseeis no es vuestra; pertenece á vuestros señores, que son los reyes, los fuertes, los grandes y los perezosos; los que esclavizan vuestro destino.

¡A vosotros, sin embargo, concedió Dios esa lana sagrada, y desde sus alturas maldice la tijera del esquilador! Sois víctimas de los séres dichosos. ¿Dónde están esos pastores que se llaman sacerdotes? Pueblo, querido rebaño, nadie te defiende, y se apoderan de tu lana esperando apoderarse de tu carne.

(La noche avanza.)

Mientras siguen su camino aumentan contra ellos los inexorables golpes, y parece que en esos miserables azotan á la verdad, al derecho, á la razon y á la equidad, á todo lo que encierra de justicia el corazon humano. ¿A dónde conducen á esa turba extraviada que tiembla? Quién la custodia?... Van corriendo... ¡Se asemejan al paso de los fantasmas de un sueño!...

El cierzo sopla semejante á una serpiente que alarga los anillos. ¿Acaso el misterio mismo se vuelve contra ellos? ¿Por qué desatar tantos aquilones sobre tantos desgraciados? Si hay ángeles negros que revolotean en esas tinieblas, yo los imploro. ¡Tened piedad, vientos; tened piedad, bóvedas fúnebres; tened piedad de los que sufren! ¿Quién se encarniza así con los pobres? Espíritus de la sombra, dictad otras órdenes á la tempestad. Con la cabellera desmelenada del profeta puede jugar el viento, porque el profeta es fuerte, pero el cielo no debe desatarlo contra el débil.

(La oscuridad crece.)

A quién obedece ese viento feroz? Pasa de prisa, miserable rebaño, corre y desaparece en el horizonte siniestro. ¿Qué será de él cuando haya desaparecido, cuando sea invisible? Caerán los corderos en ese oscuro abismo; se les verá desnudos y fraccionados, hundiéndose en todas partes por pendientes sin fin. Tristes fugitivos que correis por la inmensa sombra en la que en otro tiempo flotó el arca, no hay afliccion comparable á la espantosa suerte de los que desaparecen, no dejando tras sí más que la imágen vaga de un sueño. El destino, que se compone de los enigmas necesarios, pone, más allá de todas las miserias, de todo lo que gime y desaparece, el sombrío desvanecimiento de los que vagan errantes durante la noche.

IX.

Pensativo ante el destino.

Pide perdon todo lo que piensa, vive, camina, palpita, nace y muere. No existe en el mundo un solo hombre que no haya cometido alguna falta. ¡Sufrir es la suerte que ha cabido á los nietos de Jafet; todos vierten lágrimas amargas; la madre por el hijo y el hijo por la madre. ¿Por qué tanta agonía y tanta calamidad? Por qué sin cesar ruge el abismo? ¿Por qué ver siempre el lado negro del dogma y de la Biblia? Por qué pecamos? De esto nace la sombra terrible y las religiones llenas de infiernos. Todos los abismos se abren ante nuestro paso. —"Terror!„ dice Eleusis.—"¡Condenacion!„ dice Roma. Desde la fiera hasta la bestia de carga, desde el soldado al forzado, desde el siervo al emperador, todo es venganza, ódio y espanto. El sér creado solo tiene derecho á destinos fúnebres; las manos crispadas de la amenaza se levantan contra él en las tinieblas. Avanza y se encuentra con la noche; retrocede y se encuentra con el infierno; el hombre es Prometeo y el ángel es Lucifer.

X.

Se construye una iglesia.

El arzobispo.—Hombres que construís una iglesia, importa hacer en ella magnífica y soberbia puerta, para que la multitud pueda entrar fácilmente. Emplead el bronce, el oro, el diamante, el ónix y el zafiro; nada es bastante bello para la iglesia. Que la fachada sea augusta y que en ella, como á través de los relámpagos, se lea este nombre: Jehováh. Que el campanario pueble con su voz los aires, haciendo temblar las almas. Que todo el pueblo, niños, mujeres y ancianos, sientan, mirando ese templo con santo extremecimiento, que se ha hecho la casa á la medida del Señor y que la grandeza del lugar corresponde á la grandeza del huésped. Que la cripta sea profunda y la nave alta; que el hombre oiga pasar por allí la falta y el perdon, produciendo confuso y divino murmullo. Que el santo libro esté abierto sobre la mesa santa. Que el obispo tenga su trono y Jesús su pesebre. Que los sacerdotes que expían vuestros errores tengan una alfombra espesa y muelle bajo sus piés. Que el alma crea entrever, en la sombra en que flotan los santos velos, ese incierto germinar de estrellas que los vapores de la tarde hacen entrever en la espesura del bosque. Que se vean allí oscilar los humeantes incensarios; que el altar, rodeado de un solemne murmullo, tenga el esplendor siniestro de una armadura, que recuerde que el espíritu celeste combate al espíritu carnal y que nadie debe aproximarse sin miedo al Eterno. Nada de ornamentos groseros, nada de materiales viles. Cuando Salomon decia á sus obreros:—"Edificad sobre la roca, no sobre el lodo„, Hiran, el arquitecto del templo, escuchaba á Salomon. Obedecedme, pues. Haced una extraña mezcla del púdico Rafael y del gran Miguel Angel; pintad sobre los muros á Adan tentado por Eva, á Moisés en el Sinaí, á Jesús en el Gólgota, á los gigantes humillados á pesar de su corpulencia, á Job en el muladar y á los caballos espantados de las matanzas de los soldados de Josué. El siniestro fulgor del rayo y la dulce claridad del sol, el festin de Baltasar y las bodas de Canaán deben resplandecer y brillar en vuestros frescos. Mezclad el arco lombardo á las ojivas árabes; que la blanca estátua alterne con los negros cuadros. Una iglesia debe ser un ancho recinto circundado de fuertes muros, que la pongan al abrigo de los vientos y de las tempestades. Sacerdotes, llenadla de flores los dias de vuestras fiestas; todo lo que viene del cielo debe contenerlo la iglesia. Un rey que quisiera adornarla como corresponde agotaria á Golconda, sin conseguir su objeto. Puesto que son inaccesibles á la accion del óxido y á la mordedura del gusano, prodigad aquí el bronce, el jaspe y el pórfido.

El Papa.—Y no olvides poner lechos para los pobres en el invierno.

XI.

Viendo una nodriza.

Madre, yo te bendigo. La nodriza es sagrada. Como la eternidad, la maternidad crea; Eva se une á Dios para completar á Jafet, y el hombre, compuesto de espíritu y materia, participa del rayo del

abismo y de la leche de la mujer. El inefable empíreo es una vasta trama de suspiros, de belleza, de esplendores y de amor. Qué es la naturaleza? Un abismo, una encrucijada, una cita á que todo concurre para florecer. Lo que la mujer dá al niño es la aurora; tanta cantidad de dia brota de un seno como de un sol. Desde el fondo del enrojecido cielo, de pechos sombríos, han caido las estrellas una á una. Las Pléyades arriba y los Macabeos abajo, son grupos semejantes. Toda claridad desciende para convertirse en nuestro espíritu y en nuestra sangre. En todas las cunas vuelve á empezar el infinito, y el Eterno, en este mundo en el que el niño es incompleto sin el astro, emplea en la misma obra inmensa la gota de luz y la gota de leche. ¡Bendito sea el hombre para siempre!

(Pensativo.)

Y sin embargo, vivientes, cuando pienso en Sodoma, en Cartago, en Moloch, en todas vuestras negras hazañas, en todas las exacciones consumadas por vuestras leyes, me extremezco. Dracon es peor que Tiberio. El Areópago es el antro en que Satán delibera. Haceis bien en cegar á Themis, por quien tantos estúpidos atentados se han cometido, pues de seguro más de una vez, al verse arrastrada por el mal y por la violencia, hubiera visto con horror su balanza. Sucede frecuentemente que las leyes aquí abajo, leyes que condenan á Jesús y salvan á Barrabás, leyes cuya extraña espada hiere al acaso y cae, hacen del grito del recien nacido el llamamiento á la tumba.

Recuerdo que un dia, cuando estaba tan alucinado que creia ser rey, yo, que solo soy un esclavo, ví en Roma una mujer encerrada en un calabozo, frio como la huesa, que estaba esperando el momento de que la llevasen al suplicio. La habian condenado á la horca; mientras levantaban el fatal tablado y cavaban su fosa, le confesó al juez que estaba en cinta: entonces el juez la contestó que moriria más adelante, que era preciso esperar. Esperaban que aquella mujer diese la vida á un sér para arrebatarle la suya. De este modo los hombres hacen que en el enigma de la suerte penetren sus decretos sin que tiemble su razon. La muerte y la vida estaban juntas en aquella mujer. ¡Mi corazon se oprime al considerar que hay víctimas de la ley! De este modo el código humano puede terminar por parecerse á un bandido. Si el cielo hubiera permitido que hablase el niño recien nacido, éste hubiera dicho á la ley:—"Empiezas por matarme á mi madre. Triste y ciega ley; en su amarga agonía consigues que la desgraciada tiemble, se extremezca y rece, porque encargas á su hijo que sea su asesino, y su sangre tiñe mi cuna todavía vacía y ya triste, y á mí, que soy inocente, me conviertes en parricida. Me haces cometer un crímen antes de nacer, porque nazco para matar.„

La ley coge un compás, pesa la urna del mal, la encuentra poco llena, y midiendo el crímen le añade un asesinato, multiplica un atentado por otro; de la cuna hace brotar el ataud, espera á que el niño nazca para abrir una fosa y para decir:—"Esta es la justicia!„ La justicia es la que exige que, á la faz de todo el mundo, cuando el cielo derrama la luz del dia, una madre desdichada mire con horror el momento augusto de venir al mundo el hijo de sus entrañas. Presencié ese suceso; ví que aquella desdichada, contemplando cómo se aproximaba para ella su hora fatal, oia en la oscuridad de la cárcel una voz fúnebre que la decia:—"Es preciso!„ Y sentia en su seno removerse el cadalso.

XII.

Un campo de batalla.

Dos ejércitos frente á frente.

EL PAPA.—Tengo miedo. Siento aquí como un alma terrible. ¡El hombre es la flecha! El hombre es el blanco! Pero ¿cuál es el brazo que tiende ese arco espantoso? ¿Por qué esos hombres se despedazan unos á otros? Naciones engañadas, ¿por qué hacer luchar pueblo contra pueblo?

(Avanza hasta colocarse entre los dos ejércitos.)

¿Con qué derecho teneis en la mano la espada? Qué haceis aquí? ¿Qué significan esos escudos? ¿Para qué esos cañones? Hombres, que entreveo entre el humo de la pólvora y á quienes apenas oigo entre los atronadores ecos de los clarines, más fuertes que los leones y más frágiles que las moscas, ¿para dar placer á quién os exterminais? Teneis un

mismo derecho, el de amaros. Dios os manda estar unidos en la tierra. Dios, que bajo su dulce ley oculta un deber austero, como al olmo, á la encina, al abeto y al cedro, os ha dicho: "Creced y multiplicaos.„ Amaos. Los palacios deben la paz á las cabañas. Reyes, por todas partes veis imperios, rios, ciudades, tierra que repartiros; vuestro instinto os hace semejantes al lobo hambriento; los tronos, los clarines, las quimeras de la gloria son vuestros sueños, mientras que yo por todas partes veo madres. Veo corazones llenos de angustia, veo las mieses destruidas, los surcos hollados, veo naciones que la muerte se juega á los dados. Pero ¿quién sois vosotros, hombres que me escuchais? Sois la raiz, el tronco y la corteza, el follaje y el fruto del árbol universal. El desierto y sus arenas, el mar y la tierra toda son vuestros. Todos los horizontes os pertenecen. Si quereis desplegar vuestras alas, teneis el infinito para tenderlas. Podeis irradiar, adorar, crear; los astros y los vientos os sirven de modelos; los vientos para vuestro vuelo, los astros para vuestros templos. Sois el obrero que lo tiene todo en su mano, sois el gigante de Dios, sois la humanidad, y sin embargo, teneis por único fin destrozaros con el vil choque de dos ejércitos. El titán se convierte en esclavo de los pigmeos. Ese imposible se realiza.

¡Porque dos reyes, dos espectros, dos vampiros se disputan dos imperios; porque el uno jóven y el otro viejo aparezcan grandes al través de no sé qué bruma; porque un cetro vano oscile en sus manos; porque esos dos átomos se irriten el uno contra el otro ¡oh ciega multitud humana!, ha de rugir vuestra estupidez en esa vasta llanura! Sois polichinelas que os tiran de los hilos; ponen en vuestras manos una hoja afilada; no conoceis al que matais ni al que os ha de matar, é ignorais por qué quitais la vida y por qué os la quitan á vosotros. Mañana la muerte os hundirá en su abismo, ¿pero podreis decirle al sepulcro por qué? Desde el momento que decretan la guerra, un rey, un czar, un jefe cualquiera del Estado, ya nada oís; solo, ciegos, escuchais la voz que os dice:— "Batid marcha, tambores; es preciso luchar y morir ó vencer.„ Morís por vuestros reyes; pero ellos no están allí. ¡Para eso habeis abandonado vuestras mujeres! Siendo jóvenes, siendo fuertes y numerosos, como miserable rebaño seguís á los perros á la guerra. ¿Qué valor pueden tener vuestros laureles cuando os llevan á palos á la victoria? Prestais vuestra fuerza inepta á vuestros verdugos los reyes, como los ceros se la prestan á los guarismos. Avanzad, matad y morid, estúpidos, que vuestros señores, mientras os destrozais en execrables luchas, beben, comen y están alegres. Mientras ellos están hartos de gozar los placeres de la vida, vais á convertiros en un monton de cadáveres, privando para siempre á los padres ancianos y á los hijos que lloran en las cunas de vuestro apoyo en el mundo.

Pues no puedo permitirlo y voy á interponerme entre vosotros y entre la tumba. No puedo permitirlo! ¡Os prohibo asesinaros unos á otros, mónstruos! Hijos mios, quiero que os echeis unos en brazos de otros, como hermanos. ¡Os embriagais de una estúpida vanidad! Vencidos ó vencedores, siempre sois víctimas de los reyes, y vuestras espaldas tienen que cargar siempre con todo el peso de sus grandezas reales; la sombra de los reyes os sigue, se apodera de vosotros y os acompaña; arrastrais cadenas como en el presidio; el orgullo, que es su guarda-chusma, está á vuestro lado y os vigila, y su majestad os afrenta á guisa de grillete. ¡Desembarazaos de él, romped esa cadena! Salid de las cuatro paredes sangrientas de ese infierno que forman la ignorancia, la cólera, el orgullo y la mentira. Hombres, entendeos. Vivid y cesad de combatiros unos á otros; dejad de ser la candidez imbécil que emplean para el crímen, y vuestros brazos malvados que vuelvan á ser los brazos útiles. Vengo aquí descalzo á suplicar á los leones y á los tigres que sean hombres. Ya es hora de que dejemos tranquila la tierra en que vivimos para que crezcan en ella flores, viñas, espesos trigos, al soplo benéfico del céfiro de la paz. No sacrifiquemos el mundo á unos cuantos hombres. Sed avaros de vuestra sangre útil. Debe cesar el choque espantoso de hombres armados y ébrios, que espanta esos campos en los que Dios derrama la luz y que se verifica por complacer á príncipes monstruosos. ¿Se han de ver siempre madres llorando en sus cabañas, brazos retorcidos levantándose hácia el cielo pidiendo compasion, lívidos cadáveres entre las espigas y al través de la espantosa transparen-

cia de los rios? Se han de oir siempre los lamentos de los huérfanos, de las viudas y de los ancianos? Reyes, meditad vuestras acciones y procurad no encender la cólera justa de Dios.

XIII.

La guerra civil.

Otro campo de batalla.—Calles y plazas públicas.

El Papa (apareciendo entre los combatientes).—Empezad por mí. ¿Acaso, pobres desheredados, á pesar de abrumaros la suerte, creeis que sufrís poco y quereis completar con el ódio vuestro sufrimiento? Os degollais unos á otros, siendo todos hijos de la Francia, siendo todos hijos de la misma madre. ¿Por qué, aldeano, quieres matar á ese obrero? Si tú trabajas, él trabaja tambien. Ambos sembrais en la tierra, donde crece la humanidad, un gérmen sagrado; tú la espiga, él el derecho. Trabaja, y además quiere ser hermano tuyo. Nadie debe sustraerse á esa augusta tarea, en la que el uno siega y el otro poda. Dios, que es la claridad que piensa, está en la profundidad; es el punto inmenso y luminoso del abismo; resplandece, fecunda, inspira, anima, y con sereno y venerable resplandor hace que suden vuestras frentes brillantes, porque el trabajo es santo, es la ley sublime y universal. Y esto no obstante, vuestra mano no empuña la azada, la escuadra ni el escoplo, sino la espada. Por qué? Porque el obrero camina delante de tí, aldeano; se apresura, porque el porvenir le llama; tú caminas con demasiada lentitud y él vá quizá demasiado de prisa. ¿Pero esto es una razon ¡oh pueblo! para llenar de espectros el horizonte, para sumergirte en todos los horrores? Si Dios está sobre nosotros, en la extension azul, en la que las realidades son los ejes de los mundos; si existen fines ciertos y leyes profundas, si el cielo es para la tierra un amigo seguro, si la vida es un fruto y no una presa, el hombre tiene por derecho, por deber y por mision la alegría, el trabajo y el amor, y cualquiera que sea el relámpago que lance la tempestad, su cólera no es tan ruda ni tan inhumana que no la desconcierte la presencia de una madre que lleva á su hijo pendiente del pecho. En todas partes ha de reinar el furor? ¿En todas partes se han de ver fosas cavadas? ¿Por qué perturbar á las claridades celestes, á las flores, á los aromas y á los pájaros con la espantosa abertura de la tumba? Aunque fuéseis vencedores, ¿de qué os servirá la victoria que os deje el corazon frio y el alma negra? Nada puede suplir á la fraternidad. Reflexionad que Dios os creó para amar, para tener mujeres é hijos, para que alimentáseis las llamas del hogar y viéseis crecer en él numerosa estirpe, para que diérais vida á otros séres, pero no para que les causárais la muerte. Deteneos! ¡Deteneos! Perdonaos los unos á los otros! Daos un abrazo fraternal!

XIV.

Sigue hablando el Papa.

Vivid, marchad, pensad, esperad y amaos. Nadie está solo aquí abajo. Todo necesita de todos. Rico, ama al pobre, y tú, pobre, perdona al rico. Ved que la suerte presta y no dá nunca, y que el oscuro equilibrio se recobra más pronto ó más tarde. Todo bien que nace del mal ageno es bastardo, y las prosperidades son siempre oblícuas y falsas cuando salen de las miserias públicas, que el árbol es malsano cuando tiene un cadáver al pié. Reyes, tened miedo al trono donde se sienta vuestro orgullo; en él vuestra alma se convierte en espectro, y dueños de reinos enteros, sin saberlo ¡ay! no sois más que fantasmas. ¿De qué sirve llamarse Romanoff, Hapsburgo, Brunswick, Borbon, apellidarse majestad, rey, César? para qué? Los Faraones construyeron las Pirámides, y cuando á la luz del ardiente sol, sufriendo los abrasados vientos númidas, azotando á su pueblo con cadenas de hierro tan duras como su destino, terminaron esos monumentos altivos ¿qué pusieron bajo sus bloques prodigiosos? Sus cenizas. Reyes, de nada sirve ser un Alejandro, un Sesostris, un Ciro á quien sonrie la suerte; vale más ser un pobre y llamarse Jesucristo. El mal que hacemos nos adula con frecuencia; poderoso, quienquiera que seas, teme tu poder, que desde el otro lado de la tumba inspira piedad. Lo que hoy es lisonja, será mañana castigo. Los que haceis temblar, llegará un dia que temblareis.

En cuanto á tí, trabajador, que eres el que soportas la carga, que comprendes que eres leon y que te tratan como á hormiga, no pierdas la paciencia y aprende á esperar. Ciertamente tu derecho supremo es el de vivir, el de no carecer de pan; puedes exigir más salario y menos trabajo, pues la inmensidad debe proporcionarte tu parte de esos bienes que se llaman vida, armonía, amor, alegría é himeneo. El porvenir no es oscuro; la luz de la mañana dora y llena de sonrosada claridad las manos tiernas del recien nacido, que sonrie en la cuna; y tú debes desear ese porvenir justo y deslumbrador; reclamar la paga de tus esfuerzos, proteger tu hogar, hacer frente á las leyes, si su falsa sabiduría es contraria á tus derechos, y educar á tu hijo; pero sin matar á tu hermano, sin desgarrar la pátria, sin destruir la ciudad. El ideal no consiente bañar con sus claridades las noches de los Saint-Barthelemy y de los Vendimiarios; en la tierra prometida no tiene asiento la muerte; la esperanza no se creó para el remordimiento. Pueblo, ¿sabes lo que sobrenada en la cloaca informe de la matanza, cualquiera que sea el que la decrete? La ignominia. La única gloria que conquistan esas torpes acciones que se cometen á ciegas, consiste en proporcionar oprobio eterno al vencedor, en atravesar el corazon á la pálida libertad, en procurarse la abyeccion para sí y el martirio para los demás. En el mundo no deben existir asesinos. Odio la victoria que se tiñe de sangre las manos y execro el derecho cuando se convierte en verdugo, y despues de triunfar tiene que tapar con arena los charcos de sangre. El paraiso seria aborrecible si hubiéramos de llegar á él por medio del asesinato. No se comprende que el derecho sea un malhechor ni el progreso un malvado. Mortales, temed la balanza donde se pesan los destinos humanos, que en ella el mal pesa más que el bien que se trata de hacer. La aurora está fuera de la sombra y la noche vá á terminar; pueblo, cuida de no manchar la frente del porvenir; la libertad no puede tener por servidores á los asesinos; el progreso no será providencial si no puede, sin cruzar el infierno, subir al cielo; no hay sol que tenga la amplitud horrible del abismo; por grande que sea un derecho, siempre es menor que un crímen; jamás, ni aun teniendo la justicia de nuestra parte, la podemos servir rindiéndole sangriento culto; la verdad que mata es vengadora horrible, que en su faz de diosa hace relumbrar ojos de demonio; el alba es blanca y pura, y el bien no es bien si no es inocente.

XV.

Maldicion y bendicion.

Las maldiciones pesan sobre las multitudes; los profundos truenos turban el silencio de las soledades; nada queda en calma en este sombrío universo. Los sacerdotes son semejantes á los abismos abiertos; el que penetra en su fondo vé cosas espantosas.

Si te remontas todo huye; todo se hunde si profundizas. Sombría angustia! Por todas partes la ansiedad. ¡Cuánto sueño por el suelo! Cuántos espectros en pié! El hombre, presa de la noche de que el sacerdote es cómplice, tiene tal vez ante sí la escala de su suplicio, cuando, entreviendo en la sombra los escalones, dice:—"Subamos.„ El género humano ignora, titubea, marcha á tientas, sufre y no vé, cuando busca el resplandor favorable, más que un centelleo feroz en el fondo de un precipicio. ¿Le será todo fatal? ¿No encontrará en ninguna parte clemencia? La vida es una deuda que se paga á la muerte.

Y yo oia gemir y veia retorcerse en la bruma que nadie explora ni conoce las tristes naciones sobre que pesan todas las cóleras, sacerdotes, jueces, verdugos, escribas, príncipes, ministros; las innumerables olas no son más siniestras; el trágico Océano no está más atormentado por los confusos soplos del irritado viento. El hombre, en esos profundos cielos que llama reinos negros, vé cernerse un espantoso tropel de fantasmas y tiembla. Lo desconocido lanza siniestros clamores; la mañana le dice:—"Llora!„ y la tarde le grita:—"Muere!„ En la India, todos los dioses tallados en todos los mármoles, los hombres tristes y macilentos viviendo desnudos en los huecos de los árboles; en Grecia, Baco borracho y arrastrado por sátiros; los molochs en Africa, en Egipto las esfinges; Baal monstruoso, Júpiter inícuo; en el Vaticano el pálido y sangriento Dominico: todo amenaza. En todas partes los hombres están malditos. Solo los reyes, fatales

elegidos, ocupan paraisos alegres colocados por encima de los suplicios de los hombres. Los cortesanos son los miserables astrónomos que contemplan desde abajo á los reyes; esos falsos soles están satisfechos de la vida; pero sus sueños, sus vigilias, sus lechos de púrpura, sus corazas, sus tronos, sus palacios y sus festines son feroces. La guerra sale de ellos. El sacerdote es el reptil del tirano. El Talmud no es menos abyecto que el Korán. César, vencedor, hace del cielo una provincia de su imperio. Loyola, duro con el pueblo, es complaciente con el príncipe. El fakir es atroz y el bonzo repugnante; el crucifijo es una espada en manos de Julio II; Caifás, en el que el profundo infierno se reverbera, interpreta á Moisés en favor de Tiberio. Horror! ¡Postracion del triste género humano! Lágrimas y sollozos! ¡Sangre con la que los piés tiñen los guijarros del camino! ¡Negrura del cielo cubierto por el inmenso anatema! Odiar es falta! Amar es delito! Qué hacer? ¡Los hombres son responsables de vivir y son castigados por haber nacido! ¡Mi pensamiento se extravía cuando trata de profundizar misterios inexplicables! Todo aparece y todo se disipa; solo queda el dolor. Dónde está la esperanza?

Absorto, meditando en ese cúmulo de sufrimientos, me pareció ver por encima de los pueblos sumidos por el dolor la sombra de una mano que los bendecia; me pareció sentir los pasos de alguno que venia á ayudarme y que brillaba un rayo luminoso en la frente abatida del hombre; levanté los ojos hácia el cielo y contemplé en él á Jesús, á ese pasajero misterioso.

XVI.

Viendo un niño.

Tiene la mirada vírgen, la boca sonrosada, y no sabemos con qué ángel invisible habla. Todo lo que los mejores hombres hacen ó deshacen en el mundo no equivale á la sonrisa cándida y suprema del niño que mira, se asombra y nos ama. Como no tiene ni una mancha, eclipsa todos nuestros esplendores. Nos creemos con derecho á ser orgullosos, duros é intransigentes, y él, que no conoce ningun derecho, los posee todos. Su purísima frescura nos desarma, calma nuestra fiebre, desata nuestros lazos; llega hasta nosotros de sitios luminosos, de abismos azules, del fondo de divinos empíreos; sus hermosos ojos se han empapado de impalpables claridades; si hablara, nos diria los nombres de todos los soles. Cuando nos encontramos en presencia de un niño nos sentimos inclinados á meditar. Comparamos nuestra alma con la suya, y el que se cree más justo recuerda alguna falta antigua. Basta, para que se sienta la necesidad de caer de rodillas y para que adquiramos la conciencia de nuestra negrura, que ese pequeño sér dulce é inexplicable viva. La creacion entera escucha los reproches que dirige, hasta aquello que brilla, hasta el cielo, por estar á intervalos lleno de noche, hasta á la santidad triste, cuando se la inciensa, esa blancura sin sombra y sin fondo que se llama la inocencia. ¿Con qué derecho somos malvados con ella? Qué nos ha hecho? Nuestros gritos cubren sus cantos, su aurora confunde con nuestros huracanes su puro céfiro. ¿No basta su claridad para hacernos clementes y para domar nuestros corazones? No; permaneceremos ingratos, duros, altaneros, despreciativos, cargados de tempestades ante ese candor sagrado. La edad de oro, los dichosos tiempos de Saturno y la Rea existen, y son la infancia; todavía están en la tierra, y nuestros siglos de hierro, con su ruido de espadas, de ódios y de cadenas, no consiguen extinguir sus ecos.

Niños, sois nuestra alegría; reid, jugad y creced; vuestras frentes son puras y la debilidad pone en ellas su temblorosa corona. El aura de Abril os rodea; sin vosotros el dia está silencioso y la mañana enmudece. Cantad. Cuando el destino, tal vez arrepentido de haberos abandonado en la sombra, os llama á su seno y os arranca de los brazos de la humanidad, vuestra alma sube á los cielos con el perfume de las flores. Pequeños y amados séres, cuando huyendo de nuestros dolores volveis á entrar en el sereno azul, cuando el recien nacido muere, parece que la tierra, lastimada, eche de menos los dias que habeis vivido, y que la aurora vierta llanto cuando las rosas vuestras hermanas os devuelven á vuestros hermanos los ángeles. Hay en los sudarios una ala y otra en las cunas, pero es la misma. Abridla, pero no nos abandoneis. Permaneced con nosotros, que per-

maneciendo convertís nuestra cárcel en templo. Brillad con vuestra inocencia y servidnos de modelo. Creced, rezad, amad y cantad. ¿Qué hizo, Dios mio, el alma humana del candor que aportó al mundo?...

XVII.

Un cadalso.

El juez en el tribunal.—El reo atado.—El verdugo con el hacha en la mano.—En el fondo la multitud.

El Papa (mirando al cadalso).—¡No lo comprendo!

El juez.—Sacerdote, escucha. Un hombre mata á otro...

El Papa.—Y comete un crímen.

El juez.—Por eso lo prenden, le formanos proceso y la ley le mata. ¿Lo comprendes ahora?

El Papa.—Ahora comprendo que la ley comete un crímen.

El juez.—¿Quién te dá derecho á juzgarnos?

El Papa.—El abismo.

El juez.—Respeta las leyes, sacerdote.

El Papa.—Respeta á Dios, juez. El universo visible es una inmensa confesion de ignorancia ante el universo invisible.

Voces de la multitud.—Que muera! —Es un asesino!—¡Que sufra la pena del Talion!—Que se cumpla el código!—Verdugo, haz tu deber!

El Papa (al reo).—Tú, que cometiste un homicidio, sabes eso lo que es?

El asesino.—No.

El Papa (al verdugo).—Tú, que vas á privar á un hombre de la vida, ¿sabes eso lo que es?

El verdugo.—Lo ignoro.

El Papa (al juez).—Tú, que vas á sentenciar á un hombre á morir, ¿sabes eso lo que es?

El juez.—Ni lo sé, ni me importa.

El Papa.—¡De este modo tratais la vida! ¡De este modo manejais la muerte sin conocerla! Sois perversos ó alucinados. ¡Dios se reservó para él la vida del hombre y se la arrebatais! ¡Sin haber construido os atreveis á destruir! Solo teneis derecho para decir á este hombre criminal: "Ya que eres culpable, vive, pero sabiendo que has de morir. El cielo se avergüenza cuando os vé obrar así en vuestra oscuridad y cuando confronta el crímen con el patíbulo. Derramais sangre en nombre del crímen y en nombre de la ley, creyendo establecer así fatal equilibrio y dando al criminal el contrapeso del verdugo. ¡De ese modo desenvainais la espada de la muerte! ¡De ese modo manoseais un fenómeno incomprensible! Dios produce la muerte divina y vosotros producís la muerte humana; esta usurpacion extremece al pensador. Dios vive, y traspasando el espesor del infinito, trocais al culpable en víctima. Teneis ante vosotros á un hombre que es mónstruo, y le imitais, queriendo con un crímen corregir otro, haciendo que la ley continúe el mal que aquel produjo. ¿Con qué derecho despojais al alma de la corteza del cuerpo, para presentarla en su espantosa desnudez ante la eternidad? Ese brusco despojo está vedado al juez. ¿Con qué derecho trocais el refugio en escollo? El hombre es ciego y Dios le lleva de la mano; puso la oscuridad en nuestra faz; no nos hizo transparentes; nos cubrió con un sudario de carne y de sombra que se entreabre cuando él quiere, solo cuando él indica el momento; la muerte desgarra ese sudario; hasta entonces somos desconocidos: ¡desgraciados de nosotros si precipitamos ese fatal momento! Dios, que es impenetrable, que abra el precipicio cuando le plazca; que cualquiera que caiga en él, siempre es Dios quien lo recibe. Privar de la vida á un hombre no está permitido á los demás hombres: ¿con qué derecho dais esta sorpresa á Dios? ¿Con qué derecho poneis el fin de la vida en el medio? ¿Cómo os atreveis á abrir y á cerrar la fatal ventana? A ciegas! Es menester que sepais que morir es nacer en otra parte. ¿Comprendeis la espantosa frase *en otra parte?* Quizás este hombre cometió un delito por dar pan á su mujer y á sus hijos; pero vosotros, á quienes no ciega el hambre, le matais. Por qué? ¿Encontrais que es conveniente, que es digno de loa que el crímen y la justicia ofrezcan el mismo aspecto? Muerte, ave de rapiña, ¿quién conoce la extension de tus alas? Quizás podrán cubrir el horizonte del mar: una de ellas es blanca y llega al cielo; la otra es negra y desciende hasta el infierno. Qué sabemos! Nuestra alma solo puede deslizarse por el borde siniestro de lo posible. La conciencia humana habita en una caverna; lo que hacemos en ella, ¿lo comprendeis acaso? No. ¿Habeis visto alguna vez caer alguno en la sombra? ¿Os represen-

tais en la imaginacion la profunda caida en el abismo, al infinito lleno de vaga cólera y al sentenciado cayendo? Causa horror pensar que el hombre interrumpe el silencio sublime, el hombre, á quien Dios puso en el mundo para que allí esperase. La justicia de la tierra toma la palabra y dice: "¡Justicia divina, yo soy la verdadera!„ Hijos mios, creed á un anciano; los hombres somos cizaña y no nos apercibimos de la hoz, y no vemos la mano escondida en ese sitio oscuro que se llama Mañana y que nos hiere cuando llega la hora. Me asustan que maten á un hombre, porque ese hombre no nos pertenece. Qué es él? Solo Dios lo sabe. Habeis meditado lo que vais á hacer? Juez y pueblo, ¿podeis comprender acaso las extrañas alas que puede desplegar bruscamente el sér que salga de súbito de la violacion de la tumba? Quizás será buitre, quizás será paloma. ¿Algunas veces no os atormenta esta pregunta que os haceis en voz baja: ¿Será acaso inocente? Quizás asciende cuando creemos que desciende. Entonces, ¿qué valdria nuestro fallo ante la sentencia divina? Las tinieblas pueden hacer reproches á nuestras leyes fúnebres. Seamos prudentes ante lo que ignoramos. La tierra es un punto sombrío con alrededores ilimitados de bruma y de espacio; todo el infinito se extremece cuando tocamos un átomo. ¿No es monstruoso pensar que la ley y el hombre, en esta lucha que sobresalta, mezclan cantidades desiguales de crímen? Os están contemplando desde las alturas; no hagais que lloren los invisibles ojos que lo presencian todo desde el cielo; no los indigneis; no les hagais exclamar: "El hombre mata á ciegas, y, víctima de sus delirios, arroja lo ignorado en lo desconocido.„

XVIII.

Pensativo ante la noche.

La oracion contempla y la ciencia observa. Cuando en el negro claustro de Minerva, Galileo, vencido, abjuraba, ¿de qué abjuraba? De Dios? Dios es lo que apercibe de lejos el hombre desterrado. Espesas sombras de una noche profunda nos rodean; los mundos se prestan ayuda por medio de chispas que dejan entrever los negros abismos, que el mismo cielo sombrío desconoce. El astro, á través del espacio y de la extension ilimitada, se pone en comunicacion con otro astro. El azul tiene sus combates, el cielo sus desastres: muchas veces el astrónomo, en el fondo de esos firmamentos enrojecidos, distingue espantosos naufragios de soles; al ver el extravío de los pálidos meteoros se adivina en alguna parte, en el horror del cenit ignorado, una extraña extension de auroras. Dios solo sabe el camino y conoce el grado hasta donde debe avanzar ó retirarse la marea desconocida. El universo no se siente menos arrastrado que la nube por el soplo del viento, y ese soplo tiene tambien su ley. El sábio dice:—"Cómo?„ El pensador dice:—"Por qué?„ La respuesta que viene de arriba se pierde en los vértigos. La sombra es una pendiente oscura de fenómenos, en la que sin cesar pasa lo desconocido ante nuestros ojos.

Sombra, ¿cuál es, pues, lo estable bajo de los cielos? La justicia, responde la sombra. Ningun viento la arrastra. Por eso nosotros, que somos sacerdotes, debemos hacer de modo que el hombre permanezca bueno y sincero en medio de todos los cambios de equilibrio de Dios.

XIX.

Entrando en Jerusalen.

Pueblo, dije á la Ciudad Eterna y al mundo entero:—"No más guerra extranjera, no más guerra civil, no más cadalsos. Debe imperar la Libertad ante el cielo azul, la Igualdad ante la muerte y la Fraternidad ante el Padre Eterno. Amémonos unos á otros. La fuerza debe ayudar á la debilidad. Ilustrad al que os perjudica; curad al que os hiere. Paz y perdon para todo el mundo; sed clementes con los criminales. El derecho de los buenos consiste en tratar fraternalmente á los malos. El justo que no obra así se sale del precepto; el sol dejaria de ser sol si negara su luz á los tigres y á los lobos. He indicado que en el cielo existe la suprema paz, la suprema ley y el supremo equilibrio. Os he dicho:—"Con la piedad hareis nacer el remordimiento„. Jueces, meditad; verdugos, retroceded. Al que no tiene pasado, no le arrebateis el mañana; dejad que todos tengan tiempo para redimir sus faltas. Sed humildes pensadores y sed magnánimos. Ricos, dando os enri-

quecereis; sembrad, pues. Pobres, la pobreza no es el ódio; amad. Cada pensamiento bueno es una emancipacion. Por mucho que sufrais no perdais nunca la esperanza, que nada está lleno de oscuridad sin estar lleno de luz. El ódio es un viento sombrío y pestilencial; amaos unos á otros; vivid como hermanos.„

Y ahora, despues de afrontar á los temerarios, de haber lavado el fondo de la pila bautismal y de haber disminuido la maldad en el mundo, yo, que soy un viejo pensador, sin más fuerza que la que puede tener un pobre para los pueblos y un sacerdote para los reyes, compañero de todos los dolores, de las pobrezas y de los destierros, vengo aquí á acercarme al que dejó ver en el mundo toda la cantidad de Dios que puede encerrar el hombre. Vengo y escojo á Jerusalen, que es mi verdadero sitio, y os entrego Roma. Vengo aquí á rezar arrodillado ante Dios. Mi existencia real solo la comprendo en la cima de esta severa montaña; el Capitolio solo es una sombra; mi verdadera alma existe en el Calvario. Desde las altas regiones el ángel y el santo comprenden que obré bien abandonando á César por Jesucristo al cambiar de morada, y yo comprendo que asciendo, apoyado en el águila y en la paloma, desde el bajo fondo del trono hasta la cumbre de la tumba. Me convierto en servidor del sepulcro, y siento palpitar cerca de mí el gran corazon de Jesús. El hombre dirige una mano hácia el mal y la otra hácia la esperanza; tan pronto corre, tan pronto tropieza, pero yo guio y alumbro á todo el que ayuda á la marcha humana. Caminemos hácia adelante. La sombra ha muerto, y todos sentimos ya el calor de un porvenir más luminoso. Despues de buscarnos mucho tiempo, por fin nos encontramos. Caminé entre la vasta oscuridad de las almas y os dije:—"Yo soy la luz; y para vosotros he nacido, y al ver que vine, aquí vinísteis tambien.„ Vivientes, trabajadores de la obra universal, trabajad; que el yunque eterno despida chispas. Sed puros, cariñosos, verdaderos y buenos. Dediquémonos todos á ese supremo trabajo. Los sacerdotes oremos, y nuestras oraciones, saliendo cariñosas de nuestros labios, penetrarán en vuestros corazones. Pueblo, ama. El Eterno creó las verdades, los deberes y las virtudes, para que sus claridades alumbren el sombrío interior del hombre y para que en el mundo insondable que habitamos, y ante el infinito, poblado de invisibles ojos, los corazones no estén menos alumbrados que los cielos. Pueblos, vivid fraternalmente en el seno de la paz.

LOS HOMBRES.—Bendito seas, padre!

DIOS.—Benditos seais, hijos!

ESCENA SEGUNDA.

EL DESPERTAR.

El Vaticano.—La cámara del Papa.—Es el amanecer.

EL PAPA (despertándose).—¡Qué sueño tan espantoso me ha agitado toda la noche!

FIN DE EL PAPA.

LA PIEDAD SUPREMA.



LA PIEDAD SUPREMA.

I.



AS profundidades eran nocturnas y fúnebres. Feroz y vago ruido, formado de tinieblas, rodaba por el infinito, que conocia el terrible secreto. Era semejante aquel ruido al grito que lanzara al través del espacio un alma inmensa y sombría, que luchara contra el abismo y vagara sin rumbo. Despues aquel ruido se convertia en tumulto de voces: la noche rugia y lloraba á la vez como si el horizonte salvaje y crepuscular estuviese formado de sombras y preñado de cólera. Clamor ronco! En él parecia que se mezclaban el borrascoso rumor de un mar que se estrella contra las rocas y las voces de un Foro que habla y delibera. ¡Vergüenza, anatema, ódio, infierno, luto! Tiberio! y otros nombres confundidos con aquel pasaban: Procusto! Achab! Dionisio! Calígula! Sancho! ¡Alonso! Clovis! Senaquerib! Cambises! Luis XI! Desdicha, muerte, oprobio! Y aquel rumor semejaba un motin y cada sílaba de aquellos nombres proscriptos parecia formada de mil ayes, entre los que se oia: Saul! Omar! Ivan, Clotario! Y de todo el Océano y de toda la tierra, de las chozas, de los palacios, de las ruinas, de los vientos, de las cruces, de millones de labios animados, de los cráneos descarnados de los muertos contraidos por espantosa carcajada, de los muladares en que se pudre todo lo que no puede escribirse, salian aquellos hombres como siniestras aves. Los esqueletos no tenian más que remover sus huesos para que brotara uno de aquellos nombres siniestros, y larvas de reyes, sombras de ministros, Richelieu, Luis XIII, Arcadio, Rufino, huian; mientras se escuchaba un tumulto de voces que gritaba:—"¡Tengo hambre! Tengo frio! ¡Cuándo aparecerá el dia! La tierra está negra!„

Aquel era el gran sollozo trágico de la historia, era el eterno pueblo indignado, solemne, terrible, maldiciendo al tirano eterno.

Maldicion, de dónde vienes, miserable? La boca de donde sales es la llaga incurable; es el albañal por el que la sangre se filtra formando rojos cuajarones; es la muesca que el hacha deja en el tajo, es la tumba mal cerrada, la fosa entreabierta, de la que sale no sé qué hálito que agita la yerba. De dónde vienes? De la noche.

La última claridad se desvanece ante tí; llegas despues del crímen y difundes por el mundo otra oscuridad, y la manera con que combates el duelo hace caer el

pensamiento y el alma más abajo todavía. Nada vive, florece ni se consuela en tu horror sagrado. Solo quieres alumbrar incendiando; solo deseas, fatal espectro, castigar, condenar y desesperar, y haces que te sirvan para tan siniestros fines los espíritus, los rayos, los poetas, los sábios, todo lo que viene de arriba, todo lo que procede de Dios. Tu caverna, cerrada á la luz suave del cielo, solo vé lúgubre centelleo por debajo de su pórtico. El astro en tu mano se convertiria en antorcha; si pudieras, desde el fondo de tu pozo sepulcral, robar al ígneo Saturno su círculo sideral, de él solo harias el eslabon de una cadena. Te llamas el ódio, y en vez de tender los brazos, enseñas los puños crispados.

Quedéme pensativo y pregunté:—"Acaso eres justa?„ La Maldicion me respondió:—"Sufro y juzgo. El volcán escupe la lava, el Océano la espuma y el hombre el dolor. Soy el líquido que se desborda y cae de la copa de la desgracia. Soy la afliccion terrenal que protesta, que se irrita y se agranda hasta convertirse en llama; soy el amargo sollozo de este mundo fatal. ¿Por qué me insultas, si estás viendo que lloro? ¿La úlcera no tiene derecho á denunciar la garra que la produce? Estás en un error! Yo soy el luto, el espanto, el horror, la deslumbradora estrella convertida en espada; soy la inmensa y fúnebre epopeya que escribe una mano lúgubre en la pared del crímen, y soy tan justa, gusano miserable, que me llamo Isaías, que me llamo el Dante.„

Sé que eres la conciencia y que tienes razon; sin embargo, despues de oirte, el corazon no se queda satisfecho, porque oye en el fondo del infinito que piensa el profundo suspiro de otra conciencia, y el soñador, que se extremece, queda indeciso entre el grito terrestre y entre el suspiro del cielo. Los gigantescos Isaías y Dante azotan á los hombres viles y aborrecidos; su mision es castigar, descuartizar, decapitar; tienen la propiedad siniestra del acero. No hay bajo la extension del cielo hombres tan grandiosos como esos arcángeles frios y tristes de la tierra; son los encargados de castigar: cuando en otros tiempos un culpable poderoso penetraba en la tumba, arrepentido y temblando, al mirar sus manos teñidas de sangre, los encontraba detrás de su fosa. Son el mañana de todos los dias del crímen: oscila en sus manos enorme balanza, y la noche tiene por cumbre su formidable gloria; pero permitidme, abismos, cualquiera que sea el camino que haya de seguir, que abra las alas con vuelo sobrehumano, y huya de vosotros y vaya á buscar la justicia celeste.

II.

Contemplad ese niño de cinco años; en la enramada no hay ave tan pura, tan fresca y tan deslumbradora como él; parece que camine derramando bendiciones; su aspecto está diciendo:—"Vivid! amad, que yo os amo!„ Atrayente es su candor y seductora su gracia; parece que en él exista la misteriosa union de la aurora con la sombra; es tan hermoso y tan tierno, que parece que la Iglesia y la fábula hayan debido juntarse para componer su inefable cabeza y fundir para ella al niño Jesús con el niño Cupido. Su mirada ingénua produce el efecto de una palabra de perdon, y el hombre más duro se veria desarmado ante su radiante niñez. Es paloma, es cordero: sus cabellos tienen reflejos dorados; acaricia y encanta; todavía está impregnado de la bondad divina; es el recien venido de las celestes playas; pudiera tomársele por un pequeño y deslumbrador arcángel. Asciende á un trono, he dicho mal, desciende á él, y sin embargo, en su exterior se adivina la pobre alma avasallada, la debilidad sombría y profunda de la vida. A pesar de ser hermoso, es hombre, con su espíritu frágil; es la flaqueza deliciosa que sonrie; nuestra fragilidad temible y frívola, como terrestre sombra se confunde con su blanca aureola. Su paso es tembloroso, su frente se dobla como una caña; pero no por eso pierde la inocencia de la cuna, y en sus claros ojos, en los que el amor irradia, parece que aun conserve el recuerdo del paraiso.

Ahora fijaos en aquel hombre; es Villeroy. Llega hasta el ángel, que vé que se le acerca sin asustarse, y aquel hombre, desde lo alto del balcon de Versalles, le enseña desde lejos la inmensa muchedumbre, que se mueve y que se agita bondadosa y tranquila. Señalándole aquel hormiguero de trabajadores, aquellas ondulaciones de las vastas multitudes, la ciudad, en la que hierven multitud de ruidos, dice á aquel niño:—"To-

da esa gente os pertenece; sois su señor.

„Vuestros son esos niños, esos hombres y esas mujeres; poseeis sus cuerpos y sus almas, sus lechos, su oro y su sangre. Sus casas y sus campos son vuestros; ese transeunte os pertenece; si quereis que muera, no teneis más que mandarlo. Sois dueño de las vidas de los vasallos. Los hombres han nacido para doblar las rodillas; vos solo habeis nacido para llevar la frente alta; ellos se equivocan, pero vos no cometeis ninguna falta. Dios se cuida más de vos que de ellos; poseeis el mismo derecho que Dios y ambos reinais; Dios no tiene en el cielo más que vos teneis en el mundo; él es vuestro pensamiento y vos sois su brazo; reina en el cielo y vos en la tierra. Todo ese pueblo os pertenece.„

El pobre niño escucha.

Quién es el que le habla? ¿Es el demonio sin duda? No, es el hombre, es el hombre fatal, porque se arrastra; el cortesano está formado de la misma masa que la serpiente. ¡Horrible hálito sale de la boca podrida! La adulacion es el más repugnante de los asesinatos, la miel más cobarde de todos los venenos! Cegar los ojos del niño apenas nace! ¡Sumergir en el orgullo á la razon que flota! ¡Desecar á un niño para formar de él un déspota! ¡Crear un prodigio de egoismo! ¡Formar un tirano que pare el progreso en el divino cuadrante! ¡Crear un sér desenfrenado para que exclame un dia:—"Yo soy el arca! Yo soy el altar!„ ¡Para quien el género humano en progreso, el bien y el mal y los hombres no sean más que una sombra ó un susurro del viento! ¡Desencadenar un porvenir siniestro en el Louvre! ¡Desnaturalizar un corazon! Forzar un cerebro! ¡Embriagar á la ignorancia y á la inocencia con el temible licor del poder omnímodo! Poner á todo un pueblo como miserable juguete en manos de un niño y dejar rodar á uno y á otro al abismo. Pienses como quieras, ante tí tienes las dos víctimas: compadece á ese pueblo, pero compadece más á ese niño, que embrutecen. Mientras que á traicion un asesino levanta el puñal para matar en ese niño el amor, la virtud y la ternura, robándole sus buenos instintos, el inocente está allí tranquilo y solo, sin tener nadie que le defienda. La educacion es un beneficio ó es un crímen. ¡Frágil cabeza de niño que un idiota puede deprimir! ¡Sombría adulacion que petrifica y que hace que en lo sucesivo el que es su víctima quiera ponerse al nivel de Dios!

Esa educacion formó á Luis XV.

Se verificó la transformacion: el niño apuró la copa sombría que desvaneció su débil razon.—"¡Todo ese pueblo es vuestro!„ De esa frase nació Tiberio! Semejante brevaje convertiria al hombre más fuerte en insensato; ese negro néctar mata el corazon y produce la terrible embriaguez de las alturas.—"¡Todo ese pueblo es vuestro!„ A medida que vá meditando en esa frase aquel á quien se dirige, siente más la mordedura, y estúpida alegría é inconmensurable tedio se apoderarán de su alma; alguno que no es él se desarrolla en su interior, y la ignorancia se irá infiltrando en su corazon. ¿Para qué le sirve leer un libro al que es dueño del mundo? ¿Para qué ha de aprender, ha de estudiar y ha de trabajar el que ha nacido en el trono de Francia? ¡Triste es pensar que ese cetro, ese trono y esa espada conducen al vacío, al furor y al delirio, y que esas claridades extravian al que debieran guiar!

Siendo suyo el reino, los hombres y las mujeres, debe encenderse en el fuego de todas las pasiones; debe crecer y desarrollar su voluntad salvaje, y debe temerse que lentamente vaya asomando la garra del tigre en las extremidades de las alas del arcángel. Ignora él mismo que se vá envileciendo; no comprende su transformacion, su ignorancia ni su perversidad: tan oscura es la pendiente por la que rueda. Vivirá en lo sucesivo fuera de toda realidad, en completa ilusion: lleno de oprobio ante los pueblos que presencian su abyeccion; será cínico, será infame, y queriendo escalar la frontera azul de lo imposible, creyendo llegar al cielo, se sumirá en el infierno. Su soberbia le hará exclamar:—"Todo me es permitido; yo solo existo.„ Cree tener bajo sus plantas el polvo de los astros. Por gozar de un placer nada le importa producir cien desastres; cada dia baja un escalon de la escala de la ignominia, y en su delirio cree que puede atormentar á un pueblo segun sus antojos. Se apodera de la vírgen y la convierte en prostituta; ¿no es él el rey, el señor y el dueño?... El hombre le debe su sangre, la mujer el honor; puede obrar

como le plazca, porque dispone de todos los derechos. Si quiere comer fango, como le adoraban siendo lobo, le adorarán siendo cerdo. Cada vicio imprime el sello en su frente; hace del poder un esfuerzo inútil; tiene bajo de él á su siglo, que está trabajando y que él mutila; el cetro en su mano es como el palo en manos del ciego; terrible engendro de todas las grandezas, sér sin nombre, frágil y miserable, ceniza prometida á los gusanos; no es ya siquiera un hombre. Encontrando un inmundo ideal en la mitad del camino, el Dios abortó un mónstruo.

III.

Ahora que cada cual sondee su propio abismo. Supongamos á cualquier viviente, fuerte ó débil, rico ó pobre, dichoso ó desamparado; supongamos á toda clase de hombres transportados á lo alto de la montaña, tengamos á nuestros piés extendida la inmensa tierra, y que les digan:—"Todo eso es vuestro.„ ¿Habrá uno solo entre todos qne pueda responder de sí? ¿Habrá alguno que se atreva á afirmar que no se desvanecerá al asomarse á la vasta ventana del poder radiante, gigantesco y envidiado? ¿Habrá alguno que se crea superior á la embriaguez que producen esas tentaciones y que se atreva á asegurar que cerrará los ojos para no verlas? ¿Se tenderán á mis piés el orgullo, la voluptuosidad y la gloria y yo las echaré fuera de mi presencia? ¿Habrá alguno entre todos que vea abrirse de repente ese abismo de esplendores sin volverse loco? ¿Doblará el mundo entero la rodilla ante nuestra omnipotencia y tendremos bastante valor para no ser débiles? ¿Quién, esceptuando Jesucristo, se atreverá á decir que sí? Retroceded ante ese precipicio que se llama rey; retroceded del borde de la sima que produce vértigos y que se llama trono. Mortales, sed buenos, sed caritativos. Con quién? Con todos. Recordad que en el mundo la santa compasion es una limosna, y que la caridad, que alimenta y que desarma, cae de las manos siendo óbolo y del corazon siendo lágrima.

IV.

Tiranía! ¡Escala que desciende en el mal, oscura, vertiginosa, imposible de evitar, crugiente y suave! En cada escalon se nota una disminucion de luz! ¡Desgraciado el que pone el pié en el primero! Es la espiral infame y traidora que conduce á la sombra y hace resbalar nuestros piés en la sangre. La conciencia ciega arrastra hasta allí á un alma sorda. A cada paso que se dá, la carne se hace más pesada, la materia gravita más y más sobre el espíritu y se siente excluida del soplo universal. Hoy es la falta, mañana será el crímen. Mañana se asesinará á los que se oprime hoy.

El hombre desciende por ella como si estuviera soñando; para él el aire está lleno de visiones, y como iluminados por lívidos relámpagos, todos los mascarones que causan el espanto del mundo, lo cobarde, lo felon, lo feroz y lo inmundo, flotan allí, moviendo sus desenfrenados contornos y sus fisonomías locas.

—Eres tú, Caín? Ignominiosos Césares, sois vosotros? El aroma del incienso se confunde allí con el hedor de los cementerios, y envueltos en los pliegues de los ámplios sudarios, pueblan el aire innumerables espectros, que suben y bajan lentamente por los escalones. El alma de cada tirano miserable es su propio antro. Agripina, con el vientre desnudo, grita:—"Hiere!„ Molay arroja las cenizas de su hoguera al rostro de Felipe el Hermoso; Agnés, la réproba y la excomulgada; Berta atormentada por la tenaza ardiente, la Stuardo sin cabeza, Albret sin lengua, Médicis con Mesalina y Alejandro IV, ruedan lúgubremente por esa escalera. Lady Macbeth apaga con sus dedos la lámpara, Maude palpa allí el cuerpo todavía caliente de su padre; espantoso caballo arrastra á Brunehaut, haciendo rebotar su cabeza á cada escalon, y Ciro, Josué, el sangriento patriarca, Alarico degollando á los pueblos que se arrodillan á sus piés, pasan y os dicen:—"Reina y haz lo que nosotros.„ Cada crímen os habla para gritaros:—"Sigue mi ejemplo.„ Están en un sepulcro y creen estar en un templo. Cada escalon adquiere vida bajo el pié que lo pisa, é impele vertiginosamente á que caiga el espectro en el siguiente escalon, más bajo.—"¡Desciende, Cárlos! Desciende, Federico! ¡Desciende, Pedro! Convertíos en plomo, en acero y en piedra. Reinad más abajo! ¡Más abajo!„ No pueden detenerse en su carrera: les es imposible subir; tienen que bajar. La luz, cada vez menos visible, se vá extinguiendo á medida que los escalones

son más hondos, y allí no encuentran ni amigos, ni claridad, ni apoyo, ni guia: en aquellos cielos vacíos solo se oye el rugido de las Euménides.

V.

Ay de mí! Me quedé pensativo, con la cabeza entre las manos, contemplando la bruma, explorando los caminos, y he soñado. He seguido con la mirada del pensamiento la gran caravana de la humanidad dispersa, ya en las profundidades del llano, ya en las cumbres de la montaña, con sus camellos, con sus Mahomas, sin cielo, sin sol, sin pátria, débil rebaño que muestra su espalda traspillada, en la que se pueden contar los nudos del látigo; mientras que á lo lejos el viento tenebroso sacudia las barcas sobre el mar y las encinas en el monte; mientras que la hora del cuadrante, parca misteriosa, cortando en el aire, en la tierra y en las aguas toda especie de hilos con sus negras tijeras, abria y cerraba el ángulo de las dos agujas; mientras que el pálido dia, semejante á un prisionero que sueña con su libertad, esperaba el instante de subir el horizonte. He pasado noches enteras meditando y mirando en la sombra informe todo lo que se arrastra, olvidándome de atizar la mecha de mi lámpara, teniendo la vista fija y meditabunda en los tormentosos hijos de Jafet, sin otro fin que la justicia, y haciendo comparecer ante mi conciencia austera al hombre que fué rey, al hombre que fué sacerdote. He pasado extraña revista á los tiranos, y esos bandidos deslumbrantes, que se llaman conquistadores, contestaron á mi interrogatorio. Los príncipes, los héroes, los jefes, toda la historia; Cambises, aquel mónstruo ideal que amordazaba hasta el inmundo sér nacido para callar; los imanes, los sultanes, aquellos convulsionarios cuyos dedos crispados atormentaban el trueno, desencadenando al azar la guerra y el caos, mientras tenian ante sus ojos el estupor del rayo; Este, Austria, Valois, Plantagenet, Farnesio y esas cabezas de muerto, de mirada abrasadora, que llevan la corona y que se llaman Césares, no han hablado; he sondeado los pálidos Baltasares, los Amurates, que tienen suplicios por fiestas; Vead, que hacia clavar los turbantes en las cabezas; los Alejandros, locos que se empeñan en igualarse al Athos; las majestades de inmensas púrpuras, Rodrigo, Etelredo, Timour, Isaac el Angel, Ortogrul en el crímen y Claudio en el fango, Christian, Juan el Malo, Juan el Bueno y Ricardo III; he mirado de cerca ese tropel de reyes, como si viera una coleccion de instrumentos de tortura; he considerado á cada monarca, desenvolviendo su trágica aventura, en el hueco de mi mano. He hecho con calma el exámen del hombre y de su tiempo; he medido la altura de cada esqueleto; he rasgado su sudario; mi escalpelo ha mezclado en su diseccion á Bizancio con Ducas, á Sion con Joram; he escrutado los dias falsos, las justicias contrahechas, la impura llama de costumbres que el viento soplaba; he visto los reflejos proyectados en la frente de los tiranos, los he cotejado, y apreciando á uno despues de otro, he comparado su naturaleza con la nuestra. He pesado los crímenes, he deslustrado los nombres, y, con un invencible extremecimiento, he llegado á esta conclusion: Perdonemos!

El filósofo, que se apodera del hecho implacable y á quien la historia inexorable abruma; triste, por tener siempre ante sus ojos las mismas olas que se estrellan contra el mismo arrecife, se indigna, y se hace duro y feroz á fuerza de ver el derecho divorciado siempre de la ley, el triunfo de la espada y del hacha, y el mal posándose incesantemente sobre la frente del ideal; pierde la paciencia y exclama:—"La corona es un crímen. El poder real no es más que un lúgubre abismo. Todo cuanto puede hacer un rey que sucede á otro es cambiar la espectacion en espanto. La historia es la horrorosa sima del crímen solitario. La madera del cadalso está unida á la madera del trono. Todo cetro tiene por esposa una espada, y la púrpura, al descender sobre los pueblos, se trueca en un charco de sangre. El derecho divino!" Miasma horrible! Al reinar se respira el furor y la sombra con el imperio. Solo por una escalera de cadáveres se sube á esos paveses sangrientos que eleva la fuerza. Las verdaderas gradas son las gemonías. Por cinco ó seis héroes, por dos ó tres génios, ¡cuánto verdugo! ¡cuánto loco! ¡cuánto enano! ¡Cuántos Nerones por unos pocos Antoninos! Un rey cualquiera es la suma de todos los reyes. El antiguo despotismo es el tormento del hombre. Desde hace cuatro mil años, bajo ese cielo inmutable y sereno, la humanidad ruge dentro del toro de bronce, y la imprecacion no tiene el derecho de

eleccion, y la sombra no divisa un rayo en medio de sus dolores sin número. Desde hace cuatro mil años ese globo, infierno ciego, llora y rechina los dientes bajo tronos de hierro. Los reyes son los Plutones, cuyo Erebo es la tierra. Sobre los duros potros de la guerra, del hambre y de la gleva, que atormentaban al género humano, le aserraban esos dos verdugos que se llaman la ignorancia y el mal, y la muerte, manejando la misma sierra, de esos potros se fabricaba la corona. ¿Existe un rey sin pesares, sin perturbacion y sin remordimientos? Los mejores hacen llorar, derraman sangre y arrancan gritos: esos déspotas están fuera de la ley natural. ¿Qué podria hacer Marco Aurelio más que estar siempre vacilante entre su antepasado Octavio y entre su hijo Cómodo? Tarquino tiene en su poder á Roma y Amenofis á Tebas; Juan reina sobre la nieve y Rustan sobre las arenas; todos se confunden en la sombra y todos son responsables; los malos se ven á través de los buenos. En la oscuridad del mundo el lobo y el leon son parientes y poseen la tierra; comen, rien, se tutean. Son buitres que se reparten fraternalmente la presa. Mahomet, llamando á Hildebrando por su nombre, le toca en el hombro y le dice: —"Compañero! En el salobre Océano todas las gotas son amargas. El Kremlin vé que el niño Pedro hace gestos de hiena mientras está lactando en el pecho de su madre. Cárlos V, que dominó la Europa ahogándola, es un boa sombrío que tiene por hijo á una culebra de cascabel; la vejez de los reyes es fúnebre y la infancia fatal; son demonios cuando mueren y mónstruos desde que nacen; el género humano los cuenta enumerando sus suplicios, y de todos los féretros sus cunas son cómplices. Cuando el pueblo se extremece agonizante en el cadalso, ni un solo hilo de la cuerda es inocente. Cuando el mundo está entre los hierros del espantoso calabozo, todo eslabon tiene su parte en el crímen de la cadena. Hay buenos reyes? No, dice Epicteto; No, dice Platon; No, dice Juan de Patmos, y Zenon dice: Hay buenos reyes... como hay buenas hachas. Las abejas, las lises, los soles, son manchas. De Enrique IV la historia dirá un dia: No era malvado, pero era rey. Ay! Cuando el lamentable auto de fé se enciende; cuando el mártir se abrasa, se retuerce y humea; cuando el verdugo muerde á la víctima; cuando el moribundo se extremece en el último estertor de la agonía, ¿puede una llama separarse de la hoguera y gritar: Yo soy la luz? No; un rey no es bueno, no es dulce, y todos están en cada uno y cada uno en todos. ¡Pueblo! ¡Al menos fórjales la cadena expiatoria! Todos tienen impresa en la frente la mano sangrienta de la historia. ¡Anatema sobre todos!„ Precisamente esa fatalidad es la que produce mi extremecimiento.

Siento algunas veces insondables piedades, y compadezco á los grandes y á los formidables, á los demonios rugientes y á los dioses tonantes. Ante el peso abrumador de los sombríos continentes, ante el horror, ante el antro de nuestros anales, disforme y lleno de infernales fulgores, pienso en vosotros, á quienes compadezco; ¡tristeza de los tiranos vestidos de púrpura, inquietudes misteriosas de los reyes, melancolía del tigre meditando en su taciturna locura! Pesando la conciencia, observando el horizonte, llego á dudar de que el juez tenga razon y de que el historiador se haya apoderado del verdadero culpable. Perdido á veces en las brumas impalpables del pasado; asfixiado otras por el presente; del patíbulo del derecho, del osario de los hechos, del Louvre, del Circo, del Hipódromo, de los emperadores que degradaron el imperio de Roma, de Pedro y de César rompiendo su monstruoso himeneo, de papas extendiendo las manos en la sombra, de reyes excomulgados, de atentados, de patíbulos, de violaciones de cosas sagradas, de pueblos vendidos, aherrojados y prostituidos, de los Narcisos felices, de los Trazeas asesinados, de toda esa desesperacion salvaje y desmesurada oigo salir este grito: *Miserere!*

Sí, perdonemos. Dios sabe con qué severo cuidado, tocando esas frentes de bronce y esos cráneos de barro, he examinado, lleno de tristeza, ese monton de todopoderosos. Estaba allí respirando el olor del viejo incienso; mirando bajo el dios del altar y volviendo la medalla, veia el gusano que trabajaba en el rey, mi espíritu desvanecido por el horror se encenagaba en el negro museo, sirviéndome de catálogo Bossuet.

Pues bien, piedad!

VI.

Alguno de vosotros que me siga hasta la sombra antidiluviana, hasta el lobo

primitivo que se llamó Nemrod; despues remontémonos á ciegas á nuestros siglos cristianos é ilustrados. Evoquemos á todos los reyes; llamemos á la barra á Guido el Baboso, á Manfredo el Negro, á Juan el Bárbaro, á Matías el Sanguinario y á Pedro el Cruel. Sigamos á través de las tumbas á algun áspero Ezequiel que resucite á Aureng-Zeb y reanime al atroz Rhinometo y al impuro Copronico. Vayamos desde los griegos hasta los turcos, desde los emires hasta los sofíes, del schad que mata á su padre al czar que mata á su hijo. Hagamos levantarse á todos esos hombres de las tinieblas; Macbeth, príncipe Augus; Oswy, rey de Nortumbre; Valentiniano, el que duerme con sus osos; Boris en su Kremlin, Achmet en las Siete Torres, los Faraones reclinados en sus jeroglíficos, los sátrapas, los deys, los lamas, los califas, los erectores de cadalsos, los arrastradores de cañones; llamemos á los scheiks y á los soldanes; tomemos todos los reinos en bloque, todo el imperio en masa. Interroguemos á Esquilo y despertemos á Shakespeare. Pero si preguntamos á los poetas, ¿qué nos responderán? Que esos hombres no son peores que los otros.

El aire fatal de las Romas es el que engendra á los Césares. Mientras Isis cubra con su velo la razon, las Menfis y las Tebas tendrán los Faraones por hijos. La atmósfera extraña y terrible del trono es lo que hace nacer un Tudor en Lóndres y un Phul en Babilonia. Nadie es de antemano Achab, Domiciano ni Abbas; no, no: aquí abajo no nacen demonios. Nadie está formado mitad de carne, mitad de barro; el árbol de la humanidad no dá el fruto negro. No; el que lo crea todo y responde de todo no ha puesto un dragon, una hidra, un tigre, un lobo, en ese niño que sostiene su madre en el regazo. Todo hombre nace bueno, puro, generoso, justo, probo, tierno; toda alma brota estrella de las manos de Dios. Si ese corazon está helado, es que han apagado su fuego. Si esa ala está rota, si ese espíritu está contrahecho, es que se le ha comprimido en una caja demasiado estrecha. Si ese hombre es horrible, es que se le ha vaciado en un molde de crímen y de deformidad.

La ignorancia, de la que proviene el luto, de donde sale el vicio, tiene siete pechos de sombra, y cada uno lacta á una de las siete cabezas del mónstruo sin ojos, de la hidra del mal. Todo déspota ha saboreado esa leche misteriosa. Desde que nace se apoderan de su pensamiento y se lo borran. Es un niño; ¿qué quereis que haga contra ese terrible preceptor que se llama el mal? Fuera de la vida y del destino normal se le construye una cuna terrible, en donde las quimeras ¡asquerosas madres! van á mecerle durante su sueño. Sus ojos, que buscan la luz del dia, se abren para no ver; le envuelven en las mantillas del poder; los intereses abyectos agrupados en torno del señor le retiran la idea de la atmósfera, le impiden ser, y ocultándole lo santo, lo puro, lo grande, lo bello, le encierran en sí mismo como pudieran encerrarle en una tumba. El primer idiota que llega coge á ese pobre niño-rey y le lleva fuera de la razon humana; el más ínfimo de los cortesanos, alabando sus defectos, pone lo falso en aquella mirada creada para buscar lo verdadero.

Si basta un duque de Alba ó un Wolsey para hacer caer en todos los horrores de que es capaz el corazon malvado á los Enriques VIII y á los Felipes II, ¿qué sucederá cuando tengan á su lado, en lugar de un mísero eunuco ó de un servidor inepto, un espíritu vasto que sepa hacer de su falta un precepto, lisonjeando su instinto voraz ó sus impuros deseos, como Alejandro tuvo á Aristóteles y Luis á Bossuet?

La ignorancia y la noche son las dos hermanas lúgubres. La una produce los corazones nocivos, los espíritus insalubres, los cerebros rebajados; la otra, el estancamiento de las tinieblas pesando sobre la creacion. La ignorancia produce los Tyros, las Babeles, las Sodomas, la guerra y los combates, sombrías tempestades de hombres, de donde salen los Césares, los Hapsburgos, los Capetos; la noche produce el caos de espesas nubes, esas tormentas que apagan los astros, que rugen y remueven los abismos del mundo desde el mar Caspio al negro lago de Michigan. La una engendra al déspota, la otra al huracán. No tienen corazon, miradas ni alas; producen la muerte. Cuando el hombre, frente á frente del destino ó de la duda, se encuentra á solas con ellas, tiembla. Ambas son el sudario, son la ausencia de toda luz, el lazo infa-

me que una tiende al cielo y la otra al alma.

VII.

He visto la India y me compadezco del sombrío Tchandala. Jamás hombre alguno le ha hablado fraternalmente; su sed enturbia el rio; ante su martirio, la cabaña se cierra y la mano se retira; es el desheredado del agua, del pan y del hogar; se diria que el fuego, el aire y la tierra le son hostiles; que el campo le ódia y que la materia le rechaza y le mantiene completamente fuera de ella; nadie le acoge y ninguno le recibe. Pero al menos, tal como es y tal como puede ser durante todo el tiempo que vive, su alma le pertenece, y aunque sufra la lepra y el tedio, la peste y su horror, no está maldito, puesto que puede ser bueno.

Ahora ved este otro. La justicia resplandece, pero no para él. ¡Cuánto embrutece el horror! Es rey. El progreso luminoso y latente brota con el sol que nace, pero él no le verá. Cada cual puede en su carrera beber la verdad en el grande y puro manantial; él solo, sombrío y sediento, no se acercará á la clara linfa.

La palabra que se pronuncia, el paso que se dá, el dia que despunta, no existen para él. Sus oidos son de piedra; ni un rayo real hiere su pupila; parece que la suerte, trocada en oscura selva, pone todo su conato en hacerle perder el camino. Separado de los hombres, se le crea la imposibilidad de ser lo que ellos son; sin guia en su desierto y no teniendo más eleccion que el crímen en la sombra en que se arrastra su deseo, solo le quedan los viles apetitos. Fuera de toda conciencia y de toda luz, desterrado de la razon y de la verdad, en la prodigiosa y sorda oscuridad, que hacen más lamentable su paso, vaga, pária siniestro de la aurora.

De estos dos condenados, decid, ¿cuál os inspira más lastima? El uno está fuera de la dicha y el otro fuera de la virtud. ¿Cuál es más fatal y está más solo, el hombre que no tiene su parte de pan en la tierra ó el que no tiene su parte de verdad?

Ay! ¡lloremos por el rey, que es el gran desheredado!

VIII.

Los réprobos tienen necesidad de que alguno se ponga de su parte, de que penetre en su misterio y de que escrute sus destinos. Creen que el que les dirige miradas cariñosas les hace un favor; ¿y quién sino el soñador podrá tendérselas? ¿Quién les prodigará la bondad venerable? ¿Quién recogerá el miserable harapo del dorado Czar, del flordelisado rey? ¿Quién se cuidará de ese viejo Czar hecho pedazos? En este mundo en que la historia no ilumina más que hormigueros de tumbas y de gusanos, ¿quién le prestará consuelo? ¿Quién sino él será el augusto Job de los oprobios de los demás? Enterneciéndole el efecto por el enigma de las causas, teniendo delante del espíritu la oscuridad de las cosas, se reclinará grave, indulgente, enternecido sobre este vasto muladar que se llama humanidad, y compañero voluntario de las abyecciones, al encontrarse con la tiranía y con el tirano, cogerá la teja para roer la podredumbre de la úlcera. Compadecer es ya comprender. Cuando la mirada no es severa para ellos, el horizonte presenta una alborada menos confusa. La gran verdad sale de la gran disculpa. Retirad el anatema y vereis brillar una claridad. El pensador vigilante, calenturiento, tratando de investigar el supremo secreto, está en vela atento á toda la naturaleza, y comparando el elemento y el destino, confunde en la misma mirada sobrehumana y profunda los soplos, las casualidades, el coloso, la mosca, el mónstruo que se despierta y el astro que se pone, el cambio de una nube en los cielos y el trayecto del error en el alma humana, los lineamientos de que surge lo desconocido y los sombríos principios que los crímenes enrojecen. La noche, que coincide con los Gensèricos, la espada y el cetro, la garra y el diente, el tigre y el señor, el horror babilónico, todo esto lo explican estas compasiones inmensas. Cuando no se maldice, la suerte aparece como un caos tranquilo, del que dimana el órden augusto. Los misterios, ante el pensador despojado de su cólera, son el abismo, pero el abismo que se ilumina. Ya no hay allí demencia, y blanquean semejantes á negros cielos en que van á levantarse soles radiantes. Y hé aquí que de repente en las sombras sagradas, tranquilas, llenas de Dios, las leyes entran. No se lee el libro, se deletrea una

palabra y se siente un invencible extremecimiento. ¡Pesa tanto el brazo de arriba! ¡Tan débil es el hombre y tanto aparece la enormidad divina en lo que se vé como en lo que se presiente!

Ay! Se reconoce que son insignificantes esos tristes Nerones conducidos por Palas, para los que Dios es solo un espectro y los séres humanos no más que una série de nombres. Esa especie de monte formado de reinos sombríos, ese edificio espantoso que cada edad construye con atentados, glorias y estruendos; sangriento, marcado por fétidos surcos, hecho bloque con los reyes, sombrías cariátides; ese caos de hechos pesados, tristes, repugnantes, asquerosos, que recarga la memoria informe de los tiranos; todas esas acciones salvajes y terribles que dan en la historia á los odiosos Tiberios el aspecto de monstruosos demonios aplastados; ese monton de viejas asechanzas, de bronces verdinegros; esa masa de granito, el más duro de los abismos; esa gran roca del mal, aluvion de crímenes, pedestal gigantesco de la erguida Némesis, ancho, enorme, ¡buen Dios, una lágrima lo disuelve!

Las lágrimas son sagradas como puro bálsamo; salen las humanas del corazon y las divinas del alma. Desde que, examinándonos á nosotros mismos, nos resolvemos á buscar el lado perdonable de todo, desde que desechamos las prevenciones, lo real se levanta el velo y sentimos en el pecho latir un nuevo corazon.

Un dia un ángel vió á los hombres sumidos en su oscuridad y les dijo desde lo alto de su serena esfera:—"Esperad, voy á traeros la luz.„ Volvió el ángel y trajo de la mano á la Piedad.

IX.

Todo se vé á medias; pero tratemos de ver la otra mitad. Siempre será incierto é incompleto lo que hacemos sentar en el banquillo de los acusados. Probemos á formar proceso á ese hombre. Ese hombre es el tirano. El egoismo lo hizo indiferente á todo. Las dos antorchas humanas, la ciencia y la conciencia, no han brillado nunca ni un momento en su mano; su conciencia quedó muerta; los retóricos han apagado su llama efímera. Nadie cree que haya abierto nunca una gramática. Hiere sin saber nada: ¿le han enseñado algo acaso? Solo sabe que veneran el cetro y que besan el látigo. Haga lo que quiera y obre como le plazca, nadie le objeta. Cuando habla, ante él un pueblo entero se extremece como las hojas en los árboles. Dijo en voz alta que reinaba, y todos le contestaron:—"¡Reinad!„ Puso los piés sobre todos y todos se arrodillaron. Aconsejado por un sacerdote, dice:—"¡Soy Dios, y como á Dios quiero que se me rece y que se me adore!„ Los magistrados dijeron al pueblo que ese era su deber. Un dia, loco y furioso, deseó ver cómo los caimanes se comian á los hombres; los ediles hicieron edificar un palacio de mármol para los cocodrilos. Qué es para él el universo? Un inmenso siervo. Lo bueno y lo justo es solo lo que agrada al rey. Si desea derramar sangre, la sangre será una gloria, será una púrpura; si desea beberla, darán gracias á los dioses por la sed que siente Neron. La guerra le aturde con el sonido de sus clarines. Caifás, teniendo en el corazon á Satanás y á Dios en los labios, le declara clemente y bueno y le dirige la palabra. Todos los ruidos que oye le ensordecen. La tierra entera parece con su estupidez conspirar arteramente para que se extravíe. El mundo encorva la espalda para sufrir latigazos y dobla la cabeza para sufrir golpes. Roma, Paris, Lóndres, Moscow, Bacon y su razon, Virgilio con su lira, se empequeñecen ante ese pigmeo. Adquiere instinto de hiena, y en él es pequeño el pensamiento y grande el apetito. Que se levante una voz para acusar á ese hombre y se indignarán los tribunales abyectos, y su justicia castigará á la verdad, la sombra hará que encierren la luz en una mazmorra. Todas las vendas que los ojos puedan soportar, él las soportará, que los cortesanos, que velan á su puerta, se encargarán de ver si son bastante espesas. Le tapaba la venda de la ignorancia y á ésta añadieron la de la locura. Roba, asesina, aplasta, extermina, expolia, levanta patíbulos, es perjuro, saquea, degüella, destruye, incendia... Hace bien. Ahora concedamos la palabra á los jueces.

Qué decís á esto, Tácito y Juvenal? Dios mismo se queda pensativo en el fondo del tribunal; el castigo teme ser injusto, y el fallo, que no puede condenar, no se atreve á absolver.

X.

Insistís?... Pues nosotros insistiremos tambien. Oidme. D. Pedro, degollando inocentes, es un malvado; Bardas, Leon el falsario, Valarte, Justiniano sacando los ojos á Belisario, Alejandro exponiendo á Calístenes á los leones, son espantosos; los Phocas y los Pigmalyones son repugnantes hasta el sueño y hasta la quimera; Jerjes sangriento apaleando las olas amargas; Constantino Cabaliano hacinando sobre el pavimento, á los piés de su caballo, montones de ojos saltados; Sapor, cubriendo de sal una mujer desollada, espantan; Achab, atormentador de Miqueo; Didier, Osman, Ratbert, Witiza, Childebrando, los Conmenos, Miguel Calafati, demostrando toda la crueldad que cabe en lo efímero; César asesinando la ley, Neron asesinando á su madre, causan horror: son viles, son abyectos. Pero y los vasallos? ¿Por qué esos senadores hablándoles de rodillas? ¿Por qué ese sacerdote ateo y falsario que los inciensa? ¿Por qué sepultarlos en vuestra obediencia? ¿Por qué, pudiendo sacudir su yugo enmohecido, acepta el mundo el poder absoluto? ¿Por qué los más han de ser los más miserables? ¿En nombre de qué derecho, en nombre de qué deber la tierra maldice al hombre por ser ciego y feroz, despues de haberle formado así? Pueblo! Consentir el tirano es crearlo.

Penetremos más adentro de esa sombría esfera. Interroguemos á las esfinges, al enigma, á lo desconocido. ¿Sabemos acaso de dónde venimos al mundo y por qué venimos? ¿El feto escoge su destino? ¿Somos dueños de indicar el sitio y la hora en que hemos de nacer? Si no es así, ¿cómo hemos de ser responsables? ¿De qué hemos de tener responsabilidad? ¿De ser hombre de tal siglo ó hijo de tal rey? ¿De ser el átomo errante en tal ó cual zona? ¿De haber sido lanzados al nacer sobre un trono? ¿De ser hijos de un sultan? ¿Somos culpables y debemos ser castigados por ocupar un sitio en que nos colocó la suerte, cuando la semilla de la vida, abandonada á los caprichos del viento, nos hizo florecer sobre la tierra humildes y débiles? ¿Qué puso de su parte ese pobre inocente para ser un tirano, para ser el sentenciado siniestro de la historia, para que todas las iras, todas las visiones sombrías y funerarias, todos los vuelos de los cuervos y de los buitres pasen incesantemente á su alrededor? ¿Qué es lo que hizo para ser Periandro, Busiris, Constantino ó Cárlos IX?

Si hubiera comprendido que le esperaba ese fatal destino, hubiera huido de él. ¿No tenia tambien derecho en los limbos donde el sér, antes de desplegarse, vaga entre la impalpable luz, de la que el alma sale para caer temblando sobre este globo, derecho á nacer de una madre pobre que se acostase en un monton de paja? ¿Mereció acaso ser terrible escepcion? Oh Dios! que ciernes á los hombres por los negros agujeros de tu criba y que arrojas al viento ese grano predestinado, ¿no tenia derecho ese niño, como todos los que nacen, al desvan, al lecho de paja, á los zapatos sin suela, al harapo que deja ver la escuálida rodilla, á la ruin moneda que se coge del arroyo? ¿No tenia derecho á la santa miseria? ¿Era necesario hacerle príncipe y mónstruo? Louvres pagados demasiado caros! Kremlins, Alhambras, corona, orgullo de la frente; cetro, esplendor de la mano; gradas del trono, brillo, poder, sólio, frentes inclinadas, sillones de oro, doseles de púrpura, nubes de incienso; si él hubiera sabido todo lo que ocultais de sombra, todo lo que teneis de precipicio, hubiese dicho: Jamás! jamás! El niño desnudo, que depositan á la puerta de un asilo de caridad, ignora que existen esos esplendores, pero le bendice Dios. Es preferible sollozar sin tener techo que nos abrigue, sin fuego y sin pan, vivir en la indigencia, que ser infante ó delfin. Son los escogidos, son los felices el hombre que carga fardos en el arsenal, el cantor callejero, el tahonero que pasa la noche trabajando, el saltimbanqui que tiende el sombrero para que le arrojen en él una moneda de cobre, el pescador que tiene siempre los miembros húmedos, los mineros sepultados en pozos tenebrosos. Antes de nacer, ¿qué hizo el sér destinado al trono para no ser uno de los elegidos?

Si decididamente tiene que ser excluido de la claridad, si el destino le ha de tender lazo implacable, si tiene que tropezar con el mal y con el crímen, vale más vagar por las montañas, matar en los bosques, que en la historia, en la que la sangre reaparece, y no tener luego un Isaías que nos maldiga, ser al menos ob-

jeto de compasion sombría, llamarse bandido y no tirano.

¿No compadeceis al cafre que se tiñe los labios de azafran, al salvaje que rema en su piragua formada de cortezas de árbol? ¿No perdonais al bandido corso, salvaje, que trata el derecho como pais conquistado y que vaga robando por entre los makis? Nadie exige que un negro ó un esquimal, sabiendo que son estúpidos, sean íntegros; todos les compadecen, porque ignoran lo que es la ley; pero no se compadece nadie del sultan ó del rey, que es otra especie de negro adornado con falsa pedrería. El bohemio, que vive sin pátria, os conmueve; el mougick de Cronstadt, el hammal de Fanar, el lobo que obedece á su instinto degollando el rebaño, os causan lástima, porque hacen daño; haceis más: en el afrentoso banco de la galera examinais el cráneo del forzado, y despues de examinarle le teneis compasion; ¿y no comprendeis que ese rey tiene un vacío en su cerebro, en el que todo flota; que un déspota es tan desdichado como un pária; que la púrpura no es más que un andrajo cuando se vé de noche, y que en esa sombra, á la que el hombre se arrastra por instinto, en la que aparece la mentira, en la que la verdad se oculta, siendo igual la ignorancia, debe tener igual disculpa?...

XI.

¿Creeis acaso, soñadores, que os apiadais del repugnante mendigo de los caminos extraviados y del ladron temible de los bosques; creeis que ese temible bandido no es un déspota tambien? Pues es el tirano salvaje de la media noche, que sorprende y que impera en esas horas tristes. Es el conquistador del sendero solitario; el bosque cuyo sagrado misterio viola, le vé llegar como Roma á Atila. ¿Creeis que no tiene sus aduladores? Pues los tiene: tiene á su madre que le dice:—"Toma!„; á su sed que le grita:—"Mata!„; á la soledad ávida y cubierta de malezas que murmura á su oido:—"Estás solo, ladron; eres rey!„; tiene su pesado garrote, que parece balbucear:—"Cuenta conmigo!„; á sus músculos de hierro, que le repiten:—"¡Nadie puede resistirte; el pasajero al verte tiembla; puedes matar á un hombre de una puñalada!„ El ódio vocifera en su corazon:—"No perdones á nadie„, y sus harapos, entreabiertos, agujereados, besan sus crímenes con sus miserables bocas, y acariciando su mano sangrienta, le hablan en voz baja de este modo:—"El oro se debe tomar, la sangre se debe beber; busca oro, busca oro, conciencia negra!„ Como su espíritu, centellea la oscura noche; el asesinato tenebroso debe estrellarse con brillantes cequíes, con doblones y con piastras. Los astros solo brillan cuando el horizonte está oscuro.

XII.

A los resplandores de la antorcha que sostiene mi mano, todo el hormiguero tenebroso ha acudido. Ante mi espíritu sereno, y guiado siempre por la equidad, he dado cita á la miseria humana, á la ignorancia, á la frente humillada, á cualquiera que tenga por alma un tragaluz cerrado. Me apiado, al verlos juntos, de todos esos semi-vivos; de los innumerables débiles; de todos aquellos sobre que el dolor deja caer su pesada cortina; del mendigo sin vista y de frente entrapajada; del pobre lisiado, que tiembla sobre sus muletas; y al considerarlos como mi familia, teniendo todos derecho á las lágrimas, su único tesoro, he sentido compasion más dolorosa todavía hácia el lisiado del cetro y hácia el ciego de la corona.

La ceguedad pesa sobre todos y á todos los rodea; es el soplo de la nada, y ¡ay de mí! sobre sus cráneos chatos gravita una diadema de oro. ¡No saber nada, no ver nada y poseer el imperio! ¡Serlo todo, no siendo nada! ¡Qué indigencia tan espantosa! ¿Qué desnudez más dura, qué abandono más triste, que coincidencia más digna de perdon que la completa ignorancia y el omnímodo poder? ¿Qué mayor desolacion que esa espantosa ausencia de la realidad, de la verdad, de la razon y del dia, oculta detrás del horizonte? Al descubrir los calvarios que pesan sobre los desdichados, ¿por qué hemos de ser más severos con los reyes?

XIII.

Hoy diré yo, como tú, mi querido Dante, pero más triste y con voz menos salvaje y menos estridente:—"Si no se me comprende, volveré á empezar; ese pueblo es como el agua; la hendimos sin poderla profundizar nunca.„ ¡Queja feroz y ruda causa! La piedad tiembla cuando vé que se levanta contra ella el

grito del dolor del género humano maltratado.

Vosotros los desconocidos, la irresponsable multitud; vosotros para quienes los instantes inconscientes corren, felices por ser pequeños y sintiendo el alivio que el olvido dá á los séres vivientes, no dando un paso cuya huella no se borre, no teniendo otro cuidado que ver granos de arena, figuraos á ese que no es más que un pasajero y que se cree absoluto, muy alto y muy poderoso. ¡Imaginaos lo que es un déspota! Rie estúpidamente ante su pueblo, que solloza; su grandeza dimana de la nada, le empequeñece; la enormidad del trono aplasta su alma; bajo la planta de ese hombre el honor muere, el derecho huye; la paz es un pantano de vergüenza corrompida; leyes, justicia, religion, todo es cieno. Para ganar tu proceso, eres Trimalcion? Pues paga. Eres Friné? Muestra tu seno desnudo á los jueces. Se aspira á las tumbas lo mismo que á los refugios: la guerra es un tumulto informe, un choque de pasiones, de instintos salvajes y de feroces apetitos; vá sin saber á dónde, de batalla en batalla; incendia una ciudad como un monton de paja, y la campiña, ardiendo por mano de ese asesino, tiñe á lo lejos de púrpura los montes, mientras al resplandor de esos torbellinos de chispas y de llamas el cuervo se picotea impaciente las alas. Despues llega un dia en que la victoria huye y le despedaza en su huida; pero cuándo? Cuando ha ensanchado la triste sombra de los cipreses.

Y qué! Porque á una desventura la constituyan el poder, la autoridad, el orgullo sin límites, la licencia y el lujo, no la compadecereis? Porque él viva en la cumbre y nosotros en el llano; porque él ocupe la cabecera de la mesa, teniendo á la derecha á su canciller, á la izquierda á su condestable; porque ese desdichado de razon extraviada se crea Dios; porque colocado en medio de ese mundo extraño, rodeado de incienso, festines y ejércitos, sea como el verdugo de un piélago de sombras; porque tenga ¡desventurado! una tiara sobre la frente; porque ese respeto sea más fatal que la afrenta, ese palacio más lamentable que un zaquizamí, ese oro más abrasador que el hierro candente; porque ese sér se llame rey; porque haya nacido flordelisado, bendecido, festejado, coronado, en una cuna sembrada de abejas, bajo los artesonados techos de Versalles, ¿no le compadecereis? No tendreis entrañas?

Estudiadlos y vereis cómo viven sobresaltados. Los Trastamaras se acechan unos á otros, y cada uno de ellos, temblando, lleva la mano al puñal apenas vé á su hermano. Alonso cada noche cámbia de dormitorio. Luis XI enflaquece y tirita. Enrique VIII hace registrar todas las noches su lecho á estocadas. Rustan es un bruto que se ocupa en matar, que vé en todos los ojos siniestros designios, y cree que son asesinos todos los que pasan por su lado.

Esos relumbrantes carros se doblegan bajo el peso de sus cargas. ¡Cuanto más estrecha es la frente, más ancha viene la corona! ¡Os deslumbra el palacio en que vive el monarca, la música augusta y soberbia que le sigue como aureola de su triunfo, el extraordinario cortejo que le abre paso! ¡Le veis desde bajo soberbio, imperial, poderoso, entre hombres relumbrantes de oro y mujeres relumbrantes de seda, entre un centelleo que imita la alegría; pero al admirarle no comprendeis que ese brillo exterior es negro por dentro! ¿Sabeis lo que sufre en los momentos en que entrevé el abismo que se abre á sus piés? Le envidiais, porque os engañan las deslumbradoras apariencias; pero el dolor se encierra en el fondo de su corazon y vosotros sentís el calor, pero él se abrasa.

¿Habeis meditado sobre la suerte del czar de Moscow? ¿Habeis pensado sobre la del emperador de Roma? ¡Cifra oscura! Negro cero que eres la suma del mundo, ¿has medido el honor que rodea al sultan? El caftan que le envuelve tiene los resplandores argentados de la perla; vé un paraiso de vagarosas alamedas, baños lascivos, aves, flores, mujeres desnudas, á través del cristal que se abre al final del corredor. Tiene sobre su turbante la luna de cuernos de oro, el astro del eclipse y de la demencia. Su poder es un campo sembrado por la muerte. Está como en medio de un mar bajo los cielos; en los abismos de los más abyectos pensamientos está silencioso como esas rocas que manchan los estercoleros. ¡Al asir el cetro ha dado la muerte á sus hermanos! Para llegar á ser déspota, para ser vencedor, han empezado por

amputarle el corazon. Su trono es un matadero, su corte un monton de escombros. Cien mónstruos blancos y negros guardan su palacio sombrío; esclavos espantosos de un amo más espantoso que ellos, le protegen noche y dia con sus miradas brillantes, y se humillan aborrecidos de los hombres y de las mujeres, los eunucos del cuerpo, al eunuco del alma.

Tened presente que los corazones tiernos son siempre los corazones grandes y de que ha llegado el tiempo de compadecer á los tiranos. La justicia, que pretende ser demasiado justa, es hermana de la venganza. Perdonemos. Seamos indulgentes hasta con los demonios. No imprimamos el hierro candente en ninguna deformidad; no esceptuemos de nuestra compasion á ningun hombre, que el que es justo no es avaro de clemencia. El mónstruo es un sér débil, y los débiles deben tener sus derechos. El ignorante, cualquiera que sea, ya camine por el bosque con la envidia en el corazon, con los piés desnudos, cubierto de harapos ¡triste mendigo!, ya con la corona en la cabeza ¡fiera ilustre!, no es más que un pobre ciego, abyecto, perdido, solicitado por el mal: sí; el hombre desaparece donde la claridad falta. ¡Siniestra unidad del mal! ¡analogía del loco del hambre y del loco de la orgía! Los une un negro lazo; no saben. En sus dos esferas de sombra dan los primeros pasos. Son el crepúsculo y son nocivos: ignorar es aborrecer; ignorar es destruir; la brutalidad viene primero, la ferocidad despues. El hombre-fiera sale del hombre-noche. Una pupila horrible ilumina á esas sombras. El bandido, el tirano, están en la misma bruma, son la misma ave nocturna que vuela loca y feroz; Gengiskan y Mandrin son el mismo buho. La misma oscuridad depravada y feroz engendra, arriba á Luis XV y abajo á Cartouche.

Os repito, filósofos, que interrogueis á las leyes, á las costumbres, á las preocupaciones, á los antiguos y sangrientos siglos, á esos testigos unánimes. Cavad, revolved la historia, ese panteon de crímenes, ese sarcófago de las muertas dinastías; escrutad los atentados, sondead las tragedias y encontrareis á todos esos grandes desgraciados, bandidos que aterraron al mundo degollándose unos á otros, desde Constantino el Ateo hasta Joas el Levita; desde Darío de Persia hasta Dusitri el Moscovita; desde el inglés Eduardo hasta el medo Barazas; que como nacieron príncipes, fueron reyes, pero que si hubieran nacido pueblo, serian forzados. Qué es Cárlos IX? Un Ravaillac. Alonso, Sancho y Ramiro son idiotas de bronce. Qué es Enrique III? Un imbécil. E Ivan? Un insensato. Y Mourad, el tigre del divan? Un frenético. Si la ignorancia produce semejantes engendros, ¿por qué compadecerla en los presidios y maldecirla en los palacios?

XIV.

Sabiendo todo esto, ¿no quereis que tendamos la mano á esos insensatos, ni que sintamos compasion por esos séres desventurados; que pidamos perdon al destino y á Dios por los que no lo han concedido nunca y que cayeron débiles y desnudos en el precipicio sin fondo del poder? ¿No quereis que, pesando esas dos cadenas, la que cautiva al cuerpo en la cárcel y la que convierte al alma en calabozo, la que oprime los brazos y la que oprime el cerebro, digamos, comparando el horror de los dos calabozos, que el del opresor es más sombrío que el del oprimido?

Seamos buenos, sobre todo para los que son crueles. ¡Es triste que la bondad, tan bella cuando no retrocede ante los malvados, sea tan fácil de olvidar! El malvado tiene el corazon lleno de amargura. Buscais á los que sufren, ¿no es cierto? Pues bien; los gritos de esas almas son los más desgarradores. Ser el médico, el buen samaritano de los mónstruos, que son mártires tenebrosos del destino; purificar su poder y lavar su crímen, es el deber sublime entre los deberes santos. ¿Es imposible ¡oh Dios! socorrer, mitigar, endulzar, ayudarles, haciendo que la santa compasion abra sobre ellos sus anchas alas? Mortales, devolved bien por mal; corresponded al ódio con el cariño, que en estas dos ideas se encierra todo el dogma santo.

Decís que el ódio es frágil y el ódio es persistente; pero, ¿en virtud de qué ley ha de ser inexorable? Inútilmente nos sublevamos para destruir la fatalidad y la desesperacion, porque se nos opone siempre la ley que reaparece áspera, sorda y fria. Prueba, filósofo, á insurreccionar el pensamiento, la razon, la

sabiduría humana y la claridad contra la fatalidad, contra el horror y contra la noche; llama en tu ayuda á esos santos motines que se llaman Job, los Esenios, Filon, los Terapéuticos, Voltaire, Diderot, Vico, Beccaria, que no tardará en reaparecer Satanás con el pária, ni el infierno en vomitar, como doble corriente de lava, al demonio en el cielo, al esclavo en el mundo, el mal en el infinito y la desgracia en la tierra. Debe compadecerse á Jesús, pero tambien es justo compadecer á Barrabás, y es grandioso rehabilitar á Caifás, consolar á Pilatos; pues la cumbre más alta de la virtud es aquella en la que Sócrates, al espirar, fué benigno con Anitus. Los que siembran la desolacion son los séres más tristes.

Llorais cuando Syla forma sus fatales listas; compadeceis á los proscriptos, pero no conoceis el aire puro que respiran, el orgullo, la paz sublime que encuentran en el azul del fondo del abismo, cuando, lanzados por los vientos contra los escollos, se parecen á la libre carrera del oleaje del mar. No conoceis la inmensa alegría que produce sufrir duros reveses, verse maltratados y perseguidos por defender la justicia y por defender la verdad. No lloreis por los proscriptos; reservad vuestras lágrimas para el proscriptor, cuya vida minan la angustia, el sobresalto, la alarma y el remordimiento. Víctima de terribles insomnios, pálido y desencajado, presta atencion y oye la maldicion de Pathmos, de Siena ó de Sinnamari; si consigue dormir, ¿qué es lo que sueña? Vé que Tiberio le sonrie, vé que le ronda Bruto, vé que Caton se desangra, vé que Tácito escribe. En vano, mientras vive, es ídolo, que consigue poner en todas las bocas el himno ó la mordaza; que llegará el porvenir y ante él conoce que es responsable de las fiebres que produce el destierro, de las plagas de los desiertos, del celo del carcelero que remacha los grillos y los cerrojos, del atormentador, que crea, inventa, innova y le adula buscando nuevos tormentos para las víctimas; Hudson Lowe pesa más sobre los reyes que sobre Napoleon.

Un dia, el sagrado templo humano, el panteon, eclipsará con su augusta sombra vuestros palacios, esos sombríos antros del mal; y el olvido cubrirá con su bruma helada el hormiguero negro y extraño del pasado, mientras que el porvenir lanzará sus brillantes resplandores. Esperando que llegue ese momento, el hombre sin luz y sin guia toma precauciones para que no le arrastre esa vertiginosa querida que se llama fraternidad, y siente en el pecho algo sospechoso que se llama corazon. El hombre, grande ó miserable, noble ó abyecto, tentando la suerte, como en la oscuridad se tienta una pared, tiene miedo de caer en la profunda sima de la piedad; prefiere el ódio y se aferra á la cuerda del mal por no agarrarse á la cuerda de la misericordia. El Amor dice á voz en grito:—"Perdon!„ Quién es ese desconocido? Perdonar espanta; y esta frase, tan sencilla, tan clara y tan dulce:—"¡Hermanos, amaos los unos á los otros!„, es tan profunda, que solo pudieron comprenderla los apóstoles.

Juan Huss estaba atado á la pira; el fuego, debajo de él, empezaba á arder por todas partes. Juan Huss vió que se le aproximaba el verdugo, de faz monstruosa, espantoso y abyecto. Toda la ciudad estaba en las calles y en las ventanas, pululando, susurrando, contemplando aquella fiesta. El reo vió acercarse á él aquel sér miserable, que produce escalofríos, aquella especie de viviente terrible de la noche. Los soldados escupian al nombrarle, y él se aproximaba taciturno y avergonzado: era la horrorosa cariátide del cadalso, que vigilaba el sitio donde se alzaba la pira; iba á añadir aceite y pez, cargado de leña, que habia de servir de combustible para el fatal hornillo. Sufriendo las miradas del pueblo, preñadas de ira, removia las brasas; y Juan Huss, que empezaba á sentir en su cuerpo el ardiente contacto de las llamas de la hoguera, alzó los ojos al cielo y exclamó:—"Pobre hombre!„

XV.

Lo he pesado todo, he visto el fondo, he hecho la suma. No he eliminado una cifra del total; he puesto lo preciso enfrente de lo fatal; no he retrocedido ante el silogismo y he querido que lo verdadero resalte y triunfe. He removido dos veces los huesos de Josafat; he tratado, haciéndolos chocar, de sacar una chispa; he consultado el antiguo archivo universal, y el enigma parecia ser cada vez más profundo. Iba del cenit al nadir y veia aspectos que variaban, desde la es-

trella hasta la cloaca; desde el juicio de Samuel saltaba al juicio de Eaco. He comparado los dolores, he confrontado, he discutido, he tocado la extremidad del dilema humano. La empresa es árdua, pero mi áspera lógica marchaba guiada por la sed trágica. ¡Y qué desaliento al llegar aquí! Entre el niño vestido de púrpura y el niño desnudo; entre los altivos palacios, en los que todo es lujo, y la triste choza, en la que todo es miseria; entre el ilota griego y el César romano; entre el mendigo fantasma del camino y el rey que celebra la multitud, no se sabe cuál escoger para tenerle compasion. Noche fúnebre!

¿Cuándo se desvanecerán todos los infiernos? ¿Cuándo aparecerá la luz del alba despues de tantos espantosos sueños? ¿Cuándo brillará ese dia santo en que las Grèves, los Tiburns monstruosos, los repugnantes Montfaucons exclamen bajo la bóveda de los cielos llena de astros:—"Abdiquemos?„ Dios mio! ¿Cuándo lucirá la aurora, la vida, la paz, la alegría, abriendo el cielo que convide con la libertad espléndida á las miradas felices? Oh! ¡Quebrad todas las cadenas, Dios mio! ¡Librad al verdugo del suplicio y al tirano del trono!

En todas partes, desde el Ganges hasta el Rhin, desde el Tíber hasta el rio de las Amazonas, el hombre sufre; el esclavo y el señor están cansados; hasta el mismo yugo se queja, y esto proviene de que las almas no se abren á la verdadera luz. Hace mucho tiempo que vamos errantes por oscuro desierto, guiados por la casualidad, caminando sin ver, arrastrándonos y cayendo en terribles lazos. La repugnante sombra ha cometido todos los delitos de la tierra. Aborrezcamos, persigamos sin tregua y sin reposo á las tinieblas, pero no á los tenebrosos. Aunque éstos nos persiguieron y nos azotaron, compadezcamos su desventura. Si hubieran vuelto su pensamiento hácia la claridad, si hubieran disfrutado su parte del celeste maná, si hubieran conocido la verdad, esos desdichados no hubieran sido mónstruos ni verdugos. No; todo hombre que vé la luz la adora. Compadezco á Selim; compadezco á Heliodoro, compadezco á Calígula, á Ramases, á Achmet; compadezco á todos los Domicianos y á todos los Ivanes; compadezco á Vitelio y á Magencio; excuso al loco del Trianon y al loco de Siracusa; á los Gengis y á los Thamas; á Neron asesinando á Séneca y á Enrique matando á Tomás Moro; á Cosme, á Heliogábalo, á Omar, á Felipe, á Oseas, y digo á la noche:—"Responde, acusada!„

FIN DE LA PIEDAD SUPREMA.

RELIGIONES Y RELIGION.



RELIGIONES Y RELIGION.

I.

Quejas.

I.

El domingo.



No he oido llamar al cartero. —Verdaderamente, señor, no ha llamado; hoy no recibireis periódicos.—¿Por qué?—Mary acaba de apagar los hornillos y se ha puesto su mejor traje. Tampoco recibireis cartas.—Por qué?—Porque los dias de fiesta no debe leerse.—Por qué?—Porque Dios creó el mundo.—Bien; ¿y eso qué tiene que ver?—El domingo no llamará nadie á vuestra puerta.—¿Pero por qué?—Porque es el dia en que Dios descansó.

Que enseñe el maestro, que es francés y que es impío, el A B C, es permitido; Mary triunfa y no se cansa; así es buena cristiana y buena criada irlandesa. Se oye tocar la campanilla en un campanario.

De este modo el Infinito llega al séptimo dia, y al llegar allí, agotado, se pára, llega á su linde: á esto llamamos domingo. Indudablemente se necesitan para hacer el cielo azul muchos rollos de azur: crear una encina no es hacer nacer un pequeño arbusto, y se necesita una escalera colosal y un andamiaje muy bien construido para pintar al fresco la aurora en las oscuras paredes de la noche. De modo que el gran trabajo de la creacion de la naturaleza solo se ha podido conseguir merced á grandes esfuerzos, que al fin han hecho exclamar al Todopoderoso:—"No puedo más!„, y cansado, sudando, habiendo adquirido un reumatismo por haber creado la máquina del mundo, fatigado, Dios se dejó caer en su sillon.

II.

Primera reflexion.

No hay religion que no blasfeme algo. Una viste á Dios á su antojo, y, despues de quemar las almas, las lleva al paraiso; el techo de su caverna arroja un reflejo de llamas, que rechinan, y su felicidad consiste en tener un infierno, que remueve con una horquilla de hierro. Otra pone á Dios en la mano un gran sable y le forra con un uniforme, que tapa mal la casulla; tiene el obús en la tierra y el rayo en las alturas, y el que era Jehová se convierte en Sabaoth; le hacen tambor mayor y general de ejército y vá á la guerra. Negro, como humo de imprenta,

Belcebú se desliza hasta Dios; el Padre Eterno comprende que se mofa de él, pero deja hacer; se mete el rayo en la cartuchera, se vé destituido por el Papa, permite que la batalla enganche en su mitra una pluma; cierra los ojos respecto al hombre, que es un sér incorregible, y no siendo ya el buen Dios, trata de ser el gran diablo.

III.

El teólogo.

El teólogo dice:—"Pensadores, soñadores, escarbando no sé qué tinieblas espesas habeis descubierto un Dios sin fin y sin forma; negais que se canse, negais que duerma; pero ese Dios no es el Dios histórico. Es judío, griego ó indio? Tampoco. No se parece á nada; ni se puede acoplar esa leyenda á ningun cántico. Razonemos. ¿Creis verdaderamente que ese Dios es práctico?„

Tú dices:—"Dios no es lo que suponeis. Dios es una torre á cuyo alrededor se cavan fosos; es una silueta más allá del abismo. No verle es malo, y verle demasiado es crímen. El altar es él. Jamás admitirá la multitud al Sér puro, infinito, que la abstraccion complica. Dios no será para el vulgo Dios si no es de piedra. Necesita tener casa para rezar en ella. Dios debe ir y venir, entrar, pasar y marcharse. Debe tener un ángel á la puerta, como el rey tiene un arquero. El hombre necesita que Dios imprima el pié en su arena, y este pié es el dogma. No puede comprender la multitud un Dios que sea intangible, sin Catecismo, sin Biblia; sin que no conversen fraternalmente con él los cuatro Evangelistas; sin que las viejas no puedan tener el retrato en sus cuartos; un Dios del que no se pueda decir que tiene ésta ó la otra cara, que descendió hasta Moisés, que habló á Jafet, que es uno y tres, que le gusta el humo y que no le gusta que toquen sus árboles frutales. Si Dios no es así, es incomprensible para los hombres. Es preciso que nos enseñe su Pentateuco, con su pró y con su contra, ó su Toldos Feschut, ó su Zend-Avesta, ó su Verbo que legó Job y que confirmó Esdras, ó sus psalmos, que cantaban los caballeros de Malta, ó su Talmud; porque si no tiene evangelio alguno, ¿qué clase de Dios es ese? Es un Dios sin documentos. Lo que necesitamos es un Dios que sea á propósito para los aldeanos, un Jesús que comprendan los ignorantes, que sea hombre-Dios. Sea dogma ó sea fábula, que nos lo haga visible: necesitamos que sea comible y que participe algo de todas nuestras pasiones. Siendo buenos creyentes, hagámonos algunas concesiones; aceptad nuestro sen y yo aceptaré vuestro ruibarbo.„

Tú dices:—"Dios debe tener la barba larga y debe ser muy viejo. De este modo se consigue con más facilidad que los hombres se arrodillen ante él. La horca de los antiguos tiempos, que nosotros transfiguramos, encanta al pueblo, porque el hombre se apasiona del misterio. La cruz de San Andrés manda en Inglaterra. Las parrillas de San Lorenzo produjeron el Escorial.„

Tú dices:—"El hombre solo tiene fé en lo que es inmemorial. La religion que pretenda tener prosélitos y secuaces debe ser secular, antigua, solemne, y debe apoyarse en el monton de las edades revueltas.„

Tú dices:—"Veneramos más un culto cuanto más se aleja en la profundidad de la historia; la autoridad de los tiempos le sirve de testimonio, y creemos y nos inspira fé. Hace mil, dos mil, tres mil años que hombres creyentes consagraron este templo; en él el tiempo viene á deshojar las razas, y de los pueblos extinguidos confunde las sombrías huellas; garantizan esta creencia las generaciones que desaparecieron. Religion antigua, quiere decir religion santa. A la tradicion siempre se acerca el hombre con temor. Es la verdadera, es la antigua, es la que creyeron nuestros padres. Los siglos que van pasando dan prestigio al altar.„

Luego la vejez es la que prueba los dogmas; luego las verdades se encuentran en el fondo del pozo de los siglos: es conveniente para un templo y para un Korán que, á las orillas del Tiber ó bajo el cielo de Ivan, una procesion de antepasados y de sábios haya subido las escalinatas ú hojeado las páginas; el dogma solo debe inquietarse por el cuadrante de las horas, y hasta que no se arruga, se puede decir que no triunfa; necesita precisamente que le rejuvenezca la decre-

pitud, porque la vetustez es la que le dá su verdadero valor, y envidioso Cristo, debe mirar al caduco Teutates y al senil Brahma. La verdad no es verdad hasta que está cubierta de cardenillo. El dogma carcomido sienta bien en el cielo azul. La evidencia necesita, en el azur del pensamiento, que la contemplen los hombres durante mucho tiempo, que muchos creyentes se abrasen en el mismo fuego; un Dios no es Dios hasta que arraiga como un árbol; la arcilla de la fé, cuando se endurece, se convierte en mármol: para ser un verbo, un rito, una religion, teneis que ofrecernos innumerables grupos de santos y de ángeles; habeis de dar leyes morales al espíritu, al corazon y al alma, pero antes habeis de empezar por ser viejos. Si los altares tienen derecho á verse rodeados de creyentes, si el cielo habla desde el púlpito á las buenas mujeres, si los cultos son puros, sólidos y verdaderos, han de medirse por el número de las madrugadas que vieron encaramarse el gallo en el campanario de la aldea; una religion que cuenta mucho tiempo, al llegar cada siglo puede exclamar:—"¡Tengo cien años más! Existo!„ Y el Eterno solo debe procurar ganar tiempo.

IV.

Al teólogo.

"Ya cubrais vuestras cabezas con turbantes, ya las cubrais con mitras adornadas con perlas y amatistas, sacerdotes, ya vistais ephods (1), ya os pongais el cuello de lienzo de los eclesiásticos católicos, abusais admirablemente de la ignorancia humana. Porque el Altísimo se hace el sordo, parece que nada vea y que todo lo acepte; porque es tan bondadoso que casi se deja insultar, os habeis aprovechado de su bondad para endosarle vuestros vencedores absurdos, ya en los sanhedrines, ya en los concilios, y para que lleguen á seguro puerto muchos libros imbéciles. Moveis con tanta facilidad las maldiciones y los errores en vuestros pesados volúmenes, como el pajarillo mueve con el pico sus ligeras plumas.

Imbuido por tus visiones, monje ó abad, ¿de dónde sacas ese Todopoderoso míope y ese Altísimo aguado? ¿De dónde sacas, sacerdote, ese Dios gotoso, que es víctima de un demonio jóven y ligero? Doctores, dais pié á los burlones para que se mofen de él. Oid lo que dicen:—"Fakires, muftis, magos, sacerdotes de todas clases, si Dios os ha hecho á su semejanza, debe ser muy feo. Nada me importa que se os parezca, pero silbaré. ¡Cuántas cosas absurdas hay en el monton de sus metempsicosis! Los diáconos me mandan que le admire, pero yo me rio. En vano, para atraerme, la catedral abre de par en par las dos hojas de su gran puerta, que yo no entro y dejo que esos buenos hombres prediquen en el púlpito. Bienaventurados sean los devotos, que yo me mantengo todo lo más lejos que puedo de los oradores cristianos, y escribo en mi cartera: "Debo huir de Nonotte„, y añado: "Y no ir á escuchar á Bordaloue.„ Los razonadores gazmoños me escitan los nervios. No me gusta estar entre una multitud de columnas pesadas y frias, que hacen adquirir tos y pleuresía; no me expongo al frio de las iglesias por oir á esos predicadores, cuyos gestos se enredan en los pliegues de una prosa indigesta. Además, si es preciso creer en vuestra retórica, Dios lo conduce todo, y tanto peor. El universo, dislocado, saliendo mal del caos, se inclina y se pega al muelle. Se distinguen los mástiles, recortándose en un cielo de negro de tinta; no tiene ya brújula y perdió el áncora; parece el buque que vá haciendo agua por todas partes. Todo lo que el hombre cree ha caido en el abismo. La fé nada, el derecho flota, la verdad dá vueltas; se ven sacar los brazos á la esperanza que se ahoga: ¿qué hace Dios durante todo este tiempo? Nada... Me equivoco: crea á Nemrod, á Cham, á Atila, á Gengiskhan, á Tamerlan, á Cárlos V y á Bonaparte; destruye á Roma, á Atenas y á Esparta; gracias á él pudo decir un rey: *Nominor leo;* si dá vida á un santo, en seguida dá vida á una calamidad; guia á Colon, pero conduce á Pizarro; es fantástico; hace realizar actos caprichosos, de los que Bossuet tomará nota. Sobreviene su eclipse desde que brilla su aurora. Ese astro es ciego y contradictorio. El mundo es su triunfo y su derrota. El Altísimo dá vueltas y cambia. Es hidra y Dios; es el negro cubo de una rueda insensata. Tan pronto es azar como Providencia. Condensais en él todo el horror humano, y nos lo presentais tan parecido á vosotros, que siendo padre es vengador y siendo señor tiene envidia. Quiebra lo que crea, y si en todo ello hay demasiada arena,

(1) *Ephod*, traje de los sacerdotes hebreos.—(N. del T.)

demasiada sombra ó demasiada nieve, él es el responsable. Nos envia las pestes, y cuando se rompe un eje, Jehová es el que se descompone. El mendigo—¿por qué ha de haber mendigos?—le ensucia: todos los andrajos del pobre le acusan y cuelgan de Dios. Y como si todo esto no fuera bastante, su mano derecha, terrible, formidable y torpe, para castigar una aldea anega un continente. Como digo lo que siento, seré para vosotros un impertinente; contemplo, vago, perdiendo el tiempo y me burlo; su majestuosa nariz recibe mi papirotazo, se incomoda, y exclama furioso:—"Espera, que voy á traer los rayos.„ Pero antes que los traiga, tranquilamente, andando con mi paso de costumbre, estoy ya muy lejos. Lanza sus rayos y á mí no me tocan. De todo esto arrancan vuestra elocuencia y mis burlas, buenos predicadores.„

A esto qué hay que contestar? La fé viene á tapar los ojos de los que vieron el error, y la Iglesia hace pesar sobre los nietos las creencias de los abuelos. El sacerdote presenta al hombre el itinerario del cielo, con el peaje que se paga en la frontera. Mete la mano en el bolsillo, muerto, que has de pagar para pasar el puente del Paraiso. Si no tienes dinero, te quedarás con los réprobos. Un Dios bueno que amenaza sin cesar, un Dios que corroboran Sanchez, Trublet, de Maistre, Ignacio, brilla en la oscuridad y todo ha terminado: teneis ya noche para mucho tiempo. Sacerdotes, ese Dios debajo de su dosel es del mundo idiota la suprema quijada y presta la utilidad de los antiguos espantajos; se le esculpe, como á un anciano sombrío, colocado debajo del arco de un pórtico; oye cómo toca la campana que está inmediata á él, y hace que junten las manos y recen los caminantes que por allí pasan; fascina á las ovejas humanas que conducen los pertigueros, y encanta á los rateros que con el saco á la espalda y con polainas en los piés van embadurnando las cortezas de los árboles por todo el pais, cuando éstos en Junio se agitan y se hacen signos desde lejos, alegres por haber limpiado las carretas de heno.

V.

Invencion.

Habeis inventado al diablo, que es muy bestia; se apodera de las gentes por la cabeza y por los piés; parte, y cree haber hecho una gran cosa llevando á Jesucristo al monte Tibidabo, y diciendo:—"Te ofrezco todo eso; toda la tierra es tuya„. Ni siquiera se apercibe el imbécil de que se ha apoderado de Dios; ni que Jesús, que extrañamente oculta lo que es, pudiera decirle:—"Payaso badulaque, ¿me das la tierra á mí, que poseo el mundo?„

Pocas religiones, arrastradas por la fatalidad, saben crear un titán; y el diablo es muy defectuoso: hablando artísticamente, es necio y vulgar; quiere enrabiar á Juan Bautista y tentar á San Antonio con muy poco ingenio; y en vez de demonio que hace temblar, es diablo que hace reir. Unas veces es demasiado pesado y tiene que arrastrarse; otras es demasiado flaco y se queda trashijado. Belfegor no podria seguir á un saltimbanqui; Belcebú, si se le paseara de féria en féria, llamaria menos la atencion que un lobo cogido en el bosque. De mí sé decir que si fuera expositor de fenómenos, para llamar la atencion humana, preferiria á Sadoch, enano gruñon, á Moloch, polichinela que tiene la forma del dragon, á Belial, echando fuego por las narices, un conejo sábio que tocase el tamboril. Me sorprende que hayais sacado tan poco partido de la fábula, y que en ella no hayais encontrado nada mejor que el sátiro para crear al demonio, que habeis sacado del paganismo; tiene como el sátiro los piés torcidos, cuernos en la frente; habeis puesto la misma joroba en la espalda del mismo gnomo. Es ciego y cojo. Lucifer y Asmodeo, ¡vaya un par! uno está enclenque y el otro es una serpiente; el uno no vé á Dios y el otro anda cayendo y levantando. La Casa de Oro en Roma conserva en ladrillos viejos fantasmas que hacen cabriolas lúbricas, enanos con cabeza gorda y con piés de cabra; el infierno cristiano los ha copiado. Bautizásteis al fauno poniéndole el nombre de diablo. Al eterno descontento, que está siempre tirando del cable del universo, tratando de romper la amarra, con el propósito de que todo vuelva al caos y de que los serafines, las estrellas, el cielo, el hombre y Dios caigan unos sobre otros y se estrellen; al perverso que medita todo esto, al sér terrible que trata de que en el mundo refluya la oscuridad como una marea; al mónstruo que quiere empequeñecer todo lo que Dios hizo grande; al coloso encadenado debajo del

Etna, vosotros lo habeis convertido en pigmeo; en el Erebo era enorme, estaba encarcelado, y en vuestras manos, en vez de soportar el peso de una montaña, soporta el peso de la joroba.

En una palabra: es muy baladí vuestra invencion. Habeis rehabilitado el círculo en que rodaba Ixion. En la naturaleza se encuentra el mono y en la Iglesia el diablo; prefiero al mono, que es más alegre. Además del infierno teneis un purgatorio feroz, en el que arden en inmensas cubas los condenados y los malditos; sus tormentos hacen el cielo más apetecible, y el baño que los cuece refresca á los querubines en las altas regiones. La hembra de Othris, el pulpo, cuyas patas sin soltar el Ararat se agarraban á los Carpatos, y que al sumergirse en el agua hacia levantar la espalda al mar, no es para vosotros más que una garrapata con uñas pequeñas y verdes; y el pueblo, que comprende vuestra impotencia, se rie al ver que aquella giganta se ha convertido en diabla; Linus, que retrasado baja del Olimpo montado sobre el Pegaso, encuentra á vuestras brujas empuñando la escoba; los diablos se aparecen á los monjes en las paredes de las celdas como una especie de gusanos; pero esos mónstruos son viles, esos enanos son más descoloridos que la pesada esfinge que salia de la oscuridad de los nenufares; y cualquiera diria que los que hicieron esas mezclillas, todos esos casi casi y todos esos camafeos, solo bosquejaron á Satanás para crear luego á Mayeux.

VI.

Con las manos levantadas al cielo.

Permíteme que lo diga todo, cielo, manantial de los séres; ya comprendes mi buena intencion; ya comprendes que es preciso que hable claro á los sacerdotes.

VII.

Obra magistral.

Habeis puesto en la boca de Dios el siguiente raciocinio:—"En otro tiempo puse en un sitio delicioso y selecto á la primera mujer y al primer hombre; á pesar de mi prohibicion se comieron una manzana, y por esto les castigué por toda una eternidad. Les hice desgraciados en el mundo, y le prometí al género humano, despues de la vida, en el infierno, donde Satanás se revuelca entre las llamas, un castigo sin fin por la culpa de otro, en el que arderán las almas. Nada más justo; pero como yo soy muy bondadoso, me afligia esta pena y traté de ver cómo la redimiria. Me ocurrió una gran idea, y les envié mi hijo á la Judea para que allí lo mataran. Despues que cometieron este crímen, porque yo lo consentí, volvieron á ser inocentes. Al ver que cometen una falta completa, les perdonaré la primitiva desobediencia; eran virtuosos, los convierto en criminales; luego debo abrirles mis paternales brazos, y de este modo salvaré la raza, lavando su inocencia por medio de un delito.„

VIII.

Consecuencia.

Siendo el hombre el raton, el diablo debia ser el gato: á esto se llama Redencion, Rescate, Salvacion del mundo. Cristo ha muerto, luego el hombre es libre, y en lo sucesivo se funda todo en el equilibrio del robo de una manzana con el asesinato de Dios. Sea así; pero ¿por qué nos reimos de que Thor á estacazos trate de matar á Matchi, el gran tigre invisible; de que el arquero Zuvoch tome por blanco al astro Aleph; por qué nos burlamos de que Horus engañe al esperto Hermes, de que Sog se juegue á los dados la luna y la pierda, de que la tortuga sostenga sobre su concha ocho elefantes blancos y grandes, que soportan el peso del mundo? Dejemos de levantar los hombros ante los hotentotes, que con sus manos negras quieren coger puñados de viento; ante los griegos, que hacian en un festin nocturno que el viejo Saturno se comiera á sus nietos, y no nos burlemos de los negros y de sus tabons (1), ni de los templos donde veneran ídolos de bambú los salvajes.

IX.

Cuestiones.

Cualquiera que tú seas, que estudias y haces investigaciones ante el radiante

(1) *Tabon*, costumbre supersticiosa que se seguia en la Polinesia; era una especie de interdiccion que imponian sobre personas ó sobre cosas los sacerdotes ó los jefes. Hoy está ya abolida en muchas partes.—(N. del T.)

cielo, que el hombre llena de dioses al acaso; quienquiera que tú seas, que meditas, no tienes nada seguro más que tu locura, y cuando tratas de elevarte, no tienes otra cosa grandiosa más que tu orgullo.

Ante todo, investigador, sepamos quién eres, que esto es lo primero que se necesita saber. Te llamas Pánfilo, Euthymo, Eusebio ú Orosio; eres un escolástico, un clérigo, un profesor; de un palimpsesto pasas las espesas hojas, y citas á Pedro, á Tomás ó á Pablo; entonces ¡oh casuista! no pidas nada al cielo y fabrica fuera de él tu Dios. Quédate siendo retórico y no escales inútilmente las alturas. Si no eres más que Lactancio, te debe bastar abatir á Hierocles y confundir á Porphyro; si solo eres el doctor de un culto oficial, nada tienes que sacar del misterio ni del cielo, como no sea en favor de una tésis arbitraria, y tu frágil espíritu no podrá extraer de ellos mejores razones que las que dió Irene á Blastus y Justino á Zena. Adora un texto, aprende, repite, imita y concrétate á los límites de una carta escrita. El cielo se precipita donde tú no podrias sumergirte, y no enseña nada á los que unce un yugo fatal y no desean que la verdad los emancipe. Permanece en tu carril y arrástrate en un libro.

¿Eres acaso un libre pensador, que vagas por la noche, que se te aparece transparente, no habiendo formado de antemano ninguna teoría sobre el abismo, ni impuesto ningun dogma á la sublime bruma, y no persigues en el aire, en la ola y en el fuego ninguna forma humana ó terrestre de Dios? ¿eres el hombre que desea conocer la verdad, eres el espíritu que vuela? Entonces, más que un maestro, más que una escuela, más que un misal, necesitas lo concreto, lo abstracto, lo absoluto, lo infinito, sin cuadrantes, sin relojes, sin compás y sin brújula; necesitas los grandes encuentros de la noche, en la que oimos pasar á los desconocidos; necesitas vientos negros, que salgan de las profundidades y que dispersen en la sombra incógnitos mensajes.

Pero no esperes del abismo, en el que se borran las edades; no esperes del gran Todo, vasto, ilimitado, en el que flota lo invisible, en el que en la oscuridad las alas de los torbellinos tropiezan con las alas de las águilas; no esperes de él una explicacion matemática de Dios, ni que, para satisfacer tu espíritu limitado, el Sér te pruebe el Sér por A más B. Si tú quieres que el conjunto celeste te demuestre un dogma, especificando las razones en pró y las razones en contra, como haria Sanchez comentando á Loyola, debo decirte que la noche no sube nunca á ese púlpito. No confundas el abismo con un clérigo; distingue entre Oxford y la noche, entre el alba y Gœttingue. Los teólogos, las universidades, los doctos y pesados infolios son una cosa, y la sombra inmensa es otra cosa diferente. ¿De qué verdad es apóstol el abismo? Trata de saberlo, pero no esperes pasar para eso un curso de facultad, seguido punto tras punto. La luz devora; el colegio roe; la enseñanza de las alturas no sigue el camino ordinario por el que pasa cojeando la enseñanza de la tierra; el misterio tiene sus leyes; la Sorbona tiene sus triunfos; la ciencia del Sér, árdua, escarpada, cima ideal, de la que huye asustado el pensamiento; el álgebra del gran Todo, el problema absoluto, indescifrable, libro de la noche en el que solo puede leer la imaginacion, debe aprenderse en la profundidad azul, inefable y serena, ó en el pálido horror de las nieblas infernales, de otra manera que en Bolonia en el colegio de Albornoz. Contempla el empíreo, ese éter sin límites y sin velos, con su plenitud de estrellas, que ostenta sus azures de un azul que jamás se empaña, como una especie de cristales vagos del infinito. ¿Qué vas á hacer en ese cosmos sin término, que es más terrible todavía si se abre ó si se cierra? ¿Cómo se manejará tu frágil espíritu en ese sombrío Océano de lo grande y de lo sutil? ¿Con quién hablarás allí? Toda tu ciencia humana, tu razon y tu lógica, se estrellarán allí. ¿Qué quedará de tus silogismos cuando se encuentren con la enormidad de los prismas? ¿Podrás acaso soportar el inmenso destrozo del ideal, de la verdad, de la luz y del firmamento?

Desear saber fué en todas las épocas la locura de los sábios. Osiris consultaba al abismo; de éste salian semblantes que azoraban á los profetas vencidos; Marte inspiraba á Solon y Palas á Zeleucus; Numa se inspiraba en la ninfa, é iba á buscarla en su gruta encantada; Minus interrogaba á Zeus; Licurgo iba á Delfos á oir lo que le dijera Apolo: todo esto

es el abismo, y el mismo aquilon confunde en la misma niebla todos esos pálidos fantasmas. Todo esto es la fuga inmensa de los átomos; todo esto es la duda.

Sí, la duda. Sobre ese mar, en el que los vientos, el calor, el frio, lo impuro, lo amargo agotan los furores de sus roncos pechos, aparece el tenebroso archipiélago de las doctrinas; cumbres que son puertos, cuando no son escollos. Allí se levantan Vesale, entreabriendo los féretros; Sócrates, radiante; Zenon, en la penumbra; Pyrron, de un modo vago, tan oscuro, que no se sabe si existe; allí aparecen los siete sábios, parecidos á las Cylades, entre nubes y entre brumas invernales; allí aparecen, afligidos, Swift, Rabelais, Montaigne, Herder y Kant, Hegel sombrío, y más lejos, y más alto que todos, Lucrecio.

Los más sérios son allí los que más se han reido. Haber reido no les sirve de refugio contra la sombra estrellada; no construye un abrigo contra la siniestra y espléndida tempestad del Sér; no impide que los montes permanezcan en pié, ni hace callar la lava que hierve en el Vesubio; no impide que los desmesurados mares ofrezcan espumantes homenajes al pálido planeta en el fondo de los firmamentos; reir no desconcierta á la rosa, que sigue abriéndose en la primavera. Reid todo lo que querais, que el Desconocido, detrás del espeso velo que le oculta, no se preocupa de las burlas de Luciano, ni los sarcasmos perturban las aguas, los campos, las flores ni los bosques; el invisible conductor de los siete astros del Polo no baja la frente ni vuelve las espaldas, lanzando en el cenit su espantoso carro, por saber lo que Voltaire escribió á Thieriot. ¿Los burlones están seguros de que producen efecto sus burlas? Su estilo suprime voluntariamente á Dios como sílaba inútil; ajan manoseando las viejas sobrepellices de los sacerdotes: ¿qué pretenden conseguir con esto? Servir de contrapeso á los creyentes. Es eso todo? No vale la pena de escoger entre la casualidad de negar ó la casualidad de creer; porque, ¿de qué sirve ante el enigma que rodea al hombre decir que no porque otros dicen que sí?

Pues espíritu, levanta el vuelo, si te sientes con alas. Pero mortal, por luminoso que sea el brillo de tus pupilas, por alta que ascienda tu alma, no esperes volar más allá de tu humanidad. Vuela, pero sabiendo que nadie puede salir de su esfera. El Sér en quien todo se funde, pero de quien todo difiere, ha creado las regiones para que nos encerráramos en ellas, y el pájaro más libre tiene por jaula el clima.

II.

Filosofía.

¿Qué valen, hombre, tus ceremonias miserables, comparadas con las cosas infinitas? ¿Qué valen tus cánticos y tus hosannas? ¿Por qué teniendo la vida tan corta la pasas rezando al pié de un monton de altares contradictorios? ¿Por qué tienes la manía de interpelar á los cielos? ¿Por qué necesitas que te sirva de testigo lo invisible y lo oscuro? ¿Crees fecundar la sombra sembrando en ella ritos y fórmulas oscuras, escritas en la niebla? Sér de pensamiento limitado, ¿te imaginas que cuando fabricas un fetiche, hecho á tu semejanza, con ojos, con orejas y con nariz, dirigiéndote al insondable vacío, al misterio y al horror, conseguirás ponerle piés porque le pusiste brazos? ¿Te figuras acaso que el abismo, que hizo extremecer á Sócrates, á Juan de Pathmos, al Dante y á Thales, contribuirá á medias á la formacion de algun sér inútil que la realidad mutila por todas partes? Cualquiera, sea apóstol, augur ó bardo, que forje un Dios á su capricho y se lo ofrezca al cielo, debe conocer que la bruma y la confusa negrura del firmamento tranquilo lo rechazan. Puede el hombre en su ceguedad presentar un Dios premeditado, que ya sea este Dios indio, pagano, griego ó bíblico, la sombra no contradecirá al hombre: sin eco, sin que un signo contrario apareciese en el éter, el Sér vió que Orfeo dió á luz á Júpiter, Mahoma á Aláh y Moisés á Jehová; la triste negacion está sentada en el vacío; el abismo despide siempre al sacerdote; la inmovilidad grave y taciturna de la noche le basta al Todo lúgubre, y el abismo no inventa ningun ídolo, porque posee el eterno espanto.

Asciendes hácia la sombra con el Dios que te has creado; tu nada le reviste de grandeza; tu noche le pone en la frente deslumbradora aurora, y luego, debajo

de él, pones una descension de ángeles que tienen el azur por punto de apoyo. Necesitas esa série que baje desde el cielo hasta la tierra; pretendes de una sola mirada abarcar el misterio, ver el punto de llegada y el punto de partida; contar los escalones que hay desde Dios hasta el arcángel y desde el arcángel hasta el hombre: pues bien, no. Todo no es más que Uno. Es menester que sepas que no se sube hasta Dios por tu escala, y que el gusano no está más lejos del infinito que el hombre.

Nosotros los soñadores, á quienes devora el hambre y la sed de saber y que sin miedo y sin cesar atravesamos la eternidad formidable por su lado negro y por su lado espléndido, por mucho que la acechemos, por mucho que la observemos, siempre comprenderemos menos de lo que creemos y de lo que presumimos.

Conocer al que vive eternamente, comprender sus atributos, su esencia, sus leyes y su poder, son objetos superiores á los esfuerzos que puede hacer el mortal perecedero. Los invisibles existen; llenan el espacio, pueblan la luz, hablan en los ruidos, pero no se parecen en nada á lo que el hombre imagina.

Renuncia á fatigar la realidad de tus delirios; la sombra, arriba como bajo, rechaza tus fantasías; el trueno no es amigo ni enemigo de tu Dios, que no ama ni aborrece á la hormiga; cuando tu devocion construye un templo y se amuralla en él, el huracán se rie y la abeja murmura; lo mismo se te burla el gigante que el enano; tus dragones son de bronce, tus dioses son maniquíes; puedes cincelarlos, pero no conseguirás hacerlos vivir; esculpe tus deidades, que en sus ojos de granito el buitre depositará su fempta y el sapo fabricará su nido.

Tú mismo te reirias si conocieras lo imposible que te es hacer nacer nada, lo imposible que es para tí construir algo que tenga las formas que tú no ves: si supieras hasta qué punto todas tus artes, trabajando á la vez, son nulas para producir nada fuera del círculo en el que te alumbra una luz pálida; si supieras hasta qué punto son pueriles tus fantasías delirantes; si supieras qué infecundo es Rembrandt y cómo llevan aun pañales Fidias, Rubens y Miguel Angel. La decrépita naturaleza, que con millares de voces ruge en los antros y en los bosques, la nodriza de los lobos, de los osos y de las panteras, tiene debajo de ella profundidades pobladas de incomprensibles misterios, que te extremecerian si pudieses penetrarlos, y en la enormidad de las aguas y de los bosques, tan llenos de mónstruos, no necesita tus quimeras. ¿Imaginas, acaso, que prohijando tus fantasías efímeras, la naturaleza acepta tu hidra y tu licornio, teniendo su tigre, su leon y su hipopótamo, y que cambie su águila de los montes por tu águila heráldica? ¡Pobre hombre, loco é inútil, no puedes crear un mónstruo y quieres crear un Dios!

Y aunque consiguieras crearle, dotándole de dos sexos como á Fó ó de dos caras como á Jano, y aunque le concedieras un monton de títulos y de honores, dónde le colocarias? ¿En qué abismo ó en qué esfera? ¿Podrás abrir un boquete en la luz para instalar en él al Dios que tu espíritu creó, tomando algo de Júpiter y algo de Brahma? Ese Zeus, ese Alá, ese Pan que tú fabriques, dotándole de tus pasiones lúbricas y mezquinas, ¿cómo le has de colocar á la altura de los astros? ¿Qué clavo has de poseer para clavar á Vishnou en el fondo del cielo? ¿Qué harás para fijar y suspender de él á Erigone con los pechos desnudos, á Eryunis, á Astarté y á Belona en la fachada enorme y pálida de las nubes?

Deseas crear un Dios! Qué harás de él? ¿Tendrás por eso menos orgullo y más virtud? ¿Abrazarás á la humanidad, amarás á tu hermano? Serás más luminoso? ¿Destrozarás la guerra, esa vieja espada que gotea sangre? ¿Dejarás de apedrear al pensador, al héroe, al mártir y al apóstol? ¿Dejarás que ante la afliccion agena entre la piedad en tu duro corazon? ¿Serás más compasivo y menos burlon con los caidos y con los incurables? ¿Serás menos orgulloso ante los desgraciados, más caritativo con el insensato, menos grande para los pequeños y mejor para los perversos? ¿Pondrás algo de ternura cuando seas justo en tu justicia y cuando seas sábio en tu sabiduría? ¿Perdonarás al mónstruo que se arrepienta y serás un Abel menos altivo para el abatido Caín? Dios debe ocupar

un sitio en la alta esfera. Antes de tenerle, hace falta saber dónde se ha de colocar; que un Dios, cuando no es un puerto, es un peligro. Pasas casi todo tu tiempo importunando la vasta soledad del cielo y deseando un Dios, temiendo perder la costumbre, porque sufres el ascendiente del pasado; deseas un dios por desear algo, mientras esperas que tu cadáver caiga en el sepulcro y se pudra.

¿Puedes darte cuenta á tí mismo del vasto misterio en el que empieza tu destino ó en el que tu destino termina, que se llama universo y que indefinidamente flota? ¿Ves acaso su lado fatal, herido y castigado? La leche corre y la sangre tambien y el espíritu se asusta; debajo del gran pecho se vé abierta la gran llaga. Lucina llora al ver que está delante de ella Atropos. Ay! si hay alguno que sin descanso crea, engendra y produce, hay tambien algo que sin tregua destruye, devora y descompone.

Los séres están esparcidos por el indecible horror. La sombra ahoga más número de ellos que la luz hace vivir. La luz se agota al través del abismo; extraviados los rayos, se sumergen en el éter; la oscuridad, hácia la que se tienden todos los brazos, está siempre allí produciendo la noche, y ahonda el boquete para que se trague la claridad; á pesar de que la aurora y las estrellas brillen en el horizonte, todo sufre; y es tan enorme la espesor de la noche, que consigue amortiguar la relumbrante claridad del sol. Marte es oscuro; ¿Saturno es acaso luminoso? Los azures tienen brumas, los planetas son pálidos; ¿el globo que tú habitas tiene en su esfera un Dios? Si existe, contradice sin cesar la belleza de la creacion, porque si dá cantos alegres á los pajarillos, los hace en cambio víctimas del milano.

El género humano se compone de esclavos y de verdugos; es un monton vil de ceniza, en el que los tizones son los héroes; paja que apaga un soplo y que un soplo enciende; multitud que vemos pasar y despues huir como una humareda que rápidamente se disipa. Sus jefes no tienen objeto, sus dioses no tienen norma. Cañones reemplazando á los carros llenos de hoces; tronos, hogueras, arcos triunfales, estátuas de Césares ecuestres, reflujo de sombra, despues de un flujo de libertad, ódio y ruido; ¡esto es la humanidad! La vida camina en tinieblas; solo la muerte es lúcida: la ciencia conduce á la desesperacion; todo engaña y los espíritus se hieren con los escalpelos. Los sentidos llaman obscenamente á la razon; en la carne crece el infame parásito del vicio; el mal tienta al espíritu, y el espíritu, temblando, vacila. La conciencia debe servir de regla al hombre, es verdad; pero sin duda tiene miedo, porque habla en voz muy baja. Aunque el cielo tiene tambien su oscuridad, ¿existe un rincon del firmamento que no lance al hombre miradas de indignacion? ¿Hay acaso una virtud que las dudas del hombre no maltraten ó nieguen? Preguntádselo á todas las virtudes; interrogad al sacrificio, á la bravura y al amor qué idea tienen del hombre. La justicia tiembla cuando se fija en su toga; la bondad se vé mordida en el pecho por sus ingratos hijos. El deber es una antorcha apagada.

Allí oscuros sepulcros, aquí silenciosos desiertos, en los que vagan el búfalo y la sierpe ponzoñosa, en los que el sol llena de veneno los matorrales. Al anochecer, como un moribundo, palidecen los horizontes; este globo, en el que corre el agua y los árboles tiemblan, entrecortan no sé qué gritos ni qué murmullos en el balanceo de las olas y de los bosques. Todo amenaza y todo tiembla, y el mar acostumbra á la miserable tierra á sentir inmensa melancolía. Todo el universo parece que está inquieto. Quién causa su inquietud? Todo huye. El dia teme, la noche ódia. Como dos aves negras que se persiguen sin cesar, el relámpago alcanza á la noche corriendo en alas del viento, y la naturaleza, alarmada, entreabre sus misteriosos ojos, anegados en lágrimas. El sér está taciturno y triste; por eso bate la desesperacion sus dos alas.

Tú dices:—"Veo el mal y veo el remedio. Busco la palanca, porque soy Arquímedes.„ El remedio consiste en obrar bien, y la palanca, en amarlo todo y no envidiar nada. Hombre, ¿deseas encontrar la verdad? Pues busca lo justo.

En cuanto al dogma, nuevo y jóven, ó viejo y desacreditado; en cuanto á las santas fábulas, en cuanto á las religiones que inoculan el error con el conta-

gio, en cuanto á esos sábios doctores, que unos maldicen lo que los otros bendijeron; en cuanto á todos los Koranes que cada edad inventa, que constituyen incomprensible confusion, no comprendereis, estudiándolos, nada real.

Despues de todo, nada importa que el hombre rece ó crea; que adore el Todo informe, ó al espíritu puro, ó á una estátua de bronce, ó á un pedazo de azur; nada importa que el hombre se extravíe en el cielo ni que le fanatice el hedor de las hogueras que atiza; nada importa que su religion tenga piés, manos y sentidos y se entregue á los apetitos humanos, ó que sea vapor, humo y sombra; nada importa que en la Iglesia su Dios se petrifique ó se volatilice, que adore una idea ó que adore un templo. ¿Qué importa todo esto al precipicio enorme, en el que la vida se transforma en sombra, en el que el soñador solo percibe vagamente la inconmensurable caida, en el que la luz, palideciendo en el vacío sin límites, muere en la negrura de silenciosas inmensidades?...

Despues de esos torbellinos de creencias marchitas; despues de esas larvas, que se llamaron Bel, Ammon, Jano, Rhea, Osiris, Odin y Thor, que la guerra creó; despues de esos infiernos, de esos edenes, de esos cielos y de esos delirios, en los que las houríes daban la mano á las walkyries; despues del dios Buey, despues del dios Dragon, que brillaron y desaparecieron, ¿qué le importa al infinito que el hombre invente una religion más?

Cada una de las religiones que inventó el hombre es una prueba de su impotencia, apoyada en la cólera. Cada religion es un aborto de la imaginacion humana ante el Sér y ante el firmamento: el dogma, sea judío ó griego, no hace más que empequeñecer, para que tengan su talla la verdad, el ideal, la justicia, la luz y la unidad: todos los cultos son únicamente, así en Menfis como en Roma, reducciones de lo eterno respecto al hombre, fragmentos de lo indivisible, sombras de la claridad, modelos de lo infinito ajustados á lo humano. Su rayo lo representa un brazo que lanza un dardo encendido; su círculo no admite la inmensidad; su abismo lo llenan un Odin ó un Adonai.

Pues bien, pensadores, negad si quereis el Olimpo y el Sinaí; pero en vez de perder el tiempo ocupándoos de ese vano cielo que se apoya en un monte, de Eolo agujereando los odres de la lluvia, de los cuatro caballos de Apolo relinchando al ver que desciende la noche; en vez de ocuparos de esos palacios de nubes y de llamas, en los que flotan transparentes dioses y diosas, que, segun sus creencias, llaman los hombres Aláh, Sabaoth, Fó, Theos; en vez de ocuparos del mar que en el desierto tenebroso dejó huir á Moisés y se abrió para que pasaran los hebreos; en vez de ocuparos de la luna extraña del Calvario, roja de la sangre que Jesús sudó, y del falso sol que paró Josué; en vez de ocuparos de todas estas cosas, ocupaos de la realidad, de ese prodigio, de la muerte creando la vida y transformando la tumba en el sitio altísimo en el que construye su nido el alma; ocupaos de los milagros de los gases, de las fuerzas, de los imanes; del infinito tenebroso, lleno de deslumbramientos; de la sombra, que contiene más soles que el mar olas; de la confrontacion formidable de los mundos; de la estrella, astro central, y de la tierra, que gira alrededor del hombre, átomo perdido en el conjunto radiante; de los cometas, de los fuegos, de los soplos, de los bólidos, de los torbellinos de las esferas y de los globos sólidos y de los universos sin fin; ocupaos de las profundidades santas; enseñad á los sacerdotes los abismos de la vida y los océanos de los séres, y les hareis exclamar: "No, eso no existe! ¡eso seria un horror!„ Entonces veríais combatirse enfurecidos los cultos, lanzarse los paganos contra Hicetas y los cristianos contra Galileo. Se extremeceria el altar en el mundo conmovido, se asustarian los doctores en los templos y las religiones retrocederian ante Dios.

Bastante tiempo pesaron sobre los hombres la fábula, el terror y el fanatismo: basta ya, sacerdotes; basta ya de que la bacante desnuda se ria acostada en el bosque; basta ya de que espire desangrando el indio pendiente de garfios de hierro; basta ya de que la madre alimente con la carne de su hijo al monstruoso dios Baal-Berith; basta ya de que aquí consagren un templo á la Noche y allá un templo al Hambre: es hora ya de que los hombres vivan la vida de la realidad.

III.

Nada.

En la oscuridad de la terrible noche álguien acudió á mi ayuda; me puse á escuchar y oí. De la bruma salió una voz que habló de esta manera:—"La creencia es una hidra que os está royendo las entrañas. Mortales, negadlo todo. El átomo sale y despues entra. No hay cielo ni infierno; solo hay sombra por todas partes. No hay ningun centro; nada existe más acá ni más allá. Todo muere. Dormid.„ Así me habló esa voz extraña.

Oh noche! quién es ese auxiliar?... Pero escuchemos, que la voz sigue hablando: —"En el hormiguero del género humano el hombre flota y nada más. Dura un momento esta apariencia de sér, en cuyo momento tiene tiempo de ser inícuo, funesto, perverso, obsceno y ciego; despues nada queda de él: la tierra lo recobra y pregunta: Ha existido? ¿La misma tierra existe? Todo es ceguedad y tinieblas! Llamais vida á esos fuegos fátuos? Eso es la nada. Transeunte, ¿qué es lo que reclamas?

„Hombre, solo te pertenece la hora en que te mueves, triste ó alegre, sábio ó loco, en el brumoso conjunto. Siendo una gota de agua cuando el mar se alborota, ¿de qué te sirve luchar? Disfruta de lo único que tienes claro en tu destino, del minuto que vives, de Abril cuando se sonrie, de la flor cuando se abre. Deja que en el abismo eterno rueden perpétuamente las olas. Vive y muere.

„Deseas tener un Dios para estar seguro de que existes; si deseas el infinito, es porque quieres reaparecer en él. Quieres vivir en el mundo y revivir despues de muerto. Deseas atravesar la inmensa sombra ligado á tu suerte, y que ese cosmos, cubierto con el velo babélico, se complique para siempre con tu yo miserable y participar de todo lo que rigen inconcebibles leyes. Deseas no estar nunca ausente de ellas y formar, viviendo siempre, el fondo de todas esas superficies. Deseas que el sér humano no llegue nunca á la muerte, no llegue nunca al olvido. Pero lo que recibió el hombre debe devolverlo. ¿Porque vive, ha de vivir eternamente? ¡Qué delirio tan absurdo! El mundo existe? Quién sabe! Es posible. Todo flota. Lo cierto no está en lo visible. Pero tú, que eres una hormiga, un grano de polvo, ¿piensas ocupar un sitio cualquiera en el inmenso é incomprensible caos? ¿Te atreves á creer que, si existe Dios, se ocupará de tí, y que te vigila y le preocupas hasta el punto de inquietarle en el fondo de su eternidad?...

„Materia ó espíritu puro, bloque sordo ó Dios sublime, el mundo, sea lo que sea, es lo que en el abismo no comenzó ni tendrá fin. ¿Cómo tienes la pretension de formar parte de la unidad suprema, tú, que eres un nómada, que al nacer desaparece, que lanzas al abismo una mirada insensata y que mueres en cuanto das en la cuna el primer vagido?

„Triste Adan, copo de nieve que te fundes en seguida, lúgubre humanidad, ¿no es bastante para tí haber nacido, no te basta, aunque sufra tu materia, haber aparecido una vez ante la claridad del abismo? El hombre sueña con la eternidad. Preguntas al cielo, que te ensordece con los truenos y que te ciega con sus astros, qué hilo te ata ¡oh mosca! á su enorme tela y qué lazo es el que á él te une; pero todo lo que el cielo puede ocultar y contener está fuera de tí, cuyo porvenir es la noche; carne prometida á la tumba, conténtate con pertenecer á los gusanos.

„Además, ¿para qué sirve un personaje en el engranaje misterioso y fatal? ¿Para qué sirve ser un pliegue en los flujos y reflujos que se esfuerzan para ser, pero que ya no son? ¿Para qué sirve ser un guarismo añadido á la multitud? ¿Qué importa que el oleaje tenga ó no tenga espuma? Todo es vano y fugitivo. Todo en cuanto aparece se disipa. Esos grupos de soles, de globos y de planetas; ese Zodíaco oscuro, que no cesa de descender al nadir y de subir al cenit; esos Júpiters, esos Martes, esos Vénus, esos Saturnos; esos pálidos torbellinos; esos abismos en cuyas olas ruedan apariciones de mundos; esa sucesion de vagas creaciones que percibimos en el fondo de los abismos entreabiertos; esos casi imperceptibles bocetos de la vida desconocida que el soñador presiente más allá de las nubes; los aerolitos que vagan por el

azur, más numerosos que las abejas en la cumbre del Hymeto; los meteoros que vuelan, los cometas que se evaden del cielo, todos esos mundos no son más que formas sin nombre conocido de la oscuridad vasta y silenciosa de los espacios: ¿y qué ganarias tú, pobre espíritu que pasas, en confundir el hombre, con su perturbacion y con su ruido, con esas nubes de humo que ondean en la perpétua noche?

„Dios no existe. Niégalo y duérmete. Tú no eres responsable; ríete de lo inaccesible, ya que no lo puedes tocar. Vive tranquilo, que no hay cielo. Vive satisfecho, que no hay infierno. Obra como quieras, que nadie te lo tomará en cuenta.„

Dices que no hay infierno; bien: ¿pero no hay nada detrás de la vida y nada delante? ¿Al resplandor han de seguir las tinieblas? ¿Todo ha de impulsar al hombre hácia el instinto animal? ¿Todo se ha de reducir al átomo inerte, inconsciente y sordo, que tan pronto es verdugo como víctima; todo ha de consistir en el apetito y en el epigastro? ¿Hemos de ver que la aurora, el dia, la noche, los astros y el universo entero desmientan á Sócrates y den la razon á Lacenaire? ¿Hemos de creer solo en los siguientes dogmas:—"No hay virtud ni vicio; sé tigre si puedes, si esto te hace gozar; vive como quieras, que lo mismo tendrás cuando mueras„; de modo, que Calígula es sábio, Arístides es loco, Jesucristo y Judas, disgregados, más tarde se confunden en la sombra eterna, sin que el átomo, en el fondo del sér, en donde todo perece, sepa ya si fué Judas ó si fué Jesucristo?... ¿Es verdad que no existe el infierno, copia horrible de Roma, y que despues que termina el hombre la vida no encuentra nadie que le castigue?

Nivelándolo todo de ese modo, yo creo y tú niegas: para tí el honor es estúpido y el mártir necio; no existe el alma, no hay un yo que sobreviva eternamente; caen en la misma igualdad de infamia el astro y la inmundicia: es verdad; Lucifer no empuña el fatal tridente para atizar la hoguera eterna; no existe el infierno.

Pero entonces el átomo Atila, fatal é irresponsable, es inocente, como el átomo fuego ó como el átomo arena, y no puede acusarle un pueblo destruido ó un mundo aplastado; entonces equivale Trimalcion, comiendo régiamente, á Job que se rasca las llagas y á Homero que mendiga. ¿Entonces de qué le sirve haber sido bueno á Marco Aurelio y qué importa que fuera tigre Tiberio? Entonces, Neron, lo mismo que Trajano, no son más que una forma que flota; los déspotas y los tiranos comen hombres como los demás mortales comemos pan; entonces, para el gran conjunto, un grano de trigo maduro pesa tanto como Caton libre; todo entra á adquirir el equilibrio tranquilo é inmenso, despues que se acaba el pan y despues que el hombre ha digerido. Mañana el devorador será devorado; el átomo que fué águila, despavorido, huirá de las alas del átomo que fué paloma ó tórtola; el cordero, convertido en lobo, teñirá en sangre su zarpa; le tocará la vez á Cristo de ser Caifás, sin que esto sea revancha ni castigo, porque nadie conservará la memoria de lo que fué antes, porque no se tendrá conciencia de que pasamos de una encarnacion á otra. Entonces no debemos llamar á nada verdadero ni falso, derecho ni deber; entonces nadie es verdugo, ni traidor, ni héroe.

Pues si nada es bueno, grande, sagrado y divino en el mundo; si todo es casualidad, bosquejo y luego polvo; si la creacion, ébria de oscuridad, es idiota y no encierra amor, razon ni justicia; si lo que vomita se lo traga despues; si sufre creando para no dar otro resultado que producir gusanos que roan la nada; si no existe en ella el ideal ni la ley; si no hay que volver á ver nunca á la mujer amada más allá de la vida; si el único lazo que necesita el mortal, el lazo de sentir y de amar, se desata; si la esperanza miente y nos engaña; si no existe el porvenir; si la ceguedad, girando sin objeto alrededor de ella misma, engendra la luz, que es la suprema impostura; si el mundo vá desmoronándose á la merced de un soplo fatal; si todo es una horrible rueda y la nada es su cabrestante, entonces, abismo, ¡llévate esa nada y devuélvenos á Satanás!

IV.

Las voces.

Oí sonar muchas voces en lo alto de las nubes, por las que pasaba un divino canto de éxtasis y una confusa gritería.

Una voz.—El caballo debe ser maniqueo. Arímanes le hace daño, Ormus le halaga; pasa todo el dia recibiendo latigazos, que descarga sobre él la mano de un ginete invisible, de un demonio desconocido; pero por la noche vé que se le acerca con solicitud un sér bueno y cariñoso, que le hace comer y beber, que le pone paja fresca para que se acueste, que por medio de calmantes trata de curar sus sufrimientos y su rudo trabajo con tranquilo reposo; tiene quien le persigue, pero tiene quien le ama. El caballo se dice á sí mismo:—"Son dos, pero los dos no son más que uno.„

Otra voz.—Llegó el instante en el que terminan las quimeras; la vida, que es el inexpresable esfuerzo hácia lo desconocido, terminó: llegó el momento fatal en que el alma huye del cuerpo y en que el hombre espira. Aparece, cerniéndose sobre él, el ángel de la muerte, que es pájaro negro ó pájaro blanco, cuervo para los malvados, paloma para los buenos; todo terminó. ¿Qué será en la tumba el cuerpo, ese compañero del alma? Espera un poco. Busca. Desapareció. Sigue buscando. Se disipó. Busca más todavía, cava, registra y tienta con la mano lo más hondo que puedas. ¿Qué encuentras? Encuentras lo que no tiene forma ni nombre, lo que es oscuro como la noche y vano como la ceniza: el hombre. Si quieres mañana volver á descender allí, ya no encontrarás siquiera ni el repugnante resíduo, ni el puñado de ceniza.

Apenas está tendido el hombre en la tumba, mil elementos, todos sus acreedores, que por un término dado le habian concedido el cuerpo al alma, se lo reclaman, y cada uno de ellos toma lo que le pertenece de la arcilla humana. Cada átomo del agua, de la tierra ó del aire es un Shylock, que se apodera de la parte que le pertenece en la carne humana. La naturaleza es un abismo sin fondo, avaro y rapaz; en todas partes, arriba, abajo, en la noche, en el espacio, todo en ella reclama á la vez; todo se abre en ella al mismo tiempo: la piedra, el matorral, los miasmas de los estanques, el polvo, la flor, el viento, la llama; y pendiente en la profundidad de las tinieblas, la materia, que formaba al hombre, se esparce, y deslizándose, cayendo y arrastrando, se apresura á hundirse en todos los precipicios.

Y ya porque en las alturas encuentre al cielo propicio, ya porque haya obrado bien, ya porque estuviera dotada de nobles pensamientos, sea porque, viendo mal, arrastrando un vil pasado, haya visto cerrarse ante ella las regiones luminosas, el alma, cuando vuela hasta el fondo sombrío de la muerte, ignora la fuga rápida y siniestra del cuerpo.

Otra voz.—Oigo cómo se rien los mortales; pronto morirán.

Otra voz.—Qué harán entonces?

Otra voz.—Nada.

Otra voz.—Todo.

Otra voz.—Pasad, nubes.

Otra voz.—Todos vuestros azures son falsos.

Otra voz.—Menos falsos que vuestras tempestades.

Otra voz.—¡Te repito, hombre, que serás desgraciado si tienes fé en la ignorancia de algun doctor! Desgraciado será tu espíritu si dice como muchos:—"Interrogaré á los sábios, que son apóstoles; interrogaré á los pensadores, que son adivinos; procuraré asimilarme á esos divinos instructores, que se llaman poetas; á los hombres luminosos del misterio, que se llaman sábios y son las columnas de azur del templo de la noche.„

Es menester que sepas que ninguno enseña y que ninguno guia; que nadie es columna y que nada es templo: es menester que sepas tambien que Antisthenes, Amphion, Píndaro, Estesicoro, Terpandro y Callimaco tienen alas de plomo; que Voltaire, Kant y Hegel saben muy poco, y que la esfinge que se reserva la clave del enigma no está en Ferney, como nó estaba en Atenas.

En todos los tiempos los soñadores han escrito páginas reservadas respecto á Dios; tuvieron siempre la duda en el corazon y la oracion en los labios; construyeron y destruyeron, y para apagar

su incesante fiebre tuvieron que apoyar la cabeza en el frio mármol.

No es más que un soplo que se desvanece todo lo que el hombre enseña, piensa ó cree; todo lo que graba, escribe ó esculpe respecto á la ciencia pública ó á la doctrina oculta en el papel, en la madera y en el bronce; todo lo que imagina y todo lo que adora, es un soplo efímero. Si lo deseas, haz de tu audacia un deber: proponte un terrible objeto; saber; que es una manera espléndida y suprema de nacer por segunda vez. Penetra en la insondable nube, en el horror de los Horebs, de los Brockens y de los Thabors; pero empieza, antes de llegar á las cercanías de la ciencia, por apartar de tí la sabiduría de los hombres.

Lo poco que sabemos está en relacion con lo poco que somos. Con apoyo ó sin apoyo, el hombre cruza lo desconocido, que es un insondable pozo; si busca, encuentra; si se extravía, se cree mago ó se hace sacerdote. Pasa la vida en bogar por el mar, desembarcando solo para ir á bordo en seguida; sé pescador de arenques ó de ballenas; llena tu brick sólido ó tu barca sin puente de redes, de dragas ó de harpones; afronta todos los escollos; sé forbante, sé aventurero del mar, que aunque vivas diez, veinte, cien años, aunque seas hábil y veterano piloto, no conocerás nunca lo que es el mar. Esas cosas ilimitadas y resistentes, siempre están abiertas y siempre están cerradas; el investigador las recorre siempre á tientas, y aunque fuera un Platon no conoceria á Dios.

OTRA VOZ.—Observad con atencion este oscuro paralelo. El paso se apoya en otro paso, el ala se apoya en otra ala. Aunque se encuentre en el fondo de todo culto la noche del hombre, que con frecuencia construye á su Dios; aunque un dogma no sea más que una masa que está esperando la vida y la verdad; aunque la humanidad debe estar dotada de sabiduría serena y no de fé ciega; aunque una Biblia, libro de doble sentido, atrofie muchas veces el alma que se le confia; aunque casi siempre asuste á los espíritus la religion, murciélago que se compone de vida y de sombra, que aunque tiene alas, tiene por garras á los sacerdotes, á los doctores, á los bonzos y á los pontífices, es preciso que el hombre crea en algo; es preciso que, en contrapeso á la materia que le domina demasiado, el misterio le hable y le exhorte y le eleve desde el sueño que hace dormir hasta el sueño que hace soñar. El sér infortunado que no cree está desnudo debajo del cielo pesado y temible, debajo del desconocido! Mortales, necesitais sacerdotes, sean como fueren. Al través de los más oscuros llamean las verdades; vierten sobre vosotros alguna claridad hasta los más abyectos; pero para derramar más tarde sobre la humanidad en su edad provecta la palabra de amor, que murmura el porvenir; el cielo sobre ellos, en altos y brillantes escalones, coloca á los videntes directos, á los inspirados sábios; pues el hombre crea al sacerdote, Dios solo produce el mago.

El hombre, sér mixto, de frente sublime y de piés impuros, vá siempre rehaciéndose y transformándose; cada edad progresa: se vé sobre cada una de las gradas del sombrío espíritu humano, ascendiendo desde la sombra hasta Dios, un templo, en el que vá aumentando del amor el casto fuego, al pasar desde un celaje más negro á una atmósfera más pura; y cada templo nuevo, sea griego, judío ó egipcio, tiene su base al nivel de la cumbre del anterior; sobre el que se levanta sigue ascendiendo otro, y el fronton más alto llega á perderse entre las nubes.

OTRA VOZ.—¿Crees acaso que el desconocido sea un sér del que tu pobre cerebro pueda formarse idea? Criatura de la que desborda el sér absoluto, hombre á quien asombra el grano que germina en un surco, á quien deslumbra la púrpura de las alas de una mariposa, al que hace temblar un choque de espuma, lo que ves te asusta y te pasma; ¿cómo podrias soportar lo que no ves? No podrias soportar la vista del abismo, en el que la realidad se confunde con la quimera; ni el aspecto de lo insondable y de lo inaccesible, ni la parte terrible y tenebrosa del universo que flota entre el espíritu y que se pierde entre la bruma.

OTRA VOZ.—Cuando sentimos que se mueve el lazo universal, que liga el átomo más pequeño al sér más desmesurado que el abismo vió nacer; cuando se agitan los gérmenes confusos en las profundas sombras, destruyendo y produciendo mundos, haciendo y deshaciendo sin saberlo; cuando el azur parece que se conmueva mucho más allá de las nubes por la aparicion repentina de

innumerables y desconocidas estrellas; cuando el agua huye, cuando el suelo tiembla, cuando el aire silba, cuando el bosque murmura; cuando el ave en su nido entona un canto cuyo sentido ella misma ignora, la inmensidad del hecho prodigioso deja atónitos á la sombra, á la luz, á los ojos, á los choques, al tiempo y al espacio; es tal y su punto de partida está tan lejos, que todo tiene que ser agente y nada puede ser testigo.

OTRA VOZ.—Dante escribió dos versos, que se hablaron el uno al otro: el primero dijo:—"Los cielos están abiertos; luego yo soy inmortal.„—"Yo soy perecedero, contestó el otro; yo soy astro.„—"Yo soy grano de arena.„—"¡Dudas, y somos hijos de Dios!„—"Comprendo que soy mortal.„—"Pues yo comprendo que soy eterno.„ Despues de escritos esos dos versos, el Dante los volvió á leer; conservó el primero y borró el segundo. El uno murió y el otro vive. Los dos tenian razon.

V.

Conclusion.

¿Has presenciado la meditacion de los ascetas? Pues ellos rechazan el Talmud, el Korán y la Biblia; no aceptan ninguno de los Vedas, comprendiendo que el verdadero libro se abre en el fondo de los cielos, y que llamea en el azur lleno de astros el texto deslumbrante de espanto ó de alegría. Contemplando lo que no tiene límites, ni edad, ni sitio, absorbidos en la vision de Dios, se abrigan, cada uno solo en su especie, en el fondo de la sombra espesa, haciendo todos el mismo esfuerzo para volar hácia el desconocido; uno en un antiguo sepulcro, del que parece el cadáver; otro sentado en el agujero que produjo un rayo en el tronco colosal de un cedro centenario; otro lívido y desnudo, viviendo en el hueco que forman los peñascos: todos ellos, mudos, dejando que se les aproximen las fieras, y no les importunan ni el tigre que ruge ni el pájaro que vuela. El desierto les vió siempre agazapados, sin moverse, sin lanzar un solo suspiro. ¿No tienen hambre ni sed? Si el pensamiento pudiera ser tangible en las miradas, se veria en las de los ascetas la nada, la eternidad, el mundo, y el enigma, que es más lúgubre cuanto más se le sondea, caer de sus frentes sombrías: meditan, ni vivos ni muertos, como espectros pensadores, en la engañosa suerte y en la muerte imposible. Pasa el verano; el invierno lanza sobre ellos todos sus furores, pero siguen contemplando el firmamento oscuro, y en la profundidad de su anonadamiento se abisman, embrutecidos por el ideal. Corrientes desconocidas de lo infinito les van reanimando á medida que el hombre se vá extinguiendo en ellos. El monstruoso huracán les habla por las noches, como el celebrante habla al catecúmeno, y esos salvajes espíritus acaban por perder la forma humana. El águila les dice una palabra al oido al pasar; algunas veces hacen signos al rayo cuando desciende, y estáticos, fijos, acechando lo inaccesible, les resplandecen los ojos con el fulgor de la invisible estrella.

Dios es invisible, pero existe. Ni la palabra del hombre, ni la del ángel, ningun espanto, ningun amor, ningunos labios tiernos ó soberbios pueden pronunciar ese verbo con claridad. ¡Dios existe! Todas las claridades del cielo, en el dia y en la noche, son guarismos; él es la suma. Es la plenitud que el hombre llama infinito. ¿Para qué inventar un dogma y acoplarle un dios? Ya que existe, que se satisfaga el mundo con esta declaracion. ¿Para qué creais religiones, hombres? Os basta con abrir los ojos. Satisfaceos con creer en El, con la esperanza que dá la fé, con la tranquilidad que dá ese bálsamo: satisfaceos con decir:—"Dios existe, ya que la mujer mece al niño en la cuna entonando cánticos misteriosos; ya que al espíritu humano agita la curiosidad; ya que caminamos con la frente alta; ya que todo señor, que no sea él, nos indigna y no tiene derecho á serlo; ya que César tiembla delante de Pathmos; ya que le conocemos con todos estos nombres: Ideal, Absoluto, Deber, Razon, Ciencia; ya que tiene paciencia para todas nuestras faltas; ya que el alma nos sirve cuando el apetito nos hastía; ya que vierte su gran claridad en nuestra profunda noche.„ El pensamiento, ascendiendo hácia él, se hace gigantesco. Satisfágate, mortal, la sed de curiosidad que sientes; pero no dirijas hácia Dios tu facultad de inventar el miedo y la iniquidad, tus catecismos locos, tus Koranes y tus quimeras. Vive y anda tu jornada; ama y descansa en el sueño. Contempla encima de tí el firmamento azul y dentro de tí el escondido cielo que se llama alma y que encierra un

centro de luz inaccesible. Fuera de tí y dentro brilla sin cesar; esa claridad, siempre jóven, siempre propicia, nunca se interrumpe ni palidece; sale de las oscuridades, pero brilla en las cumbres; el ódio es noche, la cólera es sombra, y hacen una cosa inaudita, alumbrar. No la podrias apagar aunque lo intentaras; inspiraba á Orfeo, calentaba á Hermes; es el tranquilo y formidable prodigio: el pájaro la tiene en el nido, el árbol en el tallo; todo la posee y nada puede asirla; inmóvil tienta siempre al eterno deseo, siempre se resiste, pero se entrega sin cesar; es una inundacion de rayos, esparciéndose en astros en el cielo y en rosas en el campo; está aquí, allá, arriba, abajo, en todas partes; ayer, hoy, mañana, en el hecho, en el sueño, en los resplandores y en las voces, en todos los horizontes del abismo á la vez, en el sér, en el diluvio inmenso de la vida; es el deslumbramiento en el que creen las miradas. De sus centelleos nacen la verdad, el bien, el derecho; luce misteriosamente entre un torbellino de astros; las brumas, las negruras, las calamidades y los desastres se funden al recibir su calor desmesurado, y todo convertido en savia, en alegría, en gloria y en amor, se disuelve. Como existen corazones poderosos, existen almas firmes; esto proviene del torrente de los soplos y de los gérmenes que cae á oleadas, salta, corre y sale de todas partes del fuego vivo, que está difundido sobre nosotros. Dios existe. Tiene su solsticio, que es la Conciencia; tiene su eje, que es la Justicia; tiene su equinoccio, que es la Igualdad; tiene su vasta aurora, que es la Libertad. Sus rayos doran en nosotros todo lo que el alma cree. Dios existe sin fin, sin orígen, sin eclipse, sin noche, sin reposo y sin sueño. Renuncia, miserable gusano, á crear el sol.

FIN DE RELIGIONES Y RELIGION.

EL ASNO.

*

Ten presente, espíritu, que te consumes ardiendo. Por guiarnos entre los hombres, que son ingratos y tenebrosos, te devora tu propia llama, y puede calcularse cuánto tiempo permanecerás encendido. No es inagotable nuestra vida; cuando nuestras manos han vuelto á poner muchas veces la arena en el reloj y cuando á nuestra vista la sombra y la aurora han tomado posesion del cielo, sucesivamente, y pasado cierto número de horas, todo debe terminar. Ten presente que es preciso que mueras y que te vas á gastar demasiado pronto si ardes de dia y de noche. Derramas en nosotros la paz, la clemencia, el amor, la justicia, el derecho y la verdad, pero tu sustancia muere mientras tu fuego crea. ¡No te consumas; piensa que has de morir!—El espíritu, tranquilo, responde:—"Cumplo mi deber de antorcha!„



EL ASNO.

I.

Cólera de la bestia.



Un asno descendia al galope de las alturas de la ciencia.—"¿Cómo te llamas?„ le preguntó Kant. —"Me llamo Paciencia, contestó el asno. Sí; este es mi nombre, y lo he merecido, porque bajo de la cumbre á la que solo el hombre asciende y que él llama saber, cálculo, razon y doctrina. Kant, creerás que es muy pesado llevar el cabestro ensangrentado muchas veces; tener desde la edad más tierna estropeado el lomo por la hebilla de la albarda; sufrir desde que amanece hasta la noche la sacudida eléctrica que ocasionan las palizas; andar, temblando de frio ó ahogándose de calor, con la joroba de pesada carga, flaco, canijo, agujereando los huesos la piel; pues todo esto, que te parece tan rudo y tan penoso, no lo es; y el látigo es una caricia y las piedras del camino son cariñosas, si se comparan con lo siguiente: seguir un curso en la Sorbona; vivir encorvado seis meses, quizás más tiempo, debajo de una cátedra de madera, que ocupa un galopin de plomo; poner tiesas las orejas para recibir al paso las claridades del sábio y las virtudes del hombre prudente, y deletrear á Vossius, Scalígero y á Saliau.

Para qué sirven las universidades? ¿Para qué sirve permutar la ignorancia por un poco de facundia? ¿Para qué sirve en esas clases perpetuar las razas de los belitres que roen informes papelotes viejos? Qué tierra trabajan? ¿Qué trigo cosechan? ¿En qué pensaba Sorbon cuando fundó ese claustro, en el que apenas penetra la luz del dia? ¿En qué pensaba Gerson cuando quiso poner un galon dorado en el bonete cuadrado de los doctores? ¿De qué sirve que se condene á los jóvenes á ese presidio para salir de él bachilleres, si continúan siendo asnos?

Yo, que soy ignorante y meditabundo, seria Dios si me hubiera conocido Ovidio; yo, que sé en caso de necesidad compadecer el vacío del filósofo altivo que se lamenta de lo que él mismo destruyó, al través del fárrago del torbellino y del ruido he sondeado del saber la sombría vacuidad; he visto el principio, el fondo y el límite. He presenciado el esfuerzo inútil del género humano, y en su oscuridad y segun el caso nunca rehusé los consejos que puede dar la inepcia honrada al docto, siendo yo simple, y al hombre, siendo yo bestia. Kant, he visto

mendigar claridades á la noche, ante la enormidad del enigma, en el que todo brilla ante el ojo invisible; á la ciencia, que camina haciendo zig-zags, incapaz de soportar el infinito, ébria de ese vino misterioso y como embrutecida. El asno se apareció entonces, se conmovió, y compadecido del estado de embriaguez de la pobre, la dió la limosna de un liard.

Kant, no deben asombrarte estas permutas. El asno encontró un dia á Esopo, le habló, y de la conversacion solo Esopo sacó provecho. En cuanto á mí, que ahora me oscurece tanto la bruma, declaro que he decaido mucho desde que me arriesgué á meter la cabeza en vuestro pozo y desde que quise ser condiscípulo del hombre. Siguiendo imperturbable los cursos, cuya pesadez desloma, á pesar de mi oscuridad, alguna vez alumbré al hombre con algun destello de mi estupidez; y mientras el hombre sigue teniendo por dogma y por práctica que el asno libre, incorrecto y rústico, debe ascender á la dignidad de clásico jumento, me inundaban sus fulgores tenebrosos. Salgo extenuado de esa ruda escuela; he visto de cerca á Boileau y prefiero recibir palos.

Como te dije, me llamo Paciencia, y hace ya mucho tiempo que vago y que me paseo por ese campo que se llama inteligencia humana; iba no sé dónde, siguiendo sin saber á quién; estudié á Glycas, á Suidas, á Tiraboschi, á Loxides, á Torniel, á Hordierna y á Zonare; he visitado al docto, me he codeado con el ignorante; y ante la suerte, ante el futuro, ante el pasado, ante el enigma, ante el cielo y ante el abismo, charlé con el espíritu humano, en mis ócios, asomándome á su ventana; hollé paso á paso ese dédalo que se llama conocer; en las tinieblas de esa ciudad frecuenté las encrucijadas y los callejones sin salida; leí todos los rótulos, olfateé todos los blancos; recorrí todos los senderos posibles; fuí cien veces y cien veces volví, desde la ciencia exacta, sitio de escala para el hombre, hasta la filosofía, iglesia de la que Platon es el campanario y Mangras el campanero; he visitado el antro donde se reza y el antro donde se diseca y vuestros frios colegios con sus bibliotecas. Todo lo he aprendido. Estudié á Coger, Psellus, los Teófilos, á Pouramas, que distribuia la tierra en nueve islas; á Socion y á Photin; aprendí que Séneca estaba presente cuando San Pablo fué á buscar á Neron y le habló. Supe que Ambrosio es un corcel, al que el dogma le sirve de brida; que la llave de Cordus abre á Dioscorides; que el Espíritu Santo se cernia sobre los famosos combates de San Jerónimo con el rabino Akibas; que hay quien cree lo absurdo, que hay quien adora lo horrible. Todo lo he rumiado, glosado, analizado y criticado. He visto á Lais en la gran plaza de Atenas, á Aspasia en el pórtico y hasta ví á la mujer de Scarron en su madriguera de Saint-Cyr; he presenciado y he aprendido todo esto sin tener más placer, siendo como soy pobre bestia arrinconada al pié de la muralla humana, que comer algunas veces lo que con la mano me daba Apuleyo, ó hablar en algun rincon con la burra de Balaám. No hubo un solo texto aquí y allá, alto ó bajo, cerca ó lejos, no hubo volúmen amarillento y roido por el arna que mi espíritu no hojease, deseando saberlo todo. ¿Qué resultado me dió estudiar mucho? Conseguir alargar un poco más las orejas.

Sin embargo, me dije á mí mismo:—"Asno, es preciso que persistas.„ Aprendí, para dar la vuelta á todas las cegue-dades, hebreo, sanscrito, otras lenguas varias, gramática general, jurisprudencia, derecho, estética, moral, química... todo lo leí, todo lo aprendí, y soy tan ignorante como antes; pues á pesar de todo, quiero leer todavía y aprender más.

Libros carcomidos, estudiados y compulsados, que sin cesar invadís al hombre más cada vez; que para estirar la mesa de los tiempos agotásteis todas las tablas que se la podian añadir; códigos de los sanhedrines, oráculos de los divanes, textos graves, austeros y árduos, apéndices famosos de los siglos, codicilos del testamento del hombre, que éste cada época vuelve á escribir, que haceis ante el erudito que os hojea ruido tan solemne, que parece que se oiga en él el cuchicheo del Desconocido en la oscuridad; volúmenes sacrosantos, que el Instituto enumera, que extendeis vuestros fulgores hasta la China; resíduos del esfuerzo terrestre, en los que se acumula la cifra con que la esfinge compone su fórmula, que sois de los hombres sábios el prodigioso producto, ¡cómo me habeis oscureci-

do, á mí, que represento la noche! ¡cómo me habeis estupidizado, á mí, que soy estúpido!

No sé por qué me acometió el deseo de subir á vuestra alta cumbre á pacer ortigas humanas y á intentar violaros y codiciaros, libros, que por consigna teneis esta sentencia: "Conservar á Isis y hacer que los brutos permanezcan á cierta distancia de los hombres„; que prohibís, con la idea de que todo permanezca en su estado normal, el paso sagrado del hombre á la bestia; ¡oh Talmuds, oh Koranes, cuyos rimeros del sombrío espíritu humano conservan las Termópilas!

Libros, os pareceis todos á rios que inclinan sus urnas, pero lo que sale de vosotros es el desbordamiento de la eterna niebla que sale de los ventisqueros humeantes; el espíritu se pierde en vosotros, como la sonda en los abismos. Sois imponentes; dividís el mundo en dos opiniones principales; éstas nos hacen vacilar, pensando si vuestras hojas, vuestro blanco y vuestro negro, vuestros textos profundos, vuestro lujo de ciencia, de trabajo y de estudio, han de servir para los versos ó han de servir para los ratones.„

II.

Ojeada general.

El orador, aunque sea un asno, se cansa y necesita descansar un momento: despues de hacer una pausa, Paciencia siguió diciendo:

—"Retóricos, ¿qué palabra divina haceis deletrear? Decidme, ¿qué es lo que enseñais? ¿Por qué venís á hablarnos de ideal y de real, para rompernos la cabeza con estas cuestiones? Vuestro real existe en vosotros mismos, es la quimera estúpida ó es la ley dura y feroz; Baal aquí, Dracon allá y error en todas partes. Vuestro ideal es alguna obra magistral falsa ó alguna falsa virtud; es un rey al que la adulacion, arrastrándose, coloca á gran altura, ó es un libro descolorido que puede abrirse sin que hiera la vista su claridad. Honor al gran Luis! Gloria al tierno Racine! El ideal me adormece y lo real me asesina.

¿Qué solucion dá vuestra ciencia á lo que nos asombra ó á lo que nos asusta? ¿Poseeis siquiera algun fulgor verdadero? No; ninguno. En vano lo desconocido, lo absoluto, lo divino, lo incomprensible y lo insondable contempla el iluminado y escruta el míope, que no saben más que yo, que no sé nada. Yo mismo, que soy vuestro estudiante, siento doblárseme la cabeza al peso de las cuestiones y crecer en mi cristalino la catarata humana.

¿El sacerdote sabe más que el catecúmeno? ¿El cardenal vé mejor que el infantillo? La sombra tiene la faz grave y el perfil burlon; y la sombra, Kant, como tú sabes, es la ciencia. Haz en cualquiera este experimento. Contempla al hombre que ha perdido el color meditando en la Biblia; observa cómo envejece: el hombre se queda calvo y el libro está carcomido; quiso ver, saber y perseguirlo todo; quiso sacudir el sudario pliegue tras pliegue; está saciado, lleno, repleto; sabe todas las lenguas, conoce todos los pensamientos, la geometría y la teodicea, la leyenda crédula y los cazurros números; sabe el asirio, el persa, el chino, el árabe, el galo, el copto, el tártaro, el vasco; pues bien, es estúpido. En el fondo de ese cerebro, al que se amolda y en el que se funde todo el ideal con todo lo real, en el fondo de ese politécnico y de ese políglota solloza la inmensidad del vacío y de la nada.

Todos esos pesados sofistas, esos casuistas frios, que explotan el espanto que se apodera de la turba aturdida; todos los fakires, latinos, griegos, sanscritos, hebreos, todos los gerontes, tonsurados ó láicos, todos los fariseos, unos que vienen de Roma y otros de Sion, con sus Koranes, con sus yugos, con sus Evangelios, con su Biblia de papel ó con su altar de arcilla, para encontrar al Eterno hojean un librote viejo, tartamudos y sordos, y buscan en su diccionario la palabra que el águila oye murmurar á los truenos; pero ninguno de ellos comprende el espléndido credo que la estrella de la tarde entona al través de los velos de la noche; solo se ocupan en encarnizarse unos contra otros, en afirmar, en mover ruido, los griegos proscribiendo á los judíos y los judíos condenando á los hebreos.

Yo los he visto hoscos, incorporados sobre su asiento; unos siendo doctores de su propia nada, teniendo por discípula á la ceguedad, ideando en su empíreo un mónstruo doble ó triple, y contemplando cómo huye el huracán de los errores y de las religiones, espiar para ver si veian pasar en las ráfagas del viento ó el Janus bi-fronte ó el Hermes tricéfalo. He visto tambien á otros, que son dialécticos, metafísicos, pedagogos, agrupados bajo antiguos pórticos, discutir la evidencia y tratar de comprender el enigma al lívido fulgor de sus sistemas, y combinando los hechos, las dudas y las razones, aproximar á la hoguera sus tizones negros. He visto tambien otros que son teólogos, obispos que sacuden su rayo en el umbral de los cultos, clérigos, abades, canónigos, predicadores, atollados en la incomprensible oscuridad de un texto ó de un rito.

He visto tambien algunas veces que el hombre se ciega, y embriagado de orgullo, exclama:—"Solo existo yo, pero Dios no existe. ¿Hay que ir al Ganges, á la Meca ó á Tebas para ir á buscar al Dios de que nos hablais? Nadie vé nunca ni verá ese Sér en quien fervorosamente creen los idiotas. ¿Se esconde porque es deforme? El hombre es visible; es el conquistador, es el creador; la arcilla vive en cuanto su mano la amasa; el hombre es poderoso; ¿quién creó la imprenta, la aguja imantada, la pólvora y la locomotora? Es Jehová? No; es el hombre. ¿Quién edificó el Coliseo y el Parthenon? ¿Quién construyó á Paris y Roma? Fué Dios? No; fué el hombre. No hay cima á que él no suba como soberano, y todo lo que toca lo anima ó lo adorna.„

Negar es vuestra rueda y creer es vuestro eje, mortales, y girais con espantosa rapidez. Detrás del infantillo pasan el diácono y el levita cantando aleluya; pero detrás viene una legion de heréticos silbando el trisagio: el hombre blanco, oscureciéndose poco á poco, llega á convertirse en negro; entre una conciencia y otra es corta la distancia; Rancé se codea con Arnauld; Arnauld el jansenista confina con el hugonote Lutero; Lutero está muy cerca del deista Rousseau y Rousseau no está lejos de Spinosa: esto es triste y agradable, segun el punto de vista de cada uno, pero es verdad; entre el Horeb y Sans-Souci, entre el Thabor ó Cirey, entre Orfeo y Pyrron la humanidad tropieza, y nosotros, que somos animales, caeríamos en alguna emboscada si os tuviéramos que seguir. El hombre pasa de la blasfemia á la superstición; desafía lo real y despues adora la sombra; pasa su puño vil al través del azur sombrío, infame arroja su piedra á las regiones santas, y cree repararlo todo por medio de sus religiones, por medio de un falso ideal fundado en la materia; por medio de no sé qué espectro, que evita la luz; por medio de un ídolo vano y loco, que bautiza con los nombres de Zeus ó de Aláh. Primero insulta al árbitro, al creador, á Dios, y despues, inepto y temblando, remienda los cristales de los infinitos con una estrella de papel.

Mi pobre inteligencia está ya embrollada. Quienquiera que seas, tú, que pasas por mi camino, dame latigazos, apaléame, pero no me enseñes. Conservad vuestro saber inútil, que me aturde y me hastía, y no me hagais dar vueltas á ese manubrio; montadme en la espalda, pero no en el cerebro.

Es preciso convencerse de que los hombres sois nuestros hermanos y de que unos y otros estamos en la misma prision; la puerta es maciza y la bóveda es muy fuerte; el hombre mira algunas veces por el agujero de la cerradura, y á esto le llama ciencia, pero no tiene la llave para abrir el fatal candado. Debo confesar que le compadezco.

Tú, á quien una hora envejece y una calentura corta la vida, ¿cómo es posible que puedas hojear la vida y la creacion? No puedes comprender la paginacion de lo infinito. A cada instante encuentras una laguna, un lazo, raspaduras, alguna falta de sentido, alguna hoja de menos; en todas partes se te presentan estas tres cuestiones: Cómo? ¿Dónde? Cuándo? ¿Fué Dios el primer alfarero que fabricó al hombre? ¿Qué significa la serpiente? ¿Qué quiere decir la manzana? Algunas veces se complican dos naturalezas, y como dos números forman una cantidad, en la que el bruto se funde con Adan; el mono vuelve á aparecer en el hombre palimpsesto. ¿Provienen los primeros hombres del fratricidio y del incesto, ó solo son el producto que resultó de un caos que calentó el sol? ¿El

hombre es un sér doble y mixto, en el que se ha condensado la materia en instinto y la luz en pensamiento; el único sér que está de pié, criatura superior, á la que el árbol acepta, á la que la piedra se somete, y cuyo yugo sufre la fiera protestando? ¿Encierra el hombre una llama augusta que debe arder eternamente, ó solo es materia que un soplo embriaga y que al andar algunos pasos llega á la perpétua noche? ¿Es acaso la niebla vana, que recibe escasa claridad, y cuando vá á disiparse se deforma y vacila? ¿Encierra una estrella en estado de chispa y será mañana semejante á los serafines? Sábio, satisfáceme estas preguntas, si puedes. ¿Sabes en lo que consiste tu sueño? ¿Conoces la frontera en la que el espíritu alado releva á la materia? ¿Sabes en qué consiste que el gusano vuela? Sabes lo que es un perfume? Sabes lo que es el trueno? ¿Pues qué es lo que sabes? Turrieu, que te dirá cómo se llama el viento en la Libia, ¿sabe acaso su alcance y su itinerario? Abundius, que fué diácono de Anicetus, ¿sabe qué artista pinta de azul la flor del loto? ¿Conoce acaso Santo Tomás lo que en física se llaman afinidades, fuerzas y atracciones? ¿Sabes por qué el agua alimenta á la flor del saúco? ¿Conoces á la hidra que se llama huracán y al mónstruo que se llama tempestad, que naciendo en el jardin del cielo levantan la cabeza, se deslizan y se arrastran al través de las nubes movedizas y olfatean la espantosa rosa de los vientos? ¿Qué es lo que sabes? Ante el admirable y divino laberinto de la evolucion de la vida, tu vista es míope y tu alma se queda estupefacta.

El mundo fué al principio un núcleo de vapor que giraba como un enorme globo de humo; le hacia germinar el sol, que brillaba como encendida brasa; despues que germinó, al entibiarse se condensó, y el agua cayó en el centro de un ancho y tenebroso halo; luego la tierra, que era fango todavía, se amasó en el fondo del agua, y sobre aquel recipiente se arrastró un caracol, la hidra, la vida; el mar se redondeó alrededor de un punto que salia de las aguas y que verdeaba; era la isla que surgia de las abiertas profundidades; gusanos titánicos hormigueaban entre gigantescos helechos, y desde las orillas de los fangosos archipiélagos se llamaban unos á otros colosales brutos; el hipopótamo salia del inmenso y oscuro oleaje, la serpiente buscaba sitio donde picar; multitud de milpiés se arrastraban; despues pasaron millones de años; de la caña salió el árbol; el aire fué respirable para los pájaros, y apareció el águila; refrescó el viento, menguó el oleaje, el mar se contuvo en las playas, la isla se pegó á la isla, formáronse los continentes y apareció el hombre desnudo, pensativo y radiante.

Todo estaba terminado; el alba salia de la oscuridad y comenzaban á desaparecer los mónstruos, los caos y las tinieblas; la tempestad del sér cesó de soplar; se oyeron hablar voces en la tierra; el typhon se empequeñeció, convirtiéndose en infusorio, y la antigua é inextinguible batalla entre el dragon y la hidra huyó ante el microscopio y se perdió en la noche; lo aterrador se sumergió en lo invisible; se abrió el golfo terrible de lo infinitamente pequeño; lo que causó espanto se eclipsó despues de haber reinado; el horror, ante Adan, paso á paso retrograda y entra insaciado en el hundimiento siniestro de la vida; el prodigioso azur se extiende por todo el cielo.

Ahora dime, ilustre sábio, pensador oficial, raton de biblioteca, académico erudito, puedes explicarte todo eso? respóndeme. ¿Cómo atas los arcos de los puentes con el gran centro de la sombra? ¿Con qué anteojos puedes ver los formidables ciclos? Temeroso te encierras en la novela sagrada; vale más mutilar á Dios que incomodar á sus sacerdotes; y Cuvier, traidor á la verdad, por ser par de Francia, turba de los profundos tiempos la sombría transparencia.

Para aumentar la bruma los profesores, á sus espesores añaden tinta, y el Instituto nos presenta con aire de triunfo el enigma más opaco y el manantial más negro. En el antiguo y viejo palacio, que custodian dos leones, la ciencia encierra todos sus notarios públicos, y en él la cumplimentan y la felicitan; y yo, que soy el asno, que vivo entre vosotros, no hubiera creido nunca que el hombre pudiese llegar á semejante vacío y que siendo tan nulo estuviera tan fátuo.

¿Sabes, hombre, acaso, cuál es tu propio destino? Hasta considerada la exis-

tencia de Dios como cosa incontestable, hasta dejando aparte á nosotros los brutos, ¿comprendes acaso lo que significan estas palabras, Suerte, Sepulcro, Humanidad?... ¿Conoces la profundidad del pozo en que vas á caer, la escasa claridad que pasa por las hendiduras de los sepulcros, en qué principio desemboca tu fin; sabes si el hombre, en el que lo eterno resuena, es engañado ó no por sus deseos; sabes si hay otras ascensiones, otras suertes y otras vidas; sabes si exististe antes, si existirás en otra parte, siendo más hermoso ó más repugnante, siendo mejor ó peor; si el sacrificio devuelve al alma la inocencia; si cada estrella, si cada sol es una rueda flamíjera que vierte claridades cambiantes, de la que las diversas creaciones son las llantas y de la que la vida inmensa es el cubo; sabes ver el cielo negro y el fondo del cielo azul? Todo esto te es imposible.

Acabo de ver el defectuoso edificio que construyeron el hombre y la quimera con la sombra, con el ruido y con el ódio. ¿De dónde salgo yo? Salgo de la necesidad. A la montaña informe, que empaña siempre la bruma, en la que sopla siempre el aquilon, la torre de las lenguas mueve sin cesar estas cuatro alas: cálculo, dogma, historia y razon; los sábios llevan á ella una á una las haces de su cosecha, y esas cuatro alas, surgiendo, elevándose, se persiguen unas á otras sin alcanzarse jamás; llevan hasta abajo el fulgor de las cumbres; ascienden en el abismo hasta arriba, y el furor de las ráfagas del viento las bate y las doblega. El interior de aquella torre está lleno de desconocida niebla; el sollozo del saber se confunde allí con los gritos del arte; se oye allí dentro gemir al espíritu humano; aquel edificio tiene el aspecto de un mónstruo que trabaja; dentro de él se agitan Arrio, Condillac, Locke, Erasmo, San Agustin: unos rinden allí culto á su dios, otros ofrecen su destino; estos llaman, esos se ayudan, aquellos se insultan; algunos suben cargados por la movediza escalera; los pasos de los doctores hacen temblar los puentes, en los que el sacerdote en otro tiempo clavó sus inútiles grapones; allí el error vaga, la fé canta, el orgullo se exalta; todos tienen prisa, todos trabajan sin descanso; el crepúsculo se infiltra por las vigas del techo y atraviesa las telarañas que formaron Ignacio y Maquiavelo; todos hablan á la vez, pero ninguno oye lo que dice el otro; éste se encarama, aquel se revuelca; los discursos se pierden en el contínuo ruido del murmullo que allí suena; aquel trabajo es extraño; las muelas que allí están en movimiento muelen sin cesar el bien, el mal, lo falso, lo verdadero, el dia, la noche, las realidades y las ilusiones; vacían, en el monton de aquellos horribles rodajes, sacos de palabras, que se llaman Biblias, Vedas, libros, escritos y textos; el diablo está en el granero, mirando por un ventanillo; á medida que por los agujeros de las cribas vá saliendo la maquila convertida en polvo, la muerte la lanza al viento, en el que se oye que este polvo afirma y niega, disputa y aplaude, lanza risas y silbidos volando hasta las nubes; y en lontananza se ven bocas que se abren ávidamente para tragarse esos átomos locos que la noche vá sembrando, y ese alimento huele á cementerio. La cumbre de la torre se agrieta y se desploma; muchos trabajadores suben á ella cargados con sacos; y las cuatro alas se mueven sin cesar, agitadas por el huracán que allí sopla, tan vastas, que al trazar su círculo en el espacio, su base se hunde en el infierno y su cima llega hasta el cielo. Yo vengo de ese molino, de esa formidable Babel.„

III.

El asno Paciencia entra en detalles.

Pensando en lo que acababa de decir, el asno se quedó un momento silencioso, como el que sigue con la vista la piedra que acaba de lanzar; despues añadió: —“Precisemos más las cuestiones. Ya que lo deseas, hablemos y discutamos.

Aunque el lector en Santa Genoveva encuentre pocos autores de verdadera savia; aunque en el Escorial se cobijen bajo el techo sepulcral de la librería manuscritos, libros antiguos de todas clases; aunque la Universidad de Oxford conserve en sus estanterías menos textos vivos que centones carcomidos, comprendo que esteis orgullosos los hombres cuando admirais esas grandes recopilaciones de la sabiduría humana; pero decidme: ¿todos esos estudios, todos esos libros os hacen ser mejores? Te juro, mi querido Kant, por el honor que me hizo Jesucristo montándome, como si yo fue-

ra uno de los escalones para subir al Calvario, que preferiria la enseñanza que diese por resultado salir de ella el hombre inepto, ignorante, idiota, pero bueno.

Pero dime; despues de haberte aprendido de memoria á Jove, á Ughel, á Casaubon, á Baronino, á Ibas d' Edesse y á Theltete; despues de estudiar á fondo á Boctoner, despues de haber devorado todos los autores notables, ¿te encuentras en estado de ser más benigno conmigo y de darme menos latigazos? Todo lo que puedo conceder, mi querido Kant, todo lo que puedo decir en favor de esos libros es confesar que son inútiles.

Además, esos volúmenes se hacen la guerra unos á otros; el volúmen literario riñe con el político y se esfuerzan por ver cuál de los dos será más oscuro, más difuso y más pesado; se esfuerzan por ver quién se apartará más de lo justo, de lo verdadero y de lo bello; esos libros son semejantes á tenebrosos vivientes; se aparecen al que los lee como si fueran grandes sacerdotes hebreos, y cuando la luz penetra por las hendiduras de sus cuadernos, tienen el aspecto de los hierophantes.

Pero tú dirás, mi querido Kant, que verdaderamente soy un burro y que carezco de sentido comun. El hombre busca un resultado; pero lo encontró? El combate de los pensadores es sublime, lo es verdaderamente; ¿pero qué resultado produjo? Mató á Baal, hizo huir el oso ante la abeja, es verdad; hubo lucha encarnizada, asalto y matanza, picó la ciencia y mordió la sabiduría; ¿pero qué le quedó al corazon despues de terminar la batalla? La inutilidad de una inmensa ironía, que hizo tiritar y heló todos los profundos instintos. No es eso, Kant, lo que yo esperaba del hombre. Triunfó el espíritu, quedó aplastado el antiguo dogma, se hundió el pasado, del que se hizo tabla rasa; quedó el progreso vencedor, pero quedó el hombre más sombrío, porque quedó triunfante la negacion. Dónde ha de colocar el alma? ¿Entre escombros? Convengo que debo á los demoledores del antiguo fárrago todo el sitio que se puede encontrar entre la argamasa. Tengo piquetas, pero no techos; tengo hoces, pero no haces. ¿Y este es el resultado del soberbio esfuerzo del hombre, arquitecto augusto y predestinado? Satanás hace que aborte Adan, su hijo segundon, y me quedo gimiendo, porque el hombre no cumple su mision divina, porque busco un edificio y me encuentro con una ruina.

IV.

La noche alrededor del hombre.

Ya ves que puedo hacer objeciones al hombre. No dudo que exista una ley, confundida con las leyes vagas que entrevemos desde la oscuridad de nuestras ventanas, que en la escala oscura y temblorosa de los séres coloque encima de nosotros los asnos, que somos inferiores, á los hijos de Adan; conozco que esto es posible; despues de todo, esto solo atañe al autor de la creacion. Poco me importa que el hombre tenga ó no el derecho, por su superioridad, á que le tratemos como inferiores y á que le saludemos como á rey todos los animales; poco me importa que diga:—"Dios solo hizo á Adan á su imágen y semejanza„, que yo hablo rudamente á su majestad, soy franco sin creer que esto es una bajeza; soy áspero, pero digo la verdad.

Si el hombre es majestad, es una majestad coja. Cuando la muerte cierra á ese polichinela en su caja, ¿sale de ella un espíritu que vuela? ¿Salta Psiquis del arlequin desnudo? No lo sé. Averiguadlo si podeis, que eso está muy oscuro; lo único que hay evidente en la bruma que nos rodea es, que el hombre es un sér vivo, mediocre ó malo. Muy perverso tengo que ser, si no me salvo, solo por haber visto de cerca á ese pobre petate.

No estimo más su cascabel que su cilicio, ni su austeridad que su relajamiento; cuando por casualidad su boca dice la verdad, sus ojos mienten; es humo que se evapora en toda clase de énfasis; en vez de ser un vasto espíritu cosmopolita, y siempre satélite de un sitio cualquiera, es judío, griego, inglés, portugués ó indio; sueña en edenes y construye Paraguays; vive fuera del código y fuera de la naturaleza; frio, cansado y aburrido, quiere por humorada ser virtuoso, y lo intenta algunas veces; pero ordinaria-

mente solo sabe pasar de un esceso á otro esceso.

Se engañaria ciertamente el que creyese que el azur, las esferas y todos los astros del firmamento infiltran en el alma humana una luz moral. Kant, es una desgracia ser bóveda de calabozo, ser una caverna donde no penetra la claridad celeste, ser una casa que está siempre oscura, y el hombre lo es. Es una fatalidad que en su oscuridad no penetre nunca la claridad del firmamento y que ésta no pueda alumbrar el interior del hombre.

¿Pero á lo menos hace el hombre todo lo posible por que penetre en él la claridad? No. La rutina le aisla en el fondo de la nada. Disponen los séres racionales de todo, del dón de la palabra, de la escritura, de la brújula, del vapor, de la imprenta, del escalpelo y del compás. Ilustradnos, pues, á los asnos con todo eso. Poseeis tambien talento además de ilustracion, sábios, génios, pensadores, poetas... Pardiez! ¿de qué os sirve todo eso?...„

V.

Cómo procede el hombre con los niños.

El asno continuó diciendo:—"Dios os entrega el niño, que baja aun lleno de los resplandores del paraiso, y os apoderais del chicuelo y me lo meteis en un tenebroso claustro; le pegais á la barba un libro grueso, como si fuera una papera; le estirais, le torceis y le alargais su alegre y naciente espíritu, hasta que llega un dia que se presenta á exámenes, y en que un prefecto le corona, y ya habeis creado un imbécil.

Nada es tan eficaz ni tan rápido como un pedante para destruir la naciente imaginacion en el mundo. Nada es peor que entregar los niños á los pedagogos. Pretenden que el espíritu humano se encaje en sus estrechos moldes; pretenden que el Pegaso debe pacer en su corral, con las alas muertas y comer el forraje que ellos le den. El dia en que, siguiendo las huellas de Zoilo y de Batteux, quisísteis definir el génio y explicar la belleza, los estómagos débiles exclamaron:—"Sobriedad„; los míopes dijeron:—"Tened el estilo descolorido„; los preceptores decretaron:—"Lo bello es una pared recta y desnuda„. Luego para ellos Rubens es demasiado rojo, Puget demasiado carnoso; el arte debe estar flaco; Vénus, si estuviera tísica, seria más hermosa; Shakespeare, que es Satanás segun ese arte poético, prodiga las imágenes, las ideas y la vida á cada paso; la naturaleza, imitando á Shakespeare, en cuanto encuentra un sitio vacío lo llena de yerba ó de acanto; la hiedra frondosa, que tanto place al arte, llena á Heidelberg como llena á Hamlet; pero vosotros recortais esa poética maleza y os complaceis en podar la que se encuentra en Shakespeare, hasta no dejar ni un solo tallo debajo de la secular encina. A nadie podreis persuadir de que rendís culto á lo bello ni á lo verdadero y de que Horacio dijo:—"*Hic lucidus ordo*„, para que vosotros formáseis estúpidos tirados á cordel.

Decidme, Rousseau, Moliére, de Aubigne, que exclamaba al ver un rey:—"Qué es eso?„ Decidme, Montaigne, á quien su padre hacia despertar por la mañana al són de la música; Diderot, que se burlaba del antiguo y tísico arte; Offmann, que se cernia en sus cuentos fantásticos, decidme: ¿no es desconsolador que esos pedantes, repletos de latin, de griego ó de hebreo, se apoderen de la infancia y la encierren en sus conventos? ¿No es repugnante que esos doctores falsamente sábios, que solo sirven para hacer retroceder el progreso, no es monstruoso que esos *magisters*, escudados en el horror de su oculta Isis, levanten su baston de mando y griten á todos sus discípulos:—"A la derecha! alinearse?„

Escolásticos, en el fondo de vuestra enseñanza se encuentra Roma, que encierra el alma en su fúnebre recinto; sois los prebostes de la ciencia santa, de la que se escapan Newton y Watt, los jefes del arte divino que hizo vibrar á Siena y á Paros; os encantan los pantanos, y si os fuera posible convertiríais el mar en un estanque. Vuestro sistema es inútil, vuestro empirismo es falso. Necesitábais tener la esteva antes de tener la hoz. ¿Os habeis creido que el ser verdaderamente doctos consiste en haber adquirido todos los grados y que el estudiante sale de vuestras clases sabiendo?

¿Os habeis creido que la naturaleza no enseña nada al espíritu que la contempla, y que Adan, deslumbrado en el edén, enamorado de Eva, esperaba, para que Dios le creara por completo, que Iblis le aprobase el bachillerato? No; la naturaleza es nuestra mejor maestra, es nuestra nodriza, lo sabe todo, es nuestra abuela.

VI.

Cómo procede el hombre con los génios.

Fuera de las leyes que vosotros los pedantes habeis establecido, es donde se cierne la armonía de los grandes himnos, y el papel que pauta una mano clásica es papel pautado, pero no es papel de música.

Quereis que crea que se debe meter vivos á los grifos y á las águilas en las jaulas de vuestros dogmas; que el vuelo del pensador debe medirse por vuestros metros; que éste debe consultaros, porque vosotros sois los que poseeis en el mundo esos dones sagrados, de los que cada uno de vosotros es propietario; que el antiguo sendero, rectamente seguido, es el camino sagrado que hay que andar, sin correr nunca, sin salirse de él; que se forja y bate el hierro tanto mejor cuanto más frio está; que vuestro claustro es santo; que teneis el derecho de refrenar el génio y el alma; ¡pardiez! ¿Cómo me he de creer todo esto, si yo sé que el asno tiene sentido comun desde que lo montó Sancho Panza?

En otro tiempo un soñador oyó que los animales decian gritando:—"¡Favoreced al burro!„ Yo oigo que el hombre grita:—"Favoreced al génio!„ ¡Desgraciado el que vá á buscar á la sombría Urania! En la materia todavía se puede tolerar; se admiten innovaciones; es permitido buscar, estudiar y encontrar algun sapo gigante, alguna sabandija enorme, alguna extraña hormiga, esqueletos y fósiles en buen estado; se puede hacer, sin indignar á los *magisters*, revoluciones en las conchas de las ostras; se puede encontrar alguna clase nueva de muérdago en el bosque, ó pescar algun molusco con la sonda. Cuando se vé regresar, despues de dar la vuelta al mundo, al capitan Cook, á Magallanes ó á lord Ross, trayendo tapirs (1) ó rinocerontes, son acogidos con universales aplausos, y los sábios se reunen para estudiar todas las rarezas que los ilustres viajeros traen. Pero cuando el pensador, profundo y noble misionero, llega del pais de la imaginacion y del misterio, en el que se ciernen los espíritus, trayendo tambien lo que ha arrancado de la sombra y llevando en la mano el hecho que parecia quimérico ó el mónstruo de la idea, y desplega el esplendor de un progreso, alguna novedad que vá á producir algun descubrimiento, entonces ¡desgraciado inventor! ¡desgraciado mago! ¡desgraciado Gall, que encontró en la cabeza los signos de las pasiones, que respiró la misma atmósfera en la que se elevaron Mesmer y Papin en Francia y Galileo en Roma! ¡Desgraciado el hombre que inventa algun prodigio, que hace algun bien á la humanidad, ya se llame Jackson, ya se llame Fourier! Afrentas y silbidos oirá en medio de las aclamaciones de su triunfo. Todos irán contra él: los sicofantas, en nombre de los libros santos; los doctores, verdugos espirituales, profundos burlones algunas veces, como Swift y Voltaire, en nombre del antiguo sentido comun, y todos exclamarán:—"Qué pretende ese iluso soñador? ¿De qué cavernas sale para referirnos semejantes delirios?...„ ¡Es un crímen haber echado á rodar el baston del caduco pasado! ¡Es un cinismo llamarse Gutenberg ó Fulton! Pensar solo él de ese modo es tener audacia fabulosa. Oyen á Flamel, á Cardan, á Saint-Simon ó á Deleuce, y porque tienen razon se les rien á carcajadas; si Campanella es el primero que se atreve á decir:—"Hay innumerables soles„, que se escape, porque sino, mañana le arrojarán á la hoguera; Harvey morirá sirviendo de burla á todos los medicastros; Kind se mofará de Kepler; Sócrates, gloria del género humano, envejece en una cárcel; el Dante, cuya mirada misteriosa Dios iluminó, que vislumbra al través de la tierra las cuatro estrellas de oro que están en el otro Polo, dos siglos antes que Vasco las viera, declara que existen y le destierran. ¡Siempre sucede lo mismo! Cuando aparece una antorcha, huye de ella el hombre; el que le alumbra le irrita; el génio es una infraccion severamente castigada; siempre proscriben al gran hombre, sin perjuicio de dedicarle más tarde una estátua. En

(1) *Tapir*, cuadrúpedo de América, parecido al cerdo y con trompa como el elefante.—(N. del T.)

vano los bienhechores, los pensadores y los sábios dicen:—"Busquemos y encontraremos, ya que el infinito nos atrae.„ El hombre contesta á estas palabras con el destierro, con la cárcel y con la cicuta. La historia está llena de estos ejemplos. Algunas veces el cerebro de los altos pensadores se hiende, porque en él no caben las grandes dimensiones de la idea que conciben; y como esos hombres son al mismo tiempo brumosos y radiantes, la multitud dice que son locos... ¡pero son dioses! El esceso de la verdad puede deslumbrar al alma y cegarla la fuerza de la luz. Lo real, lo ideal, el progreso, hasta bajando del cielo, hasta traido por Jesucristo, hasta inspirado por Dios, al pasar por el hombre conservará siempre la marca humana. Siempre á la idea la afeará algun defecto; toda innovacion, por magnífica que sea, es verdadera por muchos lados y por uno falsa, y la rutina se apoderará siempre de éste. ¡Desgraciado el que se sumergió en la sublimidad, el que voló por el espacio ilimitado, cuando vuelva á bajar á la tierra! Para bajar al mundo desde el infinito lleno de estrellas, para descender á la tierra, en la que la ignorancia y la mala fé admiran los abortos, no tiene otro desembarcadero que el manicomio.

¡Las bocas de la multitud escupen á todos los Cristos que hacen descubrimientos! Persigue la desgracia al héroe que con el anteojo en la mano asciende para acechar los bordes del horizonte de la humanidad, y es víctima siempre de su ciencia. Envidiosos siempre los doctores, cuando ven enunciar una idea nueva se quedan lívidos de envidia; no le gusta á la multitud que la sorprenda un nuevo astro que vierta extraña claridad, y el pensamiento humano se asusta de los gritos que lanza el génio y del alto vuelo de los espíritus.

VII.

Cómo procede el hombre con la creacion.

El hombre es un conjunto de orgullo titánico y de razon pueril. Veamos lo que hace ese trabajador estéril; veamos sobre todo lo que queda de él. Dime, ¿ves algo bello, grande, bueno, tierno y sublime en la extension que la vista puede alcanzar, en la direccion por donde camina ese cojo? ¿No es lamentable y vergonzoso que ese sér, que niega lo que hacen los génios, que persigue con sus ironías á los Fulton y á los Watt, siendo dueño del globo, no sepa manejarlo y que ignore todavía el objeto, el fondo y la ley, y que despues de seis mil años no sepa aun aprovecharse de la tierra? Pierde el tiempo como el pródigo pierde la fortuna; pierde el tiempo, que se le escapa hora tras hora; desoye la voz de la naturaleza que predica la fraternidad; ante los montes levanta la pirámide, construye el obelisco, es el esposo triste de la vida, es el sultán que se fastidia y que no sabe qué hacer de su serrallo, y vé pasar por su lado, ayudando á sus vicios, ofreciéndoles su cooperacion, el dia, eunuco blanco, y la noche, eunuco negro.

Pone á Dios en un templo en forma de apagador y cree que le honra encendiéndole algunos cirios. Te repito, Kant, que me avergüenzo al verle víctima de las supersticiones; porque hasta cuando el hombre cree, hasta cuando acepta un culto, su culto calumnia y su creencia insulta, porque idea un Dios perverso semejante á él.

Respecto al mundo creado, como no comprende á su autor, comprende menos su magnífica obra. Dios brilla, el hombre silba; silba en invierno, en verano, durante el frio y durante el calor; la naturaleza no le satisface; al espectador no le gusta el espectáculo y lo declara defectuoso é injusto.

Sea el hombre creyente y esté sujeto al amuleto, sea cordero que un sacerdote conduzca con su cayado de pastor, ya dude, ya siga las doctrinas de Holbach, en el fondo todos tienen la misma debilidad; el hecho les desconcierta y lo real les hiere; lo que es escesivo en el arte les choca lo mismo que lo que es escesivo en la naturaleza; si el arte es frondoso, la naturaleza aun lo es más, por lo que no tratan mejor á Sabaoth que á Shakespeare. Pan es para ellos demasiado tierno y demasiado rudo. Su filosofía es una vieja gazmoña, su devocion es descolorida y sus incensarios tienen envidia á las flores. A vuestro modo de ver, este mundo, que es una augusta apoteósis; este fausto de prodigios difundidos en toda

la naturaleza; esos esplendores de un Dios que crea, siembra y ama; esos fulgores admirables, esa inmensidad de la claridad del alba y esa púrpura del sol poniente, todo eso no es correcto y todo eso no es sóbrio; porque mirais á Julio con los ojos del Octubre, y creeis que tanto esplendor, tanta claridad, tantos rayos no indican buen gusto, y si indican divinidad no indican cordura. Sois tan vulgares que ensuciais con tinta el ideal y os burlais de los meses risueños del año, de esos meses en los que sobre las yerbas, al través del temblor de los sauces, sobre las aguas, sobre los pistilos, sobre las flores y sobre los surcos, vuela ese enjambre de besos que se llaman mariposas. El Eterno os parece que es demasiado vivo para su edad; para vosotros, la primavera casi es sinónima del libertinaje; acusais á la materia indignados, afirmando que toda su fuerza, toda su savia y toda su claridad acabarán por gastarse siendo tan disoluta.

Menphis, Delphos, Ombos, Meca, Génova, Roma, las hipótesis, los errores, las religiones, la ignorancia, la locura y las supersticiones incoan un proceso verbal á la creacion. Los teólogos miden á Dios; los theosophos, del himno sideral castran las sombrías estrofas y reprochan sus escesos al abismo, criticándole por ser demasiado oscuro, demasiado profundo y demasiado ardiente. Tribunales de cojos, Senados de paralíticos critican al águila soberbia porque se mueve tanto. Multitud de ciegos dicen al relámpago:—"Entra ó sal!„ Consejo de jardineros juzgan al bosque vírgen. De este modo los desdichados mortales hacen sufrir un exámen al infinito.

Esta es la manera de ser del hombre, que pretende que el carro de Adonai no se salga de su carril y que no consiente que el universo sea como le formó el Creador, sino como á él le place; les molesta que sea así, y los sacerdotes y los filósofos reprueban la forma y menosprecian la tela; el hombre no lo acepta si no es contrahecho por algun apóstol de la oscuridad; desea el hombre rotular los globos y las esferas y recortar el firmamento á medida de su patron mezquino.

El hombre, ya jure por Locke, ya jure por San Mateo, es ateo en su fé como en su ironía, y cree que el cielo se vá á apagar en cuanto un sacerdote lo niegue. Imbécil! Cree, además, que el mundo, despues que recibió el choque volteriano, se convirtió en polvo y no queda ya nada de él. El átomo se figura que puede despedazar un mundo. La vasta creacion, mónstruo de lo bello, tremielga cuyo contacto quema, que levanta en lo desconocido sus cien cabezas, que tiene por escamas los mares y los soles por pupilas; ese pólipo desmesurado, ese inmenso dragon salpicado de estrellas, que se llama universo, se vé criticado por tí, por tí, que eres pigmeo y miserable, que vives roido por la lepra y que al morir te conviertes en polvo. Le criticas tú, carcomido por los vicios; tú, cuya raza engendró aquel César, que destruyó veinte pueblos para que el mundo le llamase grande; por la raza que dió á luz al monstruoso Poulmann, que mató á un anciano por un vaso de cidra; ¡tú, á quien roe el acaso, pretendes devorar la hidra!...

VIII.

Cómo procede el hombre con la sociedad.

Hombre, ya que no has comprendido á Dios ni á la naturaleza, ni el poema de los dias, de las noches y de los cielos, drama del que sin embargo te crees ser el protagonista; al menos, los asuntos que directamente te pertenecen y que están á tu alcance, los hechos que descansan directamente en tí, que constituyen tu yugo ó tu ley, yugo que es preciso rechazar, ley á la que es preciso someterse; esos hechos que constituyen problemas, cómo los resuelves? ¿Cómo resuelves las cuestiones de tener ó no tener señor, de vivir en la oscuridad ó en la luz, de ser libre ó de ser esclavo? Qué derechos tienen los hijos? ¿Qué derechos tienen los padres? ¿Qué cantidad de pasado debe formar el lastre del tiempo presente? ¿El hombre debe tener dos existencias, una privada y otra pública? Qué es una ciudad? ¿Qué es un ciudadano? El Estado es un fin ó un medio? Gracias á tus estúpidos esfuerzos para extraer y sacar la claridad del error, que es su enemigo, todas estas cuestiones humean sin alumbrar; sale de ellas un espeso vapor que oscurece la vista; empañadas por una niebla que se con-

densa más cada vez, vienen á ser como chimeneas de las tinieblas, de las que sale y se difunde la noche. No han producido todavía ni un sistema verdadero; inútilmente se han debatido, y veinte siglos despues de la copa de cicuta de Sócrates, y despues de mil ochocientos años de las siete palabras del Gólgota, el hombre está aun en el mismo sitio en el que Platon se paró.

Lo que los hombres llamais política es una sombra en la que vagan el error moderno y el error antiguo, y en la que se espesan y se condensan todo lo que se equivoca y todo lo que engaña; en ella hay cuestiones respecto á la idea y respecto al hecho, sobre la ley convenida y sobre la ley natural, sobre lo blanco y sobre lo negro y sobre el reverso que se llama deber; los sistemas sociales allí se baten con los ojos vendados. Unos suprimen los siglos, que echan debajo de su trono lejano, y construyen, pretendiendo poner en órden al destino, como si aparejasen un buque desde la punta del mástil hasta la cala, una fraternidad monacal y descolorida entre los frios séres vivientes que ningun lazo une. Este delirio lo imaginaron ya en otro tiempo los cartujos; en él el hombre es maleza y vegeta; es gusano y hormiguea; pierde su nombre y su apellido; no hay ya para él tradicion ni trasmision; el sér se aisla y desaparece: este sistema, al ver perdido el ideal, trata de reducir el hombre al individuo y el tiempo al minuto; en este sistema el hombre es un número en el infinito, que flota fuera de lo que lo engendra, fuera de lo que le espera, que huye inútilmente, codeado por otros vagos números. Cansados de presenciar abusos, dicen los partidarios de este sistema:—"Suprimámoslos; y pues es nocivo el aire que respiramos, hagamos más pequeños los pulmones.„ Sueñan en la posibilidad de borrar la memoria en un mundo social sin padres, fundado en la silenciosa inmensidad del olvido; combinan á Licurgo con el pachá del Cairo; el hombre inscrito en los libros del registro nace y muere debajo de una escuadra; el pié no debe salirse del nivel; el paso, antes de abrirse, debe amoldarse al compás; de esta ruda igualdad huye la vieja y republicana libertad, porque es rebelde y no sabe doblegarse; cada uno de los prosélitos tiene su hora para entrar en el taller, cada uno tiene su reloj, cada uno su banqueta; el hombre solo es allí un cuaderno numerado. Esos locos serian capaz de poner numeracion en los pechos blancos de los cisnes. Geómetras que trazan sueños rectilíneos, espíritus que no han querido poner nunca el oido en tierra para escuchar el silencio del abismo y de la eternidad, corazones sordos al murmullo misterioso de las tumbas, que persiguen á los desaparecidos, que cierran entre paredes á los que llegan y que tratan de destruir la solidaridad humana. Pero el hombre es un total, los séres componen la suma, y cada hombre es compuesto de todo el género humano; hoy muere y trunca el ayer y el mañana; á pesar de estas indudables verdades, tratan de producir el vacío, de cortar en el espacio insondable el hilo sagrado que ata las cunas y los féretros.

Otros, volviendo la espalda al cielo, que ilumina el alba; teniendo por lámpara un cráneo, en el que tiembla el fósforo; llamando absurdo á todo hecho nuevo, encerrados en la casta y en el derecho hereditario, peores aun que aquellos, son el extremo contrario. Esforzándose por ser hijos, dejan de ser hermanos; el abuelo en ellos eclipsa al padre; para ellos solo existe el antecesor, que se llama Pasado; este es su venerable y estúpido jefe; murió, pero le proclaman vivo, y para ellos, verle petrificado en su silenciosa actitud es lo que le dá autoridad; en todas partes donde se ódia tiene su punto de apoyo este sistema; en él todo es gerarquía, sillones patriarcales, órden antiguo, leyes inflexibles; oprime á la familia el peso de una cadena; el anciano Ayer gobierna y el Ahora se pudre en el pantano estancado del género humano. Sus tenebrosos sacerdotes todo lo anatematizan; en la torre de Babel se anidaban semejantes buhos; salen del Talmud llevando en sus garras el dogma, la venda, el yugo, el geroglífico; personifican el fanatismo y la preocupacion. Desean que la oscuridad ascienda hasta las cumbres; no toleran á innovadores, á profetas ni á conquistadores; solo quieren tener herederos; siempre son los mismos hombres, que dan los mismos pasos por las mismas sendas; no tienen más grito de marcha que éste:—"Atrás!„; no tienen más camino que la rutina, ni más luz que su ceguera, ni más Dios que el fantasma de la sombra que llena el fondo del calabozo.

Esos frios soñadores, que viven aun en los tiempos difuntos, respiran como perfumes los pesados miasmas de las fosas; les embriaga lo que fué y les lastima lo que es; su ideal tiene los ojos siniestros del cadáver. Desean clavar los hijos de los siervos á los piés de los hijos de los señores; que sea el cadalso eterno, lo mismo que el infierno; que alrededor de Adan, sobre el que pesa el pecado original, los siglos pasados lancen gritos salvajes; desean la perpetuidad de todas las esclavitudes; que Pedro y César blandan sus terribles espadas; que el auto de fé caliente la tibieza de los creyentes; desean tener los menos hijos posibles; para ellos el único derecho á ser consiste en haber sido; el cementerio es su única claridad y la tradicion es su única atmósfera; lo que hizo el abuelo debe hacerlo tambien el nieto; hé aquí su sistema. Detrás de estos doctores fúnebres solo queda el pasado proyectando su funesta sombra. No hay en ese sistema nada saludable, nada fuerte, nada vivo; el niño palidece desde que nace, los corazones están muertos, y en él los antiguos imperios ahogan á las naciones jóvenes; los hijos son espectros que sollozan oprimidos por los padres, que son vampiros.

Estos dos inútiles sistemas, fundados fuera de la razon y de la verdad, cada uno obra á su manera; el uno reconstruye el castillo y el otro reedifica el claustro, y lo extraño es que naciendo de puntos opuestos, uno y otro van á desembocar en el pasado; su choque aparente, en el fondo es un encuentro del delirio con el dogma y del pró con el contra.

El hombre flota del uno al otro, de aquel á éste; de Babeuf cae en Loyola, de Penn en Hildebrando y de Knox en de Maistre; el pasado le tiene cogido con sus dos manos, y la teocracia, que se apoderó de él, ya no lo quiere soltar; la sombra impide que brille el dia, y lanza sus nubes á los rayos de claridad, que en vano intentan reaparecer. En ese sistema es muy larga la estacion refractaria á la verdad, al derecho y á la razon, y en ella la antidiluviana idolatría es el único refugio que encuentra el hombre, y el espíritu humano, cautivo en él, agoniza en cuanto que inverna en esa espantosa cueva.

¡Pobres hombres, atormentados por otros hombres! Inútil es que os resistais, que estais atados á la estaca con correas muy fuertes; vuestra enteca ciencia económica os dá por resultado el hambre y la desesperacion; en vano os esforzais por salir de ese estado; que, despues de toda clase de pruebas, el yugo permanece, el dolor persiste, el mal continúa sin haber podido destruir la terrible fatalidad, ni la ley de muerte ni la ley de sangre. La desgracia pasa lista y el hombre la contesta diciendo:—"Presente!„

IX.

Cómo procede el hombre consigo mismo.

¿Bajo qué punto de vista hay que colocarse para encontrar el buen sentido de vuestra enseñanza? Hojeo y vuelvo á leer toda la historia del hombre, pero en vano; no veo que en parte alguna su corazon mejore; porque si veo que el astro brilla, tambien veo que la noche se ennegrece.

Tratemos esta cuestion con imparcialidad. Los animales tenemos contra nosotros el ángulo facial, y segun la conformacion de nuestro cráneo, nos vemos obligados á ser chacales ó asnos. El instinto nos conduce á andar á cuatro patas; hemos nacido con el sello de la desgracia; la infame arteria carótide es la madre del oso salvaje y del cerdo fétido; la materia es fatal, así lo dice el hombre; los peñascos forman antros para que el lobo sea bandido; la zorra representa el robo, el azor la rapiña, la hiena tiene uñas como las ortigas tienen espinas; pero el hombre es consciente y libre en sus inclinaciones: pudiendo elegir, por qué es perverso? ¿Con qué derecho los hombres son tigres? Se comprende que nosotros obremos mal, porque somos brutos; pero no se comprende que obren mal los espíritus. La cadena humana, ¿cómo es que empieza por Homero y concluye por Heliogábalo? Y no me ocupo ahora del caníbal ni del cafre, sino de los pensadores, de los artistas, de los que saben lo que es una biblioteca, de Ronsard, de Séneca, de Roma, de Paris, de la cumbre augusta del trono en el que Neron cantaba y en el que Cárlos IX rimaba. ¡Sois malos, pues, por el placer de serlo! La vanidad os domina,

y haciendo que el hombre se aproxime al animal, consigue que el mal entre más fácilmente por todos vuestros poros.

Sois víctimas de la vanidad. En vosotros todo es falso. El oro es cobre. Casi ninguno vá por el camino que debia seguir; el soldado se cree libre y es esclavo; lo que llama espada es muchas veces cuchillo, lo que llama gloria es muchas veces servidumbre; el sábio no sabe, el ignorante no lo ignora todo; poned dos altares uno cerca de otro en cualquier ciudad, y luego preguntad á uno de los dos curas que pase por allí su opinion respecto al sacerdote y al templo de enfrente. El filósofo es grave, austero, frio y sublime, y desbordándose en él la razon severa, no quiere que nadie camine ni viva como él; pero por cumplir la santidad del deber, aguija y encamina á todos los mortales hácia las virtudes, endereza los instintos torcidos, lo que predica es magnífico, como si lo dijera, como si saliera de los labios de un hombre sin defectos; ¿pero el que dá esos consejos los sigue? No; y si es legislador vive fuera de la ley.

El que os desnuda encuentra que vuestra gordura es hinchazon, porque estais flacos; vuestra apariencia engaña: la virtud, si alguna vez la aceptárais de buena fé, os abandonaria pronto por culpa de la sevicia; la falsa gloria germina en vosotros hinchada por vuestros vicios, y esta fluxion es una enfermedad más. El hombre hace grandes saludos á su espejo, y el espejo se los devuelve, pero en su interior se rie, porque conoce el fondo del hombre. No hay ningun orgulloso que no se avergüence secretamente; no hay ninguna mogigata que no tenga en el pensamiento algun amante. Vuestra alma vive en la oscuridad como en su propio elemento; en público buscais la estimacion y las alabanzas, pero no vacilais en vuestro foro interno en bostezar y en matar ese testigo que se llama escrúpulo y que se oculta temblando en un rincon; vuestra probidad desfallece y espira pronto; el mejor entre vosotros está tan cerca del peor, que entre el que es santo y el que es endiablado no media el espesor de un cabello de Phryné. El dinero, la cama y la mesa son otros tantos precipicios; el vino es un escollo, la mujer es un arrecife: la conciencia, en voz baja, cuando Salomon se quedaba pensativo, le decia diez veces cada dia:—"¡Eres un canalla!„ La experiencia austera es el hallazgo que se recoge al salir del vicio; el que se gasta vá aprendiendo; cada uno de los siete pecados capitales escribe una letra de la palabra cordura.

¿Qué es en el fondo vuestra admirable filosofía? Rebelion, cuando se necesita meditar; Resignacion, cuando es preciso luchar.

Ese delfin, ese rey, ese jóven es magnánimo, nació generoso y clemente; pues si le instruye un cortesano le convertirá en príncipe perverso. Los hombres son tan insensatos, que para hacer de ellos un tirano basta que se bañen en las babas que caen de la boca de un imbécil. Formar un déspota es cosa fácil; para crear á un Luis XIII bastó un Luynes; solo necesitó emplear la adulacion: para tentar al alma humana y precipitarla, Escobar no tuvo que valerse de argumentos; no necesita Satanás alargar la garra; un Jocrisse adulador hubiera perdido á Sócrates, si éste hubiera sido rey.

Me dicen que debo venerar al hombre; por qué? Mi rebuzno equivale á sus cuatro ó cinco diptongos, y mis orejas son más largas que sus virtudes.

El hombre hace retroceder la hora en el cuadrante, abandona la libertad por aceptar un tirano, lisonjea á un dios, mata un lobo, se arrastra y se echa á reir. Triste género humano! ¿Pretendes que yo admire todo lo que tú denigras, tu mal gusto, tu falsa ilustracion, tu progreso, que está provisto de un aparato que le hace retroceder; tus delirios, tus sentidos limitados, tu cambio de opinion? Yo veo al hombre como es, casi bestia, casi génio, bulliéndole las ideas en el cerebro, poblándose de errores y quedando desierto y unciéndose á los yugos de la ciencia. ¿De qué le sirve el dón libertador y divino del pensamiento?

Spartacus se presenta á la discusion en un tema, pero tú no deduces nada de él; lo dije y es verdad: hojead á Mariana, á Tácito y á Mezeray, y vereis que el hombre ha sido siempre muy servil; desde hace cuatro mil años ó más está asistiendo á clase, y le enseñan á leer con aire

pedantesco sus *magisters*, y todavía no se ha podido librar de los déspotas. Sus doctores le han repetido sin cesar:—"Pueblo, ama á tu César! ¡Asno, adora tu albarda!„

Es inverosímil, es repugnante la adulacion que sale del monton de la vergüenza universal. Hazme el favor de leer de un extremo á otro esta relacion del pasado, que oscurecen los sufrimientos actuales. Léela y no la olvides. Pedro mata á Alejo, Felipe á Cárlos; Sesostris convierte el mundo en un cementerio; Timour se arroja sobre el Asia como una avalancha; Soliman, anciano de barba blanca, llama á sus hijos, juega con ellos, y por la noche los hace estrangular; Selim II hace disparar cañonazos cada vez que está embriagado; Osman, en cuanto vé un tigre enjaulado, lo pone en libertad; Irene hace arrancar los ojos á su hijo Constantino, en la misma cámara en que este niño salió de sus entrañas; Cárlos VII duerme mientras La Hire y Saintrailles tienen presos en la cárcel á Talbot, á Chandós y á Bedford: mientras que Juana de Arco, sobre la hoguera, estaba desnuda, atada al poste y retorciendo los sublimes brazos, Justiniano fraguaba códigos y crímenes, amontonando más delitos que leyes; Tudor sentia monstruosa inclinacion amorosa por Valois; Luis XIV, en nombre de Cristo, al que desnaturalizaba, acostó á la Francia cargada de hierros en el lecho del tormento; Leon X es perjuro; Albrecht hace un falso juramento, Francisco I hacia fullerías y Cárlos V engañaba; pues bien, todos ellos son clementes, grandes, ilustres y gloriosos, á todos se les edificó un altar para adorarles; cuando murieron quedó el mundo sumido en profundo dolor; porque para vergüenza de la humanidad, siempre se encontrará un hombre, grande ó pequeño, que derrame sus lágrimas de cocodrilo; que se llamará Cantemir ó Chalcondyle, que se llamará Karamsin ó Bossuet. Quisiera que el asno fuera sordo ó que el hombre fuera mudo.

Mi querido Kant, la frase es muy bellaca; creemos que se levanta cuando se encorva; ¡tanta pompa emplea la pícara para achatarse! Ciertamente el pobre pueblo es un mártir que se desangra; ciertamente es horrible un campamento cubierto de cadáveres; es muy duro ver convertida en cenizas la ciudad de Tyro por complacer al loco que se llamó Alejandro; causan horror Rosbach, Fornou y Pultawa humeando, y sus degüellos y sus matanzas; triste es la lucha, triste es el botin, y la batalla, ese juego de sortija del destino, cuya rueda oscilante produce innumerables casualidades, en la que el vencedor, al regresar montado en su corcel de batalla, se sonrie de orgullo y lleva un cero en la punta de la lanza; eso es atroz y estúpido. Marte es un viejo verdugo. Si todos los muertos que perdieron la vida en la guerra en todo el mundo, desde hace cuatro mil años; si en los montones de sangrientos esqueletos, en los que el bandido está confundido con el estratégico, los huesos blanqueados encontraran al héroe parecido al ladron, y los fémurs rotos, las tibias y los cráneos no hicieran distincion alguna entre César y Schinderhannes, indudablemente los séres humanos, consultando sus corazones y sus nervios, arrojarian pronto del trono á los acuchilladores, le darian el retiro á Belona y los hombres llegarian á vivir en paz; pero los retóricos, los cortesanos letrados, las grandes frases, se arrodillan y veneran esas saturnales, pronunciando las banales máximas de que la guerra es un hecho divino, que tiene sus leyes especiales, y que se debe juzgar de modo distinto los actos de los reyes. La frase, que tambien es servil, dora el asesinato en gran escala, bruñe las partesanas, proteje á los soldadotes contra el sentido comun, persuade á los necios de que todos los hombres deben servir á uno, prueba que la matanza es conveniente y gloriosa, derrota á la lógica y á la evidencia, y dá un salvo-conducto al crímen á través de la razon.

Porque vosotros los hombres lameis los piés de los héroes; os embriagan Cárlos XII y Hernán Cortés; os quedais maravillados ante Cambises cuando incendia las ciudades; comparais á Cyro y á Clovis midiendo su grandeza por la longitud de sus espadas; para vosotros es magnífico espectáculo que en las orillas del Var, Mário mate á quinientos mil hombres; son para vosotros heróicos centuriones Pablo Emilio, Pompeyo, Othon y Syla; pero yo ¡pardiez! tendria gran pesadumbre, si fuera Aliboron, de tener que admirar á Isengrin.

Los hombres son los únicos ratones

que se tienen por felices cuando sirven de juguete á los gatos; el único cordero que bala de alegría al ver que le acometen coléricos el tigre y el leon; la única alondra que entona un himno cuando la tiene presa la garra del águila.

Siempre tuvo entusiasmo el hombre por los acuchilladores; siempre exclamó con estúpida alegría:—"¡Ganamos la batalla!„ cuando su matarife le hizo una larga sangría. Pero aunque quisiese rebelarse contra esto, ¿tiene acaso conviccion alguna para poder resistir? Tiene por todo remedio una religion; el alma es el sólido punto de apoyo de Arquímedes; la barricada es alta é invencible y el campanario es fuerte cuando el empedrado y las campanas tienen fé; para vencer se necesita tener una creencia arraigada; la espada vencedora solo sale de la conciencia, y en tí, hombre, no brillan nunca las miradas del convencimiento. Verdaderamente, cuando estás en un rincon de tu casa con tus niños y con tu familia, cuando tu mujer está remendando la ropa, hablas como un hombre cuerdo y virtuoso, entonando himnos en pró del honor y de la dignidad humana; pero en cuanto tú puedes, arrojas los zancos, te vas de casa más alegre que entraste, y cenando con otros jóvenes superficiales, hablas del modo siguiente:—"La bondad es una fullería; la embriaguez del amor dura poco; en cuanto á la castidad, prefiero Margarita á Lucrecia: sacrificarse es de necios; la verdad no supera al pié pequeño de Talleyrand; la justicia, ese instinto sagrado que impulsa al alma, es una mujer muy alta que lleva una balanza esculpida en mármol blanco por Cartellier; la guerra es un arado que toca el timbal, y nada sirve tanto para segar los trigos como un gran capitan: un Wagram ó un Rocroy que caen sobre una llanura equivalen al mejor estiércol; la gloria es un cebadero.„

Te burlas de ese vencido que se llama progreso, cuando le ves sujeto por las garras de los hombres de rapiña, y te produciria extraordinario júbilo si pudieras, ennegreciendo en el cielo la claridad, las verdades y las certidumbres, embadurnar la luz con tus torpezas y tiznar la faz augusta del sol.

En resúmen, Kant, el hombre es triste; no existe en el mundo más mérito que el ser ricos; solo hay un espíritu que hace tener talento al más estúpido; este espíritu es el oro: no hay en el mundo más que una hermosura; esta hermosura es la riqueza: ante el dinero, el vicio y la virtud son iguales. Hé aquí lo único que sabe la ciencia.

El hombre dá en la existencia algunos pasos temblorosos hácia el bien, pero despues se desvia de ese camino recto. El hombre es un psalmo, pero tambien es una blasfemia; su alma es una lira desafinada, en la que la honradez tiene una cuerda y la injusticia una fibra; en su espíritu míope están en equilibrio Cauchon y Juana de Arco, Sócrates y Melitus; completa el bien, del que salen sus virtudes, con el mal, del que salen sus fetiches, y los versos falsos de Satanás con los hemistiquios de Dios.

En tí, hombre, todo termina en la nada; la quimera en el cálculo, el hecho en la hipótesis, lo que debe proclamarse en lo que no debe decirse, el silencio en el tedio, la palabra en el bostezo, la púrpura en el andrajo, la vida en el ataud, la pluma en el escritorio, los números en el cero, el sábio en el sacerdote y el sacerdote en el sábio. Molino de viento, qué es, pues, lo que mueles? Tu sabiduría, castrándote, te mutila. Eres la impotencia que fecunda lo inútil.

X.

Reaccion de la creacion sobre el hombre.

Contradecirse algo, mi querido Kant, es derecho que tienen las glosas; cuando se trata de pensarlo todo, se encuentra algo que se opone á algunas de nuestras afirmaciones; pero yo no quiero usar de ese derecho; deseo únicamente, despues de hacerte ver que los hombres desconocen, blasfeman y desprecian la Naturaleza, ese océano en donde el Sér insondable reposa, presentarte la Naturaleza envolviendo á los hombres sumergidos en Dios, que se difunde en ellos, ya en oleajes oscuros, ya en oleajes luminosos.

Este mundo vasto, oscuro, crepuscular, en el que habita lo inmutable y en

el que alumbra lo imprevisto, este mundo es soplo, alma, espíritu, caos. ¿Qué significas tú en este conjunto, con tus códigos, con tus religiones, con tus pasiones bajas y de rutina, con tus hechos equívocos ó nocivos? Los trigos son dorados, las olas son azules, los bosques son verdes, el sér hormiguea y brilla en las metempsicosis; Junio sonrie coronado con el prodigio de las rosas, el universo irradia lleno del vértigo de la vida; se desbordan en él la luz, las brisas, los perfumes y las savias, y á pesar de eso conoces tu indigencia y que tus necesidades son superiores á tu inteligencia; y como tú solo ves á Dios, que es sol del espíritu, á través de la carne que en tu cuerpo se pudre, la sombra de tus harapos se proyecta en tu alma; tu deformidad se mofa, ataca, ódia y difama; procuras ocultarte del cielo; tu propia exigüidad te convierte en murmurador, en hosco y en perverso; pues así como la bondad significa grandeza, la maldad significa pequeñez.

La presencia invisible, pero sensible, de Dios; la influencia de la sombra en todas partes, á todas horas, oculta, pero cierta, descompone tus cálculos, tus ópticas, tus cultos, tu moral, tus leyes y tus dudas, y hay momentos en que te arrastra á los delirios que flotan á tu alrededor y que te hacen oscilar y perder el equilibrio; y al mismo tiempo que eres libre, te ves agarrotado y te es imposible decir: "La vida es esto; la virtud es eso; la desgracia es aquello." Qué sabes tú? ¿Qué balanza tienes para pesar los fenómenos por sus dos extremos, estando como están tan lejos de tí y perdidos, uno en la noche y otro en el dia? ¿Qué diagrapha (1) posees para apreciar el contorno y la dimension, no siendo dueño de ningun metro real ni de ninguna medida exacta? Qué es el bien? Qué es el mal? Aseguras la existencia de un hecho, pero te falta ver su otra extremidad; dónde está? Anda á buscarla á las altas esferas. Todas las cuestiones tienen su parte oscura en el cielo, y en ellas interviene el gran Todo siempre y en todas partes; apoderaos, por ejemplo, de la existencia más miserable; esprimidla y vereis súbitamente cómo se engrandece y pende del cenit ó asciende al nadir. Nada es indiferente al abismo: la blasfemia que se lanza al firmamento cae en el círculo del problema. Pisotear un gusano encierra una cuestion; la langosta que al pasar aplasta Marco Aurelio le hace pensar; Pascal se queda meditando ante un moscardon muerto. ¿Qué es lo que puedes deducir exactamente? La sombra azota tu faz con su cabellera inmensa y te ciega poniéndote los soles ante tu débil vista: basta que veas los globos de oro brillar en el fondo negro del celaje, para que ante ellos te quedes deslumbrado; entonces en tí el hombre se convierte en sacerdote, y solo puedes levantar las manos al cielo para bendecirle; bajo tus temblorosos piés sientes vibrar la base, y te quedas absorbido en éxtasis siniestro; ves rodar el mundo como si fuera un dado; tu propio sér te importuna al verle confundido con tan espléndida grandeza; pierdes el sentimiento y la proporcion de tus ideas y de tus acciones al ver subir á tu alrededor fulgores desconocidos de todas partes, hasta el azur, hasta las nubes; quédaste extremecido ante el extraño y trágico horizonte sideral; te extravían en melancolías indecibles los eclipses, las noches sin fondo, los parelios, los astros, el éter, el espacio azul; ¿qué significas, gusano de la tierra, ante ese todo maravilloso en el que gravitan los Martes, las Vénus y los Mercurios? Te extremece el torbellino de impulsiones oscuras; todo se confunde en cuanto lo vas á mirar; el cielo es el pozo claro, la tumba es el pozo negro. Pero la claridad de aquel aterra tanto como la oscuridad de éste hasta al mismo apóstol. Preguntas á tu obispo: Dónde está Sion?... Construyes su báculo como un interrogante; encargas á la ciencia débil que trabaje para instruir proceso á todo lo que te rodea; ¿pero quién se atreverá á dictar la sentencia? Quién informará? Quién juzgará? Desconoces la última palabra de todo; argumentas á los hechos, haces dilemas de las cosas, pero no puedes decidir, porque todo participa de todo; la fria nieve se toca con la hirviente lava. ¿De qué se compone el destino? ¿Sér es una casualidad? El hombre vive en tutela? ¿Quién es bueno, quién es malo? ¿Qué debe añadirse á Dracon para convertirle en Caton? ¿Por qué en el mundo nos devoramos y nos matamos unos á otros? ¿Por qué la flor se prostituye á la mariposa? El estiércol es hermano del perfume? Por qué nace todo, por qué muere? ¿Por qué el viento que sopla de la boca del abismo empaña tu espejo de lo justo y

---

(1) *Diagrapha*, palabra griega que significa *descripcion*.—(N. del T.)

de lo injusto, y tu balanza tiembla cuando la agita el viento del infinito?

Siendo tan miserable, para poder comprender todo eso, ante lo inaccesible, ante el deslumbrador é impenetrable secreto, era preciso que fueses puro, íntegro, santo; era preciso que prestases sublime atencion á lo absoluto; era preciso que tuvieses voluntal, fé y amor.

El mundo es una niebla, casi un sueño; ¿cómo es posible encontrar la certidumbre en un abismo en el que todo engaña? Sí, Kant; despues de consagrar muchos años al estudio, cuando habeis alcanzado la plenitud del saber, cuando tocais algun resultado, sentís que un desconocido os vacía de repente. El misterio, el enigma, la inseguridad; esto es lo que la ciencia bebe en vuestro pensamiento á medida que se derrama en él un elemento nuevo, y encontrais siempre seco el cerebro en el fondo de los profundos problemas, como si algun borracho vaciara esa copa á medida que se vá llenando. ¡Trabajo inútil el de la ciencia! Jamás el hombre vé coronados sus esfuerzos y queda sumido en honda melancolía cuando llega á la deseada cumbre, y en ella compara sus quimeras con la realidad, loco por lo que buscó y desencantado de lo que encuentra.

XI.

Tristeza final.

¿Oyes algunas veces que un sér grave, imponente, un asno sério, un doctor, dice: "Lo sé todo, esto es, no sé nada; en mi cerebro oigo susurrar confusamente lo blanco y lo negro, la fé y el insulto, Génova y Roma, el sí y el no; Cujas en Derecho civil, Handrin en Derecho canónico; la historia tendiéndose á los piés de los reyes como una prostituta; la multitud de eruditos tísicos y de retóricos aguados, desde Sablathius hasta Molaribus; en mi cerebro el hecho de ayer se choca con la crónica antigua; Enrique de Gaud se entrecruza con Sixto de Siena, y todo ese tumulto solo me hace comprender que buscando la claridad no he encontrado más que tinieblas.

„¡Adios, Sorbonas, bancos, templos, altares y aulas! ¡Adios, gran dormitorio de las antiguas preocupaciones, dormidas unas al lado de las otras en sus brumosos lechos! Escolásticos vacíos, adios!„ Kant, si yo pudiera tener el honor de aspirar al ingreso en alguna academia, formaria de toda la sombra y de todas las momias, de las viles sendas que siguieron todos los corderos, de todos los huevos rotos, de todos los vetustos palos de los ciegos, grandes ó pequeños, desconocidos ó célebres, de todas las nieblas arrancadas á todas las tinieblas, una coleccion que titularia: Exposicion general de la ciencia humana.„

El asno, despues de dar un rebuzno, terminó del modo siguiente:—"Kant, despues de haber subido, desciendo, deseando ser ignorante. ¡Me ahogo y deseo respirar! Tengo perturbada la vista por la confusa claridad que apenas alumbra las cavernas de la ciencia; los estirones del estómago me anuncian que tengo hambre, pero hambre de vida, de libertad y de luz. Me marean tantos sistemas y tantas cuestiones que causan la perturbacion del hombre. Está por lo flúido? está por lo sólido? está por lo ideal? está por lo real? ¿Acepta á Moisés, á Hermes ó á Gabriel? ¿A quién consagra su alma ó su máquina? ¿A Júpiter, á Odin, á Vichnou, á Aláh? Dejadme tranquilo, que me vuelvo loco, y quiero huir para siempre de la ingrata ciencia. Veo el final del fúnebre túnel, y corro á buscar la salida que distingo al través de la humareda. Quiero llegar á los prados embalsamados, y ya que estoy libre y no veo cerca de mí más arriero que la filosofía, voy á volver al desierto.„

* *

Tristeza del filósofo.

El asno desapareció y Kant se quedó pensativo.—"Sí, murmuró; la ciencia todavía es insalubre; el espíritu camina inclinando la cabeza y hablando en voz baja, y los absurdos del asno no son tan estúpidos como lo parecen á primera vista, y ya que en las manos del saber la antorcha sagrada tiembla, la protesta es justa.

„Podrá hablar el asno de ese modo hasta el dia en que la ciencia tenga por obje-

to la fraternidad universal; hasta el dia en que los pueblos consideren á los escritores, á los pensadores, á los soñadores y á los poetas como poderosos instructores del género humano; hasta el dia que ante lo grande, lo puro y lo bello huyan el último déspota y la última calamidad; hasta el dia en que todo converja en estos puntos radiantes: cuando sea mejor el espíritu humano y el alma humana más grandiosa; cuando la tierra sea un edén sagrado, digno de hospedar á Adan; cuando el hombre se dirija hácia Dios rectamente y sin sobresalto; cuando la cariñosa libertad, proporcionando fraternales leyes, dé fin á los atentados y á las catástrofes.„

* * *

Seguridad del pensador.

El asno es un animal, y tú, Kant, eres un espíritu. Nadie, hasta ahora, si esceptuamos á Sócrates y á Jesucristo, en el abismo donde el hecho infinito se consuma, comprendió la ascension tenebrosa del hombre. A fuerza de pensar, tu vista se ha aclarado, pero ciérnete más alto todavía, Kant, y sabrás lo siguiente:

Todo camina hácia su objeto, todo sirve; de nada se debe maldecir. El celaje azul sale de las brumas y lo mejor de lo peor; ni una sola nube está esparcida por casualidad; no se pierde de vista ni un solo pliegue de la cortina del templo, y el esplendor eterno se vá descubriendo lentamente. ¡Deja pasar el eclipse y verás el astro! El monton informe y fatal de las ceguedades tiene por total y por remate el deslumbramiento; las álgebras son las raices oscuras del Verbo; los pasos misteriosos que damos en las tinieblas son hermanos de los pasos que daremos en la luz; el vuelo puede empezar por las alas del buitre y continuar con las alas del cisne; desde el fondo del ideal sereno Dios nos hace señas, y hasta caminando por entre el mal, por entre el horror ó por entre el sufrimiento, Kant, siempre avanzamos. Pequeñez, ignorancia, falsa ciencia, todos esos oscuros escalones que te asustan se han de pasar para subir á gran altura; las letras, Kant, forman la palabra; sin el piso de bajo, qué seria el edificio? De sus errores, quizás de sus delitos, arranca el progreso del hombre; transfigurándose gradualmente, el mal se vá convirtiendo en bien. No desesperes ni maldigas. Para trepar á lo sublime y á lo inconmensurable es preciso antes hundir los piés en profundos hoyos; del caos salió el cielo; la belleza tiene por primera envoltura la deformidad; aprende á esperar; mira las fealdades y las ignorancias con tus miradas más tiernas, que por esas oscuridades ascendiste tú á tanta altura. No entra en los designios de Dios que la oscuridad y hasta el horror, que nos parece fútil ó funesto, sean inútiles y se pierdan para siempre; que el lazo sagrado del servicio que se presta, á través de la sombra y de la esfera celeste, une los escalones oscuros con los escalones luminosos.

FIN DE EL ASNO.

PARIS.



PARIS.[1]

I.

El porvenir.



En el siglo veinte descollará una nacion extraordinaria, grande y libre, rica, pensadora, pacífica y cordial para las demás. Será tiernamente grave como una hermana mayor. No comprenderá la gloria que conquistaron los proyectiles cónicos, y le costará trabajo encontrar diferencia entre un general de ejército y un matarife; la púrpura del uno no le parecerá muy distinta del color rojo del otro. Las batallas entre italianos y alemanes, ingleses y rusos, prusianos y franceses, le producirán el efecto que nos causa hoy una batalla entre picardos y borgoñones. Tendrá por inútil el derramamiento de sangre humana y no la admirará una gran suma de hombres muertos. La guerra le producirá el encogimiento de hombros que hoy nos produce la Inquisicion; ante el campo de batalla de Sadowa hará el mismo gesto que nosotros ante el quemadero de la Cruz. Creerá estúpida la oscilacion de la victoria, que tiende invariablemente á conservar equilibrio fúnebre, y saldará la cuenta de Austerlitz con la paga de Waterlóo. Guardará hácia la autoridad un respeto parecido al que nosotros tenemos por la ortodoxia; los procesos de imprenta serán para ella lo que para nosotros son los procesos de heregía; admitirá la vindicta contra los escritores, como hoy la admitimos contra los astrónomos, pero no por eso comprenderá que hayan encadenado á Beranger ni que encerraran en una cárcel á Galileo. El *é pur si mouve*, lejos de causarle miedo, le dará alegría. Será justa y bondadosa; será púdica y la indignarán las barbaries. Le causará rubor la vista de un cadalso. En esa nacion disminuirá la penalidad, merced á la instruccion creciente, como la nieve al calor de los rayos del sol. Preferirá la circulacion al estancamiento. No impedirá el paso á nadie; los rios que hoy sirven de fronteras, servirán entonces de arterias. La pólvora de cañon será pólvora de barreno; el salitre, que hoy atraviesa los pechos, entonces funcionará para horadar las montañas. Serán desconocidas las ventajas de la bala cilíndrica sobre la bala redonda, de la piedra de chispa sobre la mecha, de la cápsula sobre el

---

(1) Con este título escribió Victor Hugo el magnífico prólogo que sirve de introduccion al libro titulado *Guia de Paris*, que se publicó en dicha capital en 1867, cuando se celebró en Francia *La Exposicion Universal*. La importancia de este trabajo literario nos ha decidido á incluirlo en esta edicion, á pesar de no formar parte de la edicion francesa definitiva de las Obras completas de Victor Hugo que nos sirve para esta version española.—(N. del T.)

piston y de la báscula sobre la cápsula. Se contemplarán con frialdad las maravillosas culebrinas de trece piés de longitud, que pueden lanzar indistintamente bombas y balas rasas. Hará un efecto raro que en el siglo diez y nueve, el continente, por la ventaja de destruir el arrabal de Sebastapol, haya sacrificado 85.000 hombres (1), esto es, la poblacion de una capital. Esa nacion apreciará más un túnel por bajo de los Alpes que un cañon Armstrong; y quizás ignore que en 1866 se fabricó un cañon, llamado *Cigwill*, que pesaba 23 toneladas. Ignorará tambien otras bellezas y magnificencias de los tiempos presentes.

Una isla pobre, como Jersey, lo pensará mucho antes de permitirse, como se permitió el 6 de Agosto de 1866, la fantasmagoría de tener un ahorcado, cuyo patíbulo le costó 2.800 francos. No se permitirá esos despilfarros. Esa nacion tendrá por legislacion un facsímil que se aproxime todo lo posible al derecho natural. Por la influencia de esta nacion motriz, los vastos eriales de América, de Asia, de Africa y de la Australia se ofrecerán á las emigraciones civilizadoras, y en vez de quemar los indios de la América 800.000 bueyes, servirán éstos para comerse y servirse en la mesa, en virtud de este razonamiento: si hay muchos bueyes á una parte del Atlántico, á la otra parte hay muchas bocas que tienen hambre. Impulsados por esta nacion, infinidad de miserables se posesionarán de fértiles y ricas soledades desconocidas; emigrarán á las Californias y á las Tasmanias, no por el señuelo grosero del oro, como hoy, sino para buscar tierra; el hambriento y el desarrapado, venerables é infelices hermanos nuestros, á despecho de Malthus, podrán sentarse á la mesa, que alumbrará el mismo sol que á nosotros; la humanidad llenará de colmenas los continentes; las soluciones probables de los problemas que hoy se estudian, como la locomocion aérea ponderada y dirigida, poblarán el aire de barcos-globos, ayudarán á las dispersiones fecundas y derramarán por todas partes la vida sobre innumerables trabajadores; el globo será la morada del hombre, que en él no encontrará nada inútil; las corrientes, gigantesco aparato hidráulico natural, red venenosa de arroyos y de rios, perfecta canalizacion, que hoy atraviesan los bisontes y surcan árboles muertos, servirá de vehículo y de alimento á cien ciudades; el que quiera podrá adquirir un suelo vírgen, un campo, un techo, bienestar y riqueza, con la única condicion de extender por toda la tierra la idea pátria y de considerarse como ciudadano y obrero del mundo, y la propiedad, ese gran derecho humano, esa libertad suprema, esa supremacía del espíritu sobre la materia, esa soberanía del hombre, en vez de ser suprimida, se democratizará y se hará universal. Ya no habrá trabas, ni peaje en los puertos, ni impuestos en las ciudades, ni aduanas en los Estados, ni istmos en los Océanos, ni imposiciones en las conciencias. No dormirán las iniciativas, y viviendo en perpétua actividad, producirán el mismo ruido que las alas de las abejas. La nacion central, que hará irradiar este movimiento sobre todos los continentes, será entre las otras sociedades lo que es la granja modelo entre las alquerías. Será, más que nacion, civilizacion, y mejor que civilizacion, familia. Habrá unidad de idioma, de moneda, de medida, de meridiano y de codificacion; la circulacion fiduciaria llegará al más alto grado; el papel moneda, dividido en cupones, convertirá en capitalista á cualquiera que tenga veinticinco francos; será incalculable el aumento de valor que resultará de la abolicion de los parasitismos; nadie estará ocioso con el fusil al hombro. Como se habrá suprimido el gasto colosal de las garitas, los millones que cuestan hoy los ejércitos permanentes ingresarán en las cajas de economía de los ciudadanos; serán restituidos al comercio, á la agricultura y á la industria los cuatro millones de trabajadores que anula honrosamente el uniforme en todas partes; desaparecerá el hierro bajo las formas de espadas y de cadenas y se fundirá bajo la forma de arado; la paz, diosa fecunda, se sentará majestuosamente entre los hombres; no explotarán los pequeños á los grandes, ni los grandes á los pequeños; se comprenderá la dignidad humana; la idea del trabajo quedará expurgada de la idea de servidumbre; de la igualdad saldrá perfecta la instruccion gratuita y obligatoria;

(1)

Ejércitos.	Años.	Muertos.	Muertos á consecuencia de heridas ó de enfermedades	TOTAL.
Francés. . .	1854-56	10.240	85.375	95.615
Inglés. . . .	1854-56	2.755	19.427	22.182
Piamontés. .	1855-56	12	2.182	2.194
Turco. . . .	1853-56	10.000	25.000	35.000
Ruso. . . .	1853-56	30.000	600.000	630.000
		53.007	731.984	784.991

la enseñanza reemplazará al castigo y la prision se transfigurará en escuela; la ignorancia quedará abolida; el hombre que no sepa leer será tan raro como el ciego de nacimiento; se comprenderá el *jus contra legem*; la política quedará absorbida por la ciencia; la simplificacion de los antagonismos producirá la simplificacion de los acontecimientos; quedará eliminado el lado ficticio de los hechos; será ley lo incontestable y el único Senado el Instituto. El gobierno se limitará á una sola vigilancia: á la inspeccion de comunicaciones, que tiene dos necesidades: circulacion y seguridad. El Estado solo intervendrá para ofrecer gratuitamente el proyecto y el diseño. Serán normales el colegio, el taller, el depósito, la tienda, la granja, el teatro y la publicidad, y todos disfrutarán de libertad. Esta será respetada por los mismos títulos que el talento; amar es tan sagrado como pensar. La circulacion se aumentará extraordinariamente y dará por resultado la produccion y el consumo centuplicados; la multiplicacion de los panes del milagro se convertirá en realidad; las corrientes de agua estarán encauzadas, y habrá menos inundaciones, y se poblarán de peces, lo que abaratará la vida; la industria engendrará á la industria, el brazo llamará al brazo, la obra hecha se ramificará en innumerables obras que se han de hacer. No habrá más guerra que la emulacion. No habrá otro motin más que el de las inteligencias hácia el progreso. La impaciencia de conseguir el bien aguijoneará las lentitudes y las timideces. El pueblo trabajará en las entrañas de la noche, y en provecho del género humano sacará inmensa estraccion de claridad. Hé aquí lo que será esa nacion, que tendrá por capital á Paris, y no se llamará Francia, sino Europa.

Se llamará Europa en el siglo veinte, y en los siguientes, transfigurada otra vez, se llamará Humanidad. La humanidad será la nacion definitiva entrevista por los pensadores.

El siglo diez y nueve asiste y presencia el espectáculo majestuoso de la formacion de la Europa. Hay en la embriogenia de los pueblos, como en la de los séres, una hora de sublime transparencia. El misterio consiente en dejarse ver. En el momento presente la gestacion augusta está visible en las entrañas de la civilizacion. La Europa una germina allí. Un pueblo, que será la Francia sublimada, está en vías de florecer. El profundo ovario del progreso fecundado lleva en su seno, bajo una forma ya clara, el porvenir. Esta nacion que será, palpita en la Europa actual como el sér alado en la larva reptil. En el siglo próximo desplegará sus dos alas, que serán la libertad y la voluntad.

El continente fraternal, tal es el porvenir: que cada cual tome su partido, porque esta inmensa felicidad es inevitable.

Antes de tener su pueblo, la Europa tiene su ciudad. De ese pueblo que no existe aun, existe ya la capital.

Esto, que parece un prodigio, es una ley.

El feto de las naciones se produce como el feto del hombre.

La misteriosa formacion del embrion, á la vez vegetacion y vida, empieza siempre por la cabeza.

II.

El pasado.

I.

Hay puntos del globo, profundos valles, vertientes de colinas, confluyentes de rios que tienen una funcion que desempeñar. Se combinan para crear un pueblo. En algunas soledades existe una especie de atraccion. El primer caminante que llega se detiene allí. Una cabaña basta para depositar la larva de una ciudad.

El pensador encuentra sitios de gestacion misteriosa. De este huevo saldrá una barbarie, de este otro una humanidad. Aquí Cartago, allá Jerusalen. Hay ciudades mónstruos, lo mismo que ciudades prodigiosas.

Cartago nace del mar, Jerusalen de la montaña. Unas veces el paisaje es grandioso, otras nulo. Esto no es una razon de aborto. Ved esa campiña. Cómo la calificareis? De vulgar. Acá y allá malezas. Prestad atencion. La crisálida de una ciudad está en esas malezas.

El clima incuba esa poblacion en gérmen. La llanura es madre, el rio nodriza. Tiene condiciones de viabilidad, crece, se desarrolla, se engrandece. Dentro de cierto tiempo será Paris.

Aquí viene el género humano á concertarse, el torbellino de los siglos á confundirse, la historia á acumularse á la historia, el pasado á profundizarse lúgubremente.

Ese es Paris. Al verle se piensa: ¿Cómo se ha formado esa capital suprema?

Esa ciudad tiene un inconveniente. Dar el mundo á quien lo posee.

Y si es por el crímen por lo que se adquiere, dá al mundo un crímen.

II.

Paris es una especie de pozo perdido.

Su historia, microscomo de la historia general, causa á veces asombro cuando se medita.

Su historia es, más que ninguna otra, espécimen y modelo. El hecho local tiene aquí un sentido universal. Esta historia, seguida paso á paso, es la acentuacion del progreso. Nada falta aquí de lo que hay en todas partes. Reasume borrando. Todo lo refracta, pero todo lo refleja. Todo lo abrevía y lo exagera al mismo tiempo.

La historia de Paris, si se la desentierra como se desentierra á Herculano, os obliga á volver á empezar sin descanso el trabajo. Tiene, ya cimientos de aluvion, ya alveolos de granito, ya espirales laberínticas. Hacer á fondo la diseccion de esa ruina es imposible. Una cueva desembarazada pone de manifiesto otra obstruida. Bajo el piso hay una cripta; debajo de la cripta una caverna; más abajo un sepulcro, y en más honda profundidad el abismo. El abismo es lo desconocido de la edad céltica. Revolverlo todo es incómodo. Gilles Corrozet lo ha intentado por medio de la leyenda; Malingre y Pedro Bonfons por la tradicion; Du Bruel, Germain Brice, Sauval, Bequillet y Piganiol de la Force por la erudicion; Hurtant y Morigni por el método; Jaliot por la crítica; Felibien, Lobineau y Lebœf por la ortodoxia; Dalaure por la filosofía: cada cual ha roto allí su herramienta.

Coged los planos de Paris en sus diversas edades. Superponedlos uno á otro concéntricamente, tomando por base Nôtre-Dame. Mirad el siglo quince en el plano de Tapisserie; el diez y siete en el de Bullet; el diez y ocho en los de Gomboust, de Roussel, de Denys, de Thierry, de Lagrive, de Bretez ó de Verquinet; el diez y nueve en el actual, y vereis que el efecto de crecimiento es terrible.

Creeis ver al final de un telescopio la aproximacion creciente de un astro.

III.

El que mira al fondo de Paris siente vértigos. Nada más fantástico, nada más trágico, nada más soberbio. Para César, ciudad vertical; para Juliano, casa de campo; para Carlo-Magno, escuela, á la que llamó á los doctores de Alemania y de Italia y á quien el Papa Leon XIII califica de *Soror Bona*—Sorbona, sin ofensa de Roberto Sorbon;—para Hugo Capeto, palacio de familia; para Luis VI puerto comercial; para Felipe Augusto, fortaleza; para San Luis, capilla; para Luis el Hutino, cadalso; para Cárlos V, biblioteca; para Luis XI, imprenta; para Francisco I, taberna; para Richelieu, academia; Paris es para Luis XIV el lugar de los potros y las cámaras ardientes y para Bonaparte el gran arsenal de la guerra.

El principio de Paris está pared por medio de la decadencia de Roma. La estátua de mármol de una dama latina muerta en Lutecia, como Julia Alpínula en Avenches, durmió veinte siglos en el viejo suelo de Paris y se encontró cavando en la calle de Monthlon. Paris fué calificado de "ciudad de Julio" por Beocio, hombre consular, que murió oprimiéndole la cabeza el verdugo con una cuerda hasta hacerle saltar los ojos. La primera piedra de Nôtre-Dame puede decirse que fué puesta por Tiberio; él fué el que encontró á propósito esa plaza para levantar un templo y el que erigió en ella un altar al dios Cerennos y al toro Esus. En la montaña de Santa Genoveva se ha adorado á Mercurio, en la isla Souviers á Isis, en la calle de la Bavilliere á Apolo y donde están las Tullerías á Caracalla. Caracalla es aquel emperador que hacia dios á su hermano Geta á puñaladas, diciendo:—*Divus sit, dum non vivus*. Los aguadores que se llaman *pautas* han precedido quinientos años á la Samaritana. Existieron; una alfarería etrusca en la calle de San Juan de Bauvais, un circo de Gladiadores en la calle de los Fosos de San Víctor, en las Termas un acueducto que venia de Rongis por Arcueil y en la calle de Santiago una via romana, con ramificacion á Ivri, á Grenelle, á Sevres y al monte Cetard. El Egipto no está solo representado en Lutecia por Isis; una tradicion afirma haberse hallado vivo, en una piedra de aluvion del Sena, un cocodrilo, cuya momia se veia todavía en el siglo diez y seis adornando el techo de la gran sala del palacio de Justicia. En torno de Saint-Landry se cruzaba la red de calles romanas en la que circulaba la moneda de Richiario, rey de los suevos, con el

busto de Honorio. El muelle Morfondus cubre los albañales en que se imprimian los desnudos piés del rey de Francia Clotario, que habitaba un castillo cuyos tabiques estaban forrados de pieles de buey, de las cuales algunas recien desolladas imitaban la púrpura. En donde existe hoy la calle Guenegaud, Herchinaldo, gobernador de Normandía, y Flaochat, gobernador de Borgoña, conferenciaban con Sigiberto II, que llevaba prendidos al sombrero, como los reyes salvajes, dos monedas, un quinario de los vándalos y un triens de oro de los visigodos. En la travesía de Saint-Jean-le-Rond estaba incrustada una lápida grabada en latin y que contenia las capitulares del siglo sexto: "Que el ladron presunto sea aprehendido: si es noble, que se le juzgue; si es villano, que se le cuelgue en la plaza, *loco pendatur*.„ Donde está el Arzobispado hubo una piedra erigida en conmemoracion del decreto de muerte de las nueve mil familias búlgaras que habian huido á Baviera en 631. Donde está situada hoy la Bolsa, los heraldos proclamaron la guerra entre Luis el Gordo y la casa de Coucy. Luis el Gordo, que dió asilo en Francia á cinco Papas destronados, Urbano, Pascual, Gelasio, Calixto é Inocente, todos segundos de su nombre, acababa de obtener la victoria en las guerras contra los barones de Montmorency y de Puiset. A una cripta romana que existió próximamente donde fué edificada la sala llamada Calle de Paris en el palacio de Justicia, llevaron de Compiegne el primer órgano conocido en Europa, que era regalo de Constantino Copronymo á Pepino el Breve, y cuyo ruido hizo morir á una mujer del susto. Los logreros, hoy diríamos los bolsistas, eran azotados en el pilar de los Mercados *Septemsunt*, dedicado á Pitágoras el músico; el nombre *Septem* estaba justificado por otros seis nombres escritos en el reverso del pilar: Tolomeo el astrónomo, Platon el teólogo, Euclides el geómetra, Arquímedes el mecánico, Aristóteles el filósofo y Nicomaco el aritmético. En Paris, en donde la civilizacion ha germinado, donde Oribases de Pérgamo, cuestor de Constantinopla, abrevió y explicó á Galieno, donde se fundaron las ligas para los comerciantes, imitadas en Alemania, y la jurisdiccion para los clérigos, imitada en Inglaterra; donde Luis IX edificó iglesias, Santa Catalina entre otras, "para que oyeran misa las gentes de armas„; donde la Asamblea de los barones y de los obispos se convirtió en Parlamento, y donde Carlo-Magno, en su capitular concerniente á San German de los Prados, prohibió á los clérigos matar. Celestino II fué á la escuela en tiempo de Pedro Lombardo. El estudiante Dante Alighieri se hospedó en la calle de Foure. Abelardo encontró á Eloisa en la calle Baja de los Ursinos. Los emperadores de Alemania aborrecian á Paris como "tizon del mal fuego„, y Othon II, ese verdugo á quien llamaban "la pálida muerte de los sarracenos, *Pallida mors serracenorum*„, atravesaba de una lanzada, cuya señal se ha conservado mucho tiempo, una de las puertas de la Cité. El rey de Inglaterra, otro de los enemigos, acampó en Vaugirard.

IV.

París creció entre la guerra y el hambre. Cárlos el Calvo daba á los normandos que habian quemado las iglesias de Santa Genoveva y de San Pedro y la mitad de la ciudad, siete mil libras de plata para rescatar el resto. Paris ha sido un bote de la Medusa; el hambre ha hecho allí agonizar: en 975 se echaban suertes para saber quién seria comido. El abad de San German de los Prados y el de San Martin de los Campos, atrincherados en sus monasterios, se atacaban y combatian en las calles, porque el derecho á las guerras privadas existió hasta 1257. En 1255 San Luis estableció la Inquisicion en Francia, aclimatacion venenosa. A partir de aquel momento, las persecuciones en Paris fueron innumerables: en 1255 contra los banqueros; en 1311 contra los beguardos, los heréticos y los combardos; en 1323 contra los franciscanos y los mágicos; en 1372 contra los bufones; despues contra los blasfemos, contra los embaucadores y los reformistas. Las revueltas no tardaron en dar la réplica. Los estudiantes, los maillotines, los cabochieus, la jaquería, bosquejan la resistencia que más tarde copiaron los sacerdotes de la Liga y los príncipes en la Fronda; en 1588 aparece la primera barricada, y el pueblo, á quien Felipe Augusto dió ese embaldosado de piedra llamado el pavimento de Paris, aprendió á servirse de él. Con las turbulencias se multiplican los suplicios, y para honor de las letras y de las ciencias, á través de ese tropel de matanzas, de cadalsos y de potencias, germinan y crecen las escuelas de Lisien, de Borgoña, de los Escoceses, de Marmoutier, de

Chacer, de Hubant, del Ave María, de Mignon, de Autum, de Cambray, del cardenal Lemoine, de Thon, de Reims, de Coquerel, de la Marche, de Seez, de le Maus, de Boissy, de la Merci, de Clermont, de les Grassins, de donde saldrá Boileau; de Luis el Grande, de donde saldrá Voltaire; y al lado de estas escuelas los hospitales, asilos terribles, especie de circos, donde la peste devora á los hombres. La variedad de estas pestes, nacidas de la variedad de las podredumbres, es inaudita; es el fuego sagrado, la fiebre florentina, el mal de los ardientes, la enfermedad de los infiernos, la peste negra, que crea locos y ataca hasta á los reyes; Cárlos VI cae "en plena enfermedad.„ Los impuestos eran tan escesivos, que los habitantes de la ciudad deseaban ser atacados de la lepra para no pagar. De aquí el sinónimo de leproso y avaro. Entrad en esa leyenda, descended y vagad por ella. Todo en esa ciudad, acometida desde hace tanto tiempo por la enfermedad de la revolucion, tiene su sentido. La primer casa tiene un porvenir. El subsuelo de Paris es un encubridor: oculta la historia. Si los arroyos de las calles fuesen llamados á deponer como testigos, qué de cosas dirian! ¡Escarbad el monton de basura que han dejado los siglos, valiéndoos del trapero Chodruc Duclos, y tropezareis con Ravaillac! Por confusa y oscura que sea la historia, tiene sus transferencias; mirad ahí. Todo lo que ha muerto, como hecho, vive como enseñanza. Y sobre todo, no escojais. Contemplad al azar.

V.

Debajo del Paris actual se distingue el antiguo Paris, como el texto viejo entre las interlíneas del nuevo. Quitad del extremo de la corte la estátua de Enrique IV y hallareis la hoguera de Jacobo Molay. En la plaza del castillo de Porcheras, delante del palacio Cog, en presencia de la oriflama desplegada por el conde Vexin, abogado de la abadía de Saint-Denis, fué donde, con motivo de haber proclamado pares de Francia á seis obispos, Juan I, inmediatamente despues de su consagracion, que tuvo lugar el 24 de Setiembre, y del suplicio del conde Guines, que ocurrió el 24 de Noviembre, fué apellidado "El Bueno„. En el palacio Saint-Pol, Isabel de Baviera comia ácidos, esto es, cebollas de Corbiel, escarolas de Etampes y cabezas de ajo de Grandeluz, conversando alegremente con algun príncipe inglés de la paternidad de su marido Cárlos VI, en el reinado de su hijo Cárlos VII. En el puente del Cambio es donde se pregonó el 23 de Agosto de 1553 el edicto del Parlamento prohibiendo augurar si una mujer embarazada daria á luz varon ó hembra. En la sala baja del Chatelet es donde durante el reinado de Francisco I, padre de las letras, se sometia al tormento á los impresores relapsos. Por la calle de Pas de la Mule pasaba todos los dias, en 1560, el primer presidente del Parlamento de Paris, Gilles de Maistre, montado en una mula, seguido de su mujer, que iba en una carreta, y de su criada, que cabalgaba en un asno: dicho presidente iba por las tardes á ver colgados á los que habia juzgado por la mañana. En la torre de Montgomery, no lejos de la habitacion del conserje del Palacio, que tenia derecho á dos gallinas diarias y á las cenizas y tizones de la chimenea del rey, estaba cavado, más abajo del nivel del Sena, el calabozo llamado *La Ratonera*, en memoria de los ratones que roian vivos á los prisioneros. En la embocadura de la calle del llamado primer *Arrastradero*, por suponerse que Brunchant fué allí atado á la cola de su caballo cuando contaba ochenta años, y más tarde llamada del árbol seco, á causa de un árbol marchito, esto es, de una potencia que estaba allí permanente al pié del cadalso, á pocos pasos de una hostería, en la que celebraban los nobles las más alegres orgías del siglo diez y seis, las ramilleteras ofrecian flores y frutos á los transeuntes. A la puerta de Saint-Honoré, el cardenal de Borbon, que fué un esbozo de Cárlos X, y el duque de Guisa se pasearon por primera vez con su guardia particular, noticia que hizo encanecer súbitamente la mitad del bigote del rey de Navarra.

Al salir de rezar sus oraciones en Santa María Egipciaca fué cuando Enrique III sacó de debajo de los perrillos que llevaba pendientes de su cuello y que sostenian una cesta, el edicto que dió al canciller Chiverny, y que volvia á quitar á los vecinos de Paris la nobleza que les habia otorgado Cárlos V. Delante de la fuente de San Pablo, calle de San Antonio, fué donde, en obsequio al cardenal Biragne, la Corte de subsidios y la Cámara de los condes se reunian; y allí se sentó la "magistratura francesa„, de largas barbas en el siglo quince y de ámplias pelucas en el diez y siete; allí está el pórtico del Louvre, por donde salian al rayar el dia los

mosqueteros negros ó grises, que de tiempo en tiempo acudian á hacer entrar en razon á aquellas barbas y á aquellas pelucas, que se sabe que eran á veces refractarias. En 1644, por ejemplo, la oposicion del Parlamento llegó hasta consentir el recargo del impuesto llamado *forzoso* para toda la Francia, escepto para el Parlamento mismo. Gran cosecha de ladrones y de murciélagos ha caracterizado largo tiempo las calles de París: antes de Luis XI, por la falta de policía; antes de la Reynie, por la de faroles. En 1667, la Corte de los Milagros, usando todavía sus gregüescos góticos, hacia juego con las lujosas plazas de Luis XIV. La vieja tierra de Paris es un hacinamiento de sucesos, de costumbres, de leyes, de trajes; todo está allí fosilizado para el filósofo. Y sino, venid y ved. En este sitio estuvo situado el mercado de los cerdos; ahí, en una cuba de hierro, en nombre de aquellos príncipes, que entre otras habilidades monetarias inventaron los *torneses negros*, y que en el siglo catorce, en el espacio de cincuenta años (1306, 1339, 1342, 1347, 1348, 1352, 1358), encontraron medio de hacer siete veces seguidas en la fortuna pública el arañazo de una bancarrota, fenómeno real reproducido en tiempo de Luis XV; á nombre de Felipe I, que declaró plata las especies de vellon; en nombre de Luis VI y Luis VII, que obligaron á todos los franceses, á escepcion de los vecinos de Compiegne, á tomar sueldos por libras; en nombre de Felipe el Hermoso, que fabricó esos angevinos de oro dudoso llamados *borregos de gran lana* y de *pequeña lana*, nombre que significaba el esquileo del pueblo; en nombre de Felipe de Valois, que alteró el florin; en nombre del rey Juan, que elevó ciertos redondeles de cuero, atravesados por un clavo de plata, á la dignidad de ducados de oro; en nombre de Cárlos VIII, dorador y plateador de los maravedises, que calificó de saludos de oro y blancos de plata; en nombre de Luis XI, que decretó que el valor de un dinero se elevase al de tres, y en nombre de Enrique II, que hizo Enriques de oro los que habian sido plomo durante cinco siglos, se quemó vivos á los monederos falsos.

VI.

En el centro de lo que se llamaba entonces la ciudad, distinto de la Cité, está la Maubuce (mal humo), lugar donde asaron entre pez y resinas á innumerables judíos para castigar "su antropomancia„, y segun el Consejo de l' Aucre para castigar "las admirables crueldades de que han usado siempre para con los cristianos, su forma de vida, su sinagoga maldita de Dios, su inmundicia y su hediondez„. Un poco más separado, el anticuario encuentra el extremo de la calle Gros-Chenet, donde se quemaba á los brujos en presencia de un bajo-relieve dorado y pintado, atribuido á Nicolás Hamel, y que representaba el ígneo meteoro, grande como la rueda de un molino, que cayó en Ægos-Potamos la noche que nació Sócrates, y que Diógenes de Apolonia, el legislador del Asia Menor, llama "una estrella de piedra„. Despues se halla la plaza Baudet, donde á toque de trompeta, como lo refiere Gagin, se pregonó y ordenó la exterminacion de los leprosos en todo el reino, á causa de una mixtura de yerba, de sangre y de "agua humana„ empapada en un paño y liada á una piedra con que emponzoñaban las cisternas y los rios. Otros pregones no menos singulares tenian lugar allí. Por ejemplo, delante del Gran-Chatelet, los seis heraldos de armas de Francia, vestidos de terciopelo blanco, bajo sus dalmáticas flordelisadas y con el caduceo en la mano, venian, despues de las pestes, la guerra y el hambre, á tranquilizar al pueblo y anunciarle que el rey se dignaba continuar recibiendo el impuesto. A la extremidad Nord-Este, aquella plaza, Real en tiempo de la monarquía, de los Vosgos en los de la República, fué el régio recinto de los Tournelles, en que Felipe de Cominges compartió el lecho con Luis XI, lo que desfigura un poco su severo perfil historiador. No se puede uno figurar á Tácito acostándose con Tiberio. Felipe de Cominges, que era senescal de Potiers, señor de Chaliot y dueño de la Ceritait, hasta los fosos inmundos de Paris, tenia además siete feudos con señorío sobre la Torre Cuadrada y el privilegio de alta y baja justicia con guarda. Esto, felizmente, no le impidió ser uno de los progenitores de la lengua francesa.

VII.

En presencia de esta historia de Paris, es preciso exclamar á cada instante como John Howard ante otras miserias: "Aquí es donde los hechos pequeños son grandes.„ A veces esta historia ofrece su doble sentido; otras, su sentido es triple,

en ocasiones nuló. Entonces produce la inquietud. Parece tener algo de irónico. Pone de relieve tan pronto un crímen, tan pronto una necedad, tan pronto una cosa que no se sabe si es crímen ó necedad, y que, sin embargo, forma parte de la noche y parece ser su mision. En medio de estos enigmas se cree oir á la espalda la carcajada comprimida de una esfinge. Por todas partes contrastes ó paralelismos que asaltan á traicion al pensamiento. En el número 14 de la calle Bethisy muere Coligny y nace Sofía Arnould, aproximando bruscamente los dos aspectos característicos del pasado, el fanatismo sangriento y la jovialidad cínica. Los Mercados, que han visto nacer el teatro (época de Luis XI), ven nacer á Moliére. El año en que muere Turena florece madame de Maintenon, sustitucion extraña. En la calle de Marais, Racine escribe *Bayaceto y Britanico* en un cuarto en que cincuenta años más tarde la duquesa de Bouillon, envenenando á Adriana Lecouvreur, compone á su vez una tragedia. En el número 23 de la calle del Petit-Lyon, en su elegante palacio del Renacimiento, del cual aun se conserva uno de los muros, al lado de la robusta torre que daba frente á Saint-Gilles, y en que Juan-sin-miedo, entre las puñaladas de la calla Barbette y las estocadas del puente de Montercau, hablaba con su verdugo Capeluche, se representaban las comedias de Marivaux. Bastante cerca de la una y de la otra se abren dos ventanas trágicas: por aquella Cárlos IX arcabuceó á los parisienses; por esa otra se dió dinero al pueblo para separarle del entierro de Moliére. ¿Qué es lo que el pueblo queria de Moliére muerto? Honrarle? No; insultarle. Pero se distribuyeron á aquella multitud algunas monedas, y las manos que habian acudido llenas de lodo se fueron pagadas. ¡Sombría paga de un féretro ilustre! En nuestros dias ha sido demolida la torrecilla donde se abria la ventana en la que el delfin Cárlos, temblando ante Paris, irritado, se puso el sombrero escarlata de Estéban Marcelo, trescientos años antes de que Luis XVI se pusiera el gorro encarnado.

El arco de San Juan ha tenido su pequeño "10 de Agosto„ el de 1652, que bosquejó el decorado del grande. Este se llama el *motin de las cabezas de papel*. Otra vez Agosto. La Canícula es anárquica. El 23 de ese mes, el año de 1658 tuvo lugar en el muelle de la Vallée, llamado en otro tiempo de la *Miseria*, la batalla de los monjes Agustinos contra los arqueros del Parlamento; el clero recibia de buen grado los edictos de la magistratura, pero les acusaba el recibo á arcabuzazos. De aquí que entre el convento y los arqueros se cambiase aquel saludo, que hizo acudir á Lafontaine al Puente-Nuevo gritando: "Voy á ver matar Agustinos.„ No lejos del colegio Fortet, donde se alojaban los Diez y seis, está el claustro de los Franciscanos de donde surgió Marat. La plaza Vendome sirvió á Law antes de servir á Napoleon. En el palacio Vendome habia una chimenea de mármol blanco, célebre por la cantidad de memoriales de forzados hugonotes que arrojó al fuego Champistron, el cual era secretario general de las galeras reales, al mismo tiempo que caballero de Santiago en España y marqués de Penange en Italia, dignidades bien merecidas por el poeta que habia enternecido á la corte y á la ciudad con las desdichas de Tiridates al oponerse al matrimonio de Erinice con Abradate.

Del lúgubre muelle de Ferraille, que ha presenciado tantas atrocidades jurídicas y que era tambien el muelle de los reclutadores, han salido todos esos alegres tipos militares y populares, Laramée, Laviolette, Vadeboncœur y aquel Fanfan la Tulipe, puesto en nuestros dias en escena con tanto aplauso por Paul Meurice. En un desvan del Louvre nació de Teofrasto Renaudot el periodismo; esta vez la sonrisa salió de la montaña. En otro compartimiento del mismo Louvre prosperó la Academia Francesa, la cual no tuvo más que una vez cuarenta y un sillones para Pellisson y otra vez luto por Voiture. Una pálida inscripcion de mármol con letras de oro, incrustada en uno de los ángulos del mercado de los Inocentes, llamó por largo tiempo la atencion de los vecinos de Paris sobre estas tres glorias del año 1685: la embajada de Siam, el duque de Génova en Versalles y la revocacion del edicto de Nantes. Contra el muro del edificio llamado Val-de-Grace fué arrojada una hostia, á propósito de lo cual se quemó á tres hombres vivos. Fecha 1688. Seis años más tarde debia nacer Voltaire. Ya era tiempo.

VIII.

Todavía hace cuarenta años se enseñaba en la sacristía de Saint-Germain l' Auxerrois la silla carmesí, marcada con la fecha 1722, que sirvió de trono al

cardenal arzobispo de Cambray el dia en que el señor de Cliquet y los señores de Romanie de Santa Catalina y Gadot, caballeros de Santa Ampolla, vinieron á tomar "las órdenes de su eminencia con motivo de la consagracion de S. M.„ La eminencia era Dubois, la majestad Luis XV. El guarda-muebles conservaba otra silla de brazos, la del regente de Orleans. En ella estaba sentado el dia en que habló el conde de Charolais. Este volvia de caza, en donde habia matado algunos faisanes en el bosque y un escribano en una aldea. El regente le dijo:—"Id tranquilo: sois noble, y yo no man„daré cortar la cabeza ni al conde de „Charolais, que ha matado á un tran„seunte, ni al transeunte que mate al „conde de Charolais.„ Esta frase ha servido dos veces. Más tarde convino atribuírsela á Luis XV para que sirviera de ilustracion á su calificativo de Bien-Amado. En la calle de Battoir, el mariscal de Sajonia tenia su serrallo, que llevaba con él á la guerra en tres coches completamente llenos, que seguian al ejército y que eran llamados "los furgones de mujeres del mariscal„. Sucesos extraños, acumulados muchas veces con esa incoherencia de la realidad que agota la reflexion. En la misma semana madame de Chaumon gana con el agiotaje del Mississipí ciento veintisiete millones; los cuarenta sillones de la Academia Francesa son enviados á Cambray, para que se sentara en ellos el Congreso, que habia de ceder Gibraltar á la Inglaterra, y la gran puerta de la Bastilla se abre á media noche, dejando ver en el primer patio la ejecucion, verificada á la luz de las antorchas, de un desconocido, de quien nadie ha sabido jamás el nombre ni el crímen. Los libros eran tratados de dos maneras: el Parlamento los quemaba, los teólogos los mutilaban. Lo primero tenia lugar en la escalera principal del palacio; lo segundo en la calle Chanoveisse. Segun se dice, en esta calle, en medio de un espurgo de libros condenados, las cartas de Plinio, impresas despues en casa de Alde-Maunce, fueron descubiertas por el monje Joconde, el constructor de puentes de piedra á quien Sannazar llamaba pontífice (1). En la escalera de ese palacio, á falta de los escritores "que sentian el calor del fuego„, se veian quemar los escritos. Boidin, al pié de esa escalera, decia á Sametrie:—"Se os persigue porque sois ateo jan„senista; á mí me dejan tranquilo por„que tengo el buen sentido de ser ateo molinista.„ Además, habia para los libros sentencias de la Sorbona. La Sorbona, que más era solideo que cúpula, dominaba ese caos de colegios que formaba la Universidad, y el primer Balzac, en su querella con el padre Solu, la llamó el *Fais latino*, nombre que le ha quedado. La Sorbona tenia de parte del escolasticismo jurisdiccion moral. La Sorbona obligaba á Juan XXII á retractarse de su teoría de la vision beatífica; la Sorbona, á propósito del saqueo de Civittadi-Castello, daba la razon contra el papa Sixto IV á Antonio Campany, aquel obispo "que una aldea habia dado á luz á la sombra de un laurel„ y á quien la Alemania inspiraba un horror "tan grande„, dice su biógrafo, que á su vuelta á Italia, desde la cumbre de los Alpes, este venerable prelado... (1) la dijo:

Aspice nudatas, barbara terra, nates.

IX.

La casa número 20 de Bercy perteneció al preboste de Beaumont, enterrado vivo en una de las tumbas de piedra de la torre Bertandiere, por haber denunciado el Pacto del Hambre. Al lado habia otra casa completamente misteriosa llamada la *Corte de los crímenes*. Nadie sabe lo que dicho recinto fué. Delante de la puerta del Prebostazgo de Paris, en la que unos cartones esculpidos y pintados representan á Eneas, Scipion, Carlo-Magno, Esplandian y Bayardo, calificados de "la flor de la caballería y de la lealtad„, el 30 de Agosto de 1766 un alguacil á caballo pregonó el edicto que prohibia á los hidalgos llevar al cinto espadas que escedieran de treinta y tres pulgadas de marca "y con la punta de lengua de carpa„, lo cual prueba que las espadas de mala ley abundaban en Paris y en poder de personas de calidad. Y no era esta la única represion necesaria: en 1750, en la época en que el mobiliario de una habitacion para el delfin, en el pabellon de Bellevue, acababa de costar diez y ocho mil cien francos, se disminuyó por razon de la economía la racion de pan de los presos; y de este modo, escitando su hambre, los impulsaron á insurreccionarse. Para apaciguarlos hicieron fuego sobre la multitud á través de los barrotes de las prisiones y

(1) *Hunc tu jure potes dicere Pontificem.*

(1) Aquí suprimimos una línea.

mataron á muchos; entre otros, en Fort-l' Eveque, á dos mujeres. Habia en la Academia Francesa un ejemplar curioso, la Condamine, que rimaba dedicatorias de ramilletes á Cloris como Gentil-Bernard, y exploraba el Océano como Vasco de Gama. Entre una cuarteta y una tempestad iba á los cadalsos á considerar de cerca los suplicios. Una vez asistia sobre el tablado mismo del tormento á un descuartizamiento. El paciente, extraviado y rodeado de hierro, le miraba: "El señor es un aficionado,, dijo el verdugo. Tales eran las costumbres. Esto sucedió en la plaza de la Grève, el dia en que Luis XV asesinó á Damiens.

X.

. . . .

Es preciso seguir? Si fuera permitido contestarse á sí mismo, el que escribe estas líneas diria: He pasado no pocos hechos y de los mejores. Añadid á este doloroso monton el recargo de Versalles, la corte terrible, las gabelas, el expediente de los príncipes del siglo diez y siete reemplazado por el agiotaje, expediente de los príncipes del siglo diez y ocho; ese Conti deforme, aplastando á puñetazos el rostro de una muchacha, culpable de ser hermosa; ese caballero de Bouillon, castrando á un villano para castigarle por llamarse Lecoq; ese otro caballero de Rohan, apaleando á Voltaire!...

Es horrible precipicio el pasado, que tiene bajada lúgubre. Dante dudaria. La verdadera catacumba de Paris es esta. La historia no tiene zapa más negra. Ningun dédalo iguala en horror á esa cueva de los viejos sucesos, en que tantas preocupaciones vivas y robustas aun hoy conservan las raices. Ese pasado no existe ya, sin embargo, pero su cadáver sí: el que rebusca en el antiguo Paris, le encuentra. La palabra cadáver no expresa bastante; aquí seria preciso un plural. Los errores y las miserias nuestras son un hormiguero de huesos. De ellos están llenos los subterráneos que se llaman los anales de Paris. Todas las supersticiones están allí; todos los fanatismos, todas las fábulas religiosas, todas las ficciones legales, todas las cosas viejas y más sagradas, reglas, códigos, costumbres, dogmas, y á lo lejos, casi perdida entre aquellas tinieblas, se distingue la sonrisa burlona y siniestra de todas esas cabezas de muertos. Ay! Los hombres infortunados que acumulan las exacciones y las equidades, olvidan ó ignoran que hay quien lleva esa cuenta. Esas tiranías, esos privilegios, esos mandatos reales, ese Vincennes, esa torre del Temple, en que Jácobo Molay emplazó al rey de Francia ante el tribunal de Dios; ese Montfaucon, donde se cuelga á Enguerrando de Marigny, que lo construyó; esa Bastilla, donde se encierra á Hugo y luego á Aubriot, que la habia edificado; esos calabozos, copia de los pozos, y esos *solideos,* recuerdo de los Plomos de Venecia; esa promiscuidad de torres, las unas levantadas para la oracion, otras para el encierro; ese toque de dobles y de rebatos de todas las campanas durante mil doscientos años; esos cadalsos, esos tratos de cuerdas, esas voluptuosidades, esa Diana completamente desnuda del Louvre, esas cámaras de tormentos, esas arengas de magistrados puestos de rodillas, esas idolatrías de la etiqueta anexa á los refinamientos del suplicio, esas doctrinas en que todo es del rey, esas necesidades, esas vergüenzas, esas bajezas, esas mutilaciones de todas las virilidades, esas confiscaciones, esas persecuciones, esos atentados, se han ido adicionando silenciosamente de siglo en siglo, y ha llegado un dia en que todos esos guarismos han formado esta suma: 1789.

III.

Supremacía de Paris.

I.

Desde hace un siglo esa cifra es la preocupacion del género humano. Todo el fenómeno moderno se encierra en ella.

Esas fechas son guarismos exigibles.

Pagad y no empleeis la mala fé con esas cifras imperiosas. Eludido su pago crecen, y de repente, en lugar del 89, el deudor encuentra el 93.

¿Por qué ante todo hemos recordado esos hechos, tomados al azar en el monton de los recuerdos? Porque son una explicacion.

Tienen un orígen, el despotismo; y un cauce, la democracia.

Sin ellos y sin su resultado, que fué el 89, la supremacía de Paris es un enigma. Reflexionad. En efecto, Roma tiene más majestad, Tréveris más antigüedad, Venecia más belleza, Lóndres más riqueza. Qué tiene, pues, Paris? La revolucion.

Paris es la ciudad eje, sobre la que un dia la historia ha dado una vuelta. Palermo tiene el Etna, Paris el pensamiento. Constantinopla está más cerca del sol, Paris está más cerca de la civilizacion. Atenas edificó el Parthenon, pero Paris demolió la Bastilla.

Jorge Sand habla de una manera sorprendente, no recuerdo dónde, de las vidas anteriores. Esas existencias preparatorias, especies de bosquejos sucesivos del destino, no son propiedad exclusiva de los hombres; las ciudades las tienen tambien. Paris druídico, Paris carlovingio, Paris feudal, Paris monárquico, Paris filósofo, Paris revolucionario; ¡qué ascension tan lenta! ¡pero qué sublime salida de las tinieblas!

"Despues de mí el diluvio!„ dijo el último sultan de la série. Y con efecto, en el reinado de Luis XV se nota que un término se aproxima. ¡La pequeñez tiene tambien su lado formidable! Hácia el fin del siglo diez y ocho, la historia solo puede estudiarse con el microscopio. Se vé un hormiguero de enanos, pero nada más; Aiguillon, Richelieu, Maurepas, Caonne, Vergennes, Brienne, Montmorin: pero de repente se abre una brecha en lo que pudiéramos llamar el telon del fondo y aparecen inconmensurables alturas, y hé ahí á Mirabeau, el hombre relámpago, y hé ahí á Danton, el hombre rayo. Entonces los acontecimientos se hacen dignos de Dios.

Parece que la Francia empieza.

II.

Se sabe que el punto bélico de un navío es el lugar de convergencia, el sitio de interseccion, misterio para el constructor mismo, en que se concentra la suma de fuerzas esparcidas en todas las velas desplegadas. Paris es el punto bélico de la civilizacion. El esfuerzo diseminado por todas se concentra en este punto único; el peso del viento se apoya aquí. La disgregacion de las iniciativas divergentes en el infinito viene á reconocerse aquí, y aquí dá su resultante. Esta resultante es su profundo empuje, á veces hácia el abismo, á veces hácia las Atlántidas desconocidas. El género humano, remolcado, sigue.

Al notar ese murmullo de la marcha universal, ese rumor de las tempestades fugitivas, ese ruido de aparejos, esa respiracion de almas en actividad, esos rugidos y esas tensiones de la maniobra, esa rapidez de la marcha, se comprende que no hay éxtasis que valga lo que ese sueño. Paris es el lugar de la tierra en el que se oye mejor el mugido inmenso de la arboladura invisible del progreso.

Paris trabaja por la comunidad terrestre.

De aquí que entre todos los hombres, en todas las razas, en todas las colonizaciones, en todos los laboratorios del pensamiento, de la ciencia y de la industria, en todas las capitales y en todas las aldeas, profesen consentimiento universal respecto á Paris.

Paris hace á la multitud la revelacion de sí misma. Esa multitud, que Ciceron llama *plebs*, que Besarion llama *canaglia*, que Walpole llama *mob*, que de Maistre llama *populace*, y que no es otra cosa que la primera materia de la nacion, en Paris es pueblo. Es á la vez maleza y claridad. Es la nebulosa que, condensándose, será estrella.

Paris es el condensador.

III.

¿Quereis daros cuenta de lo que es esta ciudad? Emplead un medio extraño. Ponedla en parangon con la Francia y al punto surgirá una pregunta: ¿Cuál es la hija? Cuál es la madre? Duda patética, que deja estupefacto al pensador.

Esos dos gigantes vienen á las manos. Del lado de quién está la impiedad?

Pero eso se ha visto alguna vez? Sí. Es casi un hecho normal. Paris marcha solo, la Francia le sigue á la fuerza y de mal humor; más tarde se calma y aplaude; esa es una de las formas de nuestra vida nacional. Una diligencia pasa con una bandera; viene de Paris. La bandera no es ya bandera, es una antorcha, y todo el reguero de pólvora humana se inflama detrás de ella.

Querer siempre es la manera de ser de Paris. Creeis que duerme? no; quiere. De la voluntad de Paris en permanencia es de lo que nunca creen bastante los gobiernos de transicion. Paris está siempre en estado de premeditacion. Tiene la apariencia de un astro haciendo madurar lentamente su fruto. Las nubes pasan sobre la inmovilidad. Un dia, esto sucede siempre, Paris decreta un acontecimiento. La Francia, conmovida bruscamente, obedece. Esta es la razon por la que Paris no tiene consejo universal.

Ese cámbio de efluvios entre Paris centro y la Francia esfera; esta lucha que se asemeja á un balance de gravita-

ciones; esas alternativas de resistencia y de adhesion; esos actos de cólera de la nacion contra la ciudad, seguidos de las aceptaciones, todo ello indica sobradamente que Paris es cabeza, es mucho más que la cabeza de un pueblo. El movimiento es francés, el impulso parisien. El dia en que la historia, tan luminosa hoy, dé á este hecho singular la significacion que tiene, se verá claramente el modo con que se verifica el trabajo universal, la manera con que el progreso entra en materia, bajo qué pretextos la reaccion se queda atrás y cómo la masa humana se disgrega en vanguardia y en retaguardia, de tal suerte, que mientras la una es ya Washington, la otra es todavía César.

Sobre este conflicto secular y tan fecundo en emulacion, de la nacion y de la ciudad, poned la revolucion y ved lo que dá este aumento: de un lado la Convencion, del otro la Municipalidad. ¡Duelo titánico!

No retrocedamos ante las palabras; la Convencion encarna un hecho definitivo, el pueblo; la Municipalidad un hecho transitorio, el populacho. Pero aquí el populacho, personaje inmenso, tiene un derecho. Es la miseria, y tiene quince siglos de edad. Esa cabeza de Medusa está orlada de víboras, pero tambien de cabellos blancos.

La Municipalidad tiene un derecho, la Convencion una razon. Esto es lo que es soberbio. De un lado el populacho, pero sublimado; del otro el pueblo, pero transfigurado. Y esas dos animosidades tienen un amor, el género humano, y esos dos choques tienen un resultante, la fraternidad. ¡Tal es la magnificencia de la gran Revolucion!

Las revoluciones tienen necesidad de libertad, que es su objeto; y necesidad de autoridad, que es su medio. Dada la convulsion, la autoridad puede ir hasta la dictadura y la libertad hasta la anarquía. De aquí nace un doble acceso despótico que tiene el sombrío carácter de la realidad, un acceso dictatorial y un acceso anárquico. Oscilacion prodigiosa.

Condenad si quereis, pero ved que condenais el elemento. Son hechos de estática que dispensan de toda cólera; la fuerza de las cosas se gobierna por A+B y las oscilaciones del péndulo tienen algo de vuestro descontento.

Ese doble acceso despótico, despotismo de la Asamblea, despotismo de la multitud, esa inaudita batalla entre el procedimiento en estado de empirismo y el resultado en estado de aborto, ese antagonismo inexplicable entre el fin y el medio, lo representan con una grandeza extraordinaria la Convencion y la Municipalidad. Hacen visible la fisonomía de la historia.

La Convencion de Francia y la Municipalidad de Paris son dos cantidades de revolucion. Son dos valores de dos cifras. Son el A+B de que hablamos siempre. Las cifras no se combaten, se multiplican. Químicamente, estas luchas se combinan revolucionariamente tambien.

Aquí el porvenir se bifurca y muestra sus dos cabezas; hay más civilizacion en la Convencion y más revolucion en la Municipalidad. Las violencias que emplea la Municipalidad con la Convencion se semejan á los útiles dolores del parto.

Un nuevo género humano es algo. No regateemos demasiado lo que tan gran resultado nos dá.

Ante la historia, siendo la Revolucion una aparicion luminosa venida á su tiempo, la Convencion es una forma de la necesidad, la Municipalidad otra. ¡Negras y sublimes sombras animadas que se levantan en el horizonte! Al ver ese vertiginoso crepúsculo tan claro, que aparece detrás de tantas tinieblas, la mirada vacila entre las siluetas enormes de esos dos colosos.

El uno es Leviatán, el otro Behemoth.

IV.

Es cierto que la Revolucion francesa es un principio. *Nescio quid majus nascitur Iliade.*

Fijaos en esta palabra: Nacimiento; corresponde á la voz libertad. Decir: La madre se ha salvado, equivale á decir: El niño ha nacido. Decir: La Francia es libre, equivale á decir: El alma humana es mayor de edad.

Es el verdadero nacimiento de la virilidad.

El 14 de Junio de 1789 es la hora de la edad viril.

Qué creó el 14 de Junio?

Creó á Paris.

La gran prision de Estado parisiense simbolizaba la esclavitud universal.

Paris, siempre un poco aprisionado, ha sido en todo tiempo la pesadilla de los príncipes; sujetar al que nos sujeta era una política. La Bastilla en el cen-

tro, una muralla en la circunferencia; con eso se puede reinar. Amurallar á Paris, ese fué el sueño. Estabilidad bajo clausura es la disciplina impuesta á los frailes y que se ha querido imponer á Paris; de aquí provinieron las mil precauciones y los diversos cinturones flanqueados por torres que se han empleado contra el desarrollo de la ciudad. Primero la circunvalacion romana á que estaba unida, por la parte de Saint-Merry, la casa del abad Sugger; despues el muro de Luis VII, despues el muro de Felipe Augusto, despues el muro del rey Juan, despues el muro del impuesto de 1786, despues la escarpa y contra-escarpa de hoy. En torno de esta ciudad, la monarquía ha pasado su tiempo en construir murallas y la filosofía en destruirlas. Cómo? Por la sencilla irradiacion del pensamiento. No hay ningun poder tan irresistible. Una irradiacion de luz es más fuerte que una muralla.

Encerrar la ciudad es un expediente, empequeñecerla será otro. Los que tienen miedo á Paris lo intentaron. Probaron á estraer la vida á esa ciudad mónstruo. Se instalaban de buen grado los Estados generales en Blois; Bourges era declarada capital; de tiempo en tiempo los reyes enviaban el Parlamento á Pontoise; Versalles ha sido una úlcera. En nuestros dias se ha propuesto llevar la Escuela Politécnica á Orleans, la de Derecho á Rouen, la de Medicina á Tours, el Instituto aquí, el Tribunal de Casacion allá, etc. De esta manera se pulimentaba á Paris. Pulimentar un diamante es cortarle á pedazos, es hacer veinte pequeños Paris en lugar de uno grande. Admira el medio de convertir treinta millones en treinta mil francos. Preguntad á un lapidario lo que piensa de la descentralizacion del brillante *Regente*.

El hecho fatal, el hecho brutal si quereis, ha desbaratado todas estas combinaciones, con la salvedad de que no hay nunca más que aproximaciones de la asimilacion del hecho y de la idea; el engrandecimiento material dá, en ciertos casos, la medida del engrandecimiento moral. Paris, al principio, se vió limitado á la isla de Nôtre-Dame; despues arrojó un puente, como el ave que, buscando su libertad, dá un picotazo en la jaula que le encierra; luego, en tiempo de Felipe Augusto, tuvo setecientas áreas de superficie, lo que maravilla á Guillermo el Breton; despues, en los de Luis XI, tuvo tres cuartos de legua de circuito, lo que entusiasmaba á Felipe de Comines; despues en el siglo diez y siete tuvo cuatrocientas trece calles y admiraba á Felibien. En el siglo diez y siete hizo la revolucion, y su toque de rebato puso en conmocion á seiscientos setenta mil habitantes. Hoy tiene un millon cien mil. Es un brazo más robusto que puede hacer sonar una campana más grande.

El toque de rebato de hoy es un toque pacífico. Es la alegre llamada al trabajo, invitando á todas las naciones á la exposicion de la obra maestra de cada uno.

V.

Algo de nosotros está siempre pendiente sobre nuestros hijos; en el tiempo futuro entra siempre una dosis del actual. La civilizacion podrá atravesar una fase cualquiera, pero jamás dejará de estar dominada por la frase precedente; hoy, sobre todo lo que es y sobre todo lo que será, la Revolucion francesa gravita. No hay un solo hecho humano que no rectifique esta gravitacion. Todo se siente impulsado de arriba; parece que el porvenir tiene prisa y redobla el paso. Lo inminente es una urgencia; la union continental esperando la unión humana; tal es hoy la gran eminencia. ¡Risueña amenaza! Parece, al ver que por todas partes se constituyen pequeñas agrupaciones, que lo contrario sea lo que se prepare, pero ese contrario se desvanecerá: para el que observa la verdadera cumbre, hay en las nubes del horizonte más resplandores que truenos. Todos los hechos supremos de nuestro tiempo son pacíficos. La prensa, el vapor, el telégrafo eléctrico, la unidad métrica, el librecambio, no son otra cosa que agitadores de la ingrediente Nacion en el gran disolvente Humanidad. Todos los railways que parece que conduzcan á direcciones diferentes, á San Petersburgo, á Madrid, á Nápoles, á Berlin, á Viena, á Lóndres, van al mismo punto; van á la paz. El dia en que el primer globo eche á volar, la última tiranía se esconderá debajo de tierra.

La palabra fraternidad no ha sido lanzada en vano á las profundidades, primero de lo alto del Calvario, despues de lo alto del 89. Lo que la Revolucion quiere, lo quiere Dios. Llegada á su mayor edad el alma humana, la conciencia es más lúcida. Esta conciencia está sublevada por la via de hecho que se llama guerra. Las guerras ofensivas en particular, que contienen ingénua confesion de codicia y de pillaje, se ven condena-

das por la unanimidad honrada del género humano. Decididamente volver á poner en marcha las armaduras no es ya posible; las panoplias están vacías, los viejos gigantes han muerto. Para el cesarismo y para el militarismo, para esas antigüedades solo quedan los museos; el abad de San Pedro, que fué loco, hoy es cuerdo. En cuanto á nosotros, creemos sin mucho trabajo que los hombres deben acabar por amarse. ¿Vivir en paz es tan absurdo? Nos parece que es lógico creerlo así en la época en que la propiedad, la rapidez, la exactitud y el buen servicio sustituyan á los cañones que se cargan por la recámara y á los fusiles de aguja, y dejen éstos de ser el modelo de todas las virtudes.

VI.

Insistamos en esto: cierta usurpacion del presente en el porvenir es necesaria. Ese vago presentimiento de lo que será en lo que es, nadie lo presenta como Paris: para hacerle resaltar más, para esclarecerle mejor en sus dos fases, es para lo que colocamos siempre el paso enfrente del porvenir. El fruto debe verse; pero ahora volved al árbol, demostrad sus raices. La historia que ha pasado ante nuestros ojos puede rehacerse variando los hechos y su órden; pero no se modificará ni su sentido ni su resultado. Cambiar la postura no es cambiar el cuerpo.

Que se interrogue á los archivos del imperio por qué esa frase se aplica solo á los dos períodos 1804-1814 y 1852-1867, y fuera de ellos no tiene sentido alguno, y de cualquier manera que se practique la escavacion, siempre que la buena fé presida á ella, aparecerá la historia incorruptible.

Que se tome esa historia tal cual es, que inspire la cantidad de horror que merezca, pero á condicion que se acabe por admirarla. La primer palabra es rey, la última pueblo. La admiracion como fin, es lo que caracteriza al pensador. Pero examina, sondea, compara y juzga: despues, si se vuelve á lo relativo, admira, y si se vuelve á lo absoluto, admira. Por qué? Porque en lo relativo encuentra el progreso, porque en lo absoluto encuentra lo ideal. En presencia del progreso, ley de los hechos y del ideal, ley de las inteligencias, el filósofo encuentra siempre el respeto. Silbar al final es de idiotas.

Admiremos los pueblos investigadores y amémosles. Ellos son los que se lanzan con riesgo y á la ventura al gran trabajo de las sombras. Tienen muchas veces las manos manchadas del lodo que deja de ellas el ir tentando en la oscuridad; pero ¿les acusareis por los desgarrones de sus vestidos de obreros? ¡Ingratos!

En la historia humana, unas veces es el hombre el investigador, otras una nacion. Cuando es una nacion, el trabajo, en lugar de durar horas, dura siglos, y ataca el obstáculo eterno con el contínuo golpe de la piqueta. Esta zapa de las profundidades es el hecho vital y permanente de la humanidad. Los investigadores, hombres y pueblos, se sumergen en ellas, se hunden, y á veces desaparecen. Un resplandor los atrae. Hay una fraccion temible en ese fondo, en el que se divisa la divina desnudez de la verdad.

Paris no ha desaparecido.

Por el contrario.

Ha salido del 93 con la lengua de fuego del porvenir sobre la frente.

VII.

Desde los tiempos históricos hay siempre sobre la tierra lo que se llama la ciudad. *Urbs*, resúmen de *orbis*. Es preciso un lugar que piense.

Es necesario el punto cerebral, el generador de la iniciativa, el órgano de voluntad y de libertad que engendre los actos cuando el género humano vela, los sueños cuando duerme.

El universo sin la ciudad es una idea que tiene algo de decapitacion. No se concibe. La civilizacion hace falta.

Hace falta la ciudad de que todo el mundo es ciudadano.

El género humano viene de un punto de partida universal. Ateniéndonos á lo dilucidado y sin buscar las penumbras de la civilizacion desconocidas, encontramos tres ciudades visibles en plena claridad de la historia, que son los incontestables aparatos del espíritu humano.

Jerusalen, Atenas, Roma. Las tres ciudades rítmicas.

El ideal se compone de tres rayos; lo verdadero, lo bello, lo grande. De cada una de estas tres ciudades sale uno de esos tres rayos; los tres constituyen la luz.

De Jerusalen se desprende lo verdadero. Allí pronunció el Mártir Supremo la suprema palabra "Libertad, Igualdad,

Fraternidad„. De Atenas se desprende lo bello, de Roma lo grande.

En torno de esas ciudades la ascension humana ha recorrido su órbita. Han cumplido su mision. Hoy de Jerusalen queda un cadalso, el Calvario; de Atenas una ruina, el Parthenon; de Roma un fantasma, el imperio romano.

Esas ciudades han muerto? No. El huevo roto no representa la muerte del huevo, sino la vida del ave. Sobre esas envolturas yacentes se cierne la idea que vuela. Sobre Roma el poder, sobre Atenas el arte, sobre Jerusalen la libertad. Lo grande, lo bello, lo verdadero. Todo esto vive en Paris. Paris es la suma de estas tres ciudades. Su unidad las amalgama. Por una parte resucita á Roma, por otra á Atenas y por otra á Jerusalen. Del grito del Gólgota ha sacado los derechos del hombre.

Este logaritmo de tres civilizaciones, expuesto en una fórmula única; esa compenetracion de Atenas en Roma y de Jerusalen en Atenas; esa tetralogía sublime del progreso, haciendo su esfuerzo hácia el ideal, produce ese mónstruo, produce á Paris.

En esta ciudad hay tambien un crucifijo. Allí, y durante mil ochocientos años —hemos contado las gotas una á una— en presencia del gran Crucificado, Dios, que para nosotros es el Hombre, ha destilado su sangre otro gran crucificado, el pueblo.

Paris, lugar de la revelacion revolucionaria, es la Jerusalen humana.

IV.

Funcion de Paris.

I.

La funcion de Paris es la difusion de la idea.

Sacudir sobre el mundo el inagotable puñado de las verdades, ese es su deber, y le llena. Cumplir su deber es un derecho.

Paris es un sembrador. ¿En dónde siembra? En las tinieblas. Qué siembra? Chispas. Todo lo que en las inteligencias esparcidas sobre la tierra arde ó centellea, es la obra de Paris. El es el que atiza el magnífico incendio del progreso. Trabaja sin descanso. Arroja á él como combustible las supersticiones, los fanatismos, los ódios, las necedades, las preocupaciones. Toda esta noche se convierte en llama y, gracias á Paris, mantenedor de la sublime hoguera, asciende y se dilata en claridad. De aquí la profunda luz de los espíritus. En tres siglos, sobre todo, Paris triunfa en este luminoso desvanecimiento de la razon, en el que envia la civilizacion á los cuatro puntos cardinales y en el que prodiga el pensamiento libre á los hombres: en el siglo diez y seis, por medio de Rabelais—qué importa la tonsura!;—en el siglo diez y siete por medio de Moliére —qué importa la máscara!,—y en el diez y ocho por medio de Voltaire—¡qué importa el destierro!

Rabelais, Moliére y Voltaire, esa trinidad de la razon, carcajada francesa en el siglo diez y seis, humana en el diez y siete, cosmopolita en el diez y ocho, es Paris.

Además añadid á Danton.

Paris tiene sobre la tierra la influencia de un centro nervioso. Si se extremece, todo tiembla.

Es responsable y frívolo. Su grandeza tiene por cómplice un defecto.

Se satisface con demasiada frecuencia por ser por naturaleza alegre. Pero esa alegría es ateniense á los ojos del historiador, olímpica á los del poeta.

Es muchas veces una falta, pero algunas es una fuerza.

Suele venir en ayuda de la razon.

En el momento presente, tal vez la guerra acecha desde el bastidor el momento oportuno de entrar en escena. Pues bien; Paris se burla de la guerra; la ronca voz militar la causa risa. ¡Buen principio! Es una alegría de barrio bajo; pero los barrios bajos son los que constituyen esencialmente á Paris. El militarismo, que ha dejado de ser una grandeza francesa, ha pasado á ser una grandeza tudesca. Paris hace bien en burlarse. Esa burla es saludable. Ya se verán las consecuencias. En las *Migajas de la historia*, libro tan vivo como trascendental, se lee lo siguiente: "Un dia Enrique VIII dejó de amar á su mujer: de esto nació una religion.„ Lo mismo se podria decir: "Un dia Paris dejó de amar á los soldados: de esto provino la curacion de su mal.„

El militarismo es el absolutismo. Es Narvaez, es Bismarck. El despotismo es una paradoja. La omnipotencia militar y monárquica ofende al buen gusto.

—Silbemos eso, dice Paris. Y se mete una llave en el bolsillo. Esa llave es la Bastilla.

II.

Paris se ha sumergido en las aguas del buen sentido, en esa Estigia que no deja pasar las sombras. Por eso Paris es invulnerable.

Se siente orgulloso, como todas las multitudes; pero de pronto, por un cambio brusco, se fija en las apoteósis, en los *Te-Deums*, en los himnos de triunfo, y pierde su seriedad.

Hé ahí las apoteósis en peligro.

El rey de Prusia es grande. Tiene una corona de laurel en la moneda y otra en la cabeza. Es casi un César. Está en camino de ser emperador de Alemania. Pero Paris se sonrie. Eso es terrible.

Y qué hacer?

Sin duda los uniformes del rey de Prusia son hermosos; pero no se puede obligar á Paris á que acepte la pasamanería del extranjero.

Muchas cosas serian ó querrian ser, pero la risa de Paris es un obstáculo.

Los principios amurallados y armados de otro tiempo, legitimidad, derecho divino, inviolabilidad secular, etc., han caido ante la risa del gran pueblo.

La alegría de Paris es eficaz, porque saliendo de las entrañas del pueblo, tiene su orígen en profundidades trágicas.

Hoy, ya lo hemos indicado más arriba, Paris es el *urbi et orbi*. Misteriosa sustitucion del poder espiritual.

Al balcon del Quirinal sucede esa armazon de madera, llena de pequeños compartimientos, que se llama caja de imprenta. De esos alvéolos salen aladas las veintisiete letras del alfabeto cual otras tantas abejas. Para no indicar más que un detalle, basta decir que en un solo año, en el de 1864, la Francia ha exportado diez y ocho millones treinta mil francos en libros. Las siete octavas partes de ellos están impresos en Paris. Las llaves de Pedro, la desconsoladora alusion á las puertas del cielo, más bien cerradas que abiertas, han sido reemplazadas por el llamamiento perpétuo al bien que hacen á los pueblos las grandes almas. Si San Pedro de Roma es un vasto templo, el Panteon es un alto pensamiento. Su recinto, lleno de grandes hombres y de héroes útiles, lanza sobre la ciudad el reflejo de un sepulcro luminoso.

Lo que completa y corona á Paris es que es literario.

El hogar de la razon es necesariamente el hogar del arte. Paris alumbra en los dos sentidos: por una parte la vida real, por otra la ideal. ¿Por qué esa ciudad está saturada de lo bello? Porque está saturada de lo verdadero. Aquí aparece en su pequeñez la pueril distincion entre el fondo y la forma, que hizo vivir á una falsa escuela crítica durante treinta años: fondo y forma, idea é imágen, son en el arte completo dos identidades. La verdad dá la luz blanca; pero al atravesar ese medio extraño que se llama el poeta, sin dejar de ser luz, llega á ser color. Uno de los poderes del génio es ser prisma. Es realidad y se trueca en fantasía. La gran poesía es el espectro solar de la raza humana.

III.

Paris no es una ciudad, es un gobierno. "Quienquiera que seas, vé ahí á tu dueño." Os desafío á que lleveis otro sombrero que el sombrero de Paris. El lazo de esa mujer que pasa, gobierna. En todos los paises, la manera de ponerse esa cinta forma la moda. El *Coy* de *Blackfriars* copia á *le gamin* de la calle Grenetat. La manola de Madrid tiene hoy por ideal á la griseta. Caillé, el blanco que estuvo en Tombouctou, decia haber encontrado en el Bagamedri esta inscripcion, en la choza de un negro: "Al estilo de Paris." Paris tiene sus caprichos, sus gustos equivocados, sus ilusiones de óptica. Un momento puso á Lafon por encima de Talma y á Wellington por encima de Napoleon. Cuando se equivoca, tanto peor para el buen sentido universal. La brújula se desorienta. El progreso marcha algunas veces á ciegas.

La autoridad caminando en un sentido y la opinion en otro, dá á veces un gobierno oscuro en un pueblo luminoso; ese fenómeno se vé muchas veces hasta en Paris; pero cabe pasarle de prisa, como el que trata de librarse de un aguacero. Al siguiente dia se seca al sol.

En Paris está el yunque de la fama. Es el punto de partida de los acontecimientos. Quien no ha cantado, bailado ó predicado ante Paris, no ha cantado, bailado ni predicado. Paris dá la primacía, pero tambien autoriza la mistificacion. Ese distribuidor de popularidad tiene á veces sus avaricias. Los talentos, los caractéres, los génios, son de su competencia, y cuando más grandes son, más tiempo emplea y mayor placer tiene en aquilatarlos. ¿Quién ha sido más discuti-

do que Moliére? A propósito de esto, digamos de paso que al artista y al poeta no les gusta pasar sin discusion. Ser discutido es ponerse á prueba. Agotar en vida la contradiccion es útil. La rebaja que no hayais sufrido en vida la sufrireis más tarde. Despues de la muerte, los indiscutibles menguan y los discutidos crecen. La posteridad desea poner siempre su mano de obra en toda gloria.

Paris, insistamos en ello, es un gobierno. Gobierno que no tiene jueces ni gendarmes, ni soldados ni embajadores; es la infiltracion, esto es, el poder omnímodo. Cae gota á gota sobre el género humano y le horada. Fuera de lo que tiene la cualidad oficial, por encima, por debajo, existe Paris, y su modo de ser reina. Sus libros, sus periódicos, su teatro, su industria, su arte, su ciencia, su filosofía, sus rutinas, que forman parte de su filosofía, su lado bueno y su lado malo y su maldad, contaminan á todas las naciones y las guian. Más facil es impedir la invasion de la langosta que la de las modas, de las costumbres, del lenguaje, de las ironías y de los entusiasmos. Entran en todas partes y operan irremisiblemente; son otros tantos rededores invisibles. En todas las construcciones sociales y políticas, actualmente sólidas, Paris tiene el estado latente, pulula, cava, mina, amenazando las superficies que permanecen intactas. Ese zumbido de las ideas de Paris, tic-tac espantoso, vacia el interior de los poderes patentes; pone dentro de ellos lo desconocido y los deja en pié hasta el dia de su caida. Hasta en los paises gerárquicos, como la Gran-Bretaña, y despóticos, como la Rusia, se opera ese trabajo de Paris. La reforma en Inglaterra resulta de nuestro sufragio universal. El presente, por robusto que parezca, por altanero que sea, está atacado de esta enfermedad incurable. Todas las mañanas la humanidad, al despertarse, mira la esquina que se llama Paris, que anuncia su espectáculo, hasta que anuncia su revolucion. Qué anuncia hoy? Scribe. Y mañana? Lafayette.

Cuando está disgustado, Paris se disfraza. Con qué máscara? Con la propia de un baile; y como debiera exhibirse de luto, desconcierta al observador, porque en vez de cubrirse con un sudario, se envuelve en un dominó. Entona canciones, se rie á carcajadas, adopta las actitudes de la más loca alegría, danzas pírricas, músicas extrañas, como despreciándose á sí misma. Alegre transformacion. Es preciso reflexionar.

IV.

Un difunto procurador general, demasiado benévolo con el poder, montó un dia en cólera contra Paris. Su descontento produjo repetidas catilinarias contra los parisienses. Aquel magistrado, que era, á lo que parece, de la Academia, llevó sus requisitorias hasta los prendidos de las mujeres. La muerte le sorprendió prematuramente, porque sin duda el severo acusador oficial pasó su enojo contra lo demasiado estrecho de los jubones hasta lo demasiado ancho en las conciencias; y á no morir, nos hubiera dicho el efecto que le producian los muchos juramentos de unos hombres en contraposicion á los anchos adornos de las mujeres.

O ser Caton ó no serlo.

Existen otros ancianos, alejados de Paris por motivo cualquiera, hace quince ó diez y seis años, que viven solitarios, que no ven nunca otros prendidos que el de la aurora al salir del mar y que son más indulgentes. Esos aman las ciudades en que lo imprevisto está siempre oculto. Por otra parte, donde está la mujer está el héroe. Los escesos del lujo tienen el mismo orígen que los escesos de bravura. Tened cuidado; esa languidez no es quizás más que el acecho de una ocasion. Se ha visto á los afeminados volverse viriles. Una ciudad era más valiente que Esparta: Sybaris. Suponed por un momento el territorio amenazado, el redoble del tambor en la frontera, y ya vereis. ¿Qué etapa más loca que el siglo diez y ocho? Y sin embargo, al caer la tarde aparece la Convencion al ver la pátria en peligro; el primero que llega es Rouget de L'Isle, encontrando el canto de que Barra encuentra la accion, es la Francia de los catorce ejércitos. Despues de esto contad sus defectos y seguid á Paris. Mostradle el puño cerrado. Por qué no? Boerhaave, estudiando las fiebres cerebrales, exclamaba:—"¡Cuánto mal se puede decir del sol!„

En una palabra, Paris no retrocede.

Sin embargo, tiene sus inconsecuencias, á veces culpables. Se ha sentido conmovido por la Polonia y no se conmueve por la Irlanda: se ha conmovido por la Italia y no se conmueve por la Rumania, que es Italia tambien; se ha conmovido por la Grecia y no se con-

mueve por la Creta, como si no fuera Grecia. Hace cuarenta años, Psara la sublevó; hoy Arcadion la deja fria. Tiene el mismo heroismo no obstante, la misma causa, el mismo derecho, pero vive en otro momento histórico. Ay! Paris tiene sus instantes de sueño. *Quandoque bonus dormitat.* Algunas veces esa inmensidad tiene por ocupacion no hacer nada.

Es menester amar, es menester creer, es menester sufrir á esa ciudad frívola, ligera, aturdida, florida, terrible, que, como ya lo hemos dicho, dá el poder á quien la hace suya; á esa ciudad, á la que Maximiliano el abuelo de Cárlos V hubiera pagado con todo su imperio, á quien los Girondinos hubieran comprado con su sangre, á quien Enrique IV obtuvo por una misa. Sus dias siguientes son siempre buenos. La locura de Paris incubada es sabiduría.

V.

Pero se dirá: del Paris inmediatamente actual, del Paris de estos últimos quince años, de ese burdel nocturno, de ese Paris de mascarada y de bacanal, al cual se aplica particularmente la palabra decadencia, qué pensais? ¿Qué pensamos? Que no creemos en él. ¿Existe ese Paris? Si existe, es al verdadero Paris del pasado y del porvenir, lo que una hoja es al árbol. Menos aun. Lo que es una escrecencia á un organismo. ¿Juzgaríais la encina por el muérdago? ¿Juzgaríais á Ciceron por la verruga de su nariz?

Un poco de sombra flotante no se aprecia en una espléndida alborada. Negamos la decadencia, pero no la reaccion. Una reaccion se parece á una decadencia; sin embargo, estableced una distincion; la decadencia es incurable, la reaccion no es más que momentánea. Que en el instante que estamos la reaccion exista, no lo discutimos (1). Confesamos de buen grado la reaccion actual, tan violenta y por consecuencia tan débil como se quiera contra todo el conjunto del hecho revolucionario y democrático, contra todo el movimiento de las inteligencias derivado del 89, contra todas las ideas que llevan en sí la vida y el porvenir. Esa reaccion tan valientemente denunciada por la elocuencia, audaz é inquebrantable, de Eugenio Pelletan, por la chispeante alegría filosófica de Pierre Veron, por la ironía penetrante y profunda de Enrique Rochefort, por Michelet, por Augusto Villemon, por Luis Ulbach y por la generosa indignacion de todos los escritores democráticos, trata de remontar todas las corrientes de la revolucion, así la corriente literaria como la política, así la corriente filosófica como la social, así la corriente de las ideas como la de los hechos, y toma el progreso á contrahilo y al siglo en sentido inverso. Sin embargo, esto no nos inquieta. Ese *oidium* de las inteligencias es superficial; el fondo del pensamiento público no está contaminado; cualquiera que sea el esfuerzo retrógrado, la tendencia de la época no se altera en nada. El minuto está enfermo, no el siglo.

Eso valdria tanto como volver al pasado, pasado político absolutista, pasado literario monárquico, restauracion del derecho divino como principio y del gusto clásico como dogma. ¡Trabajo perdido! Ese retroceso de la corriente producida por un dique desaparecerá con él. Esa nacion que hace sonreir á los pensadores durará lo que duran las reacciones, el tiempo que el reflujo tarda en llegar. Porque el reflujo de los principios es tan eterno, tan absoluto y tan cierto como el reflujo del Océano. Nada de Bajo Imperio.

El fondo del siglo es grande y honrado. Despues de la Revolucion francesa, ninguna gangrena del pueblo es posible. Gracias á la Francia penetrante y gracias á nuestro ideal social, infiltrado á estas horas en todas las inteligencias humanas de uno á otro polo, gracias á esa vacuna sublime, la América se cura de la esclavitud, la Rusia de la servidumbre, Roma del fanatismo, las creencias de lo absurdo, los códigos de la barbarie. De todas partes desaparece el virus, y ese es uno de los más grandes aspectos de la revolucion. Confesad, sino, el hecho reinante, al menos la tendencia soberana. Esto es, la educacion sin la compresion, la enseñanza sin la pedantería, el órden sin el despotismo, la correccion sin la vindicta, el yo sin el egoismo, la concurrencia sin el combate, la libertad sin el aislamiento, el hombre sin la bestia, la verdad sin la glosa, Dios sin la Biblia. Qué es la Revolucion francesa? Una vasta curacion. Existia una peste, el pasado; pero el horno ha quemado aquel miasma.

(1) Sucedia esto en la época que se escribió este prólogo.—(N. del T.)

VI.

Hablar mal de Paris, injuriarle, escarnecerle, desdeñarle, es fácil; tomar con los colosos aire despreciativo es una puerilidad. Hay para esto frases hechas. Pero desconfiad de los estribillos. Es como en pedagogía la comparacion de los poetas vivos con Claudio, con Lucano y con Stacio. Eso data de antiguo. Cecchi declara que Dante no es más que un Stacio; para Scudery, Corneille no es más que un Claudio; para Greene, Shakespeare no es más que un Lucano y un Góngora. Pobre Dante! Pobre Corneille! Pobre Shakespeare! Estos procedimientos de crítica, que han tomado carta de naturaleza en los tratados de los retóricos, son viejos; pero qué importa? Sirven todavía hoy. Por esa misma razon Paris no es más que una Gomorra. Sodoma es la variante de José de Maistre.

Siendo odiado Paris, es un deber amarle. Por qué se le ódia? Porque es hogar, vida, trabajo, incubacion, forma, transformacion, crisol, renacimiento. Porque de todas esas cosas reinantes hoy, supersticion, estancamiento, excepticismo, oscuridad, hipocresía, mentira, Paris es el contraste espléndido. En una época en que los *Syllabus* decretan la inmovilidad, era necesario prestar un servicio al género humano; probar el movimiento. Paris lo prueba. Cómo? Siendo Paris.

Ser Paris es marchar hácia adelante.

En esta hora de reaccion contra todas las tendencias del progreso, denunciada en todas partes, de parte de la Encíclica, de parte del derecho divino, de parte del "buen gusto", de parte del *magister dixit*, de parte de la rutina, de parte de la tradicion; en esta insurreccion flagrante de todo el pasado fanático, pasado escolástico, pasado autoritario contra el poderoso siglo diez y nueve, hijo de la revolucion y padre de la libertad, es útil, es necesario, es justo atestiguar la existencia de Paris. Hacer esta declaracion es afirmar, á despecho de todas las aparentes evidencias aceptadas por la opinion vulgar, la continuacion de la vasta evolucion humana hácia la emancipacion universal. En el momento presente la coalicion nocturna de las viejas preocupaciones y de los viejos regímenes triunfa y cree que está Paris derrotado, del mismo modo que los salvajes creen que el sol está en peligro durante el eclipse.

La afirmacion de la existencia de Paris la hace este libro.

Sus páginas son: afirmacion de la democracia, afirmacion de la paz y afirmacion del siglo. Sin embargo, indiquemos lo que es en nuestro pensamiento la parte reservada. Una afirmacion no existe más que á condicion de ser una negacion al propio tiempo. Luego estas páginas niegan algo.

Son un *sí* que indica un *no*.

Por lo demás, al escribir estas cuartillas no somos nosotros los que encarecemos el libro (1), es el libro el que nos encarece. Nosotros en él poco significamos. Edificio levantado por una deslumbradora legion de talentos, eso es esta obra. Si á todos los nombres que aquí se congregan, como los astros en una constelacion, se reuniesen otros nombres luminosos, que por diversas razones faltan, este libro seria Paris mismo. Nosotros solo pisamos su umbral; estamos casi fuera de él. Ausentes de la ciudad y ausentes del libro, que existe más allá de nosotros. Este es un destierro humilde y severo que aceptamos.

V.

Declaracion de paz.

I.

Que Europa sea bienvenida!

¡Que entre en su casa, que tome posesion de ese Paris que le pertenece y á quien pertenece! ¡Que ocupe un asiento y que respire con todos sus pulmones en esta ciudad de todos y para todos, que tiene el privilegio de llevar á cabo actos europeos! De aquí han partido todos los altos impulsos del espíritu del siglo diez y nueve; aquí se ha verificado el magnífico espectáculo contemporáneo durante treinta y seis años de libertad, de celebrar el Concilio de las inteligencias; aquí ha sido donde han sido propuestas, debatidas y resueltas, en el sentido de libertad, todas las grandes cuestiones de esta época: derechos del individuo, base y punto de partida del derecho social; derecho al trabajo, derecho de la mujer, derecho del niño, abolicion de la ignorancia, abolicion de la miseria, abolicion de la gleba en todas sus formas, inviolabilidad de la vida humana.

Como los ventisqueros que tienen cierta especie de castidad grandiosa y que con un movimiento imperceptible, pero

(1) El libro *Guia de Paris*, á que estas páginas servian de introduccion.

imposible de resistir, arrojan de sí los témpanos manchados, Paris ha echado fuera de su seno todas las inmundicias, los muladares, los mataderos, la pena de muerte. Esa penalidad, inquietud de la conciencia pública, que siente una piedad que no acierta á definir, Paris la suprimió en cuanto pudo. Comprendiendo que el cadalso ahuyentado era, al cabo de cierto tiempo, el cadalso destruido, lo sacó de sus muros. A despecho de la ficcion del recinto fortificado, la Roquette está fuera. Se ahorca en Lóndres, pero no se podria guillotinar en Paris. Si se tratara de levantar la guillotina ante la Municipalidad, las piedras se sublevarian. Matar en medio del centro de vida no es ya posible. Presagio decisivo y cierto. El paso que falta dar consiste en poner fuera de la ley lo que está fuera de la ciudad. Eso se hará. La sabiduría del legislador es seguir al filósofo, y lo que tiene su principio en el talento, tiene su inevitable fin en el Código. Las leyes son la prolongacion de las costumbres. Escrutemos los hechos á medida que se presenten. Hoy, cuando se aplica la pena de muerte en una plaza pública de Francia, se prohibe al ejército mirar al cadalso; los soldados tienen órden de volver la espalda á la ley. Esto es, á decir verdad, la ejecucion de la guillotina. Alabemos á la autoridad pública, sea quienquiera, la que haya dictado esa medida.

El fondo de esa autoridad es Paris.

Paris es una antorcha encendida, y una antorcha encendida tiene voluntad.

Paris despues del 89, en que hizo la revolucion política, produjo en 1830 la revolucion literaria: soberbio equilibrio de las dos regiones: la region de la idea aplicada y la region de la idea pura; instalacion en las inteligencias de la democracia instalada en el Estado: suprimiendo las rutinas aquí, como allí se consiguió la supresion de los abusos; se transformó el gusto francés en gusto europeo; se sustituyó un arte que tenia por soberano al público, por un arte que tiene por discípulo al pueblo. Ese pueblo, el de Paris, es ya pensador y profundo. Examinad sino á ese pequeño sér que se llama el pilluelo de Paris: en revolucion, qué hace? Respeta el camino de hierro y destruye el impuesto. El instinto de ese niño esclarece toda la economía política. En Paris es donde se elabora la cuestion de los Bancos y donde se centraliza ese vasto y fecundo movimiento cooperativo, que, dando la razon á las previsiones del gran socialista de 1848, Luis Blanc, amalgama el capitalista al obrero, asocia las industrias sin coartar la libertad, proporciona el resultado al esfuerzo y resuelve uno á uno los dos problemas del bienestar y del trabajo. Las preocupaciones y los horrores son torceduras que reclaman ser enderezadas; el aparato ortopédico bosquejado por Ramus, ensanchado por Rabelais, retocado por Montaigne, rectificado por Montesquieu, perfeccionado por Voltaire, completado por Diderot y acabado por la Constitucion del año II, pertenece á Paris: Paris es una escuela. Escuela de civilizacion, escuela de desarrollo, escuela de razon y de justicia. ¡Que vengan los pueblos á bañar el alma en esos torrentes de vida! ¡Que vengan las naciones á adorar esa Municipalidad, de donde ha salido el sufragio universal; ese Instituto regenerado bien pronto, de donde saldrá la enseñanza gratuita y obligatoria; ese Louvre, de donde saldrá la igualdad, y ese Campo de Marte, de donde saldrá la fraternidad! En otras partes se forjan armas. Paris es una fragua de ideas. Esperanza en el porvenir! Paris es la ciudad del poder por la concordia, de la conquista por el desinterés, de la dominacion por la ascension, de la victoria por la dulzura, de la justicia por la piedad y del deslumbramiento por la ciencia. La filosofía vé desde el Observatorio una cantidad más grande de Dios que la religion desde Nôtre-Dame. En esta ciudad predestinada, el contorno vago, pero absoluto, del progreso, es perceptible de todas partes. Paris, cabeza de Europa, ha pasado de bosquejo, y ya en todas las resoluciones que dibujan lentamente su forma definitiva se percibe la precision del ideal, como se vé sobre el bloque de arcilla casi petrificado la mano de Miguel Angel.

El maravilloso fenómeno de una capital ya existente, representando una federacion que no existe aun, de una ciudad que tiene la dilatacion latente de un continente, nos la ofrece Paris. De aquí el interés patético que se mezcla al poderoso espectáculo que ofrece esta ciudad-alma.

Las ciudades son Biblias de granito: Esta no tiene un templo, ni un techo, ni una piedra que no diga algo en el sentido de la alianza y de la union y que no dé una leccion, un ejemplo ó un consejo. Que vengan los pueblos, ante este prodigioso alfabeto de monumentos, de tumbas y de trofeos, á deletrear la paz y á olvidar el ódio. Que tengan confianza, que Paris

ha hecho sus pruebas. De Luctecia llegar á ser Paris. ¡Qué símbolo tan magnífico! ¡Haber sido lodo y trocarse en espíritu!

II.

El año 1866 fué el choque de los pueblos y el año 1867 será la cita.

Las citas son revelaciones. Donde hay encuentros, hay inteligencias, atraccion, contacto fecundo y útil, están alerta las iniciativas; hay interseccion de las convergencias, rectificacion de las desviaciones, fusion de los contrarios en la unidad: esta es la excelencia de las citas. De ellas sale la claridad. Una encrucijada de senderos, con su poste indicador, esclarece una selva; una confluencia de rios aconseja la colonizacion; una conjuncion de planetas dá luz á la astronomía. ¿Qué es una Exposicion universal? Es el mundo visitándose á sí mismo para conversar, para comparar los ideales. Es la confrontacion de los productos en apariencia, pero es la confrontacion de las utopias en realidad. Todo producto ha empezado por ser una quimera.

Cada pueblo tiene su patron del porvenir, que es una extravagancia: de la amalgama y la superposicion de esas extravagancias diversas se compone, para la mirada fija del pensador, la confusa y lejana figura de la realidad. Esas reverberaciones vienen de las profundidades. Los fantasmas bosquejan el sér; las idolatrías hacen el esbozo de Dios.

El que sueña es el precursor del que piensa. Lo realizable es un bloque que es menester pulimentar. Los soñadores son los que empiezan la obra. Ese trabajo inicial parece siempre insensato. La primer fase de lo posible es ser imposible. ¡Qué cantidad de locura hay en el hecho! Desvanecidos todos los sueños, encontrais siempre la realidad. La concentracion augusta de la utopia es semejante á la concentracion cósmica, que de flúida se hace líquida y de líquida sólida. En ciertos momentos la utopia se vuelve manuable; entonces es cuando el filósofo la deja y el hombre de Estado la toma: éste no es más que el segundo obrero. No es nada lo que no empieza por el estado visionario. Tomad el hecho más algebráicamente positivo, y remontándoos á su orígen de siglo en siglo, encontrareis un profeta. ¿Qué mayor sueño que Dionisio Papin? ¿Puede creerse nadie que una marmita transfigure el universo?

La Academia de Ciencias acaba por acoger de tiempo en tiempo á todos esos inventores. De ellos es siempre el error hoy, como es la razon mañana. Pues bien; el mañana de una multitud de quimeras ha llegado; de eso es de lo que se compone hoy la riqueza pública y la prosperidad universal. Lo que os hubiera llevado al manicomio de Charenton en el siglo pasado ocupa en 1867 el puesto de honor en el palacio de la Exposicion internacional. Todas las utopias de ayer son las industrias del presente, fotografía, telegrafía, aparato Morse, que es el geroglífico; aparato Hughes, que es el alfabeto ordinario; aparato Caselli, que envia en algunos minutos vuestra propia escritura á dos mil leguas de distancia; hilo trasatlántico, sonda artesiana, que se aplicará al fuego despues de haberse aplicado al agua; máquinas perforadoras, locomotora-coche, locomotora-navío y la hélice en el Océano esperando la hélice en la atmósfera. ¿Qué es todo eso? Sueños condensados en hechos. Lo inaccesible viable. ¡Pedantes, al vernos avanzar, continuad negando el progreso si os atreveis!

El encuentro de las naciones como éste de 1867 es la gran Convencion pacífica. Lo que tiene de admirable y abrumador, como la evidencia, es que suprime súbitamente por todas partes el obstáculo y que pone en movimiento en todos sus engranajes más ó menos enlazados el divino mecanismo de la civilizacion. Una Exposicion universal en Paris y en 1867 es una brusca ruptura por todos los puntos á la vez; un espléndido salto en astillas de todos los rayos de la rueda. Decimos todos y no nos oponemos á ninguno de los sueños contenidos en esas dos sílabas inmensas. La gran esperanza de obtener próxima claridad me halagó toda la vida. Marchemos, marchemos empujados por el progreso. No titubeeis en arrojar toda la cantidad de llama posible sobre nuestros montones de carbones negros. Pueblos, vivid!

III.

Faltará á ese palacio de la Exposicion lo que le hubiese dado una significacion suprema: en los cuatro ángulos, cuatro estátuas colosales, representando cuatro encarnaciones del ideal: Homero, á la Grecia; Dante, á la Italia; Shakespeare, á la Inglaterra; Beethowen, á la Alemania; y delante de la puerta, tendiendo la mano á todos los hombres, un quinto co-

loso, Voltaire, representando, no el génio, sino el talento universal.

En cuanto á la Exposicion de 1867, en sí misma, considerándola como realizacion, no tenemos para qué juzgarla. Es lo que es, y para creerla magnífica, su pensamiento nos basta. En cuanto al camino que ha de recorrer, una cifra puede decirlo. En 1800, en la primera Exposicion internacional, habia doscientos exponentes; en 1867 hay cuarenta y dos mil doscientos diez y siete.

Una Exposicion universal es una especie de homologacion. Cada pueblo manda su silla. El género humano viene á conocerse á sí propio. La Exposicion es un *nosce te ipsum.*

Paris abre sus puertas. Los pueblos acuden á esta animacion enorme. Los continentes se precipitan; América, Africa, Asia, Oceanía, están aquí todos; y la Sublime Puerta y el Celeste Imperio, esas metáforas que son reinos, esas glorias que son borrones, están aquí tambien. Agradaros ¡oh atenienses! era el antiguo grito; agradaros ¡oh parisienses! es el grito actual. Cada cual llega con una muestra de sus esfuerzos. Hasta la China, que se creia inamovible, empieza á dudar y sale de su casa. Vá á justaponer su imaginacion á la nuestra; los casos teratológicos de la estatuaria á nuestra persecucion del ideal, y á nuestra escultura de mármol y de bronce, la escultura tortuosa y magnífica del hueso y del marfil, arte profundo y trágico, en el que se presiente al verdugo. El Japon viene con su porcelana, el judío con su cachemira y el caribe con su rompe-cabezas. Y por qué no? ¿No instalais vosotros vuestros cañones monstruosos?

Hagamos aquí un paréntesis. La muerte está admitida en la Exposicion.

Entra bajo la forma cañon, pero no se la admite bajo la forma de guillotina por delicadeza.

Un precioso cadalso ha sido rechazado.

Limitémonos á consignar estas rarezas de la decencia. El pudor no se discute.

Pero ya sean rompe-cabezas ó cañones las máquinas de la muerte, equivocan el camino. No vienen aquí más que para hacer sombra. Tienen vergüenza. La Exposicion, que es apoteósis para los demás utensilios del hombre, para ellas es picota. Es la vida bajo todas las formas, y cada nacion ofrece la suya. Dos millones de manos que estrechan la inmensa mano de la Francia; eso es la Exposicion.

¡Cuánto han envejecido los conquistadores! ¿Dónde está hoy el bloqueo continental?

Apoyémonos en estos fenómenos democráticos de tan alta significacion. Las puertas no se han abierto nunca demasiado para la demostracion del progreso. No hay nunca esceso en enumerar las tranquilizadoras evidencias que conducen á la concordia. La unidad se forma; pues unámonos. El hombre Uno es el hombre Hermano, es el hombre Igual, es el hombre Libre.

Este hecho de los pueblos se produce aparte del hecho de los gobiernos.

Síntoma decisivo. Lo que acude á la cita de la Exposicion universal no es solo la Europa, digámoslo una vez más; no es solo la Inglaterra con su pirámide dorada de sesenta piés de altura, simbolizando la produccion de oro de la Australia; ni la Prusia con el templo de la paz y su gruta de sal gema; ni la Rusia con su antigua orfebrería bizantina; ni la Crimea con sus lanas; ni la Finlandia con sus linos; ni la Suecia con sus hierros; ni la Noruega con sus pieles; ni la Bélgica con sus encajes; ni el Canadá con sus maderas preciosas; ni la Nueva-York con su carbon mineral, del que un solo bloque pesa ocho mil libras; ni el Brasil con sus joyas entomológicas y ornitológicas: lo que llega, lo que acude, lo que se dá prisa á venir es el viejo Thibet fanático, es la Kolkaria, es Bhopal, el Drangudra, el Pumrah, el Chalturpore, el Attipor, el Gundul, el Risttom; es el jam de Norvanaghur, es el nizam de Hyderebad, es el kao de Rusk, es el thakore de Morwé; es toda esa familia de naciones embrionarias, sobre las que pesan las altezas asiáticas, los maharadjahs, los jageerdars, los begums. Hasta un barril de polvo de oro ha sido enviado por ese informe rey negro de Bonny, habitante de un palacio construido de osamentas humanas. Digámoslo de paso; este detalle ha causado horror. Es justo. Nuestro Louvre está edificado con piedras.

El Egipto no tiene más que su momia y la exhuma. Su cementerio contiene todas sus obras magistrales, sus sarcófagos de pórfido, sus ataudes de granito rosa, sus estuches mortuorios pintados y dorados. La contemporánea del Zodíaco de Deudarach y de la vaca Hothor desciende de su pedestal de basalto y viene. Rhamasés, Chephrena, Ateta, la

reina Ammenises, desembarcan del ferro-carril; la antigua estátua de madera que los árabes llaman Cheick-el-Beled, y que es un dios desconocido, llega, trayendo en nombre de Isis, la madre comun, á la vieja Luctecia el saludo de la vieja Tebas.—Cómo te llamas, Luctecia? —Me llamo Paris. ¿Y tú cómo te llamas, Tebas?—Me llamo Dehr-el-Bahari; contestacion conmovedora. Las dos ciudades de la misma raza, cada una por su parte han perdido su figura; la una en la civilizacion, la otra en la barbarie. Esta es la diferencia entre lo que avanza y entre lo que retrocede.

IV.

Vienen, pues, á Paris todos los pueblos.

Ya no es tiempo de desdecirse; la Exposicion universal no se retracta. Los reyes se empeñan en organizarse militarmente; pero tengamos el placer de repetirles hasta la saciedad que el porvenir no es el ódio, sino la union; no es el ruido de los cañones, sino la marcha de las locomotoras. La pacificacion del universo es inevitable. Nada puede resistirla. Para los fusiles, tambores, cornetas, quincalla de la matanza, bambolla sangrienta, hay ya completa indiferencia en el mundo.

Reduciéndose la tierra por medio del ferro-carril y del hilo eléctrico, la pone cada dia más cerca de la mano de la paz. Inútilmente se oponen á los tiempos modernos que ya han llegado. El antiguo régimen pelea en completa derrota. El pasado tiene mucho ingénio para estar muerto. Se toma demasiado trabajo; todos los dias inventa una máquina en extremo curiosa y en extremo homicida.

La darán la cruz de Honor, pero no obtendrá otro resultado. Los hombres empiezan á ver más claro; el afan de matarse unos á otros pasa. Nada prevalece contra la irresistible corriente de ideas. Los declives de la civilizacion hacen inclinarse al género humano en tal ó cual sentido, y esta vez el universo se inclina á buena parte. Habrá tal vez un par de escenas peripatéticas, pero serán las finales. El inmenso viento del porvenir trae en sus ráfagas la paz. ¿Qué hacer contra el huracán de la fraternidad y de la alegría? Alianza! alianza! grita el infinito. Y bajo ese hálito de lo invisible, el amor, como la yerba, sale á la superficie de la tierra. Revolveos contra ese reverdecimiento de la primavera universal. Deshaced la revolucion. Destruid, no solo el siglo veinte que llega, sino el diez y ocho que pasó. Sueños! sueños! Los enormes proyectiles de acero de mil francos cada uno que lanzan los cañones titánicos, fabricados en Prusia por el gigantesco martillo de Krupp, que pesa cien mil libras y cuesta tres millones, son tan ineficaces contra el progreso como las pompas de jabon lanzadas á través de un canuto de caña por la boca de un niño.

V.

¿Por qué os empeñais en hacernos creer en los aparecidos? ¿Pensais que no sabemos que la guerra ha muerto? Murió el dia en que Jesús dijo: "¡Amaos los unos á los otros!„ Desde entonces solo tuvo en el mundo vida de espectro. Sin embargo, despues de la desaparicion de Jesús, la noche ha durado aun cerca de dos mil años, y como la noche es respirable para los fantasmas, la guerra ha podido rodar en las tinieblas. Pero el siglo diez y ocho vino con Voltaire, que es la estrella de la mañana; con la revolucion, que es el alba, y hoy dia irradian todos sus esplendores. La guerra habita un sepulcro. Las larvas no salen de los sarcófagos al medio dia. Que se quede sepultada en su tumba y nos deje vivir en la claridad de la luz.

Oculta tus banderas, guerra, y sino, tú, miseria, muestra tus harapos y confrontemos los desgarrones. Aquellos se llaman gloria; éstos hambre, prostitucion, ruina, peste. Aquellos producen éstos. Basta.

¿Sois vosotros los que atacais, alemanes? Somos nosotros? Alemanes, *All men*, vosotros sois todos los hombres. Nosotros os amamos. Nosotros somos vuestros conciudadanos en la ciudad filosófica, y vosotros nuestros compatriotas en la pátria libertad. Nosotros somos, europeos de Paris, de la misma familia que vosotros, europeos de Berlin y de Viena. Francia quiere decir franqueamiento. Germania quiere decir fraternidad. ¿Puede uno representarse la primera palabra de la forma democrática haciendo la guerra á la última?

Las masas son las fuerzas: desde el 89 son tambien las voluntades. De aquí el sufragio universal. Qué es la guerra? El suicidio de las masas. Lo que haceis, pues, es poner el suicidio á la órden del dia. El pueblo, cómplice de su propio

asesinato, es el espectáculo que ofrece la guerra. Nada más lamentable. Se vé allí todo ese repugnante mecanismo de las fuerzas sacadas de su quicio y empleadas contra sí mismas. Se ven los dos extremos de la guerra: ya hemos visto que uno dá por resultado la miseria. Ahora mostremos el otro, que es causa de la ignorancia. Ay! estas son, en efecto, las dos trágicas enfermedades. El que las cure aumentará la luz del sol.

La propiedad de la ignorancia es sufrir. Las fuerzas se desconocen. ¿Habeis observado el ojo tierno del buey? Es un ojo de ciego. Es menester que siga siendo tierno, pero que llegue á ser inteligente. La fuerza debe estudiarse y conocerse. Sin eso es terrible. Ayudó al crímen, ella que debia impedirlo. Que todo sea activo, que nada sea pasivo, es el secreto de la civilizacion. Fuerzas pasivas, qué frase tan inútil! De ahí provienen los atentados. Un cadáver que mira al cielo acusa evidentemente. A quién? A vosotros, á mí, á nosotros todos, no solo á los que han hecho, sino á los que han dejado de hacer.

Que se vayan los espectros! ¡Que las medusas se disipen! Ni cuando truena el cañon en una batalla creemos en la guerra. Ese humo es humo. No creemos más que en la concordia humana, exclusivo punto de interseccion posible de las direcciones diversas del espíritu humano, único centro de esa reunion de caminos que se llama civilizacion. No creemos más que en la vida, en la justicia, en la libertad, en la cuna de los niños, en la sonrisa del padre, en el cielo estrellado. De los séres que yacen frios y sangrientos en el campo de batalla se desprende, en estado de remordimiento para los reyes, en estado de reproche para los pueblos, el principio de fraternidad. La violacion de una idea la consagra. ¿Sabeis lo que aconsejan á los vivos las apacibles sombras de los muertos? La paz.

VI.

Abajo las armas! Alianza! Amalgama! Unidad!

Todos esos pueblos que acabamos de enumerar, qué vienen á hacer en Paris? Vienen á ser Francia. La transfusion de la sangre es posible en las venas del hombre, y la transfusion de la luz en las venas de las naciones. Vienen á incorporarse á la civilizacion. Vienen á comprenderla. Los salvajes tienen la misma sed, los bárbaros el mismo amor. Los ojos saturados de noche vienen á ver la luz de la verdad. La alborada lejana del derecho humano ha comenzado á blanquear su sombrío horizonte. La Revolucion francesa ha arrojado un torbellino de llamas que ha llegado hasta ellos. Los más apartados, los más oscuros, los más hundidos en las tinieblas, han distinguido ya el reflejo y han oido el eco. Saben que hay una ciudad sol, saben que existe un pueblo de reconciliacion, un hogar de la democracia, una nacion abierta que llama á su casa á cualquiera que es su hermano ó quiere serlo, y que dá por conclusion á todas las guerras el desarme. Esos pueblos han sentido el vago extremecimiento de los profundos terremotos de la Francia. Han recibido más ó menos inmediatamente el golpe de nuestras luchas, de nuestras sacudidas, de nuestros libros. Han entrado en comunion misteriosa con la conciencia francesa. ¿Leen á Montaigne, á Pascal, á Moliére, á Diderot? No. Pero los respiran. ¿Es fenómeno magnífico, cordial y formidable el de la volatilizacion de un pueblo que se evapora en fraternidad! Oh Francia, adios! Eres demasiado grande para no ser más que una pátria. La madre, en el momento de la separacion, se convierte en diosa. Pasará algun tiempo más y te desvanecerás en la transfiguracion. Eres tan grande, que vas á dejar de ser. No serás Francia, pero serás Humanidad; no serás ya nacion, pero serás ubicuidad. Es tu destino disolverte en irradiacion, y nada es tan augusto en este momento como la desaparicion visible de la frontera. Resígnate á tu inmensidad. Adios, pueblo! ¡Salud, hombre! Sufre tu dilatacion fatal y sublime, oh pátria mia! Y lo mismo que Atenas se convirtió en Grecia, lo mismo que Roma se convirtió en cristianismo, tú, Francia, te convertirás en mundo.

FIN DE PARIS.

LOS CUATRO VIENTOS DEL ESPÍRITU.

INTRODUCCION.

I.

Ví pasar los cuatro vientos.—"Vientos del cielo, les dije, austros, ¿creeis que solo vosotros disponeis de una cuadriga? ¿Creeis que solo vosotros podeis vagar desde los mares hasta las montañas? ¿Creeis que solo vosotros podeis abandonar las olas que espumean eternamente para ir á silbar en los montes, huir despues rugiendo, sepultarse otra vez en la sombra, para ascender de repente, como bruscas medusas, hasta las alturas luminosas de la aurora? Esa marcha relampagueante, ese vuelo torrencial, los tiene el espíritu humano como vosotros, vientos trágicos; así como vosotros teneis primaveras, él tiene geórgicas; es el acre Archíloco y el amargo Hamlet; hincha la *Iliada*, como vosotros hinchais el mar. El alma tiene cuatro vientos, como el cielo; tiene polos, tiene puntos cardinales. Vientos, que ya soplais halagadores y suaves, que ya rugís embravecidos ó furiosos, el espíritu humano es como vosotros; tiene tambien alegría, cariño, ira y cólera. El vuelo de sus estrofas á veces se pierde y se disipa, como el vuestro en el azur al través de las nubes; los versos pasan con tanta rapidez por encima de las torres y de los campanarios, como el cierzo errante y vagabundo; y el poeta no gasta más tiempo que vosotros en secarse la boca y cambiar de clarin. Como soplais para disipar las pestes, sopla el poeta contra Neron; habla en voz baja á los séres benditos que viven encerrados en sus grutas en el desierto; produce constante inquietud á los déspotas. El pensamiento es un águila de cuatro alas, que recorre desde el diluvio, en el que Noé flotó, hasta la isla en la que Juan profetizaba, y cada una de sus grandes alas, que se llaman Epopeya, Drama, Oda y Yambo, corta como una espada. El génio recibe, en la guerra que empeña contra las calamidades, todas las salpicaduras que le lanza el caos, espuma, fango, sangre, baba, pero ninguna mancha. Es uno y diverso. El ideal está atado en los cuatro ángulos del cielo como una inmensa cruz. El gran carro del espíritu rueda sobre sus cuatro ejes. Nuestra alma, como vosotros, grupo sonoro de vientos, tiene su Norte, su Mediodía, su Oriente y su Poniente; que el hombre termina su carrera vital en la claridad, y su aurora nace de su tumba. El poeta es pastor, juez, profeta y apóstol; dando cuatro pasos puede ir de un extremo á otro del arte sublime, como vosotros vais de un extremo á otro del horizonte, y como vosotros, cuando es terrible, cuando tiene razon, parece que delira. La sombra tiene todos los vientos que forman los huracanes y el alma todas las cuerdas de la lira."

II.

Contemplando la inmensa claridad que en el cielo derramaba Aldebarán, le dije: —"¡Oh tú, que brillas y que á los claros paraisos ó á los oscuros infiernos llevas tu antorcha, solo tú conoces la ley que te rige: yo nada más veo tu forma; pues no podemos pasar de un enigma á otro, y todo para el mortal es esfinge. Cuando vemos azorados que atraviesa el espacio un cometa, sin que se atreva ningun firmamento á excluirle, ¿sabemos acaso lo que su cabellera enjuga? En el mar del Sér, en el que todo sirve, en el que todo perjudica, qué eres? Quizás fanal, quizás cabo nocturno oscuro, quizás el fuego de proa que vá delante de un navío. La vida á tu alrededor nace, muere, flota y

zozobra. Astro, cuando el universo nació de las tinieblas del caos, no fuiste tú el salto de luz menos desmesurado que le hizo extremecer al procrear el mundo. Formas parte, como las hidras y como los alciones, del ritmo monstruoso de la creacion; completas el horror sideral y sellas con una estrofa ardiente y centelleante el himno inmenso y estrellado que se llama cielo. Pan, el gran Todo fatal ó providencial, te acepta estupefacto, como se acepta el delirio de un sueño. Aldebarán, tu claridad insondable no pertenece á esos desconocidos que llamamos soles; no eres siquiera, como el querubin, una faz espléndida y sombría asomada al abismo; espectro vision, no eres siquiera en el fondo del cielo siniestro deslumbramiento; tu maravilla consiste en ser una rueda desconocida de luz, una aparicion que gira sin tregua, siendo sucesivamente perla, ónix, zafiro y diamante. Pues bien; no eres tú el único que brillas de ese modo; el alma es, como tú, una esfera, en la que relumbran cuatro estrellas. El hombre, como tú, es un prodigio. La antigua poesía te iguala, brillando con estas cuatro claridades: Orfeo, Homero, Esquilo y Juvenal. Cuando muere el dia, á la hora en que canta la cigarra, ó cuando sonrie el alba naciente, y en todos los sitios, la Musa, que conoce nuestros sufrimientos, los suma y sostiene en la mano la lámpara del espíritu del hombre: la Musa nunca está ausente; es sucesivamente Calíope, Erato, Polimnia y Némesis; es la eterna armonía, que alegre y salvaje, yendo del antro al nido, empieza en el idilio y termina en lo épico; tiene sus sufrimientos, sus amores, sus risas y sus cóleras, como tú; es cariñosa para los hombres esclavizados, dá consejos á los tiranos y á los pueblos, canta para los buenos corazones, brilla para los séres lúgubres; es la humanidad que está en pié y que cambia de voz. Arroja á los Césares de los paveses, les quita la corona y los sustituye por el pensamiento. Es Francia, es Italia, es Grecia, es Caldea. Cuando es sátira, azota; cuando es drama, ama; cuando es cancion ó psalmo, produce lúgubres extremecimientos; cuando es epopeya, hace ver á los reyes la ciega tiranía con todas sus consecuencias, la espantosa cosecha que recogen los que siembran el mal. Cumple en el globo, en el que gime el desterrado Adan, la misma mision que tú cumples en el infinito, y aunque tú, fijo y tranquilo, en el fondo inmenso del cielo, haces que no pierda su objeto el loco cometa y consigues que vuelva á entrar en su camino la estrella errante, no eres más luminoso que el espíritu humano, que hace ver á Dios, el infierno, la felicidad y la desgracia, faro de luces cambiantes en el océano de los astros!„



LOS CUATRO VIENTOS DEL ESPÍRITU.

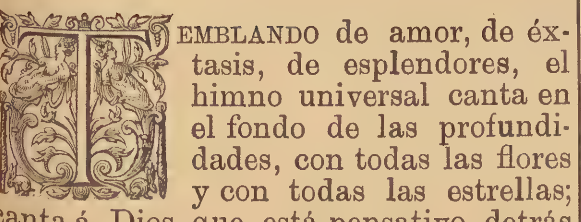
I.

EL LIBRO SATÍRICO.

El siglo.

I.

Inde iræ.



TEMBLANDO de amor, de éxtasis, de esplendores, el himno universal canta en el fondo de las profundidades, con todas las flores y con todas las estrellas; canta á Dios, que está pensativo detrás de los relumbrantes velos; canta gozoso; embriaga el azur, deslumbra el espacio, adora y bendice. De repente pasa Satanás, ese sér inmundo que quiere prostituirlo todo, y en cuanto el himno le vé, le silba; interrumpiendo su alegría, le apedrea; lo que antes bendecia, ahora muerde; lo que elogiaba, escupe; indignado el trueno, ruge en el hosanna; la picota se levanta en la cumbre del Sinaí; cada estrofa del cántico de gloria y de armonía adquiere forma, se convierte en hombre, es profeta, es génio, es verdugo del perverso. Así nació Isaías, esa alma de doble filo; así nacieron los grandes vengadores, los rudos justicieros, los pálidos Juvenales, que aterraron á los brutales Césares; así nació Dante, ante quien todo huye, esa sombra que en la oscuridad de la noche parece de mármol.

II.

Cuando yo era muy jóven y me preparaba para entrar á luchar en la liza fatal, en la arena en la que han sucumbido muchos antes que yo, la Musa, contemplándome misteriosamente, me dijo: —"Vas á luchar: cuando el Cid salia á campaña á combatir por Dios, por su derecho y por su pátria, aquel héroe iba bien armado; llevaba dos cascos, dos espadas, la invencible lanza y dos escudos, para poder cambiar de armas. Cuando sacaba la espada se convertia en un arcángel. ¿Llevas la daga colgando del cinto, soldado que vas á ser mártir? ¿con qué armadura vas á cubrirte, qué espada blandirá tu robusta mano?„—"Musa, la contesté, profeso ódio al mal y amor á la justicia; voy mejor armado que el paladin.„—"Llevas tambien dos escudos?„ —"Sí; el desden y el desprecio.„

III.

Cuando Virgilio suspende la cabra de las ramas del blanco ligustro; cuando

Lucrecio tapa con hojas al hombre desnudo; cuando Ennio compara con el sátiro cornudo el macho cabrío, que asoma la cabeza por entre las malezas, y consigue que la Europa, que estaba bañándose, vuelva la cabeza y tiemble; cuando Moschus canta á Enna; cuando Horacio alegremente sigue á Canidia y hace que ante el caldero humeante, en el que se infiltra el horror que producen la luna y las tumbas, estornude Príapo al percibir el acre olor del filtro; cuando Plauto pega á Davus ó se burla de Amfitrion, el éter azul en una parte del cielo brilla y derrama sus rayos sobre la bañista sobresaltada ó sobre la cabra que brinca, y se oyen allá á lo lejos las risas de los dioses del Olimpo. Pero todo el azur del firmamento se eclipsa por donde pasan los vengadores. Los tragaluces de la tierra bañan con sus claridades rojizas el muro siniestro en el que Jeremías se apoya. A los que tienen la mision de castigar, su amiga grave y pálida, la Muerte, les toca en el hombro y les dice:—"Espíritu, no dejes escapar al bandido que persigues.„ Solo los justicieros del abismo aterran para siempre á los mónstruos y á los criminales; son los gigantes enviados por Dios con esta mision y que cumplen los insondables decretos; ponen á Achab y á Tiberio en la picota; caminan anunciando por todas partes sentencias que el hombre oye con sobresalto respecto á Tyro, á Nínive y á Roma, y sombríos, fulminando rayos, pasan á través de los azorados siglos. Isaías medita apoyado de codos en la atea Babilonia; Esquilo, apoderándose de Prometeo, clava en un drama eterno al tirano Júpiter; Shakespeare manosea á su placer á Enrique VIII; Lutero azota á los Borgias confundidos con Luis XI; Tácito aplasta con sus piés de bronce á los doce dragones que se llamaron Césares; Milton acecha desde el ventanillo del calabozo la caverna en donde rechina el pandemonium de los reyes satánicos; Juvenal tira y arrastra al Vampiro de doble cabeza, que sus versos mataron, y el Dante se apodera del extremo de la cadena de hierro que Judas muerde en la oscuridad del infierno.

IV.

Eclipse.

Hay momentos en los que el mundo duda, en los que nada comprende; el hombre lo vé todo á través de la bruma y á la luz de un reflejo pálido y crepuscular; vive sin alegría, pero tambien sin cólera. La desaparicion de todo le deja azorado. Brillan para él no sé qué inexplicables relámpagos. El altar se bambolea y los gusanos hormiguean en él. Todo lo vé confundido; Irmensul se parece á Jehová; estupefacto, el sábio balbucea y se esconde; el mal parece idéntico al bien en la penumbra; solo se vé el pié de la escala del Número, y nadie se atreve á subir hasta el infinito oscuro. Dodona habla confusamente á Gethsemaní; el Œta humea cerca del Sinaí, que truena; el género humano registra, sueña, niega, se queja ó se asombra; los ciegos se enseñan el camino unos á otros; el pensador es creyente, el sábio es ateo; la conciencia escucha, prueba, y desorientada, toma por verdadero lo falso, andando á tientas. Los Vedas, que unos veneran, son novelas para otros. Las virtudes pierden sus formas. Las monstruosidades hacen inmensa sombra hasta en el alma y en el firmamento. No hay honor ni fé, todo está perdido; se divisa aun la cima, pero no se distingue ya el faro. El resplandor de la antorcha tiñe de color de púrpura la tiara. El amor en el fondo de los corazones agita locamente las alas, como si el hombre ya no le ofreciese seguridad. El camino está oscuro. Andando á tientas tropezamos con el que camina inmediato á nosotros. La multitud esparcida flota, produciendo el ruido de un enjambre de abejas. El mal es emperador y la noche reina. Se distingue un trono en la oscuridad. Los miserables forman espantosos grupos en la profundidad del abismo; todo está confuso y casi borrado y las tinieblas se rien. En esa situacion el alma aparece siniestra y vé con angustia esas temibles ocultaciones. ¿Nacemos? morimos? ¿en qué tiempo y en qué lugar? Los pueblos están disgustados y descontentos; se oyen sonar toques de rebato y toques de clarines; el viento es pesado, el espacio está frio, el globo desnudo; sonriéndose el demonio, exclama:—"Estoy desconocido.„

V.

En la actualidad la sátira, canto en el que suena un ¡ay!, boca de hierro de la que sale un tierno sollozo, no es ya el que era en los tiempos de nuestra infancia, cuando siendo cándidos estudiantes nos hacian ir á la Sorbona, escuela indigesta, y cuando ante todos nosotros, que

escuchábamos poco, desembuchaba su leccion el pequeño Andrieux y mordia á Shakespeare, á Hamlet, á Macbeth y á Otelo con los dientes postizos que tomó prestados al viejo Boileau.

En este siglo inquieto la vida ha ido convirtiéndose paso á paso en grave y pensativa, y la verdad desnuda llama al pensamiento para que la socorra, desde que en su pozo la tapiaron mezclada con la mentira. Despues de Rousseau, despues de Danton, la suerte vuelve á oscurecer la triste alma humana; el derecho y el deber yacen en el suelo, heridos en las entrañas; el sol cobarde se rie del negro dragon que silba; el hombre echa al mar el honor, como si fuera una brújula vieja y descompuesta; lamiendo los piés del vencedor se consuela el vencido; la historia de estos tiempos se reduce á esta frase: Conseguir éxito. El éxito es sultan y el crímen su visir; la antigua y vergonzosa embriaguez que producia la ignominia reaparece en los ojos y se lee en las frentes; brinda por los tiranos, y el pueblo, cansado ya, vuelve á beber el vino fatal, que tantas veces bebió. Por eso la sátira ahora es severa: desconoce la grandeza de los reyes, que proclamó Boileau, y no se acuerda de ellos más que para abofetearlos. El fin y el propósito de la sátira debe ser hoy ocuparse del patíbulo, que es preciso desmontar pieza á pieza; de la infame ley de sangre, que persiste á pesar de las raspaduras hechas en ella, pues conserva los tajos, si ha abolido las torturas; debe ocuparse del niño á quien ahogan las manos de la ignorancia, para que, libre como el pájaro, pueda abrir las alas; debe ocuparse de ir relevando sucesivamente á los fatales centinelas el mal, la preocupacion y el error, que custodian el calabozo donde duerme el espíritu humano; debe ocuparse en desterrar la guerra y en desterrar sus buitres; en desamordazar las bocas para que puedan quejarse todos los sufrimientos; este debe ser su objeto, este debe ser el deber que la encienda en cólera y la convierta en utilidad pública.

Para enseñar á todos la virtud, la equidad y la razon, basta que la realidad, serena y pura, ascienda al horizonte y desvanezca el horror de las tinieblas, apareciendo. Mientras está oscuro se confunden las llanuras y las montañas, la ignominia y la gloria, las grandezas y los vicios, las bellezas y los defectos; lo falso parece verdadero en la oscuridad. La claridad es la piedra de toque. La luz de la verdad alumbra al justo en el mundo; el justo ocupa la cumbre humana y le ilumina la luz de la aurora.

En la actualidad, como en los tiempos antiguos de Roma, la implacable sátira debe derramar en los hombres la luz, la razon, la verdad, la bondad sin ira, la piedad suprema; debe perdonar al malvado, pero castigar el mal; ocuparse de una casta ó de un asunto baladí no es su mision en esta época; necesita ocuparse del mundo entero; perseguir lo infame, pero no lo ridículo.

A un Augías pigmeo correspondia un Hércules de su talla, y el maligno Boileau hizo lo que pudo. Pero la sátira no tiene ya por qué ocuparse hoy del antiguo Lilliput. Hoy vuela, atravesando la sombra y las catástrofes, grandiosa y pálida entre un huracán de estrofas, y se dirige corriendo contra el vil advenedizo que aplasta á un pueblo con los piés que en tiempos pasados iban descalzos. La sátira entrega á los alados perros de su jauría todos los déspotas, todos los mónstruos, gigantes ó enanos, para que los devoren. La sátira se presenta ante los Césares para desesperarlos, y sus versos crugen como los huesos del tigre. Como las aves emigran buscando la primavera, ella vuela siempre en busca del pais del honor. Son sus amigos el ángel de Josafat y el espectro de Elseneur; y aunque es sábia, parece que sea loca; ¡de tal modo deja oir sus profundos clamores! Necesita, para rugir y para cernerse á sus anchas, tener debajo de ella á todo el pueblo; solo en el mar el viento se encuentra bien.

Cuando Colon parte, está de pié en el muelle; se enamora de tí, Barbés; sigue, lanzando gloriosas aclamaciones á Fulton, á Garibaldi, á Byron, á John Brown, á Watt, á Sócrates, á Jesús y á Voltaire. Cuando se entierra á un muerto glorioso hace que brote de su tumba verde laurel; cura arrodillada á los venerables vencidos, bendice á los malditos, besa en la frente á los miserables, lucha sin temor alguno, aunque detrás de ella la juzguen y la acriminen; pues en los reinados viles y traidores es crímen no reir cuando agoniza la víctima y amar á los

que gimen en las cárceles, porque el que llora á las víctimas ofende á los verdugos.

La sátira es triste? No, que es formidable. Ya que al lado de las tumbas los vencedores se sientan á la mesa, ya que viven muy satisfechos en el oprobio, ya que cantan y bailan al devorar sus presas, ella acude tambien á esos festejos. A esas alegrías, á esos banquetes, á esas embriagueces del triunfo asiste, moviendo los labios con la risa siniestra de la Euménide.

Pero el inmenso esfuerzo de la sátira consiste en proponerse mejorar la vida, y trata de desterrar la muerte, de proscribir la noche, de romper el nudo, aunque deba tratar con aspereza al titán popular. Cuanto más amor entraña, en mayor cólera se enciende. La conciencia humana se vá despertando con mucha lentitud; el honor deja que su fuego se apague y que se esconda entre capas de ceniza. De este modo la Némesis, que canta, que salta y que hiere, ante la que Tiberio se queda sobrecogido; la diosa de Juvenal, que es Hebe por su belleza y Medusa por el horror que causa, siente mayor furor por despertar el olvido que por castigar el crímen. Se acerca al pueblo y cuelga de ese inmenso durmiente el yambo amargo: entonces á la estrofa la hace temblar el celo trágico, y se enrojece al procurar sacar la centella de la sombría y fatal languidez, y el verso irritado se convierte en una claridad. De este modo en la oscuridad se enrojece el semblante del que sopla con fuerza á un tizon encendido.

26 Abril 1870.

VI.

Voces en un granero.

El traje usado.—¡Vivan las medias de seda y los zapatos de charol!

La silla rota.—¡Dios bendice los cómodos sillones!

La sarten fria.—¡Gran placer debe causaros un gran fuego que lance llamas y chispas en vuestro cuarto en el mes de Diciembre!

El vaso lleno de agua.—Os aseguro que me gusta mucho el vino.

El platillo lleno de polvo.—Os aseguro que me gusta mucho el café.

Un vidrio roto.—Una ventana está muy bien cuando tiene cristales.

El bolsillo vacío.—Cuando el avaro usurero, que es tu acreedor, agita un billete del Banco con los huesosos dedos de su mano, aunque sea un hombre repugnante, Vénus corre hácia él desnuda en su concha de nácar.

El catre.—¡Qué cómodo es el edredon!

El escritorio.—El Aretino, que posee gran ingénio, vive satisfecho; cuando escribe, apoya los piés en una alfombra turca, que calienta su prosa.

El agujero de la cerradura.—Me gusta tener un portier espeso, de color de rosa ó verde, que me deje ver, por entre los pliegues de satin, cómo un mandarin se toma la taza de té.

El espejo roto.—Me gusta ver un hermoso cordon rojo debajo de un frac lleno de bordados.

El banquillo cojo.—Es una felicidad poder ir á conquistar la cruz de Berny, montando un caballo ardiente que corra, que vuele, como si tuviera alas.

El techo agujereado.—Es una gloria, mientras ruge feroz el viento, poder contemplar en una sala bien cerrada, al través de los cristales, la claridad del cielo azul.

El cielo azul.—Callaos! Que no sabeis lo que vale la serenidad que dá el poder ir por todas partes con la frente alta, y poder decir: "Cómo pan moreno, pero soy honrado."

17 Noviembre 1853.

VII.

El sostén de los imperios.

Ya que existe el mundo, tenemos que tolerar que sea como es; estudiemos sus séres sin incomodarnos con ellos. Ved ese hombre; pertenece á la clase media del siglo en que vivimos. En otro tiempo vendia sebos y jabones, acaparó un caudal, y ahora es rico; posee prados, viñas y bosques. Detesta al pueblo, pero no puede ver á los nobles; como es hijo de un portero, encuentra que en esta época para nada sirve ser hijo de un título. Es severo y virtuoso. Es miembro del gran partido del órden y de los hombres honrados. Le cargan los enamorados y los inteligentes; dá alguna limosna y se dedica un poco á la usura; no quiere oir hablar de progreso, ni de libertad, ni del derecho de las naciones; posee el sentido comun de Sancho Panza, con el que

seria capaz de dejar morir á Cervantes en un hospital; admira á Boileau, acaricia á las criadas, y despues de arrugar el traje de Juanita, truena contra la inmoralidad de las novelas que se publican en folletin. Vá á oir misa todos los domingos, sin faltar ni uno solo, provisto de un devocionario encuadernado con gran lujo; no porque sea creyente, sino porque cree que esto le conviene, porque se figura que el populacho creerá si se convence de que él es creyente; porque lo que importa es embrutecer al pueblo, ya que éste tiene hambre, ya que éste necesita tener el freno de Dios.

VIII.

Versos escritos en la primera página de un libro de José de Maistre.

Eres una catedral enorme, edificada contra el derecho y contra el deber; en ella se resbala la sacristía por un plano inclinado, hasta convertirse en matadero.

En ese templo, edificado con dos fines, hay aquí cirios y allí antorchas; en él se justaponen los dos pórticos, el de la luz y el de la noche.

Luz falsa y noche real. La sombra de Roma oscurece á Paris. El águila tiene al extremo de sus alas uñas de murciélago.

Pueblos sin vengadores, espantosa lógica inventa extraño Reims, en cuya doble mesa están sentados los dos que se te comen.

Los dos séres que sin cesar te roen, el magnífico y el repugnante, se beben juntos tu sangre y piensan, aconsejados por un sacerdote, que está á su lado.

La doble capilla tiene dos sacerdotes; uno de ellos es el altivo cero que se llama Bonald, y que corona al príncipe; el otro se llama de Maistre, y consagra al verdugo.

Horror inspira la vista del imperio, que ostenta sobre el trono una púrpura coagulada, que corrió líquida por el patíbulo.

Un hombre reina y siega. Siempre me pareció que se habian casado morganáticamente el sable y la cuchilla.

IX.

Deja que te calumnien.

No te enfurezcas, hermano mio, cuando te calumnien, y oye lo que de tí digan con la sonrisa en los labios. Si ves que te silban, que te muerden y que te maldicen séres indignos y deshonrados, despues de hacer su negocio y de representar mil papeles, no te apesadumbre el verte tratado así por los bellacos; no te entristezcas por las murmuraciones de los envidiosos. Toma ejemplo de mí; mírame solo, de pié é impasible en el escenario; me insultan y me burlo de su envidiosa rabia; y salgo y entro, porque conozco que en el rudo camino que debo seguir, hoy me acompaña el honor y mañana me acompañará la gloria.

X.

A un hombre caido.

Comprendias bien que al fin un dia tenias que caer, pero imaginabas ser uno de esos séres á los que el ódio público hiere furtivamente; te figurabas que te derribarian sin hacerte daño, con suavidad, en secreto, con precaucion y de noche, como se deja en tierra un jarron precioso; y te procuraste de antemano, y muy lejos, debajo de un hermoso cielo, en tu palacio, más soberbio que la villa Farnesio, un lecho voluptuoso, para caer en él cómodamente. Pues no sucedió nada de eso. En pleno medio dia fué cuando el pueblo tronó. Estando el horizonte azul relampagueó, y el rayo te hirió en la frente, y los que vieron que te convertias en polvo en un momento, se quedaron espantados al verte aplastado así. Al verte en tierra, comprendieron los sábios que son funestos los tiempos en los que un miserable, un fullero, creado para arrastrarse, logra encaramarse al poder y caer de tanta altura.

XI.

Anima villi.

Insultando á los valientes y á los justos, lisongeando á los traidores, justificando á fuerza de sofismas los más cri-

minales atentados, ese hombre espera conseguir ser grande: se desvive por ser malvado, cuando no es más que un bergante; ese retórico, ese gusano, que se encarniza contra nosotros y de quien nosotros nos reimos, desea que le consideren cómplice de los grandes crímenes. Se burla del arte, pero esto se comprende, porque la fealdad es ciega y sorda ante la belleza. No le satisface ser idiota y envidia al tigre, al que tratamos con respeto por miedo. Pues pierde el tiempo y el trabajo: Aliboron no puede ser Behemoth; lo burlesco es difícil que sea siniestro; aunque fueras un asesino, continuarias siendo un galopo. Cuando esos séres sangrientos, que envidias; esos Mahmouds, que ódia Tácito y que Cuvier admira, están reunidos, no es fácil penetrar en su real asamblea. Es imposible para tí convertirte en personaje histórico; es imposible que salgas del círculo infranqueable del desprecio. No has dado ni un solo paso hácia el verdadero progreso. Te hinchas como un sapo, pero no aumentas; consigues arrastrarte, pero no morder. La naturaleza no puede malgastar sus fuerzas para alargar tu estatura. La naturaleza es impasible. Porque los ranacuajos, que se alimentan de podredumbre, deseen convertirse en dragones y en caimanes, ¿la naturaleza lo habia de consentir? ¿El gusano se ha de transformar en boa y la ostra en hidra? Locusto envenenaba el vino, pero no la cidra; el infierno hizo terrible á Aretin, pero no á Brusquet. El gozque se esfuerza por ser lobo, pero se queda en la mitad del camino. El gato que desea rugir, solo puede mayar; la naturaleza no elevará nunca á la dignidad de crímen, de fúria y de perversidad la malignidad de esos séres diminutos. No conseguirás, pues, nunca hincharte bastante para ser el Piton que viva en el fango del pantano; permanecerás siendo feo, débil y flojo, pues el sol oye impasible que el lagarto pretende ser cocodrilo. Tendrás siempre corazon monstruoso y alma vil.

XII.

Literatura.

Siempre, quejándose de nosotros, ha de insistir el pasado, diciéndonos:—"¿Por qué estais tan lejos de mí? Ingratos! Por qué cometeis semejante crímen?„ Así nos pregunta siempre, furioso y sin poder ocultar su rabia.

No hicimos más que caminar, pero el que camina hácia adelante te asesina, decrépito pasado. Soy de mi siglo, y por lo tanto apasionado de él. Te dije ya muchas veces que ha pasado la época en que la naturaleza tenia mal gusto; en que el jesuita Bonhours y el cangrejo Batteux, con los anteojos montados en la nariz y con la pluma en ristre, manchaban con tinta el cisne de pico dorado, el bosque verde y el cielo azul; pasó ya la época en que el hombre corregia el manuscrito de Dios. No es éste ya el siglo en el que Lenotre en Versalles rotulaba los arbustos, las malezas y las ortigas; siglo en el que recorrian los campos simétricos hombres empolvados, por entre las hileras de los árboles trasquilados. Ahora todo tiene libertad; al árbol le crece la cabellera y el hombre no gasta peluca. Esas ideas antiguas murieron con los antiguos cerebros. La Revolucion produjo un nuevo mundo. Cuando Hernan Cortés llegó de Méjico, vino con las manos llenas de oro, trayendo riquezas al universo jóven; nosotros le traemos versos, nosotros le traemos cantos misteriosos; somos ya otros hombres. Bravos pedantes, apaciguaos, que ya no podeis impedir la libertad que ha conquistado el hombre.

No somos ya nobles ni villanos, ni zoquetes en los prados, ni palurdos en los viñedos, ni barones en las torres, ni raitres entre cañones; hemos roto esas cortezas y somos ya todos hombres, hombres que hemos salido de los tiempos del oscurantismo, hombres todos iguales; ya no hay tiranos ni cautivos, señores ni criados; la humanidad se presenta al fin tal como es, que la careta ya gastada se le desprendió del rostro y le cayó al suelo.

La naturaleza nos halaga y nos posee; suavemente nos atrae á su profundo antro, del que expulsa por nosotros á su antiguo sátiro, y en él nos enseña una esfinge nueva, que dice: "Pensad„. Para nosotros son augustos los píos que se oyen en los nidos de los pájaros; para nosotros, las monarquías, que saludais inclinando las cabezas canas, valen menos que las campanillas que se enraman en los huertos. Reinar, para nosotros, tiene poca importancia; vemos á Cárlos V sentado en el trono, á Julio II debajo del dosel, á César con el séquito de sus clarines triunfales, y nos parecen in-

significantes esos esplendores comparándolos con la claridad que la aurora derrama en el cielo cuando brilla. Cuando contemplamos por entre las desgarraduras de las nubes al pájaro que vuela en el éter satisfecho, nos parece que agita sus alas nuestra libertad. La naturaleza es para nosotros el único y sagrado verbo, y nuestro arte poético no conoce á Boileau. Nuestros altos, excelentes y poderosos reyes son los peñascos en el mar y las encinas en los bosques. Somos esclavos de la verdad. Algunas veces tengo tentaciones de saludar respetuosamente como á un monarca al monte Blanco y de llamar majestad á la doncella, que pasa hermosa y esquiva, llevando el cántaro en la cabeza y el fulgor de la castidad en las miradas.

Es preciso resignarse á que cada siglo siga su camino. Sin duda fueron grandes los hombres de otras épocas; pero nosotros ya no volvemos la cabeza hácia las mismas claridades. En otro tiempo, con el pelo rizado, teniendo á su lado un monton de abates sin hábitos y de mujeres sin tocas, entre príncipes dioses, debajo de techos olímpicos, con casaca ajustada, con encajes en el cuello, aparecia grave en el salon de Marte, ó en la galería de Apolo, el poeta, que se llamó Corneille ó que se llamó Moliére; mientras en la capilla ó en la pajarera los cantores ponian acordes la tiorba y el laud, dirigidos por Sully, y esperaban, haciendo sonar los instrumentos, que apareciese el pajo, vestido con tonelete de brocado de plata, que les llevara la palmatoria del señor delfin. Hoy, el hombre, en vez de estar en Versalles y en el salon de Hércules, en vez de codearse con los Guiche ó con los Brissac, vaga al aire libre, con las manos en los bolsillos del gaban; solo, en la inmensidad donde soplan los vientos, oye el ruido que produce la sombría proa de la tierra, y pensativo, en las horas en que suena la inquieta orquesta del arbusto, del árbol y de los manantiales, en las horas en que la encina deja oir su contrabajo, el agua su flauta y el viento su Stradivarius, observa cómo vá ascendiendo Sirius en el horizonte.

Para la Musa con guardainfante, que recalentó Dorat, el hombre es un orangutan; para los bosques es un Orfeo. La naturaleza le dice:—"Hijo mio, ese troglodita afable, al olmo del camino hace recitar su fábula; dice al cabritillo: Has balado bien, hijo mio.„ Cuando la flor, por la mañana, coronada de perlas de rocío, se refleja coquetamente en el agua, el hombre pasa y la dice:—"¡Buenos dias, señora marquesa!„ Despues sufre, llora; ¡es hombre! y su destino humano se refleja en la tristeza de su frente. Pues en la tierra, á todos, por fuertes que seamos, por poco que sea nuestra valía, nos trabaja el destino para adornar la tiara de Dios. El mismo brazo nos comunica el mismo fuego; en la humanidad gasta su lima, prueba todos los corazones en su sublime molde, escruta todos los defectos del hombre, saca del sábio una centella y del justo una llama, ese lapidario del alma que se llama el infortunio.

Así es el poeta hoy. Grandes y pequeños, todos estamos sumergidos en el azorado Pan. Hemos contemplado sus esplendores, hemos sorprendido sus secretos; comprendimos lo que afirma Newton, lo que percibia Mesmer. La gran libertad de los vientos en el mar, el bosque que teme á Dios en su sombra, y las aguas, las flores y los campos, hicieron nacer en vosotros un hombre misterioso, semejante á las profundidades que contempla. La naturaleza señala con el dedo el cielo á los soñadores. El cedro de torso enorme, atleta de las tempestades, en el monte Líbano aconsejaba á los profetas, y su ejemplo austero lanzó á Nahum contra Nínive y á Amós contra Gaza. Las esferas, girando, hacen caer sobre nosotros la justicia. El alma asciende al bien como el astro al solsticio, y el mundo-equilibrio creó al hombre-deber. Cuando el hombre vé mal á Dios, la aurora se lo hace ver mejor. Por la noche, cuando Aquilon toca la trompeta, extremeciéndose nuestro corazon, repite lo que él dice. Vivimos libres, temblando, prosternados, deslumbrados por Dios, y volviendo la cabeza hácia todos los ideales y hácia todo lo posible, cogemos en el azur invisibles rosas. La sombra es nuestro palacio. Somos comensales de la abeja, del junco que nutren los arroyos, de la mariposa que bebe las gotas de lluvia, de las flores, á las que disputamos el rocío. Abandonando el pasado muerto á los siglos difuntos, vivimos de rayos, de suspiros, de perfumes, saboreando sin cesar la ambrosía que Homero llama amor y Platon poesía. Nuestra adoracion, nuestro altar,

nuestro palacio es la virtud ó es la mañana que aparece; nuestras grandes apariciones consisten en ver á Vénus iluminar las cumbres de los montes oscuros; en ver florecer á la azucena, casta y hermosa; en ver á Jesús irguiéndose pálido y sangriento en el Calvario.

22 Noviembre 1854.

XIII.

A un escritor.

Estate prevenido contra Marchangy. La prosa poética es el carril en el que gimotea el antiguo y ético Pegaso. Ciertamente el verso tiene, como la prosa, derecho á la cadencia justa y al ritmo divino; lo tiene, con tal de que no remede al metro y de que la cadencia se pierda condensándose. La prosa prueba en vano á levantar su fatigoso vuelo, pero el verso llega hasta el cielo expontáneamente; el verso tiene un no sé qué frágil y al mismo tiempo eterno, que en él canta, se cierne y bate las alas; que hace que se confunda con las claridades del firmamento misterioso que produce el alba. Aunque hicieras llegar hasta las estrellas la prosa, la prosa siempre será *sermo pedestris*. Crees que es Ariel y no es más que Vestris.

XIV.

El monte de los Ahorcados.

(Jersey.)

Me acaban de decir que en la noche de ayer se perdieron dos bricks en los bajofondos que hay cerca del monte de los Ahorcados. Señalando á éste, contesté: Estando avezados á matar ante los precipicios, ¿por qué pretendeis que estos sean mejores que vosotros? Las olas son insensatas, pero los hombres son locos. Dais mal ejemplo al mar salvaje, ofreciéndole el espectáculo de la muerte; ya que colocais las horcas en los acantilados, no debeis extrañar que cerca del puerto, esperando vuestras partidas y vuestras llegadas, no tengan compasion las rocas que el hombre depravó!

XV.

Enseñan la punta de la oreja.

Empecé por reirme. Estaba paseando en mi huerto, lleno de rosas; era el amanecer, cuando el bosque se embellece, cuando la naturaleza deslumbra con su relumbrante claridad; el mar susurraba suavemente, revoloteaban las mariposas, cantaban los pájaros. Entró un amigo, que, saludándome, me dijo:—"Vengo á daros una noticia; acaban de quemaros en la plaza pública.„—"Dónde?„—"En un pais honrado y católico.„—"Ya lo supongo.„—"Han cogido vuestra efigie de un libro, en el que describís el presidio y el convento; os han quemado con gran escándalo, por ser diablo y judío, y luego han aventado al viento vuestras cenizas.„—"Seria poco decente obrar de otro modo; pero, ¿cuándo y dónde ha sucedido eso?„—"El otro dia y en España.„—"Ya lo comprendo.„—"Han hecho cocer en las brasas á Myriel, á Juan Valjean, á Mario y á Cosette, en fin, á todos los *Miserables* de vuestra obra. Os han asado como á Voltaire.„—"Luego he tenido calor en España y frio en Inglaterra. Esa es mi suerte!„—"Esta noticia la traen todos los periódicos. Lástima que no puedan perseguiros hasta aquí! Como no han podido asar al hombre, han quemado el libro.„—"Eso es lo de menos.„—"Aquí lo leereis con todos los detalles; vereis cómo eran los ejecutores, y comprendereis la magnitud de las llamas que desprendia una hoguera capaz de incendiar una biblioteca.„—"Sin duda algun obispo me hizo ese honor.„—"Un obispo! Pardiez! para condenaros se han reunido muchísimos.„—"Eso es para mí demasiado honor.„—Nos reimos los dos.

Despues entré en mi morada y me quedé meditando.

En los tiempos de Vénus Afrodita, algunas veces esta diosa vagaba blanca y desnuda por el interior de los bosques, sola, oyendo no sé qué voces, caminando tranquila, y su atrayente beldad, su hermosa cabellera y sus relumbrantes ojos eran para el bosque como la aparicion del amor. Conteniendo la respiracion, los faunos, que veian lejos de ellos pasar esa claridad, acudian á buscarla; los sátiros, de amarillentos ojos, se deslizaban por detrás de ella, encendidos en viles deseos, y bruscamente tendian los brazos para asirla; el bosque temblaba, y pálida la diosa, volvia la cabeza al sentir el contacto de las manos de los sátiros. Así en nuestro siglo, que es época de engañadores espejismos, la conciencia humana

siente extraños estupores; camina derramando luz en nuestro crepúsculo; pero de repente se pára y retrocede ante el fauno. Tartuffo está allí, Tartuffo, que es el Satanás de otro edén. Experimentamos en la sombra, de repente, á cada momento, que vagamente alargan contra nosotros alguna infame garra, que prueba en las tinieblas á apoderarse de nuestra alma. El espíritu humano siente que tentando le toca un verdugo, que suavemente se apodera de él. Echan al quemadero todo lo que pueden; quizá más tarde irán más adelante: el que os ha de castigar es tímido; es sacerdote, y casi antes os pedirá permiso. Alumbra el brasero, hace una procesion, pone leña en el fuego, betun en el cilicio; pero tan melosamente, que despues de sufrir el martirio os quedais riendo.

Os reís porque sois unos imbéciles. El que sigue las huellas del espíritu que hizo obrar á los Basilios se rie de veros reir. Es Vichnou, Mithra, Tentates, y vuestras risas conseguirán que la hoguera sea mayor. Os encolerizais, ¡bravo!; esa rabia me es productiva. Quemad mis libros, que así centuplicais la venta. Cuando os burlais, el clérigo participa de vuestra alegría, y exclama para sus adentros:—"Esperad que la Francia se duerma, y entonces vereis lo que os sucede á los escritores que libremente proclamais las verdades."

¿Puede calcularse el camino que andará paso á paso, ayer, hoy y mañana, la tortuga con sus piés fósiles? ¿Quién lo sabe? Quizá bien pronto se reunirán Concilios; quizás muy pronto un hombre se atreverá á decir á Dios:—"Soy infalible; déjame sitio; hazte atrás." ¿Volverán á venir los antiguos tiempos? ¿Cabe en lo posible que el hombre vuelva á ser pasto, presa y blanco, y que reviva el doble yugo, que no solo esclaviza, sino que tambien mata? Nuestros padres sufrieron ese doble poder, el del cetro de bronce y el del cayado del hierro candente; fueron miserables párias, que vieron en su oscuridad esos dos espectros, uno al lado del otro, que se decian:—"Apodérate de los pueblos, César."—"Y tú de las almas, Pedro."—"Toma la púrpura, César."—"Y tú?"—"Yo me quedo las llamas."—"Nada más?"—"Con esto me basta."—"Reinemos."

Edades repugnantes! En ellas imperan el guerrero y el pontífice con sus séquitos de confesores, de acuchilladores, de verdugos y de jesuitas. Ante las hogueras, ante los sambenitos, Roma hace cuatrocientos años vocifera con vil elocuencia, lanzando sobre el universo aterrado, que vive en el sufrimiento, con una mano el agua bendita y con la otra el azufre. Sus sacerdotes llevaban caretas con negros agujeros; sus mitras tenian la forma de apagadores; representaban la Noche en la oscura Edad Media, y están dispuestos todavía á volver á representar ese infausto personaje; hasta en nuestro siglo los veríamos aparecer con su antorcha encendida, á la luz del medio dia, con su báculo y con su séquito, si pudieran encontrar bastante sitio para poder pasar entre Voltaire y Rousseau.

¡Retroceded para siempre, falso poder, falsa ley. ¡Roma de los hábitos, España de los frailes, desapareced para siempre! ¡Capuchones, clérigos, abades, predicadores que cazan patrimonios, execrable pasado que levanta la cabeza amenazadora, desapareced! No quiero que vuelvan á recobrar vida estos espectros del pasado, que se me aparecen: Saulx-Tavanne, arrojando espuma de sangre, y gritando:—"Degolladlos á todos, que Dios ya conocerá á los suyos." La judía de diez y seis años, que quemaron para celebrar las bodas de Cárlos II con Luisa de Orleans, en un auto de fé ofrecido á los desposados, como un cirio que se enciende para celebrar un casamiento; Campanella, despedazado por la Iglesia; Jordan Bruno, sepultado en un arroyo de pez hirviente. El duque de Alba, paseándose por entre las hogueras y secándose las manos ensangrentadas al calor que producen las brasas de los hombres quemados; la plaza de Abbeville, en la que el jóven Labarre, por haber compuesto canciones contra el clero y contra los sacerdotes, despues de arrancarle la lengua con unas tenazas, le lanzaron á la hoguera. Se me aparecieron tambien el mercado de Rouen, en el que sufrió el suplicio la heroina Juana de Arco; Juan Huss, quemado por Martin, el águila muerta por el asno; Farnesio, Cárlos V, Gregorio y Segismundo, reunidos los cuatro, y como sentados en la cumbre de un monte, teniendo á sus piés al género humano espantado, por haberle hecho creer en un dios terrible,

que causó el ateismó del mundo. ¡Pasado horrible, desaparece para siempre!...

XVI.

El patíbulo.

—"Debe aplicarse la ley del Talion; ojo por ojo, diente por diente, cabeza por cabeza: es justo que muera el que mata; es preferible el cadalso al remordimiento.„ Que callen esos gritos salvajes! Tuvimos ya que sufrir demasiadas desgracias, demasiados desastres, demasiados degüellos! ¡Basta ya de suplicios y de ejecuciones! Despues de haber sufrido toda clase de tempestades, cuando el cielo se serena, el hombre debe abrir el corazon, como el pájaro abre las alas, y volar hácia el cielo, que llena la gran alma eterna. El pueblo, que los reyes pisoteaban, es la piedra prometida al templo, y nosotros deseamos que edifique y no que apedree. ¡Basta de derramar sangre! Basta de ocasionar la muerte! Es un reflujo estúpido el de la ferocidad contra la ferocidad! Los pilares del cadalso no sostienen las ciudades. ¿Deseais que muera el hombre? Yo deseo que nazca, y amurallo el sepulcro y abro la ventana. No se trata de degollar pueblos, se trata de vivir.

Todo misterio en el que se mezcla una muerte queda más oscuro; cuando se ensangrienta el enigma, es más difícil de resolver; la sombra se abre terrible despues del golpe fatal; matar no es creer, y se engaña el que imagina que todo termina despues de aplicar la última pena, que entonces es cuando empieza la cuestion inesperada, impenetrable é inmensa; la cuestion del bien y del mal, en la que el mal aparece mayor. Satanás se rie á través del patíbulo. Sea quien sea el verdugo, tiene un pié en el abismo; haga lo que quiera el hacha, comete un crímen, y oscura noche humea en su filo. En cuanto desaparece el culpable inmolado, fuera del cesto trágico donde rodó su cabeza, se levanta el principio inocente, divino, inviolable, con su mirada luminosa, como un espectro augusto, con un círculo rojo en el cuello.

El hombre es implacable sin saber con qué. ¿Cómo no vé que vive en un problema, en el que es solidario hasta de los mónstruos, y que solo consigue matar á Abel? Cuando una cabeza cae, el cielo tiembla. Si decapitais á Neron, que era un insensato, una hiena, hiriendo á Neron herís la vida universal; si haceis subir á Tiberio á la horca, Tiberio derramará la sangre del género humano. Tenemos solidaridad en todas las ejecuciones humanas; cuando se mata públicamente á un hombre, que muere implorando en vano nuestro socorro y lamentándose de nuestro cobarde abandono, nos cabe responsabilidad en su muerte; con nuestra indiferencia, con nuestra culpa, cansado, el ejecutor enjuga al marcharse la repugnante cuchilla.

El hombre puede olvidar lo que le molestó y lo que le hizo sufrir, deslumbrado por el brillo de la fortuna; el pasado y el porvenir hay momentos que se borran de su imaginacion; las fiestas, los banquetes, los diamantes, pueden eclipsar en él la sombra enorme que proyectan los profetas. La Courtille, inclinando la frente, puede ahogar en las copas de licor el recuerdo de dias severos é ilustres; puede trastornar deslumbrando, á mujeres vestidas de seda, que se creen felices entregando su mayor desnudez posible á las miradas lascivas de los galanes; el himeneo puede balbucear su casto epitalamio; pero cualquiera que sea la época, cualquiera que sea la causa, siempre será funesta para el pueblo la noche en que, acompañando al sacerdote el carcelero, registra el monton de llaves que pende de su cintura, para ir á despertar en el lecho, donde es presa de la fiebre y de la tortura, al pobre hombre sentenciado á muerte; mientras en la plaza de la Grève se levantan las siluetas de horribles maderos, en los que suenan martillazos que hacen huir á los mochuelos, maderos que enrojece la linterna siniestra del verdugo.

Decís que eso es administrar justicia. Qué entendeis por justicia? Debemos ayudarnos unos á otros, porque somos hermanos; debemos vestir á los que están desnudos, repartir el pan entre todos, romper las paredes del presidio que encierra á séres desventurados; ¡pero no debemos poner las manos en la sombría balanza! El sepulcro, en el que el hombre naufraga y zozobra, más allá del hoy, del mañana, de las estaciones, de los dias, de nuestros horizontes, de nuestras quimeras, tiene su cielo luminoso, en

el que se encuentra la certidumbre; la justicia es en él astro lejano é inmutable. La justicia humana, como nuestro destino, duda, yerra, camina á tientas. Me aplaudo á mí mismo cuando soy mártir y me temo cuando soy juez. ¿Soy acaso infalible? lo son los demás hombres? Respondedme. Me contestais:—"Nuestros sufrimientos nos dan derecho á herir; estamos demasiado expuestos á la mala suerte que se encarniza contra nosotros; sufrimos demasiados dolores, demasiados yugos, los grandes y los pequeños, los desconocidos y los célebres, para no castigar al que desea aumentarlos.„ No comprendiendo con claridad el enigma de la suerte, no debeis adelantar la muerte de nadie, aunque sea rey, señor ó déspota. ¿Qué conseguís aumentando la oscuridad fatal de nuestro destino con esa otra oscuridad que llamais justicia? Es una locura pensar que la amenazadora fortaleza del patíbulo pueda convertirse en altar que bendiga el progreso recien nacido; ¿y qué creeis conseguir siendo ilusos sacerdotes de un culto muerto, casando á dos defectuosos repugnantes, la justicia coja con la fatalidad ciega?

La espada busca siempre un blanco que nunca acierta; la palma, esa llama de flores centelleantes, formada de azur, se extremece al ver las manos manchadas de sangre, retrocede y huye. La cólera saciada se queda inquieta, recelosa. En cuanto á mí, tú lo sabes, noche tranquila en que respiro; en cuanto á mí, aunque tuviese en mi poder á mi mayor enemigo y éste fuera Caín convertido en juez, Judas en pontífice y Satanás en rey, le abriria la puerta de su encierro y le diria:—"Escápate!„

¡Siglo del progreso, marchemos hácia adelante sin retroceder! El patíbulo es un anacronismo en esta época. ¡Viviente del infinito, Jehová, Dios, claridad que nunca se empaña!... para matar á los mortales, los hombres pusieron tu triángulo entre dos estacas fúnebres, y la muchedumbre, que vé resplandecer tu fulgor, no se siente bañada en sudor frio, y el horror no se apodera de ella cuando, para castigar lo que llaman crímen, en nombre de lo que llaman verdad, hacen caer en la eternidad la vida humana.

XVII.

Cien mil hombres acribillados á metrallazos, cien mil hombres tendidos en el campo de batalla, cuya muerte aumenta la gloria de su pais; cien mil bravos soldados que perecen como héroes, pero no como víctimas, en los desastres de acontecimientos sublimes, que hacen levantar el vuelo á la libertad, causan menos daño á la sociedad, son para la humanidad calamidad menos desastrosa que matar un solo hombre inocente, cuya sangre, goteando de la infame cuchilla, humea en la horca de la plaza de la Grève.

XVIII.

No quiero que el hacha corte la cabeza de nadie, ni la del czar, en cuya presencia tiemblo, ni la de ese mónstruo, que es fatal para sí mismo. El que suprime á Tyburn suprime á White-Hall; y cuando la muerte, abriendo su libro de registros, me pregunte:—"¿Qué arrojas en ese cesto, la cabeza del pueblo ó la del rey?„ deseo contestarla:—"Ni la una ni la otra.„ Lucho por la vida y no por la muerte.

El suplicio es un hecho contra la ley, que comparece ante el espíritu humano, que es el jurado supremo, el pretorio santo é infalible en el que Beccaria juzga, aconsejado por Juvenal. El pensador no absuelve los grandes crímenes líricos que la historia esconde en sus panegíricos; los escusa algunas veces, pero nunca los aprueba. Lo mismo vitupera al ejecutor, si es pueblo que si es rey; para él siempre el asesinato es infame; siempre es para él una desgracia que se derrame sangre humana; no le deslumbra el resplandecimiento magnífico de la espada; no tiene la grandeza del verdugo para deslumbrarse cuando oye los ayes de la víctima: para él Saint-Just, haciendo subir á la fatal carreta á Danton; Luis XIV, siendo implacable y haciendo brotar sangre de las cuatro venas de la Francia; Tito, pasando á degüello á Sion, representan siempre el mismo crímen, por más que se los escuse; por mucho que brillen, por mucha gloria que proporcionen, son á sus ojos el mismo delito y lo condena de igual modo.

No debe aprobarse jamás la venganza ni la pena del Talion. Echará el cipayo al fuego á las mujeres, hará que se retuerzan los niños vivos entre las llamas, carcajada horrible abrirá las bocas de

los hampones á la vista del incendio que han provocado, ¿y el alma incorruptible del pensador, y los labios justos del poeta se callarán y la luz aceptará como á hermana á la ciega y criminal oscuridad, bajo el pretexto de que en otro tiempo tuvimos tambien que sufrir?... No; habla en voz alta, verdad! La miseria no tiene derecho á ser cruel; los patíbulos desaparecen y su sombra se borra, y no debemos admitir nunca que en el mundo el sufrimiento pueda convertir en verdugo al que fué víctima. El homicidio que nace del rencor no es legítimo; cuando el más débil á su vez se convierte en el más fuerte, la conciencia reprueba el rencor y obliga á callar los instintos de venganza, y no nos absuelve ese severo juez si causamos daño en revancha del daño que recibimos. Pueblo, el filósofo es incorruptible y justo testigo. Si Jesús desapareciese del Calvario y vengativo volviese á crucificar á Satanás, yo le diria á Jesús:—"No eres Dios! Vete!...„

XIX.

A cañonazos se debe hacer feliz al pueblo. Hemos vuelto á dudar de estas frases sacramentales y huecas; progreso, fraternidad, derechos del hombre, razon, libertad, tolerancia. Sócrates es loco; leed á Lelut y vereis cómo le confunde; Cristo es en el fondo socialista y demagogo; en el mundo el obús es Dios y Paixhans es su profeta. El único y breve objeto del género humano es matar correctamente. Los hombres, cuyo único calmante es el sable, consideran como á obra magistral la bala rayada; su astro es la claridad que despide la bomba Lancastre, y la admiracion de todo pueblo civilizado se extiende desde el mortero Armstrong hasta el cañon Caballi. Dios está equivocado; César vá más allá que él; Jehová produjo el verbo y César el silencio. Hablar es abusar, pensar es usurpar. La voz sirve para guardar silencio y el espíritu para arrastrarse. El mundo está acostado en tierra boca abajo, y el hombre, que ayer era altivo, cariñoso y ligero, hoy tiembla.—"¡Que reine la paz!„, exclama la guerra.

XX.

Pasó, y creí que me habia sonreido al pasar: no sé si era una griseta ó una hourí; no sé si causó en mí efecto moral ó físico; lo cierto es que sus pasos al caminar producian cierta música. ¿El empedrado caliente y fangoso de Paris puede presentar tan inefables apariciones? Me pareció que los ojos que fijaba en mí aquella jóven fresca y alegre eran dos estrellas azules. Los pájaros tienen menos ligereza y menos vivacidad. Llevaba vestido de tafetan de verano, ajustados borceguíes de color; tenia el aspecto de una sombra que pasa antes de llegar la noche, y un no sé qué de cariñoso que permitia abrigar esperanzas.

Pensando estaba en ella, creyéndola ver todavía, despues que huyó desapareciendo de mi vista, y me quedé pensativo en el arroyo de la calle viendo todavía en la imaginacion deslumbrada á aquel hermoso sér, cuando una vieja, que participaba de la gata y de la arpía, cuya barba erizaban algunos pelos dispersos, vestida andrajosamente, se acercó á mí y me dijo en voz baja:—"¿Quereis poseer á esa jóven?„—¡Pobre colibrí, vendido por una oruga!

XXI.

Ante el retrato de una santa.

Eres tú la desnaturalizada; sí, eres tú la que hiciste callar á tu corazon para oir lo que te decia la fé; la que para ganar el cielo te pisoteaste el alma, madre sordo-muda, que cuando tu hijo se tendió ante la puerta de tu casa, llorando y suplicándote con los brazos abiertos, pasaste por encima de él para ir á encerrarte en el claustro.

Al menguar en tí el cariño maternal, creiste que se aumentaba en tí el cariño á Dios, y loca, te condenaste á la eterna austeridad; pero la santidad fria es una santidad falsa. Creer que se complace á Dios, que radiante brilla en la claridad de su gloria, convirtiendo el alma blanca en alma negra, apagando la propia antorcha, acudiendo á él, no siendo ya más que una tumba á la que antes descendieron los que os amaron, y ser mármol porque ellos son ceniza, ¡es un profundo error! ¡Cómo se equivocan los que desiertan de Dios encerrándose en el convento! Dios es la razon, el amor, el sér, y el derecho de nacer nos obliga á tener el deber de vivir. Dios vierte su inmensa claridad en el inmenso combate de la vida. Quiso que el hombre amase, conquistara y cayera, y no que fuese fan-

tasma y egoista. El hábito burdo no dá al hombre buena figura; convertirse en sombra es oscurecer el sagrado sitio; aproximarse al espectro es alejarse de Dios.

No entreis en el claustro; combatid en el mundo. El velo encubre un desvarío. Para conseguir elevarse hasta Dios no es ningun mérito despojarse de sus padres, de sus hijos, de su pátria y de su humanidad, huir de su propio corazon, y exclamar:—"¡Jesús, ya que soy ángel, arrancad de mí el cariño hácia mi padre y hácia mi madre!„ No es ningun mérito poner á la naturaleza una mordaza y decir:—"Mis hijos, que tienen sangre de mi sangre, que nutrí con mis pechos y que mecí en la cuna, nada significan para mí; no debo tener más cariño que el de Dios.„ No es ningun mérito borrar en nosotros mismos la familia y el amor, como contrasentidos que oscurecen el texto, y perder la forma humana bajo el pretexto de que vamos á elevarnos al cielo. Fijando siempre nuestras miradas en Dios, cumplamos nuestros deberes de hijos, de hermanos ó de padres; seamos siempre el sér que, por el espíritu, tiende hácia el bien, y por la materia, hácia el mal; sin perder de vista la realidad, conquistemos lo ideal; permanezcamos siendo hombres, que caminamos hácia el sepulcro. Se debe ir al cielo por el camino de la tierra.

XXII.

Despues de haber visitado un presidio.

I.

Cada niño que dotamos de enseñanza nos hace ganar un hombre. De cada cien ladrones que hay en presidio, ochenta no han ido á la escuela, no saben leer y firman haciendo una cruz. La ignorancia engendra el crímen; la ignorancia es la oscuridad en la que empieza el abismo, en la que se arrastra la razon, en la que la honradez perece. Dios, que es el primer autor de todo lo que se escribe, puso en el mundo, en el que los hombres son ignorantes, las alas de los espíritus en las páginas de los libros. Todo hombre que abre un libro encuentra en él las alas y puede cernerse en las alturas, en las que el alma se mueve con libertad. La escuela es santuario como la capilla. El alfabeto que el niño deletrea contiene una virtud debajo de cada letra, cuyo ténue fulgor ilumina suavemente el corazon. Dad al niño libros á propósito. Caminad delante de él con la lámpara en la mano para que pueda seguiros. La ignorancia produce el error y el error produce el atentado. La falta de enseñanza lanza en el Estado hombres animales, cerebros incompletos, fatales instintos, ciegos terribles que caminan á tientas por el mundo moral. Iluminemos los espíritus, es nuestro primer deber; hagamos que el sebo más vil se convierta en luz. Debemos cultivar las inteligencias; el gérmen tiene derecho á ser fruto, y el que no piensa no vive. Esos ladrones tenian derecho á vivir. Comprendamos al fin que la escuela convierte el cobre en oro y la ignorancia transforma el oro en plomo.

Os repito que esos ladrones poseian un tesoro: su pensamiento necesario, augusto é inmortal; os repito que tienen derecho desde la profundidad de su miseria á volverse contra vosotros, á los que la ilustracion sonrie, y á pediros cuenta de su espíritu; os repito que esos hombres, convertidos en brutos, nos vituperan, y yo lamento su caida; porque ellos son los despojados, porque los delitos que los manchan tienen un punto de partida, del que ellos no son responsables; ¿podian acaso alumbrarse con la antorcha que se les quita? Son desgraciados, pero no deben ser nuestros enemigos. El primer crímen se cometió con ellos, apagándoles la llama del pensamiento; la sociedad les robó el alma.

II.

Antiquísimo y eterno presidio, eres un enigma, eres un oscuro abismo. Dentro de tus paredes fúnebres han pasado muchas sombras. En uno de tus extremos han encerrado á la ignorancia y á la maldad; al otro extremo al génio y á la fé, al amor, á la verdad, al inventor, al pensador, al profeta, á San Juan en su caverna, á Daniel en el antro de los leones, á Galileo en el calabozo, á Colon en la cárcel; y remontándonos eslabon tras eslabon, por esta cadena del sufrimiento arrojado en el mundo, que empieza por Poulmann y acaba por Prometeo, que á través de seis mil años arrastra sus monstruosos anillos sobre el género humano, vemos que empieza en Toulon y que termina en el Cáucaso. El hombre pone la luz y la sombra en la misma copa, y el infierno estúpido del presidio en-

cierra lo mismo al hombre que asesina que al hombre que civiliza.

Cae la desgracia sobre el que dá algun paso en el camino del progreso, sobre el que vierte algun rayo luminoso en nuestro crepúsculo; ¿qué seria del error si la verdad triunfase? Casi es el mismo atentado, casi es el mismo delito matar un hombre ó descubrir un mundo. Lucifer es Satanás, el águila es basilisco. El que enciende un faro es enemigo público. ¡El arcángel encadenado se codea con los vampiros! ¡Tratan á los buenos como á los perversos! Terrible es la ceguedad del hombre y la de sus leyes.

El espíritu tiembla y se extremece al ver que van cargados con ignominiosas cruces los videntes, los inspirados y los sábios. Deseamos terminar pronto la vida cuando nos amarga el pensamiento ver que á los reveladores los encarcelan y los castigan, los martirizan y los matan, como si fueran criminales, por haber sido dioses!

XXIII.

Se reia el espectro que encuentro yo algunas veces.—"Por qué te ries?„ le pregunté. Me contestó:—"Mira„, señalándome un cementerio que estaba oscuro. Volví la cabeza hácia el punto que me indicaba y ví una cruz humilde cerca de una cruz altiva; aquella era de madera, ésta era de mármol; y mientras el viento en lontananza pasaba zumbando como un espíritu, haciendo encorvar las copas de los árboles, el espectro continuó hablándome así:

—"Hasta en el féretro sois vanos y estúpidos. Yaceis acostados en el lecho eterno y todavía dejais de pié la vanidad, que esculpís en el sepulcro, para el que edificais torres y cúpulas; sois orgullosos hasta despues de muertos. En las necrópolis que levantais en el brumoso Paris, construidas cerca del murmullo y del tumulto de la ciudad, se encuentra todo; bosques, en los que gorgean las currucas; saltos de agua, que salen de las fuentes y caen en pilas de jaspe; praderas frondosas; sacerdotes que las recorren leyendo el breviario; sol en invierno, sombra en el verano, rosas, risas y cánticos; se encuentra en ellas todo, todo, menos la igualdad.

„Teneis osarios pobres y cementerios ricos como el del Padre-Lachaise, en el que Samuel Bernad puede estar cómodamente, dormir tranquilo, gozar casi de un templo y de un jardin y ofrecer el aspecto de ser llorado eternamente. En cuanto á los muertos indigentes, se les despide del cementerio, se les expulsa y no tienen derecho á pudrirse allí; llega un dia en que se apoderan de su sepultura para aumentar una toesa más á algun pomposo monumento. Un muerto nada vale si carece de renta. Los esqueletos de los miserables huelen mal; los muertos bien nacidos forman bando aparte en la ciudad de la muerte; el sepulcro de los títulos no fraterniza con el populacho anónimo de los ataudes, y la ceniza ocupa su rango frente á frente del polvo; por eso yo me rio.

„La tumba no es imparcial; el *aquí yace* tan pronto se acorta como se alarga; el peaje, reglamentado por el maire, hace que Beaujon sea inmortal y Chodruc efímero. Nadie se puede pudrir gratis, porque el terreno cuesta caro. Mientras la química revuelve lo que fué carne, en su antro, haciendo colesterina ó blanco de ballena con el resíduo de los cadáveres de los pobres, hay cadáver, vestido con rico sudario, que mira sonriendo á la muerte, le arroja la bolsa y la dice:—"Soy título.„ Vuestras catacumbas tienen perpetuidades para éstos y plazos limitados para aquellos. En los cementerios el rico sobrenada; el muerto que no paga su plazo le hacen desalojar el osario; cuando vivia careció de pan, y despues de muerto carece de tierra. El osario repugna á los huesos del proletario. Unicamente Rotschild, en el olvido de su cueva sin ecos, es comido por los ratones y por los gusanos, que él paga, porque es propietario del sepulcro. Causa asombro á la parietaria, á los tallos de yerba, á los tejos, á los cipreses y á los sauces ver que expulsan sumaria y súbitamente cráneos que no tienen ya ojos en las órbitas. Vuestros cementerios son sitios precarios y cambiantes, en los que los muertos van á pasar una temporada, y á poco de haber ocupado los nichos, la eternidad saca de allí á los locatarios.

„Hay en vuestros cementerios preferencias, honores, grados y ventajas. Conservais pisos en el fondo de la nada! La quimera es bufona! Esa pretension es

ridícula en el sitio de la desaparicion; es necio privilegiar á lo que no existe y admitir grandes y pequeños en lo insondable; ¡tratar á Juan como apestado y á Pablo como á un perfume! ¡Estar muertos y creerse ser alguno! ¡Hacer sonar el oro en el eterno silencio! ¡Que dé el dinero, al que se convierte en polvo, derecho á caer aquí ó de caer allá! ¡Tomar en el cementerio sitio de primera clase!

„No dejaré de reir, mortales insensatos, hasta el dia que sepa que en la oscuridad de las tinieblas el arcángel de alas negras toma la medida á los muertos, dá á cada uno su número, discute sus óbolos, los pesa y regatea la sepultura al esqueleto. No cesaré de reir hasta el dia que sepa que en las altas regiones la criba del Eterno tiene agujeros desiguales, y que si vé pasar por el cielo un cadáver fétido y repugnante, el trueno pregunte al huracán:—"¿Es un millonario?„ No cesaré de reir hasta el dia que sepa que efectivamente la tumba, segun la tarifa del prefecto, trafica con su noche y con su espanto, y que la muerte pone en venta los gusanos.„

XXIV.

Los bonzos.

Que esté tranquilo un momento? Es imposible. El Korán, el Zend-Avesta, los Libros Sibilíticos, la Biblia, el Talmud, el Toldos Feschut, los Vedas, las leyes de Manou, los dramas sangrientos, los santones doblando la rodilla, los cuentos, las novelas, los terrores, las creencias, las supersticiones... ¿cómo es posible vivir tranquilos con todo esto?

No puede dejar de preocuparme que estén esparcidos por todas partes el becerro de oro, las esfinges, las quimeras, los grifos, los sínodos, los sanhedrines, los muftis, los escribas, los que de los emperadores bendecian los soldados, los que pagaba Tiberio, los que pagaba Judas, los que presentarian por segunda vez la cicuta á Sócrates, los que harian sufrir á Jesús el Calvario por segunda vez, todos esos saduceos, esos fariseos, esos ángeles que Satanás reconoció como suyos. Están en todas partes y constituyen un poder misterioso y omnímodo.

Notad este contrasentido: Dios verdadero y dogmas falsos; cocimiento de la mentira que se ha deslizado en la razon; comezon sangrienta, incurable, eterna, que siente el hombre en el alma y el pájaro en las alas.

Para realizar semejante trabajo, Mahoma está aquí, y allá la cabeza de Wesley con el cuerpo de Loyola; Cisneros y Calvino, y todos nos hacen quemaduras. Falsos reveladores! Vuestro proceder es torpe, vuestros pasos tortuosos; dar sobresalto y no cariño es lo que se encierra en el fondo de vuestra ley: naceis del sepulcro y se comprende que el augur y el adivino estén llenos de la sombra de la tumba, y que todos esos soñadores, todos los fakires de Ombos, de Stambul y de Roma, solo pudieron dejar caer tantas fábulas sobre la humanidad sacudiendo los pliegues siniestros de los sudarios.

Como solo los astros habian divisado á Dios, sabiendo los pensadores que él está en las alturas cubierto con su velo, aconsejaron siempre creer en las estrellas; Dios es un sitio cerrado, del que la aurora tiene la llave, y la religion es la contemplacion del cielo.

Pero vosotros no quereis á los sacerdotes de esa Iglesia; porque deseais que el mundo lea en vuestro libro vuestros delirios, Moloch, Vénus, Eva, Astarté, en vez de leer en la bóveda del cielo la verdad. Por eso la fé se trocó en credulidad y el alma eclipsó á la razon en una llama sombría; por eso tantos séres negros serpentean en la noche.

La impostura, que destruyó el verdadero templo, es un coloso que se compone de infinidad de pigmeos; las langostas llegan á formar poderosos ejércitos; magos, griegos, romanos, paganos, indios ó hebreos, el género humano siente que caen sobre él vuestras invisibles hordas. Le haceis creer todos los infiernos posibles, y el desventurado pueblo vé durante su larga pesadilla que surge Torquemada cuando desaparece Omar. No le dejais un momento de reposo. Por toda la tierra, en todos los sitios, en los bosques, en el lecho nupcial, en el dormitorio de los reyes, en los campos, debajo del sagrado altar, lo que se arrastra se reproduce y aumenta, vá, viene, pulula, y todo esto sois vosotros. Quereis

disponer de todo y no ignorar nada; condenar, bendecir, tomar, jurar, engañar, servir, reinar, y hasta pretendeis brillar, que arrastrarse no impide lucir. A pesar de vuestra sombra y de vuestra pequeñez, á pesar de que siempre tratais de ocultaros, conozco que estais encima de nosotros, os siento andar, como sentimos que se mueven los mineros dentro de la mina, y yo no puedo dormir porque me repugnan las sabandijas.

Sois lo que ódio, lo que muerde, lo que miente. Sois implacable y negro hormigueo, sois el prodigio repugnante de lo intangible. Si pudiéramos suponer vivos todos los granos de arena de las playas, os representarian bien. Sois nada y todo; cero y millones. Sois el horror. Menos que gusanos y más que leones. ¡Monstruoso contraste! Insignificantes pigmeos con poder muy vasto, os pertenece el universo, porque lo llenais; poseeis los dias futuros, los dias pasados, el tiempo, la eternidad, el sueño y el insomnio. Sois innumerables y fétidos; en la sombra infinita, hormigueando por nuestra piel, os multiplicais, y no puedo comprender con qué objeto Dios entregó los imperios, el mundo y las almas, los templos y los hogares, los niños, las vírgenes, los esposos y el hombre á la multitud incontable de las sabandijas.

XXV.

A los sacerdotes.

Conviene parecerse á los dioses. Tu dios, Flamen, devora á sus hijos; tu dios, mago, extermina; augur, tu dios miente; ulema, tu dios pone la tierra bajo el filo del sable impuro de Mahoma; tu dios, Roma, es un cordero, pero mamó de la loba; dominico que te azotas, tu dios encuentra agradable el hedor que lanzan las hogueras; corybante, tus horribles templos tienen por sacerdotes matarifes, y sirven de morada á tu dios; brahamin, tu dios sombrío vive en la oscura noche; rabino, tu dios maldice la raza de Jafet y clava en el cielo al sol estupefacto; Sabaoth es cruel, Júpiter es inmundo, y no hay un solo dios que sepa cómo se creó el mundo; para arrodillarse los pueblos pueden elegir entre el mónstruo Asgar y el mónstruo Vishnou: un dios rebuzna, otro ruge, otro muge; por eso el ideal del hombre debe consistir en ser tenebroso, ciego, vil, ignorante y odioso, para parecerse todo lo posible á los dioses.

4 Agosto 1874.

XXVI.

Musa, un tal Segur, que es obispo, me hostiliza y me condena en perverso estilo; su prosa regocija á los buhos en sus madrigueras. Musa, no nos encolericemos con él. Por otra parte, debemos compadecerle. Segur me exorcisa y me maldice de un modo muy conciso, diciendo poco más ó menos lo siguiente:—"Es un mónstruo horrible, como no se ha visto semejante, informe y espantoso; es un hombre que incendiaría á Paris y demoleria á Roma; es voluptuoso, es algo semejante á un jefe de asesinos, en una palabra, es capaz de todo. Pisotea á los santos, á las leyes y á Dios, arruinando á su editor.„

Hagamos coro. Aullar con el lobo é insultar con el obispo, es un derecho que tenemos y que queremos usar. Me gusta en ese noble abad el estilo labriego, es picaresco, es exquisito, y os sume en un éxtasis vago que os hace conocer que miente. Oigo que se rien á carcajadas Diderot, Moliére y Rabelais, y no se sabe á punto fijo si en la vision que se me aparece vemos á un obispo llevando el cesto á la espalda, ó á un trapero llevando la mitra en la cabeza. La antífona, cuando el babeo la interrumpe, tiene cierto encanto, porque el que la canta es sacerdote y tiene bilis. Además, Musa, todos en el mundo tenemos nuestro Zoilo; Voltaire tiene á Freron y el Dante á Cecchi; despues los insultos se venden, se venden baratos y á los tontos, pero al fin los tontos constituyen un público. Las mandíbulas fósiles desean reirse; la raza burlona de los imbéciles desea que la diviertan, y hoy es muy numerosa. ¿Acaso no tiene derecho á que se trabaje para ella? ¿Desde cuándo no es permitido llenar los cántaros? Todo en el mundo tiene su instinto: como el abejon corre hácia las colmenas, como al lecho de Lucrecia corre Alejandro VI, como Corydon sigue al hermoso Alexis, como el lobo á la oveja, como Abril produce flores, Segur dice tonterías, por instinto.

Pero vamos al grano. Veamos si soy correcto. ¿La hostia con todos sus rayos me deslumbra tanto como el sol? ¿Ese sacerdote me vé oir su misa los domingos? ¿Alguna vez le he manifestado deseos de

referirle mis pecados en el confesionario? ¿Cuándo he ido á su casa, renegando de mis doctrinas, á darme grandes golpes de pecho? Estoy empedernido y Segur lo conoce. Dice que soy ateo porque no creo que á Dios le guste calentarse las manos en la hoguera del diablo; porque no creo que haya hecho que el hombre sea incurable é incorregible, siendo un sér ignorante, débil y defectuoso; porque no creo que haya soltado expresamente á Satanás en la naturaleza, él que es el Padre de todas las criaturas, y pudiendo vaciar el infierno y cerrarlo con llave, le convierta en quemadero con la idea de crear séres á quienes quemar; porque dudo de que los mil soles que hay encendidos en las altas regiones caigan un dia todos juntos; porque, cuando veo en la celeste zona iluminando los siete astros de la Osa, no creo que se estropee nunca la celeste techumbre hasta el punto de no poder soportar ese candelabro. Sé que en la Biblia está grabado el cliché del fin del mundo; pero la ciencia luego ha adelantado mucho. Moisés ya es viejo: ¿existe acaso ya en la tierra un solo cuadrumano que levante al cielo la cabeza para ver llover el maná? Ya dije y repito que hay momentos en que encuentro más talento en los monos de hoy que en los hombres de otros tiempos. El Papa y Dios no son el mismo personaje, y yo amo la catedral, pero no la Edad Media. ¿Qué es un dogma, un culto, un rito? Un objeto de arte. Le admiro, pues; pero si extravia á un soldado, si emborracha á un loco, si mata á un hombre, lo aborrezco. Se acabó para mí el ídolo, y en vez de incienso le doy eléboro. Cuando á una abadesa desobedece una monja y la hace comer yerba al lado de un mulo, me atrevo á decir que ese no es alimento que debe nutrir á una mujer; me gusta más ver un árbol lleno de flores, que una hoguera llena de llamas: no soy iracundo; soy más apasionado de Voltaire que de San Pancracio, y á todo lo que dice San Pacomio prefiero un verso de Horacio. Esas son mis aficiones. Cuando florece la primavera, cuando la llanura está verde, cuando soplan las brisas del mes de Abril y las estrofas de mis versos vuelan por el espacio, creo sencilla y espontáneamente en Dios; pero mi Dios no es pagano, ni cristiano, ni bíblico; es el Dios que imploro para que aplaque el dolor público, y viejo y cansado luchador, á él dirijo mis miradas, suplicándole que ilumine la noche que nos envuelve.

Pero cometo el grave error de no ser devoto, ni siquiera lo soy del partido que prevalece; condeno con todas mis fuerzas que el vencedor sea cruel despues de la victoria; sé perdonar, y me pongo siempre al servicio de los vencidos; mi clemencia, si no se considera como maldad, se considera como estupidez; pero yo en este punto soy incorregible, y soy clemente siempre y en todas partes. Cuando veo que impera más cada dia la cobardía pública, pláceme pensar que yo solo pienso de otro modo; cuando el *væ victis* reina hasta el extremo de negar la cantidad de derecho que tienen los que caen; cuando, viendo que nadie protesta, los principios sucumben, la fuga de todos me hace permanecer en mi sitio con más tenacidad. ¿Cómo quereis, pues, que un sacerdote acepte mis ideas?...

XXVII.

Idolatrías y filosofías.

La filosofía se atreve á escalar el cielo, y triste se queda allí. Es una torre de Babel, es un monton de esfuerzos sin objeto, de lecciones, de dogmas y de morales; es una colmena en la que susurran infinidad de magos, de doctores y de papas; es una especie de campanario siniestro del abismo en el que tocan á rebato el sobresalto, la rebelion y el enjambre de todos los errores; por las grietas de sus paredes salen convertidas en humo las doctrinas, las leyes y las religiones, lo que creemos hoy, lo que ayer imaginábamos, todo lo que inventó el hombre, altares, cultos y sistemas.

Es un templo, es un taller, es un sepulcro, es un edificio que dá miedo, en el que, creyendo coger una piedra, vemos que tocamos un vapor. Ninguno pudo terminar esa construccion. No hay ciclo ni edad que no haya puesto su escala para subir á su andamiaje. ¿Quién habita en ese edificio? Tan pronto está caido como de pié; es una enormidad que tiembla y que se disuelve, una casa oscura que el vacío dilata. Pyrron allí vierte agua en las manos de Pilatos; la duda allí vaga dando vueltas; mientras Descartes dice que sí, Hobbes dice que no; pasan y caen las generaciones en aquel abismo, como durante el invierno montones de hojas muertas; por escaleras sin fin unos suben y otros bajan, se oyen pasos sordos y perdidos, exclama-

ciones, gritos y llamamientos; se arrastra un hormiguero de quimeras; pájaros espantosos vuelan por los maderajes. No se sabe si allí es de dia ó de noche. En aquel horrible crepúsculo el retórico hace muecas y gesticula; reflejo fúnebre del Oriente blanquea los desnudos torsos de los cínicos que se rien y de los sábios, dejando en la sombra á los sátiros; el adivino, meditando, retuerce en las cuerdas de la lira el laurel verde mezclado con la zarzaparrilla. Cada entreabierto pórtico descubre un oscuro túnel, en cuya extremidad brilla una estrella ideal, como si esos antros de la ciencia, ese pozo de la razon, esos subterráneos del espíritu humano, que sostienen los pilares de la duda, que están sin horizonte, sin aire y sin luz, empleasen la oscuridad de la noche en hacer brillar un astro, y la mentira impura, disforme é ilimitada, para que resalte el blanco resplandor de la verdad. En todas partes lo falso se enlaza con lo verdadero, como hiedra tenaz: no hay dogma que no tenga su parte débil, que no contenga una cariátide, un sustentáculo ó un estay: Tebas tiene por apoyo la India; la India, Cathay; Menfis pesa sobre Delfos y Génova sobre Roma; y como vejetacion sombría del espíritu del hombre, se ven allí, sacudidos por el viento algunas veces, por entre los intersticios de las ensambladuras, árboles vagos y monstruosos, cuyos tallos tiemblan en el azur lúgubre de los vértigos. De esos árboles negros contínuamente cae una fruta en la multitud de manos que están abiertas en aquella oscuridad. Qué fruta es esa? Preguntádselo al viento que se desencadena y aulla. Esa fruta se llama error y ódio; es la manzana de Eva y la manzana de Vénus.

Esa torre, construida por desconocidos arquitectos, asciende, asciende sin cesar, hasta esconder su remate en las nubes; y mientras que todos los sábios ó todos los locos que pasan por allí ponen su piedra en la brumosa cima, sin cesar baja y se hunde por su base á las profundidades donde Satanás llega á confundirse con Dios; abismo en el que solo se oye el viento que persigue esas dos larvas en honduras temblorosas é incomprensibles.

XXVIII.

El antiguo espíritu de ignorancia y de ódio, de los clavos de Jesucristo forja una cadena para el hombre, convierte al niño cándido en viejo precoz, condena á la hoguera á Juan Huss y á Morus al tajo; pega con su férula á Horacio, y hace callar á Voltaire y á Rousseau si mueven ruido en clase. Enfria los cerebros que calienta la claridad de la luz; insulta al cielo en la mujer, y lo niega en el astro, en la flor, en el arte y en el génio. Llevando en una mano el apagador y en la otra el hacha encendida, gruñon, cazurro, pedante y feroz, aspira con deleite el hedor del pensamiento extinguido y el de la carne quemada. Hace arrodillar al anciano Galileo en la tierra que gira y ante la luz del sol. Procura que duerman los ojos que desean abrirse, y trata de apoderarse del alma humana. Inspira á Nisard, á Veuillot, á Planche y á Nonotte; deja detrás de él los corazones helados y muertos, y no vuelve á brotar la yerba por donde su asno pasa.

XXIX.

Algunas veces hasta es un deber aumentar el horror; como convenia que enrojeciese á un emperador fuego fatal, escribí *Los Castigos*. Escribiendo ese libro creí cumplir un deber. Yo, que amo la pureza, que soy apasionado de la fraternidad, con pesadumbre he tenido que dar expansion al ódio; comprendí que era conveniente, cuando el honor emigraba, poner sobre el crímen el resplandor justiciero del castigo, y le hice centellear en esa obra. Odiar me es duro; pero cuando un sedicioso interrumpe la marcha gloriosa del progreso, mata un pueblo, y se convierte en el dios infame de los cobardes; es preciso que aparezca algun fulgor en el firmamento. Por eso puse rayos en un libro inclemente, levanté del mal el triste y ominoso velo, y violé la noche para que engendrara una estrella.

XXX.

Es preciso obrar y cumplir nuestro deber con la pátria.

Soñar como un turco, dormir como un liron, pasar el tiempo en el campo, en los bailes, en las francachelas y en las orgías, no es la manera de salvar á la familia, de restablecer nuestros derechos, de hacernos levantar la frente abatida y de remediar el mal que sufrimos. Llevamos flores en la cabeza, pero la argolla al cuello; en nuestra abyecta disolucion cae un pueblo y se levanta un hombre. Ay!

la muerte de la pátria sigue á la indiferencia pública. El deber es un dios que no consiente ningun ateo. Cuando la augusta pátria se vé abofeteada, no debe dedicarse á fiestas, sino á combates; que cuando haya derribado al tirano, que cuando haya establecido el imperio de la ley, entonces tendrá tiempo para reir. Despertaos! La pátria, nuestra madre, espira, y en su agonía tiene necesidad de un Bruto, pero no de un Sibaris; necesita manos que no cojan rosas, sino espadas; por eso yo, doblado por el peso de la edad, en la plaza pública, ante los transeuntes y ante el sol que nos ilumina, vengo á traer mi cariño á la pátria, mi cariño encendido en justa cólera.

Mayo 1868.

XXXI

Paris, el gran Paris agoniza. Creo que en los momentos en que la sangre se derramaba á rios, antes de decir: "El hombre que huye es un cobarde„, antes de pregonar á todos esos vencidos, que se persigue como á lobos, debe meditarse; debe pesarse el sitio, el número, el tiempo, el acontecimiemto, la fiebre y el atentado. Por lo que digo á los hombres de Estado que, para juzgar con acierto, deben tener presentes todos los datos, y que al leon moribundo no debe dársele un puntapié. Esto dije, pero es evidente que estoy equivocado.

Bruselas es una gran ciudad, que encierra en su recinto ingénios varios para tocar todos los instrumentos, aficionados hábiles y atrayentes, y todos esos músicos me honraron haciéndome una serenata. Su hazaña hizo la plaza célebre para siempre; fué una hazaña exquisita. Eligieron la hora en que yo dormia; cada fauno acudió ante mi casa con su bacante. Yo estaba solo y sin armas, ellos no eran más que cincuenta, y no tengo la seguridad de que todos estuvieran armados. Entraron en batalla contra mis ventanas cerradas, me tiraron piedras, movieron furiosa algazara, gritaban queriendo llevarme á la horca; como energúmenos voceaban pidiendo mi muerte; con los choques que producia una viga lanzada contra mi puerta, casi la arrancaron de los goznes. En otro tiempo en los bosques solitarios y desiertos estuvieron de moda esas serenatas. Schinderhanne acostumbraba á dar esas cencerradas.

Ya estais viendo que provocan mi risa. Era preciso que estuviese malhumorado para pretender que reconviniesen siquiera á Kerwyn, que era hijo de un ministro, porque le ocurriera romperme la cabeza, y para no comprender que los gendarmes se quedaron sordos de repente y nada oyeron, y que dormian como canónigos los agentes de la autoridad, para dejar cometer un delito á las personas honradas.

XXXII.

Lo dicen los que mandan y es preciso conformarse. Todo es ceniza que se lleva el viento. La Revolucion francesa es una loca, una bribona, á la que Bruselas le dice: Vete! Anethan se apoderó de Danton, Cornesse cogió por el cuello á Robespierre; castigan á la ciudad de Paris como á una borracha; somos un rebaño de corderos que solo servimos para seguir al pastor; hace cuatrocientos años que el espíritu humano desvaría. ¿Qué es el progreso? Una anécdota vieja. Estamos hartos de quimeras; la verdad es la que proclama Sanchez en moral y en hacienda Terray; la guillotina es buena, pero la horca es mejor; lo que llamamos conciencia es un espantajo; Dios habla en el dogma, pero no en la razon; nuestra salvacion consiste en pegarnos á la rejilla del confesionario. Demos para acercarnos á los hombres fósiles todos los pasos que podamos hácia atrás. El verdadero objeto nos lo dejamos á la zaga; es el pasado, es el trono y el altar, es la ignorancia. El Papa ha decretado que es Dios, luego lo es. El espíritu, que desde Paris soplaba en todo el mundo, soplaba la locura á los cuatro vientos; los derechos del hombre solo son una farsa; la monarquía es el carro y el pueblo es el empedrado; nada hemos descubierto; nuestras invenciones son falsas; Moliére es un necio, Rousseau es un miserable, Voltaire es un estudiantillo, y Trublet, Patouillet y Pluche han dicho la última palabra.

Altwies 20 Setiembre 1871.

XXXIII.

Me aborrecen porque defiendo á los débiles, á los vencidos, á los pequeños y á los niños. Me calumnian porque amo á los hombres leales y á los corazones sinceros. El bonzo me aborrece; ¿pero esto qué me importa? Sé que allá arriba, en el cielo, hay álguien que comprende

la rectitud de mi alma, y esto me basta. El oleaje no rompe el remo, el viento no destroza las alas, la adversidad no apoca al espíritu que vuela hácia la luz. Veo en mí desvanecerse los errores y comprendo que me aproximo á la verdad; conozco que se engrandece el templo y que se arruina el claustro. No veo nada cerrado. El cielo para mí está abierto. El ídolo se vá y Dios viene. Me es desconocido, pero creo en él. Por otra parte, las horas de la vida pasan con rapidez. Algunas veces me siguen, algunas veces huyen de mí, pero impertérrito sigo mi camino; mis piés se cansan algunas veces, pero mi corazon no se cansa nunca. El que es justo conoce que vá recto hácia su fin, aunque camine al acaso. Estoy, como el patriarca de los tiempos antiguos, fijándome siempre en un enigma, del que percibo la claridad. Llevo por divisa en mi bandera el amor y la fraternidad, y escito á que esperen y crean los que sufren. Aunque el arco del puente de los abismos tiembla cuando voy á pasar, estoy seguro que pasaré. Camino avanzando siempre. Algunas veces las ramas de los árboles tiemblan sobre mi cabeza cuando paso, y la noche me espera en los bosques traidores. Soy el proscripto de los reyes, soy el maldito de los sacerdotes; un mes antes ignoro dónde estaré al mes siguiente, porque la tempestad se desencadena contra mí; pero despues veo reaparecer el cielo azul é inalterable: mi camino, que es escabroso en la tierra, será llano en las celestes regiones; sufrí sucesivamente los embates de todos los vientos del destierro; están contra mí los fuertes y los viles; para abatirme se unen los de abajo con los de arriba; pero nada me importa, porque en cámbio algunas veces las cunas me bendicen, me sonrien los hombres que lloran, el firmamento está azul, y cumplir el deber es un derecho.

XXXIV.

Teneis razon, soy un imbécil. El cielo que esconde en la profundidad de los antros de Sicilia la flauta de Moschuss, que entrega á Ariosto al vuelo fantástico de los grifos y que hace hablar al profeta con el águila, me creó pensador, para que tuviera fijas las miradas en el camino incierto que sigo, para que solo fuese un hombre tierno, para que desconociera el ódio y la cólera; viejo por los recuerdos, jóven por las inclinaciones, creado para disfrutar de la venerable alegría de los campos. Pero al mismo tiempo, como Esquilo, estoy dotado de dos almas; en la una se entrecruzan las flores, la otra cobija llamas; Teócrito se encuentra en mi corazon con Aubigné; por eso algunas veces he visto con ojos indignados, así en la historia como en este siglo, esa maldad que llaman victoria. Mi inclinacion me arrastra á bendecir en su infierno á los malditos, y por eso os mofais de mí; pues bien, mofaos, pero repito que no me arrepiento. Encuentro que es bueno, consolador y honroso ser lo que vosotros llamais estúpido. Voluntariamente me he internado de lleno en la tempestad; pocos hombres tienen esta audacia, y yo comprendo por qué os hace sonreir. Estando en tierra firme, seguro, en el puerto, he visto algunas veces náufragos que iban á perecer, porque nadie les socorria, y yo, para salvarlos, entré en el bajel que zozobraba, prefiriendo su desgracia á vuestra alegría y morir con ellos á reinar con vosotros.

XXXV.

Ya que soy extranjero dentro de la ciudad; ya que prefiero la vida amarga á la vida vil; ya que soy tan estúpido que me sacrifico; ya que soy tan poco razonable que creo que el huracán no debe rugir más que para mecer, que la victoria que se consigue por medio del cariño es la única verdadera victoria; ya que me atrevo á afirmar ciertas reglas para apaciguar los vientos que conocen las águilas, pero que nunca comprendieron Neron ni Sejan; ya que soy tan loco que tengo la audacia de decir á los hombres que son hermanos, que tienen todos el mismo objeto á pesar de las corrientes contrarias; que todo en el mundo, las tempestades, los choques furiosos y los combates deben disiparse en la sombra en infinitas dulzuras; ya que creo que el hombre es mejor cuando perdona; ya que me enternece el lloro de un recien nacido al que el destierro le roba su padre; ya que digo que es necesario, para que prospere el Estado, civilizar al rico tanto como al indigente, que deben curarse las úlceras y que urge menos castigar los efectos que curar las causas; ya que pierdo el tiempo repitiendo todo esto, que ni siquiera se dignan probar, dejadme volver á mi soledad de Guernesey. Allí no existe la cobardía, allí no hay bastardas inclinaciones; allí medito y nadie ni nada me contradice; allí vivo

libremente y el Océano es de mi opinion.

XXXVI.

Hemos perdido Estrasburgo y Metz, la casa solariega de los antiguos y cabelludos francos: esas ciudades, el teuton nos las ha robado tranquilamente. El Cazador Negro apresó á las dos; ese Atila las ató á los arzones de la silla de su caballo; del uno pende la heroina y del otro la doncella, y vedlas no pudiendo respirar, oprimidas por la argolla de hierro, Metz, donde reinó Clovis, y Estrasburgo, de donde vino Kleber. El buitre se apoderó de sus montes y de sus prados.

Y sin embargo, pertenecen eternamente á Francia. Es nuestro el Alto Rhin, en el que apareció la Galia. Pongo por testimonios de lo que digo al verano, á la primavera, al bosque, á los astros siempre puros, á las rosas que se renuevan, á la limpia corriente de los rios. Pongo por testigos á las espigas doradas, á los nidos de las aves y al niño que, desnudo en la cuna, juguetea con sus piés sonrosados esperando á la Francia. Pongo por testigos al honor, al derecho, al altar, en el que oramos de rodillas, de que la Alsacia y la Lorena nos pertenecen; allí inventó Guttenberg, allí se irguió Lotario; el azul de su cielo es el nuestro, sus campos son nuestros campos. ¡Y nos hemos dejado escamotear esas provincias!

A un mismo tiempo nos invadió el sacerdote y nos olfateó la loba romana. Sufrimos al mismo tiempo los palos de los teutones, y aceptamos que se arrastrara en nuestro pais el *syllabus* gótico y el sable aleman, permitiendo al raitre y al bonzo que esparcieran en nuestra pátria la ignorancia, el error, el engaño y la oscuridad. ¡Nuestros padres no lo hubieran consentido!

XXXVII.

Quienquiera que tú seas, que tienes un pueblo dentro del puño, sultan, czar pseudo-griego, César pseudo-romano, rey ó emperador, llámeste Claudio ó Jacobo, yo te saludo! Prospera, come, reina, celebra las Páscuas. No me opongo á tu prestigio ni á la inquietud con que contemplan las buenas gentes á tu majestad; no me opongo, pero yo, cuando veo pasar un rey á caballo acompañado de su escolta, que lleva los sables desenvainados y vá al galope, no vuelvo la cabeza por verlo, y la vuelvo si veo pasar á Lise, llevando una rosa prendida en el pecho; tendré mal gusto, pero en cambio los demás admiran al que les hace pagar gruesas cantidades. Sé, pues, feliz. Goza del derecho que tiene á tragarse á su semejante el que es más fuerte. En la probidad de los príncipes nada se agarra; su conciencia augusta y santa es un bolsillo tan grande que contiene un reino; se puede meter en él un pueblo y despues atarlo. Un rey puede apoderarse de Oldembourg, de Nassau, de Hamburgo, de Hannover por medio de un golpe de mano, con sus ricos, con sus pobres, con sus castillos, con sus presupuestos y con sus millones, y despues tiene la ventaja de quedar siendo un grande hombre; será un bandido, pero le llamarán héroe. Mete en la cárcel al honor, á la gloria y á la virtud; priva á éstos de su derecho y á aquellos de su pátria, pero ten presente lo que te voy á decir.

El mortal, aunque parezca de mármol, es de carne; algunas veces es mónstruo creyendo ser ángel, pero sea lo que sea, nunca deja de ser hombre. El rey envejece; los reyes tienen pulmones, bilis, sangre y corazon; quién lo diria? El vientre puede faltar al respeto; el estómago puede digerir mal el alimento que comen los reyes. Dios se burla de su majestad haciendo que el todopoderoso padezca de gastritis, y es preciso confesar que, como los pavos, los reyes tienen molleja; Luis el Grande tenia ano; está probado que el mismo César tenia algunas veces próstatas, y el débil Cárlos IX estuvo lleno de gusanos toda su vida. Un César lleva con más esfuerzo un imperio sobre sus débiles espaldas que un trapero su cesto; pero haria morir á todos sus soldados antes de poder conquistar las fuerzas que tiene el trapero, antes que poder adquirir una vértebra ó dos de su espinazo. La jaqueca tiene mucha aficion á los reyes, y á pesar de los ujieres y de los guardias, entra en palacio. Todos los hombres tosen y escupen, hasta los que ocupan un trono. Cómo evitarlo? La naturaleza es insolente muchas veces. Puede un hombre llegar á ser el transeunte de Arcole y de Jena, tener por sol á Austerlitz y por sombra á Brumario, pero esto no le impide estar dotado de ester-

non. Quién llama? Señor, es la muerte que viene á buscaros.

De nada sirve reinar, vivir entre humos de alabanzas y de inciensos, sentarse sobre el águila como el Júpiter clásico, vivir en el Kremlin ó en el Escorial, porque en el momento quizás de conseguir el poder más omnímodo, Dios os llama, Dios viene por vosotros, y de nada sirve esconderse ni pasar los cerrojos de las puertas; ¡es una lástima no poder evitar su presencia! Es preciso, querido rey, morir brutalmente y pronto; basta para esto montar un caballo que se desboque, basta tener entreabierta una puerta en el mes de Enero, basta tener una estrechez en el canal de la uretra, para que en lugar de ver entrar en vuestro dormitorio una doncella, veais entrar un sacerdote.

XXXVIII.

Dios salpicado por Zoilo.

La creacion es imperfecta; esa obra no tiene fin, ni cabeza, ni centro. La imaginacion del Creador se agota. La muela, girando, se gasta; se repite, está usando ya el último rollo. ¿Hay algo más vano que el aire? ¿Hay algo más liso que el agua? El invierno es blanco y viejo, la aurora vieja y sonrosada; parece que se renueve, pero siempre hace lo mismo; siempre tienen la misma forma sus creaciones; el árbol es un erizo, el rio es una serpiente; la amarillenta luna, que es un remedo de la naranja, acusa extraña esterilidad de invencion. Siempre las olas son verdes y el cielo azul; la faz del liard es parecida á su reverso; el Narciso es un ojo, el epilobo es una oreja. Desde hace millones de años Dios no ha variado la gama de la alondra, del grajo ni del pardillo; su viejo huracán siempre canta la misma nota, su orquesta siempre es la misma; Mayo lleva siempre las mismas flores en el sombrero. El destino es una trapa que se abre y se cierra del mismo modo, y la vida, en la que la esperanza se constipa y aborta, no es más que una caja, en cuyo doble fondo se encierra la muerte.

La historia es un antiguo tema que se está gastando desde los tiempos de Herodoto; Dios no lo corrige; sigue siendo siempre el mismo y repitiéndose. Dios solo tiene un patron para crear al hombre, y con la misma materia crea una inglesa y fabrica una judía. Habiendo visto cómo es el primer hombre, ya sé cómo será el segundo y todos los demás; no debe creerse fecundo por haber tirado de Adan millones de ejemplares. Crea siempre dos tipos, uno que sufre y otro que hace sufrir, la víctima y el tirano; pero no produce efecto forzando el contraste: su universo, á pesar de los vastos detalles, solo es un largo triquitraque, pueril en el fondo; es el blanco y el negro, el dia y la noche, Diciembre y Abril, Salomon y Piron declamando la misma oda, el cisne y el cuervo, Marco-Aurelio y Commodo, vicio y virtud, el rumor de los vivos, el silencio de los muertos. Todo grita y perora. ¡Basta ya, que todo se calle! Quisiera ya verle salir de su eterna antítesis.

¡Siempre hemos de presenciar el monótono poema de los campos, de los jarales, de los valles, de los arroyos y de los bosques! ¡Nunca se ha de agotar su escaso repertorio de traer el verano y despues el invierno; el invierno y despues el verano otra vez! ¡Siempre hemos de tener la misma ilusion óptica! ¡Siempre nos ha de parecer que el sol sale y se pone, y al dia siguiente vuelve á nacer y á morir! Ya es hora de que Dios vuelva á pintar y á barnizar el prado que hace seis mil años presenta los mismos colores; ya es hora de que blanquee los lirios y de que ponga freno á los antiguos vientos que soplan siempre lo mismo, de que cambie el canto de los pajarillos, de que vuelva á dorar la luz. Su máquina es ya muy conocida, y esto es un gran defecto.

Para distraernos de la monotonía de la naturaleza, Dios inventó las calamidades, deseando sin duda seguir la regla del preceptista Boileau, que pretende que debe pasarse siempre de lo grave á lo ligero, de lo jocoso á lo sério; y destruye á un pueblo como un borracho rompe un vaso lleno de vino, entrega una pobre ciudad á los furiosos sitiadores, hace crecer el Loira con terribles avenidas para que ahogue á un monton de séres vivientes. Algunas veces termina una guerra por medio de una peste, ó convierte un rey en tigre, que hace agonizar al mundo. Se conoce que está fatigado y debe tomar el retiro; debe ceder el sitio al diablo, al mono ó al hombre; debe abdicar; cualquiera lo haria mejor.

XXXIX.

Están siempre en pié.

Baal no está aun derribado; su templo, que fué antro del antiguo é inmortal crímen, todavía resplandece, todavía Baal está sentado en el altar y triunfa; encerrando en su cripta la antigua India y el antiguo Egipto, brilla aun entre el ídolo y la momia, y adormecido el mundo, sueña que ese mónstruo es su dios.

Fálaris y Torquemada, esos dos hermanos, atizan con furor en el antro del averno el hogar, en el que el buey de bronce mugió; uno de ellos es rey, el otro es sacerdote, y los dos cantan; como los perros á sus dueños, les lamen las llamas infernales, y para coronar sus frentes sombrías sale un penacho del fuego, sale una mitra de la hoguera.

Vive Nemrod; cerca de ellos llamea, y desde su hoguera los salpica, manifestando la alegría horrible de la trompeta y del acero. Vaga espléndido, horrible, sonoro, hiere y mata; y no se sabe, cuando tiende hácia ellos las miradas, si sus llamas escupen á Dios tantas centellas como escupe su espada gotas de sangre.

Midas, doctor, está en su cátedra, y desde ella sopla, sobre el sér entontecido, la oscuridad, el sueño y la imbecilidad; mientras enseña, cerca de él, á un gigante ciego, que destila sangre, sigue á tientas un camino oscuro, cuya sombra borra la esperanza, en el que la ignorancia con sus dos manos se apodera de los ojos del género humano.

Cham, el hijo infame, allí está vivo; brilla con su juventud y con su hermosura, entregándose á la disolucion; se burla de su padre muerto. Vé que un sordo oleaje vá aumentando en la oscuridad que le rodea; no comprende lo que es, pero sin miedo, sin buscar siquiera sitio dónde refugiarse, oye el ruido que produce el diluvio, que brama acercándosele.

Judas no está muerto; vive y sigue traficando; reviva las asechanzas tendidas; es el mercader magnífico de los Cristos entregados, de los Dioses vendidos; su dracma es un astro; hace partícipes de su comercio á Lóndres y á Cartago; Judas domina á los vivos; está aun de pié en el mundo, y levantando con orgullo las manos llenas de oro, siembra traiciones en los vientos.

El juez Dracon emplea para el suplicio del divino espíritu que se llama Legion estas cuatro fuerzas santas: Justicia, Familia, Orden, Religion; su látigo arranca sollozos á la Verdad; tortura á ese ángel en el horrible patíbulo, y hace que descuarticen la Luz los cuatro caballos del Sol.

Mesalina no se ha levantado aun; está allí siempre en su lecho; apenas, cuando nace el alba, esa réproba palidece; siempre hermosa, tranquila y descarada, abre los labios con una risa atea é impúdica; la eterna prostituta ha cambiado de nombre, y hoy se llama Conciencia humana.

El viejo Caín se edificó un trono con su ignominia; los crímenes le llaman padre y besa en la frente á todos los vicios. Se rie al ver la espada en todas partes, al ver que en todas las cruces, que en todos los pisos de la torre de Babel, que en todos los patíbulos, en Montfaucon y en el Calvario, se destaca el inmenso cadáver de Abel.

Allí están libres, alegres y soberbios los viles, elogiando á los criminales, con las manos llenas de haces, de flores, de rayos y de laureles. El que no vé más que á ellos deja de creer; allí toda ignominia es gloria; allí parece Dios castigado; por la atmósfera azorada pasan como la música de la nada ante el infinito.

Al otro extremo del mundo, Satanás, eternamente olvidado; Satanás, el inmundo responsable, está atado, solo, triste y feroz; más alto que sus innumerables hijos, Satanás medita, arrimado en la sombra al poste de la inmensidad; y allí, de pié debajo del cielo, tiene por careta las Tinieblas y por argolla la Eternidad.

28 Abril 1875.

XL.

Fulgur.

El Océano me dijo:—"¡Oh poeta, hombre justo, algunas veces, como tú, recibo la augusta sorpresa de que descienda hasta mí del cielo inmensa claridad rojiza, y de que me atraviese de repente el rayo irritado y sublime, como atraviesa tu alma ¡oh soñador! el espíritu siniestro de Isaías! Rujo contra los escollos, como tú contra los reyes. El enorme brazo de fuego me asocia á sus desastres cuando amenaza al mundo y á sus vivientes. Como tú tengo mi azur, ternura de mujer, alegría de niño, olas llenas de ojos, auroras en las que sonrie el cielo, espumas, blancas algunas veces como cisnes; los astros, por encima de mi oleaje, se hacen señas unos á otros y se dicen:—"Vamos á mirarnos en el espejo del mar.„ Soy el nivel puro, el precipicio claro; ofrezco mis gotas de agua de dia y de noche á los tallos de las yerbas; pero hago poco caso de ese azul soberbio, de esa vasta sonrisa que se extiende por todas partes, de esa gracia, en la que la sombra se disuelve en claridad; de esas olas de cristal, de esas olas de moiré; que el rayo que me atraviesa constituye toda mi gloria.„

XLI.

Dos voces en el cielo.

(Zenit y Nadir.)

ZENIT.—Soy lo alto.
NADIR.—Soy lo bajo.
ZENIT.—Yo amo.
NADIR.—Yo rio.
ZENIT.—El deslumbramiento enternece los corazones. Adorar es amar admirando. ¡Qué hermoso es el sol cuando dora las altas cimas!
NADIR.—El suelo es delicioso.
ZENIT.—Oh Paris!
NADIR.—Oh Paris!
ZENIT.—Me complace ver las cabezas, los cerebros, las vastas frentes en las que irradia el pensamiento.
NADIR.—Me divierte ver á las mujeres tales como son.
ZENIT.—Causa indescriptible alegría saber, sondear, penetrar el pensamiento de los fuertes y de los sábios, ver el corazon grande de los héroes.
NADIR.—¡Qué hermosos piés tiene Susana!
ZENIT.—Leo el libro que escribió Dios.
NADIR.—Y yo la gaceta que el diablo garrapateó por el reverso.
ZENIT.—Creer dá tranquilidad. ¡Elevad las miradas al cielo!
NADIR.—Si miramos al cielo tropezaremos en la tierra.
ZENIT.—Dedicaos á los grandes trabajos y á los grandes estudios; vivid pensando, retiraos á las soledades, que saldreis de ellas siendo mejores.
NADIR.—Y volvereis más flacos.
ZENIT.—Embriagaos de éxtasis!
NADIR.—Emborrachaos.
ZENIT.—Pensad!
NADIR.—Bebed, comed y engordad.
ZENIT.—Cantad, aves; rugid, leones; soplad, vientos; hinchaos, mares; temblad, bosques; Adan, reza. El sol sale, Dios aparece.
NADIR.—Lo crees así?
ZENIT.—Creacion, yo te saludo!
NADIR.—Triste máquina!
ZENIT.—Gloria á Dios!
NADIR.—Bah!..
ZENIT.—Yo te saludo, Francia!
NADIR.—Buenos dias, China.
ZENIT.—Venid á mí, luchadores que os desangrais; venid á mí, grandes hombres cansados; Dante con Beatriz, Voltaire con Calás.
NADIR.—¡Mira qué deja caer en el suelo la Doncella de Orleans!
ZENIT.—Shakespeare, resplandece; Rabelais, chispea; Byron, enseña tu frente.
NADIR.—Y esconde la cojera.
ZENIT.—Jesús nace. Oigo el sonido del arpa.
NADIR.—Y el ruido del cepillo de carpintero.
ZENIT.—Su padre es Dios.
NADIR.—Su padre es carpintero.
ZENIT.—Oye los psalmos de David.
NADIR.—Oye la sierra de José.
ZENIT.—En las chozas reina la paz. La aldea atrae.
NADIR.—Huyamos de ella.
ZENIT.—Ama al aldeano.
NADIR.—Pero teme al campesino.
ZENIT.—Fijo la vista en los altos sitios donde la gloria brilla, donde César ganó su mayor victoria, donde Juvenal escribió sus mejores versos. Veo la parte alta de todo.
NADIR.—Y yo la parte contraria.
ZENIT.—Atenas encerró la belleza en sus sagrados muros, en sus obras magistrales y en sus ejemplos. Miguel Angel

estudió de rodillas las estrofas del estatuario escritas en los templos griegos. Rafael, pasmado, contempló á Fidias; los profundos bajo-relieves, llenos de vida extraña, hicieron que el arcángel temblase ante el semi-dios. Ante la sonrisa eterna de los frontones inmortales, que cinceló el arte puro, las generaciones pasan como rios, y los siglos, leñadores que inútilmente se encarnizan, convocados por el escultor divino ante el Parthenon mutilado como un árbol, comparan la humanidad de arcilla con el Olimpo de mármol. Saludo á Fidias!

NADIR.—Y yo saludo á lord Elgin!

ZENIT.—Justos, bebed absintio.

NADIR.—Absintio, vino y aguardiente. Ricos, la orquesta está tocando, los convidados están alegres; podeis pasar por las avenidas del parque; lámparas de oro iluminan vuestros salones; bailad en ellos y despues id á cenar en el comedor. Vosotros los pobres, vosotros los miserables, emborrachaos en un tabuco á la luz de una bujía de sebo.

ZENIT.—Veo volar las águilas.

NADIR.—Yo á los judíos.

ZENIT.—Morus muere por la ley y Caton por la pátria.

NADIR.—La cobarde multitud tiembla y se queja.

ZENIT.—¡Cuántas coronas de oro, cuántos sombreros con plumas ciñen frentes criminales!

NADIR.—¡Qué clavos tan gruesos llevan los zapatos de los hombres honrados!

ZENIT.—Los hombres buenos son los pilares del cielo misterioso en el que gravitan los mundos; de ellos sale la razon: sin ellos todo seria sombra, todo estaria oscuro. La justicia sagrada que llena la bóveda azul, empieza en el hombre honrado y termina en las estrellas. Los justos no comprendidos brillan tras el velo del firmamento; como el cielo, encierran la inmensidad, y si él es la luz, ellos son la verdad.

NADIR.—Bebamos!

ZENIT.—Gloria al sol!

NADIR.—El sol se rie de la naturaleza. Todos los hombres y todas las cosas son iguales y parecidas á la luz del gas.

ZENIT.—Pudor, el lirio te adora, la cándida paloma te ama; virginidad espléndida, el alba te sonríe; eres la nieve en la que se posará el pié blanco del amor.

NADIR.—Abajo la vírgen! ¡Abajo el lirio! Abajo la luz! Todas las blancuras son empalagosas y necias.

ZENIT.—Cállate, negro!

NADIR.—Eso no es culpa mia. Angel mio, no te agríes. No es culpa mia si donde tú ves gigantes yo veo pigmeos, si lo que tú ves que asciende, yo lo veo descender; tú contemplas llamas en las frentes y yo cenizas á los piés; esto depende del sitio en que estamos colocados.

ZENIT.—Empezaba á apuntar la primera luz del dia, y delante del pórtico de la iglesia dormian los frios sepulcros. A la entrada del bosque, Pedro encontró á Lise y la dijo:—"Ven.„—"Dónde?„—"Al interior del bosque.„—"No quiero.„ Los segadores estaban comiendo á la sombra, los alegres pinzones revoloteaban jugando en las losas de los sepulcros.—"¿Ves allá bajo, encima de aquel techo, una bandada de palomas?„ preguntó Lise, y Pedro la contestó:—"Sí; aquel techo es el de mi casa. Ven á verlas. Tengo mi cuarto debajo de ese techo; en mi casa hay palomas y golondrinas; podrás cogerlas con las manos.„—"¿Podré cogerlas con las manos? exclamó ella alegre.„—"Sí, ven conmigo.„—"No me atrevo.„ Pero la senda, complaciente ó traidora, paso á paso los condujo á los dos, que caminaban pensativos, cerca de la cabaña. Durante el camino Lise temia á Pedro; éste dijo:—"Ya hemos llegado; aquí es.„ Subiendo por la estrecha escalera sus dos hálitos se confundian. Las palomas, al verles llegar, levantaron el vuelo y huyeron de allí.—"¿Dónde están las palomas y las golondrinas?„ preguntó Lise, y Pedro le dijo en voz baja:—"Hermosa mia, las aves han partido, pero el amor se ha quedado.„ Multitud de rosas impregnaban la cabaña con sus perfumes; Lise entró en ella ruborizada...

NADIR.—En un rincon de la choza la risa convulsiva de Satanás le hacia menear su barba de macho cabrío. Lise, quitándose las medias, tarareaba en voz baja la cancion de Malbrouck.

ZENIT.—Jacobo, al concluir de trabajar en el campo, cansado, con el rostro curtido por el sol y por la intemperie, volvia á su casa, llevando un pan debajo del brazo. Una mujer, flaca y pálida, pasó por su lado, llevando un niño de la mano. —"Dame pan„, gritaba el niño. La madre le contestó:—"Mañana.„ El niño dobló la frente como un pájaro mete la cabeza debajo del ala.—"No creo en Dios, porque mi hijo tiene hambre„, exclamó

la madre. El pobre niño la contestó:—"Madre, no te incomodes.„ Jacobo le dió el pan; Jacobo hizo bien: para que la madre crea es preciso que el niño coma.

NADIR.—Ese niño era horrible y monstruoso; ese ángel miraba bizco, y se parecia vagamente á Dupin.

ZENIT.—Los ojos del cuerpo engañan; los del espíritu son los únicos que ven claro. El alma desconoce la noche y la ceguedad. El alma vé á través de las pupilas cerradas. Milton era ciego.

NADIR.—Y Camöens tuerto.

ZENIT.—Dios mio, soy feliz, porque contemplo.

NADIR.—Y yo miro con el anteojo. Platon contempla y Juan mira con el lente, y Vénus dice en voz baja á Don Juan:—"Subes?„

ZENIT.—Silencio!

NADIR.—Mi Don Juan, robusto pillastre, dice Vénus; Platon solo es útil para dejarnos su busto.

ZENIT.—Todo está en equilibrio, todo es bello.

NADIR.—Todo? Tanto he buscado lo bello que he encontrado lo feo. Todo está mal.

ZENIT.—El ideal es un astro inmóvil que irradia.

NADIR.—Satanás me ha regalado el alma de Zoilo, y yo me la pongo delante de mi vista á guisa de anteojo.

ZENIT.—Todo glorifica y todo afirma.

NADIR.—No!

ZENIT.—El sábio, que es inaccesible á los vicios, sirve de faro á los hombres en medio de las tinieblas.

NADIR.—Sócrates se embriagaba y Thales era libertino.

ZENIT.—Eso crees?....

NADIR.—Lo verdadero no es más cierto que lo bello. El que parece un mono á los griegos, le parece un hombre á los indios.

ZENIT.—Demócrito y Heráclito eran las dos caras del género humano.

NADIR.—Eran Juan que llora y Juan que rie; eran como nosotros, el Zenit y el Nadir.

ZENIT.—Espíritu siniestro, no juntes tu nombre con el mio.

NADIR.—Bah!

ZENIT.—Cállate, cieno!

NADIR.—Caballero, yo soy un diablo y vos sois un ángel; pero cuando os incomodais conmigo porque yo estoy alegre, perdeis la expresion angelical.

ZENIT.—¡Que Eva, á la que tú perdiste y cuya deshonra causaste, te aplaste con sus piés!

NADIR.—¡Que os monte la burra de Balaám!

ZENIT.—Oh Dios vivo! perdona esa risa inmunda, perdona esa risa miserable; tú, á quien adora de rodillas al morir la luz de la tarde el venerable justo.

La risa aulla y muerde en la tierra, espumea, mancha y desgarra; perturba el silencio del sepulcro, y escupe haciendo muecas al mundo, que es incensario que humea.

¡Contemplan sin cólera esa risa furiosa, que nadie consigue desarmar, Dios, la vida, el abismo, la esperanza, el inmenso y misterioso ojo, del que cae la lágrima que se llama hombre!

23 Noviembre 1853.

II.

EL LIBRO DRAMÁTICO.

La mujer.

LOS DOS HALLAZGOS DE GALLUS.

I.

NELLA.

COMEDIA.

PERSONAJES.

EL DUQUE GALLUS
NELLA.
JORGE.
EL BARON GUNICH, chambelan.
EL BARON D' HOLBURG, soldado.

En Suavia 17...

Un castillo en un bosque. Interior de la gran sala del piso bajo, que presenta aspecto ruinoso. Se ven estátuas en los nichos y brota yerba del piso. Hay escombros por todas partes. Una mesa de encina. Dos sillas de madera. En un estante hay vajilla de estaño y vasos y botellas groseras. Cofres á lo largo de las paredes. Cerca de la mesa, sobre un arcon, hay tomos en fólio encuadernados en pergamino; alguno de ellos está abierto. En el ángulo de la izquierda, debajo de un arco de forma ojiva, hay una puerta de dos hojas, cerrada. A la derecha, y en la parte de delante, se vé la torrecilla de la escalera en espiral, que sube á los pisos altos. Esa torrecilla está contigua á la muralla. La puerta de la torrecilla se abre hácia el escenario, y cuando está abierta se ven los primeros escalones. Las paredes de la torrecilla están hendidas por pe-

queñas ventanas largas y estrechas. En el fondo hay una puerta grande y abierta, que cae al bosque. Las ventanas están desmanteladas y tienen aquí y allá vidrios rotos.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE GALLUS y GUNICH.

(Entran por la puerta del fondo. El DUQUE es elegante, bien parecido; tiene el cabello gris y cerca de cincuenta años, pero abriga la pretension de que parece de menos de cuarenta. Trae un abrigo de viaje. GUNICH es viejo.)

EL DUQUE.—Qué sabes de ella?

GUNICH.—Nada; solo sé que se llama Nella.

EL DUQUE.—¿Nada más ha averiguado tu talento de espía? ¿Y en este castillo ruinoso habita esa jóven?

GUNICH.—Con su padre.

EL DUQUE.—Solos los dos!

GUNICH.—No tienen familia.

EL DUQUE.—¿Dices que es una jóven encantadora?

GUNICH.—Reune todos los atractivos.

EL DUQUE.—¡El más hermoso de los pájaros ocupa el más feo de los nidos! (Mirando á todas partes.) No hay nadie aquí! (Hace sonar la aldaba de la puerta.) No vienen!... Entremos. (Levantando la voz y gritando.) Ha de casa! (El DUQUE mira á todas partes y nadie contesta ni se presenta. GUNICH le sigue hasta el escenario.)

GUNICH.—Permitid, alteza, que os hable un instante de política. Mientras estamos esperando, vuestro sobrino crece.

EL DUQUE.—Eso no puede molestarme, mientras continúe viviendo inédito.

GUNICH.—Esas complicaciones siempre son embarazosas. En vuestro sitio, monseñor, hubiera suprimido al jóven. Todo ó nada. ¿Por qué hacer las cosas á medias?

EL DUQUE.—Las costumbres de nuestra época se han dulcificado mucho. Puedo apoderarme de la corona y no hacerme enemigos. Mi hermano dejó un hijo; matarlo seria proceder segun el antiguo sistema, y hoy esto seria de mal gusto. Debemos usurpar hoy sin hacer daño, perdonando.

GUNICH.—Bah!

EL DUQUE.—Cuando murió mi hermano quedé muy disgustado; me resentia tener que ser vasallo de un muñeco: hice en Kaunitz no recuerdo qué tontería, y me reconocieron como á duque reinante. Me desembaracé del chicuelo enviándole lejos y haciéndole educar en estos bosques como á hijo de un anciano herrero. Hoy es el estudiante Jorge. No le he causado ningun estrago. En estos montes hice vivir al niño para privarle de su derecho legítimo. De vez en cuando vengo aquí, de incógnito, sin escolta, solo contigo, para ver cómo sigue. No sospecha siquiera que es duque.

GUNICH.—Ese plan es profundo, pero demasiado suave.

EL DUQUE.—Los reyes se hacen y se deshacen.

GUNICH.—Bah!

EL DUQUE.—Lo que los príncipes llamamos nuestros derechos, ¿son derechos acaso? Sí y no. Porque dispongo de las provincias, las conservo. Pertenecen á mi sobrino, ¡y qué! Siendo ladron soy rey. El primer hombre que se proclamó rey fué un ladron, que no tuvo nadie que le juzgara. Estoy contento de mi plan; los bosques son un seguro refugio, y ese niño vive. Yo reino como me parece; he roto los antiguos yugos, he suprimido la horca, he abierto muchas escuelas, he disminuido el impuesto, he sembrado la verdad, he disuelto el error, y de ese modo vivo sin remordimiento. Tolero que viva mi sobrino, porque nadie sabe que existe. El Claudio de Hamlet acecha la pálida aurora; pero si él es Claudio y el niño es Hamlet, á mí ningun espectro viene á cogerme por el cuello. Pero te confieso que me fastidio. El trono dá tristeza. Sabes lo que soy?... un pobre hombre más bueno que malo; ocupado, pero ocioso; que estoy corrido. El ambicioso, que premedita ser usurpador, soñando con el trono, exclama:—"¡Es soberbio! El que lo ocupa es el señor, es un príncipe que resplandece ante los hombres; ocupa el sitio más alto de la tierra; es preciso que el que lo ocupa me deje ese sitio.„ Bien; ya lo he ocupado, ya reino, y ¡á qué precio! Para inspirar un respeto parecido al desprecio; para ver miel en los labios, hiel en los corazones; para verlo todo dorado y falso; para oir muchos discursos; para tener criados, pero no amigos; para obtener maldiciones y muchas indigestiones y *Te-Deums* cantados por sacerdotes ateos; para mover mucho ruido, en una palabra, el rango supremo es una frase vacía de sentido; el poder es un problema, y no estais nunca seguro de que una mujer os ama. Esto es lo que usurpé... ¡Si yo lo hubiera sabido!...

GUNICH.—Sois triunfante, grande, os ceñís una corona...

EL DUQUE.—Estuve embaucado, pero desperté de la alucinacion que en mí produjeron el cetro y el trono, y sé lo poco que valen. No hay pamplina tan necia como la etiqueta ni orgullo tan

hueco. Es el arte de los poderosos, que les sirve para hacerlos desgraciados; á eso llaman majestad. Qué estupidez! La corona hace perder la cabeza. ¿Sabes cuál seria mi gusto? Vivir en Paris. Roma tiene el carnaval, Stambul sus huríes; pero Paris... allí quisiera vivir para ser un foragido sin dejar de ser príncipe. El foragido es un burlon muy discreto que solo Paris produce, que rie y goza y que es un verdadero diablo, que vive sin ninguna clase de escrúpulos. Por eso cuando pienso en Paris comprendo que es la ciudad donde yo debiera vivir; pero no quiero pensar en eso, porque es inútil desde que he llegado á las alturas del trono, desde que soy rey y el tedio me hace bostezar. Quisiera ser un hombre del campo y libre, porque los felices labriegos gozan con toda su alma; así no encaneceria antes de hora, como estoy encaneciendo.

GUNICH.—Pero...

EL DUQUE.—Encanezco; y además de eso, me atormenta el contínuo deseo de cometer un pecado. El pecado mejor, el grandioso, el verdadero, el único, el pecado del amor. Escucha, que deseo comunicarte este secreto. He gozado de cuanto puede ofrecer el destino; vacié ese saco, leí ese libro: pues bien; en el fondo del saco de la suerte el hombre solo encuentra á Ella.

GUNICH.—Quién es Ella?

EL DUQUE.—Ella se llama placer, tormento, infierno y cielo, bien y mal; Ella en Grecia es Aspasia y en Francia Ninon. Premedito proporcionar el bienestar á una jóven sin corazon, sin preocupaciones, sin escrúpulos, que sea hermosísima, que gaste buena salud; premedito tener una Pompadour como el rey Cristianísimo. Sé que todas tienen mil defectos, sé que no la quiero viuda como dicho rey, y quiero buscarla en los bosques para que no esté corrida. Ese es mi ideal. Te confieso que me atormenta el fastidio; confio mi sobrino á la custodia de Dios y me dedico á perseguir esta aventura. Quisiera encontrar algun sér independiente del que yo fuera el déspota y que al mismo tiempo hiciese de mí lo que quisiera; en una palabra, busco una mujer bribona.

GUNICH.—Monseñor, fácil es encontrarla.

EL DUQUE.—Pero es que yo quiero que sea salvaje.

GUNICH.—Para eso es preciso soñarla; no debeis tomar al pié de la letra vuestro deseo. Satisfaceos con que sea casi-salvaje.

EL DUQUE.—¡Lagos, montañas y bosques, vengo á sondear vuestros abismos profundos, harto y disgustado de verdugos y hasta de bufones, cansado de que me tengan respeto, aburrido de la riqueza, cansado de mujeres nobles; vengo á buscar en el desierto una Vénus desnuda y hácia vosotros tiendo los brazos! Naturaleza, sonríeme! ¡Bosques, dadme una mujer!

GUNICH.—Bosques, concededle una mujer vírgen.

EL DUQUE.—Consiento en que sea vírgen, con tal que sea un demonio; deseo un sér con malas inclinaciones, pero que tenga el aspecto candoroso del lirio; una Lais-Inés, un mónstruo en estado de inocencia; la deseo por mera curiosidad, pero con apetito. La hojarasca espesa de los bosques lo encierra todo: flores y veneno. Deseo un ángel que encierre el gérmen de una bribona. Tengo el capricho de observar cómo hácia el mal vá corriendo la inocencia á tientas en el instinto animal; asistir al espectáculo de presenciar cómo ese sér, poco á poco, vá cayendo en la falta. Debe producir un placer nuevo, desconocido, ir comprendiendo que es perezosa, que no le gusta trabajar, que se enamora de las alhajas, que me engañará acaso con algun repugnante tití, que cada dia es peor, que se vá convirtiendo en Phriné, que desconoce el honor, el deber y la razon. Ver que era salvaje y llega á ser servil; que era fauna y se convierte en perdida... ¡Esto debe causar un verdadero placer!

GUNICH.—Sí... eso debe ser muy satisfactorio!...

EL DUQUE.—Me dan náuseas las mujeres que en nuestras ciudades nacen civilizadas, porque no pueden causarnos la satisfaccion de corromperlas, porque saben más que nosotros. Por eso vengo á buscar á estos sitios algo peor, quiero decir, algo mejor. Mi sueño de oro, amigo mio, consiste en aclimatar en la córte á una mujer salvaje.

GUNICH.—Si encontrais ese prodigio...

EL DUQUE.—Lo encontraré para matar mi fastidio.

GUNICH.—Extraño seria que siendo príncipe no lo encontrárais.

EL DUQUE.—Aquí lo he de encontrar.

GUNICH.—Busquemos, pues; en este castillo vive una alemana que tiene ojos de española. (Mirando al interior por una de las ventanas.) Calla! Allí la teneis!...

EL DUQUE (mirando por la ventana y haciendo un gesto de estupor).—Y él la acompaña!

GUNICH.—Forman linda pareja!

EL DUQUE.—Es mi sobrino!

GUNICH.—Y la doncella del castillo.

EL DUQUE.—Está hablando con ella!

GUNICH.—Pardiez! será su pretendiente! Eso no me sorprende. Como vos le habeis hecho vivir en estos bosques, vaga por ellos, y se aprovecha de lo que le ofrecen. Comprendo que esa Jimena haya tropezado con su D. Rodrigo. Se habrán encontrado por casualidad y se habrán dejado llevar de los instintos de la naturaleza. Vereis cómo vuelven á salir por la torrecilla.

EL DUQUE.—Estoy celoso!

GUNICH.—De quién?

EL DUQUE.—De ella y de él.

GUNICH.—Eso es andar demasiado de prisa. ¿Solo habeis visto una vez y de lejos y un momento á esa jóven y ya tiene celos vuestra alteza?...

EL DUQUE.—Pronto me enamoro; cada uno es de su modo, y yo soy así! pierdo muy pronto la razon.

GUNICH.—Tan pronto! (Riendo.)

EL DUQUE.—Me indican que en este castillo siniestro mora una jóven hermosa; vengo corriendo á buscarla, ¿y no quieres que me enrabie y que tenga celos, cuando me encuentro con que mi sobrino galantea á esa dama?

GUNICH.—Le usurpásteis el trono y él os usurpa la mujer. Es una carambola.

EL DUQUE.—Está abandonado á sí mismo. No siendo rey, no necesita que nadie le contenga. Nunca le he coartado la libertad. Como estudia cerca de aquí, pudo seguir la pista á esa mujer antes que yo; pero no me importa; lucharé con él. ¿Sabes que está hecho un buen mozo?

GUNICH.—Ya es hombre.

EL DUQUE.—Y además bien parecido.

GUNICH.—Es un pretendiente de doble filo, del que yo me hubiera librado.

EL DUQUE.—Ese muchacho es mi rival dos veces.

GUNICH.—Es alto, esbelto; debe estar arrogante montado á caballo.

EL DUQUE.—Para la política tiene su derecho y para las mujeres su hermosa figura.

GUNICH.—En cuanto triunfamos debimos quitar de enmedio á ese niño; de ese modo hubiéramos extirpado de raiz las revoluciones. La presion misteriosa que pueden ejercer los sucesores posibles perturba el reino; promueve incidentes desastrosos que ponen en peligro al poder; el que pretenda reinar debe suprimir á sus sucesores. De lo que ahora os sucede, monseñor, se reiria Maquiavelo.

EL DUQUE.—Más se reiria Boccacio. Jorge abusa de no ser rey, y para amar se ha aprovechado de su retiro, para ocupar en él mi sitio. ¿Debo permanecer aquí? Será preciso que me vaya? Estoy en un bosque y he sido robado. Cupido escamoteó Semele á Júpiter, Jorge goza de la realidad, yo solo gozo del sueño. Mi sobrino se rie, yo reino; él vive, y yo me lamento y me encolerizo. Veo que me ha cogido á mi amada, que es su presa; y yo, pardiez? Soy la víctima á pesar de ser rey.

GUNICH.—Pero en cambio, príncipe, sois el águila que os cerneis dominando el horizonte.

EL DUQUE.—Pero sin alegría. El príncipe es un necio poderoso; esa águila es una oca. Son huecas vanidades los palacios, los arcos de triunfo, el amor de los vasallos y el fausto real; el trono nos encierra en su círculo heráldico... ¡Mi sobrino debe ser más feliz!

GUNICH.—Estais celoso de él?

EL DUQUE.—No; le tengo envidia; cambiaria su suerte por la mia.

GUNICH.—Pues eso es fácil.

EL DUQUE.—No es fácil, si es correspondido.

GUNICH.—Príncipe, temblais!

EL DUQUE.—Podemos apoderarnos de un trono, pero no de un corazon. Sin embargo, lucharé.

GUNICH.—Podeis poseer otras muchas mujeres.

EL DUQUE.—No. (Al ver que GUNICH se rie.) Aunque me adulas, comprendo que me satirizas; no creas que soy inepto. Has de saber que mis antepasados entraban en batalla uno contra diez; que yo, teniendo ya el cabello gris, tengo que combatir con un hombre jóven; que ignoro cómo se llama esa mujer; que Jorge es mucho más fuerte que yo, porque es estúpido, ó á lo menos lo supongo al ver el éxito que ha conseguido; que deberia huir de aquí si reflexionara, porque esa jóven que habita una casa arruinada soñará vivir en un palacio; que será vana, tornadiza y pobre, y que por todo eso yo la deseo. Has de saber que para mí ya no hay otra mujer en el mundo.

GUNICH.—Esos dos jóvenes creen que están solos en el solitario castillo. Observémosles. Se oyen pasos en la escalera. Son ellos que van á bajar aquí.

EL DUQUE.—Efectivamente, descienden del cielo. Envidio la tierna embriaguez de los amantes.

(Aparecen JORGE y NELLA. Descienden por la escalera de la torrecilla, el primero JORGE, dando la mano á NELLA. El DUQUE GALLUS y GUNICH se retiran detrás de la torrecilla para que no les vean. Desde su escondite el DUQUE solo puede ver á JORGE. NELLA se queda en el último escalon de la escalera de la torrecilla. El DUQUE contempla á JORGE.)

Indudablemente es delicioso tener veinte años, y Jorge es hermoso.

ESCENA II.

Los mismos, NELLA y JORGE.

JORGE.—Nella!

NELLA.—Jorge! Me despido de tí hasta muy pronto.

JORGE.—Sí, hasta muy pronto.

NELLA.—Procura que no te vean. ¡Qué desgracia es para nosotros que yo haya nacido hija de un noble!

JORGE.—Y que yo sea plebeyo!

NELLA.—Jorge!

JORGE.—No sé por qué pretendo que mi vida sea una novela, y me imagino que desconozco mi orígen. Tengo el presentimiento de un destino desconocido; pero no; soy un cualquiera que me atrevo á adorarte.

EL DUQUE.—(Qué bravura!)

NELLA.—Aprovecha estos momentos en que mi padre está trabajando en el cercado y vete por el bosque.

EL DUQUE Á GUNICH.—(Su padre! ¿Es villano ó es soldado? ¿Será aquel anciano que allá á lo lejos se encorva sobre la esteva?)

JORGE.—Eres la llama que apareció en mis cenizas; sin tí no puedo vivir. ¿Cuándo podré unirme para siempre contigo en el altar?

NELLA.—Ay! no lo sé. Es preciso que sigas escondiéndote, porque á mi padre le domina todavía el orgullo del noble, el orgullo de raza.

JORGE.—El castillo arruinado no se avergüenza de la hiedra. ¿Por qué me ha de rechazar ese veterano? Mi casto amor se parece á su cruel destierro. Podíamos amarnos tranquilamente en su presencia; ¿qué daño podria causarle nuestra alegría y nuestra felicidad?

NELLA.—Esperemos, que mi padre es bueno y Dios nos ayudará.

JORGE.—Dios no nos ayudará, porque permitió que yo naciera sin nombre.

NELLA.—Nada debe importarte.

JORGE.—Mi alma es franca y mi destino es traidor.

NELLA.—Jorge! (El DUQUE hace esfuerzos por ver á NELLA y no lo puede conseguir.)

JORGE.—¿Por qué mi nacimiento fué un castigo para mí? ¡Necesitaba haber nacido noble! ¿El grano de arena tiene la culpa de ser tan insignificante?...

NELLA.—Pero Jorge...

JORGE.—¡Mi corazon es demasiado altivo!

NELLA.—Te amaria más si fueras rey?

JORGE.—No; pero serias mi esposa.

NELLA.—Así tambien lo seré más tarde.

JORGE.—Déjame depositar un solo beso en tu mano.

NELLA.—Exijo que seas prudente.

JORGE.—Seré prudente. (NELLA permanece en la escalera. JORGE está bajo de la torrecilla. NELLA saca el brazo desnudo por la ventana y él le coge la mano.)

NELLA.—Te dije que seas prudente. (JORGE besa la mano repetidas veces.)

EL DUQUE.—(Tres, cuatro!... ¡Ah, tú me lo pagarás, que me ha vuelto loco ese brazo!)

JORGE.—Adios, vida mia!

NELLA.—Adios, amor mio!

JORGE.—Cuándo volveré?

NELLA.—Mañana.

JORGE.—No; hoy mismo.

(Furtivamente JORGE desaparece por una de las ventanas destrozadas. NELLA queda sola en la escalera mirando por el tragaluz de la torrecilla para ver á JORGE hasta que le pierde de vista.)

EL DUQUE.—(Gozan del paraiso! El amor es el edén en el que Dios está escondido. Será preciso que me presente y que le diga á Jorge: Querido mio, te aman, pero la beldad es frágil, la mujer significa culpa, y si tú tienes amor, yo tengo experiencia.)

(Sale NELLA de la torrecilla; dá algunos pasos y se pára sin ver al DUQUE ni á GUNICH.)

GUNICH.—(Favorezcamos al padre robando á la hija; sois rey y yo soy baron, y todo nos es lícito.)

EL DUQUE.—(Cállate, que estoy fascinado.)

NELLA.—Voy á poner los cubiertos en la mesa.

(Vá á un armario; saca de él un mantel grueso, pero blanco, con el que cubre la mesa; despues pone platos, vasos y jarros de estaño, una vasija con leche y un pan moreno, dos servilletas, dos cubiertos de hierro, y coloca dos sillas delante de las servilletas. El DUQUE la contempla. Él y GUNICH están en el fondo de la sala sin ser vistos por la jóven.)

EL DUQUE (á GUNICH).—(Vete á pasear al bosque.)

NELLA.—No tardará en entrar mi padre.

EL DUQUE (á GUNICH).—(Déjanos solos!)

(GUNICH hace una reverencia y se vá.)

ESCENA III.

El DUQUE GALLUS y NELLA.

EL DUQUE (presentándose).—Señora... (NELLA se vuelve y le vé.) Soy un viajero que pasa. Si me lo permitís, beberé una taza de leche, pagándola.

NELLA.—La bebereis sin pagar.

(NELLA pone la leche en un vaso de vidrio; el DUQUE se sienta en una de las sillas y toma un sorbo; NELLA se pasea por la sala sin ocuparse de él.)

EL DUQUE.—(Tiene veinte años, los ojos grandes y los piés pequeños; en este castillo ruinoso debe fastidiarse horriblemente.) Hermosa dama, en los cuentos de hadas se encuentran jóvenes hermosas como vos, que un dragon custodia en una torre, que hacen morir de amor á los reyes y que salvan de la fiera valientes paladines. Qué haceis aquí?

NELLA.—Ordeño las vacas.

EL DUQUE.—No dudo que os ocupeis de eso, pero os ocupareis de algo más.

NELLA.—Llevo la comida á los segadores que están trabajando en los campos.

EL DUQUE.—Y qué más?

NELLA.—Lavo la ropa en la fuente.

EL DUQUE.—Pero eso no será todo.

NELLA.—Barro y limpio, y arreglo en la despensa los huevos frescos, hilo en la rueca ó recompongo la ropa.

EL DUQUE.—Que ya no es de moda.

NELLA.—No lo sé.

EL DUQUE.—¿No os ocupais de nada más?

NELLA.—Cuando mi padre regresa lentamente á casa, le preparo la mesa y cenamos los dos.

EL DUQUE.—Pan moreno?

NELLA.—Y leche.

EL DUQUE.—Opulenta comida!

NELLA.—Despues leo un rato en alguno de esos libros viejos. (NELLA los señala; el DUQUE vuelve la cabeza y lee los títulos en los lomos de los volúmenes.)

EL DUQUE.—Homero, Grotims, Polybio, el Génesis.

NELLA.—O bien, mientras conversamos, coso, y como el trabajo agujerea la ropa, la refuerzo con piel de oveja: despues mi padre me tiende las botas y se las quito.

EL DUQUE.—Y despues?

NELLA.—En seguida rezamos en voz alta, me abraza y se vá á dormir.

EL DUQUE.—Eso es todo?

NELLA.—Eso es todo.

(El DUQUE se levanta de la silla, se acerca á NELLA y le pregunta sonriendo:)

EL DUQUE.—¿Qué es lo que llena vuestro pensamiento?

NELLA.—Creer en Dios.

EL DUQUE.—Pues eso es mucho! (Pausa.) Veo que hay momentos en que os quedais muy séria y pensativa; veo que sois...

NELLA.—No soy curiosa. Ignoro vuestro nombre y os doy la bienvenida.

EL DUQUE.—Nuestra felicidad algunas veces se encuentra en lo desconocido. Soñais? Pensais acaso?

NELLA.—No pienso; espero.

EL DUQUE.—Pero hermosa jóven, es indispensable amar á alguno en el mundo.

NELLA.—Amo á mi padre.

EL DUQUE.—No llena todo el corazon profesar cariño á los cabellos blancos.

NELLA.—Amo á los blancos y no á los grises. Con vuestro permiso voy á guardar esta ropa. (NELLA guarda ropa en un armario y se entretiene trasteando por la habitacion.)

EL DUQUE (volviéndose á sentar).—No me gusta que entierren en vida á las jóvenes hermosas. Esos ojos tan espléndidos, tan interesantes, esa fisonomía sonrosada, esa figura tan esbelta, no han sido creadas para ocuparse en las faenas mecánicas de la casa. Veros encerrada aquí me entristece y quiero participaros una noticia; os anuncio que hay en el mundo sitios encantadores; que existen un Versalles, un Postdam, un Schœnbrum, que son pequeños Olimpos; que hay en el mundo palacios, que tienen bosques, que tienen jardines; en los que los hombres visten trajes ricos y relumbrantes, y las damas deslumbran con las alhajas y con la pedrería que usan, porque es el destino de todas las mujeres arder en el incendio universal que se llama amor. Os anuncio que sois una diosa, que el astro de la hermosura debe brillar en el cielo de la riqueza, y que en la tierra, que era el antiguo feudo de Vénus, por poseer dos hermosos ojos y por besar dos piés desnudos, el Papa daria á Roma y yo daria á Babilonia. Me entristece, vuelvo á deciros, veros vivir en estas ruinas, en las que debeis arrastrar una vida monótona y fastidiosa.

(El DUQUE, que estaba ya en pié, como por descuido deja que se abra el abrigo que lleva puesto y vé NELLA que ostenta en el pecho una placa y que cuelga de su cuello un gran cordon.)

NELLA.—Caballero, si creeis causarme gran efecto enseñándome esa placa y ese gran cordon, os llevais chasco.

(*Nella se dirige al arco de la bóveda y abre las dos hojas de la ventana que estaban cerradas. Al girar ésta sobre sus gozues descubre un cuadro, que es el retrato de un hombre de cuerpo entero, con gran uniforme de guerra, lleno de bordados y de condecoraciones, y que ostenta el mismo gran cordon que leva el Duque.*)

Nella.—Contemplad el retrato de mi abuelo.

El Duque.—Gran Dios! ¡Es un feld-mariscal!

Nella.—Efectivamente.

El Duque.—Y vos sois...?

Nella.—Su nieta. Siempre que salia le anunciaban los tambores y las trompetas; ahora duerme en su sepulcro. Los demás generales, que eran sus compañeros, le admiraban. Mi abuelo era el más prudente de todos, pero era el más temido; era el más sagaz y el más invencible. Cuando el emperador estaba presente le cedia el mando.

El Duque.—¿Y su hijo, vuestro padre...?

Nella.—Es un simple soldado. Mi padre es el baron de Holburg. El destino se enconó contra él antes de venir yo al mundo. Como no se enseña historia á las mujeres, no puedo deciros ni sé si fué por el rey ó por el emperador, por la Prusia ó por el Austria, por quien, siendo noble, tuvo que derramar su sangre, y siendo rico, tuvo que dar hasta su último escudo: solo sé que fué el paladin del vencido y que el vencedor se vengó de él. Le secuestraron sus feudos señoriales, le borraron de la órden ecuestre y le obligaron á ser soldado, desterrándole á este castillo. Los campesinos de estos alrededores fueron obligados á ser sus espías. Las paredes se arruinan y los corazones degeneran; los que fueron vasallos suyos, que él alimentaba en otros tiempos, aceptaron el papel vil del espía. Mi padre quedó privado del derecho de calzar espuela; dejó de ser excelencia y baron y se dedicó á trabajar sus campos. Aunque es primo de los margraves, y aunque es el más bravo entre los más valientes, los jóvenes oficiales hacen como que no le conocen. Cosecha trigo y yo amaso pan. Tranquilo vuelve á casa al anochecer arrastrando el arado, cuando se extinguen las últimas luces del sol. Bebemos el agua que cuando llueve llena los fosos. Jamás habla á nadie de su pasado. Si por casualidad alguno le pregunta respecto á esto, contesta:—Serví á la pátria alemana„; no dice más, y se retira ostentando en la fisonomía cierto aire de dignidad y de altivez. Tiene la frente pensadora del hombre persistente: es anciano, está solo, vencido, proscripto, y sin embargo, no está triste. Comprende cualquiera que ha llegado á este estado por defender una causa justa. Cree, y á medida que aumenta la sombra á su alrededor, veo que aumenta el fulgor de sus pupilas. Contempla con frecuencia ese retrato, que constituye su tesoro; la charretera de lana habla á la charretera de oro; refiere su historia, habla de la guerra, y me parece entonces que mi abuelo sonrie á mi padre. No siéndole permitido cubrir el agujereado techo, mi padre recibe en su ruinosa cámara la fuerte lluvia cuando llueve, el frio en invierno y el viento cuando ruge: soy su hija y soy al mismo tiempo su sirvienta; mi padre es lo que se llama un hombre caido.

El Duque.—Tampoco soy yo muy fuerte en historia, pero á lo que parece vuestro padre ha debido sublevarse. Sepamos lo que hizo.

Nella.—Ignoro absolutamente lo que hizo mi padre; solo sé que estoy orgullosa de su proceder.

El Duque.—Estando el pais tranquilo; el emperador podria perdonarle.

Nella.—Perdonar á mi padre?... Solo él tiene derecho á perdonar á los demás. De quién creeis que estais hablando?

El Duque.—De uno de los nuestros; de un señor.

Nella.—Los señores son tambien cortesanos, pero nosotros no; nosotros somos campesinos. Mi padre es un soldado y yo soy una vaquera. Nuestra profunda caida nos honra. Puede mi padre apoyarse en mi honor, ya que es el depósito que deja en mis manos. Mi deber es procurarle la felicidad, y para eso sé lo que debo ser fuerte. Soy el único resto de su extinguida familia. Me satisfago con cuidar mis vacas, que proveen de leche á todos nosotros; me levanto á la madrugada, corro y salto los fosos, me mojo los piés en la yerba; no sé si el rey Federico combate al emperador Cárlos; pero sí que sé que las vacas me esperan en los campos. Las hablo y todas ellas me parece que están contentas y que son felices cuando me oyen hablar; me lamen las manos y vivo tranquila y feliz en la soledad de estos bosques.

El Duque.—(¡No sé por qué estoy temblando como un necio! ¿Seré un hombre honrado á mi pesar? No; es preciso dar el asalto.) ¿Qué contestaríais á un príncipe que se presentase ante vos, ofreciéndoos su corazon, su rango, su fortuna y su nombre glorioso?



OS PIDO LA MANO DE VUESTRA HIJA, PARA MI SOBRINO EL DUQUE JORGE II.

NELLA.—El nombre está algunas veces en contradiccion con el alma; hay nombre augusto que encubre un espíritu vil y nombre oscuro que tapa un alma ilustre. Algunas veces el pastor es príncipe y el monarca es villano. En cuanto á mí, puedo deciros que no he visto nunca príncipes en este castillo, pero que no deseo verlos, porque siempre creí en la pequeñez de las altezas.

EL DUQUE.—Como supongo que deseareis ser feliz, supongo tambien que tendreis un amante.

NELLA.—Yo!

EL DUQUE.—Dispensadme; debí decir que habrá algun jóven que se haya enamorado de vos.

NELLA.—¿Por qué os inmiscuís en mis asuntos? ¿Quién os dá derecho á penetrar en mi alma? Si amo, mi amor no hace desmerecer mi orgullo; es puro, grave y digno; mi madre se llevó este secreto á la tumba, secreto que yo revelaré á mi padre. La inocencia se vela, pero la falta se oculta, y yo no tengo por qué ocultarme. Amar es mi grandiosidad. (El DUQUE quiere hablar, pero ella se lo impide, imponiéndole silencio con un gesto.) Comprendo vuestra pretension. Sabeis que una jóven vive en casa de su padre, que es un labriego, y os habeis dicho:—"Vamos allí.„ Pues bien; yo os contesto:—"Salid del castillo.„ (El DUQUE se levanta.) No se entra en este castillo por la línea curva. Afortunadamente sé distinguir el corazon leal del corazon hipócrita. El ángel y el tentador no tienen la misma voz; la del lobo no es como la del perro, y el canto del ruiseñor no es el grito del mirlo.

EL DUQUE.—(Buscaba un grano de mijo y me encontré una perla. Me atrapó.)

NELLA.—Salid de aquí.

EL DUQUE.—Pero... (Me echa.)

(Entra JORGE por la ventana destrozada por donde salió.)

ESCENA IV.

Dichos, JORGE, despues el BARON DE HOLBURG.

JORGE.—Ya me tienes aquí otra vez; hemos estado separados pocos momentos. Puedo entrar?

NELLA.—(Gran Dios! Jorge! ¡Y este hombre!...)

(El BARON DE HOLBURG aparece en la puerta del foro; es viejo; vá vestido de soldado, pero con blusa de labrador.)

NELLA.—(Mi padre! Estoy temblando!)

EL BARON (viendo al DUQUE).—¡Un extranjero!

NELLA.—Le acabo de decir que salga de aquí.

EL DUQUE.—¿Sois vos el padre de esta niña? Si lo sois, os advierto que estos dos jóvenes se aman.

JORGE.—(Quién será este hombre?)

NELLA.—(Cielos!)

JORGE.—Quién sois? ¿Sabeis que yo me llamo Jorge?

EL DUQUE.—Sé mejor que vos cómo os llamais. (Al BARON DE HOLBURG.) Cuando volveis las espaldas, ese jóven viene á ver á esta niña, porque los amantes son poco escrupulosos. Os participo que acabo de ser testigo de una de sus entrevistas.

JORGE.—(Quién será este espía?)

EL DUQUE.—Este jóven hace apasionados corrococos, que esta niña acepta en secreto.

EL BARON.—Es imposible que sea verdad lo que decís de mi hija.

EL DUQUE.—Preciso es desconocer el mundo para ignorar que el Abril es el mes de los amores; que la ternura de las noches sigue á la hermosura de los dias; que los céfiros que soplan en los bosques hacen renacer la naturaleza; que es la voluntad de Dios que la juventud sienta la presion amorosa del cielo; que tener veinte años obliga, y que es natural que el beso que envian los nidos del sombrío castillo caiga en el brazo blanco que se entrevé en la oscuridad.

NELLA (ruborizándose).—Señor!...

EL DUQUE.—Estaba yo muy cerca; pasé, lo ví, y vengo á enteraros de lo sucedido.

JORGE (al DUQUE).—Quienquiera que tú seas, debes comprender que tus palabras exigen que nos batamos, con espada, con daga ó con puñal y sin cuartel. Mírame fijamente y retráctate de lo que acabas de decir, palabra tras palabra. ¿Quién eres?

EL DUQUE.—Soy el duque Gallus, landgrave de Suavia, hermano del difunto duque reinante Jorge I. El águila de dos cabezas bate las alas sobre mi cimera. En Alemania no hay familia que sea más noble; y ahora que sabeis quién soy, señor baron de Holburg, os pido la mano de vuestra hija Nella, para que se case con mi sobrino el duque Jorge II, que es este jóven.

FIN DE LA COMEDIA.

LOS DOS HALLAZGOS DE GALLUS.

II.

LISON.

DRAMA.

ACTO PRIMERO.

LISON.

PERSONAJES.

GALLUS.
LISON.
EL BARON GUNICH.
HARON, aldeano.
Un paje, un negro, criados.

En un bosque.

Un camino en la vertiente de una colina; ésta asciende y ocupa el fondo del teatro. El camino pasa por el primer plano, se tuerce, y despues se aparece á la mitad del segundo plano entre árboles frondosos, en los que se pierde. En el proscenio, á la derecha, una casita, cuyo techo está cubierto de rastrojos, muy pobre, pero muy limpia. Un sendero corto de travesía desde la colina pone en comunicacion el pedazo de camino del primer plano con el del segundo. Arboles corpulentos rodean la casita; delante de ésta, debajo de la copa de un árbol y entre un macizo de rosas, brota un manantial encerrado en gruesas piedras. La casita no tiene más que el piso bajo. Al levantarse el telon pasan por el camino dos vehículos: uno de ellos es una carreta cargada de estiércol, que arrastra un asno y que guia un aldeano vestido de blusa; vá por el trozo superior del camino; por el trozo inferior, en el primer plano, camina un coche de viaje, de lujo, blasonado con armas, surmontado por una corona de príncipe, arrastrado por cuatro caballos empenachados, ricamente enjaezados, con postillones y lacayos. En este carruaje vá GALLUS y se divisa á GUNICH en el compartimiento de delante. La puerta de la cabaña está cerrada, la ventana abierta. Una jóven á medio vestir se peina delante de la ventana. Es LISON. Se vé el interior de la casa pobre. Brilla el sol claro de la primavera.

ESCENA PRIMERA.

LISON, GALLUS, despues HARON.

GALLUS (asomándose á la portezuela del coche).—Qué jóven tan hermosa!

LISON (asomándose á la ventana de la cabaña).—Qué hermoso carruaje!

(El coche pasa y desaparece por la derecha. La carreta se pára. HARON baja de ella con el látigo en la mano. Desciende con velocidad por el sendero que corta el camino, llega á la casita y llama á la puerta con uno de sus zapatos de madera.)

HARON.—Son ya las nueve.

LISON.—Ah! eres tú?

HARON.—Yo soy, futura mia.

LISON.—Voy. (Se echa un pañuelo en las espaldas y corre á abrir la puerta. HARON entra en la casa.)

HARON.—No estás aun vestida?

LISON.—Todavía no.

HARON.—Pues el señor cura nos espera á medio dia.

LISON.—Ya lo sé.

HARON.—El altar está adornado como cuando hay fiesta.

LISON.—Me alegro.

HARON.—Desde esta cabaña aislada, donde vives, hasta la iglesia...

LISON.—Qué?...

HARON.—Que aun hay mucho que andar. Vamos, vístete pronto.

LISON.—Ahora mismo.

HARON.—Iré á descargar el estiércol y volveré para llevaros en mi carro á Thibaut, al chantre y á tí.

LISON.—Bien.

HARON.—Porque eres virtuosa te amo, y voy á casarme contigo; serás feliz y te tendrán envidia muchas mujeres. Como soy un arrendador de grandes terrenos, todas las mujeres se me disputan, y puede estar orgullosa la que me consiga, que es un gran anzuelo poder decir, como yo puedo decirlo, que cojo seiscientas fanegas de trigo y trescientas de heno. Tú eres una pobre huérfana, sin padres y sin familia, que no puedes coger ni un puñado de yerba en la extension de los campos que domina la vista; y esto pone de mal humor á los envidiosos, que saben que quiero tomarte por mujer. De ser una pobre obrera, que trabajas á destajo, que vives sola, cuyos padres murieron en miserables gergones de paja, ganando un jornal muy corto zurciendo medias, vas á venir á vivir á mi pueblo y en una buena casa y á abandonar para siempre esta maldita choza, en la que en el invierno te hielas; vas á vivir en una buena casa, en la que tendrás jardin y corral, y una balsa, en la que nadan patos tan grandes como cisnes. Pero yo te quiero y me caso contigo; me gustas mucho; solo te encuentro un defecto: que sabes leer; yo no sé. Pues cuando vengas al pueblo tendrás que trabajar mucho, porque la que es dueña de una casa es al mismo tiempo criada. Tendrás que despertarte cuando oigas cantar el gallo, barrer, lavar, ocuparte de todas las faenas caseras, haciendo que todo pase por tus manos. Ya se publicaron nuestras amonestaciones, y estoy loco de alegría, porque iremos á la iglesia á

casarnos á medio dia, y á media noche... no quiero pensarlo! Verdad es que estás bastante flaca, pero eso no importa; cuando te alimentes bien aumentarás de volúmen; comerás carne, mucha carne, que ese alimento hace engordar. ¡Seremos muy felices! Yo cuidaré de los bueyes y tú de los cerdos.

LISON.—(En las veladas de las noches de invierno me han referido muchas veces cuentos de hadas, en los que, durante la primavera, las jóvenes de veinte años se encuentran repentinamente dentro de su aposento á un hombre jóven, de fisonomía radiante y espléndidamente ataviado, que les dice: "Soy el príncipe Azur y vengo á ofrecerte un hermoso palacio; canta y baila, que yo te amo y soy un espíritu„; pero este palurdo no se parece en nada á ese príncipe de los cuentos de las hadas.)

HARON.—Te entregaré en dote una docena de camisas de hilo como mi blusa.

LISON.—(Qué camisas tan bastas!)

HARON.—Te entregaré...

(GUNICH y GALLUS, embozados en las capas, pasan por el fondo del teatro, se paran detrás de los árboles y se quedan observando.)

LISON.—Qué mal olor hay aquí!

HARON.—Es el estiércol que traigo.

LISON.—Qué peste! No hueles?

HARON.—El estiércol no huele mal; pero veo que ese olor te molesta. El otro dia quise besarte, y justamente con un alfiler me pinchaste en el hocico. Veamos si ahora tengo más suerte. (Quiere abrazarla; ella huye.)

LISON.—No, no... que tienes unas manos horribles.

HARON (riéndose).—Tengo las manos callosas y gruesas, porque he trabajado mucho.

LISON.—¡No tener madre ni hermana que me vista el dia de la boda!

HARON.—La costumbre es que una vecina del pueblo encordone el corsé de la que vá á casarse.

LISON.—Pues yo no lo consentiré.

HARON.—Eres tan rara!... ¡Vaya un capricho que tuviste de vivir aquí, sola, en esta cabaña y en un desierto!

LISON.—Tuve que elegir entre vivir aquí sola ó vivir aislada en la aldea. La que es pobre no tiene amigos, y prefiero vivir en el desierto á ver que las gentes se apartan de mí.

HARON.—Hablas en voz muy alta, y apostaria cualquier cosa que te han hecho hablar así los libros. Ya pondré yo órden en todo.

LISON.—En cuanto á libros, no tengo más que un devocionario. (Saber leer solo me sirve para dedicarme á la lectura de la misa.)

HARON.—Preciso es que esté loco para casarme contigo siendo rico y tú pobre; pero el hombre es un badulaque que la mujer hechiza, y ya que estoy á punto de ser marido, quiero darte un beso.

LISON.—Nunca! (Le rechaza con fuerza.)

HARON (riéndose á carcajadas).—Cómo nunca! Eso ya lo veremos... vístete pronto, que se hace tarde, y yo me voy y vendré con el carruaje en seguida.

(LISON se queda sola, se quita el pañuelo, se queda con camisa y jubon, abre un cajon de la cómoda y saca algunas prendas de vestir.)

LISON.—Vacilo todavía... no hay más remedio que vestirse... ¡pero no estoy decidida! Muchas veces nos arrepentimos de decir que sí ó de decir que no. Dentro de una hora ya será demasiado tarde. Estoy fastidiada! (Despliega un vestido nuevo de lana grosera; pone sobre un escabel un par de zapatos gruesos, pero tambien nuevos.) Qué haré?... Ese boyero es honrado... y repugnante. (Se peina.) ¡Me tendré que casar con él!... ¡Mi imaginacion soñaba un hombre tan diferente!... ¡Qué delicioso debe ser amar, idolatrarse siempre y no ser pobres! ¡Qué excelente es la riqueza! ¡Con ricos como ese rústico, su mujer irá casi con los piés descalzos! ¡Despues tiene unas manos tan curtidas, tan negras!... ¡Las miradas son más tiernas cuando las manos son blancas! A pesar de ser infeliz trabajadora y huérfana, tengo sueños altos, y Dios consiente que lancen mis ojos perturbados miradas de duquesa! ¡Me agitan locos deseos de agradar, de fascinar, de ser libre, de ser adorada!... ¡y no tengo ni un espejo para mirarme!... tan miserable estoy! (Se mira en el agua del manantial y se pone en el peinado un ramito de azahar.) El azahar no me gusta... prefiero las rosas. (Se quita el ramito de azahar, coge una rosa del rosal, se la pone en el cabello y se vuelve á mirar en el manantial.) ¡Vaya un casamiento!... Poco me satisface... ¿Para qué quiero flores, si se han de marchitar?

(Se quita la rosa y se queda pensativa contemplándola. GALLUS, sin que ella le vea, sale del macizo que rodea el manantial, avanza el brazo y pone en el cabello de LISON una espiga de diamantes.)

GALLUS.—(Los diamantes no se marchitan.) (Vuelve á esconderse.)

LISON (volviendo la cabeza.)—¡Parece que alguno haya hablado!... No; no veo á nadie. (Mirándose en el manantial.) Dios mio! ¿qué es lo que brilla sobre mi frente? ¿Quién me lo ha puesto? parece que sea fuego! Debe quemar y no me atrevo á tocarlo. ¡Qué

estúpida soy! ¡Es que me engaña el agua y que pone en mis cabellos un reflejo del sol! Esto es lo que tiene hacer servir á un manantial de espejo. (Vuelve la cabeza y vé un gran espejo de Venecia ovalado, con marco cincelado, entre el macizo de los rosales.) Cielos! (Estupefacta contempla el espejo y toma en la mano el ramito de diamantes que tenia en el cabello.) Las reinas deben peinarse así! ¡Acaso una bandada de hadas vino á dejar el espejo entre las ramas del bosque! (Se acerca al espejo y vé que un sér diminuto, una especie de enano ó de niño, vestido de satin blanco, lleva el espejo y se lo presenta; es tan pequeño que casi lo tapa el espejo. LISON lo admira.) Qué hermoso es! ¡Parece el enano de alguna mágia! Eres quizás una hada? Dime, quién es tu reina?

EL ENANO.—Vos, señora.

LISON (retrocediendo).—Estoy soñando! (Mientras contempla al enano y tiene puesta en el cabello la espiga de diamantes, siente que le rodea el cuello un collar, y exclama:) Un collar de perlas! (Se vuelve y vé un negro, que le abrocha el collar al cuello; este negro viste terciopelo de color de fuego. LISON se asusta al verle.) Es el diablo! Ahora lo comprendo todo!

(Se oye entre los árboles una cancion lejana, que acompaña un suave instrumento. LISON se queda absorta y fascinada. Sale humo de entre los árboles.)

LISON.—Qué es ese cántico?... ¿Qué es ese incienso?... ¡Parece que sea Eva y viva en el paraiso!

GALLUS.—(En el paraiso perdido. Por fin voy á realizar mi sueño.)

(GALLUS sale del macizo y deja caer en el suelo su capa; aparece vestido de brocado de oro desde la cabeza hasta los piés, con el cordon azul y con la placa. Lleva en el birrete un penacho de color de fuego. GUNICH queda en acecho escondido entre los árboles. LISON, absorta, grita:)

LISON.—Un hombre de llama!

GALLUS.—Qué es lo que deseas? Habla y pide, que yo vengo á satisfacer todos tus deseos.

LISON (retrocediendo asustada).—Es Satanás!

GALLUS.—(Diablo!...) No soy Satanás, Soy sencillamente un rey, ó lo era al menos el año pasado; ese empleo me fastidiaba y abandoné el cetro, que me aburria; pero todavía soy príncipe y gentil-hombre.

LISON.—Ah!...

GALLUS (sonriéndose).—Ante tí tienes un monarca que está de vacaciones, y que viene al campo para tener escuela en él... sé mi maestra.

LISON (asombrada).—Yo!...

GALLUS (sonriendo).—De escuela. Pero debo explicarme claro. Ese negro es mi criado. Llevo conmigo siempre una música y hasta cuando estoy en un bosque hago quemar ámbar. Por eso aquí huele tan bien. Ese enano diabólico es uno de mis lacayos. Me acompaña además un versificador que me dice la misa y que se encarga de escribirme versos, que yo compongo tambien algunas veces. Viajo como un nabab de la India, y mis furgones, que Medea haria que dragones arrastrasen, contienen bastante decorado para representar á Armida; no soy perverso, pero no soy tímido. Soy rico, y gracias á la opulencia que poseo, he podido ponerte en la cabeza esos diamantes y ese collar en el cuello. No sueñas, no estás loca; lo que te sucede es real.

LISON.—¡Esta realidad es hermosa como un sueño!

GALLUS.—Soy príncipe; solo me ocupo en gozar y trato de envejecer lo menos posible. No soy un soñador fantástico; pero quisiera coger la divina rama de oro en la que se posa el pájaro azul, y busco la felicidad que al hombre se le ha extraviado. Cómo te llamas?

LISON.—Monseñor...

GALLUS.—(Esta jóven es mi ideal. El diablo creó sin duda tantas perfecciones para encerrar en ella los vicios. Reune todo lo que yo deseo; frente pensativa, aspecto salvaje, ojos que escitan los deseos, boca con dientes que debe detestar el ayuno, manos blancas que deben aborrecer el trabajo...)

LISON.—(No es jóven; no realiza completamente mi sueño; pero la riqueza resplandece en él; tiene hermosos ojos... preferiria que fuese más jóven y menos opulento... Pero parece que tenga mucho ingénio.)

GALLUS.—Eres hermosa como la traicion y como la locura; tus piés diminutos y tus brazos blancos y delicados no los creó Vénus para que su poseedora fuese labriega toda la vida.

LISON (mirándole fijamente).—Muchas veces el corazon es frio cuando las miradas de los ojos son ardientes.

GALLUS.—Cómo sabes eso?

LISON.—Lo leí en los libros.

GALLUS.—(No me gusta que sepa leer; encontrarme con una erudita es un inconveniente para realizar mis deseos; pero lo venceré eligiéndole la lectura. La haré leer á Foublás y á Crebillon hijo.)

LISON.—Es malo saber leer?

GALLUS.—No; pero no saber es preferible. Las mujeres han sido creadas para ser hermosas y para vivir en perpétua fiesta. El tiempo que gastan con los libros se lo quitan al amor. No hay libro que valga tanto como un beso. Créeme.

LISON.—Yo creo todo lo que me dicen, menos cuando me lo juran.

GUNICH.—(Buen detalle!)

GALLUS.—Cómo te llamas?

LISON.—Elisabet, Lise ó Lison.

GALLUS.—Pues yo te bautizo de nuevo, y para mí desde hoy en adelante te llamarás Zabeth; te llamarás la marquesa Zabeth.

LISON.—Marquesa!

GALLUS.—Sí, que yo soy príncipe. El amor recogió una estrella que cayó, y esta estrella es la alegría. Seré tu esclavo. (Y tú serás mi víctima.)

LISON.—Monseñor, tomad estas alhajas.

GALLUS.—¿Por qué quieres devolvérmelas?

LISON.—Porque esto todo ha sido una broma, no es verdad?

GALLUS.—No, esto es cierto.

LISON.—Fascinada con estos diamantes, me he olvidado de que dentro de poco debo casarme.

GALLUS.—Pardiez! Puedes...

LISON.—No me tuteeis.

GALLUS.—Señora marquesa, podeis...

LISON.—Marchaos de aquí, dejadme sola; soy la pobre Lise.

(Se oye el ruido de una carreta y el chasquido de un látigo por el camino más alto.)

GALLUS.—Ya viene por vos el coche.

LISON.—Ya viene la carreta.

GALLUS.—La carreta, si no preferís este otro carruaje.

(Aparece el coche dorado, tirado por cuatro caballos, que vuelve por el camino de bajo.)

GUNICH (al DUQUE desde el fondo del teatro). —Lo mejor será huir antes de que nadie nos vea.

LISON.—Pero... ¿de quién es esa carroza?

GALLUS.—Vuestra.

LISON.—Mia!...

(La carroza se pára. GUNICH abre la portezuela. GALLUS baja el estribo y hace entrar en el carruaje á LISON.)

GALLUS.—¡Entra en tu carruaje de boda!

(Entran los tres en la carroza y cierran la portezuela. En el momento de partir aparece por la parte opuesta y en el camino alto la carreta que arrastra el asno. Dentro de ella se vé un grupo de gente, en el que está HARON con traje de boda, llevando un gran ramo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA MARQUESA ZABETH.

PERSONAJES.

GALLUS.
ZABETH.
EL BARON GUNICH.
EL DUQUE CREQUI.
EL DUQUE DE MONTBAZON.
EL MARQUÉS DE COCHEFILET.
EL VIZCONDE DE THOUARS.
LORD EFFINGHAM.
EL ABAD.
EL DOCTOR.
SILLETTE, camarera.
NANTAIS, lacayo.
Gentiles-hombres, señores, criados.

En Paris.

Boudoir, en el que se ven todos los refinamientos del lujo. Es en invierno. La chimenea está encendida. En el fondo, por una gran ventana abierta, se ven los árboles del parque llenos de escarcha. El boudoir es octógono. En el fondo, á un lado y otro de la ventana, se ven dos puertas de dos hojas; la de la derecha dá á las habitaciones interiores; la de la izquierda conduce á los vestíbulos y á las antecámaras. En un aparador se vé un ramo de flores raras y exóticas; á su lado hay un estuche abierto que encierra infinidad de piedras preciosas, colocado en un plato de plata sobredorada; en otro plato del mismo metal hay un pliego cerrado. La chimenea está á la derecha; á la izquierda, frente á ella, hay una puerta secreta.

ESCENA PRIMERA.

NANTAIS, SILLETTE, despues ZABETH.

(SILLETTE está arreglando el boudoir; pone el estuche cerca del ramo, de modo que se vea bien. NANTAIS entreabre una de las hojas de la puerta de la izquierda y se asoma dentro de la decoracion. Se oye entre bastidores una cancion acompañada á la guitarra.

CANCION.

Cuando están doce en la mesa
Devoran con apetito
Carne, pescado y cabrito
Y vinos y licor;
Mas cuando se juntan trece,
Inquietos los convidados,
Están desasosegados
Y pierden el humor.

SILLETTE (distinguiendo á NANTAIS). —¡Buenos dias!

FREDON (entre bastidores). —"Cuando están doce en la mesa..."

NANTAIS.—Quién canta ahí dentro?

SILLETTE.—Quién ha de ser? El abate. Vá á entrar tu señor?

NANTAIS.—Yo entro primero y él despues. Y la señora?

SILLETTE.—Estoy esperando que me llame. Todos esos objetos son para ella. Esos ramos y esos regalos los han traido diferentes lacayos.

NANTAIS.—¿Quién le hace todos esos presentes?

SILLETTE.—No se sabe.

NANTAIS.—Lo ignoras?

SILLETTE.—Hasta ahora es un misterio. Todos los dias recibe algun regalo de una mano que se abre, dá y se esconde.

NANTAIS.—¿Son muchos los pretendientes?

SILLETTE.—Supongo que hay un enjambre de mariposas que revolotean alrededor de la flor.

NANTAIS.—Dar y permanecer ocultos es de muy buen gusto.

SILLETTE.—Todos los dias tenemos música; ese es un lujo extraordinario en Paris. En los árboles y en las grutas del parque se oye siempre algun concierto. Quién lo paga? No se sabe, pero puedo asegurarte que es exquisita la serenata.

NANTAIS.—¿Y durante ese tiempo la marquesa...?

SILLETTE.—Duerme. La señora se retira á casa muy tarde, ó del teatro de los Bufos, del de la Comedia, ó de un baile, ó qué sé yo de dónde. Vuelve siempre riendo, pero muy fatigada; y por la mañana, mientras está durmiendo, sus galanes le hacen serenatas, que ni siquiera oye.

NANTAIS.—Esa clase de mujeres!...

SILLETTE.—Silencio, que álguien entra.

(La puerta de la izquierda se abre y aparece ZABETH, envuelta en un abrigo de satin: lleva velo de seda y manguito. Ha oido las últimas palabras de NANTAIS.)

ZABETH.—(Esa clase de mujeres!...) ¿Sillette, está preparada mi silla de manos?

SILLETTE.—Siempre está en el patio para cuando la señora quiera ocuparla.

ZABETH.—Está bien; no te olvides de cumplir las órdenes que te he dado para esta noche.

SILLETTE.—Todo estará á punto, señora.

ZABETH.—Aquí, en este boudoir. (SILLETTE entrega á ZABETH la carta que está en el plato sobredorado.) Qué será esta carta? (Abriéndola.) Ah! son versos! (Mete la carta en el manguito.)

SILLETTE.—Os han traido esos regalos. (ZABETH apenas los mira.)

ZABETH.—Tengo jaqueca; necesito salir una hora ó dos. (¡Esta clase de mujeres!...) (ZABETH se vá.)

(Se abre la puerta secreta y entran por ella GALLUS y GUNICH; GALLUS vá vestido de seda, con el cordon azul y con la placa; GUNICH hace una seña á SILLETTE y á NANTAIS, que se retiran por la puerta del foro de la derecha.)

ESCENA II.

GALLUS y GUNICH.

GALLUS.—Dices tú que tiene... Yo que no me aparto nunca de Zabeth...

GUNICH.—(Lo que me fastidia mucho.)

GALLUS.—No soy tan listo como tú, baron sagaz. ¿Cuántos amantes dices que tiene?

GUNICH.—Sin contaros, he visto ya sucederse siete ú ocho. Cámbia como un teatro de decoraciones.

GALLUS.—¿A cuánto ascienden sus deudas?

GUNICH.—Próximamente á dos millones.

GALLUS.—Excelente discípula!

GUNICH.—¿Y pensais continuar con esa mujer?

GALLUS.—Pardiez! Es mi obra maestra!

GUNICH.—Pero...

GALLUS.—Cuando estoy ganando al juego, quieres que eche las cartas? Gozo contemplando mi obra, porque veo que he construido el templo de los siete pecados de Zabeth. Poco significan un millon ó dos empleados en la construccion de una iglesia consagrada á semejantes dioses. Zabeth llena todos mis deseos. Quise que fuera falsa.

GUNICH.—Hace trampas en el juego.

GALLUS.—Riñe con aspereza.

GUNICH.—Es glotona.

GALLUS.—Es vana.

GUNICH.—Es loca.

GALLUS—Es lasciva.

GUNICH.—Es una Astarté.

GALLUS.—Es pródiga.

GUNICH.—Sabe malgastar una fortuna. Lográsteis lo que queríais.

GALLUS.—La calumnias y vale más que tú.

GUNICH.—Para vos las gemonías son el verdadero panteon, príncipe burlon; para vos el mal es bien y lo peor es lo mejor. Leo en vuestro interior como leería en un libro; no sois malo y quereis aparentar que lo sois, pero el que juega con fuego se quema pronto ó tarde.

GALLUS.—Cada uno se divierte á su manera. Yo creo la Zabeth que me he propuesto; hundiéndola poco á poco en

la disolucion, la convierto en mónstruo, y con júbilo, como Salomon en los tiempos antiguos, veo que de una perla sale un demonio.

GUNICH.—Me parece que estais muy enamorado de ella.

GALLUS.—Yo!...

GUNICH.—Diablo! si es un ídolo!

GALLUS.—Y yo soy el ateo del templo que he edificado.

GUNICH.—Veo que eso os sirve de vanagloria.

GALLUS.—Enamorado yo! Nunca. Me burlaria de mí mismo si me enamorase.

GUNICH.—No, pero seríais la burla de todos los badulaques de Lutecia. ¡Qué caida tan profunda seria la vuestra si os vieran apasionado como un jóven! Ocultais el corazon, porque os sentís en peligro de que siendo lobo os crean los demás pastor.

GALLUS.—¿Habia de ser yo un Bartolo?

GUNICH.—No; os debia servir de modelo Celadon.

GALLUS.—Crees que Zabeth...?

GUNICH.—No podeis pasar sin ella. La llevais á todas partes, y Lison, convertida en marquesa, brilla á vuestro lado como el planeta al lado del sol. ¡Es un hermoso astro! Monseñor tiene el aspecto de cuidarse poco de él y de no estar orgulloso de poseerla. Estos matices, que componen la égloga, son el enigma del corazon humano.

GALLUS.—Eres un ideólogo!

GUNICH.—Necesitais que vaya con vos á todas partes, porque ella me ha sustituido.

GALLUS.—El infierno te formó con la fealdad del hombre y con los celos de la mujer.

GUNICH.—Confesadme que eso es un capricho; que se puede amar por casualidad, y convenid con vuestro antiguo confidente en que ella ha conseguido arañar un poco vuestro corazon.

GALLUS.—Como no tengo corazon, no puede arañarlo.

GUNICH.—En secreto la tomais en sério.

GALLUS.—Yo!... ¡No hago más que reirme!

GUNICH.—Aparentais reiros, porque sin duda sois un devoto que está avergonzado de su templo y penetra de incógnito en él.

GALLUS.— Cuando Nella se me escapó de entre las manos me apoderé de Lison. Estaba en un error buscando una mujer linda, indulgente, que tuviera compasion de los pobres, que fuera algo libre y algo loca, pero clemente; al ver que ese deseo mio naufragó, al ver que habia sacado un mal número, me dije á mí mismo: Me creia ser un leon y soy un asno. Entonces me dediqué á apoderarme de una labriega cualquiera, con tal de que fuese hermosa y tuviese ingénio; me apoderé de Lison, y desprendiéndome yo de la corona, la hice reina. Esta es una sencilla novela, de la que estoy en el segundo capítulo.

(GALLUS saca del bolsillo del chaleco una tabaquera, sin apercibirse de que al mismo tiempo saca un papel que le cae en tierra. GUNICH, que está detrás de él, lo recoge, lo lee rápidamente y se lo mete en la faltriquera, mientras GALLUS toma un polvo, estornuda y sacude con los dedos los polvos que le han caido en las randas de su traje.)

GUNICH.—Vos sois el rey y yo soy el consejero de Estado. Me compadezco de las mariposas que se queman en las llamas. Veo que os acercais á una luz muy ardiente, y os advierto que vayais con cuidado. Comprendo que reina la inquietud en vuestro corazon; que sois un cautivo que se dá aires de vencedor. Es una enfermedad extraña, propia de los hombres muy corrompidos y exquisitos, de hombres como nosotros, idolatrar desdeñando y caer en las redes del cariño, mientras decimos: Me rio del amor! El agua que echamos en ese fuego lo atiza y lo reanima. Decís que es una estupidez ser tierno y ser celoso; pero si alguno penetra en el interior de vuestra alma y lee en ella, os incomodais, como si os cogieran en flagrante delito. Sobre todo deseais que la hermosa no lo conozca. ¿Qué amamos en ella? Nada y todo. Nos creemos libertinos y somos amantes platónicos, porque amamos al corazon y no á la carne frágil; creemos estar alegres y estamos ébrios. Las miradas frias ocultan el corazon ardiente.

GALLUS.—¡Eres un pazguato metafísico! Si esceptúo la buena cocina y la buena música, no amo nada más en el mundo.

GUNICH.—Algunas veces, el leon que tiene en su jaula un perro cree que se lo comerá, pero concluye por quererle.

GALLUS.—Nada me embriaga. Soy frio por sistema. Mi corazon duerme.

GUNICH.—El amor es ópio. Además, no nos atrevemos á decir todo lo que creemos del corazon de un príncipe.

GALLUS.—Pues te permito que lo digas.

GUNICH.—El amor se pica en el juego cuando se le dice: Nunca! Ocultais vuestra aventura, pero yo la adivino; soñás-

teis que Zabeth seria infernal, y la habeis encontrado divina; esto es lo que os sucedió.

GALLUS.—Desde luego te digo que desconoces el alfabeto del respeto. Llámala señora, porque pertenece al príncipe, á mí, que soy tu señor, Y ahora, por escasa que sea tu inteligencia, debes comprender que no puedo amar sin desacreditarme á mí mismo. No amando continúo siendo señor y dueño. ¿Crees que yo tomaria el papel secundario de ser enamorado, cuando represento el de burlarme del amor?

GUNICH (sonriendo).—No lo tomareis, pero el papel os tomará.

GALLUS.—No. Viejo loco, si deseas enamorarte, pásate á las mujeres, deserta de mi bando, que yo no desertaré. En la época que me fastidiaba pude abdicar la corona, pero no quiero abdicar ser hombre de ingénio. Antes que hacer muecas amorosas, consiento en que me apedreen. Sé muy bien que tengo ya arrugas. ¿Me crees tan estúpido que imagine que las jóvenes se han de enamorar de un viejo? Nada puede cambiar las leyes eternas de la naturaleza. Chloe se enamora de Dafne Nella, de Jorge; la juventud atrae á la juventud. Resignémonos, pues, á ser viejos y á burlarnos.

GUNICH.—Monseñor se resigna porque es grande, poderoso, rico, ilustre, augusto, insigne.

GALLUS.—¿Para qué sirve todo eso si no nos aman?

GUNICH.—¿Estais seguro, señor, siendo príncipe, de conseguir lo que querais?

GALLUS.—Con las mujeres, no; para ellas el rango nada significa; para ellas un rey pasa detrás de su paje, y un duque, cuando es de edad provecta, vale para ellas menos que sus lacayos. El que vé blanquear sus cabellos no debe abrigar pretensiones respecto al bello sexo.

GUNICH.—Los cabellos pueden empolvarse.

GALLUS.—¿Crees que las canas ocultan la nieve de los años? He cumplido ya diez lustros.

GUNICH.—Es una hermosa edad. Convengo en que á la juventud siga la edad madura, pero que á pesar de esta puede el hombre continuar siendo jóven...

GALLUS.—Eso es ridículo para mí. A propósito, dónde está mi sortija? aquella sortija...

GUNICH.—¿La sortija terrible que encierra un veneno?

GALLUS.—Un remedio infalible.

GUNICH.—¿Por qué me preguntais por esa sortija?

GALLUS.—Porque no la encuentro.

GUNICH.—No la encontrais!...

GALLUS.—Me la han quitado mientras dormia ó mientras estaba ébrio, y la echo de menos.

GUNICH.—Efectivamente, era una joya rara.

GALLUS.—Me la regaló un amigo. Provenia esa sortija de Ferrara, donde una Borgia fué duquesa. Como llegamos á envejecer y nos convertimos en séres absurdos y difíciles, siendo sensibles por una parte y por otra fósiles, aunque no usemos nunca esas siniestras alhajas, debemos conservarlas por si un dia nos cansamos de vivir.

GUNICH.—Me extremece esa idea, pero hay situaciones en la vida en las que deseamos tener algun veneno á mano.

GALLUS (pensativo).—La envenenadora de las alhajas es la suerte.

GUNICH.—Vos mismo sois vuestro envenenador, porque menospreciais vuestra envidiable fortuna.

GALLUS.—Lo dices por Zabeth!... Bah!...

GUNICH.—Sí, y voy á haceros una revelacion.

GALLUS.—Qué dices!

GUNICH (señalando el ramo que está en el aparador).—Veis ese ramo?

GALLUS.—Sí.

GUNICH.—Sabeis quién lo regala?

GALLUS.—Algun chisgarabís, que no pudiendo comprar diamantes, se cree que con flores se conquistan las mujeres.

GUNICH.—Todos los dias recibe la señora uno igual. Veis ese estuche?

GALLUS.—El que está en el plato? Sí. Lo enviará algun galan menos inocente que el otro, que desea hacer méritos.

GUNICH.—En el parque todas las mañanas tocan una serenata.

GALLUS.—Será otro galan cualquiera que ofrece á Vénus esa diana.

GUNICH.—Hay un galan que todos los dias regala un ramo...

GALLUS.—Que se marchita.

GUNICH.—Regala un estuche y un concierto. Monseñor lo sabe bien.

GALLUS.—Y sé tambien que desconozco á los galanes, á los tres incógnitos mudos que nos hacen reir y que nadie sabe quiénes son.

GUNICH.—Nadie lo sabe, pero yo sí que lo sé.

GALLUS.—Los conoces?

GUNICH.—Puedo decir sus nombres.

GALLUS.—Los nombres de los tres?

GUNICH.—De los tres. El primero, el jóven, el que regala flores, sois vos. El segundo, el viejo, el que regala diamantes, sois vos. El tercero, el que dispone y paga las serenatas, sois vos.

GALLUS.—¡Valiente descubrimiento hiciste!

GUNICH.—Lo negais?

GALLUS.—No; es verdad. ¿Pero qué deduces de eso?

GUNICH.—Deduzco que mi príncipe está verdaderamente enamorado.

GALLUS.—¡Verdaderamente eres estúpido y me estás haciendo reir! ¡Estoy enamorado porque cuando me fastidio me complazco en que penetre un rayo de sol en la lluvia, en que se alegren los ojos, que si estuvieran tristes serian feos y que estando alegres son hermosos; estoy enamorado porque satisfago estos caprichos! ¡Eres un espía míope y no ves claro! ¡Estoy enamorado porque distraigo mis cincuenta años poniendo en relieve atractivos que lucen más adornados con flores, que son más exquisitos adornados con perlas; porque me divierte dar serenatas para que concilien sueños gratos; porque me halaga regalar ramilletes perfumados, para que los aspire la beldad, estoy enamorado como un galancete! ¿A quién quieres, pues, que regale rosas? A tí? ¿Cuando estás durmiendo debo acaso sorprender tu sueño dedicándote serenatas? Es menester que comprendas que Lison tiene veinte años y yo cincuenta; pues bien, por eso la festejo de incógnito y la rodeo de una nube amorosa y galante; ella es mujer y yo soy gentil-hombre; no estoy enamorado, pero no soy miserable; economizar mi corazon y malgastar mi opulencia es mi modo de ser; esto es elegante y de buen tono en un príncipe. Si estuviera enamorado estaria loco.

GUNICH.—Entonces explicadme por qué habeis dejado caer de vuestros bolsillos estos versos que escribísteis, dedicados á Zabeth. (Sacando el papel que antes recogió del suelo.)

GALLUS (arrancándole de las mános el papel).—¡Eres un espía imbécil y un ladron estúpido!

GUNICH.—Leedlos, monseñor.

GALLUS.—Pues bien, ya que te has apoderado de esos versos, debo decirte que Zabeth los recibió y me los ha entregado.

GUNICH.—Pero esa letra no es la suya.

GALLUS.—Los quise yo copiar. Soy impenetrable.

GUNICH.—Pero vulnerable.

GALLUS.—Vulnerable como Aquiles, por el talon, pero no por el corazon.

GUNICH.—Os aconsejo que vivais más despierto y que eviteis en lo sucesivo perder versos y sortijas.

GALLUS.—Desde ahora te suplico que seas mudo y que te olvides de lo que sabes. Si dices una palabra, amistosamente te estrangularé.

GUNICH.—Lo tendré presente.

(Entra ZABETH acompañada de varios gentiles-hombres.)

ESCENA III.

Dichos, ZABETH, el ABATE, el DUQUE DE CREQUI, el DUQUE DE MONTBAZON, LORD EFFINGHAM, el MARQUÉS DE COCHEFILET, el VIZCONDE DE THONARS, el DOCTOR, señores y gentiles-hombres.

(ZABETH al entrar deja en un sillon el velo y el manguito, del que saca el abanico y el pliego que le entregó SILLETTE. GALLUS la saluda con un movimiento de cabeza y se pone á hablar con el DOCTOR. Los jóvenes rodean á ZABETH.)

LORD EFFINGHAM.—Siempre teneis aquí, marquesa, algun moscardon tenáz.

EL DUQUE DE MONTBAZON.—Amigos mios, sobresalgo en el arte culinario.

ZABETH.—Por eso obtuvísteis el cordon azul.

EL VIZCONDE DE THONARS.—Yo vengo de oir el sermon.

EL ABATE.—Yo no voy á los sermones, porque en ellos los predicadores exageran cuando hablan mal del demonio.

EL VIZCONDE.—Sobre todo el abate Maury. Truena siempre contra Voltaire, contra su Edipo, su Orestes y su vírgen de Orleans.

ZABETH.—¿Quién era esa vírgen de Orleans?

EL DUQUE DE CREQUI.—La que conocemos por *la Doncella*, porque vírgenes no hubo jamás.

ZABETH.—Las hubo y las hay, como vuestra espada.

GALLUS (al DOCTOR).—Las pléyades, que veíamos en Octubre al Este, ahora están en el Oeste. Kepler puso en claro esto, que estaba muy oscuro.

EL VIZCONDE (á MONTBAZON).—(Creo que todos los que estamos aquí galanteamos á Zabeth, y el duque ni siquiera se apercibe.)

MONTBAZON (al VIZCONDE).—(Se apercibe de todo, pero tiene ingénio y no es celoso.)

EL VIZCONDE (al DUQUE).—(Ha recibido todos esos regalos.)

EL DUQUE DE CREQUI (al VIZCONDE).—(Ya

lo sé; esas alhajas tienen mucho valor.)

ZABETH (á GALLUS).—Creo que vuestra alteza es poeta.

GALLUS.—No lo he sido jamás.

ZABETH.—Pues leed esto. (Entregándole el pliego.)

GALLUS.—Esto qué es?... Ah! versos. (Tomando el pliego y hojeándolo.)

ZABETH.—Qué os parecen?

GALLUS.—Muy malos.

ZABETH.—Os parecerian buenos si los hubiérais escrito.

GALLUS.—No lo creais.

ZABETH.—A mí me parecen excelentes.

GALLUS.—Los versos amorosos siempre son estúpidos.

ZABETH.—Os habeis empeñado en contradecirme.

EL ABAD (oliendo el ramo).—Hermoso ramillete.

EL DOCTOR (á ZABETH).—¿Quién os lo regaló?

ZABETH (á GALLUS).—Os gusta?

GALLUS.—Es uno de esos ramilletes que se compran por muy poco dinero á cualquier florista.

EL ABAD (admirando los diamantes).—¡Precioso estuche de alhajas!

ZABETH.—No sé quién me lo envia.

GALLUS.—Algun infeliz; no tiene gran valor ni gran gusto.

ZABETH.—Os pareceria precioso si vos lo hubiérais regalado.

EL MARQUÉS.—¿Parece que todas las noches os dedican un concierto de música clásica y os festejan con galantes serenatas?

ZABETH.—Sí, mientras estoy durmiendo.

GALLUS.—Eso es cosa que me molesta: en los tiempos antiguos eso se apreciaba mucho, pero hoy ya no está de moda.

ZABETH.—No hablaríais de ese modo si me dedicárais las serenatas.

GUNICH.—(Hace perder bien la pista á Zabeth.)

ZABETH.—Pues os confieso, señores, que esas hermosas flores, esos bonitos versos, esas preciosas alhajas y esas serenatas me halagan extraordinariamente; y si supiera quién me los proporciona con tanta galantería y al mismo tiempo tan misteriosamente, pudiera suceder que...

GALLUS.—Qué?

ZABETH.—Que le amase.

LORD EFFINGHAM.—Pero ¿y si son muchos?...

CREQUI.—Eso nada importa.

GALLUS.—¡Cómo se burlarian entonces de vos los versos, las flores, las esmeraldas y las serenatas!

ZABETH.—Monseñor, siempre estais contra mí; no parece sino que me aborreceis.

GALLUS.—No...

ZABETH.—Pero me es igual.

EL ABAD (á ZABETH).—Es propio de príncipes no amar ni aborrer.

GALLUS.—Creo, señores, que la comedia empieza á las ocho.

EL DOCTOR (sacando el reloj).—Son las nueve en punto.

GALLUS.—Apresurémonos, pues, si queremos ver algo. Vamos á ir todos?

ZABETH (á GALLUS).—Vos y yo no iremos, porque esta noche vais á cenar conmigo.

GALLUS.—Vamos á cenar solos! Esta sorpresa es tan deliciosa para mí, que equivale á una solemnidad. Señores, ya lo habeis oido; partid vosotros, que yo me quedo.

MONTBAZON.—(¡Esta noche vá á fastidiarse!)

CREQUI.—(¡Esta noche vá á sufrir un martirio!) (Todos saludan á GALLUS y se van.)

(ZABETH vá á la chimenea y llama. La puerta de la derecha se abre de par en par. Entra SILLETTE seguida de cuatro lacayos, que sacan una mesa con dos cubiertos, en la que viene preparada la cena; ponen en la mesa una lámpara y un sillon delante de cada cubierto; luego se van SILLETTE y los criados. ZABETH deja en un sofá su pelliza de seda y de marta, y aparece escotada y llevando collar y brazaletes de rica pedrería. Indica un sillon á GALLUS y ella se sienta en el otro.)

ESCENA CUARTA.

GALLUS y ZABETH.

GALLUS.—Habeis despedido á todos los sirvientes y vamos á gozar de completa libertad. Me place vuestra idea... Ese espejo grande refleja una hermosura capaz de volver loco...

ZABETH.—A quién? A vos no.

GALLUS.—Yo ya soy viejo... Pero al duque de Crequi, que es jóven...

ZABETH.—A él menos que á vos, príncipe. Pero eso me tiene sin cuidado. Me parece que entra aire por aquella puerta.

(Vá á la puerta del foro, y para asegurarse de que nadie les oye la entreabre y despues la cierra. GALLUS toma una botella, llena el vaso de ZABETH y despues el suyo. ZABETH vuelve á sentarse en el sillon.)

GALLUS.—Decidme francamente si creeis encontrar alguna falta en el hotel, en la mesa ó en el servicio.

ZABETH.—No, ninguna.

GALLUS.—Os aconsejo que para adornar el parque encargueis estátuas de algunas diosas á algun escultor notable.

ZABETH.—Duque, os estoy muy agradecida, porque os debo todo lo que poseo.

GALLUS (comiendo y sirviendo á ZABETH).—Lo que poseeis es nada, señora. La mujer es un sér encantador y débil, al que debe preservarse de todo lo que pueda producirle una sola arruga; debe librársela hasta de los pliegues de la rosa. Debe disponer de millones, porque sin poder gastar, la mujer languidece y sufre. Ya que es preciso vivir, es preciso matar el tiempo entregándose á los placeres sin tregua y sin descanso; la vida de la mujer casi debe ser un cuento de hadas. Os protejo como hombre galante que comprende todo esto, con la intencion de preservaros de todo y de defenderos contra todo, que esta es mi manera de ser tierno.

ZABETH.—¿Deseais saber toda la verdad?

GALLUS.—Si os empeñais...

ZABETH.—Pues debo deciros que os estoy arruinando.

GALLUS.—Y qué más?

ZABETH.—Que os engaño.

GALLUS.—Pardiez! (Corta un ala de perdiz y se la dá á ZABETH.) ¿Quereis decirme que teneis amantes? Bien; si yo fuera mujer tendria muchos, pero eso no impediria que yo amara á uno solo. Engañadme, que no pretendo ser importuno ni celoso, ni tengo tiempo para ser uno de esos enamorados que empalagan. Arruinadme, que yo estoy muy satisfecho de poseer una náyade que con negligencia vuelca la urna, de la que cae á rios mi fortuna.

ZABETH.—Monseñor, me habeis colmado de beneficios. Era yo una pobre mujer que vivia solitaria en la cabaña de un bosque; era yo una pobre indigente; por humanidad y por compasion me enseñaron á leer; era huérfana de padre y madre; aunque trabajaba mucho, ganaba poco y algunas veces carecia de fuego y hasta de pan, y nunca tuve lo suficiente para comprarme un espejo. Un dia, príncipe, se me aparecísteis sonriendo, me sacásteis de la cabaña y me entrásteis en un palacio. De repente tuve servidumbre de hombres y de mujeres; ví saltar sobre mí con ruidoso estruendo manantiales de oro y de seda, un océano de perlas y de zafiros; la vida se me convirtió en paraiso; poseí todo lo que tienta y todo lo que encanta, y me convertí en una mujer deslumbradora. Tocándome, operásteis este milagro; gracias á vos brillo, resplandezco, soy opulenta; pues bien, ¡yo os maldigo!

GALLUS.—Calla! ¡Os favorece mucho ese aire colérico! (¿Qué querrá decir esto?...)

ZABETH.—El corazon cuando sucumbe vé claro. Como vos me acabais de decir, una barrera de oro me sirve de escudo y me proteje contra el hambre, contra el frio, contra todo lo que aja y hace sufrir; teneis conmigo todas las atenciones posibles, y me preservais de todo, de todo, menos del desprecio.

GALLUS.—Os defiendo siempre.

ZABETH.—Es verdad, pero os dispenso de que me defendais, porque podeis defenderme de lo que se dice, pero no de lo que se piensa.

GALLUS.—Verdaderamente no puedo impedir que piensen de vos lo que les parezca.

ZABETH.—Pues de esto sois culpable.

GALLUS.—Lo hice por divertirme.

ZABETH.—¿Sabeis, príncipe, qué es lo que necesita la mujer? La mujer necesita amor. Carezco de este alimento sagrado, y comprendo que me odian y comprendo que soy infame. Esos duques, esos príncipes, esos marqueses son monstruosos á fuerza de querer ser exquisitos, y hielan la sangre en mis venas. Son alegres y gozan de una libertad sin límites, pero yo arrastro la cadena. Son como dioses; me permiten entrar en sus fiestas, en las que todo rie, en las que todo canta; pero á pesar de gozar de ellas, soy la condenada, soy la proscripta de su Olimpo. Para mí no existe el amor ni la esperanza, y vivo sufriendo, porque siento el vacío en el corazon y el abismo en el alma. ¿Qué os habia hecho yo, monseñor, para que me causaras tanto daño? Verdad es que yo vivia solitaria, pobre y miserable, bajo la inmensidad del cielo azul; verdad es que yo no tenia á nadie más que á Dios, pero hoy ya no le tengo. ¿Por qué fatal capricho me arrancásteis de mi choza y me trajísteis á este palacio, secundado por Gunich, vuestro digno cómplice? Tramásteis aquel dia un complot siniestro contra el desconocido, preparásteis una emboscada al cielo; me matásteis para él y me creásteis para el infierno. Era yo la ignorancia sagrada; qué habeis hecho de mí? El ciego, mal conducido, maldice á su guia traidor. Vivia en la oscuridad, pero habeis sido para mí luz fatal. Era yo el rastrojo y vos fuísteis el incendio. Era yo la alondra; fuí yo el pajarillo de alas locas, y vos fuísteis para mí el engañoso espejo; era yo vana y no conocia el miedo; érais vos frívolo y sin freno; ¡tal fué nuestro

destino! Desdeñásteis ser rey, porque perseguia vuestra imaginacion una audaz quimera; os complacia y os halagaba el pensamiento de formar un sér en el molde de vuestra quimera; quisísteis realizar ese ideal en mí y me habeis convertido en una prostituta. Existe un solo paraiso, pero hay muchos infiernos. ¿Qué daño habia hecho yo á todos esos señores? Era ignorante y ellos sabian. Llegó un dia en el que, temblando y desnuda, me ví á mí misma sumida en el fondo del oprobio. Os complacísteis en asesinar un corazon. Vos mismo ignorais hasta qué punto esto es criminal, creyendo que el afan de divertiros os dá derecho á prostituir á una mujer. No cesaré nunca de decir que vos, príncipe, sois el carro dorado del triunfo, pero que sois responsable de haber aplastado al pobre grano de arena; pero él romperá ese carro, que tiene por eje el orgullo. Creísteis que yo seria una criatura miserable, á la que cegarian los instintos de la materia y que viviria satisfecha en el libertinaje: príncipe, os equivocásteis; yo era una mujer de corazon. Quizás no lo creíais; quizá por eso quisísteis ser mi Providencia engañosa; quizás por eso me dotábais de bienestar material, y por eso decís que todo os lo debo, ¡cuando todo me lo habeis robado! Me habeis robado el honor, el nombre inmaculado, el derecho de bajar la vista, la tranquilidad para orar, la inocencia y la paz de la conciencia. Dormia antes de conoceros; despues que os conozco paso las noches en el insomnio. Con vergüenza, con remordimiento, recuerdo á mi padre y á mi madre, y me parece que los ruborizo en su sepulcro. Vuestros beneficios son para mí sevicias y vuestros dones bofetadas. ¿Qué habeis hecho por mí? Sumirme en el vicio.

GALLUS.—Pero...

ZABETH.—No poseo nada, porque me falta todo; el desprecio me dá frio y la falta de estimacion hambre; vuestra infame conducta me ha arrastrado á la indigencia del vicio. Me direis que acaso casándome con el boyero me hubiera visto humillada y hubiera tenido que tomar algun amante. Quizás tengais razon. Quizás hubiera podido encontrar algun aventurero de los bosques, algun cazador furtivo, acaso algun ladron ó un bandido, y hubiera ligado su corazon con el mio; pero él hubiera sido la encina y yo hubiera sido su flor; pero yo hubiera encontrado cariño, y quizá para consolarme hubiera oido en la sombría soledad de mi existencia una voz infantil que me llamara: Madre mia!

GALLUS.—Pero...

ZABETH.—Silencio! Ahora todo ha terminado. Ya que habeis hecho nacer en mí perversas inclinaciones y malos instintos; ya que despues de haber soñado en un cielo me habeis hecho despertar, teniendo en la boca el dejo amargo de la hiel; ya que habeis hecho conocer que soy el blanco de todas las afrentas, ¡maldito seais! (GALLUS quiere hablar y ella se lo impide con un gesto.) Silencio! Solo me resta ya para huir de vos el aborrecimiento que os tengo y el sepulcro.

GALLUS.—¿Pero decidme qué es lo que quereis?

ZABETH.—Quiero... no vivir.

(Saca algo del pecho que se acerca á los labios.)

GALLUS—Gran Dios! ¿Qué es lo que tiene en la mano?

ZABETH.—Lo que me libra de la vida. Una noche, que estábais embriagado, os robé esta sortija.

GALLUS.—Mi sortija!

(ZABETH muerde el engarce y despues devuelve la sortija á GALLUS.)

ZABETH.—Os la devuelvo.

GALLUS.—¡Ese veneno es activo y rápido!

ZABETH.—No aflige beber la muerte cuando se ha bebido la deshonra. (Cae sobre el sillon.) Adios! Muero contenta, ya que nadie me amó. (Espira.)

GALLUS (arrodillándose á sus piés).—¡Yo te adoraba!

FIN DEL DRAMA.

III.

EL LIBRO LÍRICO.

La suerte.

I.

Soy como la sombra y como el mármol. Como las raices profundas del árbol me hundo en la oscuridad de la noche. Estoy debajo de la tierra; allí escucho, y desde allí le digo al trueno:—"Calla y no hagas ruido.„

Yo, á quien llaman poeta, soy en la noche muda la escala misteriosa, la escala de las tinieblas, y en mis espirales

fúnebres, la sombra vagamente abre los ojos.

Las antorchas se convertirán en cirios. Respetad mis no hollados escalones y no paseis por ellos los hombres que vivís alegres, que no se crearon mis escalones para los piés alados de las fiestas ni para los piés desnudos del amor.

En mi profundidad misteriosa todo tiembla; hasta se bañan en sudor las frentes de los espectros; vengo yo de los sepulcros y desemboco en una puerta por la que atraviesa misterioso fulgor.

En el banquete deslumbrante reina la risa y la algazara; los señores están gozando sentados en el sangriento trono; el mundo les sirve y los inciensa, y la mujer cae deslumbrada ante su poder.

Dejad abandonada la llave de mi cerradura; olvidaos de mi escala; la pena medita; la hora llegará, y alguno que está envuelto entre las sombras subirá mis escalones sombríos y alguno los bajará.

II.

A los pájaros y á las nubes.

Nubes, vírgenes del zenit; pájaros, cariñosos hijos del aire; claridades que la aurora saluda y que las aguas contemplan complacidas;

Vosotros, á quienes dió nombre el primer hombre; vosotros, para quienes el Omnipotente creó el abismo de la luz y las alas de la libertad;

Vosotros, á quienes desde nuestras profundidades contemplamos en el firmamento misterioso; vosotros, que no admirais las Romas, porque teneis en más precio un nidal de hormigas;

Vosotros, á quienes el rocío con sus lágrimas crea ó refresca; pájaros, que salís de la oscuridad de los nidos; nubes, que salís de las corolas de las flores,

---

Hablad, hablad; vosotros que habeis nacido para vivir en vuelo ilimitado; vosotros, á quienes el éter libre llena de gloria y de serenidad;

Vosotros, que pasais sobre las cimas de las montañas, que gozais el fresco del amanecer, que veis la oscuridad de la noche y toda la tierra, eternos transeuntes del azur,

---

¿Qué dicen en la noche serena, qué piensan en la claridad celeste, de la ignominia humana que se arrastra por debajo de la inmensidad?...

III.

Cuando el bien y el mal que se nos disputan, dispuestos á combatir, nos llaman, fijando en nosotros sus miradas, pidiendo nuestra ayuda, y nos enseñan dos caminos diferentes, es vergonzoso que el hombre no escoja uno de ellos.

Es vergonzoso que el hombre tímido sea inútil pasajero, sea eunuco que á sí mismo se mutile, que vea el deber y huya de él, y que en vez de elegir el camino luminoso, elija el camino oscuro.

El que retrocede puede producir su propia ruina. Grandes y pequeños, Dios solo sabe dónde comienza la fuerza y dónde termina la debilidad; al desmoronarse un monte, si el grano de arena pudiese impedir su caida, seria responsable del hundimiento de los bloques de granito.

El hombre débil sirve de apoyo al perverso para que triunfe; los indiferentes crean á los audaces; tienen para la espada la misma complicidad que la funda. No digais nunca:—"Está mal hecho; pero yo qué le he de hacer?„ No digais nunca:—"Tengo miedo, y no me inmiscuyo en nada, y dejo que el verdugo mate y que la víctima muera.

„No cometo el crímen y no tengo remordimientos, y nada me importa el daño que puede causar la perversidad; no pueden achacarme esa muerte, porque como yo no he tenido culpa de ella, nadie me puede reconvenir.„

No, no; debemos ayudar todos á rom-

por los postes del suplicio; el que pudiendo impedir un delito lo deja cometer, es cómplice; lo que parece que es un átomo es un verdadero crímen, y con frecuencia en el mundo, en el menor espacio se extiende la mayor enormidad.

El que reniega de un delito es á veces el que coadyuva á que se ejecute. El fondo de la cubeta en la que en secreto se lava las manos, puede ofrecer á las miradas penetrantes la vision sobrehumana de un monte negro con ásperos caminos

---

Y tres patíbulos; en ellos dos ladrones enclavados, el cielo magnánimo y misericordioso, abriendo sus senos para recibir la afrenta; y en el patíbulo del centro una cruz, en la que en una noche sin luna espire el Justo coronado de espinas, y cada una de ellas haga brotar una estrella en su frente.

IV.

La inmunda calumnia que nos arrojan al pasar corriendo, con la que nos apedrean, atraviesa, sin turbar su calma transparente, el oleaje de un corazon límpido.

Hundida en el fondo del alma y en la oscuridad estancada se borra, y el candor, la paz, la esperanza y el amor permanecen en la superficie.

Y los pensamientos tranquilos, la fé que nos sonrie, la bondad suave y franca, no dejan por eso en el espíritu tranquilo de bañar sus blancas alas.

La injuria que nos arrojan al pasar puede caer en el corazon más digno, en el lago más puro; pero aunque esté negro el fondo, en la diáfana y azurada superficie pueden nadar los cisnes.

V.

I.

Cancion de otros tiempos.

Conoceis acaso mi escondrijo? Es un sitio tranquilo, en el que el cielo claro en un dia de primavera os cura el daño que os causaron seis meses de invierno.

En ese sitio manan deliciosas fuentes; las plantas y los árboles susurran á los besos del céfiro, y la charla de los amantes se confunde con los gorjeos de los pájaros.

Allí viven, en las flores, grupos esparcidos, que algunas veces se reunen y cantan en el fondo de los cálices y guardan silencio en el fondo de los nidos.

La gracia de este umbrío refugio y de este verde collado parece que se componga de las lágrimas de Greuze y de la sonrisa de Watteau.

Paris se cubre de bruma, y los cafés de Paris no equivalen á una hora deliciosa pasada á la sombra de un castaño.

Lo más grato del pensamiento es lo que inspira el fresco antro y lo que dice á la imaginacion el poético murmullo de los bosques.

No comprendo por qué existe la soberbia ni por qué hay en el mundo perversos, pudiendo acostarme en un lecho de yerba cuando la luna ilumina este retiro.

Las flores tienen un lenguaje que nos inspira cariño, que nos mece y que nos arrastra á abrir nuestros corazones á la bondad.

Las vestiduras aéreas y brillantes, los senos blancos y las voces juveniles de las Filis y de las Galateas nos brindan con la sonrisa de los bosques.

II.

Cancion de hoy.

La vision de la vida, larva que persiguen los vientos, pasa y no me preocupa. La tierra es una casa arruinada, y nada me importa lo que mide la hora moviendo su compás.

Nada me importa la siega, ni la estrella que sale del mar, ni la aurora que ilumina el horizonte, ni las flores que brotan en las ramas de los árboles, ni las nubes blancas ó negras, porque todo eso no es mi casa.

Mi vista se fija en otros objetos, en otros astros, en otras rosas, en otra fase de la suerte; en ese campo oscuro que vuelve á cubrir la sombra, en el que vagamente se entreabre la flor misteriosa de la muerte.

¿Por qué vuelve á florecer esa flor pálida é inmortal? Con tristeza se vá abriendo y exhala melancólica no sé que perfume de sombra en la inexpresable noche.

En el fondo de fatales brumas, sobre los siniestros pétalos de esa flor, tiembla un fulgor extraño; la lúgubre flor lo mira vertiginosa y huraña.

A la claridad de ese fulgor, en el que se eclipsa el Apocalipsis terrestre, entreveo la verdad; pues la vida es falaz, la carne engaña y el ojo del soñador vé mejor el alma cuando se aparta del hombre.

VI.

Cerca de Avranches.

La oscuridad de la noche cubria la extension del espacio; el viento fuerte que soplaba hacia huir, al través de los escollos, algunas velas hácia el puerto, algunas aves hácia los nidos. Con tristeza estaba yo meditando, al considerar que el mar es muy vasto y el alma muy profunda.

San Miguel surgia de las olas del mar, irguiéndose altivo, como la Cheops del Occidente, como la pirámide de las olas. Pensaba en el Egipto, cuyas sinuosidades son infranqueables, en esa gran ciudad aislada eternamente en las arenas, negra tienda de campaña de los reyes, monton de sombras que duerme en el campamento inmóvil de la muerte. Ay! en esos desiertos en donde los vientos rugen, lo único que el hombre consiguió hacer vivir eternamente fué, bajo, el sepulcro, y arriba, la cárcel.

VII.

Cancion.

Pláceme soñar en vírgenes cubiertas con largos velos, que van cantando por las sendas, al salir de un templo, llevando en las manos palmas verdes;

Pláceme soñar en mis momentos de melancolía que veo danzar un grupo de niños, formando corro, alegres, con la risa en la boca y con rosas en las mejillas;

Pláceme soñar que pasa por mi lado una hermosa y gentil doncella, que sin saber por qué, mientras se sonrie, asoma una lágrima á sus ojos;

Pero de todos los pensamientos que pueden ocupar mi imaginacion, el que más me halaga, el que más me seduce, es el de ver un tirano al que mata la estocada que le atraviesa el corazon.

VIII.

Que lo mate la espada, pero no el puñal. El poeta desea el torneo franco y libre, en el que con la frente erguida luche con la espada en la mano, pié á pié, faz á faz, pecho á pecho, él, que es soldado del derecho, con el tirano, que es el campeon del infierno; el poeta desea combatir á la luz del dia, con heróico valor, pero con la candidez de la paloma, con la idea de que, si llega á sucumbir, pueda, al entrar en el sepulcro, encontrarse con el Cid y con Bayardo que le tiendan la mano.

IX.

Oyendo cantar á la princesa ***.

En tu alta y régia morada, cuyo ambiente sofoca, con el acento con que se llora, cantas, tierna niña.

Cantando estás, tierna niña; eres hija del rey, y aunque todo brilla á tu alrededor, en tí todo suspira.

No digas lo que estás pensando, porque te está prohibido amar; sér inocente, ¡desde la cuna has perdido la sonrisa!

Comprendes que estás destinada á desposarte con la sombra desconocida que se llama destino.

Tu corazon triste está sumido en un

abismo tan profundo, que no puedes sacarle de allí ni disponer de él.

Hoy, niña, eres alteza; mañana serás majestad. Aunque un reflejo de la aurora permanece todavía en tu frente,

---

Hija querida de los ejércitos, desde ahora vemos pasar por tí todas las humaredas y brillar en tí todos los rayos luminosos.

Lo mismo que á Dios te inciensan, y parece que, cuando cantas, tiembla en tu cancion el extremecimiento que produce el poder.

A tu alrededor empieza á extenderse la brillante atmósfera de los reyes. Serias más feliz si hubieras nacido, como la avecilla, en el bosque.

X.

Armonioso himno se escapa de las hojas del álamo; los temerosos viajeros, que ven llegar la noche juntos, levantan la voz y apresuran el paso. Dejad que todo lo que tiembla, cante.

Los marinos, cansados, duermen en el mar en sus naves. El mar se apacigua cuando el Vesubio, dejando de lanzar sus olas de azufre, se apaga. Dejad que todo lo que sufre, duerma.

Cuando en la vida se padece, soñamos en otra vida mejor. Los ojos que lloran se dirigen al cielo suplicantes, cifrando en Dios su esperanza. Dejad que todo lo que llora, rece.

Para renacer en el cielo sucumbimos en la tierra. Todo lo que vive pertenece á la tumba. Es indispensable, pronto ó tarde, absorbernos en el gran todo. Dejad que todo lo que cae, caiga.

XI.

Dios solo hiere á los gigantes, pero no á los pigmeos. Meditando estaba en la predileccion que manifiesta hácia los grandes hombres. Recordaba á Esquilo en el destierro, á Job en el estercolero y á Caton perseguido por la suerte. Derramar el alma en el mundo y la sangre en el empedrado es grandioso, y los elegidos son siempre los que pasaron por terribles pruebas. Caminan coronados con misterioso resplandor, entre los dichosos y entre los ilustres, los que la tempestad escoge por amantes. En el infamante suplicio, aureolas de oro circundan las frentes de los génios. Cualquiera que sea el siglo de la historia en que hayan aparecido los hombres gloriosos, sábios ó héroes, fueron siempre contemporáneos de la adversidad. Demóstenes proscripto, habla á Milton; Fidias expulsado, se encuentra con el Dante; á Herodoto sigue Tucydides en el destierro. Es signo de grandeza en el sér que vaga errante por el mundo ser perseguido por la tempestad. El Cáucaso será siempre luminoso para el moribundo eterno; ¡tromba, el huracán es hermoso; torrente, las olas son bellas; cicuta, te admiro; patíbulo, te envidio! Sublime fué la puerta en la que para salir de la vida se encorvó el titán Danton. El cazador de águilas desdeña herir á los pajarillos, y los acontecimientos, como altivos colosos, solo quieren morder á los que tienen alta estatura. Con envidia contemplaba en la imaginacion azotadas las espaldas de esos hombres gigantescos; les veia gotear sangre, con los ojos brillantes, con los brazos atados á las picotas, subir y bajar las pendientes del Calvario. Y envidiaba las afrentas que sufrieron, la proscripcion, la miseria, el ostracismo y el martirio por cumplir con su deber. El átomo envidiaba á los gigantes. Pensaba que yo, perdido en la nada, pasaba enorgullecido por alguna alegría inútil; pensaba que era demasiado pequeño y demasiado oscuro para que la tempestad me hiriera; pensaba que no fuí creado para intervenir en esos vastos combates, y pensando todo esto inclinaba la cabeza melancólicamente.—Ahora, destino, que te enconas contra mí y me equiparas á los gigantes, ¡te doy las gracias!

17 Marzo 1855.

XII.

Noches de invierno.

I.

Vá anocheciendo con rapidez; el dia, en esta estacion, como ladron que huye, se evade con velocidad por el horizonte.

Parece ¡oh sol de Roma, de la India y

del Parthenon!, que cuando la noche baja á visitar la cárcel del hombre,

---

No quieres que te vea, y abrigas temor de que te coja en flagrante delito de alegría la cárcel sombría de la humanidad.

Para los mortales que gozan y son felices, el invierno es agradable; pero éste tiende inmenso crespon sobre el que, soñador como yo,

---

Inflexible, imperturbable, sufre estóico tedio al ver que una boca invisible y sombría está soplando contra él;

Para el que de los efectos se remonta hasta las causas, está solo, es extranjero en todos los sitios, y se refugia en todo lo que siente palpitar á Dios;

Para el que de los bienes de la tierra que se desvanecen, y que desprecia el sábio, solo posee una cabaña situada á las orillas del mar,

---

Y medita, sentado en la playa, y se consuela abismándose en la contemplacion de su choza y en la contemplacion del firmamento.

Al mortal que vive de este modo le produce amarga afliccion la despedida de la luz y la desaparicion de las flores.

Le causa verdadero pesar ver que los rayos del sol se eclipsan en los valles y que las rosas se despiden al ver venir el invierno.

II.

La noche, que convierte misteriosamente el cielo azul en cielo negro, entre el espacio y la tierra interpone una barra de fuego.

El sol poniente, dorando mi cabaña, cierra, en la sombra donde moro, como con cerrojos de hierro encendido, la puerta enorme de las noches.

Buscando con la vista las estrellas en el cielo, marineros, escuchais lo que el temblor de las velas dice al temblor de las olas.

El cierzo, el trueno, el huracán, todos esos grandes espantos, vagando están por la atmósfera oscura.

Inclino al suelo la vista y, aterrorizado, veo que soy compañero de esas tinieblas y hermano de ese horror.

Siento que ese crepúsculo me compenetra y que en mí el alma retrocede como la luz en el cielo.

Me parece que todo se altera, se arrastra, se abate ó espira, y que solo queda de la tierra lo que queda despues de un combate.

El árbol, cerca del oleaje que ruge, retuerce sus brazos, como si fuera un desterrado; no sé qué reflejo pálido de los fulgores de lo infinito

---

Llega á los bosques deshojados y tiñe con débil claridad esa coraza de escamas que llamamos mar.

Y mientras que el sombrío Occidente luchando está contra la nada, el Levante se llena de la sombra que sale del abismo abierto;

Y una mano, la mano de Dios, saca de ese abismo los astros uno tras otro, que empiezan á iluminar el oscuro azur.

III.

Reina la noche en todas partes; nada resiste al sol poniente ni á la luz del medio dia. Quédase triste la naturaleza y el mal se envalentona.

En el universo, en el que se borran el número y el movimiento, las visiones del espacio vagamente van y vienen;

Y temblando desde tu gloria, Vénus, tú contemplas cómo esa mansion oscura se llena de pasos desconocidos.

IV.

Los cabos de lúgubres formas apare-

cen por todas partes; el agua bate la roca, el viento bate al agua, y todo el oleaje es un tumulto de montes en la oscuridad.

Solo se vé la tromba en el espacio brumoso, que se ensancha; solo se oye de la nieve, que ruge, caer el aullido.

Sin cesar el sombrío infinito rehace, deshace, reconstruye los innumerables hundimientos de esas cavernas del ruido;

Sin cesar la ola empuja la roca verde, el escollo traidor; y derramando su lluvia y agitando sus aquilones,

---

Cargado de años, produciendo ruido de cordajes, de remos y de tempestad, pasa el formidable invierno como espantoso nauta.

V.

Vuelve, primavera, con tus céfiros, con tus colores y con tus perfumes; vuelve á llenar la llanura con tu ejército de flores,

---

Que entonces el prado es un jardin, que entonces el alma aspira el ambiente, la luz, la poesía y el amor.

Las albas primaverales parece que nos rejuvenezcan y hacen abrir en el corazon deliciosas profundidades.

Mi córazon, lejos entonces de estas playas, se sumerge con insensatez en el abismo de las fantasías que llamamos pasado.

Recuerdo mis años tiernos, cuando mis hermanos eran pequeños, el bosque, el jardin, el musgo y todo lo bello de entonces.

Recuerdo mi infancia; Madrid, la guerra que obligó á mi padre á dejarnos; recuerdo el sol de España, y te recuerdo, Pepita.

Tenia yo ocho años, ella diez y seis, y cuando ella me llamaba su marido, cándido yo me ruborizaba.

Amaba á un capitan; más tarde comprendí por qué; á pesar de amarle, estaba cariñosa conmigo.

Le martirizaba conmigo porque deseaba abrazarle, y le rehusaba una sonrisa cuando á mí me daba un beso.

Aquella jóven preciosa, entregándose sin marchitarse, me acariciaba para no acariciar al capitan.

Y su intencionado beso, que yo creia generoso, encendia en celos al capitan y á mí me iba enamorando.

Se separaba de nosotros con las manos crispadas, y yo, comprendiendo que tenia un rival, meditaba cómo adquiriria una espada y un caballo.

Así esa jóven empezó á hacer sentir á mi tierno corazon, lanzándome miradas cariñosas,

---

Tratándome como si no fuera mujer; riéndose de querer casarse conmigo, iluminaba mi corazon con sus besos.

Bien ó mal, sábios ó locos, en todas las edades de la vida, siempre aprendemos algo del niño, que es mayor que nosotros.

No tardó mucho aquella jóven alegre en dormir el sueño eterno del sepulcro. ¡Qué pronto enluta la noche el horizonte de nuestra vida!

XIII.

I.

Cancion de otros tiempos.

Jamás ella se burla de mí; es una mujer pacífica, pero siempre se está sonriendo.—Aquí tienes briznas de musgo y briznas de paja; curruca de los cañares, forma tu nido sobre el agua.

El que goza de la suave claridad que vierten tus ojos bellos se queda muy alegre.—Aquí tienes briznas de paja y

briznas de musgo; vencejo del azur, haz tu nido en mi pared.

Abril dora la campiña y en los floridos ramajes se oyen sonar vagos píos. —Aquí tienes sus miradas, aquí tienes sus sonrisas, amor invencible; haz tu nido en mi corazon.

II.

Cancion de hoy.

Bondadoso Dios, al que no importuna nadie que le suplica, permitidme, despues de experimentarme, que yo pueda elegir una fase ú otra de la fortuna.

Permitidme elegir entre la rica esclavitud ó la pobreza libre; entre la jaula de oro ó entre la rama verde; permitid que el pájaro sea juez.

Escogí, y ahora soy libre y vivo en la oscuridad; elegí el áspero destierro, el bosque solitario, pero me iluminan las estrellas del alma en mi siniestro azur.

XIV.

Jersey.

Jersey duerme entre las olas que rugen eternamente, y su pequeñez encierra dos grandezas; como isla, tiene el Océano; como roca, tiene la montaña; por el Sur la Normandía y por el Norte la Bretaña: es para mí la Francia, y en su lecho de flores se sonrie casi siempre y algunas veces llora.

Por tercera vez he visto madurar las frutas en esta tierra de mi destierro, que lamen las olas murmurando. ¡Bendita seas, isla florida, rincon del mundo, en el que el alma se funde con el infinito! Si ésta fuera mi pátria, estaria orgulloso de ella. Aquí el sereno luchador, náufrago de la vida, medita, y bajo las miradas de Dios, en estos acantilados blanquea su alma, como el sol blanquea sobre los céspedes la ropa de las lavanderas.

Los peñascos parecen que estén aquí colocados en actitud de pensar; en sus antros, como por los intersticios de una prensa, la espuma hierve y brilla; cuando llega la noche el bosque lanza al viento notas sibilíticas; el monstruoso dolmen medita sobre las colinas; en la oscuridad se aparece como un espectro, y en los bloques la pálida luna le dá el aspecto de Moloch.

Por causa del viento del Oeste, en toda la longitud de la playa, en todos los rincones peñascosos en los que se agrupa una aldea, en todos los techos viejos y movedizos de los pescadores de la ribera, sostienen la paja y el rastrojo con cables marinos, que sujetan con enormes piedras; la nodriza, que inclina al suelo las pupilas, mientras nutre en su seno al niño, le entona una cancion de marinero.

Salud, tierra sagrada! ¡Salud, faros amigos, que conoce el que corrió peligros! ¡Salud, campanarios, en los que anida el vencejo! ¡Salud, pobres altares, cincelados por escultores de proas! ¡Caminos de los bosques en los que suenan los ruidos de las ruedas de los carros, jardines del laurel, rosa y de la hortensia azul, salud!

A lo lejos del horizonte se vé volar la fragata; el flujo mezcla con los guijarros, brillantes como el ágata, que lanza el mar, las ovas que se encuentran en los arrecifes, y Vénus deslumbra en la oscuridad á las vetustas rocas al nacer el dia, cuando llega, al oir el canto del tordo, llevando á su hijo de la mano.

La isla parece que rece como si fuera un religioso; por todo su alrededor, entonando su prodigioso cántico, la festejan el abismo y el Océano; la nube al pasar por ella llora, y en su parte alta los escollos, mientras que á sus piés el mar destroza una embarcacion, conservan una pequeña cantidad de agua de la que llueve el cielo para que beban los pajarillos.

8 Octubre 1854.

XV.

Androcles.

En otro tiempo, cuando en mí relumbraba la alegría, cuando me sonreia todo en el mundo, cuando creia la juventud interminable;

Mientras gozaban en el mundo los dichosos de entonces y el mundo me prodigaba sus sonrisas, ví el destierro, solitario y terrible en su soledad.

Me dirigí hácia la áspera playa, en la que se arrastraba el gran abatido, y le dije:—"Yo soy el que sueño; ¿quién eres tú que sufres?„

Y levantando hácia mí la vista, que llenaba aun el reflejo lejano de Saint-Cloud, me contestó:—"Yo soy Santa Elena; yo soy Holyrood.„

Entonces yo, hijo de las revoluciones, al ver su dolor, poniendo por testigos á la noche, que siembra astros, y al dia, que siembra flores,

---

Saludé en su soledad al maestro lisiado y sombrío, y le arranqué la espina y besé la llaga de su pié.

Luego, á pesar del torbellino del huracán, seguí continuando mi camino, porque me encontraba en la edad en que tenemos fé en el misterioso porvenir.

Luego pasaron muchos años: protegí á los débiles; lloré con los que sufrian; á la paz de mi existencia sucedió la tempestad; primero soñé; despues combatí.

Lo mismo que el hermano de Electra, lo mismo que Jacob—pues Dios así lo quiso,—luché cuerpo á cuerpo con el espectro, y el angel me cogió por la cabellera.

Combatí por la libertad del pensamiento, por el cumplimiento del deber, por la Francia eclipsada, por el progreso calumniado.

Combatí al ódio y á la envidia, sin miedo, con el escudo limpio, y por las fatales peripecias de la vida, despues de luchar, fuí vencido.

Fuí una de las víctimas que la muchedumbre arroja al destierro, para que éste las devore; fuí calumniado como todos los vencidos, que tienen á Bruto por loco y á Caton por vil.

La Victoria, con burlona risa, enseña Arístides á sus amantes. ¡Cuántos mártires destroza el destierro! ¡Cuántas amarguras injustificadas causa!

A mi alrededor, voces siniestras gritaban: Cayena! Lambesa!, y el destierro, que en las tinieblas estaba meditabundo, se incorporó al verme.

Vino hácia mí ese implacable servidor del destino inclemente; y mientras avanzaba con lentitud, yo le contemplaba con fijeza.

Venia hácia mí; por el camino sonaban sus pasos como los golpes de un martillo; me asió y me sepultó en su oscuridad, clavando en mí sus garras.

Pero en vez de producirme sinsabores y angustias, devolvió la calma y la alegría á mi corazon. El leon se tendió en la arena, y agradecido, lamió las manos del gladiador.

XVI.

A mi hija Adela.

Pequeñuela dormias cerca de mí, tranquila, fresca y sonrosada; tu sonriente sueño debia ser tan delicioso, que ni siquiera oias al pajarillo que no lejos de tí cantaba; entre tanto, pensativo aspiraba yo la sombría dulzura que destellaba el misterioso firmamento.

Me parecia que sobre tu cabeza estaban revoloteando los ángeles; con delicia estaba viéndote dormir; sobre tus pañales deshojaba silenciosamente jazmines y claveles; rezaba, contemplando tus pupilas cerradas, y las lágrimas humedecian mis ojos al pensar en las aflicciones que quizás mañana amargarian tu vida.

No tardará quizás en venir el dia en que á mí tambien me toque dormir; en que en mi lecho sombrío no oiré tampoco cantar el pajarillo; en que la noche será para mí muy oscura; cuando llegue

ese dia, ángel mio, derrama sobre mí lágrimas, rezos y flores, y devuelve á mi tumba lo que doy á tu cuna.

4 Octubre 1857.

XVII.

Al caminar por la mañana.

Ya que allá abajo se entreabre una puerta luminosa; ya que el alba clarea por los bordes del horizonte, como el criado que primero se despierta y con la lámpara en la mano recorre la casa;

Ya que un descolorido rayo de luz platea la fuente; ya que á través de los bosques cae desde el firmamento fulgor pálido, tranquilo, que las llanuras contemplan;

Ya que empieza á rayar el dia en las cumbres de las montañas, voy á recorrer los campos, tristes aun, pero regocijados, deseando averiguar dónde encontraré la aurora de la sombría noche en que vive la humanidad.

Qué hace en el mundo el hombre? ¿La vida es una casualidad, una contingencia? ¿Qué veremos despues detrás de ella y á la otra parte? Veo que todo se extremece. Naturaleza, ¿es que me hablas sumida en tu oscuridad?...

XVIII.

Un grupo de gente se agrupaba en la playa, fijándose en un objeto que estaba en el suelo.—"Es un perro reventado„, me dijeron unos niños; eso es lo que todos estaban mirando. Me acerqué entonces y ví que yacía en tierra tendido un perro viejo, sobre el que el Océano lanzaba la espuma de sus olas.—"Hace tres dias que está así, me dijo una mujer, y por mas que le hablemos, no conseguimos que abra los ojos.„—"Su dueño es un marino que está ausente„, añadió un anciano. Un piloto, asomando la cabeza por una ventana, repuso:—"Ese perro se muere porque no puede ver á su amo. Precisamente su barca acaba de entrar en el puerto, pero cuando el dueño de ella llegue, el perro ya habrá espirado.„ Me fijé entonces en el pobre animal, que no se meneaba ya, que estaba sordo, que tenia los ojos cerrados y que parecia muerto. Al anochecer su amo llegó; era tambien viejo, y apresurando el paso, venia pronunciando el nombre del perro. Cuando el animal oyó su voz, abrió los entelados ojos, miró á su amo, meneó por última vez la cola, y en seguida murió. Era la hora en la que en la bóveda azul, como una antorcha que sale de la oscuridad, brilla de pronto el planeta Vénus, y yo exclamé: De dónde viene ese astro? Dónde vá el perro? ¡Misterios incomprensibles!...

XIX.

En el acantilado.

I.

Te sonries en lo invisible, alma tierna é inaccesible, mientras que yo, solo y triste, siento flotar tus vestiduras, y veo que el mar sombrío solloza á mis piés.

La noche escucha mis cantares. Elevo mis cánticos tristes al horizonte, y tú, ángel tembloroso, acompañas con el batimiento de tus alas mis canciones.

Pienso en los pobres séres que nacen y que viven en miserables chozas, en los jóvenes y en los viejos que el oleaje alborotado arrastra en sus tempestades.

Lloro por los muertos de otras familias, porque sus duelos y los nuestros son el mismo duelo; todo mortal es en la extension la misma barca perdida en el mismo escollo.

II.

Todos esos patrones, todos esos grumetes que llaman tantas voces cariñosas y tantos corazones amantes, están confundidos en el espacio, están perdidos en la líquida extension.

En el fondo de innumerables olas se vé, bajo el espesor sombrío del mar alborotado, su boca abierta y terrible que bebe el horrible estupor del infinito.

Vagan esos pálidos fantasmas, que no volverán ya á ver los techos de rastrojo de sus chozas, ni sus bosques, ni sus prados, ni el humo que lanzan sus chimeneas al ponerse el sol.

Para ellos, las insensatas olas, que huyen sin cesar arrastradas por los aquilones, reemplazarán á la tierra, que estará ausente para siempre de sus miradas.

Son ya sombras, son cadáveres los que el reflujo del mar arrastra de havre en havre, y no volverán ya á ver brillar la aurora, y la aurora tampoco les verá.

III.

Y sin embargo, en las costas esperando están todavía á esos huéspedes de lo desconocido, que partieron arrostrando la cólera del mar y que llegaron á esa sombra, de la que nadie vuelve.

Nombran, recuerdan y llaman en sus hogares á los niños, á los hombres y á los ancianos, por la noche, cuando brilla el faro y cuando arde la lumbre en el hogar.

Unos dicen:—"Para el mes de agosto espero que vuelvan todos, Juan, Pedro, Jacobo, Luis; regresarán cuando maduren las viñas...„, y el viento nocturno exclama:—"Se han desvanecido!„

Otros dicen:—"Observad bien durante las tempestades y vereis aparecer sus cabezas en la superficie del mar. Cada ola es una tumba que solo encierra un cadáver.„

IV.

No; desde ese oleaje desenfrenado sus almas volaron al cielo como pájaros divinos. Cada ola es una tumba, pero tambien cada ola es una cuna.

28 Febrero 1854.

XX.

En vano como un imbécil sigo registrando mi casa, de tal modo, que en la ciudad creen que me he vuelto loco;

En vano sigo buscándola, porque ha muerto y ya no se me aparecerá; salió de aquí y la puerta aun está abierta, ¡oh Dios!

Tiemblo cada vez que llaman; la espero siempre, lo confieso. ¡Qué se hicieron aquellos felices dias en los que ella vivia aquí conmigo!

Su alma voló á los cielos; huyó de la tierra y yo permanezco en ella. Por la noche, cuando el cielo se llena de estrellas, llorando, hácia él tiendo los brazos.

Me apoyo de codos en la ventana y recuerdo llorando aquellos pasados dias. Ay! ¡he perdido para siempre el ángel que idolatraba!

XXI.

Caminando de noche por un bosque.

I.

Graniza, llueve; hay nieve y bruma; encuentro pantanos á cada paso; el torrente, espumando, ruge y las rocas lo rechazan.

El sábado, en nuestros oidos, deja oir sus vagos hurras; las patrañas por delante de las viejas pasan agitando los brazos.

Se ven transeuntes repugnantes, claridades lívidas, y parece que en esos oscuros caminos los hombres tengan ramas y los árbolos tengan manos.

II.

Se oye pasar un coche, el pesado coche de la muerte. Camina, rueda y se acerca. El agua aulla y el cierzo muerde.

El terrible cochero, por la llanura de oscuro y cambiante aspecto, conduce el coche, que vá lleno de gentes de todas clases.

El Noviembre hiela, la tierra está extremecida, la borrasca truena, y las flechas del Sagitario silban en la profundidad del cielo.

III.

—"Cochero, de dónde vienes?„ pregunta el árbol.—"Dónde vas?„ pregunta el agua que huye; pero el cochero parece de mármol y el coche parece de hielo.

Arrastra en su carrera la belleza, la gloria, el amor y los placeres, dentro de

su carruaje negro, cuyos caballos son espantosos.

Al verle pasar, temblando el árbol se inclina; en el agua se yerguen los juncos; el arbusto en la colina endereza sus ramas.

IV.

Las matas de yerba en las rocas, las nubes en el celaje, miran cómo camina ese coche, que les parece una torre de Babel.

Sobre su sombría silueta baten las alas, lanzando grandes gritos y volando, el huracán, ese mochuelo, y la sombra, ese murciélago.

Sopla viento terrible y helado; el coche rueda, y asustados los ojos al través de sus enormes ruedas, ven un crepúsculo blanquizco.

V.

La noche, esa siniestra maravilla, difunde por todas partes su sobresalto sagrado, y todo el bosque se despierta como asustado durmiente.

Como las aves, las almas vuelan por debajo del descolorido cielo. El espejo del estanque sonrie á las mujeres que salen de los nenúfares.

El aire solloza, el viento ruge, y por debajo del oscuro firmamento la noche sombría y la muerte pálida se miran con fijeza una á otra.

XXII.

Fulgor en el horizonte.

Mientras yo medito, la primera luz del dia empieza á reflejarse en la superficie del mar. El faro dice:—"Es el alba„, y apaga su lumbrera. Entre las cosas que ignoro, quisiera saber qué es la blancura que sale de los sepulcros.

¿El alma vuela hácia Dios cuando éste la llama, huyendo del helado cuerpo que la encerraba? ¿Qué es ese fulgor que más allá de la vida distinguimos en el fondo del infinito mudo?

¿Adquiriremos la figura espantosa de la sombra? ¿Podrán llamarnos cuando estemos encerrados en la tumba? ¿Nos convertiremos en voces, que al través de las sombrías losas se oirán hablar?

Como los pajareles, como las golondrinas, ¿el hombre irá á buscar el azur límpido y sereno? ¿Adquiriremos alas y volaremos? ¿Pasaremos la muerte como esos pájaros pasan el mar?

Todo habla y todo se remueve. Los bosques se extremecen; el buey vuelve á uncirse á su yugo y el alma al dolor; la mañana, al aparecer en el horizonte, cierra los ojos á las estrellas y abre los ojos á las flores.

¿La vida con sus bienes, con sus amores y con sus glorias, equivale á la nube errante que vaga por el espacio? ¿Qué quereis, pues, de mí, cantores misteriosos, pájaros que os posais en ramas negras?

No sé por qué me obstino en comprender estos misterios. Señor, el labrador cava el surco abierto en la tierra, el pescador arrastra sus redes por las playas, pero yo cavo la noche y arrastro la nada.

Te interrogamos, y quizá callar seria más conveniente para nosotros, ya que son inútiles nuestros esfuerzos, nuestras dudas y nuestros combates para sondear el abismo. Esperemos, ya que el misterio envuelve al hombre desde que nace hasta que muere.

El marino, que sirve de juguete al viento y á las olas, que silba al levar el áncora cuando vá á partir, deja que ruja el mar, y el Océano que ruge deja al hombre que silbe.

XXIII.

Bajo tierra.

—Déjame.—No.— Garra sombría, boca horrible que me torturas, ¿por qué te deslizas en la oscuridad por entre las hendiduras de mi ataud?

—Porque necesito renovar mi savia,

cadáver; llega el verano, y toda la naturaleza necesita apoderarse de tí.

Es preciso que no se marchiten los lirios; la abeja espera sacar de mí la miel; necesito encontrar perfumes para que no desfallezcan los cisnes.

Debo ornar al melancólico antro; debo sonreir cuando llega la primavera; debo trasmitir á todo parte de mi gracia y de mi esplendor.

Necesito adornar el velo de las vírgenes cuando aparezca la luz del dia; necesito respirar para las estrellas y ruborizarme para el amor.

Mientras el alba me riega con su rocío, mis raices descienden hasta tí.—Pues quién eres tú?—Soy la rosa.—¿Y qué quieres?—Beber tu sangre.

XXIV.

Casa de fieras.

Los ángeles azorados bajan á ver vuestras jaulas y exclaman:—“Mira éste, mira aquel; contempla á Tiberio, contempla á Malthus cerca de Atila.„

Se repiten unos á otros los nombres con los que los conocemos, mezclándolos con otros nombres que ignoramos, y se dicen unos á otros:—“Esto es lo que se llama hombre; ved cómo tiene una mano en el crímen y un pié en la muerte.„

Este es el orgullo, ese el duelo, aquel la envidia; estos son los séres más malos y los más numerosos. Ruedan por el foso inmenso de la vida y sus pasos hacen temblar la tierra.

Pisotean á los débiles como las muelas pisan los granos. Son la imágen del horror, del espanto, del mal sin freno; tienen corazon de dragones; esos espíritus tienen fauces, esos séres de ojos siniestros tienen garras de bronce.

Este es Judas, aquel es Zoilo; los dos se deslizan en la oscuridad; el uno besa y el otro muerde, y los dientes sangrientos y viles del uno rugen envidiando los besos del otro.

Ese señor ultraja y pisotea á la débil é indefensa mujer que la agosta en la primavera de su vida; ese viejo, para enriquecerse, hace trabajar á la infancia y la inutiliza, condenando á remar en su barco á forzados de ocho años.

Condena á los niños á trabajos penosos, y repleto de oro se revuelca en todos sus apetitos, mientras la fatiga sacude con sus puños férreos los miembros delicados de los infelices niños.

Estos, mirando con saña á los vencidos, gritan con tono feroz:—“¡Herid, matad, destrozad hasta el último!„ y los perros de Montfaucon se acercan á lamerles la boca, al apercibirse de que sus palabras huelen á osario.

Aquellos amenazan con la espada inflamada; unos contra las cosechas y contra las ciudades hacen vomitar descargas á los cañones, y la humareda del fuego que los abrasa asciende hasta confundirse con las nubes.

Otros desean helar y abrasar al mismo tiempo, y estos atormentadores, al mismo tiempo, soplan contra la razon y atizan las temblorosas llamas de la hoguera.

Estos son los hombres felices que gozan de todos los placeres de la vida y ante los que todas las cobardías se arrodillan. La beldad sin alma que adoran es Vénus para ellos y esqueleto para nosotros.

Estos son los verdugos que protegen las alas de la sombra; ante ellas la esperanza agoniza y se apaga; con la cuerda santa, de la que pende el áncora celeste, forman el nudo corredizo de la detestable horca.

Amordazan á todos los espíritus que no piensan ni viven como ellos; el cuerpo humano se desangra oprimido por las manos de los verdugos; los salvajes comen carne humana y los cristianos la venden.

Oid los gritos y los clamores que desde sus jaulas lanzan; ved cómo rien unos, ved cómo tiemblan otros; todos no son perversos, y algunos que meditan y ven claro tienen alas y quisieran volar de allí.

Y los ángeles tiemblan cubiertos con sus radiantes velos, con los ojos llorosos y con la frente triste; mientras que nosotros, meditando, contemplamos las estrellas al través de las rejas de la cárcel de nuestra humanidad.

XXV.

Cancion.

Proscripto, contempla las rosas; el mes de Mayo alegre las recibe bañadas con el rocío del alba; proscripto, contempla las flores. Consiguen que recuerde las rosas que yo sembré. El mes de Mayo, fuera de Francia, no es mes de Mayo para mí.

Proscripto, contempla los sepulcros; el riente mes de Mayo, en su cielo azul, con los besos que se dan las palomas, hace palpitar las tumbas. Consigue que recuerde los ojos queridos que yo cerré. El mes de Mayo, fuera de Francia, no es mes de Mayo para mí.

Proscripto, contempla las ramas, las ramas donde se posan los nidos; el mes de Mayo los llena de tiernas alas y de suspiros infinitos. Consigue que yo recuerde los nidos deliciosos que amé. El mes de Mayo, fuera de Francia, no es mes de Mayo para mí.

Mayo 1854.

XXVI.

Reconvenciones.

Una noche, cuando estallaba una feroz borrasca, cuando los cristales de mi ventana, salpicados de lluvia, temblaban azotados por el viento, despierto, me entregaba á las fantasías de mi imaginacion, y decia:—"¿Por qué las olas alborotadas estarán rugiendo? ¡Dios mio, ese pobre bajel, que atraviesa el mar durante la tempestad, cómo lucha, cómo se debate, cómo huye de las redes que le tienden los elementos desencadenados! ¡Terribles carceleros son las olas cuando se apoderan de los hombres! Por poder comer miserablemente, ó por adquirir gruesas sumas, el barco afronta todos los peligros de la tempestad. ¡Compadezco á los pobres marineros!

„Hay momentos en los que parece que el mar haya traspasado sus límites, y en los que un grito feroz sale de las olas. Nos extremecerian los elementos, si la espuma, el escollo, el oleaje y el aquilon pudieran algunas veces romper el negro anillo que en la oscuridad los clava al misterioso pilar de la equidad. Ese pescador viejo y honrado, que recorre el mar para morir en él por mitigar el hambre y la necesidad de su familia, desde que sale del puerto, el huracán y la noche le juzgan sin apelacion. Bajo sus piés, el invisible archipiélago de las corrientes le acusa; sobre él el huracán le discute, y el abismo, que es un verdugo enmascarado, lo ejecuta. Y todo terminó desapareciendo el infeliz debajo del agua. ¿Es acaso culpable? No. ¿Es posible, Señor, que el sordo Océano pueda apoderarse de un pobre hombre y ahogarle sin desbaratar el equilibrio del mundo? ¿Será verdad que la naturaleza se atreve á herir al hombre, como se dá una paliza á un forzado? ¿El agua esconde una emboscada en sus ondas líricas? ¿Qué será de nosotros si el mar prevarica? ¿Dios consentirá, en efecto, que el mar sea libre y loco? ¿El huracán quizás no sabe lo que hace? ¿Si la gota de agua anega sin saber por qué al átomo, veremos acaso, en el fondo de la divina cúpula, temblar al astro y en la azulada esfera zozobrar las constelaciones? ¿Es posible que se castigue al que no obra mal? ¿Es que están ciegos los que hieren desde arriba y lanzan los infortunios al acaso? ¿Será posible que esas oscuridades cometan ante el Infinito acciones infames? Señor, esta mañana esos pescadores estaban en la isla haciendo saltar sobre sus rodillas á sus hijos pequeñuelos; ¿por qué permitís que el mar, que alborota la tempestad, haga perecer á esos infelices? Qué daño hicieron? ¿Por qué pierden la vida? No me puedo explicar por qué la borrasca se apodera de los séres inocentes; no puedo comprender, Señor, que tu abismo se equivoque, que tu sabiduría engañe; esto no puede ser, porque nos haria dudar de tí. El Océano no debe tener que retractarse de nada, pues la

tempestad es justa y el rayo es íntegro.„

El cierzo del mar, furioso, irritado y terrible, cubriendo de oscuras nieblas los astros que guian la navegacion inmensa de la noche, se me apareció al través de mi ventana y me dijo:—"¿Qué sabes tú? Quizás nosotros emancipamos.„

XXVII.

Por qué no morir pronto? ¿Por qué envejecer, para tener más remordimientos al llegar la hora en que Dios nos llame? ¿Qué esperas para acercarte á nuestros lechos frios, lívida muerte, á la que todas nuestras desesperaciones cantan su epitalamio?

¿Por qué no terminar pronto la vida y llorar lágrimas de sangre? ¿Por qué el destino no ha de ser más complaciente y el abismo más facil? El cuchillo que tengo cerca de mí se rie cuando me vé sufrir. El Océano, dispuesto siempre á devorarnos, está diciendo siempre al hombre:—"Imbécil.„

Bruto obró mal? Caton no obró bien? ¿Esos bravos luchadores titubearon acaso en cerrarse los ojos para siempre? Qué les importaba la vida? ¿Acaso esos romanos se complacian en ver pasar los carros por los caminos y al viento doblar los tallos de la yerba?

Comprendiendo la ironía de la vida, exclamaron:—"Basta!„ Se vieron atravesados por las flechas del destino y le quitaron el blanco. Murieron en cuanto sintieron el rubor en sus frentes; preferísteis la muerte á la vida ¡oh soñadores! y el ideal á lo imposible.

Pálida y erguida se les apareció la muerte, y gravemente se acostaron cerca de ella, ya que con ella es preciso dormir. Se anticiparon á ese siniestro himeneo, y pusieron su anillo de caballero romano en el descarnado dedo de la muerte.

¿Hay acaso quien vitupere á esos héroes? Torcieron y rompieron los hierros de la cárcel en que los sumió el destino; y ahora eternamente, al extremo de la sabiduría y al extremo de la virtud, el hombre vé sus dos sombríos espectros.

Sí, Caton obró mal; sí, Bruto, no obró bien; ni el sábio ni el intrépido debieron privarse de la vida. El suicidio es una fuga. Dios, que es el único que tiene derecho á extinguir la antorcha, cuando esos dos hombres la apagaron, solo les dijo:—"Es demasiado pronto!„

Desafiar al destino, sufriendo impasibles todos sus golpes, es honroso; el gran hombre debe ser el gran paciente; saber esperar es una virtud: ¡sábio, espera que en los verdes y flotantes ramajes florezca la cicuta; justo, espera que el árbol crezca en el Calvario!

Prefiere Sócrates á Bruto y Jesús á Caton. Ya sonará la hora de la muerte en el reloj de vuestra vida; ¿por qué apresurarla? Sufrid y enseñad con vuestro ejemplo. Alma, ¿por qué has de huir antes que venga el invierno, antes que aparezca el azur desconocido, antes de que partan las golondrinas?

¿Tienes miedo acaso, rápido transeunte, de que te olvide la muerte? ¿Crees que te desconocerá el sombrío viento de la noche, cuando terrible barra en la ciudad y en el campo la hoja marchita y el viejo mundo muerto? Te arrastrará, estáte tranquilo.

Si solo eres un viviente frágil, desconocido, incierto, vive y llora; anda toda la jornada de tu destino; envejece como los demás hombres vulgares. ¿Con qué derecho, tú que eres ceniza y átomo, haces caer sobre tí la muerte antes que espire el plazo de la vida?

Si eres un viviente que llenas el siglo con tu fama, acepta el destierro, el presidio y el cadalso; sirve si es preciso de augusta enseñanza. El hierro de la horca, cuyo imán es el cielo, más tarde se sale del maderámen, asciende lentamente y llega á convertirse en el fronton del templo.

No quieras sustraerte muriendo á la lentitud del suplicio, que es preciso su-

frir en las cumbres de los calvarios; esa es la prueba, que debemos aceptar por completo; agoniza y envejece sin decir que estás rendido; el hombre fué creado para morir hora tras hora y el llanto para caer gota á gota.

El dolor es útil, y vivir es hacer un supremo esfuerzo. Quieres ser grande? Deja que se cumpla tu destino. Bebe, pero no rompas la copa. Deja que se ilumine tu alma como el Oriente. Sé al mismo tiempo arcángel de miradas tiernas y titán de frente severa.

Nuestros dias son misteriosos verdugos que nos torturan; desángrate y rie; así te convertirás en héroe, así se llega á ser sublime y á poseer un espíritu que asciende y brilla; así el género humano vé de repente en la oscuridad que surges luminoso en el horizonte.

El hombre que sabe padecer y sufrir, brillará; Dios bondadoso construye el diamante con el vil carbon; detrás de vuestras fúnebres brumas hace brillar la aurora, y la creacion no es más que un abismo del que sale la claridad, que, dorando la sombra y la muerte, se esparce fuera de las tinieblas.

El cielo del alma se llena de estrellas con el choque de la suerte y del deber. Dios, el gran forjador, con su inmenso martillo, que cae sobre todos nuestros infortunios, sobre el yunque que llamamos azur, bate la sombra, la noche, al hombre que sufre, la oscuridad del abismo, y las chispas que despide son astros.

XXVIII.

En invierno la tierra llora, el sol tiene frio y palidece; llega tarde, se vá pronto, como si estuviera cansado de brillar.

Para esconderse toma cualquier pretexto, como el granizo, las nubes ó la tempestad, y eclipsándose, nos priva de su luz.

Como amante que se retira, y cada dia vá aflojando el lazo de su pasion, cuando no sabe ya cómo justificarse, desaparece de repente.

XXIX.

Deseo lo absoluto y lo eterno; no tener nada detrás ni nada delante. Fuera de ese horizonte, el espíritu no vive. Cuando no encuentra el abismo, lo desea. Querer, saber, sondearlo todo sucesivamente, es el único medio de satisfacer la sed ardiente del espíritu.

Desea gozar de vasta libertad; desea vivir siempre en lo ilimitado, sin que le embaracen cierres, cortinajes ni velos; debajo del cielo tranquilo y silencioso, durante la noche, las esfinges no bastan para saciar sus ojos de claridad, aunque derramen la luz de todas las estrellas.

La inmensidad es el único asilo seguro y digno. Creo que estoy desterrado si no poseo todo el azur, si no gozo de todo el espacio. Deseo todo el cielo azul y todo el cielo negro, y hay momentos en los que parece que el infinito tiene apenas la dimension de mi antro.

XXX.

Cancion.

Es ya demasiado tarde para estar orgullosa, reina Margarita, que los campos deshojados pronto se llenarán de escarcha.—Caminante, el invierno vá á venir, y yo le sonrio.

Es ya demasiado tarde para estar orgullosa, estrella del crepúsculo; se han apagado ya los rayos del sol y empiezan á aparecer las sombras.—Caminante, la noche vá á venir, y yo le sonrio.

Es ya demasiado tarde para estar orgullosa, alma mia, y en vano alegre entre mis ruinas me deslumbras, abriendo con altivez tus alas.—Caminante, la muerte vá á venir, y yo le sonrio.

30 Octubre 1854.

XXXI.

A Meurice.—A Vacquerie.

¡Desgraciadamente no son comprendidos los grandes corazones! Cuando nos encontramos rugia desencadenada tempestad; estaba yo luchando con audacia

para derribar el mundo viejo; y vosotros, tribunos del arte, maestros en él los dos, que con fortaleza blandíais la refulgente espada, me estrechásteis la mano en el ardor de la pelea; y en el siglo que escarnece la abnegacion, yo fuí el combatiente, vosotros fuísteis los vencedores.

Cuando el destierro abrió para mí sus frias casamatas, cuando me proscribieron, me seguísteis, y cuando me odiaron, me amásteis. Teniendo que atravesar el oleaje, teniendo que caminar durante la noche, yo os busqué en mi cielo, que vosotros hicísteis iluminar.

Es grandioso en vosotros olvidar las persecuciones y acordarse siempre del perseguido. Paso á paso me sacais de la sombra, me volveis á abrir el puerto, me festejais, consiguiendo calmar terribles tempestades, y os amo con reconocimiento al comprender que conseguísteis juntar á corazones tan tiernos espíritus tan altivos.

8 Febrero 1870.

XXXII.

I.

Mi vida comienza á entrar en la sombra de la muerte y empiezo á ver el lado brillante de todo. El hombre justo es más bello cuando le persigue el destino, y los soles ponientes son apoteósis.

Comprender que Bruto es vencido no causa asombro á Caton; Morus vé desterrado á Thraseas y deja que le proscriban; á Sócrates, al que Anitus hace beber la cicuta, no impide la muerte sonreir á Jesucristo.

Es inútil que el mundo vano sea ingrato, estúpido y burlon con nosotros; si en el foro interno no nos creemos culpables, la propia condenacion es el único vituperio real, y éste no existe cuando está tranquila la conciencia.

Sereno medito en la playa, á la orilla del mar, complaciéndome oir ese rumor salvaje, en el que empieza el infinito; complaciéndome oir de noche el clamor inmenso que levantan los vientos y las olas.

II.

Es preciso que en el mundo haya siempre quien esté dispuesto á inmolarse; si no lo hubiera, Francia querida, el faro de la conciencia se apagaria en el hombre y no iluminaria la tierra ningun corazon magnánimo.

Es conveniente que en todas las épocas existan hombres heróicos, que no sepan retroceder, que se abrasen en el cariño misterioso que les haga amar la noche siniestra del destierro y el crepúsculo de la muerte.

Pertenezco á esos séres que atropella el carro terrible del destino; la prueba me azota, el deber me pulveriza; pero no consiguen entristecerme, porque creo que me honra esta lúgubre dicha y esta melancólica alegría.

A otros mejores que yo, la afrenta y el sufrimiento les hicieron morir, y hoy moran en la luminosa esfera. ¡Gloria á esos combatientes del Gólgota, cuya faz se manifiesta más tranquila cuando la espina es más punzante!

Fueron grandes; sufrieron y amaron; por entre los pliegues de sus sudarios se vé salir la claridad; que el rudo martirio se salpica de gotas de sangre, que más tarde se convierten en estrellas.

III.

Sócrates es un vidente; yo solo soy un testigo que sigo impertérrito la ruta de mi destino, entregado á la suerte rapáz. Oigo que desde lejos se burlan de mí los amigos de otros tiempos, mientras que yo, solo y pensativo, paso.

Cuando me ven caminar impertérrito, se preguntan unos á otros:—“¿Qué es aquella sombra que allá á lo lejos se vé en la playa? Fijaos bien; siempre está en pié; ¿es un hombre que camina ó es un espectro?„

Es hombre y es espectro. Antiguos amigos mios, es un soñador que dirige sus miradas hácia las tranquilas profundidades, que deseando ser admitido en el sepulcro, sueña en alcanzar las alturas

donde entre nubes se cimbrean las palmas.

Sabed, amigos de la edad en que unos y otros nos comprendíamos, que si os hablara hoy, os hablaria de vosotros. Sabed que soy el sér en el que el dolor se enconó, y que mi misteriosa noche se toca ya con la aurora suprema.

Los que me volveis las espaldas diciéndome al mismo tiempo que hago bien, y burlándoos de mis altas aspiraciones, sabed que lo que sufro es poco, que yo nada significo, que á mí no me importa el sufrimiento.

Obrando como obrais y siendo lo que sois, ¿no sentís desgarrada ninguna fibra en vuestro corazon? ¿No habeis perdido ningun sér querido? Si no sabemos dónde están los muertos, ¿por qué néciamente os burlais de todo?

IV.

¡Dichosos los hombres que en el mundo pasan por terribles pruebas! Pertenezco á este número, y como un fantasma me voy á vivir entre ruinas. Los pescadores, cuyas voces oigo en la playa, ven cómo se agigantan las olas; yo veo cómo se agigantan las sombras.

Vivo satisfecho en el desierto; en él contemplo y espero; la paz llena mi corazon, que nunca conoció la envidia, y procuro, temiendo á Dios, despertarme á tiempo del sueño monstruoso que se llama vida.

La muerte me llevará á la serenidad perpétua; oigo llegar hácia mí los pasos de sus negros caballos, y me encuentro como el que, por haberse apresurado demasiado, tiene que esperar en el camino á que pase el carruaje.

No compadezcais al elegido que el mundo llama proscripto. Mi espíritu, que atraen el sufrimiento y la aurora, vé aparecer el dia por los agujeros de las manos de Jesucristo. En la tierra la verdadera claridad sale del martirio.

V.

Me concreto á pensar solo en tí; ¡oh verdad, tú sola me deslumbras! Sé que tengo enemigos, pero ignoro quiénes son y cuántos. Se desvanecieron en mí todos los gratos recuerdos y cayó mi corazon en el vasto abismo del olvido.

Ignoro los nombres de los que hicieron que la mentira y la calumnia me mordiesen. Distingo ya la claridad de la cima de la montaña y veo que los extremos de las alas de mi espíritu son azules.

Fuera de la lucha en la que combatí por la causa universal, si herí á alguno por vengarme, si hice derramar lágrimas á algun sér, si he inspirado ódio á los que queria inspirar cariño;

Dios mio, si en el pasado abrí alguna herida en algun corazon, vuestra voz justiciera puede indicármelo y advertírmelo, que yo pido perdon á los que ofendí; porque deseo perseverar en mi sufrimiento, pero no en mi injusticia.

Camino al través de la sombra y de los errores expiados por una vida hoy mustia y en otros tiempos floreciente; triste llanura, en la que veo que empiezan á reflejarse los fulgores lívidos de la tumba entreabierta.

1854.

XXXIII.

Llegada al destierro.

Cuando llegué á la isla entablé relaciones con un fresco valle lleno de sombra y de inocencia, con un valle que, como yo, está contento á la orilla del mar. Nos calientan á los dos los mismos rayos solares, y pronto contraje el hábito de visitar familiarmente esa humilde y pintoresca soledad. En ella dos árboles, un fresno y un olmo, al aire libre disputan y gesticulan al viento, como dos abogados que defienden el pró y el contra. Voy allí á hablar algo todos los dias; allí encuentro á mi amigo el lagarto y á mi amigo el gorrion; los peñascos me ofrecen asientos y el manantial su agua pura; cuando estoy solo en aquel apacible retiro, oigo que mi alma le cuenta en voz muy baja las aventuras de mi vida; ese valle me halaga; su paz y su dulzura me atraen, y

sospecho que á él le gusta tambien mi dignidad.

XXXIV.

Se sonrie el inmenso Sér desconocido. La aurora despierta al arador, á la hormiga, á la flor, á la abeja, á los nidos, á las cabañas, al bosque, á las aldeas, al Océano, al sol, que aparece entre las montañas, y á mi alma, que aparece entre mis sufrimientos.

El Sér medita. Misteriosamente crea la flor del lirio; ayudan sus dedos á que el topo haga un agujero en la tierra; pinta de brillantes colores los rosales, la creacion encorvada contempla esos prodigios, y ver crear las alas del escarabajo causa la admiracion de los soles.

Hombres, vuestros grandes bajeles, que vagan por los mares, embarazando los vientos con su laberinto de velas, mónstruos que se imponen al Océano, que con su peso fatigan á las brisas, que arrastra cada uno de ellos en sus flancos una nube llena de rayos y de relámpagos;

Vuestros cañones, vuestros soldados, cuya marcha olímpica de un rincon de tierra desconocido hacen una llanura épica; vuestras banderas, que ondulan con arrogancia al viento; vuestras batallas, que arruinan las cosechas; vuestros choques, vuestras matanzas,

---

Vuestros regimientos, semejantes á una hidra que serpentea; vuestros tonantes Austerlitz, vuestros Lutzen, vuestros Lepantos, vuestros Jenas, vuestros campamentos, que atruenan los tambores y que despiertan á la muerte, pasan mientras que el Sér piensa y producen en su oido el débil rumor que hacen las alas de un moscardon.

XXXV.

Aunque yo solo sea en la playa el copo de espuma que se desvanece; aunque yo viva soñando; aunque yo solo sea un puñado de polvo;

Aunque yo solo sea un puñado de barro, un gusano como los otros hombres, que aplastan las vueltas de la rueda que se llama mañana;

Aunque el mal me apriete con su garra, aunque esté desnudo, aunque sea débil, aunque participe de la miseria humana y tú seas pura como el azur,

---

Sin perder tu confianza, sin rechazarte en tu fé, te seguiré siempre, ¡sagrada conciencia, que caminas en la oscuridad delante de mí!

Vas delante de mí, indicándome el camino; vas delante de mí, cubierta con el velo de la muerte y llevando en la mano la lámpara de Dios.

Me dices:—"Te reclama tu cruz; camina, que ya te sentarás en otra parte; oculta aquí tu alma; pon aquí tu pié.

„La tristeza es buena consejera; la sombra y el sufrimiento son nuestros amigos.„ Y te sonries cuando yo lloro y cantas cuando yo gimo,

---

Y alumbras tranquilamente con tu antorcha, escalon tras escalon, todos los dolores de la vida por los que se desciende á la tumba.

XXXVI.

Destierro.

Si pudiera ver, pátria mia, tus almendros y tus lilas y pisar tu florida yerba; si pudiera, padre y madre mios, tomar por cabecera de mi lecho la losa de vuestro sepulcro; si pudiera hablar en voz baja á mi hermano Abel y á mi hermano Eugenio; si pudiera ¡oh blanca paloma, que huiste rápidamente del mundo! arrodillarme ante tu fosa, hácia la estrella solitaria levantaria los brazos y besaria la tierra que os cubre.

XXXVII.

Alma mia, buscando el azur se extravia tu vuelo. Permanezcamos cumpliendo el deber, que el deber es la vida. Volvamos á entrar en la morada de los hombres y á arrastrar la cadena de los cautivos, y en ese encierro sombrío vuel-

ve á ser la sirvienta de la sombra, ¡tú que eres hija de los rayos celestes!

Continuemos dedicándonos á la tarea de las sagradas emancipaciones; desempeñemos la funcion divina del sufrimiento; entreguemos nuestros labios á la esponja empapada en hiel; prosigamos la austera lucha; volvamos á la tierra para regresar al cielo.

XXXVIII.

Mientras el amor llore, el ódio ria, el mal reine, el dogma yerre, el altar engañe, Neron proscriba y Jesús se desangre;

Mientras existan los reyes, mientras haya iglesias ateas, cárceles horribles, pueblos que arrastren cadenas, Prometeos roidos por buitres;

Mientras conozca, poseyendo como poseo un corazon en el que nada mutila el deber, que una estrofa irritada pueda ser útil,

---

Combatiré! Comprendo que seria un cobarde si obrara de otra manera, y ni el martirio conseguirá separarme de mi deber.

Debo cumplirlo al ver tantas naciones que lloran esclavizadas, al ver tantos tiranos que absuelven los sacerdotes, pero que no absuelve Dios,

---

Al ver tantos crímenes, al ver tantas calamidades, tan funestos combates, tantas cabezas altivas y tantos corazones indignos.

Francia, mientras se necesite que algun fulgor alumbre el temible arrecife, permaneceré fiel á la justa cólera que encienden en mí las iniquidades.

Diré sin descanso, repetiré sin tregua la verdad, y seré en la espuma que lanzan las olas á la oscura playa un fulgor.

Seré un fantasma, un juez; mi voz triste y severa será el eco del terrible clarin que derribó los muros de Jericó.

No abandonaré nunca, Francia querida y engañada, mi tribunal; antes que mi voz calle, trágico Isaías, Juvenal,

---

Dante, visionario Ezequiel, digno Aubigné, antes que mi voz se calle, enronquecerá el trueno y callará.

2 Diciembre.

XXXIX.

De noche, mientras los pescadores están en el mar.

Vagas visiones aparecen en el deslucido firmamento; nubes repugnantes penden de la techumbre del infinito; los astros se han eclipsado; parece que acechándolos una mano traidora, tiende lazos en la oscuridad para prender en ellos las estrellas.

El árbol se retuerce en la costa; el oleaje se encarniza contra el arrecife; triste clamor advierte al hombre los estragos que vá á causar la tempestad; la espuma rueda como una avalancha; la ola furiosa y blanca brilla como un yatagán; la tierra solloza y sufre, entregada á los besos del abismo y á la violacion del huracán.

La fúria del mar causa espanto; el cielo está despavorido; parece que la naturaleza viva se haya convertido en un sueño y desaparezca; todo adquiere el aspecto y la forma de horrible y enorme esbozo ó de un sueño de destruccion; las tinieblas, convertidas en ruinas, llenan con sus bloques sombríos el antro inmenso de la noche.

¿No es verdad, Dios justiciero, Dios que creaste el arca y el puente, que todo naufragio es un crímen, del que alguno es responsable? Si falta una sola cabeza, tú castigarás á la tempestad; tú sabes, tú que nos defiendes y que conoces todas las guaridas, el número de todos los padres y el nombre de todos los hijos.

XL.

Duo.

Estando sentado en un ribazo inmediato á un cementerio, solo en aquel campo y perdido entre un sinnúmero de oscuros cipreses, entre las malezas y las zarzas que retorcian sus enfermizos sar-

mientos, oí una risa tan franca y tan sonora, que me hizo volver la cabeza. Reíanse de aquel modo dos amantes que regresaban de una fiesta y que charlando volvian á su aldea, pareja enamorada y feliz. El era hermoso, ella hechicera y pura: en aquella sombría decoracion parecia que el amante era el mes de Abril que daba el brazo á la aurora, y yo, que representaba el destierro, al verlos, saludé en ellos al amor. ¡Gozad, amantes, del éxtasis, de la esperanza y de la vida! Así una noche por un bosque se dirigia á Florencia el jóven Dante acompañando á su hermosa Beatriz: Dante la contemplaba enamorado y feliz; de repente ella le dijo:—"Creo que moriré pronto.„ El Dante se extremeció, y su imaginacion le hizo ver el infierno, la bóveda ardiente, la noche, el llanto, el sufrimiento, los siete círculos abiertos, y al dia siguiente compuso los primeros versos del poema que llena el insondado dolor; que jamás ninguna idea se niega á acudir al soñador. Por el cerebro del poeta, pájaros sombríos pasan revoloteando, y dice á la gigantesca águila:—"Ave terrible, penetra en mí, que en mi diámetro cabe toda la extension de tus alas.„

XLI.

Lo que pienso por la noche.

La sombra que hay en el mundo menos transparente es el alma. El hombre es el enigma extraño y triste para la mujer, y la mujer es la esfinge para el hombre. Es una sombría ley que nadie conozca mi abismo más que yo; y aun yo mismo, ¿puedo penetrar hasta su fondo? Mi abismo es siniestro, sobre todo por su lado sublime; la hidra está en él, apoderándose de mi alma y mordiéndola.

El hombre que es más parecido al antiguo Hércules, cuya estatura iguala á los acontecimientos, que doma á la fortuna con sus férreos puños y produce al destino el efecto de un gladiador, ese hombre, cuando encuentra una mujer, desea agradarla, cae á sus plantas de rodillas, adora y tiembla, y el vencedor del destino es vencido siempre por su propio corazon.

Todo nos fascina y nos engaña! El hogar es negro, la pátria es ingrata. Sacerdote, piensa en Jesús; juez, piensa en Sócrates. El hombre hace justicia lo mismo que juega á los dados. Cuando sucesivamente y unos detrás de otros los hombres, hojeando el mismo libro, vuelven todas las páginas, mueren. ¿Qué son, pues, vuestros areópagos, concilios, senados, cónclaves y divanes? El poeta aparece entre los vivientes, y al verse apedreado, huye de la tierra fatal, dejando detrás de él, como pálida huella, la eterna belleza de sus versos misteriosos. El hombre que le insulta, luego le eleva á la categoría de los dioses. Nace despues otro espíritu, y el hombre sigue obrando con él del mismo modo. Es ciego, cuando no es demente. El cielo espléndido se vé oscurecido por la negrura de la suerte; entramos en la vida llorando y salimos de ella desnudos, helados, goteando, como el que sale de una tormenta. El niño solloza y el hombre se lamenta; ignorar es llorar y saber es gemir.

Todo esto me asalta á la imaginacion, por la noche, cuando no puedo conciliar el sueño, cuando el viento me parece una voz que atestigua, cuando oigo los pasos de alguno que se aleja.

XLII.

Cuando Esquilo disputa Prometeo al buitre; cuando Juvenal defiende á Roma, arrojada á los tigres; cuando el Dante mete en el infierno á los tiranos que persigue, se parecen esos hombres á las antiguas euménides, y sus fisonomías, que fulgor lívido ilumina, parecen carátulas de bronce que hablan de noche.

Son tan terribles que nos hacen extremecer; en sus profundos cerebros los pensamientos se yerguen y silban, mordiendo al crímen afortunado y á los mónstruos rampantes, y ciñen á esos augustos poetas espantosas diademas, que parecen, ceñidas en sus sienes, cabelleras de serpientes.

Serpientes misteriosas de las antiguas Minervas, ó dragones semi-dioses, ó górgonas proféticas, que confunden los clamores humanos con sus silbidos; vuestros anatemas son sublimes lecciones, y fuísteis á la vez, para el tiempo y para el crímen, serena sabiduría y terrible castigo.

XLIII.

El miserable monton de sueños y de vanidades humanas, al primer viento que sopla en las llanuras se dispersa y se desvanece. ¡Poder, amor, dolor, orgullo, voluptuosidad, cólera; todo esto se confunde y se desvanece como el humo! ¿Para qué manifestar tantos deseos, tanto ardor, tantos arrebatos, si hemos de llegar pronto á caer en profundo abatimiento? ¿Por qué mover tanto ruido y alimentar tan insensatas esperanzas? Cualquiera creeria, al veros rugir soliviantados por terribles pasiones, al veros llenos de furor y de ambicion, al veros arder en deseos insensatos, que sois de bronce, y sois de cera.

XLIV.

La cima está desierta; es oscura, es inclemente; la rodean por todas partes rocas y escarpaduras; á su alrededor el horizonte está solitario; en ella el invierno es frio y eterno, y sin embargo, Señor, encuentro huellas de piés desnudos, que me prueban que han venido aquí otros antes que yo. Se ven aquí argollas y cadenas como en una cárcel. Estaba yo en la falda de ese monte, fijando la vista en la citada cima, cuando dos séres pasaron; tan relumbrantes eran sus miradas, que me pareció que esos dos desconocidos, que irradiaban claridad al través de los velos que les cubrian, tenian en vez de ojos dos estrellas: uno de ellos personificaba á la candidez; el otro era altivo. Caminaban los dos por la misma senda; el uno murmuraba:—"Cree„, y el otro decia:—"Piensa„. En la frente de uno se leia esta palabra: "Conciencia„, y en la frente del otro esta otra palabra: "Verdad„. Me quedé contemplándolos, pues su hermosura me conmovió. Entonces los dos severos caminantes me hicieron una señal para que me acercara á ellos; me parecieron un águila y un cisne; los seguí, y me guiaron hasta la cima, dejándome solo en lo más alto de la montaña.

XLV.

Sí; la tierra fatal y el cielo necesario dejan en mí su huella; nada desdeña ni se burla de mi miseria, y aunque no soy más que un puñado de polvo y de ceniza, cuando el rayo de luz me vé, consiente en descender y en penetrar en mi corazon.

Poseo la confianza áspera y triste de los apóstoles, y por eso los hombres hablan de mí confusamente; soy un mortal lleno de errores como Adan, lleno de faltas como Eva, que el infierno procura hundir en la tierra, pero que la altiva imaginacion encadena al firmamento.

La impura forma humana, incompleta, la materia, no impide que el cielo haga descender sus rayos hasta el abismo donde estoy sumido; cerca de la materia que se arrastra, el astro hace reflejar su claridad en el fondo de mi corazon.

Hay algunos momentos en los que el horrible mónstruo, por la sombra que le vela, pasa, y consigue al pasar que se eclipse la estrella que se refleja en mi cloaca; pero despues el astro reaparece. ¡Bendito sea Dios, que trueca el agua cenagosa del hombre en celestial espejo!

Azur, noche, vuestros vientos me han hablado, vuestras soledades me han hecho participar de sus rumores y de sus inquietudes; cielo, cuando extiendes tus brumas ó tus claridades, vibro, como si me atravesase una fibra de la creacion;

Como si todos los hilos invisibles del sér se cruzasen en mi seno, en el que penetra el universo; como si en mí, durante unos instantes, el sombrío eje infinito que pasa por Dios mismo temblase confusamente.

De tal modo, que soy el amante de la naturaleza, que la creacion me llena, siendo una infeliz criatura, que Dios circula en mi sangre; de tal modo, que el zenit se derrama en mi cerebro y que el nadir toca mis piés extremecidos.

En su oscuridad mi alma repite el inmenso diapason; me hacen temblar el huracán y la clemencia, como si yo fuese un salterio vivo, y en mi lira, que conmueve el espíritu de los Zoroastros, cayeron en otro tiempo las siete notas de los siete astros del Septentrion.

XLVI.

Epístola.

¿Acaso en este mes ha muerto alguno de mis mejores amigos sin yo saberlo? ¿Acaso, por casualidad, en la verde colina se abrió la fosa de alguna madre ó de algun niño? ¿Por qué me compadeces hoy más que ayer?

En otro tiempo me asaltaron infortunios, que lloré amargamente; las lágrimas que se vierten ante el sepulcro son lágrimas sagradas, y yo he vertido mucho llanto ante queridos féretros, y está seco el manantial de mis lágrimas.

¿Qué me sucede hoy que me compadeces más? Sabes que hace mucho tiempo estoy viviendo en el destierro; ¿por qué me escribes preguntándome ahora: "Desventurado, puedes soportar las pesadas horas del destierro?„

Vivo tranquilo y nada tengo que decir á las almas sordas. ¿El destierro es acaso una carga que no puedo soportar? El viento sopla sobre el hombre y sobre la gota de agua; dejemos que sople el viento. ¿Qué importa que yo sufra, siendo como soy un átomo que el azar arrastró al abismo? Otros han sufrido más y valian más que yo. Estoy tranquilo.

Vivir errante y rechazado, vivir fuera de la ley, en el aislamiento, en tierra extranjera, todo esto no vale la pena de fruncir el entrecejo. ¿Crees tú que voy á gimotear por estar desterrado? Me dices: "Estarás muy mal en la fria Inglaterra.„ Y yo te contesto: "¡Saludo á esta austera playa! ¡Saludo á Lóndres, en el que cuando Milton habla, Cromwell responde!„ Me preguntas, además, cómo son estos extranjeros. Pues son extranjeros. Tienen sus inquietudes, sus cóleras, sus intereses y sus costumbres; son ejemplares del hombre Adan, copiados unos de otros. Dios hizo hermanos á todos los hombres, pero los hombres han arreglado el mundo como les ha parecido; su fraternidad termina á la otra parte de un rio; al atravesar un brazo de mar, al pasar de un camino á otro, salimos del género humano y nos convertimos en extranjeros. La muchedumbre á nuestro alrededor vá, viene, fluye, hace sus negocios. A su advenimiento la idea fué mal comprendida; sube á su calvario y camina lentamente, y no sé por qué esos hombres han de ser diferentes de los que vió Sócrates y de los que vieron los apóstoles.

Proscriptos amigos mios, que me rodeais, permanezcamos estando serenos como los Thraseas y como los Catones, y tengamos paciencia para sufrir al hombre. Verdaderamente los hijos de este pais son sencillos, y nosotros somos transeuntes y ellos son los habitantes. Desde Arístides hasta nuestros dias, en todas las épocas el proscripto fué para la multitud un enigma; no nos escupe todavía, pues no nos quejemos.

Me preguntas tambien: "En esos sitios en los que te buscamos, tú que eres el soñador olvidadizo, qué haces?„ Veo á Dios. Me paseo por la playa; de noche escribo versos, de dia sueño. Leo con frecuencia á los antiguos luchadores que se llaman Dante, Agrippa, Montluc. Cuando dan las doce de la noche en el reloj del campanario de San Lucas, medito. Así pasan mis dias. Sentado á la orilla del mar, contemplo el movimiento contínuo de las olas, que saltan tumultuosamente noche y dia, sin hacer altos, sin descansar; y el mar y yo nos contemplamos los dos; yo soñador, él enorme; él esperando que yo llore y yo esperando que él se duerma.

Jersey 19 Setiembre 1854.

XLVII.

Paseos por entre las rocas.

PRIMER PASEO.

Un torbellino de espuma aparece en el centro de la bahía, formado por las secretas y profundas hendiduras, y se mece suavemente sobre el oleaje, como un tazon inmenso de alabastro en medio de las negras olas.

Señor, ¿qué es lo que haceis con esa urna de nieve? ¿Qué derramais en ella desde que aparece la luz del dia y qué sale de ella durante la noche? En vano la sitian, lanzando contra ella, el mar las



SOBRE LA PIEDRA DE UN MONTE, UN VIEJO ESTABA SENTADO.

olas, las nubes la bruma y el huracán el ruido.

El pescador se la explica diciendo:—"Conducidos por una ola bendita llegan allí los niños pequeños que mueren todas las noches de Navidad; van allí á limpiar las alas, que el aliento vital ensucia, para convertirse en ángeles y volar al cielo.„

Pero yo digo:—"Dios puso allí esa copa tan pura, tan blanca, á pesar de las olas y de las rocas sucias, para que representase en el seno del mar la figura del justo en medio de los perversos.„

SEGUNDO PÀSEO.

En el mar está la espuma y en tierra la arena. El oro se confunde con la plata en los matices variados de las olas. Oigo el rumor que sale del éter infranqueable, rumor inmenso y lejano, que entrecorta el silencio.

Un niño está cantando á la orilla del mar, que murmura. Nada es grande ni pequeño. Tendísteis vos, Dios mio, sobre la creacion y sobre la criatura los mismos astros luminosos y el mismo cielo azul.

Nuestra suerte es miserable, pero nuestras ilusiones son hermosas. El espíritu se apodera del cuerpo y lo eleva á la claridad suprema. El hombre es un átomo que vuela con dos alas grandes, con la del pensamiento y con la del amor.

Todo es severo y majestuoso en la naturaleza. Las velas entran en el puerto; las aves entran en los nidos; todo vá á descansar, y oigo en el espacio palpitar vagamente besos infinitos.

El viento dobla los juncos que crecen junto á las rocas y se lleva la voz del niño que está cantando; pero nada importa que encorve los tallos de la yerba, ni que disipe los sonidos de la cancion.

Aquí todo mece y tranquiliza y acaricia. Aquí desaparece toda sombra del corazon. Aquí se disipan las inquietudes amargas. La inefable paz asciende y desciende contínuamente desde el azul profundo del alma hasta el azul profundo del mar.

TERCER PASEO.

Declinaba el sol; la noche, que con rapidez le sigue, oscurecia el horizonte, y en un peñasco, un anciano, que le restaban pocos dias que vivir, estaba sentado, mirando hácia el sol poniente.

Era un pastor viejo, que años atrás vagaba por las montañas, cuando era jóven y pobre, pero libre y feliz; y á la hora en que los velos negros de la noche cubrian valles y montes, alegremente hacia sonar su flauta en los bosques.

Ahora es rico y viejo; recuerda con delicia su pasado; es el abuelo de numerosa familia, y mientras sus rebaños regresaban á los rediles, olvidándose del mundo, estaba contemplando el cielo.

El dia que vá á terminar equivale al dia que empieza. El anciano pastor se extasiaba contemplando el celeste azur, y ante él se prolongaba inmensamente el Océano, como la esperanza del justo á las puertas del sepulcro.

Momentos solemnes! Las montañas, el mar, los vientos apagaban sus murmullos y guardaban silencio. El anciano contemplaba cómo el sol se hundia en el ocaso, y el sol contemplaba al anciano, que iba entrando en el ocaso de la vida.

CUARTO PASEO.

Dios mio! ¡Qué hermosos son los montes! Qué magnífico es el mar! ¡Qué admirable es la claridad del cielo! ¡Qué me importa que sea corto el número de los dias de mi vida, si toco el infinito, si veo la eternidad!

¡Tempestades y pasiones, calmad y huid de mi corazon! Paréceme que nunca me he encontrado tan cerca de Dios. La luz rojiza del sol poniente me mira, el vasto mar me habla, y me parece que soy un sér sagrado.

¡Bendito sea el que me ama y bendito sea el que me ódia! Quiero al amor y al

espíritu consagrar los instantes de mi vida. Loco es el que persigue la gloria, el que se ciega en los problemas; yo no quiero más que amar, que la vida es muy corta.

La estrella sale de las olas, en las que el sol se anega; el nido canta; el oleaje á mis piés retumba. El sol despliega todos sus esplendores. Dios mio, ¡qué grande es el alma y el hombre qué pequeño!

Todos los objetos creados, la luz que brilla, el mar que tiembla, solo saben á medias el nombre del Todopoderoso; lanzan con vaguedad sonidos, que yo recojo; cada uno dice su sílaba y yo pronuncio la palabra.

¡Mi voz se eleva hasta el cielo, como la tuya al abismo! ¡Mar, sueño como tú; montañas, rezo como vosotras! La naturaleza es el incienso puro, sublime y eterno, y yo soy el incensario inteligente y cariñoso.

XLVIII.

A J. de S., labrador de Ivetot.

I.

Rey de Ivetot, compañero mio, te deseo buen tiempo para que favorezca tus cosechas, y te saludo como Racan saludaba á Benserade y Ariosto á Bembo.

En tu casa se cena en familia; te complace tu estado mediocre; en él la santa alegría es el platillo de la taza donde tomas la leche.

Nos predican para que estemos tristes. Sanchez entabla un proceso verbal porque la loca Lutecia se presenta descotada en el baile.

Nos abruman con muchos sermones, monótonos y fúnebres; pero tú estás allá abajo, escondido en un rincon, y felizmente no oyes nada de esto.

La intolerancia domina á los reyes, que nos atormentan con su derecho divino, mientras que el Abril hace florecer los almendros en tus campos.

II.

¿Aumenta acaso nuestro oscurantismo? ¿La razon del hombre es tan menguada, que se entrega á los clérigos que entonan al Dios justo un himno que le ultraja?

Es preciso ser de muy buena pasta para creerse que los reyes son sagrados y que Dios se apresura á ayudarles en cuanto oye que le llaman.

Para creer que Dios, abandonando sus asuntos, la direccion del cielo y del abismo y la conduccion de las esferas, exclame:—"Diantre! Tiberio está en peligro!„

Es preciso ser muy necio ó muy ignorante, para creer, despues de oir un sermon insípido, que Dios es un ballestero, que está de pié detrás de Cárlos IX.

Es necesario ser muy ineptos para creerse que es verdad que el elemento y el astro distinguen en la tierra á Luis XV.

Es menester ser muy cándidos para creer que á Dios le gusta castigar, y que Iblis, esa grande alma negra, ayudada por un árbol frutal,

---

Inventó la plaza de la Grève, los pedantes, el Código civil, y que Adan mordió despues de Eva una manzana camuesa.

Cuando se puede creer en los lirios, en las rosas y en la aurora, es pueril creer en cien romances tristes, mal traducidos del griego y del latin.

Se necesita ser un asno para creer que habrá sido castigado Diderot y condenado Kant; para admitir

---

Que Dios, en su gloria, se ocupa sin levantar mano, ayer, hoy y mañana, en formar el proceso á la desgraciada humanidad,

---

Y que le complacen y le halagan los aullidos que en el infierno lanzan los malditos castigados, y que le regocija

que sus lamentos entrecorten los cantos del paraiso.

III.

Hace seis mil años que inventan, suponen, engañan y asustan, á pesar de la claridad pura que destella el firmamento.

Del cielo falso que cuelgan sobre nosotros hacen llover multitud de quimeras; la mentira tiene la barba blanca; el hombre es niño y el cuento es viejo.

La ley llega á convertirse en geroglífico; á la luz hacen suceder la sombra; Moisés produce á Caifás, Jesucristo engendra á Torquemada.

La nada sirve muchas veces al hombre de alimento; la nada hace que un mundo se ponga de rodillas. El templo es un sitio terrible, en el que los sábios engendran locos.

Las religiones son abismos; en su superficie aparece el monte del error, luego grandes lagos de azufre, despues la sombra, y en su fondo Dios.

No; no es por el ayuno, no es por el cilicio ni por extender los brazos en cruz por lo que Jacobo es bueno, por lo que Inés es jóven y por lo que la alondra canta.

El diablo y su fuelle de fragua se desvanecen en seguida, en cuanto oigo cantar al pitirrojo en tus campos labrados de Ivetot.

El Bairam (1) y la Cuaresma, los dos tienen el mismo ideal; esto es, que la mujer esté flaca, que el hombre esté pálido, que el cielo sea terrible y Dios repugnante.

Deseo sacar conclusiones más dignas. Todos esos Koranes no hacen otra cosa verdaderamente más que abrir una hendidura en el cerebro de la humanidad.

Ante esos temibles dogmas, que hacen el cielo difícil y el infierno fácil, adopto el partido de dudar, de llenar la copa y de beber con los amigos.

IV.

El Carnaval no es un crímen; siempre le será imposible á mi espíritu creer que caemos en el abismo eterno por los escotillones del teatro de la Opera.

Es poco probable que Dios se incomode porque estemos alegres, y yo estoy seguro que cuando nos encendemos en la llama del amor, él se sonrie desde su gloria.

A pesar de mi ignorancia, no puedo comprender que estar alegres signifique ser ingratos, y que el *Dies iræ* tenga por mascarilla el martes de Carnestolendas.

V.

Esos errores, esas nubes siempre fijas, oscurecen la tierra y consiguen que el alma humana aparezca miserable ante la profundidad del cielo.

Esos Vedas, esas metempsicosis embrutecen al hombre aterido; es preferible contemplar la hermosura de los campos y la danza de las antorchas.

Cuando el obispo me condena por comer una tajada de jamon, yo amo más á Juana, que es la prueba viviente de que Dios es bueno.

Prefiero meditar á la sombra de los sauces, que leer las Encíclicas del arzobispo primado de las Galias contra las pollas cebadas del Mans.

Me repugnan los antiguos y tristes dogmas, y deseo, haciendo á un mismo tiempo dos esfuerzos iguales, sacar el arte de las manos de los puristas y á Dios de las garras de los devotos hipócritas.

Aborrezco á los Césares y á las Romas; consiste mi sabiduría, en estos tiempos burlones, en tener cariño á los hombres y compasion á las flores.

---

(1) *Bairam*, fiesta anual que celebran los musulmanes al terminar su *Ramadam*, ó sea su Cuaresma, y que está indicada en el almanaque turco.—(N. del T.)

Daria diez reyes de Francia y veinte sultanes de Dahomey por librar á un pobre de un sufrimiento, por poder disipar una nube en el mes de Mayo.

VI.

Todos los hombres, cuando son niños, se ven esclavizados por las mentiras triunfantes, y en ellas me sentí yo preso cuando llegué á la adolescencia.

Hombres que creian que la ignorancia era el órden, tuvieron buen cuidado de atar con cadenas mi pensamiento.

Cada eslabon de esa cadena lo forjó la autoridad, el sufrimiento, el enigma, el antiguo ódio y el antiguo orgullo.

El miedo, textos terribles, anatemas, todos los Koranes y todas las Biblias confundidos, componian el hierro de esa cadena.

Esa cadena, sobre el niño como sobre el cordero, pesa y nos aprieta; pero mi alma se burla de su poder, porque es espíritu y pasa al través de los eslabones.

XLIX.

Oh reyes! cuyos reinos veo allá bajo, en el fondo de un abismo que oscurece el humo de la pólvora quemada, ignoro cuántos años Dios os concede la vida; pero sí que sé que Dios misericordioso me concede un escondido rincon de tierra, en el que florecen las rosas. El vasto mar conoce mi isla y la sonrie, murmurando á sus piés cariñoso epitalamio. No conozco calmante tan eficáz para la intranquilidad del corazon como esta inmensa soledad, en la que cultivo flores. Los frescos céfiros del mes de Mayo cuchichean en mis oidos los hermosos versos de Virgilio; la primavera no admite nada que la desaparée; expulsa la nieve y el granizo y hace huir el invierno con la alegre cólera del niño que tiene gran poder; la aurora y la juventud conservan el equilibrio; en todas partes suena y sonrie la gran leccion libre del amor que cada uno dá y que cada uno recibe; nadie puede sustraerse á esta ley divina; la jóven señala al hombre jóven el musgo, el pajarillo vé cómo brota la hoja alrededor del débil nido que la encina proteje, la mariposa enseña al lirio la voluptuosidad, y yo ódio el viento mortal que hincha ¡oh reyes! vuestras banderas.

L.

Me codeé con los reyes, con los grandes, con los locos, con los sábios, con Judas, con César, con Job, con Thersites, y me dejaron despavorido los hombres que ví pasar.

Sufrí al insultador que apedrea la tumba y que se burla del destierro, pues sobre nosotros los proscriptos el trueno augusto cae convertido en salivazo vil.

Busqué la desgracia como el cazador busca al tigre. Mi fruto alimentó un gusano. Soy la golondrina extraña, que emigra buscando el invierno.

Siempre seré vencido, porque profeso la máxima de estar con los caidos, cuando éstos en su dia fueron vencedores y abusaron; yo mismo les dije:—"Basta!„

Creo que he contribuido á que se realizasen adelantos necesarios, y no tengo de qué arrepentirme: el hombre justo está satisfecho de haberse sacrificado en aras del progreso.

Sin embargo, no podeis impedir que se entristezca mi fantasía, que esté cansado de la suerte algunos instantes y de la sombra que deja en el corazon la falacia de tantos acontecimientos.

El destino me arrojó de una tempestad en otra, de un arrecife en otro; pero jamás mi corazon, que goteaba sangre, me hizo inclinar la frente.

Luchando sufrí todas las angustias y todos los ódios, las siniestras maravillas de distintos abismos, jamás á todos los vientos se dispersó tanto el alma de ningun hombre.

Soy casi un profeta, soy casi un apóstol; impertérrito cumplo mi mision sin desmayar nunca; pero la suerte funesta que me cupo no se la deseo á nadie.

LI.

Fulgor rojizo en el zenit.

No creeis en la realidad del porvenir porque está lejos todavía; no creeis en él los que sois reyes, príncipes, papas y sultanes, y que imponeis vuestro cetro al mundo, sujetando al hombre con el dogma, con el sable ó con las tinieblas; vosotros, que os creeis grandes y nos creeis pequeños, contemplad ese fulgor, que debe advertiros que la humanidad dejará de ser humillado rebaño y que ese fulgor rojizo es el porvenir que se acerca. Para tranquilizaros os dicen que eso es una utopia, pero os engañan; podeis estar prevenidos y temerla. Disponeis en la tierra de tronos, de cañones, de horcas y de espadas; pero nosotros contamos con esa claridad que aparece en las alturas, que es nuestro pensamiento; contamos con ese rayo que se llama ideal; nos sonrie lo que en otro tiempo sonreia á los esclavos, á los negros, á los judíos y á los hugonotes; la esperanza. Llegará el dia en que dispongamos del gran edén libre con sus pensamientos grandiosos, del radiante porvenir para todos, que enrojecerá vuestro cielo, reyes, y que dorará el nuestro. Conseguiremos ese porvenir, le hemos conseguido ya, porque es gozar de él divisar, ver claro el soberbio prodigio. Vosotros le distinguireis tambien si levantais la vista hasta el cielo. No porque hoy esté confuso deja de ser verdadero. Ese turbio fulgor que flota, reyes, debe asustaros. En las cámaras de su palacio los señores hablan de él en voz baja á los cortesanos; los cortesanos le temen, pero aparentan riendo no creer en él. Aunque proscribais, aunque condeneis á muerte, no por eso dejará de venir. Camina, está lejos todavía, pero indudablemente llegará. Ese ideal, príncipes, es la realidad. Entre tanto reinad, usurpad provincias, robaos pueblos los unos á los otros; bebed, comed á costa de nosotros los hambrientos; lo sufriremos con paciencia; lanzadnos al destierro y á las cárceles, nada nos importa: que mientras los clarines suenan en vuestros palacios y espadas desnudas custodian vuestros festines, por el zenit brilla y avanza una claridad informe, que es el progreso, que es el esbozo confuso de la vida, que es una lámpara que proyecta su reflejo en vuestros altares, sacerdotes, y en vuestras mesas, príncipes.

LII.

Horror sagrado.

Muchas veces, entre los jarales por los que la égloga hipócrita se vá cantando, de repente he dejado de leer á Teócrito, porque me inquietaba.

Homero hace temblar; en Esquilo se encuentra un abismo; algunas veces deseo huir cuando veo pasar á Circe ó á Aquiles cogido por la cabellera.

Las águilas, en las orillas del Ganges y del Caystro, atemorizan; todo lo grande es confusamente siniestro; los himnos griegos,

---

Los psalmos hebreos, la cancion terrible del mago Ezequiel, consiguen ante nuestras miradas fijas que vague errante la imágen de un temible cielo.

El empíreo es abismo: nos sumergimos y permanecemos en él con terror, pues cernerse es temblar; si el azur es celeste, tambien nos causa pavura.

El fondo de lo más bello causa espanto; los valles más floridos hacen algunas veces retroceder asustadas las salvajes alas de los aquilones.

Esos valles ofrecen varios aspectos que observan muchas miradas, y los sábios, que meditan solitarios en los bosques, esperan en su oscuridad ver pasar ojos y voces.

En el sereno poeta se encierra el confuso profeta: Orfeo es incomprensible; contemplando el fulgor misterioso que se compone de luz y sombra,

---

Mirando huir bajo insondable bóveda terribles grifos, Amós, azorado, medita, é Isaías oye murmullos profundos.

Alceo es sideral, Lucrecio es temible, Job entrevé el Espíritu; la esfinge se inclina algunas veces sobre la mesa, en la que Dante escribe.

Al través de Talía, que se rie y que se burla, se oye gruñir á Plauto, y Píndaro, levantando los ojos, vé que Tisifone le contempla.

Por eso se encuentran bellezas tan deformes en sus obras, y sus deliciosos y tranquilos versos de repente se retuercen como culebras.

Hay ciertos momentos en que las tiernas flores del bosque tienen miedo y que la frente blanca de las metáforas se oscurece súbitamente;

Es porque Horacio ó Virgilio han visto de pronto levantarse ante ellos un negro espectro; es que de lejos, por detrás de Amarilis, Electra acaba de pasar.

En vano la naturaleza se llena de flores y de afectos cariñosos; en vano los poetas nos lanzan sus claridades, porque oimos que hablan voces sombrías en Delfos, en los Propyleos y en Endor; que la noche confunde siempre sus medusas con sus brillantes astros.

LIII.

I.

El alma humana se siente impulsada en todos los sentidos. En el extraño bosque que llamamos pensamiento hay de todo. El Sinaí no excluye al Cyteron. La suave flauta alterna con el bélico clarin; el figle contesta á la lira; la Vesta que aquí está oculta, es allí la Vénus pública; el bosque tallado admite á los impudentes faunos, y que encierre el antro al mago grave y austero, no impide que las ninfas estén desnudas: el pensamiento es un lugar de caminos desconocidos, de la duda, en el que los investigadores han hecho lo que han podido, porque á cada instante pierden su vago itinerario. Caminar siempre adelante es el único consejo que dá al soñador esa sombría y fatal Dodona. Todo es realidad y todo es vision; pero seguid adelante.

II.

Lo mismo sucede en la creacion. Nada hay en ella que no sea transitorio, ensayo, bruma, aventura y sueño, que la vida tiene por alimento la muerte. Es una decoracion cuyos bastidores están pintados por las dos partes; aquí presenta la cara y allá la careta. Todo habla en ella; los pinos, las encinas, los torrentes, los escollos, que bate sin cesar la marea. Nada miente; nada en ella se equivoca, ni lanza una nota falsa, ni un grito perdido. Ninguna voz dice una cosa por otra. El viento sabe lo que se dice, lo mismo que el apóstol; la estrella dialoga con la aurora, y cuando abre la atmósfera la desgarradura enorme del relámpago, la tempestad profunda murmura confusamente el verbo que en tiempos antiguos los poetas pronunciaron, y del que salió, como eco del tenebroso templo, el himno griego y el hosanna hebreo. La salvaje inmensidad no está siempre contenta, y se oye en su parte baja confuso gruñido. El mal, ese gran blasfemo, se enlaza con el bien, y todo eso es la vida. En todo puede verse el lazo que ata la noche con el dia; el prodigio divino rueda en esos tumultos, confundiendo nuestras leyes, nuestras creencias y nuestros cultos; para hacer avanzar la justicia y probar el derecho y el progreso, los desastres intervienen casi tanto como las victorias; el misterio profundo de dos voces contradictorias se nos presenta siempre, y el infierno dá la razon al paraiso desde un extremo al otro del siniestro horizonte. El sarcasmo afirma, maldecir es creer, y el silbido es un ruido que atestigua la gloria.

III.

Todo eso compone la armonía. Adoremos y meditemos. El viento huye. Contemplemos cómo entra en lo invisible ese dardo lanzado al eterno blanco; el árbol brota; observemos cómo crece; observemos las olas, los soplos y los rayos, sondeemos por todas partes á la vez el misterio. Nuestra raza, desde que pobló la tierra, trabaja, y solo sabe lo que el hombre aprendió en esas dispersiones soberbias del espíritu.

Hay motivo para contemplar incesantemente ese cielo sin orgullo, ese abismo sin bajeza, esa guerra de la que nace la paz, esos grandes reflujos de los elementos que se ofrecen unos á otros lo supérfluo y que mezclan en sus bordes sus terribles Océanos. La unanimidad sale de todos los objetos de la naturaleza, y es magnífico este acorde de los contrarios que pronuncian la misma palabra sublime.

Sombría unidad! La ley que rige á las cosas rige á los hombres. Una estacion solo sirve para hacer llegar á la otra; retrocediendo el Ayer, hace avanzar al Mañana. El espíritu humano encierra el mismo pensamiento oscuro que la naturaleza; tiene como ella una abertura en el infinito, pero el obstáculo existe en la sombra, y nosotros distinguimos en ella una puerta que nadie puede hacer girar sobre sus goznes; esta puerta es la de lo desconocido. El espíritu del hombre, en el que todo vibra, vá á llamar á ella con sus alas; comprendemos que está en el fondo del abismo y que es de un bronce misterioso; comprendemos que alguno habla detrás de esa puerta; de lo que esa voz dice, de las palabras que hasta nosotros trae el viento, de las que nos apoderamos, nacen todas nuestras esperanzas y nuestros temores. Esas son las palabras que llegan hasta el hombre al través de los soñadores de Judea y de Roma, á través de Jeremías y de Lucrecio, á través de ese tumulto tempestuoso de estrofas y de versos que llega hasta el cielo sombrío y sale, como humareda ardiente, de los volcanes que se llaman Job, Moisés, Esquilo y Dante. Esos inspirados, en los que la oscuridad se confunde con la luz, sentian la terrible cólera que nace del inmenso amor.

Sí; los poetas sagrados van á buscar sus pensamientos á las mismas profundidades que los volcanes van á buscar el fuego; Juvenal, roido por la Musa, es un lugar tanto como un hombre, es un monte de ódio, y se acostumbra á la cólera como el Vesubio á la explosion. El génio es un pozo de erupciones; salen gritos de los cráteres como del corazon de los poetas tiernos; la lava canta y salta; el himno se abrasa y sufre; el ardiente profeta lanza clamores como el abismo, y Dios, que nadie vió, pero que todo el mundo presiente, ruge por medio de Isaías tanto como ruge por medio del Etna.

Al plantar la encina de los Estados-Unidos de Europa en el jardin de Hauteville-Housse el 14 de Julio de 1870.

A los proscriptos.

I.

Sembremos lo que es permanente, ya que nosotros somos transeuntes. La suerte es un abismo y sus olas son amargas. Hermanos mios, sembremos hombres á la orilla del destino y encinas á la orilla de los mares.

Nos han enviado proscriptos á vivir en este Calvario; para que nos vean desde lejos nuestros vencedores, hagamos germinar por medio de severos ejemplos corazones semejantes á los nuestros.

Tenemos el deber ¡oh triste naturaleza! de hacer lo posible para que ante nosotros te sonrias y de dejar en estas rocas la grandiosa firma del porvenir y del destierro.

Sabed que nosotros podemos hacer que brote en la tierra la encina triunfal que el universo espera y que tiemble en su verde follaje el pensamiento sonriente.

La materia ama y desea que la conmueva nuestro llamamiento; el globo está bajo la influencia del espíritu, y el verbo humano enseña al sér, y á la onda, y á la savia, y al rio, que le preguntan cuál es su camino.

El hombre, cuando manda á las olas que le conozcan, á los mares que le escuchen á pesar de su rugido, á la tierra que le abra sus entrañas y al tiempo que nazca, es un poderoso mago.

Tengamos fé en ese gérmen! Amigos, él nos reune aquí. Será grande y fuerte, ya que es débil y está desnudo; los desterrados somos como él, y en nuestro interior está latente un mundo vasto y desconocido.

Nos sacudieron de un árbol formidable una noche de invierno, en una de esas horas que nacen para castigar al mundo; nos sacudieron en lo insondable, en el huracán y en el infinito.

Cada uno de nosotros contiene la encina República; cada uno de nosotros contiene la encina Verdad; el oido que se aplique con cariño á nuestras desgracias te oirá brotar en nosotros, Libertad.

Nos arrojas al viento; ¡oh Dios, empiezas por nosotros! Te lo agradezco, porque dispersarnos es bendecirnos. Somos el puñado de semilla plantado en el campo del porvenir.

En él germinaremos, no lo dudeis, hermanos mios; como en esa arena, á la orilla de las olas, crecerá, entre el flujo y el reflujo contrario, el árbol que salga de esta simiente.

II.

Naturaleza, se trata de crear un árbol enorme, movedizo como el presente, poderoso como el mañana, que por sus hojas, por su talla y por su forma crezca como el género humano.

Se trata de construir una encina de innumerables brazos, un árbol gigantesco, que consiga con su tronco nudoso ahuyentar la oscuridad de la tierra y obligarla á desvanecerse en el cielo.

Se trata de edificar la obra colectiva de una encina altiva y augusta, que todos trabajen en ella, el hombre poniendo su pensamiento, el Océano su playa, el astro sus sagrados rayos.

Naturaleza cariñosa, cuya alma es el hogar en el que los proscriptos nos calentamos, y en la que vemos durante la noche flotar los ramajes de los árboles agitados por los vientos;

Confiamos esta encina á tus entrañas. Madre naturaleza, hazla tan gigantesca que se iguale á los antiguos cedros del Hebron, para que en dias más tranquilos, cuando estén los pueblos emancipados, el transeunte que pase la admire como un prodigio.

Playa, en la que se ahogan las voces, te la confiamos; te la confiamos, siniestro Océano; entregamos la encina que adoraron los Orfeos á las olas que amaban los Amfiones.

III.

Vientos, os ocupareis en ese trabajo sublime, vosotros que nunca dejais de soplar, y bañareis con la lluvia amarga del mar la erizada cabellera del árbol.

Le fortificareis con vuestras rudas ráfagas; le acostumbrareis á luchas gigantescas y le hareis bravo acostumbrándole á oir los clamores roncos del Océano.

De ese modo será robusto é invencible y no temerá nada, viviendo en los bordes del infinito; así será sagrado para su vecino el mar; así crecerá, teniendo la oscuridad en sus raices y la luz en los ramajes de su copa.

IV.

Que crezca, que eleve su copa hasta las nubes, que cada dia tenga menos sombra y bañe más claridad á ese árbol, en el que, inclinados, vaciamos nuestros corazones para sembrar en él al hombre futuro.

Que majestuosas brillen las estrellas cerca de sus ramajes, y que bajo sus piés corran las olas; que le conmuevan menos el murmullo de los mundos que las canciones de los marineros.

Que sea el árbol universo, el árbol ciudad, el árbol hombre; y que el pensador, al guarecerse en él un dia, crea oir en su follaje el gran suspiro de Roma y el gran himno de Paris.

Que durante el invierno, su tronco desnudo, como fiero luchador, enseñe sus terribles puños á los huracanes furiosos y sea el terrible atleta de un pugilato misterioso.

Pues el huracán es semejante á la suerte desencadenada; la vida es un guerrero, los vientos son verdugos, y tratan en el mundo al héroe como á la encina y á la encina como al héroe.

Que abrigue con cariño á la flor débil que crece en la arena, que proteja las matas de yerba y la myosotis, y que ante los vientos desencadenados manifieste la bondad con que proteje á los débiles.

Que nada la derribe, que nada la doblegue; que consiga alcanzar interminable vida; que sea una y que sea innumerable, como el pueblo y como Dios.

Entre tanto, espuma, austros, elementos irritados, conservad el árbol tierno para que crezca; mientras sea pequeño, que solo oiga vuestros murmullos, que cuando sea grande ya oirá vuestros rugidos.

Los tiranos, amontonando los bloques fúnebres de las calamidades, queriendo destruir al hombre ideal, tratan de edificar un fronton de tinieblas en el antiguo edificio del mal.

Con los resultados de las guerras y de las pestes, con los torbellinos que producen los grandes incendios, los reyes han construido el sombrío templo de nuestros sufrimientos y de nuestros dolores.

Nosotros, los vencidos, construimos el monumento de la felicidad. Los siglos reposarán á la sombra de esta gran encina. Crece, árbol; reina, idea; el árbol tendrá vida, porque la idea que representa es eterna.

Sembremos la bellota para que nazca la encina inmensa; sembremos el derecho para que produzca la felicidad y la gloria; sembremos el hombre para que crezca el pueblo; sembremos la Francia para que se convierta en humanidad.

En el campo de nuestro destierro sembremos la esperanza; sembremos la noche lúgubre, que de ella nacerá el dia; del grano oscuro de nuestro sufrimiento, proscriptos, nacerá y crecerá la fraternidad.

El género humano, por fin, subirá á la cumbre del monte; la tierra, al fin, sonreirá al hombre audaz, y será un edén, despues de haber sido una cárcel, este globo, que volará hácia el cielo.



IV.

EL LIBRO ÉPICO.

La Revolucion.

I.

Las estátuas.

El caballero de bronce estaba de pié en la oscuridad. A su alrededor dormia la ciudad de innumerables techos. Destacándose los altos campanarios en el brumoso horizonte, parecian enormes pastores que custodiaban el ganado de las casas; Nuestra Señora elevaba hasta las nubes sus dos torres, y cada una de ellas se asustaba de ver vagamente á su gigantesca hermana en aquella noche sin luna. Cubria el zenit tan denso espesor, que se habian disipado todos los fulgores del abismo; mugia por intervalos bajo las nocturnas bóvedas furioso el viento; las nubes formaban los pliegues de la inmensa cortina negra; cualquiera hubiera podido creer que ya no volveria á renacer el dia con su luminoso faro, y que, pavesa carbonizada, hogar apagado, el sol, se habia extinguido, disipándose en humo; ¡tan densa, tan pesada oscuridad cubria el firmamento! El cielo, para no sé qué espectadores tétricos, abria hasta su fondo el antro inmenso de las tinieblas.

Tranquilo, con la espada en el cinto, cubierto con el arnés de los antiguos caballeros feudales, el caballero de bronce estaba allí de pié, vestido con traje de guerra. Su talla era gigantesca: se sonreia sosteniendo la brida con su negro guantelete; coloso, tranquilo, inmóvil, parecia que petrificaba la noche con su eterno gesto, y casi confundiéndose con la sombra, apenas se distinguia su bronce de la negrura de la noche.

La estátua misteriosa, siempre con las miradas fijas, tiene la inmovilidad siniestra del abismo. Ese lívido caballo, que jamás ha relinchado; ese guerrero mudo, que personifica el supremo silencio; ese zócalo, que domina á los hombres y se eleva tranquilo entre el huracán de los vivientes; ese coloso, que se apodera de la memoria, que parece que

es aun rey tirano y verdugo, es creacion monstruosa de la imaginacion: hasta cuando el sol la precisa y la perfecciona mirándola frente á frente; hasta cuando los transeuntes hormiguean á su alrededor, permanece siendo fúnebre; pero por la noche, la estátua del rey, del emperador ó del verdugo es cuando adquieren todo su terror; entonces es cuando aparecen grandiosas.

Todo lo que la nada contiene de la apoteósis, toda la serenidad que la frente real puede conservar en la cautividad trágica del bronce, todo el horror que puede causar un monumento, toda la vida extraña y pálida que puede quedar á un héroe, cuando la muerte cerró sus ojos al dejar de ser rey para convertirse en Dios, todo se juntaba en ese coloso; y la grandeza de la hora y la grandeza del sitio aumentaban su estatura y su fascinacion, y el Sena huia susurrando tristemente á los piés de la colosal estátua.

Los vientos le lanzaban sus gritos, las aguas sus espumas y los arcos del puente, hundiéndose en la bruma con el aspecto vago del espectro y del caos, se abrian por debajo de la augusta estátua, y eran, sobre las olas del rio, pórticos para ellos y arcos triunfales para ella.

Súbitamente, en medio de aquel silencio, sin poderse saber quién era el que hablaba en aquella calma impenetrable, en la que la profundidad sorda y terrible dormita, por encima del coloso inmóvil y á su oido, abriendo los ojos fijos ante el espacio sepulcral, una voz, que pasó como una ráfaga fria de viento, dijo:—"Anda á ver si tu hijo permanece en su sitio.„

Si alguno á aquella hora vagara por allí caminando por el muelle solitario, cerca de la orilla del mar, á la claridad vacilante del farol que humea, hubiera oido de repente, entre la bruma espesa de Paris, un ruido ronco, como pudiera salir de una enorme panoplia sacudida, se hubiera aterrorizado, se le hubiera quedado la lengua pegada al paladar y se le erizara el cabello, al ver que la estátua terrible del coloso se movia sobre su pedestal.

El rey tiró de la brida y el caballo volvió la cabeza. La tierra se extremeció; largos y sordos movimientos menearon los techos, las iglesias, los campanarios y los pórticos.

Los monstruosos músculos de bronce se agitaron; las ancas del caballo se movieron; el pié que tenia levantado y que dejaba crecer la yerba por las hendiduras de las piedras se bajó; el otro pié, que tenia asegurado con yeso en el arquitrave, se levantó; el coloso inclinó la frente grave; el caballo de batalla, doblando las piernas de metal, se acercó á la orilla del pedestal, y como por la pendiente invisible de un sueño, la estátua, á pasos lentos, descendió del zócalo.

Entonces, aquella desierta callejuela, las tiendas, las casas, los palacios, todas las fronteras que caen al Sena, se asombraron al ver aquel coloso, de cuya cimera ningun huracán habia movido las plumas; oyeron retumbar el piso como si fuera un yunque, y vieron en la sombría espesura de las tinieblas, tieso, impasible y helado, avanzar por las calles, acompañado de un ruido subterráneo y fúnebre, al hombre de metal montado en el caballo de bronce.

¡Es el prodigio del horror ver caminar una estátua! La pesadez de esa sombra deja atónito al empedrado. Se desliza, anda taciturna, con la frente erguida, con la frialdad del cadáver, y su forma inflexible resiste á los embates del furioso viento. Trastorna el siniestro órden nocturno. Despues que pasa, en los helados ataudes se revuelven los esqueletos y preguntan á la noche funesta qué es ese coloso que pasa, y la noche no sabe qué responderles. Si la vista pudiera sumergirse en el reino de la muerte y penetrar en sus misterios, veria que, temblando, los fantasmas huian, evitando encontrarse con el lúgubre desconocido. Era una larva cuyas miradas sostuvo sin palidecer el D. Juan ateo; era un espectro en el que con espanto se mellaria la espada mejor templada y que helaria la mano que se atreviera á tocarle. Representaba los actos de la vida, el amor, la justicia, el derecho, el crímen, la venganza, el orgullo; era la responsabilidad de la figura humana condensada en el granito ó en el bronce.

Cuando la estátua avanzó, las profun-

didades se conmovieron. Creyendo ver venir un rey, las aguas corrientes que pasan por bajo de los puentes, los cementerios, los albañales, los puentes levadizos de los fuertes y de los fosos se pusieron á temblar al ver aquel terrible caminante.

Y como sucede que detrás de cualquier rey que pasa se levanta el negro fantasma de la monarquía, el antiguo Paris, vibrando todo él, produjo un ruido sombrío alrededor del fatal caballero. Ruido que condensaba el grito solemne y salvaje de la antigua miseria y de la antigua esclavitud; era como el aullido de mil años de revuelta, como la voz de los tiempos y de las calamidades; todo el pasado lloraba en aquel clamor triste, lo que desapareció como lo que existia. En aquel salvaje murmullo se oia la metralla, se veian los crímenes y los esplendores del poder triunfante; distinguíanse en él al hombre, á la doncella y al niño; las balas de los asaltos silbaban en las almenas; las cámaras de la tortura atizaban sus calentadores; oíanse gemir las cárceles, los calabozos, San Lázaro y Bicetre; la desesperacion pasaba seguida de sus leprosos; los *Tedeums* cantaban las batallas ganadas; todo resonaba allí, los deliciosos carrousels, el cuádruple galop de los descuartizamientos, el hacha, el tajo, la estaca, el látigo y la cadena, todo el antiguo é infame aparato de los suplicios.

Algunos momentos, como el viento se extingue de repente, ó como el Océano apacigua su reflujo, ese rumor callaba, y solo se oia el paso mesurado del formidable coloso. Pálido horror caia de la inabordable esfera, en la que los densos nubarrones se forman y se deshacen; oleajes de sombra rodaban en el infinito profundo.

El hombre de bronce torció por la plaza de la Delfina, despues siguió la orilla estrecha del rio, que confina por el Sur con la antigua morada de los caballeros del *guet* (1), por el Norte con la gran Cámara á la que Nesmond legó sus trajes y su retrato, pintado por Primatice; costeó las torres del palacio de Justicia, pasó el puente de los Cambios, atravesó el muelle, pasó por el Hotel-de-Ville y por la plaza de la Grève; atravesó la arcada, donde ahora se levanta un palacio recien construido; dejó detrás de él el pórtico de San Gervasio, se fué por la izquierda, y penetrando en un dédalo de calles, cavernas de los tiempos antiguos, que han desaparecido ya, con lentitud y con gravedad pasó por debajo del pórtico, en el que en otro tiempo una reina, cubierta con el velo, esperaba á Basompierre en una plaza grande, llena de arcos de piedra.

En el centro de la plaza, el follaje de árboles espesos dejaba entrever un fantasma grande y blanco; era un caballero de mármol. Colocado en actitud altiva y austera, sobre su zócalo en el centro de solitaria gradería, coronado de laureles como un César romano, se erguia tranquilo y augusto. En el zócalo estaba esculpida la mano de la Justicia. Sacando el codo y apoyando el puño en la pierna, sostenia en la mano un baston de emperador.

La estátua de bronce se dirigió rectamente á la estátua de mármol, y la que caminaba miró con fijeza á la que triste é inmóvil estaba dormitando á la sombra oscura de los árboles. El hombre de bronce dijo al de mármol:—“Ven á ver si tu hijo está aun en su sitio.„

Como el cazador se despierta al oir el sonido del cuerno de caza, Luis XIII se despertó de su sueño eterno, y el blanco porta-cetro y el negro porta-espada, el pálido César y el altivo rey caballero, bajaron las gradas de la escalinata, atravesaron la plaza, salieron de la verja de hierro, y por encima de los techos les vió el espectro de la Bastilla caminar hácia el Paris vivo, yendo delante el caballero de bronce, tranquilo y con la mano levantada y con el dedo índice tendido para indicar el camino.

No pasaron por bajo el arco de la bóveda; dirigiéndose por el Paso de la Mula, siguiendo los boulevards, subieron hácia la ciudad, que estaba dormida á aquella hora, y los cuatro leones del Chateau-d' Eau, los techos de los antiguos arrabales, la puerta de San Martin y la puerta de San Dionisio, temblando vieron pasar esas dos siluetas severas.

(1) *El guet*, tropas encargadas de la vigilancia de Paris, de orígen antiquísimo; en tiempo de Luis XIV los *chevaliers del guet* constituian una compañía de cien arqueros.—(Nota del T.)

Caminaban sin hablar, hasta que llegaron á una de las encrucijadas de la ciudad. En el centro de ella se erguia otro hombre inmóvil.

Aquel hombre no era un hombre, era un dios. Su frente, acostumbrada á mirar á las alturas, se alzaba con arrogancia; rodeaba su cabeza vago y sombrío sol, que relumbraba lúgubremente; tenia el aspecto soberbio y fatal que el pedestal dá á los muertos é inspiraba el horror sagrado que el vencedor inspira, cuando siendo rey que destruye, ese rey encierra un dios que crea. Era un rey de bronce lo mismo que el primero; no llevaba brazales, ni loriga, ni cimera; era hermoso como Apolo y estaba desnudo como Hércules; se encorvaban en la oscuridad los cuatro rios, el Escaut, el Ister, el Doubs y el Rhin, bajo las cuatro herraduras de su caballo de bronce; parecia que escuchaba tranquilo el ruido que hasta él llevaba el viento de los choques de los batallones, de los ayes de las ciudades tomadas por asalto; su melena era de leon; sin voz y sin gesto mandaba; parecia que tendia á los reyes su invencible espada, á Dios la mano derecha en el azur solitario, y la mano izquierda al mundo para que la besase. Aparecia deslumbrante.

Los dos caballeros se le acercaron. El misterioso viento suspendió sus murmullos; la ciega noche procuró ver. El hombre que ceñia armadura, dejando tras sí á su compañero, le dijo en voz alta:—"Luis XIV, despiértate, despiértate y ven antes de que amanezca á ver si tu nieto está en su sitio todavía.„

El dios de bronce, cuya cabeza circundaba lúgubre aureola, abrió los descoloridos labios y exclamó:—"¿Me hablan á mí?„—"Sí.„—"Quién?„—"Yo.„—"¿Quién eres tú?„—"Tu antepasado, tu padre.„—"De qué nieto me hablás?„—"Del que tus vasallos llamaban el Bien Amado.„—"Dónde está el objeto de ese cariño?„—"En una gran plaza en el extremo de las Tullerías. Ven.„

El rey semi-dios saludó á los otros dos reyes; luego descendió del augusto zócalo, y los tres empezaron á caminar juntos en la oscuridad de aquella noche; la cabeza del abuelo se veia por encima de la cabeza de los hijos.

Atravesaron el muelle, dejando detrás de ellos el balcon en el que, pensando en el desgraciado Paris, se apoya de codos el negro fantasma de la Saint-Barthelemy; pasaron por delante del palacio de la monarquía, bloque disforme de paredes y de techos desiguales, que, como los palacios de Tebas y de Argos, tiene sus Agamenones, sus Layos y sus Electras. Siniestramente reflejó el Sena los tres espectros del rey soldado, del rey César y del rey semi-dios. Reconociendo á Luis XIII y buscando á Richelieu, el antiguo Louvre entreabrió sus colosales ventanas. Los tres espectros, mudos, avanzaban hácia los Campos Elíseos.

II.

Las cariátides.

I.

Poderoso German Pilon, rudo obrero, que oiste al dolor quejarse en el fondo de los abismos; sentiste el arte divino protestar y combatir, y debajo de los héroes y de los reyes agrupaste los mascarones trágicos del Puente Nuevo. Fuiste el colosal petrificador de las formas tenebrosas, de la fisonomía informe de las masas, mientras que los otros escultores, enamorados de los soberbios bajo-relieves, cincelaban el fronton del poder absoluto, y sobre el zócalo, que incensaban los sacerdotes, como un fantasma olímpico, colocaban el fantasma ecuestre del César. Mientras que ellos construian sobre altivos pedestales colosales emperadores, arrastrando pesados mantos, príncipes de bronce glorificados; mientras que transfiguraban al déspota en arcángel, mientras que levantaban estátuas á los señores y á los reyes, tú se las erigias al pueblo. Copiaste á los vencidos, á los forzados, á los esclavos, y levantando el repugnante paño mortuorio de los vivos, exclamaste:—"¡Venid á mí, soy el estatuario! Venid á mí los que sufrís y los que llorais, los leprosos y los desheredados; debajo del zócalo real, sobre un friso, os haré hormiguear en la piedra y en el mármol. Os daré cuerpo y vida encima de ese puente viejo, en el que el clamor del rio conteste á vuestros dolores, y en el invierno, en la noche oscura, en la que rugen los vientos, oireis pasar

todas las voces del abismo por debajo de esos espumantes arcos.„

Al oirte, el antiguo horror salió de su madriguera; tu vista penetró en todos los purgatorios y se fijó en todas las fisonomías que marchitaban los sufrimientos; tu soplo vital hizo relumbrar sus ojos, y todo el torbellino de séres misteriosos se posó para siempre sobre esas losas fúnebres, como repugnante bandada de nocturnas moscas.

Mascarones producidos por mános magistrales, séres vertiginosos, tristes gigantes acostados, salpicados por las olas y manchados por el barro, sus cabezas, en las que los pájaros hacen sus nidos y depositan su fempta, salen lúgubremente de su estrave de granito y avanzan hácia el agua como negras proas; sus cuerpos se prolongan en el empedrado por debajo de las ruedas; los atalajes pesados caminan sobre ellos arrastrando cadenas y cables, y hay momentos en que los piés de los caballos que galopan, las ruedas que los pisan y el choque de hierros, á esos duros pacientes mascarones arrancan chispas luminosas.

Quienquiera que seais los que en vuestras meditaciones deseais sondear la humanidad en sus metempsicosis, acercaos, contemplad, meditad y temblad. Ahí teneis juntos, acoplados y agrupados, á todos los que sufren, á todos los miserables; ved ahí todos los séres abyectos; contemplad cómo la quimera se confunde con lo real, que la atrae; ved cómo esos mascarones presencian cómo pasa ayer, hoy y mañana, lo que nace, lo que muere, lo que anda, lo que zozobra y lo que flota. Examinan sin cesar la corriente del rio. El agua se evade y prosigue su tortuoso camino, siguiendo su pendiente por debajo de esos cautivos que están asomados; el reflejo del agua hace que vague de perfil en perfil cierto fulgor debajo del entablamento, y el murciélago, revoloteando, los desflora con sus alas.

¡Oh bocas, por las que el espíritu pasa horrorizado, pensando en Pantagruel y encontrándose con Ugolino! ¡Caretas de Rabelais puestas en la faz del Dante! ¡Progresion de angustia y de horror siempre ascendente! ¡Frentes en las que llamea el infierno, frias como la tumba! ¡Larvas, visiones de lo invisible, mascarada contemplada al través del sudario! ¡Sombría evocacion del estatuario mágico, que solo tuvo por rivales á Miguel Angel y á Milton! ¿El huracán que pasa furioso y rugiendo arrancará quizás esos frescos de piedra? Dios mio! ¿Qué hicieron la Iglesia y el trono á ese pueblo sin nombre, sin luz, sin voz y sin esperanza, que solloza y se burla al mismo tiempo, al contemplar desde el fondo de la nada á una parte Nuestra Señora y á la otra parte el Louvre?

Esos partos, esas creaciones, esos encuentros del alma con séres soñados, pesan sobre el génio, y encorvándole hácia la tierra, le inclinan hácia el lado más oscuro del misterio. Desde el dia en que ese mundo extraño se te apareció, extraño escultor, enseñándote sus úlceras y sus dolores, desde ese dia tu pensamiento está rastreando en la oscuridad.

Hombre grande entre los inspirados, en eso consiste tu poder y tu gloria; á los príncipes embriagados con la victoria, al poder que ignora los deberes y los derechos, al palacio sideral de las reinas y de los reyes, opusiste el gran basamento del hombre; debajo del tirano colocaste á la multitud. Los poderosos relumbraban seguros, colocados en grandes alturas, sin temer al viento ni á las olas; pero tú, grave y desdeñoso, pusiste por sustentáculo á su calma, á su alegría y á su orgullo, la hidra cariátide con su millon de cabezas. Debajo de su gloria y de sus nombres, que proclaman los clarines y los cañones; debajo de su renombre, que grita al mundo:—“Adoradme, represento la púrpura, la espada y la antorcha„, tú hiciste que se arrastrase el gigantesco anónimo que se llama muchedumbre. Tu arte, que encorvaste hasta que tocara las frentes de los réprobos, bajo los mónstruos de arriba colocó los mónstruos de abajo; colocó al pueblo, que cada dia vá modificándose, y que llegará á ser grande, sin dejar de ser enorme.

El escultor German Pilon, ese profeta que el abismo inspiraba, ¿comprendia su propio secreto? ¿Poseia imaginacion tan vasta que le pudiera revelar por completo todo su pensamiento? ¿Sabia acaso ese soñador qué símbolo arrojaba

al murmullo que no cesa jamás de ese rio que se desliza como una culebra? ¿Penetraban sus miradas hasta el fondo de su propia obra? Es un misterio! Es posible esculpir los dolores y las afrentas; dar á esas trágicas fisonomías las olas por espejo; haber hecho vivir á las Górgonas, á las que dió existencia ficticia la fábula; haber multiplicado bajo distintos aspectos la imágen de Medusa; haber conseguido dar alma al granito; hacer llorar á la piedra y desesperarla; ¿es posible ejecutar todo esto inconscientemente? Es posible ser Titán sin saberlo?

Dios, que es el colaborador desconocido del génio, sabe solo si éste tiene la intuicion total de sí mismo. Dante, Isaías, Esquilo, Cervantes, Rabelais, Shakespeare y Moliére, ¿sabian acaso ellos mismos hasta dónde se extendia su imperio? Quién podrá afirmarlo? ¿Quién podrá negarlo?

Pero esto nala importa. Despues de producir esta gran obra, el escultor entró en la noche sideral, tranquilo y sombrío, legando á los siglos ese cuadro. Los que lo contemplais tratad de comprenderlo. ¿Homero sabia que engendraba á Alejandro? ¿Sócrates sabia que engendraba á Jesús? Esos abismos del espíritu son incomprensibles. Para hacernos meditar lo que pensamos, ¿quién sabe, German Pilon, en el dédalo insensato de tu fantasía, á qué puerta llamaste? ¿Quién sabe si tu inaudito poema nace más lejos de la tierra y viene de más alto que el hombre, de las profundidades que nadie conoce ó del precipicio abierto más allá del ataud? ¿Quién sabe si tú contemplaste el terrible duelo de la naturaleza inmensa, y fúnebre artista, sentias en tí el soplo más triste que puede hacer extremecer á un espíritu, la desolacion misteriosa del mal, cuando, al contemplar esas olas, colocaste la eterna mueca en el clamor infinito?

II.

Mientras las aguas fluian como movedizos espejos, al ver los tres reyes caminando por los oscuros muelles, los monstruosos mascarones lanzaron carcajadas tan tenebrosas y que denotaban tan bien el martirio, que en la actualidad, despues que tantas olas han pasado por debajo del viejo y ruinoso puente, desde la noche sombría en que se rieron las cariátides del fronton secular, muchas de ellas conservan todavía el reflejo de sus llameantes ojos y están hendidas aun por aquella espantosa risa.

La cariátide que se reia con más estruendo que todas, era una larva que tenia en los dientes como un fulgor de azufre, de faz misteriosa, de cínicas cejas, y convirtiéndose de repente en salvaje Némesis, lanzó este grito:—"Rebaño, turba, muchedumbre, plebe, populacho, despertaos y mirad. Abrid los ojos oscuros y lacrimosos, y vereis tres de vuestros reyes que van caminando juntos. Sus frentes tienen la negrura que dejó en ellas la diadema. Son más oscuros que la noche: pues esta es la suerte que espera á esos dioses en cuanto mueren; cuanto más brillaron en vida, son más tenebrosos despues de muertos. Caminan. Dónde van?... Nada me importa que vayan donde quieran. Uno es de mármol y los otros dos son de bronce; han formado á esos reyes los corazones de todos los monarcas sus antepasados. Vamos, despertaos, siervos, que desde hace mil años arrastrais la pesada cruz, que quiero que veais pasar esos espectros que fueron reyes, que ya que hemos llorado mucho, ha llegado para vosotros la hora de reir. Quereis saber quiénes son? Escuchadme, que os lo voy á decir.

„El primero es la imágen de la alegría. Todo lo hizo riendo; reia en la guerra, reia cuando rezaba; el dia que vió la luz del mundo, prohijado por la gloria, su abuelo le hizo cantar y su madre le dió á beber; ese rey, que tenia muy buen humor, se rió hasta que entró en la tumba; riendo hizo de Dios su escabel; se encaramó en el altar para subir hasta el trono; rióse tanto, que tuvo que desterrar á d' Aubigné, porque el que está alegre tiene que apartar de su lado al que de esto se indigna. Seguido siempre de una brillante corte, se pavoneaba con orgullo; le gustaban las batallas y las mujeres, y corria toda clase de aventuras. Que lo digan sino la Estrée, la Bueil, la Entrague y la Essarts: pasaba las noches en parques misteriosos, oyendo el murmurio de las cascadas, entre danzas y canciones, entre ninfas reinas y reyes sátiros. Oh buen Enrique! ¡Cómo te seguian bellezas locas de ojos divinos! ¡Cómo las embriagabas, prodigándoles

alhajas, fiestas, bailes, conciertos y festines! Oh qué felices tiempos!

„Alrededor de su trono alegre, los jueces, por servir á su majestad, iban despachando en secreto á multitud de miserables: ahorcaban á rústicos, á bribones, á rebeldes, que se negaban á pagar las tasas, las gabelas y los impuestos; porque es preciso que en la nacion haya quien page, ya que el rey no ha de pagar. Por la noche, oyendo el dulce susurro de las fuentes, cuando los cuchicheos y las risas se confundian con los sonidos de la música; en el jardin, que tenia sombra espesa como un bosque, veíanse vagar parejas de amantes, pues entre las flores y entre la arboleda se cernia el alado amor. Cuando Danae, vencida, ofrecia en secreto su llave, y el rey, enamorado y afable como un Júpiter loco, coqueteaba con todas las diosas de la fábula, separándose de Leda para buscar á Hébe, el viento lanzaba desde lo alto de la colina hedor de fosa; y no lejos de aquellos galanteos, de aquellas risas y de aquellos besos, desnudos, destrozados, balanceándose sobre los postes, se entrechocaban unos con otros los esqueletos en Montfaucon. Lo que no obsta para que el rey Enrique IV, ese vigoroso galan que supo amar, beber y combatir, sea el mejor de todos los reyes habidos.

„El segundo fué menos alegre; sus leyes bebian sangre; fué la cuchilla que siempre está cayendo; su trono tenebroso tenia hedor de tumba; débil y lúgubre, tuvo por brazo á Laubardemont, por cerebro á Laffemás y por alma á La Reynie; un hombre rojo fué su espectro y su génio; su amistad conducia, al que se fiaba en ella, al albañal, como le sucedió á Concini, ó al tajo, como le sucedió á d' Effiat; le parecia á ese rey, cuyo sombrío cerebro se extraviaba, que cada rama de los árboles era una mano que se tendia pidiéndole un cadáver, y él no lo rehusaba; en su reinado los árboles se convertian en horcas; jamás estaba ocioso su preboste, y hacia sufrir el suplicio, ya á Galigai, ya á Urbano Grandier; buscaba el osario, como Enrique IV buscaba las batallas; no le incomodaba el olor de la carne quemada, ni oir los quejidos que salian de la cámara del tormento; ese vendimiador consideraba como frutas las cabezas cortadas que llenaban el cesto del verdugo; con su tenaza ardiente retorcia las espadas; su confesor le hacia hacer lo que queria; era esclavo de una sotana; la sangre le salpicaba desde los piés hasta el penacho; cortaba los desafíos á hachazos; diezmando la poblacion de los pueblos y de las ciudades, extendia el paño mortuorio por debajo de los tajos en Paris, en Tolosa, en Nantes y en la Rochela; sostenia la escala de todas las horcas, y este esfuerzo le dejó la mano temblona para siempre.

„Aquella época fué inclemente, terrible é implacable; no habia más fiestas entonces que las que se celebraban en la plaza de la Grève. Debajo de la bóveda celestial solo se oian los pasos lentos y fúnebres de la muerte, y solo se pisaba en el suelo de la tierra las gotas de sangre, que se escurrian de la que manaba el cadalso; sin embargo, á ese rey le llamaron Justo.

„El tercero fué llamado el Grande. Ese héroe, ese rey de frente radiante, fué magnífico; fué un monarca incomparable; pisoteaba á la multitud; no hacia caso de sus sufrimientos, de sus dolores ni de sus lágrimas; como un mago, hizo brotar de las malezas la flor gigantesca y espléndida que se llama Versalles. Fué el rey selecto, que gozó de poder omnímodo; á su alrededor descollaron Colbert, Moliére y Condé; elevó tanto su trono, que le convirtió en el trono único, y todos los reyes se doblegaron ante él; el mundo entero se ocupó en disipar su fastidio, y el poder sin límites, el imperio, la gloria, el amor y el orgullo iban formando encima de él una tempestad brillante. Mientras le glorificaban como á hombre-sol, que brillaba con los rayos de sus génios, y cuya claridad hacia deslumbrante su soberbio Olimpo, el pueblo, que carecia de pan, se mantenia con yerbas, la desnudez aullaba retorciéndose las manos, el hambre hacia perecer en los caminos á los indigentes, la Francia esclava tenia un andrajo por librea, las mujeres blasfemaban lamentándose de estar en cinta, los niños pequeños roian los huesos de los muertos, las madres forcejeaban para abrir los ataudes, buscando lo que allí podrian comer, y los cadáveres sombríos, irguiéndose dentro de los féretros, decian á los vivos:—"Qué quereis de nosotros?„ Pero esto nada importaba; ese rey fué grande, ilustró al mundo, fué constantemente ven-

cedor y paseó por todas partes sus triunfantes banderas.

„Por eso ese rey brilla; y así como el otro es Justo, este merece ser Grande, con la grandeza del osario, que amontona cabezas de muertos. Fué un leon soberbio que tuvo al gato por compañero. Fué un conquistador que se codeaba con los suplicios, y en el que la viuda de Scarron proyecta su sombra vil. Fué un conquistador, cuyos laureles llevan la marca de los diez dedos sangrientos de las manos del verdugo!

„La última y oscura parte de su reinado pertenece á los buhos; en ese negro crepúsculo salieron de sus madrigueras; entonces los tajos y los postes confundieron sus vagas formas, y vieron erguirse dos ruedas monstruosas y enormes, una al Poniente y otra al Levante, de las que pendian, dislocados, sufriendo los embates de los vientos, dos cadáveres, ante los que reza todo el género humano, el cadáver de la Conciencia y el cadáver de la Pátria! Luis el Grande, el consagrado, el héroe, el vencedor, el incensado; el porvenir, que dice la verdad desnuda, y que es más veraz que Flechier y que Bourdalone, te ofrece un carro de triunfo, pero sustentado por esas dos ruedas.„

Calló la cariátide, y despues de un momento de pausa, se rió de un modo horrible.—"Caminad, que el rio gruñe y el viento se encoleriza. Pero dónde van? ¿Quién los impulsa, no teniendo ya ningun interés en el mundo de los vivos? Por qué caminan sin cesar? ¿A dónde se dirigen en esta oscura noche? Esos tres reyes van á buscar al cuarto.

„Os voy á referir quién fué ese cuarto rey. Nacido para corromper y para desacreditarlo todo, no fué el rey de la sangre, sino el de la espuma; el rey anterior fué sol, él fué bruma; fué el impuro miasma, fué la extincion del último rayo luminoso, y lanzó sobre el alma humana extenuada todas las inmundicias del cenagal. Se llamó Rosbach, se llamó Terray, y desapareció en su reinado todo lo puro, lo grande, lo santo, lo bello y lo verdadero, quedando en su lugar la corrupcion, el libertinaje, el impudor, lo arbitrario y el extraño apetito de obrar siempre contra el honor. Ese hombre fué un sátiro que está en acecho, barro, cieno y nada. Otros reyes han sido olfateados por las oxífragas; hicieron derramar lágrimas, causaron torturas, produjeron terrores y calamidades; este rey solo produjo la afrenta. Bajo su reinado, la frente altiva y digna de la Francia se bajó avergonzada. Qué vergüenza! ¡La bandera de los francos y el miedo casados; lanzando á un mismo tiempo dos gritos de: "Sálvese el que pueda„, aquí por la quiebra y allá por la derrota; la antigua honradez pública cayendo en ruinas; el honor muerto, sin poder conseguir en todo un siglo más que un dia brillante, el dia de Fontenoy! Ese reinado es una caverna, y durante el imperio de ese rey todo se eclipsa, la grandeza, la victoria, las hazañas, y sin embargo, se vé que apunta en la tierra la primera luz de otra aurora; se vé que sopla un aire que hace temblar; que la Francia es una fragua en la que se oyen los golpes del martillo del progreso en el yunque del mundo, y á pesar de que todo asciende hácia lo ideal, ese rey se sumerge en lo inmundo; mientras la Francia camina hácia la luz, él huye hácia la oscuridad.

„Busquemos un sobrenombre á ese cuarto rey. Fué un monarca dotado de rastreros instintos, de amores fatales, que se entregó á todas las cobardías y á todos los deshonores; fué torpe, puso buena cara á los perversos, fué amigo de la orgía y de la ingratitud; organizó el hambre, sacando repugnantes provechos de la miseria en que agonizaba el pueblo; fué un rey vampiro, sordo á los sollozos y á los ayes; dejó que Inglaterra reinara en Paris; hizo enrodar á Calas; dejó quemar á Labarre; fué cruel por indiferencia, y por molicie fué bárbaro, por no tomarse el trabajo de ser bueno; fué un estercolero flordelisado, un Vitelio Borbon: descendiendo de cien reyes, si no fué el más cruel, el más opresor, el más furioso y el más loco, fué el peor, fué el más vil de todos. Desterró á todo el que se atrevia á pensar. ¿Con qué sobrenombre bautizaremos, pues, á este rey, si no le llamamos el Bien Amado?

„Por fin el soplo de la muerte extinguió la vida del monarca, y cuando le conducian, entre el solemne toque de difuntos de las campanas, al panteon de San Dionisio, en el que reposan sus antecesores, los cobardes al lado de los valientes, los

impuros al lado de los feroces, se vió que, mientras alrededor del coche fúnebre los sacerdotes quemaban incienso, extraña lluvia salpicaba las ruedas; lluvia que rezumaba del sombrío féretro y que manchaba el barro, salia del cadáver del rey y sumaba gota á gota de su régio ataud.

„Déspotas, vivid devorando al mundo: con vuestras reales mancebas os reís de los miserables mortales, porque reinais; ante vosotros se doblan todas las frentes, pero detrás de vosotros queda la deshonra de la nacion; morís, y vuestros despojos mortales reciben la oracion fúnebre en palacio por sacerdotes cubiertos con la mitra, que, casi comparándoos á Dios, celebran vuestras exequias fúnebres; vuestra gloria no hace retroceder á los obispos, pero vuestros cadáveres hacen retroceder al embalsamador.„

Las cariátides zumbaban como movido oleaje; parecia oirse cuchichear las vagas olas del abismo, y uno de esos mascarones, que con la vista seguia los pasos de los reyes, exclamó:—“En el Norte y en el Sur, en el Oriente y en el Occidente; están en todas partes. ¿Cuándo se desencadenará el viento feroz que ha de soplar en las alturas? ¿Cuándo oiremos rugir el horroroso viento del destierro, que expulse á los reyes, que haga gruñir á los leones que les sirven de trofeos, que bambolee sus pedestales y haga huir al galope sus estátuas ecuestres? ¡Malditos seais, colosos de bronce ó de piedra, monarcas tiranos! ¡Ojalá consiga la noche, haciendo soplar las furiosas ráfagas de sus huracanes; con el látigo del relámpago en la mano, pálida y viva, perseguiros, haciendo participar del mismo espanto al caballo de mármol que al caballo de bronce, y llenando de pánico á los reyes, sumirlos en el fondo del abismo!„

La cariátide lloraba, lanzando gritos sordos. Implacable con los tres reyes que seguian avanzando, parecia la imágen de la conciencia. Y los tres reyes caminaban en silencio por el tenebroso muelle, sin oir aquellos gritos ni aquellas imprecaciones.



III.

La llegada.

Los impasibles caballos continuaban caminando, sin lanzar ningun hálito por las bocas, sin menguar la negrura de sus ojos. A medida que frios, silenciosos y sordos se internaban más en la gran noche, el infinito, que mudo presencia los prodigios, hacia más espesa la bruma en el fondo del horizonte, y los árboles, movidos por extremecimiento sepulcral, retorcian las ramas resquebrajadas. Entre tanto caminaban á lo largo de las Tullerías, siempre al mismo paso vertiginoso y lento, los dos caballeros negros y el caballero blanco. Ante ellos, como un cabo en el que se estrellan las olas, apareció el ángulo del terraplen; franquearon ese paso sombrío, dejó de oirse el ruido que producian en el empedrado, y todo quedó en silencio; acababan de llegar. La corriente del rio, en la oscuridad, pasaba susurrando.

Oh terror! En el centro de la desierta plaza, en el sitio donde estaba la estátua y donde los tres reyes buscaban al Bien Amado, triunfante y alegre, aparecieron, de pié en el vacío, dos postes negros, que soportaban un lívido triángulo; el triángulo colgaba en la profundidad, y bajo de él se distinguia una confusa redondez, una especie de tragaluz abierto en la sombra, en la que dos nubes dibujaban este número: *Noventa y tres*, número venido no se sabe de dónde.

Era como un patíbulo desconocido que se erguia lúgubremente. Detrás de su maderámen se comprendia que empezaba la pendiente de extraño abismo; los árboles contemplaban atónitos esa horrible aparicion; el huracán contenia sus soplos ante aquella silueta informe y tenebrosa; aquella máquina repugnante roja y negra se levantaba entre el enigma y el hombre, en un sitio que quizás es el cielo, que quizás es el infierno, y encerraba el espanto y el ódio.

Debajo del siniestro triángulo temblaba una escala. Aquel patíbulo inmóvil y monstruoso parecia que se comunicara con la tumba universal. Un color de púrpura, semejante al que gotea y hu-

mea á lo largo de las paredes de los mataderos, filtrándose por el maderámen negro, escribia esta palabra misteriosa: *Justicia*. Adivinábase que aquel feroz monumento, tranquilo, definitivo, indescriptible, fué construido por la desesperacion universal, por los dolores, por las lágrimas y por los escombros; y que aquellos dos postes, en las sombrías encrucijadas que el hombre atraviesa con tristeza, ciegamente conducido, habian marcado en otro tiempo los caminos de la noche: á pesar de la bruma que envolvia á los dos postes, podia leerse en ellos; en el uno, *Poder*, y en el otro, *Demencia*; el círculo que se abria bajo la pesada cuchilla recordaba la argolla y la corona. Comprendíase, al través del vago horror que asaltaba á la imaginacion, que habian forjado aquel triángulo todas las espadas, entrando en él lo mismo el hierro de Achab que el hierro de Atila.

Apenas en aquella oscuridad palpitaban las cosas invisibles; no se oia allí ni un grito, ni un ruido, ni un soplo. De vez en cuando, y esto aumentaba el terror de los tres reyes, entre los dos trágicos y sangrientos pilares, se abria la bruma y veian brillar los astros. Comprendíase que Dios, cubierto con su eterno velo, influia en aquella cosa extraña y triste; la eternidad pesaba en aquel sitio, y aquella plaza fatal parecia que era su frontera.

Los reyes leian la palabra que les deslumbraba; la palabra *Justicia*. El que en ese momento supremo hubiera observado con fijeza sus figuras tranquilas y heladas, hubiera visto que palidecian las tres estátuas. Callaban, y todo á su alrededor guardaba silencio; si la muerte hubiera movido su repugnante reloj de arena, se hubiera podido oir cómo caia un grano.

Se asomó una cabeza en la formidable sombra; aquella cabeza lívida goteaba sangre. Los tres caballeros se extremecieron ante la aparicion, y restregando casi involuntariamente el puño de la espada, el abuelo de bronce dijo á la cabeza cortada:

—"Sin duda en este sitio temible reina la expiacion, de la que está encargado algun ángel. ¿Qué crímen has cometido, cabeza siniestra, que tienes la faz tan lívida como Jesucristo en la cruz?„—"Soy el nieto de vuestro nieto.„—"De dónde vienes?„—"Del trono. ¡Oh reyes, el alba naciente es justiciera!„—"Espectro, ¿qué es aquella máquina horrible que hay allá abajo?„—"Es el fin de las tinieblas.„—"Quién la ha construido?„—"Vosotros, mis antepasados.„

IV.

Conclusion.

Aunque esa cabeza cortada parece que represente el ódio, no es ella el desenlace, pero traerá la nueva fase del mundo. Obrese como se quiera obrar, debe conducir el esfuerzo humano á la felicidad, ese sombrío y sonriente mártir. La verdadera vida sale siempre del sepulcro, y todo diluvio termina por el vuelo de la paloma. Jamás la esperanza sagrada pudo decir que se habia equivocado. Oh! no cejeis nunca, pensadores; derramad por todas partes la paz, la fé, el pensamiento y la oracion. Gloria á Dios! Ningun progreso se realiza á medias; y la desgracia del perverso, el sufrimiento del enemigo, no es el objeto del Sér Supremo, del que se desbordan la bondad, la concordia y el perdon. Mortales, cada vez que en el globo terrenal se bosqueja un pedazo de edén, se arruina un pedazo de infierno. Cuando un escollo se hunde, un faro centellea; y cuando las naciones dan un paso hácia el progreso y hácia la paz, luchando, descubriendo y amando, el cielo irradia, como si desde sus alturas otorgase gustoso su consentimiento.

Las manos se buscarán de lejos; desarmados todos los contrarios, tranquilos y enternecidos, llegarán á ser hermanos; veremos confundirse en suave maridaje lo que aceptamos y lo que negamos; los perfumes saldrán infiltrándose por las cortezas; el pensamiento alumbrará la ceguedad de las fuerzas; el antiguo antagonismo entre el alma y el cuerpo se convertirá en una lira de celestes acordes; el viento besará la arcilla y la materia hundirá en el espíritu su terrible frontera; la esteva ayudará al himno y los trabajadores tendrán las espigas en las manos y las flores en la frente, ciñéndose con ellas una diadema. Para el Verbo santo ninguna voz está muda; la piqueta del minero y la estrofa del poeta

cavarán el mismo enigma y buscarán el mismo oro; y para esto nada debe importar por qué caminos ande el hombre todavía, ya mojado de lluvia, ya blanqueado por el polvo. En la fraternidad debe disolverse todo; y para alcanzar ese ideal, Dios empleará el cálculo, la razon, el estudio y la ciencia.

Pueblos, el Mañana es un mónstruo que nos acecha y el Ayer no es la flecha que al huir nos arrojan. El porvenir está ya entre nosotros; desea que á todos alimente el derecho como á todos alimenta el pan; lucha tranquilo é invencible en el último campo de batalla; viendo su modo de herir, conocemos que nos ama; dejad pasar á ese soldado enmascarado, que él se quitará la careta el dia preciso; esperando que llegue, cumple su mision; el pensamiento luminoso se escapa de su visera calada; lucha por la mujer, lucha por el hijo, por el pueblo á quien sirve, por el alma que defiende, por el ideal espléndido y libre; y sus ojos llameantes iluminan la sombría refriega. Bosqueja la Europa y termina la Francia; expulsa para siempre la ignorancia, la supersticion y las preocupaciones. ¡No le temais, pueblos! Hoy se llama combate y mañana se llamará clemencia.

Nunca huyes, Verdad, del que te busca. Paso tras paso, una etapa tras otra, siguiendo su carrera luminosa, el Progreso no teme entrar en las entrañas de ese mónstruo divino que se llama Revolucion. Le toma un relámpago y le dá un rayo; puede hacer esto porque sus ojos son dos focos luminosos; luego sale de su rugiente cubil, y consagra toda su atencion desde entonces en adelante á ese supremo fin, más puro que las blancas cimas, más lejano que la nube perdida en el horizonte, á la Paz, en esa claridad visible en la extension; á la Armonía, que atrae hácia ella el elemento, y al Amor, prodigiosa y tibia reverberacion.

El águila de la montaña volvió á entrar en su nido; al pasar volando, visitó al trueno, y ahora, con las miradas fijas en el abismo, tranquilamente medita en la manera de llegar al sol.

FIN DE LOS CUATRO VIENTOS DEL ESPÍRITU.

MEMORIAS DE VÍCTOR HUGO

ESCRITAS POR UN TESTIGO DE SU VIDA. (1)

OBRAS DE LA PRIMERA JUVENTUD.

---

(1) El testigo de la vida del eminentísimo poeta, que compartió con él sus triunfos y sus penalidades, sus escasos goces y sus interminables amarguras, fué la ilustrada esposa, digna por varios conceptos, de Víctor Hugo. A ella se deben estas *Memorias*, que escribió, y que desgraciadamente no alcanzan á reseñar más que la primera mitad de la vida del ilustre escritor, que es la mitad menos accidentada y por lo tanto la menos interesante. A pesar de ser incompletas, creemos que las leerán con interés y con curiosidad los numerosos suscritores que ha conseguido adquirir esta publicacion.—(N. del T.)



MEMORIAS DE VÍCTOR HUGO.

I.

La Vendée.



La primera vez que encontramos al primer Hugo, (pues todos los documentos anteriores desaparecieron cuando saquearon á Nancy las tropas del mariscal Crequi en 1670), es un Pedro Antonio Hugo, que nació en 1532, se enlazó con la hija del señor de Bioncourt y fué consejero privado del gran duque de Lorena. Entre los descendientes de Pedro Antonio encontré en el siglo diez y seis á Ana María, canonesa de Remiremont; en el siglo diez y siete á Cárlos Luis, abad de Etival, obispo de Tolemaida, autor de un libro muy estimado, *Sacre antiquitatis monumenta;* en el siglo diez y ocho á José Antonio, oficial á las órdenes del mariscal de Montesquieu, muerto en la batalla de Denain; á Miguel Pedro, teniente coronel al servicio de Toscana, y á Luis Antonio, que M. Abel Hugo decia que era el convencional Hugo, ajusticiado por su moderantismo.

El padre de Víctor Hugo, José Leopoldo Sigisberto, entró de cadete en 1788, á la edad de catorce años. Los siete hermanos que tenia, sin contar las hermanas, partieron á la guerra, casi al mismo tiempo que él; cinco murieron al principiar ésta en las líneas de Weissemburgo y dos sobrevivieron, Francisco Justo, que llegó á mayor de infantería, y Luis José, que murió hace diez años (1), siendo general de brigada.

Vino la Revolucion y hubo muchos ascensos, á causa de la emigracion de oficiales que se apresuraban á huir de los rencores del soldado. Niños, que habian adquirido sus grados bailando el minué, y que en materia de tambores no conocian más que el tambor de bordar, mandaban á veteranos probados por las balas, y los mandaban con la impertinencia de una casta que se creia superior. Bajo su bota con espuelas se adivinaba el talon rojo. Por faltas ligeras y solo por la fé de una relacion, inexacta con frecuencia, prodigaban el odioso y humillante castigo de entonces, los sablazos de plano. La Revolucion encontró á los regimientos en un estado de efervescencia, que no contribuyó poco á la emigracion.

Tres años despues de entrar en el servicio Leopoldo Hugo, era oficial agregado al Estado Mayor. Allí conoció á Kleber y á Desaix, que fueron amigos suyos hasta la muerte. El jefe de Estado Ma-

(1) Hacia diez años cuando se escribieron estas Memorias, en 1841.—(N. del T.)

yor general, Alejandro Beauharnais, le cobró cariño y le hizo su secretario. Una noche que se habia encargado de escribir, con notas suyas, una Memoria dirigida al gobierno, proponiendo vender, en vez de romper, la Santa Ampolla de Reims (1) á la emperatriz de Rusia, que daba por ella dos millones, el general volvió á media noche muy pensativo, y encontrando aun ocupado en este trabajo á su secretario, le dijo:

—"Hugo, me ofrecen nombrarme ministro de la Guerra. Deberé aceptar?„

Muchos hubieran considerado esa nueva bajo el punto de vista de su propio interés, y les hubiera cegado llegar á ser secretario de un ministro; pero el jóven soldado no vió más que el interés de su general; era el año 92, casi el 93, y esas posiciones tan elevadas eran las más expuestas, por lo que le aconsejó que no admitiese. Al dia siguiente Alejandro Beauharnais, almorzando con el general en jefe el duque de Biron, cumplimentaba éste al ministro.—"Ministro! dijo Beauharnais; no lo soy.„ Y como Biron se admirase, señaló á su secretario y dijo: —"No ha querido Hugo.„

Alejandro Beauharnais tenia tal confianza en Hugo, que le encargó que escribiera á Petion para preguntarle si en el estado violento de Paris seria conveniente enviar á Eugenio á estudiar á Inglaterra. Pronto recibió el mando en jefe del ejército del Rhin, y nombró á Hugo ayudante suyo. Pero éste estaba unido á un amigo íntimo, á quien no quiso abandonar; dió las gracias al general y se fué á la Vendée con su amigo Muscar en calidad de capitan y ayudante mayor.

Su batallon atravesó rápidamente la Francia; pasó el Loira por Pont-de-Cé y se encontró en la batalla de Martigne-Briant y en los dos combates de Vihiers. En el segundo, Hugo recibió órden de cubrir un movimiento de su brigada con un destacamento; este destacamento, expuesto á un fuego terrible, no retrocedió, y se dejó matar en su puesto: todos perecieron, á escepcion de algunos heridos que pudieron recogerse, entre ellos el ayudante mayor, que recibió diez y siete heridas de metralla y una de bala, que le rompió el pié en toda su longitud.

No esperó poder andar para reunirse á su batallon; para esto no tenia necesidad de piernas, disponiendo de las de su cabalgadura; pero en la derrota de Montaign le mataron dos caballos, y viéndose imposibilitado de dar un paso, iba á ser muerto, cuando un oficial de húsares negros le salvó, arriesgando la vida y perdiendo uno de sus caballos.

Sabia inspirar estas acciones generosas, porque era la generosidad y la bondad misma. Bastaba conocerle para no abandonarle. Era humano hasta la ternura. En aquella guerra implacable, en que no se hacian prisioneros y en la que era preciso matar para no morir, tuvo muchas veces la satisfaccion de salvar algunas vidas. En el ataque de la Chevroliere, Muscar, que mandaba la expedicion, habiendo quedado fuera de combate á causa de siete heridas de fuego, le designó para ocupar su puesto. Los chuanes, fieramente atacados, huyeron á través de los arenales, dejando abandonados al enemigo los ancianos, las mujeres y los niños. Hugo los recogió, sabiendo que estarian más seguros con él que en ninguna otra parte, y viendo un niño de cinco meses, á quien una nodriza—porque no podia ser su madre—habia abandonado en la fuga, le recogió, y le buscaron en seguida una ama entre las prisioneras. Terminada la expedicion, puso en libertad á aquella poblacion agradecida y les dió víveres para algunos dias.

Iban á fusilar á dos vendeanos, tio y sobrino, que habian sido cogidos con las armas en la mano; fusilaron al tio, é iban á hacer lo mismo con el sobrino, que era un niño de diez años. Hugo se puso delante de los fusiles; salvó al niño, que se llamaba Juan Prin, le cuidó y le tuvo á su lado siete años, hasta que le colocó bien.

Su bondad era contagiosa. Una niña de dos años, abandonada en Port-Saint-Martin, fué recogida por su ayudante Vogt, que la adoptó despues cuando llegó á capitan.

La aldea Bouquenay atacaba al paso á todos los destacamentos que iban desde el castillo de O á Nantes. Un escuadron, irritado á causa de una descarga de fusilería, entró en el pueblo y volvió con 292 prisioneros, entre los cuales habia 22 mujeres. Prisionero queria decir muerto. Sin embargo, Muscar, horrorizado del número, pidió instrucciones á Nantes. La respuesta fué una comision especial que vino á juzgarlos, ó mejor dicho, á condenarlos. Principióse por los hombres. Hugo se atrevió á presentarse ante el tribunal para pedir,

(1) Con este nombre se conocia la redoma en que se conservaba el óleo con que se ungía á los reyes de Francia. (N. del T.)

no su perdon, sino que se les sentenciase á trabajar en las minas del interior de la Francia hasta que se concertase la paz. Los jueces no se dejaron conmover, y los 272 hombres fueron condenados y ejecutados. Las mujeres iban á serlo cuando el tribunal fué llamado á Nantes, adonde volvió precipitadamente, encargando á Muscar que las entregase á una comision militar. Hugo fué nombrado presidente de esta comision: habia en el batallon un viejo subteniente llamado Henry, de génio sombrío y taciturno, que á causa de su edad tenia que hablar el primero. Antes de preguntarle dijo á la comision que él no debia tomar ejemplo de nadie, que debia juzgar solo segun su conciencia á aquellas mujeres, que no habian tomado parte en las hostilidades, y que habian sido ya demasiado severamente castigadas con las muertes de sus padres, de sus hermanos, de sus maridos y de sus hijos, á quienes habian oido fusilar. Entonces dejó de hablar el viejo subteniente, que, con bruscos modales y dura voz, dijo:—"Soy militar para pelear con hombres, no para asesinar mujeres. Voto por la libertad de esas 22 infelices y por que sean enviadas inmediatamente á sus casas.„ Habiendo empezado éste á hablar así, todos fueron de su opinion, y hubo unanimidad de pareceres.

En treinta años de servicio no fué castigado más que una sola vez, y véase con qué motivo. Muscar, curado de sus siete heridas, recibió órden de tomar posesion de Vue, y encargó este ataque al capitan Mercadier, que, siendo recibido por décupla fuerza, tuvo que replegarse. Muscar tenia instrucciones severas; reprendió á Mercadier y le mandó que volviese á atacar al momento. El capitan, que era muy valiente, pero que estaba seguro de la imposibilidad del ataque, pidió un refuerzo, que le fué negado. Partió al romper el dia; á las once un aldeano de Saint-Jean-Roeau vino á decir que el destacamento iba á ser aniquilado. Ni Muscar ni los oficiales superiores estaban allí en aquel momento; Hugo tomó á su cargo el socorro de sus compañeros. Cuando llegó Mercadier, todos sus oficiales y 123 soldados de los 200 que mandaba habian sido muertos ó eran prisioneros; quedaban 70 hombres, que pudieron volver al campamento. Muscar, que habia negado el refuerzo, reprendió á Hugo; los 70 hombres salvados murmuraron, y sus murmuraciones fueron causa de que arrestasen á Hugo. Entonces se sublevaron y quisieron forzar la prision todos ellos, llevando al frente la música. Muscar acudió al momento y encontró á Hugo arengándolos y encargándoles enérgicamente la sumision á la disciplina. Muscar mandó abrir la prision, tendió la mano al prisionero y se arrojó en sus brazos derramando lágrimas.

Hugo era entonces jefe de Estado Mayor. Tomó parte en la expedicion de Quiberon. Fué á Chateubriand, que estaba bajo las órdenes de Muscar, siendo allí casi testigo de una escena horrible. Un soldado, convaleciente de una herida recibida en el ejército del Rhin, iba á restablecerse á casa de su padre; le habian encargado que no se adelantase á la escolta de la diligencia, pero á la vista de su pueblo no habia podido contenerse y se habia adelantado solo; un aldeano que trabajaba en el campo, al verle venir, cogió un fusil que tenia oculto en un seto, le apuntó; la bala le traspasó la cabeza, y en seguida corrió á despojar al muerto. Al ruido de la detonacion acudió la escolta de la diligencia y el paisano huyó, llevándose el morral y una cartera, y no sabiendo leer ni él ni su mujer, rogaron á un vecino que les dijera lo que contenian los documentos que encontró en la cartera, y por ellos supo que el muerto era su hijo. La madre se mató con un cuchillo y el padre se entregó á la justicia.

El general Hoche puso fin á estas atrocidades; quedó tan contento de Muscar y de su jefe de Estado Mayor, que nombró á Muscar general y á Hugo ayudante general de una brigada que preparaba para ir de expedicion á Irlanda. En cuanto Muscar se apercibió de que iba á mandar dicha expedicion el general Humbert, con el que habia tenido un vivo altercado, dió las gracias á Hoche y le devolvió el nombramiento; lo mismo hizo Hugo, para no verse obligado á separarse de su amigo.

Pero los dos amigos tuvieron que separarse contra su voluntad. Su cuerpo, reducido por las pérdidas de la guerra y por los envios á Irlanda y á otros puntos, recibió órden de ir á Paris confundido con los restos de otros diez y siete cuerpos. De aquí resultó una media brigada, y Muscar, que no habia querido ser general, no tuvo bastante antigüedad para mandar un batallon. Le fué preciso recurrir á sus protectores para que no le enviasen á Ostende con un grado que no le permitia tener Esta-

do Mayor, y no pudo llevar consigo á Hugo, que quedó en Paris de ayudante del segundo batallon.

II.

Casamientos.

Durante la guerra de la Vendée, el mayor Hugo tuvo ocasion de ir con frecuencia á Nantes, donde adquirió algunas relaciones y principalmente con un armador llamado Trebuchet.

Este Trebuchet era uno de esos buenos ciudadanos que no abandonan nunca su pueblo ni su opinion. Seguia siendo realista y católico, y confundia en su religion á Dios y al rey. ¿Cómo habia entrado el soldado de la Convencion en casa del fiel servidor de Luis XVI? Cómo habia ido allí? Lo ignoro; pero lo que sé es que volvió y que fué llamado.

El armador era viudo y tenia tres hijas, de las cuales una, Sofía, solo participaba á medias de las ideas de su padre. Tenia esa independencia de espíritu y ese personalismo decidido de las jóvenes sin madre que se ven obligadas á ser mujeres antes que las demás. No tenia el fervor de su padre en política; solo era partidaria del trono. Esto era todavía demasiado contra el mayor; pero éste habia sido humano en la guerra; habia tenido compasion de las mujeres y de los niños, y además, era alto y gallardo jóven, bien formado, vivo, y su fisonomía expresaba la bondad, que es la belleza superior. Por estas razones fué simpático el mayor. Sofía era pequeña; con manos y piés de niño, tenia algunas señales de viruelas, pero apenas se notaban, porque desaparecian en la extremada finura de su fisonomía y en su inteligente mirada. Poco á poco consiguió enamorar al mayor.

La inteligencia y la bondad se entienden siempre, y en este caso se entendieron tan bien, que de ellas dimanó una palabra de casamiento. Hoche habia impedido que se cumpliese esta palabra al terminar la guerra; el mayor se habia visto obligado á partir para Paris, pero no habia partido sin dejar y sin llevarse el juramento de hacer todo lo posible para apresurar tan deseada union.

Paris no le hizo olvidar á Nantes. Despues de la formacion é instruccion de la media brigada, fué nombrado relator del primer Consejo de guerra, cuyo escribano era de la misma edad que él. Jóvenes ambos, alojados bajo el mismo techo —entonces el Consejo de guerra estaba en las Casas Consistoriales,—Leopoldo Hugo y Pedro Foucher fueron muy pronto amigos, y amigos íntimos, en cuanto Hugo supo que Foucher era de Nantes y que conocia á la familia Trebuchet. El estar tambien enamorado Fouchet y próximo á casarse, era un motivo más de amistad.

Una sola cosa separaba á los dos amigos. Hugo era republicano y Foucher era realista. Huérfano de padre y madre desde la infancia, habia sido educado por un tio, canónigo de Mans, que le habia hecho seguir los estudios en la congregacion del Oratorio de Nantes. Los sacerdotes de ella no le habian inspirado gran entusiasmo por la Revolucion. Habia visto matar á un amigo de su tio, á un abate llamado Briant, que tenia dos manías: componer sermones y pescar con caña; pero no teniendo á quién predicar los sermones que componia, le hacian burla diciendo que predicaba á los peces y que pescaba á los oyentes. La guerra habia sido una fortuna para él; habia abandonado los peces por los campesinos y se subia á los árboles para que le oyeran á gran distancia todos los que quisieran. Como le oian de lejos, le sorprendió predicando un destacamento republicano, que le derribó al suelo de un tiro.

—Allí estaba yo, decia Foucher á Hugo, refiriéndole esta escena contra la República.

—Y tambien yo, respondia Hugo, porque era el que mandaba el destacamento.

No fué él, sin embargo, sino el teniente de su vanguardia quien mandó hacer fuego, y él le reprendió, creyendo que hubiera podido disolver la reunion sin matar á nadie, y despues libertó el cadáver del predicador de las manos de los guardias nacionales, que le injuriaban, y mandó que le diesen sepultura.

Por lo demás, el realismo del escribano no era apasionado, y por lo tanto no le impidió inmiscuirse en la toma del castillo de Nantes su espíritu de destruccion de estudiante y su curiosidad de anticuario. Una noche de Julio de 1789, oyendo tocar á rebato todas las campanas de la poblacion, se vistió apresuradamente y bajó á la calle. Habia oido á un noble que arengaba á la multitud contra los nobles y la decia que era

preciso apoderarse del castillo. La multitud se habia precipitado, y él habia seguido á la multitud. El castillo estaba defendido solo por una compañía y algunos inválidos que no hicieron resistencia. Aquel asalto sin lucha se concluyó con un almuerzo: fueron á buscar pan, jamon y barriles de vino y se sentaron á comer alegremente. Pero el escolar se levantó bien pronto de la mesa por satisfacer su hambre y su sed arqueológicas, y se fué á examinar la antigua morada de los duques de Bretaña.

Cuando terminó sus estudios fué á buscar fortuna á Paris, donde habia visto á Luis XVI y á la familia real. Sucedia esto en 1792; el rey no estaba ya en las Tullerías, y el palacio pertenecia al pueblo: si queria ver al rey lo conseguia fácilmente, yendo los domingos al medio dia al pabellon del Reloj, por el que pasaba la familia real para ir á misa. De este modo vió á la familia real, y con tan poco entusiasmo como lo manifiestan estas líneas, que encuentro en algunas notas que dejó escritas:

“Me causó mucho asombro ver al rey, y no olvido ni un momento su marcha vacilante, su rostro grueso, moreno y colorado; su pobre casaca de camelote gris, sus medias blancas de seda, que le subian por arriba del pantalon, sujetas con ligas de lana roja, hasta más arriba de las rodillas. La reina, á pesar de no haber cumplido cuarenta años, tenia los cabellos grises. Las sonrisas que dirigia á sus guardias dejaban ver sus dientes ya gastados; llevaba vestido de seda rayado de blanco y rosa, y su cuñada la princesa Isabel, que era mofletuda, iba vestida de la misma tela, pero de color blanco y azul.„

Leopoldo Hugo fué relator dos años. Tomó parte en la causa de los *abrasadores*, que no se atrevian á perseguir los jueces civiles y cuyos bandidos exterminaron los jueces militares. En cambio hizo reconocer la inocencia de algunos encausados ligeramente y hasta condenados, entre otros la de un viejo capitan llamado Fontaine, que condenaron á presidio hacia algunos años. Habia conseguido introducir una costumbre justa, que despues se ha perdido; la de fechar el principio de la pena el dia del arresto, y no el dia de la sentencia.

Decia con razon que la detencion preventiva era una detencion arbitraria, y que no teniéndola en cuenta el juez, era más severo que el legislador.

Mientras que entendia en Paris en procesos de otros, se fallaba el suyo en Nantes (1).

El armador dudaba mucho en entregar su hija á un militar, que se vé obligado á recorrer el mundo, y dejar á su mujer sola ó tenerla siempre en camino. Hacia tambien objeciones sobre las opiniones del mayor, que serian una contradiccion en la familia y que podrian ser causa de disgustos en ella. Pero no hay mejor abogado que el amor, y Sofía litigó tan bien, que se decretó el casamiento en su favor.

El novio no podia ir á Nantes; de modo que la novia tuvo que ir á Paris con su padre y su hermano, pero sin sus hermanas, que acababan de entrar en las Ursulinas, por cumplir su vocacion religiosa.

Los dos jóvenes amantes se casaron en el mismo Hotel-de-Ville, sin ceremonia religiosa, porque como estaban cerradas entonces las iglesias y ocultos ó expatriados los sacerdotes, no buscaron á ninguno de ellos. La novia sentia hasta cierto punto privarse de la bendicion del cura, pero el novio no se cuidaba de esto.

Foucher no tardó en seguir el ejemplo del mayor, y el Hotel-de-Ville dió habitacion á dos matrimonios. Foucher, que no tenia familia, rogó al mayor que le sirviese de testigo, y durante la comida, el mayor, que tenia siempre buen humor, estuvo alegre y espansivo, como si fuese el novio.

Llenó un vaso, y acercándole á su amigo, le dijo:

—Tendreis una hija, yo tendré un hijo, y los casaremos. ¡Brindo á la salud de este matrimonio! Este bríndis singular se realizó.

III.

Campaña del Rhin.

Los hijos no tardaron en nacer mucho tiempo. Antes de un año la señora Hugo tenia en brazos un hermoso niño que aun no respondia al nombre de Abel, y próxima estaba á dar á éste un hermano, cuando su jóven padre volvió á encontrarse con Lahorie.

Habia conocido á éste, que era simple

(1) La palabra *proces*, proceso, no tiene exactamente la misma aplicacion en francés y en castellano; pero la conservamos aquí para no privar al lector de la gracia de este párrafo. Lo mismo advertimos ahora y de una vez para siempre en otros casos análogos.

soldado, en 1793, siendo él ya capitan-ayudante mayor, y se habia visto en posicion de poderle favorecer algunas veces. Lahorie era entonces ya ayudante general, y sorprendido de ver que Hugo no habia avanzado en la carrera, quiso pagar su deuda y le aconsejó que se le uniese en Basilea, adonde iba como jefe de Estado Mayor de Moreau.

El mayor pidió el consentimiento á su ayudante general, que se lo dió con pesar; á su jóven esposa, que le dijo que sí llorando, y á su recien nacido, que no le dijo que no, y partió.

Cuando llegó á Basilea, Lahorie estaba de visita, y como Hugo no conocia á nadie más que á él en el Estado Mayor, se estuvo paseando por delante de la casa del general en jefe; un transeunte, vestido con leviton y con la pipa en la boca, le preguntó si habia oido tiros.

—No, señor, le contestó Hugo.

Al oir esta voz "no, señor„, el transeunte le miró. Su uniforme de mayor hizo que le preguntase dónde habia servido. Entraron en conversacion. Hugo habló de las campañas contra los vendeanos y contra los chuanes, de una manera que pareció impresionar á su interlocutor. Despues el hombre de la pipa se separó y entró en la casa.

Un momento despues un ayudante vino á decir al paseante que el general en jefe iba á sentarse á la mesa y le esperaba. Respondió que sin duda era una equivocacion, porque el general en jefe no le conocia.

—Cómo! no os conoce! ¡Si habeis estado hablando con él cerca de una hora y ha quedado contentísimo de vos!

El hombre de la pipa era Moreau.

Lahorie no tuvo dificultad en colocar á su amigo en el Estado Mayor, y Moreau le tuvo siempre cerca de él. Así tomó parte en el paso del Rhin, en las batallas de Eugen, de Moeskirch, de Riberoch, de Memnungen, etc. Tengo las cartas que escribia á su mujer las noches de combate; en ellas dá en detalle los movimientos de las tropas, los triunfos y las pérdidas; no se olvidaba más que de sí mismo. Era tan modesto, que en Moestrich, habiéndole querido dar Moreau el mando de un batallon, le rogó que no se lo concediese hasta merecerlo más.

Pero al pasar el Danubio, se portó de tal modo y dió tan heróico ejemplo, pasando bajo el fuego de la metralla por una viga echada sobre un arco cortado, que el general en jefe no le consultó ya para nombrarle jefe de batallon en el campo de batalla.

Habló con La Tour d' Augverne dos horas antes de su muerte. Moreau le habia encargado en Nourbourg de mandar que la division del general Lecrere socorriese á la division Montrichard. El regimiento 46.° de línea en que servia La Tour d' Augverne fué uno de los cuerpos que destacó Lecrere. Hugo le vió avanzar á la carrera. La Tour d' Augverne, que le conocia y que le creia breton, dirigió hácia él su caballo negro, y le dijo:

—Paisano, cómo vá eso?

—No vá mal, respondió Hugo; dad una carga y todo quedará concluido.

La Tour d' Augverne fué á dar la carga. Al dia siguiente Hugo le vió en una camilla cubierta de ramas, conducida por granaderos y precedida de tambores y de música. Llevaban á enterrar su cadáver.

Pasado ya el Danubio, Moreau estableció su cuartel general en Munich, y estando allí, los austriacos le pidieron suspension de hostilidades. Celebráronse conferencias en la cabaña de Partsdorf, entre Lahorie, representando la Francia, y el conde de Dietrichstein, representando el Austria: el coronel conde Colloredo acompañaba á Dietrichstein y Hugo á Lahorie. Francia consiguió todo lo que quiso; cesaron las hostilidades y se hicieron los preparativos para el Congreso de Lunneville. Hugo tuvo el mando de la plaza bajo las órdenes de los generales Clarke y Bellavesue. Llegaron los plenipotenciarios, y el jóven comandante conoció á José Bonaparte.

La lentitud de la diplomacia austriaca fatigó al primer cónsul y volvió á empezar la guerra. Moreau, que habia estado en Paris y que pasó por Lunneville, al volver á su cuartel general quiso llevarse á Hugo; pero José Bonaparte le rogó que le dejase, diciendo que se encargaba de su porvenir. Moreau consintió por el cariño que tenia á su comandante, y aunque separados, quedaron tan amigos, que Moreau escribia á Hugo todas sus operaciones importantes, y por eso supo éste la victoria de Hohenlinden doce horas antes que José Bonaparte.

La batalla de Hohenlinden hizo ver á Austria que no ganaba nada con sus engaños, y accedió á todo. Firmóse la paz y el ejército del Rhin volvió á Francia.

José Bonaparte cumplió la palabra que dió á Moreau, pidiendo que el co-

mandante fuera ascendido á jefe de brigada. Escribió la carta siguiente:

"1.º Floreal, año IX.

„C... (1) ministro:

„El C... Hugo, comandante extraordinario, es un oficial muy distinguido y de buenas prendas. Desearé mucho que os sea posible emplearle en el ejército del Gironda como jefe de brigada.

„El general Moreau me ha manifestado, al paso por Lunneville, el deseo de llevarle consigo, porque apreciaba su bravura, su actividad y su inteligencia.

„Rogué al general que le dejara en Lunneville, y despues me congratulé por haberme ocurrido esta idea. El C... Hugo ha sido muy útil.

„Ya comprendereis, C... ministro, que el interés que me tomo es legítimo, y os pido como cosa personal el grado de brigadier para el C... Hugo.

„J. BONAPARTE.„

Aunque José Bonaparte era hermano del primer cónsul, no consiguió lo que solicitaba.

El primer cónsul y Moreau habian empezado secretamente á contrapuntarse, y era muy mala recomendacion pedir al primero lo que complacia al segundo, por lo que el comandante siguió siendo comandante.

IV.

Nacimiento.

Algunos amigos, sin consultarle, consiguieron que le diesen el mando del cuarto batallon de la 23.ª media brigada, que estaba de guarnicion en Besançon, adonde fué Hugo, llevando á su mujer y á sus dos hijos Abel y Eugenio. Abel tenia grandes ojos azules y aspecto de niña; Eugenio, por el contrario, anchos hombros y gruesos puños; alegraba la vista ver su robustez; era de esos séres de los que se dice:—"Es tan fuerte, que nos enterrará á todos„.

Vivian en la plaza de San Quintin, en una casa que hoy se llama la *casa Bassete.* Allí fué donde se anunció muy pronto la aparicion del tercer niño.

(1) En la carta autógrafa que tengo á la vista, la palabra *ciudadano* no tiene más que la inicial. Conserva la ortografía como característica de un momento en que empezaba á cansar esta palabra y en que ya no se tomaban el trabajo de escribirla entera.

Esta vez el padre deseaba que fuera niña, pero niño ó niña la buscaron padrino, pudiendo contar con madrina, porque estaba en Besançon un ayudante de Moreau casado con una jóven, con la señora Delelée, que deseaba tener en la pila bautismal al hijo de un compañero de armas de su marido. Faltaba el padrino, y se pensó en el general Lahorie, que estaba en Paris, y á quien escribieron las dos cartas siguientes, que luego se encontraron en el ministerio de la Guerra entre sus papeles:

"Ciudadano general:

„Habeis sido siempre tan bondadoso para Hugo y habeis prodigado tantas caricias á mis hijos, que siento que no esteis aquí para poner nombre al que nacerá. En vísperas de ser madre de un tercer hijo, me seria muy grato que fuéseis su padrino. Basta para esto un pequeño esfuerzo de vuestra amistad.

„A pesar del placer que tendríamos en veros, no nos atrevemos á proponeros que hagais un viaje tan largo y en una estacion tan perversa como es el mes Ventoso, á mediados del cual pienso salir de mi estado. Voy á rogar á la señora Delelée que nos haga el mismo favor que os pedimos, y no dudamos que será con gusto vuestra comadre. En el caso de que nos viéramos privados de la satisfaccion de veros aquí, nuestro comun amigo el ciudadano Delelée haria el favor de representaros. Víctor ó Victorina tendrá por nombre el niño que esperamos.

„Vuestro consentimiento será una prueba de la amistad que nos profesais.

„Dignaos recibir, ciudadano general, la seguridad de nuestro sincero afecto.

„HUGO, ESPOSA.„

Seis semanas despues de esta carta de la mujer, Lahorie recibia la siguiente del marido:

"Besançon 14 de Ventoso, año X.

„Mi mujer y yo hemos recibido, mi querido general, la carta que nos habeis dirigido particularmente para decirnos que aceptábais el favor que os pedíamos.

„Hemos visto con placer las expresiones de que os servís, y quedamos muy agradecidos á esta prueba de amistad.

„El dia 6 recibió vuestra carta el jefe de la brigada, Delelée, y el 7 recibimos nosotros las vuestras. El mismo dia mi esposa dió á luz un niño. Ha salido de ese trance mejor de lo que esperaba, porque tuvo un embarazo muy incómo-

do. Os habria escrito antes, mi querido general, si no hubiera querido deciros cómo seguian la madre y el niño. Estamos ya en el octavo dia, y una y otro siguen tan bien como puede desearse.

„Hemos puesto al niño Víctor María; este segundo nombre es de la señora Deleléе. Se han cumplido, pues, vuestros deseos y los nuestros. Mi mujer os dará las gracias por todo lo que le decís; está tan segura como yo del interés que os tomais por nuestros hijos, porque no podemos dudar del que os tomais por mí. Este último favor es un nuevo título á mi agradecimiento y debe estrechar aun más los vínculos de amistad que nos unen. No perderé ocasion de seguir mereciéndola, y espero conservar sin alteracion los sentimientos afectuosos que me profesais.

„Recibid un abrazo mio y de mi familia con la mejor voluntad.

„HUGO.„

Esperábase una Victorina y vino un Víctor. Pero al verle, hubiérase dicho que no era él á quien se esperaba; parecia dudar en venir; no tenia la belleza de sus hermanos; era tan pequeño, tan delicado y tan débil, que el comadron declaró que no viviria.

Yo he oido referir á su madre muchas veces su venida al mundo. Decia que no era más grande que un cuchillo. Así que le envolvieron le pusieron en un sillon, donde ocupaba tan poco sitio, que se hubieran podido colocar doce como él. Llamóse á sus hermanos para que le vieran, y era tan feo, decia su madre, y se parecia tan poco á un sér humano, que el robusto Eugenio, que no tenia más que diez y ocho meses y que apenas hablaba, gritó al verle:—"Oh! el coco!„

Casi moribundo le llevaron á la alcaldía. En los registros de la primera seccion de Besançon consta la presentacion de un niño nacido á las diez y media de la noche el 7 Ventoso del año X de la República (26 de Febrero de 1802), con los nombres y apellidos de Víctor María Hugo.

El moribundo no murió. El mismo ha dicho ya "que leche pura, cuidados, votos y entrañable amor, le hicieron dos veces hijo de su obstinada madre.„ Cuando vió que no le dejaban de querer por no ser Victorina y que en vez de alejarle le retenian enérgicamente, se decidió á vivir. Y seis semanas despues de la profecía del comadron hacia el penoso viaje de Besançon á Marsella.

Su padre habia tenido algunos disgustos. Su jefe de brigada habia recibido del ministro la órden de dar la licencia absoluta á los que debiesen recibirla; pero él encontró más provechoso vender estas licencias. El tráfico se supo y dió lugar á que se hablase de él; el comandante creyó que debia advertir al brigadier de los rumores que circulaban acerca de su persona. Otros fueron menos atentos, y en lugar de prevenir al brigadier, hablaron al general en jefe. El brigadier, no sabiendo á quién atribuir la denuncia, acusó al único que le habia hablado de su comercio. De aquí provino un rencor, del que el subordinado quiso huir para no ser víctima de algunos chismes y enredos, y envió su mujer á Paris para solicitar de José Bonaparte su traslacion á otra brigada.

La señora Hugo se alojó en Paris en casa de sus antiguos amigos del Hotel-de-Ville, que no vivian ya en este sitio, porque se habian trasladado allí los Consejos de guerra, y Pedro Foucher los habia seguido al Hotel de Tolosa, calle de Cherche-Midi. La señora Foucher acogió con cariño á su amiga.

Los niños, que eran muy pequeños para hacer este largo viaje, se quedaron con su padre, que trataba de consolarlos de la ausencia de su madre con un aumento de confites, sobre todo á Víctor, que tenia entonces veintidos meses y para quien su madre era la vida.

"Tu Abel, escribia, tu Eugenio y tu Víctor pronuncian todos los dias tu nombre. Nunca les he dado tantos confites, porque ellos, lo mismo que yo, no han sentido nunca privacion tan penosa como la que estamos experimentando. El último llama muchas veces á su mamá, pero su pobre mamá no puede oirle...

„... Tu Víctor entra, me abraza, yo le abrazo por tí y le hago besar este sitio *(aquí hay un blanco en la carta)*, para que puedas recoger en tu destierro alguna cosa suya. Acabo de darle confites, de los cuales tengo siempre provision en el cajon, y se vá chupándolos tristemente.„

La ausencia de la madre se prolongó. Nada consiguió á pesar de la activa intervencion del hermano del primer cónsul. José Bonaparte no podia servir al protegido de Moreau, y en vez de un favor, el comandante recibió un destierro. Escogióse en su media brigada lo más aguerrido y lo mejor equipado para la expedicion de Santo Domingo, y cuando no quedaron más que quintos mal

vestidos, se le mandó con ellos á Córcega y despues á la isla de Elba. Al ver que sus pretensiones de pasar á otra brigada agravaban su desgracia, escribió á su mujer que se volviese.

La familia estuvo todo el año 13 yendo y viniendo de una isla á otra, ya en Porto-Ferrajo, ya en Bastia. Todos estos viajes fatigaban mucho á los niños y principalmente al pequeño Víctor, que seguia enfermizo, lo que le daba tristeza extraña á su edad: solia encontrársele en los rincones llorando silenciosamente, sin que se supiese por qué.

Pero el padre recibió órden de embarcar su batallon para Génova y ganar á marchas forzadas el Adije y el ejército de Italia; conociendo que esta vida era imposible para aquel pobre niño delicado, envió á su mujer con los tres niños á Paris, para que allí se estableciese.

La madre instaló su nido en la calle de Clichy, número 24.

Desde entonces arrancan los más lejanos recuerdos de Víctor Hugo. Se acuerda de que habia en aquella casa un patio, en el patio un pozo, cerca del pozo una artesa y por encima de la artesa un sauce;—que su madre le enviaba á la escuela calle de Mont-Blanc;—que como era muy pequeño, le cuidaba más que á sus hermanos;—que le llevaban por la mañana al cuarto de la señorita Rosa, hija del maestro de escuela;—que la señorita Rosa, que solia estar aun en la cama, le sentaba en ella á su lado, y cuando se levantaba, la estaba mirando cómo se ponia las medias.

Otro recuerdo. En la escuela, la única ocupacion que le daban consistia en sentarle delante de una ventana, por la que veia edificar el palacio del cardenal Fesch. Un dia que el cabrestante izaba una piedra de sillería con un obrero encima, se rompió la cuerda y el obrero fué deshecho por la piedra.

Le causó tambien mucha impresion ver caer lluvia tan fuerte, que convirtió en dos rios las calles de Clichy y de San Lázaro, de modo que no fueron á buscarle hasta las nueve de la noche.

Conservó tambien en la memoria una representacion con que se celebró el santo del maestro. La clase estaba dividida en dos por una cortina, y se representó *Genoveva de Brabante*. La señorita Rosa hacia de Genoveva, y él, como el más pequeño de la escuela, hacia de niño. Le vistieron con una piel de cordero, de la que pendia una garra de hierro. No comprendió nada del drama, que le pareció muy largo. Pero se quitó el fastidio metiendo la garra entre las piernas de la señorita Rosa, lo cual fué causa de que en el momento más patético los espectadores quedasen sorprendidos al oir que Genoveva de Brabante decia á su hijo:

—Quieres estarte quieto, picarillo?

V.

Fra Diábolo.

En la batalla de Caldiero, cuando se replegaba la línea francesa y estaba ya dada la órden de repasar el Adije, el comandante Hugo se obstinó en defender la aldea de Caldiero, y sostuvo por espacio de tres horas el choque del enemigo, de tal modo, que Massena le dijo: —"Muy bien, amigo mio; sereis coronel y oficial de la Legion de Honor„.

El Adije no se pasó y el comandante fué citado tres veces en el parte del general, pero el parte de Massena no hizo más efecto que las recomendaciones de José Bonaparte.

Preciso es, sin embargo, confesar que el comandante no ayudaba á sus protectores. Cuando la conspiracion de Moreau, todos los cuerpos dirigieron al primer cónsul felicitaciones, sazonadas, naturalmente, de insultos contra su adversario. Hugo, á quien se habia presentado, para que firmase, una de estas felicitaciones, habia respondido que no firmaria nunca nada contra su bienhechor.

Le hicieron ver las malas consecuencias que podria traerle su negacion, pero su agradecimiento era muy terco. El primer cónsul lo supo, y despues de proclamado emperador, lo recordaba siempre.

El agradecido comandante tuvo bien pronto una prueba decisiva de la imprudencia de su gratitud. Su regimiento fué de los que conquistaron el reino de Nápoles y uno de los que el nuevo rey escogió para su guardia; además, el nuevo rey era José Bonaparte. Hugo tenia, pues, dos razones para ser admitido, pero hizo la peticion y fué negada. El capitan general le respondió *que el rey no era el amo*. Esta vez se resolvió á abandonar la carrera militar.

El anuncio de su dimision hizo reflexionar al ministro. Por otra parte, el rey José se quejó, preguntando qué clase de rey habian hecho de él, cuando no podia ni aun escoger sus guardias. No le

permitieron que ingresase su recomendado en su guardia, porque el emperador habia dicho desde luego que no, y si despues hubiera dicho que sí, habria podido creerse que los emperadores podian equivocarse, pero se autorizó al rey para que lo empleara en su ejército.

Hugo recibió, pues, del conde Matthieu Dumas, ministro de la Guerra del rey, una apremiante invitacion para pasar al ejército de Nápoles. "El rey tiene miras particulares acerca de vos, y quiere daros pruebas de su consideracion y de su aprecio.„

La primera prueba de confianza y de aprecio que le dió el rey fué encargarle que se apoderara de Fra Diábolo.

La ocupacion violenta del reino de Nápoles habia hecho que se levantasen en las montañas partidas de hombres intrépidos, mitad patriotas, mitad bandidos. El jefe general de esas partidas era Miguel Pesza, llamado Fra Diábolo, por su habilidad diabólica en escapar de todas las persecuciones. Las aventuras de Fra Diábolo han dejado reputacion romántica, que han inspirado óperas y novelas, entre otras el *Juan Sbogar*, de Cárlos Nodier. Salteador de caminos reales y defensor del suelo natural, mezclando el derecho y el asesinato, era, en efecto, uno de los séres ante los cuales duda la historia y lo entrega á la imaginacion de los novelistas. En aquel momento Fra Diábolo personificaba el tipo que se encuentra en todos los paises dominados por el extranjero; el bando legítimo en la lucha contra la conquista. Era en Italia lo que despues el Empecinado fué en España, Kanaris en Grecia y Abd-el-Kader en Africa.

Antes de acometer á los franceses, Miguel Pesza habia atacado á los viajeros, habia sido sencillamente un bandido, y su cabeza habia sido puesta á precio, lo cual no fué un obstáculo para que Fernando IV, cuando tuvo necesidad del bandido, le hiciese coronel y duque de Cassano.

Fra Diábolo, no tanto, pues, por defender á Fernando como por arrojar al extranjero, se bajaba á la llanura, sorprendia á los destacamentos, robaba los convoyes y desaparecia en las montañas. Empezaron por cercarle: el general Duhesme le cerró el patrimonio de San Pedro, el generales Goullet el valle de Sora y el general Valentin el territorio de Gaeta. Cuando estuvo así cercado, dieron al comandante Hugo ochocientos cincuenta hombres y empezó la cacería, que fué una batida laboriosa y sangrienta.

Fra Diábolo tenia mil quinientos hombres, pero el obstáculo no era la diferencia del número; lo difícil no era batirle, sino apoderarse de él. Conocia la montaña mejor que los cazadores; conocia salidas secretas; le veian, casi le tocaban, y de repente se les escabullia. La naturaleza se mezclaba en esta lucha; todos los dias descargaban terribles aguaceros, y cuando no llovia habia tal niebla, que se perdian á cada paso. Fué preciso desprenderse de los cañones y de los dragones, inútiles en las ásperas montañas y en los angostos senderos. Despues de seis dias de marchas y de contramarchas fatigosas, no consiguieron coger ni un solo prisionero.

Por fin la columna le rodeó de tan cerca, que iba á ser cogido, pero los espías volvieron diciendo que se habia escapado otra vez. Por dónde? Uno de ellos le habia visto á las cinco de la mañana á la orilla derecha del Biferno; otro le habia visto á la misma hora en los Abruzos; otro dirigiéndose á la Apulia; otro entrando en el reino de Nápoles. Comprendióse que para hacer perder la pista, sus partidarios se habian dividido en varios grupos, cuyos jefes pasaban todos por Fra Diábolo. ¿Cuál era el verdadero? No sabiendo á cuál perseguir, acosaron á todos, les hicieron seguir la misma direccion y consiguieron reunirlos en el valle de Boiano. Allí Fra Diábolo, acorralado, tuvo que batirse.

El combate fué obstinado. Llovia, porque allí llueve siempre, pero de tal modo, que los fusiles, llenos de agua, no hacian fuego; hubo que renunciar á tirar, y sostuvieron el combate cuerpo á cuerpo y con arma blanca; las culatas y las bayonetas causaron tal mortandad, que solo quedaron á Fra Diábolo ciento cincuenta hombres.

Derrotado así, trató de pasar el Benevento por el valle de Tamaro. Solo podia hacerlo atravesando el puente de Vinchiatura, que debia ser ocupado por la guardia nacional, pero ésta no se habia movido, no creyendo que se pudiese salvar con un tiempo tan horrible. Por otro lado la columna francesa, aminorada y rendida, calada por la lluvia y con los piés descalzos, se tuvo que detener algunas horas en Boiano para rehacerse y calzarse. Estas pocas horas y la pereza de los guardias nacionales bastaron para

que Fra Diábolo se escapase una vez más.

Empezó de nuevo la cacería. En Morcone hubo una tempestad tal, que sus habitantes no recordaban haber visto otra igual; el rayo cayó más de una vez en la columna y mató varios soldados; llovia tan violentamente, que aunque el terreno estaba en declive, el agua llegaba hasta media pierna, y como si esto no fuese bastante, al huracán acompañó un temblor de tiera; fué preciso detenerse y tomar á los habitantes ropas secas. Así que se calmó la tempestad se continuó la marcha, pero el agua habia hecho subir quince ó diez y seis piés el Calore, que Fra Diábolo habia pasado antes de la crecida, ganando así veinticuatro horas. Pero podian ganarse estas veinticuatro horas tomando las Horcas Caudinas y escalando la montaña de la Vírgen, adonde nunca habian subido más que las cabras.

El escalamiento pareció muy fácil á Hugo, pero los soldados no fueron de su parecer; dijeron que no podian más y que necesitaban descansar; los oficiales dieron la órden de marchar, pero los soldados no obedecieron. Esto era muy grave bajo todos conceptos; equivalia á la ruptura de la disciplina y á la salvacion de Fra Diábolo; con la delantera que habia tomado, el menor retraso le daba tiempo para embarcarse, para ir á Caprea, que estaba aun en poder de los ingleses. Sabíase, por otra parte, que recorrian la costa algunas barcas enviadas por el gobernador de Santa Elena, Hudson-Lowe, cuya sombría figura se asusta de haber servido para una evasion.

Hugo no transigia con la subordinacion. Era generoso y clemente, como se ha visto; capaz de una ternura casi femenil, pero inflexible en el mando. Además, su temperamento era sanguíneo y tenia el genio enérgico propio de la edad. Se dirigió, pues, á los amotinados, decidido á traspasar con la espada al primero que no quisiese obedecerle. Al verle así, unos tuvieron miedo, otros vergüenza, y solo tuvo que decir algunas palabras para que la tropa se pusiese en movimiento.

No tenia ya bastante gente para dividir sus fuerzas; se las llevó, pues, todas consigo y empezó la subida. El declive era tan rápido y tan resbaladizo, que solo podian avanzar agarrándose á las ramas de los arbustos. Una espesa bruma extraviaba á los guias, pero de repente esa bruma se levantó como una cortina y descubrieron el magnífico espectáculo del golfo de Nápoles. La belleza tiene siempre tal poder sobre los hombres, que aquella tropa sintió una emocion de júbilo. Bajaron alegremente, pero Hugo hizo callar su admiracion porque se aproximaban á Atella, donde esperaba sorprender á Fra Diábolo. En efecto, un vivo fuego de fusilería le anunció que allí estaba.

Pero Fra Diábolo se escapó otra vez, acompañado solo de unos treinta hombres. Aquel hermoso pais estaba cubierto de árboles, que auxiliaron su fuga; pero de pronto se encontró con un regimiento de caballería ligera que guardaba el camino real de Apulia. Cogido entre el regimiento y la columna, no le quedaba ya esperanza de salvacion.

La vanguardia del regimiento encontró unos veinte guardias nacionales triunfantes, que arrastraban é insultaban á un hombre de fisonomía abatida, que llevaba las manos atadas á la espalda. Preguntóseles quién era aquel hombre, y respondieron altivamente que era Fra Diábolo, que le habian hecho prisionero y que le llevaban á Nápoles. La caballería pidió que se le entregara para conducirle, pero los guardias nacionales defendieron enérgicamente su presa, diciendo que estaba puesta á precio su cabeza y que no entregarian el preso sino por los seis mil ducados. La caballería creyó que esto era justo y los dejó pasar. Atravesaron por medio del regimiento injuriando y maltratando al bandido. Cuando estuvieron ya fuera de la retaguardia, entraron en un sendero que conducia á la costa. De pronto, la última fila de retaguardia recibió por la espalda una descarga de fusilería. Se volvieron todos y vieron huir á los guardias nacionales, riéndose, con su prisionero, que ya no tenia las manos atadas. La prision habia sido una astucia de Fra Diábolo.

La caballería no podia perseguirlos en un bosque y se limitó á indicar á la columna de infantería, que llegó á poco, la direccion que habia tomado. Hugo le encontró en las cercanías de Castellamare, le mató casi toda su gente y le hirió, y no sirviéndole ya de nada los pocos hombres que le quedaron, los despidió.

Pero estaba rodeado por todas partes. Los seis mil ducados prometidos lanzaban en su persecucion bandadas de paisanos; le encontraron en campaña los

guardias nacionales, que no pudieron cogerle, pero que le hirieron otra vez.

Sucedia todo esto en Octubre; las noches eran muy frias, y aunque estaba nevando, Fra Diábolo, extenuado, vertiendo sangre por sus dos heridas, sin comer desde Atella, encontró en la montaña la choza de un pastor; miró por una hendidura y vió que el pastor se calentaba á una lumbre moribunda. El pastor estaba solo; entró y le pidió de comer y sitio para dormir. El pastor le señaló unas patatas que se estaba asando en la ceniza y un haz de paja en un rincon. Fra Diábolo echó las armas, comió y se acostó en la paja, que le pareció una cama excelente despues de las últimas noches. Pero fué despertado súbitamente por dos hombres armados que le tenian bajo sus rodillas y que le oprimian. Otros dos hacian lo mismo con el pastor. Estos cuatro hombres, que eran bandidos de Cilento, le vaciaron los bolsillos, robaron la cabaña y se apoderaron de las armas, y despues, despreciando al pastor, que era viejo, se llevaron á Fra Diábolo. Pero el desgraciado no podia seguirlos bastante de prisa, porque una de sus heridas era del pié, y le maltrataron. No se atrevia á decir su nombre por miedo á que les tentase el premio de seis mil ducados; por fin, viendo que no podia andar y que se acercaba el dia, le golpearon de nuevo y le dejaron medio muerto entre la nieve.

Fra Diábolo no sabia dónde estaba. Se levantó y se arrastró como pudo: vió á lo lejos una débil luz y se arrastró hácia ella penosamente. Pronto descubrió un grupo de casas; era Baronisi. Cuando llegó al pueblo estaba un boticario abriendo su tienda, y al ver aquel hombre destrozado y cubierto de sangre, que acababa de apoyarse en un guardacanton para no caer, le preguntó qué hacia allí inmóvil en la nieve y en la oscuridad de la noche. El herido respondió que venia de la Calabria, que iba á Nápoles y que esperaba á sus compañeros que venian detrás. El boticario, que no encontró en él el acento calabrés, le miró atentamente y le invitó á entrar en su casa, donde podria esperarlos calentándose en la cocina. Le hizo sentar cerca de una buena lumbre y fué á buscar una botella de aguardiente.

Mientras Fra Diábolo bebia y le daba gracias, la criada del boticario entró con algunos guardias nacionales que habia ido á buscar y que pidieron al desconocido sus documentos, y habiendo éste respondido que se los habian robado, fué preso y conducido á Salerno.

Abrigaba aun la esperanza de no haber sido descubierto, cuando le conoció un gastador de Hugo, que era napolitano y que habia servido á Fernando IV, y que habia visto muchas veces al coronel duque de Cassano. La casualidad hizo que entrase en casa del comandante de Salerno en el momento que estaba interrogando al preso:

—Calla! exclamó; Fra Diábolo!

El asombro fué extremado. Fra Diábolo trató de negar, pero el gastador le habia servido muchas veces y dieron crédito á sus afirmaciones.

Hugo, cuya mision estaba terminada, dirigió su columna á Nápoles y fué á dar cuenta del suceso al rey. En recompensa de su accion, pidió al rey que Fra Diábolo fuese tratado como prisionero de guerra y que se juzgase al duque de Cassano y no á Miguel Pesza. Pero no pudo conseguir del rey, ó el rey no pudo conseguirlo del emperador. La nueva dinastía tenia demasiado interés en desprestigiar la antigua para perder una ocasion de presentar á sus defensores como á bandidos; condenóse, pues, á Miguel Pesza, como asesino, á la pena de muerte.

Hugo fué á verle á la cárcel. Le conoció en seguida, porque le habia visto muy de cerca en el combate de Boiano. Fra Diábolo era de baja estatura, y lo más notable que tenia eran sus ojos vivos y penetrantes. El no conoció á su adversario, pero cuando le dijeron su nombre, le miró atentamente y confesó que otro jefe cualquiera no hubiera podido apoderarse de él.

VI.

Viaje por Italia.

La emocion de la lucha habia impedido á Hugo sentir el esceso de su fatiga: en Nápoles recordó que habia estado treinta y un dias sin dormir y sin acostarse, y allí echó de ver tambien que habia sido herido en Boiano. Una fiebre violenta le retuvo en la cama; pero habia perseguido demasiado bien á Fra Diábolo para tener el derecho de estar malo.

La Apulia tenia tambien sus partidas, pero allí el patriotismo no era más que un pretexto; todos eran bandidos. El

que habia aniquilado á Fra Diábolo no tuvo gran dificultad en exterminar á aquellos miserables. La persecucion no fué más que un paseo, y la columna francesa al paso fué observando el paisaje y las costumbres.

El comandante quedó muy sorprendido al ver los sepulcros de Santa Agata de Goti. Se bajaba por una doble escalera al través de dos setos de muertos de pié, disecados y vestidos. Un largo patio subterráneo prolongaba indefinidamente estas dos filas de cadáveres, vestidos con su mejor ropa, hasta donde los habitantes iban á ver á sus parientes y á sus amigos.

Un temblor de tierra que hubo en Pomarico produjo un efecto singularísimo. Era de noche, y en las aldeas de Italia se duerme casi siempre sin camisa. La columna francesa vió correr una multitud de mujeres desnudas, arrojadas de sus casas por el temblor de tierra. La luna alumbraba claramente. Los velites y los lanceros polacos tuvieron el pudor de prestarles sus capas.

No fué ésta la única vez que el ejército francés miró por la castidad de los italianos. En la Basilicata, el monasterio de Bauzo prohibia á sus vasallos edificar, y los amontonaba en casas pertenecientes al convento; una sola casa de éstos contenia más de setecientos de todos sexos y edades, confundidos, viviendo veinte familias en un mismo cuarto, y toda una familia, padre, madre, hijos é hijas, ya mozas, en la misma cama. Hugo presentó un informe al rey, que obligó á los frailes á guardar mejor el pudor.

La columna regresó cuando los últimos bandidos fueron muertos ó dispersados. El rey no fué ingrato con el jefe de la expedicion: le dió el mando de un regimiento y de una provincia. Le nombró coronel de la Guardia real corsa y gobernador de Abellino.

El primer cuidado del gobernador fué escribir á su mujer que fuera á reunirse con él. Hacia más de dos años que estaba separado de ella y de sus hijos; pero pacificada ya la Italia, podia ser esposo y padre.

La madre se puso en camino á fines de Octubre de 1807. Víctor Hugo, que no tenia entonces más que cinco años, no se acuerda de esta travesía por toda la Francia más que de una lluvia muy fuerte, que en el momento de partir azotaba los cristales de la diligencia.

Ascendió al Monte-Cenis en un trineo, en el que subió con su madre, mientras que Abel y Eugenio, que eran mayores, iban montados en mulas; le llamaron mucho la atencion las láminas de cuerno que tenia el trineo en lugar de vidrios. Tambien recuerda que, al pasar esta montaña, Eugenio se empeñó, á pesar de todos los consejos y amenazas, en quitarse las medias de lana que le habian puesto á causa de la nieve y que se quitaba cuantas veces se las ponian.

Recuerda aun la impresion que le causaron los tejados grises de Lusa y una comida en los Apeninos. El aire de la montaña habia abierto el apetito de los niños, que no quisieron esperar el relevo; pero no tenian provisiones, y era inútil querer tropezar por allí con alguna posada. Encontraron á un cabrero, que les ofreció su choza y un águila que acababa de matar, y que era lo único que tenia de comer.—"Comamos el águila", dijeron los niños. El cabrero asó las patas y las devoraron.

Una crecida de aguas tenia rodeada á Parma. La ciudad, vista desde lejos, parecia salir de un lago. Los paisanos de las cercanías, temiéndose mojar los zapatos, los llevaban al hombro y andaban descalzos. Víctor dijo á Eugenio:

—Mira, qué pícaros! Prefieren estropearse los piés á destrozar los zapatos.

Volvieron á subir á la diligencia. Oprimidos en el interior, los niños se consolaban haciendo con las pajas, que habian puesto para los piés, crucecitas, que pegaban á los vidrios.

Mientras las pegaban, veian de distancia en distancia restos humanos, colgados de los árboles del camino. Eran bandidos ahorcados para intimidar á los demás; pero los tres niños no comprendian la objecion que hacian á la pena de muerte, pegando delante de todos los suplicios el suplicio de Cristo.

Aquella fila de espectros me impresionaba mucho y aterrorizaba al pequeño Víctor. Pero su mayor miedo era el volcar, miedo que le duró todo el viaje; á cada oscilacion, al menor guijarro, se creia ya en el suelo: decian que los coches no volcaban nunca en Italia; pero él vió, aunque no recuerda dónde, un coche que quiso pasar á la diligencia y se estacó y volcó casi sobre los niños. Un cardenal empotrado en el coche agitaba por la ventanilla y furiosamente los brazos, lo que hizo reir mucho á Abel y á Eugenio; pero Víctor los reprendió severamente.

Le gustaron sobremanera las lente-

juelas de plata del Adriático. La llegada á Roma fué una gran alegría para los niños. El puente de Sant-Angelo y las estátuas empezaron á deslumbrarles. Se celebraba una gran fiesta; las calles estaban llenas de multitud compacta, que iba á besar el dedo pulgar del pié de la estátua de San Pedro.

Los tres hermanos quisieron ir, y aquella estátua pontifical y con tiara en la cabeza les dejó admirados; se arrodillaron y besaron el dedo del santo, y notaron que aquel dedo, gastado por los labios, se habia convertido en un dedito.

Nápoles, resplandeciente por su sol, limitado por el azul del mar, les hizo el efecto de una poblacion vestida con hábito blanco orlado con franja azul.

La señora de Hugo descansó algunos dias en Nápoles. Habia sufrido mucho más que gozado en el viaje. Siendo bastante insensible á la naturaleza, no se habia conmovido en el camino más que por dos cosas: por las detestables camas de las posadas y por las molestias que le causaron las pulgas.

Los niños apenas visitaron la poblacion, porque su madre era poco curiosa: estaba en casa todo el dia y esperaba á que se pusiese el sol para llevarlos en calesa á la orilla del mar.

Llegaron, en fin, á Abellino, donde su padre, impaciente y lleno de alegría, se habia puesto de gran uniforme para recibirlos. Despues de los abrazos visitaron la casa. Era un palacio de mármol, todo agrietado por el tiempo y por los temblores de tierra. El calor de aquel clima dispensaba de tener un palacio herméticamente cerrado. Tenia, por lo demás, espacio suficiente para jugar, que era todo lo que podia desearse. Los lagartos hacian sus nidos en el espesor de los muros. Fuera del palacio, una rambla profunda, sombreada por nogales, completaba la felicidad de los niños. Desde el primer dia pasaron la vida subiendo y bajando la cuesta y encaramándose á los árboles. El sitio les convenia y la clase de vida tambien. No teniendo escuela gozaban de completa libertad. Pero aquellas vacaciones apenas duraron algunos meses: el rey de Nápoles fué nombrado rey de España, y en cuanto llegó á Madrid escribió al gobernador de Abellino que no le sabria mal que continuase en Italia, pero que le agradeceria que fuese á España.

El gobernador se lo debia todo á José, que poco antes de recibir su nueva corona le hizo ingresar como comendador de su órden y le acababa de nombrar mayordomo de palacio; no dudó, pues, en seguirle.

Pero era muy fácil prever que España no se resignaria lo mismo que Italia á sufrir un rey extranjero y que tendria que afrontar contratiempos y luchas, á los que no podia esponer á su mujer y á los niños. Por otra parte, no podrian éstos educarse viajando sin cesar; por lo que determinó que los tres niños, con su madre, fueran á Paris y que permanecieran allí hasta que España estuviese tranquila.

Abandonaron, pues, aquella vida llena de sol y de independencia y aquel hermoso palacio de mármol que iban á trocar por una sala de estudio. Sin embargo, álguien lo sintió más que los niños; su padre.

La charla de aquellas bocas rosadas desapareció. El pobre coronel no tuvo ya quien se le subiese á las rodillas, ni quien abriese grandes ojos ante los bordados de su uniforme, ni quien metiese las diminutas manos entre las charreteras.

Sus hijos le llenaban el corazon de ternura y de tristeza, y escribia á su madre, que vivia en la Borgoña:

"...Abel es un niño de los más amables; es alto, bizarro y más juicioso que lo que parece que permita su edad; sus progresos son un estímulo y tiene el carácter excelente, como sus dos hermanos.

„Eugenio es el que recibísteis en vuestras manos cuando nació: es hermosísimo, es vivo como la pólvora; creo que tiene menos disposicion al estudio que sus hermanos, pero no tiene ninguna mala cualidad.

„Víctor, que es el más jóven, ha demostrado gran aptitud para el estudio; es tan juicioso como su hermano mayor y muy reflexivo; habla poco y siempre con oportunidad. Sus reflexiones me han llamado la atencion muchas veces. Tiene la fisonomía expresiva y dulce.

„Los tres son buenos muchachos; se quieren mucho, y los dos mayores aman extremadamente al menor. Estoy muy triste por no tenerlos conmigo; pero aquí no es posible educarlos, y es preciso que vayan á Paris.„



VII.

Las Fuldenses.

La señora Hugo, al volver á Paris para educar á sus hijos, se hospedó en el barrio de los Estudios: buscaba una casa cerca de la iglesia de Santiago de Haut-Pas, y la encontró con jardin. Ya he dicho que era insensible á los grandes espectáculos de la naturaleza; no daba importancia á las montañas, pero adoraba los jardines. Viendo, pues, el jardin, no miró la casa y anidó en ella á su familia pequeña; pero casi al mismo tiempo que descubrió que habia árboles para los pájaros en el jardin, observó tambien que no habia en la casa cuartos para los niños. Tuvo que poner á Abel en el Liceo, y viendo no habia en ella sitio para los otros dos niños, le buscó en otra parte.

Un dia entró muy contenta porque habia encontrado lo que deseaba.

De tal manera habló de su hallazgo, que tuvo que enseñarlo. Al dia siguiente por la mañana, Eugenio y Víctor fueron con ella á verlo. A pocos pasos de allí llegaron al callejon de las Fuldenses, abrióse una verja en el número 12, atravesaron un patio y subieron á un piso entresuelo. Su madre quiso hacerles admirar el comedor y el salon grandes, altos de techo, con rasgadas ventanas llenas de luz y de alegría; pero no pudo detenerlos más en la casa; ¡habian visto el jardin!

Aquel no era un jardin, era un parque, un bosque en un campo. Se apoderaron de él al instante, corriendo, llamándose sin verse unos á otros, creyéndose perdidos, contentísimos. No tenian bastantes ojos para contemplar ni bastantes piernas para correr. A cada instante hacian un descubrimiento.—"¿Sabes lo que he encontrado?„—"Tú lo has visto?„ —"Por aquí! por aquí!„ Habia un paseo de castaños que servia para poner un columpio; habia un sumidero de aguas seco, admirable para jugar á soldados y para tomarlo por asalto. Habia tantas flores como era posible desear, pero sobre todo habia rincones sin cultivar hacia mucho tiempo, llenos de yerbas, de plantas, de malezas y de arbustos. Habia tanta fruta, que no se recogia la que caia de las ramas. Era la estacion de las uvas. El propietario autorizó á los chicos para que saqueasen las parras y volvieron embriagados.

El dueño era un tal Lalande, que habia comprado el convento de las Fuldenses cuando la revolucion privó de su propiedad á las religiosas: ocupaba el comprador una parte y alquilaba la otra.

La fiesta infantil empezó el dia de la salida de Abel del Liceo. Sus dos hermanos se presentaron en aquel paraiso, de que él no podia gozar más que una vez cada semana; pero la verdadera solemnidad fué la mudanza. Los niños emplearon los dias anteriores en embalar los soldados de plomo y los cañones, en empaquetar las balas y los peones, en encerrar las estampas en los cartones, en hacer que no se les olvidara nada para no tener que volver: se mudaron, en fin; tomaron posesion de aquella mansion de delicias, se acostaron, y al dia siguiente se despertaron locos de alegría.

Los primeros dias pertenecieron en toda propiedad á los dos hermanos. Los emplearon en tomar posesion de su nuevo mundo, en hacer un detenido estudio de los rincones y de las matas, en aprender la geografía de su jardin; pero como no habian ido á Paris para aprender solo esta geografía, su madre pensó sériamente en darles instruccion. Ninguno tenia, sobre todo Víctor, edad para entrar en el colegio. Su madre les envió primero á la escuela de la calle de Santiago, en la que un buen hombre y una buena mujer enseñaban á los hijos de los obreros lectura, escritura y cuentas. El padre y la madre Lariviere (así se llamaban) merecian ciertamente estos nombres por la paternidad y la maternidad de su enseñanza, que era enteramente familiar. La mujer no desdeñaba servir á su marido, despues de empezar la clase, una taza de café con leche, ni tenia dificultad en sustituirle mientras éste se desayunaba.

Lariviere era bastante instruido; era un excelente maestro de escuela que hubiera podido ser catedrático. Supo muy bien, cuando fué necesario, enseñar á los dos hermanos el griego y el latin. Era un antiguo sacerdote de la Congregacion del Oratorio; la revolucion le espantó, y se hubiera visto en la guillotina á no haberse casado; prefirió dar la mano á dar la cabeza. En su precipitacion por casarse no buscó su mujer muy lejos; se casó con la primera que tuvo á mano; con su criada.

Cuando quisieron enseñar á leer á Víctor, se encontraron con que ya sabia;

habia aprendido solo, fijándose y contemplando las letras; en la escritura adelantó rápidamente y en la ortografía tambien. La madre Lariviere se vanagloriaba muchas veces de que Víctor escribió en el primer semestre un evangelio que ella le dictó, sin cometer más que una falta de ortografía.

La escuela no prohibia á los niños jugar en el jardin; solo los ocupaba una parte del dia, dejándoles jugar por la mañana y por la tarde en las calles de árboles. Llegó el invierno, menos agradable que el verano, pero que tiene sus bolas de nieve que los niños se tiran á la cara; volvió la primavera, y con ella los botones de oro, que contemplaban con adoracion respetuosa y que temian pisarlos y que se marchitasen.

Pero lo mejor que encontraban en el jardin era lo que no existia; lo que suponia en él su imaginacion infantil, casi tan infatigable como la imaginacion del hombre en crear quimeras y séres fantásticos. ¡Qué de cosas veian en el sumidero de aguas seco que no existian en él!

Sobre todo, veian salamandras.

El autor de *Los Miserables* no podia apartar de la imaginacion á la salamandra, "ese mónstruo fabuloso que tiene escamas en el vientre, sin ser lagarto, y pústulas en el dorso, sin ser sapo; que vive en los agujeros de los hornos viejos de cal y de los pozos secos; que es negro, velludo, viscoso; que se arrastra, ya con lentitud, ya con rapidez; que no grita, pero mira; que es tan terrible que nadie le ha visto nunca.„

Apenas volvian de la escuela, Víctor decia á Eugenio:—"Vamos á coger salamandras„, y al momento, arrojando sus cuadernos, sin dar á su madre tiempo para abrazarlos, se precipitaban, rodaban por el pozo, apartaban las zarzas, quitaban los ladrillos, registraban los agujeros.—"Ya la encontré!„—"¡Aquí está!„ y quedaban muy disgustados cuando, despues de una hora de encarnizada persecucion, no encontraban el animal que sabian que no existia.

El domingo, Abel salia del colegio y acompañaba á sus hermanos en estas persecuciones y en todos sus juegos en el jardin; pero cuando la señora Foucher llevaba allí sus hijos, era cuando aquellos gozaban de completa fiesta.

El bríndis del Hotel-de-Ville estaba ya próximo á realizarse. Despues de dos niños, de los cuales el primero no habia vivido, el escribano del Consejo de guerra tuvo una niña á quien ciertamente no podia faltar marido, ya que el coronel tenia tres hijos varones. Muchas tardes en el verano la señora Foucher iba á ver á su amiga á las Fuldenses; llevaba á sus hijos Víctor y Adela, que corrian, jugaban y alborotaban con los otros niños.

El columpio que premeditó Víctor el dia de su primera visita al jardin, le colocaron en el mismo sitio que habia designado su buen golpe de vista, y allí estaba para que usasen y abusasen de él. Nadie abusaba más que Víctor, que una vez subido, no podian conseguir que bajara. Poníase de pié y empleaba toda su fuerza y todo su amor propio en lanzarse lo más alto posible, desapareciendo entre el follaje de los árboles, que agitaba mucho el aire que producia. Algunas veces se dignaba ofrecer su sitio á la niña, que se dejaba elevar contenta y temblorosa, recomendando siempre que la columpiaran con menos fuerza que la última vez.

El columpio tenia un rival, un viejo carreton descompuesto. Sentaban á la señorita Adela en el carreton y la vendaban los ojos; los niños se esparcian por el jardin y le preguntaban en qué sitio estaba, causándoles explosion de felicidad y de risa cuando ella no lo adivinaba perdida en el jardin. Algunas veces acertaba, pero al examinar la venda comprendian que habia hecho trampa, y los jóvenes se incomodaban. Era preciso volver á empezar el juego, y la apretaban el pañuelo hasta el punto de amoratarle el rostro; la llevaban muy lejos, y en voz severa le preguntaban:—"Donde estás?„ Se equivocaba y estallaban las risas.

Cuando los niños se cansaban de jugar con la niña, pasaban á ocuparse de cosas más sérias. Desarraigaban las estacas del jardinero y se dirigian á la gazapera de los conejos, que tenia tres escalones; echaban suertes para ver quién se ponia en el tercer escalon; los otros quedaban abajo y empezaban el asalto. La señora Hugo no tardó en descubrir que las estacas imitaban muy bien las lanzas, y desde entonces solo permitió que los ejércitos peleasen á puñetazos; esto no lo encontraban divertido desde que ya no corrian peligro de sacarse un ojo.

La señora Hugo tenia muchas exigencias tiránicas. Reprendia á los niños cuando volvian de la guerra con la camisa súcia y los pantalones rotos. Tenia buen cuidado de vestir á sus hijos de grueso paño pardo en invierno y de tela muy fuerte en el verano; pero no habia

tela que resistiese el furor de sus juegos.

Un dia llegó uno de los niños con un rasgon terrible, y les dijo que el primero que volviese con el pantalon roto lo vestiria con uno de dragon. Al dia siguiente los niños se encontraron una compañía de caballería que relumbraba al sol; Víctor quedó entusiasmado al verla y preguntó qué eran aquellos soldados.

—Dragones, le respondió la criada.

Una hora despues, la señora Hugo, que no oia correr y gritar á Víctor como siempre, fué á ver lo que hacia, y le encontró agachado detrás de un matorral y ocupado en agrandar las rupturas de su pantalon para convertirle en harapo.

—Qué haces ahí? le preguntó encolerizada.

El niño la miró tranquilamente y la respondió:

—Lo destrozo para conseguir que me dés un pantalon como el que llevan los dragones.

VIII.

El arresto de Lahorie.

Hácia mediados de 1809 la compañía se aumentó con un amigo que no era niño.

Un dia Eugenio y Víctor fueron llamados al salon y presentados por su madre á un hombre de mediana estatura, pecoso de viruelas, de cabello y bigotes negros, de fisonomía benévola y afable, pariente suyo, segun les dijo.

Este pariente comió con ellos aquel dia. Al otro dia le volvieron á ver, y al otro, y todos los dias siguientes.

No tardaron en intimar.

En menos de veinte y cuatro horas fueron antiguos amigos, porque aquel hombre era "un buen muchacho„. Sabia todos los juegos, y algunos que eran muy difíciles: levantaba con el brazo tendido á Víctor, á quien queria especialmente; le arrojaba al aire muy alto y le recibia en sus brazos, causando miedo á su madre, pero dando mucho júbilo á Víctor.

Así que los dos niños volvian de la escuela, acudia él: cerraba el Tácito ó el Polibio, que solia estar leyendo hasta entonces en uno de los paseos del jardin, y se dedicaba á jugar con los pequeñuelos.

Era esta la hora de comer, pero en verano el comedor era la escalerilla del jardin, la mesa la plataforma y las sillas los escalones. Su amigo les acariciaba y servia, y por más prisa que tuviesen por ir á jugar, siempre les quedaba algun rato despues de la comida para oir los bonitos cuentos que les referia. Por la tarde, y esto divertia á los niños menos que los cuentos, les hacia dar leccion, los examinaba y los aprobaba ó reprendia. Al año siguiente, cuando empezaron el latin, hizo explicar el Tácito á Víctor, que no tenia todavía ocho años.

No vivia en la casa, sino en el jardin, donde se habia alojado en las ruinas de una capilla. Habia en el fondo del jardin, detrás de los matorrales, un edificio medio abandonado, dividido en lo interior en dos piezas, una de las cuales tenia un fragmento de altar y la otra habia sido una sacristía. Este edificio era el domicilio de las palas, regaderas y rastrillos. La sacristía, que era no menos ruinosa, la habian barrido, fregado y lavado, poniendo en ella una cama, una mesa, un tocador y dos sillas, y el pariente estaba allí bien instalado.

Una cosa que asombró en seguida á los niños, fué que cuando iban á pasear fuera ó jugar al consejo de guerra con Víctor Foucher, su gran amigo tenia siempre alguna ocupacion imprescindible.

No salia nunca del jardin ni aun iba al patio. Además, aquel hombre tan sociable y tan comunicativo con ellos, no era lo mismo con los demás. No queria ver á nadie. La señora Hugo vivia muy retirada, y apenas recibia más que á la familia Foucher, y si venia por casualidad cualquier otra visita, al primer campanillazo el pariente desaparecia é iba á esconderse en la sacristía.

Los niños no sabian cómo conciliar esta insociabilidad con su habitual franqueza y su facilidad en todas las diversiones, y cuando le preguntaban por qué huia así de todas las visitas, respondia que odiaba al mundo y que no le gustaban más que los libros, los jardines y los niños.

Este "pariente„ era el general Lahorie.

Digamos ahora por qué habia ido á esconderse en las Fuldenses. La señora Hugo conocia al general Bellavesue, y un dia que estaba comiendo en su casa con el general Fririon, los dos generales empezaron á hablar de Lahorie, su comun amigo, cuya apurada situacion les inquietaba.

Lahorie habia tomado parte en la conspiracion de Moreau; habia sido hasta cierto punto su primer autor, y produjo

el conflicto entre Moreau y Bonaparte. El padre de Víctor habia sido testigo de un hecho por el cual empezó el disgusto de Moreau. En el ejército del Rhin se habia dado órden á todas las divisiones de tomar posesion del Iser en un dia fijo, y todas habian obedecido, escepto la del general Leclerc, que viendo á Freysingen ocupado por mucha fuerza, no habia creido prudente llegar hasta allí. Leclerc envió su ayudante general á prevenir á Moreau; pero á las primeras palabras, Lahorie, jefe de Estado Mayor de éste, interrumpió al ayudante, diciendo que la division habia hecho mal en no cumplir la órden dada y que era preciso que Freysingen fuese ocupado aquella misma tarde.

Moreau aprobó las palabras de Lahorie, y el ayudante volvió á dar el parte á Leclerc, que atacó y tomó á Freysingen; pero descontento de que le reprendiese ágriamente un simple jefe de Estado Mayor, pidió al dia siguiente á Moreau su licencia: Moreau se la negó; pero Leclerc, que era cuñado del primer cónsul, recibió la licencia por medio de su mujer; fué á Paris y trabajó tan bien en contra de Lahorie, que despues de la paz de Lunneville, solo el primer cónsul negó una de las promociones de la campaña, y ésta fué la de Lahorie, á quien Moreau habia nombrado general de division sobre el campo de batalla de Hohelinden. Moreau á su vuelta reclamó en seguida contra este mentís dado á su palabra, quejándose enérgicamente al ministro de la Guerra y acudiendo hasta el primer cónsul, pero nada consiguió. Le dijeron además que el primer cónsul habia dicho que Lahorie no seria nunca general de division. Moreau se vió, pues, ofendido personalmente y desde entonces fué enemigo de Bonaparte. Cuando estalló la querella, Lahorie se puso naturalmente al lado de Moreau por rencor y por agradecimiento.

Como fracasó el complot de Moreau, tuvo éste que salir de Francia; Lahorie fué condenado á muerte por contumaz y estaba escondido hacia algunos años, hoy en casa de un amigo, mañana en la de otro; pero la policía le perseguia incesantemente y sus guaridas no tardaban en ser descubiertas: una vez tuvo que escapar enfermo y calenturiento, conducido en una camilla. A fuerza de cambiar de escondites habia gastado ya á todos sus amigos, y en aquel momento no sabia á quién dirigirse. Los generales Fririon y Bellavesue tenian algunas casas designadas y se preguntaban en cuál de ellas estaria su amigo más seguro.

—En la mia, dijo la señora Hugo.

Y tenia dos razones para ser hospitalaria. Lahorie era un proscripto y era un amigo. Se habia portado magníficamente con su esposo en el ejército del Rhin y era el padrino de uno de sus hijos. Pensó en su casa perdida en un callejon sin salida y en la capilla oculta entre el follaje, y le ofreció ambas cosas. Los generales comprendieron que aquel era el mejor escondite, y al dia siguiente la señora Hugo dijo al casero y á los criados que el mismo dia esperaban á un pariente provinciano, un hombre original, una especie de oso, que venia á Paris para no tratarse con nadie: aquella misma tarde quedó ocupada la sacristía.

Lahorie vivió en las Fuldenses diez y ocho meses, ignorado, invisible y tranquilo, esperando del tiempo, que todo lo borra, conseguir la libertad.

Este tiempo no podia tardar mucho; el emperador, en el colmo de la victoria y del poder y en vísperas de casarse con una archiduquesa, tenia que hacer otras cosas más importantes que vengar una antigua cuestion del primer cónsul.

Y en efecto, una mañana el general Bellavesue entró lleno de alegría. Habia comido la víspera con el ministro de la Policía, y despues de la comida, *** le llamó aparte para decirle:

—Vos sabeis dónde está Lahorie: sé que hace mucho tiempo que está escondido; hasta hoy hizo bien en ocultarse de la justicia, porque el gobierno no estaba bastante asegurado y no podia consentir que nadie le amenazara; pero hoy el imperio es fuerte: es dueño de Francia y de Europa; está reconocido por las monarquías antiguas; ¿de qué quereis que tengamos miedo? S. M. es feliz y no quiere mal á nadie. Decid á Lahorie que no tiene nada que temer, y que puede salir de su escondite y vivir tranquilo.

El general respondió que no sabia dónde estaba Lahorie, ni aun si estaba oculto, porque lo creia en Inglaterra.

—No está en Inglaterra, respondió ***. Está en Paris. Lo sé yo y lo sabeis tambien: no os pregunto dónde. ¿Creeis que si me empeñase no lo sabria dentro de una hora? Si os hablo así es por la amistad que le profeso y porque no quiero que sufra inútilmente. Decidle lo que os revelo y que obre como le plazca.

El general Bellavesue refirió esta conversacion á la señora Hugo, cuya prime-

ra contestacion fué que esto era un lazo, y que no debia ni aun hablar de ello á Lahorie, á quien el fastidio de su larga cautividad haria tal vez crédulo. Pero el general dijo que Lahorie no era un niño para que no fuese consultado sobre sus propios asuntos é insistió en verle. Despues que Lahorie hubo oido á Bellavesue tuvo grande confianza; pero la señora Hugo le aconsejó tan enérgicamente que no se entregase á la esperanza, que se decidió esperar á que su amigo volviese al ministerio de la Policía y le trajese nuevas seguridades.

Bellavesue volvió á la semana siguiente, y estando solo con *** buscaba un medio de hacer recaer la conversacion sobre el prisionero, cuando su interlocutor le dijo:

—¿Sabeis que he estado esperando toda la semana á Lahorie? Creí que saldria en seguida y que me dedicaria su primera visita. Le he esperado en vano todos los dias desde nuestra conversacion. ¡Y qué! No sale de su escondite? ¿Le habeis aconsejado que no salga? ¡Sois unos niños si teneis miedo! ¿Os figurais acaso que el emperador piensa en Lahorie? Qué ha de hacer á Lahorie? Yo me intereso por él porque hemos sido compañeros; hemos hecho la guerra juntos, y esto no se olvida nunca. Me pongo en su lugar y comprendo la angustia de la vida que está soportando, porque no es propio de un soldado andar jugando al escondite y vivir en un agujero como un zorro. Ese valiente necesita aire. Vaya; decidle que no tiene nada que temer y que le espero.

Cuando el general Bellavesue trasmitió á Lahorie la nueva invitacion de ***, Lahorie no dijo nada. Bellavesue le preguntó lo que pensaba hacer, y respondió que ya veria. La señora Hugo insistió y le suplicó que no fuese cándido y que no diese crédito á la palabra de un polizonte: él no respondió.

Al dia siguiente, á la hora de almorzar, el criado fué como de costumbre á avisar á Lahorie; llamó á la puerta de la sacristía y no respondió nadie; creyó que estaria en el jardin, pero le buscó inútilmente, y fué á decir á la señora Hugo que no le encontraba.

La señora Hugo concibió tristes sospechas; fué por sí misma á llamar á la puerta; nadie respondió; escuchó, mas no oyó ningun ruido ni movimiento; entró y el cuarto estaba vacío.

Volvió á la casa y oyó el ruido de un cabriolé que paraba á la reja del patio; miró por la ventana y vió á Lahorie que saltaba del carruaje.

Corrió hácia ella lleno de alegría, y estrechándole las manos con efusion, la dijo:

—Dadme la enhorabuena, soy libre; ya puedo ir y venir y vivir; ya soy hombre; he resucitado!

Refirió entonces que no habia podido contenerse; que por más grata que fuese su hospitalidad, era una prision, y que habia ido á casa de ***. Los porteros le habian preguntado su nombre, que él quiso ocultar, por lo que querian impedirle que entrase; pero insistió, diciendo que tenia asuntos importantes que comunicar á ***. Este, en cuanto le vió entrar, le abrazó, haciéndole sentar, recordándole sus antiguas campañas, reprendiéndole por haber estado tanto tiempo oculto, repitiéndole que nada debia temer, que lo pasado se habia olvidado ya, que podia vivir libremente, y cuando despues de tres cuartos de hora se levantó, le dió un vigoroso apreton de manos, diciéndole:—"¡Hasta muy pronto!„

Pusiéronse á la mesa y Lahorie almorzó con gran apetito. Cuando terminaban el almuerzo, la cocinera entró asustada; acababa de ver algunos hombres de cara sospechosa que atravesaban el patio, dirigiéndose á la casa. En el mismo momento llamaron á la puerta.

El general se levantó de la mesa y abrió la puerta.

—El general Lahorie? preguntó uno de los hombres.

—Yo soy.

—Daos preso.

Apenas le dejaron tiempo para despedirse de la señora Hugo: se apoderaron de él y le llevaron á la cárcel.

IX.

Napoleon vislumbrado.

El rey José no era personalmente odiado en España, pero era extranjero, y esto bastaba para que los españoles no le quisiesen. El mismo, que era prudente y moderado, convencido de la imposibilidad de vencer la resistencia, estaba dispuesto á renunciar aquel trono inseguro, pero su hermano no se lo permitia. De modo que España ofreció el espectáculo, probablemente único en la historia, de una nacion gobernada contra su

voluntad por un rey que reina á la fuerza.

Napoleon, irritado porque se negaban á reconocer á su hermano, habia amenazado á los españoles con ir á gobernarlos personalmente: "Si todos los esfuerzos son inútiles y si no respondeis á mi confianza, no me quedará más remedio que poner á mi hermano en otro trono, y entonces colocaré la corona de España en mi cabeza.„

Esta amenaza habia producido algun efecto, porque no faltó quien quisiera prestar juramento de fidelidad en los registros abiertos con este fin. Pero esta fidelidad, arrancada por el terror, no impidió á los españoles sublevarse á la primera ocasion, y cuando el coronel Hugo llegó á Búrgos, se esperaba aquella misma tarde al rey José, que á causa de la derrota de Bailén habia abandonado á Madrid.

Napoleon vino al socorro de su hermano y empleó dos ejércitos franceses en castigar á un pueblo culpable de querer su libertad.

José, que habia establecido en Vitoria su cuartel general, hizo preparar su palacio para recibir al emperador, pero éste escribió que queria alojarse fuera de la poblacion. El rey buscó una casa á propósito, pero no la encontró, y el mismo dia que debia llegar su hermano, envió á las cuatro de la tarde al general Hugo, que era ayudante suyo, con una carta, que le hizo leer, para que si encontraba al emperador de noche le pudiera decir lo que la carta contenia.

Hugo partió con esta carta y con algunas explicaciones verbales, y encontró á las cinco y cuarto á un oficial general que iba solo, y al cual preguntó dónde estaba el emperador. Este oficial era el general Bertrand, y le respondió que estaba en un recodo del camino.

En efecto, poco despues se encontró con un pequeño grupo de caballería, sin escolta, y en medio del cual conoció al emperador por su semejanza con José, porque aunque habia estado en la guerra desde 1788, nunca le habia visto.

Habia tantos ejércitos en aquella época y se peleaba en tantos puntos, que se podia muy bien estar veinte años en la guerra sin conocer al emperador.

El coronel entregó la carta; pero á las cinco y media, como era invierno, no habia ya luz para leerla, y el coronel ofreció decir su contenido.

—La habeis leido? preguntó bruscamente el emperador.

El coronel respondió que el rey, previendo que pudiera encontrarle de noche, se la habia mandado leer.

—Habeis obtenido su confianza? ¿Quién sois?

—El ex-coronel del regimiento Real de Córcega.

—Qué dice la carta?

El coronel lo dijo, y añadió que el alojamiento preparado en el palacio de Vitoria estaba acomodado al gusto del emperador.

—Cómo sabeis mi gusto?

El coronel respondió que no hacia más que repetir las palabras del rey, y preguntó si el emperador tenia alguna respuesta que darle.

—Le veré esta noche.

—¿Vuestra majestad quiere permitirme que vuelva y le sirva de guia? dijo el coronel, un poco incomodado de la sequedad imperial.

—Ya podeis emprender la marcha.

Picó espuela y se reunió al general Bertrand; caminó á su lado hasta Salinas; despues se adelantó y encontró á una legua de Vitoria al rey, que salia al encuentro del emperador.

Sin embargo, á la mañana siguiente le quiso ver de dia, y se colocó en el gran salon entre los oficiales superiores de la Guardia nueva, pero la manera seca y breve con que los preguntaba el emperador le hizo casi arrepentirse de su curiosidad. El coronel llevaba el uniforme de Real de Córcega, y aquel uniforme extranjero llamó la atencion del emperador, que no le dirigió la palabra; pero aquella mirada bastó para que el coronel sintiese necesidad de salir del salon y experimentase un placer al verse fuera de allí.

X.

Avila.

Napoleon llegó á Madrid el 2 de Diciembre de 1808; le atacó el 3, tomó el Retiro el 4, y desde allí dominó la poblacion. Reunió en seguida los pertrechos del bloqueo, y el rey José, conmovido de piedad por los habitantes, envió al coronel Hugo al emperador suplicándole que no hiciese daño á la poblacion; el emperador no se dejó vencer. Cuatro veces envió el rey al coronel, sin que el emperador cediese, y el bombardeo se hu-

biese llevado á cabo si Madrid no hubiese abierto sus puertas.

Napoleon mandó la formacion de su regimiento, al que puso de nombre Real extranjero, compuesto de españoles, suizos y walones, con los cuales mezcló, como si no fuesen franceses, los franceses derrotados en Bailén. Este regimiento, tan absurdo como desgraciado, era antipático á los coroneles. Hugo aceptó su mando á instancias de José, que en recompensa le nombró mayordomo de palacio. Pero apenas estuvo formado el regimiento, como necesitase Napoleon fuerza para ir contra el Austria y juzgando que habia castigado bastante la desgracia de los de Bailén, se lo llevó, y dejó al coronel un cuerpo casi inútil y compuesto de elementos sospechosos.

Los españoles desertaban contínuamente: en una accion contra ochocientos voluntarios de Avila, el primer batallon, mandado por Luis Hugo, hermano del coronel, se pasó casi entero al enemigo desde el principio de la accion é hizo fuego sobre el resto. Tratóse entonces de impedir la desercion por medio del terror, y habiendo sido ocupada Avila, los desertores que se encontraron entre los prisioneros fueron juzgados por un Consejo de guerra especial, ejecutados inmediatamente por un destacamento de las compañías á que habian pertenecido y enterrados en el cuartel en el mismo sitio en que la tropa desfilaba todos los dias.

Para llenar el vacío causado por la desercion de los españoles y por la salida de los franceses, el coronel reclutaba todos los que podia, y el Real extranjero fué muy pronto una confusion de hombres de todas las naciones, en el que habia húngaros, bohemios, polacos, rusos, daneses, egipcios y hasta ingleses.

Estos hombres, cuyas naciones estaban en guerra, fundaban su patriotismo en estar en perpétua pendencia; no hay buena guerra sin pillaje; se robaban mútuamente, y los morrales mejor surtidos por la noche se veian vacíos por la mañana. Las prisiones, los piquetes, los retenes no servian de nada. El coronel, como hemos dicho, tenia sus explosiones de cólera, y dió una órden mandando que todo individuo convicto de haber robado á alguno de sus camaradas fuese arrojado por la ventana. Los robos cesaron por algun tiempo. Pero á las tres semanas un sargento suizo fué cogido *infraganti*. El coronel, que no estaba ya irritado, se vió en un compromiso: su cólera habia desaparecido, pero no la órden del dia. Olvidar la ley era restablecer el robo. El coronel mandó á dos sargentos robustos que suspendiesen al ladron por fuera de la ventana y que esperasen sus órdenes para soltarle.

El suizo fué cogido, y palideció horriblemente cuando no tuvo debajo de sí más que el vacío y dos pisos. El coronel estaba en el patio, y despues de un minuto, dijo:—"Subidle.„ Y viendo que se sonreian á su alrededor y que un capitan decia:—"Y la órden del dia?„ contestó él con sencillez:—"Y qué?„ Yo habia dicho que el ladron seria arrojado por la ventana, pero no que yo no estaria abajo para recibirle.

El material del Real extranjero corria parejas con su personal. Tenian fusiles cogidos en la rebusca de los almacenes ó recogidos en el campo de batalla y compuestos apresuradamente, y carecian completamente de todo equipo, lo que era intolerable en aquellas altas montañas y en el rigor del invierno. Los "rebeldes„ estaban mejor vestidos, y el coronel, convencido de esto, mandó robar un vestuario completo que acababan de hacer para los voluntarios de Cuéllar. Con este vestuario y con algunas remesas del gobierno vistió como pudo á su tropa.

Con esta parodia de regimiento fué el coronel á pacificar y guardar la provincia de Avila, cuyo mando le fué conferido. Encargóse de todo el terreno comprendido entre el Escorial y Barco de Avila; es decir, de un rádio de treinta leguas francesas. Era muy fácil de atacar tan extensa línea: las guerrillas, que empezaban á ser numerosas, sorprendian á los soldados aislados é interceptaban los correos.

Presentóse en la provincia el Empecinado, llevando oficiales y comerciantes que habia cogido en el camino de Valladolid. El coronel envió tropa contra él y salvó una parte de los prisioneros. Pero una partida mayor se arrojó contra un convoy de tropas que iba dirigido al coronel y salia de Santo Domingo de las Posadas; dispersó á los realistas, que huyeron arrojando las armas, y mató á todos los oficiales y sargentos, entre ellos al subteniente Martin, cuñado del coronel.

Su hermano Luis, que estaba en Mengamuños con un pequeño destacamento, fué cercado una noche por mil quinientos hombres de infantería y cien caba-

llos; pero por la mañana salió del pueblo á paso de carga, desalojó al enemigo, mató á su jefe y volvió á tomar posesion.

Hacia seis semanas que el coronel era gobernador de Avila, cuando recibió una carta del rey previniéndole que marchaban contra él diez mil hombres por Puerto de Pico, y él respondió al rey que no eran diez mil, sino setenta mil.

En efecto, acababa de saber que el ejército anglo-portugués venia sobre Madrid, y que su vanguardia, mandada por el duque de Alburquerque, estaba ya en Oropesa. El mayor general de los ejércitos del rey, pensando en el aislamiento de Avila en la montaña, envió en seguida al coronel autorizacion para replegarse á Segovia; pero el coronel, que conocia la importancia de Avila para la comunicacion con Valladolid y Búrgos, respondió que preferiria morir allí, y así lo hizo, cerrándose y manteniéndose en Avila, de modo que los dos ejércitos franceses pudieran comunicarse desde Talavera hasta la orilla izquierda del Tormes.

Despues de la retirada de Wellington, el rey conoció el servicio que le habia hecho la firmeza del coronel, y le recompensó con el grado de mariscal de campo, con un millon de reales (doscientos cincuenta mil francos) en vales hipotecarios y con la inspeccion general de todos los cuerpos formados y que se formasen, y poco despues el jóven general fué nombrado comendador de la Orden Real de España.

Los asuntos iban tomando ya mejor cariz para Francia. El mariscal Soult ganó la batalla de Ocaña; el general Kellermann consiguió un triunfo sobre el Tormes, y Ballesteros tuvo que retirarse, batido por los cañones de Ciudad-Rodrigo. La provincia de Avila sola, tuvo entonces contra sí las guerrillas desanimadas por la derrota de los aliados. Algunas fueron sometidas y la lucha se hizo menos feroz. Hasta entonces todos los "rebeldes" eran considerados como bandidos, y si se cogia alguno era fusilado: las guerrillas, en represalias, fusilaban sus prisioneros.

El gobernador de Avila les habia ofrecido muchas veces conservar la vida á los prisioneros si ellos hacian lo mismo. Una guerrilla acababa de responder á su oferta, fusilando dos criados suyos cogidos en una puerta de Avila y un convaleciente que habia salido con órden del médico á dar un paseo. Otra se preparaba á fusilar algunos franceses en Blasco Sancho: intervinieron los habitantes, y todos, con el cura á la cabeza, corrieron y pidieron que no se fusilase á los prisioneros, porque el general Hugo habia prometido perdonar á los suyos siempre que las guerrillas hiciesen otro tanto. Resistióse el jefe, pero sus soldados se convencieron y no quisieron hacer fuego.

Algun tiempo despues, un guerrillero llamado Garrido, que fué preso, se quedó muy asombrado cuando en vez de fusilarle le curaron una herida que habia recibido. Su tropa, que supo cómo lo habian tratado y su curacion, escribió al gobernador una carta dándole las gracias y prometiéndose hacer lo mismo de allí en adelante. Corrió esta noticia, cesaron los fusilamientos de prisioneros en Castilla la Vieja y se peleó con la humanidad que permite la guerra.

La manera con que el gobernador de Avila habia administrado su provincia aconsejó al general Soult, mayor general de los ejércitos del rey, darle otras dos provincias, de modo que tuvo bajo su mando á Avila, Segovia y Soria, debiendo vigilar toda la ribera del Tajo hasta la frontera de Portugal. Abandonó á Avila y estableció su cuartel general en Segovia, centro del territorio de su mando.

XI.

El fraile Concha.

Poco tiempo antes un capitan del regimiento Real extranjero habia cogido, en una expedicion á Medina del Campo, un fraile que encontró en un calabozo del convento, en el que los religiosos le habian encerrado con el pretexto de locura furiosa, pero en realidad por haberse resistido á su opresion y por haber protestado contra sus abusos.

Este fraile era un jóven llamado Concha, y quedó tan agradecido á sus libertadores, que les prometió dedicarse á ellos en cuerpo y alma.

Su pátria y su traje le abrian todas las puertas españolas, y podia averiguarlo todo y decirlo todo. El gobernador le agregó á sus oficinas para la correspondencia española con las autoridades civiles, y esperó una ocasion de emplearle más útilmente.

Esta ocasion llegó despues de la batalla de Talavera. El rey habia enviado

un parte al gobernador de Avila para que lo pasase inmediatamente al mariscal Soult; el rey insistia en la necesidad de hacer llegar este parte á su destino por todos los medios imaginables, y concluia con estas palabras: “Si no llega, me veré quizás en la necesidad de abandonar por segunda vez á Madrid, y no puedo prever las consecuencias de semejante suceso.„ Entonces estaba el pais ocupado por los enemigos y la comision no era muy fácil de realizar.

El gobernador habia sacado algunas copias del parte en papel seda y las habia enviado con espías, pero ni uno habia vuelto.

Nadie queria ir ya por ningun precio; el gobernador pensó en el fraile, que accedió gustoso. Cosieron á la silla de una de las mulas del gobernador el despacho del general Jourdan; esperaron que fuese de noche, ensillaron la mula, y Concha pasó tranquilamente por medio del ejército enemigo.

Así viajó sin dificultad toda la noche y el dia siguiente; pero tuvo que detenerse en una posada para comer él y para dar un pienso á la mula. Mientras comia, algunos paisanos le preguntaban por lo que habia visto en el camino. El corro que formaban se fué aumentando poco á poco, al que se agregó un destacamento de tropas españolas que iba de descubierta y que fué más curioso que los paisanos. Concha respondió lo mejor que pudo, acabó de comer tranquilamente, pagó y fué á buscar su mula á la cuadra. Al cincharla notó que habia sido descosido el sitio de la silla en que venia oculto el despacho.

Aparentó no haber visto nada, pero observó que el destacamento abandonaba la posada al mismo tiempo que él y le seguia por el camino.

El jefe le dijo que los campos no estaban muy seguros para viajar solos, que podia encontrar franceses y que le ofrecia su destacamento para que le sirviese de escolta. El fraile continuó disimulando, dió las gracias, aceptó gustoso este amistoso ofrecimiento, añadiendo que le venia bien, porque se dirigian al mismo sitio. El jefe se quedó asombrado al oirle, y le dijo que él iba á ver á su general.—“Y yo tambien„, dijo el fraile, y llamando al jefe aparte, le confió un gran secreto: que llevaba en la silla de la mula un despacho; que los franceses le habian hecho prisionero, obligándole á prometer que llevaria ese parte al general en jefe de un grueso ejército; que venia de Salamanca persiguiendo al anglo-español; que él lo habia prometido por facilitar su libertad, pero que no habia pensado ni un momento en hacerlo, sino en llevar el parte al general español, hasta el cual rogaba que le condujeran, ya que llevaban el mismo camino.

—Eso íbamos á hacer, le dijo el comandante; que su desaparicion de Avila por la noche habia llamado mucho la atencion; que un español habia acusado al alcalde de San Buenaventura y éste al general Cuesta; que el destacamento solo habia salido por su causa; que mientras le entretenian en la sala de la posada se examinaba la silla de la mula en la cuadra; que habian encontrado en ella el parte y que habia hecho muy bien en hablar, porque le tenian por traidor é iban á fusilarle.

El fraile aparentó mucha admiracion al saber que estaba descosida la silla. Esperó que le volvieran el despacho, como lo hicieron en efecto, y cuando se acercaron á los puestos avanzados dió las gracias al guerrillero, y dijo que no necesitaba ya que le acompañasen; pero éste, sin manifestar sospecha alguna, le contestó que debia dar cuenta de su mision y que por consiguiente no le causaba ningun perjuicio el acompañarle hasta el fin.

Le fué preciso al fraile referirlo todo al general Cuesta, el cual lo creyó á medias, le felicitó por su patriotismo, y para protegerle contra las correrías francesas le envió con una buena escolta á la Junta de Sevilla.

El gobernador de Avila no habia vuelto á oir hablar del fraile, cuando una noche el ruido de una cabalgata, mezclado con el rumor de la multitud y los gritos de los chicos, como cuando hay en la calle un espectáculo curioso, le hizo asomarse á la ventana, desde donde vió llegar y pararse á la puerta de su casa una guerrilla, cuyo jefe, con traje bordado de seda y oro, con sable descomunal y con tremendos bigotes, era el fraile Concha.

Aquella barba y aquel traje impidieron que el gobernador le conociera al pronto; pero le reconoció por la voz, cuando Concha, bajando del caballo, fué á saludarle y á pedirle una audiencia particular para comunicarle asuntos de la mayor importancia. Así que estuvieron solos, el fraile le contó lo siguiente:

Que no habia podido volver antes porque la Junta le habia detenido primero en Sevilla y despues en la isla de Leon, adonde se habia refugiado á la aproximacion del ejército imperial. El patriotismo de que se habia obligado á hacer gala al leerles el despacho, le habia enterado de todas las intrigas y de todo lo que proyectaban contra la Francia.

Tratábase entonces de un segundo viaje del emperador á España; un español furioso habia propuesto que se pusieran ochenta barriles de pólvora bajo las agudas rocas que costean el camino de Mondragon á Vergara, que estrecha en aquel sitio el Deva. Podia hacerse esto muy fácilmente, porque habia muchas guerrillas en el camino de Vizcaya que no permitian á las guarniciones francesas explorar sériamente el pais. La pólvora se trasladaria por uno de los puertos pequeños del Océano que no estuviese ocupado por los franceses.

Este plan, arreglado por el mismo Concha, que se enteró del asunto para conocerle á fondo, habia sido propuesto á las Córtes, examinado en una sesion secreta y aprobado, y enviaron al fraile y su cómplice á Mondragon por dos caminos diferentes. El habia atravesado la Andalucía y la Estremadura; pero al llegar á Castilla, en vez de seguir su camino torció hácia el Zarpadiel y se dirigió á Avila, para contarlo todo á su bienhechor.

No habia un momento que perder: creíase que el emperador estaba ya en camino: era imposible consultar al rey, que estaba en Andalucía; el gobernador le escribió estos hechos y tambien al general Beliard, que mandaba en Castilla la Nueva; empezó, pues, por enviar al mismo emperador á su hermano Luis, coronel de la Guardia real extranjera, y al fraile.

El coronel y el fraile llegaron á los Pirineos sin haber encontrado al emperador; siguieron hasta Paris, y aunque llegaron á las diez de la noche se dirigieron al momento á las Tullerías.

El emperador, á quien avisó su ayudante el general Caffarelli, diciéndole que tenian que comunicarle un parte urgente, solo recibió el parte, y despues de haberle leido mandó preguntar secamente por qué el gobernador de Avila se permitia enviar directamente al emperador un parte, que solo podia llegar hasta las Tullerías remitido por el rey de España. No se le debia salvar la vida con tan poco respeto. Luis Hugo dió las razones que habia tenido su hermano para enviarlo, y el ayudante le comunicó la órden de que se presentase al dia siguiente con el fraile al ministro de Policía: se presentaron á él cumpliendo la órden, y el fraile dió todos los pormenores que le pidieron.

Por la noche el fraile estaba encerrado en Vincennes y el coronel Luis Hugo recibia la órden de que "podia„ volver á España.

Los dos hermanos se explicaron la mala acogida del emperador y el arresto del fraile. El emperador queria creer y hacer creer que la España aceptaba su dinastía; el fraile le llevaba á escape la prueba de que la odiaban mortalmente. Por esto no los recibió; pero como era preciso impedir que se hablase de esto y no hay mejor mordaza que el cerrojo de un calabozo, Concha recibió una prision en vez de la recompensa que esperaba.

XII.

La entrada del tio.

El coronel Luis Hugo no pasó por Paris sin ir á las Fuldenses. Además del placer de visitar á su cuñada y á sus sobrinos, tenia que cumplir una mision del general para el emperador y una mision del marido para la mujer.

Se trataba de decidir á la señora Hugo á ir á España á reunirse con su marido. Despues de tres años de separacion, el esposo deseaba volver á ver á la esposa y el padre á los hijos. Tenia además otras razones para querer reunirse con ellos.

El rey José queria que todos sus protegidos se estableciesen en su corte y no pensasen en regresar á Francia, con objeto de tener siempre amigos seguros en un reino inseguro y para demostrar á los españoles que los franceses estaban resueltos á quedarse, y por consiguiente era inútil toda resistencia.

El millon de reales concedido al general Hugo, lo mismo que á otros generales y á todos los grandes dignatarios, tenia por objeto que comprasen tierras en España. El general Hugo no encontró finca á propósito; el rey le llamó, y muy afectuosamente le echó en cara el pensamiento de guardar su dinero para Francia y de abandonarle; á lo cual contestó el general que al dia siguiente compraria la primer finca que

encontrase y que mandaria venir á su familia.

La señora Hugo debia, pues, preparar su viaje á España, en donde tendria una gran posesion, siendo su marido gobernador de tres provincias.

Para la educacion de sus hijos la madre podia contar con el colegio de Madrid: la única dificultad era el peligro de atravesar un pais insurreccionado, como se decia entonces; pero habia con frecuencia convoyes de Francia á España. Por lo demás, podia hacer el viaje en la primavera, tomándose así tiempo para prepararse y para que España se pacificase.

A cambio del millon de reales en vales hipotecarios no encontró ninguna finca cuyo dueño quisiese venderla por los asignados del rey José. El general Hugo lo conservó hasta la batalla de Vitoria, en la que se lo robaron, y entonces tuvo la prueba de que los asignados tenian valor real. Antes, para no ser sospechoso de mala voluntad, habia comprado con dinero propio unas tierras, y esta propiedad, en que habia empleado todos sus recursos y todas sus economías, fué confiscada á la vuelta de Fernando VII; de modo que el millon que debia enriquecer á la familia Hugo la arruinó.

Una mañana de otoño, y estando almorzando, los niños vieron entrar alegre y rápidamente un hombre alto y buen mozo, que se parecia á su padre, que venia del pais del sol, cubierto de bordados y con un sable grande y brillante que iba arrastrando. Este sable brillante, la idea de España, la varonil gracia de su rostro, el prestigio que entonces rodeaba á todo lo que era militar, convirtió al tio en una aparicion deslumbrante.

Víctor Hugo, refiriendo la entrada de su tio en el comedor de las Fuldenses, decia:—"Nos pareció el arcángel San Miguel.„

¡Quién sabe hasta qué punto las impresiones del niño entran más tarde en las ideas del hombre!

Tal vez no se podria explicar completamente el carácter militante de la vida literaria y política de Víctor Hugo si no se supiese que su padre y sus tios habian sido militares. Refiriendo, pues, algunas palabras de su tio Luis, volveré á ocuparme de él.

Luis Hugo fué llamado á España por su hermano, que queria que sacase partido de su crédito, y por la misma razon habia traido tambien á su lado á su otro hermano Francisco. El hermano mayor los ayudaba activamente, y Luis era ya coronel; pero no quiero referir aquí su vida: la daré á conocer mejor dejándole hablar á él mismo.

Muchos años despues, entonces era ya general, le oí contar una noche un episodio de la batalla de Eylau. Su narracion conmovió tanto á uno de los oyentes, que éste la escribió textualmente y me la regaló.

XIII.

Narracion del general Luis Hugo.

"Era capitan de granaderos en el regimiento 55.° Habíamos peleado todo el dia; habíase tomado, perdido y vuelto á tomar á Eylau. Por la noche establecimos el vivac cerca del cementerio. Nuestros compañeros tenian la costumbre de ir á acostarse á las casas; yo me acosté con mis granaderos. El primer haz de paja fué para mí, y cuando mis compañeros no habian encontrado aun sitio á propósito, llevaba yo durmiendo cuatro horas.

A media noche llegó una órden mandando á la compañía trasladarse al cementerio. Ni el coronel ni el teniente coronel estaban allí. Yo tomé el mando é instalé mi gente andando cubierto de nieve y con un frio de doce grados.

Al despertarme descubrí que habia dormido sobre un ruso helado, y me dije: —"Calla! es un ruso!„ A las seis empezó el fuego. Nos colocaron á la derecha del cementerio. El general Saint-Hilaire, comandante de la division, pasó por delante de mí y me dijo:

—Hugo, teneis aguardiente?

—No, mi general.

—Le beberia con gusto en vuestra compañía.

—Y yo tambien, mi general.

Es preciso decir que hacia tres dias que no habíamos comido. Un granadero de mi compañía, llamado Desnoends, se volvió hácia mí y me dijo:

—Mi capitan, yo tengo aguardiente.

—Bah! tú!

—Sí, mi capitan; abrid mi mochila. Tengo allí una pera para calmar la sed.

Abrí la mochila y me encontré una botella de aguardiente francés, que tuvo la abnegacion de conservar desde Mag-

deburgo sin tocarla, á pesar de todas las privaciones que habíamos pasado.

Bebí un buen trago, y antes de volver el frasco al morral le pregunté si queria que bebiese el general.

—Sí, me respondió; pero querrán beber todos de mi aguardiente y no quedará para mí.

Tomé entonces un vasito de estaño que llevaba en la montura del sable, lo llené y se lo llevé al general, que estaba á algunos pasos.

—Quién os lo ha dado? me preguntó.

—Mi general, un granadero de mi compañía.

—Dadle esos veinte francos.

Y me entregó un luis, que yo llevé al granadero, que lo rechazó, contestando:

—Mi capitan, estoy bastante pagado con haber podido servir á mi general y no quiero otra recompensa.

Mientras tanto, sesenta piezas de artillería disparaban metralla sobre nosotros. Un cuarto de hora despues Desnoends recibió un balazo en una pierna; se salió de las filas y fué á sentarse á algunos pasos; bajo una lluvia de balas se quitó el morral, sacó hilas, trapos, vendas, se curó, volvió á ponerse la polaina y á ocupar su puesto; yo le dije entonces:

—Desnoends, retírate; estás herido.

—No, mi capitan; la jornada es gloriosa y quiero verla concluir.

Una hora despues le partió por medio una bala de cañon.

Este pobre granadero era un valiente y habia conseguido ya que se hablara de él. Era el mismo que en Jena, mientras perseguíamos un destacamento de prusianos, se arrojó sobre el coronel que lo mandaba, cogiéndole á brazo partido y gritando á sus camaradas:—"¡Ya tengo el mio! que cada uno coja el suyo!„

A medio dia estalló muy cerca de mí un arcon de metralla y recibí una bala en el chacó y otra en el brazo. Dí media vuelta y ví que decian á mi lado:—"Ya le han entregado la cuenta al capitan.„ —"Aun no„, respondí.

Dí un puñetazo á mi brazo izquierdo para asegurarme de que tenia brazo derecho. Me examiné, encontrando un agujero en la manga, y dije á mi subteniente:

—Subteniente, mandad la compañía.

Me aparté de allí. El fuego del enemigo duró hasta las seis de la tarde; cuando llegó la noche solo habian quedado cuatro hombres de ochenta que éramos.

Me retiré á una casa, donde encontré algunos compañeros heridos como yo. Nos acostamos en el mismo cuarto, y durante el sueño sentí una mano que levantaba mi brazo, y como el menor movimiento me hacia sufrir horriblemente, temia moverme. Rogué á uno de mis compañeros que encendiese luz para ver lo que era. Solo vimos tres ó cuatro soldados franceses que estaban dormidos ó aparentaban dormir á nuestro lado.

Al dia siguiente echamos de ver que nos habian robado completamente. Los pícaros me habian sacado del bolsillo veintidos luises, me habian robado las espuelas, que eran de plata, y me hubieran sustraido el reloj si hubiesen podido levantarme el brazo, que tenia casi pegado al pecho. Al dia siguiente hice que buscaran en la poblacion un cirujano que me curase, y me trajeron uno que me preguntó:

—Teneis dinero?

—No tengo un cuarto.

—Teneis aguardiente?

—No, ni dinero para comprarlo.

Al oir esto el cirujano me abandonó. Encargué me llevaran á casa del burgomaestre, que era excelente hombre, que me acogió muy bien. Me dijo que tenia ya tres heridos en su casa, que no tenia sitio, que su mujer acababa de parir, pero que, sin embargo, haria todo lo posible por alojarme.

Y en efecto, mandó poner un biombo en el cuarto de su mujer y allí me arreglaron una cama. Me preguntaron si me habian hecho alguna cura y les respondí que no, y entre tanto vinieron á decirme que mi asistente preguntaba por mí. Le mandé que entrase.

—Teneis dinero? le pregunté.

—No, mi capitan.

—Pues estamos aviados! ¿Hay por aquí alguno de la compañía?

—No, mi capitan; solo la Dechevre está abajo.

—Dile que suba.

La Dechevre era la cantinera del regimiento.

Apenas entró la hice mi eterna pregunta:

—Tienes aguardiente?

—Sí, mi capitan, y está á vuestras órdenes.

—Es que no podré pagarte, porque no tengo dinero.

—Mi capitan, eso no importa; yo tengo para vos. Tomad, dijo sacando una media del bolsillo; ahí teneis quinientos francos escondidos.

—No puedo darte recibo, dije yo; tengo el brazo roto.

—No es más que eso? Confio en que me lo devolvereis cuando podais.

Hice que me llevaran al cuarto próximo, donde habia tres oficiales franceses, y les dije:

—Señores, si alguno de vosotros vuelve al regimiento, le ruego que diga al coronel que la Dechevre me ha prestado veinticinco luises y que lo tenga en cuenta.

Despues, dirigiéndome á Dechevre, que me habia seguido, añadí:

—Ya que tienes aguardiente, dame dos frascos.

En esto llegó el cirujano avisado por el burgomaestre. Me senté cerca de una mesa y le entregué el brazo derecho. Mientras me estaba curando, bebia aguardiente con la mano izquierda en compañía de mi huésped.

Antes de terminar la operacion me dijo el cirujano:

—No puedo continuar; el bisturí no corta ya.

—Esperad, le dije; en mi maleta hay un cortaplumas de cuatro hojas: traedle.

Me sacó del brazo, por medio de una ancha incision, la bala, un pedazo de la casaca, otro de la camisa y otro del chaleco de lana. Cuando me hubo curado me volví á la cama.

El burgomaestre me habia tomado cariño; la firmeza que yo habia demostrado durante la operacion le agradó sobremanera, y desde entonces no me dejó carecer de nada. Me mandó hacer un bonito ataud, pintado de negro, con huesos de muerto en los cuatro lados y una calavera en la tapa, pintada de blanco: esta es una costumbre de aquel pais y en muchos paises de Alemania. Cuando hay un enfermo de gravedad le encargan el ataud, y esto se hace para que se libre de la enfermedad. Enseñé el ataud á mis compañeros y les dije riendo:

—Ahí está mi tienda de campaña.

Y les oí murmurar:

—Pobre muchacho! ¡no sabe que dice la verdad!

Hacia ocho dias que estaba en casa del burgomaestre, cuando se anunció la llegada del príncipe Murat, que venia á casa de mi huésped, y para esto era preciso desalojarme; sin embargo, el burgomaestre dijo que por nada en el mundo me dejaria partir estando tan enfermo.

Llegó Murat y preguntó si habia heridos en la casa.

Le dijeron que estaba allí el capitan de granaderos del regimiento 55.°, que habia recibido un balazo en el brazo.

Murat me envió su cirujano todos los dias, una botella de vino de Burdeos y un pollo.

Pronto se anunció tambien la llegada del emperador: mi huésped dijo que tenia el pensamiento de hospedarle y de que fuese padrino de su hija (porque el recien nacido era una niña), y me preguntó qué me parecia este pensamiento.

—Que debeis realizarlo, le contesté; al emperador le gustan esas cosas.

El burgomaestre hizo la peticion y el emperador le contestó que no tenia tiempo, pero que Murat haria sus veces; tendria á la recien nacida en la pila, y que él se encargaba de la educacion y del dote de la niña. Le dijo tambien que si por las circunstancias ó por los azares de la guerra se veia obligado á buscar un refugio en Francia, le protegeria, recompensando los servicios que habia prestado á los soldados franceses.

Murat fué padrino de la niña, y la ceremonia se verificó en el cuarto que estaba yo acostado. Murat estaba sentado á los piés de la cama, y me dijo:

—Capitan, me acordaré siempre de vos.

No he vuelto á ver á Murat.

El ejército abandonó la poblacion; yo quise seguirle, á pesar de los ruegos de mi huésped, que no queria que me marchase y que sentia en extremo tener que separarse de mí. El emperador supo mis deseos y me envió uno de sus coches; pero mientras me bajaban llegaron á él otros heridos, que lo llenaron, de modo que cuando yo llegué no habia ya sitio. Me metieron en un furgon con otros tres heridos, de los cuales uno tenia roto el muslo y otro el pecho atravesado por una bala. Mi huésped me dió una almohada para apoyar el brazo.

De esta manera seguimos al ejército y estuvimos tres dias sin curarnos y sin pan.

En el camino se murieron dos de mis compañeros heridos. Uno de ellos tenia una botella de aguardiente y me dijo:

—Creeis que voy á morir?

—Sí, muchacho, así lo creo.

—Pues entonces voy á beber un trago.

Y murió.

Al tercer dia nos encontramos con algunos granaderos, y les supliqué por las

aberturas del furgon que tuviesen compasion de los pobres heridos. Me oyeron, levantaron la cubierta del carruaje, nos sacaron y nos llevaron á una casa, desde donde vimos desfilar todo el ejército.

Sentíamos verle partir sin nosotros, cuando vimos entre las filas á nuestros asistentes con nuestros caballos. Los llamamos, vinieron y montamos á caballo; así anduvimos ochenta y seis leguas, hasta llegar á un pueblo, de cuyo nombre no me acuerdo, y fuí llevado al hospital de la guarnicion.

Reconocieron la herida; habia empezado la gangrena. No se atrevieron á decírmelo, ni tampoco que era preciso cortarme el brazo. Nadie se atrevió á encargarse de la operacion, porque era preciso cortarme el brazo por la articulacion. Mandé venir un cirujano, que me dijo que me procurase una geringa y quinina y que me inyectase la herida. No habiendo otra cosa, mandé á un tornero que me hiciese una geringa de madera.

Un soldado me dió quinientos francos, fruto de una colecta hecha para mí, con lo cual compré toda la quinina que me hacia falta, y á fuerza de inyecciones conseguí hacer desaparecer la gangrena.

Me acuerdo aun que un soldado que me cuidaba me decia siempre:—"Mi capitan, saldremos adelante.„

Por lo demás, yo no perdí ni un momento el valor; habia escapado del peligro de perder la vida, y en cuanto pude entrar en reposo me curé completamente.„

XIV.

Segovia.

Al dia siguiente de la entrada de su tio, Eugenio y Víctor encontraron sobre la mesa de su cuarto libros nuevos. Su madre les dijo:

—Ahí teneis un diccionario español y una gramática. Vais á estudiar desde hoy, y es preciso que sepais el español dentro de tres meses.

A las seis semanas le hablaban y solo dudaban en la pronunciacion.

A principios de 1811 trataron ya de la partida. Abel salió del Liceo y bajaron todas las maletas de la buhardilla.

Mientras que la madre y los hijos se preparaban á salir de Paris, el padre se instalaba en Segovia. Las guerrillas, hostigadas en la provincia de Avila, se habian retirado á la de Segovia, y sus golpes de mano eran tan frecuentes y tan atrevidos en esta provincia, que los militares no osaban salir solos de la ciudad, ni de noche de sus casas. El soldado de caballería no podia llevar á beber su caballo al Eresma; la caballería ligera solo podia ir en cuerpo y armada.

El gobernador empezó á cerrar la plaza, y por asegurar las comunicaciones de pueblo á pueblo, colocó reservas, dispuestas á defender las escoltas. Una guerrilla, que creia iba á sorprender una partida de caballería ligera, fué derrotada por una reserva, que la mató cien hombres; otra fué dispersada, cogiendo prisionero á Pinilla, que era el jefe.

El general Hugo trataba de conciliar esta energía de la defensa con la moderacion del gobierno. Redujo los impuestos á lo estrictamente necesario; pero no siempre era él el que mandaba, ni tampoco el rey, como se lo hizo conocer un incidente, que demostraba cómo Napoleon entendia el poder real de sus hermanos.

La provincia de Avila acababa de pagar sus contribuciones; el coronel Maurin, que la gobernaba á las órdenes del general, la previno que el mariscal Ney le habia mandado levantar para él seis millones de reales y una enorme cantidad de grano. El coronel no se habia atrevido á resistir á un mariscal de Francia. Habia empezado la cobranza, pero antes de entregarla consultó con el gobernador.

El general Hugo, asombrado de que otro quisiera mandar en su territorio, respondió al coronel que entregase el grano, porque el ejército francés podia tener inmediatamente necesidad de él, pero que no entregase el dinero; y escribió al mariscal una carta respetuosa, pero enérgica, que le envió por medio de una diputacion de Avila, y que obtuvo la respuesta de que, si no obedecia inmediatamente, se le haria entrar en razon con treinta mil hombres.

El gobernador obedeció, pero envió á preguntar al rey qué significaba esto: el rey dijo que no sabia nada y que habia obrado mal el mariscal Ney. Pero el mariscal Ney enseñó al ayudante del rey una órden expresa del emperador, por la que le concedia la provincia de Avila, sin noticiárselo siquiera al rey de España. Entonces fué preciso que obedecieran el general y el rey.

Las guerrillas fueron renunciando de

dia en dia á la provincia de Segovia, como habian renunciado á la provincia de Avila. El general Hugo tuvo bastante que hacer para emplear toda la actividad de su génio. La casualidad quiso que su predecesor en Segovia, el conde Tilly, que habia estado en Búrgos y que no habia podido darse á conocer, volviese á Segovia disgustado y lamentándose de haber salido de ella. El general Hugo le propuso volvérsela.

El conde quedó muy conmovido de esta proposicion, pero se necesitaba el permiso del rey, y el general ofreció que irian á pedirle juntos. Precisamente el rey le habia escrito que deseaba verle. Fueron, pues, á Madrid, donde el general encontró al rey, afectuoso como siempre. Por una singular coincidencia, cuando dijo al rey que venia á pedirle que le relevase del cargo de gobernador de Segovia, José le contestó que precisamente para relevarle queria hablar, porque deseaba darle más trascendental empleo.

La provincia de Guadalajara era víctima de una gran guerrilla, la del Empecinado, contra la cual se habian estrellado hasta entonces todas las columnas francesas. El rey suplicó al general que pasase desde el gobierno de Segovia al de Guadalajara, porque solo tenia confianza para destruir el Empecinado en el que habia destruido á Fra Diábolo.

El general en seguida aceptó este cambio de provincia, que le ofrecia ocasion de servir con más eficacia á sus banderas.

El rey le dió las gracias, y despues de comer le dijo que si no le bastaba el millon de reales le daria dos. El general volvió con el conde de Tilly á Segovia, se instaló allí, y dos dias despues salió para Guadalajara acompañado del agradecimiento de su sucesor.

Llevaba consigo la caballería ligera de Westfalia, el primer regimiento de la brigada irlandesa, el Real extranjero y una batería de campaña. El 1.° de línea y el 1.° de cazadores de caballería debian seguirle casi inmediatamente.

XV.

El Empecinado.

No me ocuparé en relatar esta guerra de montaña, que fué la repeticion de la que el general habia sostenido en los Apepinos. El sistema del Empecinado era el mismo que el de Fra Diábolo: escaramuzas perpétuas y súbitas desapariciones. En el momento en que iba á ser derrotado desaparecia bruscamente, para reaparecer en seguida.

Pero habia entre ambas guerras una diferencia esencial: en Italia los habitantes odiaban las guerrillas y en España las protegian.

Representaban á la España entera, que se sublevaba y que no queria la dominacion francesa; se defendian hombre á hombre y palmo á palmo. Siendo imposible saber por dónde se habia escapado el Empecinado, los paisanos daban noticias falsas, cuando no tenian tiempo para huir á la aproximacion de los franceses.

Casi siempre los pueblos estaban desiertos, y se podia andar algunas veces ocho dias sin encontrar á nadie. Antes de huir destruian todo lo que no podian llevarse. No tenian ni pan ni carne, y cuando agotaron la galleta, los soldados se morian de hambre.

Lo que hacia principalmente encarnizada la lucha era su carácter enteramente popular. La nobleza fué poco heróica: empezaron por aceptar al rey José el príncipe de Castelfranco, los duques del Infantado, de Frias, del Parque, de Hijar y de Osuna; los marqueses de Ariza y de Santa Cruz: los condes de Fernan Nuñez, de Orgaz, de Santa Coloma, etc., le habian jurado fidelidad en Bayona, y habian esperado para volver á ser españoles á que el pueblo les diese el ejemplo. El mismo Fernando no habia sido muy "fernandista", y habia tenido la cobardía de firmar su renuncia al trono.

Entre los valientes jefes de guerrillas que han disputado el suelo natal á la conquista y que concluyeron por arrancársele, no se encuentra ni un nombre noble. Ni aun nombres se encuentran, porque aquellos valientes no peleaban por la gloria, y se cuidaban muy poco de ser conocidos. Además de Mina, ciudadano pobre de una aldea de Navarra, y de Morillo, sargento de artillería, los más celebres solo tenian motes: el *Empecinado*, el *Pastor*, el *Cura*, el *Médico*, el *Abuelo*, el *Manco*, *Chaleco*, *Calzones*, etc.

Estos guerrilleros no se rebelaban por conservar destinos ó dignidades, que perderian perdiendo á Fernando VII: no se podia hacerlos afrancesados como á los condes y á los duques, conservándoles sus dignidades y prometiéndoles otras

nuevas. No querian nada para sí; todo para su pais: ninguna promesa les conmovia; ninguna derrota les hacia retroceder. El Empecinado, batido en Sotoca y desalojado de Sigüenza, envió al general una intimacion para que abandonase la plaza.

La carta del Empecinado contenia esta singularidad: reconociendo la bravura y las cualidades personales del gobernador de Guadalajara, le invitaba á cambiar de bandera y á no combatir contra la independencia de España, diciendo que seria más digno de un soldado como él servir á la libertad de un pueblo que á la ambicion de un tirano. Por entonces la Junta suprema dirigia una proclama á los franceses contra la tiranía de Napoleon, instigándoles á abandonar su yugo y á desertar del ejército.

El despotismo de Napoleon era uno de los grandes argumentos de la resistencia. Aun cuando los españoles no hubiesen pensado en seguir siempre siendo españoles, les atraia muy poco para ser franceses el ver cómo pesaba el gobierno imperial sobre la Francia, y los españoles representaban á un mismo tiempo la independencia y la libertad.

Fué destino particular del general Hugo ser el enemigo más encarnizado de los defensores más encarnizados de su nacionalidad en Italia y en España. El general era muy inteligente para no conocer vagamente que el derecho estaba de parte de Fra Diábolo y del Empecinado, y cayó en esto más tarde, cuando la edad y la sangre fria le permitieron reflexionar sobre estas violencias pasadas.

En las *Memorias* que publicó habla con admiracion de aquellos paisanos que, para atacar por hambre á sus conquistadores, lo sacrificaban todo; se iban á los montes, viejos, muchachos y niños, en el invierno y sin pan. Proclama "sublime„ la abnegacion de la Junta de Castilla la Nueva, que rechazada de aldea en aldea, cercada, amenazada, casi prisionera, teniendo por capital de su administracion alguna capilla arruinada, algun caserío entre matorrales ó alguna cueva en la roca, decretaba la independencia de España.

Pero en aquel momento no veia más que su bandera. ¡Terrible poder del espíritu militar, que pone el honor, la conciencia, el deber y la verdad en los pliegues de ese pedazo de tela, que vá donde la manda el capricho de un señor irresponsable! El soldado la mira y la sigue, no le importa dónde, á la guerra injusta y á la guerra civil, contra la independencia en el exterior y contra la libertad en el interior.

Preciso es decir tambien aquí que en 1810 el principio de las nacionalidades no se habia afirmado con la evidencia que los sucesos le han dado en nuestros dias, y que estas invasiones de la Francia en Europa tenian la circunstancia atenuante de que antes habia sido Francia invadida por la Europa. Todos los hijos de la Revolucion que habian visto entrar en su pais á los extranjeros para impedirles que usasen de su derecho para gobernarse á su gusto, creian usar de legítimas represalias yendo á los paises extranjeros y no respetando el derecho de los demás; tanto menos cuanto que los demás habian venido para hacerlos retroceder hácia el pasado y ellos les llevaban las ideas nuevas, y á pesar del Imperio, representaban siempre la Revolucion. Pero no se inculca la libertad con la tiranía, y este no es medio de hacer aceptar el progreso, sino de hacerlo odioso. ¡Siempre habrá Pirineos! Los habrá mientras que la conquista brutal de los soldados no haya hecho lugar á la conquista pacífica de las ideas.

El general Hugo volvió sin escrúpulo á esa guerra de matorrales y de montes, á que estaba ya acostumbrado por sus campañas de Italia y de la Vendée. Además de las tropas que le habian acompañado y que le habian seguido, encontró en Guadalajara el 75.° de línea y un gran destacamento del 64.°, lo que no fué para él de sobra, porque era enemigo suyo todo el pais.

Hasta las poblaciones ocupadas por los franceses estaban administradas por la Junta, y les enviaban secretamente hombres y dinero. La provincia de Guadalajara pagaba dos veces las contribuciones: una al gobernador y otra al Empecinado.

Cuando se conseguia derrotar al Empecinado, no se conseguia nada. Sus guerrilleros se esparcian por todas partes en los montes, donde no se podia dar con ellos, y era inútil preguntar á los pocos paisanos que se encontraban, porque por estos nada averiguaban. Solo les quedaba el recurso de engañarlos. La escarapela de las tropas del rey José era roja como la de la Junta; el bordado de los oficiales franceses que servian en España era igual al de los soldados españoles; solo las estrellas francesas podian darnos á conocer, pero en campaña las charreteras están casi siem-

pre ocultas por el capote: el acento no podia advertir al enemigo, porque el ejército español tenia gran número de regimientos extranjeros, suizos, walones, etcétera. Era, pues, muy fácil á un oficial francés pasar por oficial de la Junta; y así el general Hugo un dia se presentó á un español diciéndole que era el general Villacampa, y consiguiendo que le dijera dónde estaba el campamento del Empecinado.

Pero aunque nos apresuramos para sorprenderle, llegamos en ayunas. Despues de una marcha forzada, sufriendo el calor solar y las lluvias, encontrábamos un enemigo fresco, bien alimentado, retirado entre rocas, posesionado de una cresta inaccesible y prevenido por la gente del pais.

Ya he dicho que las poblaciones ocupadas por los franceses pagaban dos contribuciones; pero es verdad que hacian todo lo que podian para no pagar más que una: la de la Junta. La noche del dia en que el general Hugo tomó posesión de Sigüenza, preguntó á los canónigos dónde estaban las alhajas de la catedral: no hay que decir que ellos lo ignoraban.

—"Pues bien, exclamó el general, voy á decirlo yo.„ Los llevó á la catedral con el subprefecto, con las autoridades civiles, con los oficiales superiores de su columna y de la guarnicion y con albañiles armados de picos, y les designó una pared de piedra de sillería. Derribada la pared apareció una escalera de caracol, de la cual con algunos golpes de piqueta se hicieron caer varios cofres llenos de cálices, cruces, incensarios y otros objetos de valor. Los canónigos los encerraron en este escondite para ocultar su tesoro á la ley, que habia mandado que se enviara toda la plata del reino á la Casa de Moneda de Paris. El general lo habia sabido por casualidad, porque se habia encontrado un pedazo de papel que habia perdido el tesorero del Capítulo al huir precipitadamente.

El general consiguió establecer un gobierno regular y una seguridad relativa: obtuvo algunos triunfos sobre el Empecinado, invencible hasta entonces, y el rey José, entusiasmado con los hechos del general, fué á verle á Guadalajara y le preguntó lo que deseaba. El general nombró algunos oficiales que habian merecido condecoraciones, y el rey le dijo:

—Bien, pero y despues?

—Oh! dijo el general; hay otros muchos que se han portado muy bien, pero no puedo decir ahora sus nombres.

—Bien, le contestó el rey: mañana sabreis sus nombres, y como yo me habré marchado, ya os dejaré quince nombramientos en blanco. Qué más me pedís?

—Nada más.

—Y vos?

—Ah! yo! V. M. me ha premiado ya con esceso. ¿Qué podríais añadir á lo que habeis hecho por mí?

—Un título. Quereis ser marqués?

El general se echó á reir.

—Señor, le dijo, no hay marqueses ya en el mundo desde la época de Moliére.

—En Francia, respondió el rey; pero los habrá siempre en España. Pues bien; si no quereis ser marqués, sed conde, y escoged el título de Cienfuentes ó de Sigüenza.

El nombre de Moliére inició una conversacion de literatura, y el rey habló mucho tiempo de los escritores españoles á quienes habia estudiado; porque era algo literato y hasta habia escrito en su juventud una novelita titulada *Moina*.

En aquel momento (á fines de 1810) José creia consolidado su trono. Todas las potencias tenian embajadores en Madrid; los ingleses se habian retirado de Cádiz despues de la capitulacion de Almeida; los españoles se quedaron solos, pero se bastaron á sí mismos.

La proclamacion de Fernando VII por las Córtes reunidas en la isla de Leon dió tanta confianza á las guerrillas, que los ginetes del Empecinado se atrevieron á avanzar hasta el paseo de Guadalajara. Fué preciso ocupar y fortificar el puente de Auñon, porque el Empecinado, dueño de las cercanías de Cuenca, pasaba el Tajo en sus escursiones y en sus fugas. El general mandó construir un blockhaus en la orilla derecha del Tajo y disponer las fortificaciones del puente, de modo que quedasen á cubierto los hombres que le defendieran.

Mientras se hacian estas obras sucedió una cosa extraña.

La obra se hacia muy lentamente, porque se obligaba á trabajar á los paisanos. Los españoles que servian de albañiles se daban poca prisa en construir lo que serviria de obstáculo á las guerrillas. El general tuvo que ir á Brihuega para un asunto oficial, y entregó el mando de Auñon á su hermano Luis. Estaba, pues, en Brihuega una mañana al amanecer escribiendo en su gabinete, cuando le pareció oir un fuego de fusilería bastante vivo. Salió y preguntó en los cuerpos de

guardia próximos á su alojamiento si habian oido algo. Todos respondieron que no. Creyó haberse engañado; volvió á su gabinete y continuó escribiendo. Casi al momento empezó otra vez el ruido más claro y perceptible. Venia de Auñon. El general bajó y dijo al centinela que esta vez debian háberle oido, pero le dieron la misma negativa respuesta. El mayor Shelly del Real irlandés y algunos oficiales de su regimiento que habian ido á buscar tampoco habian oido nada. Un ayudante corria á preguntar al guardia del fuerte: nadie habia oido el ruido.

Sin embargo, el general, inquieto por su hermano, montó á caballo y partió al galope. Estaba aun á mitad de camino cuando llegó á sus oidos el extrépito de fuerte cañoneo. De Brihuega á Auñon habia solo seis leguas y media en línea recta, pero la distancia se cuadruplicaba con los rodeos, las cuestas y las dificultades del camino. Cuando llegó el general, el reducto del puente, no acabado aun y atacado á la vez por el general Villacampa y por el Empecinado, habia sido tomado y forzadas las fortificaciones de Auñon; las calles del pueblo y el campo inmediato estaban cubiertos de cadáveres; el coronel Hugo herido; el resto de la guarnicion próximo á ser destruido.

La caballería ligera cambió la faz de las cosas; ganóse la poblacion y el puente y el enemigo fué rechazado y perseguido.

Tratando de explicarse cómo él solo habia podido oir en Brihuega el ruido de la fusilería de Auñon, el general creyó que deberia ser efecto de los accidentes del terreno, que dividen las corrientes del viento, ó de un eco situado precisamente á la altura de su gabinete. Otra singularidad de este hecho fué que el general Flondeau, que estaba más cerca de Auñon que él, no habia oido nada. Pero cualquiera que fuese la explicacion, siempre era cosa extraordinaria que aquel eco hubiese prevenido á él solo del peligro que corria su hermano.

Otra cosa, que llamó mucho la atencion del general, fué encontrar el rey de una aldea; ésta no reconocia otro monarca que el rey de Ivetot. Este rey, cuyo territorio estaba en las tortuosas colinas que dominan á Torrelaguna, era heredero por órden de primogenitura y ejercia el oficio de carbonero. Su pueblo se componia de carboneros y leñadores. En tiempos de Cárlos III, el rey de los carboneros habia experimentado esa saciedad que causa el esceso del poder y el peso del imperio, y habia hecho lo que Cárlos V dimitiendo su corona en favor de su aliado el rey de España. El tratado de cesion se hizo ante un notario.

El patriotismo de esta aldea no quiso reconocer á José, y en ausencia del rey de España, el heredero legítimo de Cárlos V habia reasumido su autoridad.

Mientras tanto, la contínua vigilancia y la necesidad de pelear á un tiempo en todas partes hacian que el general llevase una vida muy ruda, de modo que su salud se resintió. Una de sus heridas, mal curada, empezó á arrojar esquirlas y le hizo sufrir mucho. Los médicos le mandaron que descansase si queria conservar la vida, y tuvo que solicitar que le reemplazaran; retardóse este reemplazo cuanto fué posible, pero por fin le enviaron uno de sus camaradas, el general Guye, marqués de Rio-Milano, que vino á restablecerse á Madrid.

Pero no estuvo ocioso mucho tiempo. Al siguiente dia de su llegada, el mariscal Jourdan le llamó para nombrarle jefe de su Estado Mayor, y casi al mismo tiempo le dieron el mando de Madrid, lo que, unido á la inspeccion general que habia conservado, le produjo un descanso que le ocupaba mucho tiempo.

XVI.

Un idilio en Bayona.

He dicho que á principios de 1811 la señora de Hugo y sus hijos se preparaban para ir á España. Los tres hermanos no pensaban más que en la partida y esperaban el momento con impaciencia. El jardin perdió gran parte de su atractivo; el columpio se vió descolgado; el carreton fué metido bajo el cubertizo para no salir más, porque no se trataba ya de esta clase de carruajes, sino de una verdadera diligencia, con relevos y con postillones.

La casa estaba en completo desórden; no hacian más que abrir los cajones y los armarios y poner todo su cuidado en no dejar nada olvidado; á cada momento sacaban de súcios rincones una porcion de objetos indispensables perfectamente inútiles.

En los primeros dias de la primavera la señora Hugo supo que iba á salir un convoy y que podia incorporarse á él en Bayona. Cuidóse entonces de alquilar

un coche y le ofrecieron una diligencia. Las diligencias de entonces no tenian más que un departamento cerrado, el interior; la rotonda era para los bagajes; el cupé no era más que una especie de cabriolé estrecho, donde cabian dos personas, expuestas al viento y á la lluvia. El interior tenia seis asientos, justamente lo que necesitaba la señora Hugo para sus tres hijos, para ella, para la doncella y para el criado. El cabriolé servia para colocar los envoltorios que no cupiesen en la rotonda.

En su cartera de viaje he encontrado la siguiente nota, que dice el precio del carruaje:

"Los señores Ternaux me han dado en Paris una letra de cambio de doce mil francos contra los señores Cheraux de Bayona: aun no he hecho la suma de los gastos de posada; pero acabo de pagar novecientos francos al cochero que me ha traido aquí por el alquiler del coche."

La señora Hugo habia defendido sus maletas contra la invasion de cosas "indispensables" con que los niños habian querido ocuparlas; pero la mayor parte reaparecieron, saliendo no sé de dónde, cuando estuvieron instalados en la diligencia y llenaron las bolsas de las portezuelas hasta casi reventarlas.

En el primer relevo bajaron Eugenio y Víctor, y viendo el cabriolé, reflexionaron que irian en él mejor que en el interior para gozar de la vista del campo, de los caballos, del postillon y de los latigazos.

Pidieron, pues, licencia para subir, prometiendo no estropear los objetos que allí iban. Quitóse todo lo que no pudo meterse en la rotonda, y los dos niños tuvieron el placer de mirar con ojos muy abiertos todo el camino hasta Blois, donde se los hicieron cerrar la noche y el cansancio, en el momento en que entraban por los álamos que rodean la poblacion.

En aquella época escaseaban los caballos á causa de la guerra; el ejército cogia todo lo útil, y el resto que quedaba para los carruajes no podia resistir ni una gran velocidad, ni largas jornadas; de modo que las diligencias apenas viajaban de noche. Los viajeros durmieron en Blois, y Víctor, que habia entrado dormido, salió apenas despierto y atravesó la ciudad sin verla; aquella ciudad donde debia vivir desterrado su padre durante la Restauracion.

En Poitiers, dos viajeros, al ver la diligencia, preguntaron si habia sitio; cuando se les dijo que no, manifestaron un disgusto, tanto más grande, cuanto que veian ocho asientos y solo iban seis personas. Uno era del comercio de Murcia, y decia que tendria una pérdida considerable si retardaba la marcha. La señora Hugo se compadeció de su comercio y le ofreció el cabriolé, mandando bajar á los niños; pero éstos dijeron que se podian quitar de allí dos bultos; los quitaron, se estrecharon un poco y cupieron cuatro en el cabriolé. Los recien venidos demostraron su agradecimiento cargando á los niños de bollos y de golosinas.

En Angulema Víctor observó sus viejas torres; tenia ya entonces tal aficion á la arquitectura, que se le quedaron grabadas en la memoria con tanta presion, que pudo delinearlas sin haberlas vuelto á ver.

Atravesaron el Dordoña en una barca, por no haber puente. Era de noche y hacia mucho viento: el rio tenia ondas como el mar. Embarcaron el coche con los caballos: los viajeros iban dentro. Los caballos, espantados de la oscuridad y de las olas, se encabritaban en la barca, y fué preciso atarlos para que no se arrojasen al agua. Víctor Hugo se acuerda de que el miedo de los caballos le hizo pasar un terrible susto.

De Burdeos solo recuerda un almuerzo de enormes sardinas, de unos panecillos mejores que bollos, y de manteca de oveja, servida por dos guapas jóvenes vestidas de rojo.

Al llegar á Bayona, la señora Hugo supo que la escolta que esperaba al dia siguiente tardaria en llegar un mes.

Como conoció que era inútil quejarse á nadie de ese retraso, empezó á buscar casa; encontró una que tenia suficiente espacio y buena vista y la alquiló por un mes.

No hacia veinticuatro horas que estaba en ella cuando vió entrar á una especie de charlatan y de agente de negocios, lleno de dijes, que la saludaba afectuosamente. Era, segun dijo en una jerigonza difícil de comprender, un director de teatro que iba á suplicarla que se abonase á un palco por el tiempo que estuviese allí.

No sabiendo cómo rehusar ni tampoco qué hacer en un mes y en una poblacion en que no conocia á nadie, consintió en tomar la localidad que le ofrecia.

Esta resolucion causó más alegría á los niños que al director. ¡Un mes de

teatro! Todos los dias, sin faltar uno! ¡Y el mes tiene treinta y un dias! No veian el fin de su felicidad.

Hasta entonces no les habian prodigado el teatro; su madre iba muy poco y ellos no iban nunca sin ella. Cuando la señora Hugo queria ver un drama, lo trataba con la familia Foucher é iban juntos; pero esto apenas sucedia una vez por año; era una cosa extraordinaria: llevaban á toda la familia pequeña y solian elegir la época de Carnaval. La última pieza que habian visto era *La Condesa de Escarbagnas*, y los tres hermanos estuvieron recordándola cerca de un año.

Aquella misma noche habia funcion. Antes de encender la araña, la familia Hugo estaba ya en el teatro. En cuanto la encendieron admiraron su palco, cubierto de indiana encarnada con florones amarillos, y no les fastidió el rato que tardó á levantarse el telon: el teatro y la entrada sucesiva del público bastaron para divertirlos. La orquesta tocó una sinfonía que les pareció soberbia; el telon subió por fin y dejó descubierto el escenario.

Se representaba un melodrama de Pixerecourt, titulado: *Las ruinas de Babilonia.* Era hermoso drama: salia un buen génio magníficamente vestido de trovador, cuyas apariciones eran deseadas con ansiedad; pero su ropilla de color de albaricoque y la interminable pluma de un sombrero nada valian comparadas con la escena de la trapa. La víctima del tirano, para evitar la muerte, se refugiaba naturalmente en un subterráneo, donde habria muerto de hambre y tristeza si el buen génio no hubiera ido de tiempo en tiempo á llevarle comida y á conversar con ella.

Un dia que estaban distraidos en un largo y animado coloquio, el génio descubrió de repente al tirano, que caminaba con sordos pasos hácia la trapa abierto; entonces el trovador, saltando rápidamente sobre la trapa, hundia en ella á su protegido, dándole un prodigioso golpe en la cabeza, y el tirano se quedaba estupefacto ante el escamoteo de su víctima.

Desgraciadamente al otro dia representaban lo mismo. Pero no era mucho una representacion para apreciar todos los detalles. Esta vez los tres hermanos no perdieron una palabra del diálogo, y volvieron sabiendo de memoria los cinco actos.

Al tercer dia representaron tambien *Las ruinas de Babilonia*; pero ya era inútil, porque las conocian suficientemente y hubieran preferido otra obra. Sin embargo, escucharon con respeto y aplaudieron la escena de la trapa.

El cuarto dia apareció el mismo cartel, y los niños notaron que la enamorada hablaba gangosa. El quinto dijeron que la pieza tenia escenas muy largas; el sexto no vieron la escena de la trapa, porque se habian dormido antes de terminar el primer acto; el séptimo pidieron á su madre que les permitiese quedarse en casa.

Tenian otras muchas cosas en qué pensar. Gastaban todos los cuartos que tenian en comprar pájaros: cada vez que salian volvian á casa con nuevas jaulas de verderones y de gilgueros. Cuando habian estudiado su leccion de español y dejado de la mano *El Cormon* y *El Sobrino*, cogian *Las Mil y una noches*, libro que admiraban entre todos los que habian leido, y volvian á leer algun cuento ó pintarrajeaban sus grabados. Pero no fué el recuerdo de *Las Mil y una noches*, ni de los gilgueros, ni de la trapa del trovador el que Víctor se llevó de Bayona.

La casa que vivia la señora Hugo pertenecia á una viuda que se habia reservado un piso. Esta viuda tenia una hija.

Víctor contaba entonces nueve años y la hija de la viuda diez; pero diez años en una jóven son quince en un muchacho, y ella le protegia y cuidaba de él.

Cuando habia ejercicio de fuego, Abel y Eugenio, que querian hombrear, como decia su madre, no faltaban nunca á estas maniobras, pero Víctor preferia quedarse con la jovencita.

Ella le decia:—"Ven conmigo y te leeré algo para distraerte.„

Y le llevaba á un rincon donde habia una escalerilla. Allí se sentaban en los escalones y ella leia bonitos cuentos, de los cuales Víctor no entendia una palabra, porque no hacia más que contemplarla.

Su cutis mate y transparente tenia la delicada blancura de la camelia. Podia contemplarla á su placer mientras ella leia, pero cuando levantaba la vista se ponia como la grana.

Algunas veces notaba la jóven esta falta de atencion y le decia incomodada: —"Pero no me escuchas! Atiende ó dejaré de leer.„

Víctor protestaba que la oia muy bien, con objeto de que siguiese leyendo y

bajase los ojos; pero cuando preguntaba qué pasaje le habia gustado más, no sabia qué responder.

Una vez le miró en el momento en que él contemplaba su pañoleta, que levantaba su propia respiracion. Víctor se quedó tan turbado, que se fué sin decir nada á la puerta de la escalerilla, donde se quedó jugando con el cerrojo, de tal modo, que se despellejaba los dedos.

Víctor Hugo, al referirme estas entrevistas con la primera mujer que le turbó, me decia que todo el mundo encontrará sin duda en su pasado estos amores de niño, que son respecto al amor lo que la aurora es respecto al sol. Los llama el primer grito del corazon que despierta y el canto del gallo del amor.

Treinta y tres años despues, en 1344, volvió Víctor Hugo á pasar por Bayona. Su primera visita fué á la casa que ocupó en 1811. ¿Era el recuerdo de su madre lo que le atraia ó la jóven lectora?

Entró en una casa que estaba al lado y preguntó si seguia viviendo allí ó dónde estaba; nadie la conocia. Dibujó la casa y empezó á recorrer la poblacion con la vaga esperanza de encontrarla, pero no vió ningun rostro que se la pareciese ni volvió á oir hablar nunca de la jóven de quien estuvo enamorado á los nueve años.

XVII.

El convoy.

El mes estaba próximo á terminar; pronto debia llegar el convoy. Fué, pues, necesario pensar en el viaje, y hubo que hacer una segunda mudanza y sostener una nueva lucha contra una carga de objetos con que se habian enriquecido los tres hermanos en Bayona. La señora Hugo se resistió á llevar cinco ó seis jaulas de pájaros, y los niños, no pudiendo llevárselos, los pusieron en libertad.

La diligencia que habia llevado á la señora Hugo á Bayona fué reemplazada por una inmensa carroza antigua, de aquellas que solo existian ya en los grabados, y en la cual acomodaron perfectamente, además de los bagajes y de toda clase de provisiones, una tinaja de vino, una enorme caja de hierro batido, de doble cubierta, llena de carne fiambre, y una cama de hierro con un colchon, porque la señora Hugo desconfiaba de las camas españolas.

El general habia enviado al encuentro de su mujer y de sus hijos un ayudante.

El conde de Allouville hablaba en sus Memorias de un sobrino de Mirabeau que conocia los secretos del tribuno en la corte: Riquetti el mayor, antes conde de Mirabeau, salió á pié de Paris, siguiendo el camino de Saint-Cloud. Una especie de silla de posta enganchada le esperaba. Con el fin de que ningun criado supiese este viaje misterioso, cuyo objeto era sin duda de la más alta importancia, le servia de postillon un capitan de dragones, sobrino de Riquetti. Cuéntase, dice Luis Blanch en su *Historia de la Revolucion*, que cuando Mirabeau iba á esta entrevista, que él mismo habia solicitado, pasaron por su imaginacion ciertas nubes y vaciló. ¿Por qué no? Conocia la historia del duque de Guisa. Dejando á una de las puertas interiores la calesa, que habia guiado su sobrino Saillant, dijo á éste, despues de haber arreglado uno despues de otro sus dos relojes y de haberle dado una carta para el comandante de la guardia nacional de Paris:—"Ignoro si quieren tratarme con lealtad ó si quieren asesinarme; si no vuelvo dentro de una hora, parte á escape, lleva esta carta donde dice el sobre, manda tocar á rebato y anuncia al pueblo la perfidia de la corte.„

El conde de Allouville cuenta que pasada la hora, Saillant, muy inquieto por su tio, esperó un poco y luego se puso en camino, pero muy despacio, volviéndose, mirando, escuchando y deteniéndose. Por fin oyó que le llamaban. Era Mirabeau, que le dijo sofocado:—"Temia que hubieses partido; estoy contento; todo vá bien. Guarda el mayor silencio sobre este viaje, que es importantísimo para el Estado.„

El ayudante del general era ese sobrino de Mirabeau.

El señor Saillant tenia entonces cincuenta años y podia muy bien pasar por padre de una jóven. La señora Hugo, que esperaba á un capitan de dragones y á un sobrino de Mirabeau, se asombró mucho de ver entrar á un marqués.

El ayudante tenia esceso de cortesía y de finos modales, que contrastaban con la brutalidad del imperio; pero lo que chocó á los niños, más que su amabilidad, fué su capote tan lleno de polvo, que cuando bajó del caballo creyeron que habia nevado, y sus charreteras, que

por llevar el capote encima se le habian corrido hasta el pecho, y así las llevaba cuando se quitó el sobretodo para subir á casa de la señora Hugo. En seguida vieron los niños que todos los oficiales las llevaban del mismo modo; la hopalanda se las echaba hácia adelante, de modo que las hombreras no estaban nunca sobre los hombros.

El marqués de Saillant cortésmente se puso á las órdenes de la señora Hugo, cuyo coche pensaba escoltar á caballo; pero el coche, llamado por la señora Hugo el *Cielo grande*, era bastante capaz para recibir á otra persona: el marqués, pues, entró en el carruaje con la familia, sin molestar á nadie, porque el coche tenia cupé, del que se apoderaron en seguida Eugenio y Víctor.

El convoy no se tomaba precisamente en Bayona, sino en Irún, donde la señora Hugo le tuvo que esperar tres dias. Irún con sus montañas, su rica vegetacion y sus balcones cubiertos, parece un canton suizo trasladado á España.

Al Norte de Vizcaya tiene la tierra la grandeza de Suiza; sus montañas son coquetas y sus precipicios son lindos. Los vascongados se distinguen de todos sus compatriotas por su extrema limpieza; tienen verdadero orgullo en la ropa blanca; la lavan sin cesar, lo que hace que las praderas de Irun estén cubiertas de telas relumbrantes, que engalanan la campiña antes de engalanar á sus habitantes.

La señora Hugo, que no tenia aficion á los viajes y que estaba ya harta de ellos, se reconcilió un poco á la vista de aquella limpieza. Se figuró que España iba á ser una Vizcaya perpétua, y dijo á su ayudante que empezaba á creer que se acostumbraria fácilmente á vivir en ella. El marqués no destruyó esta ilusion.

La señora Hugo no era la única que iba á aprovecharse del convoy. La España estaba en tal estado de efervescencia que nadie se atrevia á viajar solo. El Norte sobre todo, por donde se venia de Francia, estaba dominado por las guerrillas, que no tenian en Vizcaya las moderaciones que el general Hugo las habia hecho tener en Castilla. Citábanse muchas atrocidades cometidas por las guerrillas de Mina y del Pastor, actos de crueldad que no esceptuaban ni la edad ni el sexo; los insurgentes no se contentaban con matar á mujeres y á niños, sino que los torturaban, les sacaban las entrañas y los quemaban vivos. El miedo y el ódio debian indudablemente aumentar estas barbaries; pero es indudable que la lucha era feroz por ambas partes.

Así se concibe que los que tenian que viajar por España buscasen las ocasiones de ir en compañía. Cuando partia un convoy acudian de todas partes de Francia para pedirle compañía y proteccion.

Al llegar á Irún el tesoro fué rodeado por una nube de carruajes; Víctor contó más de trescientos. Este número era ya escesivo, y la escolta, que debia ante todo guardar el tesoro, no era suficiente para tan larga fila. Además, un convoy de tanta cola podria pasar por los caminos, pero se exponia en los desfiladeros y en las cuestas; la primera necesidad era ir de prisa y no dar tiempo para que se avisasen los campesinos y le preparasen emboscadas. El convoy no quiso, pues, ser responsable de tantos carruajes y despidió las dos terceras partes de ellos.

Fué tan severo porque el mes anterior cogieron y exterminaron un convoy en las Salinas. Aquella matanza, atribuida precisamente á la gran longitud de la línea, causó impresion difícil de borrar. Catorce años despues el general Lejenne hizo minuciosa relacion de ella, en un cuadro que presentó en la Exposicion de 1823, que obtuvo un éxito de actualidad. Júzguese qué pasaria al dia siguiente del suceso.

Teniendo á la vista esta perspectiva entraron los niños en España.

Formaban la escolta mil quinientos infantes, quinientos caballos y cuatro cañones. Dos de éstos iban á vanguardia y los otros dos detrás del tesoro.

Los viajeros solo trataban de ver á quién le tocaba ir más cerca del tesoro, para ser más directamente protegidos y por tener por compañeros de viaje á los cañones, siempre dispuestos á abrir su gran boca para defenderlos. Cada uno queria ir delante de los demás; la órden de la marcha empezó por una terrible confusion de hombres y de mujeres que disputaban, de cocheros que se injuriaban, de coches que se enganchaban unos en otros y de caballos que se mordian.

La señora Hugo, mujer de un gobernador de provincia y de uno de los grandes dignatarios de la corte de Madrid, reclamó el primer lugar; pero cuando su mayoral quiso ocuparle se encontró con el mayoral de la duquesa de Villahermosa, cuya grandeza no permitia que pasase nadie delante de ella.

Los juramentos y los latigazos no

pudieron terminar la cuestion de la duquesa de cuarteles y de la condesa de charreteras, y apelaron al duque de Cotadilla, que mandaba la escolta. Este conflicto de etiqueta era bastante grave, porque en él cada una defendia su vida y la de su familia. El duque de Cotadilla, como verdadero caballero, dió el lugar preferente á la extranjera, y el coche de la generala pasó adelante.

Este coche desmesurado, que llevaba todo un mobiliario y que apenas podian poner en movimiento seis mulas, escitó el murmullo de la multitud; notóse que ocupaba mucho y que producia gran embarazo además, porque bastaba que fuese favorecido, pues las preferencias parecen siempre injustas á los que no son objeto de ellas.

Por fin el tumulto se apaciguó, formóse la fila y el duque de Cotadilla dió la señal de marcha.

Los niños tuvieron una verdadera alegría cuando se inclinaron por las portezuelas y vieron por delante y por detrás aquella fila tan extensa. Escepto su coche y el de la duquesa de Villahermosa, todos los coches eran modernos. El verde era el color del imperio, y por lo tanto la mayor parte estaban pintados de verde, con las ruedas doradas, porque estas ruedas formaban tambien parte del uniforme imperial. La cortesanía llegaba hasta la cuadra.

A ambos lados de los coches iban las tropas bien vestidas y cepilladas, como siempre que se emprende un viaje, con las cartucheras limpias y los fusiles brillantes. Allí iban el jóven coronel Lefevre, hijo del mariscal, y el coronel Monfort, elegante y á la moda.

Entre los ginetes se distinguia un grupo de veinte jóvenes, cubiertos con grandes capas y con sombreros de grandes alas y espada al lado. Estos Almavivas eran simples auditores del Consejo de Estado, que el emperador enviaba á su hermano. En esta cabalgadura caracoleaba el duque de Broglie.

La alegría de los que no habian sido despedidos, la bulliciosa emocion del sitio en el convoy y el placer de partir habian hecho olvidar á todo el mundo el desastre de Salinas, y aquel convoy numeroso, heterogéneo y brillante, empezó á andar bamboleándose.

XVIII.

El viaje.

Víctor, viendo á la derecha, á lo lejos, un punto brillante como una gran pedrería, preguntó al marqués de Saillant qué era, y éste le respondió que aquello era el golfo de Fuenterrabía.

La primera parada era en Hernani.

Hernani es un pueblo de una sola calle, pero muy ancha y muy hermosa, empedrada de piedras puntiagudas y brillantes; cuando el sol está alto parece que se anda sobre lentejuelas.

Todos los habitantes de Hernani son nobles, de modo que todas las casas tienen blasones esculpidos en piedra sobre la puerta. Estos escudos señoriales, la mayor parte del siglo quince, tienen carácter y dan gran aspecto á Hernani. Las casas señoriales no por esto son menos rústicas; su fronton feudal se armoniza perfectamente con su balcon grosero de madera muy gastado, pero sostienen un grueso maderaje con tanto orgullo como sus armas, del mismo modo que los pastores de Castilla, en cuyas manos el cayado parece un cetro.

A Víctor le gustó muchísimo esta poblacion, que ha dado nombre á uno de sus dramas; pero la señora Hugo no participó del entusiasmo de su hijo. Aquella calle, noble y severa, destruyó el buen efecto causado por la alegre campiña de Irún y aguó el placer del viaje. Consolóse un poco en Tolosa, cultivada y verde como un jardin, lo que la hizo perdonar sus pequeños puentes de un solo ojo, tan estrechos, que no pueden pasar por ella dos coches á la par. En cambio Tolosa agradó poco á Víctor. Aquí hacemos notar que aquel niño, sumiso enteramente á su madre y dispuesto á obedecerla en todo, tenia su personalidad y su gusto propio para la naturaleza y la arquitectura, en lo cual no influia la autoridad materna. Desde este primer viaje previó lo que comprendió despues cuando volvió á pasar por Tolosa; que la España está hecha para lo bello y no para lo bonito; que su invariable cielo azul solo se armoniza con poblaciones graves, y que sus montañas se empequeñecen vistiéndose de gala.

Las carreteras eran otro punto de discusion entre la madre y el hijo. Las ruedas de las carretas españolas no son

como las de Francia, de rádios, sino macizas y pesadas, de modo que al girar penosamente arrancan del eje chirridos dolorosos, que irritaban á la viajera hasta la exasperacion. Así que las oia á lo lejos en las llanuras, cerraba la boca y se tapaba los oidos. Víctor encontraba en este ruido violento y agradable placer, y decia que le parecia oir á Gargantúa trazar círculos sonoros con el dedo sobre el cristal.

Llegó, sin embargo, un dia en que el chirrido estridente de las ruedas españolas fué para la señora Hugo suave música.

El convoy habia llegado al sitio más terrible del viaje; á los desfiladeros: habia penetrado en la siniestra garganta de Pancorbo. Por un lado la cerraban rocas cortadas á pico, por otro precipipicios; el camino se iba estrechando poco á poco, hasta tener apenas la anchura de un carruaje. El socorro de unos y de otros es allí imposible; de modo que diez mil no harian más que uno; cincuenta hombres emboscados destrozarian á un batallon.

El dia iba desapareciendo; en el convoy todos guardaban silencio, recordando, sin duda, el desastre de Salinas, cuando de repente se vieron salir de entre las rocas y proyectarse, con esa magnitud que dan á los perfiles la altura y el crepúsculo, un grupo de hombres que se inclinaron para escuchar como dedicándose al espionaje.

El miedo se apoderó de todos los viajeros; se retiraron al fondo de los coches; las madres cubrieron á sus hijos con el cuerpo; la tropa preparó los fusiles y los auditores del Consejo de Estado llevaron la mano á la empuñadura de la espada.

En aquel momento se oyó un formidable chirrido y aparecieron una docena de carretas en el recodo del camino; aquel grupo terrible era simplemente una docena de arrieros que conducian mercancías y que se habian reunido para no ser robados. El ruido del convoy los habia alarmado y habian avanzado con precaucion para ver qué era lo que iba hácia ellos. Su miedo fué, pues, el que asustó al convoy.

Cuando así lo comprendieron unos y otros, todos se echaron á reir y prometieron no volverse á asustar durante el camino.

La primera parada fué en Torquemada, que años atrás era un pueblo, pero el general Lasalle quiso que tuviera nombre exacto, y para que se llamase "Torre-quemada„ la incendió.

Alojáronse como pudieron en aquellas ruinas y al amanecer continuaron su marcha alegremente, hablando del inmenso peligro que habian escapado la víspera y de la terrible batalla que dos mil soldados habian sostenido con doce arrieros. Los jóvenes coroneles hablaban á la portezuela de los coches en que habian descubierto mujeres lindas, sin que cesase esta alegría cuando se acercaron á Salinas y cuando la cola del convoy entró en aquel fatal desfiladero, que habia sido el bú terrible de todo el viaje.

Pero más tarde interrumpió las risas el silbido de las balas; esta vez no se encontraban con arrieros. La naturaleza humana es de tal índole, que despues de haber temblado ante un peligro imaginario, no se conmueve ante un peligro verdadero.

Las guerrillas venian tarde; el miedo se habia gastado todo en Pancorbo y lo habian consumido ya cuando llegaron á Salinas. Continuaron las alegres conversaciones, y habiendo dado dos balas en el coche de la señora Hugo, los niños dijeron que los bandidos eran muy amables y les enviaban bolas para jugar. La guerrilla no era numerosa y el tesoro estaba bien guardado; despues de un cuarto de hora de tiros perdidos, á los que no se dignó contestar la escolta, desanimáronse los atacadores y dejaron de hacer fuego.

Salinas fué incendiada con más furor que Torquemada; apenas quedaban en pié algunos trozos de pared: no dejaron allí ruinas, sino cenizas. Allí pasaron la noche, y fué preciso dormir al aire libre. Los niños creyeron que no tenian necesidad de acostarse y que era más divertido jugar al escondite entre los escombros.

La noche en España es clara como un dia en Francia. Se pusieron á jugar, á ocultarse, á buscarse y á subir por un monton de piedras que habian formado los derrumbamientos. Víctor, que siendo el más pequeño queria siempre ganar á sus hermanos, se subió á una piedra poco segura, con la cual rodó, con tan mala suerte, que perdió el conocimiento. Sus hermanos le recogieron y le llevaron muy asustados, porque tenia la frente llena de sangre. Su madre, al verle llegar, tuvo un momento de ansiedad horrible, pero un cirujano militar la tranquilizó: el niño abrió los ojos y le

pusieron en la herida una hoja de verdolaga, y al dia siguiente no quedaba de aquella caida más que la cicatriz, que todavía conserva.

Víctor tenia mala suerte en sus juegos de chico. En Italia le mordió un dedo un perro, á quien estaba acariciando; despues en el colegio le hirió en la rodilla uno de sus compañeros. Tambien ha conservado estas dos cicatrices, porque todo se borra, escepto las heridas.

Cuando entraban en alguna poblacion que los franceses no hubiesen convertido en monton de cenizas, los habitantes estaban obligados á dar al convoy todo lo que necesitase, despues de alojarle y de mantenerle el tiempo que permaneciese allí. La primera vez la señora Hugo se quedó asombrada de la cantidad de comestible que recibió: un cuarto de vaca, un carnero, ochenta libras de pan, etc., y un barril de aguardiente. Esto era lo que se le habria dado á su marido, que tenia derecho á cuatro raciones; una como general, otra como gobernador, una como inspector y otra como mayordomo. Cuatro destinos no son cuatro bocas, pero estos abusos se cometen en los paises conquistados. La señora Hugo no sabia qué hacer de toda aquella comida, pero no tardó mucho en darla oportuno empleo.

Como el convoy iba al paso, las paradas eran tardías. En Irún habia tomado víveres para tres dias, y la tropa, que se encontró en la ocasion de hacer una gran comida, no habia podido contenerse; casi todos se habian comido lo de los tres dias en veinticuatro horas. Al dia siguiente se arrepintieron y vieron con envidia á sus compañeros previsores que habian dividido en tres partes sus provisiones; éstos no habian podido ver morir de hambre á sus compañeros de armas, y habian dividido la racion con ellos, de modo que al tercer dia nadie podia comer.

El coche de la señora Hugo iba rodeado de granaderos holandeses que venian dispuestos á luchar contra España, porque Napoleon se servia de un pueblo contra otro. Con sus casacas de lana roja y sus enormes gorras de pelo, aquellos hombres, habituados al clima del Norte, sufrian muy mal el ardiente sol de España, y decian que hubiesen preferido una campaña á este viaje. La falta de alimento acrecía su cansancio.

Los dos hermanitos, que los oian desde el cabriolé lamentarse de las raciones que se habian comido, se lo dijeron á su madre, y desde aquel dia los granaderos se comieron las tres cuartas partes de la racion del general y se bebieron todo su aguardiente.

Mondragon está situado sobre la cresta de una roca. La subida es tan áspera, que las seis mulas no pudieron arrastrar el pesado vehículo y fué preciso darles la ayuda de cuatro bueyes. La subida tenia un recodo brusco costeado por un precipicio. No sé si la caida de Víctor en las Salinas habia hecho prudentes á los tres hermanos; lo cierto es que perdieron completamente la serenidad ante aquel abismo y que quisieron bajar y subir á pié la cuesta; su madre, que no era miedosa, les respondió que bajarian cuando fuesen mujeres, y mandó al mayoral que arrease los bueyes.

Dióse la vuelta sin accidente alguno, y el coche llegó sano y salvo á la cumbre de los peñascos; pero no sucedió al dia siguiente lo mismo á la bajada. Mondragon no tiene más que una abertura, de modo que se sale por donde se entra. Cuando llegaron al sitio terrible, los niños no se atrevieron á tener miedo, pero el camino les causó el mismo efecto que un foso; la inclinacion era tal que perdian de vista las mulas; el peso del coche le precipitaba sobre el tiro, oprimiéndole y obligando á las bestias á encoger los jarretes para contenerles. Al pasar el recodo el empuje fué muy violento, y las dos primeras mulas se deslizaron en el precipicio, arrastrando al coche. Todo habria desaparecido si no hubiera sido por un guardacanton, en el que se enganchó una rueda; pero esta rueda se rompió con el choque y cedió: la madre y los niños estaban suspendidos en el vacío y se veian perdidos. Pero allí estaban los granaderos: algunos se arrojaron en el precipicio arriesgando su vida, y apoyándose solo en algun matorral, ayudaron al guardacanton con sus hombros y con sus pechos, mientras que otros azuzaban á las mulas, y la familia se salvó.

Aquellos abismos, en los que hubieran rodado sin el auxilio de los granaderos; aquellas noches al aire libre, en que los niños se abrian la cabeza contra las piedras; aquellos tiros que por un momento causaron risa, pero que en realidad eran poco agradables, no podian hacer que á la señora Hugo complaciese el viaje. Aquellos alimentos que los granaderos devoraron con tanta facilidad, buenos para los soldados en marcha, eran pesados para su estómago de mujer; tenia el

recurso de la cocina que llevaba; sus jamones y sus conservas de carne la cansaban, y en una de las paradas hizo que su doncella la proporcionase una ensalada.

El calor y el polvo le eran insoportables, sobre todo cuando llegó á la inmensa y árida llanura de Castilla la Vieja, cuando tuvo delante de sí un desierto de ochenta leguas que iba á atravesar al paso. Creyó que de allí no salia nunca; no veia ni árboles ni arbustos; apenas descubria aquí y allá algunas yerbas raquíticas y rojizas que parecian que iban á arder al fuego del sol.

A largas distancias encontraban casas de ventanas estrechas como troneras; algunas veces veia, de pié, recostado en la puerta, algun paisano inmóvil y silencioso, que no se apartaba ni levantaba la cabeza al pasar el convoy. Los ojos de estos aldeanos desaparecian bajo el ala inclinada de su sombrero; le parecia que en ellos solo vivia el cigarro que fumaban. A medio dia el calor era tal, que el convoy no podia resistirlo; hacian alto; los viajeros tenian los coches por quitasol; pero los soldados, á falta de otro abrigo, buscaban una hondonada que les prestase su sombra; los ginetes se acostaban debajo de sus caballos y así se dormian, y los bravos animales tenian mucho cuidado de no hacer ningun movimiento para no estropear á sus dueños; solo de vez en cuando inclinaban la cabeza para ver si los cubrian bien con la sombra que proyectaban sus cuerpos.

A la viajera no le iba muy bien con España ni con los españoles; verdad es que éstos no trataban de agradar á los franceses.

He dicho que el convoy en las poblaciones se alojaba en las casas de los habitantes, cuando los habia; pero su acogida era sombría como la derrota y fria como el resentimiento. Llegaban á una casa grande y fuerte que parecia una Bastilla, con puerta baja, gruesa, con dobles hojas de roble, sembrada de clavos y cerrada con cerrojo por dentro: llamaban; nadie respondia: llamaban otra vez; tampoco: golpeaban la puerta; la casa permanecia sorda. Por fin, á la décima llamada, y muchas veces á la vigésima, se entreabria un postigo y aparecia el rostro de una criada flaca con los labios apretados, con la mirada glacial. Aquella criada no hablaba; les dejaba decir lo que querian, desaparecia sin responder, y poco despues volvia y entreabria la puerta.

Lo que abria la puerta no era la hospitalidad, era el ódio. Los franceses entraban en piezas amuebladas con lo estrictamente necesario; ni un objeto de comodidad ó de distraccion: la comodidad estaba ausente y el lujo proscripto. Hasta los muebles eran hostiles; las sillas os recibian mal y las paredes decian: —"Idos!„ La criada os enseñaba los cuartos, la cocina, las provisiones, y no la volvíais á ver. Nunca veíais á los dueños de la casa. Habian sabido que tenian alojados franceses; habian preparado la casa y la comida; nada más tenian que hacer.

Al primer aldabazo se iban con sus hijos y con sus criados á un cuarto retirado, se cerraban y esperaban aprisionados en su propia casa que se marchasen los franceses. No oíais ni un paso ni una voz; hasta los niños callaban, poniéndose sérios. Era aquello el silencio y el aniquilamiento del sepulcro, la casa estaba muerta. Víctor Hugo, que me ha dado estos detalles, que yo he procurado referir literalmente, decia que no hay nada tan siniestro como el suicidio de una casa.

Un español encontró el modo de ser más hostil.

Era alcalde; la puerta de su casa tenia aspecto más huraño que la de las otras. Un criado con mirada amenazadora condujo nuestro coche á un pequeño cubertizo, sin ningun mueble y sin más alfombra que la tierra. Era de noche, y aquella gran cuadra estaba iluminada por un hacha de viento colocada en la pared. La madre tenia la cama que habia traido de Francia; los niños durmieron en unas zaleas extendidas en el suelo. El criado desapareció. La señora Hugo necesitó algo, y envió á su doncella á buscar al amo ó al criado. La doncella no encontró á nadie; la casa estaba vacía; pero antes de abandonarla, el alcalde habia puesto sellos en todas las puertas.

Era imposible decir más claro que los franceses eran ladrones.

La señora Hugo, por escepcion, tuvo una vez acogida muy diferente.

Al primer aldabazo se abrió la puerta y salió, no una criada, sino el dueño. El y sus hijos se pusieron á las órdenes de la señora generala y entregaron la casa, grande y bien amueblada. Era una habitacion alegre y fresca; por todas partes habia mármoles y agua; el bienestar

llegaba hasta lo supérfluo. Todo estaba allí á disposicion de la madre y de los niños: el salon, el jardin, los amos, los criados. La señora Hugo creyó que estaba tan en su casa como si estuviera en las Fuldenses.

Permanecieron algunos dias en aquella poblacion, y ni por un momento se desmintió esta perfecta hospitalidad. La viajera habia visto en su cuarto un vaso de plata que le habia gustado; la amabilidad de su huésped le movió á preguntarle, en el momento de la marcha, si queria cederla aquel vaso. El español lo tomó en seguida y lo puso en el equipaje; ella le dió las gracias y le dijo:

—Cuánto vale?

El español se quedó asombrado y no respondió; la señora Hugo le hizo otra vez la pregunta y le replicó que queria pagar el vaso. El español no le comprendia. Ella le contestó que estaba muy agradecida, pero que no habia venido á abusar de la hospitalidad y que no tomaria el vaso si no aceptaba su valor.

Entonces el español asomó á sus labios una amarga sonrisa y replicó que no se habian entendido hace tres dias; que él habia hecho todo lo que habia podido para que la señora generala creyera que estaba en su casa y no en la agena, porque todo era de los franceses, la España y los españoles; que él no era vendedor de vasos, y que extrañaba mucho que los franceses tuviesen tanto escrúpulo en llevarse un vaso, siendo así que no le tenian para robar á los pueblos.

Para los niños el viaje era muy divertido y gozaron mucho con el encuentro de un regimiento de lisiados.

De tiempo en tiempo reunian á los soldados que se inutilizaban en la guerra y que no podian ya servir, y que enviaban á sus casas. Para el que reflexionaba era aquel un triste espectáculo, pero para los niños era muy divertido. Vieron una Corte de los Milagros, un cuadro de mendigos de Callot, todas las enfermedades y todos los trajes, porque los habia de todos los cuerpos y de todas las naciones: los ginetes que habian perdido el caballo iban penosamente á pié; los infantes que habian perdido las piernas montaban dificultosamente en asnos ó en mulas. Los cojos guiaban á los ciegos.

El convoy saludó con una inmensa carcajada aquellos restos del ejército. Los lisiados aceptaron esta risa y contestaron con otra. Uno de ellos dijo á los granaderos:

—Así os quedareis vosotros!

Y otro añadió:

—Si salvais la vida!

Desapareció la alegría de la escolta y un granadero dirigió una mirada á un tuerto y desnarigado, que queria decir:

—Ese hombre es feliz!

En Búrgos causó gran placer á los niños la vista de la catedral. Desde que de lejos la divisaron, les fascinó la magnificencia de su arquitectura. En cuanto llegaron quisieron visitarla. Su interior no ofrece la prodigalidad tumultuosa del exterior, que parece una festividad de la piedra: su riqueza es grave y casi austera; es la majestad despues de la alegría. Los tres hermanos, y sobre todo Víctor, admiraron igualmente estos dos caractéres de la catedral: no se cansaban de contemplar los vidrios, los cuadros, las columnas. Cuando Víctor estaba mirando á lo alto, se abrió una puerta en la pared que permitió ver una figura perfectamente ataviada, una especie de fantasma deforme, que hizo la señal de la cruz, dió tres golpes y desapareció. Víctor, admirado, se quedó mirando á la puerta cerrada.

—Señorito, le dijo el que les daba el agua bendita y les servia de cicerone, es el papa-moscas.

El papa-moscas es un muñeco de resorte de un reloj que dá las horas. Los tres golpes que dió anunciaban que eran las tres.

El cicerone explicó á los niños por qué se llamaba el papa-moscas, pero Víctor no entendió la leyenda; tan conmovido se habia quedado al ver aquella imponente catedral, que mezclaba esta caricatura con sus estátuas de piedra y que hacia saber la hora á las imágenes por medio de un polichinela.

La catedral no es por esto menos severa, menos grande; y este capricho de la iglesia apareció más de una vez en la imaginacion del autor del *Prefacio de Cromwell* y le ayudó á comprender cómo puede introducirse lo grotesco en lo trágico sin perjudicar á la gravedad del drama.

El marqués de Saillant invitó á la señora Hugo á visitar el sepulcro del Cid, que estaba á media legua de Búrgos.

Los niños aceptaron y la madre consintió.

Poco quedaba ya del sepulcro; el tiempo habia comenzado la ruina; los franceses la habian terminado. Los soldados consideraron que el sepulcro era bueno para convertirle en blanco, y cada dia

las balas le arrancaban un pedazo. La desgraciada tumba desapareció ya.

Esta profanacion y otras semejantes fueron una de las causas del ódio de España contra Francia.

Preciso es decir que la ocupacion no fué discreta ni inteligente; no supo respetar ni los monumentos, ni las tradiciones: ofendió á los españoles en su historia y en sus artes; los edificios fueron bombardeados sin compasion y sin prudencia; el gusto imperial era hostil á esas viejas construcciones góticas ó moriscas, y el menor pretexto bastaba á los generales para bombardearlas.

En el viaje hubo un accidente que no agradó al duque de Cotadilla tanto como á los viajeros.

Cuando el convoy hubo descansado en Valladolid, se alineó en la gran plaza de los Cuatro Conventos, que entonces podria llamarse de los Cuatro Cuarteles; salió de la ciudad, atravesó sin obstáculo alguno el difícil desfiladero de Coca y bajó á la llanura. Allí le alcanzó y pasó un destacamento de caballería que precedia á la reina Julia, que iba tambien á Madrid.

El duque de Cotadilla, sabiendo que iba á pasar la reina, quiso hacerla los honores, y mandó que toda la tropa se mudase la ropa blanca y se pusiese de gala.

No habia ni una casa, ni una colina, ni un árbol, ni una desigualdad de terreno que sirviese de tocador. Se dió aviso á las mujeres y se bajaron las cortinillas. Los niños, atendido su sexo, asistieron al espectáculo desde el cabriolé.

Los soldados formaron en seguida pabellones, se quitaron las mochilas, los capotes, los pantalones y las camisas; pero se dieron muy poca prisa á volverse á vestir, porque era un consuelo estar en cueros en aquel clima cálido, y prolongaron cuanto pudieron aquel instante de bienestar y de frescura. Y le prolongaron tanto, que la reina Julia, á quien no se creia tan cerca, llegó de repente y atravesó por medio de dos mil hombres mientras estaban poniéndose la camisa.

El duque de Cotadilla quedó profundamente humillado. Los honores que habia querido hacer se habian vuelto contra él. Trataron de consolarle diciendo que la reina solo comprenderia su buena intencion; pero sin embargo, no tardó mucho tiempo en consolarse de este contratiempo.

Segovia quedó grabada en la imaginacion de Víctor Hugo como un sueño. Vió casas esculpidas de buhardas y otros adornos, palacios de jaspes y pórfido, todas las magnificencias, todos los encajes de la arquitectura gótica y árabe, y dominándolos, como una tiara de piedra, el Alcázar.

Ya he dicho que el general Hugo habia cedido el mando de la provincia de Segovia al conde Tilly; por consiguiente, no tengo necesidad de referir el recibimiento que hizo el gobernador á la mujer del que le habia dado el gobierno. Fué á buscarla todos los dias en su coche, cuya ligereza y elegancia agradaron á la viajera, sobre todo comparándole con su carruaje cubierto de polvo. La llevó á todas partes, empezando por el Alcázar.

El Alcázar está edificado sobre una altura. El coche del conde llegó al pié de una torre y los niños se disponian á bajar, cuando el conde les dijo que no se movieran. Abrióse una puerta, entró el coche en la torre y continuó subiendo por el interior. La torre tiene un camino por el cual pueden subir coches como en el castillo de Amboise. Los niños, que no habian visto nada semejante, se admiraron de aquel coche que subia por las escaleras.

Pero despues encontraron mayores placeres cuando vieron una porcion de salas, entre las cuales les gustó más que todas las galerías de retratos de los reyes moros y cristianos. El conde Tilly les introdujo en los talleres de la moneda, donde habia montones de oro y de plata, que dejaron asombrados á los niños. Lo que más les chocó fué el hombre que ponia las monedas en la prensa para la estampacion: las ponia y las retiraba con los dedos de tal modo, que una distraccion de un segundo le hubiera costado perderlos. El conde cogió tres monedas de oro de las que habian acuñado en su presencia y se las regaló como recuerdo de su visita.

Al salir del Alcázar fueron á comer á casa del gobernador. La comida fué espléndida: hubo profusion de vinos franceses y Víctor se emborrachó por completo.

A pesar de estos obsequios, la señora Hugo abandonó á Segovia con placer, porque tenia prisa de llegar á Madrid y acabar aquel viaje eterno. Otra razon aumentaba su impaciencia: el coche, envejecido ya, empezaba á inutilizarse con tantas subidas y bajadas, y al salir de Segovia notó que el eje estaba en muy

mal estado. Se lo dijo al mayoral y éste contestó que no era nada; sin embargo, le pareció que poco á poco se iba rompiendo; pero el mayoral seguia diciendo que no era nada. La seguridad del mayoral no la tranquilizaba. El eje que se rompe es un peligro constante.

El convoy no esperaria á que se compusiera la rueda; el coche se retrasaria y podian sorprenderle las guerrillas. El mayoral estaba tranquilo, porque comprendia el peligro: era español, y por consiguiente odiaba á los franceses, y habia habido ya cochero que entregó á los españoles las personas que conducia. Mientras iba reflexionando así, estalló el eje.

Buscóse en seguida una cuerda para componerle, pero no se encontró en el coche. Enviaron un criado á pedirla á los demás carruajes; nadie tenia ó nadie quiso darla, porque no habian perdonado á la señora Hugo el ocupar el primer sitio. Para colmo de desgracia, la duquesa de Villahermosa dijo que no queria esperarse por dar gusto á una francesa, y mandó á su mayoral que alcanzase al Tesoro. Todos los coches hicieron lo mismo, deseando ganar un sitio y cuidándose muy poco de que quedasen abandonados una mujer y unos niños. La pobre madre vió alejarse y desaparecer todos los coches.

El mayoral trabajaba para componer el eje, pero no adelantaba; ayudóle el criado, pero el eje estaba inservible. La señora Hugo dudaba si dejar el coche y alcanzar á pié el convoy con sus hijos, pero iba muy lejos y esto no era ya posible. Por más que escitaba al mayoral, éste seguia perfectamente tranquilo. La noche se aproximaba, lo cual era un verdadero motivo de terror. De pronto oyó galopar y tembló creyendo que venia tropa.

Cuando se aproximaron los ginetes conoció al marqués de Saillant y al coronel Montfort. El marqués no estaba á su lado cuando se rompió el eje, y al buscarla pocos momentos despues supo la causa de la separacion y pidió algunos hombres al coronel Montfort, que quiso ir tambien. Un artillero trajo toda la cuerda necesaria y la rueda quedó más sólida que estaba.

Al acercarse á Madrid suele soplar un viento Norte que hace pasar al viajero de la temperatura del Senagal á la de la Siberia. La tierra está siempre blanca, de nieve ó de polvo, y en las landas blancas y llanas hay sembradas aquí y allá casas pintadas de negro y rodeadas de pinos, que los niños comparaban á los sepulcros sobre una mortaja.

Pronto vieron elevarse el sombrío Escorial, construido para reinar en aquel cementerio, y despues el leon de Cárlos V, que mira y vigila á Madrid.

El duque de Cotadilla dijo que no podian entrar las tropas en Madrid tal como estaban despues de tan largo y fatigoso viaje, porque habian retardado la mudanza de ropa con motivo del viaje de la reina, dejándola para otra ocasion, y conservaban todavía sus pantalones y su equipo lleno de polvo.

Esta vez el duque tomó sus precauciones; esperó que llegase la noche, y en la última etapa mandó la limpieza general y la transformacion completa. A la mañana siguiente el sol iluminó un convoy enteramente nuevo; habian salido del tocador los caballos y los coches. Todo brillaba, soldados, cocheros, viajeros, arneses, fusiles, cañones. Divisaban ya á Madrid cuando se levantó el viento; despues sopló más fuerte y se convirtió en un huracán, en un torbellino, en una tromba, y cinco minutos temieron que el convoy volcase en el lodo.

Un momento antes de entrar en Madrid el duque de Cotadilla fué galantemente á despedirse de la señora Hugo y manifestarla su sentimiento por dejar de protegerla. Ella le dió las gracias por todas sus atenciones, y cuando aquel se alejó, cansada ya de estar prisionera, mandó al cochero que dejase la fila y se pusiese delante. El cochero obedeció en seguida, pero el duque volvió á escape y la suplicó que no se separase del convoy antes de entrar en la villa. Hasta allí mismo habia peligro y estaban expuestos á un golpe de mano, lo mismo á las puertas de Madrid que en los campos y en las montañas.

La entrada en Madrid produjo inmensa alegría á todo el convoy. Atravesaron con placer una calle de árboles, de casas pintadas de verde, de rosa, de lila; despues de las cuestas, de la aridez, de las landas y del Escorial, aquella verdura y aquellos tiernos colores les causaron grata sorpresa.

Al fin de la alameda el coche entró en la calle de Alcalá y despues en la de la Reina, penetrando por fin en el patio del palacio Masserano, que hacia esquina á dos calles.

XIX.

El palacio Masserano.

El general Hugo no estaba en Madrid en aquel momento; habia tenido necesidad de salir algunos dias para asuntos de su inspeccion, pero la señora Hugo encontró una carta suya en la que le prometia volver muy pronto.

El intendente del príncipe Masserano, vestido de negro, con la espada al lado, salió á recibir á la viajera, diciéndola que iba á conducirla á su aposento.

La llevó por un ancho vestíbulo hácia una escalera señorial, en cuya pendiente habia un leon de piedra. Enfrente de este leon heráldico estaba la cocina, con tan poco disimulo, que tenia escrito sobre la puerta: COCINAS. El leon aceptaba esta familiaridad con los conejos en el asador, y los escudos no se avergonzaban de tratarse con las cacerolas.

En el primer piso la deslumbró una habitacion espléndida, en la que encontró una antecámara desmesurada, un comedor adornado con originales de Rafael y de Julio Romano, un salon cubierto de damasco rojo, un gabinete vestido de damasco azul blanco, con vistas á dos calles; una ancha azotea y una chimenea; alcoba, azul tambien, pero de damasco tejido con plata; otro cuarto con brocalete de aguas, de fondo amarillo rayado de rojo; una inmensa galería que era la sala de recepciones, donde estaban los retratos de los antecesores del príncipe; todo era allí opulento y de exquisito gusto. Solo se veian dorados, esculturas, jarrones de Bohemia, lunas de Venecia, vasos de la China y del Japon. En la galería habia dos jarrones de la China de un trabajo incomparable. Víctor Hugo no ha vuelto á ver jamás ningunos tan primorosos.

La alegría del palacio se completaba con las casas de enfrente, todas llenas de esculturas y pintadas con los delicados colores que entonces eran de moda en Madrid.

Los niños estaban maravillados y la madre confesaba que se podia vivir en España.

Contínuamente ocupaba la señora Hugo un bonito gabinete azul celeste, situado en el ángulo de dos calles, que recibia dobles luces y que tenia preciosa terraza. Examinándole detenidamente, levantó una cortina para ver á dónde daba la puerta que cubria, y se quedó asombrada al ver una tira de papel blanco sellado con lacre rojo. Tambien allí habia sellos.

Este hallazgo rompió el encanto; la señora Hugo volvió á encontrar al alcalde en el príncipe. Aquel palacio magnífico, brillante como el oro y el sol, la trataba como el sombrío y desnudo cubertizo. La dirigia la misma imprecacion, el mismo insulto en pleno Madrid, en el centro de la ocupacion francesa, en presencia del rey.

En efecto, esto era la señal de la resistencia. Napoleon era llamado en toda España *Napoladron.*

La señora Hugo, que creia estar en su casa en el palacio que ocupaba su esposo, llamó al mayordomo y le preguntó qué queria decir aquello.

El mayordomo respondió que el príncipe habia creido que la señora generala tendria bastante con las habitaciones que la dejaban; que el general, antes de salir de Madrid, habia visto la casa y le habia parecido suficiente; pero que si la señora generala queria más espacio se quitarian los sellos, ya que los franceses eran dueños de España.

La señora Hugo dijo que tenia más habitaciones de las que necesitaba, y encargó mucho á sus hijos que no tocasen nunca los sellos, pero empezó de nuevo á odiar á la España inaccesible, cuya quebrantada frontera se rehacia en cada casa, y despues de haberse defendido de pueblo en pueblo, se defendia de cuarto en cuarto.

Escogió para sí el gabinete azul y para los niños el amarillo.

Víctor veia desde su cama una Vírgen cuyo corazon atravesaban siete espadas, que representaban los siete dolores. La vé todavía con la increible precision de la memoria que tiene en los ojos y en el espíritu.

Ocho dias despues de la instalacion, los niños, que estaban jugando en el terrado, vieron desembocar por la calle de la Reina muchos ginetes, cuyos caprichosos cascos parecian huevos de avestruz, y tenian rajas como un melon. Eran westfalianos: se detuvieron á la puerta de palacio, y despues de algunas frases que cambiaron con el mayordomo, entraron en el patio. Traian una carta del general.

Los caminos estaban tan poco seguros para los franceses, que se necesitaban setenta hombres para llevar una carta.

El general escribia que estaba ya en camino para volver.

Tratóse desde luego de acuartelar á los westfalianos, que eran de la guardia del gobernador. En cuanto á los hombres no hubo dificultad: el príncipe tenia su guardia que le habia seguido, dejando desocupado un departamento agregado al palacio. Pero la guardia del príncipe era de infantería, y la cuadra no era capaz para setenta caballos. Convirtiéronse, pues, en cuadras varias salas que habia en el piso bajo, cuyas salas de mármol quedaron en seguida infectadas de estiércol y de basura.

Los tres hermanos asistieron á este acto, porque nada agrada tanto á los niños como ver soldados y caballos.

Además de la carta, su padre les habia enviado dos mil francos en oro, que extendieron sobre una mesa, creyendo por un momento que estaban en el alcázar de Segovia (de Sevilla, dice el autor, confundiendo los nombres, segun acostumbra). Los westfalianos habian traido tambien el equipaje del general, el cual rogaba á su mujer que le abriese para que le diera el aire á la ropa.

Los niños, con el pretexto de ayudar á su madre, pasaron revista á los uniformes, á los bordados, á las charreteras, á los tricornios de plumas, y en cuanto su madre volvió las espaldas, se encontró á Víctor que asustaba á sus hermanos haciendo cara feroz y arrastrando el gran sable de su padre.

Despues de los trajes salieron las naranjas. Su padre les habia enviado dos enormes cajas con derecho de saqueo para los niños. Esto les hizo tener un poco de paciencia.

Por fin otro dia llegaron nuevos westfalianos y creyeron que venia su padre; pero en vez de éste recibieron su segunda carta. Las guerrillas no dejaban descansar al general, que no sabia cuándo podria volver.

No hubo que habilitar nuevas cuadras para estos westfalianos, porque no solo no se quedaron, sino que se llevaron consigo á los primeros, que eran precisos para el consumo de hombres que habia entonces.

Todo desapareció, hasta los hermosos uniformes y el soberbio sable.

No podian ver á su padre los niños, pero vieron á sus dos tios Luis y Francisco, que tuvieron ocasion de ir varias veces á Madrid.

La señora Hugo habia diferido su presentacion en la corte hasta la venida de su esposo; pero como parecia que ésta se retrasaba indefinidamente, tuvo que presentarse y encargó que la confeccionasen un traje de corte.

Los niños tuvieron el placer de ver las brillantes telas que les presentaban todos los dias; no podian olvidar aquellas sedas costosas, aquellos satenes cubiertos de lentejuelas y aquellos encajes españoles tan dobles. La primera vez que su madre fué á ver al rey, les pareció tan hermosa á los niños, que ya no se atrevieron á tutearla. Los vestidos de cola de su madre, despues de ver las casacas bordadas de su padre, les causaban extraordinaria alegría.

La señora Hugo hizo algunos conocimientos en la corte, entre ellos el del general Lucotte, que era, como su esposo, mayordomo y conde. El emperador concluyó por creer que su hermano prodigaba los títulos, porque José, que queria atraerse prosélitos, recompensaba largamente los servicios, y no le importaba conceder títulos de Castilla, que son títulos de grandeza. De este abuso se incomodó Napoleon. Nunca queria que nadie fuese algo sin debérselo á él; solo daba importancia á lo que se hacia á su sombra: sus boletines ignoraban todo lo que no podia atribuirse á su presencia; el mundo concluia en la punta de su espada. Por esto le pareció insolente y absurdo que al mando de otro se hiciesen acciones que merecieran la grandeza, y prohibió á su hermano José que ennobleciese á nadie haciéndole grande de España.

El rey desde entonces le obedeció; los ya nombrados lo fueron sin serlo; tuvieron la grandeza, pero sin sus privilegios.

El general Lucotte era casado con una mujer hermosa, elegante y muy adulada; con una de esas mujeres graciosas y frívolas, que triunfan casi siempre más que las inteligentes, porque son simpáticas á todo el mundo, á los hombres superficiales porque se les parecen y á los espíritus sérios porque les proporcionan un descanso. Pero el mayor encanto que tenia para los tres hermanos eran sus hijos; no los hijos del general Lucotte, Leon y Edma, que estaban aun en mantillas, sino un niño y una niña, Armando y Honorina, que nacieron durante el primer matrimonio de su madre y que eran ya mayorcillos.

Vivia tambien con ellos un jovenzuelo llamado Amato, hijo adoptivo del general Lucotte. Esta reunion se au-

mentó bien pronto con una niña, hija del marqués de Monte-Hermoso. Bajaban al patio, donde habia una fuente con juegos de agua y cascadas; corrian, se perseguian, se hacian la guerra, celebraban la paz, y el colmo de la satisfaccion era tirarse á la cara el agua de la fuente.

En los patios españoles sucede que por buscar la frescura se encuentra la humedad. El patio del palacio Masserano tenia las losas verdes de moho, y los niños no lo secaban ciertamente con sus aspersiones.

Tenia el patio además la tristeza que le daba la sombra de las cuatro paredes que le cercaban. Les disgustó el patio y prefirieron la hermosa galería de los retratos, que era admirable para jugar al escondite, á causa de las cortinas, de los pedestales de los bustos y sobre todo de los colosales jarrones de la China, dentro de los cuales se hizo esconder más de una vez la pequeña Pepita.

Víctor habia tomado cariño á aquella galería. Muchas veces le encontraban solo sentado en un rincon, mirando aquellos personajes que hacian revivir los siglos pasados: la altivez de las actitudes, la suntuosidad de los cuadros, el arte mezclado con el orgullo de familia y de nacionalidad, todo esto reunido impresionaba la imaginacion del futuro autor de *Hernani* y sembraba en ella el gérmen de la escena de Don Ruy Gomez.

Despues de la siesta, cuando disminuia el calor, la señora Hugo mandaba enganchar un coche á la Piranese, que era del palacio, é iba á pasear al Prado. Por la noche pasaba en la terraza muchísimo tiempo.

Por entonces apareció el célebre cometa de 1811, que el imperio y la España explicaban cada cual á su manera, alistándole en su respectivo ejército.

Napoleon estaba en la cumbre de su poder, casado con una archiduquesa: era emperador de Europa, padre del rey de Roma, y convertia al cometa en un ramillete de fuegos artificiales celestes, creado para celebrar el nacimiento del príncipe imperial.

Los españoles le consideraban como un presagio de la caida del imperio, que iba á desaparecer con el meteoro. El cometa reclutaba gente en las guerrillas, los sacerdotes le invocaban en el púlpito, y hacian ver en él á los aldeanos la Vírgen llevando de la mano á Fernando VII.

Los niños, extraños á estas observaciones de los hombres, tenian cariño al cometa, porque les gustaba. Así que llegaba la noche salian á la terraza á ver quién le descubria primero. Era muy grande y parecia ocupar la tercera parte del cielo. La atmósfera de Españ le daba un brillo extraordinario; así es que les parecia vivo, y les causaba el mismo efecto que si fuera una gigantesca ave del paraiso que tuviese un carbunclo por cabeza.

XX.

El Seminario de Nobles.

El padre llegó por fin, proporcionando á sus hijos gran regocijo, que pronto se convirtió en tristeza para Eugenio y Víctor. El viaje habia durado tres meses, y hacia seis semanas que estaban en Madrid llevando una vida de pájaros, saltando y cantando desde por la mañana hasta por la noche, al llegar la que se hundian en los blandos colchones de la cama de su cuarto, forrado de seda amarilla. El general queria que estudiasen y creyó que ya era hora de terminar las vacaciones.

Abel tenia ya acabados los estudios. El imperio no dejaba á los niños eternizarse en los bancos y los impulsaba muy pronto á la vida. Abel fué destinado á ser paje del rey en cuanto cumpliera doce años; solo le faltaban algunos meses, y no quisieron que fuese al colegio por tan poco tiempo.

Los pajes solo lo eran dos años, y á los catorce elegian entre el ejército y la Iglesia. La gran diferencia entre los oficiales y los canónigos consistia en que al salir de allí, unos cortejaban á las mujeres con uniforme y otros con sotana. Por lo demás, aquellos abates permanecian siendo siempre libres: podian dejarse crecer el pelo, quitarse la muceta morada y renunciar, lo que era muy duro, á los diez ó doce mil francos del canonicato y casarse.

Las plazas de paje eran muy solicitadas, y debemos hacer aquí notar que, á escepcion de Abel, todos eran españoles. El rey habia tratado de atraerse por este medio las principales casas del reino; pero á pesar de eso, muchos padres de los pajes trabajaban en favor de la Junta y de la independencia española, lo que no dejaba de inquietar á los amigos de José, porque estos hijos, cuando les tocaba de servicio, acompañaban al rey en sus pa-

seos solitarios á la Casa de Campo y á la caza, en la cual tenian el encargo de cargar su carabina.

El lunes, despues de la llegada de su padre, Eugenio y Víctor subieron al coche del príncipe, que les pareció menos agradable aquel dia. Su madre subió tambien: el coche tomó la calle de Hortaleza, atravesó por medio de altas paredes grises y se detuvo ante una maciza puerta cerrada.

Era la puerta del Seminario de Nobles.

Un hombre de grave fisonomía salió á recibir á la generala Hugo. Aquel hombre, que era el mayordomo del Colegio, hizo atravesar á los niños y á la madre pasillos de blancas paredes interminables, de cal y descascarilladas. No se veia á nadie, resonaban los pasos, y la voz repercutia en aquellas vastas profundidades. Claridad extraña penetraba por estrechas aberturas practicadas en lo alto de la pared.

Aquella triste galería, que en nada se parecia á la luminosa galería del palacio Masserano, terminaba en un patio; el mayordomo enseñó á la señora Hugo una puerta sobre la cual habia escrito: *Seminario*, diciéndole que no podia acompañarla más lejos porque era lego y no podia penetrar en el edificio consagrado. Llamó á la puerta, saludó y se retiró.

Apareció entonces un fraile con una gran sotana negra enrojecida por el tiempo, con alzacuello blanco y *sombrero*. Tenia cerca de cincuenta años, nariz de loro y los ojos muy hundidos. Lo que más llamaba la atencion era su delgadez y su fisonomía pálida. Su cuerpo y su semblante eran inmóviles: sus músculos habian perdido toda su elasticidad, como si estuvieran osificados: parecia imposible que aquella estátua de marfil pudiera dar un paso.

El Seminario estaba sostenido por los nobles. D. Basilio (que era el nombre del fraile de marfil) enseñó la casa á la señora Hugo y á los dos nuevos colegiales. Todo era allí de proporciones enormes, escepto los patios para jugar, que, sepultados entre altas paredes, tenian la humedad sombría de las cuevas. Hasta al medio dia y con el sol de España no habia en ellos luz más que en un rincon. Los refectorios, situados en el piso bajo, eran lúgubres, porque recibian la luz de aquellos patios que no la tenian. Los dormitorios, más altos, donde daba el sol, parecieron menos tristes á los niños, quizás porque era el lugar en que todo lo debian olvidar.

A los pobres niños se les oprimia el corazon por tener que reemplazar su palacio por aquella cárcel y su madre por aquel fraile siniestro. Se contuvieron cuanto les fué posible, pero así que se marchó su madre y les condujo D. Basilio al patio, diciéndoles que sus estudios no empezarian hasta el dia siguiente y que tenian aquel para jugar, la desesperacion fué más fuerte que su ánimo y se quedaron allí sollozando.

A la hora de comer no tuvieron gana; el corto número de alumnos no alegraba el comedor: habia solo veinticuatro, porque á todos los demás los sacaron del Seminario por ódio á José. Figúrese el lector el efecto que causarian aquellos veinticuatro alumnos en un salon construido para quinientos.

El dormitorio no era más agradable de noche que de dia. En vez del sol habia algunos quinqués humeantes, que alumbraban mal el único rincon habitado y espiraban á lo lejos en las tinieblas. Este era el dormitorio de los pequeños; de ciento cincuenta camas, no habia más que diez ocupadas. A la cabecera de cada una habia un Cristo y una cruz. Al recordar el cuarto bonito del palacio, donde los dos hermanos se dormian balbuceando y donde el sueño era siempre halagüeño, aquel cuarto les parecia un desierto, en el que los niños, perdidos en la sombra, tenian sobre sí las miradas de ciento cincuenta crucifijos.

A la mañana siguiente, á las cinco, les despertaron tres golpes dados en su cama. Abrieron los ojos y vieron un jorobado, de rostro rojizo, con los cabellos retorcidos, vestido de lana roja, pantalon de felpa azul, medias amarillas y zapatos de color de piel de Rusia. Aquel arco iris les hizo reir y casi los consoló.

El despertador era el bufon de los alumnos. Cuando estaban descontentos de él le llamaban *Corcova*. Cuando habia cumplido bien sus obligaciones le llamaban *Corcovita*. El pobrecillo se reia; quizás estaba ya habituado á su deformidad, quizás se lamentaba para sí de su suerte, pero no podia manifestar su disgusto por no perder el empleo.

Eugenio y Víctor tomaron parte en seguida en estas burlas, y para dar las gracias á su ayuda de cámara le llamaron Corcovita, con la gracia cruel de la infancia. Víctor Hugo se ha arrepentido más de una vez más tarde, y Corcovita no

ha sido extraño á sus creaciones de Triboulet y Cuasimodo.

Lo que más gustó á los hermanos fué una gran pieza contigua al dormitorio, donde habia unas pilas de piedra con llave y con agua á discrecion. Despues que los niños hicieron todas las abluciones que quisieron, fueron á misa.

Despues de la misa, D. Basilio les mandó llamar para ver á qué altura se encontraban en los estudios y decidir en qué clase los pondria. Encontraron con él á otro religioso tan pálido como D. Basilio, pero que solo se le parecia en esto. D. Manuel era tan grueso como flaco D. Basilio; su contraste lo completaba la expresion y la actitud. Era alegre, risueño, cariñoso y apacible, y ante la inflexibilidad fria de D. Basilio parecia un bondadoso ciudadano que iba acompañado de un espectro.

Habia en la mesa algunos libros latinos, como en los colegios franceses. Atendiendo á la edad de los dos niños, les presentaron el *Epítome*, que tradujeron de corrido. Pasaron al *De Viris*, y no tuvieron necesidad de diccionario, ni tampoco para Justino y Quinto Curcio. Los dos frailes estaban profundamente asombrados: el asombro de D. Basilio se traducia por un fruncimiento de cejas y el de D. Manuel por alegres exclamaciones y grandes felicitaciones. De dificultad en dificultad llegaron á la traduccion de Virgilio, en la cual fueron más despacio y fijaron más la atencion. Salieron bien de Lucrecio, aunque con trabajo, y solo se estrellaron en Plauto.

D. Basilio, descontento, les preguntó qué era, pues, lo que traducian á los ocho años. Cuando Víctor le respondió: *Tácito*, le miró casi con aire hostil.

No sabian en qué clase ponerlos; don Manuel queria que en la de los mayores, pero D. Basilio dijo que no se debian mezclar las edades, y que siendo pequeños debian estar con los pequeños. Don Manuel, como inferior, tuvo que obedecer, y llevó á los niños á una sala, donde se encontraban cinco niños que daban aun en el A B C del latin. Además les enseñaban el dibujo y la música. Víctor se aficionó medianamente al solfeo, pero tenia aptitud natural para el dibujo y dejó otra vez asombrados á sus maestros.

Se desayunaron tomando una jícara de chocolate. Los dos niños, que no habian cenado la víspera, encontraron excelente el desayuno, y solo notaron que la jícara era pequeña.

D. Basilio y D. Manuel comian con los colegiales, cada uno en una mesita agregada á la grande y más alta, desde la cual dominaban y vigilaban. Todas las comidas empezaban necesariamente por el *Benedicite* y por persignarse.

La comida se componia de la *olla podrida* nacional y de un segundo plato de carnero asado, ó de tostadas con manteca hechas del pan que sobró la víspera, pero sin levadura.

Bebian con abundancia clásica.

Despues de la comida dormian la siesta religiosos, discípulos y criados: todos los del colegio: Eugenio y Víctor no pudieron nunca acostumbrarse á dormir de dia. Aquel rato disfrutaban de completa libertad: como eran los únicos que estaban despiertos, hacian lo que querian y el inmenso colegio era enteramente suyo.

A las tres *Corcova* despertaba á todos: habia despues dos horas de estudio; luego una de recreo, en la que merendaban un pedazo de pan seco, y despues trabajaban hasta las ocho.

Entonces se cenaba, casi siempre una ensalada, y otras veces sandías, que son melones de color de rosa más dulces que los franceses.

D. Basilio no pudo dejar por mucho tiempo á los dos hermanos en la última clase. Siempre concluian sus tareas cuando las empezaban los demás, y estaban cruzados de brazos casi todo el tiempo, de modo que desanimaban á sus condiscípulos, que estaban seguros de no llevarse los premios.

Les subieron un escalon, pero sucedia lo mismo; los ascendieron más, y siempre eran la desesperación de sus compañeros. D. Basilio se decidió y los pasó á la primera clase. En una semana saltaron desde la séptima clase hasta la de retórica.

Los grandes acogieron con desden á aquellos niños y empezaron á desdeñarlos porque no tenian quince años como ellos. Pero cuando les vieron explicar con el libro abierto lo que ellos no podian comprender con ayuda del diccionario, se convencieron de que aquellos niños eran superiores á ellos, y ya los consideraron como á iguales suyos.

Los condiscípulos de los dos niños no tenian solo contra sí la diferencia de edad, tenian sobre todo la diferencia de nacion. La política entraba en el colegio con los hijos de aquellas familias comprometidas en la guerra. Los españoles no se cuidaban de la presencia de los franceses y manifestaban en alta voz los deseos de que fuera expulsado José.

Eugenio y Víctor, hijos de un general francés, creian muy justo que habiendo los franceses tomado á España la conservasen, y preguntaban en virtud de qué derecho pedia Fernando VII un pais que habia cedido en un acto público. Los españoles hubieran podido responder, que para que este acto fuese válido habria sido preciso que un hombre tuviese el derecho de entregar un pueblo; pero como eran realistas, se contentaban con replicar que la dominacion habia sido arrancada fraudulentamente y cediendo á fuerza mayor; que Napoleon habia engañado á Fernando para que fuese á Bayona, donde le habia arrancado la firma, y que una emboscada no era un título.

Estas discusiones, algunas no terminaban con palabras, sino con hechos. Eugenio tuvo de éstas con un condíscipulo llamado Frasco, conde de Velverana. El motivo fué un jóven español que era un verdadero misterio para el colegio. Este seminarista no vivia con los demás colegiales ni comia con ellos; tenia su cuarto aparte, estudiaba solo; sus horas de estudio eran las horas de recreo de los demás y sus horas de recreo cuando los otros estudiaban.

Algunos que se habian escapado de clase por curiosidad, habian visto que era un jóven de unos diez y seis ó diez y siete años, rubio, cándido, con el cual apenas tuvieron tiempo de cambiar algunas palabras. Este jóven era oficial, se llamaba Lino, se habia batido por Fernando y lo cogieron prisionero en el sitio de Badajoz.

El rey José, que era bondadoso, tuvo lástima de este jóven y le dió por cárcel el Seminario: el oficial se habia convertido en colegial: únicamente trataron de que no se comunicase con los demás seminaristas, para que no pudiese reclutar prosélitos.

El nombre de dicho jóven prisionero intervino en una discusion acalorada. Eugenio habló de él con ligereza, diciendo que aquel pilluelo que estaba haciendo penitencia debian haberlo colgado de las piernas de un granadero. Belverana, furioso al oir tratar así á un español, y á un español que se habia batido contra los franceses, cogió unas tijeras, atacó con ellas á Eugenio y le hirió en la mejilla. Acudieron los frailes; no pudieron negar lo sucedido, porque Belverana tenia aun las tijeras en la mano y Eugenio la cara salpicada de sangre. La herida era profunda, y D. Basilio fué tanto más severo cuanto más aprobaba en su interior las ideas de Belverana, y temia dejar traslucir sus íntimos pensamientos; sin embargo, lo despidió del colegio.

La expulsion motivada por aquel hecho era una mala nota para Belverana y quizá para su familia, que la denunciaria como á enemiga de José. Eugenio olvidó su herida; habló á D. Basilio diciéndole que él tuvo la culpa y que Belverana debió, como español, defender á un compatriota insultado; que por esto no debian castigarle. D. Basilio se resistia, no atreviéndose á perdonarle; pero Eugenio declaró que si su compañero salia del colegio, saldria él tambien. Se negaba D. Basilio á conceder el perdon; pero cuando se presentó en el Seminario la señora Hugo, Eugenio consiguió que intercediese por el expulsado, y Belverana se quedó por fin en el colegio.

Víctor le guardó más rencor, y mucho tiempo despues se vengó de él á su manera, haciendo de él uno de los personajes menos simpáticos de sus dramas. Un conde de Belverana.

Otro de sus enemigos era un feo moceton, de cabellos ensortijados, mal vestido, perezoso incorregible, que se llamaba Elespuru, cuyo apellido puso más tarde á uno de los bufones de su drama *Cromwell.*

En cambio trabó en seguida amistad con el primogénito del conde de Benavente.

Le volvió á ver en Paris en 1825. Ramon de Benavente era entonces víctima de uno de esos dolores amargos y secretos que no admiten consuelo: á él está dedicada la oda que empieza con esta estrofa:

Hélas! j' ai compris ton sonrire
semblable au ris du condamné
quad le mot que doit le proscrire
á son oreille á resonné!
En presant ta main convulsive,
j' ai compris ta douleur pensive,
et ton regard morne el profond,
qui, pareill á l' eclair des nuees
brille sur des mers inconnues,
mais ne peut en montrer le fond (1).

Los condiscípulos se tuteaban, pero dándose sus títulos: Belverana decia á Benavente jugando:

—Marqués, échame la pelota.

Los maestros llamaban tambien á los

(1) Ah! he comprendido tu sonrisa, semejante á la risa del condenado cuando oye resonar en su oido la palabra que le proscribe; al estrechar tu mano convulsiva, he comprendido tu pensativo dolor y tu mirada triste y profunda, que como el relámpago brilla sobre mares desconocidos cuyo fondo no se puede descubrir...

discípulos por sus títulos; aquellos religiosos, que predicaban la humanidad, no cesaban de recordarles sus pergaminos. D. Manuel reprendia á Eugenio por su falta de compostura durante el rezo, y le decia:

—Conde, si hablas te quedarás sin postres.

Del Seminario solo salian los jóvenes en corporacion, pero aquella sombría educacion clerical no oprimia á los niños todo el año.

Los domingos y jueves, D. Manuel ó D. Basilio los llevaban á tomar el aire por las calles ó por el campo. De este modo vieron los niños las cercanías de Madrid, que no podia visitar ningun francés, porque estas excursiones eran muy peligrosas. Pero los frailes no temian á las guerrillas, que conocian sus opiniones y que no deseaban desacreditar el colegio de sus amigos.

Esta secreta confraternidad pudiera acaso inducir á los frailes á entregar á los hijos de un general francés; pero como esto les haria sospechosos y no hubieran podido volver á Madrid, entregar á los colegiales hubiera sido para ellos perder todo el colegio. Su propio interés respondia de su fidelidad.

Uno de los paseos que solian dar terminaba en un cementerio, situado á una legua de la poblacion. Aquel cementerio no se parecia á ninguno de los nuestros. La pared era el cementerio: tenia divisiones como un estante, y los ataudes estaban colocados unos sobre otros, con una etiqueta más ó menos adornada, segun la importancia del muerto, y en la cual constaba el nombre y calidades del difunto. Cada familia tenia algo raro en aquella estantería de cadáveres.

Los dias que habia toros solian ir los colegiales, no al circo, sino á sus cercanías, divirtiéndose en ver entrar y salir la gente y figurándose el espectáculo por los gritos y por los aplausos. Víctor observaba "que es una cosa curiosa una pared detrás de la cual pasa algo.„ Alguna vez conseguian deslizarse hasta la puerta por donde sacaban los hombres y los animales que quedaban fuera de combate.

Un dia vieron un toro agonizando; le acababan de clavar unas banderillas de fuego; encendiéronse éstas, y al estallar hicieron saltar pedazos de carne sangrienta. La multitud aulló de alegría. Seis mulas, con brillantes caparazones, cargadas de cascabeles y banderolas, se llevaron arrastrando á aquel mártir.

La gran fiesta de niños era San Isidro, que además de ser patron de Madrid era patron del colegio. Aquel dia no se decia misa en la capilla: el colegio tenia su iglesia al otro lado de la calle. Esta iglesia, construida en el siglo diez y ocho, de estilo antiguo, estaba cerrada desde que en el colegio habian disminuido los colegiales, y solo se abria en las grandes fiestas, en las cuales podiá entrar todo el mundo. El dia de San Isidro estaba llena. Se habia compuesto para recibir visitas: solo se veian desde el techo al suelo flores y luces.

Despues de la misa, Madrid vá á continuar sus devociones á una ermita del santo que está fuera de la poblacion; el camino está cubierto de puestos, en los que se venden rosarios, imágenes piadosas, juguetes y silbatos. Habia sobre todo aquel año unos bollos blancos que agotaron todos los bolsillos de los colegiales.

Llegó el invierno y el colegio se convirtió en sitio siniestro. El invierno es frio en Madrid y los españoles no saben calentarse. El insignificante número de colegiales no era suficiente para pagar los braseros necesarios en aquellas salas tan inmensas. D. Basilio, no pudiendo tener los braseros necesarios, no tenia ninguno, y los alumnos se helaban. Eugenio tuvo sabañones en las manos y Víctor en las orejas.

Los dolores en las orejas son tan malos como en los dientes: el pobre niño tenia insomnios terribles: se ensayaron inútilmente todas las medicinas, hasta llegar á un remedio casero, la leche de mujer. El mayordomo del colegio estaba casado y su mujer se hallaba precisamente en la situacion oportuna. Llevaron á su habitacion á Víctor: la casa estaba llena de ropa de niño y por consiguiente habia braseros encendidos: el aire templado empezó la curacion y la leche lo acabó.

El invierno de 1811 se agravó con el hambre. Se moria de frio en las calles y de hambre en las casas. Se escatimó la racion á los alumnos hasta de pan. Aumentóse el hambre y disminuyeron las raciones; la comida llegó á ser una burla. Cuando se quejaban, D. Manuel hacia la señal de la cruz sobre su vientre y les decia que hiciesen lo mismo para alimentarse. Es verdad que no engordaba, pero tampoco adelgazaba; seguia comiendo con los alumnos y tan poco como ellos.

Los colegiales atribuian este milagro,

no á las cruces, sino á otras comidas que sospechaban debia hacer ocultamente en su cuarto.

Los niños no tardaron mucho en conocer que la bondad de este fraile era hipocresía. Cumplimentaba y lisonjeaba á los discípulos y los acusaba á D. Basilio, y se lamentaba con ellos del castigo que les habia hecho imponer. Su desgracia era encolerizarse algunas veces; la cólera hace que perdamos el dominio sobre nosotros mismos y deja que nos caiga la careta: en aquellas ocasiones los dos hermanos vieron la verdadera fisonomía del fraile, y desde entonces preferian á D. Basilio, que era severo, pero leal.

La madre hacia lo posible para que los estómagos de sus hijos no sintiesen los efectos del hambre. Iba siempre cargada de confituras, de frutas, de bollos, etcétera. Pero como tenian compañeros, al dia siguiente no les quedaba ya ni rastro de ellas.

El invierno trajo una nueva causa de tristeza, porque los colegiales tenian menos visitas. Los amigos no dejaban fácilmente la compañía de los braseros. Eugenio y Víctor no vieron más que á su madre: el general siempre estaba de viaje, y solo de tarde en tarde iba por Madrid. Abel no tenia ya libertad: solo le vieron una vez mientras estuvieron en el colegio, pero aquella vez formó época.

Llevaba con mucha gracia el uniforme de paje. El uniforme era azul de Prusia, con cordones de plata y oro. Llevaba el sombrero de oficial bajo el brazo y la espada al lado. Lo que completó el deslumbramiento de los dos hermanos fué que Abel iba acompañado de la señora Lucotte, riquísimamente ataviada y con todo el esplendor de su belleza. Víctor, que encontró á la señora Lucotte prodigiosamente hermosa, se extremeció de esperanza y de orgullo cuando le dijo con su argentina voz:

—Dentro de un año os tocará el turno; sereis paje y vestireis el hermoso uniforme que lleva Abel.

Un año despues José tuvo que abandonar la España; no habia ya pajes, y el uniforme de Abel, guardado en un rincon del cofre, se lo comia la polilla.



XXI.

El regreso.

A principios de 1812 la guerra tomó tan mal aspecto para los franceses, que el general Hugo creyó prudente enviar á Francia á su mujer y á los niños. Abel quedó con su padre, porque no habia prestado juramento al rey para huir de él en los momentos de peligro.

Eugenio y Víctor abandonaron la España tan contentos como tristes habian abandonado la Italia. Avellino habia sido para ellos el aire y la libertad, y además estaban siempre al lado de su madre. Madrid era el colegio, y no el colegio francés, con compatriotas, con amigos, con profesores, bajo cuya toga se descubre al hombre de mundo, sino con *superiores* separados para siempre de la vida y condenados para siempre á perpétuo encierro.

El mariscal de Bellesue iba á Francia, y la señora Hugo se aprovechó de su escolta.

El desórden en la administracion de José era tal, que no se sabia ni aun la ortografía del nombre del gobernador de Madrid. Tengo á la vista un pasaporte que dice señora *Hugau*.

Los niños estaban impacientes por volver á su inolvidable morada de las Fuldenses, que habia conservado la señora Hugo y cuyas llaves habia confiado á la señora Lariviere. La vuelta les pareció larga y no encontraron en ella la diversion de los incidentes.

En Búrgos vieron pasar por delante de su casa una multitud tumultuosa y la siguieron. Llegaron á una plaza y vieron lo que atraia á la multitud; un caballete y encima una viga: preguntaron lo que era, y les dijeron que un patíbulo; iban á ahorcar á un hombre. Esta idea les aterrorizó y escaparon corriendo. Al salir de la plaza tropezaron con una cofradía de penitentes grises y negros, que llevaban largos palos grises y negros tambien, con faroles en la punta; el antifaz tenia dos agujeros á la altura de los ojos: aquella mirada sin rostro pareció lúgubre á los niños. Estos espectros llevaban en medio á un hombre atado sobre un asno, con la espalda vuelta hácia la cabeza del animal. Aquel hombre parecia estupefacto por el terror: unos frailes le presentaban el crucifijo,

que besaba sin verle. Los niños huyeron horrorizados.

Este fué el primer encuentro de Víctor Hugo con el cadalso.

Al entrar en Vitoria el coche pasó al pié de una cruz, en la que estaban clavados los miembros de un hombre hecho pedazos: habian tenido el horrible cuidado de ajustar los pedazos y de formar con aquellos restos el cadáver. Era el cuerpo del hermano de Mina cogido por los franceses. El coche pasó rozándole y los niños se retiraron para no recibir gotas de sangre.

Esta ferocidad de las represalias demostraba cuál era el encarnizamiento de la lucha en Vizcaya y la necesidad de ir bien acompañados. La señora Hugo, que esperaba pasar una noche no más en Vitoria y partir al otro dia, recibió la siguiente carta:

"Con sentimiento os advierto, señora condesa, que debeis esperar en Vitoria una nueva escolta para llegar á Francia. La mia es muy débil para defender todo el convoy que me sigue en las montañas peligrosas de Vizcaya, y separándola mucho de él los comprometeria y me comprometeria á mí mismo. Debeis, pues, esperar ahí refuerzos más considerables que los mios para continuar el viaje.

Recibid, al mismo tiempo que mi sentimiento, la expresion de mis respetos.

El mariscal de Bellesue.

Vitoria 17 Marzo de 1812.„

La señora Hugo no tuvo que esperar mucho tiempo, porque entonces casi todos los franceses se volvian á Francia. Llegó un convoy que la acogió y no la abandonó en todo el camino. Su viaje fué muy distinto del que hizo con el otro convoy al ir á España; conocíase que la situacion era grave; nadie se reia; los coches iban amontonados unos sobre otros; no formaban una fila, sino una cadena. Las marchas eran forzadas: era preciso obedecer á la voz de mando; cargar y enganchar á escape dia y noche; no habia ya consideraciones para las mujeres ni para los niños; todo estaba regimentado y mandado militarmente; apenas se detenian; comian mal; no dormian; no hacian más que andar.

Así es que apenas pasaron de San Juan de Luz y descubrieron las grandes llanuras de Francia, sin decirse una palabra, sin despedirse, todos los coches rompieron la fila llenos de alegría por salir de aquella proteccion brutal y se fueron cada uno por su lado, al acaso, sin órden, sin direccion, chocando en los declives, metiéndose en las tierras blandas con la precipitacion de una alegre derrota, de un sálvese el que pueda triunfante.

Los niños no encontraron entonces en la posada de Burdeos á las dos hermosas criadas vestidas de rojo, y se consolaron de no verlas comiendo tantas almendras secas, que los saciaron de tal modo que ya no han vuelto á probarlas.

Víctor perdió no solo á las dos criadas y la aficion á las almendras, sino tambien el reloj, un reloj de oro con doble caja que le regaló su padre, y que le hizo estar inquieto mientras atravesó la España: siempre estaba tocándose el bolsillo para ver si en él tentaba el reloj. Las guerrillas no se lo hubieran quitado con facilidad y se lo escamoteó un miserable raterillo de Burdeos.

Una desgracia llama otra: tambien perdió por una rendija de la diligencia la moneda de oro que le dió el conde Tilly.

Por fin llegaron á las Fuldenses. La señora Lariviere habia tenido mucho cuidado de todo; el jardin estaba limpio y la casa cuidada como si no la hubiesen abandonado. La señora Hugo habia escrito cuándo llegaba, y encontró el asado á la lumbre y la cama hecha, de manera que no tuvo más que hacer que cenar y acostarse.

El lunes siguiente empezó para los niños el estudio de latin: era muy difícil llevar á la escuela á mocitos que habian concluido la retórica, y por eso no fueron á casa de Lariviere; por el contrario, éste fué á su casa. Pero su principal maestro fué el jardin, donde su madre les dejaba estudiar el primero de todos los libros, el de la naturaleza.

La señora Hugo era partidaria de la educacion libre; leia mucho y estaba abonada á la lectura en una librería: cuando hay aficion á la lectura cualquier libro que se coja se lee hasta el fin, y con el objeto de no emprender una lectura fastidiosa, la señora Hugo probaba los libros en los niños. Los enviaba á casa del librero, que se llamaba Royol, buen hombre que habia conservado el traje de Luis XVI en toda su pureza: casaca, calzon corto, media de seda, zapatos de hebilla y cabello empolvado.

Los dos hermanos iban á casa de aquel hombre, registraban su biblioteca y se llevaban lo que querian. Con estos dos ayudantes, que nunca satisfacian su sed de lectura, la señora Hugo consumió



UNOS FRAILES LE PRESENTABAN EL CRUCIFIJO QUE BESABA SIN VERLE.

muy pronto los libros del piso bajo del buen Royol; pero quedaban los del entresuelo, donde no trataba de introducir á los niños, porque allí habia relegado las obras de filosofía demasiado atrevida, ó de moralidad demasiado libre, para quedar expuestas á los ojos de todo el mundo. Hizo esta objecion á la madre, la cual respondió que los libros nunca hacian daño, y los dos niños obtuvieron la llave del entresuelo.

Las obras estaban confundidas y amontonadas en el piso del entresuelo, no bastando los estantes para contenerlas. Para no tomarse el trabajo de bajarse y levantarse á cada momento, los niños se echaban boca abajo y leian el título y algunas líneas de cada libro que les venia á la mano. Cuando la lectura les interesaba permanecian leyendo horas enteras: todo era bueno para su juvenil apetito; prosa, verso, memorias, viajes y ciencias. De ese modo leyeron á Rousseau, á Voltaire y á Diderot; leyeron tambien el *Foublas* y otros libros del mismo género; pero esto les interesó mucho menos que los *Viajes del capitan Cook*, que eran de moda en aquel tiempo y que los entusiasmaban.

A pesar de esto, la señora Hugo era en todo lo que se referia á la vida material y positiva una madre muy rígida y casi severa. Exigia obediencia respetuosa y puntual. Habiendo llevado mientras vivió su madre, siendo doncella, y despues de casada el gobierno de la casa, viéndose obligada á suplir la falta, primero de su madre y luego de su marido, habia adquirido una especie de autoridad civil.

Como los dos hermanos habian crecido en su viaje por España, el jardin á su vuelta les pareció más pequeño; pero le encontraron bastante grande cuando su madre se los hizo limpiar, cavar y regar. De esto proviene quizá la aficion que tiene Víctor Hugo á los jardines incultos, que crecen sin cultivo y que solo riega la lluvia.

XXII.

Juan el Oso.

Durante su ausencia hubo notables cambios en los Consejos de guerra.

El señor Foucher no era ya escribano. Nombrado jefe de la oficina del reclutamiento en el ministerio de la Guerra, habia cedido la escribanía á su cuñado Asseline, á condicion de que le reservase la mitad de la habitacion, que era suficiente para dos familias. Seguia, pues, viviendo en los Consejos de guerra; pero se le veia allí muy poco: salia por la mañana y no volvia hasta la noche, porque era entonces un trabajo muy grande registrar los reclutas y adicionar los hombres que costeaba el imperio. Los dias no eran muy largos y tenia que trabajar tambien durante la noche; este esceso de trabajo hizo que Foucher perdiera la salud.

Eugenio y Víctor le oyeron hablar algunas veces del horrible gasto de existencias humanas que causaba la guerra, lo cual no contribuia ciertamente á que amasen á Napoleon.

El relator tampoco era el mismo: el nuevo se llamaba Delon. La señora Foucher habia sido, digámoslo así, invadida por la señora Delon, marsellesa, delgadita, activa, amiga de tener muchas relaciones, buena vecina, naturaleza comunicativa, cuya expansion, cuando no tenia con quién hablar, se dirigia contra su niñera, á quien regañaba con voz ágria, que atravesaba las paredes y llevaba á todo el hotel las confidencias de la cocina; pero en cambio de su exuberancia y de su trivialidad, era verdaderamente bondadosa.

Los Delon tenian un hijo que en seguida trabó amistad con los niños de Foucher y luego con los de la generala Hugo.

Eduardo Delon era ya un mozalvete. Acababa de entrar en la Escuela Politécnica: la calle de Cherche-Midi no tenia, pues, más que dos veces por semana el gusto de verle; pero no necesitaba más para llenar toda la casa, porque estaba dotado de la vivacidad meridional y escesiva de su madre: era charlatan en la accion y en la palabra; no podia estarse un minuto quieto; le gustaba el ruido, lo inesperado, las aventuras; tenia aficion al peligro. El hombre no desmintió al adolescente: en la Restauracion fué teniente de artillería y tomó parte en la conspiracion Berton; condenado á muerte por contumacia, se marchó á España y fué á morir á Grecia con lord Byron.

Por entonces sus expediciones se reducian á subir al tejado y llegar á la calle de Anas por las buhardillas. Compensaba estas ascensiones metiéndose en el cubo del pozo y descolgándose con todo su peso, divirtiéndole mucho la idea de que podia romperse la cuerda. No em-

prenderia esas descensiones si para descender desde el tejado al pozo hubiera tenido que bajar escalones. Se ponia á caballo sobre la barandilla de la escalera y bajaba á escape los cuatro pisos.

La señora Foucher se encerraba desde por la mañana temiendo por sus hijos y por sus muebles. Ella, lo mismo que su marido, buscaban solo la regularidad, la calma, la vida interior, las costumbres pacíficas, y se asustaban de aquellas turbulencias. Pero no habia puertas para Eduardo; además de que allí habia un cómplice: entraba, quitaba el mango á todas las escobas, cuya crin le incomodaba para hacer el ejercicio; ponia las sillas y butacas con los piés hácia arriba y se llevaba á Víctor Foucher, á quien habia aficionado á las buhardillas y al pozo.

Cuando se cansaban de los Consejos de guerra se iban á las Fuldenses. Víctor y Eugenio empezaban por verse embarazados ante aquel amigo, cuyo gran uniforme era imponente; pero pronto se familiarizaron con él, porque era más pilluelo que ellos. Dió á los juegos un impulso formidable; el columpio subió á alturas desconocidas, y la gazapera demostró lo que era un salto en sério.

Eduardo no se cansaba nunca, pero los pequeños querian descansar algunas veces. Entonces iban al pozo cegado, se sentaban, y Delon referia cuentos, que les parecian admirables y siempre cortos. Una tarde empezó un cuento más largo que los que acostumbraba á relatar. Era la historia de *Juan el Oso*, y duró tanto, que terminó el dia antes que el cuento: el narrador, que debia ir á la escuela á una hora fija, tuvo que dejar á su auditorio con la boca abierta, prometiendo la conclusion para la próxima salida, sin sospechar que aquella tarde él inventaba la novela de folletin.

Pero cuando volvió á salir habian sucedido cosas muy graves.

La conspiracion Mallet habia abortado. Maret, Lahorie y Guidal, dueños de Paris por espacio de algunas horas, habian sido contenidos por la firmeza del comandante Hulin, desarmados y encerrados en la cárcel.

La señora Hugo conoció muy bien que Lahorie estaba perdido; estos tres hombres, que desde el fondo de prisiones diferentes acababan de hacer una revolucion, habian demostrado demasiado clara la fragilidad del imperio para no estar condenados de antemano; además, la policía y el ministerio, que no habian sabido impedir la revolucion, tenian que vengarse de su imbecilidad. Sin embargo, la señora Hugo no abandonó á Lahorie: acudió al Consejo de guerra y suplicó al relator que fuese perdonado el padrino de su hijo. Pero el señor Delon era ardiente bonapartista, é indignado del peligro que habia corrido el imperio, la recibió friamente, y su requisitoria fué implacable.

El dia del juicio el patio del tribunal de Tolosa estaba lleno de tropas. Numerosa caballería, sable en mano, cerraba la calle de Cherche-Midi; los alguaciles custodiaban á los acusados mejor que habian custodiado al imperio. Mientras duraron los debates, la señora Hugo estuvo en casa de Foucher, esperando con ánsia las primeras noticias y todos los incidentes del proceso.

Al dia siguiente Eugenio y Víctor pasaban con su madre por delante de Santiago-du-Haut-Pas: estaba cayendo una de esas lluvias finas y penetrantes del otoño; esa lluvia fué un pretexto para que los dos niños se refugiasen en la columnata que sostiene la fachada de la iglesia.

Mientras estaban jugando y riendo llamó la atencion de Víctor la palabra *Soulier*, escrita en gruesas letras en un cartel. Llamó á Eugenio y la leyeron juntos; era el decreto que condenaba á muerte á los generales Mallet, Lahorie y Soulier; la ejecucion debia verificarse aquel mismo dia.

Estos nombres no decian nada á los niños, porque no conocian á Lahorie más que por el falso nombre que le ocultaba en las Fuldenses, y no se les ocurrió que se trataba de aquel pariente que habia vivido con ellos diez y ocho meses, y Víctor volvió á reir y jugar mientras fusilaban á su padrino.

La señora Hugo no perdonó al relator y rompió todas las relaciones con los Delon; Eduardo no volvió á las Fuldenses, y por esta razon Eugenio y Víctor se quedaron sin saber el fin de la historia de *Juan el Oso*.

XXIII.

La tortilla de Abel.

Hácia esta época la libertad de los dos hermanos corrió un grave peligro. Un pasante vino á buscarlos para llevarlos á su colegio, y turbó por un mo-

mento á su madre pensando en las consecuencias de esa educacion descuidada fuera de la disciplina universitaria. No referiré aquí la escena que está incluida en *Rayos y sombras.* El "pasante de un colegio cualquiera„, pintado con un rencor que no pudieron borrar veintiseis años, era el pasante del Liceo Napoleon. La madre titubeó durante algunos dias y los niños temblaron, pero recordaban todavía mucho el Seminario de Nobles para que la causa del colegio fuese fácil de ganar en aquel momento: habian dicho demasiado á su madre acerca de lo que habian padecido, y ésta no quiso que les volviese á suceder en Paris lo que les sucedió en Madrid, y prefirió que se quedasen en el jardin á que fuesen al Liceo Napoleon.

El general Hugo daba á su mujer sueldo de mayordomo, diez y ocho mil francos; pero esta asignacion se resintió de los acontecimientos de España, y la señora Hugo no percibia exactamente su paga. Para colmo de desgracias le robaron una cantidad crecida de dinero, robo que sucedió precisamente en el momento en que esperaban á la señora Lucotte, á quien las derrotas de España llevaban á Paris y á quien ella habia prometido hospitalidad. Alquiló una habitacion más, y la señora Lucotte no conoció las molestias que estaba causando.

Eugenio y Víctor gozaban de la edad en la que se reemplaza fácilmente lo que se pierde: acababan de perder á Eduardo Delon y encontraron á Armando Lucotte y á Amato.

El palacio Masserano volvió á empezar en las Fuldenses. El jardin, á pesar del invierno, tuvo todavía una hermosa estacion, pero fué la última. El ayuntamiento quiso prolongar la calle de Ulm y necesitó el jardin. La señora Hugo, que no habia alquilado la casa más que por el jardin, cambió de domicilio.

El 31 de Diciembre de 1813 se mudó á la calle de Cherche-Midi, casi enfrente del Consejo de guerra. La nueva habitacion no tenia el aspecto ni el espacio de las Fuldenses; sin embargo, tenia buena apariencia. Era una antigua casa del tiempo de Luis XV; una puerta cochera de aquel tiempo se abria sobre un peristilo abovedado y conducia á un patio, en el fondo del cual estaba la habitacion. La señora Hugo, fiel á sus hábitos, se apoderó del piso bajo, que tenia un jardin. El piso bajo era insuficiente y alquiló para sus hijos una parte del segundo.

La castellana de los Fuldenses encontró muy pequeño el nuevo jardin; era un trozo de césped rodeado de un pequeño seto y de tres ó cuatro árboles más grandes, que probaban á llegar al segundo piso y no lo podian conseguir. Las paredes desnudas esperaban plantas trepadoras.

La señora Lucotte no se separó de su amiga y alquiló el primer piso, al que fué á vivir su esposo con la familia.

Wellington tomó á Ciudad-Rodrigo, despues á Badajoz, y se encontró en los Arapiles con el mariscal Marmont. Wellington llevaba, entre ingleses y españoles, ochenta mil hombres; Marmont solo disponia de cuarenta y cinco mil. Además el mariscal, herido de una bala de cañon en el brazo derecho, tuvo que abandonar el campo de batalla, lo que causó algun desórden: el general Bonnet, que tomó el mando en jefe, fué herido tambien y quedó fuera de combate antes de haber podido restablecer la línea: el general Clausel, que reemplazó á Bonnet, no fué más afortunado, y herido en la pierna, tuvo que mandar retirada, que hubiera sido desastrosa sin el valor y sin la firmeza del general Foy.

Wellington marchó sobre Madrid, de donde José se vió obligado á retirarse á Valencia. El general Hugo, además de las tropas que tenia á sus órdenes, tuvo que acompañar á más de veinte mil franceses ó españoles que huian de la capital, hombres, mujeres y niños, amontonados en dos mil quinientos treinta y siete coches, en caballos, mulas y asnos. Para disminuir la longitud del convoy mandó poner los coches en dos filas, de modo que aquella fuga se parecia más á la emigracion de un pueblo que á la retirada de un ejército. Las etapas que hacian presentaban el aspecto de un campamento de gitanos; no habia casas para todos; se alojaban el rey y su Estado Mayor, y los que tenian coches pasaban la noche dentro de ellos y los demás dormian en las calles.

No tuvieron tiempo de sacar provisiones y en el camino no encontraron con qué saciar el apetito. Los habitantes desaparecian cuando se aproximaba el convoy, dejando las casas vacías. El peor suplicio que sufrian no era el del hambre, sino el de la sed; era en Agosto, y atravesaban las áridas llanuras de la Mancha, que son las más secas de España. El calor era tal, que el rostro y las

manos se llenaban de granos y de grietas. Las ruedas de los coches y los piés de los hombres y de las caballerías levantaban un polvo corrosivo; vivian dentro de una nube de polvo, que medía treinta leguas de longitud y media de latitud; el polvo ardiente incendiaba la garganta y calcinaba la lengua; no habia agua; los soldados se paraban, se acostaban boca arriba, se echaban á reir y morian.

En el reino de Murcia encontraron unas viñas que los habitantes no habian vendimiado porque la uva estaba verde. El convoy se precipitó sobre los agraces, que les ocasionaron la disentería. En los pozos que no estaban cegados habian echado objetos podridos: los soldados se disputaban aquella agua mortífera.

Así llegaron al Toboso. Al descubrir la pátria de Dulcinea y los tres molinos, que parece que han sido colocados allí para recordar las hazañas del ingenioso hidalgo, aquel convoy, cansado, envenenado, atormentado por el hambre y la sed, se echó á reir y empezó á aplaudir, suceso que puede citarse para completar la popularidad de Don Quijote, que hizo reir á los que no hizo llorar.

La duquesa de Cotadilla, que por ser afrancesado su marido no quiso esperar en Madrid las tropas de la corte, parió en el camino, mientras que los dragones y granaderos se disputaban á tiros algunos tragos de vino, mezclándose así los vagidos del niño con los silbidos de las balas, que rozaban las cortinillas del coche.

Cuando llegaron á Alberique el general pasó revista á las tropas: su número habia disminuido extraordinariamente durante el camino; además de la disentería y del envenenamiento, la desercion de los españoles era tal, que habia regimientos que quedaron con siete hombres. De toda la brigada extranjera se formó un regimiento, cuyo mando confirióse al coronel Luis Hugo.

Permanecieron muy poco en el reino de Valencia, porque habiendo tomado la ofensiva el mariscal Soult, el rey fué á reunirse con él y pudo volver á Madrid. Pero casi todas las familias francesas y españolas que habian ido con el general renunciaron á volver y pasaron á Francia. Nadie creia estable el reinado de José.

En seguida el rey y el mariscal empezaron á perseguir á Wellington, rechazándole hasta Portugal y consiguiendo que José fuese rey durante un invierno. Al volver á Madrid caia la nieve tan helada, que las mujeres, los soldados y un gran número de asnos que habian traido de Valencia perecieron en el camino.

En la primavera vió José una vez más que se le escapaba el reino de entre las manos. Aquel rey sin súbditos salió de Madrid para no volver más. El 27 de Mayo de 1813, el general Hugo, que se habia quedado el último, partió conduciendo un convoy de trescientos carruajes, en los que iban los ministros, los consejeros de Estado, una parte del cuerpo diplomático y las familias francesas ó afrancesadas que habian esperado hasta el último momento. El general encontró al rey entre Valladolid y Búrgos. Esta vez los consejeros de Estado no solo llevaban espadas, sino tambien fusiles, que les entregaron, como á todos los hombres de prez, prefectos, agentes diplomáticos y negociantes, á los que sacaron de los coches para hacerles montar á caballo, y todos hicieron fuego contra las guerrillas que atacaron al convoy un poco antes de llegar á Búrgos.

El ejército anglo-español estaba cerca; abandonaron en seguida á Búrgos, cuyo castillo hicieron volar con tanta precipitacion y tanto descuido, que murieron algunos transeuntes en el muelle de Arlanzon y quedó conmovida la flecha de la catedral.

Algunos dias despues se dió la batalla de Vitoria, que fué el Waterlóo de José.

Descompuso la retirada un ataque de húsares enemigos, que se abrieron camino por entre los equipajes. En seguida los conductores cortaron las correas y huyeron con los caballos de los coches. Las mujeres y los niños gritaban; el desórden llegó á ser inexpresable. Allí no se distinguia ni grado ni nacion; los furgones del tesoro fueron cogidos por los ingleses, por los españoles y por los portugueses. El terreno estaba cortado por fosos de cieno, en los que se hundian los fugitivos y los vencedores.

El mariscal Jourdan, no sabiendo lo que habia sido del rey en aquella fuga, envió al general Hugo en su busca, pero le fué imposible averiguarlo. Como los reyes se encuentran siempre, el mariscal no se inquietó por su desaparicion, y encargó al general que reuniera el mayor número de soldados que le fuera posible y que ordenase la retirada. Al general le ocurrió otra idea más plausible. Como pudo reunir bajo sus órdenes el regimiento de Baden, el regimiento de Francfort y un batallon de minadores, con

toda esta fuerza rehaciéndose contra el enemigo, le obligó á detenerse.

Llegó la noche y encontró una posicion defendida por una montaña y por un arroyo, y como su gente tenia necesidad de reposo despues de aquella jornada, mandó formar pabellones y quitarse las mochilas. Mientras los soldados dormian llamó aparte á los jefes, que eran el baron de Kreus y Lalignac, primer ayudante del conde Erlom, y les propuso simplemente apoderarse de Wellington, vivo ó muerto, en Vitoria.

La dificultad estaba en atravesar el ejército inglés; pero los regimientos de Baden y de Francfort tenian oficiales que hablaban el inglés; se les pondria á la cabeza y á los flancos, y la columna se presentaria como un cuerpo inglés que volvia de perseguir al enemigo: los ingleses no desconfiarian por parecer imposible tal esceso de audacia, y les dejarian pasar. Conseguido esto, él respondia de lo demás. Conocia muy bien á Vitoria, por haberla estudiado los dias que estuvo allí antes de la batalla: la pared que debia escalarse para entrar en el jardin no tenia doce piés de altura: Wellington debia ocupar el mismo departamento que José; no cerraban el dormitorio, ni la escalera secreta que conducia hasta allí. Wellington se despertaria siendo prisionero; si gritaba antes de que le pusieran una mordaza, si no era posible robarlo, lo matarian.

Los coroneles alemanes dijeron que irian con gusto con el genral si no aventuraban más que sus personas; pero que no debian aventurar sus regimientos en tal empresa sin órden escrita del general en jefe ó del rey, y este proyecto no llegó á realizarse.

Al dia siguiente los cuerpos se reunieron al grueso del ejército y ocuparon su lugar en las brigadas, y el general Hugo se volvió al lado del rey, que habian encontrado ya.

La retirada, aunque muy perseguida, se hizo en buen órden. Los víveres eran muy escasos; el rey se vió obligado más de una vez á comer bellotas asadas. Cuando los reyes comen mal, sus pajes no prueban bocado. Abel, que no habia abandonado al rey y que se habia portado de modo que dejó satisfecho á su padre en los Arapiles y en Vitoria, estaba en la edad en la que se resisten mejor las balas que el hambre. Iba á la descubierta esperando encontrar qué comer; por fin en los Pirineos descubrió una choza, á la que se dirigió á escape. Encontró allí un viejo con su familia.

Sacó una moneda de oro y les preguntó qué podian darle para mitigar su apetito.

—Nada, le respondieron.

Esto era muy español.

Renunciando entonces á hablar, puso la moneda de oro sobre la mesa y buscó en la despensa. Encontró seis huevos, que representaban una tortilla, pero necesitaba manteca. No la habia, pero encontró un tarro de manteca de cerdo y un pedazo de tocino. El resultado de estos hallazgos y del fuego que encendió él mismo fué una dorada y apetitosa tortilla, con que iba á regalarse, cuando entró José.

La primera mirada de José fué para la tortilla: una mirada hambrienta y real. Abel se puso pálido, pero comprendió que debia sacrificarse.

—¿Me hará V. M. el gusto de probar esta tortilla?

—Vaya! dijo el rey.

Y empezó á comer. Abel esperaba que le dejase parte de ella; pero la tortilla estaba tan exquisita, que José no le dejó ni probar un bocado.

El desgraciado paje volvió con más apetito y menos dinero, convencido de que habia pagado muy cara una tortilla para otro.

Cuando desde la cumbre de las montañas que separan á Berra de Urrugne, un rayo de sol, abriéndose paso por entre la niebla, descubrió tierra de Francia, que muchos no habian visto hacia cinco años, casi todos los ojos se llenaron de lágrimas.

El emperador no perdonó aquel desastre; la derrota de Vitoria hizo perder al general Jourdan el mando, que recibió el mariscal Soult.

El mismo dia de esta desgracia José abandonó el ejército con los oficiales de su Estado Mayor. Los despidió en Saint-Esprit y se fué á vivir en familia á Morfontaine. El general Hugo regresó á Paris con Abel.

XXIV.

La Francia invadida.

Abel fué un admirable refuerzo para la alegre reunion de la calle Cherche-Midi, que se completó entonces. Los tres hermanos Hugo y los dos Lucotte se

reunian con Víctor Foucher, que para juntarse con ellos no tenia más que atravesar la calle. La casa era de patio; en éste habia una cochera, en la que estaba el carruaje del general Lucotte. Aquel coche se convirtió en buque; unos chicos hacian de pasajeros y otros de olas. La mitad se ponian dentro y la otra mitad debajo, y en seguida empezaba el balanceo; el coche, sacudido en todos sentidos, sonaba y se dislocaba: esto era muy divertido; pero el general Lucotte, que deseaba conservar el carruaje, impidió la navegacion tempestuosa poniendo candados en las portezuelas.

La elegancia de la señora Lucotte no le permitió salir de España sin una prodigiosa cantidad de maletas y de cajones, que llenaban la cochera y que eran una invitacion para construir fortalezas; edificaron una muy bien imitada, con torres, bastiones y plataforma; todos los cajones, enteros ó rotos, formaban parte de ella, y entonces los asaltos de la gazapera pasaron á ser juegos de niños. Aquella fué una guerra verdadera; habia escalamientos y caidas; se herian con astillas; tenian las manos llenas de sangre; los clavos, olvidados, rompian los pantalones y la carne; se divertian furiosamente.

Pero las madres gruñen siempre, y en vez de felicitar á sus hijos por las gloriosas heridas recibidas en los asaltos, los regañaban, y con la puerta de la cochera hubieron que hacer lo mismo que con las portezuelas del coche.

El patio no existió ya para los niños; subieron al granero. El encanto del granero consistia para ellos en el forraje de los caballos del general Lucotte. Uno de los grandes placeres de la vida es rodar sobre los grandes montones de heno, reñir allí, sepultar al adversario y enterrarse uno mismo; pero el granero tenia además otro mérito; tenia un reborde exterior, una especie de balcon sin barandilla, que permitia un juego muy divertido. Subian al tejado y solo los cobardes se negaban á saltar al reborde. Las madres, que decididamente son imposibles, no comprendieron tampoco la belleza de este salto, y bajo el pretexto de que un impulso mal calculado podia arrojar al saltador más allá del reborde y romperle el cráneo en las losas del patio, se incomodaron severamente y pusieron candados en el granero, como los habian puesto en el coche y en la cochera. Los jugadores, expulsados de arriba y de abajo, se refugiaron en el centro: el cuarto de Armando Lucotte fué el nuevo asilo.

Para no ser perseguidos en este último refugio de la libertad proscripta, cesaron de hacer manifestaciones ruidosas y sostener las batallas que les habian denunciado; las sillas sirvieron para sentarse; la cama no fué ya una barricada; la cómoda fué cómoda. Armando Lucotte les dijo:

—He encontrado lo que debemos hacer para que nos dejen tranquilos.

Y sacó con aire de triunfo del bolsillo una baraja y unas cuantas fichas.

No hubo más que un grito en el grupo.

—Juguemos al instante.

—A qué?

—A todos los juegos.

—No, dijo Armando; no hay más que un juego á propósito, el tresillo.

—No sabemos.

—Voy á enseñároslo.

Jugaron primero una mano para aprender. Armando se los explicó, y nunca hubo profesor en la Sorbona ni predicador que tuviera auditorio más atento. En seguida comprendieron el juego antes de terminar la primer mano.

—Ya sabemos! ¡Jugaremos ahora dinero!

Jugar dinero era una pretension ambiciosa; cuando vaciaron los bolsillos y volvieron del revés las bolsas, se vió que el que tenia veinte sueldos era rico. Pero esto no les importó: pusieron los tantos baratos; cien tantos por cada sueldo. Como todo es relativo, aquellas fracciones de sueldos se disputaron con el mismo empeño y con la misma emocion que en otras partes los billetes de Banco. La baraja llegó á ser una pasion y una fiebre; no dormian. Jugaron partidas locas: habia algunas infernales en que se comprometia *el todo*, teniendo delante de sí más de diez sueldos. Víctor Foucher tuvo tan maravillosa suerte que ganó cerca de dos francos; pero es preciso decir que habia pasado la noche jugando.

Mientras les duró la fiebre del juego el general Hugo no estaba en Paris. No habia hecho más que pasar por allí, porque José, no teniendo ya empleo que darle, le habia aconsejado que pidiese algo al ministerio francés. Habia visto al conde Beliard, que le habia recibido muy bien y le habia prometido el mando de la primera division vacante; pero como tardaba esta vacante, se fué á esperarla á un sitio de baños que los médi-

cos le habian ordenado para aliviar su herida mal curada.

El emperador no habia perdonado aun al amigo de Moreau, y el general ni obtuvo el mando de la division ni le fué reconocido el grado de general; le contestó á su peticion enviándole con el empleo de mayor al ejército de Alemania. La Francia estaba en peligro é iba á ser invadida; sacrificó su amor propio á su patriotismo y se incorporó al ejército, pero simplemente como voluntario.

Empezó la invasion y el imperio fué menos altivo con él. Recordóse entonces que el amigo de Moreau habia conservado á Avila, aislada y expuesta á las más atrevidas guerrillas de España, y le preguntó si queria defender á Thionville.

Thionville era un punto insignificante para el que habia mandado en Madrid y gobernado casi toda Castilla la Vieja; pero no midió el honor, sino el peligro, y aceptó. Partió la misma noche, entró en Thionville al amanecer, dejó el bagaje en la posada, y antes de darse á conocer visitó la muralla y sus alrededores.

Hecha esta inspeccion, se presentó en casa del comandante á quien iba á reemplazar, le enseñó el nombramiento y se ocupó en seguida del armamento, de las provisiones y de las comunicaciones.

Era á mediados de invierno: el invierno era frio y el Mosela se estaba deshelando, pero si volvia á congelarse cortaria la comunicacion con Metz, pues el enemigo ocupaba ya casi todos los pueblos de las cercanías: previniéndose contra el hielo, escribió al comandante de Metz para que cerrase todas las noches las esclusas por espacio de seis horas y las tuviese abiertas diez y ocho. La bajada de las aguas dejaba al hielo sin apoyo, se rompia, y la rapidez de la corriente se llevaba los pedazos. Este procedimiento organizado y cuotidiano tuvo otra ventaja: al mismo tiempo que rompió el hielo, rompió las barcas y los pontones del enemigo, que estaban llenos de municiones y de víveres. Además, impidió un golpe de mano sobre la plaza, cuyos fosos helados se podian franquear fácilmente; pero cuando la capa de hielo fué rota y arrastrada en todos sentidos, hubo ya imposibilidad absoluta de aventurarse á pasarlos con armas y con escalas.

Los alemanes llegaron y se establecieron en Guentranje; pusieron algunos obuses contra el fuerte, pero sin intencion de asaltarle; se contentaron con embestir la plaza.

La situacion no era nada cómoda; no podia pasar ninguna carta; una vieja que llevaba una, sin saberlo, entre el lino de la rueca, fué detenida por los enemigos. El Mosela, cuando no estaba helado, era un buen cartero; ponian las cartas en Metz, en botellas ó vejigas, y la corriente se encargaba de llevarlas hasta Thionville, donde se recogian en redes tendidas en los arcos del puente; pero los enemigos lo descubrieron é impidieron esta complicidad del rio. Interceptada el agua, se ensayó el aire. El general hizo construir un globo, y un dia que el viento era favorable le cargó de cartas y despachos. Pero la intensidad del frio y una rotura hicieron inútil la tentativa.

Se desarrolló una epidemia: el hospital era tan insuficiente, que habia tres enfermos en cada cama; los apestados estaban al lado de los agonizantes ó de los que acababan de fallecer; otros que no tenian cama esperaban impacientemente que alguno muriese para ocupar su lugar. Los miasmas de las enfermedades pútridas se habian acumulado en los colchones y en las mantas. El que entraba en el hospital entraba en el cementerio; la menor indisposicion causaba la muerte. El general mandó que pusiesen en legía las camas y las ropas, se blanquearon las paredes de los departamentos, se ventilaron los dormitorios y cada enfermo tuvo su cama.

Los ataques se prolongaban y fué preciso economizar los víveres. El 20 de Febrero se redujo la racion de carne á seis onzas. En Marzo llegó el turno á la cerveza y se disminuyó la mitad.

Lo peor era que la guarnicion estaba compuesta en su mayor parte de soldados jóvenes, á quienes el bloqueo abatia sensiblemente. Para reanimar su espíritu el general hizo celebrar un baile público, en el que se bailaba hasta media noche los domingos y dias de fiesta. Este baile obtuvo gran éxito y llegó á ser el punto de reunion de Thionville. Además habia muchos peces en el agua de los fosos y en el canal, y permitió la pesca, prohibida hasta entonces. Se distribuyeron juegos de bolos y se permitió hacer jardines en el glasis y en el interior de los fuertes. Todas estas distracciones causaron una reaccion en la salud moral de la guarnicion y en la salud física: el número de entradas en el hospital bajó en seguida.

Las salidas eran una de las distracciones más enérgicas. El pueblo francés es

tan militar naturalmente, que, á pesar de todas las prohibiciones, los chicos se escapaban con los destacamentos, llegaban hasta los tiradores más avanzados y se exponian viendo á la artillería enemiga, y volvian á traer balas del arsenal. Muchos, y entre ellos un sordo-mudo llamado Clochet, volvieron con la ropa agujereada por las balas.

Mientras el extranjero invadia la Francia, la compañía de la calle Cherche-Midi seguia jugando á las cartas. Los padres, preocupados con los sucesos políticos, se cuidaban menos de los hijos, La crísis era una cosa muy grave para la generala Hugo.

No era partidaria del imperio y con gusto lo veria desaparecer; pero ¿qué vendria despues? ¿Qué iba á hacer de la Francia la coalicion? ¿Qué seria de los generales del emperador destronado? Serian arrastrados en su caida? Como realista deseaba el destronamiento de Napoleon, pero como esposa y como madre lo temia.

La familia Lucotte tenia tambien comprometido su porvenir con el imperio, de modo que la casa estaba dominada por la ansiedad: las noticias más contradictorias se sucedian de hora en hora. Por la mañana los extranjeros marchaban sobre Paris; por la tarde habian sido arrojados de Francia. Napoleon no tenia ya un soldado; poco despues las divisiones estaban completas. Todos los dias el general Lucotte, sin ocupacion desde que vino de España, iba á que le comunicase noticias José, que era presidente del Consejo de regencia.

Sabian tambien algo por el señor Foucher, á quien su empleo de jefe de la oficina de reclutamiento ponia al corriente de los movimientos de las tropas. Todos los dias salian de Paris regimientos en posta en inmensos carretones, los soldados iban sentados espalda con espalda, con las piernas colgando, y caian de improviso sobre los puntos que el enemigo habia creido sorprender.

Esta rapidez fué el carácter distintivo de aquella campaña suprema, en el que el viejo Napoleon volvió á ser el jóven general de Italia.

La emocion política llegó á tal punto que se apoderó de los niños. Abandonaron el juego de cartas, trocando éstas por mapas geográficos, en los que seguian los progresos de la guerra.

El general Lucotte tenia mapas muy buenos y completos. Víctor se entregó á este estudio, los devoró y aprendió la geografía como se aprende bien, con los ojos.

El 29 de Marzo, Eugenio y Víctor fueron despertados por un ruido, que les hizo el mismo efecto que una viga que se hubiese caido en el patio. Se levantaron y miraron por la ventana. El patio estaba tranquilo, y sin embargo el ruido continuaba; no comprendieron nada y se metieron en la cama.

Así que estuvo abierto el cuarto de su madre le preguntaron qué ruido era el que habian oido por la mañana. La señora Hugo les respondió que eran los cañonazos de los rusos y de los prusianos. Aquel golpe que habian oido era el de la caida del trono más grande del universo.

Esta noticia produjo á los niños profundo asombro.

Por más preparados que estuviesen por las conversaciones de la caida del imperio, no podian convencerse de que los extranjeros estuviesen á las puertas de Paris, ellos que habian visto siempre los franceses dominando en las capitales extranjeras.

Su asombro se combinó con la novedad del ruido del cañon, que estudiaron con la curiosidad imperturbable de los niños, comparándole con el chasquido de un látigo.

Vieron al general Lucotte de gran uniforme montar á caballo y correr á tomar órdenes de José. Los niños quisieron salir tambien é ir á ver lo que pasaba por la calle.

Las paredes de las calles estaban llenas de láminas que representaban cosacos con caras espantosas: eran enormes; sus ojos giraban bajo tremendas gorras de pelo; blandian lanzas rojas de sangre y llevaban collares de orejas humanas, como cadenas de reloj. Otros prendian fuego á las cabañas y se calentaban las manos alrededor de los pueblos ardiendo. Paris estaba lleno de esas caricaturas iluminadas, última reserva de Napoleon.

La defensa iba siendo más débil cada momento. La desgracia de la situacion consistia en que batiéndose por Paris se batian por el imperio, que apenas tenia partidarios. Una parte de la poblacion miraba á los extranjeros como libertadores; pocos franceses decian: *el enemigo*; casi todos decian: *los aliados.*

Paris se rindió; fué preciso alejar á los vencedores, y la generala Hugo tuvo que recibir en su casa un coronel prusiano y cuarenta soldados. Cuando vió

entrar esta tropa, de mal humor dijo al coronel que disponia de una casa, pero no de un cuartel.

—Bah! dijo el coronel, y este patio?

E instaló allí sus hombres, diciendo que estaba muy bien enlosado y que tenia una bomba para lavarse y para beber, y que añadiendo á este principio de mobiliario algunos haces de heno, seria un verdadero palacio.

El oficial era jóven, alto y encorvado; su estatura, el puente de acero de sus charreteras, su sombrero de plumas y su cinturon gustaron á los niños desde luego; pero hizo desvanecer el encanto que causó á los niños esta observacion de Víctor, que señalando las plumas del sombrero y el pecho combado, dijo á Eugenio:

—Mira, el coronel tiene el pecho de pollo y la cabeza de gallo.

No fué preciso más para que el prusiano quedase en ridículo en la imaginacion de los pilluelos, que demostraron muy pronto que eran hijos de Paris.

Como los patios no bastaban, se echó mano de las calles: los cosacos habian acampado en medio del arroyo; dormian en el lodo, entre sus grandes lanzas y sus pequeños caballos de pelo espeso. Los niños iban á ver aquellas calles convertidas en campamentos y en cuadras; los cosacos no se parecian en nada á sus caricaturas; no llevaban collares de orejas humanas, no robaban los relojes, no incendiaban las casas, eran tratables y civilizados; tenian profundo respeto á Paris, que era para ellos una ciudad santa, y parecian disgustados y avergonzados de estar en él.

La circulacion no era fácil en aquellos confusos amontonamientos de hombres y de caballos.

Una mañana que Víctor quiso salir, encontró la calle ocupada hasta la puerta por cosacos acostados, que le miraban con sus ojos amortecidos y sin moverse.

El coronel prusiano, que estaba allí, le dijo:

—Que no os sirvan de molestia; andad por encima de ellos.

El prusiano era por otra parte un hombre de mundo y de perfecto trato. No abusaba de la victoria de los aliados, que achacaba á la suerte de la guerra, y de la cual casi se escusaba: tenia esta delicadeza hábil, propia para conseguir buen resultado. Admiraba todo lo de Francia, hasta el emperador, y era el único bonapartista de la casa.

Mientras que les llamaban *aliados* en Paris, hasta en casa de su esposa y de sus hijos, el general Hugo les llamaba siempre *enemigos* y se negaba á entregar á Thionville.

El 10 de Abril, un parlamentario, introducido con las formalidades de costumbre, entregó al general la carta siguiente:

"Señor general:

„Aunque estoy persuadido de que la noticia de la rendicion de la capital no es para vos un secreto, me apresuro á daros detalles oficiales, tanto para probaros las ofertas humanitarias de las altas potencias aliadas, como para informaros de los sentimientos que el Senado, las autoridades y la nacion francesa han demostrado en esta ocasion.

„Repito que la nacion francesa es la que ha demostrado estos sentimientos, porque hace siglos que Paris ha decidido siempre de la suerte de la nacion francesa, acostumbrada á seguir el ejemplo de su capital. Permitidme, pues, general, que os ruegue que me deis parte del efecto que estas noticias importantes os causen, y aseguradme que la nacion francesa, haciendo una reforma sábia y saludable, podrá contar con vuestro consentimiento y con vuestro apoyo.

„Permitidme tambien que os diga que esta es la ocasion de que un verdadero patriota manifieste sus más secretos pensamientos, para no temer ser olvidado entre los millares de sus compatriotas que en pocos dias se declararán por la buena causa de la nacion francesa.

„Con la mayor consideracion, etc.

„El baron de Haynau.„

A esta carta iba adjunto un boletin que leyó el general, contestando despues al baron de Haynau que ignoraba los sucesos de que hablaba la carta, y que no los sabria hasta que se los comunicase su superior, el general en jefe del ejército del Mosela.

Apenas habia marchado el parlamentario, volvió otro, pidiéndole tener con él una conferencia fuera de Thionville. El general respondió que no abandonaria el glasis de la plaza, y si lo que queria decirle solo lo podia oir él, el baron Haynau podria entrar en la poblacion con los ojos vendados.

Esta seca respuesta no desanimó al sitiador, que aquella misma tarde envió un tercer emisario; pero como estas idas y venidas podrian haber hecho creer que se trataba de entregar la plaza, el gene-

ral Hugo no dejó entrar á éste ni á ningun otro.

El baron Haynau no desistió por esto. El alcalde de Cottemon tenia un hijo que era oficial de la Guardia nacional de Thionville: la mujer del alcalde fué á ver á su hijo y se encontró con el general, al cual habló del baron Haynau: estaba muy incomodado; los alemanes del ducado de Hesse, encargados de la parte más ingrata de la guerra, del bloqueo de las plazas, habian tenido la desgracia de no tomar ninguna de ellas; los aliados iban á arreglar los asuntos de Francia, y el Hesse no tendria voz en el Capítulo si llegaba sin victoria y sin prestigio; la toma de Thionville era, pues, de una importancia capital, y si el general consentia en rendirse, podia pedir lo que quisiera.

Esta vez la respuesta del general fué dada por los obuses, que obligaron al enemigo á ir á hacer sus proposiciones desde un poco más lejos.

No habiendo conseguido nada, ni con las mujeres, ni con los hombres, Haynau ensayó los perros. Uno de éstos entró en Thionville llevando un grueso paquete de periódicos, entre los cuales habia una carta, en la que se le pedia con insistencia una entrevista. El general se negó á ella.

"Señor baron:

„Cualesquiera que sean los cambios ocurridos en el gobierno de Francia, ya conocereis que no puedo fiarme de unos periódicos que me envia el jefe del bloqueo contra la fortaleza que está á mis órdenes. Hasta ahora no he recibido nada oficial ni gerárquico, y el general en jefe del ejército del Mosela, que puede comunicarse fácilmente conmigo, no me ha escrito nada.

„Las leyes de mi pais me prohiben la comunicacion con el enemigo. Vos lo sereis, señor baron, mientras no reciba órden de mi general en jefe para trataros de otra manera. No puedo, pues, tener ninguna conferencia con vos.

„Os ruego, etc.„

Por fin, el 14 de Abril un oficial de Estado Mayor del general en jefe trajo despachos que confirmaban que habian cesado las hostilidades, y presentó como pruebas los *Monitores* desde el 31 de Marzo al 11 de Abril y el acta de abdicacion de Napoleon. Entonces el general convocó al Consejo de defensa, que se adhirió unánimemente á los actos del Senado.

XXV.

Los Borbones.

La restauracion de los Borbones fué para la señora Hugo motivo de alegría extraordinaria. Su ódio á Napoleon, comprimido hasta entonces por el temor de comprometer á su esposo, estalló libremente. El emperador no fué ya para ella más que Bonaparte; no tenia ni ingenio, ni aun talento militar: habia sido derrotado en todas partes, en Rusia, en Francia; era cobarde; habia huido de Egipto y de Prusia, dejando abandonados en medio de la peste ó de la nieve á los que arrastró su ambicion; habia llorado en Fontainebleau como un niño; habia asesinado al duque de Enghien, etcétera etc. En cámbio los Borbones tenian todos los méritos y eran dignos de todas las alabanzas.

El realismo le recordaba su querida Bretaña; su adolescencia volvia á empezar. Volvióse, en efecto, jóven; tuvo por espacio de algunas semanas actividad y vivacidad extraordinarias; no faltaba á ninguna fiesta pública.

Su realismo se conoció hasta en su traje; la primavera le permitió no salir más que en traje de percal blanco con sombrero de paja de arroz guarnecido de flores. La moda hizo que las mujeres gastasen zapatos verdes para borrar el color del imperio. La señora Hugo no gastó más que zapatos verdes.

Nadie tuvo más alegría que ella, escepto los peluqueros. Para éstos, realismo queria decir peluca, polvos, pájaro real. En la alegría de su restauracion pintarrajearon la portada de sus tiendas de azul celeste con flores de lis de oro. Pero este azul se perdió en vano; las alas de pichon no volvieron á aparecer, y los peluqueros se pasaron pronto á la monarquía constitucional.

El conde de Artois, el dia de su entrada envió con un ordenanza á los hijos de tan buena realista la condecoracion de la Flor de lis. Su orgullo fué tanto más grande, cuanto que la condecoracion iba acompañada de un decreto firmado por el príncipe. Habia en todas las esquinas puestos en que se vendian escarapelas blancas, y compraron una cada uno y se la cosieron en el sombrero. Disfrazados de este modo se encontraron convertidos en perfectos realistas.

Se preparaba una solemnidad en Nuestra Señora. La familia real iba á ir en procesion para oir una misa en accion de gracias. La señora Hugo andaba buscando una ventana desde donde ver la procesion. Foucher encontró una y le ofreció la mitad. Las dos familias salieron juntas de gran gala. El tiempo estaba hermoso y fueron á pié. Víctor dió el brazo á la señorita Adela. Iba orgulloso por llevar una flor de lis en el ojal y una "mujer„ del brazo.

La casa que esperaba á las dos familias estaba situada en el palacio de Justicia, en la torre de San Juan. Subieron una escalera oscura y entraron en un cuarto que parecia una celda, sin más muebles que algunas sillas de paja que habian puesto con aquel motivo. Una ventana estrecha y alta iluminaba mal aquella pieza desnuda y triste. Pero la señora Hugo no vió aquella pieza, no vió mas que la procesion. El rey vestia casaca azul con charreteras; llevaba el cordon azul, coleta y abultado vientre. Iba en un inmenso coche flordelisado y tenia á su lado á la duquesa de Angulema, vestida de blanco desde los zapatos hasta la cabeza. El conde de Artois y el duque de Angulema iban á caballo á ambos lados del coche. Delante y detrás iban los mosqueteros. La guardia veterana seguia despues, humillada por tener que escoltar á aquel rey gotoso impuesto por el extranjero.

En el momento en que los hijos recibian la condecoracion de la Flor de lis, su padre perdia el favor. No le perdonaban haber molestado tanto á los aliados y haber detenido tanto tiempo á los soldados de Hesse ante Thionville. Negarse á entregar al extranjero una fortaleza francesa era una traicion, y el abate de Montesquieu, ministro, hablaba en la tribuna de la "rebelion de Thionville„.

El general Hugo llegó á tener mala nota, y se vió en la precision de esperar que pronto le relevarian del mando de aquella plaza, que habia tenido la desgracia de conservar á Francia; por consiguiente no llamó á su familia. La generala Hugo, que fué á verle para arreglar asuntos de interés, llevó solo á Abel y dejó á Víctor y Eugenio encargados á la señora Foucher. Copio los siguientes párrafos de una carta escrita por los dos hermanos á su madre:

"Mi querida mamá:

„Desde que te has marchado estamos muy tristes. Vamos con frecuencia á casa del señor Foucher, segun nos dejaste encargado. Nos ha propuesto si queremos aprender las lecciones que dá á su hijo, y le hemos dado gracias. Todas las mañanas estudiamos el latin y las matemáticas. La misma tarde de tu marcha recibimos una carta para Abel con sobre de luto. El señor Foucher os la enviará. Ha tenido la bondad de llevarnos al Museo...

„Tu respetuoso hijo,

„VÍCTOR.„

"Nos entristecemos cada dia más sin tí, mi querida mamá, y debes volver pronto. Víctor y yo hemos empezado á dibujar dos cabezas con lápiz, y esperamos que podrás verlas concluidas cuando vengas. Ayer y hoy hemos estado en el Jardin Botánico con los Lucotte. La casa continúa con el mayor órden, y siempre hay aquí un criado. La señora Foucher está muy complaciente con nosotros; se ha encargado de remendar mi pantalon verde, que se me ha roto despues que te fuiste. El señor Foucher nos ha enseñado una carta que papá le ha escrito y que nos ha causado mucha alegría, pero tú eres más feliz que nosotros porque estás á su lado.

„EUGENIO.

„P. D. Víctor no ha querido escribirte al mismo tiempo que yo, y por eso nuestras dos cartas no salen hoy.

„Esperamos noticias tuyas con impaciencia, querida mamá. Seguimos estudiando asíduamente, pero nos hemos visto obligados á abandonar las matemáticas, porque no comprendemos ni una palabra sin que nos ayuden. Hemos comprado con parte del dinero que nos dejaste estudios de cabezas de animales. Dibujamos; vamos despues á casa del señor Lariviere y estudiamos en el jardin. Así se pasa el dia. El señor Foucher nos lleva á pasear los domingos y los jueves y comemos en su casa al volver.

„EUGENIO.„

La señora Hugo solo estuvo algunas semanas en Thionville. Eugenio y Víctor volvieron á su vida ordinaria, sin que les ocurriese otra cosa en la primavera y en el estío más que fueron al teatro á ver una representacion de Bobino. Enamorados de sus farsas, los niños "tomaban billetes„, y por cuatro sueldos veian gesticular, reir y llorar á unos muñecos, que habian dado al barracon que los en-

cerraba el título majestuoso de "Teatro de autómatas„.

Esas gratas representaciones inspiraron á los dos hermanos la idea de tener un teatro en casa. Compraron uno magnífico de carton con filetes de oro y una compañía completa de cómicos de madera. Cada uno hacia su papel, y el futuro autor de *Ruy Blas* principió el arte dramático por un *Palacio encantado*, cuyos ensayos tuvieron gran éxito, pero cuya representacion fué suspendida por un grave accidente.

En Setiembre, la Restauracion se creyó bastante fuerte para castigar á los que habian resistido á la invasion: el general Hugo fué destituido de su mando y quedó en situacion pasiva, así como todos los jefes que habian concurrido á la defensa de Thionville. Vino á Paris y creyó que era tiempo de pensar en el porvenir de los niños. Eugenio iba á cumplir quince años y Víctor trece; el general, que deseaba que estudiaran en la Escuela Politécnica, les buscó un colegio preparatorio y encontró uno en la calle de Santa Margarita, adonde les llevó la víspera del dia fijado para la representacion del *Palacio encantado.*

XXVI.

El colegio de Cordier.

El colegio de Cordier no era un "Palacio encantado„. La calle de Santa Margarita, sombría y cercada por la cárcel de la Abadía y el Pasaje del Dragon, ahumado por las herrerías, no prevenia favorablemente en pró del establecimiento.

Este constaba de un solo piso, situado entre dos patios, de los cuales el segundo era el de recreo. Al descubrir este segundo patio al través de las ventanas, los niños se quedaron asombrados al ver la verdura y los frutos en pleno invierno; pero descubrieron bien pronto que eran árboles pintados en la pared.

El director del colegio, señor Cordier, era un antiguo abate que habia colgado los hábitos como el abate Lariviere. Era un anciano de raro aspecto, apasionado de Juan Jacobo Rousseau, del cual habia adoptado hasta el traje armenio.

Además del casacon y del gorro, llevaba una enorme tabaquera de metal, en la que metia los dedos contínuamente y con la que golpeaba la cabeza de los alumnos que no sabian la leccion, ó que le "replicaban„. Cordier se servia de un pasante, llamado Decotte, más brutal que él.

Los dos hermanos no se juntaban con los demás escolares; porque el general, queriendo que adelantasen mucho, los habia hecho poner aparte. Tenian, pues, su cuarto, y solo salian de él á las horas de comer y á las horas destinadas al recreo. Sin embargo, les dieron un compañero de habitacion, que era hijo de un profesor, jóven amable y estudioso, llamado Vivien. Despues fué diputado en 1830, prefecto de policía en tiempo de Luis Felipe y ministro en tiempo de la República. Su padre, que habia venido de las Indias, habia traido un cargamento de esparto; cubrieron con él su cuarto, y los tres compañeros no sintieron el frio merced á aquella rústica alfombra.

El abrigo no podia consolar á los dos niños de la pérdida de su libertad; mas á su edad la tristeza pasa pronto, y además, ¿quién les impedia verificar en el colegio las representaciones teatrales que no pudieron celebrar en casa? Propuesta esta idea en la hora de recreo, fué aceptada con entusiasmo; las representaciones llamarian más la atencion que en la calle de Cherche-Midi, porque los papeles no los desempeñarian muñecos, sino una compañía de carne y hueso, formada por los colegiales; tendrian un teatro de verdad. El teatro estaba ya construido; era la clase mayor; las mesas agrupadas, formaron el escenario con las tablas de las mesas unidas; sus piés sirvieron de bastidores, los quinqués de arañas y los bancos de sitio para los espectadores.

El repertorio no les ofreció gran dificultad; lo imponia el traje, y el traje más fácil de arreglar y al mismo tiempo más vistoso era evidentemente el traje militar. Con el auxilio del carton y del papel dorado y plateado se hicieron cascos, charreteras, galones, condecoraciones y sables; un corcho quemado se encargaba de los bigotes. Así, pues, el repertorio, cuyos actores privilegiados fueron Eugenio y Víctor, tuvo por constante argumento las guerras del imperio. La única dificultad era la distribucion de papeles; el enemigo era siempre vencido y apaleado al fin, y nadie queria ser el enemigo. Víctor lo arregló disponiendo que lo fuesen por turno, y llegó su consideracion hasta hacer él mismo, que era el autor, el papel de oficial prusiano; pero lo hizo una sola vez y para dar el ejemplo; luego siempre se reservaba

el principal papel. Cuando Napoleon salia á la escena, él era Napoleon; se cubria de condecoraciones, y su pecho brillaba lleno de águilas de oro y plata; en los momentos solemnes, para estar más esplendoroso añadia á las águilas su flor de lis.

Eugenio y Víctor tenian sobre sus camaradas el gran prestigio de los alumnos que viven aparte; la organizacion del teatro y las composiciones dramáticas les dieron una influencia que llegó muy pronto á la dominacion.

El colegio se dividió en dos partidos; uno que tomó por rey á Eugenio y otro á Víctor. Vivien, que vivia tambien aparte, no quiso someterse á nadie, y no pudiendo reinar, no quiso obedecer. Como no hay pueblo sin nombre, los súbditos de Víctor se llamaron *perros* y los de Eugenio *becerros*. Los dos reyes eran absolutos; ejercian autoridad despótica, no sufrian ninguna rebelion; tenian su Código, cuya pena mayor era la pérdida de los derechos civiles y de la nacionalidad. Uno de los súbditos de Eugenio faltó á la obediencia, y el rey le dijo:—"Ya no eres mi *becerro*„; este fué un castigo terrible.

El ex-becerro trató en vano de ser admitido entre los perros, que le rechazaron como mal ciudadano; fué un extraño en el colegio y quedó excluido de todos los juegos; su tristeza y sus remordimientos ablandaron á Eugenio, que se dignó amnistiarle y sacarle del destierro.

En cambio, cuando los súbditos se portaban bien, su rey los protegia. Un *becerro* no se podia atrever á tocar á un *perro* sin que Víctor emplease toda su traílla contra él. Los dos reyes tenian en su cuarto congresos, en los que debatian las quejas recíprocas de sus pueblos, y Eugenio decia muy sério á Víctor:—"Tengo quejas de tus *perros*.„ Despues de una semana que no habia habido ningun castigo, Eugenio premió á sus súbditos, diciéndoles con legítima altivez:—"¡*Becerros*, estoy satisfecho de vosotros!„...

Los reyes no lo serian mucho tiempo si no tuviesen nada que dar. El rey de los *perros* y el de los *becerros* habrian podido dar pensiones y tratamientos solo con haber impuesto contribuciones, que les hubieran servido para pagar grandes nóminas: entonces hubieran podido obsequiar "de su bolsillo particular„ á su pueblo, al cual hubieran distribuido unas migajas de su propio dinero, y éste bendeciria entonces su generosidad. Pero no quisieron gobernar á los hombres por medio del vil interés y no distribuyeron más que recompensas honoríficas. Instituyeron sus condecoraciones: á fin de evitar los conflictos con los gobiernos, se informaron de los colores que no habian sido elegidos por ninguna órden, y prefirieron el color de lila para sus cintas. La cruz era necesariamente un pedazo de carton cubierto de papel dorado ó plateado, segun el grado. No hay que decir que Eugenio y Víctor se habian nombrado grandes cordones.

El poder de los dos tiranos estaba tan bien establecido, que cuando los maestros no podian obtener lo que se proponian de algun discípulo, cuando el señor Decotte habia agotado los castigos y el abate Cordier los golpes dados en la cabeza con la tabaquera, iban á suplicar al rey respectivo que le reconviniese y le mandase que fuera dócil y aplicado.

Los externos eran empleados en las relaciones exteriores. Un jóven, que luego fué hombre de talento y de mérito, tan buen nadador como hábil ginete, diestro en todas las armas, dispuesto á todo, Leon Gatayes, tenia entonces la mision cuotidiana de comprar dos cuartos de queso de Italia, que su majestad Víctor I se los comia con el pan seco del desayuno, y temblaba aquel cuando el arrugado entrecejo del rey no estaba contento de la calidad ó de la cantidad. Otro ayudante de Víctor era un mocito, hijo único de padres ricos, cuya ternura llevaba impresa en sus rosadas mejillas; estaba solo á media pension, porque sus padres no podian vivir separados de él veinticuatro horas. Iba siempre con los bolsillos llenos de bombones y de pastelillos, que Víctor distribuia entre los que lo merecian, dejándole una pequeña parte cuando habia desempeñado bien sus comisiones. Por lo demás, ese jóven les daba todo lo que traia de su casa con la facilidad propia del que tiene todo lo que quiere. Iba siempre muy elegante, entretelado en el invierno y bordado en el verano.

En 1845, atravesando un dia Víctor Hugo el patio del Instituto, vió venir hácia él un hombre de cabellos grises, arrugado, miserable, vestido con los restos de un leviton gris con remiendos de paño azul, que le dijo:

—Me conoces?

Víctor Hugo trató de buscar un nom-

bre para aquella figura estropeada y degradada, pero no lo consiguió.

—No? respondió el hombre. No lo extraño, porque he cambiado mucho: soy Joly.

—Joly! repitió Víctor Hugo, á quien el apellido le hizo recordar al hombre.

—Sí, Joly, el del colegio de Cordier.

Víctor Hugo se acordó entonces de aquel jovencito tan rico, tan bien vestido, que iba siempre cargado de bombones.

—Me conoces ahora? dijo el hombre harapiento. Sí; yo soy, soy Joly. Te he conocido en seguida; parece que la Academia y la Cámara de los pares conservan mejor al hombre que el presidio.

Y el desgraciado contó que habia perdido á su padre y á su madre siendo él muy jóven y encontrándose solo en el mundo con una gran fortuna. Habia gastado sin cuento; habia adquirido deudas; no habia podido tolerar la miseria; habia cometido falsificaciones y habia sido condenado á siete años de presidio.

Mientras hablaban habian salido del patio y entrado en el muelle. Víctor Hugo, antes de despedirse de este desgraciado, quiso darle algun dinero, y metió la mano en el bolsillo del chaleco.

—Aquí no, le dijo Joly. Si lo viese un agente me prenderian por mendigo y descubririan quién soy, porque me he escapado del presidio. Me han internado en Pontoise; ¿pero qué quieres que haga en un sitio tan pequeño donde en seguida todo el mundo nos conoce? Me he venido á Paris; salgo muy poco de dia; hoy he salido solo por tí, porque sabia que venias á la Academia. Por la noche, para que no me cojan en alguna posada, duermo en la calle. Ven por aquí.

Y llevó á Víctor Hugo á una oscura alameda, donde su antiguo condiscípulo le dió un napoleon, diciéndole que fuese á verle á la plaza Real.

Joly fué en efecto á verle, y Víctor Hugo trató de sacarle del abismo en que habia caido. Pero él no se presentó; no queria hacer nada; á todo se negaba, escepto á pedir limosna.

Cada vez que volvia á verle le encontraba más degradado, más hundido en el cieno del vicio.

Concluyó por ser exigente hasta la insolencia, y hubo que cerrarle la puerta. Le vió por última vez el 1.° de Enero de 1847. Luego Víctor Hugo ya no volvió á verle ni supo más de él.

XXVII.

Los Cien dias.

El domingo 26 de Febrero de 1815, los colegiales de Cordier salieron de paseo al Campo de Marte, siguiendo el camino del embarcadero. Al pasar por el puente de Jena, un alumno leyó y enseñó á sus compañeros esta inscripcion, impresa en un arco: *1.° de Marzo de 1815. ¡Viva el emperador!*

Este grito, arrojado á la faz del realismo, fué comentado por los colegiales. ¿Por qué habian puesto la fecha 1.° de marzo, cuando era el 26 de Febrero? ¿Era esto una equivocacion ó una amenaza? Los colegiales volvieron á casa muy pensativos.

El 1.° de Marzo Napoleon desembarcaba en Cannes.

El general Curto, que habia reemplazado al general Hugo en el mando de Thionville, declaró que permaneceria fiel á Luis XVIII, y arengó calurosamente á la guarnicion, que se apoderó de él y le arrojó fuera de la muralla. El general Hugo recibió la invitacion de dirigirse inmediatamente al lado del príncipe Eckmihl.

—General, le dijo el príncipe, vais á partir dentro de un cuarto de hora para Thionville. La poblacion en masa os reclama; lo mismo que la guarnicion, los habitantes, las autoridades y el general comandante de la division; no hay más que una voz para pedir que volvais á encargaros del gobierno; es un homenaje rendido á vuestro talento y á vuestra lealtad.

El mismo dia el general partió para Thionville.

Esta vez Napoleon no duró mucho tiempo en el trono. La inquietud se apoderó de Paris; los temores de unos eran las esperanzas de otros; todos los ódios andaban buscando noticias; se vivia en la calle.

La inquietud general penetró en el colegio de Cordier; los estudios se resintieron de ello; las puertas mal cerradas dejaron salir á los alumnos.

Los aliados volvieron á Paris.

Habia entonces en el colegio un pasante inteligente, muy vivo, llamado Biscarrat; su rostro, pecoso de viruelas, era alegre y leal, y tenia el carácter como el rostro. Queria mucho á Euge-

nio y á Víctor, y amaba á la señorita Rosalía, que era la costurera del colegio. Esta tenia un pariente empleado en la Sorbona, que prometió dejar subir á Biscarrat á la torre, desde donde se descubre Vaugirard, Meudon, Saint-Cloud, etcétera, y desde donde podian verse los movimientos de los aliados.

Biscarrat, que era antes amigo que enamorado, hizo que le acompañaran sus dos jóvenes compañeros, y los cuatro subieron la empinada escalera que conduce á la cúpula. El primer espectáculo para los dos hermanos fué la señorita Rosalía, que hizo subir á Biscarrat delante de ella, pero que no se fijó en los dos niños.

Desde lo alto del edificio se descubria un magnífico panorama. Era en Junio y el tiempo estaba delicioso; cantaban los pájaros, brillaba el sol, el horizonte era un mar de verdura; pero bajo otro aspecto, aquel panorama era lúgubre: oíase el fuego de fusilería, tronaba el cañon, la sangre enrojecia las florecillas de la primavera; hombres que no se habian ofendido y que eran desconocidos unos de otros, se degollaban mútuamente por causa de un rey ó de un emperador. El cielo no dejaba de brillar. Víctor reconvino al sol por ser tan brillante y á los bosques por ser tan verdes, y le enojó el egoismo de la naturaleza.

Algunos dias despues de la batalla de Waterlóo, el teniente general Czernitchef, comandante de la vanguardia rusa, intimó al general Hugo para que entregase la plaza de Thionville al emperador Alejandro. El general contestó negándose, y desde aquel dia quedaron interceptadas las comunicaciones de Thionville con Metz.

El acceso de bonapartismo que se habia apoderado del pueblo francés á la vuelta del emperador de la isla de Elba, se enfrió durante los Cien dias. Todos pensaban en abandonar la causa imperial. Los caminos estaban cubiertos de desertores del gran ejército, y la desercion habia empezado tambien en la guarnicion de Thionville. Las penas más severas no dieron resultado alguno: un granadero condenado á muerte y pasado por las armas en presencia del ejército produjo tan poco efecto, que fué preciso introducir en la plaza las guardias exteriores y limitarse á guarnecer la ciudad.

La Guardia nacional movilizada disminuia de dia en dia. El general trabajó mucho para contener al 12.° batallon de la Mosela, que se disponia á apoderarse de una de las puertas para salir de la ciudad.

El 11 de Julio el general supo que los aliados habian entrado en París, pero no creyó que por esto debian entrar en Thionville.

El príncipe de Hesse-Hombourg le dijo que le permitiese á lo menos compartir con él la guardia de la fortaleza, pero esta proposicion fué enérgicamente rechazada. Mas para atajar á los que pudiesen entender mal su conducta y demostrar que resistia al extranjero y no al rey, enarboló la bandera blanca el 22 de Julio y cambió la escarapela de las tropas.

El 1.° de Agosto los guardias nacionales movilizados se negaron á hacer el servicio, rechazaron á los oficiales y corrieron á las puertas. Fué preciso tocar á generala, emplear la fuerza y encerrarlos. Al dia siguiente el 1.° y el 4.° batallon del Meurthe desertaron en masa. El 6 de Agosto el 4.° batallon del Meurthe se negó á obedecer. El 10 llegó la órden de licenciar á la Guardia nacional, operacion que no fué larga por lo poco que de ella quedaba, y el general no tuvo ya consigo más que la Guardia nacional sedentaria, detenida allí por componerse de propietarios de la poblacion; unos quinientos hombres, quinientos setenta y cuatro carabineros y treinta y tres artilleros de línea.

Los prusianos entre tanto se acercaban á Thionville y bombardeaban los fuertes cercanos de Rodemack y de Lougwy. El mariscal de campo Ducós, que intimado para entregar á Lougwy habia respondido que pensaria en ello *cuando su pañuelo se le quemase en el bolsillo*, se vió obligado á capitular.

El príncipe de Hesse decia que ahora le tocaba el turno á Thionville. El general, aunque no tenia guarnicion, aceptó la lucha. Su valor espantó á los cobardes: hubo un complot para apoderarse de él durante la noche y entregarlo á los prusianos; pero fué prevista esta infamia, y las noches siguientes mandó que un peloton escogido durmiese en las casas próximas á la del general.

Todo estaba dispuesto para una defensa encarnizada; la plaza estaba provista de víveres y municiones; se habian soltado las aguas é inundaban el camino de Metz, pero llegó la noticia de que se habia firmado la paz y de que los enemigos eran amigos. El rey, que era más generoso que el general, abrió á los aliados las puertas de Thionville para que

la ocupasen como otras plazas hasta la ejecucion del tratado. Esta vez no hubo necesidad de destituir al general; no quiso entregar una fortaleza que no habian podido tomarle, y abandonó la plaza el 13, sabiendo que los prusianos debian entrar el 20 de Setiembre.

Entonces recibió cartas de gracias de los oficiales de la Guardia nacional, del cuerpo de carabineros y de los principales habitantes. Ya el año anterior los judíos de Thionville le habian ofrecido una gruesa suma, como una deuda de los bienes que les habia conservado: él se negó á recibirla; le renovaron sus ofertas y él renovó su negativa.

XXVIII.

Las tonterías que yo hice antes de mi nacimiento literario.

Tengo á la vista una docena de cuadernos de versos, escritos por Víctor Hugo durante su estancia en el colegio. Al fin del índice del más antiguo, que contiene ochenta y cinco poesías, dice: *Véase el índice del cuaderno 11.* Esto lo escribió en 1815, cuando el autor tenia trece años.

La poesía estaba de moda en aquella época y todo el mundo escribia versos, lo mismo Víctor, que Eugenio, que el padre Lariviere y que Decotte; pero éste no animaba á sus discípulos á que los escribieran, porque creia inconveniente que éstos fueran rivales suyos. Víctor tradujo en verso la primera égloga de Virgilio, y aquel imaginó vengarse de éste haciendo otra traduccion, en la que queria hacer resaltar enérgicamente su superioridad.

Los poetas imberbes tenian dos cómplices; éstos eran Félix Biscarrat, que tambien escribia versos, y su madre. En el sistema de educacion adoptado por la generala Hugo entraba dejar en completa libertad el espíritu de sus hijos y no contrariar su vocacion; era su confidente, les aconsejaba y les ponia asuntos.

Los primeros versos que borroneó Víctor Hugo en casa de Lariviere eran caballerescos y lánguidos, y luego rindió culto al género guerrero y heróico, No es menester decir que los primeros versos carecian de rima y hasta de medida: el niño, que carecia de profesor y de prosodia, leyendo en voz alta lo que acababa de escribir, conocia que los versos no estaban bien, y los corregia hasta que le sonaban bien al oido; de este modo, retocando y enmendando sus versos, aprendió á usar las cesuras y á tener exacta medicion.

En el colegio Cordier fué donde se desarrolló su fiebre poética. Decotte, que le espiaba como maestro y como rival, pudo aumentarle las horas de estudio del latin y de las matemáticas, pudo obligarle á apagar la luz por la noche en cuanto se acostaba, pero no pudo obligarle á dormir, y Víctor pasaba casi toda la velada haciendo versos de memoria. Hasta se aprovechaba del latin, y uno de sus ejercicios nocturnos consistia en traducir en versos franceses las odas de Horacio ó las églogas de Virgilio.

Sobrevino un accidente que le proporcionó más tiempo de ócio. En un paseo del Bosque de Boloña, *perros* y *becerrillos* se disputaban un cerrillo cerca de la balsa de Auteuil, que sufrió un sitio en regla. Las armas eran pañuelos rollados en forma de tapones. Los *becerrillos*, que eran los sitiadores, fueron rechazados con gran pérdida, por una vigorosa salida que hicieron los *perros*, poniéndoles en vergonzosa derrota. Un becerrillo, que no queria consentir esta humillacion, metió una piedra puntiaguda en el pañuelo, y precipitándose furioso contra los perros, llegó hasta el rey y le hirió con fuerza. Víctor recibió un golpe tan fuerte y tan doloroso que le hizo lanzar un grito. Le hirió en la rodilla, de la que hizo manar sangre. El causante de la herida se alarmó, no solo porque sus compañeros le reconvinieron, sino tambien porque creyó que éstos le denunciarian al maestro. Víctor le tranquilizó respecto á este punto, y mandó á los suyos, y quiso que Eugenio mandase tambien á los que él dirigia, que nada refiriesen á los profesores. Como pudo salió Víctor del Bosque de Boloña y se dirigió hácia la calle de Santa Margarita, cojeando y apoyado en el brazo de su hermano; pero en cuanto llegó al colegio le entró calentura: el esfuerzo que hizo para andar agravó la herida y le hinchó la rodilla. Fué preciso acostarle; el médico le preguntó qué le habia sucedido, y él contestó que habia tropezado y caido sobre un monton de vidrios; el médico conoció que le engañaba y que aquello era un golpe de piedra; pero ni el médico, ni el señor Cordier, ni el señor Decotte consiguieron que confesara la verdad. Como la herida era grave, la curacion fué larga; Víctor no se inquietaba por eso; al con-

trario, estaba contento porque así se veia libre de las matemáticas y podia pensar y escribir lo que quisiera. Su madre iba á verle todos los dias; uno de ellos, al preguntarle qué opinaba el médico de su herida, Víctor la contestó:—"Creo que ha dicho que será preciso cortarme la pierna.„

No se la amputaron, pero las articulaciones le quedaron resentidas para mucho tiempo. Estuvo acostado algunas semanas, despues pasó bastante tiempo sentado en la cama y libre de dar lecciones; entonces abandonó resueltamente las matemáticas y se dedicó á la poesía, que se apoderó de él.

En los tres años que estuvo en el colegio Cordier, desde 1815 á 1818, escribió versos de todas clases; odas, sátiras, epístolas, poemas, tragedias, elegías, idilios, imitaciones de Ossian, traducciones de Virgilio, de Horacio, de Lucano, de Ansonio, de Marcial; romances, fábulas, cuentos, epígramas, madrigales, logogrifos, acrósticos, charadas, enigmas y una ópera cómica.

Leia lo que hacia á su madre, á Eugenio y á Biscarrat, que le daba su opinion francamente, y anotaba poniendo bien ó mal los pasajes que le llamaban la atencion. Un poema de quinientos versos, *El Diluvio*, anotado por él, termina con esta recapitulacion: 20 versos malos, 32 buenos, 15 muy buenos, 5 pasaderos, uno flojo. Víctor Hugo tenia un juez más riguroso que Biscarrat, que era él mismo. A cada cuaderno que escribia se perfeccionaba su gusto y le hacia quemar el cuaderno anterior; llegó á quemar once cuadernos. Al fin de cada uno de ellos ponia la advertencia de que fueran indulgentes con él, porque solo tenia trece años de edad.

Lo que se desprende de los doce cuadernos, que tuve ocasion de leer, es la ternura absoluta que el hijo sentia por la madre: no vé otra cosa en el mundo; ella ocupa todas las páginas que escribió durante su edad infantil; no puede acostumbrarse á vivir sin ella. Le dedicó la ópera cómica. El poeta niño profesaba naturalmente la misma opinion política que su madre, y sus versos repetian lo que la oyó decir. El niño era el eco de la opinion de la madre; odiaba la revolucion y al imperio y profesaba cariño á los Borbones.

La primera tragedia que escribió Víctor Hugo á los catorce años la titulaba *Irtamenes;* en ella el realismo no tiene límites; en ella se vé palpitar la restauracion. Zobeir, rey legítimo de Egipto, ha sido destronado por el usurpador Actor; Irtamenes, antiguo capitan de guardias de Zobeir, conspira en favor de su restablecimiento y subleva la poblacion: desgraciadamente la insurreccion legítima es vencida, é Irtamenes, hecho prisionero, hubiera perecido si no hubiera estado casado. Pero de su esposa está enamorado el tirano. Actor le promete la vida en cambio de su mujer. Irtamenes rechaza con desprecio esta venta vergonzosa. Actor, no pudiendo hacerle consentir, le dice que Zobeir está preso tambien y que será condenado á muerte si no consiente. Entonces Irtamenes, luchando entre el amor y el realismo, hace ceder al marido, y aconseja á su mujer... Pero tranquilícese el lector, que despues sabe que Zobeir está en libertad y cesa de dar consejos. La tragedia tiene tal fé en los reyes, que hay una escena en la que Zobeir, sabiendo que Irtamenes va á ser degollado, se introduce en su prision y le ofrece morir por él. Todo concluye con el castigo del usurpador y con la coronacion del rey legítimo.

Para Víctor Hugo entonces aparecian los Borbones para traer la libertad á la Francia y para que ésta pudiese al fin respirar libre de la opresion del imperio. Su realismo era el realismo volteriano de su madre, que deseaba tener el trono sin el altar. Víctor Hugo admiraba á Voltaire. Viendo que su tragedia militar se representaba en el colegio y la aplaudian los colegiales, no debió satisfacerse escribiendo una sola. Se sintió arrastrado hácia el arte dramático, en primer lugar por su instinto, y en segundo lugar por el teatro de Voltaire, que le regaló el general Lahorie, y que devoró durante su larga enfermedad, leyendo con afán desde *Mahoma* hasta los *Guebros*, desde *Zaira* hasta *Nanina*. Dos años despues de escribir *Irtamenes* comenzó á escribir otra tragedia, titulada *Athelia ó los Scandinavos*, de verdadero corte artístico, en cinco actos, observando las unidades de tiempo y de lugar. Entonces tenia ya quince años; no le satisfizo su obra y no escribió de ella mas que dos actos. Empezó á escribir una ópera cómica, titulada *La casualidad sirve para algo*; despues volvió á dedicarse al drama y escribió *Inés de Castro*, obra que debe ser conocida, por ser su primer ensayo y el punto de partida de su teatro; por eso la insertamos á continuacion.

Publicó su novela *Bug-Jargal* bajo su primera forma, en 1818, escribiendo ese

libro en quince dias. Siete años despues, en 1825, corrigió y escribió de nuevo gran parte de esa novela que concibió siendo adolescente; pero sin embargo, el primitivo *Bug-Jargal*, que improvisó á los diez y seis años y que publicamos detrás del drama *Inés de Castro*, á pesar de su forma sencilla y rápida, encierra su mérito y su atractivo.

En todos los números del *Conservador Literario* Víctor Hugo insertaba versos y artículos; éstos de carácter enteramente realista. Casi todas esas poesías y esos artículos los insertó despues en las *Odas y Baladas* y en la *Miscelánea de literatura y de filosofía.* Los que Víctor Hugo no creyó dignos de reproducirse no seremos nosotros los que nos atrevamos á contradecir sus deseos, dándolos á luz en esta edicion, porque no queremos justificar la nota que él mismo puso en el duodécimo y último de sus cuadernos, que decia: *Las tonterías que yo hice antes de mi nacimiento literario.*

OBRAS DE LA PRIMERA JUVENTUD. (1)

INÉS DE CASTRO

MELODRAMA EN TRES ACTOS CON DOS INTERMEDIOS.

PERSONAJES

ALFONSO EL JUSTICIERO, rey de Portugal.
D. PEDRO, infante de Portugal.
LA REINA.
INÉS DE CASTRO, dama de honor de la REINA.
LOS DOS HIJOS DE INÉS.
EL ALCALDE DE ALPUNAR.
ROMERO, aldeano.
ALICIA, hija de ROMERO.
GOMEZ, novio de ALICIA.
ALBARRACIN, jefe de los moros.
EL CANCILLER DE PORTUGAL.
EL PRESIDENTE DEL CONSEJO SUPREMO.
EL HERALDO DE JUSTICIA.
Jueces, guardias, verdugos, un escribano y carceleros. Aldeanos, picadores y monteros. Grandes, damas y oficiales. Guerreros moros y jóvenes moras.

(La accion pasa en Lisboa y sus cercanías.)

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

El teatro representa un bosque; á la derecha una cabaña.

UN MENDIGO y EL ALCALDE DE ALPUNAR.

(Llegan juntos del interior del bosque.)

EL MENDIGO (acercándose al ALCALDE le enseña con aire misterioso la cabaña).—Aquí es!

EL ALCALDE (con el mismo tono).—¡En esa cabaña están los hijos del príncipe de Portugal!

(1) La edicion definitiva de las OBRAS COMPLETAS DE VÍCTOR HUGO, publicada en Paris, inserta algunas traducciones latinas de Virgilio, de Horacio y de Lucano y varias poesías del autor de *La Leyenda de los Siglos*, que nosotros no traducimos al español por no contrariar la voluntad de Víctor Hugo. Los diez y seis tomos de poesías de que consta la citada edicion fueron revisados y corregidos por su autor, que vivió lo suficiente para poder coordinarlos y corregirlos, aunque no lo bastante para la continuacion y el término de la referida edicion, é indudablemente se han insertado las composiciones aludidas en las MEMORIAS contra los deseos del que las escribió. Si hubiéramos traducido los primeros vagidos de su naciente Musa puesta en parangon con las magníficas impresiones que más tarde brotaron de su inimitable númen, hubieran parecido indignos del poeta de fama universal, y por eso no nos hemos atrevido á trasladarlos al castellano. Las poesías que Víctor Hugo compuso en su adolescencia, casi en su niñez, y que creyó que merecian reproducirse en ediciones sucesivas, las incluyó entre las *Odas y Baladas*, y los artículos que produjo en aquella lejana época los insertó en el libro titulado: *Misceláneа de literatura y de filosofía*, que nosotros hemos traducido en los tomos IV y V de esta publicacion.
Como nosotros, suprimió esas poesías la única traduccion española que hasta ahora habia aparecido de las MEMORIAS DE VÍCTOR HUGO y que tenemos á la vista; pero dicho traductor suprimió además *El primitivo Bug-Jargal* y cuatro notables artículos críticos, que inserta la edicion francesa definitiva, que nosotros publicamos inmediatamente detrás del drama INÉS DE CASTRO, no encontrando una razon de peso que justifique estas otras supresiones.—(N. del T.)

El Mendigo.—Los hijos de D. Pedro y de Inés.

El Alcalde.—¿Qué prueba de certidumbre me darás?...

El Mendigo.—Alcalde de Alpunar, debes tú dudar de mis palabras? Los dos hijos nacidos de la secreta union de don Pedro y de Inés están ocultos en esa cabaña. Si no quieres creerme, entra y los verás.

El Alcalde.—Te creo. Me has revelado todo lo que sé de esa tenebrosa historia. El infante D. Pedro retrasa su enlace con la sobrina de la reina, diciendo que la invasion de los moros hace necesaria su presencia en el ejército; tú me has demostrado y me has dado ocasion de hacer saber á la reina el verdadero motivo de este retraso; me has revelado su casamiento secreto con doña Inés de Castro: necesitaba pruebas, y hoy me descubres el asilo en que están ocultos los dos niños, fruto de esos amores clandestinos. Escucha: tú no eres un mendigo; tú, que conoces los secretos de los reyes, dime quién eres. Mi proteccion y la de la reina recompensarán tu celo, si eres discreto.

El Mendigo.—Alcalde de Alpunar, ¿hablabas de la invasion de los bárbaros?

El Alcalde.—Sí; pero ¿cuál es tu nombre? Tu nombre es lo que pregunto. Cuenta con mi reconocimiento.

El Mendigo.—Alcalde, yo soy Albarracin, el jefe de los moros.

El Alcalde.—Qué oigo! ¡Sois ese jefe temible!...

Albarracin.—Solo la presencia del infante D. Pedro en el campo portugués me impide penetrar hasta Lisboa; los soldados mandados por él son invencibles. He tenido que buscar un medio de librarme de ese enemigo formidable y le he encontrado. Mis emisarios han descubierto el oculto matrimonio del heredero del trono con una dama de la reina, y entonces, bajo este disfraz, he venido á buscarte, á tí, el alcalde; á tí, el confidente de la reina. Este proceder no me sonroja. El rey Boabdil iba alguna vez á sentarse á la tienda de su enemigo. Te he descubierto el matrimonio clandestino del infante; te entrego sus dos hijos; ahora servirán á mis propósitos las iras de la reina. Ver en peligro á lo que más ama en el mundo llamará á D. Pedro á Lisboa, y yo no tardaré en seguirle; porque no temo al ejército, sino al general.

El Alcalde.—No puedo reponerme de mi asombro ni de mi espanto...

Albarracin.—Alcalde, cada uno tenemos nuestra ganancia en esta aventura. Si tu reina desplega su venganza contra Inés y sus dos hijos, verás más amenazados sus dias y yo más segura mi victoria.

El Alcalde.—Señor!...

Albarracin.—Tú entregarás tu pátria al extranjero; ¿pero eso qué te importa? Serás corregidor de Lisboa.

El Alcalde.—Creed que yo no serviré más que á los intereses de la reina...

Albarracin.—Alcalde, acabo de decirte mi secreto; esto te probará cuánto te desprecio. (Váse.)

El Alcalde.—Oh! ¡que no haya tenido á mi lado cuatro alguaciles! No volverias á ver tu campamento de corsarios y de piratas, audaz Albarracin! Y yo, qué fortuna! ¡Me apoderaré al mismo tiempo del general moro y de los hijos de Inés! Vamos, es preciso satisfacerse con esta última captura. (Se abre la puerta de la cabaña.) Pero ya salen; apartémonos. (Se retira al fondo del teatro.)

ESCENA II.

El Alcalde en el fondo del teatro, Romero, los dos niños.

Romero (se pasea pensativo sin ver al Alcalde, mientras que los dos niños juegan).—Pobres niños! Comprendo tanto su suerte como el robo de las reliquias de Nuestra Señora del Monte. Sí; hace dos meses que están en mi cabaña, elegida sin duda á causa de su aislamiento; pero, ¿quiénes son sus padres? Solo Dios lo sabe quizás. Creo que será su madre la hermosa dama que viene á verlos ocultamente de cuando en cuando y llora con frecuencia. Cada visita deja una bolsa, que contiene más oro que ofreció el maldito diablo á San Antonio cuando le tentaba; sin duda es una dama de la corte. Pero, ¿qué me importa todo esto? Ha hecho mi fortuna y puede contar con mi agradecimiento. Porque ya soy rico, y ese pobre Gomez puede ya buscar otra mujer que no sea mi hija Alicia. ¡Cómo juegan esos pobres niños! ¿Qué significará ese encargo de que cambie sus nombres de bautismo?... ¿Qué importa que se llamen Hilarion ó Andrés, no siendo hijos de una mujer casada? Pero ¡chist! estos inocentes están pagando sin duda algun gran

crímen ó alguna gran locura. (Vé al ALCALDE.) Alguien viene. Es el alcalde de Alpunar. El diablo cargue con él!... Entrad, niños.

EL ALCALDE.—Dios os guarde, tio Romero. Teneis dos niños muy bonitos. No los despidais.

ROMERO (aparte).—(¡Que no se te paralizara la lengua!) (Alto.) Mil gracias, señor alcalde... los niños incomodan... (A los niños con precipitacion y bajando la voz.) (Vamos, entrad, entrad.)

EL ALCALDE.—No, que se queden; son muy guapos. Pero yo creia, tio Romero, que no teníais más que una hija...

ROMERO.—En efecto, señor alcalde; estos son niños de mi sobrino Perez... que me los ha enviado cuando ha tenido que unirse al ejército que defiende las costas de la invasion de los piratas moros.

EL NIÑO.—Eso no es verdad!

EL ALCALDE.—Hum! Qué dice? (¡Bueno!)

ROMERO (bajo al NIÑO).—(Te callarás? ¡Atrévete á decir una palabra!) (Alto.) Habla á su hermana sin duda.

EL ALCALDE.—Puede... Dicen que viene á verlos algunas veces una gran señora.

EL NIÑO.—Es...

ROMERO (bajo al NIÑO).—(Cállate!) Es su madrina, que les trae algunos juguetes á propósito para su edad.

EL ALCALDE.—¿Quién es su madrina, tio Romero?

ROMERO.—La... la duquesa de... de Rivas.

EL NIÑO.—No, no.

ROMERO (con cólera).—¿Dejarás de hablar con tu hermana, Gil?

EL NIÑO (con soberbia).—No me llamo Gil, me llamo D. Pedro.

EL ALCALDE.—(D. Pedro! Bien!)

ROMERO (al ALCALDE).—¿Quereis entrar en mi cabaña á refrescar?

EL ALCALDE.—Mil gracias, mi querido Romero; estos niños me interesan.

ROMERO.—(Maldito! ¡Condenados chicos!)

EL ALCALDE (á la NIÑA).—Y vos, querida niña, cómo os llamais?

LA NIÑA (despues de una cortesía).—Francisca. Antes me llamaba Inesita.

EL ALCALDE.—(D. Pedro! Inés! ¡perfectamente!)

EL NIÑO.—Sí, doña Inesita. Este era tu nombre cuando vivíamos en el castillo, cuando aquel hermoso príncipe nos llamaba sus hijos.

ROMERO.—Creed, señor alcalde, que no sabe lo que dice. (Misericordia!)

EL ALCALDE.—(No me engañó. Encontré el nido. Vamos á decírselo á la reina.) Salud, tio Romero. ¡La Vírgen os asista!

ROMERO.—Adios, señor alcalde! (¡Los demonios te lleven!)

ESCENA III.

ROMERO solo.

Infernal alcalde! ¿Por qué vendrá á inmiscuirse en este asunto? Vamos, niños, entrad; y tú, Gil, no vuelvas á desmentirme otra vez. (Los niños entran en la cabaña.) Veamos, qué es eso? Aquí vienen Alicia y Gomez. Parece que estén asustados!

ESCENA IV.

ROMERO, ALICIA y GOMEZ.

(Durante esta escena se oye el sonido del cuerno de caza varias veces en el bosque.)

ALICIA.—Es verdad, padre mio?

ROMERO.—Qué?

GOMEZ.—Señor Romero, mi padre me ha dicho...

ALICIA.—Que no quereis casarme con Gomez.

ROMERO.—Y ha dicho la verdad, Gomez.

ALICIA.—Oh cielos! ¿Y por qué, padre mio?

ROMERO.—¡Nuestra Señora de Atocha me valga! ¡Las jóvenes hoy preguntan á sus padres como la Santa Inquisicion interroga á los herejes!

GOMEZ.—Permitid á lo menos que os pregunte, señor Romero, si teneis algun reproche que hacerme.

ROMERO.—Ninguno.

GOMEZ.—Entonces, ¿por qué me negais la mano de Alicia despues de habérmela prometido?

ROMERO.—No puedo decíroslo, querido Gomez, pero ya no me es posible cumplir esa promesa.

ALICIA.—Padre mio!

GOMEZ.—Yo, que llevaba todos los dias vuestra yegua blanca al abrevadero del Horcarral...

ROMERO.—Eso es verdad.

GOMEZ.—Yo, que he obligado al nigromántico Zulco á inutilizar el fallo

que habia pronunciado contra vuestros corderos...

ROMERO.—No lo niego.

GOMEZ.—Yo, que os he regalado ese pedazo de las santas vestiduras del bienaventurado San Juan Bautista, que me habia legado mi madre...

ROMERO (con impaciencia).—Muy bien, muy bien. Gomez, ahorrad palabras inútiles. No puedo daros á Alicia. Lo siento, ¿pero qué quereis? Los tiempos han cambiado.

GOMEZ.—¿Os ha acontecido alguna desgracia, habeis experimentado alguna pérdida? Decidlo, señor Romero; mi cabaña, mis redes, mi barca, todo lo venderé por vos.

ROMERO.—(Excelente jóven! Siento no consentir en esta boda, pero mi hija es rica y los doblones de la hermosa dama no han de ser para un pescador.)

ALICIA.—Ah, padre mio!

ROMERO.—Mucho lo siento, hija mia, pero he reflexionado: el nacimiento de Gomez...

GOMEZ.—Señor Romero, soy hijo de un honrado pescador.

ROMERO.—No le hay más honrado en toda la costa desde Ortiz á Pilarera; pero, ¿sabeis que uno de mis antepasados fué escribano del alcalde de Alpunar?

GOMEZ.—Ignoraba...

ALICIA.—Padre mio, ¿y esa razon os decidirá á causar la desgracia de vuestra hija? Os ruego...

ROMERO.—Vamos, niña, que hay lino que hilar en casa de vuestra madre, y las horas que se pierden llorando se pierden de trabajo.

ALICIA.—Teneis que oirme, porque quiero convenceros. En Gomez cifro toda mi esperanza y toda mi alegría. Ven y ayúdame á convencerle; dile que me amas, que me harás feliz... ¡Padre mio, tened lástima de mí! ¡tened compasion de mis lágrimas! Dios mio! (Cae á sus piés.)

ESCENA V.

Los precedentes, el ALCALDE, el REY, la REINA, INÉS, damas y oficiales.

(Toda la corte en traje de gala.—Criados, monteros, etc.)

EL ALCALDE.—Nuestro señor el rey!

ALICIA Y GOMEZ.—El rey!

ROMERO.—El rey! (Bajo á ALICIA.) (Levántate, hija mia.)

EL REY.—Qué es eso? ¿Por qué está esa jóven á los piés de ese anciano?

ROMERO.—Señor!... Vuestra majestad... No es nada... es...

EL REY.—Quiero saberlo!... Hablad, jóven: qué teneis? No temais nada.

ALICIA (enjugándose las lágrimas).—Señor!.... pedia á mi padre el consentimiento para casarme con mi novio, y se obstina en negármelo.

EL REY.—¿Y por qué no os quiere casar vuestro padre?

ROMERO.—Señor, es que...

EL REY.—Silencio! Dejadla hablar.

ALICIA.—Es que... Gomez es pobre; es hijo de un pescador, y mi padre desciende del... del alcalde de un escribano.

ROMERO.—Del escribano de un alcalde.

EL REY.—Bien, bien; poco importa. La amais, Gomez?

ALICIA.—Dios mio! Vaya! (Señalando á GOMEZ.)

EL REY (á ROMERO).—Vamos, creedme, buen viejo; se aman, casadlos; no hay que pensar en las preocupaciones del nacimiento.

ROMERO.—Pero ya vé vuestra majestad, un pescador...

EL REY (riéndose).—Vamos, vamos; ¿no seria posible llenar de doblones la distancia que separa á un pescador del escribano de un alcalde? Yo me encargo de ello. Gomez cobrará del Tesoro real una renta de cien doblones de oro.

ROMERO (uniendo las manos de ALICIA y GOMEZ).—Echaos á los piés del rey, hijos mios! Viva el rey!

ALICIA, GOMEZ Y TODOS LOS ALDEANOS.—Viva el rey! Viva nuestro buen rey!

EL REY (á ROMERO).—No volvais á dar tanta importancia á la ventaja de vuestro nacimiento. Eso son preocupaciones.

(ROMERO, ALICIA y GOMEZ se inclinan profundamente y se retiran á un lado del teatro.)

EL ALCALDE (misteriosamente á la REINA).—(Señora, vuestra majestad me ha encargado que dirija la caza. Esta cabaña cobija á los niños que tratamos de encontrar.)

LA REINA (al ALCALDE).—(Silencio!) (Se dirige hácia el REY y todos los demás se dirigen hácia el fondo.) Señor, un servidor fiel me asegura que si entrais en esa casa hallareis el fruto de esa intriga clandestina.

EL REY.—¿Todavía os preocupa esa historia? No creais nada de cuanto os han dicho, señora: D. Pedro no piensa más que en su espada. Mi hijo se casará con vuestra sobrina Constanza cuando yo se lo mande.

LA REINA.—Pero señor, despues del tratado que ha decidido este casamiento entre vuestro hijo y mi sobrina, ¿no habeis notado la sombría actitud de Inés y



¿ES VERDAD QUE SOIS MADRE DE ESOS DOS NIÑOS?

las inquietas miradas que le dirige don Pedro?

El Rey.—Todas estas observaciones no tienen fundamento. Y además, ¿quereis que una casualidad me traiga cazando á la casa...?

La Reina.—Dígnese vuestra majestad visitarla.

El Rey.—No. Iria á turbar la paz de esas pobres gentes con unas pesquisas que les inquietarian. Vamos: ¡picadores, monteros!

ESCENA VI.

Los mismos; los dos niños.

El niño (abre un poco la puerta de la cabaña y llama á su hermana).—¡Oh hermana, hermana, ven á ver hombres y caballos! El rey! ¡Ven á ver al rey!

La niña (poniéndose al lado de su hermano).—Oh!

El Rey.—De quién son esos niños?

La Reina (señalando á Inés).—Señor, ved cómo ha palidecido Inés.

(En este momento la mirada del niño se fija en Inés y corre hácia ella gritando:)

El niño.—Madre mia! Madre mia!

La niña.—Madre mia!

Inés.—(Gran Dios! ¡Desgraciados niños!)

(Asombro general; Inés recibe á los niños en sus brazos y cae desfallecida sobre un banco.)

El Rey.—(Su madre! Qué oigo?)

La Reina.—(Lo veis?)

El Rey.—Que se retire todo el mundo. Dejadme solo con esta mujer y con sus hijos.

ESCENA VII.

El Rey, la Reina, Inés, los niños.

La Reina.—Señor, interrogad á mi dama de honor para salir de dudas.

El Rey.—Inés de Castro, ¿es verdad que sois madre de esos dos niños?

Inés (abrazando á sus hijos asustada).—Ya lo veis, señor.

El Rey.—Doña Inés de Castro, ¿es verdad que el padre de esos niños es Don Pedro de Portugal?

Inés.—Preguntádselo, señor.

El Rey.—Responded.

Inés.—No puedo responder á esa pregunta. Señor, tomad mi vida.

La Reina.—Qué más os puede decir? Sus reticencias son confesiones.

El Rey.—¡Así, doña Inés, habeis envilecido á un tiempo la noble sangre de vuestros padres y la augusta sangre de vuestros reyes!

La Reina.—Sedujo al infante, y á la vista teneis los frutos de sus amores impuros.

Inés.—Debo deciros, señora, que don Pedro es mi esposo legítimo. Estos niños son suyos (Al Rey) y vuestros, señor.

La Reina.—Lo ois?

El Rey.—Cómo! Estais casados! ¡Hasta ese punto habeis olvidado la desigualdad de vuestras cunas!...

Inés.—Señor! nos amábamos; los fúnebres subterráneos de Castro han sido el templo de nuestro casamiento, y mis abuelos han recibido nuestros juramentos.

El Rey.—Pues á ellos ireis á dar cuenta de vuestra accion. Hola! Guardias, conducid á doña Inés á la fortaleza de Lisboa. El conde de Mayo me responderá de ella con su cabeza.

(Los dos niños se agarran llorando á su madre. Los guardias se la llevan.)

Inés.—Hijos mios! Queridos hijos mios! Adios!

PRIMER INTERMEDIO.

El teatro representa el campamento de los moros á la orilla del mar, en la cual se descubren los mástiles de sus galeras. Las tiendas están adornadas con banderas. Varios soldados andan por enmedio de trofeosy de haces de armas. Un coro de jóvenes moras y de árabes se adelanta cantando al són de arpas, tambores, guitarras y clarines.

ESCENA PRIMERA.

Un guerrero.—Albarracin está ausente. La guerra con él ha abandonado el campamento, para convertirle en un campo de fiestas.

(Se oye una sinfonía.)

Una jóven (cantando):

Bailad con nosotras, valientes soldados;
la fiesta es alegre, contentos reid,
que luego clarines, tambores sonando,
dirán que vencimos en hórrida lid.

Un guerrero (cantando):

En el próximo combate
demostremos el valor
del hombre á quien nada abate
y que ha de ser vencedor.
Vamos, pues, á loquear;
demos descanso al sufrir;
ahora nos toca gozar
y más tarde combatir.

CORO DE MUJERES MORAS:

Bailad con nuestros valientes soldados; la fiesta os alegra, contentos reid, que luego clarines, tambores sonando, dirán que vencimos en hórrida lid.

UN GUERRERO.—Aquí está nuestro jefe, nuestro jefe el valiente Albarracin.

TODOS.—Albarracin! Aláh! ¡Gloria á Albarracin! (Se prosternan.)

ESCENA II.

Los mismos, ALBARRACIN.

(ALBARRACIN entra ricamente vestido de seda y oro; en la cintura lleva una cimitarra.)

ALBARRACIN.—Compañeros, levantaos; es preciso combatir. (Todos se levantan.) Nunca hay más ganas de pelear que cuando se sale de una fiesta. La mano que acaba de tocar la guitarra sabe manejar perfectamente la cimitarra. Amigos, vais á vencer: mis afanes os han preparado la victoria. El príncipe de Portugal, el temible D. Pedro, ha abandonado el campamento. Vais á atacar un ejército sin general; sí, vais á vencer! Venid; enarbolaremos la media luna hasta en los muros de Lisboa. Venid; D. Pedro dejó sus soldados sin defensa por defender á una mujer. A las armas! Valientes amigos, á las armas!

TODOS.—Aláh! Aláh! A las armas!

(Los clarines tocan una marcha militar y los moros salen en órden de batalla.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala grande, cubierta de paño negro sembrado de calaveras y de lágrimas blancas, iluminada por cirios y pebeteros. En el fondo hay un tribunal, cubierto tambien de negro, y á la derecha un trono para el rey; á la izquierda un cadalso negro y encima un catafalco, sobre el cual se vé brillar un hacha. El escenario está ocupado por guardias vestidos de negro y rojo y por verdugos cubiertos con trajes de penitentes negros y con antorchas encendidas. Dos guardias de pié junto al trono y otros dos al lado del cadalso. Delante del tribunal la mesa del escribano.

UN GUARDIA (á otro).—Fabricio, ¿sabeis que se reune el Consejo y á quién vá á juzgar?

EL SEGUNDO GUARDIA.—No sé nada.

EL PRIMERO.—Dicen que es una mujer.

EL SEGUNDO.—Y qué me importa?

EL PRIMERO.—Pobre desgraciada! Si entra en esta sala no llegará á salir.

EL SEGUNDO.—Teneis razon. (Se dirige á uno de los verdugos que están de pié al lado del cadalso.) Eh! Melchor, ¿sabeis quién es la mujer que vá á ser juzgada?

EL VERDUGO.—No.

EL GUARDIA.—Es una mujer, ¿no es verdad?

EL VERDUGO.—Lo ignoro. Además, no me importa. No conozco á los reos hasta despues que los sentencian.

EL GUARDIA.—(Compadezco al acusado, sea quien sea. Si se sienta en ese banco, está perdido.)

UN OFICIAL (saliendo).—Silencio! que vienen los jueces.

(Los guardias se forman y ocupan el tribunal nueve grandes de Portugal vestidos de negro.)

ESCENA II.

Los JUECES en el tribunal, el ESCRIBANO en su mesa, guardias, etc.

EL PRESIDENTE.—Señores, levantaos; el rey viene.

ESCENA III.

Los mismos, el REY.

(Entra el REY precedido del HERALDO y se sienta en el trono. Le rodean los guardias.)

EL HERALDO.—Yo, heraldo del rey nuestro señor, digo: Su majestad D. Alfonso, nuestro legítimo rey, reune el Consejo Supremo de la muy noble grandeza del reino bendito de Portugal y los Algarbes.

EL PRESIDENTE.—El poder de su majestad Fidelísima, nuestro señor, viene de Dios.

EL REY (todos se levantan).—Os hemos convocado en este palacio para que vuestras excelencias fallen sobre la alta acusacion dirigida contra doña Inés, condesa de Castro, de haber seducido y hecho contraer matrimonio secreto á nuestro querido hijo D. Pedro, infante de Portugal.

EL HERALDO.—Ley: Todo súbdito que se atreva á contraer matrimonio con un individuo de la familia real de Braganza, será castigado con la muerte.

LOS GUARDIAS Y LOS VERDUGOS.—¡Con la muerte! (Los JUECES se inclinan.)

EL PRESIDENTE.—El poder de su majestad Fidelísima, nuestro señor, viene de Dios. El noble Consejo vá á juzgar con la ayuda del Espíritu Santo.

EL HERALDO.—Salga el rey.

(Todos se levantan. Se vá el REY.)

EL ESCRIBANO (á los guardias.)—Traed á la acusada.

ESCENA IV.

Los mismos, escepto el REY. INÉS, vestida de blanco, con esposas y escolta de guardias.

EL PRESIDENTE.—En nombre de la Santísima Trinidad os pregunto quién sois.

INÉS.—Inés, condesa de Castro.

EL ESCRIBANO.—Inés, condesa de Castro, se os acusa de haberos casado secretamente con su alteza el rey D. Pedro, infante de Portugal.

EL PRESIDENTE.—¿Está acusada de este crímen?

EL HERALDO.—Sí.

EL PRESIDENTE.—Quién lo prueba?

EL HERALDO.—Yo, con la ayuda de Dios.

EL PRESIDENTE.—Hablad; Cristo os oye. La verdad es madre de la justicia.

EL HERALDO.—Ante nos, el heraldo del rey, ha comparecido el muy reverendo Fray Urbano Velazquez, religioso de San Francisco, capellan del castillo de Castro, el cual ha declarado que hace seis meses dió la bendicion nupcial, en los subterráneos fúnebres de Castro, á Doña Inés y á un desconocido que se llamaba D. Pedro de Portugal. Esta es la verdad.

EL PRESIDENTE (á los JUECES).—Señores, está probado el crímen.

UN JUEZ.—Con permiso de su señoría: ¿hay seguridad de que el desconocido era el infante?

EL HERALDO.—El religioso lo afirma.

EL JUEZ.—¿Ese religioso conocia á su alteza real?

EL HERALDO.—Debemos decir que no le conocia.

EL JUEZ.—Esa declaracion es insuficiente para sentenciar á muerte á la acusada.

EL HERALDO.—Es suficiente, noble señor, porque la acusada confiesa su crímen.

EL PRESIDENTE.—Las palabras de un acusado no prueban nada, ni en favor ni en contra. Señores jueces, ¿está probado el crímen?

EL MISMO JUEZ.—No.

UN SEGUNDO JUEZ.—Para vencer todas las dificultades, pido que comparezca el infante ante este Supremo Tribunal.

UN TERCER JUEZ.—Su alteza está ausente de Lisboa; está en el campamento de Billegas.

EL SEGUNDO JUEZ.—Que se le envie un mensajero. Su alteza puede estar aquí mañana.

EL PRIMER JUEZ.—Vuestra señoría no debe olvidar que un príncipe de la sangre real no puede comparecer delante de un tribunal sin permiso del rey.

EL SEGUNDO JUEZ (dirigiéndose al primero).—Cuando se trata de un crímen de Estado, el Consejo Supremo lo puede todo para adquirir luz, y sus miembros deben despojarse de todas las prevenciones de la amistad y de la compasion.

UN CUARTO JUEZ.—Noble presidente, cite su señoría á su alteza real.

EL PRIMER JUEZ.—Pregunto á estos señores si eso puede hacerse sin el permiso del rey.

LOS JUECES.—Sí.—No.

EL PRESIDENTE.—El tribunal vá á decidir esta dificultad y á dirigirse á la capilla para que las oraciones le den acierto. Sacad á la acusada. (Vánse.)

ESCENA V.

(Cámbiase la decoracion y representa el interior de un calabozo.)

EL ALCALDE solo.

La division que se ha presentado en el Consejo tiene inquieta á la reina. El infante es poderoso; los grandes le quieren ó le temen; el pueblo le adora. Dícese que mientras disputaba el tribunal, murmuraba el pueblo. Pero la reina, que vé en peligro graves intereses si vive Inés, ha creido prudente decidir de su suerte, cualquiera que sea el fallo de la causa. Yo la he propuesto un medio, me ha encargado de su ejecucion, y creo...

(Entra un CARCELERO.)



ESCENA VI.

El Alcalde, un Carcelero.

El Alcalde (misteriosamente).—Eh!

El Carcelero.—Hizo lo que deseábais.

El Alcalde.—Sin oponerse? ¿Sin dudar? Qué le habeis dicho?

El Carcelero.—Lo que me habeis mandado: que el médico de la fortaleza la rogaba que bebiese aquella pocion calmante.

El Alcalde.—(Calmante para la reina. Valor! La prediccion del jefe moro se cumplirá. Ya soy por lo menos corregidor de Lisboa.) (Váse.)

ESCENA VII.

El Carcelero solo.

Qué alegre está ese señor! Debe interesarse mucho por la acusada. Verdad es que la pobre señora me enternece á mí mismo, que soy muy poco tierno. Eh! Quién está ahí?

(Se abre una puerta en el fondo.)

ESCENA VIII.

El Carcelero, D. Pedro, embozado en una gran capa y con sombrero; los dos niños, Romero.

D. Pedro.—En nombre de su majestad el rey: leed. (Dá un pergamimo al Carcelero.)

El Carcelero (leyendo):—"Su majestad permite á doña Inés ver á sus hijos. El conde de Mayo manda al conserje y carceleros que dejen paso libre al oficial y al guia de dichos niños, que serán conducidos á la prision de su madre.„ En efecto, esta es la firma del conde de Mayo. Señores, esperadme; voy á buscar á la acusada.

ESCENA IX.

Los mismos, escepto el Carcelero.

Romero (á D. Pedro).—Señor, yo no os conozco, pero creo ver que saltan lágrimas de vuestros ojos. Ah! Si quisiéseis, si os dignáseis ayudarme, nos seria fácil salvar á la infeliz... Ah! Os profesaré eterno agradecimiento... y el infante Don Pedro no olvidará este servicio.

D. Pedro (sorprendido).—Qué decís!...

Romero.—Expongo mi cabeza quizá, pero voy á decíroslo todo. Doña Inés me habia confiado esos dos niños desgraciados que la han perdido: sus beneficios me han sacado de la indigencia, y mis servicios la sacarán del peligro ó sucumbiré. Con este objeto me he introducido aquí, como guia de estos dos niños, no previendo que me escoltaria un oficial. Ahora, noble señor, podeis salvarme ó perderme con ella.

D. Pedro (apretando la mano de Romero).—Eres valiente y digno, anciano.

Romero.—Señor, aquí está doña Inés. Silencio!

(Inés entra con esposas y escoltada por guardias.)

ESCENA X.

Los mismos, Inés, Guardias, Carceleros.

D. Pedro.—Carceleros y guardias, retiraos.

(Vánse los guardias.)

Inés.—Hijos mios! hijos mios! (Se arrojan en sus brazos.) Vuestra presencia me causa mucho placer, pero ¡ah! me anuncia sin duda mi sentencia de muerte: me permiten un momento de placer antes del suplicio. El suplicio! Oh cielos! ¡Morir sin haber visto á D. Pedro, sin haberle dado el último adios! No habrá podido protegerme y yo no le podré consolar. ¡Hijos mios, abrazadme! quizá no volvais tampoco á abrazar á vuestro padre, ni á vuestra madre. Oh! D. Pedro! D. Pedro! Dónde estais?

D. Pedro (quitándose el embozo y el sombrero).—Inés! Inés! Querida Inés. Aquí estoy.

Inés (arrojándose en sus brazos).—Dios santo!

Romero (cayendo de rodillas).—Qué! ¡Era su alteza real!

D. Pedro (abrazando á Inés y tendiendo la mano á Romero).—Oh! noble esposa! Sí, buen hombre, á mí es á quien habeis confiado vuestra lealtad; y como habeis dicho, el infante D. Pedro no olvidará este servicio. Me ayudareis á salvar á vuestra bienhechora.

Romero.—Ah señor! Mi sangre, mi vida, todo es vuestro.

El niño (á Romero).—Ya veis que no soy Gil, sino D. Pedro.

D. Pedro.—Qué veo, Inés! Dios mio! esposas infames en tus manos sagradas!

Oh! déjame romper tus grillos. (Rompe violentamente las esposas.) Malvados! Ya sentirán un dia cruelmente mi venganza. Pero ven, ven ahora; el tiempo apremia...

Los dos niños.—Vamos, madre mia.

Inés.—Príncipe, qué intentais? Cielos!

D. Pedro.—Que me sigas. Envuélvete en esa capa.

Inés.—Oh! No. Si nos sorprendieran espondria tu vida...

D. Pedro.—¡Qué importa cuando se trata de la tuya!...

Inés.—Dios mio! Tal vez vuestra vida está ya amenazada. ¿Cómo habeis podido llegar hasta aquí?

D. Pedro.—Escucha: estaba en el campamento, cerca de la costa de Billegas, cuando un mensaje secreto me informó del peligro que te amenazaba. Corro aquí: estaba reunido el alto tribunal que iba á decidir tu muerte en una sola sesion. Uno de los jueces, leal amigo mio, suscita un incidente para retardar la deliberacion. El conde de Mayo, que tambien es partidario mio, me facilita en secreto la entrada en esta prision. El pueblo está dispuesto á insurreccionarse; los soldados murmuran. Huyamos; todo nos favorece. Poseo un castillo en los Algarbes; allí sostendré, si es preciso, una guerra contra el rey, y mi ausencia permitirá desembarcar á los moros.

Inés.—Pensais en eso, señor! ¡La rebelion, la guerra civil!...

D. Pedro.—Todo por salvarte!

Inés.—Ah! Antes morir mil veces.

D. Pedro.—Inés, no eres mi esposa? ¡Debo sacrificarlo á tí todo, padre, trono y pátria!... Pero si te opones á esto, ven conmigo, Inés; no habrá guerra; haré más por tí; viviremos escondidos. Si tú mueres, yo moriré tambien; no debes consentir que queden huérfanos estos niños que nacieron de tus entrañas; tienes el deber de vivir por ellos.

Los niños.—Venid, venid, madre mia! No lloreis!

Inés.—¡Hijos mios, príncipe, querido príncipe, dejadme, que me siento desfallecer! Dejadme por favor!

Romero (de rodillas).—Señora, en nombre del cielo...

(Se abre la puerta del fondo y aparece multitud de guardias y carceleros con hachas, precedidos por el Heraldo. Los niños, asustados, se refugian en los brazos de Inés y de Don Pedro.)

ESCENA XI.

Los mismos, el Rey, el Heraldo, guardias, carceleros.

El Heraldo.—Nuestro señor el rey! (Asombro y terror.)

El Rey (á D. Pedro).—¡Vos aquí, príncipe!

D. Pedro.—Señor, más debiera asombraros no verme aquí.

El Rey.—¿Os habeis atrevido á olvidar vuestros deberes?

D. Pedro.—Mis deberes! No los olvido; se reducen á defender á mi legítima esposa, que está en peligro.

El Rey.—Hijo temerario! ¡Súbdito rebelde! ¿Sabeis que las leyes del reino castigan con la última pena al que insulta á su padre y á su rey?

D. Pedro.—La ley del cielo prohibe desde mayor altura abandonar á la esposa.

El Rey.—Audaz! ¿Invocais la rebelion?

D. Pedro.—No, padre mio; no, mi señor; os entrego la espada. (La entrega.) Sin ella, sin Inés, hubiera escuchado tentativas sediciosas y empleado mi fama para proteger mi amor. Pero ahora no aspiro más que á participar de su muerte, cualquiera que sea. A ese ángel á quien perseguís debe vuestra majestad la inocencia de su hijo y la salvacion de su trono.

El Rey.—Qué oigo, Inés?...

Inés.—Señor, se acusa á sí mismo. No le creais.

D. Pedro.—Dejadme que lo diga todo, Inés. Señor, entré en esta prision para salvar á mi esposa, huir con ella y defenderla con mi espada contra vuestra majestad... Este era mi pensamiento. La generosa resistencia de Inés me ha hecho desistir de mis proyectos.

El Rey.—Tanta nobleza merecia haber tenido mejor suerte.

D. Pedro.—Sí, padre mio; la que rechazais como á hija, es la que os conserva la fidelidad de vuestro hijo.

El Rey.—Inés! ¿Por qué ha de pesar un crímen de Estado sobre vuestra cabeza?

D. Pedro.—Un crímen! Si le hay, yo soy el culpable. Ah! no sabeis, padre mio, qué cuidados, qué funestas seducciones he tenido que emplear para que participara de mi amor. Y cuando me amó, ¡qué de lágrimas, qué de ruegos para obtener de

ella una secreta union! Preciso me fué amenazarla con matarme á sus piés para que consintiese en mi felicidad. Si se ha casado ha sido solo por salvar mi vida. Ah! Salvadla ahora, padre mio! Castigadme, castigadme; mande vuestra majestad mi muerte. Todo el crímen debe caer sobre mí, que he arrastrado á Inés al abismo.

El Rey.—Hijo mio!

Inés.—Ah señor, no le oigais! Yo he sido la débil y la culpable. La vida del infante debe seros preciosa para vuestros súbditos y para vencer á los enemigos. Mi vida no sirve para nada; tomadla, señor; qué importa al reino que yo viva? El trono necesita un heredero, estos niños necesitan un padre, ya que pronto se quedarán sin madre. (Se echa á los piés del Rey.) Señor, prometedme que vivirá D. Pedro, que vivirá para vos, para vuestro pueblo y para mis tristes hijos, que pronto serán huérfanos.

(Los niños se abrazan al Rey y él vuelve la cabeza, como para ocultar las lágrimas de ternura que corren de sus ojos.)

El niño (al Rey, señalando á D. Pedro).—¡Es mi padre y vos sereis mi padre tambien! ¿Es verdad que no matareis á mi madre?

El Rey.—(Dios mio! ¡No sé dónde estoy!)

Romero (de rodillas).—Señor, recuerde vuestra majestad lo que me dijo cuando yo no queria casar á mi hija.

El Rey.—Hijo mio! Hija Inés!... Don Pedro, merece ser tuya; es noble y magnánima como una reina. Dejadme que os abrace, hijos, que ya lo sois mios. Decídselo á la reina y á los grandes. Que se disuelva el Supremo Tribunal; que se sepa que Inés es mi hija y que yo apruebo su casamiento con el infante.

D. Pedro, Inés y los niños (á los piés del Rey).—Ah señor! Oh padre mio!

D. Pedro (abrazando á Inés).—¿Quién habia de creer en esta felicidad? ¡Oh, qué vida tan dichosa me espera con vos! ¡Pero estais pálida!... qué teneis?

Inés.—No lo sé, príncipe; quizás esta resolucion tan inesperada... No se pasa sin emocion de la desesperacion á la alegría...

D. Pedro.—Justo Dios! Vuestros ojos se apagan, vuestro seno se agita...

Inés.—Ah! me abraso! ¡fuego sordo y violento devora mis entrañas! ¡Me abraso, Dios mio! ¡mis miembros se quedan rígidos!...

(Emocion general.)

D. Pedro.—Inés mia! mi querida Inés, dime, qué tienes?

Inés.—Sostenedme en vuestros brazos, querido príncipe; me siento desfallecer... Traedme á mis hijos. (Cae en brazos del Príncipe.)

El Rey.—Desgraciado hijo!

D. Pedro.—¡Oh Dios mio, vá á morir!... ¿Qué he hecho yo para que me persiga de tal modo la desgracia desde que nací?...

Inés.—Sí... me muero... Ese brevaje cruel...

D. Pedro.—Veneno!

El Rey.—Qué oigo!

D. Pedro.—Reconozco á tus implacables enemigos. ¡Inés, quedarás vengada!

Inés.—Oh, no! Hubiera vivido contenta; pero muero satisfecha porque muero siendo vuestra esposa é inocente ante el rey.

D. Pedro.—Morir!... Dime, adorada Inés, es verdad que vas á morir?

Inés.—Príncipe!... Querido esposo!... Ah!... ¡Hijos mios, abrazadme, consolad á vuestro padre!...

Los niños.—¡Madre mia, no os murais, no, madre mia!...

Inés (al Rey).—Señor! padre mio! perdonadme...

El Rey.—Oh, desgraciada! ¡Querido hijo!...

ESCENA XII.

Los mismos, un Oficial.

El Oficial (al Rey).—Señor, los moros están junto á las murallas de Lisboa. Albarracin se ha aprovechado de la ausencia del príncipe para pelear. El ejército, vencido y desanimado, espera vuestra presencia.

El Rey.—Dios mio! Todas las desgracias á la vez.

Inés.—Yo soy la causa de este nuevo desastre. (A D. Pedro.) Príncipe, salid de vuestro abatimiento. Adios; id á pelear... Yo muero!... (Muere.)

D. Pedro.—Oh dolor! (Se levanta con extravío.) A las armas! A la muerte! ¡A la venganza!...

SEGUNDO INTERMEDIO.

Se vé un campo de batalla bajo los muros de Lisboa. Combate. A un lado Albarracin y los moros, al otro el REY D. PEDRO y los portugueses. D. PEDRO, arrastrado por el calor del combate, desaparece. Pelea del REY y de ALBARRACIN. Cae el REY; acuden los grandes del reino y le rodean. Se oyen al mismo tiempo gritos de triunfo.

UN OFICIAL.—Victoria! Victoria! ¡Los moros huyen rechazados!

OTRO.—El rey ha muerto!

OTRO.—¡La salvacion de la pátria nos cuesta la pérdida del rey!

SOLDADOS, OFICIALES, ETC.—¡El rey Alfonso ha muerto! Viva el rey D. Pedro!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa el peristilo de un palacio.

Aparecen la REINA, vestida de luto; el ALCALDE de Alpunar con la toga de corregidor, grandes de Portugal, guardias. El ALCALDE, que es ya corregidor, y la REINA, están en el proscenio. En el fondo los grandes hablan con inquietud.

LA REINA (en voz baja).—(¿Es cierto que quiere ser coronado hoy?

EL CORREGIDOR (lo mismo).—(Sí, señora.)

LA REINA.—(¡Al dia siguiente de la muerte de su padre! Esa es la prueba mayor de su locura.)

EL CORREGIDOR.—(Lo exige, lo manda, señora, y quizás porque está demente quiere que esté enlutada la catedral con paños negros para su coronacion.)

LA REINA.—(¿De modo que comprende que es ya rey?)

EL CORREGIDOR.—(Sí, señora; por un momento ha desaparecido la sombría melancolía que le dominaba desde la muerte de Inés (Tiembla la REINA), y que no ha podido disipar ni aun la muerte inesperada del rey en el combate contra los moros.)

LA REINA (aparte).—(¡Ojalá dure mucho tiempo esa locura, que así durará mi poder!) (Alto.) Y bien, querido corregidor, qué ha dicho el rey D. Pedro?

EL CORREGIDOR.—Ha roto ese silencio terrible que guardaba desde que Doña Inés...

LA REINA (bajo al CORREGIDOR).—(¡Callad, alcalde de Alpunar! Siempre teneis en la memoria ese recuerdo!)

EL CORREGIDOR (bajo).—(¿Os arrepentís de que os haya servido bien, señora?) (Alto.) Su majestad ha mandado que todo esté dispuesto hoy para su coronacion, y despues, como si le dominase algun pensamiento secreto, ha preguntado si el sepulcro de doña Inés estaba ya colocado en la catedral.

LA REINA.—¿Cuál puede ser su proyecto? Pero ya viene el rey.

(Los grandes se abren en dos filas á derecha é izquierda.)

ESCENA II.

Los mismos, D. PEDRO precedido de guardias y vestido de luto, los dos NIÑOS tambien de luto, pueblo, acompañamiento, ROMERO, GOMEZ, ALICIA entre el pueblo.

UN OFICIAL DE GUARDIAS.—¡Nuestro señor el rey!

(Todos se descubren: D. PEDRO se adelanta sombrío con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja.)

EL CORREGIDOR (poniendo en el suelo una rodilla.) —Señor, el pueblo de Lisboa espera con impaciencia la coronacion de vuestra majestad.

D. PEDRO.—Sí, es verdad; ahora soy rey, alcalde de Alpunar.

EL CORREGIDOR (turbado).—(¡Alcalde de Alpunar! Justo cielo! Sabrá...!) Todo está dispuesto para tan solemne fiesta.

D. PEDRO.—¿Habeis tenido cuidado de mandar levantar un cadalso delante de la cárcel de Estado?

EL CORREGIDOR.—Un cadalso! Señor! Ignoraba... y para quién?

D. PEDRO.—Para vos, alcalde de Alpunar.

EL CORREGIDOR.—Dios poderoso! ¡Soy inocente! Perdon, señor! Misericordia!

D. PEDRO.—Silencio; el miedo os hace perder la memoria. Alcalde de Alpunar, quién dió el veneno al carcelero?

EL CORREGIDOR (á los piés del REY).—¡En nombre del cielo, en nombre de Dios clemente por quien reinais, tened compasion de mí, señor!

D. PEDRO.—Compasion pides!... ¿La tuviste tú, malvado?...

EL CORREGIDOR.—Señor, no hice más que cumplir la órden de la reina.

D. PEDRO.—Ya lo sé, cobarde. Llevárosle y que muera. Ha llegado el dia de la venganza.



ESCENA III.

Los mismos menos el Corregidor.

La Reina.—Señor, no creais...

D. Pedro (con extravío).—¿Quién me habla? Ah! es ella; es la mujer que causó mi desgracia. Oh, Inés, Inés! ¡Tu asesino está en mi presencia!... (A la Reina). ¿No es verdad, señora?

La Reina.—Señor, vuestra majestad...

D. Pedro.—Os presento á los niños que habeis dejado huérfanos.

La Reina.—Señor, esas sospechas...

D. Pedro.—Señora, sois viuda; yo tambien soy viudo; pero pronto volveremos á ver ambos á los séres que participaban de nuestra vida. Alegraos conmigo.

La Reina (temblando).—Os atreveríais...?

D. Pedro.—Si quereis que no atente á una testa coronada, huid; volved á Castilla al lado de vuestro hermano, ó mañana os encierro en la tumba, para que acompañeis en ella á vuestro esposo.

La Reina.—Qué oigo! Me desterrais!

D. Pedro (confuso).—Reina, mujer, ¡huid del alcance de mi vista y de mi espada!

La Reina.—Pues bien; ¡guerra entre los dos, rey insensato! (Váse.)

ESCENA IV.

Los mismos menos la Reina.

D. Pedro.—Oh Inés! Los crueles me han hecho cruel. Oh Inés mia! (A los grandes.) ¿No está esperando el arzobispo en la catedral?

Alicia, Gomez, el pueblo.—¡Viva el rey! Viva el rey D. Pedro!

Romero.—¡Viva para siempre nuestro rey D. Pedro!

D. Pedro.—De quién es esa voz?... Ha resonado en mi oido como un eco fiel. (Se vuelve hácia Romero.) Ah! ¿eres tú, leal anciano?... Acércate; te conozco. Hoy es el dia de la venganza y del premio; tú asistirás á mi coronacion como á corregidor de Lisboa.

Los grandes.—(¡Corregidor de Lisboa un simple aldeano! ¡Verdaderamente delira!)

Romero.—Ah! señor! Soy indigno...

D. Pedro.—Eres digno, ya que te crees indigno. (A los grandes.) Señores, reconoced al nuevo corregidor.

El pueblo.—¡Viva nuestro querido rey D. Pedro! Viva!

D. Pedro.—(Ah pueblo! Si me amas, pide al cielo mi muerte y no mi vida.) (Váse con el acompañamiento.)

ESCENA V.

El teatro representa el interior de un panteon.

El Rey, el Canciller, los niños, el Corregidor, señores, guardias, sacerdotes.

Un señor.—¿Vá á colocar vuestra majestad su trono delante de esa tumba?

D. Pedro.—Sí; aquí es. Señores, aquí quiero ser coronado. (Asombro.)

El Canciller.—¡Homenaje en nombre de Dios al rey D. Pedro, nuestro señor!

Todos (arrodillándose).—Homenaje!

El Canciller.—¡Fidelidad en nombre de Dios al rey D. Pedro, nuestro señor!

Todos.—Fidelidad!

El Canciller.—¡Que el cielo derrame felicidades sobre su reinado y sobre su vida!

D. Pedro (como volviendo en sí al oir estas palabras). Mi reinado! Mi vida! Felicidades!

El Canciller (al Rey).—Señor, en medio de la alegría que inspira esta augusta y grata ceremonia, dígnese vuestra majestad dar treguas por un momento al dolor que le oprime desde la gloriosa muerte del rey, vuestro augusto padre...

D. Pedro (levantándose del trono).—¡Sí, mi padre ha muerto! Mi viudez me habia hecho olvidar que soy huérfano. ¡Mi padre ha muerto!... Oh Dios mio! ¡Tambien ella ha muerto! ¡Ella, mi Inés, la alegría de mi existencia!

El Canciller.—Rey de Portugal, suspended vuestro dolor. El momento solemne se acerca: la corona vá á ceñir vuestra frente sagrada.

D. Pedro.—Sí, es preciso que me coroneis. Pero esperad, señor canciller; debeis coronar al mismo tiempo á vuestra reina.

Todos.—Nuestra reina!

D. Pedro.—Sí, señores. ¿No está durmiendo en ese fúnebre panteon? Ese ataud es su lecho imperial. Vamos: id á buscarla, está esperando. ¡Es vuestra reina! Muchos de vosotros la habeis perseguido; pero tranquilizaos, no se levantará para nombrar á su vengador. (Traen cubierto con un paño negro el ataud que contiene el cadáver de

DOÑA INÉS.) Aquí está. ¿Quién ha de conocerla? Ah! (Echa su manto real sobre el ataud.) Los tigres no me han dejado más que eso, y este manto real no puede ocultarme el ataud.

EL CANCILLER.—Señor, aquí está la corona y la espada.

D. PEDRO.—La corona y la espada! Es todo lo que yo espero. (Toma la corona y la coloca sobre el ataud.) Oh Inés! recibe la corona; voy á tomar la espada; participa de mis honores en la tierra, así como yo participaré de los tuyos en el cielo.

(Toma la espada, abraza á sus hijos y levanta el brazo para herirse.)

LOS NIÑOS.—Oh padre mio!

TODOS.—Gran Dios!

(En este momento ilumina la escena un resplandor misterioso: se oye una música suave y lejana. Aparece la sombra de INÉS radiante y cercada de ángeles sobre la tumba.)

ESCENA VI Y ULTIMA.

Los mismos, la SOMBRA DE INÉS.

TODOS.—Qué prodigio!

(Caen prosternados.)

LA SOMBRA.—Deteneos, D. Pedro! Un crímen iba á separarnos para siempre. Si quereis que nos una la eternidad, vivid para vuestros hijos, vivid para vuestro pueblo. La vida es corta, y millares de hombres os necesitan. Me han permitido, querido esposo, venir desde la mansion de las almas para deciros de parte del Señor: "Vivid y padeced; la felicidad de los pueblos necesita algunas veces la desgracia de los reyes."

D. PEDRO.—¡Sois Inés; os conozco y os obedeceré; pero ángel del cielo, dignaos permanecer cerca de mí; no huyais de mi vista!

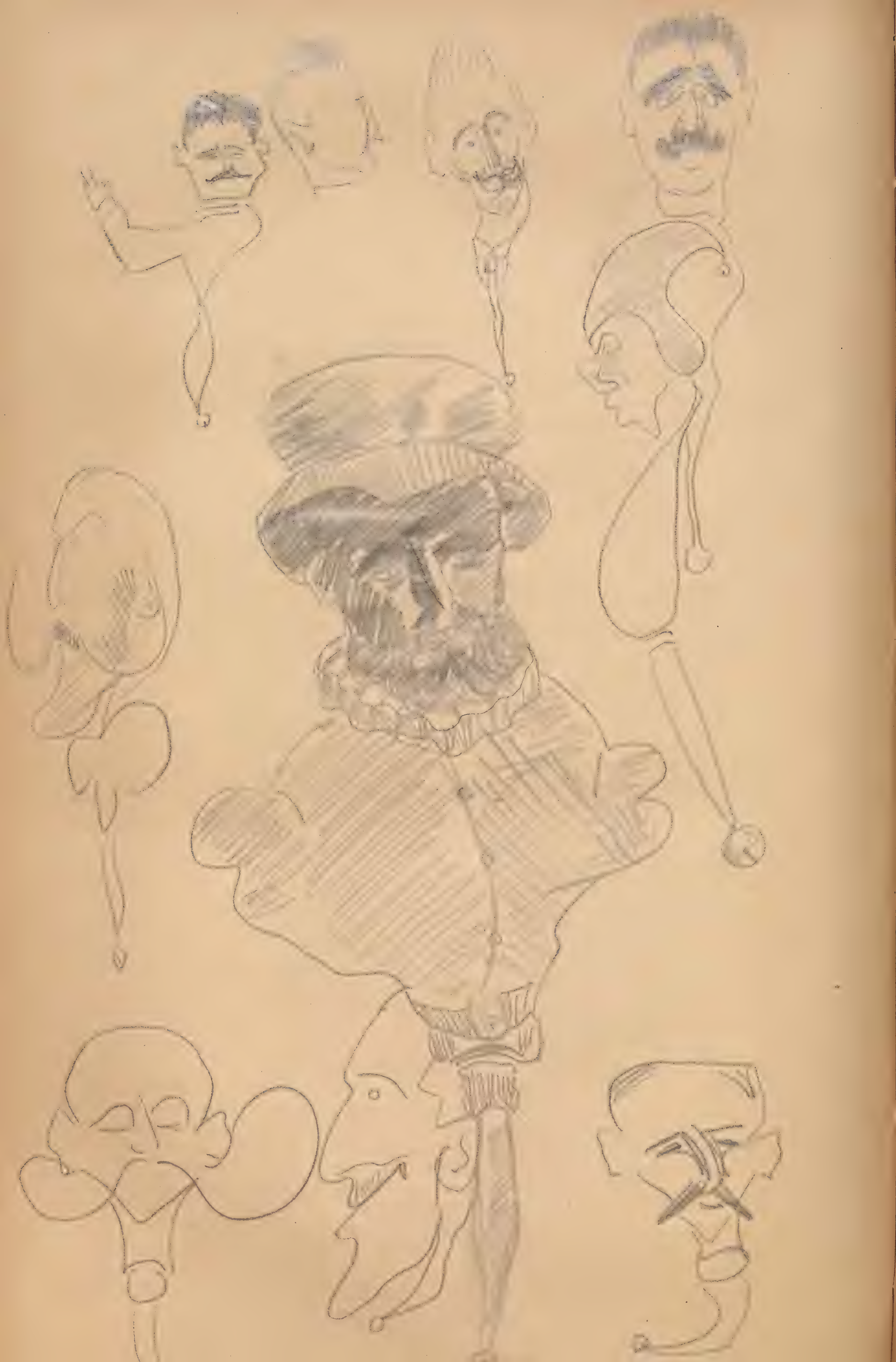
LOS NIÑOS (tendiendo los brazos).—¡Quedaos, quedaos, madre mia! ¡Qué felices seremos!

LA SOMBRA.—Hijos mios, querido esposo, tengo que abandonaros, pero me volvereis á ver durante una eternidad. Vivid! adios!

(Desaparece la sombra.)

D. PEDRO.—Oh Dios mio! ¡Qué deber es el de los reyes que necesita que se le sacrifique hasta la felicidad de morir!

FIN DEL DRAMA.



EL PRIMITIVO BUG-JARGAL.

NOVELA.

Cuando le llegó el turno de referir alguna aventura al capitan Delmar, abriendo los grandes ojos confesó á sus compañeros de campamento que realmente no habia ningun episodio en su vida digno de referirse.

—Sin embargo, capitan, le contestó el subteniente Henri, habeis recorrido muchos paises, habeis estado en las colonias, en Egipto, en Alemania, en Italia, en España... y teneis un perro cojo!...

Delmar se extremeció, le cayó al suelo el cigarro que estaba fumando, y volvió la cabeza bruscamente hácia la entrada de la tienda de campaña, precisamente en el momento en que un perro enorme, cojeando, corria hácia él. El perro aplastó al pasar el cigarro del capitan, le lamió los piés, agitando la cola, dando saltos de alegría y acostándose á su lado. El capitan, conmovido, le acariciaba maquinalmente con la mano izquierda, aflojándose con la derecha el baberol del casco y exclamando con júbilo:

—Por fin, Rask, ya estás aquí! ¿Pero quién te ha traido?

—Con vuestro permiso, mi capitan...

Hacia algunos minutos que el sargento Tadeo habia levantado la cortina de la puerta de la tienda, estaba en ella de pié, con el brazo derecho envuelto en su capote, con los ojos llorosos y contemplando silenciosamente el desenlace de tan misteriosa odisea. Por fin aventuró estas palabras:

—Con vuestro permiso, mi capitan...

—Eres tú, Tadeo? le contestó Delmar; ¿cómo diablos has podido salvar á este pobre perro? Yo le hacia en el campamento inglés. Dónde le has encontrado?

—No le he encontrado, mi capitan, sino que he ido á buscarle.

El capitan se levantó, tendió la mano al sargento, pero la mano de éste permaneció envuelta en el capote, sin que Delmar se apercibiera de esto.

—Mi capitan, desde que se perdió el pobre Rask noté que os faltaba algo, y, para decíroslo todo, debo confesaros que el dia que no se presentaba á compartir conmigo el pan de municion que yo cómo, casi, casi... Os juro, señor, que solo he llorado dos veces en mi vida... la primera... el dia que... cuando...—El sargento cortó aquí la frase mirando con inquietud á su señor.—La segunda cuando me hizo el tunante Baltasar desmenuzar una porcion de cebollas.

—Me parece, Tadeo, replicó Henri riendo, que no nos habeis dicho por qué llorásteis la primera vez.

—Sin duda seria, mi querido veterano, cuando recibiste la cruz que te adorna el pecho, le preguntó el capitan, que continuaba acariciando al perro.

—Mi capitan, contestó el sargento Tadeo, solo fuí capaz de llorar el dia que mandé *hacer fuego* contra Bug-Jargal, alias Pierrot.

Al oir este nombre se anubló la fisonomía de Delmar. Se acercó con rapidez hácia el sargento, deseando estrecharle la mano; pero á pesar de querer honrarle de este modo, continuó Tadeo teniéndola escondida en el capote y sin moverla.

—Sí, mi capitan, continuó diciendo el veterano, retrocediendo algunos pasos; sí, entonces fué cuando lloré. ¡Qué hombre aquel tan fuerte, tan nervudo y tan

hermoso para ser negro! ¿Os acordais, señor, cuando llegó jadeante en el instante mismo en que iban á sacrificarse sus diez compañeros, que estaban ya atados, y que mandaba yo? ¿Os acordais que él mismo los desató y ocupó su sitio, á pesar de oponerse ellos? ¿Os acordais que fué inflexible y heróico?....¡Oh qué hombre aquel! Era un verdadero Gibraltar! ¿Os acordais despues con qué valor se puso en pié, y su perro, el cariñoso Rask, que comprendió lo que iban á hacer con él, me saltó á la garganta para morderme?...

—Tadeo, interrumpió diciéndole el capitan, nunca llegas á este episodio de la narracion sin acariciar á Rask; vuélvete y mira cómo el pobre perro está aguardando tus caricias.

—Perdonadme, mi capitan, pero he oido decir á la bruja Malagrida que acariciar con la mano izquierda acarrea desgracias.

—¿Por qué no le has de acariciar con la mano derecha? preguntó Delmar, sorprendido y notando por primera vez que la tenia ésta envuelta en el capote y fijándose en la palidez de la fisonomía del sargento.

—Mi capitan, con vuestro permiso os diré que teneis un perro cojo, y que me temo que llegareis á tener un sargento manco.

El capitan se levantó de su asiento dando un salto.

—Qué es lo que dices? Manco? Veamos ese brazo.

Delmar estaba temblando; el sargento desenrolló lentamente el capote que le cubria el brazo y la mano derecha, que aparecieron envueltos en un pañuelo ensangrentado.

—Pero qué es eso? ¿qué es lo que te ha sucedido?

—Mi capitan, esto es muy sencillo. Os dije antes que noté que estábais apesadumbrado desde que los malditos ingleses os robaron vuestro hermoso perro, el pobre Rask, el dogo de Bug... En fin, para decirlo en pocas palabras, resolví hoy mismo traérosle, aunque me costara lo que me costara, para que pudiérais cenar esta noche con buen apetito. Por eso, despues de haber cepillado bien vuestro uniforme, porque mañana es el dia de la batalla, me escabullí silenciosamente del campamento, armado con el sable, y caminé al través de las malezas y de los zarzales, con la idea de llegar más pronto al campamento inglés. No habia llegado aun á las primeras trincheras cuando, con vuestro permiso, señor, ví en un bosquecillo, hácia la izquierda, un corrillo tumultuoso de soldados rojos; avancé para enterarme de lo que era aquello; ellos no me vieron, pero yo distinguí, en el centro del corro, al pobre Rask atado á un árbol, y á dos milores, desnudos hasta la cintura, que estaban batiéndose á puñetazos y que levantaban un extrépito infernal. Esos dos ingleses se batian disputándose vuestro perro. Me vió y me conoció Rask, y dió tal sacudida á la cuerda que le ataba al árbol, que la rompió, y en un santiamén se escapó, huyendo hácia mí. Los que rodeaban á los ingleses que se batian lo vieron; yo eché á correr seguido de Rask, y ellos corrieron tras de nosotros. En nuestra carrera veloz nos internamos en el bosque y oíamos silbar muchas balas en nuestros oidos. Rask ladraba; pero felizmente ellos no le oian, porque apagaban sus ladridos los gritos que lanzaban los ingleses de *French dog, French dog,* como si vuestro perro no fuese de la legítima raza de Santo Domingo. Ibamos ya á salir de los jarales del bosque, cuando dos soldados rojos se interpusieron delante de nosotros; el sable me desembarazó de uno, é indudablemente me hubiera desembarazado del otro si no me hubiera acertado la bala de su pistola, que me entró en el brazo derecho... pero Rask le saltó al cuello y allí se lo dejó tendido en tierra. En fin, ya estamos aquí Rask y yo, y lo único que siento es que Dios no me haya reservado esta herida para la batalla de mañana.

—Tadeo, exclamó el capitan, ¿por qué te has expuesto de ese modo por un perro?

—Mi capitan, no me expuse por un perro cualquiera; me expuse por Rask, por el dogo de Bug...

—Basta, basta, gritó el capitan. Ahora apóyate en mi brazo y ven conmigo á la ambulancia.

Tadeo obedeció; el perro, que durante esta escena estuvo acostado, se levantó y se fué detrás de ellos.

Este episodio llamó la atencion de los oficiales que en la tienda de campaña estaban refiriendo historias.

—Apostaria cualquier cosa, dijo el subteniente Henri, que el capitan Delmar no daria la pierna rota de su perro por los doce cestos llenos de botellas de vino de Madera que entrevimos el otro dia en el furgon del mariscal.

—Perderias esa apuesta, le contestó

alegremente Filiberto, porque las botellas de esos dos cestos están ya vacías, segun tengo entendido, y treinta botellas destapadas no equivalen á la pierna de un pobre perro.

La asamblea se quedó riendo del tono grave con que el capitan Filiberto pronunció las anteriores palabras. Solo Alfredo, que parecia estar muy triste y que no se habia reido, objetó lo siguiente:

—No veo, señores, que lo que acabamos de presenciar pueda ser objeto de burlas. El sargento y el perro, que van siempre con Delmar, desde que yo le conozco, me parece que deben encerrar alguna historia interesante.

Filiberto, picado de la objecion de Alfredo y de la hilaridad de los otros, le contestó:

—Efectivamente; debe ser sentimental la historia del hallazgo de un perro y de un brazo roto.

—Capitan, me parece que os equivocais, le replicó Henri, lanzando fuera de la tienda la botella que acababa de vaciar; ese Bug-Jargal, alias Pierrot, escita vivamente mi curiosidad.

Filiberto, que iba á incomodarse, se apaciguó al notar que tenia lleno de vino el vaso que creia vacío. Delmar volvió á entrar en la tienda; se sentó en el sitio que antes ocupaba sin decir una palabra, pensativo, pero tranquilo. Estaba tan preocupado, que no oia nada de lo que á su lado hablaban. Rask, que entró tras él, se acostó á sus piés, mirándole con inquietud.

—Acercad el vaso, capitan Delmar; quiero que probeis este vino.

—Cómo está Tadeo? preguntó Filiberto.

—Gracias á Dios la herida no es grave; no tiene el brazo roto.

El involuntario respeto que el capitan inspiraba á todos sus compañeros de armas contuvo la risa que iba á asomarse á los labios de Henri.

—Ya que no nos puede inspirar ningun cuidado la herida de Tadeo, dijo Henri, espero que cumplireis vuestra palabra empeñada refiriéndonos la historia del perro cojo y de Bug-Jargal, alias Pierrot.

Quizás Delmar no hubiera satisfecho los deseos del subteniente, si todos sus compañeros de armas allí reunidos no se lo hubieran suplicado con reiteradas instancias.

—Satisfaré vuestros deseos, pero no espereis más que la sencilla narracion de una anécdota, en la que yo solo juego un papel secundario. Si la solidaridad que existe entre Tadeo, Rask y yo os hace esperar una historia extraordinaria, os prevengo que os vais á llevar chasco.

Todos guardaron profundo silencio. Filiberto vació de un solo trago el aguardiente que quedaba en su calabaza; Henri se envolvió en la piel de oso que tenia á los piés, para preservarse del fresco de la noche, y Alfredo acabó de canturrear el aire de *Mataperros.* Delmar quedó un instante pensativo, como para reunir los recuerdos de lejanos tiempos, y al fin tomó la palabra, hablando del modo siguiente:

—Aunque nací en Francia, me enviaron siendo muy jóven á la isla de Santo Domingo, á casa de uno de mis tios, que era un colono muy rico, con cuya hija debia yo casarme.

Las habitaciones de mi tio estaban en las cercanías de la fortaleza de Galifet, y sus plantaciones ocupaban la mayor parte de las llanuras del Acul. La desgraciada posicion que ocupaban, cuyo detalle os parecerá de poco interés, fué una de las primeras causas de los desastres y de la ruina total de mi familia.

Ochocientos negros cultivaban los inmensos dominios de mi tio, y debo confesaros que agravaba la triste condicion de esos esclavos la insensibilidad de su señor, al que habia empedernido el corazon el hábito de muchos años de mandar como monarca absoluto. Acostumbrado á ser obedecido al menor signo que hacia, la menor vacilacion por parte de un esclavo la castigaba con los más duros tratos, y con frecuencia la intervencion de los hijos de aquel déspota solo servia para aumentar su cólera. Nos vimos obligados, pues, á mitigar en secreto los males que no podíamos prevenir ni evitar.

Entre la multitud de aquellos esclavos, con los que yo pasaba dias enteros, me llamó la atencion un jóven negro, al que sus compañeros miraban con el más profundo respeto; aunque estaba sumido en la esclavitud como los demás, los dominaba y le obedecian.

Era aquel hombre de talla gigantesca; su rostro, en el que los signos característicos de su raza estaban menos marcados que en los demás negros, presentaba á un mismo tiempo aspecto de rudeza y de majestad, difícil de hacer comprender. Los músculos muy pronunciados, la anchura de sus espaldas y la vivacidad

de sus movimientos, denotaban que estaba dotado de fuerza extraordinaria y de extremada ligereza. Muchas veces hacia en un dia el trabajo de ocho ó diez de sus camaradas, solo por librarles de los castigos reservados á la negligencia ó al cansancio. Por eso le adoraban los esclavos, cuyo respeto, ó por mejor decir, cuyo culto parecia, sin embargo, provenir de otra causa. Lo que sobre todo me asombraba en él era ver que era tan cariñoso y tan humilde con sus compañeros, como orgulloso y altivo con sus capataces; pero preciso es decir que esos esclavos privilegiados, que unen á la bajeza de su condicion la insolencia de su autoridad, encontraban maligno placer en abrumarle; pero ninguno de ellos se atrevió nunca á imponerle castigos humillantes. Si pensaban condenarle á ellos, veinte negros se presentaban á sufrirlos por él; y él, inmóvil, asistia friamente á su ejecucion, como si sacrificándose por él los esclavos cumpliesen con su deber. Ese hombre singular le llamaban en los ingenios Pierrot.

Os trazo, señores, algunos rasgos de su fisonomía antes de llegar á describir su carácter. Hoy mismo, que quince años de recuerdos debian borrarle de mi memoria, reconozco que no he encontrado nunca ningun hombre tan noble y al mismo tiempo tan original.

Me prohibieron que me comunicase con Pierrot. Tenia yo diez y siete años cuando le hablé la primera vez.

Me paseaba con mi tio un dia por sus vastas posesiones. Los esclavos temblaban al verle y redoblaban sus esfuerzos y su actividad. Irascible mi tio por hábito y dispuesto á incomodarse cuando no tenia á quién castigar, vió de repente un negro que, rendido de cansancio, se habia dormido á la sombra de unas palmeras. Corrió hácia él, le despertó bruscamente y le mandó que se pusiera en seguida á trabajar. Asustado el negro, se levantó con rapidez, y al levantarse descubrió que se habia acostado sobre un vástago de rándia, que mi tio queria criar; el vástago estaba destrozado. Al ver esto mi tio se puso furioso; colérico se abalanzó á coger el hacha que el negro habia dejado en tierra, y levantó el brazo para descargar sobre él un tremendo golpe; pero el hacha no cayó sobre el esclavo. Nunca olvidaré aquel momento. Una mano férrea detuvo el brazo del colono. Un negro de estatura colosal, en voz alta le dijo en buen francés:—"Mátame á mí, que acabo de ofenderte, pero respeta la vida de mi hermano, que no es él el que ha destrozado tu rándia.„ Estas palabras, en vez de ruborizar á mi tio, aumentaron su rabia. No sé cómo hubiera obrado si yo, aprovechándome de la ocasion, no hubiera arrojado el hacha muy lejos de allí. Le supliqué inútilmente. El negligente negro sufrió el castigo del látigo y su defensor fué encerrado en uno de los calabozos del fuerte de Galifet, como culpable de haber puesto la mano sobre un hombre blanco. Este negro era Pierrot. La escena que presencié escitó de tal modo mi curiosidad y mi interés, que resolví verle y servirle. Pensé, por lo tanto, en encontrar un medio de poder hablarle.

Aunque era yo muy jóven, como era sobrino de uno de los más ricos colonos del Cabo, me nombraron capitan de las milicias de la parroquia del Acul. El fuerte de Galifet era custodiado por éstas y por un destacamento de dragones amarillos, cuyo jefe era casi siempre un sargento de esta compañía á quien confiaban el mando del fuerte. Precisamente el que le mandaba en aquella época era hijo de un pobre colono, al que tuve ocasion de prestar grandes servicios y que estaba dispuesto á sacrificarse por mí y...

—Y que se llamaba Tadeo? preguntó Henri.

—En efecto, mi querido subteniente. Podreis comprender que no me seria difícil procurarme la entrada en el calabozo que encerraba al negro. Tenia derecho á visitar la fortaleza por ser capitan de milicias. Sin embargo, para no inspirar sospechas á mi tio, tenia yo buen cuidado de no ir allí más que de noche, cuando todos los soldados, escepto los de la guardia, estaban ya dormidos. Conducido por Tadeo llegué á la puerta del calabozo; éste la abrió y se retiró. Entré y ví que el negro estaba sentado, porque apenas podia estar allí derecho á causa de su colosal estatura. No estaba solo; un dogo enorme se levantó gruñendo y dirigiéndose hácia mí.

—Rask! le gritó el negro.

El dogo calló y volvió á acostarse á los piés de su amo. Iba yo vestido de uniforme, y la escasa claridad que llegaba por la claraboya hasta el estrecho calabozo impidió que Pierrot me conociera.

—Estoy dispuesto, me dijo con tono tranquilo.

Al terminar estas palabras, incorporándose, las volvió á repetir.

—Creia, le dije sorprendido al ver la libertad de sus movimientos, que os habian atado con cadenas.

—Las he roto, me contestó, rechazando con los piés pedazos de hierro que resonaron.

Habia en el tono con que pronunció las últimas palabras algo que parecia decirme:—No he nacido para arrastrar cadenas.

—Tampoco sabia que os habian permitido tener aquí el perro.

—Le tengo porque yo le he hecho entrar.

Cada vez estaba más asombrado. Cerraba la puerta del calabozo por la parte de fuera triple cerrojo. La claraboya no tenia seis pulgadas de anchura y estaba guarnecida por barras de hierro. Pareció que el negro comprendia que yo estaba maravillado; se levantó, desprendió sin esfuerzo una piedra enorme, que estaba colocada debajo de la claraboya, y separó las dos barras clavadas por la parte de fuera de esa piedra, practicando de ese modo una abertura, por la que dos hombres hubieran podido pasar fácilmente. Por aquella abertura se podia salir á pié llano al bosque de palmeras y de cocoteros que cubre la Morne, á la que la fortaleza estaba adosada.

El perro, al ver la salida abierta, creyó que su dueño queria marcharse de allí y se dirigió á la abertura, pero un gesto del negro le hizo volver á ocupar su sitio.

Me quedé mudo de sorpresa. Como entraba más claridad, el negro me conoció, aunque sin manifestármelo.

—Puedo vivir todavía dos dias sin comer, me dijo; mi perro solo toma alimento de mi mano, y si yo no hubiera conseguido ensanchar esa abertura, el pobre Rask hubiera muerto de hambre. Vale más que muera yo, ya que de todos modos he de morir.

—No, le contesté; no morireis de hambre.

Como si no comprendiera lo que yo le decia, continuó diciéndome:

—Indudablemente podria vivir dos dias sin comer; sin embargo, estoy dispuesto á seguiros, señor oficial, y hoy mejor que mañana, pero os suplico que no hagais ningun daño á Rask.

Entonces fué cuando comprendí verdaderamente lo que queria decirme. Como estaba acusado de un crímen capital, creyó que yo me presentaba en el calabozo para conducirle á la muerte, y aquel hombre colosal, que tenia miedo de huir, me decia sereno: *Estoy dispuesto*. No pude contenerme y le repliqué:

—¡No solo me tomais por un verdugo, sino creeis que he de ser inhumano con un pobre perro!

Al oir estas palabras se enterneció, y con la voz alterada y tendiéndome la mano me contestó:

—Perdóname, blanco, pero tengo mucho cariño á este perro, y los tuyos me han hecho mucho daño!

—Pero no me conoceis? le pregunté, estrechándole la mano.

—Sé que eres blanco, y para los blancos, por buenos que sean, los negros nada valen; sin embargo, no soy de rango inferior al tuyo, añadió con altivez.

Escitó vivamente mi curiosidad; le rogué varias veces que me descubriese quién era y todos sus sufrimientos, pero él guardó silencio sombrío.

Mi comportamiento le halagó; mis ofrecimientos y mis ruegos vencieron la indiferencia con que miraba la vida. Salió por la abertura y volvió trayendo algunos dátiles y una enorme nuez de coco; despues volvió á cerrar la abertura y se puso á comer. Conversando con él noté que hablaba con facilidad francés y español y que poseia algunos conocimientos. Este hombre me asombraba tanto bajo otros aspectos, que hasta entonces no me habia chocado la pureza de su lenguaje. Traté otra vez de que satisfaciera mi curiosidad, pero siguió guardando tenaz silencio. Al salir del calabozo mandé á mi fiel Tadeo que tuviera con él todas las atenciones y todos los cuidados posibles.

Todos los dias le veia á la misma hora. Su proceso me inquietaba, porque á pesar de mis ruegos mi tio se obstinaba en proseguirle. No ocultaba este temor á Pierrot, pero él me escuchaba con indiferencia.

Algunas veces Rask entraba por la abertura, mientras yo estaba charlando con el negro, trayendo una ancha hoja de palmera atada al cuello: el negro la desataba; leia los caractéres desconocidos que en ella estaban marcados y despues la rompia. Yo me habia habituado ya á no hacerle preguntas.

Un dia entré en el calabozo sin que él se apercibiese de que yo estaba allí. Daba las espaldas á la puerta y talareaba con acento melancólico la cancion española: *Yo, que soy contrabandista.* Cuando terminó de cantar, volviéndose bruscamente hácia mí, me dijo:

—Hermano, prométeme, si alguna vez dudas de mí, no dudar cuando me oigas cantar esta cancion.

Le prometí lo que deseaba. Tomó la corteza de la nuez que cogió el dia de mi primera visita, y que conservaba desde entonces, la llenó de vino, me invitó á que acercase los labios á ella y la vació de un trago. Desde este dia siempre me llamó ya hermano.

Algunos dias despues empecé á vislumbrar la esperanza lejana de salvarle, al ver que mi tio ya no estaba tan irritado contra él. Me atreví á hacerle notar que Pierrot era el más vigoroso de sus esclavos, que él solo trabajaba como diez, y que solo quiso impedir que su señor cometiera un crímen al detenerle el brazo. Me escuchaba, dándome á entender que no proseguiria la acusacion. De esto nada quise decir al negro, hasta tener el placer de anunciarle su completa libertad, si llegaba á obtener la de mi tio. En Pierrot me asombraba ver que, á pesar de creerse condenado á muerte, no queria aprovecharse de los medios de evasion que estaban en sus manos.—"No debo escaparme, me decia friamente, porque creerian que tenia miedo.„

Mi tio retiró la acusacion, y yo, radiante de alegría y de contento, corrí al calabozo de Pierrot para comunicarle esta fausta noticia.

Tadeo, en cuanto supo que estaba libre, quiso entrar conmigo en el calabozo. Entramos y no encontramos allí más que á Rask, que se acercó á mí acariciándome; tenia atada al cuello una hoja de palmera; la desaté y ví que tenia escritas estas palabras: *Gracias! me has salvado la vida; no olvides lo que me has prometido.*

Tadeo quedó más asombrado que yo, porque él no conocia el secreto de la claraboya y se imaginaba que el negro se habia convertido en perro. Le dejé en esta creencia, bastándome exigir de él que guardase silencio sobre lo que acababa de pasar.

Quise llevarme á Rask, que al salir conmigo de la fortaleza echó á correr por los bosques vecinos y desapareció de mi vista.

Mi tio se puso furioso en cuanto supo la fuga del esclavo; mandó que se le buscara por todas partes, pero hicieron inútiles estas pesquisas los acontecimientos que sobrevinieron y que voy á referir.

Tres dias despues de la fuga singular de Pierrot, que sucedió en la famosa noche del 21 al 22 de Agosto de 1791, me paseaba pensativo cerca de las baterías de la bahía del Acul, que acababa de visitar, cuando distinguí en el horizonte una claridad rojiza, que se elevaba y se extendia por la parte de las llanuras del Limbé. Los soldados y yo la atribuíamos á algun incendio incidental; pero á los pocos instantes las llamas crecieron tanto, el humo se aumentó y se hizo tan denso, que volví á tomar con rapidez el camino de la fortaleza para dar allí la voz de alarma y enviar socorros. Al pasar cerca de las habitaciones de nuestros negros me sorprendió la agitacion extraordinaria que entre ellos reinaba. Casi todos ellos estaban despiertos aun y hablaban con gran vivacidad. Atravesé un bosquecillo en el que estaban acumulados una porcion de hachas y de azadones. Por el sentido de algunas palabras que oí, me pareció que los esclavos de las llanuras del Limbé estaban en plena rebelion y que entregaban á las llamas las habitaciones y las plantaciones situadas á la otra parte del Cabo. Inquieto con justo motivo, hice que se armasen las milicias del Acul y les mandé que vigilasen á los esclavos. Me pareció entonces que todo habia quedado tranquilo.

Sin embargo, el estrago parecia que aumentaba á cada momento en las llanuras del Limbé. Hasta creia oir á lo lejos el ruido que producen los disparos de los fusiles y de la artillería. A las dos de la madrugada, no pudiéndome ya contenerme, dejé en Acul parte de las milicias, á las órdenes del subteniente, y á pesar de la prohibicion de mi tio y á pesar de los ruegos de la familia, con las tropas restantes tomé en seguida el camino del Cabo.

Nunca olvidaré el aspecto que presentaba esa ciudad cuando me aproximé á ella. Las llamas, que devoraban las plantaciones del Limbé, esparcian en ellas sombría luz, que oscurecia los torrentes de humo que el viento hacia salir de las calles. Torbellinos de centellas, que formaban los pedazos incendiados de las cañas de azúcar y que el viento lanzaba con violencia sobre los techos de las casas y sobre los aparejos de los buques que estaban anclados en la rada, amenazaban á cada instante á la ciudad del Cabo con un incendio tan deplorable como el que estaba ardiendo en sus cercanías. Era espectáculo horrible é imponente ver, á una parte, á los afligi-

dos habitantes exponiendo sus vidas por disputar á aquella terrible calamidad la única casa que les quedaba de tantas riquezas que poseian; mientras que á la otra parte, los navíos, temiendo sufrir la misma suerte, al verse atacados por el viento funesto que estaba arruinando á los colonos, se alejaban con las velas desplegadas surcando el mar, que se teñia con los fuegos sangrientos del incendio.

Aturdido por el cañon de los fuertes, por los clamores de los fugitivos, por el extrépito de los hundimientos, no sabia yo á qué parte dirigir mis soldados, cuando encontré en la plaza de armas al capitan de los dragones amarillos que me sirvió de guia. No me detendré, señores, en describiros el horrible cuadro que presentaba la llanura incendiada; otros muchos han descrito antes que yo los desastres de que fué víctima la ciudad del Cabo, y la sonrisa de Henri me advierte que no los imite. Me concretaré únicamente á deciros que nos encontramos con que los rebeldes se habian apoderado del Dondon, de la villa de Onanaminto y de las plantaciones del Limbé. Lo que pudimos hacer, auxiliados por las milicias del cuartel Delfin, por las compañías de los dragones amarillos y por los dragones rojos, se redujo á desalojarlos de la Petite-Anse, en la que empezaban á establecerse. Al abandonarla dejaron allí huellas de su crueldad; asesinaron ó mutilaron bárbaramente á todos los blancos. Dejamos en el fuerte de la Petite-Anse una guarnicion bastante numerosa, y á las seis de la mañana entramos en la ciudad del Cabo, ennegrecidos por el humo y abatidos por el calor y por la laxitud. Me acosté sobre mi capote en medio de la plaza de armas, esperando descansar allí, cuando ví venir hácia mí un dragon amarillo, sudado y empolvado, corriendo á toda brida. Rápidamente me puse en pié, y por las palabras entrecortadas que me dijo supe con la mayor consternacion que los rebeldes se habian apoderado de las llanuras del Acul, que estaban sitiando la fortaleza de Galifet, en la que se habian encerrado las milicias y los colonos. No podia perder un momento. Hice que dieran caballos á los que quisieran seguirme, y conducido por el dragon llegué ante la vista del fuerte á las siete de la mañana. Las propiedades de mi tio habian sido devastadas por las llamas lo mismo que las del Limbé. La bandera blanca flotaba aun sobre el torreon del fuerte; pero un instante despues, entero ese edificio quedó envuelto en un torbellino de humo, y al disiparse esa gran humareda, nos dejó ver izada en lo alto de la torre la bandera roja. Podíamos perder toda esperanza.

Redoblamos el paso para llegar cuanto antes, y muy pronto nos encontramos en el teatro de la catástrofe. Los negros huian al ver que nos aproximábamos; pero desde lejos les veíamos huir por la derecha y por la izquierda, asesinando á los blancos é incendiando las habitaciones. Tadeo, lleno de heridas, se presentó ante mí y me reconoció en seguida:—"Mi capitan, me dijo, Pierrot es un hechicero ó es un diablo; penetró en la fortaleza, no sé por dónde, y ved los estragos que ha producido! En cuanto á vuestro tio y vuestra familia...„ En este instante un negro colosal salió por detrás de un cañar incendiado, llevando en sus brazos á un anciano, que gritaba y forcejeaba para desprenderse de él. El anciano era mi tio, el negro era Pierrot.—"Miserable!„ le grité. Le apunté con la pistola, pero un esclavo se puso ante él y cayó muerto en tierra. Pierrot dirigió la cabeza hácia mí y me pareció que pronunciaba algunas palabras; despues se perdió entre los matorrales incendiados. En seguida un enorme perro pasó siguiéndole, llevando cogida con los dientes una cuna, que yo conocí que era la del hijo más pequeño de mi tio. El perro era Rask; furioso de rabia, descargué contra él mi segunda pistola, pero erré el tiro.

Entre tanto el incendio continuaba produciende estragos: los negros, cuyo número el humo nos impedia distinguir, parecia que se habian retirado. Nos vimos obligados á volver al Cabo. Quedé agradablemente sorprendido al encontrar allí á la familia de mi tio, que debió su salvacion á la escolta que le proporcionó un negro en medio de la matanza y del incendio. Solo faltaban allí mi tio y su hijo más pequeño. No dudaba yo de que habrian sido víctimas de la venganza de Pierrot. Recordé muchas circunstancias, cuyo misterio no podia explicarme, y olvidé por completo la promesa que hice al negro.

Fortificamos apresuradamente el Cabo. La insurreccion hacia espantosos progresos; los negros de Puerto-Príncipe empezaban á agitarse; Biassou mandaba los del Limbé, Dondon y del Acul; Juan-Francisco se habia hecho proclamar generalísimo de los rebeldes de la llanura

de Maribaron; Bouckmant, que despues fué célebre por su trágica muerte, recorria con sus bandidos las llanuras de la Limonade, y las bandas de la Morne-Rouge habian reconocido por su jefe á un negro llamado Bug-Jargal. El carácter de este último jefe, si hemos de dar crédito á lo que de él se decia, contrastaba de un modo singular con la ferocidad de los demás. Mientras Bouckmant y Biassou inventaban mil clases de muerte para atormentar á los prisioneros que cogian, Bug-Jargal les proporcionaba los medios para que salieran de la isla. Los primeros celebraban un contrato con los barcos españoles que pasaban por aquellas costas, por el que les permitian enriquecerse con los despojos de los desgraciados prisioneros que dichos jefes obligaban á huir; pero Bug-Jargal echó á pique muchos de esos barcos corsarios. Colas de Maigné y otros ocho colonos opulentos fueron desatados por sus órdenes de la rueda á la que Bouckmant les habia hecho atar. Se citaban de dicho jefe muchos rasgos de generosidad, que es inútil referir.

No volví á oir hablar de Pierrot. Los rebeldes que Biassou mandaba continuaron inquietando á la ciudad del Cabo. El gobernador resolvió rechazarlos hasta el interior de la isla. Constituian nuestro ejército efectivo las milicias del Acul, del Limbé, de Onanaminto y de Maribaron, agregadas al regimiento del Cabo y á las temibles compañías amarilla y roja. Formaban la guarnicion de la ciudad las milicias del Dondon y del cuartel Delfin, reforzadas con un cuerpo de voluntarios y á las órdenes del negociante Poucignon.

El general quiso desembarazarse, desde luego, de Bug-Jargal, que le alarmaba, y envió contra él á las milicias de Onanaminto y un batallon del Cabo. Ese cuerpo de ejército regresó dos dias despues completamente destrozado. El general se obstinó en vencer á Bug-Jargal, y envió otra vez contra él el mismo cuerpo de ejército, con el refuerzo de cincuenta dragones amarillos y de cuatrocientos milicianos de Maribaron. Este segundo ejército quedó más destrozado que el primero. Tadeo, que iba en esta expedicion, volvió violentamente despechado y me juró que se vengaria de Bug-Jargal.„

Asomó una lágrima á los ojos de Delmar, cruzó los brazos sobre el pecho y pareció sumergirse durante algunos instantes en algun doloroso recuerdo; cuando se repuso, continuó de este modo:

—Llegó á nuestros oidos la noticia de que Bug-Jargal habia abandonado la Morne-Rouge, y que se dirigia con su tropa por los montes para reunirse con Biassou. Al saber esto el general exclamó lleno de alegría:—¡"Ya ha caido en nuestro poder!„ Al dia siguiente el ejército colonial estaba á una legua delante del Cabo: al ver que nos aproximábamos, los insurrectos abandonaron precipitadamente el puerto Margot y el fuerte Galifet. Las bandas se replegaron hácia las montañas; el general caminaba triunfante y proseguimos la marcha. Cada uno de nosotros, al pasar por aquellas llanuras áridas y desoladas, dirigia miradas tristes á los sitios donde estuvieron sus campos, sus habitaciones y sus riquezas. Al anochecer del tercer dia entramos en las gargantas del Gran-Rio. Se nos decia que los negros estaban en las montañas á veinte leguas de allí. Establecimos nuestro campamento en un sitio que indudablemente les habia servido para el mismo uso, y lo comprendimos así al verle tan despojado. Nuestra posicion no era muy ventajosa, pero estábamos tranquilos; circundaban y dominaban aquel llano por todas partes peñascos y riscos y espesos bosques. El Gran-Rio corria por detrás del campamento, y estrechado por las dos partes, era allí angosto y profundo. Sus orillas, bruscamente inclinadas, se erizaban con espesas matas de matorrales impenetrables á la vista. Durante su curso le ocultaban algunas veces guirnaldas de ramas llenas de flores, que saltaban de una orilla á otra y crecian de varios modos, formando sobre el rio un toldo de verdura. Un sordo murmullo ó alguna cerceta salvaje, que salia de repente de aquel toldo de verdura, revelaban que bajo de él corria el agua.

El sol dejó muy pronto de dorar la cima aguda de los lejanos montes de la Treille. Poco á poco iba oscureciéndose el campamento, hasta que solo turbaron su silencio los gritos de la grulla y los pasos mesurados de los centinelas.

De repente el temible canto del *Ona-Nassé* se oyó encima de nosotros; las palmeras y los cedros que coronaban las alturas de los peñascos se iluminaron con color rojizo, y las claridades lívidas del incendio nos permitieron ver en las cumbres vecinas numerosas bandadas de mulatos, cuyas fisonomías de cobre parecian rojas iluminadas por las lla-

mas. Eran las tropas de Biassou. Corríamos inminente peligro. Los jefes se despertaron sobresaltados; reunieron sus soldados con rapidez, la trompeta lanzó el toque de alarma y nuestras líneas se formaron tumultuosamente. Pero los negros, en vez de aprovecharse del desórden en que nos encontrábamos, nos miraban inmóviles y proseguian cantando el *Ona-Nassé*.

Un negro gigantesco apareció solo en el peñasco más alto que dominaba el Gran-Rio. Una pluma de color de fuego flotaba sobre su frente; tenia un hacha en la mano derecha y una bandera roja en la izquierda. Le conocí; era Pierrot. Si hubiera tenido á la mano una carabina, la rabia que se apoderó de mí quizás me hubiera hecho cometer una cobardía. El negro repitió el estribillo del *Ona-Nassé*, plantó la bandera en el peñasco, arrojó el hacha en nuestro campamento y se sumergió en las aguas del rio.

Entonces los negros lanzaron sobre nuestras columnas enormes pedazos de rocas, y una granizada de balas y de flechas cayó sobre el campamento. Nuestros soldados, furiosos por no poder alcanzar á los sitiadores, morian desesperándose, aplastados por las rocas ó heridos por las flechas. Horrible confusion reinaba en nuestro ejército. De repente se oyó un ruido en las aguas del Gran-Rio; en ellas pasaba una escena extraordinaria. Los dragones amarillos, á los que destrozaba el apedreo de los insurgentes, concibieron la idea de refugiarse, para escapar de esta persecucion, bajo la bóveda verde y flexible que cubria las aguas del rio. Tadeo fué el inventor de este plan.

—Sois muy amable, mi capitan.

Hacia un cuarto de hora que Tadeo, llevando el brazo con cabestrillo, se habia deslizado sin que nadie le viera hasta un rincon de la tienda de campaña, y sólo sus gestos expresaban la parte que tomaba en el relato de su amo, hasta el momento en que, creyendo que no debia pasar en silencio un elogio tan directo, para dar las gracias al capitan balbuceó estas palabras: *Sois muy amable, mi capitan.*

Estalló una risa general. Delmar, volviéndose hácia el sargento, le dijo con severidad:

—Cómo es que estais aquí, Tadeo? ¿Y el brazo?

Las facciones del veterano adquirieron aspecto melancólico; volvió la cabeza hácia atrás, como para detener una lágrima que iba á saltar de sus ojos, y dijo en voz muy baja:

—No creia nunca que mi capitan faltara al respeto á su antiguo sargento hasta el punto de hablarle de vos.

—Perdóname, querido amigo, exclamó Delmar. Me perdonas?

Entonces, contra su voluntad, saltaron dos lágrimas de los ojos del sargento.

—Esta es la tercera vez que lloro en mi vida, pero ahora es de alegría.

Concertada la paz, hubo un momento de pausa.

—Pero dime, Tadeo, ¿por qué has abandonado la ambulancia por venir aquí?

—Mi capitan, con vuestro permiso, he venido para preguntaros si debo poner mañana la mantilla con galones á vuestro caballo de batalla.

Henri se echó á reir.

—Más valiera, Tadeo, que hubiérais ido á preguntarle al cirujano mayor si será preciso poner mañana dos onzas de hilas en vuestro brazo herido.

—O á enteraros, añadió Filiberto, si podreis beber vino para refrescar la sangre. Mientras esperais saberlo, aquí teneis aguardiente, que os probará, bravo sargento.

Tadeo avanzó; hizo un saludo respetuoso, se escusó por tomar el vaso con la mano izquierda y brindó por la salud de la compañía. Animado por el aguardiente, dijo:

—Habeis llegado, mi capitan, al momento... sí... cuando fuí yo el que propuse meternos debajo de las ramas, por ver si evitábamos morir apedreados. Nuestro oficial, que no sabia nadar, temia ahogarse; esto era muy natural, y se oponia con todas sus fuerzas hasta que casi le aplastó un pedrusco, que cayó en el rio, y que no se hundió en él porque lo detuvieron las espesas matas. Entonces propuso que se siguiera mi ingeniosa idea, con la condicion de que yo habia de ser el primero que la ejecutase. Fuí; descendí á lo largo de la orilla, cogido de las ramas altas, cuando, mi capitan, sentí que me tiraban de una pierna. Debatiéndome y pidiendo socorro, recibí muchos sablazos; pero los dragones, que eran verdaderos diablos, se precipitaron tras de mí. Indudablemente los negros de la Morne-Rouge se habian escondido allí, ocurriéndoles antes que á mí la misma idea. Así es que gritábamos, jurábamos y nos batíamos. Como ellos iban desnudos estaban más alerta

que nosotros, pero nuestros golpes eran más certeros que los suyos. Nadábamos con un brazo y nos batíamos con el otro; no podíamos hacer otra cosa. Los que no sabian nadar se suspendian, cogiéndose con una mano de las ramas altas, y los negros les tiraban de las piernas. Entre aquella confusion divisé á un negro colosal que se defendia como un Belcebú contra ocho ó diez de mis camaradas. Nadé hácia él y ví que era Pierrot. Desde la toma del fuerte yo le aborrecia, y pude cogerle por el cuello; iba á librarse de mis manos dándome una puñalada, cuando fijó en mí sus miradas, y en vez de matarme, se rindió. ¡Fué una desgracia, mi capitan, porque si no se hubiera rendido!... En fin, para terminar, tan pronto como los negros vieron que habia caido prisionero, se arrojaron sobre nosotros para salvarle. Al ver que las milicias iban tambien á entrar en el agua para socorrernos, comprendiendo sin duda Pierrot que moririan allí todos los negros, dijo en voz alta algunas palabras en no sé qué gerigonza, que en cuanto las oyeron huyeron todos. Se sumergieron en el agua, desapareciendo instantáneamente. Esa batalla en el agua hubiera sido agradable si en ella no hubiera yo perdido un dedo, si no se me hubieran mojado diez cartuchos y si ese bravo... Pero lo que sucedió estaba sin duda escrito, mi capitan.

Delmar parecia agitado violentamente y exclamó:

—Sí; tienes razon, Tadeo; ¡aquella noche fué una noche fatal!

Pronunciadas estas palabras se hubiera quedado ensimismado, si sus compañeros no le hubiesen rogado repetidas veces que continuase el relato. Delmar siguió hablando así:

—Mientras sucedia la escena que acaba de referir Tadeo, habia yo conseguido, con la ayuda de algunos de mis soldados, trepar de matorral en matorral hasta un risco, llamado el pico de Paon, que estaba al nivel de las posesiones que ocupaban los negros. En cuanto abrí ese camino llegaron á aquella cumbre las milicias, y desde allí empezamos á hacer contínuo tiroteo de fusilería. Los negros, que estaban peor armados que nosotros, apenas respondian á nuestros disparos y empezaban á descorazonarse; nos encarnizamos contra ellos, y pronto los rebeldes evacuaron los peñascos más próximos, no sin lanzar en su fuga sus cadáveres sobre el resto de nuestro ejército, que estaba aun alineado en el campamento. Con troncos de palmeras y de otros árboles que cortamos establecimos puentes provisionales, y pasamos á las posesiones enemigas. Esta audacia nuestra, coronada con éxito feliz, acabó de abatir á los insurrectos. Seguíamos sosteniendo el fuego. Espantosos clamores, en los que sonaba el nombre de Bug-Jargal, resonaron de repente en el ejército de Biassou, del que se apoderó el pánico. Muchos negros de la Morne-Rouge aparecieron en los peñascos donde flotaba la bandera roja, la arrancaron de allí, y con ella se precipitaron en las aguas del Gran-Rio. Esto denotaba que habian perdido á su jefe.

Creció nuestra audacia hasta tal extremo, que resolví perseguir y desalojar espada en mano á los rebeldes de los peñascos que aun ocupaban. Pasé un puente y me arrojé contra ellos el primero para dar el ejemplo; iban á seguirme mis soldados, cuando uno de los rebeldes de un hachazo hizo saltar el puente en astillas. Los pedazos del tronco cortado cayeron al abismo, saltando de roca en roca, y produciendo al caer espantoso ruido. Volví la cabeza, y en aquel momento se apoderaron de mí seis ó siete negros, que me desarmaron.

Forcejeaba para desasirme de ellos, pero me ataron apretadamente, sin que les inquietaran las balas que los mios hacian llover sobre ellos. Dulcificó mi desesperacion el grito de victoria que oia á mi alrededor pocos momentos despues. Pronto los negros y los mulatos tumultuosamente huyeron por las rocas más escarpadas en completa derrota; los que me custodiaban les siguieron; el más vigoroso me llevó en brazos corriendo, saltando de breña en breña con la agilidad de un gamo. La claridad de las llamas de las hogueras dejó pronto de guiarle, y siguió caminando á la luz débil de la luna, pero caminaba con menos rapidez.

Despues de atravesar bosques y torrentes llegamos á un valle situado entre montañas, valle que me era completamente desconocido. En él se habian reunido ya parte de los rebeldes y establecido su campamento. El negro que me llevó hasta allí me desató los piés y me entregó á la custodia de algunos camaradas suyos, que me rodeaban. Era cerca del amanecer. El negro volvió con soldados bien armados, que se apoderaron de mí. Me figuré que iban á matarme y me preparé á morir con valor. Me condujeron á una gruta, que empezaban á

esclarecer los primeros rayos del sol Levante, y entramos en ella.

Entre dos filas de soldados mulatos ví sentado sobre un trono de bambú, cubierto con un tapiz de plumas de papagayo, á un negro erguido, cuyo traje era caprichoso. Un cinturon magnífico, del que pendia la cruz de San Luis, le servia para sostener su calzon rayado de paño burdo, y que era la única prenda con que iba vestido. Llevaba botas grises, sombrero redondo y charreteras, una de oro y otra de lana azul. Tenia al alcance de su mano un sable y dos pistolas. Era de estatura mediana. En su fisonomía se leian el disimulo y la crueldad. Mandó que me acercara y me estuvo contemplando algun tiempo en silencio. En seguida se sonrió como mofándose.

—Soy Biassou, me dijo.

Al oir este nombre me extremecí interiormente, pero mi semblante continuó tranquilo y nada le respondí.

—Me pareces un valiente, continuó diciéndome en mal francés; pues bien, escucha lo que voy á decirte. ¿Eres criollo?

—No; soy francés.

Mi tono seguro le hizo fruncir el entrecejo, y replicó, sonriéndose siempre:

—Tanto mejor! Tu uniforme me indica que eres oficial. Qué edad tienes?

—Diez y siete años.

—Cuándo los has cumplido?

—El dia en que ahorcaron á tu compañero Leogri.

La cólera desfiguró su rostro; pero refrenándola, continuó diciéndome:

—Hace veinte dias que ahorcaron á Leogri, y tú le dirás de mi parte que has vivido veintiun dias más que él. Esperando que llegue ese momento te doy á escoger, ó estar preso aquí, ó darme la palabra de que volverás esta tarde, dos horas antes de ponerse el sol, para llevar mi mensaje á Leogri. Tengo fé en tu palabra porque eres francés.

Casi quedé reconocido á la libertad que me daba durante algunas horas, por un refinamiento de crueldad, por hacerme sentir más el abandonar la vida. Le dí mi palabra de cumplir lo que me exigia. Mandó que me desataran y que me dejaran libre.

Empecé por vagar por el campamento, y aunque sumido en negras reflexiones, me hizo sonreir la estúpida vanidad de los negros, que iban todos cargados con ornamentos militares y sacerdotales, de los que habian despojado á sus víctimas. Pasaban el tiempo en una inaccion desconocida para nuestros soldados. La mayor parte de ellos dormian acostados al sol y teniendo la cabeza cerca de una hoguera encendida; otros, hostigados por sus antiguas supersticiones, aplicaban sobre sus recientes heridas piedras de sus fetiches, fajándolas. Todos me miraban con gesto amenazador.

Condenado á una muerte segura, concebí la idea de ascender á alguna elevada cima, para ver por última vez los sitios inolvidables donde pasé mi infancia, y salí del valle y empecé á trepar por la primera montaña que se me presentó. Muy pronto espesos macizos de verdura me impidieron ver el campamento. Me senté, y multitud de ideas tristes se sucedieron tumultuosamente en mi imaginacion. Indudablemente me esperaba una muerte cruel; debia perder toda esperanza de salvarme. El horizonte de mi vida solo ocupaba el espacio de algunas horas; casi no existian para mí el presente y el porvenir; quise borrar estos tristes pensamientos con los recuerdos de tiempos más dichosos, y pensé en Pierrot, en los dias de mi inocencia y de mi juventud, en los que mi corazon se abria al afecto de la amistad; pero la idea de la traicion del esclavo me destrozó el angustiado corazon, y agriado por la desgracia, maldije al ingrato, al que atribuí la culpa, y la certidumbre de que habia muerto conseguia tranquilizarme.

Embebido estaba en estas ideas, cuando la armonía de un canto conocido llegó hasta mí y me hizo extremecer una voz varonil, que cantaba: *Yo, que soy contrabandista.* Era la voz de Pierrot. Un dogo vino corriendo á echarse á mis piés; era Rask. Creí estar soñando. El ardor de la venganza me agitó, pero la sorpresa me dejó inmóvil. De entre la espesura de los árboles ví salir á Pierrot. Vino alegre hasta mí, tendiéndome los brazos. Me aparté de él con desprecio. Al ver mi accion inclinó la cabeza sobre el pecho y me dijo:

—Hermano, has olvidado tu promesa?

La cólera me volvió el uso de la palabra, y le grité:

—Mónstruo, asesino de mi tio, ¿todavía te atreves á llamarme hermano? ¡No te acerques á mí!

Involuntariamente llevé la mano á la cintura buscando la espada. Este movimiento le afectó, y conmovido, pero con ternura, me dijo:

—No, no me acercaré. Eres desgra-

ciado y te compadezco, y me ódias, cuando soy más digno de compasion que tú.

Una señal que le hice con la mano le indicó el punto donde estaban nuestras propiedades y nuestras plantaciones, que consumió el incendio; comprendió este reproche mudo, y mirándome con aspecto sombrío, me replicó:

—Has perdido mucho, es cierto; pero créeme, yo he perdido más que tú.

—He perdido mucho, repuse con indignacion; ¿pero quién me lo hizo perder? ¿Quién saqueó nuestras casas, quién incendió nuestras cosechas, quién asesinó á nuestros amigos y á nuestros compatriotas?...

—No he sido yo; fueron los mios. Un dia te referí que los tuyos me habian causado mucho daño; me contestaste que tú no; lo mismo te contesto yo ahora.

Volvió á aparecer la alegría en su semblante: esperaba que yo le abrazara; pero continué inmóvil y mudo.

—Puedo ahora llamarte ya hermano?

Mi cólera volvió á adquirir toda su violencia, y exclamé:

—Ingrato! ¿Todavía te atreves á recordarme aquellos tiempos?

Dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos.

—No soy ingrato, murmuró.

—¿Dime entonces qué hiciste de mi tio? Dónde está su hijo?

Despues de un momento de silencio exclamó, moviendo lentamente la cabeza:

—¡Sí; dudas de mí; apenas lo puedo creer! ¡Te figuras que soy un bandido, un asesino, un ingrato! Tu tio vive y su hijo tambien. ¿No sabes por qué vengo aquí?... Adios!... vámonos, Rask.

Rask se levantó. El negro, antes de separarse de mí, se paró, contemplándome con pesar y con tristeza.

Aquel hombre extraordinario operó en mí una revolucion cuando pronunció las últimas palabras; temí haberle juzgado con ligereza y no acabar de comprenderle. Todo en él me asombraba; creí que habia muerto y se me aparecia lleno de vigor y de salud. Si mi tio y su hijo vivian, comprendia que tenia razon para decirme que no era ingrato.

Levanté la vista y ví que aun estaba allí; Rask nos miraba á los dos con aire inquieto. Pierrot lanzó un profundo suspiro y dió algunos pasos para marcharse.

—Quédate, le dije, haciendo un esfuerzo.

Pierrot se detuvo.

—Volveré á ver á mi tio? le pregunté con débil voz.

Volvió á nublarse su fisonomía y me contestó:

—Si dudas de mí, no debo permanecer á tu lado.

—No, grité entonces, subyugado por el ascendiente que sobre mí tenia aquel hombre: no dudo de tí; serás siempre mi hermano y mi amigo, y te agradezco que mi tio viva.

El rostro de Pierrot conservó una ruda expresion, que me sorprendió; parecia que estaba sufriendo violentos combates; avanzó algunos pasos hácia mí y en seguida retrocedió; abrió los labios para hablar, y las palabras espiraron en su garganta; pero este momento fué rápido; en seguida se echó en mis brazos.

—Hermano, tengo confianza en tí.

Despues de una corta pausa, Pierrot me dijo:

—Eres bueno, pero la desgracia te hizo ser injusto.

—He vuelto á encontrar á mi hermano; ya no soy desgraciado.

—Lo eres todavía, pero quizás muy pronto no lo serás; yo lo seré siempre.

La alegría, que habian hecho brillar en su rostro los primeros transportes de la amistad, se desvaneció.

—Escucha, me dijo con acento glacial. Mi padre era rey en el pais de Gamboa. Llegaron allí europeos, de los que aprendió conocimientos útiles, y estos conocimientos le perdieron. El jefe de esos europeos era un capitan español. Prometió á mi padre Estados más vastos que los suyos y mujeres blancas, y mi padre le siguió con toda su familia; esos europeos nos vendieron.

La emocion hizo que Pierrot suspendiera su relato, y despues de una corta pausa, sin que al parecer se dirigiera á mí, continuó de este modo:

—El que era dueño del pais de Gamboa fué siervo de un señor y su hijo fué sumido en la esclavitud en la isla de Santo Domingo. Separaron al leon jóven de su anciano padre para domarles con más facilidad. Robaron la jóven esposa al esposo, para sacar de ella más provecho, uniéndola con otros. Los niños buscaron inútilmente á la madre que les habia alimentado y al padre que los hacia nadar en los torrentes. Solo encontraron ya á bárbaros y á tiranos que los hacian acostarse entre los perros. ¿Comprendes, hermano mio, todo el horror de lo que te estoy refiriendo? Fuí vendido á diferentes dueños, como una

bestia de carga. ¿Recuerdas el dia en que mataron á Ogé? Ese dia volví á ver á mi padre. Prostituyeron mi madre á los blancos; murió, y murió pidiéndome que la vengase. Los mios me suplicaban sin cesar que les libertase de la esclavitud y que les vengara. Por medio de Rask recibia sus mensajes, pero no podia realizar sus deseos, estando como estaba encerrado en el calabozo donde me sumió tu tio. El dia en que obtuviste mi perdon me escapé para arrancar mis hijos del poder de un dueño feroz; cuando llegué, el más jóven de los nietos del rey de Gamboa acababa de espirar, víctima de los latigazos con que le habia castigado un blanco. Los otros le habian precedido en la tumba.

Interrumpiéndose bruscamente Pierrot, me preguntó con frialdad:

—¿Qué hubieras hecho tú, hermano mio?

Su deplorable historia me horrorizó y respondí á su pregunta con un gesto amenazador. Comprendiéndome, se sonrió con tristeza y continuó:

—Los esclavos se sublevaron contra su dueño y le castigaron por haber muerto á mis hijos. Despues me eligieron por jefe. Ya conoces las desgracias que ocasionó nuestra rebelion. Supe que los de tu tio se disponian á seguir nuestro ejemplo, y llegué al Acul la noche en que estalló la insurreccion. Tú estabas ausente. Los negros habian incendiado ya las plantaciones. No pude calmar su furor, porque ellos creian vengarme incendiando las propiedades de tu tio, pero al menos pude salvar á tu familia. Penetré en el fuerte por la abertura que yo habia practicado. Confié tus parientes á algunos negros fieles, que encargué que los escoltaran hasta llegar á la ciudad del Cabo. Tu tio no pudo seguirles; habia ido á la casa que estaba ardiendo para sacar de ella á su hijo más pequeño. Los negros iban á matarle; pero me presenté yo en aquel momento y les dije que de tu tio queria vengarme yo por mis propias manos, y entonces se fueron de allí. Tomé en brazos á tu tio, confié el niño á Rask, y deposité á los dos en una caverna aislada y que yo solo conocia. Hermano mio, este es el crímen que cometí.

Agradecido y arrepentido de las frases injuriosas que antes le dije, quise echarme á los piés de Pierrot, pero él lo impidió.

—Ahora ven conmigo, dijo un momento despues, cogiéndome de la mano.

—Dónde me llevas? le pregunté sorprendido.

—Al campamento de los blancos, me respondió. No podemos perder ni un momento; diez cabezas responden de la mia. Podemos ir de prisa, ya que tú eres libre, y debemos apresurarnos, porque yo no lo soy.

Estas palabras me asombraron, y le pedí que me las explicara, porque no las comprendia.

—¿No has oido decir que estaba prisionero Bug-Jargal?

—Sí; ¿pero qué tienes tú que ver con Bug-Jargal.

—Bug-Jargal soy yo.

Estaba acostumbrado, por decirlo así, á las sorpresas respecto á este hombre. Hacia poco que me habia asombrado ver transformarse el esclavo Pierrot en el hijo del rey de Gamboa; pero mi admiracion llegó á su colmo al saber que era el terrible y generoso Bug-Jargal, el jefe de la Morne-Rouge.

Me pareció que no notaba la impresion que me habian producido sus últimas palabras.

—Me dijeron, repuso, que habíais caido prisionero en el campamento de Biassou, y venia á libertarte.

—¿Por qué no me dijiste en seguida que no eras libre?

—Escucha. Esta mañana, estando preso en tu campamento, oí decir que Biassou habia manifestado su intencion de dar la muerte antes de ponerse el sol á un preso llamado Delmar, y supe tambien al mismo tiempo que mi ejecucion seguiria á la tuya. En el caso de que me evadiera, diez de mis compañeros tenian que responder por mí. Debes comprender, pues, que tengo mucha prisa.

—Luego te has escapado?

—¿Si no me hubiera escapado cómo estaria aquí? Tenia el deber de salvarte porque te era deudor de la vida.

—Has hablado acaso con Biassou? le pregunté.

—No; Rask me ha conducido hasta aquí, y ví con alegría que no estabas preso. Ahora sígueme. Biassou es pérfido; no es negro, es mulato. Vamos, hermano mio, que el tiempo apremia.

—Bug-Jargal, le contesté, vuelve solo al campamento, pues yo no te puedo seguir.

Doloroso asombro se pintó en las facciones de Pierrot, que le hizo exclamar:

—Qué dices!

—Que tambien soy prisionero; que he prometido á Biassou no escaparme.

—Se lo has prometido? exclamó con sombrío acento.

—Se lo he prometido.

Pierrot quedó pensativo. Despues de una corta pausa me señaló un risco, cuya cumbre dominaba todo el paisaje que teníamos á la vista.

—Hermano mio, fíjate en aquella roca: cuando la señal de tu muerte aparezca en ella, le seguirá inmediatamente la mia. Adios!

Se internó en el bosque y desapareció con su perro. Quedé solo. Era inexplicable para mí el sentido de sus últimas palabras. Profundamente me habia enternecido esta entrevista. Mis sensaciones eran tan singulares, como el hombre que acababa de separarse de mí para siempre. La vida entonces me era tan indiferente como á él, y la idea de que mi muerte empujaria la suya me era insoportable. Tenia un motivo más de desesperacion, y esto no obstante, en cierto modo me sentia consolado. Permanecí largo tiempo sentado en el mismo punto, abismado en mis reflexiones y confundido por la admirable generosidad del esclavo.

Entre tanto el sol descendia lentamente hácia el ocaso, y la prolongada sombra que proyectaban las palmeras me advirtió que era ya hora de volver al campamento de Biassou. Cuando entré en su gruta se ocupaba en hacer funcionar los resortes de algunos instrumentos de tortura que le rodeaban. El ruido que produjeron sus guardias al introducirme le hizo volver la cabeza hácia mí. No le extrañó mi presencia.

—Ves este instrumento? me dijo enseñándome un horrible aparato.

Permanecí tranquilo. Conocia su crueldad, y estaba determinado á sufrirla sin temblar.

—¿No es verdad que Leogri debe creerse feliz por haber sido ahorcado nada más?

Le miré sin responderle, permaneciendo frio y desdeñoso.

—Me parece, me contestó rechazando con el pié los instrumentos de tortura, que te familiarizas con ellos. Mal me sabe, pero te prevengo que no tengo tiempo para probarlos contigo. Ocupo peligrosa posicion y debo abandonarla.

Sonriendo siempre me señaló con el dedo una bandera grande y negra que habia en un rincon de la gruta.

—Hé aquí la bandera que debe advertir á los tuyos que llegó el momento de que puedan entregar tu charretera á tu subteniente. ¿Qué te han parecido estos alrededores?

—He notado que hay en ellos bastantes árboles para colgar á tí y á todos los tuyos, le contesté con frialdad.

—Pues bien, me replicó siempre sonriéndose, hay un sitio que indudablemente tú no has visto y que yo quiero que conozcas. Adios, jóven capitan; dá las buenas noches á Leogri.

Hizo una señal, me volvió las espaldas y sus guardias me sacaron de allí.

Caminaba entre ellos sin hacer la menor resistencia, porque hubiera sido inútil. Ascendimos á la cumbre de un monte situado al Oeste del valle, en el que descansamos un instante. Dirigí mis últimas miradas al mar, que se veia á lo lejos, enrojecido por los últimos resplandores del sol poniente.

Mis guias echaron á andar y yo les seguí. Descendimos á un pequeño valle, cuyo aspecto me hubiera encantado en otras circunstancias. Caminábamos á lo largo de un sendero trazado á las orillas de un torrente, y me sorprendió ver que ese sendero desembocaba bruscamente al pié de un peñasco cortado á pico, debajo del que habia una abertura en forma de arco, por la que se escapaba el torrente. Sordo ruido y viento impetuoso salian por aquella abertura. Los negros se dirigieron hácia la izquierda y trepamos por la roca siguiendo un camino tortuoso y desigual, que parecia que habian formado allí las aguas de un torrente, seco ya mucho tiempo.

Se presentó á nuestra vista una bóveda medio obstruida por las zarzas y por las enredaderas salvajes que allí crecian. Un ruido, parecido al anterior, se oia debajo de aquella bóveda. Los negros me llevaron hasta allí. Ibamos avanzando por debajo de ella en la oscuridad. El ruido cada vez era más fuerte y no dejaba oir ni nuestros propios pasos; sospeché que lo producia alguna caida de agua, y no me equivoqué. Despues de diez minutos de marcha en la oscuridad llegamos á una especie de plataforma, formada por la naturaleza en el centro mismo de la montaña; la mayor parte de esta plataforma semicircular la cubria el torrente que saltaba de las venas del monte, produciendo ruido espantoso. Sobre aquella sala subterránea la bóveda formaba una especie de cúpula tapizada de hiedra, de color amarillento. En medio de la cúpula

habia una abertura, por la que penetraba la luz, y cuyo borde coronaban arbustos verdes, que doraban en aquel momento los rayos del sol. A la extremidad del Norte de la plataforma el torrente se perdia, cayendo con extrépito en el abismo, en cuyo fondo parecia que flotaba, sin conseguir penetrar allí, el vago fulgor que descendia de la abertura.

El único objeto que se distinguia en el abismo era un árbol viejo que echaba raices en las rocas, algunos piés más abajo de la orilla, y con tan poca hojarasca, que se podia conocer la especie á que pertenecia. Este árbol ofrecia un fenómeno singular; la humedad que impregnaba sus raices le impedia morir, y la violencia de la catarata le despojaba sucesivamente de sus ramas nuevas y le obligaba á conservar eternamente las ramas viejas.

Los negros se pararon al llegar á este sitio terrible. Comprendí que allí debia yo morir. Empezaron silenciosamente á atarme con cuerdas que llevaban, cuando creí oir los lejanos ladridos de un perro, aunque comprendia que podia producirme esa ilusion el ruido de la cascada.

Los negros acabaron de atarme y me acercaron hácia el abismo donde me iban á arrojar. Levanté los ojos hácia la abertura para ver por última vez un pedazo de cielo, y en aquel momento oí un ladrido más fuerte y más próximo, y ví que la enorme cabeza de Rask pasaba por la abertura. Quedé extremecido. Los negros se preparaban á lanzarme al abismo, cuando oí cerca que gritó una voz tonante, que decia:

—Compañeros!

Todos los negros levantaron la cabeza hácia la abertura y vimos que aparecia en ella Bug-Jargal, cuya pluma roja le flotaba sobre la cabeza.

—Camaradas, deteneos!

Los negros se quedaron inmóviles.

—Yo soy Bug-Jargal, exclamó Pierrot.

Los negros inclinaron al suelo las frentes y prorumpieron en gritos, cuyo significado era imposible comprender.

—Desatad al prisionero, les dijo el jefe.

En un instante me ví libre. Pierrot continuó diciendo:

—Hermanos mios, volved al campamento y decid á Biassou que este prisionero salvó la vida á Bug-Jargal, y que Bug-Jargal quiere que este prisionero viva. Id y decidle que no desplegue la bandera negra.

En cuanto pronunció estas palabras arrojó su pluma roja en medio de ellos. El jefe del destacamento la tomó y los negros salieron de allí sin proferir ni una sola palabra.

No trataré de describiros la situacion en que se encontraba mi espíritu. Fijé la vista en Pierrot, que me contemplaba con singular expresion. Le eché los brazos al cuello y permanecimos un largo rato abrazados y mudos.

—Escucha, hermano mio, dijo el negro despues de una larga pausa; mi muerte ó la de diez de mis compañeros debian seguir á la tuya, pero Biassou no desplegará ya la bandera negra. Vivirás y yo tambien.

La sorpresa y la alegría me impidieron responderle; me tendió la mano, preguntándome si estaba satisfecho de él. Recobré el uso de la palabra, le abracé y le invité á vivir en lo sucesivo conmigo, prometiéndole obtener para él un grado en el ejército de la colonia. Pierrot me interrumpió con rudeza, diciéndome:

—Hermano mio, nunca te propondria yo que vinieses á servir entre los mios.

Despues añadió con alegría:

—Vamos, quieres venir á ver á tu tio?

Entonces le atestigüé el gran deseo que tenia de ir á consolar al pobre anciano. Me cogió de la mano y empezamos á andar. Rask nos seguia...

Al llegar á este punto de su relato, Delmar guardó silencio; gruesas gotas de sudor caian de su frente. Lanzó sombría mirada á su alrededor y se cubrió el rostro con la mano. Rask le miraba con inquietud.

—Sí, dijo; así me mirabas entonces...

Un instante despues se levantó violentamente agitado y salió de la tienda de campaña. El sargento y el dogo le siguieron.

—Apostaria cualquier cosa, exclamó Henri, que nos acercamos á la catásfrofe.

Filiberto, quitándose de los labios el cuello de una botella, añadió:

—Verdaderamente sentiria que le sucediera alguna desgracia á Bug-Jargal. Es un negro simpático!

Alfredo, que estaba pensando en una cancion que habia de tocar en la guitarra, dijo:

—Ese negro me interesa mucho.

—Biassou es mucho más notable, replicó el mayor. A lo menos ese hombre conocia la nobleza de los franceses. Con-

fieso que mis acreedores son más implacables que Biassou.

—Mayor, aquí teneis los cuatro luises que os debo, exclamó Henri, arrojando su bolsa á Berval, y prosiguió diciendo: —Confieso que lo que más me ha divertido durante la relacion de Delmar, ha sido ver que su perro cojo levantaba la cabeza cada vez que oia pronunciar el nombre de Bug-Jargal.

—Precisamente hacia lo contrario, dijo interrumpiéndole Filiberto, que las viejas devotas de Celavas, cada vez que el predicador pronunciaba el nombre de Jesús. Entraba yo en la iglesia con una docena de coraceros...

El ruido que produjo el fusil del soldado que estaba de centinela advirtió á los oficiales que Delmar volvia á entrar en la tienda de campaña. Todo el mundo guardó silencio. El capitan paseó durante algunos minutos con los brazos cruzados. El sargento Tadeo, que estaba sentado en un rincon, le observaba á hurtadillas, y acariciaba á Rask para que el capitan no se apercibiese de su inquietud.

—Rask nos seguia, dijo Delmar continuando el relato. Iba ya oscureciendo, y de pronto vimos un rápido fulgor, que brilló y pasó. El negro se extremeció y me estrechó fuertemente la mano.

—Escucha, me dijo.

Ruido sordo, semejante á la descarga de una pieza de artillería, se oyó en los valles, cuyo ruido el eco fué prolongando.

—Esa es la señal! exclamó con voz sombría; no es un cañonazo?

Hice con la cabeza una señal afirmativa. En dos saltos se encaramó á la roca más elevada; yo le seguí; cruzóse de brazos y sonriéndose tristemente,

—Mira, me dijo.

Miré hácia la parte que me indicaba y ví en el risco que me enseñó por la mañana, que estaba iluminado aun por los últimos resplandores del sol, clavada una bandera grande y negra.

Al llegar aquí Delmar hizo una pausa; luego añadió:

—Despues supe que Biassou, viéndose obligado á partir y creyéndome ya muerto, hizo enarbolar el estandarte antes que regresase el destacamento que debia haberme ejecutado.

Bug-Jargal continuaba de pié sobre el peñasco, con los brazos cruzados y contemplando la lúgubre bandera. De repente volvióse con viveza hácia mí, dió algunos pasos, como para descender de la roca, y exclamó:

—Dios mio! ¡y mis desgraciados compañeros! Oiste ese cañonazo? Pues, hermano mio, esa es la señal de conducirlos á la muerte.

Dejó caer sobre el pecho la abatida cabeza, se me acercó y me dijo:

—Anda á ver á tu tio; Rask te conducirá hasta él.

Diciendo esto lanzó silbido extraño, que hizo que el perro moviese la cola y que volviera la cabeza hácia un punto determinado del valle.

Bug-Jargal me estrechó la mano, se esforzó por sonreirse, pero su sonrisa era convulsiva.

—Adios! me dijo con expresion singular, y se perdió rápidamente por entre los espesos árboles que nos rodeaban.

Rask, al ver desaparecer á su amo, avanzó todo lo más que pudo por los peñascos y sacudió la cabeza, lanzando lastimero aullido. Despues vino hácia mí, me miró con inquietud, volvió otra vez al sitio de donde partió su dueño y dió varios ladridos. Le comprendí, y empecé á seguir el mismo camino que Pierrot, y entonces el perro partió como un rayo siguiendo las huellas de Bug-Jargal. Pronto lo hubiera perdido de vista, aunque corria todo lo que pude, si de vez en cuando él no se hubiera parado para que yo tuviera tiempo de alcanzarle. Atravesamos muchos valles, franqueamos colinas y montañas llenas de bosques, y al fin...

Al llegar aquí la voz del capitan se apagó; se inmutaron todas sus facciones y apenas pudo articular estas palabras:

—Prosigue, Tadeo, que no tengo fuerzas para continuar.

El sargento no estaba menos conmovido que el capitan, pero como debia obedecerle, haciendo un esfuerzo dijo:

—Con vuestro permiso... ya que lo desea mi capitan, debo deciros, señores, que aunque Bug-Jargal, alias Pierrot, fuese un gran negro, cariñoso, fuerte y valiente, el más bravo del mundo, despues de vosotros, señores, no por eso estaba yo menos encolerizado con él, y esto no me lo perdonaré jamás, aunque mi capitan me lo haya perdonado. Tan cierto es esto, que cuando oí decir que moriria aquella tarde mi capitan, me puse colérico y furioso contra aquel hombre, y con maligno placer le anuncié que moriria al mismo tiempo que vos; que no tuviera que escaparse, por-

que si se escapaba, perderian por él la vida diez de los suyos. No contestó nada, y una hora despues se evadió. Cuando vimos enarbolada la bandera negra, como él no habia regresado al campamento, disparamos el cañonazo, y yo fuí el encargado de conducir á los diez negros al pié del pilar del Gran Diablo, que está bastante separado del campamento. En fin, para abreviar, diré que cuando llegamos allí los hice atar, como se acostumbra en estos casos, y estaba organizando mis pelotones, cuando ví aparecer en el bosque inmediato al negro colosal, que llegó hasta mí lleno de sudor y jadeante.

—Gracias á Dios que llego á tiempo! Aquí me teneis, Tadeo.

Esto me dijo, señores, y en seguida fué á desatar á sus compañeros. Me quedé estupefacto. Entonces, con vuestro permiso, mi capitan, se entabló allí un combate de generosidad entre los negros y él, que duró mucho tiempo, y que me arrepiento de haber hecho cesar. Por fin ocupó el sitio que ocupaban sus compañeros. En aquel momento su noble perro, el pobre Rask, llegó y me saltó al cuello, que debia habérmelo apretado mucho más. Pero Pierrot le hizo una señal y el pobre dogo me soltó. Entonces... os creia muerto, mi capitan... yo estaba furioso... y dí la voz de fuego... Bug-Jargal cayó, y una bala rompió una pata al perro, que estaba tendido á los piés de su dueño. Desde entonces, señores—y el sargento movia tristemente la cabeza,—desde entonces, señores, el perro está cojo. Oí gemidos en el bosque inmediato; fuí hácia allí y os encontré, mi capitan, y ví que os alcanzó una bala cuando corríais para salvar á Pierriot. Gemíais, mi capitan, pero era porque llorábais su muerte. Sin embargo, señores, Bug-Jargal no habia espirado. Le llevaron al campamento. Pero estaba herido más gravemente que vos, mi capitan, porque vos os curásteis y él no vivió más...

El sargento calló. Delmar dijo con voz sorda y lenta:

—Más que hasta el dia siguiente.

Tadeo inclinó la cabeza.

—El me salvó la vida y yo le maté!

FIN DE EL PRIMITIVO BUG-JARGAL.

ARTÍCULOS CRÍTICOS.

LALLA-ROUKH.

Poema de Tomás Moore.

La doctrina del ateismo, si no puede matar el alma, que es inmortal, puede matar la imaginacion; y todas las religiones, por el contrario, son esencialmente poéticas. Bajo este aspecto, como bajo todos los demás, el cristianismo lleva ventajas á los otros cultos; pero no pretendemos establecer paralelo alguno entre la religion eterna y las idolatrías efímeras que se conocen en el mundo: solo pretendemos hablar de ella generalizando. Puede notarse tambien que el carácter de la poesía varía en los pueblos segun el génio de sus religiones, como el génio de las religiones humanas cambia con los climas. Odin creó á los escaldas, Júpiter inspiró á Homero; se encuentran las huellas de su creencia en las estancias voluptuosas de Horacio y de Anacreonte, lo mismo que en las máximas cadenciosas de Hafiz y de Saadi; y el caraibo que baila alrededor de su sangriento ídolo le dirige un himno bárbaro, como la vírgen india eleva un cántico de amor á su hechicero Camadeva.

Sobre todo en el Oriente es donde se deja sentir la influencia del clima en la religion y la de la religion en la poesía, y esto es, si no nos equivocamos, lo que consigue dar á la literatura oriental el original color que los occidentales tantas veces han intentado en vano imitar. En nuestros dias, el escritor que tradujo á Anacreonte y que compuso baladas irlandesas, no satisfecho aun con este doble triunfo, pretende además ocupar un sitio entre los poetas orientales; no conocemos bastante á fondo á los autores árabes, persas ó indios, para decidir si la obra de Tomás Moore puede compararse con las suyas; pero sí que opinamos que *Lalla-Roukh*, á pesar de sus numerosos defectos, encierra bastantes bellezas para asegurar á su autor un sitio distinguido entre los literatos europeos.

La fábula de *Lalla·Roukh* es de sencillez oriental. Lalla-Roukh, hija de Aurengseb, es la prometida esposa del rey de Buchairie; al conducirla al pais de éste se enamora por el camino de Jeramorz, poeta que le envió su futuro esposo para entretenerla durante el fastidio del viaje, y al fin se descubre que ese poeta es el mismo rey. Los poemas de Jeramorz, como los cuentos de Scheherazade en las *Mil y una noches*, constituyen realmente el fondo de la obra; sus propias aventuras sirven de marco á los diferentes cuadros que pone sucesivamente á la vista de la princesa. *Lalla-Roukh* solo es una série de episodios, unidos con un hilo comun, pero que no están atados á una accion principal. Preciso es confesar que si los poemas de Jeramorz ofrecieran menos interés, la contextura de esta obra no daria una gran idea del génio inventivo de Tomás Moore. Sin embargo, la frescura de su imaginacion y el conocimiento profundo que tiene de las pasiones han proporcionado á su autor un gran éxito, contra el que no protestaremos, porque siempre hemos sido admiradores de esas dos preciosas cualidades.

De las cinco historias que cuenta Jeramorz, si la de la *Peri* es la más ingeniosa, la de los *Guebros* y la del *Profeta velado* son las más interesantes. Como este libro llega á manos de todo el mundo, nos creemos dispensados de analizar esos dos bellos problemas. Cremos, sin embargo, que no hubiera sido ocioso en-

contrar en esta obra, respecto al misterioso impostor de Khorassan, algunos detalles que la historia no ha recogido y que quizá no hubiera sido inútil recordar en pocas palabras. Estos detalles hubieran aclarado ciertos pasajes oscuros y hubieran disipado la vaguedad de las narraciones de Jeramorz y la ignorancia que tenemos generalmente de esa parte curiosa de la historia del Asia.

El hombre que durante tanto tiempo consiguió pasar por dios en la provincia de Khorassan, fué al principio notario de la cancillería de Abou Moslem, gobernador de Khorassan durante el califato de Almanzor, y segun dice el autor de *Lobbtarikh*, se llamaba Hakem-ben-Hassem. En el reinado del califa Mahadi, tercer Abbassida (hácia el año 160 de la Hegira), fué soldado y llegó á capitan y á jefe de secta. La cicatriz que le quedó de la herida de una flecha le dejó el rostro repugnante, y por eso se lo cubria con un velo y le llamaban Burcai, que quiere decir *velado*. Sus adoradores estaban convencidos de que cubria su faz con un velo porque la vista humana no podia resistir su esplendor fulgurante. Khondemir, que en este punto está acorde con Schahnah en llamarle Hakem-ben-Atha, le llama tambien Mocanná (que quiere decir *enmascarado* en árabe), y pretende que llevaba una mascarilla de oro. Obsérvemos de paso que Tomás Moore, adoptando para nombrar á su profeta la denominacion de Mocanná, le ha cambiado la mascarilla de oro por un velo de plata. Encontramos en Abou-Giafar-Al-Thabari una exposicion de su doctrina, que no describiremos, porque está desarrollada en la obra de Moore.

La rebelion de dicho impostor de dia en dia iba haciendo más prosélitos: Mahadi envió contra él al emir Abusaid, que desafió al profeta velado, le echó de Merou y le obligó á encerrarse en Nekhscheb, poblacion donde nació y donde debia morir. Al verse sitiado el impostor, reanimó el valor de su ejército fanático, obrando milagros increibles: hacia salir todas las noches del fondo de un pozo un globo luminoso, que iluminaba muchas leguas á la redonda. Cuando se vió perdido, envenenó en un banquete á los seides que le quedaban, y con la idea de que creyeran que se remontaba al cielo, él mismo se sumergió en una cubeta llena de materias corrosivas. Ben Schahnah asegura que sus cabellos sobrenadaron y que no se consumieron. Dice además que una de sus mujeres, que se habia escondido para no ser envenenada, sobrevivió á la destruccion de su ejército y abrió á Abusaid las puertas de Nekhscheb. Tomás Moore saca gran partido de esta última circunstancia, que indudablemente conocia.

El estilo de *Lalla-Roukh* se presta al elogio y á la crítica. Puede vituperarse en él con justo motivo el abuso de las metáforas, la vaguedad de la expresion y la profusion de fórmulas interrogativas y exclamativas. Por otra parte, estos defectos están compensados con la variedad de las figuras, con el brillo del colorido, con la gracia ó con la energía de los retratos y con la variedad del color local, que dota hasta las mismas imperfecciones de encanto mágico.

No examinaremos hasta qué punto puede justificarse la comparacion que han pretendido establecer entre Tomás Moore y Walter Scott, porque nosotros creemos muy superior al poeta irlandés. Si la poesía de Tomás Moore disgusta á algunos campeones del clasicismo, por lo menos tiene la ventaja de que por sus formas vagas se escapará á su crítica; como esos huéspedes fantásticos del Elíseo pagano, que herian la vista, pero se escapaban á las manos que querian cogerlos.

SAUL

Tragedia de Alejandro Soumet.

(Carta dirigida al redactor del *Moniteur*.)

En estos momentos en que la atencion pública está escitada tan vivamente por el ruidoso triunfo que acaba de conseguir Alejandro Soumet, permitidme que os hable de una de sus dos hermosas tragedias, de la que ha sido diversamente juzgada, de *Saul*, sobre la que habeis publicado un erudito y mesurado artículo. Consagraré esta carta principalmente á hacer notar el error grave y extraño en que han incurrido, segun mi opinion, todos los críticos que se han ocupado de esta obra; error que hasta cierto punto vos habeis insinuado y yo deseo combatir. Pasaré en silencio los ataques malévolos que han dirigido á M. Soumet los diarios grandes y pequeños de un partido que es anti-poético, porque es anti-religioso y anti-social. Me dirijo únicamente á los hombres de buena fé y de conciencia, sin consultar otro

interés que el de la verdad y el de la literatura, menos con la intencion de ilustrar que con la esperanza de ser ilustrado.

Admirando la novedad y la grandeza del drama *Saul*, he pasado mucho tiempo estudiándolo y meditándolo, y tengo que confesar que mi opinion no se aviene con la de los críticos, que aunque admiran la pureza constante é irreprochable del estilo del drama, encuentran que su concepcion y su desarrollo constituyen su lado débil. Nadie me aventaja en deseos de hacer justicia á la poesía de *Saul*, á su estilo, que participa de todos los matices del pensamiento y de todo el colorido de la Biblia, que así se plega á las blasfemias infernales de la Pitonisa y de Saul, como á las plegarias angélicas de David y de Michol; en una palabra, que parece magnífico porque es verdadero; pero no me detengo aquí, sino que avanzo hasta decir que, por la concepcion y por el desarrollo del drama, M. Soumet me parece digno de ser profundamente estudiado.

Desde luego, en mi humilde opinion, necesita toda produccion del espíritu humano, desde la cancion hasta la epopeya, descansar sobre una idea primitiva, matriz y única, como un edificio en su base. Si la obra está escrita para referir un hecho, necesita, para que tenga unidad la composicion, que el desarrollo del pensamiento fundamental se apoye en todas sus partes en el desarrollo del hecho. No abrigo la pretension de sentar esto como una regla, sino que deseo hacer ver que esto es sencillamente el resultado del estudio severo de las bellezas que resaltan en todas las obras magistrales de la especie humana. Comprendo que todas las obras que admiramos por referencia no pueden resistir á la aplicacion de esta ley íntima, que descubren y que siguen naturalmente los verdaderos génios; pero esto no prueba nada, y si acaso prueba algo, es que no debemos admirar por referencia, fiados de la palabra de los siglos.

Sometiendo á esta prueba la hermosa tragedia *Saul* es cómo he comprendido la alta idea que dominó á su concepcion, es cómo he admirado la audacia del poeta creador, que ha conseguido transportar al reducido escenario del teatro la inmensa epopeya de Milton. La idea primitiva de este drama abarca efectivamente lo más vasto de la creacion; la lucha perpétua del bien y del mal, de Dios y de Satanás. Notad con qué arte la balanza dramática está equilibrada en el combate entre el que todo lo puede respecto al bien y entre el que todo lo puede respecto al mal. Admirad la omnipotencia del uno, representada por los séres más débiles entre los hombres, por un anciano y por un niño, y la debilidad infernal del otro, representada por el agente más poderoso del mundo, por un monarca conquistador, por una maga que hace palidecer los astros y despertar á los muertos. Fijaos tambien en los dos personajes de Jonatás y de Michol, que están unidos por su nacimiento á Saul y por su virtud á David, colocados, como un lazo de union, entre los dos principios opuestos, y que secundan, muchas veces contra su voluntad, al espíritu del mal con todo el poder de su carácter casi angélico. Ignoro si esas combinaciones dramáticas son el resultado de largas meditaciones ó las ha producido la inspiracion; pero de todos modos las creo de gran mérto literario, y no comprendo cómo ha habido quien critique una concepcion tan vasta y tan original.

Probando que la invencion de esta tragedia es tan nueva como grandiosa, fácil me será responder á los ataques que han dirigido al desarrollo de su accion.

Hasta que no han aterrado nuestra imaginacion las imprecaciones de la Pitonisa y los errores de todo un pueblo, no hace aparecer el poeta al sacerdote ciego y al desconocido niño, presentándolos como los salvadores de una nacion castigada y de un rey maldito. El sacerdote liberta á Israel del infierno y el niño defiende al pueblo contra el gigante filisteo. Hasta entonces todo el drama está lleno de Saul, antes de que éste aparezca. No le vemos hasta el segundo acto, y con sus furores aparece el espanto; esta es la segunda victoria de David. Libra al rey del poder del demonio y Saul le promete su hija como premio de sus dos servicios, y de otro mayor todavía, cuyo misterio deja inquieta el alma del espectador. En el tercer acto la accion se enlaza de un modo terrible y patético. Saul busca al rey escondido, á quien Samuel entregó la corona. No pudo saber quién era por David, por este elegido del cielo, que casi le atrajo á la creencia de Dios, y lo sabe por la Pitonisa, por el agente infernal de cuyo poder acababa de evadirse. ¡Su misterioso y temible rival es el mismo David! Se encuentran en el teatro pocas escenas tan bellas como aquella en que el desgraciado rey forcejea oprimido por el

peso de esa revelacion, que trastorna todas sus esperanzas, y extremecido y dudando de lo que le dice la Pitonisa, se atreve á interrogar por sí mismo á la sombra de Samuel. Este deseo impío es escuchado, y quedamos extremecidos cuando vemos que se precipita con ella en la tumba del profeta.

Entre tanto están preparando la boda de David y de Michol, y á aquella escena terrible suceden las tiernas y santas ceremonias; para celebrar el enlace solo esperan ya á Saul, y los dos jóvenes esposos preguntan por él. En aquellos momentos, produciendo el fragor del trueno, se abre la puerta de la formidable tumba, y desde ella la Pitonisa arroja en medio de la fiesta al sacrílego Saul. Se confirma el cetro y el reinado de David, que él mismo declara, y en el desarrollo de estas hermosas y nuevas situaciones, los preparativos del matrimonio se interrumpen con los preparativos del suplicio.

Pero el sacerdote Achimelech, al llegar allí, dice á Saul que David no puede morir; y mientras el endurecido réprobo se resiste á los ruegos de sus hijos, que le quieren enternecer en favor de sus víctimas, la mano de Dios socorre á sus protegidos; los filisteos atacan á los hebreos, y en medio de aquel desórden libran á David y á Achimelech.

Hasta aquí la accion se desarrolla con sencillez y con grandeza, sin haber introducido en ella ningun elemento heterogéneo; pero los medios son imponentes al mismo tiempo que naturales, porque se realizan con la intervencion de Dios.

El quinto acto empieza por una escena de la Escritura, escena hermosa é interesante. Mientras Saul combate, Jonatás y David, que se han reconocido en la refriega, cámbian fraternalmente sus armas. El terrible desenlace no puede estar mejor conducido; el ciego Saul, engañándole la armadura, hiere á su propio hijo creyendo herir á David, y vá á abdicar y á morir ante su vencedor, despues que ha visto espirar al generoso Jonatás, que solo cambió sus armas con David para entregarle el cetro de este modo. Así el castigo del impío corona este majestuoso drama, del que cada acto encierra uno de los cuadros de la accion, ley muchas veces desconocida ó violada en la escena francesa hasta por los grandes maestros.

No sé si habré conseguido en este análisis corto y restringido hacer resaltar el eminente talento dramático que revela el plan de *Saul.*

LAS VÍSPERAS SICILIANAS.

Tragedia de Casimiro Delavigne.

—

LUIS IX.

Tragedia de M. Ancelot.

Es espectáculo extraño y digno de nuestro siglo ver el espíritu de partido apoderarse de las banquetas de un teatro y acumularse en las tribunas de las Cámaras de la nacion. La escena literaria ha adquirido tanta importancia como la escena política. El público, ciego ó maligno, dá á las palabras de los actores todo el peso que tendrian si salieran de los labios de sus representantes; parece que vea en nuestros cómicos grandes personajes, de la misma manera que en nuestros grandes personajes vé comediantes. El comerciante que es elector vá á silbar *Luis IX*, no porque el actor Lafon carezca de majestad, no porque la tragedia sea mala, sino porque el *Constitucional* le ha descubierto que Luis IX se llama San Luis, y el hortera elector es filósofo. Los periódicos liberales aplauden las *Vísperas sicilianas,* no porque la tragedia sea hermosa, sino por los movimientos de elocuencia que puede suministrar contra los fanáticos. Unicamente los siglos feudales ofrecen horrores semejantes, porque no tenemos noticia que durante los hermosos dias del 93 el cobre de las campanas haya servido para acuñar moneda. Sea de esto lo que quiera, á la manía deplorable de someterlo todo al nivel de los *niveladores* se debe la decadencia de las letras: nadie se entera hoy si un poeta es de buena raza; pero sí se enteran si es de buen partido, y los plebeyos de la nueva Atenas están dispuestos todavía á desterrar á Arístides porque le llaman el Justo.

El desencadenamiento de los independientes contra M. Ancelot y en favor de Casimiro Delavigne debió naturalmente influir en sentido contrario en la opinion de los realistas con respecto á esos dos autores. Sin embargo, debemos convenir en que esta vez su espíritu de partido ha servido mejor á los liberales que

quizás les hubiera servido su ilustracion. La exageracion de su criterio, que coloca á *Luis IX* por debajo de las *Vísperas sicilianas*, nos parece justa. Los periódicos realistas que han manifestado opinion contraria, no la sostendrán despues de leer las dos tragedias. En esta ocasion los independientes han visto más claro que ellos; lo que me recuerda el asno de la Escritura, que tuvo una vez la vista más rápida y más penetrante que su dueño.

Si se necesita cierto valor para anular los decretos de un partido, se necesita más todavía para defenderlos, cuando la casualidad hace que sean justos: en el primer caso solo nos exponemos á las injurias de algunos sofistas y á las amenazas de algunos furiosos, pero en el segundo caso provocamos la desconfianza de los hombres honrados. Haremos todos los esfuerzos que podamos para disipar semejante impresion, porque comprendemos que, teniendo que defender por un momento la misma causa que el partido mentiroso por excelencia, necesitamos, como dice Bossuet, *pruebas magníficas y más claras que el sol*.

Economizaremos al lector un nuevo análisis de las dos tragedias, que únicamente vamos á comparar, ya que ellas han sido bastante disecadas por los periódicos diarios para que todo el mundo conozca su contextura. Solo nos apoderaremos de sus puntos de contacto, que deben servirnos para establecer el paralelo. Las dos acciones suceden en épocas muy parecidas; la conspiracion forma el asunto de la una y de la otra; en las *Vísperas sicilianas* la dirige Juan de Prócida, noble siciliano, contra el gobierno de Cárlos d' Anjou, hermano de San Luis. En *Luis IX* esta conspiracion estalla por casualidad. Prócida se subleva por amor á la libertad, por librar á la Sicilia de la opresion y de la tiranía de los franceses; Nouradin se subleva por conservar fidelidad á la fé jurada, por los peligros que corren los cristianos y por el despotismo del soldán: los dos jefes consiguen su objeto; el uno degüella á los franceses y el otro destrona al soldán. Pero si el asunto de las dos tragedias les dá cierto parecido, la diferencia de los sitios y de los caractéres consigue que éste sea imperceptible. El feroz Prócida es tan diferente del leal Nouradin, como el generoso Montfort lo es del inflexible Almodan. Los caractéres de Casimiro Delavigne son mucho más dramáticos que los de M. Ancelot, y sabe oponerlos y colocarlos de un modo más teatral. El vicio radical de su obra consiste, en nuestra humilde opinion, en haber introducido en ella el amor. La pasion, cuyo desarrollo perjudica el de la gran conspiracion, solo puede formar en segunda línea en su tragedia, y el amor, en el teatro y en todas partes, ocupa siempre el primer sitio. Pudo dar pié á Delavigne para felices inspiraciones; pero, si no perjudica al papel de Prócida, casi anula la pintura de la amistad entre Loredano y Montfort, y precisamente si hubiera trazado esta amistad con sensibilidad y con energía, hubiera escrito el autor una tragedia inimitable. Tal como es esta obra, la amistad de Loredano hácia Montfort, enfriada por el amor que profesa á Amelia y por la obediencia á su padre, no puede subsistir, porque solo tiene para defenderse el recuerdo que dá el compañerismo en las armas, y por eso solo brilla en dos escenas cortas; en el resto de la tragedia no está sentida, está referida nada más. Por el contrario, si á Loredano y á Montfort les hubieran ligado grandes y mútuos servicios, si careciesen de amor y de celos, si el pátrio afecto de Prócida hácia su pais y la inflexible fidelidad de Montfort á su rey se hubiesen manifestado en el éxito ó en la derrota de la conspiracion, causando la inevitable muerte de uno de los dos, ¿no es verdad que Loredano, indeciso entre el deber y la gratitud, entre la pátria y el honor, obligado á hacer traicion á su padre ó á inmolar á su amigo, no pudiendo salvar al uno sin perder al otro, y deseando salvar á los dos, no es verdad que hubiera creado una verdadera peripecia, patética y teatral, una de esas peripecias sin las que se pueden escribir hermosas escenas, pero no una tragedia notable? Quizás hubiéramos perdido el delicioso tipo de Amelia y algunos hermosos versos; pero Montfort hubiera ganado en dignidad, Loredano en calor, y Prócida nada hubiera perdido, porque nos parece que no tiene nada que ganar.

El carácter de Prócida está efectivamente muy bien delineado, y debemos agradecer á Casimiro Delavigne su alta y severa concepcion, que borra muchos de los defectos de la obra. Prócida, sombrío, ardiente, pero sin imprudencia, fanático, pero sin entusiasmo, intrépido, pero sin temeridad, nos ofrece el carácter del verdadero conspirador. Para él apenas son sentimientos la naturaleza, el amor y la gratitud; para él en el

mundo no existe más que una pasion, la libertad; para él todo lo demás es accesorio. Al salir saluda á las murallas de su pátria, y su primer verso nos revela enteramente su tipo:

Vous serez affranchis du joug de l' etranger.

Su hijo, quejándose de Montfort, le dice:—*Il me traite en coupable*... y él le contesta:—*Il te traite en esclave*. Prócida es demasiado feroz para inspirar simpatía; nos impresiona, pero no nos conmueve, y es un defecto que Montfort no llegue siempre á la parte del corazon á la que Prócida no llega nunca. Si esos dos papeles tuvieran la misma fuerza, cada uno en su género, la accion no languideceria nunca. Si en ella no existiera el amor, seria rápida y atrayente.

La tragedia de Casimiro Delavigne es algunas veces fria, pero la de M. Ancelot es con frecuencia fastidiosa:

L' ennui naquit un jour de l' uniformité.

Efectivamente, la uniformidad es el defecto de *Luis IX*. Esto no obstante, no creemos que San Luis no pueda sacarse á la escena; el rey caballeresco halagará siempre á los franceses, y la historia nos presenta algunas veces caractéres de monarcas piadosos, tan dramáticos como Enrique IV ó como Francisco I; la dificultad consiste en ponerlos en situacion. San Luis, que fué un héroe en la Massoure, fué un santo en Menfis, y en el teatro el santo es inferior al héroe. Esos espíritus celestiales son demasiado monótonos en la tierra; deseamos ver pasiones en todas partes, porque nosotros la sentimos. Pero esta uniformidad del carácter de San Luis no es la única que vierte su frio glacial en la tragedia de Ancelot; en ella Joinville se parece á su señor; Filippe se parece á Nouradin, Chatillon á Raymond y Almodan no se parece á nada. Este último personaje, en el que la bajeza, la tiranía, el orgullo y la crueldad se reunen sin ninguna mezcla de grandeza, solo puede inspirar desprecio, por no decir disgusto, y nos causó sorpresa que se le tolerara en el teatro. La rebelion de Nouradin es indiferente para el espectador, porque desprecia á Almodan, al que combate, y se interesa muy poco por Luis IX, que tan poco se interesa por sí mismo. Sin embargo, la obra ha tenido éxito; verdad es que se le atribuye al estilo, y hasta han pretendido algunos críticos que en esta parte *Luis IX* sea superior á las *Vísperas sicilianas*.

Desde luego haremos notar que el estilo de los dos autores carece casi siempre de concision y de calor; este reproche lo merece mucho menos, sin embargo, Casimiro Delavigne. Las *Vísperas sicilianas*, sobre todo en el papel de Prócida, encierran pasajes escritos con fuego, detalles que sorprenden por su rapidez y pensamientos expresados con energía. Estas cualidades solo las tiene una vez Ancelot en una escena del cuarto acto. Su versificacion es armoniosa; la de Delavigne es noble; lástima es que la armonía del primero degenere algunas veces en difusion y la del segundo en sequedad. Si el estilo de *Luis IX* es siempre claro, el de las *Vísperas sicilianas* es contínuamente brillante. No hay en *Luis IX* nada comparable á los preciosos versos con que Prócida refiere á su hijo y á la princesa la muerte de Coradino de Suavia, cobardemente sacrificado por Cárlos, conde d' Anjou.

La casualidad hizo que el quinto acto de las dos tragedias comenzara por un monólogo puesto en boca de las princesas Margarita y Amelia, que, siendo las dos insignificantes por sí mismas, se encuentran en una situacion de terror y de incertidumbre bastante parecida: las dos conspiraciones estallan; Margarita teme por su hijo y por su esposo, y Amelia tiembla por su amante. En la Margarita de Ancelot, que abusa de las exclamaciones, de las interrogaciones y de los apóstrofes que dirige á Dios y á la Francia, no se encuentra el verdadero lenguaje del terror maternal. El desórden de los sentimientos no debe arrastrar la vaguedad de las ideas. Casimiro Delavigne sabe pintar mejor la ansiedad y el espanto de Amelia. Su monólogo aventaja al de Margarita en que es más corto.

La manera de Casimiro Delavigne aventaja á la de M. Ancelot. La versificacion pulida de éste solo revela su trabajo; el estilo desigual de aquel revela la abundancia. Leyendo con atencion las dos tragedias, se reconocerá sin gran esfuerzo que las cualidades del estilo de Casimiro Delavigne son más eminentemente poéticas que las de la versificacion de M. Ancelot. Reasumiendo: las *Vísperas sicilianas* es superior á *Luis IX* bajo cualquier aspecto que se las compare; por eso Delavigne ha obtenido un verdadero éxito, que dura todavía, mientras Ancelot obtuvo un éxito de moda que ya nadie recuerda.

1819.

MARÍA STUARDO.

Tragedia de M. Lebrun.

María Stuardo está encarcelada en el castillo de Fotheringay; ¿se salvará ó no se salvará? Hé aquí el asunto del drama. Empecemos recordando algunos principios del arte dramático.

Se llama accion en el teatro la lucha de dos fuerzas opuestas; cuando más estas fuerzas se contrabalancean, más incierta es la lucha, hay más alternativa de temor y de esperanza, y por lo tanto hay más interés. No debe confundirse el interés que nace de la accion con otra clase de interés que debe inspirar el héroe de las tragedias, y que consiste en un sentimiento de terror, de admiracion ó de piedad. Por eso sucede algunas veces que el principal personaje de una obra escita interés por su carácter noble ó por su situacion patética, y la obra carece de interés porque no hay en ella la alternativa entre el temor y la esperanza. Si esto no fuera así, cuanto más larga fuera una situacion terrible seria tanto más bella, y el colmo de lo sublime en la tragedia seria el conde Ugolino, encerrado en una torre con sus hijos para morir en ella de hambre; atrocidad monótona que no pudo obtener éxito, ni aun en Alemania.

María está condenada á muerte y pronto vá á ejecutarse esta sentencia; de repente se presenta un hombre ante ella, que es el jefe de una conjuracion y que desea salvarla: de este modo queda equilibrada la balanza teatral y el interés de la obra empieza. Pero María ama á Leicester, que es el favorito de Elisabet, y desea que los conjurados se pongan á las órdenes de éste; hé aquí la conjuracion en manos de su amante. Si Leicester hubiera sido un hombre valeroso, el interés hubiera ido creciendo, porque se hubiera presentado un nuevo motivo de vencer un peligro seguro; pero Leicester es un cobarde cortesano. Si el amor hace nacer en su corazon una fuerza que oponer en favor de María, su ambicion hace nacer en él una fuerza contraria en favor de Elisabet; luego desde el principio se vé la inutilidad de la conjuracion; el espectador pierde esa grata confianza que debe tener en el héroe de una tragedia, y en lugar de crecer el inte rés en la obra queda destruido.

Cuando Leicester conoce la conjuracion y exclama de repente: *¿Han comprometido mi nombre?* el autor cree sin duda que empieza el terror en el drama, cuando, por el contrario, acaba el interés, se pierde la ansiedad y la esperanza; la escena no ha cambiado de aspecto, la accion no camina, sino que retrocede á su punto de partida; no existe la revolucion teatral y el autor recorre un círculo vicioso.

Para evitar esto qué hace el autor? Al mismo tiempo que disminuye la defensa, disminuye la violencia del ataque; desde que el espectador se apercibe de que Leicester puede no salvar á María, deja entrever que Elisabet puede bien no querer que muera. De modo que esta incertidumbre solo nace de la incertidumbre de los caractéres, y no es tragedia por su fuerza, sino por su debilidad. Es el espectáculo de la vida humana, son los grandes efectos producidos por las pequeñas causas; son hombres los que intervienen en la obra, que quizás es una comedia; pero el drama necesita ángeles ó gigantes.

Creen que defienden esta combinacion diciendo que esos caractéres se encuentran en la naturaleza; pero porque una cosa exista, ¿hay que deducir por eso que sea digna de escitar el terror, la admiracion ó la piedad? Además, no basta inventar los medios; se necesita, además, que estos medios atraigan; ¿y qué significa en esta obra el amor de Leicester y de María? En María no interesa, porque Leicester es indigno de él, y Leicester es una clase de amante tan frio, que dice *yo la amaba* con acento diplomático; es un amante que teme comprometerse cuando se trata de salvar á su amada y que la arrastra á la muerte por miedo de perder su alta posicion. El amor en el teatro debe estar siempre en la primera línea y por encima de las vanas consideraciones de temor y de interés; que el amor es lo más pequeño del mundo cuando no es lo más grande. Se me objetará quizás que, siguiendo esta hipótesis, el Cid no debia batirse con D. Gormaz; pero esta objecion no tiene fuerza alguna. El Cid conoce perfectamente el carácter de Gimena, y prefiere incurrir en su cólera á incurrir en su desprecio, porque el desprecio mata el amor, que el amor en las almas grandes es una estimacion celeste.

Entre tanto Elisabet ha tenido una

entrevista con María y sale de ella más exasperada aun; en el momento en que el carácter de Elisabet se decide, era indispensable, para que no perdiera su equilibrio la balanza teatral, que el carácter de Leicester se pronunciara y que él se pusiera resueltamente al frente de la conjuracion; si en vez de hacerle titubear por una vil circunspeccion, le hiciera titubear el autor por no faltar á la lealtad del vasallo leal, que intenta todos los medios de enternecer á su soberana antes de rebelarse contra sus injusticias, entonces hubiera resultado una tragedia y una tragedia hermosa. Pero no es esto lo que hace el autor; parece que ódie la accion, y su obra no es más que una larga situacion penosamente disimulada. No hay en la tragedia contrapeso real al poder de Elisabet: cuantas veces el espectador, sintiendo la necesidad de un apoyo contra esa reina vengativa, tiende la vista hácia Leicester, el autor, para separar de él las miradas del público, le hace ver á lo lejos la conjuracion de Mortimer, tratando de este modo de ocultar la debilidad del personaje principal, haciendo creer que no se le necesitará; pero en seguida, cuando se trata de hacer mover á Mortimer, es el innoble Leicester, que solo se le habia tolerado como inútil, el que se atraviesa en el camino para impedirlo. El medio de inventar una conjuracion que se paraliza á sí misma, una oposicion que no lo es en realidad y una accion ficticia, es bastante ingenioso y puede derrotar durante un momento á la crítica; pero en el teatro no es el espíritu el que juzga, es el corazon.

Repetimos, pues, que *María Stuard* carece de interés porque carece de accion, y la prueba de que carece de accion está en que es imposible citar una sola escena en la que los defensores de María, ya Mortimer, ya Leicester, se encuentren verdaderamente en oposicion con el poder de Elisabet. Toda la obra gira sobre el carácter vacilante de Leicester, que desea una cosa en el primer acto, y que por debilidad hace todo lo contrario en el quinto; los que han dicho que este resorte es dramático, han querido decir sin duda que era cómodo para emplearlo en el teatro.

Continuemos el exámen redoblando nuestra atencion, porque esta tragedia está embrollada ingeniosamente, y hay en ella tanto arte en sus defectos como en sus bellezas.

En cuanto estalla el ódio de Elisabet, si Leicester no se decide, el impetuoso Mortimer trata de obrar por su cuenta y riesgo. ¿Qué hace el autor para desembarazarse de ese conjurado que le estorba? Hace que se descubra la conjuracion por un medio incidental; pero tened presente que los medios incidentales no se permiten nunca á los autores para salir de sus apuros. Solo pueden usarse en nuestras tragedias cuando arrastran consigo la revolucion teatral, como por ejemplo, la revelacion de Vindex en la tragedia *Brutus*; pero en esta obra solo se vé un autor apurado que cámbia de posicion sus baterías y que dá un golpe de estado dramático.

Ya está descubierta la conspiracion. Mortimer propone á Leicester, para evitar la venganza de Elisabet, que se ponga á la cabeza de sus amigos y que salve á María ó muera; pero Leicester hace arrestar á Mortimer y á sus cómplices y se coloca de este modo, con su atrevida combinacion, al frente de los acusadores y al frente de los conjurados. En un Manlius esta conducta hubiera sido un rasgo de génio. ¿Obra así Leicester por uno de estos dos motivos, ó por enérgica prudencia, ó por el temor al peligro? Nada de eso: ¿quién lo habia de creer? Obra así por cobardía. Elisabet, al descubrir la conspiracion, sentencia á muerte á María, y el mismo Leicester la conduce al suplicio. Verdad es que despues de dejarla en la sala donde debe verificarse la ejecucion, Leicester se desespera, pero verdaderamente no se comprende por qué razon, ya que el capitan de la guardia de Elisabet no se ha presentado á pedirle la espada.

M. Lebrun, conociendo sin duda lo extraño del desenlace, deja entrever en la última escena que han puesto á Mortimer en libertad y que inútilmente intentó salvar á María; pero ó Leicester lo esperaba ó no lo esperaba; si lo esperaba, no debia dejar entrar á María en el sitio fatal; debió sacar la espada y ponerse delante de la puerta; le hubieran muerto allí como á un necio, pero debió preferir morir de esa manera á vivir como un cobarde.

Tres escenas hermosas sostienen toda la tragedia; la de la entrevista entre las dos reinas, la escena en que Elisabet firma la sentencia de muerte y la de la despedida de María. Otro detalle impide que la obra sucumba; el carácter de Leicester es tan extraño, que no se llega á comprender hasta el último momento; solo se comprende cuando se vé la puer-

ta fatal cerrarse tras de María; y en aquel momento, Talma, que era el encargado de salvar esta situacion, asombra al espectador lanzando gritos tan extraordinarios, que hace olvidar al personaje y que el público solo se ocupe del actor.

Madame de Stael dijo que el asunto de *María Stuard* estrellaría á las medianías; esto mismo prueba que es defectuoso. Lo propio de los asuntos bien elegidos es salvar á los autores: *Berenice* no pudo hacer caer á Racine; Lamotte no pudo hacer caer á *Inés*. *Cui lecta potenter erit res*, dijo Horacio; pues en las artes como en las ciencias, cuando se raciocina con precision, siempre se sigue uno de esos axiomas reconocidos en todas las épocas, de los que las ciencias no son más que largas aplicaciones.

La diferencia que existe entre la tragedia alemana y la tragedia francesa proviene de que los autores alemanes quisieron crearlas nuevas, mientras que los franceses se limitaron á corregir las antiguas. La mayoría de nuestras obras magistrales no han llegado á ser lo que son hasta despues de haber pasado por las manos de los primeros hombres de muchos siglos. La tragedia alemana no es más que la tragedia griega, con las modificaciones que han tenido que hacerse por las diferencias de épocas. Los griegos tambien quisieron que ayudase el fausto de la escena al artificio teatral; por eso inventaron las carátulas, los coros y los coturnos; pero como entre ellos las artes que participan de las ciencias estaban en la infancia, tuvieron que concretarse muy pronto á la sencillez, que todavía hoy admiramos. Por el contrario, los autores alemanes, que nacieron entre el cúmulo de las invenciones modernas, se sirvieron de los medios de que podian disponer para encubrir los defectos de sus tragedias, y cuando no podian hablar al corazon, hablaban á los ojos. Por esto la mayor parte de las obras alemanas que se transportan á la escena francesa producen menos efecto que en su pais; les dejan los defectos que se refieren al plan y á los caractéres y les quitan la pompa teatral, que le sirve de compensacion. No debian haberse conservado más que tres escenas de *María Stuard*; debia haberse rehecho todo el resto del drama aleman, y creemos que M. Lebrun era capaz de conseguirlo.

No abrigamos la pretension de rehacer una tragedia con unos cuantos plumazos; pero séanos permitido exponer aquí algunas ideas que nos han ocurrido leyendo el drama de Schiller. Todo ese drama gira sobre el carácter de Leicester, que quiere una cosa en el primer acto y que hace lo contrario en el quinto; obra así por debilidad, y la obra seria una verdadera tragedia si obrase así por violencia, para lo que seria preciso que fuese engañado; ¿y qué medio hay más natural para conseguirlo que el amor y las ilusiones de los celos?

Supongamos, pues, que nos hubiéseis presentado á la hermosa y arrepentida María, encerrada en la cárcel y con la esperanza segura de morir. Supongamos que hizo voto de consagrarse al cielo y de retirarse á un monasterio para llorar allí las culpas de su vida, si escapaba de la muerte. Supongamos que despues de pronunciar ese voto conoce á Leicester y le ama, pero con un amor puro y celeste, como nunca lo habia sentido; y combate esta pasion y la oculta á su amante por temor de darle armas contra sí misma. A ese carácter angélico se necesitaba oponer el carácter de Leicester. Para esto, M. Lebrun, la sangre debia herviros en las venas; no debíais habernos presentado á Leicester cortesano y cobarde, sino á Leicester audaz, enérgico, impetuoso, que fuese uno de esos séres nacidos para procurarse su propia desdicha y la de los demás, que tienen brazos de gigante y entrañas de leon. Ama á María, pero la ama con todo el egoismo de un alma violenta; quiere y puede salvarla, pero, como Rojana, prefiere verla morir á salvarla para ponerla en brazos de otro. Despues de trazar así los caractéres, era preciso hacer nacer en ellos los celos, y pudieran servir para eso las frialdades estudiadas de María, que hicieran sospechar á Leicester, cuyos celos podian recaer en Mortimer; ó valiéndoos de otro medio cualquiera que hubiérais imaginado con facilidad, meditando más en el plan. Voy á llegar al desenlace.

Supongamos que hayais presentado en el cuarto acto al celoso Leicester, creyendo que María le engaña, y persuadido de que si la salva, la salva para Mortimer. Se arrodilla á sus plantas, y con una mano le señala el trono y con la otra el cadalso. En vano María le dice y le repite que ha pronunciado un eterno voto; él no lo cree; desea que lo rompa, y se lo propone con toda la libertad de conciencia de que es capaz un anglicano. María vacila, y en su corazon se

libra un combate entre el amor, el temor á la muerte y el voto religioso; en este combate vence el deber por fin, y resolviéndose á apurar hasta las heces del cáliz, rehusa lo que su amante le exige. Entonces vé á Leicester, furioso de dolor y de celos, arrodillarse á las plantas de Elisabet y descubrir la conspiracion, que era la única esperanza de María; entonces pide por recompensa á este descubrimiento conducir él mismo su amada á la muerte.

En el acto quinto nos presentaríais á Leicester culpable y desgraciado, creyéndose seguro de su valor, porque fué engañado y porque desea gozar de su venganza. Allí está, de pié, en el fondo del escenario. En el proscenio aparece María, vestida de blanco, dispuesta á remontarse al cielo, rodeada de las mujeres de su servidumbre, á las que consuela y de las que se despide; sus últimas miradas se dirigen á su pátria; por fin cae de rodillas ante el sacerdote y éste la bendice. Esta situacion es hermosa en Schiller; pero de esta manera hubiera sido terrible, porque el espectador la hubiera sentido con el corazon de Leicester.

Entre tanto la hora suena y las puertas se abren. Leicester, con el alma destrozada, hace esfuerzos para conservar su valor; ofrece la mano á María y la conduce silenciosamente hácia el cadalso. De repente, al entrar en el sitio fatal, María se pára, se vuelve hácia él y le dice, como en el drama de Schiller: *Conde de Leicester, yo os amaba;* despues sigue andando y las puertas se cierran tras ella. Leicester lanza un grito, saca la espada y corre á salvarla. Aparece la guardia de Elisabet y le desarman y le encadenan. Inmóvil y atado en la escena, oye el rumor que producen los verdugos en la sala de la ejecucion; oye los sollozos de los que la presencian, la voz de María que reza, el último silencio y el ruido de una cabeza que cae. Para esa situacion no hubieran sido escesivos vuestros gritos y vuestros lloros, Talma, y en ella hubiérais estado sublime.

Para terminar esa escena, Mortimer, el amigo á quien él quiso matar, llega hasta él y le presta el último servicio dándole su puñal. La tragedia así hubiera sido admirable, porque hubiera reunido algunas páginas de la *Atala*, dos escenas de la *Andrómaca* y el desenlace de *Zaira* y de *Otelo*.

Terminaremos, no sin decir antes lo que nos choca en la juventud que se apresura á dar sus obras al teatro, diciendo que los jóvenes se satisfacen con facilidad, pero pierden, recogiendo coronas, un tiempo que debian consagrar á productivas meditaciones; consiguen éxitos algunas veces, pero sus rivales quedan alegres con sus triunfos. Recoged vuestras fuerzas, pasad las vigilias estudiando, que necesitareis todos vuestros bríos el dia de la batalla. Los ligeros pajarillos vuelan todo lo que pueden de una vez; las águilas se arrastran antes de tender las alas.

1819.

FIN DE LOS ARTÍCULOS CRÍTICOS.

XXIX.

Primeras relaciones con la Academia.

En 1817, el asunto propuesto por la Academia para el premio de poesía era: *La felicidad que proporciona el estudio en todas las situaciones de la vida.*

Concurriré? se preguntó á sí mismo.

Apenas se le hubo ocurrido esta idea, puso manos á la obra y escribió trescientos veinte versos.

Concluidos los versos empezaba la dificultad; era preciso presentarlos. Víctor no habia confiado á nadie su secreto, ni aun á su hermano, ni aun á su madre: queria, si triunfaba, brillar repentinamente con toda su gloria, y en el caso probable de una desgracia, ahorrarse una humillacion; pero, ¿cómo remitir al secretario del Instituto el poema y la carta cerrada con el nombre del autor? La secretaría no estaba abierta el domingo, único dia de salida del colegial. Por otra parte, los versos fueron acabados en lunes y el jueves se cerraba el concurso. En la imposibilidad de salir solo, Víctor tuvo que tomar un confidente: dijo su secreto á Biscarrat, que quedó estupefacto y admirado, y arregló este asunto.

El jueves, dia supremo, era dia de paseo, y Biscarrat estaba encargado de acompañar á pasear á los colegiales. Los llevó por el Instituto, donde se quedó sorprendido al ver el monumento y los leones, ante los cuales se paró la ruta. Mientras que los alumnos permanecian absortos contemplando los juegos de agua, Biscarrat entró con Víctor. El portero vió llegar á dos jóvenes asustados que le preguntaron por la secretaría de la Academia francesa y que se precipitaron hácia la escalera.

Víctor conoció entonces que hizo muy bien en valerse de un confidente, porque nunca se hubiera atrevido á entrar solo. Biscarrat fué el que abrió la puerta y entró primero. Víctor le siguió, latiéndole fuertemente el corazon, y vió que estaba sentado y solo delante de una mesa llena de legajos el guarda de los archivos sagrados, que era hombre de cabellos blancos, para él majestuoso y terrible; era un pobre hombre que se llamaba Cardot.

Víctor le presentó temblando los versos y la carta; Biscarrat, que habia conservado bastante sangre fria, balbuceó algunas palabras de explicacion. El hombre terrible cogió una pluma y escribió en el poema y en la carta el número 15, y el maestro y el discípulo bajaron satisfechos de su valor y diciéndose que los hombres resueltos son los que llevan á cabo las empresas más difíciles.

Cuando concluyeron de bajar la escalera, felicitándose mútuamente, Víctor se encontró frente á frente de Abel, que atravesaba el patio:

—Calla! dijo Abel; de dónde sales?

Brillante color de escarlata apareció en el rostro de Víctor.

El mismo Biscarrat, cogido *infraganti*, no supo mentir: se lo confesó todo. Víctor esperaba que le reconviniese su hermano por la enormidad que habia cometido; pero Abel, que tenia más de quince años y ya no era colegial, no se asustaba de la Academia y encontró este acto muy natural. Víctor, un poco más tranquilo, le encargó el secreto más absoluto.

—Estáte tranquilo, le contestó su hermano mayor, que no lo voy á pregonar por las calles.

No hay para qué decir con qué emociones y con qué alternativas de esperanza y de temor esperaron el juicio del docto cuerpo que tiene en sus manos soberanas la gloria de los poetas. Pero aquel grave cuidado no se oponia á las diversiones, en las que Víctor olvidaba la Academia por la pelota. Un dia, que estaba muy empeñado en una partida, vió llegar á Abel con dos amigos. Esta entrada solemne le inspiró vaga sospecha.

—Ven aquí, imbécil, le dijo su hermano.

Se aproximó un poco conmovido.

—Eres un estúpido, le volvió á decir Abel. ¿Valia la pena que pusieras en los versos esas tonterías? ¿Quién te preguntaba tu edad? La Academia ha creido que querias engañarla. Si no fuera por eso tendrias el premio. Qué borrico eres! Por decir en la poesía que eres un niño solo has merecido una mencion honorífica.

Así supo Víctor Hugo su primer triunfo.

El alegre rostro de Abel desmentia lo brusco de sus palabras: estaba muy contento. El secretario perpétuo señor Raynouard habia leido, entre grandes aplausos del público y sobre todo del público femenino, la escena de los amores de Dido. La Academia habia hecho al autor el honor de dudar de su edad. El in-

forme decia: "El autor dice en su obra que tiene nada más quince años. Sí; *verdaderamente* no tiene más que esa edad, etcétera."

En aquel tiempo obtener una mencion honorífica era conseguir un éxito: los periódicos se ocuparon de Víctor y se hizo casi célebre, lo que hizo aumentar sus vasallos con los que desertaban del bando de Eugenio. En cuanto á Cordier, se quedó deslumbrado con la brillantez de la victoria conseguida en su colegio. El temible Decotte quedó vencido, á pesar de estar entonces más incomodado que nunca con su discípulo. Víctor guardaba y cerraba lo que escribia en el cajon de su mesa, y un dia se encontró el cajon abierto y sin los papeles. Conoció en seguida que el violador era Decotte, y se disponia á quejarse cuando éste le llamó. Acudió y se encontró á Decotte y á Cordier gravemente sentados ante una mesa, sobre la cual estaban sus cuadernos.

Hacer versos en un colegio, sobre todo despues de haberlo prohibido, es un crímen imperdonable; pero Víctor lo agravaba escribiendo además un diario. Acostumbraba á apuntar sus impresiones en un cuaderno, cuya tinta habia perdido tanto que apenas puede leerse. La nota más curiosa que contiene este cuaderno, fechado en 10 de Julio de 1816 (á los catorce años), dice así:

—"Quiero ser Chateaubriand ó nada."

Esta sola línea era suficiente para exasperar á Decotte; pero además, el discípulo, que tenia antipatía al maestro, habia hecho en sus cuadernos de Decotte un resúmen de sus deformidades físicas y morales.

El maestro señaló digna y friamente los cuadernos sin hablar del diario, para que no se creyera que obedecia á un sentimiento personal.

—Víctor, le dijo gravemente, os habia prohibido hacer versos.

—Y yo, contestó gravemente Víctor, no os he dado permiso para descerrajar ni para registrar mis cajones.

Decotte quedó desconcertado. Esperaba encontrar un delincuente sorprendido y suplicante y se encontró con un acusador. Trató de abrumarle con toda su elocuencia magistral; pero Víctor ni bajó la frente ni la voz, persistiendo en decir que lo malo no era hacer versos, sino descerrajar cajones.

El maestro creyó conveniente terminar el diálogo con este decreto:

—Puesto que sois desobediente y además insolente, desde este momento dejareis de pertenecer al colegio.

—Eso precisamente os iba á decir, contestó el discípulo.

En este momento intervino Cordier. Si Víctor se iba, Eugenio se iria tambien, y la falta de dos pensionistas podia ser sensible para sus intereses. Cordier no tenia las mismas razones que su asociado para sacrificar los intereses de la bolsa comun: no era rival de Víctor y los versos no atacaban su sobretodo armenio. Compuso como pudo la fractura de la armonía, con ventaja para Víctor, que se llevó sus cuadernos, adquiriendo el derecho tácito de escribir cuanto quisiera. Pero esta paz concertada fué solo superficial, porque entre Víctor y Decotte quedó para siempre sorda enemistad: hasta evitaban hablarse, siendo esto bastante difícil, porque Decotte daba los repasos de matemáticas.

Cuando tocaba á Víctor hacer las demostraciones, iba al encerado sin esperar á que se lo mandaran; Decotte no pronunciaba jamás su nombre. Víctor Hugo, por no verse vencido y merecer alguna reprension de Decotte, estudiaba sus teoremas y ecuaciones con encarnizamiento hostil.

La mencion honorífica cambió este estado de cosas: Decotte abdicó su envidia ante este triunfo; conoció que no podia luchar con quien obtenia menciones de la Academia, y olvidó la derrota de su poesía y se concretó á participar del honor que el pensionista habia reportado al colegio. Perdonó, pues, al autor del diario.

Víctor quiso convencer á la Academia de que tenia quince años, y envió al señor Raynouard su partida de bautismo con una carta de gracias. El secretario perpétuo de la Academia francesa respondió con otra carta muy atenta, que concluye así: "Tendré gusto en conoceros."

Víctor enseñó esta carta á Cordier, que no vió en ella más que la gloria que reportaba al colegio tener un discípulo á quien escribian los académicos. Víctor quedó en libertad, pues, para elegir el dia de la visita. El señor Raynouard, como secretario, vivia en el Instituto, de modo que el neófito tenia que ir al mismo templo á ver al gran sacerdote, y para colmo de solemnidad fué un dia de sesion. Le introdujeron en la Biblioteca, separada por una puerta vidriera de la sala en que se reunian los

inmortales. Mientras esperaba al autor de *Los Templarios*, Víctor se encontró frente á frente con un viejo académico de uniforme y con solideo morado, que era el señor Roquelaure, obispo de Senlis antes de la Revolucion; este anciano, que estaba leyendo en una mesa y que no hizo caso alguno de él, le intimidó.

El señor Raynouard llegó, en fin, con el aspecto de un hombre aturdido; vió un pilluelo, y entonces, convencido de su edad, no le hizo sentar: le dijo que le seria útil la incredulidad de la Academia; que debia felicitarse de que no le hubiesen dado el premio siendo tan jóven; que este triunfo á su edad le habria infatuado y quizás inducido á despreciar el trabajo, y por último, le volvió la espalda con una naturalidad, que hizo decir á Víctor que sabia tanto de urbanidad como de ortografía.

Pero no todos los académicos fueron tan desdeñosos como Raynouard; al contrario, la Academia solo tuvo sonrisas para el jóven. Campenon, cuyo elogio debia hacer despues como á director de la Academia, le cumplimentó en verso.

El decano de los académicos, Francisco de Neufchateau, consiguió ganar á los trece años un premio en una Academia de provincias. Traido á la memoria este glorioso recuerdo, fué comparado con el nuevo triunfo; se opusieron los trece años á los quince, se hizo el paralelo de estos dos prodigios, y predijeron á Víctor que seria otro Francisco de Neufchateau.

El viejo laureado quiso conocer al jóven, que le recordaba sus años juveniles, tanto más cuanto que Voltaire—porque fué en tiempo de Luis XV—le habia consagrado como á poeta y adoptado públicamente; por esto sin duda dijo en presencia de un amigo de Abel que necesitaba un heredero, y que su heredero seria Víctor Hugo.

Francisco de Neufchateau no hizo más que repetir estas palabras, que Voltaire le dirigió, y gozaba en ser el Voltaire del novel poeta. Víctor le agradeció en verso esta proteccion, y Neufchateau, que no quiso ser menos, le contestó en verso tambien.

Entre los "cuarenta rivales„ de aquel concurso tan brillante estaba Casimiro Delavigne, que no obtuvo ningun premio, porque tomó el asunto al revés, demostrando los *inconvenientes* del estudio en todas las situaciones de la vida; así es que caia en esta conclusion:

"El estudio, despues del amor, es el mejor de los males.„

El accésit habia sido para Cárlos Loyson, en cuya poesía se encuentra este verso:

Meme quand Loyson vole, on sent qu' il á des pattes.

No sé quién obtuvo el premio.

Un dia el colegio Decotte se cubrió de gloria. Neufchateau invitó á Víctor á comer. El viejo académico admiraba tanto como Voltaire á Parmentier, introductor en Francia de las *parmentieres*, porque Neufchateau no hubiera dicho ni permitido decir nunca patatas *(pommes de terre)*, sino *parmentieres*. Se habia hecho el abogado, el protector del tubérculo sagrado. Su casa tenia un vasto jardin dedicado al cultivo, ó mejor decir, al culto de la patata, y para probar que se podia vivir solo de patatas, no comia otra cosa; pero agotaba la imaginacion de su cocinero haciéndole inventar nuevos condimentos de ellas. Estas tomaban mil formas, y cada plato era una sorpresa. Se servia una chuleta; era de patatas: un pescado; era de patatas: cocretas; siempre de patatas.

Cuando terminó de referir la historia y el elogio de Parmentier, pasó á hablar de literatura. El académico se ocupaba en aquel momento de una nueva edicion de *Gil Blas*, que iba á publicar Didot, pero encontraba una dificultad. Un jesuita, llamado el padre Isla, habia dicho que la novela de Lesage no era más que una copia de otra novela española de Marcos de Obregon, de Ronda. Esta novela no habia sido traducida en Francia, y por lo tanto para averiguar la verdad era preciso saber el español, y él no lo conocia.

—Yo lo sé, repuso Víctor.

—Oh! bien! dijo el viejo; me haríais un verdadero favor si quisiérais leer el libro y decirme si el jesuita tiene razon.

Desde el dia siguiente Víctor fué á la biblioteca Richelieu. No tuvo que pedir permiso para salir, porque el portero tenia órden de dejar salir siempre á este convidado de los académicos.

Víctor se aprovechó de esta libertad un poco más de lo que él hubiera querido, porque la novela estaba en cuatro gruesos volúmenes, para cuya lectura necesitó muchos dias, tanto más cuanto que, para corresponder á la honrosa confianza del heredero de Voltaire, tomó notas é hizo una comparacion detallada de la novela francesa con la española. El resultado de esta comparacion fué que

no habia relacion alguna entre las dos novelas y que Lesage era el autor del libro.

Víctor llevó su trabajo á Neufchateau, y el venerable decano de la Academia le juzgó tan bien, que lo publicó en su edicion sin cambiar una palabra y firmándolo con su nombre.

En el año de 1819 ofreció la Academia un premio extraordinario, cuyo tema fué un discurso en verso sobre las *Ventajas de la enseñanza mútua*: Víctor acudió tambien á este concurso; ninguna de las composiciones presentadas obtuvo el premio, pero Hugo consiguió ganar otra mencion honorífica.

XXX.

Comidas en casa de Edon.

Víctor seguia, lo mismo que Eugenio, los cursos de filosofía, de física y de matemáticas elementales en el colegio de Luis el Grande.

El profesor de matemáticas, señor Guillard, era tan llano, su fealdad simpática era tan paternal, que los discípulos le llamaban *padre Guillard*. Era muy distraido y tenia la inocente manía de levantarse la toga como si atravesase un arroyo; se la levantaba para ir desde su sillon al encerado; tenia la nariz con tantas protuberancias y tan reluciente, que hacia reir á sus discípulos, y él mismo estaba convencido de que tenian motivo. Un dia que un alumno no podia comprender lo que era un poliedro, le dijo:—"Miradme la nariz.„

El profesor de filosofía se llamaba Mangrás, y como Lariviere y Cordier, habia recibido las órdenes: creyendo haber llevado bastante tiempo el traje sacerdotal, no queria usar ya la toga de profesor. Su traje, sin embargo, conservaba cierta gravedad; llevaba siempre el leviton abotonado hasta la barba y corbata blanca. Era muy pecoso de viruelas; creia parecerse á Mirabeau, y le imitaba en la actitud y en los movimientos mejor que en la elocuencia. Su doctrina conducia al materialismo. Su clase era menos numerosa que la de Guillard, y demostraba su filosofía explicando la teoría de las *sensaciones* á los bancos.

La gloria académica no se opone á la puerilidad. Mangrás estaba admirado y agradecido de la profunda atencion con que Víctor tomaba notas durante la explicacion, y era que Víctor se habia propuesto empezar todos los renglones de cada página por la misma letra, *a* ó *d*, ú otra cualquiera, y esto exigia atencion contínua; era preciso ensanchar ó estrechar las palabras para que cayera donde debia la letra en cuestion. Víctor no se distraia de este importante trabajo, y era citado como modelo de aplicacion.

Desgraciadamente Mangrás le preguntaba algunas veces, y descubria que no habia entendido nada de lo que debia haber escuchado con gran atencion.

Mangrás no dejó por esto de apreciar al oyente maquinal, y cuando llegó la época del concurso le dijo:

—Creeis que vencereis? Es más difícil ganar una mencion en la Academia que ganar un premio en la Universidad.

La Universidad fué más rigurosa que la Academia. Víctor no sacó premio alguno. El asunto era, sin embargo, de imaginacion: demostrar la existencia de Dios.

En física fué más afortunado: consiguió el sexto accésit, porque la física, al contrario de la filosofía, le habia interesado mucho. El profesor Tillage enseñaba prácticamente. Su primera leccion habia sido una leccion de billar; las carambolas y las barandas habian explicado de un modo ameno y palpable los ángulos de reflexion y de incidencia y la elasticidad de los cuerpos esféricos. Seguia tambien el curso en la escuela de medicina, donde habia un gabinete precioso, que era el mejor provisto del colegio.

Un dia que dicho profesor llevó á sus discípulos de Luis el Grande al colegio, para demostrarles no sé qué fenómeno de la vision, les hizo mirar con un anteojo de larga vista.

—Vamos á ver, dijo á Víctor, si con el anteojo leeis lo que dice aquel letrero.

Víctor, sin coger el anteojo, leyó:

CANTERA DEL CARDENAL LEMOINE.

—Pardiez! vos sí que teneis larga vista, exclamó estupefacto el profesor.

El tema del concurso de física, "la teoría del rocío„, fué puesto por un hombre de frio aspecto y de barba saliente, á quien Víctor no habia visto nunca; este hombre era Cuvier.

Las vacaciones fueron una fiesta perpétua para Víctor, cuya mencion honorífica celebraron todos los amigos de Abel y de su madre. Abel, que no tenia porvenir ya como militar despues de la caida de José, habia abandonado las

charreteras y la espada y se dedicaba á los negocios; vivia independiente de su familia y á su casa acudian muchos amigos. Uno de estos tenia deslumbrado á Víctor; era un impresor llamado Gile, notable por su traje rico y correcto. Su frac de cola de pichon y de verde de oliva, que era la moda del momento, tenia botones de metal hasta en los hombros; los que seguian la moda con moderacion llevaban el talle bastante alto, pero Gile lo llevaba en la nuca; el sombrero, caido sobre la oreja derecha, dejaba salir por el lado izquierdo una gran trenza de pelo rizado á tenacilla. Su pantalon, con ancha cinta, parecia el galon de su grado en el regimiento del Dandysmo; le oprimia en la rodilla, y ensanchándose por debajo le hacia tener piés de elefante.

El lector puede figurarse la admiracion que estos esplendores causarian á Víctor, que comparaba con tristeza su pobre traje de colegio. Se atrevió á pedir á su madre tímidamente un frac de cola de pichon. Pero la señora Hugo, tan inaccesible á las peticiones de sus hijos respecto á sus aspiraciones morales, tomó muy á mal esta veleidad de tocador, y le hizo recordar que el mérito de los hombres consistia en la inteligencia y no en el traje.

Abel tenia algunos amigos literatos, los que adquirieron más intimidad con Víctor y Eugenio y formaron un grupo que, deseando estrechar sus relaciones, organizaron una comida cada primer dia de mes en casa de Edon, fondista en la calle de la Antigua Comedia. Este banquete, que costaba dos francos por cabeza, comprendiendo el vino, compensaba la insuficiencia del alimento con la variada poesía que allí se derramaba. A los postres cada uno tenia que presentar una muestra de lo que habia escrito durante el mes. Aquellos adolescentes tomaban el arte por todo lo alto, de modo que no eran las coplas báquicas las que obtenian mayores aplausos. Víctor leyó una vez *El último bardo*; otra *El Achemenide*, de Virgilio, y otra la traduccion de una sátira de Horacio.

El único momento triste de la comida era cuando el mozo daba vuelta á la mesa pidiendo á cada uno los dos francos. El primero á quien se dirigia no se inmutaba; mantenia con la mayor naturalidad la mano en el bolsillo del chaleco y manifestaba su asombro por haber olvidado el dinero.

Pero todos no podian haber olvidado el dinero en un mismo dia, y de consiguiente los demás no sabian qué responder. Entonces Abel, que era el Rostchild de la reunion, se sonreia.

—Vamos, decia, voy á ser generoso á poco precio.

Y pagaba por los que no podian pagar.

La vuelta del curso no interrumpia los "banquetes literarios„. Víctor tenia libertad para salir cuando quisiera y para llevar consigo á Eugenio, que, siendo muy caprichoso, no queria ir algunas veces y se quedaba encerrado en el colegio.

Víctor no faltaba nunca.

Un dia uno de los comensales tuvo una feliz ocurrencia.

—Sabeis lo que pudiéramos hacer? preguntó.

—Qué?

—Un libro colectivo. Reunirnos en un libro así como nos reunimos en una comida.

—Explícate.

—Nada más sencillo. Supondremos, por ejemplo, que algunos oficiales la víspera de la batalla refieren cuentos para matar el tiempo, esperando matar á otros, ó que los otros los maten; obtendremos así la unidad, y la variedad nacerá de nuestros diferentes estilos. Publicaremos el libro sin nombre de autor, y el público quedará agradablemente sorprendido al encontrar en un libro toda clase de talentos.

—Bravo! exclamaron todos entusiasmados.

El plan fué aprobado. Convinieron en la dimension que debia tener cada narracion, porque era preciso que la obra no pasase de dos volúmenes en octavo para que se vendiese en poco tiempo. Por lo demás, cada uno podia escoger libremente el asunto. En el momento de separarse, Abel reasumió todo lo que allí se habia decidido.

—Y ahora, añadió, no vayamos á cruzarnos de brazos. Para obligarnos á trabajar seria conveniente fijar un plazo. Cuánto tiempo nos concederemos?

—Quince dias, dijo Víctor.

Los demás le miraron para ver si hablaba con formalidad. Pero estaba en una edad que no se duda de nada, y repitió:

—Sí, quince dias.

—¡Quince dias para escribir una novela! exclamó Malitourne. Es imposible!

—Yo la concluiré en quince dias, insistió diciendo Víctor.

—Pues sea!

—Yo apuesto...

—Una comida para todos.

—Una comida para todos! Sea.

El 15 por la mañana todos los comensales del "Banquete literario„ recibieron un aviso de Víctor advirtiéndoles que habia terminado su novela; que para evitar disputas sobre el tamaño habia hecho un tomo, y que los que quisieran oirla leer fuesen aquella noche á las ocho á casa de Gile.

Todos fueron y Víctor Hugo leyó el *Bug-Jargal.*

Malitourne confesó que habia perdido.

Los demás á una sola voz declararon que aquello valia más de un convite y que cada uno de los compañeros debia pagar una comida.

Abel pagó la primera y la última. Los demás no tuvieron dinero para seguir su ejemplo ni tiempo para escribir su parte; de modo que las novelas se concluyeron en la de Víctor, como las comidas en la de Abel.

XXXI.

Los antiguos amigos se separan.

En el año de matemáticas especiales Víctor fué todavía distinguido por el profesor señor Laran á causa de su aplicacion. Pero un dia el profesor se levantó de repente, é inclinándose y extendiendo el cuello, vió que lo que ocupaba tan concienzudamente á Víctor era un tomo del *Génio del Cristianismo*, mañosamente oculto sobre la mesa, detrás de una barricada, construida con el tintero, los cuadernos y la gorra. El libro fué confiscado y el alumno amenazado con la expulsion si se le encontraba otro libro que no fuese de matemáticas. Entonces Víctor no tuvo ya otro recurso que hacer grabados en la mesa con el cortaplumas, llenos de flechas, de rúbricas y de adornos.

Su atencion era más sincera en la clase de la tarde. El profesor Lefebure de Jourcy tenia verbosidad y elocuencia. Atravesaba la clase con rapidez, demostraba como el rayo y llenaba el encerado de relámpagos. Aquella fulgurante rapidez asombró á Víctor, el cual se apasionó por un momento de los números. Pero habiendo estudiado poco los demás cursos, su ciencia tenia lagunas numerosas, que se veia obligado á llenar con la imaginacion. Algunas veces encontraba en los problemas más difíciles soluciones extrañas y complicadas. Este alumno singular era un problema para Lefebure de Jourcy, el cual estaba tan admirado de su inventiva como de su ignorancia.

Entre los compañeros de clase de Víctor descollaba uno llamado Víctor Lacquemin, que fué célebre años despues. El futuro orientalista tenia tal aptitud para las ciencias, que resolvia los problemas en cuanto se los proponian, y hablaba en X y en Z como en su lengua natural. Vivo, penetrante, con los cabellos negros y ensortijados, cargaba en seguida con su bagaje de erudicion, é iba del álgebra á la química con la facilidad de un viajero.

Otro condiscípulo, Blondel, cobró gran amistad á Víctor y le felicitó en verso por su mencion. La vida separó á los dos poetas, y Víctor Hugo pasó luego mucho tiempo sin ver á Blondel, cuando el dia de su recepcion en la Academia, el comandante encargado del piquete de hacerle los honores le presentó la espada. Aquel oficial era Blondel, á quien una extraña casualidad colocaba de aquel modo en los dos extremos de la carrera académica, y que entonces le hizo con la espada el saludo que años antes le hiciera con la pluma.

Víctor no se satisfizo con haber obtenido en la Academia una mencion y concurrió tambien aquel año al certámen.

El tema propuesto era la *Institucion del jurado.* Escribió un diálogo entre Malesherbes, glorificando los Parlamentos, y Voltaire, defendiendo el jurado. La Academia perfeccionó el sistema de Raynouard, que escatimaba la gloria á los jóvenes: Víctor no consiguió esta vez ni premio ni mencion.

Eugenio, que habia cedido modestamente la Academia de Paris á su hermano y que se habia contentado con una Academia de provincia, obtuvo un premio en los Juegos Florales de Tolosa, por una oda á la muerte del duque de Enghien, en la que su realismo condenaba enérgicamente al autor y á los cómplices de aquella sangrienta emboscada y predecia el castigo de Murat.

En Agosto de 1818 los dos hermanos abandonaron el colegio y volvieron á vivir con su madre. La señora Hugo no vivia ya en la calle de Cherche-Midi; la media paga del general no la permitia el lujo de un jardin, y moraba en una

habitacion de menos precio en el tercer piso del número 18 de la calle de Petits-Agustins. No habia podido renunciar por completo á las flores, y ya que carecia de árboles en su casa, recreaba la vista contemplando desde sus ventanas los hermosos restos del antiguo jardin de La Rochefoucauld.

La casa contigua al Museo de los Petits-Agustins formaba parte antiguamente del convento que fué reemplazado por el Museo. La alcoba de la señora Hugo, de techo abovedado, era una parte de la capilla. El gabinete de estudio de los dos hermanos daba al patio del Museo, lleno de esculturas y de fragmentos de arquitectura. Cuando la revolucion, que no destruia la desigualdad en la vida para tolerarla en la muerte, restituyó los reyes á la tierra comun, los sepulcros de San Dionisio fueron trasladados al Museo de los Petits-Agustins. Estos sepulcros eran los que Eugenio y Víctor tenian ante sus ojos. Luis XVIII no quiso que los reyes, ni despues de muertos, se confundiesen con los demás hombres, y volvió á poblar San Dionisio. El Museo tuvo entonces que restituir á la catedral los sepulcros que habia usurpado. Víctor asistió con sentimiento á esta mudanza mortuoria. Hasta la tristeza, cuando nos abandona, deja un vacío en nosotros.

La vida de Víctor adquirió pronto otro interés que el de los concursos académicos. La señora Hugo tenia la costumbre de ir despues de comer á casa de la señora Foucher, y cuando sus dos hijos salieron del colegio iban tambien con ella.

La señora Hugo encontraba á uno de los dos lados de la chimenea un sillon dispuesto, y sin quitarse chal ni sombrero se sentaba, sacaba su labor de un saquito y empezaba á coser. El señor Foucher, que no pasaba las noches en el ministerio de la Guerra desde la caida del imperio, estaba al otro lado de la chimenea, teniendo cerca, en una estantería, su caja de tabaco y una bujía. Entre él y la señora Hugo, alrededor de un velador, hacian sus labores de aguja la señora Foucher y su hija. Eugenio, Víctor Hugo y Víctor Foucher cerraban el círculo.

Las veladas eran muy silenciosas. La salud del dueño de la casa, quebrantada por las vigilias, no se prestaba al movimiento ni á la conversacion; no se atrevian ni á preguntarle por su salud, porque le sabia mal que se ocupasen de él: tenia como vergüenza de estar enfermo; se ocultaba en un rincon con sus libros; la señora Foucher, tanto por su carácter como por no distraerle, hablaba poco.

Eugenio y Víctor, tan disciplinados en la vida positiva como libres en la intelectual, habian sido educados por su madre, de modo que no hablaban nunca si no se les preguntaba.

La señora Hugo suspendia de vez en cuando su labor para ver chisporrotear la leña ó para abrir la caja del tabaco, al que tenia gran aficion, lo mismo que el señor Foucher. Presentaba la caja á su antiguo amigo y le decia:

—Señor Foucher, quereis un polvo?

Foucher respondia sí ó no, siendo éstas de ordinario, con las buenas noches, las únicas palabras que se cruzaban en la tertulia.

Aquellas noches tan monótonas tenian para Víctor un atractivo de que no pudo darse cuenta al principio. Así que acababa la comida, queria salir en seguida de casa y daba prisas á Eugenio: en la calle le costaba trabajo no adelantarse mucho á su madre, y estaba triste cuando por casualidad alguna noche no iban al hotel Toulouse.

La revolucion no respetó las estátuas de los reyes, como no respetó sus sepulcros.

Derribó la estátua de Enrique IV al mismo tiempo que exhumó su cadáver, y por escepcion, hecha en honor de este rey, que era menos impopular que los demás, se aprovecharon de la exhumacion para sacar un molde de su rostro. Aquella máscara de yeso sirvió al escultor Lemot para hacer la estátua ecuestre del Puente Nuevo. El enorme bronce salió del taller rodeado de un velo verde, arrastrado pesadamente por veinte fuertes caballos y escoltado por una multitud de curiosos que crecia de calle en calle. Uno de estos curiosos era Víctor.

Todo fué bien al principio, y los caballos tenian fuerza suficiente para arrastrar la pesada mole; pero al llegar al muelle, la subida de la cuesta era muy difícil y no pudieron continuar; los latigazos y los juramentos de los carreteros fueron ineficaces; los pobres animales hacian lo que podian, pero se resbalaban sobre el empedrado, y todos sus esfuerzos se convertian en chispas que hacian saltar de las piedras.

Entonces la multitud los desenganchó, y poniéndose en su lugar, empujando las ruedas, la lanza, por detrás y por delante, por todas partes donde habia sitio para colocar una mano, tiró, em-

pujó, rodó y subió la cuesta. El lector debe suponer que Víctor no fué el último que se enganchó.

Aquel año la Academia de Tolosa propuso un premio de poesía, dando por tema el "Restablecimiento de la estátua de Enrique IV„. Aquel asunto pertenecia á Víctor, que, disgustado de la Academia de Paris por su último fiasco, habia cobrado alguna aficion á los Juegos Florales, que hicieron ganar á Eugenio un precioso lirio de plata.

Por lo demás, podia concurrir sin cometer usurpacion alguna contra Eugenio, porque los jueces de los Juegos Florales no pertenecian á los académicos avaros, que solo conceden un premio á la poesía, y destinaron á este certámen siete premios. Habia, pues, laureles de sobra para coronar la frente de los dos hermanos.

Para los siete premios, la Academia dejaba libremente al opositor la eleccion del asunto. Víctor tenia ya preparada una oda, "Las Vírgenes de Verdun„, que envió desde luego. Cuando iba á empezar á trabajar en "El restablecimiento de la estátua de Enrique IV„, la señora Hugo tuvo una fluxion de pecho, que se agravó en el mes de Enero. Quedó con esto olvidado el concurso, porque los dos hermanos tuvieron que pasar los dias y las noches á la cabecera del lecho de su madre. Una noche que la señora Hugo estaba mejor preguntó á Víctor si habia enviado la segunda oda; él respondió que no la habia escrito y que no pensaba en semejante cosa, porque para que llegara á tiempo tenia que entregarla al dia siguiente por la mañana.

La señora Hugo demostró que la entristecia que su hijo no pudiese escribir esa oda para el certámen por falta de tiempo y por causa de su enfermedad, y se durmió con este disgusto. Víctor, viendo el sentimiento de su madre, se puso á trabajar, y mientras la velaba escribió la oda, que la madre encontró al despertarse á la mañana siguiente sobre la cama.

Algunos dias despues recibia la siguiente carta:

"Tolosa.

"Desde que hemos recibido vuestras odas no oigo hablar á mi alrededor más que de vuestro talento y de las inmensas esperanzas que en vos debe tener la literatura. Si la Academia participa de mi opinion, Isaura no tendrá bastantes laureles para los dos hermanos. Vuestra edad de diez y siete años no encuentra aquí más que admiradores, casi incrédulos: sois para nosotros un enigma, cuyo secreto solo poseen las Musas.

„Recibid, etc.

„Soumet.„

"Las Vírgenes de Verdun„ ganaron el premio del amaranto de oro y la "Estátua de Enrique IV„ el del lirio de oro.

Eugenio obtuvo menciones honoríficas y la satisfaccion de ver sus poesías impresas en la coleccion de los "Juegos Florales„.

Cuando se restableció la señora Hugo volvió á ir por la noche á casa de la señora Foucher. Pero el invierno tocaba á su fin, y la señora Foucher alquilaba en el verano una casita de campo en los alrededores de Paris: el año de 1819 fué á veranear á Issy. Este verano contrarió vivamente á Víctor; creyó conveniente insistir con frecuencia en que Issy no estaba mucho más lejos que el Consejo de Guerra, que pasando de Vaugirard se llega en seguida á Issy; pero á pesar de todo esto, las visitas no pudieron ya ser diarias.

Muchas veces, sin embargo, cuando hacia buen tiempo, la señora Hugo salia con sus dos hijos, compraba en el camino canastillos de fruta, que llevaban con gran complacencia á Issy. La criada que los recibia se apresuraba á poner en la mesa tres cubiertos más. En cuanto se comian las frutas iban un poco al jardin á respirar el fresco, ó el polvo con más frecuencia, porque la pared del fondo, cortada á propósito, daba á la plaza, en la que bailaban los mozos del pueblo.

Víctor no tenia más distraccion que la comida de Issy. La señora acrecia su autoridad á medida que sus hijos iban creciendo: era ya tiempo de que pensasen en su porvenir, y tenian que hacerlo ellos mismos, puesto que no podian contar con su padre, arruinado con la caida del imperio y con la defensa de Thionville.

La madre conocia la grave responsabilidad que habia asumido impulsándolos á abandonar las matemáticas por la literatura, y su conciencia estaba tan interesada como su amor maternal en que salieran victoriosos. Los impulsó á dichos estudios contrariando los deseos del general. Los dirigia, pues, de un modo absoluto; les hacia trabajar todo el dia, no salian nunca sin ella, y era tierno espectáculo ver aquellos dos mo-

zos, de los cuales uno iba á cumplir veinte años y el otro adquiria ya nombre y fama, cosidos á las faldas de su madre, obedeciéndola siempre y continuando siendo niños para ella.

Cuando terminó el verano volvieron á empezar en el hotel de Tolosa las tertulias mudas; Víctor gozaba en ellas extraordinariamente, y lo demostró demasiado, de tal modo, que los padres lo notaron y trataron de descubrir la causa; pero no necesitaron mucho tiempo para averiguar que no gozaba viendo chisporrotear la leña en la chimenea, ni pasando dos horas inmóvil en una silla mal entapizada: comprendieron que para él era indiferente que se hablase ó que no se pronunciase una palabra; que estaba muy contento cuando el señor Foucher bajaba la vista para leer y las mujeres para hacer labor, porque entonces podia mirar á su gusto á la señorita Adela. Descubrióse al mismo tiempo que la señorita Adela no se incomodaba por estas miradas. Ambos obedecian al bríndis profético que los unia para siempre antes de nacer.

Entre los dos apenas tenian treinta años; casar á esos niños hubiera sido una locura. Víctor nada poseia y la señorita Foucher era pobre.—"Separémoslos, dijeron las familias; si su cariño persiste, ya se buscarán y se encontrarán en tiempos y circunstancias más favorables para ellos.„

Y los padres dejaron de tratarse.

XXXII.

Una frase del general Hugo.

Víctor padeció mucho, pero no renunció á sus propósitos. De los dos obstáculos que se le presentaban, el uno, su edad, tenia que desaparecer por sí solo; el otro, la pobreza, dependia de su trabajo.

Trabajó, pues, con energía infatigable. En 1820 envió al concurso de Tolosa "Moisés en el Nilo„, que recibió un premio. Tres premios le nombraban de derecho juez en los Juegos Florales, de modo que fué á los diez y ocho años académico de provincia.

Para algo habia de ser Abel amigo de un impresor. Gile imprimió la oda "A la Vendée„, que acababa de escribir Víctor, y despues una sátira, que se vendieron inmediatamente.

Todo esto era muy realista, porque Víctor solo veia á su madre; á su padre lo veia dos ó tres veces al año, cuando iba á pasar uno ó dos dias en Paris. En esos rápidos viajes, el general ni siquiera se hospedaba en casa de su esposa.

Esta perpétua separacion habia aflojado, como puede suponerse, el lazo del matrimonio; el marido y la mujer se habian acostumbrado á vivir uno sin otro, y ya tanto los separaba la voluntad como la necesidad. Los niños tenian que profesar, precisamente, las opiniones de la madre; nunca se habian separado de ella y ella en nada los contrariaba; los educó en completa libertad, dejándoles escoger el porvenir. Su padre, por el contrario, era para ellos como un extraño, que se les habia aparecido en Madrid para encerrarlos en el Seminario de los Nobles, en Paris para aprisionarlos en el colegio Cordier, y que les condenaba á matemáticas perpétuas.

Por todas estas causas, las opiniones del padre no tenian influencia alguna sobre las de los hijos. El mismo comprendió la inutilidad de luchar algunos momentos cada año contra una influencia de todos los dias y de todas las horas. Se resignaba, abrigando esperanza en la inteligencia de sus hijos cuando reflexionasen. En uno de estos viajes, tan raros y tan cortos, vió á Eugenio y á Víctor en casa del general Lucotte, y habiendo Víctor expresado enérgicamente sus opiniones vendeanas, el padre, que le habia escuchado sin interrumpirle, se volvió hácia el general Lucotte y le dijo:

—Dejemos obrar al tiempo. El niño tiene las opiniones de la madre; el hombre tendrá las opiniones del padre.

XXXIII.

Una frase de Chateaubriand.

Ya hice notar que Víctor, sumiso á su madre respecto á los hábitos de la vida y á las opiniones políticas, era muy libre respecto á las cosas de la naturaleza y del arte, en las que tenia criterio personal. Como todo lo que es original, *Atala*, cuando apareció ante el público, sufrió contínuas rechiflas, cuyo eco resonaba aun en 1819, y una parodia titulada *¡Ah, la, la!* desprestigiaba las descripciones de Meschacebé y de los bosques vírgenes, describiendo en veinte páginas

un campo sembrado de patatas. La señora Hugo era partidaria de la parodia y Víctor de la *Atala*.

La lectura de Chateaubriand, de quien Víctor era apasionado, modificó lentamente sus ideas sobre cierto punto. *El Génio del Cristianismo*, demostrando la poesía de la religion católica, se valió del único medio de convencer á los poetas. Víctor aceptó poco á poco esta creencia, que se confundia con la arquitectura de las catedrales y con las grandes imágenes de la Biblia, y pasó del realismo volteriano de su madre al realismo cristiano de Chateaubriand.

La muerte del duque de Berry inspiró á Víctor una oda, que alcanzó gran renombre en el mundo realista. Luis XVIII recitó varias veces delante de sus más íntimos amigos la estrofa que empieza:

Monarque en cheveux blancs, hate-toi, le temps presse;
un Bourbon. . . . .

Chateaubriand, conversando con Agier, que era diputado de la derecha, le habló con entusiasmo de esta oda y le dijo que su autor era un "niño sublime„.

Agier publicó en *La Bandera blanca* un artículo sobre la oda y citó el nombre de Chateaubriand. Esta frase del gran escritor fué repetida en todas partes, y Víctor empezó á adquirir verdadera celebridad.

Fué á dar las gracias al señor Agier por su artículo, pero no se atrevió á afrontar la gloria de Chateaubriand, el cual extrañó no verle, y se lo dijo á Agier. El diputado fué á casa de la señora Hugo y refirió la extrañeza de Chateaubriand. La generala Hugo no se burlaba de la *Atala* desde que supo que gustaba á su hijo, y mandó á Víctor que visitase al escritor ilustre. Víctor conoció que preguntando por él Chateaubriand no era posible negarse, y tuvo que sufrir el honor que le imponian.

Al dia siguiente, á las siete de la tarde, fué á buscarle Agier. Salieron juntos y Víctor llegó emocionado á la calle de Santo Domingo, número 27. Siguió á su guia atravesando un patio, en cuyo fondo habia una escalinata. Agier llamó, abrió un criado con delantal blanco y los entró en una antecámara y despues en un salon amueblado con sencillez y cuyas sillas estaban cubiertas con fundas grises.

La señora de Chateaubriand, que estaba sentada en un sillon, no se movió; Chateaubriand, que se hallaba recostado en la chimenea, dijo á Víctor sin moverse:

—Señor Hugo, tengo un gran placer en veros. He leido vuestros versos, los que escribísteis sobre la Vendée y los que acabais de dedicar á la muerte del duque de Berry. En los últimos, sobre todo, hay algo que no es capaz de escribir ningun poeta de estos tiempos. Mis años y mi esperiencia me dan por desgracia derecho para ser franco; así os digo sinceramente que hay algunos trozos que me gustan menos; pero lo que es bueno en vuestras odas es superiormente bueno.

El elogio no era escaso; pero habia en la actitud, en la inflexion de la voz, en el modo de distribuir las frases un no sé qué tan soberano, que Víctor se creyó rebajado más que enaltecido. Balbuceó una respuesta y deseó salir de allí.

Dos amigos de la casa, los marqueses de Talaru y de Herbouville, llegaron muy á propósito para variar la conversacion. Entonces se tranquilizó un poco y pudo admirar al glorioso escritor, á quien solo conocia por sus libros.

El señor de Chateaubriand tenia aspecto de militar; el hombre de pluma se acordaba del hombre de espada; le rodeaba el cuello la corbata negra que ocultaba el cuello de la camisa; el leviton negro, abotonado hasta arriba, enderezaba algo su cuerpo, ya encorvado. La cabeza era hermosa; no guardaba proporcion con el cuerpo, pero tenia nobleza y gravedad. La nariz terminaba en una línea firme é imperiosa, la mirada era altiva, la sonrisa encantadora, pero en su fisonomía solo era un relámpago; su boca volvia á adquirir en seguida expresion severa y altiva.

Llegó la noche y no entraron luces. El dueño de la casa dejó extinguirse la conversacion. Víctor se disgustó, primero por las palabras, despues por el silencio; de modo que recibió una alegría cuando el señor Agier se levantó para salir de allí.

Chateaubriand al verles partir invitó á Víctor á que volviese á verle, y le dijo que estaba en casa todos los dias de siete á nueve de la mañana.

Víctor atravesó sin detenerse la antecámara y el patio, y cuando estuvo en la calle respiró con libertad.

—Espero que estareis contento, le dijo Agier.

—Sí, de estar fuera.

—Cómo! exclamó el diputado. Chateaubriand ha estado amabilísimo con vos: os ha hablado mucho. No le conoceis: algunas veces pasa cuatro ó cinco

horas sin decir una palabra, y ha hecho una verdadera escepcion de vos concediéndoos ese recibimiento. Si no estais satisfecho será porque sois descontentadizo.

Víctor no quedó convencido. Le gustaba más el autor de los *Mártires* en sus libros que en su casa, y sin la voluntad de la señora Hugo, que era todopoderosa respecto de su hijo, estas relaciones hubieran terminado aquí.

Solo por deferencia á su madre tomó una mañana el camino de Santo Domingo. El mismo criado le abrió y el señor de Chateaubriand le recibió en su cuarto. Al pasar por el salon encontró á la señora de Chateaubriand, que á pesar de lo temprano de la hora llevaba ya puesto el sombrero.

Víctor, que en su primera visita no la habia visto bien, porque estaba de espaldas á la luz y era ya muy tarde, vió entonces que era alta, delgada, de rostro seco y pecoso de viruelas. No se detuvo al encontrar al jóven, pero se dignó hacerle un ligero saludo de cabeza.

Cuando entró Víctor, el señor Chateaubriand estaba en mangas de camisa, con un pañuelo atado á la cabeza, sentado á una mesa, de espaldas á la puerta, revisando un monton de papeles. Se volvió en seguida y dijo:

—Ah! buenos dias, señor Víctor Hugo. Os esperaba: sentaos. ¿Habeis hecho algo desde que no nos vemos? Sí, ¿no es verdad? Habeis escrito muchos versos?

Víctor respondió que no cesaba de escribir.

—Haceis bien. Los versos! ¡haced versos! esa es la gran literatura. Estais ya más alto que yo. El verdadero escritor es el poeta. Tambien yo escribí versos, y luego me he arrepentido de haber abandonado la lira. Mis versos valian más que mi prosa. ¿Sabeis que he escrito una tragedia? Esperad, voy á leeros una escena... Pilorge! venid, os necesito.

A este llamamiento acudió un hombre de cabellos, bigote y semblante rojos.

—Traedme el manuscrito de *Moisés.*

Pilorge era el secretario de Chateaubriand, lo que no era ninguna ganga. Sin contar los manuscritos, la correspondencia solo le ocupaba mucho tiempo; porque además de las cartas originales que él escribia y Chateaubriand firmaba, sacaba copia de ellas para un registro en que el ilustre escritor, atendiendo á la posteridad, conservaba cuidadosamente sus cartas más insignificantes. Pilorge tenia además el encargo de numerar y clasificar todas las cartas que se recibian en la casa.

El secretario trajo el manuscrito pedido.

El autor de *René* leyó entonces con solemnidad y conviccion un diálogo, despues un coro, imitacion de los coros de *Atala* y *Ester*, cuyas lecturas no pudieron demostrar á su oyente que tuviese razon para preferir sus versos á su prosa. Víctor trató de encontrar buena aquella lectura y admiró el siguiente verso:

El souvent la doleur s' apaise par des chants,

al cual se agarró como á una tabla de salvacion.

El criado que le habia abierto trajo una cuba llena de agua.

El señor Chateaubriand se quitó el *madrás* y empezó á descalzarse las zapatillas de tafilete verde. Víctor iba á retirarse, pero le detuvo y siguió desnudándose; se quitó el pantalon de muleton gris, la camisa, la chaqueta de franela y se metió en la cuba, donde el criado le lavó y frotó. Secóse y vistióse despues; se limpió los dientes, que eran muy hermosos, y para los cuales tenia un estuche de dentista. Fortalecido con los chapuzones en la cuba, habló con viveza al mismo tiempo que se cuidaba la dentadura, y encantó á Víctor. Habló de la censura.

—Qué gobierno! ¡Es un gobierno de miserables y de imbéciles! El pensamiento es más fuerte que ellos, y se herirán á sí mismos al oprimirle. ¡Si no comprometieran á nadie más que á ellos! Pero con su modo de obrar perderán á la monarquía.

Esta segunda entrevista causó en Víctor mejor impresion que la primera, y escribió para Chateaubriand la oda titulada "El Génio". Volvió á verle con frecuencia, pero muy pocas veces encontró en él la vivacidad y el abandono de la segunda visita. Chateaubriand estaba siempre como le habia visto el primer dia; cortés, pero glacial: era un carácter cuya rigidez no se doblegaba nunca, ni cuya altura disminuia; inspiraba más respeto que simpatía: en su presencia nos encontramos ante un génio, pero no ante un hombre.

Víctor supo con alegría secreta que Chateaubriand habia sido nombrado embajador en Berlin. Fué, pues, á felicitarle y á despedirse.

—Cómo despedirse! le dijo el embajador; os venís conmigo.

Víctor abrió los ojos desmesuradamente.

—Sí, añadió; he pedido que os agreguen á la embajada, sin pediros el consentimiento, y os llevo conmigo.

Víctor le dió las gracias cordialmente por sus buenos deseos, pero le dijo que no podia abandonar á su madre.

—Es solamente vuestra madre? preguntó Chateaubriand sonriéndose. Vamos, sois libre. Pero tengo sentimiento de que no vengais: habria sido bueno para los dos.

La señora de Chateaubriand entró en el gabinete de su marido. Hasta entonces parecia que no se habia fijado en Víctor, de modo que éste se quedó muy asombrado al verla dirigirse hácia él con la sonrisa en los labios.

—Señor Hugo, le dijo, es preciso que nos ayudeis á hacer una buena obra. He instituido una enfermería para los sacerdotes ancianos y pobres, y me cuesta más dinero del que puedo disponer; he montado una fábrica de chocolate, le vendo un poco caro, pero es bueno. Quereis una libra?

—Señora, dijo Víctor, que experimentó la necesidad de deslumbrar á la señora Chateaubriand; quiero tres libras.

La señora de Chateaubriand quedó deslumbrada, pero Víctor quedó sin fondos.

La señora de Chateaubriand no era la única persona caritativa de aquella casa. El señor Chateaubriand tenia siempre sobre la chimenea de su gabinete pilas de napoleones; á cada instante entraba el criado, le entregaba cartas de mendigos, emigrados verdaderos ó falsos, vendeanos, caballeros de San Luis; tomaba dinero de la pila, le envolvia en la carta y se la devolvia al criado.

La señora Sand habla en la "Historia de su vida„ de las nubes de mendigos que caen sobre los escritores de fama, que si no son cautos, sufren verdadera explotacion. Todos acuden, pobres, petardistas, desgraciados, haraposos ó pordioseros con encajes, y no piden siempre como la señora de Chateaubriand, sonriéndose. Un mendigo del arrabal de San German acometió una vez de tal modo á Víctor Hugo, que mereció esta respuesta:

Voici vos vingt francs, comtesse,
quoiqu' on puisse, en verité,
manquer á la charité
qui mangue á la politesse.

El señor Chateaubriand daba sin cálculo, lo mismo que gastaba: el dinero se le escapaba de las manos. Cuando fué á Praga á ver á Cárlos X, que estaba desterrado, el ex-rey le preguntó acerca de su fortuna.

—Soy pobre como una rata, respondió; vivo confundido con los pobres de la señora de Chateaubriand.

—Oh! Esto no quedará así, dijo el rey: veamos, Chateaubriand, ¿cuánto os hace falta para ser rico?

—Señor, no perdais el tiempo en esto; me daríais cuatro millones por la mañana y no me quedaria ni un franco por la noche.

El lado malo de este noble desprecio del dinero era que ponia al gran escritor á merced de los prestamistas. La economía lleva consigo la independencia y la dignidad. Los que le abrian su bolsa se creian con derecho á intervenir en su política, y algunas veces, al dia siguiente de haber pronunciado un discurso en la Cámara ó escrito un artículo en un periódico, le hacian reconvenciones amenazadoras, que su orgullo tenia que tolerar.

Los apuros de dinero que agravaron su vejez le obligaron á vender anticipadamente sus *Memorias de Ultratumba* y á hipotecar su cadáver. Le señalaron una pension de veinte mil francos anuales. Como tardaba mucho en morir y la compra fué desventajosa, no quisieron darle más que doce mil francos: convino en que les perjudicaba viviendo tanto, y aceptó esta rebaja.

XXXIV.

La muerte de la madre.

La señora Hugo no quedó buena desde que padeció la fluxion de pecho; atribuia su malestar á la habitacion, porque acostumbrada á respirar el aire libre, lo pasaba muy mal encerrada entre cuatro paredes.

A principios de 1821 abandonó aquel tercer piso y se mudó á la calle Mezieres, núm. 10, donde tenia jardin, pero se mudó con tal precipitacion, que no dió tiempo para preparar y pintar el cuarto en que entró: con objeto de economizar y de ganar tiempo, se puso ella misma á arreglar el cuarto, con la ayuda de sus dos hijos. Creia que los hombres deben saber lo suficiente para bastarse á sí mismos en todas las ocasiones de la vida. Ya les habia enseñado á teñir telas, en

lo cual era maestra, y ellos habrian podido enmendar la plana á las gentes de ese oficio en dar color á lanas y á sedas. De tintoreros pasaron á ser albañiles y papelistas.

Volvieron tambien á ser jardineros; el jardin estaba en muy mal estado y fué necesario arreglarlo; precisamente era la ocasion, porque se aproximaba la primavera; tuvieron que trabajar, cavar, sembrar y plantar. Su madre cavaba como ellos, y aun más que ellos, porque el amor á las flores no la dejaba sentir el cansancio. Un dia que se propuso dejar concluida una platabanda, sintió excesivo ardor y bebió un vaso de agua. Casi al mismo tiempo sintió calofríos y despues calentura. Declaróse una segunda fluxion de pecho. Los hijos volvieron á pasar la noche en vela; el mal salió del período agudo, pero los pulmones estaban resentidos; pasó algunas semanas en una falsa convalecencia y volvió á estar enferma á fines de Mayo. A pesar de esta recaida, el médico siguió esperando. Tuvo á mediados de Junio mejoría aparente, y los dos hermanos esperaron verla pronto restablecida.

El 27 de Junio, á medio dia, estaban solos con su madre.

—Mira qué bien está mamá! dijo Eugenio á Víctor; no ha despertado desde media noche.

—Sí, dijo Víctor; pronto se pondrá buena.

Se aproximó para mirarla y la besó en la frente. La frente estaba helada; su madre estaba muerta.

Llamaron en seguida á Abel, que se ocupó de los últimos deberes. Dos dias despues, los tres hermanos, unos cuantos amigos y algunas personas atraidas por la fama de Víctor, acompañaron el cadáver á la iglesia de San Sulpicio y desde allí al cementerio de Montparnasse.

Los amigos se llevaron á los tres hijos y trataron de distraerlos, pero Víctor prefirió llorar y se volvió á su casa; estaba tan inquieto, que no pudo permanecer allí y salió á la calle, dirigiéndose al cementerio.

Cuando cerraron la verja anduvo errante por el boulevard, abrumado y cansado de la vida. La necesidad de asirse á alguna esperanza le hizo tomar la calle de Cherche-Midi. Eran las once de la noche, y creia que en el Consejo de Guerra estarian todos acostados y dormidos; pero la puerta estaba abierta y los patios y ventanas llenas de luces. Al entrar tropezó con un grupo que entraba tambien, pero riendo á carcajadas. Quiso seguir su camino, pero le fué imposible dar un paso. Dudó un instante, é impulsado de repente por el amargo deseo del dolor, se lanzó al patio, subió rápidamente la escalera y entró en un gran salon desierto, donde se acababa de representar una comedia, cuyo escenario le hizo el efecto de una tumba. Se miró en un espejo y vió que su rostro tenia la palidez de la muerte, y se fijó en la gasa del sombrero que conservaba puesto. Esto le hizo pensar en sí mismo y huyó por un corredor oscuro, desde donde oia encima de él el baile y los acordes de la orquesta. No pudo resistir al deseo de subir un piso y despues otro. Conocia muy bien la casa, y se dirigió á una especie de claraboya que iluminaba por el techo el salon del baile. Allí solo, en la oscuridad, pegó los ojos al cristal y se embriagó desesperadamente con el placer de los demás. Pronto vió lo que deseaba; ella estaba vestida de blanco, con flores en la cabeza, y bailaba sonriéndose.

La ruptura de las relaciones de las dos familias no habia sido menos sensible para la señorita Foucher que para Víctor. El padre y la madre combatian la tristeza de la jóven, buscándola ocasiones de diversion. El 29 de Junio era el santo del señor Foucher y lo habian celebrado con una pequeña fiesta, organizando un baile y la representacion del vaudeville *El señor Guillermo*, en la cual la señorita Adela hizo el principal papel.

La víspera de este dia el señor Foucher recibió la noticia de la muerte de su antigua amiga, á quien no habia vuelto á ver y de cuya enfermedad solo se habia enterado vagamente.

No pensó más que en su hija que iba á perder una distraccion y la ocultó la triste nueva.

Al dia siguiente, la señorita Foucher, cansada de la funcion de la víspera, se paseaba en el jardin del Consejo de Guerra, cuando vió entrar á Víctor, cuya presencia y cuya palidez le denotaron desde luego que le habia sucedido alguna desgracia.

—Qué hay? le dijo corriendo hácia él.

—Mi madre ha muerto. Ayer la enterramos.

—Y yo estuve bailando!

Entonces conoció que Adela ignoraba esta desgracia. Se pusieron á llorar juntos, y esta fué su declaracion de amor.

XXXV.

La Roche-Guyon.

Los que habian acompañado el cadáver á la iglesia se fijaron al entrar en la capilla de la Vírgen en un sacerdote jóven, que habia asistido al oficio con ellos y que fué tambien al cementerio á arrojar su paletada de tierra sobre el ataud. Aquel sacerdote podria contar treinta años: los cabellos, cuidadosamente peinados, rodeaban su corona, perfectamente circular; el paño de la sotana era de finura extraña en un sacerdote, y manifestaba toda su persona aire distinguido y autocrático.

Era el duque de Rohán. Apenas se casó murió su mujer quemada, y la desesperacion le condujo á recibir las órdenes eclesiásticas; era entonces subdiácono en el Seminario de San Sulpicio.

Algunos dias despues pidió á Víctor, por medio de un amigo de ambos, permiso para visitarle. Víctor respondió que le correspondia á él ir á dar gracias al señor duque de Rohán por haber acompañado al cadáver de su madre. Fué, pues, al Seminario. El abate estaba en la capilla, y Víctor entró en su celda, que tenia por todo mueblaje una mesa, una cama y un crucifijo de madera. Víctor se asombró al admirar este despego de las cosas humanas en un hombre de mundo que llevaba tan soberbio apellido.

El abate le recibió manifestándole cordial sencillez. Habló primero de la difunta con tan sincera emocion, que conmovió á su hijo. Despues habló de cosas menos tristes; felicitó á Víctor por sus poesías, que sabia de memoria, prediciéndole inmensa celebridad; le confesó que él habia renunciado á todo; que no deseaba obtener ninguna dignidad en la Iglesia; que si el estado delicado de salud se lo hubiese permitido, se hubiera encerrado en la Trapa, y que toda su ambicion se reducia á llegar á ser cura de su pueblo.

Víctor quedó muy satisfecho del duque y siguió visitándole hasta la época de las vacaciones en el Seminario; insistió mucho para que Víctor se quedase con él y para que no permaneciese en la casa donde habia muerto su madre. Víctor no aceptó el ofrecimiento, pero prometió ir á verle.

En efecto, una mañana, á mediados de Agosto, subió en la diligencia con el amigo que habia servido de intermediario, con el señor Rocher. El pueblo á que iban era Rocher-Guyon. Cuando llegaron á las orillas del Sena, el señor Rocher llamó al barquero. Desde el medio del rio los dos viajeros descubrieron á su amigo, que agitaba el pañuelo blanco en el balcon del castillo. Cuando llegaron al patio, el jóven seminarista los recibió en la escalinata de piedra, al frente de una docena de monaguillos, mayordomos y criados, cuyo espectáculo empezó á cambiar la idea que tenia Víctor acerca de la humildad del duque.

El castellano de Roche-Guyon estuvo por lo demás tan cariñoso y tan espansivo como el seminarista de San Sulpicio. La comida esperaba ya á los viajeros; habia una docena de convidados, casi todos sacerdotes. El duque colocó á Víctor á su derecha y estuvo amabilísimo, pero en toda la comida reinó la etiqueta de los príncipes; los convidados trataban al amo de la casa con respeto ceremonioso; todos le llamaban "monseñor", escepto un abate, que fué despues limosnero de la condesa de Berry, que le llamaba "alteza". Detrás de su alteza estaba de pié, con la espada al lado y la servilleta bajo el brazo, un gran señor. Una frase que oyó y que asombró á Víctor le hizo preguntar al duque quién era aquel personaje.

—Es el alcalde de Roche-Guyon, respondió el duque.

Víctor no creyó ya que la ambicion del duque se limitase á ser cura de su pueblo.

Despues de la comida visitaron el castillo, que era magnífico y señorial. Víctor admiró hermosas pinturas, entre las que estaba el desafío de Jarnac y la de Rochefoucauld. El duque de Rohán pretendia ser descendiente de Jarnac, y se glorificaba de ello. El cuadro representaba el momento que Jarnac cortaba con su daga la rodilla de su adversario.

Una de las curiosidades del castillo era una cama de diez piés de larga, de roble esculpido, guarnecida de tiras de terciopelo granate, en la que alternaba la tapicería de oro y seda: en esta cama habia dormido Enrique IV.

El gabinete del duque no se parecia á su celda: ostentaba todas las superfluidades del lujo. Por él se entraba en un salon, cuya mesa y cuyo piano estaban cubiertos de álbums y de música sagrada, ricamente encuadernados, y con esta

inscripcion en letras de oro: "De su señoría el duque de Rohán-Chebot, duque de Montbazon, duque de Beaumont, príncipe de Leon, par de Francia„.

Enfrente del piano estaba el retrato del duque, pintado por Gerard, de gran uniforme de mosquetero rojo. Tenia estas palabras inscritas en el marco: "S. A. el príncipe de Leon„.

Era ya muy tarde para visitar el parque. Pasaron un rato conversando y el duque condujo á Víctor á una espaciosa y opulenta cámara gótica, cuyas ventanas daban al Sena. Esta cámara tenia un mérito histórico; en ella habia vivido el duque de La Rochefoucauld, autor de *Las máximas*.

Al dia siguiente Víctor se levantó con el dia y se fué solo al bosque, que se extendia sobre la colina por detrás del castillo. Los restos de la Torre de Guy, del burgo primitivo, del que se habia formado la poblacion—la Roque de Guy, despues la Roche-Guyarde y últimamente la Roche-Guyon,—le gustaron mucho.

No quedaba más que la muralla circular, que era muy gruesa y estaba cubierta de musgo. Los techos de los cuatro pisos se habian desplomado sucesivamente y formaban en el suelo informe monton de escombros.

La escalera, estrecha y sin barandilla, rota por varias partes, giraba en espiral en la superficie interior de la muralla, en cuya parte alta desembocaba.

Aquellas ruinas sirvieron á Víctor para describir la torre de Vermundo el Proscripto en el *Han de Islandia*, que estaba escribiendo entonces.

El toque de una campana le llamó; creyó que le llamaban á almorzar, pero le llamaban á oir misa.

La capilla era subterránea: estaba tallada en la roca, y al entrar en la cripta se oia un ruido armonioso. Empujó una puerta y vió una capilla profusamente iluminada. Un crucifijo de tamaño natural causaba ilusion completa; arroyos de bermellon corrian de sus heridas; la madera de los lienzos estaba pintada de blanco, el cuerpo de color de carne, los ojos eran de esmalte y la corona de verdaderas espinas. Detrás de este Cristo, una nube de serafines en círculo protegia los rayos de madera dorada.

Todos los abates domésticos estaban allí. El cura de Roche-Guyon decia la misa, ayudado por el duque, vestido de diácono; pero era muy fácil conocer que el diácono no era el servidor.

Llevaba Víctor ánimo de permanecer allí dos meses; pero se cansó á los dos dias, y escribió lo siguiente á un amigo de Paris: "Estos inmensos y dorados salones, estas vastas terrazas y sobre todo estos grandes lacayos obsequiosos, me fatigan. Para mí solo tienen atractivo la colina, las arruinadas torres y la agradable conversacion del duque de Rohán, que es uno de mis más queridos amigos. Me separaré de él muy pronto, porque sé que es feliz. ¿Qué necesidad tiene de mí, que no lo soy?... La señora duquesa de Berry, que está en Rosny, debe venir á visitar este castillo dentro de pocos dias. El duque de Rohán quiere que me quede por lo menos hasta entonces; pero yo desconfío de su benevolencia. No quiero que mi posicion particular me exponga á aparecer cliente de un hombre del cual no puedo ser amigo por mi posicion social. Quiero al duque de Rohán por sí mismo, por su buen corazon, por su noble carácter, pero no por los servicios materiales que pueda prestarme.„

Víctor partió, dejando en el castillo al amigo que allí le llevó y que en vano le suplicó que se quedara, diciéndole que aquella marcha repentina afligiria al duque, que le apreciaba mucho.

—Yo tambien le aprecio, contestó Víctor; pero le aprecio más en su celda ó en mi casa.

Entre Rolleboise y Mantes hay una cuesta que subió á pié. Allí se encontró con una jóven que se apeó del coche, y que para gozar mejor la vista del paisaje se habia encaramado á una altura. Parecia que encontraba dificultad para bajar; la acompañaba un anciano que no podia ayudarla, porque necesitaba toda su escasa fuerza para bajar él. Víctor se adelantó y le ofreció la mano, que fué aceptada en seguida. En Rosny, donde se detuvo para visitar el castillo, le dijeron que la duquesa de Berry acababa de partir para Roche-Guyon con el señor Meynard, y que debia haberla encontrado en la cuesta. La duquesa de Berry no habia sospechado que acababa de dar la mano al autor que escribió la célebre oda á la muerte de su esposo.

Es muy grato evocar estos recuerdos de la juventud. En 1825 Víctor Hugo, viajando por el mismo sitio, quiso volver á ver la Roche-Guyon. El castillo no pertenecia al duque de Rohán, que le habia vendido á la señora de Liancourt. La duquesa era muy hospitalaria para los *touristes*. Un criado muy cortés le enseñó todas las piezas, y entre otras un cuarto en el que le dijo que en otros

tiempos se habia alojado Víctor Hugo; pero precisamente no se hospedó en aquel.

Despues rogó al viajero que escribiese su nombre en un registro que llevaban con este objeto. Víctor Hugo iba á satisfacer este deseo cuando, al hojear el libro para buscar una página en blanco, encontró su nombre debajo de algunas líneas de letra pequeña y redonda. Desesperado entonces de saber imitar la letra y firma de modo que no le acusasen de falsificador, escribió: *In se magna ruunt*, y firmó: *Lucano.*

XXXVI.

Fragmentos de cartas.

El general Hugo ofreció á sus hijos pasarles una pension si querian dedicarse á una profesion más regular y menos aleatoria que la de la literatura. Víctor rehusó y se encontró reducido á sus propios recursos. Toda su fortuna consistia en ochocientos francos, que habia ganado en sus publicaciones. Con este modesto capital se lanzó á lo desconocido.

Su vida exterior tenia un principio de autoridad y de brillo; el mundo le buscaba; por todas partes se veia invitado: entre otras he visto una carta que le decia lo siguiente: "El conde de Chabral, prefecto del Sena, y la condesa de Chabral, ruegan al señor Víctor *Hugot*, individuo de la Academia de Juegos Florales, que les dispense el honor de ir á comer con ellos el sábado 29 de Diciembre, á las cinco y media de su tarde.„ Pero cuando Víctor entraba en aquella casa, desierta para siempre por la ausencia de su madre, se encontraba solo en el mundo. No pudiendo vivir así, fué á casa del señor Foucher y le pidió la mano de su hija.

Para esto solo contaba con su valor y con el corazon de la mujer que adoraba. Los señores Foucher, consultando el sentimiento de su hija, las simpatías que les inspiraba aquel jóven, que por sí mismo trataba de crearse un porvenir y que aceptaba tan resueltamente los azares del destino, consintieron en el matrimonio, que retardaron hasta que Víctor adquiriese posicion menos insegura.

Apoyado en esta promesa, se dedicó á trabajar con extraordinario ardor. Fué periodista, escribió poesías de todas clases, novelas y dramas. Por espacio de dos años llevó una existencia activa, anhelante, febril, llena de sueños, de esperanzas y de inquietudes.

Tenia un consentimiento, pero necesitaba otro; el de su padre. Le obtendria? Defirió pedirlo hasta que lo necesitara. Los fragmentos siguientes darán una idea de sus ocupaciones y del estado de su espíritu durante estos dos años:

"...Nada consigue desesperarme; un pequeño contratiempo no puede abatir á un gran corazon. No desconozco la incertidumbre ni las amenazas del porvenir; pero he aprendido de una madre fuerte que pueden dominarse los acontecimientos. Muchos hombres caminan con paso tembloroso por un suelo firme; cuando se tiene la conciencia tranquila, cuando se persigue un fin legítimo, se debe andar con paso firme por un suelo tembloroso.

„Trabajo en obras puramente literarias que me dan libertad moral, y espero que me conquisten la independencia social.

„Las cartas consideradas como goces íntimos son una felicidad en la felicidad y un consuelo en la desgracia. En este momento mismo me arrancan del torbellino de la sociedad de un pueblo pequeño para sumirme en un aislamiento, en el que me puedo entregar por completo á tristes y dulces afecciones.

„Me parece que en este retiro estoy cerca de dos séres que ocupan toda mi vida, aunque el uno esté lejos de mí y el otro no viva ya. Mi existencia material está muy vacía y demasiado abandonada para que yo no trate de crearme una existencia ideal, poblada de los séres que me son queridos. Gracias á las letras puedo conseguirlo.„

Desgraciadamente la literatura no era para él siempre un consuelo. Su fama naciente le exponia á ataques violentos. No estaba aún acostumbrado á las enemistades y á las injurias, y no tenia para ellas la indiferencia que le dió más tarde la costumbre de sufrirlas. Su estado general de sufrimiento se las hacia más sensibles y le exageraba la importancia de esos alfilerazos.

"No puedes figurarte la multitud de disgustos que me asedian. Independientemente de mis penas y de mis inquietudes domésticas, tengo que resignarme á todos los disgustos que causan los ódios literarios.

„No sé qué demonio me impulsó á seguir una carrera en la que cada paso suscita una sorda enemistad ó una baja rivalidad.

"Esto me lastima, y por las letras me

avergüenzo de que esto suceda. Es muy triste despertarse cada dia siendo blanco de los ataques de una turba de enemigos, á los que ningun daño ni perjuicio hemos hecho y á los que quizás no hemos visto nunca.

„Quisiera inspirarte estimacion á la noble y grandiosa profesion de las letras, pero me veo obligado á convenir que en ella tenemos que hacer extraño estudio de las bajezas humanas. Es en cierto modo un gran pantano, en el cual hay que sumergirse si no se tienen alas para sostenerse encima del fango.

„Yo, que no tengo las alas del talento, pero que me he aislado por mi carácter inflexible, estoy tentado algunas veces de reirme de todos los disgustos que piensan causarme; pero otras veces, que son las más, lo confieso para vergüenza de mi filosofía, estoy dispuesto á incomodarme. Creerás quizá con apariencia de razon que, atendiendo á los importantes intereses que me ocupan, deberia ser insensible á esas miserias; pero precisamente el estado de irritabilidad en que me encuentro es el que me las hace insoportables; si fuera feliz, solo me importunarian; siendo desgraciado, me son odiosas: padezco mucho cuando miserables moscones vienen á posarse sobre mis llagas.

„No hablemos más de esto, no quiero abusar de tu bondad, y esas miserias no valen la pluma con que escribo ni el papel que emborrono...„

Pero pronto adquiria un tono firme y activo.

"He encontrado á mi vuelta un contratiempo literario para adiestrarme en la virtud de la paciencia. Soy tan insensible á las malas acciones como sensible á las buenas. Hay en el mundo algunos séres villanos, para quienes no es suficiente mi desprecio y que desean provocar mi ódio; pero no lo conseguirán.„

Despues reflexionaba y conocia que iba adquiriendo ese sentimiento de indulgencia universal, que más tarde le inspiró *La oracion para todos* y todas sus obras dramáticas.

"No puedes figurarte con qué benevolencia miro á todos mis hermanos de la humanidad. Me he acostumbrado á buscar en el mal que me hacen el motivo que les impulsa á ello, y entonces mi momentánea cólera se transforma en larga y profunda compasion. Algunas veces me sucede que encuentro un principio loable en el orígen de una mala accion. Entonces ya comprenderás que no encierra ningun mérito consolarse del mal recibido y perdonarlo...„

Explicaba á la que iba á ser su esposa lo que era para él la poesía.

"En dos palabras, la poesía es la expresion de la virtud. Un alma pura y un hermoso talento poético son casi siempre inseparables. La poesía nace del alma, y puede manifestarse lo mismo por medio de una buena accion que por medio de un hermoso verso...„

Y en otra carta:

"Los versos no son la poesía. La poesía está en las ideas; las ideas vienen del alma; los versos no son más que una vestidura elegante que cubre su hermoso cuerpo. La poesía puede expresarse en prosa, pero es más perfecta con la gracia y la majestad del verso. La poesía del alma es la que inspira los nobles sentimientos y las nobles acciones y los nobles escritos. Un poeta que sea hombre indigno, es un sér desgraciado más bajo y más culpable que el hombre indigno que no es poeta...„

No veia el amor menos grande que la poesía.

"Hay dentro de nosotros un sér imaginable que está como desterrado en nuestro cuerpo, al cual ha de sobrevivir eternamente. Este sér, de esencia más pura, de mejor naturaleza, es el alma; el alma, que alimenta todos los entusiasmos, todos los afectos, que concibe á Dios y el cielo. El alma, como superior al cuerpo, al que está unida, quedaria sobre la tierra en aislamiento insoportable si no le fuese permitido elegir entre las demás almas una compañera que divida con ella la desgracia en este mundo y la ventura en la eternidad.

„Cuando dos almas que se han buscado, durante más ó menos tiempo, entre la multitud, se encuentran por fin; cuando han conocido que se convienen mútuamente, que se comprenden, que se entienden, en una palabra, que son semejantes una á otra, se establece entre ellas union ardiente y pura, union que empieza en la tierra para no concluir en el cielo.

„Esta union es el "amor„, el amor verdadero, tal como lo conciben pocos hombres; el amor, que es una religion que diviniza al sér amado, que vive del sacrificio y del entusiasmo, y para el cual los mayores sacrificios son los mayores placeres...

„... El amor, en su acepcion divina y verdadera, eleva todos los sentimientos sobre la miserable esfera humana y nos

liga á un ángel que nos asciende sin cesar al cielo.„

Sus negocios no iban tan bien como él quisiera; las promesas con que habia contado no se realizaban: obstáculos imprevistos le arrojaban lejos del fin que habia creido tocar, y le desanimaban.

Escribia al señor Foucher:

“... Todo mi porvenir está en el vacío.

„Nada de positivo, nada de cierto; quisiera estar seguro de algo, aunque fuese de la desgracia; á lo menos podria caminar sabiendo á dónde iba: en los momentos actuales es preciso esperar.

„La única cualidad que tengo, la actividad y la energía para obrar, está paralizada; las circunstancias me exigen que tenga paciencia, virtud que no tengo y que probablemente no tendré nunca...

„Es imposible que dure el estado de paralizacion en que me encuentro, y haré todo lo posible por que cese cuanto antes; prefiero morirme en un rio á ahogarme en un estanque.„

El señor Foucher trataba de calmarle.

“Comprendo vuestro estado. Luis XIV decia de un oficial pobre, que preferia la cruz de San Luis á una pension:—“No está descontento.„ Lo mismo diré yo de un jóven que prefiere una desgracia á una incertidumbre paralizadora, y á quien las circunstancias colocan entre su presente y su porvenir. Sin embargo, no parece que la situacion haya empeorado. Esperemos. Los obstáculos no serán siempre superiores á nuestros esfuerzos, y hasta que podamos dominarlos, aplaquemos nuestra impaciencia explotando el dominio de lo que nadie puede arrebatarnos. Trabajaremos. La literatura es un vasto campo, en el cual habeis sembrado ya; recoged el fruto. Que sea dulce ó amargo, que esté verde ó maduro, no os importe...„

En medio de estos disgustos, de estos obstáculos, de estas esperanzas y de estas incertidumbres, solo una cosa no variaba en él: la inflexible voluntad de no llegar al fin sino por medios dignos y que no perturbasen su conciencia. Sentia tanta necesidad de merecer la felicidad como de conseguirla.

“... Si para acelerar la época de mi felicidad no hago nada contrario á mi carácter, será una gran prueba en mi favor. Es muy cruel la posicion del hombre independiente por sus principios, por sus inclinaciones y sus deseos, que es dependiente por su edad y por su pobreza. Si salgo de esta prueba puro como he entrado, me creeré con derecho á merecer la estimacion conquistada por mí mismo. Tengo que acallar muchos disgustos, porque me veo obligado á trabajar en medio de tanta agitacion...„

“...Todos los caminos son buenos, con tal que pueda caminar recto y firme, sin arrastrarme y sin bajar la cabeza.

„Este era mi pensamiento cuando te decia que preferia crearme medios de existencia trabajando, á esperarlos de la orgullosa benevolencia de los hombres poderosos. Hay muchos medios de hacer fortuna, y yo la hubiera conseguido ya si hubiera querido comprar favores con lisonjas. Ese no es mi camino... ¿Qué le queda al jóven que no quiere caminar por el camino ancho? La conciencia de su fuerza y de su propia estimacion. Es preciso abrirse paso noble y francamente y caminar tan de prisa como se pueda sin causar perjuicio á nadie y confiar en la justicia de Dios.„

Extracto tambien las siguientes líneas, por las que puede verse nacer en él el deseo de tener ideas propias y de no seguir ciegamente las ideas y las opiniones que recibió de los demás siendo niño:

“...Hago poco caso, lo confieso, del espíritu de rutina, de las creencias comunes, de las tradiciones convencionales; porque creo que el hombre prudente debe examinarlo todo á sangre fria antes de admitirlo; si se engaña, no será culpa suya.„

XXXVII.

Lamennais, confesor de Víctor Hugo.

Entonces escribió el *Han de Islandia*. En una de sus cartas se lee: “En el mes de Mayo último, la necesidad de emitir ciertas ideas que pesaban sobre mí y que no admite el verso francés, me hizo escribir una novela en prosa. Tenia el corazon lleno de amor, de dolor y de energía; no me atrevia á confiar sus secretos á ningun viviente, y escogí un confidente mudo, el papel. Sabia además que esta obra podia proporcionarme algun rendimiento; pero esta consideracion era muy secundaria cuando empecé el libro.

Trataba de depositar en alguna parte las agitaciones de mi corazon jóven y ardiente, la amargura de mis quejas, la incertidumbre de mis esperanzas.

Queria pintar un jóven que realizase el ideal de todas las imaginaciones frescas y poéticas, con el fin de consolarme tristemente trazando la imágen de la que habia perdido y que solo se me aparecia en un porvenir lejano. Queria colocar al lado de este tipo un jóven, sino como soy, como quisiera ser. Estos dos personajes me servirian para el desarrollo de un suceso, mitad historia, mitad invento, del cual resultara una gran conclusion moral que fuese la base á la obra.

En torno de estos dos actores principales colocaba otros varios destinados á variar las escenas y á poner en movimiento las ruedas de la máquina.

Estos personajes estaban agrupados en diversos planos, siguiendo el órden de su importancia. Esta novela era un gran drama, cuyas escenas eran actos, en los cuales la descripcion suplia las decoraciones y los trajes. Por lo demás, todos los personajes se pintaban por sí mismos; era una idea que me habian inspirado las composiciones de Walter Scott, y que yo queria intentar por interés de nuestra literatura.

Empleé mucho tiempo en reunir materiales históricos y geográficos y en madurar la concepcion, en disponer las masas y en combinar los detalles. Empleé tambien en esta obra todas mis escasas facultades: de modo que cuando escribí la primera línea, sabia ya la última. Pero apenas la empecé, una terrible desgracia vino á dispersar todas mis ideas y á anonadar todos mis proyectos. Olvidé esta obra...„

Chateaubriand fué nombrado juez de los Juegos Florales. Sus cartas debian remitírsele por medio de un académico; habia seis en París, y entre ellos uno compañero de Chateaubriand en la Cámara de los Pares. Sin embargo, fué elegido Víctor Hugo, que era el más jóven.

Víctor habia conservado, por medio de correspondencias amistosas, relaciones con Alejandro Soumet. Un dia vió entrar en su casa un hombre de unos cuarenta años, de buena figura, simpático, cuyos labios entreabria la sonrisa que dejaba ver sus hermosos dientes. Era el señor Soumet, que iba á establecerse en Paris. Fueron amigos en seguida. Soumet era la realizacion del ideal de lo que se entiende vulgarmente por un rostro poético: largas cejas negras sombreaban sus ojos, que solia elevar al cielo cuando hablaba; su boca tenia expresion seráfica; sus caidos cabellos los reemplazaba un tupé, que solia llevar desordenado, como la inspiracion. Tenia algo del caballero y del bardo y un poco de provinciaño: su aspecto exterior denotaba gran rectitud, generosidad rara y firmeza á toda prueba.

En la misma semana Víctor recibió una visita del duque de Rohán, que iba por el invierno á Paris y se convertia en simple seminarista. Una tarde que Víctor habia ido á verle á su celda, entró un viejo sacerdote ya decrépito: caíale la cabeza sobre el pecho, andaba temblando y apoyado en un baston muy alto. El leviton raido y el pantalon, cuyos hilos podian contarse, completaban su aspecto miserable. Pero aquel anciano era simpático.

—Parece que estais muy alegre, le dijo el duque. ¿Os ha sucedido algo bueno?

—Sí, contestó el anciano; cobraba como vicario de San Nicolás de Chardounot cuatrocientos cincuenta francos al año, y ahora me han reducido el sueldo á trescientos cincuenta. Doy gracias á Dios, porque no creia que me pusiera ya á prueba estando tan cercano á la muerte.

Víctor miró aquel hombre para ver si hablaba sériamente, pero el moribundo no podia burlarse de la tumba, y Víctor vió en sus ojos que hablaba con sinceridad.

Algunos dias despues, yendo el duque á su casa, le encontró triste y preocupado y le habló del viejo sacerdote.

—Mirad, le dijo; ese viejo está enfermo, es miserable; no tiene más que un bocado de pan; le quitan la mitad y está contento. Eso es la religion. ¿Encontrareis alguna filosofía, la mejor de todas, que nos haga felices en la desgracia?

—Yo soy religioso, le repliqué.

—Teneis confesor?

—No.

—Pues os hace falta uno, y yo me encargo de buscároslo.

Víctor se encontraba en una de esas horas de desesperacion, en las que no tenemos dominio sobre nosotros mismos y nos dejamos llevar de los acontecimientos; por otra parte, le era indiferente confesar una vida en la que nada tenia que ocultar. El duque le decidió sin ningun esfuerzo, y para que no se arrepintiese, volvió á verle al dia siguiente por la mañana.

Preparábase Víctor á desayunarse, tomando un par de huevos blandos y un vaso de agua, cuando entró el duque.

—No os desayuneis, le dijo. Almorzaremos en casa del abate Frayssinous.

El abate Frayssinous era aquel año el abate de moda. Llamaba á sus sermones *Conferencias;* decia *señores* en lugar de *hermanos mios*, y entonces la iglesia de San Sulpicio era muy pequeña. Vivia en la abadía de los Bosques, donde tenia un solo departamento que servia á la vez de alcoba, de comedor y de sala. Esperaba á sus dos convidados y les hizo participar de su almuerzo, que no se diferenciaba mucho del que Víctor no habia comido en casa. La concision de los manjares fué reparada ámpliamente por la abundancia de las palabras.

El predicador empezó su papel de director de Víctor trazándole la conducta que debia seguir. La religion no condena á los hombres á la claustracion ni á desligarse de los intereses terrestres: Dios no dá el talento para huir de él, sino al contrario, para emplearle en el triunfo de la verdad y en la propagacion de las buenas doctrinas; uno de los mejores medios de propagar la fé es andar por el mundo y predicar la piedad con la palabra y con el ejemplo. Víctor no debia dedicarse solo á la literatura, sino que debia aspirar á la autoridad directa en la política. El clero le ayudaria.

Esta religion mundana y cómoda no era lo que Víctor queria. El abate concluyó por serle antipático al hablarle bien de los jesuitas y mal de Chateaubriand, á quien calificó de jacobino disfrazado, más peligroso porque iba enmascarado.

—No podeis, pues, tomar por sacerdote á un cualquiera: si tomais un cura vulgar, sereis vos el director; necesitais un hombre inteligente. Veamos; ¿quereis un sacerdote austero? Quereis á Lamennais?

—Lamennais? En seguida, contestó Víctor.

Quedaron convenidos que irian á verle al dia siguiente.

Cuando Víctor volvió á su casa encontró al señor Soumet en la escalera.

—Querido, le dijo Soumet, vengo á deciros que estais convidado á comer en casa de la señorita Duchesnois. ¿Os asombra esto? Aunque no la conoceis, ella os conoce y sabe de memoria vuestros versos.

Víctor quiso rehusar y dijo que tenia mal humor y que no podria ser convidado agradable.

—Esa es una razon más para que os distraigais. Por otra parte, lo he prometido, y si no os llevo, la señorita Duchesnois me ha amenazado con devolverme el papel que la he repartido.

Estábase entonces repitiendo en el teatro Francés la obra *Clitemnestra*, en la que Talma hacia el papel de Orestes.

Víctor se dejó llevar, y los dos amigos fueron á llamar á una casita de la calle de la Tour-des-dames. Una escalera de caracol, alumbrada por una lámpara de alabastro, les condujo á una habitacion, cuyo mueblaje, de época del imperio, era rico, ya que no podia ser de gusto; atravesaron este salon, entraron en otro, y Soumet dijo:

—Aquí le teneis.

En seguida levantóse un portier y apareció una mujer descotada hasta medio cuerpo. Dió las gracias á Víctor y le introdujo, hablándole de sus odas, en un gabinete donde habia otra actriz, gruesa, pecosa de viruelas recientes y no menos descotada que la señora de la casa, la señorita Leverd.

Otra tercera jóven estaba comiendo, la señora Sofía Gay, de quien se representaba aquella misma noche por primera vez una ópera cómica, *Le Maitre de Chapelle.* Felicitó á Víctor, pero se admiró de su rostro de colegial. Su hija Delfina, apenas adolescente, hacia odas admirables, y propuso que una tarde se reuniesen los dos jóvenes para hablarse en verso.

La comida fué exquisita. Víctor estaba entre la Duchesnois y la Leverd, y pensaba algunos momentos en la singularidad de aquel dia, que habia empezado por un desayuno entre dos curas y concluia por una comida entre dos actrices.

El señor Soumet, que era meridional, y por consiguiente muy campechano, tuteaba á las dos actrices y las llamaba sencillamente por su nombre:—Dime, Leverd... Te ha dicho Duchesnois?... etc.

Esto chocaba mucho á Víctor, que no ha tuteado nunca á ningun actor, ni ha llamado á ninguna actriz más que *señora.*

La señora Gay les habia llevado un palco para que presenciasen la primera representacion de su obra. Fueron, pues, á ver *Le Maitre de Chapelle.* El palco estaba enfrente del escenario, y tenia tres asientos en fila: la trágica y la cómica pusieron á Víctor en medio de las dos.

Su celebridad, y sobre todo su aspecto grave y pudibundo, les llamó la atencion, y le hicieron mil arrumacos, que su tosquedad recibió con más modestia que vanidad. Le pareció la pieza muy larga, y solo le gustó el desenlace.

—Vamos, le dijo Soumet al retirarse, creo que habeis pasado una buena noche. La trágica más celebre, la cómica más alegre y la mujer más literata de la época solo han tenido ojos para vos. Vaya! ¡Con qué interés os preguntaban Duchesnois y Leverd cuándo volveríais á verlas! Vamos, decidme á cuál visitareis mañana.

—Mañana, contestó Víctor Hugo, iré á casa de Lamennais.

Aquellas mujeres, medio desnudas y tuteadas en público, pertenecian á un mundo distinto del que ocupaba su triste imaginacion.

Al dia siguiente despertó más dispuesto á la vida severa y religiosa, y se alegró mucho de ver entrar en su casa al duque de Rohán. Subieron en su carruaje y se dirigieron al arrabal de San Jacobo.

Víctor descubrió un gran árbol que dominaba el patio de los Sordo-mudos.

—Ese árbol, dijo al duque, es un antiguo amigo mio. En este barrio he pasado lo mejor de mi infancia. ¿Vive cerca de aquí el abate Lamennais?

—Ya llegamos.

El coche entró en el callejon de las Fuldenses y se detuvo á la reja.

—Cómo! exclamó Víctor; ¿vive el señor Lamennais en las Fuldenses?

—Sí. Por qué os admira eso?

Víctor le explicó que allí habia pasado precisamente su infancia. Entraron en el cuarto en que habia vivido la señora Hugo. Nada habia cambiado; solo habia allí mucho desórden; la sala y el comedor estaban llenos de maletas y de bultos empaquetados, entre los cuales iba y venia un hombrecillo de rostro bilioso, de grandes ojos inquietos, y cuya nariz casi cubria la barba. Lo más notable que tenia era el contraste de la expresion casi infantil de su boca con las demás facciones de su rostro, contraidas y nerviosas.

Aquel hombre, pobremente vestido, llevaba un leviton usado de paño burdo gris, que permitia ver la camisa basta y la corbata que habia sido negra; el pantalon era muy corto, apenas le llegaba al tobillo; por bajo de él salian medias azules desteñidas; á cada paso que daba se oia sonar la triple fila de clavos que fortalecian sus gruesos zapatos de campo.

—Mi querido abate, le dijo el duque, os traigo un penitente.

Nombró á Víctor y Lamennais le tendió la mano.

La llegada de Víctor no fué oportuna, porque iba á confesarse cuando Lamennais se mudaba de casa. El abate Caron, con quien vivia Lamennais, dejaba las Fuldenses y Lamennais se marchaba de allí tambien aquella tarde.

Dió, pues, las señas de su nueva casa y le citó para dia determinado.

Víctor se confesó formalmente y con todo el escrúpulo del exámen de conciencia. Su gran pecado eran los arrumacos que le habian hecho las señoritas Duchesnois y Leverd. Lamennais, al saber lo que constituia sus grandes crímenes, reemplazó en lo sucesivo la confesion por agradables pláticas.

XXXVIII.

Casamiento.

Volvemos á encontrar al célebre poeta instalado en la calle del Dragon, número 30. Vivia con un primo, tambien jóven, hijo de un hermano de la señora Hugo, el cual habia ido de Nantes á Paris á estudiar Derecho. Alquilaron juntos una buhardilla de dos habitaciones; una la destinaron á sala de recepcion: su lujo consistia en una chimenea de mármol, sobre la cual estaba colgada la flor de oro de los Juegos Florales. La otra habitacion era una especie de callejon mal alumbrado, y en la cual apenas cabian dos camas.

Víctor tenia setecientos cincuenta francos, con los cuales vivió un año. Los que quisieran saber cómo, se enterarán leyendo el diario de gastos de Mario en *Los Miserables*. Sin pedir prestado nunca y hasta prestando más de una vez un napoleon á algun amigo, encontró medios para comprarse un soberbio frac azul con boton dorado y para vengarse del almuerzo al que le convidó Enrique Delatouche en su casa, en la que tenia lujosa habitacion y donde le dió de comer patatas cocidas y una taza de té, convidando á éste á otro almuerzo de dos luises.

Los primos tenian un armario para los dos; esto era demasiado para Víctor, que solo poseia tres camisas, pero no para su primo, que tenia ropa blanca abundante, como todos los provincianos. Las tablas se doblaban bajo el peso enorme de sus camisas, que cuidaba con esmero y que enviaba á colar y á lavar á Nantes.

Era un jóven metódico que tenia gran cuidado de ponérselas por órden de antigüedad en el lavado, y estaba tan bien surtido de ellas, que las que primero se lavaban se quedaban amarillentas y contrastaban con las de Víctor, que, como no tenia más que tres y las usaba mucho por necesidad, las conservaba muy blancas.

Víctor se avenia perfectamente con su primo, que tenia buen corazon y era muy laborioso. Iba una vez por semana á los Consejos de Guerra. El señor Foucher no queria que fuese con más frecuencia, porque veia muy lejos el casamiento. Pero la señora Foucher suavizaba la inflexibilidad paternal yendo á pasear muchas veces al jardin del Luxemburgo con su hija y autorizando á Víctor para que acudiese allí á pasear con ellas.

Por otra parte, su buhardilla empezaba á recibir visitas. Soumet llevó allí á varios amigos, á Alejandro Guiraud, á Pichet, á Julio Lefevre, etc. Soumet, Guiraud y Pichet escribian para el teatro, y tenian el presentimiento de un arte nuevo, y aunque desconocian su potencia, rejuvenecian la tragedia.

El señor Soumet confió un dia á Víctor Hugo que vacilaba entre dejar ó suprimir este verso, que escribió para su *Clitemnestra*:

¡Quelle hospitalité funeste je te rends!

—Estoy en duda si dejo ó suprimo este verso en la representacion.

—Por qué? le preguntó Víctor Hugo.

—¿No os choca ese epíteto que se monta en el hemistiquio?

—Ah! dijo Víctor; yo les haré tragar versos montados con más violencia.

Soumet se fué algo más tranquilo, pero pronto volvió á tener miedo é hizo decir á Talma:

¡Quelle hospitalité, Pílade, je te rends!

Tambien representó Talma *Los Macabeos*, de Guiraud. El *Leonidas*, de Pichet, consiguió un éxito mediano, y el autor no vivió mucho más que la obra. Pichet, que tenia las espaldas muy anchas, los cabellos negros y abundantes y un aire de tambor mayor, murió muy jóven.

Julio Lefevre, sin escribir tragedias, era enteramente trágico. Con aspecto byroniano, con el cabello suelto y desordenado, con los ojos profundos y la voz cavernosa, escribia versos buenos, pero oscuros; hablaba poco; era misterioso, fatal y funesto. El matrimonio y su rico y buen fondo disimulaban esta fatalidad; Lara conoció que era un bravo.

Emilio Deschamps habia traido á este grupo su talento sutil y benévolo. Era muy inteligente y muy entusiasta, é iba de salon en salon difundiendo la fé en los talentos jóvenes. Sus versos, de una originalidad moderna y conciliadora, contribuian á convertir la parte timorata del público. Su desgracia consistió, precisamente, en haber sido demasiado bien recibido; sus versos de salon y de álbum se leyeron con avidez, y se conoció que, por dejarse arrastrar, más que por impotencia, achicó su poesía para ajustarla á las exigencias sociales. Era un pensador transformado en hombre de mundo.

La pléyada se aumentó con Alfredo de Vigny, que era entonces capitan del cuarto regimiento de la Guardia. Una mañana reunió á Emilio Deschamps y á Víctor Hugo y se los llevó á almorzar á Courbevoie, donde estaba acuartelado su regimiento; los tres poetas convinieron en hablar siempre en verso por el camino y se entregaron á un diálogo absurdo y á los sobresaltos de la improvisacion, con lo que consiguieron que el cochero los tomase por tres imbéciles.

Emilio Deschamps presentó despues á su hermano Antonio, el traductor del Dante, espíritu franco y corazon leal, capaz de comprender y de amar á todos los génios.

Soumet llevó á Víctor á casa de la señora Gay, cuya hija Delfina le acogió fraternalmente. La señora Gay refirió que su hija habia adquirido por sí sola cuando tenia catorce años el dón de la poesía, un otoño, que estaba en el campo paseándose solitaria por una alameda. La señora Gay, que tambien escribia, no prohibia á su hija que lo hiciera, pero la daba consejos. Sabiendo por experiencia que hay siempre predisposicion á juzgar con ligereza la literatura de las mujeres, le habia dicho:—“Si quieres que tomen en sério lo que escribas, dá tú el ejemplo; estudia á fondo la lengua; de otro modo no podrás reconvenir á los que han estudiado el latin y el griego.„ El otro consejo era que no ostentara su traje ninguna de las escentricidades de las *bas bleus*; que se asemejase á las demás damas en el tocado y solo se diferenciase por su talento, repitiéndola sin cesar:—“Sé mujer por el traje y hombre por la gramática.„

Delfina Gay frecuentaba las reuniones. Se presentaba siempre vestida con sencillez, ordinariamente con un vestido

de muselina blanca; un chal de gasa azul cubria sus anchos hombros y su airoso talle; en sus hermosos cabellos rubios no llevaba flor alguna. Ni era caprichosa ni estaba infatuada. Cuando la pedian versos, los decia; pero despues modestamente volvia á confundirse con las demás jóvenes.

Una noche que la felicitó una dama elegante en uno de los salones, la respondió:—"Mejor debia yo felicitaros; para nosotras las mujeres, vale más inspirar versos que escribirlos.„

Víctor habia publicado hasta entonces sus odas en el *Conservador literario*, ó en folletos en casa de un librero del Palacio Real, llamado Delantray. Abel le aconsejó que las reimprimiese en un tomo. Pero ningun editor queria hacer los gastos que ocasiona la impresion de un tomo de versos, y Víctor no podia pagarla. Se abstuvo, pues, de esta ambicion demasiado alta, y quedó un dia sorprendido al recibir las pruebas de un pliego con la cifra I al pié. Abel, sin decirle nada, se habia apoderado del manuscrito y lo habia llevado á un impresor.

Necesitaba ya entonces quien vendiera la edicion. Los libreros no se cuidaban de poner versos en el escaparate, porque creian que usurpaban el sitio á los otros libros. El tio de un amigo de Abel consintió en exponer en los escaparates las *Odas* por complacer á su sobrino.

El tomo, titulado *Odas y poesías diversas*, no hacia un cuarto de hora que estaba en el escaparate, cuando pasó un transeunte y lo compró. Este transeunte era el señor Mennechet, lector de Luis XVIII.

Luis XVIII cogió el volúmen, lo miró, lo abrió y dijo:—"¡Qué mal perjeñado está!„ El libro, en efecto, no era para los bibliófilos: estaba impreso en papel gris y súcio, con caractéres gastados. La cubierta, que era muy estrecha, estaba adornada con un dibujo que figuraba un vaso cubierto de serpientes, que pretendian ser sin duda las serpientes de la Envidia, pero que parecian las culebras de una botica escapándose del tarro.

Sin embargo, esta triste apariencia no fué obstáculo para que el rey leyese las *Odas*, las volviese á leer y las anotase con su propia mano. Sus anotaciones eran en general puristas; se ofendian de las innovaciones y más eran hostiles que favorables al autor. La oda que mejor le habia parecido era la que hablaba de él, y escribió en el márgen: *Sobresaliente*.

Víctor envió el libro á Lamennais, y éste le contestó:

"Chenaie 3 Junio.

„He leido vuestras poesías, mi querido Víctor, y os agradezco el placer que me habeis proporcionado. Los buenos versos se parecen á la luz del medio dia, que colora todos los objetos y derrama sobre ellos tintas más variadas y más armoniosas...

„Teneis razon cuando pensais en un porvenir seguro. Nadie conoce mejor que yo las dificultades que quisiera que venciéseis. Tambien espero vencerlas algun dia, pero me faltan muchos años de trabajo. Por lo demás, experimento gran tranquilidad abandonándome en manos de la Providencia; ¡es tan buena para sus hijos! Y esto no obstante, nos inquietamos como si fuéramos huérfanos. Un amigo mio que estaba emigrado habia agotado todos sus recursos; no le quedaba más que una moneda de poco valor: la contempló, y al leer estas palabras: *Deus providebit*, sintió renacer su confianza, y aunque desde entonces experimentó grandes reveses, nunca le faltó lo necesario.

„Me preguntais, querido amigo, hasta dónde tengo escrito del tercer tomo: le he terminado ya, pero no concluí la obra. Mi pensamiento se reducia al principio á ofrecer solo resultados; pero éstos, aunque incontestables, habrian sido contestados, atendida la disposicion de los ánimos respecto á mí. Me he decidido, pues, á presentar las pruebas de todo lo que aventuro; es decir, el cuadro de la tradicion del género humano sobre las grandes verdades de la religion. Conozco que esta ampliacion hará languidecer la tercera parte del *Ensayo*, pero ¿qué he de hacer? El autor perderá tal vez, pero la verdad ganará, y esto es lo que deseo; lo demás es demasiado baladí para preocuparme. De modo que, aunque he terminado este tomo, me quedan otros dos por escribir, é invertiré en ellos año y medio de trabajo. Lo que me apena es estar separado tanto tiempo de mis amigos. Me es preciso decirme de cuando en cuando que Dios lo quiere, y esta reflexion responde á todo y me consuela de todo. Rogad por mí, querido Víctor. No os olvido nunca, y vuestro recuerdo es uno de los más gratos á mi corazon.

„Vuestro amigo,

F. M.„

Víctor estaba en Gentilly mientras se publicaba su libro. Allí habia adquirido una casita la señora Foucher aquel año, y Víctor obtuvo permiso para pasar el verano cerca de su prometida. La señora Foucher ocupaba un piso en un antiguo presbiterio, donde no habia ni una habitacion libre; pero la casa, reedificada y moderna, habia conservado en pié una antigua torrecilla de la antigua construccion, en la que habia un cuarto que era un verdadero nido de pájaro ó de poeta. Cuatro ventanas á los cuatro puntos cardinales recibian la luz á todas horas del dia.

Los inquilinos tenian un vasto terreno flanqueado por álamos de gran altura y de gran espesor. Parte de este terreno estaba cultivado y ofrecia el alegre aspecto del campo: lo demás estaba inculto, pero lleno de flores. Una de las plantaciones de árboles se prolongaba hasta el Bievre, que separaba el antiguo presbiterio de la iglesia. Por el otro lado se descubria un valle verde y pintoresco.

La propietaria era una vieja lista, limpia y roja, muy económica y amiga de sacar partido de todo, hasta de sus vecinos los locos de Bicetre. Algunos de éstos, que eran inofensivos, tenian permiso para salir y paseaban por el bosque ó cuidaban el jardin; uno de ellos era tartamudo, bizco, mellado y muy alegre; le llamaban Coco; otro era un estúpido sombrío y mudo.

Los dos amantes se paseaban por el jardin y hablaban de su porvenir, tan próximo entonces, contemplando cómo desaparecia el sol detrás de las colinas. Otra pareja se cruzaba con ellos: el nieto de la propietaria y la hija del doctor Pariset, que iban á casarse tambien dentro de algunas semanas; que se detenian muchas veces, y el novio hacia á la novia ramilletes tan gruesos, que apenas podia llevarlos. Los cuatro amantes iban, venian y se encontraban con el lúgubre loco, que con la cabeza baja cavaba la tierra, ó con Coco, que reia á carcajadas.

Un dia Víctor llevó á su amada un papel cuidadosamente doblado y prendido con alfileres. Ella creyó que contendria alguna flor, y le abrió con precaucion; salió de él un murciélago; tuvo mucho miedo, y no perdonó esta sorpresa hasta que leyó los versos escritos en el papel, titulados: *El Murciélago*.

Creo que no he hablado aun de un segundo hijo de la señora Foucher, que se llamaba Pablo y que tenia entonces doce años. Estudiaba en el colegio de Enrique IV. Los domingos iba á Gentilly y llevaba algunas veces consigo un compañero casi de su misma edad, buen mozo, de talle suelto, de cabellos rubios como el lino, de mirada firme y clara y labios rojos. Su rostro sonrosado, oval, tenia la singularidad de que en él estaban reemplazadas las cejas por un círculo sanguíneo. Se llamaba Alfredo de Musset. Un dia despues de comer divirtió á todos con una broma imitando á un borracho con facilidad y con verdad extraordinarias.

El mal papel no perjudicó á la venta del tomo de poesías: la edicion, de mil quinientos ejemplares, se despachó en cuatro meses. El precio era tres francos y medio: el impresor y el vendedor se quedaban con tres francos. Víctor recibió setecientos cincuenta francos.

Como acababa de adquirir esta gruesa suma, era rico; el rey le habia señalado además una pension de mil francos de su bolsillo particular.

Con mil francos al año podia casarse. Volvió, pues, á Paris y se preparó para este gran dia. Lo primero que debian conseguir era el consentimiento del general. Víctor lo pidió con temor. El general se habia vuelto á casar, lo que le separó más de sus hijos, que conservaban perenne el recuerdo de su madre. ¿Le aconsejaria que negase el consentimiento su segunda mujer? No fué así; la bondad del general era superior á toda influencia y á todo rencor, y no se contentó con enviar el permiso, sino que él mismo pidió á la novia. Los siguientes párrafos están estractados de la carta que escribió á los señores Foucher:

“Las vicisitudes de mi larga carrera no me han permitido conocer tanto como vos á mis hijos. Creo que Víctor tiene sensibilidad exquisita, excelente corazon, y que todas sus demás cualidades morales responden á éstas. Ese corazon, esas cualidades, es lo que yo pongo á los piés de vuestra amable hija... Víctor me encarga que os pida la mano de esa jóven, de la que espera la felicidad y á la que espera hacer dichosa.

„Para vencer las dificultades que se oponian á esta boda, se ha proporcionado á sí mismo una carrera brillante, constituyendo con ella una dote, por decirlo así, para ofrecer á vuestra hija un estado conveniente, una esperanza y un porvenir: ya sabeis lo que es y lo que posee. Si tiempos más felices que los actuales permitiesen el cumplimiento del tratado de Mayo de 1814; si la comision mixta



LE ABRIÓ CON PRECAUCION, Y SALIÓ UN MURCIÉLAGO.

de secuestros é indemnizaciones diese dictámenes que aceptase el gobierno, Víctor recibiria de su padre lo necesario para establecer modestamente su casa...

„Tan pronto como reciba vuestra contestacion, si ésta es como espero, enviaré á Víctor el consentimiento que exige el artículo 76 del Código civil...„

Copio tambien algunos párrafos de la carta del señor Foucher.

"Víctor acaba de entregarnos la carta que os habeis dignado escribirnos. Víctor es tal como nos lo describís. Posee además esa gravedad que suple en los jóvenes á la experiencia que dan los años, y, lo que es más raro, aduna un gran desinterés á un gran espíritu de órden... Por lo que el casamiento que nos proponeis nos pareee tan ventajoso para Adela como honroso para toda la familia.

„Otorgamos, pues, con mucho gusto nuestro asentimiento, y por mi parte con mayor placer, porque hará revivir la antigua amistad que siempre me ha enorgullecido y que, general, veo no habeis olvidado.

„Siento no poder hacer por estos jóvenes todo lo que merecen. Adela llevará en dote dos mil francos en muebles, ropa y especies, y ambos tendrán en nuestra casa habitacion y asistencia mientras no puedan establecerse aparte. Este arreglo les convendrá sin duda, y nosotros no dejaremos de gozar de la presencia de nuestros hijos...„

Al saber el próximo casamiento, Lamennais escribia á Víctor:

"Chenaie 6 de Octubre.

„Un acontecimiento que fija vuestro porvenir debe afectarme mucho, querido Víctor. Vais á ser el esposo de una mujer á quien habeis amado desde la infancia, y que es digna de vos como vos sois digno de ella. Espero con todo mi corazon que Dios bendecirá esa union, que parece ha sido preparada por *El* mismo con un cariño largo é invariable y con una mútua ternura tan pura como cariñosa. Al sentir la felicidad de estar unido para siempre á la que ha elegido vuestro corazon y que os ha guardado en el secreto del suyo fé tan constante, santificad esta felicidad con sérias reflexiones sobre los deberes que os habeis impuesto.

„No es el amor del jóven el que conviene á vuestro estado, sino un sentimiento más sólido y más profundo, aunque menos impetuoso.

„Sois esposo, sereis padre; pensad con frecuencia en lo que estos títulos exigen de vos. No lo olvidareis nunca si os acordais de que sois cristiano, si buscais en la religion la regla de vuestra vida y la fuerza necesaria para sufrir las penalidades, de las que nadie está exento, ni aun cuando es feliz.

„La alegría que sentís es legítima; está en el órden de Dios, si se la ofreceis, y me complazco en descubrir en vuestra carta la expresion sincera y cariñosa. Pero tened entendido que esa es una alegría temporal, y por lo tanto fugitiva como el tiempo. Hay otra alegría en la eternidad, que es la que debe ser objeto de todos los deseos de vuestra alma. Que el cielo derrame sobre vos y sobre la que desde ahora estará para siempre unida á vos los más dulces favores que puede conceder á dos esposos jóvenes. Dígnese apartar de vuestro camino en el mundo todo lo que pudiera afligiros y turbar vuestra paz. Estos son los deseos del más sincero de vuestros amigos.

F. M.„

Poco despues de esta carta vino el señor Lamennais á Paris y dió á Víctor la cédula de confesion que necesitaba para casarse.

Los setecientos francos que Víctor habia ganado con sus *Odas* no le bastaban para atender durante un año á las nuevas necesidades de su vida, y los gastó de un golpe en la compra de un cachemire francés, que fué la alhaja de su canastillo de boda.

El general no asistió al casamiento; los testigos de Víctor fueron los señores Soumet y Amelot. La ceremonia religiosa se verificó en San Sulpicio, en aquella misma capilla de la Vírgen, en que diez y ocho meses antes habia estado depositado el cadáver de su madre. Otra señora Hugo puso su reclinatorio donde estuvo el ataud y cubrió con su velo blanco el sitio del paño fúnebre.

El comedor de la casa Foucher era pequeño, y hubo que comer en una sala del Consejo de Guerra, separada por un tabique móvil de la sala en que Lahorie fué juzgado y condenado. Despues de la muerte de su madre, Víctor se encontraba con la de su padrino.

Al dia siguiente presenció algo más triste. Biscarrat, el pasante del colegio Cordier, estaba convidado, naturalmente, á la boda; mientras comian le chocaron algunas palabras incoherentes de Eugenio, cuyo humor caprichoso iba en

aumento de dia en dia. Biscarrat se lo hizo notar á Abel, y al levantarse de la mesa ambos se lo habian llevado de allí sin decir nada á nadie. A media noche se declaró su estado de locura. Al dia siguiente por la mañana Biscarrat acudió desconsolado. Víctor le siguió y encontró al compañero de su infancia en pleno delirio. Ya no se pensó más que en él.

El general, que no habia querido asistir á la felicidad, asistió á la desgracia, y vino á Paris.

Se apaciguó la crísis, y llegaron hasta abrigar alguna esperanza de salvacion; pensaron en retener en casa al enfermo, pero conocieron que estaria mejor cuidado en un establecimiento especial, y le llevaron al de M. Esguirol.

Pero no debia volver á adquirir la razon; la curacion le produjo la muerte.

XXXIX.

Alfonso Rabbe.

Víctor Hugo continuaba el *Han de Islandia* y le acabó en los primeros meses de casado, vendiendo la primera edicion por mil francos á un marqués arruinado que se habia dedicado á editor. Dicho editor le compró tambien al mismo tiempo la segunda edicion de sus *Odas*, que se publicaron esta vez en una forma más conveniente, reemplazando el vaso por la lira.

Supongo que el noble librero preferia los versos á la prosa, porque no se esmeró tanto en la publicacion del *Han de Islandia* como en la de las *Odas;* ó tal vez, por el contrario, creia que los versos tenian necesidad de escitar á los compradores con un buen aspecto y que la prosa seria comprada por sí misma. El hecho es que el *Han de Islandia* se imprimió en papel gris y grueso, y se publicó en cuatro tomitos sin nombre de autor, siguiendo el ejemplo que habian dado *René, Werther, Adolfo, El viaje alrededor de mi cuarto*, etc., cuya primera edicion no llevaba las firmas de Chateaubriand, de Goethe, de Benjamin Constant, de Javier de Maistre, etc.

Los periódicos, que habian sido en su mayor parte simpáticos á las *Odas*, no lo fueron al *Han de Islandia.* Empezaban entonces á dividirse en dos bandos los clásicos y los románticos, y éstos eran menos numerosos, sobre todo en los periódicos. Ese libro causó cólera y asombro. En un número de *La Cotidiana* se lee un artículo de Cárlos Nodier, que describe muy bien aquel momento literario y la impresion de gozo inquieto y violento que causaban las obras nuevas en los espíritus benévolos. De dicho artículo extracto los siguientes fragmentos:

"Los clásicos continúan reinando en nombre de Aristóteles en la literatura europea; pero reinan como los reyes destronados, que solo conservan de su poder derechos desconocidos y el vano aparato de un título sin autoridad. Su dominio es un vasto desierto, cuyas lánguidas y marchitadas producciones atestiguan al nacer la árida pobreza del suelo agotado de una naturaleza decrépita. Si las artes han de levantar algun monumento digno de la posteridad ha de ser en otro terreno. Si se eleva algun talento pródigo en ricas esperanzas, ha de afiliarse á otras banderas.

„Los clásicos tienen razon en los periódicos, en las academias, en los círculos literarios. Los románticos triunfan en el teatro, en las librerías y en los salones. Se respeta á los primeros, pero se lee á los segundos, y la obra más notable que pueda salir hoy de la buena escuela, no alcanzará ni por un momento la boga irresistible que consiguen los delirios más extravagantes que pululan en la escuela mala. De este resultado debe deducirse que el estado de la sociedad ha cambiado lo mismo que sus necesidades; que este órden de cosas es tan irreparable como inevitable, y que si no se admite á la literatura como hoy debe ser, se corre el peligro de carecer de literatura completamente.

„Uno de los caractéres de esta nueva literatura, el que probablemente será causa de que no la desprecie este pueblo patriota, es la observacion religiosa de las costumbres y de las localidades, á las que transporta hasta las ficciones de la imaginacion, las enseñanzas de la historia...

„El reverendo Maturino se ha hecho célebre en esta escuela por las fábulas monstruosas de Molmoth y Montorio... y se creia que el autor habia agotado en sus atroces combinaciones todos los horrores con que puede asustar á la imaginacion la poesía de los tribunales del crímen y del *pandemonium*, que ha recibido oportunamente el nombre de "género frenético„, y que se abstendria de

usarlo, á pesar de recibir esta imposicion de un crítico sin autoridad.

„Esto no obstante, existe en la nueva generacion de poetas que forman en Francia la escuela romántica un rival de ese triste novelista inglés, bastante desgraciado para sobrepujarle en la horrible exageracion de los medios, y que se apresura, con la prisa que es propia de la juventud, á gastar todos los recursos de la imaginacion, presentándose más deseoso de dar á conocer de un golpe las facultades que le concedió la naturaleza y el estudio, que de usarlas con habilidad para crearse envidiable reputacion. Hay en los hombres de cierta organizacion tentativas que tienen la gloria por objeto, como hay otras que aspiran á la felicidad y al placer. Las inteligencias precoces y las sensibilidades profundas no se preocupan del porvenir; le devoran. Las pasiones del hombre jóven y enérgico no conocen el dia de mañana: creen poder satisfacer todas sus ambiciones y todas sus esperanzas gozando de la fama y de los placeres de un dia.

„*Han de Islandia* ha sido el resultado de una de estas combinaciones, si así puede llamarse el instinto irreflexivo de un génio original que obedece, sin saberlo, á una impulsion extraña, á sus verdaderos intereses, pero cuya hermosa y vasta carrera puede justificar todo el bien que se promete y compensar con creces el temor que produjo el defecto del punto de partida.

„Solo es dado á muy pocos hombres empezar por semejantes errores y no dar otro alimento á la crítica que las faltas que ellos voluntariamente quisieron cometer.

„No analizaré el *Han de Islandia*, pero daré una idea de este libro, mucho más exacta de la que daria un análisis, diciendo que es una de esas obras á las que no se puede despojar del conjunto general de la ejecucion, sin caer en una caricatura tan injusta como fácil. Representaos á un autor condenado por su propia voluntad á buscar penosamente todas las enfermedades morales de la vida, todos los horrores de la sociedad, todas sus monstruosidades, todas sus degradaciones, todas sus horribles escepciones del estado natural y del estado civilizado, para ir luego á escoger en esa escoria algunas anomalías repugnantes, á las que apenas han dado nombre las lenguas humanas, como por ejemplo, el cadalso, la morgue, la horca, el antropófago, el verdugo, y que añade á todos esos terribles estados execrables ambiciones é incomprensibles alegrías. Eso es, pues, el *Han de Islandia.* ¿Por qué ingenio tan lúcido se creyó obligado á recurrir á semejantes artificios? ¡Le hubiera sido tan fácil prescindir de ellos!

„El conocimiento particular de los lugares ó de los estudios bien hechos han dado hasta cierto punto al autor del *Han de Islandia* esa verdad de color local que distingue al autor de *Waverley*, y digo hasta cierto punto, porque más familiar que él quizás con el cielo de las latitudes que describe, hubiera yo deseado ver en sus pinturas algunos de los efectos que eran fáciles de sacar de la medida desacostumbrada de los dias y de los caprichos de las estaciones polares. Se comprende, sin embargo, que el autor ha leido con provecho el *Edda* y la historia, que tiene gran erudicion, mucho ingenio, hasta el que nace de la felicidad y se llama alegría, hasta el que nace de la experiencia y que no ha tenido tiempo aun de sacar del trato del mundo y de la observacion. Tiene la obra estilo vivo, pintoresco, vigoroso y, lo que es más asombroso, esa delicadeza de tacto y esa finura de sentimiento que se adquieren con la experiencia de la vida y que contrastan en la novela de un modo sorprendente con los caprichos bárbaros de una imaginacion enfermiza. Pero estas buenas cualidades no son las que darán fama al *Han de Islandia* y obligarán al inflexible y sábio Minos de la librería á reconocer el débito auténtico y legítimo de doce mil ejemplares de esta novela, que todo el mundo querrá leer; le darán renombre sus defectos.„

El autor del *Han de Islandia* solo conocia á Cárlos Nodier de nombre; fué á darle las gracias, y subió tres pisos de una casa de la calle de Provenza; llamó y salió á abrir una alegre jóven.

—El señor Cárlos Nodier?

—Papá ha salido, caballero.

—¿Podria dejarle escritas unas palabras?

Mientras la jóven iba á buscar recado de escribir, Víctor Hugo se quedó examinando la antecámara, que era al mismo tiempo comedor y que tenia modesto mueblaje.

Al dia siguiente fué á devolverle la visita Cárlos Nodier. Víctor Hugo no vivia ya en el Consejo de Guerra. El rey le habia concedido una segunda pension de dos mil francos en el ministerio del Interior.

Habiendo mejorado de posicion quiso poner casa, y acababa de mudarse á la calle de Vaugirard, núm. 90. El novelista y su crítico quedaron amigos desde el instante que se vieron y trataron. Convinieron en seguida en que el señor Nodier, con su esposa y su hija, irian á comer á casa de Víctor Hugo al dia siguiente, invitados por éste para confirmar de este modo su amistad.

La señora Nodier, que no conocia á la señora Hugo, aceptó la invitacion con la sencillez inteligente que tenia para todo. Ella y su hija María aceptaron sin hacerse de rogar, y principió entre las tres mujeres una amistad que duró toda la vida.

Entre los raros defensores del *Han de Islandia*, uno de los más valientes fué Mr. Mery. Las *Hojas universales*, de las que era el principal redactor, prestaron á la novela el doble apoyo de la energía y del talento. Mr. Mery tenia por colaborador á Alfonso Rabbe, que era marsellés como él. Rabbe, que habia sido un jóven de gran hermosura varonil, padeció horrible enfermedad que le desfiguró la fisonomía; tenia comidos los párpados y las narices, carecia de barba, y sus dientes estaban carbonizados. Solo conservaba el hermoso cabello, cuyos rizos rubios flotaban sobre sus hombros, y un solo ojo, cuya altiva mirada relampagueaba en aquel mascarón repugnante.

Fundó en Marsella un periódico de oposicion, titulado el *Phocéen*; despues se fué á vivir á Paris, y entonces escribia en el *Correo Francés* y en las *Hojas universales*. Un folletin, en el que defendió vigorosamente al *Han de Islandia*, le puso en relaciones con el autor, al cual cobró en seguida afecto paternal; tenia veinte años más que él. Tambien agradó mucho á Víctor Hugo por su carácter entero y resuelto. Se vieron con frecuencia, sobre todo en casa de Mr. Rabbe, porque éste evitaba salir por estar tan desfigurado.

Víctor Hugo consiguió, sin embargo, algunas veces que fuera á su casa. Una vez le decidió á aceptar una comida. Mr. Rabbe deseaba conocer á Lamennais.

—Pues bien, dijo Víctor Hugo, le convidaré á comer y comeremos juntos los tres.

—Acepto, le contestó Rabbe.

Conversando con el autor de *Han de Islandia*, una palabra le descubrió que la señora de Víctor Hugo estaba embarazada. No dijo nada; pero el dia señalado para la comida escribió que estaba enfermo, y no volvió en muchos meses á la calle Vaugirard. Víctor Hugo le reconvino por esta ausencia, é insistiendo en saber la razon, le contestó:

—Vuestra mujer está embarazada.

Era de carácter sombrío y en todo veia alusiones á su fealdad. Estuvo á punto de enfadarse con Víctor Hugo por la oda que escribió á su condiscípulo del Seminario de Nobles, Ramon de Benavente, que se publicó solo con el título *A mi amigo R...* Los versos hablaban de una desgracia misteriosa; creyó que R... queria decir Rabbe, y para probarle que se equivocaba tuvo, al imprimirla, que escribir el nombre de Ramon con todas sus letras.

Mr. Rabbe era fatalista. Un dia que sostenia su creencia sobre el fatalismo contra Víctor Hugo, que le habia encontrado en el jardin de Luxemburgo, le dijo:

—Voy á presentaros un hecho, al cual os reto á que contesteis. Hace algunos meses, era en invierno, de una espesa niebla caia lluvia fina, y el Luxemburgo estaba casi desierto; solo habia cinco hombres en este paseo. Cuatro conspiraban y el quinto era su confidente. Discutian los medios de accion y de oportunidad. Tres estaban por obrar en seguida; uno por esperar. Los tres impacientes decian al cuarto que si no queria seguirlos obrarian sin él. El cuarto dudaba. En esto encontraron un naipe á sus piés, que estaba súcio de lodo.

—Pues bien, dijo; si este naipe es el caballo de oros, os seguiré.

Habia treinta y nueve probabilidades contra una para que no fuese. Levantaron la carta: era el caballo de oros.

Los cuatro conjurados eran los sargentos de la Rochela. El confidente era el mismo Rabbe, que refirió despues este hecho en las *Hojas universales*. Habia visto, decia, "caer la cabeza del predestinado".

Estando un dia Víctor Hugo en casa de su amigo Rabbe, se suscitó entre ambos una discusion sobre Chateaubriand, con quien Rabbe no simpatizaba. La discusion amistosa entre los dos amigos se animó con la intervencion de otro, á quien Hugo no habia visto al entrar, y que estaba oculto detrás de un *bureau*, en el que escribia. Este tercero, con voz aguda é imperativa, declaró que Chateaubriand era un escritor amanerado y hueco, cuya reputacion no duraria veinte años; que todo lo que habia escrito no

valia ni una página de Bossuet. Víctor Hugo replicó vivamente á este interlocutor desconocido, que decretaba su opinion como si fuera una órden, y Mr. Rabbe tuvo que apaciguar la conversacion, lo que le costó muchos esfuerzos.

Cuando salió Víctor Hugo, el hombre que estaba escribiendo preguntó á Rabbe quién era aquel caballerito que le habia contestado tan atrevidamente.

—Es Víctor Hugo, dijo Rabbe.

—El que escribe versos realistas?

—Sí; yo esperaba que concluyéseis de escribir para presentaros, pero os habeis precipitado en la conversacion de tal modo, que me fué imposible cumplir mi deseo. Sin embargo, conseguiré que seais amigos en otra ocasion que buscaré.

—Ya he encontrado esa ocasion, repuso el interlocutor.

En seguida escribió algunas palabras en una hoja de papel de carta, que dió á Alfonso Rabbe, diciéndole:

—¿Quereis llevar esto de mi parte al señor Víctor Hugo?

Era un desafío firmado por *Armando Carrel.*

—Estais loco? dijo Mr. Rabbe. ¡Un duelo porque no piensa como vos respecto á una página de Bossuet!... Por otra parte, esto ha pasado en mi casa, y yo tengo la culpa; yo debia haberos hecho saber con quién cuestionábais, y entonces cada uno hubiérais empleado en la disputa las buenas formas que siempre tiene á su disposicion el talento; si hay, pues, alguna falta es mia, y yo debo daros la satisfaccion: batámonos nosotros, si quereis.

El señor Carrel, que habia vuelto de España con la expedicion francesa, á que habia combatido, viendo interrumpida su carrera militar, se hizo periodista y estaba agradecido á Rabbe, que le habia colocado en el *Correo Francés.* No insistió, pues, al ver la firme resolucion de su amigo, y rompió la carta.

Víctor fué una vez á almorzar á casa del señor Rabbe con otros amigos. No habia criados; cuando entró en el comedor la comida estaba en la mesa; el servicio para cambiar estaba á la mano de los convidados, pero al comenzar el almuerzo se abrió una puerta y apareció una bonita jóven, una linda criada, que llevaba airosamente en la cabeza linda papalina. Rabbe se levantó encolerizado y le preguntó duramente por qué venia sin que la llamasen.

La pobre jóven salió y no volvió. Los convidados, impresionados por esta escena, tardaron algun tiempo en recuperar la alegría.

Otra vez, estando en casa de Rabbe, Víctor Hugo descubrió al través de una puerta entornada á la jóven de la papalina. Mr. Rabbe cerró en seguida la puerta casi brutalmente.

Despues supo que era el amante de la jóven, á la que queria con delirio. ¿La ocultaba á todo el mundo por celos ó por vergüenza de haber aceptado el amor de aquella hermosa jóven siendo tan feo?

Su génio adusto se convirtió de repente en misántropo; su melancolía en desesperacion; la jóven sirvienta habia muerto.

La enterraron en el cementerio de Montparnasse; él iba todos los dias á llorar ante su tumba, y el guarda del cementerio se veia obligado á hacerle salir de allí cuando era hora de cerrar las puertas.

En una carta que escribió á Víctor Hugo decia lo siguiente:

"He pasado hace un momento por vuestra casa, y á pesar de la tentacion no he subido. Venia de depositar algunos flores sobre una tumba, que me absorbe de tal modo el pensamiento, que me hubiérais creido que era un insensato. Sin embargo, sabeis que nuestro corazon es tan miserable, que no puede ni aun retener sus sufrimientos; mis lágrimas están ya secas, pero mi dolor es eterno. La que me ha abandonado escondia bajo formas vulgares un alma cuyo secreto conocia yo solo; en su ignorancia y en su candor lo ignoraba ella misma, y yo constituia todo el mundo para ella. Su principal deseo ha quedado satisfecho; ha exhalado su postrimer aliento en mis brazos. Quedo ya para siempre triste y solo.„

Mr. Rabbe murió de repente la noche del 1.° de Enero de 1830. Atribuyóse su muerte á su imprudencia: puso demasiada cantidad de láudano en una cataplasma que se habia aplicado al rostro. Al registrar sus papeles despues de su muerte se hallaron estas palabras, escritas de su puño y letra: "El hombre que llega á cierto grado de sufrimiento, puede sin remordimientos disponer de su vida.„

XL.

Visita á Blois.

Los señores Soumet, Guiraud y Emilio Deschamps tuvieron la idea de fundar una *Revista* y pidieron á Víctor Hugo que se uniese á ellos. Este se opuso, porque tenia que concluir algunos trabajos literarios; pero el empresario del periódico exigió su colaboracion como condicion absoluta y cedió por amistad. Así nació *La Musa francesa*. Víctor conoció muy pronto que no era viable. La crítica moderada y pacífica de sus colaboradores no tenia la aspereza y la audacia apasionada que son precisas en las épocas de revolucion literaria. La polémica era tímida y suave; en vez de abordar de frente las cuestiones las trataba al biés, y no llegaba á ninguna conclusion definitiva. Sin embargo, á pesar de ser poco agresiva, *La Musa* asustó á la Academia. Soumet era candidato á esa docta corporacion, y le anunciaron que no seria elegido mientras viviese dicha revista.

Pidió, pues, que cesase la publicacion: Guiraud y Emilio Deschamps consintieron, pero Víctor Hugo dijo que si los demás se retiraban, él se quedaria solo.

Esto no era lo que queria la Academia, que no hubiera ganado nada con reemplazar una oposicion de salon por una guerra abierta. Soumet acudió á Víctor Hugo y le rogó como favor personal que no se empeñase en llevar adelante su propósito. Entonces dejó de publicarse el periódico literario.

Su editor, que era Ambrosio Tardieu, publicaba al mismo tiempo una coleccion de cartas célebres, y encargó á Víctor Hugo que escogiese y anotase las de Voltaire y madame Sevigné. Víctor aceptó desde luego; pero en cuanto empezó su tarea, abandonó este trabajo de apuntacion que le repugnaba; solo escribió la biografía de Voltaire, que hemos publicado en la *Miscelánea de literatura y filosofía*.

El teatro del Odeon representó aquel año con ruidoso éxito el *Freyschütz*. Todos los que se llamaban románticos acudieron á sostener con sus aplausos entusiastas la grandiosa música de Weber. Víctor Hugo y su mujer, cuando estaban esperando que se abriese el despacho de billetes, se encontraron al lado de un jóven alto, de fisonomía enérgica y expresiva. Los pintores y los poetas se hacen pronto amigos. Aquel jóven era Aquiles Deveria, que iba por la duodécima vez á aplaudir á Weber y á hacer repetir la cancion y el coro de los cazadores.

Preguntó á la señora Víctor Hugo si tenia un álbum.

—Lo tendré mañana, contestó ella.

Al dia siguiente fué á visitar á Víctor Hugo y á su señora, é improvisó en el álbum un dibujo lindísimo. Reunia al talento increible facilidad, y mereció tales elogios su croquis, que les prometió otros dibujos, y el álbum principió á intimar esta amistad.

Aquiles Deveria tenia dos discípulos; su hermano Eugenio y Luis Boulanger. Los tres, al salir del estudio, iban con frecuencia á comer á casa de Víctor Hugo sin necesidad de ser invitados.

El jóven matrimonio de la calle Vaugirard iba algunas veces á visitar á Aquiles Deveria, que vivia muy cerca de ellos, en la calle de Notre-Dame-des-Champs. La casa, rodeada de jardines, era tranquila como un retiro y alegre como un nido. El artista vivia allí con la familia. Su abuela, vieja verde, tan jóven en su modo de pensar como los nietos, era para ellos como una amiga; su madre, por el contrario, era indolente y estaba como amodorrada; era muy gruesa y muy blanca; parecia una bola de nieve. Sus únicas ocupaciones se reducian á hacer algunos puntos de bordado, que no concluia nunca, y á comer confites.

Tenia cinco hijos: Aquiles, Eugenio, otro que estaba en las Indias y dos hijas. Laura, la más jóven, era tambien la más querida; la adoraban todos como si fuese un ídolo. Su hermana, contrahecha, pero activa, dirigia la casa y economizaba el dinero que ganaba Aquiles.

Este digno jóven era el sosten de la familia; como tenia facilidad para producir, multiplicaba sus producciones; hacia litografías notables con gran rapidez, que le pagaban á cien francos; conocia que malgastaba su talento superior á este arte industrial; pero se consolaba de esto, pensando que su madre y sus hermanas ganaban en bienestar lo que pudiera él perder en reputacion.

Eugenio, para servirle de ayuda en estos trabajos, era todavía demasiado niño, y apenas anunciaba su sombrero de anchas alas, su ámplia capa española y su barba, la originalidad que dió tan-

ta fama en 1827 á su cuadro *El nacimiento de Enrique IV.*

Era imposible encontrar nada tan hospitalario ni tan alegre que aquella morada del arte y de la familia. Siempre deseaban tener algun convidado en la mesa. En el verano disfrutaban allí del jardin, de sus hermosas frutas, de sus almendras verdes, y en las noches de invierno Laura se sentaba al piano y entonaba melodías que ella componia; se gozaba allí de alegre y animada conversacion, y se bailaba en cuanto se reunian una docena de personas. El tiempo, la edad y la muerte terminaron todas aquellas alegrías.

La cruel enfermedad de Eugenio Hugo retuvo al general en Paris. Víctor entonces tuvo ocasion de comprender á su padre, y la amargura del hijo se evaporó á los rayos de la bondad de aquel hombre excelente como la escarcha ante el sol. Comprendió la grandeza de los soldados que pasearon la bandera francesa por todas las naciones, y sin dejar de aborrecer al que los arrastró, impulsado por el medro personal, pudo ya distinguir en la ambicion del conquistador el heroismo del gran capitan, como se comprende claro en la *Oda á mi padre.*

Algunos meses despues cantó el Arco de triunfo de la Estrella. En Junio de 1824 tomó enérgicamente la defensa de Chateaubriand, que habia salido del ministerio.

Lo que el general Hugo habia predicho al general Lucotte se iba realizando en él poco á poco; las opiniones que la madre infundió en la inteligencia del niño iban desapareciendo una á una ante la inteligencia del hombre.

El general no regresó á Blois sin que le prometiesen su hijo y su nuera ir á verle, promesa que no pudo realizarse hasta la primavera de 1825.

Partieron tres, porque tuvieron una niña, á la que amamantaba su madre, de quien no podia separarse. El mejor vehículo era la posta, pero iba hasta Burdeos, y era necesario pagar todo el trayecto, lo que era muy caro para la modesta bolsa del matrimonio. Aconsejaron á Víctor Hugo que viese al director de Correos, el cual podria proporcionarle billetes hasta Blois.

El director era el académico Roger, que gozaba fama de tener gran influencia en las elecciones académicas.

Recibió amablemente á Hugo y le concedió en seguida lo que solicitaba.

Despues conversaron extensamente.

—A propósito, dijo el director de Correos; apuesto lo que querais á que no sabeis el motivo de haber conseguido la primera pension. ¿Creeis deberla á vuestras poesías?

—A qué, sino á mis versos?

—Voy á decíroslo. ¿Teníais un amigo que se llamaba Eduardo Delón?

—Sí.

—Ese amigo ascendió á capitan, conspiró y fué condenado á muerte por contumaz.

—Y qué?

—Entonces escribísteis á su madre.

—Cómo lo sabeis?

—Sé que le escribísteis y lo que le escribísteis. Vais á convenceros de que os digo la verdad.

Llamó, mandó traer un legajo y cogió un papel doblado en forma de carta, que entregó á Víctor Hugo.

Este leyó:

"Señora:

„Ignoro si vuestro desgraciado Delon ha sido preso; ignoro qué pena tendria el que lo ocultase; no examino si mis opiniones son diametralmente opuestas á las suyas: en el momento del peligro solo sé que soy su amigo y que nos hemos abrazado cordialmente hace un mes.

„Si no está preso, le ofrezco un asilo en mi casa; vivo con un primo que no conoce á Delon.

„No ignorais la profunda simpatía que me inspiran los Borbones; esta circunstancia es un motivo de seguridad para vos, porque alejará de mí toda sospecha de ocultar á un conspirador, á quien por otra parte creo inocente. De todos modos, señora, enviadle este aviso si podeis. Sea ó no culpable, yo le espero: puede fiarse de la lealtad de un realista y del cariño de un amigo de la infancia.

„Al haceros esta proposicion no hago más que cumplir con el legado de afecto que mi pobre madre siempre os tuvo.

„Me es muy grato en esta triste circunstancia daros esta prueba de respetuoso cariño, etc.„

—Es una copia de mi carta, dijo Víctor Hugo; pero ¿cómo está en vuestras manos?

—Inocente jóven! respondió el funcionario público. ¡Escribíais á la madre de un conspirador á quien se perseguia y echábais la carta al correo!

—Quedó, pues, detenida mi carta?

—No; se copió, se cerró de modo que no se notara que la habíamos abierto y la enviamos á la señora Delon.

—¿De modo que mi carta se convertia en una especie de emboscada, de la que Delon podria creerme cómplice? Es abominable lo que me estais refiriendo.

—Vamos, calmaos. Delon estaba ya fuera de Francia, y por esto no pudo ir á vuestra casa: vuestra carta os dió un gran resultado, pues el rey, que la leyó, dijo:—"Es un bravo jóven, y le concederé la primera pension que haya vacante.„

Saber esto debilitó muchísimo el realismo de Víctor. Hasta entonces, cuando los diarios de oposicion hablaban del "Gabinete negro„, se encogia de hombros y no los creia; pero cuando supo que el rey abria las cartas, perdió sus ilusiones respecto á la monarquía, porque éste era el realismo de Luis XVIII. En aquella época, Luis XVIII habia muerto hacia seis meses; las esperanzas que hace concebir un nuevo reinado y algunas buenas palabras que pronunció Cárlos X, acercaron por poco tiempo á los Borbones á los que empezaban á alejarse de ellos.

Podia creerse que Cárlos X, que habia dicho: "Fuera la censura!„ dijese tambien: "Fuera el Gabinete negro!„

Algunos dias despues de la entrevista que tuvo con el director de Correos, Víctor Hugo, al subir al cupé del coche correo, en el que estaban ya instaladas su mujer y su hija, llegó un mozo sofocado y le dió una carta grande cerrada con lacre rojo, que acababa de llegar á su casa y que le enviaba su suegro.

Era un nombramiento de caballero de la Legion de Honor.

En Blois el general estaba esperándoles en la parada de postas. Víctor, conociendo el placer que causaria á su padre, le dió en el acto el nombramiento, y le dijo:

—Toma, esto es para tí.

El general, agradablemente sorprendido, guardó el nombramiento, se quitó del ojal la cinta roja y la colocó en el de su hijo.

Dos dias despues recibieron al nuevo caballero con el ceremonial de costumbre.

Los recien casados vivieron en la casa "blanca y cuadrada, escondida entre dos vergeles„, de que habla en las *Hojas de Otoño.*

El general poseía además en Sologne unos campos, que fueron objeto de una escursion. En ellos se levantaba un edificio de un solo piso, que era curioso por conservar un balcon de piedra, resto de un viejo castillo, bajo del que habia un estanque con peces, rodeado de tejos y de encinas. Más allá habia terrenos areniscos, pantanos, algunas encinas y varios álamos diseminados aquí y allá.

XLI.

La consagracion de Cárlos X.

El hijo acabó de conocer al padre, de quien se separó para asistir á la consagracion de Cárlos X, á la que fué invitado; pero le dejó de guardian de su mujer y de su niña.

Al llegar á Paris se encontró una carta de Cárlos Nodier, y corrió á la Biblioteca del Arsenal, donde aquel habia trasladado su domicilio. El bibliotecario estaba almorzando con dos amigos, el señor de Cailleux y el pintor Alaux, al que apellidaban el Romano, porque habia obtenido el premio de Roma. Los tres estaban invitados á la consagracion y discutian los medios de ir; no habia que pensar en las diligencias, porque estaban tomados los asientos hacia ya tres meses.

Nodier proponia al cochero de quien se servia contínuamente para sus escursiones, y que les ofrecia un inmenso coche por cien francos cada dia, cuyo carruaje era de cuatro asientos. Víctor Hugo podia ocupar uno; viajarian despacio y se detendrian donde quisiesen, dormirian por la noche en buena cama y harian, en fin, un viaje de recreo.

Aceptóse esta propuesta y se dispusieron á viajar alegremente. El camino de Paris á Reims estaba enarenado y cuidado como el paseo de un jardin; de trecho en trecho se colocaron bancos de césped bajo los árboles. Diligencias, calesas, tartanas, carros, toda clase de vehículos formaban inmensa fila y daban al camino la alegre animacion de una calle.

Víctor Hugo se fijaba en los bosques, en las llanuras, en los pueblos, y disputaba con el Romano, que era partidario del estilo noble y frio, y acusaba á los molinos de viento de ocultar las líneas del paisaje con el movimiento de sus aspas. Cuando le preguntaban á Nodier su opinion sobre los molinos, respondia que le gustaban los triunfos: sostenia el sombrero entre las dos rodillas y le convirtió en una mesa de juego: todo el viaje fué para él y para Cailleux una partida de naipes interminable.

El viaje se interrumpia en las cuestas,

en que era preciso echar pié á tierra para no cansar los caballos.

En una de estas subidas Nodier encontró en el suelo una moneda de cinco francos.

—Vaya, exclamó, al primer pobre que encontremos le daremos un alegron.

—Y al segundo? preguntó Víctor Hugo, que encontró otra moneda.

—Y al tercero? preguntó Alaux, casi en seguida.

Entonces le tocó encontrar algo á Mr. Cailleux; á cada paso seguian encontrando abundancia de monedas.

—¿Quién será el loco que se divierte en sembrar dinero?

—No será un loco, contestó Víctor Hugo; será quizás un millonario generoso que aumenta la magnificencia de la fiesta derramando el oro de su bolsa.

—Pues yo creo, replicó Nodier, que esa idea le habrá ocurrido al rey, que habrá querido que el camino en las cercanías de Reims esté empedrado de plata.

—Esto es una aventura de un cuento de hadas, exclamaron todos; no volvamos á subir al coche, puesto que esto es para los que van á pié, y esta noche seremos ricos.

Desgraciadamente, con las monedas encontraron una cruz de la Legion de Honor, y entonces se explicó la lluvia de dinero. La maleta de Víctor Hugo tenia un agujero y á cada movimiento del coche se vaciaba.

El cuarto dia terminaron el viaje. Era la víspera de la fiesta. Mandaron parar en la primer fonda que encontraron y pidieron cuatro habitaciones.—"Ni una queda vacía,,, les respondieron. Fueron á otra, despues á otra, y en ninguna parte encontraron el alojamiento que solicitaban.

En vista de esto iban ya á proponerse vivir en el coche, donde podrian dormir y vestirse, cuando encontraron al director del teatro de Reims. Mr. Nodier, que le conocia, habló un momento con él.

—Dónde estais? le preguntó el director.

—En la calle, le contestó Nodier.

Y le contó el apuro en que se encontraban.

El director se asombró de que gentes razonables hubiesen ido á la consagracion sin haber encargado de antemano que les reservasen habitaciones. Su casa, á pesar suyo, estaba invadida, y él mismo no podia disponer más que de un pequeño granero; pero una de las actrices, la señorita Florville, habia conseguido reservar en su casa dos cuartos, y tal vez, cuando supiera quiénes eran los viajeros, consentiria en cederles una de las dos habitaciones.

En la actriz encontraron toda la amabilidad posible; disponia de una sala y de una alcoba, y cedió la sala. El sofá era una cama ya hecha; tres colchones colocados sobre la alfombra completaron el dormitorio improvisado.

Al dia siguiente por la mañana los huéspedes de la actriz, vestidos á la francesa, con la espada al lado, un poco molestos con el traje de marqués, se presentaron á la puerta de la catedral. Un guardia de corps recibia las papeletas de invitacion y les indicó su sitio. La decoracion cubria de carton pintado la arquitectura y formaba ojivas de papel en tres órdenes de galerías llenas de gente. Toda la nave, de alto á bajo, era un hormigueo de hombres bien ataviados y de mujeres cubiertas de encajes y pedrería.

A pesar del carton y de las pinturas, la ceremonia tuvo cierta grandeza. El trono, debajo del que estaban colocados los príncipes y despues de éstos los embajadores, tenia á su izquierda la Cámara de los diputados y á su derecha la Cámara de los pares.

Los diputados, vestidos gravemente con casaca de paño abotonada, con bordado de seda verde como único adorno, contrastaban con los pares, vestidos con sus trajes de terciopelo azul sembrado de flores de lis, con chaleco de satin del mismo color, con medias de seda blancas, con zapatos de terciopelo negro y con sombrero á lo Enrique IV guarnecido con plumas blancas y llevaban el pelo enrollado en una trencilla de oro.

Al salir de la iglesia, Víctor Hugo refirió lo que le habia parecido la consagracion. Esceptuando el decorado de la catedral, la ceremonia para él fué imponente; solo le chocó que el rey se hubiera acostado cuan largo era á los piés del arzobispo. Nodier no le quiso dar crédito.

Víctor Hugo se separó de Cárlos Nodier para ir á casa de Chateaubriand. Encontró á éste, que volvia de la catedrál furioso, despues de haber presenciado la ceremonia.

—Comprendo, le dijo, la consagracion de otra manera. La iglesia desnuda; el rey á caballo; dos libros abiertos, la Carta y el Evangelio: la religion unida á la libertad. En vez de esto, nos han presen-

tado un tablado de féria con ostentacion ridícula.

Y continuó viéndolo todo pequeño y miserable.

—No han sabido ni gastar el dinero. Sabeis por qué? Porque hubo una lucha de caballeriza entre el rey de Francia y el embajador de Inglaterra, y fué vencido el rey. Sí; el embajador se presentó en un coche tan espléndido, que todo el mundo fué á verle; yo, que no soy curioso, tambien fuí. Comprendieron que al lado de aquel coche el del rey pareceria un fiacre; se lo hicieron saber al embajador, que se dignó servirse de un coche más modesto por no hacer ruborizar al rey de Francia.

Víctor Hugo refirió su disputa con Cárlos Nodier.

—Esperad, dijo Chateaubriand; enseñadle eso y que lo lea.

Y cogió de la mesa el programa de la ceremonia, que decia que en un momento dado el rey debia echarse á los piés del arzobispo.

—Lo creeis ahora? preguntó Víctor Hugo á Nodier, despues que éste hubo leido ese pasaje en el programa.

—Pues os aseguro, le respondió Nodier, que yo no lo ví, y no creo que mis ojos sean peores que los de los demás. ¿Si esto sucede con lo que presencia un público, qué sucederá con lo que no se vé? Hubiera jurado ante un tribunal lo contrario de la verdad con la mejor buena fé del mundo.

—Y sin embargo, con frecuencia es suficiente un testigo para cortar una cabeza, replicó Víctor Hugo.

Los cuatro compañeros de viaje se quedaron en Reims para presenciar la recepcion de los caballeros del Espíritu Santo, que se verificó dos dias despues de la consagracion. Víctor Hugo empleó el dia de descanso en visitar la ciudad, lo que le sirvió despues para escribir la historia de la Chantefleurie en *Nuestra Señora de Paris*.

La recepcion de los caballeros se verificó tambien en la catedral. Cárlos X entró coronado, seguido de los príncipes de la sangre, que se colocaron en las gradas del trono. En el ábside solo entraron la familia real y los caballeros.

Uno de los incidentes que más llamaron la atencion fué ver muy cerca uno de otro á Chateaubriand y al ministro Vilelle; eran enemigos mortales: Chateaubriand, arrojado del ministerio por Vilelle, se vengaba escribiendo sangrientos artículos en *El Diario de los Debates*. Lo chocante de aquella casualidad consistió en que los dos adversarios eran los dos últimos caballeros de la promocion, y por consiguiente tenian que estar juntos. Esperaron así el que les llegara el turno de la recepcion y el público tuvo tiempo para examinarlos.

Mr. Vilelle pareció que soportaba el encuentro con más dignidad. Por otra parte, el traje, que era muy elegante, no sentaba bien á Chateaubriand. Era casi el mismo de la antevíspera, esceptuando el color.

El manto de terciopelo azul lo reemplazaron por uno negro con forro de moiré color de fuego, lo mismo que el calzon, el chaleco y las borlas de los zapatos. El sombrero conservaba las plumas; pero en vez de la trencilla de oro tenia una cinta de color de fuego, cuyos adornos figuraban llamas y palomas.

Este traje pomposo ponia de manifiesto la estatura, y el sombrero con plumas ocultaba la cabeza, que era lo mejor de Chateaubriand. Estaba, pues, impaciente por que terminase la ceremonia.

Mr. de Vilelle, por el contrario, manifestábase triunfante y parecia satisfecho y orgulloso de ser presidente del Consejo. Cualquiera pudo creer que no conocia al que tenia al lado; le miraba sin verle, con la indiferencia y con el desden natural con que el hombre que desempeña una cartera mira al hombre que solo tiene génio.

XLII.

Una visita á Lamartine.

Lamartine habia ido tambien á la consagracion.

Cuatro años antes, cuando aparecieron ante el público las *Meditaciones poéticas*, Víctor Hugo habia saludado al nuevo poeta, diciendo en *El Conservador literario:*

"Por fin se publican poemas de un poeta; poesías que son poesía.

„He leido todo ese libro y le he vuelto á leer, y á pesar de la negligencia, del neologismo, de las repeticiones y de la oscuridad que he encontrado algunas veces, he estado por decir al autor:—"Valor, jóven! Sois uno de aquellos á quienes Platon queria colmar de honores y desterrar de la República. Debeis tambien esperar veros desterrado de nuestra tierra de anarquía y de ignoran-

cia, y no carecerá vuestro destierro del triunfo que Platon concedia por lo menos á los poetas; obtendreis la palma, la trompeta y la corona de flores.„

Algun tiempo despues, el duque de Rohán llevó á casa de Víctor Hugo á un jóven alto, de aspecto noble y gentil; era Lamartine. De este modo empezó entre los dos poetas una amistad que ni la ausencia pudo debilitar.

En el invierno se veian con frecuencia; en el verano, Lamartine se iba á Saint-Point y se escribian; se daban cuenta de sus trabajos; discutian las cuestiones del arte; tenian distintas opiniones sobre la correccion, que era mirada con desden por Lamartine. "La gramática mata la poesía. La gramática no se ha hecho para nosotros, que no debemos saber la lengua por principios, sino para hablar segun acudan las palabras á nuestros labios.„

En otra carta de Lamartine se lee:

"Espero que vuestras penalidades sean pura poesía y que vuestra primera carta me diga que todo vá bien en vuestro modesto retiro de la calle de Vaugirard. Por mi parte las cosas van mejor, sin ir bien. Pero desde hace algunos dias escribo versos, y esto me consuela: os enviaré algunos centenares de ellos constantemente. ¡Qué placer es creerse inspirado y entregarse á la inspiracion! Os dedicaré la oda; dedicadme tambien la vuestra cuando esté acabada. Que nuestros nombres confundidos enseñen al porvenir, si llegamos á él, que hay poetas que se han amado...„

Otra vez le escribia invitándole á ir á Saint-Point, y para que la invitacion fuese irresistible, le escribia en verso.

Víctor Hugo prometió ir.

En Reims, Lamartine le recordó su promesa; á Nodier, que estaba presente, le invitó tambien.

—No solo iremos, contestó Nodier, que tenia mucha aficion á los viajes desde que fué á Reims, sino que irán con nosotros nuestras mujeres y nuestros hijos. He discurrido un medio para que el viaje nos salga de balde.

—Qué medio? preguntó Víctor Hugo.

—El de aprovechar la ocasion para ver los Alpes.

—Y despues?

—Despues referiremos lo que hemos visto: si vos no quereis escribir un libro que lo refiera, yo lo escribiré, si prometeis darme versos para el libro vos y Lamartine. Buscaremos un artista que se encargue de los dibujos, y el apreciable editor Urbano Canel pagará el viaje.

—Aprobado! contestaron los dos poetas.

Urbano Canel aceptó del mismo modo.

Firmaron una escritura en que se obligaron Lamartine, Víctor Hugo, Cárlos Nodier y Taylor á escribir á su vuelta á Paris un libro que se titularia: *Viaje poético y pintoresco al Monte-Blanco y al valle de Chamounix*.

Lamartine recibiria dos mil francos por cuatro meditaciones; Víctor Hugo otros dos mil por cuatro odas; Taylor otros dos mil por ocho dibujos que se encargaba, no de hacer, sino de procurar, y Cárlos Nodier dos mil doscientos cincuenta por el texto.

La propiedad del libro quedaba vendida, pero Víctor Hugo quiso reservarse el derecho de publicar sus cuatro odas en la coleccion que estaba preparando. El editor consintió, con la condicion de que escribiese dos ó tres pliegos en prosa, que serian propiedad absoluta del *Viaje*.

Cárlos Nodier y Hugo recibieron inmediatamente á cuenta mil setecientos cincuenta francos cada uno. Ya no tuvieron que hacer otra cosa que preparar la expedicion.

Así como para asistir á la consagracion alquilaron un carruaje, para realizar la proyectada expedicion alquilaron dos. Nodier tomó una calesa, cediendo un asiento al dibujante Mr. Gué; Víctor Hugo, que tenia que llevar para su niña una cuna y una niñera, tomó una berlina.

Los dos coches se encontraron en la barrera de Fontainebleau, donde se habian citado. Se colocaron en fila y se pusieron en marcha, hablándose por las portezuelas.

Al entrar en Essonne, Nodier mandó parar en la primera posada que encontró á mano derecha.

—Almorcemos aquí, dijo; esta posada ocupará alguna página de nuestro libro. Aquí prendieron á Lesurques.

El asunto de la conversacion durante el almuerzo fué, por consiguiente, el asesinato del correo de Lyon. Nodier, que habia conocido á Lesurques, habló de esta víctima de la falibilidad de los jueces con una emocion que hizo llorar á las mujeres. Entonces, conociendo que habia entristecido el almuerzo, trató de hacer revivir en él la alegría.

—No hablemos más de esto ni de la posada, que nos trae á la memoria recuerdos tristes. Generalmente se recono-

ce que nadie tiene seguridad de ser el padre de sus hijos; pues bien, yo añado que tampoco la madre puede tener la seguridad de ser madre de los suyos.

—Dónde habeis visto eso? preguntaron todos los que comian en la mesa.

—En este billar.

Habia un billar en la sala próxima.

Le exigieron que se explicara, y refirió que dos años antes habia parado en la misma posada un coche cargado de nodrizas, que venian de aceptar niños en Paris para criarlos en Borgoña. Las nodrizas, para comer descansadas, dejaron los niños en el billar. Mientras estaban en el comedor llegaron algunos jugadores, separaron á los niños de las mesas para poder jugar y los acostaron en las banquetas todos juntos y revueltos.

Las nodrizas, al volver á la sala de billar por los niños, se vieron confundidas y no sabia ninguna cuál era el suyo, porque todos los recien nacidos se parecen.

Cogieron uno cada una en aquel monton al azar, cuidando solo del sexo, y hubo veinte madres que decian tiernamente: Hijo mio! hija mia! al hijo de la otra.

—Cómo! exclamó la señora Nodier. No estaban marcados los pañales?

—Ah! le respondió su marido; si buscais la verosimilitud, no encontrareis nunca la verdad.

Nodier tenia conversacion exquisita. Su talento vivo y animado contrastaba con su acento adormecido y lento. Poseia la facultad escepcional de ligar la vista larga del filósofo con la ingénua gracia del creyente. Las historias que referia, más con la imaginacion que con la memoria, tenian en su parte falsa la sinceridad de la realidad y en su parte verdadera el encanto de lo imposible.

Víctor Hugo se dejó olvidado el pasaporte en Paris. Este olvido le proporcionó una peripecia desagradable. Apeóse para subir la cuesta de Vermanton. Era rubio y pequeño; su traje gris le hacia parecer más jóven y le daba el aspecto de un estudiante en vacaciones. Encontró una pareja de gendarmes, que le preguntaron qué significaba la cinta que llevaba en el ojal. Respondió que significaba la Legion de Honor; le replicaron que no se concedia esa cruz á los niños, y le pidieron el pasaporte, en el cual debia constar el derecho á usar la cruz. La falta de pasaporte confirmó sus sospechas, y le detuvieron como usurpador de insignias.

Felizmente Nodier tenia cuarenta años, acudió en seguida y dijo á los gendarmes:

—Este caballero es el célebre Víctor Hugo.

Los gendarmes, que desconocian su celebridad, no quisieron pasar por ignorantes y soltaron al detenido, pidiendo perdon.

Víctor Hugo encontró el pasaporte que le enviaban de Paris en Verdun, y pudo ya viajar sin peligro.

Inútil es decir que los viajeros se detuvieron en todas las iglesias, ruinas, torres, ojivas y vidrios pintados que encontraron en el camino.

Así llegaron á Macon, donde debia esperarles Lamartine en una posada. Nodier preguntó por él al bajar del carruaje.

—El señor de Lamartine?... dijo el posadero. Querreis decir el señor Alfonso?

En Macon no se habian acostumbrado todavía al apellido del poeta, que solo le usaba despues de haber publicado las *Meditaciones*, y era conocido solo por el nombre de pila.

Lamartine estaba en Macon, pero no en la posada; tenia una casa donde acostumbraba á hospedarse. Nodier fué á buscarle.

—Os llevaré en seguida á Saint-Point, dijo el poeta.

—Mañana, contestó Nodier. Nuestras mujeres tienen que quitarse el polvo y nosotros tenemos que ver el pueblo.

Comieron juntos. Despues de la comida fueron al teatro, en el que representaba una actriz de Paris, Leontina Fay.

Lamartine decia que los vecinos de Macon no le habian perdonado el no haberles presentado á Víctor Hugo y á Cárlos Nodier. El prefecto les habia enviado su palco. Las mujeres sacaron de la maleta los vestidos de seda y los hombres el único frac.

Lamartine, más familiarizado con aquellos habitantes, conservó su traje de casa, pantalon blanco de camino y su sombrero de paja, roto por algunos puntos.

Representaron una ópera cómica y vaudevilles: uno de éstos se escribió para Fay cuando era niña y se titulaba: *La Hermanita.* Pero la hermanita habia crecido: Leontina Fay tenia diez y seis ó diez y siete años, y ya no podia representar con gran propiedad. Sin embargo, obtuvo un triunfo por su belleza: su delgadez, demasiado morena, se olvidaba ante el brillo que despedian sus grandes y hermosos ojos.

Al dia siguiente por la mañana tomaron los carruajes el camino de Saint-Point, y despues de una hora de marcha llegaron á la casa del poeta.

Lamartine se habia adelantado y los recibió con su mujer en el zaguan. A no encontrarse con Lamartine, Víctor Hugo hubiera creido que los conductores se habian equivocado de casa: las "alturas almenadas", á las que le habian invitado los versos del poeta, eran tejados; la "espesa hiedra" estaba seca, sin una sola hoja; "el tinte de los años" eran las paredes pintarrajeadas de amarillo.

—¿Dónde está el castillo de vuestros versos? le preguntó Víctor Hugo.

—Este es, le respondió Lamartine; pero le he hecho habitable. El espesor de la hiedra tenia húmedas las paredes y me constipaba, y las he arrancado. Derribé las almenas y modernicé la casa, cuyas piedras grises me entristecian. Las ruinas son muy buenas para describirlas, no para habitarlas.

Víctor Hugo, que habia empezado la guerra "á los demoledores", no fué de la opinion de Lamartine; pero se consoló de este desencanto contemplando el paisaje.

Penetró en un gran salon con profundas ventanas, donde estaban las dos hermanas de Lamartine, esbeltas, rubias, alegres, elegantes, y su madre, que era respetabilísima señora. Almorzaron, pasearon, volvieron á la casa y Lamartine recitó admirables versos. A la comida vieron un momento á la hija del poeta, niña rubia y sonrosada, de cabellos rubios; era uno de esos ángeles que Dios presta á las madres para darles un momento de felicidad en una vida de dolor.

La señora de Lamartine, que era inglesa, comió vestida de etiqueta. Ella y sus cuñadas estaban escotadas y llenas de cintajos: los pobres vestidos de seda cerrados desdecian al lado del lujo de los otros.

Por poco compuesta que estuviese la señora Nodier para sus huéspedes, lo estaba demasiado para sí misma. Llevar el vestido de seda desde por la mañana la fatigó y la indispuso, y quiso volver aquella misma tarde á Macon.

Lamartine, que profesaba la verdadera hospitalidad, la que sabe dejar la puerta abierta, así para salir como para entrar, hizo ensillar su caballo y enganchar su carruaje, porque los coches de los viajeros los habian despedido por la mañana.

No habia sitio en el coche más que para las mujeres, porque la señora de Víctor Hugo iba con la niña y con la niñera. Víctor Hugo y Cárlos Nodier volvieron á pié acompañados de Lamartine, que les llevó por un atajo de la montaña.

El camino era penoso; en el punto más elevado los viajeros hicieron alto: la rica campiña de Borgoña se extendia á sus piés; el sol poniente empurpuraba el horizonte, los bosques respiraban esa tranquilidad tierna y moribunda de las noches del estío; sentíase por todas partes como una inmensa efusion de la naturaleza, y los tres amigos se comunicaban sus pensamientos.

Lamartine dejó á sus amigos en el camino real, que seguia rectamente y no podian perderse. Les estrechó las manos y se volvió á casa.

El regreso inmediato de Cárlos Nodier y Víctor Hugo asombró al posadero, que no los esperaba hasta algunos dias más tarde.

—¿No os lo han avisado nuestras esposas? le preguntó Nodier.

—No las he visto.

La imaginacion de Nodier voló al través de los campos; viniendo sus mujeres en coche no podian tardar más que ellos, que habian hecho el viaje á pié y deteniéndose; debió ocurrirlas, pues, algun accidente; acaso el cochero estuviera borracho y habrian volcado. Comunicó sus temores á Víctor Hugo y ambos empezaron á correr por el camino de Saint-Point, deteniéndose el instante preciso para preguntar á algun viajero ó para escuchar cualquier ruido que oian.

Al cabo de media hora oyeron rodar un carruaje y vieron que el coche venia al paso. Tambien las mujeres habian querido gozar de aquella hermosa tarde y habian dicho al cochero que fuese despacio.

Nodier reconvino á su esposa por el miedo que le hizo pasar, y declaró que no tenia derecho para ir al paso en coche. Pero como en realidad estaba contento, ella se burló de su cólera y le abrazó, y él se dejó abrazar gruñendo, pero complacido.

XLIII.

Ginebra.

Al dia siguiente, á las siete de la mañana, partieron de Macon; los cocheros

se perdieron; á medio dia, no viendo el pueblo en que debian almorzar, tuvieron que contentarse los siete viajeros con una tortilla de cuatro huevos, que fué lo único que encontraron en una mala y aislada venta.

En Tournus admiraron la hermosa abadía romana de tres campanarios: en Bellagarde la desaparicion del Ródano, que se sumerge en un hervidero formidable que hace temblar los puentes y reaparece más lejos sin devolver nada de lo que le arrojan. Los viajeros hicieron el experimento tradicional y dieron á devorar al abismo algunos objetos. Nodier, que habia estado hacia poco en aquel pais, dirigió la caravana. Víctor Hugo, deslumbrado por el lago de Ginebra, se opuso á parar en una posada, cuyas ventanas daban á una pared gris y ante la cual se habia detenido el coche de Nodier. Pero éste, á quien habia exasperado gastronómicamente la tortilla de los cuatro huevos, dijo que no juzgaba las posadas por las vistas, sino por la cocina, y que iba á la que mejor daba de comer.

Fué preciso ceder, y casi le dieron la razon cuando saborearon los ricos pescados del lago, aderezados de una manera exquisita.

La policía de Ginebra era extremadamente escrupulosa. Cada parada tenia un registro, en el que todo viajero debia escribir su nombre, su edad, su estado, de dónde venia y por qué venia; esta investigacion apuró la paciencia de Nodier, que contestó á la última pregunta:—"He venido á derribar vuestro gobierno.„

La calle de las Cúpulas era aun la antigua calle de tejados puntiagudos, desplomados y sostenidos por pilares de madera, que formaba una gran galería cubierta, á la que daban alegre aspecto los escaparates de las tiendas y el movimiento de los compradores. Este bazar pintoresco ha sido reemplazado por una calle recta, regular y de aspecto frio.

Los paseos tenian un hermoso césped verde, que hubiera alegrado la vista si no la ofendiesen algunos postes, en los que se leia esta inscripcion: "Se prohibe andar por encima del césped„.

Los que deseen pisar yerba tienen el recurso de irse al campo, pero para salir de la poblacion era preciso presentar el pasaporte, lo que complicaba el paseo por el campo con tener que dar un paseo en busca de la policía, y algunas veces el empleado que tenia á su cargo la seccion de pasaportes no estaba en la oficina.

La calesa y la berlina no hicieron más que una escursion para ir á ver en la Lausana una fiesta pública en honor de Guillermo Tell; de paso estuvieron en Coppet. El lago estaba cubierto de barcos empavesados; su azul reflejaba el del cielo. Lausana era una poblacion muy pequeña para la multitud que habia acudido á la fiesta de todos los cantones. A la vuelta á Ginebra les pareció aun más triste y determinaron partir al dia siguiente.

Pero al dia siguiente, cuando quisieron partir, encontraron cerradas las puertas de la ciudad. Era domingo y la hora de sermon: Ginebra es una prision durante los oficios religiosos.

Víctor Hugo, para pasar el tiempo, quiso visitar la iglesia de San Pedro, pero apenas hubo entrado le dijeron que se saliese de allí porque distraia á los fieles. Salió y se subió á la berlina, irritado contra aquellos protestantes que no le dejaban ni entrar ni salir.

Por fin, así que se cantó el último salmo abrieron las puertas de la poblacion. Los caballos, al galope, llegaron de un tiron hasta Sallanches, donde los viajeros se detuvieron á almorzar.

En la mesa, Cárlos Nodier y Víctor Hugo empezaron á hablar del libro de Urbano Canel.

—Hermoso libro será! exclamó la señora de Nodier.

—Si se escribe, añadió la de Víctor Hugo.

—Pues no se ha de escribir! dijeron á un tiempo los dos escritores, ofendidos de esta duda. ¿Para qué hemos recibido adelantado casi todo su precio?

—Vos misma os estais comiendo en este instante una de sus alas, añadió Nodier, señalando á la señora de Víctor Hugo el pedazo de pollo que tenia en el plato.

Para evitar toda duda, Víctor empezó el dia siguiente á escribir los dos pliegos que le correspondian, y los terminó en el camino de Sallanches á Chamounix.

Los lectores preferirán que este viaje lo refiera el mismo Víctor Hugo, y me permitirán presentarles estas notas de un libro que no pudo publicarse entonces por la quiebra imprevista de Urbano Canel.



FRAGMENTO DE UN VIAJE Á LOS ALPES.

En Sallanches se deja el coche. Desde este punto al priorato de Chamounix se vá en carros con asientos, tirados por mulas y formados de una sola banqueta transversal, donde hay que sentarse de lado, bajo una especie de dosel de cuero, cuyos cuatro lienzos pueden bajarse en caso de lluvia.

Este nuevo modo de viajar os advierte en cierta manera que pasais de una naturaleza á otra, que penetrais en la montaña. La herradura redonda y plana de los caballos no sirve para aquellos caminos ásperos, escarpados y pendientes. Las ruedas de los carruajes ordinarios se romperian en aquellas sendas estrechas é interrumpidas por los torrentes. Se necesitan carruajes ligeros y sólidos que puedan desmontarse en los pasos difíciles y atravesar estos, llevando al viajero sobre los hombros los guias y los carreteros.

Hasta aquí no habeis hecho más que ver los Alpes; ahora empezareis á sentirlos.

Más tarde, más lejos, más arriba, tendreis que dejar hasta estos frágiles vehículos; el suelo indomable de los Alpes los rechazará. El paso seguro y atrevido de las mulas os llevará algun tiempo aun por aquellas elevadas regiones, donde no hay más camino señalado que el del torrente que se precipita; es decir, el camino más corto desde la cumbre de la montaña al fondo del abismo.

Subireis más todavía, y entonces un vértigo, ó cualquier otro obstáculo invencible, os obligarán á bajar de la caballería y á continuar á pié aquel viaje atrevido, hasta llegar á un punto en el que el hombre mismo se vé obligado á retroceder; á unas soledades de hielo, de granito y de niebla, en las que la gamuza, perseguida por el cazador, se refugia audazmente en precipicios que amenazan abrirse y en avalanchas que amenazan desplomarse.

Meditando sobre los peligros con que esta naturaleza salvaje rodea el paso del simple curioso, se llega á considerar como relaciones fabulosas las historias que nos refieren en la antigüedad, las máquinas de guerra de los cartagineses, y en nuestros dias los cañones franceses atravesando los Alpes. Nos preguntamos á nosotros mismos, con asombro y casi con incredulidad, cómo el pesado tren de un ejército pudo atravesar caminos que parecen rehusar muchas veces el espacio y la resistencia á los aéreos piés de gamuza, y cómo consiguió pasar dos veces estos altos promontorios que viven entre las nubes y llegan atrevidamente hasta el cielo.

La explicacion de esto se halla en el poder que Dios concedió á la inteligencia del hombre. Estos esfuerzos maravillosos demuestran que el hombre es el rey de la naturaleza física. Al ver el aspecto de los Alpes parece que solo sea capaz de atravesarlos un ejército de gigantes. ¿No es digno de admiracion el que para realizar ese milagro y renovarle en nuestros dias hayan bastado á dos ejércitos dos gigantee de voluntad y de génio, Anibal y Napoleon?

Me apercibo de que mi pensamiento camina con más rapidez que nuestros rápidos carritos. Apenas hemos salido de Sallanches, ya estoy buscando en las brillantes crestas de los viejos Alpes la huella que dejaron allí los dos grandes invasores de Italia. Pero es difícil no sentir profunda emocion, cuando en una hermosa mañana de Agosto, bajando por la pendiente donde está situada Sallanches, el viajero vé desarrollarse ante su vista aquel inmenso anfiteatro de montañas, de distintos colores, formas y alturas; aquellas masas enormes, brillantes ó sombrías, verdes y blancas, distintas y confusas, iluminadas á cada momento por un oblícuo rayo del sol, y encima de los cuales, como la piedra del juramento en un monumento druida, se eleva el Monte-Blanco con su tiara de hielo y su manto de nieve.

Al salir de Sallanches, el camino de Chamounix atraviesa una vasta llanura, que deja tiempo suficiente para admirar este grandioso é inmutable espectáculo. Aquella llanura, de unas dos leguas de anchura, no era mar el dia anterior. Habia llovido, y el Arve, que la atraviesa en toda su longitud, la habia tomado toda ella por lecho, como sucede siempre durante las tempestades. Pero bastaron veinticuatro horas para encauzar el torrente en los límites que traspasa con frecuencia, y el camino, fangoso aun cuando pasamos, solo estaba recortado por algunos charcos ó arroyuelos de agua amarillenta, que lavaban de rato en rato los cascos de las mulas y las ruedas de los carritos.

Al través de la rica verdura que rodea el camino por todas partes, el trayecto

seria pintoresco y agradable si el viajero no tuviese impaciencia por llegar á las montañas y abandonar la llanura y su espléndida vegetacion. Así es que, cuando despues de algunas horas de monótona marcha, el guia os enseña al otro lado del Arve, á una gran altura, por detrás de las montañas los tejados de la aldea de Chede, casi sepultada entre los árboles, os aproximais casi con entusiasmo al puente de madera roja que conduce á la otra orilla, desde donde se empieza el ascenso.

Produce cierto encanto detenerse algunos momentos en este puente tembloroso, conmovido al mismo tiempo por la presion de las ruedas y por el mugido del Arve, que, blanco de espuma, pasa saltando bajo un solo arco por entre bloques de granito. Volviendo la espalda al Monte-Blanco, solo se ven objetos risueños y tranquilos que son más gratos á la vista contemplados entre aquel movible y fragoroso estruendo. A la izquierda se descubre un gracioso anfiteatro de madera, chalets y campos cultivados; enfrente y al fin de la llanura se vé á Sallanches, con sus casas blancas y su campanario reluciente de estaño, al pié de una montaña verde, coronada por anchas rocas verticales, que parecen una vieja fortificacion de titanes; á la derecha se divisa la magnífica cascada de Chede, que salta de una especie de concha natural, y vuelve á caer más ancha, más desbordada y más circular, rodeándose de un arco iris como de una aureola.

Despues de haber subido penosamente un camino que embarazan montones de piedras movedizas, que suenan bajo los piés de las caballerías, se atraviesa el pueblecillo de Chede, y se deja atrás la hermosa cascada para penetrar en la montaña.

El camino principia á estar lleno de la sombra que proyectan las grandes encinas, los abedules y los alerces, que entrelazan sus ramas y aprisionan la vista en sus techos de espesos ramajes. De repente se abre el follaje y se presenta á la vista un espectáculo encantador: un pequeño lago—creo que se llama el Lago Verde, á causa del espeso césped que tapiza sus orillas y le dá cierta semejanza á un espejo con marco de terciopelo verde.—Este lago, cuya agua conserva inalterable limpidez, tiene, en la frescura de su aspecto, en la gracia de sus contornos, algo que contrasta deliciosamente con la sombría severidad de las montañas por entre las que fluye. El viajero se creeria transportado mágicamente á otra region, bajo otro cielo, si el Monte-Blanco no estuviese allí de pié, en el horizonte, con sus cúpulas de nieve, con sus ventisqueros, con sus formidables agujas, y si, como celoso de las dulces impresiones que se atreven á nacer tan cerca de él, no proyectase su amenazadora imágen hasta en las pacíficas aguas del Lago Verde.

Ignoro por qué hilo invisible, por qué conductor eléctrico la naturaleza se comunica con el arte; pero en aquel instante acudieron á mi imaginacion las grandes creaciones del viejo Shakespeare, en las que siempre domina una figura alta y sombría, que, en un rincon del drama, se refleja en un alma límpida, transparente y pura; obras completas como la naturaleza, en las que hay siempre una Ofelia para un Hamlet, una Desdémona para un Otelo, un Lago Verde para un Monte-Blanco.

No es posible partir del Lago sin dar algunas monedas á los niños de Chede y de Passy, que ofrecen á los viajeros un vaso de aquella agua tan fresca y tan hermosa. He oido á muchos viajeros quejarse de las importunidades de este pueblo, que, por decirlo así, vende al por menor las bellezas del pais en que habita. No son justos: estos desgraciados no tienen más que la montaña para vivir.

Cambia la escena: el sol queda descubierto; desaparece la vegetacion. El camino, obstruido por las rocas, dá vuelta, se repliega como una gran serpiente por la ladera de una montaña árida y llega al *Nant Negro* (1).

En un hondo barranco, en el que parece muerta toda vegetacion, entre dos escarpaduras de tierra ferruginosa, entre rocas de granito que podrian tomarse por masas de ébano, corre con un ruido espantoso una agua negra que ni la espuma blanquea.

Es el Torrente Negro, llamado así por el color sombrío que dá á sus aguas las pizarras que arrastra, y sin duda tambien porque es muy peligroso atravesarle en las avenidas con que le hacen crecer las tempestades. Todo es allí lúgubre y desolado. Cumbres desnudas, rocas que se desprenden, ecos que repiten el aullido furioso del torrente; no se ven otros árboles que las filas de sombríos pinos que se levantan en las montañas en el

(1) *Nant*, torrente ó cascada de los Alpes: esta voz es céltica, en cuya lengua significa *rio*, *arroyo*, *valle*.—(N. del T.)

horizonte. El pensamiento encuentra un mundo de intervalos entre el Lago Verde y el *Nant Negro*.

Se cuentan en el pais mil tradiciones extrañas respecto á este torrente. Aquí es, segun dicen, donde los espíritus de las *Montañas Malditas* celebran su aquelarre los sábados en el invierno, y han removido toda la montaña para ocultar sus tesoros. Su vuelo tumultuoso ha destrozado todos los árboles que crecian antes en este fúnebre sitio: bailando han abrasado esta tierra y bañándose han ennegrecido esta agua. Hay tambien un demonio del *Nant Negro* que precipita á los viajeros en su caverna y se rie al verlos caer. Sus pupilas son dos globos de fuego, y más de un atrevido cazador de gamuzas, perdido por la noche en la montaña, ha oido su voz ronca y sonora, contestando, desde el fondo del abismo, á la voz del torrente.

Confieso la debilidad de mi espíritu; pero para mí hubiera faltado algo á la belleza horrible de este sitio salvaje, si no le diera carácter maravilloso alguna tradicion popular.

Me he detenido con gusto en estos detalles porque me gustan las supersticiones, que son hijas de la religion y madres de la poesía.

En cuanto se pasa ese torrente, se encuentran con mucha frecuencia los *nants*; las ondulaciones del camino son más bruscas y más rápidas, el cono del monte sobre que se extiende ha sido en cierto modo extraido por las cataratas pluviales y las avalanchas de piedras. Sin embargo, se vuelve á encontrar una vegetacion viva y fresca alrededor del camino, que oculta á la vista el Arve, cuyo mugido se oye en el fondo del barranco.

Encuéntrase despues un valle de aspecto severo y triste. En su centro se eleva un campanario, á cuyo rededor se agrupan algunas cabañas. Allí está Servoz, que, encajonado entre las altas montañas de aquel valle, parece como sepultado en un blanco sudario de nieve, bajo la mortaja negra de los abetos. Los restos de una montaña que se derrumbó, segun creo, en 1741, y que dominan ó más bien amenazan este valle, aumentan la impresion melancólica que produce su vista.

Dícese que la caida de esta montaña, que aplastó los bosques, terraplenó los valles y abrió abismos, fué acompañada de un diluvio de polvo y ceniza, que produjo por espacio de tres dias una oscuridad completa hasta algunas leguas á la redonda. Los sábios dijeron que era un volcán. Los ignorantes creyeron que era el fin del mundo; se equivocaron unos y otros. Error por error, prefiero el de los ignorantes, porque es más candoroso.

Esa montaña, convertida en ruinas, asusta la vista y la imaginacion. Ignoro, lo mismo que todo el mundo, cómo se salió del centro en que reposaba el equilibrio de aquella mole y cuál fué la causa que minó la base en que descansaban sus inmensas terrazas, sus mesetas, sus picos y sus agujas. ¿Fué por una convulsion interior del globo? ¿Fué por una gota de agua que venia destilándose lentamente hacia muchos siglos?... *Felix qui potuit*... etc.

Es difícil, sin embargo, pasar por allí sin entregarse á inútiles meditaciones sobre ese gran misterio ante tan prodigioso derrumbamiento. Las tierras, las nieves, los bosques, precipitándose en todos aquellos valles, han puesto al descubierto lo que podria llamarse el esqueleto de la montaña.

Los trozos de mármol negro, veteado de blanco, son los monstruosos piés medio ocultos por masas piramidales de tierras desmoronadas; son los huesos de sílice, los brazos de granito que se levantan aún, y aquella ancha zona de rocas calcáreas que enseña sus capas horizontales es la arrugada frente del gigante.

¡Qué insignificantes son los monumentos de los hombres si se comparan con estos edificios maravillosos que una mano poderosa elevó sobre la superficie de la tierra, y que son para el espíritu una manifestacion de Dios! Con el transcurso de los años cambian de forma y de aspecto; su arquitectura, rejuvenecida sin cesar, conserva eternamente el tipo primitivo. A estas rocas, que caen á plomo, sucederán otras rocas que desgarrarán las nubes, crecerán nuevos árboles sin cultura donde yacen esos troncos muertos de vejez, esos torrentes se agotarán y se abrirán nuevas cataratas. Desde hace muchos siglos la fisonomía de los Alpes no ha variado: los detalles cambian; el conjunto subsiste.

¡Dichoso el pueblo que, como los hijos de Guillermo Tell y de Vinkelried, puede confiar á semejantes monumentos sus recuerdos de gloria, de religion y de libertad! ¿Cómo podrán borrarse esas santas tradiciones, cuando no puede perecer nada de lo que las recuerda? ¡Estos sublimes edificios no pueden temer

el innoble embadurnamiento que ha profanado la catedral de Reims, la catedral de Paris, San German de los Prados, la antigua abadía romana; ni al raspador, que ha mutilado los frontones del patio del Louvre; ni á la piqueta, que iba á destruir á Chambord despues de haber demolido las casas de Montmorency y de Bayardo!

Dentro de poco todos los monumentos de la Francia solo serán ruinas; dentro de poco todas esas ruinas no serán más que piedras, y esas piedras no serán más que polvo. Aquí todo se transforma; nada muere. Las ruinas de una montaña son tambien una montaña. El coloso no hace más que cambiar de actitud y á esto se reduce todo. Hay un soplo que anima las obras de la creacion; las obras de Dios viven; las de los hombres duran; y cuánto duran?

Salimos de Servoz, donde se suele tomar un refrigerio y que marca la mitad del camino de Sallanches á Chamounix.

El camino hace ahora lo que acaba de hacer mi imaginacion; pasar desde una montaña derribada á un castillo arruinado. Desde hace un cuarto de hora costeamos muy de cerca el Arve, que corre casi al nivel del camino. El guia nos enseña á la derecha, sobre un alto promontorio, que la montaña empuja hasta el medio del rio, algunos trozos de muralla desmantelados, con algunos restos de torres y estrechas ojivas construidas por la mano del hombre y grandes grietas abiertas por la mano del tiempo. Es el castillo de San Miguel, antigua fortaleza de los condes de Ginebra, tan célebre en la comarca como el *Nant Negro*, por los demonios que la habitan y los tesoros mágicos que encierra.

El terrible palacio, la antigua fortaleza de Aymon y de Gerold, está allí, solitaria y lúgubre, como el cuervo que grazna alegremente sobre las ruinas. Las murallas ennegrecidas, rotas desigualmente por los años, apenas sobresalen por encima de los acebos; zarzas, espinos y malezas obstruyen el foso y el camino; cortinas de hiedra ocupan el lugar de los pesados puentes levadizos y de los rastrillos de hierro. Por encima del castillo sube, hasta perderse de vista, un bosque de alerces y de abetos; por debajo hierve el Arve, embarazado en su curso por astillas de granito, caidas de las rocas que sostienen el castillo de San Miguel. Uno de estos peñascos, á cuyo alrededor lucha la corriente del agua, se detiene más tiempo y domina desde más altura la marcha del torrente.

De tiempo en tiempo el Arve choca con estas rocas, azotándolas con sus furiosas olas, oprimiéndolas y haciéndolas rodar; sube por encima del peñasco, que permanece por algun tiempo inundado por todas aquellas ondas doradas, como una cabellera rubia; despues desciende el agua, y mientras el Arve, murmurando, empieza un nuevo asalto, aparece la frente de la roca calva y desnuda.

Nos encontramos un puente. Volvemos á tomar la orilla izquierda del Arve, y mientras los carritos nos siguen penosamente, empezamos á trepar á pié por las subidas, que forman un camino estrecho y rápido, trazado laboriosamente á lo largo de una terrible escarpadura, que no puede compararse á nada más que á la pendiente de la montaña que costea el Arve por la otra orilla.

Este camino, ora abierto en la roca viva, ora suspendido y saliente sobre un abismo, sirve de comunicacion entre el valle de Servoz y el de Chamounix.

A cada paso se desliza el pié en anchas losas de granito, que arrancan chispas de los cascos de las mulas. A la derecha se ven colgar sobre la cabeza las raices de los alerces socavados por las lluvias; á la izquierda se pueden tocar con el pié sus cimas, agudas como agujas.

Una vieja idiota y enferma, sentada en una especie de nicho, implora la piedad de los viajeros á la entrada de este camino peligroso. Creí ver una de esas hadas mendicantes de los cuentos mágicos, que esperan á un aventurero al borde del camino para predecirle su pérdida, si rehusan socorrerla, ó su felicidad, si les dan una limosna.

Apenas se pasa el sitio que ocupa la mendiga se encuentra una cruz elevada á la orilla del abismo. Es preciso pasar con rapidez por delante de ella; recuerda una desgracia é indica un peligro.

Un poco más allá se detiene el viajero para oir allí un eco extraordinario. En otro tiempo, antes de que el doctor Pocook hubiese descubierto las maravillas del valle de Chamounix, dedicado en el siglo once por Aymon, conde de Ginebra, "á Dios y al arcángel San Miguel„; antes que el hombre hubiese trazado algun sendero en la cumbre de esa montaña, si alguna vez el cazador de gamuzas, arrastrado por el ardor de la persecucion hasta esta garganta formidable, llegaba al sitio en que nos encon-

tramos, se llevaba á la boca, con el temblor que le producia el espanto, el cuerno de caza que le colgaba del cinturon, y hacia resonar tres veces la llamada mágica: *¡hi! ¡ha! ¡ho!* y tres veces le contestaba con claridad una voz desde las profundidades del horizonte: *¡hi! ¡ha! ¡ho!*

Entonces huia aterrorizado y referia por los valles que una gamuza-hada le habia llevado hasta el castillo de San Miguel, y que habia oido la voz del espíritu de las *Montañas malditas.*

Hay en este mismo sitio viajeros elegantes; mujeres vestidas con ricos trajes bajan de los carritos de la montaña y siguen un camino bastante bien nivelado. Algunos muchachos haraposos las rodean; éstos llevan una gran bocina, con la que producen sonidos agudos, que se asemejan al antiguo grito del cazador. Una voz de las montañas las repite todavía con claridad, pero con acento más débil y más lejano. Si despues preguntais á los muchachos:—Qué es eso? os responden: *Es el eco*, y os tienden la mano. Qué se hizo la poesía?

Dejamos detrás de nosotros á los niños mendigos, á la bocina, al foco del eco, y entramos en el desfiladero, cada vez más estrecho y salvaje.

Hace algunos momentos que una niebla gris nos oculta el cielo. Cuando subimos, ella baja: la vemos llenar sucesivamente todos los intervalos de las crestas, que se alzan una enfrente de otra. Sus bordes se dilatan y se deshielan, semejándose en cierto modo á la franja de una red. Blanquizcos vapores se elevaban del Arve lentamente y se unian con esta niebla, que tocaba ya hasta las copas de los abetos y que siguió avanzando de árbol en árbol. De repente se cerró sobre nosotros y nos ocultó las montañas del fondo, como un telon de boca que baja y cubre la decoracion del teatro.

Estábamos en el sitio más horrible y más hermoso del camino; en el punto más elevado de "las subidas„. Aun se distinguia, al través de la bruma, la montaña opuesta, erizada de abetos casi echados sobre el suelo. ¡Tan vertical es la pendiente! Las filas del bosque se aclaran algunas veces por los árboles muertos, que se pudrirán donde cayeron, y solo puede derribar esos árboles el rayo del cielo ó la avalancha, que es el rayo de las montañas. Delante de nosotros, en el fondo del inmenso precipicio, se veia blanquear el Arve á una profundidad tan prodigiosa, que su terrible mugido llegaba hasta nosotros como un suave murmullo.

En aquellos momentos la nube se abrió, y por su abertura descubrimos en vez de cielo una choza, un prado verde y algunas cabras imperceptibles, que pasaban más altas que las nubes. Nunca he experimentado semejante sensacion. A nuestros piés teníamos un rio infernal, sobre nuestras cabezas una isla del paraiso.

Es inútil referir la sensacion que experimentamos á los que no la han sentido; participaba á la vez del sueño y del vértigo.

El valle de Chamounix se presenta en toda su longitud á la vista del viajero que llega á Sallanches. El Arve, serpenteando, le atraviesa. Las tres parroquias en que se divide su territorio, los Ouches, Chamounix y Argentiere, enseñan de trecho en trecho, en la estrecha llanura, los campanarios coronados de brillantes pizarras.

A la izquierda, sobre un anfiteatro lleno de jardines, de chozas y de campos cultivados, eleva el Breven casi á pico su bosque de abetos y sus armellas, alrededor de las cuales rueda el viento y deshila las nubes como la rueca el hilo. A la derecha está el Monte-Blanco, cuya cumbre hace brillar la espina de sus contornos sobre el oscuro azul del cielo por encima del alto ventisquero de Taconay y de la aguja del Mediodía, que yergue sus mil puntas como una hidra de mil cabezas.

Más abajo, á la extremidad de un inmenso manto azulado, que llega hasta la verde pradera de Chamounix, se destaca el perfil de los ventisqueros de los *Bossons* (zarzas), cuya maravillosa estructura ofrece á la vista algo increible é imposible.

Este espectáculo es sin duda más rico y quizá más extraño que el raro monumento celta de Carnac, cuyas tres mil piedras, caprichosamente colocadas en la llanura, no son verdaderamente piedras, pero tampoco son edificios.

Figúrese el lector enormes prismas de hielo, blancos, verdes, violados, azules, segun el rayo del sol que los ilumina, estrechamente unidos unos á otros afectando una porcion de variadas actitudes; éstos inclinados, aquellos de pié, destacando sus conos deslumbrantes sobre un fondo de sombríos alerces. Parecen una ciudad de obeliscos, de columnas y de pirámides; un pueblo de templos y sepulcros; un palacio edificado por hadas

para que le habiten almas y espíritus. No me admiro, pues, de que los primitivos habitante de estas comarcas hayan creido ver muchas veces séres sobrenaturales revolotear por entre las flechas de este ventisquero á la hora en que el dia viene á dar brillo al alabastro de sus frontones y sus colores el nácar de sus pilastras.

Más allá del ventisquero de Bossons, enfrente del priorato de Chamounix, se descubre la cumbre poblada de árboles del Montanvert, y más arriba, en el mismo plano, aparecen los dos picos de los Peregrinos y de Charmoz, que tienen el aspecto de las magníficas catedrales de la Edad Media, sobrecargadas de torres y torrecillas, de linternas, de agujas, de flechas y de campanarios, entre los cuales extiende el ventisquero de los Peregrinos sus ondulaciones parecidas á bucles de cabellos blancos sobre la cabeza gris del monte.

El fondo del cuadro completa este magnífico conjunto. La vista, que no se cansa de pasearse por todos los pisos del vasto edificio de estas montañas, encuentra en todas partes motivo de admiracion. Contempla en primer término un bosque gigantesco, que tapiza el extremo opuesto del valle. Por encima de ese bosque, la extremidad del Mar de Hielo, yendo más allá de Montanvert, como un brazo que se dobla, inclina y precipita sus rocas marmóreas, sus escamas enormes, sus torres de cristal, sus dolmens de acero, sus colinas de diamantes, y abre en la llanura aquella boca horrible, de la que el Arveyron nace como un rio para morir una milla más lejos como un torrente.

Detrás del Mar de Hielo, dominando todo lo que le rodea, se eleva el *Drú,* pirámide de granito de un solo bloque, de mil quinientas toesas de altura. El horizonte, en el que apenas se distinguen el desfiladero de Balme y las rocas de la Cabeza-Negra, está coronado por una série de cumbres cubiertas de nieve, sobre cuya blancura se destaca aislado y plomizo el obelisco prodigioso de *Drú.*

Cuando el cielo está despejado parece, por su forma delgada y por su color sombrío, la solitaria torre de una iglesia derribada, y se diria que las avalanchas que se desprenden de tiempo en tiempo de sus paredes son palomas que van á posarse sobre sus frisos desiertos. Cuando se le descubre confusamente al través de la niebla, se asemeja al cíclope de Virgilio sentado en la montaña, y las blancas olas del Mar de Hielo son los rebaños que vá contando mientras que pasan á sus piés y por delante de él.

Agréguese al conjunto de este paisaje de maravillas la eterna presencia del Monte-Blanco, una de las tres montañas más altas del globo, y ese carácter de grandeza que dá todo lo grande á lo que le rodea; reflexiónese sobre esa altura, que es verdaderamente, para servirme de la fabulosa expresion de los poetas, *una de las extremidades de la tierra*; medítese sobre esa extraña acumulacion en un círculo tan reducido de tantos objetos únicos en el mundo, y se creerá que al penetrar en el valle de Chamounix se entra, empleando una frase vulgar para expresar mi idea, en el gabinete de curiosidades de la naturaleza, en una especie de laboratorio divino, en el que la Providencia conserva una muestra de todos los fenómenos de la creacion, ó en el misterioso santuario en que reposan los elementos del mundo visible.

El dia que llegamos allí era el 15 de Agosto, dia que se celebra la fiesta de la Asuncion. Bajamos rápidamente por el reverso de la montaña, con los ojos fijos mágicamente en el magnífico espectáculo de aquel valle que se presentaba por fin á nuestra vista. De repente una vuelta del camino nos hizo gozar otro espectáculo. A nuestros piés, en la verde llanura, sobre la ladera de la colina que eleva la iglesia de Onches por cima del pueblo, se desplegaban serpenteando dos filas de aldeanos con las manos juntas de jóvenes veladas y de niños, precedidos de algunos sacerdotes y de una cruz.

Era una procesion que volvia del Priorato á Onches, cantando la Letanía de la Vírgen, Madre de Dios. El viento nos traia de vez en cuando un eco entrecortado de sus cánticos.

No puedo expresar la impresion profunda que vino á sellar en mí las impresiones que experimentaba, haciéndolas inefables. Toda mi vida tendré presente este recuerdo. En aquel momento todos los ruidos de los Alpes se desplegaban en el valle: el Arve hervia en su lecho de rocas; los torrentes mugian; las cascadas pluviales se extremecian al romperse en el fondo de los precipicios; el huracán atormentaba las nubes en un ángulo del Breven; la avalancha tronaba desde lo alto de las soledades del Monte-Blanco; pero para mi espíritu ninguna de las formidables voces de las montañas me hablaba tan alto como la voz de aquellos

pobres pastores que invocaban el nombre de la Vírgen.

¡Omnipotente es el que hace salir, el mismo dia y á la misma hora, al Papa con su brillante cortejo de cardenales de las puertas doradas de San Pedro de Roma, á la comitiva real del rico pórtico de Nuestra Señora de Paris y de su indigente presbiterio, olvidado en el valle, la humilde procesion de las montañas de Chamounix! ¡Omnipotente inteligencia es la que puede en el mismo instante dar el mismo pensamiento á todo un mundo!

Los valles de los Alpes tienen de notable que son en cierto modo completos. Cada uno de ellos presenta muchas veces, en limitadísimo espacio, una especie de universo aparte. Todos tienen su aspecto, su forma, su luz, sus ruidos particulares. Se podria casi siempre resumir en una palabra el efecto general de su fisonomía. El valle de Sallanches es un teatro; el valle de Servoz es una tumba; el valle de Chamounix es un templo.

XLIV.

Una carta de Lamennais.

Desde que llegaron á Chamounix, Nodier solo se preocupaba de buscar guias para el dia siguiente; se trataba de una ascension al Montanvert. Queria llevar de guia al viejo Balma, á quien conocia desde su viaje anterior y de quien hablaba desde la víspera con una admiracion tan comunicativa, que Víctor Hugo, cuando le invitaron á poner un autógrafo en el registro de la posada de Chamounix, escribió:

Napòleon, Talma,
Chateaubriand, Balma.

Pero el viejo Balma estaba enfermo y Nodier tuvo que contentarse con un pariente suyo, que eligió por cariño á dicho apellido. Víctor Hugo escogió el primero que encontró, que era jóven.

Levantáronse con el sol, se desayunaron con leche y miel, tal como sale de la colmena, y que encontraron exquisita; despues salieron de escursion, los hombres á pié y las mujeres en mulas. Empezaron la subida, y de tiempo en tiempo alzaban la cabeza para contemplar el valle. Los habitantes y sus habitaciones se iban haciendo imperceptibles, hasta el punto de creer que veian á lo lejos el pais de los liliputienses. Las casas, pintadas en su mayor parte, parecian casas de juguetes de niños. El Arveyron era un hilo de plata sobre terciopelo verde. Subieron un poco más, y cuando volvieron la cabeza ya no vieron nada de esto: las nubes, á los piés de los viajeros, les tapaban la tierra.

Habian llegado á la cumbre, y sobre ella se elevaba un templo con esta inscripcion: *Templo de la Naturaleza.* Los sacerdotes de este templo eran algunos posaderos que despachaban una mezcla de leche y de *kirsch* (1).

Les quedaba por visitar el Mar de Hielo. Las mujeres, satisfechas de su expedicion, dejaron ir solos á los hombres. Víctor Hugo, Nodier y Gué, con los guias á la cabeza, se dirigieron hácia el ventisquero apoyándose en bastones con grandes conteras de hierro y agarrándose algunas veces á rododendros, que crecen vigorosos é innumerables en aquella montaña.

El guia de Víctor Hugo, nuevo en el oficio, equivocó el camino y se metió en una lengua de hielo entre dos hendiduras, que se acercaban la una á la otra más cada vez, llegando á ser tan estrecha, que el guia se alarmó; pero no quiso confesar su error y siguió adelante, diciendo que pronto se ensancharia el camino; pero cuanto más avanzaban era más estrecho, hasta convertirse en una delgada raja abierta entre dos abismos.

El guia tomó entonces la mano de Víctor Hugo y le dijo:

—No tengais miedo.

Pero el guia estaba muy pálido.

A alguna distancia cesaba una de las hendiduras y la otra llegaba hasta la meseta de la cumbre; pero era preciso llegar hasta allí. No habia sitio para pasar dos de frente: el guia no tenia más que un pié sobre el nivel y caminaba con el otro por la resbaladiza pendiente del abismo; el jóven montañés, sin embargo, no hizo ningun movimiento, y soportó la presion del viajero como si estuviese sosteniendo una estátua.

Así llegaron á la meseta; pero el peligro no habia concluido aun. La cumbre, á la que se unia, era cinco piés más alta que ella y estaba cortada á pico.

—Es necesario que nos soltemos las manos, dijo el guia; apoyaos en el baston y cerrad los ojos para que no os dé algun vértigo.

Trepó por el muro de hielo, y despues

(1) *Kirsch*, licor espirituoso que se obtiene destilando diferentes especies de cerezas silvestres sometidas á la fermentacion.—(N. del T.)

de algunos segundos, que parecieron cuartos de hora á Víctor Hugo, se acostó allí, le tendió los brazos y le subió diestramente.

La meseta era ya conocida del guia y se orientó sin dificultad. Víctor Hugo se encontró con Nodier y con Gué, que le buscaban intranquilos. El guia de Nodier, viendo de dónde el otro venia, adivinó la imprudencia que habia cometido y le reprendió con aspereza, diciéndole que habia comprometido la vida de un viajero y el honor de su profesion; que eso era una mancha para todo el cuerpo de guias, etc. etc.

El jóven suizo, tan sereno ante el abismo, no lo fué ante esta reconvencion, y derramó gruesas lágrimas.

Los expedicionarios se reunieron con las viajeras en el *Templo de la Naturaleza* y las hicieron temblar refiriéndoles el peligro pasado. Esto las hizo ver precipicios en todas partes; no se atrevieron á volver á caballo, pero sus piés eran menos seguros que los cascos de las caballerías, y regresaron arrastrados con más velocidad de lo que deseaban por las pendientes rápidas de las montañas. Se deslizaban, se sentaban en el suelo, no querian levantarse ni seguir andando, y estaban incomodadas con los hombres que las hicieron ir allí; se irritaban y lloraban. Pero en cuanto llegaron al valle, ellas mismas se rieron del miedo que acababan de pasar, de sus lágrimas, de las del guia y del peligro que corrió Víctor Hugo; todo lo que antes las hizo sufrir fué entonces motivo de alegría.

Los guias de Nodier, de Gué y de las viajeras les presentaron sus carteras, en las que obligaron á atestiguar á los viajeros que habian desempeñado bien su oficio. El guia de Víctor Hugo, temblando, presentó á este su cartera, y desconcertado la tomó cuando Víctor Hugo se la devolvió; pero le causó inmensa alegría leer lo siguiente: "*Recomiendo á Miguel Devonassous, que me ha salvado la vida.*„

Nodier y Víctor Hugo vieron que estaban concluyendo de gastar los mil setecientos cincuenta francos, y tuvieron que pensar en el regreso. Emprendieron con bastante tristeza el camino de Francia, y viajaron lentamente, deteniéndose en todas partes donde habia una ruina ó una biblioteca, porque Nodier preferia los libros á las piedras.

En cada punto en que hacian alto los dos amigos se apoderaban del posadero y le preguntaban á la vez, uno por los restos de la arquitectura antigua y el otro por las librerías. El posadero solia aturdirse con este interrogatorio entremezclado y respondia al revés. Nodier se impacientaba.

—Querido, le decia á Víctor Hugo, estais poseido por el demonio Ogivo.

—Y vos por el diablo Elzevir.

Se detuvieron en Lyon, donde estaba dando algunas representaciones el cantor Martin. La señora Nodier, que no perdia ninguna ocasion de asistir á espectáculos, quiso ir al teatro, y consiguió que todos fueran con ella, menos Víctor Hugo, que era poco aficionado á la ópera cómica.

En Satoris estaban almorzando con el mayor apetito en una sala baja, por cuyas ventanas abiertas entraba el sol de Agosto, cuando una desgraciada jóven de quince años, que presenciaba el exquisito almuerzo desde la calle, se asomó á la ventana, haraposa, blanca y lloriqueando. Nodier metió la mano en el bolsillo y sacó la primer moneda que encontró; pero en el momento en que alargaba el brazo para dársela á la mendiga, la señora Nodier le hizo notar que iba á dar una moneda de veinte francos.

—Bah! contestó; por eso no seré más pobre en la eternidad.

Y dió un luis de limosna.

Los dos coches entraron en Paris el 2 de Setiembre; era ya tiempo. A Cárlos Nodier solo le quedaban veintidos francos y á Víctor Hugo diez y ocho. Se despidieron en la barrera; la calesa entró en el Marais y la berlina en el arrabal de San German.

Véase ahora la siguiente carta que escribió Lamennais á Víctor Hugo con motivo de este viaje:

"La Chenaie 4 Noviembre 1825.

„Querido amigo: Os felicito por el modo de haber empleado la más hermosa estacion del año. Si fuese rico y tuviese tiempo, viajaria, porque los viajes son un manantial inagotable de instruccion. Se aprenden pocas cosas en los libros, y hoy menos que nunca. Habia yo leido muchas obras sobre Inglaterra y sobre Italia antes de visitarlas: despues estos dos paises me han parecido completamente distintos de como los ví descritos. Es muy cierto que apenas se vé, cuando solo se vé con los ojos, que solo sirven para trazar mapas geográficos; la imaginacion y el espíritu únicamente se apoderan de todo lo demás. He conocido

personas á las que cansaba la vista de la hermosa campiña de Roma, modelo de grandeza y de gracia, hasta en su aparente desolacion.

„Cuando por la noche se pasea por delante de la tumba de Metella y de las catacumbas de San Sebastian y al través de las sombras de los viejos romanos y de los recuerdos de veinte siglos, únicos habitantes de aquella soledad, se llega al Monte Sagrado, y la sensacion que produce en el alma es inexpresable. No se vé una choza, ni un árbol; solo se ven algunas águilas que se ciernen sobre aquel suelo desierto, en el que multitud de colinas, semejantes á las olas del mar, forman inmensas ondulaciones, y una claridad suave, que se debilita hasta convertirse en noche: hé aquí todo lo que se vé; pero todavía esto es Roma, con su poder, con su imperio; es su fantasma, que os subyuga aun. Perdonadme que os haya llevado á ese lejano paseo, en el que no pensaba hace dos minutos. A vos y á Nodier os corresponde pintar estas maravillosas escenas; yo solo sé sentirlas. Ginebra á orillas de su lago, triste, fria, pesada, lanzando de tiempo en tiempo un grito ágrio y discordante, parece un cuervo sombrío posado sobre un peñasco. Seria honrarla con esceso ofrecerla en sacrificio á la Ciudad Eterna. Cuando la industria llegue á divinizarse por completo, se podrá acaso arrastrarla á su altar.

„La palabra del ministro es justa y notable. ¿Tienen esas gentes alguna vez remordimientos de razon?

„Quereis que os hable de mi salud; pues es pésima: hace cuatro meses que no puedo trabajar. Mis asuntos tampoco van bien, y lo siento más que todo por no poder satisfacer mis deudas. Pero es preciso resignarse.

„Adios, amigo mio; ofreced mis recuerdos á la señora y abrazad en mi nombre á vuestra querida hija. Afectos á Nodier. Le agradezco que se haya acordado de mí. Otros se acuerdan tambien, pero no del mismo modo. Un poco de estimacion y de cariño de las personas queridas ayuda á sostener los combates de la existencia.

„*Vale et me ama.*„

XLV.

La oda á la Columna.

La señora de Víctor Hugo no creyó acertar al predecir lo que auguró almorzando en Sallanches, pero fué profeta; el libro no se publicó. Solo Víctor Hugo escribió su parte: Nodier esperó á ver los dibujos para escribir la suya; como el dibujante se tomó mucho tiempo, en el transcurso de él el editor quebró, y Nodier se vió dispensado de ocuparse de este trabajo.

En Enero de 1826 publicó Víctor Hugo, despues de corregirlo y modificarlo en gran parte, el *Bug-Jargal*, que apareció por primera vez en el *Conservador literario*. En Octubre reimprimió sus primeras *Odas*, incluyendo en esta edicion muchas inéditas, y algunas baladas, con un prefacio en el que enarboló resueltamente la bandera de la libertad literaria.

Los partidarios de las reglas establecidas combatieron con violencia el prefacio y los versos, que tuvieron tambien sus defensores, menos numerosos, pero no menos enérgicos.

Se publicaba entonces un periódico al que daba el nombre de sus redactores, señores Guizot, Dubois, Jouffroy, Cousin, etc., cierta importancia, sobre todo en los salones. *El Globo*, universitario y atrevido, dispensaba á los innovadores cierta benevolencia protectora. Se interponia entre los combatientes, enseñando á un lado el progreso y á otro la moderacion. Dubois escribió un artículo más caluroso de lo que el autor esperaba, casi entusiasmándose con la oda titulada *Las dos islas*.

Víctor Hugo no cerraba la puerta de su casa á nadie, ni á la hora de comer. Una mañana estaba almorzando, cuando el portero le anunció la visita del señor Sainte-Beuve, é introdujo á un jóven que se presentó como vecino y como redactor de un periódico partidario suyo; vivia en la calle Notre-Dame-des-Champs, y escribia en *El Globo*. *El Globo*, le dijo, no se satisfacia con escribir un solo artículo sobre las *Odas*; yo mismo redactaré los demás. Fué á solicitar que le permitiera encargarse de esta tarea, temiendo que quisiera escribirlos Mr. Dubois, que siempre no los celebraria como era justo, y que muy pronto iba á ser nombrado profesor. La entrevista fué muy agradable, y ambos se prometieron volverse á ver, lo que era tanto más fácil, cuanto que Víctor Hugo iba á acercarse á su crítico cambiando de domicilio, porque iba á vivir á la calle de Notre-Dame-des-Champs.

Algunas semanas despues Víctor Hugo vivia en una casa separada de dicha calle

por una avenida plantada de árboles y continuada por un jardin, cuya arboleda tocaba en las ventanas de su cuarto. Un tapiz de musgo se extendia hasta un puente rústico.

Víctor Hugo iba algunas veces á leer los periódicos á los Arcos del Odeon. Un dia de Febrero de 1827 encontró sobresaltada á la prensa liberal; la víspera habia habido un gran escándalo en casa del embajador de Austria. El duque de Tarento, invitado al baile de la embajada, se quedó sorprendido al oir al ujier anunciar al señor mariscal Macdonald. En cuanto entró el duque de Dalmacia, el ujier habia anunciado al mariscal Soult. Los dos duques se preguntaban qué significaba aquello, si era alguna equivocacion del ujier, cuando llegó el duque de Treviso y fué anunciado de este modo: El mariscal Mortier. La misma supresion de sus títulos extranjeros sufrió el duque de Reggio.

Ya no era posible dudar; esto era premeditacion del embajador. Austria, que, humillada por el recuerdo de los títulos de sus derrotas, los negaba públicamente, convidaba á los mariscales para degradarlos de sus victorias y abofeteaba al imperio.

La sangre de soldado que Víctor Hugo tenia en las venas se le subió al rostro; le pareció que insultaban á su padre, y sintiendo el irresistible impulso de la venganza, escribió la *Oda á la Columna*.

La oda, publicada inmediatamente en *Los Debates* y copiada por muchos periódicos, causó profunda sensacion. La prensa de oposicion, hostil hasta entonces al poeta realista, le aclamó esta vez; en cámbio la prensa ministerial dejó de alabarle. Atacar al Austria era atacar á los Borbones, que ella devolvió á la Francia; glorificar á los mariscales era glorificar al imperio.

La oda causó á los realistas puros el mismo efecto que una desercion.

Este fué el principio de la ruptura.

Ante la ofensa austriaca, Víctor Hugo conoció que no era más vendeano que francés.

Habia entrevisto otra Francia superior á los partidos que debia acoger todo lo glorioso de su historia, y que, dirigiéndose á la Columna imperial, la diria:

«Au bronze de Henri mon orgueil te marie.»

Víctor ya no solo aceptaba al ejército, como en la oda *A su padre*, sino tambien al emperador. "Bonaparte„ para él se convertia en "Napoleon„; olvidaba al tirano, y la espuela de Napoleon equivalia á sus ojos á la sandalia de Carlo-Magno.

XLVI.

Cromwell.

Era entonces comisario régio en la Comedia francesa el señor Taylor, el cual preguntó á Víctor Hugo por qué no escribia para el teatro.

—Pienso escribir, le contestó Víctor Hugo, y ya tengo empezado un drama sobre Cromwell.

—Pues acabadle y dádmele. Un Cromwell descrito por vuestra pluma solo puede representarlo Talma.

Para formalizar el compromiso reunió al poeta y al trágico en una comida en *La Rocher de Cancale*.

Habia muchos convidados; pero Víctor Hugo y Talma, colocados uno al lado del otro, podian hablar libremente.

Talma tenia entonces sesenta y cinco años; estaba cansado y enfermo; se sentia morir, y en efecto, solo vivió algunos meses. Habló de su profesion con amargura; le dijo que los actores no eran hombres, ni siquiera él, á pesar de su fama y sus triunfos, á pesar de ser aplaudido y tratado como un amigo por el emperador, al que pidió una cruz, y Napoleon no se atrevió á concedérsela.

Víctor Hugo quedó admirado de lo que acababa de oir.

—El actor no es nada, insistió el gran trágico; el actor no es nada sin el papel, y yo todavía no he encontrado el papel que deseo. No he leido aun el drama que yo necesito. La tragedia es hermosa, es noble, es grande, pero yo hubiera querido ver en su grandeza más realidad. Ver en ella el personaje que tuviese la variedad y el movimiento de la vida, libre de la monotonía, que fuese trágico y familiar; un rey que fuese hombre. ¿Me habeis visto en *Cárlos VI?* He causado efecto diciendo: *¡Pan! quiero pan!* Y es porque el rey no sufria entonces un padecimiento real, sino un padecimiento humano: aquello era trágico y era verdadero, era la soberanía y la miseria, era un rey y un mendigo. La verdad! esto es lo que he buscado toda mi vida. Pero, qué quereis? Pido á Shakespeare y me dan á Ducis. Al ver que falta la verdad en el drama, me propuse que la tuviera el traje. He representado el papel de Mario con las piernas desnudas. Nadie

sabe á qué altura me hubiese elevado encontrando el autor que yo buscaba. Moriré sin haber representado verdaderamente una vez. Vos, señor Hugo, que sois jóven y atrevido, debeis escribir un papel para mí. Taylor me ha dicho que estais escribiendo el *Cromwell.* Compré su retrato en Lóndres, y si venís á mi casa le vereis colgado en mi cuarto. Qué es vuestro drama? No debe parecerse á los demás dramas.

—Lo que vos deseais representar, le contestó Víctor Hugo, es justamente lo que yo deseo escribir.

Y espuso al trágico alguna de las ideas que pensaba incluir en el "prefacio del *Cromwell*„, sustituyendo el drama á la tragedia, el hombre al personaje, lo real á lo convencional; deseando que el drama pudiese pasar libremente de lo heróico á lo positivo, y que su estilo abarcase todas sus clases; que fuera épico, lírico, satírico, grave y jocoso, y que en las obras dramáticas se suprimieran las tiradas de versos de efecto.

Aquí Talma le interrumpió, exclamando:

—Eso es lo que estoy cansado de repetir y no me hacen caso los autores.

Despues siguió escuchando con gran atencion las teorías del poeta.

—¿Y os ha inspirado el *Cromwell* esas ideas?

—Tanto es así, que para manifestar en seguida que mi obra es real, el primer verso es una fecha:

Demain vingt cinq juin mil six cent cinquante sept.

—Debeis saber algunas escenas de memoria, le dijo Talma. Si tuviérais la amabilidad de recitar alguna...

Los demás convidados manifestaron el mismo deseo. Víctor Hugo recitó la escena en que Milton conjura á Cromwell para que renuncie á proclamarse rey.

La escena estuvo mal escogida, porque esa escena solo era realmente un largo discurso, que por accidentado que fuese, por la emocion del razonamiento y por las frases cortadas, no difería de los demás parlamentos; además en ella solo hablaba Milton, y Talma, mientras tanto, hubiera tenido que resignarse á escuchar. Al gran actor parecieron muy buenos los versos, lo que era un elogio sospechoso despues de lo que acababan de hablar, y le rogó que le recitara otro trozo.

Víctor Hugo refirió entonces la escena del Protector en la que pregunta á Davenant sobre su viaje. En esta escena el autor estaba muy lejos de la tragedia. A cada detalle local, á cada rasgo de franca realidad, cuando le pregunta si vive en la misma posada de la *Sirena* todavía, cuando le dice que lleva un sombrero bastante raro y le propone cambiarle por el suyo, Talma, sin poderse contener, aplaudia.—Eso es! eso es! Magnífico! Así es cómo se habla! Y al concluir la escena tendió la mano al autor y le dijo:

—Concluid pronto vuestra obra; tengo prisa de representarla.

Algun tiempo despues murió Talma, y Víctor Hugo, no teniendo ya actor para su obra, no se apresuró á terminarla y pudo dar al drama un desarrollo que no permitia la representacion.

Trabajaba muchas veces andando; no tenia que dar más que un paso para estar en el boulevard Montparnasse: allí se paseaba entre los transeuntes que iban y venian atraidos por las tiendas de la barrera, por los espectáculos, por los cafés y por el cementerio. Enfrente del cementerio habia entonces una barraca de saltimbanquis. Esta antítesis le confirmaba en su idea de un teatro en el que se tocasen los extremos, y entonces concibió el tercer acto de *Marion de Lorme*, en que el duelo del marqués de Nangis contrasta con los gestos del actor cómico.

Era moda entonces ir á comer galletas al *Molino de la Manteca*, llamado así porque su dueño se habia enriquecido vendiendo manteca. El molino estaba en el campo hácia el lado de Vauvres. Los que llegaban allí ya no volvian á comer á Paris, y se repartian por los merenderos de los alrededores.

Un domingo, Abel Hugo, buscando dónde comer, oyó una música bajo los árboles. Eran los vagos violones de la tia Saguet. Se dirigió hácia allí y encontró una casita entre un patio cubierto de platabandas y un jardin lleno de sombra. Comió en un cenador, y comió tan bien que llevó allí á todos sus amigos. Fué felicitado por su descubrimiento y le llamaron desde entonces el Cristóbal Colon de la tia Saguet.

Algunas veces pasaba por la calle de Notre-Dame-des-Champs acompañado de su hermano. Allí se reunian; la reputacion del sitio creció con rapidez y atrajo á los pintores y á los escultores que vivian por aquel lado de Paris. David, Charlet, Luis Boulanger, los Deveria, el excelente arquitecto Robelin, se daban frecuentes citas en el indicado sitio. El gran mérito de la cocinera consistia en

la juventud y en el buen humor de los que allí comian. La tia Saguet no tenia más despensa que el corral. El primer plato era de huevos; el segundo de pollos, que aderezaba sumariamente; los partia por medio, los ponia á asar sobre las parrillas y los sazonaba con una salsa picante: con estos dos platos, con queso, con vino blanco á discrecion, habia suficiente pié para estar en la mesa desde las siete hasta las diez y levantarse de ella gozosos y radiantes.

Un dia que Víctor Hugo iba á casa de la tia Saguet con David, encontraron en la calle de Montparnasse una niña de trece á catorce años, pobre y harapienta. David la miró, se detuvo, la habló y tomó nota de su nombre y de su casa.

Víctor Hugo fué la semana siguiente al estudio de David y encontró allí á la niña pobre y harapienta, que, sin embargo, era hermosa. David la convirtió en el modelo de la Grecia oprimida y paciente, cuya estátua estaba trabajando para adornar la tumba de Botzaris.

La pobre niña parecia complacerse de que su macilento cuerpo adquiriese la eternidad del mármol; pero aquel mármol no fué más respetado que su carne. Los franceses hicieron que les sirviera de blanco el sepulcro del Cid; los griegos tomaron tambien por blanco el sepulcro de Botzaris.

David salió de Paris en Diciembre de 1851 y fué á Grecia; una bala habia herido su estátua en la frente, otra le habia roto una mano. Este dolor, unido al del destierro, fué muy sensible para el célebre y desgraciado escultor; pidió que le entregasen su estátua herida y mutilada, con la idea de curarla y de corregirla, pero murió antes de poder realizar este deseo.

Al fin del verano Víctor Hugo estaba una noche en casa de la señora Tastú, que le rogó recitase una escena de *Cromwell*, que acababa de escribir. El señor Tissot, que estaba presente, la elogió mucho y preguntó al autor si habia tratado con algun editor, y habiéndole respondido que no, ofreció hablarle al suyo. En efecto, al dia siguiento el librero Ambrosio Dupont fué á comprar el manuscrito, y el autor empezó á ocuparse del prefacio.

El éxito del *Freyschütz* habia inducido al Odeon á representar producciones dramáticas. Despues de Weber vino Shakespeare, y al saber que los actores ingleses iban á representar las obras del gran poeta, la generacion jóven se conmovió y se apasionó de sus dramas.

Eugenio Delacroix escribia á Víctor Hugo:

"La invasion ha sido general. *Hamlet* levanta su repugnante cabeza. *Otelo* prepara su almohada, esencialmente criminal y subversiva para toda buena policía dramática. ¿Quién sabe si aun el *Rey Lear* saldrá á arrancarse los ojos delante de un público francés? Por dignidad la Academia debia declarar incompatibles con la moral pública las producciones de este género. ¡Adios al buen gusto! Poneos una buena coraza bajo el frac. Temed los puñales clásicos."

Al gran poeta se unian grandes actores; entre otros una actriz de dotes escepcionales: la Smithson: la Taglioni le hubiera envidiado su modo de bailar, la Pasta su encanto y la Mars su voz. Encantaba á los pintores por el buen gusto de sus trajes. Conseguia triunfos en todo: el señor Berlioz, violon de la orquesta del Odeon, la pidió en matrimonio.

Estos admirables dramas, admirablemente representados, conmovieron profundamente á Víctor Hugo, que estaba escribiendo entonces el prefacio de *Cromwell*, y sintió gran entusiasmo por "ese dios del teatro, en el que parecen reunidos como en una trinidad los tres grandes génios característicos de nuestra escena, Corneille, Moliére, Beaumarchais."

El prefacio adquirió, como la obra, grandes proporciones. El volúmen que tenia preparado se imprimió rápidamente y se publicó los primeros dias de Diciembre de 1827.

El efecto del prefacio fué superior al del drama. Estalló como una declaracion de guerra á las doctrinas admitidas y provocó batallas de folletines. Los enemigos lo atacaron todo, las ideas y el estilo. Hé aquí algunas líneas de uno de los periódicos más importantes de entonces, de la *Gaceta de Francia*:

"Desde las primeras líneas de este prefacio se nota el tono de altivez desdeñosa con que un jóven escritor, cuya reputacion no ha pasado el límite de algunos círculos amigos, habla de todos los que tienen ideas distintas de las que él profesa... Hubo un tiempo en que se contentó con escribir odas, como todo el mundo... Se limitaba á recoger de antemano los laureles que prometia á su talento futuro la esperanza que inspiraban sus primeros ensayos, y que desgraciada-

mente aun permanecen *irrecogidos*, como se podria decir hablando en lenguaje romántico. Hoy ya no se satisface con eso. El jóven y modesto poeta se convierte en profesor, que arroja con orgullo sus preceptos á su auditorio ausente... ¿Quién piensa ya en reproducir esa antigua y enojosa cuestion del clasicismo y del romanticismo, á la que el fastidio hizo justicia hace tiempo? Solo dos hombres, Víctor Hugo y D' Arlincourt, que la reproducen al mismo tiempo, y muchas veces en términos idénticos: si hay entre ellos alguna diferencia, es en ventaja del último, cuya prosa nos ha parecido preferible, bajo el punto de vista del gusto y de la sencillez, á la del autor de *Cromwell*... Su objeto declarado es romper todos "esos hilos de araña con que las milicias de Liliput han tratado de encadenar al drama mientras dormia„, lo cual quiere decir en francés que el drama debe declararse independiente de las tres unidades.

„Podríamos hacer notar al autor de esa frase que en esa milicia de Liliput hay algunos enanos que no son tan despreciables; entre otros, todos los que han escrito para el teatro, desde el autor del *Cid* hasta el de *Cromwell*; pero ¿qué significan esos hombres para el que llama á Shakespeare—ni aun sabe escribir su nombre—el dios del teatro?... Las personas que no participan de las ideas emitidas en este último pasaje, y creemos que su número es considerable, no podrán á lo menos negar su novedad. Esta es la primera vez, sin duda, que se trata de poner al autor de algunos dramas fantásticos y libertinos por encima de Moliére y de Corneille—porque es de notar que á Racine ni aun se le nombra, ni esos señores se ocupan de él, como si no hubiera existido.—Esas extravagancias, que no son sérias en el fondo, tienen un lado gracioso, que seria divertido si estuvieran presentadas con talento. Es preciso poseer cierta fuerza para atacar á gigantes, y cuando se pretende destronar á escritores admirados por generaciones enteras, seria preciso combatirlos con armas, sino iguales, al menos con un estilo bastante elegante y bastante puro para demostrar que se les comprende y que no se les ataca solo por impotencia; pero ¿qué daño pueden causarles escribiendo como el autor del prefacio de que hablamos?„

La defensa no fué menos enérgica que el ataque; los jóvenes se declararon desde luego por la independencia del teatro, y el "Prefacio„ del *Cromwell* fué la señal de alianza.

El Globo, en un artículo de Remusat, conservó su papel de mediador. Los amigos de Tolosa de Víctor Hugo conocieron que su neo-tragedia desaparecia en esta irrupcion violenta de un arte sin escrúpulos. La muerte de Talma les habia dado el primer golpe, el "Prefacio de *Cromwell*„ fué el último. Se resignaron y tomaron el partido de la obra que los mataba. Soumet escribió al autor:

"Leo y releo sin cesar vuestro *Cromwell*, querido é ilustre Víctor; ¡tan lleno me parece de bellezas nuevas y atrevidas! Aunque en el prefacio nos tratais despiadadamente de musgo y de hiedra que se arrastra, yo no dejaré de hacer justicia á vuestro admirable talento, y hablaré de vuestra obra miguel-angelesca como hablaba en otros tiempos de vuestras odas.„

XLVII.

Muertos.

El año concluyó tristemente. La señora Foucher, enferma hacia mucho tiempo, creyó que el verano y el campo la curarian, pero volvió á Paris desahuciada por los médicos y se acostó para no volverse á levantar.

Esta excelente mujer conservó, en medio de intolerables padecimientos, calma y bondad angelicales. El mal que la martirizaba la arrancaba por instantes gritos ahogados, á los que sucedian en seguida las sonrisas. Solo se ocupaba de su marido y de sus hijos, sobre todo de la segunda hija, que tuvo algunos años antes, y se vió obligada á llevar á un colegio por encontrarse tan enferma.

Cuidaba de la comida, de la ropa, de si Pablo tenia lo que le hacia falta, de si recibia carta de Alençon, donde estaba su hijo Víctor de sustituto de fiscal y donde se habia casado. Nada enternecia tanto como aquella mártir, tan cuidadosa del bienestar de su familia.

La muerte no la asustó. Cuando llamó al sacerdote, éste la encontró tranquila y serena. Hubiera podido confesarse en público. Su vida fué un largo sacrificio. Poseyó esa perfeccion de la virtud que se llama indulgencia. Vivió exclusivamente para la familia y dentro del círculo de sus deberes; escusando siempre las faltas de las demás mujeres, las creia

con dificultad, obligada por la evidencia, y replicaba:—"No me gusta que nadie sea severo con las mujeres, porque tenemos mucho que sufrir en la vida.„

El sacerdote era el capellan de la familia; habia bautizado al primer niño de Víctor Hugo. Era meridional, sanguíneo, irascible, un pobre diablo bastante diestro en sus propósitos. En presencia de la moribunda se transfiguró y la administró con gravedad sacerdotal. Por más habituado que estuviese á contemplar la agonía, no pudo menos de sentir profunda emocion ante el fin doloroso de la mujer cuya vida conocia. Salió de la estancia con lágrimas en los ojos.

La enferma consiguió despues aparente mejoría.—"Me siento mejor, dijo; creo que voy á entrar en la convalecencia.„

Aquella noche misma volvió á agravarse. Al dia siguiente entregó el alma á Dios.

La vida es un perpétuo encuentro de funerales y de bodas. El dia del casamiento de Víctor Hugo se fijó su hermano Abel en una jóven, en Julia de Montferrier; pero éste no estaba entonces en posicion de casarse: pasó algun tiempo, y cuando se encontró con medios de tomar estado, la pidió en matrimonio, y le casó el mismo cura que acababa de enterrar á la señora Foucher.

El general Hugo, que se habia establecido momentáneamente en Paris, asistió á la boda. El padre y el hijo se habian reconciliado por completo. Abel y Víctor habian aceptado en seguida á su madrastra, y el segundo habia dedicado á su padre el *Cromwell.*

El general era feliz bajo todos aspectos. El gobierno le habia perdonado al fin la tenacidad de la resistencia al extranjero. Acabó para él el destierro, y el gobierno le reconoció el grado de general de division. Restituidos sus honores, su libertad y á su familia, respiraba tranquilo, despues de haber pasado azarosa existencia. Tenia ya dos nietos; Leopoldina y Cárlos: el reciente matrimonio le prometia otros, y estaba aun en edad de abrigar la esperanza de verlos crecer y de poder educarlos.

Para estar más cerca de sus hijos vivia en el mismo barrio que ellos; en la calle Plumet. Víctor Hugo iba á verle casi todas las noches, y estaba á su lado horas enteras, queriendo compensar de este modo el tiempo que estuvo separado de él.

El 28 de Enero de 1828 comió de prisa y llevó á su mujer á casa de su padre. El general estaba de muy buen humor, tan locuaz y tan comunicativo, que no se separaron de él hasta las once. Víctor volvió á su casa, y estaba desnudándose cuando llamaron con fuertes golpes á la puerta. Aquellos golpes á altas horas de la noche le asustaron. Corrió, abrió la puerta y se encontró con un hombre que no conocia.

—Qué quereis?

—Vengo de parte de la señora condesa Hugo á deciros que vuestro padre ha muerto.

Víctor Hugo acababa de separarse de él, dejándole lleno de vida. Quedó aturdido del golpe, y creyó que aquello era una equivocacion ó un horrible sueño. Sin tener conciencia de lo que hacia se vistió y siguió maquinalmente al mensajero á la calle Plumet.

Halló á su padre extendido en la cama, rígido y pálido, con el cuello de la camisa desabrochada, una manga levantada y vendado el brazo. Estaba á su lado un hombre á quien no conoció á primera vista. Aquel hombre era el médico que vivia en la casa del lado. Buscaron socorro lo más cerca posible; llamaron á ese médico, que acudió en seguida, y se encontró con que el general era víctima de un ataque de apoplegía fulminante: le sangró y le propinó los medicamentos que creyó oportunos, pero sin conseguir ningun resultado.

El general murió como soldado; la apoplegía le hirió con la rapidez de una bala.

El médico del padre fué el mismo que habia curado al hijo la rodilla en el colegio Cordier.

Los trajes negros y las gasas compradas para el luto de la madre no estaban aun gastados y sirvieron para el del padre.

XLVIII.

Amy Robsart.

Seis años antes, cuando aun no tenia más que diez y nueve, cuando murió su madre y su padre estaba en Blois, solo en el mundo é imposibilitado de casarse por su pobreza, Víctor Hugo buscaba por todas partes el dinero, que podia proporcionarle la felicidad. Soumet le habia propuesto escribir entre los dos una pieza dramática sacada de la novela de Walter Scott *El Castillo de Kenil-*

worth. Soumet debia inventar el plan; Víctor Hugo escribiria los tres primeros actos y Soumet los dos últimos.

Víctor Hugo compuso su parte; pero cuando leyó sus tres primeros actos, Soumet solo quedó contento á medias: no admitia la mezcla de lo trágico y lo cómico; queria borrar todo lo que no era grave y sério. Víctor Hugo le presentaba el ejemplo de Shakespeare; pero entonces los actores ingleses no habian conseguido aun que se le aplaudiese en Paris, y Soumet le replicó que Shakespeare era muy bueno para leido, pero no para representado; que el *Hamlet* y el *Otelo* podian considerarse como ensayos sublimes y como bellas monstruosidades más que obras magistrales, y que era preciso elegir un asunto que hiciese siempre reir ó que hiciese siempre llorar.

No entendiéndose, pues, los dos colaboradores, se separaron amistosamente; cada uno se llevó sus actos y su independencia y terminó la obra como quiso. Soumet hizo una *Emilia*, que representó en el teatro Francés la Mars, con mediano éxito, y Víctor Hugo escribió *Amy Robsart,* mezclando en él libremente lo cómico y lo trágico. Cuando pensaba en representarlo recibió la pension de Luis XVIII, que le hizo olvidar algunas especulaciones literarias y sepultar su obra en el fondo de un cajon.

En 1828 salió del colegio el más jóven de sus dos cuñados, Pablo Foucher, que se sentia con inclinacion á la literatura y sobre todo al teatro. Pero las empresas le contestaban lo que á todos los jóvenes:—“Cuando tengais nombre„.

Empezó, pues, á crearse un nombre que le habia de abrir todas las puertas. Un dia, Soumet, á quien habia ido á ver, le preguntó si conocia el *Amy Robsart*, y le habló de él como de obra curiosa y digna de ser leida.

—Hay atrevimientos que en algun tiempo me gustaron, dijo, y hasta temeridades que yo no me atreviria á escribir; pero ya que los dramas ingleses han obtenido tan buena acogida, no sé por qué esta obra no la ha de obtener. Yo, en el caso de Víctor Hugo, no perderia una obra que tiene escenas muy hermosas. El quinto acto, que es casi todo invencion suya, es de gran originalidad.

Pablo Foucher rogó á su cuñado que le prestase el trabajo y se asombró, como Soumet, de que Víctor no le diese al teatro. Víctor le explicó que le habia escrito cuando tenia diez y nueve años, impulsado por la pobreza; pero que no queria escribir dramas tomando asuntos de otros autores.

—Y qué vas á hacer con esa obra?

—Quemarla.

—Me la das?

Creia recibir de este modo un gran favor y que una obra semejante le abriria las puertas del teatro y le daria renombre.

—No considero esa obra como mia, le contestó Víctor Hugo. Haz de ella lo que quieras. Walter Scott es tuyo lo mismo que mio.

El *Amy Robsart* fué presentado en seguida en el Odeon, donde fué admitido y repartido á los mejores actores. Se habia convenido en que no sonaria para nada en esta obra el nombre de Víctor Hugo; pero algunas frases y algunas indiscreciones vendieron el secreto, y el director, muy contento, se apresuró á hacer correr la voz de que el drama era del autor de *Cromwell.* Víctor Hugo lo negó; pero el director, que creia en esto un negocio de empresa, continuó revelándolo á todo el mundo.

El drama fué extraordinariamente silbado. “Se ha representado ayer en el Odeon, decia el dia siguiente *El Diario de los Debates*, un drama histórico en cinco actos, titulado: *Amy Robsart*, sacado de *El Castillo de Kenilworth*, de Sir Walter Scott, y que tratado ya en tres teatros diferentes, aparecia por cuarta vez, sin otra ventaja que la de haberle aumentado con multitud de locuciones triviales. Los silbidos y las risas han hecho justicia á esta novedad vieja.„

Víctor Hugo, que quiso regalar un buen éxito, no quiso regalar los silbidos, y escribió en seguida á los periódicos diciendo que los pasajes silbados eran suyos.

El autor, despues de hacer la anterior advertencia, añadió como *post-scriptum*: “El autor ha retirado el drama.„

XLIX.

Amigos.

Eran los amigos más asíduos de la casa Luis Boulanger, talento que comprendia tan bien á Shakespeare como á Rembrandt, y Sainte-Beuve, de tan grata conversacion como eminente pluma. El casamiento de Abel Hugo desorganizó las comidas en casa de la tia Saguet y los placeres campestres del ve-

rano de 1828 se redujeron á ir á ver ponerse el sol en las llanuras de Vauvres y Montrouge. Se detenian muchas veces en la *Butte-au-Moulin*. Víctor Hugo se ponia debajo el enorme abanico y aspiraba las bocanadas de aire, contemplando el crepúsculo que desaparecia en el horizonte y entregándose á sus meditaciones, que dieron luego por resultado *Las Puestas de sol* y *Las Hojas de otoño*.

Iban á pasar la noche á la calle de Notre-Dame-des-Champs, y Víctor Hugo recitaba allí los versos que habia compuesto durante el dia á ruego de sus dos amigos. Otras veces era él el que rogaba á Sainte-Beuve que recitara los suyos; pero éste, para que no se ocuparan de él, recomendaba á Leopoldina y á Carlitos que hiciesen ruido mientras él recitaba. Los niños se negaban á obedecerle, y gozábamos oyendo los hermosos versos de *José Delorme* y de *Las Consolaciones*.

Otras veces el poeta de la reunion era Alfredo de Musset. Recitaba *Don Paez*, la *Camargo* y la *Balada á la luna*. Un dia que habia leido una parte de *Mardoche*, se trabó una disputa sobre la rima. Emilio Deschamps dijo que le gustaban las rimas de tres letras.

Víctor Hugo veia muchas veces á Gustavo Planche, que le habia sido presentado por Sainte-Beuve como gran conocedor de la lengua inglesa. Por entonces iba á publicarse una edicion de lujo de las *Odas y baladas*, que debia llevar como portada la reduccion de la hermosa litografía de Luis Boulanger *El Baile del sábado*.

El grabador que debia reducir la litografía no comprendia muy bien aquel asunto fantástico y diabólico: como era inglés y no sabia una palabra de francés, pidió que le tradujesen la balada. Sainte-Beuve contestó que le proporcionaria quien hiciese hábilmente este trabajo, y le presentó un jóven alto, de perfil griego, que habria sido guapo á no tener los ojos tan saltones. Este jóven era Gustavo Planche.

El señor Merimée nos acompañaba á comer algunas veces. Un dia que estuvo convidado comprendió que la cocinera echó á perder un plato de macarrones, y ofreció venir á guisarlo, y á los pocos dias fué con este objeto; se quitó la levita, se puso un delantal y guisó unos macarrones á la italiana que obtuvieron el mismo éxito que sus libros.

Merimée visitaba á unas señoras inglesas llamadas Clarke, á cuyos salones acudia una reunion doctrinaria, liberal y clásica; llevó á Víctor Hugo, que conoció allí á Benjamin Constant, que era entonces ya un anciano de cabellos blancos, que vestia con negligencia, y de aspecto venerable; á Fauriel, á Enrique Beyle, etc.

Uno de los asistentes más constantes á ese salon era Eugenio Delacroix. El jóven jefe del movimiento en la pintura no tenia en las palabras tanta audacia como en los cuadros, y trataba de desarmar con las concesiones de su conversacion á los enemigos que le ocasionaba la originalidad de su admirable talento.

Era revolucionario en el estudio y conservador en la tertulia, donde renegaba de toda solidaridad con las ideas nuevas; condenaba la insurreccion literaria y preferia la tragedia al drama.

La literatura le perdonaba esta debilidad, que no trasmitia á sus lienzos, y que producian efecto contrario al que esperaba.

Una tarde que acababa de salir de casa de las señoritas de Clarke, despues de una discusion en que habia sostenido contra Víctor Hugo la suprema belleza del *Tancredo* de Voltaire, la mayor de las jóvenes, que era de su opinion, exclamó entusiasmada:

—¡Qué gran talento tiene el señor Delacroix! Qué lástima que sea pintor!

Beranger fué condenado á tres meses de cárcel por una cancion. Víctor Hugo fué á verle á la prision de la *Fuerza*. Su célula no se vaciaba nunca de amigos, que iban á visitarle; la mayoría de ellos eran sencillos ciudadanos que estaban orgullosos al lado del cancionero y le llevaban consuelos substanciales. El popular poeta no podia dar abasto á los pasteles, carnes, frutas y vinos.

—Ya veis cuán feliz soy, le dijo á Víctor Hugo. No me falta más que estómago.

Beranger llevaba ya el traje y tenia el aspecto que conservó siempre; el pelo suelto sobre la espalda, el cuello de la camisa doblado, la levita larga, el chaleco de solapas.

Tenia tambien la grata conversacion de sus últimos años, que encubria un espíritu sutil con su vulgar sentido comun, y una bondad natural, de la que nadie debia fiarse.

Su encierro daba al patio de los ladrones. Sus amigos se lamentaban de ello y se asombraban de que pudiese vivir en compañía de aquellos miserables.

—Lafitte, que vino ayer á verme, se quedó asombrado al saber esta circunstancia, diciéndome que él no podria descansar aquí un momento. Yo le respondí: Querido Lafitte, escoged cien hombres de ese patio, y cuando yo salga de aquí iré á vuestra primera reunion y escogeré allí otros cien, y despues compararemos.

Cuando dejando atrás la barrera del Infierno se baja al valle de Bievre, un poco más allá de las cabañas de Brinvilliers se llega á una verja que se abre sobre un andén arenisco y sombrío. Al fin de dicho andén se encuentra una casa de modesta apariencia, más extensa que alta, de irregular construccion, rodeada de un jardin, que aumentando poco á poco ha adquirido las proporciones de un parque.

Esta casa, llamada *Las Roches*, pertenecia entonces al señor Bertin, el mayor, redactor en jefe del *Diario de los Debates*. Allí solia pasar el verano reuniendo á todos los que habian adquirido nombre en las letras. Víctor Hugo fué invitado: le pidieron que recitase algunos versos y recitó *El dolor del Pachá*. El editor Gosselin, que estaba presente, fué á su casa al dia siguiente y le compró el manuscrito de *Las Orientales*.

El poeta y el periodista contrajeron amistad, y los años siguientes Víctor Hugo pasó en *Las Roches* una parte del otoño con su mujer y con sus hijos.

Bertin era el patriarca de una familia muy unida, compuesta de su señora, excelente y respetable; de dos hijos, de Armando, cordial y tímido, pero de formas bruscas; de Eduardo, que ocupaba un buen sitio entre los pintores de paisaje, y de una niña, llamada Luisa, de inteligencia despejada, tan apta para componer versos como para escribir música. Debia decir que Bertin tenia dos hijas, porque Armando era casado, y á su mujer, alegre, elegante y graciosa, la queria tanto como á Luisa.

En aquella casa tan hospitalaria se reunian con frecuencia cinco ó seis amigos y los principales redactores de periódicos. Víctor Hugo estrechó allí con Julio Janin una amistad que resistió á los años y se estrechó despues del destierro.

Fuera de ese círculo íntimo el señor Bertin solo admitia en su casa á los hombres de talento. Pudo llenar su casa de títulos y de posiciones políticas; pero ni tenia vanidad, ni hacia caso de esas aureolas sociales. Rechazó siempre los destinos y las distinciones que por la importancia de su periódico le ofrecieron, y lo que desdeñaba para sí mismo no le deslumbraba en los demás.

En *Las Roches* se reunian todos á la mesa y despues de comer. El resto del dia era completamente libre. Cada cual hacia lo que queria; estaba en su cuarto ó se paseaba por el parque lleno de encinas seculares, de césped y de flores, con un estanque, en el que se bañaban cisnes, en el que desaguaban pequeños y murmuradores arroyuelos, y en el que los pavos reales desplegaban su brillante cola al sol.

Solia encontrarse al dueño de la casa, que se levantaba al amanecer, dirigiendo el trabajo de los jardineros, ó sentado en un banco con un libro en la mano y alguna vez dormido.

Al sonar la campana para ir á comer, la señora Bertin y la señora Armand dejaban las agujas, Luisa el piano, Eduardo el pincel y Víctor Hugo la pluma.

El señor Bertin entraba y ponia una rosa sobre la servilleta de su compañera de mesa. Se hablaba principalmente de literatura con pasion, pero con extraordinaria franqueza.

A los postres entraban los hijos de Víctor Hugo. La familia se habia aumentado con un segundo niño, que se llamaba Víctor, y los tres hacian gran cosecha de caricias y de golosinas.

Los niños no tenian nunca deseos de volver á Paris. Vivian al aire libre, yendo de un lado á otro, bebiendo leche espumosa, asustando los pollos y los faisanes dorados. Solo se interrumpian estos juegos cuando Luisa los llamaba para contarles un cuento; en seguida acudian: ella ponia á Víctor en sus rodillas, hacia sentar á su lado á Leopoldina y á Carlitos, é improvisaba un cuento para ellos solos, porque no dejaba entrar á nadie.

Era grato espectáculo oir cómo por la noche, cuando su madre los acostaba, trataban de repetir los maravillosos cuentecillos con que Luisa los entretenia.

L.

El patíbulo.

Víctor Hugo vió pasar en 1820 á Louvel cuando iba al patíbulo. El aspecto del asesino del duque de Berry no podia despertar simpatías; era grueso, de nariz cartilaginosa, de labios delgados y de ojos vidriosos.

El autor de la oda á *La muerte del duque de Berry* le odiaba con todo su ultrarealismo de niño. Y sin embargo, al ver aquel hombre vivo y sano que iban á matar, le compadeció, comprendiendo que su ódio al asesino se trocaba en piedad para el reo.

Reflexionó al ver por primera vez la pena de muerte faz á faz, y se admiró de que la sociedad hiciera con el culpable á sangre fria y sin peligro lo que en él castigaba. Habia empezado á escribir un libro contra la guillotina.

A fines del verano de 1825, una tarde que iba á la biblioteca del Louvre, encontró á Julio Lefevre, que le cogió del brazo y le llevó al muelle de Ferraille. La multitud que afluia de las calles se dirigia á la plaza de la Grève.

—Qué sucede? preguntó.

—Que van á cortar la mano y la cabeza á Juan Martin, que mató á su padre. Estoy escribiendo un poema en que se ejecuta á un parricida, y quiero presenciar ese espectáculo, pero no me gusta presenciarlo solo.

El horror que sintió Víctor Hugo al pensar que iba á presenciar una ejecucion era un motivo para no sustraerse á ella; el horroroso espectáculo le escitaria á pelear contra la pena de muerte.

En el puente del Cambio la multitud era tan espesa que se hizo muy difícil pasar. Víctor Hugo y Julio Lefevre consiguieron, sin embargo, ocupar un sitio. Las casas estaban atestadas de gente. Los inquilinos habian invitado á sus amigos á la "fiesta„; habia mesas cubiertas de frutas y de vinos; las ventanas se habian alquilado muy caras; algunos jóvenes, con el vaso en la mano, reian á carcajadas ó cuchicheaban alegres con otras jóvenes.

Pero pronto el placer de la coquetería cedió su sitio á un placer más vivo; llegaba la fatal carreta.

El reo, con la espalda vuelta á la cabeza del caballo, al verdugo y á sus ayudantes, con la cabeza cubierta de un trapo negro atado al cuello, llevaba por todo vestido un pantalon de lienzo gris y una camisa blanca, calados por la lluvia contínua que caia. El capellan de la carcel le hablaba y le hacia besar un crucifijo á través del velo que le tapaba el rostro.

Víctor Hugo veia la guillotina de perfil; para él no era más que un poste rojo. A su alrededor habia un ancho espacio custodiado por la tropa; la carreta entró en él.

Juan Martin bajó, ayudado por los ayudantes y subió del mismo modo la escalera del patíbulo. Detrás subieron el capellan y el escribano, que leyó en voz alta la sentencia.

Entonces el verdugo levantó el velo negro y dejó ver el rostro jóven y extenuado del reo; le cogió la mano derecha, la ató al poste con una cadena, tomó un hacha, la levantó en el aire... pero Víctor Hugo no pudo ver más; volvió la cabeza y no fué dueño de sí mismo hasta que el grito de la concurrencia le advirtió que el desgraciado habia dejado de padecer.

Otra vez vió conducir en la fatal carreta á un salteador de caminos llamado Delaporte. Era viejo; llevaba los brazos atados á la espalda y su cráneo calvo relucia al sol.

Parecia que la pena de muerte no queria que la olvidase. Por tercera vez encontró la carreta: entonces la guillotina tenia doble tajo; iba á ejecutar á los dos asesinos del cambista, José Malagutti y Rata.

Víctor Hugo se quedó admirado de la diferencia de los dos condenados: Rata subió pálido, consternado; temblaba y vacilaba; Malagutti, moreno, robusto, con la cabeza alta y mirada inteligente, iba á morir como si fuese á comer.

Víctor Hugo volvió á ver la guillotina un dia que atravesaba á las dos la plaza del Hotel-de-Ville. El verdugo ensayaba la operacion de la tarde; la cuchilla no corria bien; estaba untando con aceite las ranuras y ensayando.

Esta vez quedó contento.

Aquel hombre que se preparaba á matar á otro en pleno medio dia, en público, hablando con los curiosos, mientras que un desgraciado yacía en la cárcel, desesperado, loco de rabia, ó se dejaba atar inerte con el embrutecimiento del terror, fué para Víctor Hugo una figura repugnante; el ensayo le parecia tan odioso como la misma ejecucion.

Al dia siguiente empezó á escribir el *Ultimo dia de un sentenciado á muerte*, y lo acabó en tres semanas.

Cada noche leia á sus amigos lo que habia escrito durante el dia. Eduardo Bertin, que era uno de los oyentes, habló del libro al señor Gosselin, que estaba imprimiendo entonces *Las Orientales*, y que fué á pedirle el volúmen de prosa como le habia pedido el volúmen de verso: firmado el contrato, leyó el manuscrito, y cuando llegó al pasaje en que el autor, deseando que el reo sea imperso-

nal, con la idea de no referirse á un reo especial, sino á todos, supone que las cuartillas en que estaba la historia de su vida se han perdido, Gosselin le aconsejó, para aumentar la venta, que "encontrase las hojas perdidas„. Víctor Hugo respondió que trataba con él como editor y no como colaborador. Así empezaron á enfriarse las relaciones entre ambos.

Las Orientales se publicaron en enero de 1829 y el *Ultimo dia de un sentenciado á muerte* tres semanas despues.

LI.

Continuacion de „El último dia de un sentenciado á muerte".

Víctor Hugo no hizo solo esta protesta contra la pena de muerte. Desde hace treinta y tres años no encontró nunca en su camino un cadalso sin sostener el principio de la inviolabilidad de la vida humana.

En 1832 añadió al *Ultimo dia de un sentenciado á muerte* un prefacio considerable, en el que defendia con raciocinios la inviolabilidad de la vida, bajo el punto de vista de la emocion, y hablaba á la inteligencia, así como el libro hablaba al corazon. En 1834 compuso el *Claudio Gueux*.

Para no separar los diversos esfuerzos hechos por Víctor Hugo para conseguir la abolicion de la pena de muerte, hablaré aquí de *Claudio Gueux* y de los demás escritos en que ha continuado *El último dia de un sentenciado á muerte*.

Claudio Gueux se publicó primero en *La Revista de Paris*, cuyo director, señor Buloz, recibió la carta siguiente:

"Dunquerque 30 Julio 1834.

„Señor Director de *La Revista de Paris*.

„El *Claudio Gueux*, de Víctor Hugo, que habeis publicado en la entrega del 6 del corriente, es una gran leccion: ayudadme á que sea provechosa.

„Hacedme el favor de tirar tantos ejemplares como diputados hay en Francia y dirigírselos individual y directamente.

„Tengo el honor de saludaros,

CÁRLOS CARLIER, *comerciante*.„

Hacia ya dos años que el desgraciado habia sido ejecutado cuando Víctor Hugo resucitó su nombre. En un legajo de papeles relativo á Claudio Gueux encuentro la demanda de perdon acompañada de esta nota:

"El llamado Gueux (Claudio) ha sido condenado á muerte por un crímen que le impulsó á cometer el hambre. Su cariño á su padre ha interesado á cuantos han podido acercarse á él. Desgraciadamente la causa está terminada, el Tribunal de Casacion y la Cancillería la han examinado, y se vá á ejecutar la sentencia, si el rey no conmuta la pena. El reo espera la palabra que ha de darle la muerte ó la vida. El reo y los jurados imploran la clemencia de su majestad.„

La gracia fué negada en Consejo de ministros.

En el mismo legajo están las dos cartas siguientes, dirigidas, una al señor Delaunay, calle de Foubert, número 28, y la otra á Víctor Hugo:

"Troyes 4 Junio 1832.

„Señor:

„Hemos recibido vuestra carta despues de la ejecucion del desgraciado Claudio. Ha sido ejecutado el 1.° de Junio, á las diez de la mañana. Vuestros esfuerzos para salvarle le han servido de gran consuelo: conocia el interés que os tomábais por él y nos ha encargado al morir que os demos las gracias.

„Hemos cumplido á la letra todos vuestros deseos, aunque no conocemos vuestras intenciones.

„La cantidad que habeis tenido la bondad de mandar al pobre reo ha quedado en mi poder, porque no le permitieron recibirla. Le hemos preguntado á última hora lo que queria que se hiciese de ella, y ha dispuesto que entreguemos una parte á dos presos condenados á trabajos forzados perpétuamente y el resto á una hermana suya. Habríamos querido que se hubiera reservado algo para misas por su alma; pero no ha pensado en ello, ni se lo hemos querido recordar.

„El infeliz ha padecido mucho despues de saber la sentencia por el género de muerte que le esperaba. Hemos participado de sus penas y hemos tenido el placer de verle recibir con fé los consuelos de la religion.

„Ha abandonado la vida con una edificacion y un valor que han conmovido á cuantos lo han presenciado.

„Tenemos motivos para creer que está gozando de la vida eterna; esto es lo que nos consuela y lo que podrá consolaros tambien. Permitid que os manifieste mi gratitud por vuestros caritativos senti-

mientos. Me habeis hecho tanto bien como á él.

„Recibid, etc.,

SOR LUISA.„

“Señor:

„Una persona que se cree muy enterada, me asegura que pensais publicar una novela histórica sobre Claudio Gueux.

„Creo conveniente que sepais que el viejo padre de Gueux estaba condenado á una pena que sufria en el establecimiento central de Clairvaus, y que su hijo, por llevarle un socorro, cometió con intencion un acto, cuyo resultado le condujo á la prision de su padre.

„Cuando hacia sol, Gueux sacaba á su padre y le llevaba con el mayor cuidado á recibir el calor solar.

„Me alegraria de que estos hechos os sirviesen de alguna utilidad... Si necesitais otras noticias que estén en la causa, tendré una satisfaccion en procurároslas.

„Soy, etc.

MILLOT, *primer escribano del tribunal de Troyes.*„

El 12 de Mayo de 1839, que era domingo, hácia las dos de la tarde, Víctor Hugo, que estaba hablando en un balcon de la plaza Real, oyó una detonacion; era la conspiracion que reconocia por jefes á Barbés y á Blanqui.

La insurreccion fué sofocada en seguida. Blanqui pudo escaparse y se ocultó en casa del escultor David. Barbés fué cogido y juzgado por la Cámara de los Pares.

Víctor Hugo asistió á una sesion del tribunal; la mirada franca del acusado, su altiva fisonomía y su juventud conmovian á todo el mundo. Al dia siguiente fué á la Opera, donde se representaba *La Esmeralda*. Un par de Francia, el señor Saint-Priest, se sentó á su lado. Cuando se acabó el acto trabaron conversacion.

—Acabamos de terminar, dijo Saint-Priest, un asunto muy triste; acabamos de condenar á un hombre á muerte.

—Barbés está sentenciado!

—Y será ejecutado, porque así lo quieren los ministros.

—Cuándo?

—Probablemente mañana por la mañana. Ya sabeis que no hay apelacion contra la Cámara de los Pares.

Víctor Hugo subió á la Direccion del teatro. El director no estaba, pero encontró sobre su mesa una porcion de caricaturas hechas á pluma; Nourrif, con un tonel por vientre; la Falcou, con cerillas por pantorrillas; Levasseur, vestido de portero, etc. Cogió una hoja de papel y escribió cuatro versos, en los que pedia el perdon de Barbés en nombre del tierno príncipe, que estaba aun en la cuna.

Puso los versos en uno de esos sobres grises que sirven para los billetes de teatro, lo cerró con una gran oblea y se fué á las Tullerías. Dió la carta al portero, rogándole que la entregase en seguida. El portero contestó que era muy tarde para que el rey la leyese antes de amanecer, pero que la leeria por la mañana. Víctor Hugo le explicó que se trataba de la vida de un hombre que debia ser ejecutado muy temprano; entonces el portero llamó á su mujer para que guardase la verja y se fué á palacio.

Víctor Hugo le esperó. A los veinte minutos volvió.

—Caballero, le dijo; el rey ha leido la carta y habeis hecho muy bien en poner vuestro nombre en el sobre. Parece que el señor France d' Houdetot, que es el gentil-hombre de guardia, os conoce; iba á dejar la carta sobre la mesa cuando vió vuestro nombre. Entonces la llevó, y el ujier ha visto por las vidrieras que el rey la ha leido.

Víctor Hugo respiró al dia siguiente cuando supo que no se habia verificado la ejecucion. El rey habia hecho oposicion á los ministros. Los ministros, de los cuales uno era el general Cubieres, que fué despues condenado por la Cámara de los Pares, y no por un crímen político, volvieron á insistir en que se ejecutase el reo. Luis Felipe resistió. Víctor Hugo recibió de él esta respuesta: “La gracia está concedida; no me resta más que obtenerla„.

Víctor Hugo, en su calidad de par de Francia, tuvo que intervenir en dos causas capitales. Juzgó en 1846 á José Henry y en 1847 á Lecomte, que habia intentado el regicidio.

Votó la prision temporal para Henry, que fué condenado á cadena perpétua; y la prision perpétua para Lecomte, que fué condenado á muerte y ejecutado.

En 1851, el hijo mayor de Víctor Hugo fué llevado á los tribunales por haber protestado en el periódico *L' Evenement* contra una ejecucion que se habia llevado á cabo con horribles detalles.

Víctor Hugo escribió al presidente del tribunal:

"Señor Presidente:

„Mi hijo Cárlos Hugo está citado para comparecer mañana martes 10 de Junio ante el tribunal que presidís, acusado de ataque al respeto debido á las leyes, con motivo de un artículo sobre la ejecucion del reo llamado Montcharmot.

„El señor Erdan, gerente del periódico, ha sido citado al mismo tiempo que mi hijo.

„El señor Erdan ha elegido por abogado á Cremieux.

„Mi hijo desea que yo le defienda y yo deseo defenderle.

„Conforme al art. 295 del Código de procedimiento criminal, tengo el honor de pediros el permiso correspondiente.

„Recibid el testimonio de mi distinguida consideracion.

VÍCTOR HUGO.

„5 Junio 1851.„

Esta carta motivó la siguiente respuesta:

"Palacio de Justicia 7 Junio 1851.

„Muy señor mio: En contestacion á la carta que me habeis dirigido, os concedo el permiso para defender á vuestro hijo.

El presidente del tribunal,
PARTARRIEU-LAFOSSE.„

Víctor Hugo defendió á su hijo Cárlos; éste fué condenado á seis meses de cárcel.

LII.

Una lectura.

Víctor Hugo tenia en proyecto dos dramas: no sabia cuál escribir primero, si *Marion de Lorme* ó *Hernani*; se decidió por *Marion de Lorme*, y se puso á escribirle el 1.° de Junio de 1829. En la tarde del 20 del mismo mes comenzó el cuarto acto; pasó escribiendo la noche, y al aparecer el dia ponia en la obra el último verso. Todo el acto lo habia escrito entre dos auroras. El dia 24 la obra estaba terminada.

Los amigos á quienes Víctor Hugo leia los trabajos á medida que los escribia, le aconsejaron que diera una lectura con más público. Al leer el *Cromwell* habia ensanchado un poco el círculo de los oyentes. Víctor Hugo dudaba en ensancharle más; pero tantos lo solicitaron, que no pudo negarse. Leyó, pues, una tarde de Julio *Marion de Lorme*, que se titulaba entonces *Un duelo en tiempo de Richelieu*, ante una reunion numerosa, en la que se distinguian Balzac, Eugenio Delacroix, Alfredo de Musset, Alejandro Dumas, Alfredo de Vigny, Sainte-Beuve, Villamain, Merimée, Armando y Eduardo Bertin, Luis Boulanger, Federico Soulié, Taylor, Soumet, Emilio y Antonio Deschamps, los Deveria, Cárlos Magnin, madame Tastú, etc. El éxito fué completo. Lo que más asombró al auditorio fué que Víctor Hugo habia hecho un drama representable; el desarrollo escesivo de *Cromwell* hizo creer que no podia acomodar su pensamiento á las exigencias del teatro; *Marion de Lorme* desmentia este temor, y le proclamaba verdadero autor dramático.

Merimée hizo una objecion al desenlace. Didier entonces moria sin perdonar á Marion, y le objetó que esta muerte implacable dejaria al público una impresion dura y cruel; que Didier agradaria más si en el último momento de su inflexibilidad se enterneciese, porque esto seria más dramático.

Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, Taylor estaba en la calle de Notre-Dame-des-Champs.

—No he podido hablaros ayer ante tanta gente, dijo á Víctor Hugo; vengo á deciros que me deis *Marion de Lorme* para el teatro Francés. Soy el primero que os le pido, y por consiguiente á mí me pertenece. Además, *Marion de Lorme* no puede representarlo más que la Mars. Estamos convenidos?

—Convenidos, le contestó Víctor Hugo.

Por la tarde Víctor Hugo recibió una carta de Jouslin de Lasalle, director del teatro de la Puerta de San Martin, ofreciéndole su teatro: á Federico Lemaitre, para Didier; á la Dorval, para Marion, y á Gobert, á Lockroy, á Provost y á Jemma, etc., para los demás papeles.

La mañana siguiente la criada introdujo en el gabinete del autor á un caballero que llevaba frac negro y pantalon blanco. Este caballero se llamaba Harel, y era director del Odeon.

—Caballero, le dijo, se habla mucho de un drama que habeis leido anteayer, y vengo á pedírosle el primero.

—Sois el tercero, exclamó Víctor Hugo.

El director del Odeon insistió en adquirirlo.

Víctor Hugo respondió que habia dado

su palabra y que lo leeria al dia siguiente en el comité.

—Se os obliga á leerle! exclamó Harel. Yo no tengo necesidad de conocer la obra.

Viendo el manuscrito sobre la mesa tomó una pluma y escribió precipitadamente sobre la cubierta del manuscrito:

"Recibida en el teatro del Odeon, 14 Julio 1829.

HAREL."

—Ah! exclamó. Hoy es el aniversario de la toma de la Bastilla. Pues bien; yo tomo mi Bastilla.—Cogió sin más ni más el manuscrito debajo del brazo y se disponia á llevársele. Víctor Hugo le recobró con gran trabajo. La lectura, que se verificó en el teatro Francés, produjo el mismo efecto que en la calle de Notre-Dame-des-Champs.

—Es inútil presentarla á la censura, dijo Taylor. El señor Hugo no presenta su drama, sino que nosotros se lo pedimos.

Era entonces el rigor del verano y no podian empezar aun las representaciones. Taylor empezó por enviar el manuscrito á la censura. Tenia miedo al cuarto acto y habia aconsejado al autor que atenuase algunos pasajes; pero Víctor Hugo quiso que quedase como estaba. Como lo temia el comisario real, el informe de los censores prohibió la representacion.

El ministro del Interior, Martignac, era algo literato; pasaba por protector de la literatura, y se decia que habia querido, á pesar de la censura, que se representase el *Marino Faliero*, de Casimiro Delavigne. Víctor Hugo fué á verle.

Martignac era, como hombre, amable y cortés, y como ministro, frio y seco. Recibió á Víctor Hugo con el carácter oficial. Martignac estaba por la antigua division de los géneros; la tragedia por una parte y por la otra la comedia ó el vaudeville; para él, en el siglo presente era Racine Casimiro Delavigne y Moliére Scribe, con el cual habia colaborado. Víctor Hugo era para él un innovador que trastornaba los usos dramáticos, y *Marion de Lorme* le parecia tan peligrosa al literato como al ministro. Los censores, dijo, se habian pronunciado contra el cuarto acto; habia leido la obra y habia encontrado el informe justo; porque no solo se pone en él en ridículo á un abuelo del rey, sino al rey mismo. En Luis XIII, cazador y gobernado por un sacerdote, todo el mundo veria una alusion á Cárlos X.

Víctor Hugo respondió que no hacia alusiones á nadie; que retratar á Luis XIII era lo que se habia propuesto; que creia haberlo conseguido, y era todo lo que habia querido hacer y no otra cosa. No habia dado á nadie el derecho de acusarle de hipócrita, y no estaba en su carácter abofetear á un rey vivo en la mejilla de un rey muerto.

—Os creo, le contestó el ministro; convengo que no es á Cárlos X á quien habeis puesto en vuestro drama, pero todos creerán que es Cárlos X. Seamos francos, porque la situacion es grave: el trono está atacado por todas partes; la violencia de los partidos es cada dia mayor, y no es esta la ocasion de exponer la persona real á las risas y á los insultos del público. Se sabe el efecto que causan las obras dramáticas desde el *Matrimonio de Fígaro*. Sin embargo, la cuestion vá á venir hoy mismo al Consejo, y os prevengo que yo hablaré en favor de la prohibicion, y que si depende de mí, vuestro drama no se representará.

Víctor Hugo, indignado por la negativa, y sobre todo por la entereza del ministro, pidió una audiencia al rey. La mañana siguiente recibió una esquela del duque de Aumot, advirtiéndole que su majestad recibiria en audiencia particular á las doce del mismo dia al baron Víctor Hugo.

Jamás habia usado su título, y esta era la primera vez que se lo daban. Debia hallarse, por consiguiente, en Saint-Cloud al medio dia, pero no tenia traje de corte. Su hermano Abel se encargó de buscárselo. Al mismo tiempo le enviaban del teatro el cuarto acto régiamente copiado sobre papel vitela.

A la hora señalada Víctor Hugo fué introducido por el ujier de servicio en una sala donde esperaban quince ó veinte personajes, casi todos llenos de cruces y cintas, entre los cuales solo habia una mujer. Los hombres estaban de pié, porque la etiqueta no permitia sentarse en el palacio más que á las señoras. La señora que estaba sentada era madame Du Cayla, á quien Víctor Hugo conocia por haberla visto con la esposa de su hermano Abel. Mientras que conversaba con ella, un ujier vino á suplicarla que esperase un momento, porque iba á terminar la misa y saldria el rey de la capilla.

A los pocos instantes apareció el duque de Angulema precedido y seguido

de guardias de corps, llevando al cuello el collar del Espíritu Santo, en el pecho las cruces de la Legion de Honor y de San Luis, el sombrero debajo del brazo y el libro de oraciones en la mano. Marchaba muy despacio, saludando, meneando la cabeza á derecha é izquierda, y así atravesó el salon sin fijarse en nadie.

Un instante despues, el mismo ujier que habló antes á la señora Du Cayla volvió á llamarla. Se levantó, y sin embarazo alguno atravesó la concurrencia masculina y entró en el despacho del rey. Víctor Hugo calculó que antes que llegase su turno tenia tiempo sobrado para acercarse á una ventana y mirar lo que pasaba por fuera para distraerse. Apenas habian transcurrido diez minutos cuando oyó su nombre. Esta brusca recepcion le sorprendió; era naturalmente tímido, y se cortó algo más que la señora Du Cayla por las miradas de los que se fijaron en él, y entró en el despacho del rey con el rostro encendido.

La acogida afable del rey le hizo reponerse en seguida.

Cárlos X le dijo que le conocia de nombre y que tendria gusto en complacerle. Víctor Hugo le explicó el asunto que le llevaba.

—Ah! sí, sí, dijo el rey; me han hablado de ello ayer. Parece, añadió sonriendo, que maltratais un poco á mi pobre abuelo Luis XIII. Martignac dice que hay en vuestro drama un acto terrible.

—Puede ser que vuestra majestad no esté conforme con los informes de su ministro si se toma la molestia de pasar la vista por él. Aquí traigo el cuarto acto.

—El cuarto acto únicamente! dijo el rey. Ciertamente que lo leeré. Es necesario que me traigais toda la obra.

A esto siguió una conversacion entre el rey y el poeta, que Víctor Hugo refirió más tarde en *Rayos y sombras*. Despidiéndose despues del rey, solicitó una pronta decision.

—No tengais cuidado, le dijo Cárlos X. Estimo mucho vuestro talento. Para mí no hay más que dos poetas: vos y Desangiers.

—Entonces el rey no se dejará seducir por el ministro.

—Oh! si es Martignac quien os inquieta...

El rey no concluyó. Al dia siguiente Martignac no era ya ministro.

Algunos dias despues Víctor Hugo recibió una invitacion para pasar á casa del nuevo ministro del Interior, Bourdonnays. El rey habia leido el acto y se lamentaba de no poder autorizar la representacion. El gobierno estaba dispuesto á hacer lo posible para indemnizar al autor. Víctor Hugo manifestó su gratitud al ministro, pero no quiso aceptar nada.

Al dia siguiente estaba conversando con Sainte-Beuve, cuando recibió un pliego que llevaba el sello del ministro del Interior. El ministro le anunciaba que el rey le concedia una nueva pension de cuatro mil francos. El hombre que habia llevado el pliego preguntó si tenia alguna respuesta que darle.

—Sí, dijo Víctor Hugo.

Se sentó y escribió una carta, que enseñó á Sainte-Beuve antes de cerrarla.

—Estaba seguro de que obraríais así, le contestó Sainte-Beuve despues de leerla.

En esta carta se negaba á admitir la pension. Sainte-Beuve no tenia motivos para guardar silencio sobre este hecho. Así es que los diarios lo publicaron. "La conducta de Víctor Hugo, decia *Le Journal dels Debats*, no sorprenderá de manera alguna á los que le conocen; pero es bueno que el público sepa los nuevos derechos que el jóven poeta acaba de adquirir á su estimacion.„

Le Constitutionnel exclamaba:—"No es tan fácil corromper á la juventud como creen los ministros.„

LIII.

Hernani.

Víctor Hugo no era de esos á quienes desanima un contratiempo, y comprendia, por otra parte, que la prohibicion de *Marion de Lorme* seria útil para su próximo drama. La semana siguiente estaba convidado á comer en casa de Nodier con el baron Taylor, que se despedia al ir á emprender un viaje.

—Cuándo estareis de vuelta? le preguntó Víctor Hugo.

—A fin de mes.

—Entonces puedo disponer de tres semanas. Pues bien; convocad al comité para el 1.° de Octubre y le leeré una obra.

El 1.° de Octubre leyó el *Hernani*. La obra fué admitida por aclamacion, y distribuyeron los papeles del modo siguiente: Doña Sol, á la Mars; Hernani, á Fir-

min; D. Ruy Gomez, á Joanny; Don Cárlos, á Michelot. Solicitaban desempeñar todos los papeles del drama los actores de más mérito, como Geffroy, Samson, Menjaud, etc., y el papel corto del paje fué para la Despreaux (despues señora Allan). Las primeras representaciones se verificaron con entusiasmo. Michelot, sin ser afecto á la literatura nueva, era hombre de mundo y de buenos modales. Firmin gustaba mucho en los dramas. Joanny, que tenia los cabellos blancos de D. Ruy Gomez, era un antiguo militar que habia perdido dos dedos batiéndose á las órdenes del general Hugo. Enseñaba al autor su mano mutilada, y le decia con cierto énfasis que le era natural:

—Mi gloria será haber servido de jóven á las órdenes del padre y de viejo á las órdenes del hijo.

El arte nuevo se probó en el teatro Francés y fué bien acogido. Alejandro Dumas acababa de dar á la escena su drama *Enrique III.*

Siendo este autor desconocido el dia anterior y careciendo de pasado que concertara ódios, sorprendió al partido clásico, que, como no estaba preparado, no pudo defenderse; el público, entregado á sí mismo, y cansado de oir siempre la misma comedia y la misma tragedia, eternamente reproducidas, se dejó cautivar por el encanto que le produjo tan interesante produccion. Obtuvo el autor un triunfo sin lucha.

La Mars era, sin embargo, enemiga del género nuevo, porque solo le gustaban las piezas que habia representado en su juventud; entonces tenia cincuenta años, pero no quiso dejar á otra dama el papel de doña Sol en el *Hernani* y lo aceptó.

La mayoría de los periódicos atacó al drama. Los ministeriales consideraban á Víctor Hugo desde su *Oda á la Columna* como á un desertor. Los liberales tenian por redactores literarios á los literatos enemigos de estas innovaciones en la escena.

Un teatro llegó hasta parodiar una pieza que aun no se habia representado.

A todo esto el manuscrito del *Hernani* estaba detenido: la censura lo aprobó; pero el ministro quitó algunas escenas importantes, y Víctor Hugo entonces no quiso que se representara. El ministro cedió despues, permitiendo algunos versos de los prohibidos, pero no consintió que se recitase en el teatro el siguiente:

¿Crees que los reyes son para mí sagrados?

El invierno de 1829 á 1830 fué uno de los más crudos que se han conocido en Paris y prolongó el estreno de la obra. Por último, cuando se aproximó el dia y se acercaron á Víctor Hugo los jefes de los "alabarderos„, éste los rechazó. Todos creyeron que estaba loco, pero queria para un drama libre un público libre.

El autor recibia diariamente cartas de Benjamin Constant, de Thiers, de Lizinka, de Mirbel, de Merimée, etc., pidiéndole localidades para el estreno.

En la semana que precedió á la representacion, los periódicos hablaron mucho del drama y escitaron vivamente á sus lectores. Las hojas ministeriales querian disminuir el éxito que alcanzaba antes de representarse. *La Cuotidiana* decia:

"Se anuncia para mañana la primera representacion de *Hernani*. No sabemos si los que antes de oirle se han declarado contra él han constituido una liga para atacarlo; pero es cierto que los amigos del autor trabajan por librarle de un mal resultado. Se concibe verdaderamente que miren este asunto como cuestion de vida ó de muerte para el romanticismo. Sea como quiera, lo cierto es que *El Diario de los Debates*, penetrado de la importancia del asunto olvida hoy sus propias inquietudes, y dejando un instante el cuidado de su defensa personal, se apresura á aceptar con resignacion la esquela de convite de *El Globo* y á conservar una localidad consagrada á la causa de *Hernani; de Hernani, que subleva ya tanto las pasiones como los ódios más encarnizados y que parece que sea la obra escogida por campo de batalla de tantos intereses opuestos.* Nosotros, que estamos muy lejos de desear que *Hernani sea elegido por campo de batalla*, y no creemos sea esta la intencion del autor, encontramos que es una imprudencia de sus amigos esforzarse en dar á una cuestion literaria el aspecto de importancia política.

„Los redactores de *Los Debates* han encontrado el medio de traer á este terreno á Martignac y á Bourdonnaye, al antiguo y al nuevo ministerio, que seguramente no habian pensado ni en defender ni en atacar, ni mucho menos en modificar el drama de Víctor Hugo. Cualquiera que sea la importancia de la representacion del *Hernani* para la república de las le-

tras, la monarquía francesa no tiene motivo para inquietarse.„

Todos los amigos del autor y cuantos deseaban el triunfo del nuevo género se le ofrecieron. Luis Boulanger, Teófilo Gautier, casi niño por la edad, pero hombre por el talento; Gerardo de Nernal, Vivier, Ernesto de Sajonia-Coburgo, hijo natural del duque reinante; Aquiles y Eugenio Deveria, Francisco Celestino Nanteuil, Eduardo Thierry, Pedro Borel y sus dos hermanos, Aquiles Roche, que hubiera sido sin duda uno de los mejores pintores si no se hubiera ahogado en el Tíber, acudieron los primeros.

Hicieron un llamamiento á la literatura, á la música, á los establecimientos de pintura, de escultura y de arquitectura.

Todos ellos se reunieron luego con las listas de los nombres que se habian reclutado, y dispusieron que cada uno condujera su tribu al combate. He encontrado una lista de las tribus Gautier, Gerard, Pedro Borel, etc.: en ellas estaban inscritos los nombres siguientes: Balzac, Berlioz, Cabat, Augusto Mac-Keal (Augusto Maquet), Presult, Juan de Seigner, José Bouchardy, Philadelphe O 'Neddy, Gegour, Lavirou, Amadeo Pomsnier, Lemot, Piccini, Fernando Langlé, Folbeque, Filmant, Kreutzer, etc. El taller de arquitectura de Gournaud tomó trece asientos, el de Labrouse cinco, el de Dubon doce, etc. etc.

Víctor Hugo compró muchas manos de papel encarnado, cortando los pliegos en pequeños cuadrados, en los cuales imprimió la palabra española: *Hierro*.

Distribuyó estos pedazos de papel á los jefes de tribu. El teatro le entregaba el sitio de la orquesta, la segunda galería y el patio, esceptuando unos cincuenta asientos.

Para combinar mejor su plan estratégico y asegurar bien el órden de batalla, los jóvenes le pidieron que les dejase entrar en la sala antes que al público. Se les permitió lo que solicitaban y quedaron citados á las tres para colocarse. Esto hubiera salido bien si se les hubiera dejado subir, como hacian los "alabarderos„, por la puerta pequeña del pasaje oscuro, suprimido despues. Mas el teatro, que al parecer no deseaba ocultarles, les designó la puerta de la calle de Beaujolais, que era la puerta real: por temor de llegar tarde los batallones jóvenes llegaron demasiado temprano; la puerta aun no se habia abierto, y á la una de la tarde los innumerables transeuntes de la calle de Richelieu vieron acumularse una porcion de séres temibles, barbudos, cabelludos, vestidos de todos modos, menos á la moda; unos con blusa, otros con capa española, otros con chaleco á lo Robespierre, ó con toca á lo Enrique III, con los trajes de todos los siglos y de todos los paises en el centro de Paris y en pleno medio dia. Los vecinos se quedaron estupefactos é indignados al encontrarse con aquella mascarada á las puertas de sus casas. Teófilo Gautier llamaba la atencion sobre todos por su chaleco de satin de color de escarlata y la espesa y larga cabellera, que le llegaba hasta los hombros.

La puerta no se abria; las tribus impedian la circulacion; pero esto les era indiferente: solo una cosa les hacia perder la paciencia. El arte clásico no podia ver tranquilamente estas hordas de bárbaros que iban á invadir su asilo; recogió todas las herramientas y todas las inmundicias del teatro y las arrojó sobre los sitiadores. Balzac recibió por su parte un troncho de col. Su primer movimiento al recibir el golpe fué de cólera; esto era, sin duda, lo que esperaba el arte clásico. El tumulto hubiera hecho acudir á la policía, que se hubiera apoderado de los perturbadores, y los perturbadores hubieran sido, naturalmente, apedreados. Los jóvenes conocieron que trataban de valerse de cualquier pretexto y no dieron pié á que lo tomaran.

La puerta se abrió á las tres y se volvió á cerrar. Reunidos dentro del teatro, pudieron reorganizarse. Se sentaron cada cual en su sitio; eran las tres y media: qué harian hasta las siete? Hablar y cantar; pero la conversacion y los cantos se agotaban. Como acudieron demasiado temprano no habian comido, y llevaron allí provisiones de boca, como jamon, pan, etc. etc. Comieron, pues; las banquetas sirvieron de mesas y los pañuelos de servilletas, y todavía estaban comiendo cuando el público entró. Al ver convertida la sala del teatro en restaurant, los dueños de las localidades reclamaron sus asientos. Al mismo tiempo les ofendia el olor de ajo que despedia el salchichon. Hicieron algo peor que comer; entre aquella multitud hubo algunos que tuvieron necesidad de satisfacer otras necesidades que las del estómago, y buscaron en los rincones de la casa de Moliére dónde "espulsar lo supérfluo de las bebidas„; quisieron salir del teatro, pero la puerta de comunicacion estaba cerrada, el telon de boca

caido, y no pudieron salir por ninguna parte. Encerrados por espacio de dos horas, muchos de ellos se fueron colocando en el rincon más oscuro; pero este rincon se iluminó de repente al entrar el público.

Cuando Víctor Hugo llegó al teatro encontró á los empleados sonriendo y al delegado régio trastornado.

—Qué sucede? preguntó.

—Que vuestro drama ha muerto, y vuestros amigos son los que lo han matado.

Víctor Hugo, enterado del incidente, dijo que no era la falta de sus amigos, sino de los que habian hecho esperar al público por espacio de cuatro horas con las puertas cerradas. A lo menos la Mars no sabia nada: el baron Taylor habia tenido cuidado de recomendar que no le refiriesen lo sucedido. El autor se dirigió á su palco.

—Señor Víctor, le dijo la Mars, ¡valientes amigos teneis! ¿Sabeis lo que han hecho?

La recomendacion de Taylor no impidió que los enemigos de la obra le contasen á la actriz lo que acababa de pasar. Estaba furiosa.

Víctor Hugo repitió á la actriz lo que habia dicho al comisario real y se fué á los pasillos. Actores, bailarines, maquinistas, administradores, todos, todos pasaron desde la frialdad hasta la hostilidad. Solo Joanny vino hácia él, soberbio con su traje de Ruy Gomez, y le dijo:

—Tened confianza! Por mi parte no me he sentido jamás en mejor disposicion.

Víctor Hugo miró por el agujero del telon. De arriba á bajo no se veia más que seda, joyas, flores y hombros desnudos. Entre aquel resplandecimiento, dos masas sombrías, la del parterre y la de las segundas galerías, agitaban abundantes melenas.

Se dió la señal con tres golpes. El autor vió levantarse el telon con la opresion de corazon del que entrega su pensamiento á lo desconocido é ignora lo que puede acontecer. La escena de Don Cárlos con Doña Josefa pasó sin ningun obstáculo; despues salió Doña Sol. Los jóvenes, poco habituados á las escenas teatrales y por otra parte poco entusiastas de la Mars, se descuidaron en recibirla con los aplausos á que estaba acostumbrada; lo mismo hizo todo el público. Este silencio, desusado con ella, la desconcertó un poco. Firmin, que tenia más edad que Hernani, pero que conservaba siempre jóven su actitud y su imaginacion, dijo muy bien su papel.

La orquesta, el patio y la segunda galería aplaudieron, pero sin encontrar eco en el resto del teatro. En el segundo acto, en el diálogo entre D. Cárlos y Hernani, algunos palcos aplaudieron bastante. A cada escena que pasaba sin oposicion, los actores y las gentes del teatro perdian su serenidad. Despues del acto segundo sonreian al autor, y algunos admiraban el drama de buena fé.

El verdadero peligro no estaba salvado: el paso difícil era la escena de los cuadros, designada de antemano á la chacota y á la burla, por haberla puesto en ridículo un vaudeville que la parodiaba; pero el tercer acto comenzó bien.

Los versos que dirige D. Ruy á Doña Sol, dichos por Joanny con cierta melancolía, conmovieron á las mujeres y algunas aplaudieron.

Ernesto de Sajonia-Coburgo exclamó: —"Vivan las mujeres!„ Joanny pasó revista perfectamente á la fila de los retratos, que siguió con atencion la vista del público hasta llegar al sexto; desde éste dudó el actor en avanzar, porque empezó á oir murmullos; pero el último verso salvó la situacion. El último retrato fué saludado con aclamacion cuando D. Ruy prefiere entregar su vida y su desposada á entregar el huésped, que sabe que es su rival. Desde aquel momento ninguno dudó ya del éxito del drama. Este se decidió en el monólogo de Cárlos V en el cuarto acto; el inmenso monólogo, interrumpido casi á cada verso por los bravos, concluyó entre una explosion de aplausos interminables.

Los aplausos duraban aun cuando le dijeron al autor que preguntaban por él. En seguida vió á un hombre de pequeña estatura, rechoncho y de mirada penetrante, que le dijo:

—Me llamo Mame; soy el asociado de Baudoin, el editor. Aquí no podemos conferenciar. ¿Quereis venir un minuto fuera del teatro?

En cuanto salieron á la calle, le dijo:

—Presenciamos la representacion Baudoin y yo, y deseamos publicar el *Hernani*. Quereis vendérnoslo?

—Por cuánto?

—Por seis mil francos.

—Hablaremos despues de la representacion.

—Quisiera que fuese ahora mismo.

—Por qué? No sabeis lo que comprais; al fin la obra puede tener menos éxito.

—Y puede tenerlo mayor aun. En el

segundo acto pensaba daros dos mil francos; en el tercero cuatro mil; en el cuarto os ofrezco seis mil; tal vez despues del quinto os tuviera que ofrecer diez mil.

—Pues bien, le contestó Hugo sonriendo, os le cedo. Venid á casa mañana y formalizaremos el contrato.

—Quisiera formalizarlo ahora. Tengo aquí los seis mil francos.

—Pero estamos en la calle!...

—Aquí cerca hay un estanco.

En efecto, allí entraron; extendieron el contrato en un pliego de papel sellado, le firmaron en el mostrador, y Víctor Hugo recibió los seis mil francos, que le vinieron á pedir de boca, porque no tenia en su casa más que cincuenta.

Víctor subió entonces al cuarto de la Mars, que estuvo sumamente fria con él.

El quinto acto dió la razon al editor. Los ramilletes cayeron en gran cantidad á los piés de la Mars; hasta los palcos aplaudieron; solo permanecieron silenciosos cinco ó seis.

Víctor Hugo subió al cuarto de la eminente actriz, á la que encontró rodeada de admiradores.

—No besais á Doña Sol? le dijo ella presentándole la mejilla.

El autor se retiró á su casa y la encontró llena de gente. Al otro dia recibió esta carta:

"He presenciado la primera representacion del *Hernani*. Conoceis la admiracion que me inspirais. Mi vanidad me liga á vuestra lira: ya sabeis por qué. Yo me voy, vos venís. Me recomiendo al recuerdo de vuestra musa. La gloria compasiva debe rogar por los muertos.

CHATEAUBRIAND.

„29 Febrero 1830.„

La primera representacion se verificó en sábado: el lunes, dia de la segunda, publicaron todos los folletines la crítica del drama. Escepto el *Diario de los Debates*, todos le eran hostiles y pintaban á los espectadores como una horda incivilizada.

El dia de la segunda representacion todos estaban inquietos y alarmados. La calle Beaujolais estaba llena de badulaques, que esperaban ver las hordas salvajes de que hablaron los periódicos. Los palcos estaban llenos. En uno de ellos Teófilo Gautier lucia con audacia su célebre chaleco sobre un pantalon gris con galon de terciopelo negro.

En el momento de alzarse el telon cayeron desde los primeros palcos una porcion de papeles pequeños, que se pegaban á la ropa y á la cabeza de los espectadores: eran las avanzadas contra el *Hernani*. Quién los arrojaba? No se sabe.

Desde las primeras escenas se oia un sordo murmullo; algunos versos fueron recibidos á risotadas; los jóvenes aplaudian, y se cruzaban aplausos y silbidos.

Cuando el rey pregunta: "¿Qué hora es?„, y le responden: "Media noche„, los que no esperaban esta sencilla frase, sino un sonoro verso para indicar la hora, prorumpieron en gritos.

La fiesta enmascarada y los bailes del quinto acto fueron bien acogidos.

Los periódicos del dia siguiente refirieron los murmullos y callaron los aplausos. El drama estaba juzgado: desde la segunda representacion el teatro estaba medio vacío, especialmente dos palcos que nunca fueron ocupados, y que habian tomado dos autores dramáticos.

La tercera representacion fué más ruidosa que las anteriores; y como en esta representacion concluye el derecho del autor para tomar los billetes que quisiera, el comisario del teatro envió cien entradas á Víctor Hugo: la prensa anunció que el verdadero público iba á juzgar la obra.

Desde entonces cada noche fué una verdadera batalla; risas, voces, gritos, murmullos, personas que salian, otras que daban las espaldas al escenario, otras que aplaudian; aquello era una contínua batalla.

M. Ernesto de Sajonia-Coburgo, no respetando á una mujer que se reia á carcajadas, la dijo:

—Señora, no os riais, porque enseñais los dientes y los teneis feos.

A algunos viejos venerables que silbaban les gritaba:

—A la guillotina! A la guillotina!

Los actores ayudaban á los silbantes con guiños, que querian decir:

—Haceis bien: silbad, silbad, que lo merece.

Solo la Mars permaneció fiel é inquebrantable.

A pesar de esto, se vendian los billetes. Sin embargo, un cómico decia á otro en la calle:

—El teatro está lleno; los billetes se dan; la caja está vacía...

—La caja encierra 4.557 francos y 78 céntimos, dijo Víctor Hugo que pasó por allí y lo oyó.

Cada dia se silbaba una nueva escena.

La señora Thenard tenia en su papel

un versó que no le habian silbado. Víctor Hugo le dijo:

—Ese verso será silbado.

Aquella noche le silbaron.

La lucha continuaba. Cada noche, cuando Víctor Hugo volvia á su casa, le preguntaba su mujer:

—Se ha representado hasta el fin?

Y era tanta su inquietud, que casi hubiera deseado oir:—No.

Víctor Hugo no cesaba de recibir cartas: en unas le prometian gente dispuesta á aplaudir; en otras le amenazaban.

Los diarios comparaban el drama con la política. Un redactor del *Correo Francés* decia al autor:

—Hay en Francia dos hombres muy odiados; Polignac y vos.

El combate se extendió á las provincias.

En Tolosa un tal Batlam tuvo un duelo por el *Hernani*, en cuyo desafío murió.

En Vannes un cabo de dragones hizo este testamento: "Que pongan en mi tumba: "Aquí yace uno que admiró á Víctor Hugo.„

Un viaje de la Mars suspendió las representaciones del *Hernani*, que alcanzó cuarenta y cinco.

Ocho años despues, una noche de las que volvió á repetirse, bajaban por las escaleras del teatro dos espectadores, diciendo:

—No es extraño que ya no silben, dijo uno de ellos, que sin duda silbó en las representaciones del estreno; el autor ha cambiado todos los versos.

—Os equivocais, le replicó el otro; no ha cambiado el drama; lo que ha cambiado es el público.

LIV.

Nuestra Señora de Paris.

Quince dias antes de terminar las representaciones del *Hernani*, el dueño de la casa en que vivia Víctor Hugo subió á ver á su señora y la dijo con aire compungido:

—Señora, sois vos y vuestro marido excelentes sugetos; pero hace ya dias que perturban mi reposo la procesion de visitas que recibís y el ruido que se mueve en vuestra habitacion. Me retiré del comercio para vivir tranquilo, y no podemos morar juntos en la misma casa.

—Eso quiere decir que nos despedís?

—Lo siento mucho y os echaré de menos, porque constituís un matrimonio que vive como Dios manda y quereis mucho á vuestros hijos. Os compadezco, señora, porque vuestro esposo escogió una carrera penosa.

Hernani, pues, con su singular éxito consiguió lanzar de su domicilio á Víctor Hugo, y el matrimonio tuvo que pasar el Sena y mudarse á la calle de Juan Goujon. Allí le esperaba otro disgusto.

Entre la multitud de gentes que iba á visitar al célebre autor, y que el propietario que le despidió no podia soportar, fué á verle el editor Gosselin, con la intencion de comprarle el manuscrito del drama; pero como no encontró á Víctor Hugo, salió de allí y se fué al teatro. Su señora, que apenas le conocia, ni se fijó en él, entre los muchos visitantes, y ni siquiera le habló.

Hubo quien la preguntó quién editaria el drama, y ella refirió entonces la venta brusca del dia anterior. Gosselin salió de allí furioso y escribió á Hugo que tenia derecho á vender su obra á quien quisiera, pero no á recibir de mala manera á un jurado que era elector. Gosselin tenia la venganza en su mano. Al mismo tiempo que el *Último dia de un sentenciado á muerte*, Víctor Hugo le habia vendido una novela que tenia pensada con el título de *Nuestra Señora de Paris.*

Se habia comprometido á entregársela en Abril de 1829. Absorbido por el teatro, no habia podido ocuparse de ella, y el plazo habia terminado con un año de esceso sin haber escrito la primera línea de la novela. El editor, que no le habia apremiado hasta entonces, le exigió inmediatamente el cumplimiento del convenio.

Era imposible entregar una obra que no estaba empezada: el editor le reclamó resarcimiento de perjuicios, y tuvo que intervenir Bertin para arreglar el asunto. El autor por fin recibió un plazo de cinco meses hasta el 1.° de Diciembre; si entonces no la entregaba, pagaria mil francos cada semana hasta entregarla.

Fué menester, pues, que se pusiera en seguida á trabajar en *Nuestra Señora de Paris*, agitado aun por las batallas febriles de *Hernani* y en el desórden de una mudanza de casa forzosa.

Lo primero que hizo fué instalarse. Un dia que colocaba en su gabinete una librería, compuesta de cuatro tablas, sujetas unas á otras por cordones, lo cual hacia bastante mal efecto, el príncipe de

Craon presentó en casa del poeta á un jóven rubio, de agradable rostro, modelo al parecer de dulzura y de delicadeza.

Este jóven habia ido á ver á *Hernani* y queria felicitar á Víctor Hugo. Era partidario de la emancipacion del teatro, pues deseaba que hubiera libertad para todo. Llamábase Montalembert.

En cuanto Víctor Hugo estuvo instalado se puso á trabajar. Empezó á escribir el 27 de Julio por la mañana.

Mr. Gustavo Planche, que fué á verle durante el dia, preguntó á Leopoldina si queria acompañarle á tomar un helado en el Palacio Real. Esperábale abajo un coche, y el placer de ir en carruaje decidió á la niña. Marcharon, pero no se alejaron mucho, porque encontraron varios grupos y tan agitados, que Gustavo Planche, temiendo por la niña, la volvió á casa en seguida.

Al dia siguiente los Campos Elíseos se habian convertido en un vivac. No estaban entonces á la moda y edificados como hoy. Habia unas cuantas casas en vastos terrenos abandonados á los hortelanos. Los que allí vivian estaban lejos de todo y les era difícil proveerse de víveres al través de las tropas.

Era la casa una especie de prision para cada vecino; no recibian cartas ni periódicos; no llegaba allí ninguna noticia.

Oíase el ruido de los furgones de artillería que rodaban por el muelle, el ruido de la fusilería y el sonido de las campanas que tocaban á rebato.

Uno de los vecinos de Víctor Hugo, el general Cavaignac, tio del que fué jefe del Poder ejecutivo de la República, decia que como la casa estaba aislada y era de cantería, en seguida la ocuparian las tropas si el combate se empeñaba en aquella zona.

Un calor de treinta y dos grados sofocaba á los soldados, que llamaban á las puertas pidiendo un vaso de agua. Hubo uno que al devolver el vaso cayó en tierra sin sentido.

Trabóse un ligero combate, y tan cerca, que las balas silbaban en el jardin.

Poco despues los niños divisaron desde su ventana, en un campo de patatas que habia alrededor de la casa, un hombre de blusa, tendido boca abajo é inmóvil.

Le creyeron muerto, pero se fijaron en él y no encontraron ningun rastro de sangre; coligieron que quizás seria un insurrecto que esperaba de aquel modo que llegara la noche para no caer en poder de las tropas, ó algun pobre diablo asustado de las balas.

No se movió en todo el dia. Debia tener hambre. No habia en la casa más que un pan de cuatro libras, cuya renovacion parecia difícil. Los niños cortaron un gran trozo y se lo arrojaron por la ventana. A la mañana siguiente hombre y pan habian desaparecido.

Continuaba el bloqueo y la falta de noticias. El único medio de adquirirlas era ir á buscarlas. Víctor Hugo salió con Mr. de Montemart-Roistre, que era otro inquilino de la casa.

Al entrar en el paseo de los Campos Elíseos encontraron una batería y pasaron con gran dificultad á fuerza de dar explicaciones.

El aparato militar era formidable. Los soldados, que construian reductos, cortaban árboles para hacer con ellos caballos de frisa (1).

Cerca de Marigny vieron á un muchacho de catorce á quince años atado á un árbol y muy pálido. Mr. de Montemart preguntó por qué le tenian así.

—Para que no se escape antes que le fusilen, le respondieron.

—Fusilarle! exclamó Víctor Hugo. ¡Si es un niño!

—Es un niño que acaba de matar á un hombre, á nuestro capitan; pero le castigaremos como se merece.

En este momento un piquete de caballería acudió hácia aquel sitio; venia de la barrera de la Estrella.

Víctor Hugo conoció al general Girardin y se fué derecho hácia él.

—Qué diablos haceis aquí? le preguntó el general.

—Ya lo veis, paseo.

—Pues bien; os aconsejo que os retireis. Vengo de Saint-Cloud y vamos á tirar con bala roja.

Víctor Hugo llamó la atencion del general hácia el chico, que fué desatado y conducido á uno de los destacamentos más próximos.

Al dia siguiente la revolucion venció y los Campos Elíseos quedaron libres.

Las grandes conmociones de los acontecimientos resuenan profundamente en las inteligencias. Víctor Hugo, que acababa de sublevarse y de construir barricadas en el teatro, comprendió que todos los progresos se dan la mano, y que

---

(1) *Caballos de frisa*: maderos cilíndricos, á los que se clavan unas puas largas de hierro ó de madera, y que atravesados sobre otros dos maderos hincados, impiden el paso á la caballería enemiga cuando quiere atacar á algun ejército.—(N. del T.)

para no ser tachado de inconsecuente debia aceptar en la política lo que aceptaba en la literatura. Púsose, pues, á escribir segun le iban ocurriendo las ideas que le inspiraban los hechos de cada dia. Más adelante publicó en la obra titulada: *Miscelánea de literatura y de filosofía* el "Diario de un revolucionario de 1830.„

Al mismo tiempo que cantó el triunfo del pueblo, tuvo frases de simpatía y de consuelo para el rey destronado en la oda que lleva por epígrafe *Sunt lacrymæ rerum*, y *El Globo* la publicó, acompañándola de las siguientes líneas (19 de Agosto):

"La poesía se ha mostrado solícita en celebrar la grandeza de los últimos sucesos, que son á propósito indudablemente para inspirar á cuantos tienen corazon y voz. Víctor Hugo se presenta á su vez con audacia casi militar, con patriótico amor á la Francia, libre y gloriosa, con su viva simpatía hácia la juventud, entre cuyos más brillantes jefes figura. Pero al mismo tiempo el poeta, por sus primitivas opiniones, por los afectos de su adolescencia, que ha consagrado en memorables odas, estaba ligado al pasado, que termina, y debia saludarle con doloroso adios al separarse de él. Ha sabido conciliar con medida perfecta los arranques de su patriotismo con los miramientos que se deben á la desgracia, y se declara ciudadano de la nueva Francia, sin que le puedan ruborizar los recuerdos de la antigua. Su corazon se ha conmovido, pero su razon permanece firme. *Mens inmota maret, lacrymæ volvuntur inanes.* Ya en la oda "A la Columna„ Víctor Hugo habia probado que sabia comprender todas las glorias de la pátria. Su conducta, en más de una circunstancia, habia demostrado de ese modo que él era apto para la práctica de la libertad. Mientras que Chateaubriand, ya anciano, abdica noblemente la carrera pública, sacrificando su resto de porvenir á la unidad de una hermosa existencia, complace ver que el jóven que empezó siguiendo la misma bandera continúa avanzando á pesar de ciertos recuerdos, y sabe reflejar las diversas doctrinas de su pais. Así cada uno hace lo que debe, y Francia, honrando los sacrificios de uno, agradecerá los trabajos del otro.„

Una tarde de Setiembre fué M. de Lamennais á visitar á Víctor Hugo y le encontró escribiendo.

—Estais trabajando y os molesto?

—Trabajo, pero no me molestais.

—Qué es lo que escribís?

—Algo, que creo que os complacerá.

—Decidme, pues, qué es lo que escribís.

Víctor Hugo le entregó una hoja de papel y Mr. de Lamennais leyó lo que sigue:

"La República, que no está aun madura, pero que dominará á la Europa dentro de un siglo, es la sociedad soberana de la sociedad, ya protegiéndose por medio de la Guardia nacional, ya juzgándose por medio del Jurado, administrándose como municipio, gobernándose como colegio electoral.

„Los cuatro miembros de la monarquía, el ejército, la magistratura, la administracion y la pairía, solo serán para esa República cuatro escrecencias molestas que se atrofiarán y morirán pronto.„

—Eso es, le contestó Lamennais. Seguro estaba de que un espíritu como el vuestro no podia seguir siendo realista. Sobra solo una frase: "La República no está madura.„ Vos la colocais en el porvenir; yo la coloco en el presente.

Mr. de Lamennais, como condenaba el absolutismo, no admitia la monarquía. Su carácter rechazaba los términos medios y los aplazamientos. Víctor Hugo, aunque veia en la República la forma definitiva de la sociedad, solo la creia posible despues de larga preparacion. Queria que se llegase al sufragio universal por medio de la enseñanza universal. La monarquía mixta de Luis Felipe le parecia una transicion útil.

Nuestra Señora de Paris quedó, pues, durmiendo, por haberse entregado el autor á esta erupcion de la política. Además habia resultado de la situacion un accidente. El autor escribió á Mr. Gosselin:

"El peligro que corrió el 29 de Julio mi casa de los Campos Elíseos, me decidió á sacar los efectos más precisos y los manuscritos, trasladándolos á casa de mi hermano, que vive en la calle de Cherche-Midi, y cuyo barrio apenas está amenazado. En esa operacion, hecha de prisa, se perdió un cuaderno de notas, que para escribirlo pasé más de dos meses de investigaciones, que eran indispensables para concluir la novela. Aun no he podido encontrarlo, y temo ya que cuantas diligencias practique sean infructuosas. Me ha parecido oportuno avisaros. Este es sin duda uno de los casos graves y de fuerza mayor previstos por nuestro contrato de 5 de Junio. Sin em-

bargo, si no se atraviesan otros sucesos capaces de impedir la continuacion de la obra, espero á fuerza de trabajo poder entregaros el manuscrito en la fecha convenida. Confieso, no obstante, que un plazo de dos meses que espontáneamente me concediérais por motivo de dicha pérdida me seria útil, y que consideraria tal conducta de vuestra parte como enmienda de los agravios que creo haber de vos recibido. Figúraseme que debe interesaros que no se os entregue el manuscrito en época tan próxima á la revolucion, como lo es el 1.° de Diciembre. Es dudoso que la literatura haya recobrado para entonces la importancia que tenia hace dos meses, y se me antoja que un retardo en la publicacion no os convendrá menos que á mí.„

El editor comprendió estas razones y aplazó el cumplimiento del contrato hasta 1.° de Febrero de 1831. Esta prórroga permitió disponer á Víctor Hugo de cinco meses y medio.

No era posible ya solicitar nuevos plazos y era preciso realizar el trabajo dentro del último. Compró una botella de tinta y un saco de lana parda, que le envolvia desde la cabeza hasta los piés; guardó bajo llave su ropa de salir para evitar tentaciones, y entró en el argumento de la novela como en una cárcel. Estaba muy triste.

Solo salia del escritorio para comer y para dormir. Su única distraccion consistia en pasar una hora de conversacion despues de comer con algunos amigos que iban á verle, y á los que solia leer las páginas escritas durante el dia. Leyó el capítulo titulado *Las Campanas* á monsieur Pedro Leroux, que calificó de inútil este género de literatura.

Desde que tuvo escritos los primeros capítulos su tristeza desapareció. Su creacion le dominaba y no sentia ni la fatiga ni el frio del invierno. En Diciembre trabajaba con las ventanas abiertas.

Unicamente dejó su piel de oso una mañana, la del 20 de Diciembre, en la que fué á buscarle el príncipe de Craon para asistir juntos á la vista del proceso de los ministros de Cárlos X.

Fué una sesion tempestuosa. A eso de las cuatro, mientras Mr. de Cremieux defendia á Mr. de Guernon-Granville, se oyó fuera gran tumulto. Era una gran masa de pueblo que forcejeaba por entrar en la Cámara de los Pares. La Guardia nacional, que ocupaba la calle de Tournon y la de Vaugirard, no podia resistir aquel empuje.

La Cámara iba á ser invadida.

La multitud gritaba: *¡Abajo Polignac! ¡Abajo Peyronnet! ¡Mueran los ministros!*

Mr. de Chantelance y Mr. de Guernon-Granville, atemorizados, inspiraban lástima; Mr. de Polignac parecia no comprender; solo Mr. de Peyronnet, en pié, con la cabeza erguida y los brazos cruzados, desafiaba la muerte.

Suspendióse la sesion. El príncipe Craon y Víctor Hugo salieron á ver lo que sucedia en la calle. La Guardia nacional, aplastada contra el palacio, se defendia apenas. La multitud trepaba sobre los trascantones y se subia á las ventanas. El ódio relucia en todos los semblantes, la cólera vibraba en todos los gritos. Acusados, jueces, Guardia nacional, todos recibian insultos.

El general Lafayette, acompañado de Mr. Fernando de Lasteyrie, trataba de arengar á los descontentos; pero el pueblo estaba harto de arengas y de Mr. de Lafayette. Unos cuantos pilluelos cogieron al general por las piernas, le levantaron en el aire y le pasaron de mano en mano, gritando con un tono de voz indescriptible:

—Aquí está el general Lafayette. Quién le quiere?

Un destacamento de línea se abrió calle y le sacó de allí.

Víctor Hugo y el príncipe se acercaron al general, que los cogió del brazo.

—No conozco á mi pueblo de Paris, les dijo; sin pensar que tal vez el pueblo de Paris era el que no conocia á su Lafayette.

Y añadió:

—El pueblo tiene motivo, pero ¡esos realistas!...

Señalando luego á un balcon del tiempo de Luis XV en la calle de Tournon, dijo:

—Supliqué á Mr. *** que me permitiera subir á su balcon para arengar al pueblo, y contestó que jamás abriria su puerta al general Lafayette. Son capaces de dejar que degüellen á sus amigos por ódio á la revolucion.

Víctor Hugo queria volver á entrar en la Cámara, pero la sesion no continuó. Regresó, pues, á su casa y prosiguió su trabajo.

En la noche del 7 de Enero vió tan viva claridad, que volvió la vista hácia la ventana, que siempre tenia abierta; producia esa claridad una aurora boreal.

El 14 de Enero el libro estaba terminado, habiendo agotado tambien la bo-

tella de tinta que compró al empezar á escribir la novela, llegando al mismo tiempo á la última línea y á la última gota. Esta coincidencia le sugirió por un momento la idea de cambiar el nombre de la novela y titularla: *Lo que hay en una botella de tinta*.

Algunos años despues refirió este incidente en presencia de Alfonso Karr, que encontró gracioso ese título y le pidió permiso para apropiárselo. Mr. Alfonso Karr publicó con ese nombre colectivo varias novelas, entre otras *Genoveva*, obra magistral, ingeniosa é interesante.

Mientras Víctor Hugo estaba escribiendo *Nuestra Señora de Paris*, Mr. Gosselin le pedia algunas noticias sobre el libro para anunciarlo, y el autor le dió las siguientes:

"...Es una pintura de Paris en el siglo quince y una pintura del siglo quince á propósito de Paris. Luis XI figura en ella en un capítulo. Este rey es el que determina el desenlace. El libro, si tiene alguna pretension histórica, es la de pintar con alguna ciencia y concienzudamente, pero en compendio, el estado de las costumbres, de las creencias, de las leyes, de las artes y de la civilizacion en el siglo quince. Pero esto no es lo importante del libro. Si algun mérito encierra es el ser obra de la imaginacion, del capricho y de la fantasía.„

Terminada *Nuestra Señora de Paris*, volvió á estar triste Víctor Hugo. Se habia acostumbrado á vivir con sus personajes, y experimentó al separarse de ellos el disgusto que hubiera tenido viendo partir á sus antiguos amigos. Dejó el libro con el mismo sentimiento que experimentó al empezarlo.

Mr. Gosselin dió á leer el manuscrito á su esposa, persona instruida, que se ocupaba en traducir á Walter Scott. La obra le pareció fastidiosísima, y su marido no cesaba de decir que habia hecho un mal negocio y que le serviria de leccion para no volver á comprar libros antes de leerlos.

La novela salió á luz el 13 de Febrero, el dia del saqueo del arzobispado. El autor, testigo de la violencia popular, vió arrojar al agua los libros de la biblioteca, entre otros uno que le habia prestado datos para escribir su novela. Este libro, que se llamaba *El libro negro*, porque tenia el forro de piel de zapa negra, y que era ejemplar único, contenia la carta-privilegio del claustro de Nuestra Señora.

La mayoría de los periódicos se mostró hostil; Mr. Alfredo de Musset, en *Le Temps*, dijo que el libro habia tenido la desgracia de haber aparecido un dia de motin y de anegarse con la biblioteca del arzobispado.

Uno de los periódicos más benévolos fué *L' Avenir*, redactado por Lamennais, Montalembert y Lacordaire; en él se publicaron tres artículos laudatorios.

Entre los papeles del autor se encuentra esta carta:

"Mi querido Hugo: Os envio un hombre robusto de anchas espaldas. Cargadle sin temor. Me traerá *Nuestra Señora de Paris*, que estoy impaciente por conocer, pues todos me hablan de ella y es obra vuestra.

„Os prevengo, sin embargo, que soy enemigo del género descriptivo, y os digo de antemano que hay una parte de la novela de la que seré mal juez. Pero estoy dispuesto á ser para el resto del libro lo que os consta que soy para todas vuestras producciones.

„Vuestro, etc.

BERANGER.

„9 Marzo.„

La siguiente carta, que le escribió el autor de *Los Misterios de Paris*, es sumamente curiosa:

"He adquirido *Nuestra Señora de Paris*, y os juro que he sido uno de los primeros que la adquirieron y que la han leido. Si la impotente admiracion de un bárbaro como yo pudiera expresarse y traducirse de un modo digno del libro que me la inspiró, os diria que sois el disipador de una gran fortuna; que vuestros críticos son los pobres que habitan en el quinto piso, que al ver las prodigalidades del gran señor, exclaman furiosos:—"¡Con el dinero que gasta en un dia tendríamos suficiente nosotros para toda la vida.„

„En efecto, lo único que se ha censurado en vuestro libro es que hay en él supérfluo. ¡Chistosa crítica para el siglo que alcanzamos! No es cierto?

„Aparte de la poesía, de la riqueza de pensamiento y de drama, hay en vuestro libro una cosa que me ha sorprendido. Me ha sorprendido que, resumiendo Cuasimodo, por decirlo así, la belleza de alma y de la abnegacion; Frollo la erudicion, la ciencia, el poder intelectual, y Chateaupers la belleza física, hayais tenido la admirable idea de colocar tres tipos de vuestra naturaleza frente á frente de una jóven sencilla, casi salvaje, en medio de la civilizacion, para darle á

escoger y hacer que su eleccion sea tan profundamente "femenil„.

„Recibid las seguridades de mi afecto y mi sincera admiracion.

EUGENIO SUE.„

La opinion de la señora Gosselin y la hostilidad de la mayoría de la prensa no impidieron que *Nuestra Señora de Paris* obtuviera un éxito extraordinario. Las ediciones se multiplicaron, y los editores—entre ellos Gosselin—iban sin cesar á pedir otras novelas al autor. No tenia ninguna que darles, y se satisfacian con que les diese algun título, algo que se pareciese á la sombra de una promesa. Por eso durante algunos años los catálogos de Mr. Renduel anunciaron *El hijo de la jorobada* y *La Quinquengrogne*.

En una carta de Víctor Hugo se lee lo siguiente:

"*La Quinquengrogne* es el nombre popular de una de las torres de Borbon-l' Archambault. Esta novela está destinada á completar mis ideas sobre el arte de la Edad Media. *Nuestra Señora de Paris* forma la primera parte. *Nuestra Señora de Paris* es la catedral; *La Quinquengrogne* será el castillo. En *Nuestra Señora* he descrito especialmente la Edad Media sacerdotal; en *La Quinquengrogne* pintaré especialmente la Edad Media feudal, todo ello segun yo lo concibo, y admitiendo la responsabilidad de las ideas buenas ó malas que vierta en las dos partes. *El hijo de la jorobada* seguirá á *La Quinquengrogne* y constará de un solo tomo.„

Estas dos novelas, anunciadas hace treinta años, no las llegó á escribir el autor. La primera novela que produjo Víctor Hugo, despues de *Nuestra Señora de Paris*, fué *Los Miserables*.

LV.

Marion de Lorme.

La revolucion de Julio suprimió, naturalmente, la censura, y todas las piezas prohibidas aparecieron sucesivamente en el teatro. La Comedia francesa pensó en representar *Marion de Lorme*.

Desde los primeros de Agosto la señorita Mars fué á casa del autor con los señores Armand y Firmin. Las circunstancias que atravesaba la nacion eran muy á propósito para que chocara dicha obra; el cuarto acto sobre todo, prohibido por el mismo Cárlos X, habia de conseguir, indudablemente, extraordinaria ovacion política.

El autor respondió que la certeza de ese escrito era cabalmente lo que le impedia consentir la representacion de la obra. Aunque era partidario, desde que tuvo uso de razon, de todas las ideas de progreso, de mejoramiento y de libertad; aunque les habia dado, entre otras pruebas de adhesion, una un año antes, á propósito de *Marion de Lorme*, no olvidaba nunca que sus primeras opiniones, es decir, sus primeras ilusiones, habian sido realistas y vendeanas. No queria que algun dia pudiera echársele en cara ese pasado; pasado de error sin duda, pero que seguia por conviccion y con desinterés, cualidades que deseaba conservar toda la vida. Comprendia que en la embriagadora revolucion de Julio, su voz podia confundirse con la de los que aplaudian al pueblo, pero no con los que maldecian al rey.

Sabido es cómo cambian las circunstancias en tiempos de revolucion. En la primavera de 1831, el rey á quien se atacaba no era Cárlos X, sino Luis Felipe. Víctor Hugo no se opuso ya á la representacion de su drama, que no debia ya considerarse como ofensa al rey olvidado.

Pero no se sentia inclinado á volver al teatro Francés. La hostilidad que encontró allí en el público, en los empleados y hasta en los actores, no era ciertamente un motivo para él de atraccion. Solo le era favorable Mr. Taylor; pero las facultades del comisario real eran limitadas, y habia que luchar con una autoridad múltiple y con rencores ocultos. No se sabia á quién dirigirse ni con quién entenderse.

El autor del *Hernani* experimentaba la necesidad de contar con un director árbitro y responsable de todo. Preferia, pues, el teatro de la Puerta de San Martin, que Mr. Crosnier, sucesor de monsieur Jouslin de Lasalle, habia ido á ofrecerle.

La Mars, en cuanto lo supo, acudió á casa del autor célebre, amable y suplicante. La obra le pertenecia, la habia ensayado; el valor y perseverancia que probó en el papel de Doña Sol, que no era el principal papel del drama, auguraba lo que seria en *Marion de Lorme*, en el que representaria el principal personaje.

A pesar de sus instancias, salió de casa

del autor sin conseguir de éste la promesa de darle el drama.

Al dia siguiente Víctor Hugo, que estaba solo en su casa, oyó llamar. Como no se levantó á abrir, la campanilla sonó con más fuerza. Asomóse á ver quién llamaba, y vió parado á la puerta de la calle el carruaje de la señorita Mars.

Víctor Hugo estaba decidido por el teatro de la Puerta de San Martin, y creyó que seria menos desagradable para la célebre actriz no encontrarle en casa que recibir otra negativa. No abrió.

Por la noche firmó con Mr. Crosnier un convenio, del que extractamos estos dos artículos:

"Mr. Víctor Hugo se compromete á dar cada año al teatro de la Puerta de San Martin dos obras, cuya importancia sea tal, que una sola pueda llenar lo menos durante las primeras representaciones las horas que dure el espectáculo.

„En el caso de que la censura oficial ú oficiosa, creada por los directores ó ejercida por censores *ad hoc*, llegare á establecerse, el presente convenio solo será exigible por parte de Mr. Crosnier si no anuncia en los carteles que la obra de Víctor Hugo que vá á representar no se ha sometido á la censura. Si Mr. Crosnier se negase á hacerlo así, este contrato quedará rescindido.„

En el teatro de la Puerta de San Martin estaban verificándose las representaciones del *Antony*, aplaudido drama de Alejandro Dumas. Esta obra obtuvo extraordinario y legítimo éxito, y el nombre de Dumas, célebre desde las representaciones del *Enrique III*, quedó consagrado. El inconveniente de la gran ovacion del *Antony* fué que dividió á los jóvenes, que hasta entonces militaban bajo la misma bandera, que abrieron brecha con *Enrique III* y entraron al asalto con *Hernani*; fué que los separó en dos grupos: en el de Víctor Hugo y en el de Alejandro Dumas, y ya no pudieron oponer una masa compacta al enemigo comun y se pelearon los unos contra los otros.

Cuando estaban terminando las representaciones del *Antony* distribuyeron los papeles de *Marion de Lorme*. El de María solo podia desempeñarlo la Dorval; como Federico Lemaitre acababa de dejar de pertenecer á aquel teatro, el papel de Didier se tuvo que confiar á Bocage, y no por complacerle, pues éste preferia el de Luis XIII, tanto más cuanto que habia cierta semejanza entre Didier y Antony, papel que estaba desempeñando á la sazon. Ambos eran bastardos y misántropos, y parecia que el mismo actor seguia representando el mismo personaje; pero se conformó, porque el autor no podia confiarlo á otro en la compañía de aquel teatro.

Luis XIII, que impidió la representacion del drama en el teatro Francés, estuvo á punto de impedirla tambien en el de la Puerta de San Martin. El autor habia encargado este papel á Mr. G., y el director suplicó que se lo retirase, pues tenia contra Mr. G. quejas personales á propósito de un *Napoleon* que le hizo representar despues de la revolucion de Julio.

Mr. G., que se parecia algo al emperador, consiguió alcanzar un gran triunfo. Cuando las entradas eran mayores, fué á ver al director y le dijo que no representaba aquella noche.

—Estais malo? le preguntó el director.

—No.

—Entonces, por qué no representais?

—Porque no quiero. Y os prevengo que ni mañana, ni pasado, ni nunca volveré á representar. Rompo mi contrato.

El director le dijo que no podia romperlo sin abonarle diez mil francos.

—Aquí están, respondió Mr. G.

Era un terrible golpe para Mr. Crosnier. El éxito de la pieza dependia del acto. Trató, pues, de parlamentar, y Mr. G. consintió al fin en quedarse, pero teniendo participacion en los ingresos.

El director se sometió á esta exigencia, de la cual procuró luego vengarse encargándole desde entonces de papeles ínfimos.

—Me tuvo en sus manos, decia monsieur Crosnier, pero ahora yo le tengo en las mias. Ha gastado pronto el dinero que ganó mal, y no tiene para abonarme el precio de la retractacion del contrato. Me pertenece. Le anularé. Cuando salga de mi teatro no le ajustarán ni de comparsa.

Víctor Hugo, comprendiendo que el actor se habia portado mal con el empresario, le retiró el papel.

El actor acudió á su casa.

Empezó confesando que se habia conducido mal, pero que le habia parecido justo que, dependiendo de él el éxito, se le diera alguna parte en las ganancias. Tenia mujer, hijos y deudas, y en una palabra, los cuarenta mil francos que ha-

bia ganado no impidieron que Mr. Crosnier se embolsara doscientos mil. No obstante, reconocia su culpa y se arrepentia de su proceder; tanto era así, que si pudiera disponer de cuarenta mil francos, se los hubiera devuelto. Pero de nada le aprovecharon, porque se los comieron sus acreedores. Añadió que estaba de sobra castigado, habiendo perdido su carrera. Luis XIII podia salvarle; si le quitaba ese papel, no sabia lo que iba á ser de él ni de su familia.

Víctor Hugo se compadeció y le devolvió el papel. El director se resistia, pero acabó por ceder á la voluntad formal del autor, aunque con marcada repugnancia.

La Dorval estuvo en los ensayos tan complaciente, como fria estuvo la Mars en los ensayos del *Hernani*, y todos los actores y empleados del teatro se manifestaron simpáticos y benévolos.

Un dia, despues de ensayado el acto quinto, la señora Dorval cogió al autor del brazo.

—Mr. Hugo, le dijo con graciosa sonrisa, vuestro Didier es un malvado. Me sacrifico por él, y marchará á la muerte sin dirigirme una palabra de consuelo. No os parece que debia perdonarme?

Este consejo, que ya le habia dado Mr. Merimée la noche de la primera lectura, hizo reflexionar á Víctor Hugo. De vuelta á su casa se paseó por los Campos Elíseos, resolviéndose por último á romper al final la inflexibilidad de Didier.

El ardor de los jóvenes no era ya tan impetuoso como en las representaciones del *Hernani*. La sobrescitacion política les distraia de los asuntos literarios. Una de las dos fracciones solo queria combatir por Alejandro Dumas; los restantes, no considerándose en número suficiente para sostener el drama, dejaron el puesto libre á los palmoteadores de oficio.

El ensayo general estuvo desgraciadísimo. El director no asistió, lo que dió lugar á murmuraciones entre los cómicos. Al dia siguiente debia ser la primera representacion. El autor fué al teatro al medio dia y encontró á Bocage, que le dijo:

—Nos han vencido!

—Nos han vencido?...

—En todos conceptos; Crosnier ha vendido el teatro. Por eso no vino ayer. No tenemos direccion.

—Pero le habrá vendido á álguien.

—A uno que no entra en posesion hasta mañana. Hoy todo irá como Dios quiera. No hay quien mande ni quien obedezca.

El teatro estaba en completo desórden. La nueva direccion, de quien dependian los actores y empleados, les inquietaba más que el éxito del drama.

Víctor Hugo se fué á comer y volvió cuando iban á levantar el telon.

—Vamos á tener un lleno, le dijo la Dorval. Pero, ¿concebís que haya un hombre tan imbécil que tome el teatro al dia siguiente de una primera representacion? Nada le importa ya á Crosnier que el drama salga bien ó mal. Lo que le interesa es la entrada de esta noche. Ha vendido todos los asientos á doble precio, y nosotros lo vamos á pagar.

—Señora, contestó el autor, la cólera os enardece y vais á representar de un modo admirable.

Esta galantería no la tranquilizó. Siguió injuriando al director saliente y al entrante con frases enérgicas.

Víctor Hugo, aguerrido en las batallas del *Hernani*, vió levantarse el telon con la misma calma que si se hubiese tratado de un drama ageno.

El primer acto salió bien. El segundo fué acogido con frialdad. En el tercer acto, la Dorval, vestida de Jimena, dijo mal los versos del Cid, y solo hubo aplausos para el gracioso, representado picarescamente por Mr. Lerres. El acto pasó traqueteando. En el acto cuarto la obra volvió á levantarse y obtuvo aplausos. En el acto quinto una nueva oposicion perturbó toda la escena de Didier con Saverny; Didier arrancó risas y Saverny silbidos. Pero entró la Dorval y representó con tal efusion, con tal dolor y con tal verdad, que todos los hombres aplaudieron y todas las mujeres lloraron. Bocage, que hasta entonces sacó poco partido del papel, estuvo admirable perdonando á Marion.

A la bajada del telon hubo algunos silbidos; pero la multitud de los entusiastas aplausos de la mayoría los ahogaron, y saludaron enérgicamente el nombre del autor.

Mr. Crosnier felicitó á Víctor Hugo, sin hacer caso de los silbidos; ¿qué le importaban?

—El drama seguirá gustando, le dijo; solo os aconsejo que guillotineis muchas cabezas de la obra.

Al contestarle el autor que no le comprendia, el empresario le manifestó que quiso decir que la palabra "cabeza„ se repite en el drama demasiado.

La anterioridad de *Marion de Lorme*, justificada por las dos lecturas, una en

la calle de Nuestra Señora de los Campos y otra en el teatro Francés, no impidió á varios periódicos decir que Didier era un plagio de *Antony*.

Una indisposicion de Bocage interrumpió las representaciones del drama cuando solo se habia verificado la cuarta. Dos motines, el de los *Sombrereros* y el de la *Polonia*, obligaron al teatro á un descanso forzoso.

Era á mediados de verano. La primera representacion se verificó el 11 de Agosto. Por todos esos motivos los ingresos fueron menores que los de *Hernani*.

Aunque no tan tumultuosas como las de *Hernani*, las representaciones de *Marion de Lorme* fueron tambien muy agitadas. Defendieron el drama con poca energía. Los bandos heróicos del teatro Francés no habian desaparecido. El nuevo director, que no hizo más que pasar por el teatro, fué reemplazado por su administrador, que era un *vaudevillista*.

Al contrario que la Mars, la Dorval se mostraba más favorable al autor entre bastidores que en la escena. Tan incesante lucha la fatigaba y representaba á disgusto su papel. Por otra parte, su talento necesitaba el público de las noches de estreno, y no parecia la misma al público menos literario y numeroso de las noches siguientes.

El autor no se arrepintió de haber protegido á Mr. G., cuyo agradecimiento y cuyo celo no le desmintieron en él ni un solo instante.

LVI.

El cólera.

Entre los combatientes del *Hernani*, que permanecieron fieles á *Marion de Lorme*, el más ardiente fué Mr. Ernesto de Sajonia-Coburgo. Era un hermoso jóven, cuya fisonomía inteligente no podia pasar desapercibida en ninguna parte.

Su madre era una griega de belleza escultural, á la que él se parecia, participando algo del tipo sajon, teniendo los cabellos rubios y los ojos azules.

Vivia en Paris con su madre, de una pension que les pasaba el duque; solitario y como de incógnito, pero espansivo y alborotador si se trataba del arte.

Cuando Ernesto volvia á casa despues de las representaciones, en las que habia luchado á brazo partido, escribia el nombre del autor en las paredes. Era visitante asíduo de casa Víctor Hugo.

En Marzo de 1832 transcurrieron muchos dias sin que el poeta recibiese su visita. Esto sorprendió á Víctor Hugo y fué á su casa. Estaba enfermo. El médico dijo que padecia una pleuresía; pero que respondia de la curacion si se consiguiera que la madre obedeciese las prescripciones facultativas.

La pobre señora, que adoraba á su hijo, decia que el médico le mataba de hambre, y se empeñaba en hacerle comer, dando así á la enfermedad las fuerzas que ella creia comunicar al enfermo.

Víctor Hugo habló á la madre, que ofreció cumplir lo que prescribiera el facultativo, pero no lo cumplió.

Una noche Víctor Hugo despertó sobresaltado por un espectro blanco que vió arrodillado al pié de su cama, que le tiraba de los brazos, gritando y sollozando.

Era la madre que, medio desnuda y desmelenada, le llamaba al socorro de su hijo.

—Pronto! Solo vos podeis salvarle! Corred por Dios!

Víctor se levantó, pero una criada que habia seguido á su señora dijo en voz baja al poeta:

—Ha muerto!

En el cuarto donde yacía el infeliz jóven pasó una escena desgarradora. La pobre madre, que no tenia en el mundo más que aquel hijo, no se conformaba con la idea de su pérdida. Ernesto tenia frio. Para calentarle se arrojó en la cama y le estrechó en sus brazos. Besó con frenesí aquel rostro de mármol... De repente comprendió que su hijo era cadáver; se puso en pié y exclamó, con desencajados ojos: Muerto! Muerto!

Víctor Hugo pasó la noche entre la madre y el cadáver.

El médico, á quien se habia ido á buscar inmediatamente, se sorprendió de aquella muerte y supo despues que el enfermo habia comido por la noche.

Para que le quedase á la madre un recuerdo del hijo, Víctor Hugo llevó allí á Luis Boulanger, que pintó un hermoso retrato del muerto. Encargóse tambien de los funerales, de cuyo gasto le reembolsó luego el padre de Ernesto. Entre los papeles de Víctor Hugo se encuentra esta carta:

"Coburgo 30 Marzo 1832.

„Muy señor mio: Acabo de recibir vues-

tra carta con una noticia tristísima para mi corazon. Apenas puedo creer en su realidad; este acontecimiento, tan desgraciado como imprevisto, me ha conmovido profundamente. No me ha causado menos impresion lo que me decís de los últimos momentos de mi querido y excelente Ernesto. Estoy aun demasiado afectado para expresaros lo que siento.

„La suerte fatal le habia colocado en una falsa posicion. Lejos de mí, no me ha sido posible demostrarle todo mi cariño. Jamás he tenido otro interés que el de su bienestar. Lo que me referís de sus últimos momentos me prueba que me conocia.

„Os agradeceré que me envieis el retrato de que me hablais, lo mismo que el plano del mausoleo que se está elevando á mi pobre hijo, con la cuenta de los gastos. Ya deberán obrar en vuestro poder los dos mil francos que adelantásteis para su entierro.

„Recibid el testimonio de mi más viva gratitud por las pruebas de amistad que habeis prodigado en esa enfermedad terrible á mi querido Ernesto y tambien por vuestro solícito esmero con su desgraciadísima madre.

„Soy, etc.

ERNESTO DE SAJONIA-COBURGO.„

Víctor Hugo estuvo mucho tiempo bajo la impresion de aquella muerte rápida y de aquella madre desesperada. Por la noche no le gustaba estar solo: necesitaba movimiento y vida.

El año empezaba siniestramente para todos, que estaban esperando la aparicion del cólera.

Seguian su marcha paso á paso, calculándose que llegaria á Francia en la primavera.

El cálculo fué exacto. Su segunda víctima en Paris fué un portero de la calle Juan Goujon. Al dia siguiente fueron atacadas veinte personas. Al otro dia se contaban ya por centenares.

En el momento en que la epidemia arreciaba, trajeron á Cárlos de la escuela, pálido y sintiendo grandes dolores. Habia sido atacado de vómitos. La criada decia que estaba envenenado. Habia bebido agua en la escuela, y como envenenaban las cubas de los aguadores, etcétera, era evidente, etc. Así explicaba el pueblo la invasion de aquella epidemia desconocida hasta entonces.

El médico de la casa, Mr. Luis, dijo que aquello podia no ser otra cosa que una indigestion, y que convenia meter en la cama al niño. Se fué, ofreciendo volver casi en seguida.

El niño, en cuanto estuvo en la cama, se sintió mejor. Los vómitos cesaron; la familia se tranquilizó y le dejaron dormir.

De repente se oyó un ruido en el comedor; acudieron todos allí, y encontraron al niño boca abajo al pié de una fuente de mármol, cuya llave habia abierto. Bebia desaforadamente.

Quisieron levantarle del suelo; él se resistió, diciendo:

—Que me dejen beber! quiero beber!

Mr. Luis entraba á la sazon y dijo:

—Tiene el cólera.

A los pocos instantes adquirió el niño la rigidez y la frialdad del cadáver. Los ojos se le hundieron en las órbitas, las mejillas las tenia arrugadas y lívidas y los dedos negros y encogidos.

Entre otras prescripciones del médico, era preciso frotarle sin cesar con franela caliente, humedecida en espíritu de vino. El padre no quiso confiar este cuidado á nadie. Toda la noche iba y venia de la cama á la chimenea, calentando la franela, y frotaba con fuerza la piel delicada del niño, que no cesaba de vomitar y de pedir agua. La carne, con tanta frotacion, parecia que vertia sangre. El enfermo lo notaba apenas. Solo una vez dijo:

—Mira que me haces daño!

Y no cesaba de repetir:

—Tengo sed.

La piel no entraba en calor.

A la madrugada empezó la reaccion, y el calor y la sensibilidad se restablecieron. El rostro fué perdiendo la palidez. Tres dias despues la alegría habia vuelto á la casa con la salud del niño, y Cárlos podia decir que era "dos veces hijo de su obstinado padre„.

Por aquella época recibió Víctor Hugo la visita de un jóven que tenia el acento meridional, la barba y el cabello negros, morena tez é inteligente la mirada. El jóven le refirió lo que sigue:

Llamábase Granier de Cassagnac. Era de Tolosa, donde habia estudiado y donde obtuvo el nombramiento de profesor de literatura. Vivia allí de su trabajo, explicando dos veces á la semana y empleando el tiempo restante en la redaccion de un periódico liberal titulado *El Patriota*, cuando le entregaron una carta con la firma de Víctor Hugo. En aquella carta se le daban las gracias por haber citado á *Nuestra Señora de Paris* y á *Her-*

nani en sus lecciones y se le felicitaba por su doble talento de escritor y de hombre elocuente.

Lo que sorprendió algo al profesor periodista es que exigia contestacion, no dirigida á casa de Víctor Hugo, sino á casa de un amigo cuyas señas iban en la carta.

No hizo caso de esto, por la satisfaccion que le proporcionaba el entrar en relaciones con el hombre á quien admiraba; respondió y entabló una correspondencia cada vez más frecuente y amistosa.

Las cartas de Paris expresaban á menudo el sentimiento de que un jóven de sus circunstancias estuviese enterrado en una provincia; se le instaba á que abandonara Tolosa y se fuese á Paris, pero él contestaba que tenia en Tolosa su cátedra y que en Paris no contaba con medios de subsistencia.

Un dia le replicaron que no necesitaba el periódico ni la cátedra, porque habian obtenido para él en Paris, en la secretaría del ministro de Justicia, un empleo de cinco mil quinientos francos.

Tuvo, sin embargo, la prudencia de no desprenderse de su posicion hasta que le remitieran el nombramiento, que recibió oficialmente y con el sello del ministerio.

Vendió entonces el periódico, renunció la cátedra y marchó á Paris. En cuanto llegó se fué al ministerio, donde se burlaron de él, y quedó convencido de que habia sido juguete de una larga mistificacion.

Víctor Hugo, que leyó algunos números de *El Patriota* y le parecieron bastante notables, no quiso que su nombre fuese cómplice de una perfidia hecha á un hombre de talento. Dió á Mr. Granier de Cassagnac una carta de recomendacion para Mr. Bertin.

Uno de los redactores de *Le Journal des Debats*, Mr. de Bourqueny, iba á ser agraciado con una embajada y á dejar un sitio en el periódico, y Mr. de Cassagnac le reemplazó.

LVII.

El rey se divierte.

A primeros de Junio empezó Víctor Hugo á escribir un drama con el título *El rey se divierte*. El exceso de trabajo nocturno le habia ocasionado una irritacion crónica en los párpados, y usaba anteojos verdes. El médico le prescribió además largos paseos y que pasase el mayor tiempo posible en el campo.

Habitaba cerca del jardin de las Tullerías, y allí, en un sitio retirado, á orillas del agua, trabajaba durante el paseo.

En 5 de Junio, cuando acababa de escribir el discurso de Saint-Valier, con que concluye el primer acto, se le obligó á salir del jardin, que lo cerraron, por haber estallado una insurreccion.

Dirigióse al punto donde se estaban batiendo, y al cruzar el patio del Saumon, de repente las verjas se cerraron y silbaron las balas de una verja á la otra.

No habia tiendas donde refugiarse. Las puertas se cerraron antes que las verjas y tuvo que ponerse al abrigo de dos delgadas columnas del pasaje. Los tiros duraron un cuarto de hora, y no pudiendo las tropas desalojar á los insurrectos cambiaron de posicion, el combate se empeñó en otro lado, y entonces volvieron á abrirse las verjas.

Al dia siguiente comia Víctor Hugo en casa de Emilio Deschamps. Uno de los convidados era Julio de Ressegnier. Refirió la heróica defensa del claustro de Saint-Merry, que causó profunda emocion al futuro autor de *La epopeya de la calle de San Dionisio*.

Despues de *El rey se divierte* escribió Víctor Hugo el drama *Lucrecia Borgia*, que tituló al principio *Una cena en Ferrara*.

El baron Taylor, en cuanto supo que Víctor Hugo tenia concluidos dos dramas, fué á verle. Uno por lo menos debia estar destinado al teatro Francés. Víctor Hugo, segun el baron, habia hecho mal en dar el drama *Marion de Lorme* al coliseo de la Puerta de San Martin. *Hernani* fué un acontecimiento literario, y *Marion de Lorme*, que valia tanto como *Hernani*, no le produjo el mismo resultado. El teatro Francés era el verdadero teatro literario. Sobre todo los versos eran imposibles en el Boulevard, etc. etc.

Víctor Hugo se dejó convencer y entregó al baron Taylor *El rey se divierte*.

Ligier se encargó del papel de Triboulet, Janny del de Saint-Valier, la señorita Anais del de Blanca, Beauvallet del de Saltabadil. Confióse el papel de Francisco I á Mr. Perrier, contra el dictámen del comisario régio, que aconsejaba que fuese preferido Menjaud, y tenia razon.

Empezaron los ensayos. Desgraciadamente era el mes de Setiembre, que Víctor se habia acostumbrado á pasar en Roches. No quiso perder sus vacaciones y dejó que ensayasen, sin encargarse él de la direccion.

Mientras el drama iba lo mejor que podia, el autor empleaba el fin del verano en jugar con sus niños debajo de los árboles, en hacerles, con la colaboracion de la señorita Luisa Bertin, barcos y coches que doraba y que no se desdeñaban de pintar los artistas célebres que visitaban á Mr. Eduardo Bertin.

Divertíale contemplar el gozo de los niños cuando se les entregaba los coches, cuando les decia que eran suyos y que podian llevárselos á Paris.

El rey se divierte no yacía, sin embargo, en completo abandono. Mr. Ingrés pintaba por aquella época el retrato de Mr. Bertin, y todos los dias iba desde Paris á Roches. Cuando acababa temprano, Víctor Hugo subia al carruaje del pintor, que le dejaba en las puertas del teatro Francés.

En el mes de Octubre volvió el autor á Paris, pero los ensayos se complicaron con otra coincidencia. Víctor Hugo trasladó su domicilio á la plaza Real, por vivir cerca de Cárlos Nodier. Las faenas de la mudanza le robaron mucho tiempo.

Los teatros dependian entonces del ministerio de Obras públicas. El ministro Mr. de Argont pidió el manuscrito del drama á Víctor Hugo; éste se negó á darlo. El ministro exigió al autor que por lo menos tuviese con él una conferencia acerca de la obra.

Como esto no obligaba á nada, Víctor Hugo fué al ministerio con Mr. Merimée, que era uno de los jefes; Mr. de Argont le recibió bien.

—Vamos, Mr. Hugo, hablemos con franqueza; no soy puritano, ya lo sabeis, pero circulan por ahí voces de que en vuestro drama hay alusiones contra el rey.

Víctor Hugo respondió á Mr. Argont lo que habia respondido ya á Mr. de Martignac; esto es, que no hacia alusion á nadie, porque solo habia querido pintar á Francisco I; que comprendia se encontrase alguna semejanza entre Luis XIII y Cárlos X, pero que no alcanzaba á imaginar la relacion que hubiese entre Francisco I y Luis Felipe.

Entonces el ministro mudó de tésis, y dijo que Francisco I, segun sus informes, era tratado muy mal en el drama, y que el principio monárquico se resistia de aquel ataque á uno de los reyes más populares de Francia. El autor replicó que el interés de la historia era antes que el del trono.

Preguntóle Mr. de Argont si no habria medio de atenuar ciertos pormenores; el autor contestó negativamente. El ministro no se incomodó por eso, limitándose á decir que hubiese deseado no se ofendiese la memoria de Francisco I; pero que, confiando en la palabra de Víctor Hugo, el cual sostenia que el drama no encerraba ningun ataque contra Luis Felipe, esto le bastaba.

Como en el teatro de la Puerta de San Martin, los alabarderos ocuparon sus sitios. Acudieron, sin embargo, muchos más jóvenes que á *Marion de Lorme*. Los amigos leales, con Gautier y Celestino Nanteuil á la cabeza, reclutaron ciento cincuenta y los distribuyeron por el patio y por las galerías.

La fermentacion política, escitada por los motines, dominaba en aquellos jóvenes, que saludaron al patio con la Marsellesa y la Carmañola.

Cuando iba á levantarse el telon circuló por el teatro la noticia de que habian disparado un pistoletazo al rey. No se habló desde entonces de otra cosa en todo el teatro y empezó la representacion en medio de las disputas que se suscitaron á propósito de lo sucedido. El acto primero, ejecutado medianamente, se oyó con silencio glacial, consiguiendo apenas el discurso de Saint-Didier comunicar gran calor á aquella Siberia. Beauvallet, que estuvo feliz en el papel de Saltabadil, sostuvo el principio del acto segundo, que luego decayó. Samson (Clemente Marot) omitió estos dos versos:

> Vous pouvez crier haut et marcher d' un pas lourd;
> le bandeau que voilá le rend avengle et sourd.

De modo que el público no comprendió cómo Triboulet no veia que la escalera se arrimaba á la pared de su casa y cómo no oia los gritos de su hija.

Además, el rapto de Blanca se hizo torpemente, pues se llevaron á la señorita Anais con la cabeza abajo y las piernas arriba, lo cual se consideró efecto del drama y no como torpeza de un comparsa, por cuya razon el acto segundo concluyó en medio de una granizada de silbidos.

En el tercer acto el rey entra vestido con un magnífico traje de mañana. Las ropas habian sido dibujadas por un pintor de talento, que era tambien escultor

y poeta, Mr. Augusto de Chatillon. Copió para vestir á Francisco I de negligé el traje del que toca el contrabajo en las *Bodas de Canaán.* A los palcos les pareció poco decente que un rey saliese á la escena tan de negligé, y Pablo Veronés fué silbado.

El drama volvió á levantarse cuando Triboulet pide por segunda vez á los nobles que le entreguen su hija. La angustia paternal del bufon desarmó unos instantes la oposicion del público, que tomó la revancha desde el primer hemistiquio del acto siguiente:

Et tu l' aimes?
—Toujours.

Estas palabras le parecieron al público tan chistosas, que se oyó una inmensa carcajada con acompañamiento de silbidos.

Desde entonces el ruido no cesó. Por más esfuerzos que hicieron la Dupont y Beauvallet, Saltabadil y Blanca eran silbados á cada verso.

Hasta allí el combate permaneció indeciso. Los ciento cincuenta jóvenes luchaban con ardor. Un incidente ageno á la obra sirvió al enemigo.

Mientras que Triboulet tiene bajo su planta el cadáver de su hija, que toma por el del rey á causa de la noche y del traje masculino, Francisco I sale de la taberna cantando un estribillo que aterra al bufon. La puerta por donde monsieur Perrier debia salir estaba cerrada; faltó el efecto; el actor apareció en el fondo del teatro sin saber cómo, y este fué el golpe de gracia.

El público se cansó de un drama en el que los comparsas no acertaban á llevarse las mujeres, ni las puertas se abrian á tiempo, y todo el final se redujo á una pelea: no se rindieron, es verdad, los que aplaudian, pero quedaron aplastados.

Cuando se bajó el telon, Mr. Ligier se acercó al autor y le preguntó:

—Se publica vuestro nombre?

La pregunta tenia visos de consejo.

—Creo, respondió francamente Víctor Hugo, algo más en la bondad de mi obra desde que ha sucumbido.

La hostilidad, como en *Marion de Lorme*, permitió que se nombrase al autor sin protestar.

Víctor Hugo fué á hacer una visita á la señorita Anais.

Mr. Pablo Delaroche, que no le conocia, entró casi al mismo tiempo que él, frotándose las manos.

—Qué caida! exclamó; pero tambien, qué obra! ¿Por qué se representan semejantes dramas? A lo menos así nos veremos libres de Víctor Hugo.

La señorita Anais le hacia señas que él no comprendia, y prosiguió diciendo que no habia visto nunca nada tan desdichado; que en *Hernani* se encontraban algunos versos buenos esparcidos acá y allá, pero que en *El rey se divierte* no habia ni uno.

La actriz se vió obligada á decirle que hablaba delante de Víctor Hugo.

Mr. Delaroche, que la echaba de hombre de mundo, se puso más blanco que su corbata y quiso enmendar la imprudencia que habia cometido. Dijo que, á la verdad, no podia oirse bien con semejante alboroto; además, su opinion no era más que la de un pintor sin pretension de literato; que los amigos del autor le hacian mucho daño, pues comprometian el éxito al pretender imponerlo por la fuerza; que á no ser por esos amigos, todos hubieran aplaudido. Hasta se atrevió á decir que á pesar de la batahola del teatro, habia encontrado escenas magníficas.

Si Víctor Hugo no le hubiera interrumpido, *El rey se divierte* iba á ser elevado por el pintor á la categoría de las obras magistrales.

El autor se marchó á su casa.

Al dia siguiente recibió esta esquela:

"Son las diez y media y acaban de darme la órden de suspender las representaciones de *El rey se divierte*: monsieur Taylor me la ha comunicado de parte del ministro.

JOUSLIN DE LASALLE.

„13 Noviembre.„

El antiguo director de la Puerta de San Martin era á la sazon director de escena del teatro Francés.

El pretexto de la suspension fué la inmoralidad; pero la verdadera causa fué porque cierto número de autores clásicos, muchos de ellos diputados, hablaron á Mr. de Argont y le dijeron que no podia tolerarse una obra cuyo argumento era el asesinato de un rey, al dia siguiente del que S. M. Luis Felipe habia estado á punto de morir asesinado; que *El rey se divierte* era la apología del regicidio; que los amigos del autor habian cantado la *Carmañola* y aplaudian mucho este verso, alusivo evidentemente al rey:

Vos meres auxs laquis se sont prostitutées.

Un solo amigo fué á ver á Víctor Hugo aquel dia: Teófilo Gautier.

Hubo Consejo de ministros, y la obra, que por la mañana solo se suspendió, quedó prohibida por la noche.

El autor no hizo ninguna gestion para evitarlo. En vez de dirigirse á los ministros, se dirigió á los jueces. Preguntó al Tribunal de Comercio si con arreglo á la Constitucion, que abolia la censura y la confiscacion, un ministro tenia derecho á censurar y á confiscar una obra dramática.

El Tribunal de Comercio contestó que sí.

Víctor Hugo fió su defensa á Odilon Barrot, que le aconsejó que hablase tambien.

Como nunca habia hablado en público, escribió el discurso, y siendo menester sacar copias para los periódicos, se ofrecieron á realizar este trabajo sus jóvenes partidarios, capitaneados por Teófilo Gautier, y haciendo ese trabajo pasaron casi toda la noche que precedió al dia de la vista de la causa.

Cuando iba á la Audiencia Víctor Hugo encontró á Mr. de Montalembert, que iba tambien, y entraron juntos.

La sala del tribunal estaba llena de mucha gente que simpatizaba con el autor. El discurso de Víctor Hugo fué aplaudido repetidas veces, y el presidente tuvo que llamar con frecuencia al público al órden.

Cuando Víctor Hugo acabó de hablar, muchas personas le rodearon y le felicitaron; Mr. de Montalembert le dijo que tenia dotes de orador, y que si se le cerraba el teatro podia apelar á la tribuna.

La revolucion de Julio habia privado á Víctor Hugo de la pension de mil francos que Luis XVIII le pagaba de su bolsillo particular y que Cárlos X continuó abonándole; pero seguia cobrando los dos mil francos del ministerio del Interior.

Los diarios ministeriales se lo echaron en cara, é inmediatamente escribió á Mr. Argont:

"Señor ministro:

„Diez años hace que Luis XVIII, rey literato, asignó de *motu propio* dos pensiones de dos mil francos, pagaderos de los fondos del ministerio del Interior, una á mi noble amigo Mr. de Lamartine y otra á mí. Se concibe que recuerde con gusto este acto.

„En 1829, cuando la censura del ministerio Polignac prohibió el drama *Marion de Lorme*, Cárlos X, deseoso de indemnizarme, ordenó que mi pension de dos mil francos ascendiese á seis mil. No acepté este aumento, que me pareció dirigido á comprometer mi conciencia. En los legajos del ministerio debe obrar la carta que escribí con aquel motivo á Mr. de Labourdonnaye, vuestro predecesor.

„Jamás hasta aquí consideré dicha pension, y puede colegirse que tampoco la consideraron los ministeriales de la Restauracion, de los que fuí adversario, más que como recompensa, si se quiere exagerada, de títulos literarios muy discutibles, como indemnizacion legítima de los muchos cargos especiales que gravan mi profesion en Francia; quizás como el escaso interés que puede producir en tres años el capital de cuarenta y siete mil francos, que las dos obras que no me permitieron representar han aportado al presupuesto, bajo la forma de impuesto de los hospicios.

„Pero hoy que el gobierno parece que crea que las pensiones literarias proceden de él y no del pais, y que esta especie de salario compromete la independencia del escritor; hoy, que tan extraña pretension del gobierno sirve de base á la polémica vergonzosa de ciertos periódicos, cuya direccion sin duda equivocadamente se os atribuye; como me interesa mantener el debate empeñado con el gobierno en una region más alta que la en que se agita esa polémica, sin examinar si vuestras pretensiones relativas á la indemnizacion de que se trata tienen algun fundamento, me apresuro á participaros que renuncio completamente á dicha pension.

„No creais por esto que este incidente, tan poco importante por sí mismo, sea un motivo para que la reclamacion que dirijo contra el acto arbitrario que prohibió la representacion de *El rey se divierte* no conserve siempre su carácter de dignidad, de reserva y de moderacion.

„Recibid, señor ministro, la seguridad, etcétera.

VÍCTOR HUGO.

„Paris 28 Diciembre 1832.„

Mr. de Argont contestó que la pensión era una deuda del pais, y que la conservaria Víctor Hugo á pesar de su renuncia.

No necesitamos decir que éste no volvió ya á cobrarla.

Dos años despues, una pobre poetisa, la señorita Elisa Merceur, se encontraba sin recursos, y Víctor Hugo acudió al

ministro del Interior, que lo era entonces Mr. Thiers, para ver si era posible asignar á la jóven escritora aquella pension vacante. Mr. Thiers le contestó que la pension habia sido ya dada, y que sentia no poder servirle.

LVIII.

Lucrecia Borgia.

Las batallas que producian en la escena todos los dramas de Víctor Hugo habian acobardado á los directores de los teatros, y ninguno de ellos se atrevia á pedirle el manuscrito de *La cena de Ferrara*. El brillante éxito que por su elocuencia consiguió el discurso que pronunció defendiéndose, probó la extraordinaria virilidad de su génio.

A fines de Diciembre fué á verle monsieur Harel, á la sazon director del teatro de la Puerta de San Martin. Los ojos, los cabellos blancos y la cadena del reloj de Mr. Harel irradiaban.

—Acabo de leer *El rey se divierte*, dijo antes de sentarse. Es una obra soberbia! Solo en el teatro Francés podia haber hecho fiasco. Vengo á pediros *La cena de Ferrara*.

Se sentó; abrió la caja de tabaco y tomó ávidamente un polvo.

Para la ejecucion del drama contaba con Federico Lemaitre y la Georges. Además, ofrecia pagar una prima al autor.

Víctor Hugo sabia que la Georges dirigia aquel teatro, y no quiso comprometerse á nada antes de leerle el drama.

Mr. Harel, que tenia prisa de representarlo, le rogó que la lectura fuese aquella misma noche.

Verificóse en casa de la célebre actriz. La Georges quedó satisfecha de su papel, y Mr. Harel manifestó admiracion sin límites hácia el drama. Al terminar el primer acto empezó á aplaudir y á menudear las tomas de polvillo. El drama le gustó en conjunto y en detalle; veia en él un hermoso y extraordinario ingreso en su bolsa de empresario.

—El drama es demasiado notable para llamarse *La cena de Ferrara*; le falta á ese título gravedad y grandeza. Salva vuestra opinion, yo lo titularia sencillamente *Lucrecia Borgia*.

Víctor Hugo conoció que el director deseaba complacer á la actriz, dando al drama el nombre de su papel; pero el consejo, aunque interesado, era bueno y lo siguió.

Al dia siguiente, despues de leer la obra á los actores, Víctor Hugo dió á elegir á Federico Lemaitre entre Alfonso de Este y Genaro. Eligió el último papel, porque dijo que era el más difícil, y hasta peligroso en la escena final por esta frase: *¡Ah! ¡Sois mi tia!*

Víctor Hugo queria que el papel de Yubeta se encargase á Mr. Serres, que interpretó muy bien el de L' Angely en *Marion de Lorme*; pero al director no le pareció bien este reparto, y obtuvo el papel Mr. Provost.

En uno de los ensayos, Mr. Harel se dirigió al autor con cierto embarazo y teniendo entre los dedos una toma de polvillo.

—Mr. Hugo, le dijo, titubeo en pediros una cosa.

—Cuál?

—Acostumbrais á distribuir los asientos de orquesta á vuestros jóvenes amigos. Pues bien: yo los colocaria en otra parte y daria esos asientos, ¿sabeis á quién? á los músicos.

—Convenido, respondió el autor.

—De veras? ¿Consentís de que haya música en las entradas y salidas, en las situaciones donde convenga?

—Consiento con mucho gusto.

—Bravo! exclamó el director aspirando un polvo. Esto se llama entenderlo. Casimiro Delavigne jamás ha querido música en *Marino Faliero*, porque decia que eso era propio de los melodramas y que no se usaba en el teatro Francés.

Meyerbeer y Berlioz se ofrecieron amistosamente á componer la música de la cancion que se canta en la cena de la princesa Negroni.

—Cá! dijo Mr. Harel; la música de los grandes maestros distraeria al auditorio. Nada de eso! Quiero un aire vulgar, pero agradable. Encarguémoselo á Pinccini.

Pinccini era el director de orquesta.

Encontró para las estrofas una melodía agradable, pero no la encontró para el estribillo, y así se lo manifestó al autor.

—Pues es muy fácil, le respondió Víctor Hugo. No teneis más que seguir el sentido de la letra. Oid.

Y se puso á recitar los versos, acentuándolos con una especie de canto informe. No habiendo podido nunca cantar una nota afinada, daba golpes en la concha del apuntador.

—Ya comprendo, le contestó el director de orquesta.

La música del estribillo quedó escrita en el acto.

Tratóse de las decoraciones. El dia en que se colocó la de la cena, el director, viendo venir al autor, se fué derecho á él.

—¿Quereis acompañarme al *Cuadrante Azul?* le preguntó.

Hablando así, le condujo al sitio de la orquesta. En efecto, la decoracion era impropia. Mesas separadas por ventanas, que soportaban candelabros y pirámides de frutas, realizaban el ideal de un restaurant á la moda, pero no la sala deslumbradora y siniestra que habia imaginado Víctor Hugo. La decoracion tuvo que pintarse otra vez.

Los ensayos caminaban á paso de carga. La Georges estaba satisfecha de su papel. No tenia la susceptibilidad ni las pretensiones de la Mars, ni se atrevia á dar lecciones á Víctor Hugo. Federico Lemaitre, que necesitaba menos consejos que los demás actores, era el más dócil de todos. A pesar de desempeñar papel secundario, no le disgustaba en el conjunto de la obra, y se consagraba á desentrañarlo con muy buen celo. Además, ayudaba á sus compañeros marcándoles la entonacion precisa y dándoles oportunos consejos.

Los anteriores dramas de Víctor Hugo estaban en verso, y hubo algunas dificultades entre sus jóvenes partidarios para admitir la prosa. Teófilo Gautier pasó con algunos á visitar al autor, y oyéndole leer una ó dos escenas, quedaron convencidos de que la obra no desmerecia por no estar escrita en verso.

Los periódicos hostiles denunciaron de antemano el drama, diciendo que era el colmo de la obscenidad; que habia una orgía horrible; que *Lucrecia Borgia* tendria la misma suerte que *El rey se divierte*, y que moriria á las primeras representaciones.

Todo Paris quiso presenciar el estreno, y el autor recibió más cartas que cuando se estrenó el *Hernani*.

Como *Lucrecia Borgia* no duraba tres horas, era insuficiente para saciar el apetito del público de los boulevards; monsieur Harel dispuso que la precediese la primer noche un vaudeville, titulado: *Una cena en casa de Luis XV*.

El autor llegó al teatro cuando se empezaba el vaudeville y se dirigió al cuarto de la Georges, que mientras concluia de vestirse estaba conversando con Alejandro Dumas, con Julio Janin, con Federico Soulié, etc.

—Tengo tiempo, no es verdad? preguntó á Mr. Harel que salia.

—Tres cuartos de hora largos. El vaudeville acaba de empezar.

La Georges no se apresuró. Irradiaba de hermosura y de confianza. De pronto se oyó un terrible alboroto. Mr. Harel volvió asustado.

—Pronto! Vestíos pronto! Es preciso salir á la escena dentro de diez minutos.

El público habia ido á ver el drama *Lucrecia Borgia* y no se conformaba con el vaudeville. Hubo que bajar el telon desde la primera escena, y el público, impaciente, pedia á gritos: *Lucrecia Borgia! Lucrecia Borgia!*

El director se lanzó fuera del cuarto de la actriz, dando la voz de mando para que sonasen las tres palmadas, que era la señal de levantar el telon.

La decoracion del primer acto era preciosa. En la primera escena, cuando Yubeta dice que los dos hermanos aman á la misma mujer y que ésta era su hermana, resonó un fuerte silbido.

—Cómo! Silban? dijo Mr. Harel. ¿Qué significa esto?

—Significa, respondió Víctor Hugo, que el drama es mio.

Pero en la escena con Genaro leyó la Georges su carta con tan doloroso y tierno acento, que los espectadores se sintieron conmovidos. Los insultos que la lanzan al rostro los jóvenes en la escena siguiente fueron de un efecto irresistible. A cada nombre arrojado á la faz de la envenenadora crecia la emocion, y al fin resonó una inmensa salva de aplausos.

Queriendo el autor ir al palco que ocupaba su esposa, pidió que le abriesen la puerta de comunicacion con la sala del teatro.

—Aquí teneis mi llave, dijo el director. No la suelto jamás, pero ahora vos sois aquí el dueño.

Cuando al principio de la segunda parte Genaro, al saber que su banda procedia de Lucrecia Borgia, la lanzó lejos de sí con horror, la banda se enredó en las espaldas y en una redecilla que Federico Lemaitre creyó deberse poner en la cabeza, y levantó algunos murmullos. Pero los grandes artistas saben sacar partido de todo. Federico sacó la espada, arrancó la banda y la redecilla y la puso el pié encima con tan altivo ademan, que se le aplaudió extrepitosamente.

En el entreacto Alejandro Dumas fué á visitar á la señora Hugo. Estaba radiante de admiracion y de alegría. Aquel triunfo le causaba tanto placer como los suyos, y estrechó las manos de la señora Hugo con verdadero júbilo.

El autor no habia visto la decoracion del acto segundo. Cuando estuvo colocada notó que la puerta por donde Lucrecia Borgia tenia que hacer evadirse á Genaro era magnífica.

—Esta puerta es absurda, dijo.

—En verdad, le contestó el director. Se les pide una puerta secreta y pintan una puerta de un lujo deslumbrador.

—Está en el teatro Mr. Sechan?

Fueron en seguida en busca de monsieur Sechan, pero no le encontraron, y los minutos corrian y el entreacto duraba ya demasiado. Víctor Hugo mandó traer los colores, que estaban aun en el teatro, y con el auxilio de los ayudantes de Mr. Sechan todo quedó remediado, ayudando á pintar la puerta el mismo autor, de modo que tuviera el mismo color de las paredes y se confundiera con éstas. El acto del duque de Este obtuvo un éxito completo. Ejecutáronle muy bien Mr. Delafosse, Federico Lemaitre y la Georges.

El público quedó ya dominado por la obra. No hubo entreacto que dividiese las dos partes del acto segundo. Algunos espectadores que habian creido tener tiempo para salir advirtieron que se subia el telon, y entrando precipitadamente no dejaron oir la primera escena. Entonces el público pidió que la volvieran á empezar.

La cena salió bien. Los jóvenes estaban coronados de flores. Genaro, sombrío é inmóvil, fijó la ansiedad general. El interés del drama acalló las rencillas literarias; clásicos y románticos querian saber el desenlace. Se olvidaron las clasificaciones de tragedia ó de drama, y nadie se acordó ya del autor, de los actores ni del teatro. Todo el público se ocupaba del hijo que iba á ser envenenado por su madre, que le adoraba. Ni siquiera se aplaudia: cuando se oyó el canto fúnebre de los agonizantes entremezclado con las risas y con la cancion báquica, el auditorio sintió extremecimiento unánime.

Para que fuese mayor la ilusion, en vez de comparsas entonaban el *De profundis* verdaderos cantores de iglesia. La entrada de los monjes, el contraste de las cogullas con las coronas de flores, los cinco ataudes, la aparicion de Lucrecia Borgia á los jóvenes, la aparicion aun más terrible de Genaro á su madre, la última escena, todo transportó al auditorio, que se levantó en masa á aplaudir. El palco escénico se llenó de ramos.

El nombre del autor no bastó; se pidió que saliese á las tablas. Estaba ya en el cuarto de la Georges. Mr. Harel se dirigió allá.

—Mr. Hugo, os llaman á escena y es preciso que os presenteis.

—Mr. Harel, le contestó Víctor Hugo, doy al público mi pensamiento, pero no mi persona.

—Pero qué he de decirle?

—Que no estoy ya en el teatro.

Esperaba á Víctor Hugo á la salida del teatro una multitud compacta, que le vitoreó y acompañó hasta los arcos de la plaza Real.

Al dia siguiente acudió á visitarle Mr. Harel. Su teatro estaba transformado, decia. La Puerta de San Martin era ahora el verdadero teatro Francés. El director esperaba que Víctor Hugo no se comprometiese á llevar sus obras á otro lado. Víctor Hugo, que habia reparado en la mudanza de rostro de Mr. Harel cuando oyó el silbido, no quiso comprometerse á nada. Insistió el empresario en que por lo menos le prometiera su primer drama. Hugo ni le dijo que sí ni que no. Suprimióse el vaudeville, y *Lucrecia Borgia* figuró sola en el cartel al dia siguiente.

Todas las noches iluminaban la fachada del teatro y dos municipales de caballería mantenian el órden.

La segunda y tercera representacion tuvieron el mismo feliz éxito que la primera. Mr. Delafosse, que enfermó del pecho, fué reemplazado en la cuarta representacion por Mr. Lockroy, alejado de la escena hacia algun tiempo. El talento de este actor acreció el triunfo de la obra.

Los periódicos se mostraron esta vez favorables casi todos. El artículo más laudatorio fué el de Julio Janin en *Le Journal des Debats*.

Representaron parodias en los teatros de tercer y cuarto órden. Durante el Carnaval, máscaras vestidas como los personajes del drama se pasearon por los boulevards, deteniéndose al pié del balcon de la Georges y gritando: "¡La envenenadora!„

Todo esto redobló la curiosidad general y los ingresos aumentaron.

Sin embargo, *Lucrecia Borgia* no se libró de silbidos. Los periódicos clási-

cos, sorprendidos al principio y arrastrados por la corriente, se repusieron pronto y comenzaron el ataque.

Mr. Armando Carrel se desencadenó contra este drama en *Le Nationel*. Tenia una nueva queja del autor. Mientras se estrenaba *Lucrecia Borgia*, le herian en un desafío por causa del embarazo de la duquesa de Berry, que negaban los realistas y que él afirmaba. El motivo del desafío, la celebridad del periodista y su herida, llamaron la atencion universal y preocuparon á todo Paris: el estado del enfermo se publicaba todas las mañanas; iba todo el mundo á inscribirse en la lista de su casa, hasta realistas; entre otros, Mr. Chateaubriand. *Lucrecia Borgia*, con su éxito, vino á borrar el del periodista, y además Armando Carrel era sinceramente clásico.

Su ejemplo encontró imitadores; primero en los periódicos y luego en los teatros. Desde entonces todas las noches se oyeron algunos silbidos, ya en la escena del veneno escanciado al hijo por la madre, ya á la entrada de los agonizantes, ya en la frase: *Ah! sois mi tia!*, etcétera; pero como los dramas de Víctor Hugo estaban acostumbrados á otros ruidos mayores, no se extrañó el de *Lucrecia Borgia*.

Razones de diversa índole indispusieron á Víctor Hugo con el director. Una noche que iba al teatro leyó en el cartel el anuncio de otra obra para el dia siguiente. *Lucrecia Borgia* seguia atrayendo mucho público, y no se le habia avisado que se trataba de interrumpir las representaciones.

Subió al cuarto de la Georges, que era el verdadero gabinete del director, y preguntó qué significaba aquello.

Mr. Harel contestó que era el director y que hacia representar las obras que queria.

El autor le preguntó cuál fué la entrada de la noche anterior.

—Dos mil quinientos francos.

—¿Y cuánto esperais sacar mañana con esta obra?

—Quinientos francos.

—Entonces, ¿por qué interrumpís la representacion de mi drama?

—Porque esa es mi voluntad.

—Está bien, le contestó Víctor Hugo, pero será el último drama mio que representeis.

—El antepenúltimo. Olvidais que me habeis prometido el primer drama que escribais.

—No os he prometido nada.

La conversacion se animó. El director decia que sí y Víctor Hugo que no.

—Afirmo que me lo habeis prometido.

—Y yo afirmo lo contrario.

—Me desmentís?

—Estoy á vuestras órdenes.

Al entrar en su casa Víctor Hugo se encontró con la siguiente esquela:

"Vuestra insistencia en negar la palabra que me habeis dado delante de testigos y la manera de despediros, constituye para mí una ofensa que exige reparacion. Decidme cuándo y dónde me la dareis.

„30 Abril por la noche.

HAREL.„

Al dia siguiente se levantó Víctor Hugo temprano y fué en busca de padrinos.

Cuando doblaba la esquina vió venir hácia él un guardia nacional, que no conoció al principio; era Mr. Harel.

—Mr. Hugo, dijo el director, os he escrito una carta estúpida. Mataros seria el medio de no conseguir vuestro drama. En cuanto á vos, ¿qué gloria adquiriríais matando á Mr. Harel? Lo mejor es reconciliarnos. Soy el ofendido y vengo á buscaros. ¿Quereis perdonarme y darme vuestro drama? Escuso deciros que esta noche se representa en mi teatro *Lucrecia Borgia*.

El autor quedó desarmado y le prometió formalmente el drama entonces. Las entradas de las treinta primeras representaciones de *Lucrecia Borgia* produjeron un total de 84.769 francos, segun consta en una carta que Mr. Harel escribió á Víctor Hugo y que he leido entre sus papeles.

LIX.

María Tudor.

A fines de Agosto avisó Víctor Hugo á Mr. Harel que el drama que le habia ofrecido estaba á su disposicion. El director y la Georges quedaron tan satisfechos de *María Tudor* como de *Lucrecia Borgia*.

Lo mismo que los años anteriores, Víctor Hugo pasó el verano en Roches, pero iba todos los dias á Paris á los ensayos.

Un dia Mr. Bertin le enseñó unas cuantas pruebas del *Journal des Debats*,

Eran de un folletin de Mr. Granier de Cassagnac, muy hostil para Alejandro Dumas y muy laudatorio para Víctor Hugo.

Como se sabia que Mr. Granier habia entrado en el *Journal des Debats* por recomendacion de Víctor Hugo, podia creerse que éste era el inspirador del artículo, y así Mr. Bertin quiso enseñárselo antes de darle publicidad.

Víctor Hugo dió las gracias á monsieur Bertin; le dijo que Alejandro Dumas era su amigo, su hermano de armas; que hacia poco, en la representacion de *Lucrecia*, se habia mostrado lleno de cordialidad y de efusion, y que sentia mucho, muchísimo, que le criticase el periódico y que tuviese el menor motivo de queja de su amigo Hugo.

Mr. Bertin le ofreció que el folletin no se publicaria.

La siguiente semana, Mr. Bertin, al abrir el *Journal des Debats*, que acababan de llevarle á Roches, prorumpió en una exclamacion. El susodicho folletin estaba impreso en aquel número.

Mandó preparar el coche y se fué á Paris. Mr. Becquet, encargado del periódico durante su ausencia, carecia de original, y al preguntar si habia algo compuesto, le contestaron que habia un folletin de Mr. Granier de Cassagnac; pero que Mr. Bertin, la última vez que habia ido á Paris, dijo que no se insertase hasta nueva órden. Mr. Becquet no vió en esto una prohibicion absoluta, y pareciéndole, por un pasaje que leyó, un artículo de mérito, dió órden de insertarlo.

—Eso os pareció, le dijo Mr. Bertin, descontento y contrariado, porque solo leísteis la censura, la crítica acerba de Alejandro Dumas que hace el artículo; si hubiérais leido el elogio de Víctor Hugo, estoy por decir que no lo hubiérais publicado.

El artículo llevaba la firma G. C. Hubo personas que creyeron que estas iniciales eran supuestas y que el autor del folletin era Víctor Hugo. Mr. Bertin refirió en el periódico lo sucedido, pero la calumnia era demasiado útil para no lanzarla contra Víctor Hugo en vísperas de la representacion de una nueva obra del autor de *Hernani*. Sus enemigos se encargaron de mantenerla en pié y de propagarla.

Mr. Harel calculó que aquellos momentos eran fatales para Víctor Hugo y propicios para Alejandro Dumas, y no vaciló en ladearse hácia éste é ir á ofrecerle el teatro.

Este le entregó dos dramas: *Angela* y *La Veneciana*.

Entonces meditó en la manera de romper con Víctor Hugo. La Georges tenia aficion á su papel, pero en *La Veneciana* podia encargarse de otro bellísimo, que la recompensaria del degüello de aquel, y no puso ya obstáculo á lo que el empresario proyectaba.

Hé aquí lo que hizo Mr. Harel.

Algunos dias antes de la representacion, al pié del cartel insertó lo siguiente:

Inmediatamente:

MARIA TUDOR.

Muy pronto:

ANGELA.

Víctor Hugo se incomodó; *Angela* desapareció del cartel, pero el primer golpe estaba dado. La hostilidad, aunque no volvió á aparecer en los carteles, fué cada dia más profunda.

Todos los dias habia disputas entre bastidores por la distribucion de papeles entre Víctor Hugo y el director. Se esparcian rumores contrarios al drama. Los amigos del autor estaban asustados. Uno de ellos le escribió:

"Todos me dicen que vuestro drama es un tejido de horrores, que vuestra María es una bebedora de sangre, que el verdugo está casi siempre en escena, etcétera etc.„

La víspera de la primera representacion, Víctor Hugo, al salir del teatro, vió venir hácia él á Mr. Harel.

—Mr. Hugo, preguntó el director, ¿estais decidido á no alterar la distribucion de papeles?

—Para eso es ya tarde; mañana se verifica la primera representacion.

—Hice aprender las partes á dos artistas. Consentís lo que os propongo?

—No.

—Pues el drama caerá.

—Lo cual significa que hareis que caiga.

—Significa lo que querais.

—Pues bien, Mr. Harel, haced que caiga el drama, que yo haré que caiga vuestro teatro.

Estas fueron las últimas palabras que se cruzaron entre el autor y el director antes de la batalla.

Mr. Harel debia enviar á Víctor Hugo doscientas cincuenta localidades y solo le envió cincuenta. El autor se las de-

volvió y se reservó solo el palco para su esposa. Algunos amigos del autor, sintiendo no hallar localidad, acudieron á Alejandro Dumas, que entonces lo podia todo en la direccion, y así lograron entrar.

Víctor Hugo esta vez no se dirigió al cuarto de la Georges, sino al escenario, y allí sus amigos le enseñaron varios ejemplares del *Journal des Debats*, en los que estaba impreso el folletin de Mr. Granier, y que se distribuian por el teatro.

En esto le avisaron que la Georges deseaba hablarle. No se dió prisa en ir; continuó en el escenario hasta oir las tres palmadas; entonces fué al cuarto de la actriz, que le recibió friamente, diciéndole que llegaba tarde y que ya no tenia nada que comunicarle.

El primer acto, en el que no salia la Georges, no fué aplaudido. Federico Lemaitre, á quien el autor habia destinado el papel de Gilberto, no formaba ya parte de la compañía. El encargado de interpretarle era Mr. Lockroy.

La aparicion de la Georges produjo gran efecto. Su actitud, su hermosura, eran evidentemente régias. Dijo el insulto á Fabiani con una verdad perfecta.

Todo marchó bien hasta la entrada del verdugo, que fué la señal de los silbidos.

La tercera parte, sobre todo la escena de Gilberto y Juana, escitó contínuos murmullos. La comitiva de la ejecucion en el último acto pareció muy bien, y el verdugo, silbado en el acto segundo, fué aplaudido en el cuarto. Pero los silbidos empezaron de nuevo, sin perdonar ni á la Georges. Su imprecacion contra Lóndres fué borrascosa. La gran escena final entre las dos mujeres fué silbada desde la primera hasta la última frase.

Sin embargo, habia en el drama una resistencia enérgica. Parte del público protestó con sus aplausos. Los amigos del autor afirmaban que la oposicion procedia principalmente del patio—parterre—donde dominaba la "claque„, esto es, el director.

En suma, el estreno de aquella noche no fué decisivo; habia habido combate, pero no derrota. Víctor Hugo se apresuró á ir al cuarto de la Georges, curioso por saber cómo habia tomado los silbidos que la dirigió el público. Estaba furiosa.

—¡Ha habido muchos canallas entre el público!

—Entre el público no más? preguntó Víctor Hugo.

Entró entonces en el cuarto Mr. Harel; la actriz le dijo en alta voz que él mandó que la silbasen, y Víctor Hugo salió de allí, dejándolos solos.

Una grave indisposicion de la actriz que representaba el papel de Juana impidió repetir la obra la siguiente noche. Los periódicos se manifestaron muy hostiles contra el drama.

A la cuarta representacion el anuncio de *Angela* volvió á aparecer en los carteles.

A pesar de todo, los ingresos, inferiores á los de *Lucrecia*, se mantuvieron á una altura que obligaron al director á retirar por segunda vez el anuncio, y *María Tudor* alcanzó un número honroso de representaciones.

No eran ya posible las relaciones entre Víctor Hugo y el teatro de la Puerta de San Martin. Mr. Harel lo conoció, y un contrato que el autor y el empresario tenian firmado, en el que aquel se comprometia á entregar á éste el drama que escribiera despues de *María Tudor*, fué roto por entrambas partes de comun acuerdo.

LX.

Angelo.

A principios de 1834 escribió Víctor Hugo el *Estudio sobre Mirabeau*, decididamente revolucionario. Sus ideas habian progresado extraordinariamente desde sus primeras odas, enteramente realistas.

Experimentó la necesidad de medir el camino que habia avanzado, de echar una ojeada á las etapas que habia recorrido su espíritu, de confrontar su presente con su pasado y de darse cuenta de sí mismo. Seguro de haber obedecido siempre á sus convicciones, y de no tener nada que ocultarse ni de qué arrepentirse, hizo su exámen de conciencia ante el público en la obra titulada *Miscelánea de literatura y filosofía*.

El mal éxito del drama *El rey se divierte* no fué obstáculo para que la direccion del teatro Francés le pidiese una obra despues del triunfo que alcanzó con *Lucrecia Borgia*.

Víctor Hugo contestó á Mr. Jouslin de Lasalle en Febrero de 1835 que estaba concluyendo á la sazon un drama,

para el cual necesitaba dos actrices de primer órden.

El teatro Francés tenia á la Mars, y podia contratar á la Dorval, entonces libre de compromisos teatrales.

El autor leyó el drama á la Mars. Víctor Hugo no habia vuelto á ver á la actriz desde su negativa al encargarla el papel de *Marion de Lorme*. Manifestóse muy amable, escuchó el drama con interés, le dijo que habia hecho grandes progresos como lector, y elogió la obra con un calor que el autor de *Hernani* no estaba acostumbrado á oir de su boca.

—Sí, representaré, le dijo, y en compañía de la Dorval. Los dos papeles son notables. Veamos pronto: cuál es el mio?

—El que os plazca elegir.

Catalina, casada y casta, convenia perfectamente á la índole del talento de la Mars, y la Tisbe, mujer del pueblo, violenta, de costumbres desarregladas, parecia á propósito para el talento libre y hasta salvaje de la Dorval.

Pues bien: la actriz prefirió el de Tisbe.

El drama en su estado primitivo tenia cinco actos. La muerte de Homodei, en vez de referirse, pasaba á la vista del espectador. Rodolfo iba á castigar al espía en una guarida de bandidos, en la que se mezcla el vino con la sangre.

Despues de la lectura en el seno del comité, los señores Taylor y Jouslin de Lasalle fueron á ver al autor. El acto de los bandidos les asustaba. *El rey se divierte* debió en parte su caida á la taberna de Saltabadil. La guarida de Homodei podia ser tal vez la perdicion de *Angelo*. No era indispensable en el drama. La muerte de Homodei podia referirse en pocas palabras.

El autor ofreció suprimir el acto.

Los ensayos fueron curiosos por la entrevista de las dos célebres actrices. La Mars trataba á la Dorval con la altivez aristocrática de una artista del teatro Francés, obligada á rozarse con otra del "boulevard,,, sin dejar por eso de conocer que era una rival temible. Sentia como cierta mezcla de desprecio y de ódio.

La Dorval, por su parte, se mostraba flexible y cariñosa. Respondia á las groserías con lisonjas, confesando que era en ella atrevimiento sentar sus piés melodramáticos en las nobles tablas del teatro Francés. Consentia humillarse con tal de erguir luego la frente ante el público.

Ensayaba como rezando, sin revelar ninguno de los efectos que pensaba producir; manifestábase descolorida, sin sabor, nula.

La Mars estaba satisfecha del papel que habia elegido. Tisbe no era ciertamente el que le convenia, pero tampoco el de Catalina cuadraba al talento de su rival. Una mujer sin freno ni templanza, interpretando un papel de pureza y de dignidad, podia conseguir hasta que la silbasen.

En uno de los ensayos la Dorval se olvidó de lo que se habia propuesto y representó de tal modo, que la esperanza que acariciaba la Mars se desvaneció. No fué dueña de contenerse, y en el acto tercero, interrumpiendo el acceso de cólera de Catalina contra Angelo y Tisbe, exclamó:

—Decidme, señor Hugo, ¿qué he de manifestar en el semblante mientras la señora me injuria de ese modo? ¿No os parece que me dirige demasiados insultos?

—No son tantos como los que vos, señora, le dirigís en el acto anterior.

—Yo no encuentro escesivos los insultos, replicó la Dorval. Cuando el autor expresa tan admirablemente lo que desea, recibo tanto placer en decirlo como en escucharlo.

La Mars calló, pero al dia siguiente notó que en su papel habia cosas inútiles que no sabia cómo recitarlas, y que la parte de Tisbe necesitaba que se le hiciesen algunos cortes. El autor se negó á cortar nada del papel de la Mars para que pudiera la Dorval recitar su papel entero.

Habia en el teatro la noche de la primera representacion dos públicos muy distintos: el de la Mars y el de la Dorval. Las personas graves, ricas ó nobles, pertenecian al primero. Los espectadores jóvenes, apasionados, tumultuosos, al segundo.

La salida de la Mars fué saludada con aplausos por las graves.

El primer acto interesó y agradó. Mr. Beauvallet supo interpretar admirablemente el papel de Angelo. La Mars dijo sin profundidad, pero bien, la relacion de la madre salvada de la horca. La escena de la llave cuadraba mejor á sus hábitos de comedia. La cinceló, digámoslo así, y fué aplaudida. No hubo un solo momento de oposicion en todo el acto.

Tocó luego la salida á la Dorval. Cuando apareció, los jóvenes trataron de proporcionarla una ovacion, pero hubo

chicheos por parte de los graves y hasta de la "claque„.

La grande actriz comprendió que era preciso vencer ó morir, y representó, no con su talento ordinario, sino con su talento extraordinario. Fué tal la realidad, la pasion, el casto abandono de sus frases, de sus actitudes, que los graves mismos se sintieron fascinados, comprendiendo tal vez la distancia que hay de un talento artificial á un talento espontáneo.

La Mars estaba entre bastidores esperando su escena.

—Estareis contento, dijo al autor, porque aplauden bastante á vuestra actriz.

—De qué actriz hablais? preguntó Víctor Hugo.

—Oh! de aquella á quien habeis confiado el mejor papel del drama.

El autor pudo haberla contestado que la dió á escoger y habia preferido otro; pero acababa de ver en la mano de Tisbe la lámpara con que entra en el cuarto de Catalina. Era una lámpara trágica y mitológica, que parecia proceder de las escavaciones de Herculano.

No la contestó como merecia para no disgustarla en el momento de su salida.

La Mars no tenia la vehemencia ni la pasion que requiere el papel de Tisbe. Estuvo á poca altura. La Dorval, á las dos ó tres palabras, se le sobrepuso. Pero la primera, inferior en el insulto, volvió á levantarse en el sacrificio, y refutó las sospechas de Angelo con una melancolía y una nobleza que restablecieron la igualdad entre las dos actrices rivales.

En el acto tercero, por una de esas rarezas de las representaciones que desconciertan la prevision más segura, la Dorval ejecutó mal la escena que tanto agradó en los ensayos. Le faltó autoridad en su rebelion contra Angelo. Los aplausos fueron todos para Beauvallet, que mostró una inflexibilidad de mármol.

El último acto estuvo á punto de comprometerse por un accidente del maquinista. Habíase previsto que el aire frio de los bastidores, precipitándose en el aire caliente de una sala llena de gente, agitaria las cortinas del lecho donde estaba oculta Catalina, á quien se cree muerta y enterrada en la bóveda del palacio, y se obvió el inconveniente cosiendo en las cortinas varillas de hierro con pesos. Pero la corriente de aire fué tal, que los pesos no pudieron resistir, y dos maquinistas, deslizándose bajo el lecho, sostenian la cortina, que, agitada por el viento, los dejaba ver de vez en cuando, y esto provocaba las risas del público.

La Mars se turbó y representó mal. Sin la Dorval, que despertó oportunamente de su letargo, la obra hubiera tenido un fin desgraciado. Cuando Rodolfo tomó á Catalina en sus brazos, ésta tuvo la ligereza de una sombra que vuelve á la vida.

El drama concluyó con la frase: *Por mí, por tí*. La Mars consiguió que el autor suprimiese el resto de la escena, diciendo que la obra acababa allí y que el público no escucharia las últimas palabras.

La Rachel, sin embargo, dijo en 1850 el papel entero, y las últimas palabras fueron escuchadas y aplaudidas.

En suma, *Angelo* agradó y continuó agradando en las representaciones siguientes. La Mars se resignó á presenciar el éxito de la Dorval, satisfaciéndose con el que ella alcanzaba.

LXI.

La Esmeralda.

El éxito escepcional que obtuvo *Nuestra Señora de Paris* hizo que varios maestros compositores, entre otros el ilustre Meyerbeer, pidiesen al autor que escribiese una ópera sacada de la susodicha novela; pero siempre rehusó hacer este trabajo, hasta que Mr. Bertin se lo rogó por complacer á su hija, y la amistad consiguió lo que no pudo lograr el interés.

Cuando estuvo terminada la partitura dieron de ella una audicion preparatoria, á la que precedió un banquete, al que asistieron Víctor Hugo, Eugenio Delacroix, Rossini, Berlioz, Antony Deschamps, etc.

Se notó que durante la comida, Rossini llamó á Delacroix Mr. Delaroche.

Bourqueney, Lezourd d' Alfredo de Wailly, Antony Deschamps y una sobrina de Mr. Bertin cantaron algunos trozos de la ópera, que merecieron elogios.

Rossini tenia buena voz y le gustaba cantar. Se le suplicó, pues, que cantase, y se resistió; el señor y la señora Bertin se lo suplicaron; las lindas señoritas se le arrodillaron rogándoselo tambien; alegó

que estaba ronco é incapaz de sacar limpia una nota de la garganta; salió de allí y en la antecámara se puso á cantar un ária de sus óperas con voz clara y sonora.

Los ensayos de la *Esmeralda* se verificaron en el verano de 1838. El autor de la letra no asistió, por hallarse viajando por la Bretaña.

A su vuelta le sorprendió lo mezquino de la maquinaria; el antiguo Paris se prestaba para decoraciones y para trajes, y sin embargo, nada habia en el teatro rico ni pintoresco. Los harapos de la Corte de los Milagros, que hubieran podido ofrecer cierta novedad en el teatro de la Opera, eran de paño nuevo; de modo que allí los señores parecian pobres y los hampones gentes acomodadas.

Víctor Hugo habia dado la idea de una decoracion de efecto: la ascension de Quasimodo llevándose á Esmeralda de piso en piso. Para que Quasimodo subiese se necesitaba solo que la catedral bajase. Durante su ausencia convinieron en que eso era imposible de realizar. Esa decoracion, que les pareció imposible, se vió despues realizada en el teatro del Ambigú.

La ópera, cantada por Nourrit, por Levasseur, por Massol, etc., y por la señorita Falcon, fué aplaudida por el público en la primera representacion.

Los periódicos se mostraron muy violentos contra la música. El espíritu de partido tomó cartas en este juego y se vengó del periódico del padre en la persona de su hija, que cantaba la ópera, y al saber esto se oyeron en el público muchos silbidos.

La oposicion creció cada dia, y en la octava representacion se bajó el telon antes de concluir la ópera. Todo lo que pudo hacer el director, Mr. Duponchel, que debia su privilegio á Mr. Bertin, fué hacer cantar de vez en cuando, antes del baile, un acto en el que el autor habia reunido los mejores trozos de la ópera.

La novela está fundada en la palabra *ananké*, y la ópera concluye con la palabra *fatalidad*. Fué verdaderamente una fatalidad el fiasco de una partitura cantada por Nourrit y por la señorita Falcon, mujer de gran talento, siendo el autor del libreto Víctor Hugo y el asunto *Nuestra Señora de Paris*

La fatalidad se comunicó á los artistas. La señorita Falcon perdió la voz y Nourrit se fué á Italia, donde se suicidó. Un navío llamado *Esmeralda*, que hacia la travesía de Inglaterra á Irlanda, se perdió con toda su tripulacion y su cargamento. El duque de Orleans bautizó una yegua suya de gran precio con el nombre de *Esmeralda*, y en una carrera de caballos tropezó con un caballo que galopaba y se destrozó la cabeza.

LXII.

La muerte del hermano.

En 1837 perdió Víctor Hugo á su hermano Eugenio. Antes he referido cómo el infeliz jóven se volvió loco la noche misma del casamiento de su hermano y cómo el general Hugo, que no habia ido á ver al desposado, se encontró con el enfermo.

Despues que probaron á curarle en casa, el padre se vió obligado á encerrarle en el establecimiento de Esquirol, que gozaba de gran crédito para esta clase de enfermedades. El médico principal, Mr. Royer Collard, tuvo para él especiales cuidados. No le daban ya accesos violentos. Cuando su padre y sus hermanos iban á verle, hablaba con ellos afectuosamente y acorde, menos sobre un punto: se creia preso por haber conspirado contra la duquesa de Berry.

El general opinaba que la mejor manera de refutar su error era dejarle libre, y preguntó al médico si habia algun inconveniente en sacarlo de allí. Mr. Royer Collard no se opuso, viendo el estado tranquilo del convaleciente, y el general le condujo á Blois.

El no se dejó conducir sin sentimiento y sin alegría. Al partir, su actitud y su fisonomía eran las de una persona estúpida. Aquel robusto y valiente jóven, que se creyó un momento nacido para la lucha literaria, parecia un carnero aletargado.

Así permaneció en Blois pacífico y juicioso, obstinándose solo en querer salir al sol con la cabeza descubierta. Un dia durante la comida se arrojó de repente sobre su suegra, cuchillo en mano, y quiso matarla.

El general le llevó otra vez á Paris y probó á encerrarle en el establecimiento de San Mauricio, en Charenton. Allí se trataba á los locos militarmente. La energía de los remedios venció otra vez el furor de la enfermedad; pero Eugenio se creyó más que nunca preso en una cárcel de Estado. Protestaba contra su prision por no habérsele formado proce-

so, é intentaba evadirse. Una vez le cogieron en el acto de arrojarse por la ventana.

Cuando oia gritar á los locos creia que eran presos que degollaban, y rogaba á su padre y á sus hermanos que le sacasen de allí. Viendo que no le complacian, su afecto hácia ellos se entibió.

Durante algunos dias más estuvo cariñoso con Víctor Hugo. Se interesaba por la literatura y queria leer *Hernani*. Pero al ver la complacencia que tenia el director del establecimiento en enseñar á Víctor Hugo toda la casa, al pobre enfermo le pareció que su hermano era demasiado amigo de sus enemigos, y no quiso volverle á ver ni ver á nadie. Fué preciso suprimirle las visitas, porque le exasperaban.

Al revés de lo que ordinariamente sucede, la salud de su cuerpo se resentia de la salud de su cerebro. Su fuerte constitucion se fué debilitando gradualmente, hasta causarle la muerte en Febrero de 1837.

Así se extinguió el compañero de la infancia y de la adolescencia de Víctor Hugo. Los dos hermanos, tan íntimamente unidos, parecian creados para pasar la misma existencia. Tuvieron los mismos juegos, los mismos maestros, las mismas aspiraciones á la poesía, el mismo instinto de las necesidades nuevas. No se habian separado un solo dia hasta la muerte de su madre. El destino los separó de repente, y arrojó al uno en medio del ruido y de la luz y al otro en el aislamiento y en las tinieblas.

LXIII.

La fiesta en Versalles.

En el verano de 1837 Luis Felipe quiso celebrar en Versalles el casamiento del duque de Orleans. Víctor Hugo fué convidado.

La víspera de la fiesta fué á visitarle Alejandro Dumas muy colérico. Iba á haber promociones en la Legion de Honor; el rey, viendo su nombre en una de las listas, le habia borrado, y esta ofensa le indujo á devolver la tarjeta de convite.

Víctor Hugo dijo que no iria tampoco, y escribió al duque de Orleans indicándole el motivo de su ausencia. Por la noche el secretario del príncipe se hizo anunciar en casa de Víctor Hugo. El duque de Orleans, en cuanto recibió la carta, fué á ver al rey y á hablarle para que el nombre de Alejandro Dumas figurase de nuevo en la lista.

Todavía estaba en casa de Víctor Hugo el secretario, cuando volvió Dumas contento, porque acababa de recibir del duque de Orleans unas cortas líneas, participándole que estaba condecorado y que podia usar la cruz desde luego.

Orillada esta dificultad, Víctor Hugo ofreció al secretario del príncipe que iria á Versalles.

La fiesta era para el siguiente dia. Víctor Hugo y Dumas asistieron con el uniforme de guardias nacionales.

La fiesta empezó por la visita interior del palacio. Por numerosa que fuese la multitud, se circulaba con facilidad por aquellas vastas habitaciones y galerías. Allí estaban reunidas todas las notabilidades en literatura, bellas artes, ciencias, política, etc. etc. Al primer amigo que encontraron los dos guardias nacionales fué Balzac, vestido de marqués, con traje alquilado.

Despues de pasear largo rato, se sentaron Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Eugenio Delacroix y tres ó cuatro amigos que se habian unido al grupo. Interrumpió todas las conversaciones la entrada del rey y de la familia real.

El duque de Orleans llevaba del brazo á su esposa.

El rey, naturalmente amable, y que entonces además era dichoso, dirigia frases benévolas y gratas á los convidados, especialmente al autor de *Nuestra Señora de Paris*.

La duquesa de Orleans, encarándose con Víctor Hugo, le dijo que tenia deseos de conocerle; que habia hablado varias veces de él con Goëthe; que habia leido todas sus obras y sabia de memoria sus versos.

A las cuatro un ujier entró á anunciar que era la hora del banquete.

La comida duró hasta las seis. Despues hubo allí gran confusion y gran batahola. El espectáculo iba á empezar y todos querian situarse de modo que viesen bien, no la escena, sino el palco régio, y se precipitaban desordenadamente buscando los buenos sitios.

Aquel furioso asalto cesó ante una gran puerta con cristales, que permaneció cerrada mientras el rey y su familia ocupaban sus asientos.

Al cabo de un cuarto de hora se abrió, y entonces fué cuando reinó el verdadero tumulto. Habia que atravesar una ex-

tensa galería, cuyo piso, encerado y brillante como un espejo, estaba tan transparente, que daba tentaciones de echarse á nado.

Resbalábase allí como sobre hielo, y hubo caidas chistosísimas, principalmente en la seccion de los viejos, de los mariscales y de los grandes cruces, etc., entre los que lo menos resbalaron y cayeron veinte.

La sala del teatro del palacio de Versalles es espaciosa y rica, de estilo rococo, pero brillante; era, al mismo tiempo que coqueta, grandiosa; estaba recien dorada, y habian multiplicado las arañas y los candelabros. La Mars, con los mejores actores del teatro Francés, representaron el *Misántropo*, y á pesar de eso resultó fria la representacion.

Lo que constituye la vivacidad del teatro es el hormigueo del público. El coliseo del palacio de Versalles, edificado para un público escaso, pero privilegiado, no tenia más que dos filas de palcos, separados por anchas columnas de madera, y estando lleno parecia vacío. No habia conexion ni comunicacion entre los espectadores; ninguna de esas corrientes eléctricas que confunden todas las almas en una. Otra causa de tristeza era la falta de mujeres. Solo asistian las esposas de los ministros y de los embajadores. Además, esperaban para aplaudir que el rey diese la señal, y la daba pocas veces.

Despues de la representacion, algunos generales y altos funcionarios decian:

—Esto es el *Misántropo?* He oido celebrar extraordinariamente esa comedia y creia que seria más divertida.

Seguia á la representacion de la comedia de Moliére el paseo con antorchas por las galerías de pinturas. Sobre cada cuadro que el rey enseñaba á sus huéspedes, un criado con casaca colorada hacia girar el reflector de una lámpara que llevaba en la mano.

A las once concluyó la fiesta y cada cual fué en busca de su carruaje. Víctor Hugo y Alejandro Dumas llegaron á Paris al amanecer.

Víctor Hugo, que era ya caballero de la Legion de Honor, fué promovido á oficial de dicha órden.

El 27 de Junio publicó las *Voces interiores*. Aquel dia dos lacayos con librea del duque de Orleans, que guiaban á dos mozos de cordel, fueron á la plaza Real cargados con un gran cuadro, que representaba á Inés de Castro, pintado por Saint-Evre, que obtuvo el primer premio en una exposicion de pinturas. En el dorado del marco se leia esta inscripcion: *Los duques de Orleans á Víctor Hugo. 27 de Junio de 1837.*

LXIV.

Ruy Blas.

Alejandro Dumas no tardó mucho en indisponerse con Mr. Harel y en abandonar el teatro de la Puerta de San Martin. Tampoco podia llevar sus obras al coliseo de la Comedia francesa.

Fué un dia á casa de Víctor Hugo y le refirió la conversacion que acababa de tener con el duque de Orleans.

Informábase el príncipe de las causas que le impedian dar obras á la escena, y él le contestó que la nueva literatura no tenia teatro; que nunca se encontró en su elemento en el teatro clásico, en donde era tolerada algunas veces, pero no aceptada; que su verdadero escenario debiera ser el de la Puerta de San Martin; pero que la conducta del director alejaba de allí á cuantos estaban dotados de talento ó de dignidad, y que por tanto, aquel coliseo quedaba abandonado á la exposicion de fieras, y entre el teatro Francés consagrado á los muertos y el de la Puerta de San Martin consagrado á las bestias, el arte moderno se habia quedado en medio de la calle.

Alejandro Dumas añadió que no solo él se quejaba, sino todos los autores dramáticos, empezando por Víctor Hugo, que no escribia ya para la escena más que de tarde en tarde, cuando hubiera dado dos obras cada año á contar con un teatro.

El duque de Orleans dijo que aquel era en efecto un estado de cosas imposible; que el arte contemporáneo tenia derecho á un teatro, y que hablaria á Mr. Guizot sobre este asunto.

—Ahora, concluyó diciendo Alejandro Dumas, es preciso que vayais á ver á Guizot. Yo he persuadido al príncipe, persuadid vos al ministro.

—Necesitamos un teatro, es verdad, contestó Víctor Hugo; pero necesitamos tambien un director.

—Conoceis á alguno? preguntó.

—Sí y no. Recibo un periódico de teatros, redactado segun nuestro modo de ver el arte, que nos defiende á los dos con conviccion y sin segunda intencion evidentemente, ya que el jóven que lo re-

dacta no busca ni siquiera nuestro agradecimiento. No llegan á cuatro las veces que le he visto. Creo en él por eso, porque no le conozco. Me han dicho que su sueño dorado seria conseguir la direccion de un teatro. Este jóven es el que redacta el periódico *Vert-Vert*.

—Antenor Joly! exclamó Alejandro Dumas. ¡Pero si es un pobre diablo con la bolsa vacía!

—Si consigue alcanzar un privilegio encontrará quien le preste fondos.

Alejandro Dumas hizo objeciones; pero su carácter fácil le hizo ceder pronto.

Cuando hubo salido, Víctor Hugo reflexionó que la imaginacion los habia llevado demasiado lejos, disponiendo de un teatro que no existia. Los príncipes, asediados de pretensiones por todas partes, responden políticamente, y estas contestaciones se toman como promesas. Era probable que el duque de Orleans no hubiese dicho nada á Mr. Guizot, y Víctor Hugo no se resolvió á ir al ministerio.

Pasado algun tiempo, un amigo comun le participó que Mr. Guizot se admiraba de que no hubiese ido á verle, porque sabia tenia que hablarle de un asunto. Al dia siguiente fué al ministerio.

—Víctor Hugo, le dijo Guizot en cuanto le vió entrar, ¿es que no deseais ya tener teatro?

Mr. Guizot le habló con franqueza y cordialidad, reconociendo que habia razon para pedir un teatro para el arte contemporáneo; que era natural y preciso que el arte nuevo tuviera un teatro nuevo; que el de la Comedia francesa, teatro tradicional y conservador, no era el sitio á propósito para la literatura original y militante, y que el gobierno cumplia con su deber creando un teatro para los que creaban un arte.

—Pues bien, añadió despues de una pausa Mr. Guizot, arreglemos las condiciones del privilegio.

El ministro y el escritor se entendieron y Mr. Guizot escribió de su puño y letra las condiciones del teatro, que eran muy ámplias, pero exclusivamente literarias. Víctor Hugo pidió que se concediese en él participacion á la música, porque recordaba el buen efecto que habia producido en *Lucrecia Borgia* el contraste de la cancion báquica con la salmodía.

—Ya no nos falta más que la firma del ministro del Interior, dijo Mr. Guizot. Le hablé de antemano y estamos de acuerdo. Id mañana y os extenderá vuestro privilegio.

—Mi privilegio! exclamó Víctor Hugo.

—Claro está. A vos es á quien concedemos el teatro.

—Pues yo no lo admito. Me dedico al arte y no al comercio. No quiero privilegios para mí, ni como director ni como autor. No soy el que pide el teatro; lo pide la nueva generacion literaria.

—Convenido; pero es menester dar ese teatro á álguien. ¿Contais con algun director?

—Sí, con Mr. Antenor Joly.

—No le conozco, pero me basta que respondais por él. Que vaya mañana con vos á ver á Mr. Gasparin.

Víctor Hugo, de vuelta á su casa, escribió dos letras á Antenor Joly, que las recibió y que se presentó la mañana siguiente en el domicilio del que le llamaba.

—Podeis contar con un teatro, le dijo el poeta.

Antenor Joly no supo cómo expresar su agradecimiento. Iba á conseguir la realizacion de su sueño.

Marcharon juntos al ministerio del Interior, y Víctor Hugo repitió á monsieur de Gasparin lo que habia dicho á Mr. Guizot, que el privilegio no era para él, sino para el arte, etc.

Cuando salian de allí, el nuevo director dijo á Víctor Hugo:

—Ya que me concedeis el derecho de acudir á quien me acomode, acudo á vos y os pido una obra para inaugurar el teatro.

Víctor Hugo le contestó que tiempo habria de pensar en eso cuando tuviese teatro y compañía.

Esto pasaba en el Octubre de 1836.

Cinco ó seis meses transcurrieron sin que Víctor Hugo oyese hablar de Antenor Joly.

Un dia le anunciaron la visita de monsieur de Gasparin, que le dijo:

—Creia que se trataba de un teatro literario.

Y le enseñó en el márgen del privilegio una nota, no firmada aun, en la que se pedia autorizacion para representar óperas cómicas.

Víctor Hugo contestó que eso era una equivocacion, y explicó al ministro lo que significaba allí la colaboracion de la música, que no era sino un accesorio del drama.

El ministro le contestó que de ese modo ya lo comprendia, pero que no

quiso firmar hasta enterarse de lo que aquello era.

Pasó un año. En Junio de 1838 Antenor Joly volvió á aparecer. Veintidos meses estuvo buscando dinero. Habia quien se lo ofrecia, pero con la condicion de ser co-director; esto hubiera importado poco si el sugeto en cuestion no hubiera sido un vaudevillista, que deseaba tener compañía de ópera cómica.

El ministro se opuso al principio; pero luego, como Antenor Joly no tenia otro recurso que aceptar aquel consocio, á fuerza de instancias alcanzó conseguir que cediera el ministro y que le otorgara el permiso. Lo esencial era posesionarse del teatro; la ópera cómica quedaria relegada al segundo término. Sobre todo se necesitaba que Víctor Hugo escribiese el drama que inaugurase el teatro.

Víctor Hugo, á quien Antenor Joly presentó su consocio, ofreció una obra, y se puso á escribir el drama *Ruy Blas*, que tenia pensado hacia ya algun tiempo.

Su primera idea fué que la obra empezase por el tercer acto. Queria principiar presentando ya á *Ruy Blas* siendo ministro, duque de Olmedo, omnipotente y amado de la reina, y cuando un lacayo que entra dá órdenes á este hombre poderoso, y le manda cerrar una ventana y coger de tierra su pañuelo, etc. Despues el autor lo hubiera explicado todo al público. Pero el autor, reflexionando sobre el plan, prefirió empezar por el principio y causar un efecto de gradacion mejor que un efecto de asombro, y presentar antes al ministro como á ministro y al lacayo como lacayo.

Escribió la primera escena el 4 de Julio y la última el 11 de Agosto. Fué de todos sus dramas el que le ocupó más tiempo. El último acto, lo mismo que el de *Marion de Lorme*, fué escrito en un dia, si bien el cuarto acto de *Marion de Lorme* es mucho más largo que el quinto de *Ruy Blas*.

Mientras que Víctor Hugo escribia el drama, Mr. Joly iba á verle con frecuencia y le consultaba sobre el emplazamiento del nuevo teatro, llevando á los arquitectos á que hablaran con él.

Víctor Hugo indicó un terreno libre cerca de la puerta de San Dionisio, para que el teatro se designase con este nombre. No se hizo así, con gran disgusto suyo, y los dos directores se conformaron con el teatro Ventadour, mal situado en una plaza por donde no pasa nadie. Le cambiaron el nombre y le pusieron: "Teatro del Renacimiento„.

Antes de comprometerse á nada, Víctor Hugo quiso enterarse de la clase de artistas con que podia contar. Se le presentó una lista de actores de vaudeville y de provincias. Pidió que ajustasen á Federico Lemaitre.

El eminente artista daba á la sazon una vuelta por las provincias, y cuatro letras de Antenor Joly le indujeron á venir á Paris.

El teatro estaba encargado á los albañiles y carpinteros, y el autor, para no leer el drama entre el ruido de los martillazos, llevó á Federico Lemaitre á su casa.

En los tres primeros actos se mostró satisfecho; en el cuarto no tanto, en el quinto triste y sombrío. Marchóse sin hablar una palabra.

Era imposible ensayar en el teatro. Mr. Joly habia conseguido que le prestasen la sala del Conservatorio. Allí fué donde el autor distribuyó los papeles.

Federico Lemaitre recibió el suyo con aire resignado; pero no bien le echó la vista encima, exclamó con sorpresa y alegría:

—Es mi papel el de Ruy Blas?

Habia creido que le encargaban el de D. César. Como sucede siempre que se consiguen grandes ovaciones representando un tipo, á él, que realizó la prodigiosa creacion de Roberto Macaire, le encargaban siempre esta clase de papeles, y le repetian sin cesar que no podia ya representar otros tipos, que era incapaz en lo sucesivo de ejecutar papeles sérios. Por el desarrollo del personaje de D. César se figuró que Víctor Hugo se lo destinaba.

Ruy Blas le regeneraba. Dió las gracias con efusion al autor, porque iba á reconciliarse con la pasion y la poesía.

La música no cedió por mucho tiempo el Conservatorio á la literatura. Fué preciso buscar otro punto para los ensayos, que se verificaron desde entonces en el "Teatro del Renacimiento„. Un dia, al principio del tercer acto, Víctor Hugo se levantó de su asiento para colocar bien en escena á dos actores que no sabian colocarse, cuando una gran barra de hierro cayó de la bóveda, precisamente sobre el sillon que acababa de dejar. Si cae un momento antes hubiera recibido muerte instantánea.

El drama no corria menos peligro que el autor. Antenor Joly no resistió á la invasion de la música tanto como debie-

ra. Al mismo tiempo que *Ruy Blas*, se ensayaba una ópera cómica, y el ex-director, que disponia del dinero, así como asistia rara vez á los ensayos del drama, no faltaba á ninguno del *Agua maravillosa*.

No podia contarse ya con los jóvenes que contribuyeron al buen éxito del *Hernani*. Algunos eran célebres y trabajaban para sí; los demás, no sintiéndose con fuerzas para brillar en el arte, habian renunciado á él y se habian dedicado á las carreras del comercio ó de la industria. Muchos de ellos, ya casados, se arrepentian de sus delirios de entusiasmo por la literatura. Hasta los que permanecieron siendo escritores, pintores y amigos, habian abandonado la vida bohemia por la vida confortable, se habian cortado las melenas, y no estaban dispuestos á llevar á sus mujeres ó sus queridas al patio ó á la cazuela. Enemigos ya de las aclamaciones violentas, si aplaudian era con la punta de los dedos.

Llegaba á la vida literaria una nueva generacion. Algun tiempo antes, un jóven de diez y seis ó diez y siete años que habia concluido sus estudios en el colegio de Carlo-Magno, próximo á la plaza Real, se presentó en casa de Víctor Hugo; se llamaba Augusto Vacquerie. Trajo y presentó luego á otro condiscípulo suyo, llamado Pablo Meurice. Ambos fueron y han seguido siendo los más leales y más íntimos amigos de Víctor Hugo. Augusto Vacquerie andó ochenta leguas por asistir á la primera representacion de *Ruy Blas*.

Cuando se estrenó, la sala no estaba aun terminada: las puertas de los palcos crugian, los caloríferos no calentaban, el frio de Noviembre helaba á los espectadores. La gente tuvo que apelar á los abrigos. Se notó que el duque de Orleans se habia esceptuado de la regla general y permanecia en cuerpo y vestido de frac.

Los tres primeros actos, perfectamente ejecutados por Federico Lemaitre, arrancaron entusiastas aplausos. El cuarto, que Saint-Firmin dijo con espiritual verbosidad, fué menos feliz; pero el entusiasmo reapareció en el quinto, pues Federico Lemaitre rayó á inmensa altura.

Los palcos eran los que más aplaudian, circunstancia que probaba que la aprobacion venia esta vez de parte del público y no de la "claque„.

Pero el éxito del drama no fué nada en comparacion al que obtuvo la ópera cómica representada al dia siguiente. En el *Agua maravillosa* el entusiasmo de la "claque„ llegó hasta el delirio.

La prensa fué en general favorable á *Ruy Blas*, y acudió gente á verlo más numerosa tal vez de lo que convenia á la ópera cómica.

Desde la segunda representacion hubo un silbido en el tercer acto, cuando Ruy Blas recoge el pañuelo de D. Salustio, y en el cuarto acto menudearon las demostraciones hostiles.

En las representaciones siguientes fueron más los silbidos, siempre en los mismos pasajes. Los actores decian que silbaban los partidarios de la ópera, empeñados en matar el drama para quedarse solos en el teatro. Federico, al salir de la escena en el final del tercer acto, enseñó al autor un individuo del patio, á quien habia visto silbar, y que era el "claqueur„ del *Agua maravillosa*.

En la siguiente representacion el "claqueur„ ocupaba su sitio, que solo le pertenecia cuando debia ejecutarse la ópera cómica.

Víctor Hugo bajó á la sala en el tercer acto. Como siempre, la escena entre Ruy Blas y D. Salustio halló resistencia en el público. Al recoger Ruy Blas el pañuelo, Víctor Hugo vió al "claqueur„ llevar á la boca un pito é inmediatamente se oyó un silbido. La intriga quedó descubierta.

Ruy Blas alcanzó cincuenta representaciones. Los silbidos no dejaron de oirse, aunque solo en esa escena del acto tercero y en el acto cuarto.

Cuando pasado algun tiempo el drama se ejecutó de nuevo, los silbidos cesaron y el acto cuarto fué aplaudido siempre.

Víctor Hugo pensaba vender el manuscrito á su editor, Mr. Renduel; pero otro editor, Mr. Belloye, le hizo mejores proposiciones para la venta del drama y para la de sus obras completas, cuya explotacion pedia por once años, en nombre de una sociedad, cuyo administrador ofrecia al autor doscientos mil francos. El contrato se firmó, añadiendo el editor cuarenta mil francos y Víctor Hugo dos tomos inéditos.

LXV.

Los Burgraves.

Uno de esos dos tomos era la nueva coleccion de poesías, titulado *Rayos y sombras*.

Si yo pretendiera que estas MEMORIAS fuesen una obra de crítica literaria, habria en ella una laguna considerable, no ocupándome de las composiciones líricas de Víctor Hugo; pero en estas MEMORIAS no juzgo sus obras, las relato únicamente, y el lector ha podido notar con qué escrúpulo me abstengo de todo elogio y de toda apreciacion.

En esta biografía de las creaciones de Víctor Hugo debo extenderme más en las que han pasado por singulares aventuras y con más oposicion, que indudablemente han sido sus obras teatrales. Como poeta lírico, Víctor Hugo encontró aplauso unánime desde sus primeros versos. El éxito de sus poesías fué creciendo de tomo en tomo. *Las Orientales*, las *Hojas de otoño*, *Los Cantos del crepúsculo*, *Las Voces interiores*, *Los Rayos y sombras* y *Las Contemplaciones* han tenido opositores, es cierto, pero en cortísimo número. Además, los opositores del libro no son como los opositores del drama; no manejan el silbato, con el cual se malogra el buen éxito de una escena, se desconcierta á los actores, se interrumpe la emocion. El libro, á pesar de las censuras, continúa su camino; el drama, en cuanto lo silban, lo matan y desaparece de la escena.

Nada importante se me ocurre decir acerca de *Los Rayos y sombras* ni del *Rhin*; por lo tanto, pasaré en seguida á ocuparme de *Los Burgraves*, cuyas representaciones forman el último episodio de la vida teatral de Víctor Hugo.

El drama *Los Burgraves* lo escribió en Enero de 1842, y fué leido al comité de la Comedia francesa el 20 de Noviembre. El autor esta vez no tuvo ninguna queja del teatro: los actores, el director Mr. Bulor, el secretario Mr. Vertuenil, todos le prestaron un apoyo leal, pero en cámbio parte del público se le mostró hostil.

La política entró por algo en ello. Ya dije que Víctor Hugo habia visto en la nueva monarquía, que nació de un compromiso entre la tradicion monárquica y el derecho revolucionario, una transaccion útil entre la legitimidad del rey y entre la soberanía del pueblo. Republicano ya en teoría, no podia oponerse al reinado de Luis Felipe, con tal de que la monarquía consintiese en el progreso, y aplazaba gustoso el restablecimiento de la República. No pertenecia siquiera á la oposicion constitucional regimentada.

La siguiente carta escrita á Mr. Thiers en Julio de 1833, expresa cómo pensaba su espíritu en aquellos momentos:

"Señor ministro:

„No os escribo por interés propio, sino por interés ageno, por el vuestro tal vez, pues creo que se sirve á un ministro indicándole las ocasiones de emplear bien el poder.

„La cuestion es además sencilla y fácil de resolver. Vais á juzgarla por vos mismo.

„A Mr. Antony Thouret, antiguo director del periódico *La Revolucion de 1830*, le quedan aun que sufrir veintiun meses de prision por haber cometido delito de imprenta. Está en la cárcel de *La Fuerza*, y acabo de visitarle allí. Hablando sin exageracion, puedo deciros que se le maltrata, que se le priva de todo, que rige para él el mismo reglamento uniforme que para los ladrones y los asesinos. Pero lo que más aflige á Mr. Thouret es que no se le permita ver á su familia, que habita en Donai; su familia, que consta de los tres séres más queridos y más sagrados del mundo, de madre, de esposa y de hijo.

„Hay en Donai una cárcel y ha suplicado que se le traslade allí. El ministro de Justicia ha pasado á vuestras manos la solicitud. Permitidme que os la recomiende. No pide una gracia. No suplica que se le disminuya la pena. Lo que pretende es que se le conceda ver y abrazar alguna vez á su anciana madre de setenta y tres años, á su esposa y á su hijo enfermo. Vos no le negareis esta peticion.

„El que os escribe, señor ministro, no pertenece, á Dios gracias, á ningun partido político definido. Los mira á todos funcionar imparcialmente, lleno de amor á la Francia y al progreso, aplaudiendo, ya al poder, ya á la oposicion, segun que el poder ó la oposicion le parece que obran de acuerdo con el interés del país. No pertenece, repite, á ningun partido; desea que acaben por entenderse todos: mientras llega ese caso, cree que el mejor consejo que se puede dar á los que mandan es que traten bien á los que son mandados, á los que han caido del poder y á los que no lo han alcanzado todavía.

„Recibid, etc.„

El rey se divierte, prohibido á los cuatro meses de escrita la anterior carta, escitó en el autor un momento de cólera, pero no tardó en recobrar su calma y su natural indulgencia.

beau) decia: "En los momentos actuales la crítica es posible, pero el hombre prudente debe mirar con benevolencia la época entera, debe tener confianza y esperar. Debe hacerse cargo de que los hombres teóricos han de exponer sus ideas con lentitud, y que en los hombres prácticos es útil el amor que conservan á las cosas que existen, sin el cual la sociedad se desorganizaria con los experimentos sucesivos; debe dispensar á las pasiones las digresiones generosas y fecundas; á los intereses, los cálculos, que unen á las clases entre sí á falta de creencias; á los gobiernos, que anden á tientas hácia el bien en la oscuridad; á las oposiciones, el aguijon que espolea; á los partidos medios, la templanza que comunican en las transiciones; á los partidos extremos, la actividad que imprimen á la circulacion de las ideas; á los enemigos del pasado, el esmero con que cuidan de algunas raices vivas; á los celadores del porvenir, el cariño á las hermosas flores que un dia darán frutos; á los hombres maduros, la moderacion; á los jóvenes, la impaciencia, etc.„

Cuatro años despues—Junio de 1837, prólogo de *Las Voces interiores*—seguia proponiéndose el mismo objeto; decia: "Soy de todos los partidos en lo que tienen de generoso y de ninguno en lo que tienen de malo.„

En 1840—*Rayos y sombras*—indicaba todavía este mismo ideal del poeta: "No debe sujetarle ningun compromiso, ninguna cadena. La libertad debe verse en sus ideas, como en sus acciones. Le conviene ser libre para mirar con benevolencia á los que trabajan, para tener aversion á los que perjudican; para profesar cariño á los que sirven, y para tener compasion á los que padecen, etc.„

La forma de gobierno le parecia cuestion secundaria. Iba al fondo de las cosas.

Los partidos se aficionaban más á las cuestiones políticas que á las sociales. La abolicion de la pena de muerte, la paz universal, la enseñanza gratuita, el derecho del niño, el derecho de la mujer, etcétera, parecian á los más avanzados quimeras de poetas. Tampoco aceptaban esa neutralidad benévola que consistia en estar con todos y con ninguno; el que no se alistaba en su bandera era su enemigo.

Los republicanos, sobre todo, poco numerosos entonces, eran extremados en la intolerancia y la violencia, que necesitan, por otra parte, las minorías oprimidas. Cegados por el polvo de la pelea no veian que Víctor Hugo, socialista desde 1828—véase *El último dia de un sentenciado á muerte*—avanzaba más que ellos en el camino de la democracia y que disparaban sus tiros contra uno de sus hermanos. *Le Nationel* permanecia fiel al programa de Armando Carrel, al programa siguiente: Progreso en política, retroceso en literatura. Aborrecia el drama y solo admiraba la tragedia del "gran reinado„.

El momento era propicio para la tragedia. Una actriz de gran talento, la Rachel, resucitaba las obras magistrales de Corneille y Racine. Durante los ensayos de *Los Burgraves* llegó de las provincias á Paris un jóven llevando allí una tragedia, pero tragedia verdaderamente republicana, cuyo argumento era la expulsion de los Tarquinos y el establecimiento de la República en Roma. Se titulaba *Lucrecia*. Se leyó públicamente en los salones; su lectura produjo viva satisfaccion en las fisonomías del auditorio, porque habiendo una actriz trágica como la Rachel, habian descubierto un trágico como Ponsard, y podian poseer la tragedia completa. Luis XV habia resucitado; todo esto en nombre de la República.

El público no se opuso. Veinticinco años llevaba de oir el mismo nombre, y estaba fatigado; por eso no le disgustó oir un nombre nuevo.

Mr. Eduardo Thierry, entonces folletinista de un periódico que dejó de existir y que se titulaba *El Mensajero*, explicó muy bien en su artículo titulado *Arístides* la especie de ostracismo con que Paris, lo mismo que Atenas, castigan las reputaciones que duran demasiado. Todo se conjuraba, pues, contra Víctor Hugo y en favor de Mr. Ponsard. Los actores del drama pasaron á la tragedia. La Dorval y Bocage representaron los principales papeles de *Lucrecia*.

A todo esto hay que añadir que *Los Burgraves* no eran de fácil ejecucion en el teatro. Sus figuras épicas y extraordinarias necesitaban actores especiales. Geffroy, Beauvallet y Ligier desempeñaron los papeles de Job, Otbert y Barbaroja con todo su talento y su conciencia; la señorita Denain estuvo encantadora y tierna en el de Regina, pero el peso de la estatura de los personajes los aplastaba.

La Rachel, que asistió á la lectura del drama y que lo admiró, no pidió el papel de Guanhumara, y Víctor Hugo no

quiso ofrecérsele. La edad de Guanhumara la asustaba, aunque todavía era bastante jóven para no tener miedo á las arrugas.

Víctor Hugo trató varias veces de que ajustasen á la Georges, que hubiera sido la verdadera Guanhumara, pero encontró siempre en los empresarios resistencia invencible. Pidió entonces el ajuste de la Dorval; pero como ésta deseaba ser socia de la empresa, y ésta no quiso admitirla en su seno, se negó á contratarse, y Víctor Hugo tuvo que satisfacerse con la Melingue, que no desempeñó mal su papel.

La primera representacion estuvo fria. La oposicion se manifestó desde la segunda. Los murmullos y silbidos, sin ser tan tumultuosos como en el *Hernani*, no dejaron de oirse ninguna noche. Ocurrieron disputas y choques, pero los actores y el teatro sostuvieron bien el drama hasta el último dia.

La mayoría de los periódicos fué contraria á *Los Burgraves*. Eduardo Thierry defendió la obra con ardor, y Teófilo Gautier escribió en *La Presse* dos folletines entusiastas.

Víctor Hugo, despues de *Los Burgraves*, se retiró del teatro, aunque tenia un drama casi concluido desde 1838 con el título de *Los Gemelos*. No quiso ya entregar su pensamiento á esos fáciles insultos y á esos silbidos anónimos, que quince años de trabajo y de ingénio no consiguieron desarmar. Además necesitaba ya menos el teatro, porque iba á disponer de la tribuna.

LXVI.

La Academia.

Hemos terminado de referir la vida puramente, mejor dicho, especialmente literaria de Víctor Hugo; porque como acabamos de ver, se inmiscuyó en la política casi desde la infancia. El mismo refiere (prólogo de *Marion de Lorme*) "que fué lanzado á los diez y seis años en el mundo literario por las pasiones políticas.„

Desde las primeras odas todos sus libros se inmiscuyen más ó menos en la vida pública. Su libro de poesías, que parece el más indiferente y el más absorbido en arte, el libro titulado *Las Orientales,* fué una obra oportuna y escrita á propósito para combatir por la independencia de la Grecia.

Cada vez fué siendo menos partidario del arte egoista. A los que le echaban en cara que olvidaba la naturaleza, las aguas, los bosques y las estrellas por los partidos, contestaba en Abril de 1839:

«Je vous aime, ó simple nature;
te vondrais ni absorber en vous;
mais, dans ce siecle d' aventure,
chacun, helas! se doit á tous.

La accion indirecta y lenta de la literatura no bastó muy pronto á Víctor Hugo; quiso unir á ella la accion inmediata de la política y completar al escritor con el orador.

Podia prestar juramento á Luis Felipe, porque habia pagado con esceso la deuda que contrajo con la derribada monarquía de Cárlos X, de la que no se habia creido libre, por haber rehusado la indemnizacion que le ofreció en compensacion del decreto que le prohibió representar *Marion de Lorme*, ni por haber publicado al dia siguiente de la revolucion de Julio, rechazando el éxito de reaccion con que le brindaba el teatro en plena efervescencia popular—10 de Agosto de 1830—los versos que principian:

Oh! laissez-moi pleurer sur cette race morte.

Siempre, en todas las ocasiones que se le presentaban, recordaba que "era entonces más que nunca oportuno pronunciar el nombre de Borbon con respeto y con gratitud, ya que el anciano que fué rey tenia coronada la cabeza de cabellos blancos„.—Prólogo de *Marion de Lorme*. Noviembre 1831.

Un año despues, cuando la duquesa de Berry fué entregada á traicion, sus versos anatematizaron con indignacion al infame "que habia vendido á una mujer.„

Cuando llegó á su noticia, en el destierro á que estaba condenado, la nueva de la muerte de Cárlos X—en Noviembre de 1836—ningun poeta le dió el último adios en versos tan inspirados y tan sentidos como el autor de *Marion de Lorme*.

Roto ya este último lazo que le unia á la monarquía derribada, Víctor Hugo, contrabalanceando el recuerdo de la pension con la confiscacion del drama, dejó pagada su deuda y quedó ya dueño de seguir el impulso de su conviccion, que no le ligaba á los Borbones desde mucho antes de su caida.

Le halagaban dos tribunas; la de los diputados y la de los pares. No podia ser diputado, porque la ley electoral de

aquella época se confeccionó de modo que solo pudiera votarse á los que eran más ricos que él. *Nuestra Señora de Paris* y *Las Hojas de otoño* no equivalian entonces á la posesion de una casa ó de unas tierras. Se valian de un medio para barrenar la ley; buscaban á un amigo que fuera propietario y ponian la propiedad á nombre del candidato; pero aun de este modo los electores del censo no simpatizaban con los literatos. Lamartine pudo conseguir que le eligiesen, y les parecia suficiente tener un diputado poeta, y se negaban á admitir dos.

Le quedaba asequible la Cámara de los Pares; pero para ser elegido miembro de ella era preciso pertenecer á una de las categorías marcadas por la ley, entre cuyos candidatos el rey escogia.

No le quedaba, pues, más tribuna á Víctor Hugo que la de la Academia.

Se presentó en 1836, y los académicos prefirieron á Mr. Dupaty.

Se presentó por segunda vez, en 1838, y los votantes eligieron á Mr. Molé.

La tercera tentativa, en 1840, dió por resultado la eleccion de Mr. Flourens.

En 1841 llamó por cuarta vez á las puertas de la Academia, que al fin se le abrieron.

Desde entonces tuvo el pié en la primer grada de la tribuna, y empezó para él una nueva existencia.

Aquí terminan las MEMORIAS, que escribió la esposa del ilustre autor de *Nuestra Señora de Paris*, cuyas célebres producciones han llenado casi todo el siglo actual.

FIN DE LAS MEMORIAS DE VÍCTOR HUGO.

POSTDATA

Á LAS OBRAS COMPLETAS DE VÍCTOR HUGO.

I.

HEMOS terminado por fin la árdua tarea que nos ha absorbido por completo durante dos años, y que, con el temor que nace de la dificultad, sometemos al fallo terrible del público. Este, comprendiendo la importancia incuestionable de la publicacion, ha correspondido á los sacrificios de los editores, satisfaciendo sus justas aspiraciones.

No creemos haber trasladado estas obras al idioma pátrio con la brillantez y con la espontaneidad que tienen en la lengua nativa, porque este es el defecto ingénito de que han de adolecer todas las traducciones; pero sí creemos haber dado á conocer á Víctor Hugo en España bajo todos sus aspectos, siendo conocido hasta ahora solo por las novelas, por algunas poesías y dramas, por fragmentos, por traducciones descoloridas ó recortadas, ó por su fama de apóstol de la democracia europea.

Nos vanagloriamos, como escritores que hemos consagrado nuestra ya larga existencia al culto de la literatura, de haber hecho irradiar en el celaje de España el arco iris de brillantes colores que extendió en el firmamento del siglo diez y nueve el génio relumbrante de Víctor hugo.

No creemos por esto que nuestra traduccion esté exenta de defectos; no debe tomarse la admiracion que nos inspira el autor de *La Leyenda de los siglos*, y que nos arrancó las anteriores frases, por vanidad literaria, de la que estamos completamente desposeidos; tenemos vanagloria de haber reunido en una sola publicacion todas sus obras; pero tenemos al mismo tiempo desconfianza de haberlas traducido con el acierto que deseábamos y temor de que, no por nuestra falta de celo, sino de inteligencia, no las admire el público tanto como se merecen. Nuestra desconfianza crece de punto cuando, teniendo á la vista las traducciones españolas de algunas de sus obras sueltas, vemos que ninguna de ellas nos satisface, cuando en todas ellas encontramos achicado, empequeñecido, al colosal Víctor Hugo.

No creemos que sea traducir, literariamente hablando, concretarse á poner en castellano el significado material de cada palabra francesa, y muchísimo menos tratándose de autor tan escepcional: traducirle literariamente es sorprender sus pensamientos al través de sus nebulo-

sidades, sacarlos de la oscuridad en que están sepultados muchas veces, apoderarse de ellos y verterlos al idioma pátrio. Traducir á Víctor Hugo es no olvidar nunca el alto vuelo de su estilo y procurar que en castellano no aparezca nunca bajo y rastrero; esto en algunas ocasiones es dificilísimo de evitar, porque entremezcla con palabras *marquesas palabras plebeyas*—como él las llama;—palabras que si en francés, por la índole de la lengua, no deslucen el estilo, en castellano le hacen decaer y le empobrecen.

Por las ideas que acabamos de apuntar pueden comprender los que nos lean la extraordinaria dificultad que hay que vencer para presentar á Víctor Hugo tal como es en otro idioma; pues esa dificultad aumenta cuando va apareciendo en sus obras en detalle. En efecto, no basta poseer medianamente la lengua francesa para traducirle á conciencia; es necesario tener conocimiento de las palabras arcáicas, cuyo uso desterró de Francia el gran siglo de Luis XIV, y que Víctor Hugo, revolucionario en política, en literatura y en el lenguaje, volvió á poner en uso, por la notable influencia que en su pais ejerció. No basta tampoco poseer el francés antiguo; se necesita además poseer varios idiomas: el latin, el castellano, el inglés, el aleman y el italiano; porque siendo Víctor Hugo escritor cosmopolita, conociendo muchas lenguas, tuvo el capricho y la originalidad de barajar palabras de los citados idiomas con palabras francesas, pero sin subrayarlas; de modo que el traductor, si no sabe algo de las susodichas lenguas, como ignore una sola palabra de la oracion gramatical, se queda sin comprender el pensamiento que expresa. Abusa Víctor Hugo, sobre todo en la poesía, de sus extensos conocimientos históricos y filosóficos, y el que se atreva á traducirle debe ser literato, y además de literato, poeta, porque hace con inusitada frecuencia alusiones á sucesos, á obras notables en todos los ramos del saber humano, y llena de nombres célebres y hasta de nombres casi desconocidos los versos de sus hinchadas y grandilocuentes estrofas.

Estos obstáculos y otros de menor cuantía, que no mencionamos porque son inherentes á toda clase de traducciones, dificultan el laborioso trabajo que acabamos de realizar; y porque comprendemos lo árduo de la tarea y porque nos dejan mucho que desear los traductores de obras sueltas de Víctor Hugo que nos han precedido, desconfiamos de haber salido airosos de nuestro cometido y de satisfacer al público en general, lo que casi es imposible, porque entre los aplausos siempre se oye algun silbido. La malevolencia, la mala fé y la envidia persiguieron y calumniaron al célebre autor del *Hernani*, al demócrata ilustre que gimió veinte años en el destierro, al filósofo humanitario que pasó la vida enjugando lágrimas, al génio extraordinario que se llama Víctor Hugo en la república de las letras: no será, pues, extraño que esas pasiones ruines se ceben alguna vez con el modesto literato que firma estas líneas; los que zahirieron al gigante, mejor pueden zaherir al pigmeo; pero no importa, las frutas más dulces suelen ser las que pican los pájaros.

II.

Hemos seguido en esta publicacion el órden cronológico, en cuanto nos ha sido posible, respecto de las diferentes materias que trató Víctor Hugo y que llenaron con una série de trabajos no interrumpidos una existencia larga, laboriosa y útil. Como de mayor aliciente para la generalidad del público, hemos empezado por la seccion de novelas, insertándolas por el órden con que fueron escritas; publicamos á continuacion dos libros histórico-políticos; inmediatamente sus diez dramas; luego lo que escribió de filosofía y de literatura; despues sus trabajos políticos y académicos coleccionados en tres épocas distintas de su vida; tras estas obras hemos coleccionado un libro de viajes, el gran número de volú-

menes de poesía que dió á luz, y finalmente sus MEMORIAS, *escritas por un testigo de su vida*, como complemento y digno remate de la coleccion de todas sus concepciones.

La biografía del autor de *Nuestra Señora de Paris*, que á grandes rasgos trazamos en el *Estudio crítico-biográfico*, la encontrarán nuestros suscritores delineada de una manera más íntima y más detallada en las MEMORIAS, que se deben al afecto de una persona ligada al autor por los vínculos del cariño. A pesar de esta circunstancia, de tanto peso, están escritas con admirable imparcialidad y pueden servir de modelo á los autores que se recrean escribiendo trabajos de esta índole. ¡Lástima es que no alcancen más que hasta el año 1842! ¡Lástima es que solo nos enteren minuciosamente de las primeras novelas, de todos los dramas y de algunas poesías del autor de *Los Miserables*, y que queden interrumpidas al darse á conocer Víctor Hugo como fogoso y brillante orador en la Academia y en la tribuna! Lástima es, pero este extenso vacío lo llenan, aunque no con tan secretos pormenores, la obra titulada *Miscelánea de literatura y de filosofía* y los tres volúmenes de que constan sus discursos políticos y literarios, que hemos publicado con estas denominaciones: *Antes del destierro; En el destierro*; *Despues del destierro*, que abarcan la vida del autor desde 1841 hasta 1878 inclusive.

Pocos escritores han podido gozar del raro privilegio de empezar á producir versos á los trece años y de seguir produciéndolos siendo octogenarios, estando ya con un pié en el sepulcro, como el autor de *Las Contemplaciones*. En las cubiertas de los cuadernos donde copiaba sus primeras poesías escribió, reclamando la indulgencia del que las leyese:

Amí lecteur, en lisant cet écrit,
n' exerce pas sur moi ta satirique rage,
et que la faiblesse de l' age
excuse cette de l' esprit (1).

(1) Amigo lector, cuando leas lo que he escrito, no ejercites en mí tu satírica rabia; la debilidad de mi edad debe servir de escusa á la debilidad de mi espíritu.

Por aquella época compuso tambien una tragedia que tituló *Irtamenes*, cuyo original se negó siempre á publicar y debió sin duda romper, porque no se encontró entre sus papeles, como se encontró el melodrama *Inés de Castro*, que insertamos en esta publicacion y que escribió Víctor Hugo á los catorce años.

Así como dijimos en el *Estudio crítico-literario* que era de lamentar que de la trilogía que pensaba escribir en tres novelas, tituladas *La Aristocracia*, *La Monarquía* y *La Democracia*, solo hubiera escrito *El hombre que rie*—ó sea la aristocracia—y *El Noventa y tres*—ó sea la democracia,—decimos tambien ahora, que no es menor desgracia para la poesía lírica que solo haya escrito uno de los tres poemas de que se debia componer otra trilogía, más trascendental si cabe, una de cuyas partes es *La Leyenda de los siglos*, y que finalizase sus dias sin completar su pensamiento con los otros dos poemas que queria titular: *El fin de Satanás y Dios*.

Los diez y seis tomos de poesía, de que consta la edicion francesa *definitiva* de las OBRAS COMPLETAS DE VÍCTOR HUGO, los hemos traducido en prosa castellana, procurando en cuanto es posible conservar la entonacion poética del original, y todos los pensamientos y todas las imágenes que engalana; y no comprendemos cómo hay quien opina que debieran haberse traducido en verso; opinion absurda cuando se refiere á un poeta tan difícil y tan *sui generis* como el autor de las *Canciones de las calles y de los bosques*. Es posible, es de brillante resultado traducir algunas de sus poesías, las que á la traduccion se prestan, en versos castellanos, como las que de un modo magistral tradujo D. Teodoro Llorente y otras que no con tanta brillantez vertió al español el que ahora las traduce en prosa; pero pretender que diez y seis volúmenes de poesía, y de Víctor Hugo, se traduzcan en versos castellanos, es pretender un imposible, no solo para el que este artículo suscribe, sino para el poeta más eminente de la nacion española. Convencidos de esta

imposibilidad, los traductores de muchas obras poéticas nos han dado el ejemplo, que no hemos vacilado en seguir en esta publicacion; en prosa francesa están traducidas las poesías alemanas de Goëthe y los *Cantos populares del Norte;* en prosa española están traducidos *Los poemas y las poesías de Lord Byron* y *Las Fábulas de Lafontaine*, y éstas por el fácil poeta que puso en verso castellano algunas de las poesías de Víctor Hugo: larga seria la lista de obras poéticas traducidas en prosa en varias naciones que pudiéramos presentar, pero con esas basta y sobra para hacer ver á los que ignoren lo que acabamos de manifestar, que por conveniencia y por no rebasar los límites de lo asequible, hemos seguido en esta publicacion un loable ejemplo.

III.

Dijimos al principio del artículo que Víctor Hugo, hasta ahora, solo era conocido en España por sus novelas, por algunas poesías, por algunos dramas y por su fama de apóstol de la democracia; esto es, conocido por detalles, no por el conjunto, porque hasta que ha aparecido la actual publicacion de sus obras completas no se ha podido sintetizar su génio, y esto es lo que pretendemos hacer en esta *postdata* de sus obras, como remate conveniente de ellas.

El génio de Víctor Hugo se compone de la amalgama de estos tres elementos: de la poesía, de la política y de la filosofía, cuya trinidad se confunde en él, formando la unidad; por eso su poesía es política, su política es filosófica y su filosofía es poética. Como poeta, es condor que vuela hasta las nubes, asciende inspirado á inconmensurables alturas, pero tiene siempre ante la imaginacion la humanidad con sus necesidades, y cuando desplega por completo las alas de su fantasía, escribe la prodigiosa *Leyenda de los siglos*, que es un magnífico canto al progreso, un largo ditirambo entonado á la democracia y á la república. Como político, sus fogosos discursos, sus *Castigos*, su *Historia de un crímen*, sus célebres cartas, su sueño dorado, que le hace entrever en el porvenir *los Estados Unidos de Europa*, y todo cuanto brotó de su pluma bajo este punto de vista, está impregnado del idealismo del poeta, todo participa del estilo relumbrante, que no sabe usar el que no pulsa la lira: no escribe ni siente como los prosáicos políticos; escribe y siente como los poetas y como los filósofos. Como filósofo, es especial en su doctrina, que toda ella tiende á disolverse en amor á la humanidad. Por amor á la humanidad se ofrece en holocausto; acepta la calumnia, el sufrimiento y las penalidades que le irroga su ideal político, y su doctrina filosófica se desarrolla en un ambiente poético, que solo es respirable para los espíritus superiores, y que le dota de la grandiosidad con que la fé embellece al apóstol y al mártir.

Tanto es así, que hace gala de sus sufrimientos, de buena fé, con sinceridad, creyendo que sus martirios conducirán á la humanidad al feliz porvenir en que sueña y que su vida se purificará en el crisol del sufrimiento y aparecerá heróica á las multitudes, cuando la contemplen desde cierta distancia.

Por eso dice en *Los Cuatro vientos del espíritu*: "Dios solo hiere á los gigantes, pero no á los pigmeos. Caminan coronados con misterioso resplandor, entre los dichosos y entre los ilustres, los que la tempestad escoge por amantes. En el infamante suplicio, aureolas de oro circundan las frentes de los génios. Cualquiera que sea el siglo de la historia en que hayan aparecido los hombres gloriosos, sábios ó héroes, fueron siempre contemporáneos de la adversidad... Envidiaba yo las afrentas que sufrieron, la proscripcion, la miseria y el martirio, por cumplir su deber. El átomo envidiaba á los gigantes; pensaba que era demasiado pequeño y demasiado oscuro para que la tempestad me azotara; pensaba que no fuí creado para intervenir en esos vastos combates, y pensando esto, inclinaba la cabeza me-

lancólicamente. Ahora, destino, que te enconas contra mí y me equiparas á los gigantes, ¡te doy las gracias!„

En otra poesía tambien de *Los Cuatro vientos del espíritu*, insistiendo y regocijándose con la filosofía del sacrificio, añade: "¡Dichosos los hombres que en el mundo pasan por terribles pruebas! Pertenezco á este número, y como un fantasma, me voy á vivir entre ruinas. Los pescadores, cuyas voces oigo en la playa, ven cómo se agigantan las olas; yo veo cómo se agigantan las sombras. Vivo satisfecho en el desierto; en él contemplo y espero; la paz llena mi corazon, que nunca conoció la envidia, y procuro, temiendo á Dios, despertarme á tiempo del sueño monstruoso que se llama vida. La muerte me llevará á la serenidad perpétua; oigo llegar hácia mí los pasos de sus negros caballos, y me encuentro como el que, por haberse apresurado demasiado, tiene que esperar en el camino á que pase el carruaje. No compadezcais al elegido que el mundo llama proscripto. Mi espíritu, que el sufrimiento y la aurora atraen, vé aparecer el dia por los agujeros de las manos de Jesucristo. En la tierra la verdadera claridad sale del martirio.„

Como acabamos de decir con otras frases y de probar con ejemplos, Víctor Hugo, ya escriba de política, ya escriba de filosofía, es siempre poeta, no solo por la forma, sino por el fondo.

Cansados estamos de oir que el autor de *Religiones y religion* es ateo, y esta creencia indudablemente la divulgan los que no le han leido, ó solo le conocen por fragmentos, porque esa suposicion es completamente falsa; los que la propalan se convencerán de lo que decimos leyendo todas sus producciones. Si Víctor Hugo cree que con sus fórmulas y con sus ritos las religiones deslustran y llenan de oropeles la figura majestuosa de Dios; si cree que sus ministros no ejercen su destino con bastante desinterés ni con bastante abnegacion; si cree esto, es porque para él es tan sublime, no solo el ideal de Dios, sino el de las leyes eternas que rigen á la naturaleza, que le parece que todas las ficciones de los hombres solo sirven para oscurecer y borrar de la conciencia humana la divina Imágen. Ved con qué grandioso pensamiento, concentrado en un solo verso, termina *La Leyenda de los siglos*:

Dios:—Si yo soplara, todo seria sombra.

Los lectores que juzguen á Víctor Hugo con más imparcialidad que el *obispo que le llama ateo*, al que contesta con intencionada poesía, que habrán leido los suscritores á esta publicacion, podrán convencerse del culto sincero y entusiasta que rinde al Omnipotente, saboreando los siguientes sonoros, robustos y perfectos versos, que escribió en los últimos años de su vida:

C' est l' eblouissement anquel le regard croit (1).
De ce flamboiement nait le vrai, le bien, le droit;
il luit mysterieux dans un tourbillon d' astres;
les brumes, les noirceurs, les fleaux, les désastres
fondent á sa chaleur demesurée, et tout
en seve, en joie, en gloire, en amour se dissout;
s' il est des cœurs puissants, s' il est des ames fermes,
cela vient du torrent des soufles et des germes
qui tombe á flots, jaillit, coule, et de toutes parts
sort de ce feu vivant sur nos tetes épars.
il est! il est! Regarde âme. Il a son solstice,
la Conscience; il a son axe, la Justice;
Il a son equinoxe, et c' est l' Egalité;
il a sa vaste aurore, et c' est la Liberté.
Son rayon dore en nous ce que l' ame imagine.
Il est! il est! San fin, sans origine,
sans eclipse, sans nuit, sans repos, sans sommeil.—
Renonce, ver de terre, á créer le soleil.

La magnificencia de los anteriores versos y su espontánea poesía solo pueden brotar del entusiasmo de la fé.

Ya que nos ocupamos del poeta, no queremos pasar en silencio la extension

(1) «Ese es el deslumbramiento en el que creen las miradas. De sus centelleos nacen la verdad, el bien, el derecho; luce misteriosamente entre un torbellino de astros; las brumas, las negruras, las calamidades y los desastres se funden al recibir su calor desmesurado, y todo, convertido en savia, en alegría, en gloria y en amor, se disuelve. Como existen corazones poderosos, existen almas firmes; esto proviene del torrente de los soplos y de los gérmenes que cae á oleadas, salta, corre y sale de todas partes del fuego vivo que está difundido sobre nosotros. Dios existe! Dios existe! Tiene su solsticio, que es la Conciencia; tiene su eje, que es la Justicia; tiene su equinoccio, que es la Igualdad; tiene su vasta aurora, que es la Libertad. Sus rayos doran en nosotros todo lo que el alma cree. Dios existe, sin fin, sin orígen, sin eclipse, sin noche, sin reposo y sin sueño. Renuncia, miserable gusano, á crear el sol.»

(Final de *Religiones y Religion.*)

extraordinaria de su fantasía, que no solo personifica los séres mitológicos y los séres ideales de todas las religiones, sino que hace intervenir en sus creaciones y que obren segun los instintos de su naturaleza los séres de la escala zoológica, desde el repugnante *sapo* hasta el *águila del casco* y el magnánimo *leon*, al que consagra una epopeya. Su extraña filosofía dota de alma, no solo á los séres vivientes, sino tambien á los vegetales, como por ejemplo, á la *encina del parque destruido*.

Vé en todos los objetos creados amiliares que coadyuvan en diferentes grados al trabajo misterioso de la naturaleza, reglamentado por Dios, para ir conduciendo gradualmente al universo y á la humanidad hácia su perfeccionamiento. Es un panteista divergente en el punto de partida de todos los filósofos de esa escuela; para él Dios es el que hace mover la máquina, Dios es la expresion suprema del progreso, y hácia esa finalidad caminan en el génio de Víctor Hugo el poeta, el filósofo y el político.

En el libro titulado *Guillermo Shakespeare*, en el capítulo *Los génios*, dice su autor: "Homero, Job, Esquilo, Isaías, Ezequiel, Lucrecio, Juvenal, San Juan, San Pablo, Tácito, Dante, Rabelais, Cervantes y Shakespeare, son inmóviles gigantes que señalan la marcha del espíritu humano. Los génios constituyen una dinastía y ciñen sus frentes con todas las coronas, incluyendo en ellas las de espinas. A la vista del pensador, estos génios ocupan tronos en el ideal. Estos génios supremos no constituyen una série cerrada. El Todopoderoso añade á ella algun nombre, cuando las necesidades del progreso lo exigen."

Pues bien; el autor de la *Leyenda de los siglos*, al expresarse de ese modo, tuvo sin duda la intuicion de sus futuros destinos; él es el nombre que ha añadido el Todopoderoso á la citada lista de los génios supremos, porque las necesidades del progreso así lo han exigido; él es el que la posteridad coloca en el sitio vacío que habia detrás de Shakespeare; él es el que remata la série de esos gigantes de la inteligencia. Vino al mundo para pasar la vida entregado á vastas batallas; en su juventud, con sus dramas aplaudidos con entusiasmo y combatidos con saña, mató al clasicismo y entronizó el género romántico, promoviendo una verdadera revolucion en la literatura, apoyado por sus entusiastas partidarios. Algunos años despues se dedicó al apostolado de la democracia, y combatió los tronos desde la soledad del destierro, con tal brio y con tal tenacidad, que llegó á ser uno de los dos ó tres propagandistas que han hecho caminar á la Europa y á la América por el camino del progreso y han conseguido que la civilizacion evolucione paulatinamente desde la monarquía hasta la república.

JACINTO LABAILA.

Valencia 20 Octubre 1888.

FIN DEL TOMO VI Y ÚLTIMO.

ÍNDICE

Páginas

Páginas

LI.—Los hombres de paz á los hombres de guerra.

LII.—Los pobres.

LIII.—El sapo.

LIV.—La vision del Dante.

LV.—Las grandes leyes.

LVI.—Los niños.

LVII.—Siglo veinte.

LVIII.

LIX.—Fuera de los tiempos.

LX.—Abismo.

EL PAPA.

Escena primera.—El sueño.

RELIGIONES Y RELIGION.

EL ASNO.

PARIS.

Páginas

LOS CUATRO VIENTOS DEL ESPÍRITU.

MEMORIAS DE VÍCTOR HUGO.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DE LOS SEIS TOMOS DE QUE CONSTA LA OBRA.

TOMO I.

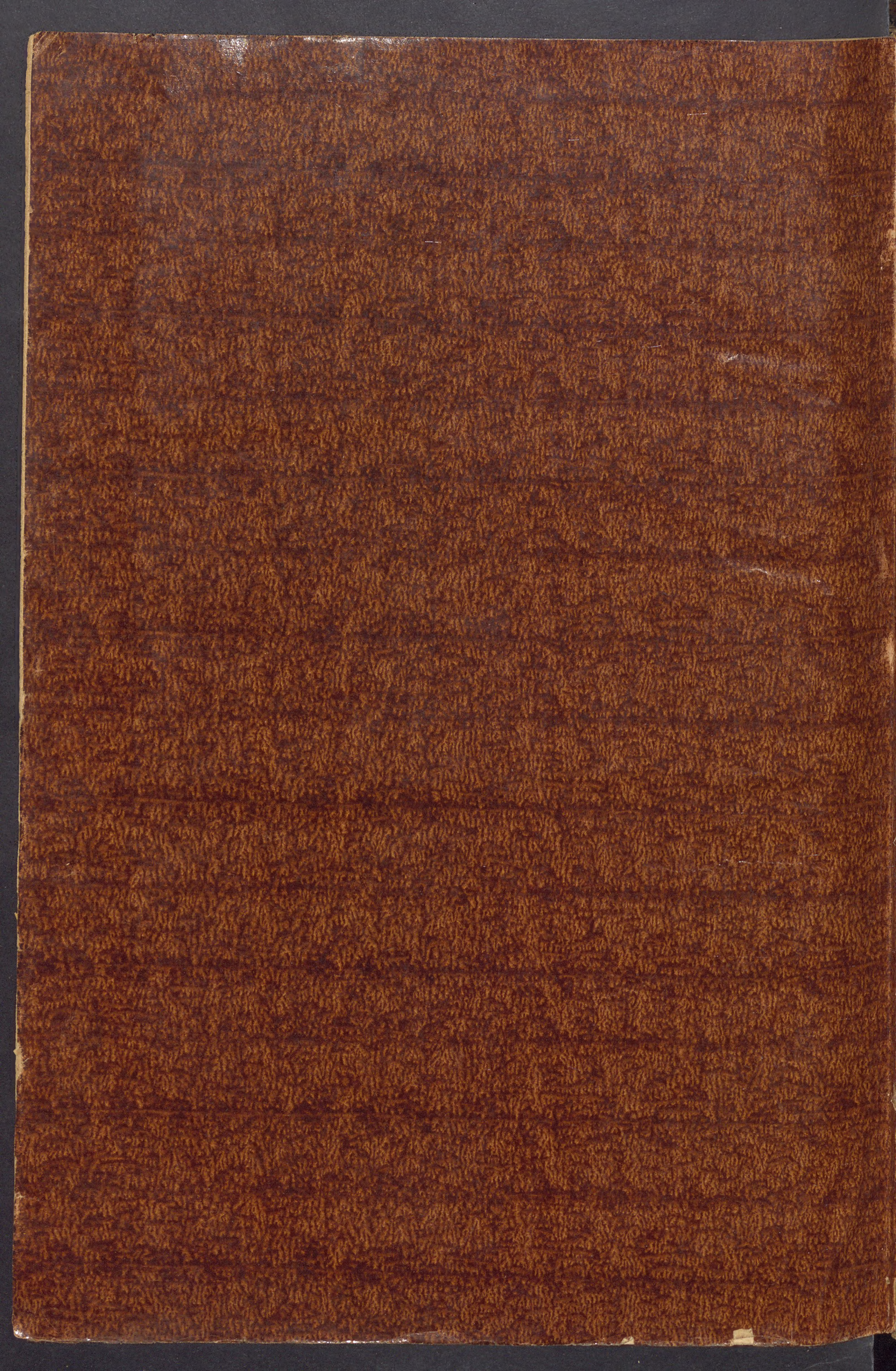
TOMO II.

TOMO III.

TOMO IV.

TOMO V.

TOMO VI.









OBRAS
DE
VICTOR HUGO

6